James Joyce

Ulises

James Joyce

Ulises

Bajalibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN: 978-987-678-870-0

Publisher: Vi-Da Global S.A.
Copyright: Vi-Da Global S.A.
Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)
CUIT: 30-70827052-7

1

MAJESTUOSO, el orondo Buck Mulligan llegó por el hueco de la escalera, portando un cuenco lleno de espuma sobre el que un espejo y una navaja de afeitar se cruzaban. Un batín amarillo, desatado, se ondulaba delicadamente a su espalda en el aire apacible de la mañana. Elevó el cuenco y entonó:

—*Introibo ad altare Dei.*

Se detuvo, escudriñó la escalera oscura, sinuosa y llamó rudamente:

—¡Sube, Kinch! ¡Sube, desgraciado jesuita!

Solemnemente dio unos pasos al frente y se montó sobre la explanada redonda. Dio media vuelta y bendijo gravemente tres veces la torre, la tierra circundante y las montañas que amanecían. Luego, al darse cuenta de Stephen Dedalus, se inclinó hacia él y trazó rápidas cruces en el aire, barbotando y agitando la cabeza. Stephen Dedalus, molesto y adormilado, apoyó los brazos en el remate de la escalera y miró fríamente la cara agitada barbotante que lo bendecía, equina en extensión, y el pelo claro intonso, veteado y tintado como roble pálido.

Buck Mulligan fisgó un instante debajo del espejo y luego cubrió el cuenco esmeradamente.

—¡Al cuartel! dijo severamente.

Añadió con tono de predicador:

—Porque esto, Oh amadísimos, es la verdadera cristina: cuerpo y alma y sangre y clavos de Cristo. Música lenta, por favor. Cierren los ojos, caballeros. Un momento. Un pequeño contratiempo con los corpúsculos blancos. Silencio, todos.

Escudriñó de soslayo las alturas y dio un largo, lento silbido de atención, luego quedó absorto unos momentos, los blancos dientes parejos resplandeciendo con centelleos de oro. Cnsóstomo. Dos fuertes silbidos penetrantes contestaron en la calma.

—Gracias, amigo, exclamó animadamente. Con esto es suficiente. Corta la corriente ¿quieres?

Saltó de la explanada y miró gravemente a su avizorador, recogiéndose alrededor de las piernas los pliegues sueltos del batín. La cara oronda sombreada y la adusta mandíbula ovalada recordaban a un prelado, protector de las artes en la edad media. Una sonrisa placentera despuntó quedamente en sus labios.

—¡Menuda farsa! dijo alborozadamente. ¡Tu absurdo nombre, griego antiguo!

Señaló con el dedo en chanza amistosa y se dirigió al parapeto, riéndose para sí. Stephen Dedalus subió, le siguió desganadamente unos pasos y se sentó en el borde de la explanada, fijándose cómo reclinaba el espejo contra el parapeto, mojaba la brocha en el cuenco y se enjabonaba los cachetes y el cuello.

La voz alborozada de Buck Mulligan prosiguió:

—Mi nombre es absurdo también: Malachi Mulligan, dos dáctilos. Pero suena helénico ¿no? Ágil y fogoso como el mismísimo buco. Tenemos que ir a Atenas. ¿Vendrás si consigo que la tía suelte veinte libras?

Dejó la brocha a un lado y, riéndose a gusto, exclamó:

—¿Vendrá? ¡El jesuita enjuto!

Conteniéndose, empezó a afeitarse con cuidado.

—Dime, Mulligan, dijo Stephen quedamente.

—¿Sí, querido?

—¿Cuánto tiempo va a quedarse Haines en la torre?

Buck Mulligan mostró un cachete afeitado por encima del hombro derecho.

—¡Dios! ¿No es horrendo? dijo francamente. Un sajón pesado. No te considera un señor. ¡Dios, estos jodidos ingleses! Reventando de dinero e indigestiones. Todo porque viene de Oxford. Sabes, Dedalus, tú sí que tienes el aire de Oxford. No se aclara contigo. Ah, el nombre que yo te doy es el mejor: Kinch, el cuchillas.

Afeitó cautelosamente la barbilla.

—Estuvo desvariando toda la noche con una pantera negra, dijo Stephen. ¿Dónde tiene la pistolera?

—¡Lamentable lunático! dijo Mulligan. ¿Te entró canguelo?

—Sí, afirmó Stephen con energía y temor creciente. Aquí lejos en la oscuridad con un hombre que no conozco desvariando y gimoteando que va a disparar a una pantera negra. Tú has salvado a gente de ahogarse. Yo, sin embargo, no soy un héroe. Si él se queda yo me largo.

Buck Mulligan puso mala cara a la espuma en la navaja. Brincó de su encaramadura y empezó a hurgarse en los bolsillos del pantalón precipitadamente.

—¡A la mierda! exclamó espesamente.

Se acercó a la explanada y, metiendo la mano en el bolsillo superior de Stephen, dijo:

—Permíteme el préstamo de tu moquero para limpiar la navaja.

Stephen aguantó que le sacara y mostrara por un pico un sucio pañuelo arrugado. Buck Mulligan limpió la hoja de la navaja meticulosamente. Luego, reparando en el pañuelo, dijo:

—¡El moquero del bardo! Un color de vanguardia para nuestros poetas irlandeses: verdemoco. Casi se paladea ¿verdad?

Se montó de nuevo sobre el parapeto y extendió la vista por la bahía de Dublín, el pelo rubio roblepálido meciéndose imperceptiblemente.

—¡Dios! dijo quedamente. ¿No es el mar como lo llama Algy: una inmensa dulce madre? El mar verdemoco. El mar acojonante. Epi *oinopa ponton.* ¡Ah, Dedalus, los griegos! Tengo que enseñarte. Tienes que leerlos en el original. *Thalatta! Thalatta!* Es nuestra inmensa dulce madre. Ven a ver.

Stephen se levantó y fue hacia el parapeto. Apoyándose en él, miró abajo al agua y al barco correo que pasaba por la bocana de Kingstown.

—¡Nuestra poderosa madre! dijo Buck Mulligan.

Desvió los ojos grises escrutantes abruptamente del mar a la cara de Stephen.

—La tía piensa que mataste a tu madre, dijo. Por eso no me deja que tenga nada que ver contigo.

—Alguien la mató, dijo Stephen sombríamente.

—Te podías haber arrodillado, maldita sea, Kinch, cuando tu madre moribunda te lo pidió, dijo Buck Mulligan. Soy tan hiperbóreo como tú. Pero pensar en tu madre rogándote en su último aliento que te arrodillaras y rezaras por ella. Y te negaste. Hay algo siniestro en ti ....

Se interrumpió y se enjabonó de nuevo ligeramente el otro cachete. Una sonrisa tolerante le arqueó los labios.

—¡Pero un retorcido encantador! murmuró para sí. iKinch, el retorcido más encantador del mundo!

Se afeitaba uniformemente y con cuidado, en silencio, se) riamente.

Stephen, un codo recostado en el granito rugoso, apoyó la palma de la mano en la frente y reparó en el borde raído de la manga de su americana negra deslucida. Una pena, que aún no era pena de amor, le carcomía el corazón. Silenciosamente, en sueños se le había aparecido después de su muerte, el cuerpo consumido en una mortaja holgada marrón, despidiendo olor a cera y palo de rosa, su aliento, que se había posado sobre él, mudo, acusador, un tenue olor a cenizas moladas. Más allá del borde del puño deshilachado veía el mar al que aclamaba como inmensa dulce madre la bienalimentada voz a su lado. El anillo de la bahía y el horizonte retenían una masa de líquido verde apagado. Un cuenco de loza blanca colocado junto a su lecho de muerte reteniendo la bilis verde inerte que había arrancado de su hígado podrido con vómitos espasmódicos quejumbrosos.

Buck Mulligan limpió de nuevo la hoja de la navaja.

—¡Ay, pobre e infeliz chucho apaleado! dijo con voz amable. Tengo que darte una camisa y unos cuantos moqueros. ¿Qué tal los calzones de segunda mano?

—No me quedan mal, contestó Stephen.

Buck Mulligan la emprendió con el hoyo bajo el labio.

—Menuda farsa, dijo guasonamente. Tendrían que ser de segunda pierna. Sabe Dios qué sifilitigandumbas los soltó. Tengo un par que son un encanto a rayas finas, grises. Estarás chulo con ellos. No bromeo, Kinch. Estás imponente cuando te arreglas.

—Gracias, dijo Stephen. No mulos voy a poner si son grises.

—No se los va a poner, dijo Buck Mulligan a su cara en el espejo. Etiqueta ante todo. Mata a su madre pero no se va a poner unos pantalones grises.

Cerró la navaja meticulosamente y con ligeros masajes de los dedos se palpó la piel suave.

Stephen desvió la mirada del mar a la cara oronda de ojos inquietos azulhumo.

—Ese tipo con el que estuve anoche en el Ship, dijo Buck Mulligan, dice que tienes p.g.i. Está viviendo en Villachiflados con Conolly Norman. Parálisis general de insania.

Hizo una barrida con el espejo en semicírculo en el aire para difundir la nueva en los contornos del sol radiante en este momento sobre el mar. Los arqueados labios afeitados reían y el borde de los blancos dientes destellantes. La risa atrapó por completo su torso robusto bien formado.

—¡Mírate, dijo, bardo horrendo!

Stephen se inclinó hacia delante y escudriñó el espejo que sostenían frente a él, partido por una raja torcida. El pelo de punta. Como él y otros me ven. ¿Quién eligió esta cara por mí? Este infeliz chucho apaleado al que hay que espulgar. También me lo pregunta.

—Lo trinqué del cuarto de la chacha, dijo Buck Mulligan. Le está bien merecido. La tía siempre coge sirvientas feúchas para Malachi. No le dejes caer en la tentación. Y se llama Ursula.

Riendo de nuevo, apartó el espejo de los ojos escudriñantes de Stephen.

—La rabia de Calibán por no verse la cara en el espejo, dijo. ¡Si Wilde viviera para verte!

Retrocedió y, señalando, dijo con amargura Stephen:

—Todo un símbolo del arte irlandés. El espejo rajado de una sirvienta.

Buck Mulligan repentinamente se cogió del brazo de Stephen y paseó con él por la torre, la navaja y el espejo zurriando en el bolsillo donde los había metido.

—No está bien que me meta así contigo ¿verdad, Kinch? dijo amablemente. Sabe Dios que tienes más valor que cualquiera de ellos.

Otro quite. Teme la lanceta de mi arte como yo temo la suya. La pluma acerada y fría.

—¡El espejo rajado de una sirvienta! Cuéntaselo al cabestro de abajo y sácale una guinea. Apesta a dinero y no te considera un señor. Su viejo se forró vendiendo jalapa a los zulúes o con cualquier otro timo de mierda. Dios, Kinch, si tú y yo al menos trabajáramos juntos podríamos hacer algo por esta isla. Helenizarla.

El brazo de Cranly. Su brazo.

—Y pensar que tengas que mendigar de estos puercos. Soy el único que sabe lo que eres. ¿Por qué no confías más en mí? ¿Qué es lo que te encabrita contra mí? ¿Se trata de Haines? Si va a dar la lata me traigo a Seymour y le armamos una peor que la que le armaron a Clive Kempthorpe.

Gritos juveniles de voces adineradas en las habitaciones de Clive Kempthorpe. Rostrospálidos: se desternillan de risa, agarrándose unos a otros. ¡Ay, que voy a fallecer! ¡Dale la noticia con tacto, Aubrey! ¡Que la palmo! Los jirones de la camisa azotando el aire, brinca y bota alrededor de la mesa, los pantalones caídos, perseguido por Ades del Magdalen con las tijeras de sastre. Cara de temero asustado dorada con mermelada. ¡No me bajéis los pantalones! ¡Que no me toreéis!

Gritos desde la ventana abierta turban el atardecer del patio. Un jardinero sordo, con mandil, enmascarado con la cara de Matthew Amold, empuja el cortacésped por la hierba umbría observando atentamente las briznas danzarinas de los brotes de césped.

Para nosotros .... un nuevo paganismo .... *omphalos.*

—Que se quede, dijo Stephen. No se porta mal menos por la noche.

—Entonces ¿qué pasa? preguntó Buck Mulligan impacientemente. Desembúchalo. Yo soy franco contigo. ¿Qué tienes contra mí ahora?

Se detuvieron, mirando hacia el cabo despuntado del Promontorio del Rebuzno que yacía sobre el agua como el hocico de una ballena dormida. Stephen se soltó del brazo silenciosamente.

—¿Deseas de verdad que te lo diga? preguntó.

—Sí ¿qué pasa? contestó Buck Mulligan. Yo no me acuerdo de nada.

Miró a Stephen a la cara mientras hablaba. Una ligera brisa le rozó la frente, abanicándole suavemente el pelo rubio despeinado y despertando centelleos plateados de ansiedad en sus ojos.

Stephen, abatido por su propia voz, dijo:

—¿Te acuerdas el primer día que fui a tu casa después de la muerte de mi madre?

Buck Mulligan frunció el ceño de pronto y dijo:

—¿Qué? ¿Dónde? No me acuerdo de nada. Me acuerdo sólo de ideas y sensaciones. ¿Por qué? ¿Qué pasó, por Dios santo?

—Estabas preparando el té, dijo Stephen, y pasaste por el descansillo para coger más agua caliente. Tu madre y una visita salían del salón. Te preguntó quién estaba en tu cuarto.

—¿Sí? dijo Buck Mulligan. ¿Qué dije? Lo he olvidado.

—Dijiste, contestó Stephen, *Ah, no es más que Dedalus al que se le ha muerto la madre bestialmente.*

Un rubor que le hizo parecer más joven y atractivo le subió a las mejillas a Buck Mulligan.

—¿Eso dije? preguntó. ¿Sí? ¿Y qué hay de malo en eso? Se deshizo de la tirantez nerviosamente.

—Y ¿qué es la muerte, preguntó, la de tu madre o la tuya o la mía? Tú has visto morir sólo a tu madre. Yo los veo diñarla a diario en el Mater y el Richmond y con las tipas fuera en la sala de disección. Es algo bestial y nada más. Simplemente no importa. Tú no quisiste arrodillarte a rezar por tu madre cuando te lo pidió en su lecho de muerte. ¿Por qué? Porque tienes esa condenada vena jesuítica, sólo que inyectada al revés. Para mí todo es una farsa bestial. Sus lóbulos cerebrales dejan de funcionar. Llama al médico Sir Peter Teazle y coge margaritas de la colcha. Síguele la corriente hasta que todo se acabe. La contrariaste en su última voluntad y en cambio te molestas conmigo porque no lloriqueo como una plañidera cualquiera de casa Lalouette. ¡Qué absurdo! Supongo que lo diría. No quise ofender la memoria de tu madre.

Según hablaba había ido cobrando confianza. Stephen, escudando las heridas abiertas que las palabras habían dejado en su corazón, dijo muy fríamente:

—No estoy pensando en la ofensa a mi madre.

—¿En qué, entonces? preguntó Buck Mulligan.

—En la ofensa a mí, contestó Stephen.

Buck Mulligan giró sobre sus talones.

—¡Ay, eres insufrible! prorrumpió.

Echó a andar apresuradamente a lo largo del parapeto. Stephen se quedó en su puesto, mirando más allá del mar en calma el promontorio. El mar y el promontorio en este momento se ensombrecieron. Tenía palpitaciones en los ojos, nublándole la vista, y sintió la fiebre en las mejillas.

Una voz dentro de la torre llamó fuertemente:

—¿Estás ahí arriba, Mulligan?

—Ya voy, contestó Buck Mulligan.

Se volvió hacia Stephen y dijo:

—Mira el mar. ¿Qué le importan las ofensas? Planta a Loyola, Kinch, y baja ya. El sajón quiere sus lonchas mañaneras. Su cabeza se detuvo de nuevo por un momento a la altura

del remate de la escalera, a nivel del techo:

—No andes dándole vueltas a eso todo el día, dijo. Soy un inconsecuente. Déjate de mustias cavilaciones.

La cabeza desapareció pero el zureo de su voz descendente tronó por el hueco de la escalera:

—*Y no te apartesy le des vueltas*
al misterio del amor amargo,
porque Fergus guía de bronce los carros.

Sombras de espesura flotaban silenciosamente por la paz de la mañana desde el hueco de la escalera hacia el mar al que miraba. En la orilla y más adentro el espejo del agua blanquecía, hollado por pisadas livianas de pies apresurados. Blanco seno del mar ensombrecido. Golpes ligados, dos por dos. Una mano punteando las cuerdas del arpa, combinando acordes ligados. Palabras enlazadas de blancoola fulgurando en la marea ensombrecida.

Una nube empezó a tapar el sol lentamente, completamente, sombreando la bahía en un verde más profundo. Yacía a sus pies, cuenco de aguas amargas. La canción de Fergus: la cantaba a solas en casa, manteniendo los largos acordes oscuros. La puerta de ella abierta: quería escuchar mi música. Silencioso de temor y pesar me acerqué a su cabecera. Lloraba en su cama miserable. Por aquellas palabras, Stephen: el misterio del amor amargo.

¿Dónde ahora?

Sus secretos: viejos abanicos de plumas, carnés de baile con borlas, empolvados con almizcle, un dije de cuentas de ámbar en su cajón acerrojado. Una jaula colgaba de la ventana soleada de su casa cuando era niña. Oyó cantar al viejo Royce en la pantomima Turco el terrible y rió con los demás cuando él cantaba:

Yo soy el rapaz
que puede gozar
invisibilidad.

Regocijo fantasmal, guardado: almizcleperfumado.

Y no te apartes y le des vueltas.

Guardado en el recuerdo de la naturaleza con sus juguetes de niña. Los recuerdos asedian su mente cavilante. El vaso de agua del grifo de la cocina cuando hubo recibido el sacramento. Una manzana descarozada, rellena de azúcar moreno, asándose para ella en la hornilla en un apagado atardecer otoñal. Las uñas perfectas enrojecidas con la sangre de piojos aplastados de las camisas de los niños.

En sueños, silenciosamente, se le había aparecido, el cuerpo consumido en una mortaja holgada, despidiendo olor a cera y palo de rosa, su aliento, posado sobre él con palabras mudas enigmáticas, un tenue olor a cenizas mojadas.

Sus ojos vidriosos, mirando desde la muerte, para conmover y doblegarme el alma. Clavados en mí sólo. Vela espectro para alumbrar su agonía. Luz espectral en su cara atormentada. Ronca respiración recia en estertores de horror, mientras todos rezaban de rodillas. Sus ojos en mí para fulminarme. *Liliata rutilantium te confessorum turma circumdet: iubilantium te virginum chorus excipiat.*

¡Necrófago! ¡Devorador de cadáveres!

¡No, madre! Déjame ser y déjame vivir.

—¡Eh, Kinch!

La voz de Buck Mulligan cantaba desde dentro de la torre. Se acercaba escaleras arriba, llamando de nuevo. Stephen, aún temblando por el lamento de su alma, oyó una cálida luz de sol deslizante y en el aire a su espalda palabras amigas.

—Dedalus, baja, pánfilo. El desayuno está listo. Haines pide disculpas por despertarnos anoche. No pasa nada.

—Ya voy, dijo Stephen, volviéndose.

—Venga, por el amor de Dios, dijo Buck Mulligan. Por el amor mío y por todos los amores.

Su cabeza desapareció y reapareció.

—Le conté lo de tu símbolo del arte irlandés. Dice que es muy agudo. Sácale una libra;

anda. Una guinea, mejor dicho.

—Me pagan esta mañana, dijo Stephen.

—¿La escuela de putas? dijo Buck Mulligan. ¿Cuánto? ¿Cuatro libras? Déjame una.

—Si la necesitas, dijo Stephen.

—Cuatro relucientes soberanos, exclamó Buck Mulligan a gusto. Agarraremos una gloriosa borrachera que asombre a los druídicos druidas. Cuatro omnipotentes soberanos.

Alzó las manos y pateó escaleras de piedra abajo, desafinando una tonadilla con acento chulapo londinense:

—¡Ay, lo pasaremos muy divertido,
bebiendo güisqui, ceruezay vino!
¡El día de la coronación,
de la coronación!
¡Ay, lo pasaremos muy divertido el día de la coronación!

Cálida luz de sol jugueteando sobre el mar. El cuenco de afeitar niquelado relucía, olvidado, en el parapeto. ¿Por qué habría de bajarlo yo? ¿O dejarlo donde está todo el día, amistad olvidada?

Se acercó hasta el cuenco, lo sostuvo en las manos durante un tiempo sintiendo su frescor, aspirando el espumajo aguanoso de la espuma donde la brocha estaba hundida. Del mismo modo llevé la naveta con incienso entonces en Clongowes. Soy otro ahora y sin embargo el mismo. Sirviente también. Servidor de un sirviente.

En la sombría estancia abovedada de la torre la silueta en batín de Buck Mulligan se movía animadamente de un lado para otro alrededor del fogón, tapando y revelando el fulgor amarillo. Dos haces de suave luz cruzaban el suelo embaldosado desde lo alto de las saeteras: y en la unión de los rayos una nube de humo de carbón y humaradas de grasa frita flotaba, girando.

—Nos vamos a asfixiar, dijo Buck Mulligan. Haines, abre la puerta, anda.

Stephen puso el cuenco de afeitar en el armario. Una figura alta se levantó de la hamaca donde había estado sentada, se dirigió a la entrada y abrió de un tirón la contrapuerta.

—¿Tienes la llave? preguntó una voz.

—Dedalus la tiene, dijo Buck Mulligan. ¡La madre que ... que me asfixio!

Berreó sin quitar la vista del fuego:

—¡Kinch!

—Está en la cerradura, dijo Stephen, avanzando.

La llave chirrió en círculo ásperamente dos veces y, cuando el portón hubo quedado entreabierto, una luz anhelada y aire brillante penetraron. Haines estaba en la entrada mirando hacia fuera. Stephen arrastró su maleta puesta de pie hasta la mesa y se sentó y esperó. Buck Mulligan echó la fritada en la fuente que había junto a él. Después llevó la fuente y una gran tetera a la mesa, las plantó pesadamente sobre la misma y suspiró con alivio.

—Me derrito, dijo, como apuntó la vela al .... Pero ¡chis! ¡Ni una palabra más sobre ese asunto! ¡Kinch, despierta! Pan, mantequilla, miel. Haines, ven. El rancho está listo. Bendice, Señor, estos alimentos. ¿Dónde está el azúcar? ¡Ay, pardiez, no hay leche!

Stephen fue por la hogaza y el tarro de miel y la mantequera al armario. Buck Mulligan se sentó con mal humor repentino.

—¿Qué casa de putas es ésta? dijo. Le avisé que viniera pasadas las ocho.

—Podemos tomarlo solo, dijo Stephen sediento. Hay un limón en el armario.

—¡Maldito seas tú y tus gustos parisinos! dijo Buck Mulligan. Yo lo que quiero es leche de Sandycove.

Haines vino desde la entrada y dijo tranquilamente: —Esa mujer sube ya con la leche.

—¡La bendición de Dios sea contigo! exclamó Buck Mulligan, levantándose de golpe de la silla. Siéntate. Echa el té ahí ya. El azúcar está en la bolsa. Toma, que no voy a seguir dándole a esos malditos huevos.

Troceó la fritada en la fuente y la echó a paletadas en tres platos, diciendo:

—In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

Haines se sentó para echar el té.

—Os pongo dos terrones a cada uno, dijo. Pero, digo, Mulligan, pues sí que haces tú el té fuerte ¿no?

Buck Mulligan, cortando gruesas rebanadas de la hogaza, ijo con voz de vieja marrullera:

—Cuando h'ago té, h'ago té, como decía la vieja tía Grogan. Y cuando h'ago aguas, h'ago aguas.

—Por Júpiter, esto sí que es té, dilo Haines. Buck Mulligan siguió cortando y marrullando:

—*Eso es lo queyo hago, Mrs. Cahill,* dice ella. *Jesús, señora,* dice Mrs. Cahill, *no permita Dios que haga usted las dos cosas en el mismo cacharro.*

Embistió a sus compañeros de mesa por turno con una gruesa rebanada de pan, empalada en el cuchillo.

—Ése es el pueblo, dijo muy formalmente, para tu libro, ao Hanes. Cinco líneas de texto y diez páginas de notas sobre lo popular y los diosespeces de Dundrum. Impreso por las hermanas brujas en el año del gran vendaval.

Se volvió hacia Stephen y le preguntó con exquisita voz insidiosa, arqueando las cejas:

—¿Recuerdas, hermano, si se habla del cacharro para el té y las aguas de la tía Grogan en el Mabinogion o es en los Upanishads?

—Lo dudo, dijo Stephen gravemente.

—¿De verdad? dijo Buck Mulligan con el mismo tono. o ¿Podrías dar razones, si te place?

—Me imagino, dijo Stephen al tiempo que comía, que no existió ni dentro ni fuera del Mabinogion. La tía Grogan era, se supone, parienta de Mary Ann.

La cara de Buck Mulligan sonrió a gusto.

—¡Delicioso! dijo con dulce voz remilgada, mostrando los dientes blancos y parpadeando placenteramente. ¿.Crees que sí? ¡Qué delicioso!

Luego, ensombreciéndosele repentinamente la cara, gruñó con enronquecida voz carrasposa mientras seguía cortando vigorosamente la hogaza:

—*Porque a la vieja Mary Ann todo le importa un carajo.*
Pero, en levantándose el refajo....

Se atiborró la boca de fritada y masticó y zureó.

La puerta se oscureció con una silueta que entraba.

—¡La leche, señor!

—Adelante, señora, dijo Mulligan. Kinch, trae la jarra.

Una vieja avanzó y se puso junto a Stephen.

—Hace una mañana muy buena, señor, dijo ella. Alabemos al Señor.

—¿A quién? dijo Mulligan, mirándola. ¡Ah, sí, desde luego! Stephen se echó para atrás y cogió la jarra de la leche del armario.

—Los isleños, dijo Mulligan a Haines despreocupadamente, hablan frecuentemente del recaudador de prepucios.

—¿Cuánta, señor? preguntó la vieja.

—Un cuarto de galón, dijo Stephen.

Se fijó en cómo vertía en la medida y de ahí en la jarra la cremosa leche blanca, no de ella. Viejas tetas secas. Vertió de nuevo hasta arriba una medida y la chorrada. Vieja y arcana había entrado desde un mundo matutino, tal vez mensajera. Alababa la sustancia de la leche, mientras la echaba. Agazapada junto a una paciente vaca al despuntar el día en el campo exuberante, como bruja en su seta quitasol, dedos rugosos ágiles en las ubres chorreantes. Mugía a su alrededor a la que conocía, el ganado rocíosedoso. Seda del hato y pobre vieja, nombres que le dieron en tiempos de antaño. Arpía errante, vil criatura inmortal que sirve al conquistador y al seductor desleal, la consentida de ambos, mensajera de la mañana arcana. Para servir o para reprender, no sabría decir: pero desdeñaba pedirle sus favores.

—Sí, sin lugar a dudas, señora, dijo Buck Mulligan, echando la leche en las tazas.

—Pruébela, señor, dijo ella.

Bebió siguiendo su ruego.

—Si pudiéramos vivir de alimentos sanos como éste, le dijo en tono algo fuerte, no tendríamos el país lleno de dientes podridos y de tripas podridas. Vivimos en una ciénaga, comemos bazofia y las calles soladas con polvo, moñigos y escupitajos de tísico.

—¿Es usted estudiante de medicina, señor? preguntó la vieja.

—Lo soy, señora, contestó Buck Mulligan.

—Ande, fijese, dijo.

Stephen escuchaba en silencio desdeñoso. Inclina la vieja cabeza ante la voz que le habla fuertemente, ante su ensalmador, su curandero: a mí me desprecia. Ante la voz que confesará y ungirá para la sepultura a todo lo que de ella quede salvo sus lomos impuros de mujer, de la carne del hombre no hecha a semejanza de Dios, la presa de la serpiente. Y ante la voz fuerte que ahora la manda callar con mirada inquieta perpleja.

—¿Entiende lo que le dice? le preguntó Stephen.

—Está usted hablando francés, señor? le dijo la vieja a Haines.

Haines volvió a dirigirse a ella con una perorata aún más larga, confiadamente.

—Irlandés, dijo Buck Mulligan. ¿Comprende algo el gaélico?

—Pensé que era irlandés, dijo ella, por cómo sonaba. ¿Es so usted del oeste, señor?

Yo soy inglés, contestó Haines.

—Es inglés, dijo Buck Mulligan, y piensa que deberíamos hablar irlandés en Irlanda.

—Claro que sí, dijo la vieja, y me avergüenzo de no hablar yo la lengua. Dicen que es una hermosa lengua los que saben.

—Hermosa no es el término adecuado, dijo Buck Mulligan. Completamente maravillosa. Échanos más té, Kinch. ¿Le apetece una taza, señora?

—No, gracias, señor, dijo la vieja, deslizando el asa de la cántara por el antebrazo a punto de marcharse.

Haines le dijo:

—¿Tiene la cuenta? Deberíamos pagarle, Mulligan ¿no te parece?

Stephen llenó de nuevo las tres tazas.

—¿La cuenta, señor? dijo, deteniéndose. Bueno, son siete mañanas una pinta a dos peniques hacen dos sietes lo que hace un chelín y dos peniques por un lado y estas tres mañanas un cuarto a cuatro peniques hacen tres cuartos lo que hace un chelín. Eso hace un chelín y uno con dos eso es dos con dos, señor.

Buck Mulligan suspiró y, habiéndose llenado la boca con un trozo de pan abundantemente untado de mantequilla por los dos lados, estiró las piernas y empezó a hurgarse en los bolsillos del pantalón.

—Paga y alegra esa cara, le dijo Haines, sonriendo.

Stephen llenó por tercera vez, una cucharada de té coloreando tenuemente la espesa leche cremosa. Buck Mulligan sacó un florín, le dio vueltas entre los dedos y exclamó:

—¡Milagro!

Lo pasó por encima de la mesa hacia la vieja, diciendo:

—No pidas más de mí, colibrí:
Todo lo que tengo te di.

Stephen puso la moneda en la mano indiferente de ella.

—Le quedamos a deber dos peniques, dijo.

—Hay tiempo de sobra, señor, dijo, cogiendo la moneda. Hay tiempo de sobra. Buenos días, señor.

Saludó con una reverencia y salió, seguida por la salmodia cariñosa de Buck Mulligan:

—Vida de mi vida, si más hubiera,
más a tus pies uno pusiera.

Se volvió a Stephen y dijo:

—En serio, Dedalus. Estoy tieso. Aligera y vete a tu escuela de putas y trae algún dinero. Hoy los bardos han de beber y solazarse. Irlanda espera que todo hombre en este día cumpla con su deber.

—Eso me recuerda, dijo Haines, levantándose, que tengo que ir a vuestra biblioteca nacional hoy.

—A nadar primero, dijo Buck Mulligan.

Se volvió a Stephen y preguntó melosamente:

—¿Te toca hoy el baño mensual, Kinch?

Luego dijo a Haines:

—El sucio bardo se emperra en bañarse una vez al mes.

—Irlanda entera está bañada por la corriente del golfo, dijo Stephen mientras dejaba chorrear un hilo de miel sobre la rebanada de la hogaza.

Haines desde el rincón donde se anudaba despaciosamente un pañuelo alrededor del cuello suelto de su camisa de tenis habló:

—Me propongo recopilar tus dichos, si me dejas.

Hablándome. Se bañan y se remojan y se refriegan. Mordedura de la conciencia. Conciencia. Si bien aquí queda una mancha.

—Ese del espejo rajado de una sirvienta como símbolo del arte irlandés es endiabladamente bueno.

Buck Mulligan le dio con el pie a Stephen por debajo de la mesa y dijo en tono entusiasta:

—Espera a oírle hablar de Hamlet, Haines.

—Sí, es a lo que voy, dijo Haines, hablándole aún a Stephen. Estaba precisamente pensando en ello cuando esa pobre vieja entró.

—¿Sacaría algún dinero con eso? preguntó Stephen.

Haines se rió y, mientras cogía el sombrero suave y gris del enganche de la hamaca, dijo:

—No lo sé, la verdad.

Dio unos pasos para fuera hasta la salida. Buck Mulligan se inclinó hacia Stephen y dijo con rudeza vivaz:

—Acabas de meter la pezuña. ¿Por qué has tenido que decir eso?

—¿Y bien? dijo Stephen. La cuestión es conseguir dinero. ¿De quién? De la lechera o de él. Es un cara o cruz, creo.

—He hecho que se sienta ufano de ti, dijo Buck Mulligan, y ahora me sales con tus miradas de idiota y tus sombríos sarcasmos de jesuita.

—Espero poco, dijo Stephen, de ella o de él.

Buck Mulligan suspiró trágicamente y puso la mano en el brazo de Stephen.

—Espera de mí, Kinch, dijo.

Con un tono repentinamente alterado añadió:

—Para decir la pura verdad, creo que tienes razón. Para lo que valen, que se vayan al diablo. ¿Por qué no los tratas como yo lo hago? Que se vayan todos ellos al infierno. Vayámonos de esta casa de putas.

Se levantó, se soltó gravemente el cinturón y se desprendió del batín, diciendo resignadamente:

—Mulligan es despojado de sus vestiduras.

Vació los bolsillos sobre la mesa.

—Ahí tienes el mocadero, dijo.

Y poniéndose el cuello duro y la corbata rebelde les habló, regañándolos, y a la cadena colgante de su reloj. Sus manos se hundieron y rebuscaron en el baúl mientras pedía un pañuelo limpio. Dios, simplemente tendremos que representar el papel. Quiero unos guantes buriel y unas botas verdes. Contradicción. ¿Me contradigo? Muy bien, pues, me contradigo. Malachi mercurial. Un proyectil negro y lacio salió disparado de las manos que hablaban.

—Y ahí tienes tu sombrero de Barrio Latino, dijo. Stephen lo recogió y se lo puso. Haines los llamó desde la entrada:

—¿Venís, compañeros?

—Estoy preparado, contestó Buck Mulligan yendo hacia la puerta. Sal, Kinch. Te habrás comido todo lo que dejamos, supongo.

Resignado, salió afuera con graves palabras y porte, diciendo casi con pesadumbre:

—Y salió cabizbundo y meditabajo.

Stephen, cogiendo la vara de fresno del apoyadero, les siguió hasta fuera y, mientras ellos bajaban por la escalerilla, tiró del pesado portón de hierro y lo cerró con la llave. Se guardó la enorme llave en el bolsillo interior.

Al pie de la escalerilla preguntó Buck Mulligan:

—¿Traes la llave?

—La tengo, dijo Stephen, adelantándolos.

Siguió andando. Tras él oyó a Buck Mulligan que golpeaba con la gruesa toalla de baño los altos tallos de los helechos o las hierbas.

—¡Abajo, señor! ¡Cómo se atreve, señor!

Haines preguntó:

—¿Pagáis alquiler por la torre?

—Doce libras, dijo Buck Mulligan.

Al ministro de la guerra, añadió Stephen por encima del hombro.

Se detuvieron mientras Haines examinaba la torre y decía al fin:

—Más bien inhóspito en invierno, diría yo. ¿Martello la llamáis?

—Billy Pitt las mandó construir, dijo Buck Mulligan, cuando los franceses surcaban los mares. Pero la nuestra es el *omphalos*.

—¿Qué piensas de Hamlet? preguntó Haines a Stephen.

—No, no, gritó Buck Mulligan con dolor. No estoy ahora para Tomás de Aquino y las cincuentaicinco razones que ha recopilado para apoyarlo. Espera a que me haya metido unas cuantas cervezas primero.

Se volvió a Stephen, diciendo, mientras se estiraba meticulosamente las puntas de su chaleco lila:

—No podrías explicarlo con menos de tres cervezas ¿verdad, Kinch?

—Ha esperado tanto, dijo Stephen lánguidarnente, que puede esperar más.

—Me pica la curiosidad, dijo Haines amigablemente. ¿Es alguna paradoja?

—¡Bah! dijo Buck Mulligan. Hemos superado a Wilde y las paradojas. Es bastante sencillo. Demuestra por álgebra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare y que él mismo es el espectro de su propio padre.

—¿Qué? dijo Haines, empezando a señalar a Stephen. ¿Él mismo?

Buck Mulligan se colgó la toalla del cuello a modo de estola y, doblándose de risa, le dijo a Stephen al oído:

—¡Oh, sombra de Kinch el viejo! ¡Jafet en busca de un padre!

—Uno está siempre cansado por la mañana, dijo Stephen a Haines. Y es más bien largo de contar.

Buck Mulligan, avanzando de nuevo, alzó las manos.

—La sagrada cerveza sólo puede soltarle la lengua a Dedalus, dijo.

—Lo que quiero decir, explicó Haines a Stephen mientras seguían, es que esta torre y estos acantilados me recuerdan de alguna manera a Elsinore. *Que se adentra en el mar sobre su base* ¿no te parece?

Buck Mulligan se volvió repentinamente por un instante hacia Stephen pero no habló. En ese instante silente e iluminador Stephen se vio a sí mismo con su barata y mugrienta indumentaria de luto entre los alegres atuendos de ellos.

—Es una historia maravillosa, dijo Haines, deteniéndolos de nuevo.

Ojos, pálidos como el mar que el viento hubiera refrescado, más pálidos, seguros y prudentes. Soberano de los mares, extendió la vista al sur por la bahía, vacía salvo por el penacho de humo del barco correo difuso en el horizonte brillante y por una vela cambiante cerca de los Muglins.

—Leí una interpretación teológica de la misma en algún sitio, dijo absorto. La idea del Padre y del Hijo. El Hijo intentando reconciliarse con el Padre.

Buck Mulligan en seguida puso una cara despreocupada de amplia sonrisa. Los miró, la boca bien perfilada abierta felizmente, los ojos, de los que había borrado repentinamente todo rastro de sagacidad, parpadeando locos de contento. Movió una cabeza de muñeco adelante y atrás, agitándosele el ala del panamá, y empezó a salmodiar con tranquila voz feliz y necia:

Jamás habréis visto un joven tan raro,
mi madre judía, padre un pajarraco.
Con josé el fijador bien no me llevo.
Por los discípulosy el Calvario brindemos.

Levantó un índice en señal de aviso:

—Si alguien pensara que no soy divino
no beberá gratis mientras hago el vino,
sino agua, y ojalá sea una clara
cuando el vino otra vez agua se haga.

Dio un tirón velozmente de la vara de fresno de Stephen a modo de despedida y, corriendo hacia una proyección en el acantilado, aleteando las manos a los costados como si fueran aletas o alas de alguien a punto de levitar, salmodió:

—¡Adiós, digo, adiós! Escribid lo que he dicho
y contada todo quisque que resucité de entre los nichos.
La querencia no falla, y volaré ¡por Dios!
Sopla brisa en Olivete — ¡Adiós, digo, adiós!

Descendió corcoveando ante ellos hacia el agujero de cuarenta pies, aleteando con manos aladas, dando saltos resueltamente, el sombrero de Mercurio agitándose en el aire fresco que les devolvía sus dulces y breves gorjeos.

Haines, que se había estado riendo precavidamente, siguió su camino al lado de Stephen y dijo:

—No deberíamos reímos, supongo. Es más bien blasfemo. No es que yo sea creyente, tengo que decir. Aun así su alborozo borra la ofensa de alguna manera ¿no crees? ¿Cómo lo llamó? ¿José el fijador?

—La balada de Jesús jacarero, contestó Stephen.

—Ah, dijo Haines. La has oído antes ¿no?

—Tres veces al día, después de las comidas, dijo Stephen secamente.

—Tú no eres creyente ¿verdad? preguntó Haines. Mejor dicho, creyente en el más puro sentido de la palabra. La creación de la nada y milagros y un Dios personal.

—Sólo tiene un sentido esa palabra, me parece a mí, dijo Stephen.

Haines se paró y sacó una pitillera plana de plata en la que cintilaba una piedra verde. La abrió de golpe con el pulgar y la ofreció.

—Gracias, dijo Stephen, cogiendo un cigarrillo.

Haines tomó uno y cerró la pitillera con un chasquido. La volvió a guardar en el bolsillo lateral y sacó del bolsillo del chaleco un yesquero de níquel, lo abrió de golpe también y, una vez encendido su cigarrillo, ofreció la yesca encendida a Stephen en el hueco de las manos.

—Sí, desde luego, dijo, mientras proseguían. O se cree o no se cree ¿no es así? Personalmente yo no podría tragarme la idea esa de un Dios personal. Tú no defiendes eso, supongo.

—Estás contemplando, dijo Stephen con marcado malestar, un horrible ejemplar de libre pensador.

Prosiguió andando, esperando que le volvieran a hablar, tirando de la vara de fresno a su lado. El regatón le seguía ligeramente por el sendero, rechinando a sus talones. Mi familiar, tras de mí, llamando ¡Steeeeeeeeeeeephen! Una raya vacilante en el sendero. Por

la noche la pisarán, cuando vengan en la oscuridad. Él quiere esa llave. Es mía. Yo pagué el alquiler. Ahora como su pan. Dale la llave también. Todo. Lo pedirá. Se le notaba en los ojos.

—Después de todo, empezó Haines ....

Stephen se volvió y vio que la mirada fría que lo midiera de arriba abajo no era del todo desagradable.

—Después de todo, supongo que te puedes liberar. Uno es su propio dueño, me parece a mí.

—Soy el sirviente de dos amos, dijo Stephen, el uno inglés y el otro italiano.

—¿Italiano? dijo Haines.

Una reina loca, vieja y celosa. Arrodíllate ante mí.

—Y un tercero, dijo Stephen, hay que me quiere para chapuzas.

—Italiano? dijo Haines de nuevo. ¿Qué quieres decir?

—El estado imperial británico, contestó Stephen subiéndole el color, y la santa iglesia de Roma católica y apostólica.

Haines se quitó del labio inferior unas hebras de tabaco antes de hablar.

—Lo comprendo muy bien, dijo sosegadamente. Un irlandés tiene que pensar así, debo decir. Nosotros sabemos en Inglaterra que os hemos tratado más bien injustamente. Parece ser que la historia tiene la culpa.

Los orgullosos y potentes títulos tañeron en la memoria de Stephen el triunfo del bronce estridente: *et unam sanctam catholicam et apostolicam ecclesiam:* el lento desarrollo y cambio de ritos y dogmas como sus propios y excepcionales pensamientos, un misterioso proceso estelar. Símbolo de los apóstoles en la misa por el papa Marcelo, las voces en armonía, cantando al unísono, fuerte, afirmando: y tras la salmodia el vigilante ángel de la iglesia militante desarmaba y amenazaba a sus heresiarcas. Una horda de herejías en desbandada con las mitras al sesgo: Fotino y la camada de farsantes entre los que se encontraba Mulligan, y Arrio, luchando de por vida a causa de la consustancialidad del Hijo con el Padre, y Valentín, profanando el cuerpo terrenal de Cristo, y el sutil heresiarca africano Sabelio que mantenía que el Padre era Él mismo Su propio Hijo. Palabras que Mulligan había pronunciado momentos antes en pura farsa ante el extraño. Farsa

ociosa. El vacío aguarda ciertamente a todos aquellos que urden patrañas: amenaza, desarme y vapuleo a manos de los ángeles batalladores de la Iglesia, de la hueste de Miguel, que la defienden por siempre en la hora del combate con lanzas y escudos.

¡Bien dicho, bien dicho! Aplauso prolongado. *Zut! Nom de Dieu!*

—Desde luego que soy británico, dijo la voz de Haines, y me siento como tal. No quisiera tampoco ver a mi país en manos de judíos alemanes. Ése es nuestro problema nacional, me temo, en estos momentos.

Había dos hombres de pie al borde del acantilado, observando: comerciante, barquero.

—Se dirige al muelle de Bullock.

El barquero señaló con la cabeza hacia el norte de la bahía con algo de desdén.

—Hay cinco brazas ahí adentro, dijo. Lo arrastrará hacia allá cuando suba la marea a eso de la una. Hoy hace nueve días.

El hombre que se ahogó. Una vela que vira en la bahía solitaria esperando que un henchido fardo surja, que vuelva hacia el sol una cara tumefacta, blanca de sal. Aquí me tenéis.

Siguieron el sinuoso sendero que descendía hasta la ensenada. Buck Mulligan de pie sobre una piedra, en mangas de camisa, con la corbata suelta ondeando por encima del hombro. Un joven, sujetándose a un puntal rocoso cercano, movía lentamente como una rana las piernas verdes en la profundidad gelatinosa de las aguas.

—¿Está contigo el hermano, Malachi?

—En Westmeath. Con los Bannon.

—¿Aún allí? He recibido una tarjeta de Bannon. Dice que ha encontrado una linda jovencita allí. La chica de fotos la llama.

—Instantánea ¿eh? De corta exposición.

Buck Mulligan se sentó y se desató las botas. Un hombre mayor sacó de repente cerca del saliente rocoso una cara colorada y jadeante. Trepó con esfuerzo por las piedras, el agua resplandeciéndole en la mollera y en su guirlanda de cabellos grises, el agua escurriéndole por el pecho y la panza y cayéndole a chorros de las negras calzonas colganderas.

Buck Mulligan se apartó para que trepara y pasara y, mirando a Haines y a Stephen, se persigno piadosamente con la uña del pulgar en la frente, en los labios y en el esternón.

—Seymour está de vuelta en la ciudad, dijo el joven sujetándose de nuevo al saliente rocoso. Ha plantado la medicina y se va al ejército.

—¡Bah! ¡No jodas! dijo Buck Mulligan.

—Empieza la semana que viene a pringar. ¿Conoces a esa pelirroja Carlisle, Lily?

—Sí.

—Andaba besuqueándose con él anoche en el rompeolas. El padre está podrido de dinero.

—¿Ha saltado la barrera?

—Mejor que le preguntes a Seymour.

—¡Seymour un cabrón oficial! dilo Buck Mulligan.

Asintió con la cabeza para sí mientras se quitaba los pantalones y se ponía de pie, repitiendo el dicho vulgar:

—Las pelirrojas retozonas como cabras.

Se interrumpió alarmado, y se palpaba el costado bajo la camisa que se agitaba con el viento.

—Me falta la duodécima costilla, exclamó. Soy el *Übermensch*. Kinch el desdentado y yo, los superhombres. Se quitó con dificultad la camisa y la echó detrás hacia donde tenía la ropa.

—¿Te metes, Malachi?

—Sí. Haz sitio en la cama.

El joven dio un impulso para dentro en el agua y llegó al centro de la ensenada en dos largas y limpias brazadas. Haines se sentó en una piedra, fumando.

—¿No te metes? preguntó Buck Mulligan.

—Luego, dijo Haines. No con el desayuno en la boca.

Stephen se volvió dispuesto a marcharse.

—Me voy, Mulligan, dijo.

—Déjanos la llave, Kinch, dijo Buck Mulligan, para que no se vuele la camisola.

Stephen le alargó la llave. Buck Mulligan la puso sobre el montón de ropa.

—Y dos peniques, dijo, para una cerveza. Tíralos ahí.

Stephen tiró dos peniques en el blando montón. Vistiéndose, desvistiéndose. Buck Mulligan erguido, con las manos juntas delante, dijo solemnemente:

—Aquel que roba al pobre le presta al Señor. Así habló Zaratustra.

Su cuerpo orondo se zambulló.

—Hasta la vista, dijo Haines volviéndose al tiempo que Stephen subía por el sendero, y sonriéndose del irlandés salvaje.

Cuerno de toro, casco de caballo, sonrisa de sajón.

—En el Ship, gritó Buck Mulligan. Doce y media.

—Bien, dijo Stephen.

Caminó por el sendero que ascendía ondulante.

Liliata rutilantium.
Turna circumdet.
Iubilantium te virginum.

El nimbo gris del sacerdote en un hueco donde se vestía discretamente. No dormiré aquí esta noche. A casa tampoco puedo ir.

Una voz de tono dulce y prolongada le llamó desde el mar. Al doblar la curva dijo adiós con la mano. Llamó de nuevo. Una cabeza parda y lustrosa, la de una foca, allá adentro en el agua, redonda.

Usurpador.

2

—USTED, Cochrane ¿qué ciudad mandó a buscarlo?

—Tarento, señor.

—Muy bien. ¿Y qué? —Hubo una batalla, señor.

—Muy bien. ¿Dónde?

La cara en blanco del chico preguntó a la ventana en blanco.

Fabulada por las hijas de la memoria. Y, sin embargo, fue de alguna manera, si no tal como la memoria lo fabulara. Una frase, pues, de impaciencia, ruido sordo de alas de exuberancia de Blake. Oigo la devastación del espacio, cristal destrozado y desplome de mampostería, y el tiempo una lívida flama final. ¿Qué nos queda entonces?

—He olvidado el lugar, señor. En el año 279 a. de C. Áscoli, dijo Stephen, echando una ojeada al nombre y la fecha en el libro desvencijado.

—Sí, señor. Y dijo: *Otra victoria como ésay estamos perdidos.*

Esa frase el mundo la había recordado. Obtusa seguridad de conciencia. Desde una colina que domina una explanada sembrada de cadáveres un general arenga a sus oficiales, apoyado en su lanza. Cualquier general a cualquier grupo de oficiales. Ellos le prestan atención.

—Usted, Armstrong, dijo Stephen. ¿Cómo terminó Pirro?

—¿Cómo terminó Pirro, señor?

—Yo lo sé, señor. Pregúnteme a mí, señor, dijo Comyn.

—Espere. Usted, Armstrong. ¿Sabe algo sobre Pirro?

Un cartucho de panecillos de higos se encontraba bien guardado en la cartera de Armstrong. Los enrollaba entre las palmas a ratos y los tragaba suavemente. Migajas pegadas en el rojo de sus labios. Aliento dulzón de niño. Gente bien, orgullosa de tener al hijo mayor en la marina. Vico Road, Dalkey.

—-¿Pirro, señor? Pirro, pirrarse.

Todos rieron. Risotada triste maliciosa. Armstrong miró a su alrededor a los compañeros, júbilo tonto de perfil. Dentro de un momento volverán a reír más fuerte, sabiendo mi falta de autoridad y las mensualidades que pagan sus papás.

—Dígame, dijo Stephen, dándole al niño en el hombro con el libro ¿qué es eso de pirrarse?

—Pirrarse, señor, dijo Armstrong. Gustarte algo mucho. Me pirro por el espigón de Kingstown, señor.

Algunos rieron otra vez; tristemente, pero con intención. Dos de la última banca cuchicheaban. Sí. Sabían: ni habían aprendido ni jamás habían sido inocentes. Todos. Con envidia observó las caras: Edith, Ethel, Gerty, Lily. Sus parecidos: sus alientos, también, dulzones por el té y la mermelada, sus pulseras riendo disimuladamente en el forcejeo.

—El espigón de Kingstown, dijo Stephen. Sí, un puente frustrado.

Las palabras turbaron sus miradas.

—¿Cómo, señor? preguntó Comyn. Los puentes están sobre los ríos.

Para el libro de dichos de Haines. Nadie aquí para oírlo. Esta noche diestramente en la algarabía de copas y voces, horadar la pulida malla de su mente. ¿Y entonces qué? Un bufón en la corte de su amo, mimado y despreciado, ganándose la alabanza de un amo clemente. ¿Por qué habían elegido todos ese papel? No era precisamente por la caricia suave. También para ellos la historia era un cuento como cualquier otro oído demasiado a menudo, su tierra una casa de empeños.

De no haber caído Pirro a manos de una buscona en Argos o no haber sido julio César

apuñalado de muerte. No deben desterrarse del pensamiento. El tiempo los ha marcado y encadenados se alojan en la habitación de las posibilidades infinitas que ellos han desplazado. Pero ¿son posibles aquéllas sabiendo que nunca existieron? ¿O fue sólo posible aquello que llegó a ocurrir? Teje, tejedor del viento.

—Cuéntenos un cuento, señor.

—¡Sí, sí, señor! Un cuento de fantasmas.

—¿Por dónde nos quedamos aquí? preguntó Stephen abriendo otro libro.

—*No lloréis más,* dijo Comyn.

—Continúe pues, Talbot.

—¿Y el cuento, señor?

—Después, dijo Stephen. Continúe, Talbot.

Un chico moreno abrió un libro y lo reclinó resueltamente contra la solapa de la cartera. Recitó ristras de versos echando ojeadas furtivas al texto:

—No lloréis más, tristes pastores, no lloréis más
pues Licas, vuestro pesar, no está muerto,
aunque hundido esté bajo la piel de las ondas....

Debe ser un movimiento pues, una actualización de lo posible como posible. La frase de Aristóteles tomó forma en los versos chachareados y salió flotando adentrándose en el silencio aplicado de la biblioteca de Santa Genoveva donde había leído, cobijado contra el pecado de Pans, noche tras noche. A su lado, un delicado siamés memorizaba un manual de estrategia. Cerebros alimentados y alimentándose a mi alrededor: bajo lámparas incandescentes, empalados, con débiles tentáculos tentativos: y en la oscuridad de mi mente, indolencia del inframundo, recelosa, miedosa de la luz, mudando los pliegues escamosos de dragón. Pensar es el pensar del pensar. Luz sosegada. El alma es de alguna manera todo lo que es: el alma es la forma de las formas. Sosiego repentino, vasto, candente: forma de las formas.

Talbot repitió:

—Por el poder amado de Aquel que caminó sobre las olas,
por el poder amado.....

—Pase la página, dijo Stephen quedamente. No veo nada. —¿Cómo, señor? preguntó Talbot simplemente, inclinandose hacia delante.

Su mano pasó la página. Se echó hacia atrás y continuó, habiendo recordado de pronto. De aquel que caminó sobre las olas. Aquí también en estos corazones miserables se posa su sombra y en el corazón y los labios del burlón y en los míos. Se posa en las caras ansiosas de quienes le ofrecieron una moneda de tributo. A César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Una mirada larga de ojos oscuros, una frase indescifrable para tejer y entretejer en los telares de la iglesia. Sí.

Acertijo, acertijo, intenta acertar.
Mi padre me dio semillas para sembrar.

Talbot deslizó el libro cerrado dentro de la cartera.

—¿Eso es todo? preguntó Stephen.

—Sí, señor. Hockey a las diez, señor.

—Media jornada, señor. Jueves.

—¿Quién puede adivinar este acertijo? preguntó Stephen.

Guardaron los libros, los lápices zurriando, las páginas crujiendo. Apelotonándose unos con otros, cincharon las correas y abrocharon las hebillas de las carteras, chachareando todos alegremente:

—¿Un acertijo, señor? Pregúnteme a mí, señor.

—A mí, señor.

—Uno dificil, señor.

—Ahí va el acertijo, dijo Stephen:

El gallo ha cantado,
el cielo cobalto:
campanas en las alturas

dan las diezy una.
Hora es que esta pobre alma
ascienda a las alturas.

¿Qué es?

—¿Qué, señor?

—Otra vez, señor. No lo hemos oído.

Los ojos se les agrandaban según los versos se repetían. Después de un silencio dijo Cochrane:

—¿Qué es, señor? Nos damos por vencidos.

Stephen, picándole la garganta, contestó:

—El zorro enterrando a su abuela bajo un acebo.

Se levantó y soltó una carcajada nerviosa a la cual le hicieron eco las voces descorazonadas de los niños.

Un palo pegó en la puerta y en el corredor una voz llamaba:

—¡Hockey!

Se produjo una desbandada, ladeándose para salir de entre las bancas, saltándolas. Apresuradamente desaparecieron y del trastero llegó el traqueteo de los palos y el ruido confuso de botas y voces.

Sargent, el único que se había rezagado, se acercó lentamente mostrando un cuaderno abierto. El cabello recio y el cuello canijo evidenciaban su endeblez y a través de sus gafas empañadas unos ojos inseguros miraban suplicantes. En la mejilla, pálida y exangüe, había una tenue mancha de tinta, dactilada, reciente y lienta como la estela del caracol.

Alargó el cuademo. La palabra Aritmética estaba escrita en la cabecera. Debajo había cifras tambaleantes y al pie una firma torcida con círculos floreados y un borrón. Cyril Sargent: su nombre y rúbrica.

—Mr. Deasy me dijo que los volviera a hacer de nuevo, dijo, y que se los enseñara a usted, señor.

Stephen tocó los bordes del libro. Futilidad.

—¿Sabe cómo se hacen ahora? preguntó.

—Del once al quince, contestó Sargent. Mr. Deasy dijo que los debía copiar de la pizarra, señor.

—¿Los sabe usted hacer solo? preguntó Stephen.

—No, señor.

Feo y fútil: cuello delgado y cabello recio y una mancha de tinta, la estela del caracol. Y sin embargo alguien lo había amado, llevado en brazos y en el corazón. De no haber sido por ella, la raza humana lo hubiera pisoteado, como caracol aplastado sin cascarón. Ella había amado su débil sangre acuosa drenada de la suya. ¿Era eso entonces lo real? ¿Lo único verdadero en la vida? El cuerpo postrado de su madre que el ardiente Colombo con santo fervor montó. Ya no existía: el trémulo esqueleto de una ramilla quemado en el fuego, un olor a palo de rosa y a cenizas mojadas. Ella lo había salvado de ser pisoteado y se había ido, sin apenas haber existido. Una pobre alma que ascendió a las alturas: y en un brezal bajo estrellas parpadeantes un zorro, fetidez roja de rapiña en su piel, con brillantes ojos despiadados, escarba en la tierra, escucha, escarba la tierra, escucha, escarba y escarba.

Sentado a su lado, Stephen resolvía el problema. Demuestra por álgebra que el espectro de Shakespeare es el abuelo de Hamlet. Sargent miraba de reojo a través de sus gafas caídas. Los palos de hockey traqueteaban en el trastero: el golpe hueco de una pelota y voces en el campo.

Por la página los símbolos se movían en una sombría danza moruna, en el retorcimiento de sus letras, llevando gorras estrambóticas de cuadrados y cubos. Daos las manos, cruzaos, saludad a la pareja: así: trasgos de fantasía de los moros. Se han ido también del mundo, Averroes y Moisés Maimonides, hombres oscuros de semblante y ademanes, difundiendo desde sus espejos burlones el alma turbia del mundo, oscuridad brillando en la claridad que la claridad no podía comprender.

—¿Lo entiende ahora? ¿Puede hacer el segundo usted solo?

—Sí, señor.

Con grandes y agitados trazos Sargent copió los datos. A la espera siempre de una palabra de ayuda su mano trasladaba fielmente los símbolos vacilantes, un leve tinte de vergüenza tremolando tras la pálida piel. Amor matris: genitivo subjetivo y objetivo. Con su sangre débil y leche seroagria le había alimentado y escondido de la vista de otros sus pañales.

Como él era yo, los hombros caídos, sin atractivo. Mi niñez se inclina a mi lado. Demasiado lejana para poder encontrarla ni una vez ni ligeramente. La mía lejana y la suya enigmática como nuestros ojos. Enigmas, silenciosos, pétreos se aposentan en los oscuros palacios de nuestros dos corazones: enigmas hastiados de su tiranía: tiranos, dispuestos a ser destronados.

La operación aritmética estaba hecha.

—Es muy simple, dijo Stephen mientras se levantaba.

—Sí, señor. Gracias, contestó Sargent.

Secó la página con una fina hoja de papel secante y llevó el cuaderno de vuelta a su banca.

—Será mejor que coja el palo y salga con los demás, dijo Stephen mientras seguía hacia la puerta a la figura sin atractivo del niño.

—Sí, señor.

En el corredor se oyó su nombre, que lo llamaban desde la cancha.

—¡Sargent!

—Corra, dijo Stephen. Mr. Deasy le llama.

De pie en el soportal contempló al rezagado que aligeraba hacia el reducido campo donde voces agudas se enfrentaban. Los dividieron en equipos y Mr. Deasy se vino pisando matas de hierba con pies abotinados. Cuando hubo llegado al edificio del colegio de nuevo voces en altercado le llamaron. Volvió el enfadado bigote blanco.

—¿Qué pasa ahora? exclamaba incesantemente sin escuchar.

—Cochrane y Halliday están en el mismo lado, señor, dijo Stephen.

—Podría esperar en mi despacho un momento, dijo Mr. Deasy, hasta que ponga orden aquí.

Y según volvía melindrosamente a cruzar el campo su voz de viejo exclamó severamente:

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa ahora?

Las voces agudas gritaban a su alrededor por todos lados: sus figuras vanadas se apretujaron en torno a él, el sol deslumbrante blanqueándole la miel de la cabeza mal teñida.

Un aire rancio de humo flotaba en el despacho junto con el olor de cuero usado y rozado de las sillas. Como en el primer día que regateó conmigo aquí. Como era en un principio, ahora. Sobre el aparador la bandeja de monedas Estuardo, tesoro vil de un tremedal: y siempre lo será. Y bien guardados en el cubertero de velludillo púrpura, descolorido, los doce apóstoles habiendo predicado a todos los gentiles: por los siglos de los siglos.

Pasos precipitados en el soportal de piedra y en el corredor. Resoplándose el ralo bigote Mr. Deasy se detuvo junto a la mesa.

—Primero, nuestro arreglito financiero, dijo.

Sacó de la americana una cartera sujeta con una correa de cuero. Se abrió bien abierta y sacó dos billetes, uno pegado por la mitad, y los colocó cuidadosamente en la mesa.

—Dos, dijo, amarrando y guardando de nuevo la cartera. Y ahora la caja fuerte para el oro. La mano azarada de Stephen se movió por las conchas apiladas en el frío mortero de piedra: buccinos y cauns y conchas leopardo: y ésta, en espiral como el turbante de un emir, y ésta, la venera de Santiago. Riqueza acaparada por un viejo peregrino, tesoro muerto, conchas vacías.

Un soberano cayó, nuevo y brillante, en la suave pelusa del tapete.

—Tres, dijo Mr. Deasy, dándole vueltas a su portamonedas en la mano. Esto siempre es práctico. ¿Ve usted? Esto es para los soberanos. Esto para los chelines. Los seis peniques, las medias coronas. Y aquí las coronas. ¿Ve?

Sacó de la misma dos coronas y dos chelines.

—Tres y doce, dijo. Comprobará que está exacta.

—Gracias, señor, dijo Stephen, recogiendo el dinero con tímida prisa y metiéndolo todo en un bolsillo del pantalón.

—Nada de gracias, dijo Mr. Deasy. Usted se lo ha ganado.

La mano de Stephen, de nuevo libre, volvió a las conchas vacías. Símbolos también de belleza y poder. Un fajo en mi bolsillo: símbolos ensuciados por la codicia y la miseria.

—No lo lleve así, dijo Mr. Deasy. Se lo sacará en algún lugar y lo perderá. Cómprese uno de estos aparatos. Lo encontrará muy práctico.

Contesta algo.

—El mío estaría a menudo vacío, dijo Stephen.

La misma habitación y hora, la misma sabiduría: y yo el mismo. Tres veces con ésta. Tres lazos que me atan aquí. ¿Y qué? Podría romperlos en este instante si quisiera.

—Porque no ahorra, dijo Mr. Deasy, señalando con el dedo. Usted no sabe aún lo que es el dinero. Dinero es poder. Cuando haya vivido tanto tiempo como yo. Lo sé, lo sé. *Si al menos la juventud lo supiera.* Pero ¿qué dice Shakespeare? *Echa dinero en tu bolsa.*

—lago, murmuró Stephen.

Levantó los ojos de las inertes conchas a la mirada atenta del viejo.

—Él entendía de dinero, dijo Mr. Deasy. Hizo dinero. Un poeta, sí, pero inglés también. ¿Sabe cuál es el orgullo de los ingleses? ¿Sabe cuál es la palabra más orgullosa que escuchará jamás de la boca de un inglés?

Soberano de los mares. Sus ojos fríos como el mar miraron la bahía vacía: parece ser que la historia tiene la culpa: en mí y en mis palabras, sin odio.

—Que en su imperio, dijo Stephen, nunca se pone el sol.

—¡Bah! exclamó Mr. Deasy. Eso no es inglés. Un celta francés lo dijo.

Tabaleó la caja de caudales con la uña del pulgar.

—Le diré, dijo solemnemente, de lo que alardea con más orgullo. *Nadie me ha regalado nada.*

Buen hombre, buen hombre.

—*Nadie me ha regalado nada. Jamás pedí prestado un chelín en mi vida.* ¿Se siente usted así? No *debo nada.* ¿Así?

Mulligan, nueve libras, tres pares de calcetines, un par de botos, corbatas. Curran, diez guineas. McCann, una guinea. Fred Ryan, dos chelines. Temple, dos almuerzos. Russell, una guinea, Cousins, diez chelines, Bob Reynolds, media guinea, Koehler, tres guineas, Mrs. MacKernan, la comida de cinco semanas. El fajo que tengo no vale para nada.

—Por el momento, no, contestó Stephen.

Mr. Deasy rió muy complacido, mientras colocaba en su sitio el portamonedas.

—Ya sabía que no, dijo gozosamente. Pero algún día debería sentirlo. Somos gente generosa pero también debemos ser justos.

—Me asustan esas palabras tan grandes, dijo Stephen, que nos hacen infelices.

Mr. Deasy clavó severamente la mirada atenta durante unos momentos encima de la repisa de la chimenea en la corpulencia proporcionada de un hombre con falda de tartán: Albert Edward, príncipe de Gales.

—Me considera una antigualla y un viejo conservador, dijo su voz pensativa. He visto tres generaciones desde los tiempos de O'Connell. Recuerdo la hambruna del 46. ¿Sabe usted que las logias de Orange se alzaron para que la unión se revocara veinte años antes de que O'Connell lo hiciera o antes de que los prelados de su creencia lo tacharan de demagogo? Ustedes los fenianos se olvidan de algunas cosas.

Gloriosa, pía e inmortal memoria. La logia de Diamond en Annagh la espléndida engalanada por doquier con cadáveres de papistas. Roncos, enmascarados y armados, el pacto de los colonos. El negro norte y la Biblia azul verdadera. Rebeldes a tierra.

Stephen perfiló un breve gesto.

—Yo tengo sangre rebelde en las venas también, dijo Mr. Deasy. Por parte del huso. Pero desciendo de Sir John Blackwood que votó a favor de la unión. Somos todos irlandeses,

todos hijos de reyes.

—¡Ah! dijo Stephen.

—*Per vias rectas,* dijo Mr. Deasy firmemente, era su lema. Votó a favor y se calzó las botas de montar para cabalgar hasta Dublín desde Ards of Down y hacerlo.

Larilá rilá
El camino rocoso hacia Dublín.

Un tosco caballero a caballo con lustrosas botas de montar. ¡Día metido en agua, Sir John! ¡Día metido en agua, su señoría! .... ¡Día! .... ¡Día! .... Dos botas de montar a paso de portantillo hacia Dublín. Lanlá, rilá. Larilá, nlarí.

—Eso me trae algo a la memoria, dijo Mr. Deasy. Me puede usted hacer un favor, Mr. Dedalus, con algunos de sus amigos literarios. Tengo aquí una carta para la prensa. Sientese un momento. Sólo me queda copiar el final.

Fue al escritorio cerca de la ventana, arrimó la silla dos veces y leyó unas palabras de la hoja que tenía en el carro de la máquina de escribir.

—Siéntese. Perdone, dijo por encima del hombro, *los dictados del sentido común.* Un momento.

Miró fijamente por debajo de sus espesas cejas el manuscrito junto al codo y, mascullando, comenzó a aporrear las rígidas teclas del teclado lentamente, a veces resoplando cuando hacía girar el carro para borrar algún error.

Stephen se sentó silenciosamente ante la personalidad principesca. Enmarcadas a lo largo de las paredes imágenes de caballos desaparecidos rendían homenaje, sus mansas cabezas en elegante porte: *Repulse* de Lord Hasting, *Shotover* del duque de Westminster, *Ceylon, prix de Paris,* 1866, del duque de Beaufort. Jinetes duendecillos los montaban, atentos a una señal. Vio sus marcas de velocidad, defendiendo los colores reales, y gritó con los gritos de muchedumbres desaparecidas.

—Punto, ordenó Mr. Deasy a las teclas. *Pero una pronta conclusión a esta cuestión de suma importancia ....*

Adonde Cranly me llevó para enriquecer de pronto, a la caza de ganadores entre las vagonetas embarradas, en medio del vocerío de los corredores de apuestas en sus puestos y de las emanaciones de la cantina, por el lodo multicolor. *Fair Rebel! Fair Rebel!* A la par el favorito: diez a uno el resto. Por entre jugadores de dados y tahúres nos apresurábamos tras los cascos, las gorras y chaquetas rivales, dejando atrás a la mujer de cara amondongada, señora de camicero, que hocicaba sedientamente su gajo de naranja.

Gritos penetrantes resonaron en la cancha de los niños y un silbante silbato.

De nuevo: un tanto. Estoy entre ellos, entre sus cuerpos enzarzados en confuso enfrentamiento, la justa de la vida. ¿Quiere decir el mimadito de mamá zambo y con cara de resaca? Justas. El tiempo golpeado rebota, golpe a golpe. Justas, lodazal y el estruendo de batallas, el gélido vómito de muerte de los masacrados, un alarido de lanzadas espetadas con entrañas ensangrentadas de hombres.

—Vamos a ver, dijo Mr. Deasy, levantándose.

Se acercó a la mesa, prendiendo las hojas con una pinza. Stephen se levantó.

—He reducido el asunto a unas pocas palabras, dijo Mr. Deasy. Se trata de la fiebre aftosa. Échele un vistazo. No puede haber discrepancias sobre el asunto.

Me permite abusar de su valioso espacio. Esa doctrina del *laissezfaire* que tan a menudo en nuestra historia. Nuestro negocio de ganado. Al modo de toda nuestra vieja industria. Los maniobreros de Liverpool que frustraron el proyecto del puerto de Galway. Conflagración europea. Suministros de grano por las escasas aguas del canal. La imperturbabilidad pluscuamperfecta del ministerio de agricultura. Perdonada una alusión clásica. Casandra. Por una mujer que no era más que una mujer. Concretando el tema.

—No ando con rodeos ¿verdad? preguntó Mr. Deasy mientras Stephen seguía leyendo.

Fiebre aftosa. Conocida como el preparado de Koch. Suero y virus. Porcentaje de caballos inmunizados. Peste bovina. Los caballos del emperador en Mürzsteg, Baja Austria. Veterinarios. Mr. Henry Blackwood Price. Amable ofrecimiento una oportunidad. Los dictados del sentido común. Cuestión de suma importancia. En todos los sentidos de la palabra coger al toro por los cuernos. Dándole las gracias por la hospitalidad de su periódico.

—Quiero que lo publiquen y lo lean, dijo Mr. Deasy. Verá cómo si hay otro brote ponen un embargo al ganado irlandés. Y puede curarse. Se cura. Mi primo, Blackwood Price, me ha escrito que en Austria los médicos de ganado normalmente la tratan y curan. Se han ofrecido a venir aquí. Estoy intentando obtener alguna influencia. Ahora voy a intentar la publicidad. Estoy rodeado de dificultades, de .... intrigas de ..... maniobras de pasillo .....

Levantó el dedo índice y golpeó al aire como los viejos antes de que su voz hablara.

—No olvide lo que le voy a decir, Mr. Dedalus, dijo. Inglaterra está en manos de los judíos. En todos los altos cargos: en las finanzas, en la prensa. Y eso son señales de una nación en decadencia. Dondequiera que se reúnan, se comen la fuerza vital de la nación. Lo he estado viendo venir todos estos años. Tan cierto como que estamos aquí, los mercaderes judíos están ya maquinando su plan de destrucción. La vieja Inglaterra se muere.

Se puso a andar con prontitud, cobrando sus ojos vida azul al atravesar un amplio rayo de sol. Dio media vuelta y volvió de nuevo.

—Se muere, dijo otra vez, si no está muerta ya.

De calle en calle el grito de la ramera
tejerá el sudario de la vieja Inglaterra.

Sus ojos bien abiertos como en trance clavaron la mirada severamente a través del rayo de sol donde se había detenido.

—Un mercader, dijo Stephen, es alguien que compra barato y vende caro, sea judío o gentil ¿no es así?

—Pecaron contra la luz, dijo Mr. Deasy gravemente. Y puede verse la oscuridad en sus ojos. Y es por eso que van errantes por la tierra hasta ahora.

En la escalinata de la Bolsa de París los hombres de piel dorada fijando precios en sus enjoyelados dedos. Cháchara de gansos. En bandada clamorosa, torpes, por el templo, sus cabezas confabuladas bajo desmañados sombreros de copa. No de ellos: esas ropas, esa habla, esos gestos. Sus ojos absortos y lentos desmentían las palabras, los gestos apremiantes e inofensivos, pero sabían de los rencores que se amontonaban a su alrededor y sabían que su celo era inútil. Inútil su paciencia en acaparar y atesorar. El tiempo seguramente lo dispersaría todo. Riquezas acumuladas al lado del camino: saqueado y transferido. Sus ojos sabían de los años errantes y, pacientes, sabían la deshonra de su carne.

—¿Y quién no? dijo Stephen.

—¿Qué quiere decir? preguntó Mr. Deasy.

Dio un paso hacia delante y permaneció de pie al lado de la mesa. La mandibula inferior se abrió de lado con incertidumbre. ¿Es esto sabiduría de viejo? Espera que diga algo.

—La historia, dijo Stephen, es una pesadilla de la que intento despertar.

En la cancha los niños levantaron un griterío. Un silbante silbato: tanto. ¿Y si esa pesadilla te aplastara pesadamente?

—Los caminos del Creador no son nuestros caminos, dijo Mr. Deasy. Toda la historia humana se dirige hacia una gran meta, la manifestación de Dios.

Stephen sacudió el pulgar hacia la ventana, diciendo:

—Eso es Dios.

¡Hurra! ¡Bien! ¡Prrrri!

—¿Cómo? dijo Mr. Deasy.

—Un grito en la calle, dijo Stephen, encogiéndose de hombros.

Mr. Deasy inclinó la vista y se aprisionó durante un rato las aletas de la nariz con los dedos. Al levantar la vista de nuevo las dejó en libertad.

—Soy más feliz que usted, dijo. Hemos cometido muchos errores y muchos pecados. La mujer introdujo el pecado en el mundo. Por una mujer que no era más que una mujer, Helena, la esposa fugada de Menelao, durante diez años los griegos hicieron la guerra a Troya. Una esposa infiel fue la primer á en traer a extraños a nuestras costas, la esposa de MacMurrough y su comblezo, O'Rourke, príncipe de Breffni. Una mujer también hundió a Pamell. Muchos errores, muchos fracasos, pero no el pecado único. Yo soy un luchador ya al final de mis días. Pero lucharé por lo que creo justo hasta el fin.

Pues Ulster luchará
y Ulster razón tendrá.

Stephen levantó las hojas que tenía en la mano.

—Bueno, señor, empezó .....

—Presiento, dijo Mr. Deasy, que no permanecerá usted aquí mucho tiempo en este trabajo. No nació usted para maestro, creo. Quizá esté equivocado.

—Para alumno más bien, dijo Stephen.

Y aquí ¿qué más puedes aprender?

Mr. Deasy meneó la cabeza.

—¿Quién sabe? dijo. Para aprender hay que ser humilde. Pero la vida es la gran maestra.

Stephen hizo crujir las hojas de nuevo.

—Con respecto a éstas, empezó .....

—Sí, dijo Mr. Deasy. Ahí hay dos copias. Si puede usted hacer que se publiquen de inmediato.

Telegraph. Insh Homestead.

—Lo intentaré, dijo Stephen, y se lo haré saber mañana. Conozco algo a dos directores.

—Está bien, dijo Mr. Deasy animadamente. Anoche escribí a Mr. Field, Miembro del Parlamento. Hay una reunión de la asociación de tratantes hoy en el Hotel City Arms. Le pedí que sometiera el texto de mi carta a la asamblea. Usted mire a ver si puede meterla en sus dos periódicos. ¿Cuáles son?

—El *Evening Telegraph .....*

—Está bien, dijo Mr. Deasy. No hay tiempo que perder. Ahora tengo que contestar esa carta de mi primo.

—Buenos días, señor, dijo Stephen, metiéndose las hojas en el bolsillo. Gracias.

—De nada, dijo Mr. Deasy mientras rebuscaba en los papeles de su escritorio. Me gusta cruzar la espada con usted, a pesar de ser viejo.

—Buenos días, señor, dijo Stephen de nuevo, haciendo una reverencia a la encorvada espalda.

Salió por el soportal descubierto y bajó por el sendero de gravilla bajo los árboles, escuchando el griterío y golpeteo de los palos en la cancha. Los leones acostados sobre las columnas al cruzar la cancela: terrores moznados. Y sin embargo le ayudaré en su lucha. Mulligan me investirá con un nuevo nombre: el bardo valedor de bueyes.

—Mr. Dedalus.

Corre tras de mí. Más cartas no, espero.

—Un momento.

—Sí, señor, dijo Stephen, volviéndose en la cancela.

Mr. Deasy se detuvo, respirando fuerte y tragándose el aliento.

—Sólo quería decirle, dijo. Irlanda, se dice, tiene a honra ser el único país que no persiguió nunca a los judíos. ¿Sabe usted eso? No. ¿Y sabe por qué?

Puso mala cara severamente al aire brillante.

—¿Por qué, señor? preguntó Stephen empezando a sonreír.

—Porque nunca los dejó entrar, dijo Mr. Deasy solemnemente.

Un borbotón de risa le saltó de la garganta arrastrando consigo una resonante cadena de flema. Se volvió apresuradamente tosiendo, riendo, los brazos alzados saludando al aire.

—No los dejó nunca entrar, exclamó de nuevo entre risas, mientras pateaba con pies abotinados por la gravilla del sendero. Por eso.

Sobre sus sabios hombros por el escaqueado de hojas el sol irradiaba lentejuelas, monedas danzarinas.

3

INELUCTABLE modalidad de lo visible: al menos eso si no más, pensado con los ojos. Marcas de todas las cosas estoy aquí para leer, freza marina y ova marina, la marea que se acerca, esa bota herrumbrosa. Verdemoco, platiazulado, herrumbre: signos coloreados. Límites de lo diáfano. Pero añade: en los cuerpos. Luego se percató de aquesos cuerpos antes que de aquesos coloreados. ¿Cómo? Dándose coscorrones contra ellos, seguro. Tranquilo. Calvo era y millonario, *maestro di color che sanno.* Límite de lo diáfano en. ¿Por qué en? Diáfano, adiáfano. Si puedes meter los cinco dedos es una cancela, si no una puerta. Cierra los ojos y ve.

Stephen cerró los ojos para oír cómo las botas estrujaban la recrujiente ova y las conchas. Estás andando sobre esto tranquilamente en cualquier caso. Lo estoy, una zancada cada vez. Un espacio muy corto de tiempo a través de tiempos muy cortos de espacio. Cinco, seis: el *Nacheinander.* Exactamente: y ésa es la ineluctable modalidad de lo audible. Abre los ojos. No. ¡Jesús! ¡Si cayera por un acantilado que se adentra sobre su base, cayera por el *Nebeneinander* ineluctablemente! Me voy acostumbrando bastante bien a la oscuridad. Mi espada de fresno cuelga a mi lado. Bordonea con ella: ellos lo hacen. Mis dos pies en sus botas en los extremos de sus piernas, *nebeneinander.* Suena sólido: forjado por el mazo de Los *demiurgos.* ¿Acaso voy andando hacia la eternidad por la playa de Sandymount? Estruja, recruje, rac, ric, rac. Dinero del mar salvaje. Maese Deasy conyóscelos bien.

¿Vendrías a Sandymount,
Madeline la mar?

El ritmo empieza, lo ves. Lo oigo. Tetrámetro acataléctico de yambos marchando. No, al galope: *deline la mar.*

Abre los ojos ahora. Lo haré. Un momento. ¿Se ha desvanecido todo desde entonces? Si abro y me encuentro para siempre en lo adiáfano negro. *¡Basta!* Veré si puedo ver.

Mira ahora. Ahí todo el tiempo sin ti: y siempre estará, por los siglos de los siglos.

Descendieron por las escalinatas de Leahy Terrace prudentemente, *Frauenzimmer. y* por la inclinada orilla lánguidamente, sus pies planos hundiéndose en la arena sedimentada. Como yo, como Algy, descendiendo a nuestra poderosa madre. La número uno balanceaba patosamente su bolso de matrona, el paraguón de la otra hurgaba en la arena. Del barrio de Liberties, día de paseo. Mrs. Florence MacCabe, viuda del extinto Patk MacCabe, sinceramente llorado, de Bride Street. Una de su hermandad me sacó guañiendo a la vida. Creación desde la nada. ¿Qué tiene en el bolso? Un engendro con el cordón umbilical arrastrando, amorrado en paño bermejo. El cordón de todos enlaza con el pasado, cable cabitrenzado de toda carne. Por eso los monjes místicos. ¿Querríais ser como dioses? Miraos vuestro *omphalos.* ¡Oiga! Aquí Kinch. Póngame con Villaedén. Alef, alfa: cero, cero, uno.

Esposa y compañera de Adán Kadmon: Heva, Eva desnuda. Ella no tenía ombligo. Mirad. Vientre sin mácula, bien abombado, broquel de tensa vitela, no, grano blanquiamontonado naciente e inmortal, que existe desde siempre y por siempre. Entrañas de pecado.

Entrañado en la oscuridad pecaminosa estuve yo también, concebido no engendrado. Por ellos, el hombre con mi voz y mis ojos y una mujer fantasmal de aliento a cenizas. Se ayuntaron y desjuntaron, cumplieron la voluntad del apareador. Desde antes de los tiempos Él me dispuso y ahora no puede disponer lo contrario ni nunca. Una *lex eterna* Le atenaza. ¿Es ésa pues la divina sustancia en la que el Padre y el Hijo son consustanciales? ¿Dónde está el pobre de Arrio para meterse dentro y ver qué pasa? Guerreando de por vida por la contransmagnificandjudeogolpancialidad. ¡Aciago heresiarca malogrado! En un excusado griego exhaló su último suspiro: *euthanasia.* Con mitra de abalorios y con báculo, instalado en su trono, viudo de una sede viuda, con *omophonon* envarado, con posaderas aglutinadas.

Los vientos potreaban a su alrededor, vientos cortantes y apasionados. Llegan, las olas.

Los hipocampos crestiblancos, tascando, embridados en fúlgidos céfiros, los corceles de Mananaan.

No debo olvidar su carta para la prensa. ¿Y después? El Ship, doce y media. Por cierto lleva cuidado con ese dinero como buen joven imbécil. Sí, debo hacerlo.

Aflojó la marcha. Veamos. ¿Voy a casa de tía Sara o no? La voz de mi padre consustancial. ¿Te has topado últimamente con tu hermano Stephen el artista? ¿No? ¿Seguro que no está en Strasburg Terrace con su tía Sally? ¿Es que no sabe volar más alto que eso, eh? Y y y y dime, Stephen ¿cómo está el tío Si? ¡Ay, por Cristo bendito en lo que me he metido! Los zagales subidos en lo alto del pajar. Ese contable de pacotilla borracho y su hermano, el cometa. ¡Muy respetables gondoleros! Y el bizco de Walter tratando de señor a su padre ¡nada menos! Señor. Sí, señor. No, señor. ¡Ay, Jesús crucificado: no me extraña! ¡Por Cristo!

Tiro de la campana resollante de la casita cerrada: y espero. Me toman por un cobrador, escudriñan desde un punto estratégico.

—Es Stephen, señor.

—Déjalo entrar. Deja entrar a Stephen.

Un cerrojo que se descorre y Walter me da la bienvenida.

—Pensábamos que eras otra persona.

En su cama ancha siyo Richie, almohadillado y envuelto en una manta, extiende sobre el montículo de sus rodillas un antebrazo membrudo. El pecho limpio. Se ha lavado la parte de arriba.

—Buenas, sobrino. Siéntate y anda.

Deja a un lado la bandeja donde garrapatea los costes para los ojos de don Dundo y de don Shapland Tandy, archivando poderes e investigaciones y un mandamiento de Duces *Te*cum. Un marco de aliso sobre su cabeza calva: el *Requiescat* de Wilde. El zureo de su silbido equívoco hace volver a Walter.

—¿Sí, señor?

—Güisqui de malta para Richie y Stephen, díselo a madre. ¿Dónde está?

—Bañando a Crissie, señor.

La compañerita de cama de papá. Cachito de amor.

—No, tío Richie ....

—Llámame Richie. Maldita sea tu agua de litina. Te rebaja. ¡Güisqui!

—Tío Richie, de verdad ....

—Siéntate o demontres que te tumbo.

Walter se despestaña en vano buscando una silla.

—No tiene dónde sentarse, señor.

—No tiene dónde ponerlo, bobo. Trae la silla chippendale. ¿Te gustaría comer algo? Nada de tus malditos remilgos en esta casa. ¿Una buena loncha de panceta frita con un arenque? ¿De veras? Pues tanto mejor. No hay nada en la casa salvo píldoras para los dolores de espalda.

All'erta!

Zurea compases del *aria di sortita* de Ferrando. El número más grandioso, Stephen, de toda la ópera. Escucha.

Su afinado silbido suena de nuevo, matizado delicadamente, con torrentes de aire, las manos tamboreando en las rodillas acolchadas.

Este viento es más dulce.

Casas de desolación, la mía, la suya y todas. Le contaste a los hijos de papá de Clongowes que tenías un tío juez y un tío general en el ejército. Apártate de ellos, Stephen. La belleza no está ahí. Ni en la estancada nave central de la biblioteca Marsh donde leíste las profecías olvidadas del abate Joaquín. ¿Para quién? La plebe centicéfala del recinto catedralicio. Un aborrecedor de su especie se alejó corriendo de ellos hacia el bosque de la locura, la melena espumante a la luna, los globos de los ojos estrellas. Houyhiihmn, caballollar. Las ovales caras equinas, Temple, Buck Mulligan, Astuto Campbell, Carichupados. Padre abate, deán furioso ¿qué ofensa inflamó sus cerebros? ¡Plafl

Descende, calve, ut ne amplius *decalveris.* Una guirlanda de cabellos grises en su cabeza conminada contempladle a mí bajando a gatas hacia la grada *(descende),* empuñando una custodia, ojos de basilisco. ¡Bájate, cholicalvo! Un coro devuelve las amenazas y el eco asistiendo alrededor de los lados del altar, el latín gruñón de los clerigallas que se mueven corpulentos dentro de sus albas, tonsurados y ungidos y capados, gordos con la flor de los granos de trigo.

Y en el mismo instante quizá un sacerdote a la vuelta de la esquina la esté elevando. ¡Tilintilín! Y dos calles más abajo otro la esté guardando en una píxide. ¡Tilantilín! Y en una capilla de Nuestra Señora otro está tomando la comunión él solo a dos carrillos. ¡Tilintilín! Abajo, arriba, al frente, atrás. Dan Occam ya pensó en eso, doctor invencible. Una brumosa mañana inglesa el trasgo hipostático le hizo cosquillas en el cerebro. Al bajar la hostia y arrodillarse oyó ligada con su segunda campana la primera campana del transepto (él está elevando la suya) y, al levantarse, oyó (ahora yo estoy elevando) sus dos campanas (se arrodilla) en floreado diptongo.

Primo Stephen, nunca serás un santo. Isla de santos. Eras tremendamente piadoso ¿no? Le pedías a la Virgen Bendita para que no se te pusiera la nariz roja. Le rezabas al diablo en Serpentine Avenue para que la viuda rechoncha de enfrente se remangara las faldas aún más por la calle mojada. *¡O si, certo!* Vende tu alma por eso, hazlo, harapos teñidos prendidos sobre una guancha. ¡Más dime, más aún! En el segundo piso del tranvía de Howth solo gritándole a la lluvia: *¡Mujeres desnudas! ¡Mujeres desnudas!*¿ Qué te parece eso, eh?

¿Qué te parece qué? ¿Para qué si no se inventaron?

Conque leyendo dos páginas de siete libros distintos cada noche ¿eh? Era joven. Te inclinabas ante ti delante del espejo, dando un paso al frente para recibir los aplausos formalmente, cara insólita. ¡Viva el maldito idiota! ¡Viva! Nadie lo vio: no se lo cuentes a nadie. Libros que ibas a escribir con letras por título. ¿Ha leído usted su F? Sí, sí, pero prefiero Q Sí, pero W es maravilloso. Sí, sí. W. ¿Recuerdas tus epifanías escritas en verdes hojas ovales, profundamente profundas, copias que habrían de ser enviadas si murieras a todas las grandes bibliotecas del mundo, incluyendo la de Alejandría? Alguien habría de leerlas allí pasados unos cuantos miles de años, un mahamanvantara. Como Pico della Mirandola. Sí, muy parecido a una ballena. Cuando uno lee estas extrañas páginas de alguien que ha desaparecido hace tiempo uno siente que uno está con uno junto a uno que una vez .....

La arena granulosa había desaparecido bajo sus pies. Sus botas pisaban de nuevo un húmedo recrujiente sámago, conchas de navajas, guijarros rechinantes, que rompe contra los innúmeros guijarros, madera tamizada por la taraza, Armada perdida. Llanadas de arenas malsanas acechaban para tragarse sus pisadas, exhalando un aliento pestilente, un fardo de algas se abrasaba con fuego marino bajo un muladar de cenizas humanas. Los bordeó, andando cautelosamente. Una botella de cerveza negra de pie, embarrancada hasta la cintura, en la pastosa masa de arena. Un centinela: isla de sed espantosa. Aros rotos en la playa; tierra adentro un laberinto de oscuras y tortuosas redes; más allá puertas traseras pintarrajeadas con tiza y en la parte más alta de la playa un tendedero con dos camisas crucificadas. Ringsend: aduar de tostados timoneles y patrones de barcos. Cáscaras humanas.

Se detuvo. Me he pasado del camino de la casa de tía Sara. ¿Es que no voy allí? Parece que no. Nadie a mi alrededor. Se volvió hacia el nordeste y cruzó por la arena más firme hacia el Pigeonhouse.

—Qui vous a mis dans cette fichue position?

—C ést le pigeon, Joseph.

Patrice, en casa de permiso, se relamía con la leche cálida conmigo en el bar MacMahon. Hijo del ganso salvaje, Kevin Egan de París. Padre un pajarraco, él se relamía la dulce *lait chaud* con tiema lengua sonrosada, cara oronda de conejillo. Lame, *lapin.* Espera ganar la *gros lots.* Sobre la naturaleza de la mujer leyó en Michelet. Pero tiene que enviarme *La Vie de Jésus* de M. Léo Taxil. Prestada a su amigo.

—C'est tordant, vous savez. Moi, je suis socialiste. Je ne crois pas en l existence de Dieu. Faut pas le dire à mon père.

—Il croit?
Mon père, oui.
Schluss. Se relame.

Mi sombrero de Barrio Latino. ¡Dios! Simplemente tenemos que representar el papel. Quiero unos guantes buriel. Tú eras estudiante ¿no? ¿De qué por todos los diablos? Peceene. PCN, ya sabes: *physiques, chimiques et naturelles.* Ajá. Comiendo tu ración de *mou en civet,* ollas de carne de Egipto, a codazos entre cocheros eructantes. Di sólo con tono de lo más natural: cuando estaba en París, boul' *Mich , lo* hacía. Sí, hacía por llevar encima billetes picados para tener un alibí por si te arrestaban por asesinato en algún sitio. justicia. La noche del diecisiete de febrero de 1904 vieron al prisionero dos testigos. Otro lo hizo: otro yo. Sombrero, corbata, abrigo, nariz. *Lui, c est moi.* Parece que te divertiste.

Orgullosamente andando. ¿A quién intentabas imitar andando? Lo olvido: un desposeído. Con el giro de madre, ocho chelines, la puerta batiente de la estafeta de correos con la que el ordenanza te da en las narices. Dolor de muelas de hambre. *Encore deux minutes.* Mirar el reloj. Tengo que. *Fermé* ¡Hijo de perra! Dispárale hasta dejarlo hecho pizcas sangrientas con una escopeta pun, hombre pizcas crispió paredes todos botones de latón. Pizcas todas kjmrklak vuelven a su sitio. ¿No se ha hecho daño? Bueno, no pasa nada. Dale un apretón de manos. ¿Ve lo que quería decir, lo ve? Bueno, no pasa nada. Aprieta un apretón. Bueno, no pasa absolutamente nada.

Ibas a hacer maravillas ¿no? Misionero en Europa como el ardiente Colombo. Fiacre y Scoto en sus banquetas de penitencia en el cielo derramaron de sus jarras de cerveza, fragorosolatinjocoso: *Enge! Euge!* Haciendo como que chapurreabas inglés mientras arrastrabas la maleta, tres peniques un mozo, por el enfangado espigón de Newhaven. *Comment?* Un rico botín trajiste de vuelta; *Le Tutu,* cinco números pingajosos de *Pantalon Blanc et Culotte Rouge,* un telegrama azul francés, una curiosidad que enseñar:

—Nadie muere vuelve casa padre.

La tía piensa que mataste a tu madre. Por eso no me deja.

Brindemos por la tía de Mulligan
y os diré simplemente la razón.
Siempre y siempre mantuvo ella el honor
de la familié completa Hannigan.

Sus pies marcharon a un repentino ritmo orgulloso por los surcos de arena, a lo largo de los cantizales del muro sur. Los miró orgullosamente, apilados cráneos de mamut petrificados. Luz dorada sobre mar, sobre arena, sobre cantizales. El sol está ahí, los gráciles árboles, las casas limón.

París despierta en carne viva, luz de sol cruda en sus calles limón. Húmeda miga de los chuscos, el ajenjo verderrana, su incienso matinal, cortejan el aire. Belluomo abandona el lecho de la mujer del amante de su mujer, el ama de casa pañoletada trajinando, con un platillo de ácido acético en la mano. En casa Rodot, Yvonne y Madeleine rehacen su belleza desarreglada, destrozando con dientes de oro *chaussons* de hojaldre, sus bocas amarillentas con el pus del *flan breton.* Caras de parisinos pasan, sus patillas complacidas, acaracolados *conquistadores.*

El mediodía sestea. Kevin Egan lía cigarrillos de pólvora con dedos embadurnados de tinta de imprenta, bebiendo a sorbos su alosna verde tal como Patrice hace con la suya blanca. A nuestro alrededor unos tragones cucharean alubias picantes al gañote. Un demi setier! Un caño de vapor de café del pulido caldero. Ella me sirve a instancias de él. *Il est irlandais. Hollandais? Non fromage. Deux irlandais, nou , Irlande vous savez? Ah oui!* Pensó que querías un queso *hollandais*. Tu postalmuerzo ¿conoces esa palabra? Postalmuerzo. Había un tipo que conocí en Barcelona, tipo raro, solía llamarlo su postalmuerzo. Bueno: *¡slainte!* Por entre los veladores la maraña de alientos avinatados y gargantas quejumbrosas. El aliento suspendido sobre nuestros platos salsimanchados, la alosna verde apuntando por los labios. De Irlanda, los Dalcasianos, de esperanzas, conspiraciones, de Arthur Griffith ahora, A. E., poimandro, buen pastor de hombres. Para uncirme a su yunta, nuestros crímenes nuestra causa común. Eres el hijo de tu padre. Conozco la voz. Su camisa de cotón, sanguifloreada, hace temblar los machos con los secretos de él. M. Drumont, periodista famoso, Drumont ¿sabes cómo llamaba a la reina Victoria? Vieja tarasca de dientes amarillos. *Vieille ogresse* con los *dents jaunes*. Maud Gonne, bella mujer, *la Patrie*, M. Millevoye, Félix Faure ¿sabes cómo murió? Hombres licenciosos. La *froeken, bonne à tout faire*, que frota la desnudez de hombre en el baño en Upsala. *Moi faire*, dijo ella, *tous les messieurs*. No a este *monsieur*, dije yo. Qué costumbre más licenciosa. El baño algo de lo más privado. No dejaría a mi hermano, ni siquiera a mi propio hermano, algo de lo más lascivo. Ojos verdes, os veo. Alosna, te siento. Gente lasciva.

La mecha azul se quema letalmente entre las manos y se quema hasta fundirse. Briznas de tabaco sueltas se prenden: una flama y el humo acre iluminan nuestro rincón. Cara escuálida bajo el sombrero de chico agitador. Cómo el cerebro escapó, versión auténtica. Se vistió de novia, compadre, velo, azahar, salió en coche por la carretera de Malahide. Lo hizo, te lo juro. De líderes desaparecidos, los traicionados, fugas salvajes. Disfraces, prendidos, escapados, no aquí.

Amante desdeñado. Yo era un mocetón en aquel entonces, te digo. Te enseñaré un retrato mío algún día. Lo era, te lo juro. Amante, por el amor de ella patrulló él con el coronel Richard Burke, sucesor del jefe de su clan, bajo las murallas de Clerkenwell y, agazapados, vieron cómo una flama de venganza los lanzaba por los aires en la niebla. Cristal destrozado y desplome de mampostería. En el bullicioso Parí se esconde, Egan de París, no buscado por nadie salvo por mí. Recorriendo su viacrucis diario, la cutre imprenta portátil, sus tres tabernas, el cubil en Montmartre donde duerme una noche corta, rue *de la Goutte-d'Or,* damasquinado con las caras en descomposición de los que se han ido. Sin amor, sin patria, sin mujer. Ella está bien cómoda y a gusto sin su hombre proscrito, señora de la *rue Git-le-Coeur*, canario y dos huéspedes tiarrones. Mejillas de melocotón, falda de cebra, retozona como la de una jovencita. Desdeñado y esperanzado. Dile a Pat que me viste ¿quieres? Una vez quise encontrarle un trabajo al bueno de Pat. *Mon fils*, soldado de Francia. Le enseñé a cantar *Los chicos de Kilkenny son recios jóvenes bramantes*. ¿Conoces ese viejo romance? Se lo enseñé a Patrice. La vieja Kilkenny: San Canico, el castillo de Strongbow sobre el Nore. Dice así. Oh, Oh. Me coge, Napper Tandy, de la mano.

Oh, Oh los chicosde
Kilkenny....

Débil mano macilenta sobre la mía. Han olvidado a Kevin Egan, no él a ellos. Recordándoos, Oh Sión.

Se había acercado a la orilla del mar y la arena mojada le azotaba las botas. El aire fresco le daba la bienvenida, pulsando cuerdas salvajes, viento de aire salvaje de semillas de claridad. Vaya, no me dirijo al barcofaro de Kish ¿no es así? Se paró repentinamente, los pies empezando a hundirse lentamente en la tierra palpitante. Vuelve.

Volviéndose, pasó la vista por la orilla al sur, los pies hundiéndose de nuevo lentamente en nuevos hoyos. La fría estancia abovedada de la torre espera. Por entre las saeteras los haces de luz se mueven por siempre, lentamente por siempre mientras los pies se me hunden, arrastrándose hacia el anochecer por el suelo esférico. Oscurecer azul, caída de la noche, noche de azul profundo. En la oscuridad de la bóveda esperan, sus sillas ladeadas, mi maleta obelisco, junto a una mesa de platos abandonados. ¿Quién la quita? Él tiene la llave. No dormiré allí cuando llegue la noche. Puerta cerrada de una torre en silencio, que entierra sus cuerpos ciegos, el sahibpantera y su perro de muestra. Llama: nadie contesta. Sacó los pies de la succión y se volvió por la mole de cantos. Toma todo, guarda todo. Mi alma camina conmigo, forma de formas. Así pues en las vigilias de la medianoche de luna recorro el sendero sobre las rocas, en plateado oscuro, escuchando la incitadora pleamar de Elsinore.

La pleamar me sigue. La veo subir desde aquí. Regresa entonces por el camino de Poolbeg hasta la playa allí. Trepó por los juncos y algas anguiformes y se sentó sobre un poyete de roca, apoyando la vara de fresno en una hendidura.

El cadáver hinchado de un perro yacía recostado en el fuco. Ante él la regala de una barca hundida en la arena. *Un coche ensablé* llamaba Louis Veuillot a la prosa de Gautier. Estas arenas pesadas son lenguaje que la marea y el viento han encenagado aquí. Y estos, los montones de piedra de constructores muertos, un conejar de comadrejas. Esconde oro ahí. Inténtalo. Algo tienes. Arenas y piedras. Pesadas del pasado. Los juguetes de Sir Lout. Cuidado que no te den para el pelo. Soy el muy jodido gigante que arrastra todos aquesos jodidos cantizales, huesos para usarlos como mi pasadero. Jojojó. Juelo a carne de jirlandé.

Un punto, perro vivo, fue tomando forma a lo lejos corriendo a todo lo ancho de la arena. Dios ¿me va a atacar? Respeta su libertad. No serás el dueño de otros ni tampoco su esclavo. Tengo el palo. Atento. Más lejos, andando hacia la playa desde la marea encrespada, figuras, dos. Las dos marías. Lo han escondido bien entre la anea. Cucu trás. Te veo. No, el perro. Vuelve corriendo hacia ellas. ¿Quién?

Las galeras de los Lochlanns se lanzaban aquí a varar, en busca de rapiña, las sanguinolentas proas picudas cabalgando la resaca sobre olas de peltre fundido. Daneses vilángos, torces de hachas relucientes sobre el pecho cuando Malachi ciñó el collar de oro. Un banco de balénidos embancados en el caluroso mediodía, espurreando, renqueando en

los bajíos. Entonces desde la hambrienta ciudad alcahaz una horda de enanos en jubones, mi gente, con cuchillos para desollar, corriendo, descamando, troceando en pedazos la grasienta carne verde de ballena. Hambre, peste y mortandad. Su sangre la llevo en mí, sus lujurias mis olas. Yo anduve entre ellos en el helado Liffey, ese yo, un cambiado por otro, entre las fogatas de resina chispeantes. No hablé con nadie: nadie me habló a mí.

El ladrido del perro corrió hacia él, se paró, corrió de vuelta. Perro de mi enemigo. Simplemente me quedé de pie, pálido, en silencio, acosado por los ladridos. *Tenibilia meditans.* Un jubón lila, sota de la fortuna, sonrió al verme con miedo. ¿Por eso suspiras, por el ladrido del aplauso de ellos? Aspirantes: vive sus vidas. El hermano de The Bruce, Thomas Fitzgerald, sedoso caballero, Perkin Warbeck, falso vástago de York, con calzones de seda marfil rosado, maravilla de un día, y Lambert Simnel, con una cola de mozcorras y mochileros, un freganchín coronado. Todos hijos de reyes. Paraíso de aspirantes entonces y ahora. Él salvó a gente de ahogarse y tú tiemblas ante los gañidos de un chucho. Pero los cortesanos que se burlaban de Guido en Or san Michele estaban en sus propias casas. Casa de ... No queremos nada con tus abstrusidades medievales. ¿Harías tú lo que él hizo? Habría un barco cerca, una guindola. *Natürlich,* colocado allí para ti. ¿Lo harías o no? El hombre que se ahogó hace nueve días frente al peñón de la Doncella. Están esperándole ahora. La verdad, escúpela. Me gustaría hacerlo. Lo intentaría. No soy un buen nadador. El agua fría suave. Cuando metía la cara en ella en la palangana en Clongowes. ¡No veo! ¿Quién está detrás de mí? ¡Afuera ligero, ligero! ¿Ves la marea subiendo ligera por todas partes, tapizando las arenas bajas ligeramente, colorcortezacacao? Si tuviera tierra bajo mis pies. Quiero que su vida siga siendo suya, la mía que sea mía. Un hombre ahogándose. Sus ojos humanos me chillan desde el horror de su muerte. Yo ... Con él juntos hacia abajo .... No podía salvarla. Aguas: muerte amarga: perdida.

Una mujer y un hombre. Veo sus faldas. Arremangadas, me apuesto.

El perro de ellos amblaba por un banco de arena que se achicaba, trotando, husmeando por todas partes. Buscando algo perdido en una vida anterior. Repentinamente salió corriendo como una liebre saltarina, las orejas echadas atrás, persiguiendo la sombra de una gaviota en vuelo raso. El silbido agudo del hombre llegó a sus orejas lacias. Se volvió, regresó saltando, se acercó, trotó sobre sus patas resplandecientes. En un campo de gules un cheurón, pasante, al natural, descomado. En la blonda del agua se detuvo con patas delanteras tiesas, orejas apuntando al mar. El hocico alzado ladraba al ruido del mar, bandadas de morsas marinas. Serpenteaban hasta sus patas, rizándose, desenredando muchas crestas, cada nueve, rompiéndose, salpicando, desde lejos, desde aún más lejos, olas y olas.

Mariscadores. Se metieron un poco en el agua y, agachándose, sumergieron los sacos y, sacándolos de nuevo, se salieron del agua. El perro gañía corriendo hacia ellos, se levantaba de patas y manoteaba, poniéndose a cuatro patas, de nuevo se levantaba de patas ante ellos con muda sumisión osuna. Ignorado se mantuvo al lado de ellos según se acercaban a la arena más seca, un harapo de lengua de lobo rojirresoplante en sus fauces. Su cuerpo moteado amblaba delante de ellos y luego se alejó a saltos con galope de ternero. El cadáver yacía en su camino. Se paró, husmeó, zangoloteó alrededor, hermano, olfateando más cerca, dio una vuelta alrededor, olisqueando rápidamente como un perro toda la pingado pelleja del perro muerto. Cráneo perruno, husmeo perruno, los ojos en el suelo, se dirige a una gran meta. ¡Ay, pobre chucho infeliz! Aquí yacen los despojos de un pobre chucho infeliz.

—¡Pingajos! ¡Fuera de ahí, chucho!

El grito le trajo arrastrando de vuelta a su amo y un brusco puntapié lo mandó ileso al otro lado de una lengua de arena, encogido en la huida. Se volvió cabizbajo en escorzo. No me ve. A lo largo del borde del malecón caminó torpemente, remoloneó, olió una roca y levantando una pata trasera ladeada orinó contra ella. Trotó hacia delante y, levantando de nuevo la pata trasera, orinó breve y rápido contra una roca no olida. Los sencillos placeres del pobre. Sus pezuñas traseras entonces esparcieron la arena: después sus pezuñas delanteras chapotearon y cavaron. Algo que enterrara allí, su abuela. Hozó en la arena, chapoteando, cavando y se paró a escuchar el aire, arañó la arena de nuevo con la furia de sus garras, cesando pronto, leopardo, pantera, engendrado en engaño matrimonial, carroñando muertos.

Después de que me despertara él anoche el mismo sueño Zo no lo era? Espera. Vestíbulo abierto. Calle de rameras. Recuerda. Hanín al-Raschid. Barrúntolo. Ese hombre me llevó, habló. Yo no tenía miedo. El melón que tenía me lo sostuvo contra la cara. Sonrió: tufillo a finta cremosa. Esa era la regla, dijo. Dentro. Ven. Alfombra roja extendida. Ya verás quién.

Con los sacos al hombro caminaban penosamente, los rojos egipcios. Los amoratados pies de él salían de unos pantalones remangados y chapaleaban en la arena fría y húmeda, una bufanda color ladrillo apagado le estrangulaba el cuello desafeitado. Con pasos de mujer seguía ella: el rufián y su hembra pendanga. Botín colgado a la espalda. Arena suelta y cascajo de conchas encostraban los pies desnudos de ella. Por la cara ventoagrietada le caía el cabello. Tras su señor, su compañera, montón de desechos camino de la urbe. Cuando la noche oculta los defectos de su cuerpo reclama dentro de su chal marrón desde una arcada donde los perros se han cagado. Su chulapo invita a dos Fusderos del Real de Dublín en casa O'Loughlin en Blackpitts. Bésala, tíratela en jerga de pícaros, porque ¡Ay, mi linda gachona amorosa! Blancura satánica bajo sus rancios harapos. En Fumbally's Lane aquella noche: los tufos de la curtiduría.

Blancas tus manos, roja tu boca
y tu cuerpo es delicado.
Ven conmigo a la alcoba.
En la noche besoy abrazo.

Morosa delectación llama el Aquino barrigón a esto, *frote porcospino.* Adán sin mancha cabalgaba sin brama. Llámale déjale: *tu cuerpo es delicado.* Lengua ni chispa peor que la suya. Palabras frailunas, chirlería de rosarios marianos en sus cordones: picardías, pepitas que se entrechocan en sus bolsillos.

Pasan ahora.

Ojeada de soslayo a mi sombrero de Hamlet. ¿Si estuviera repentinamente desnudo aquí tal como estoy sentado? No lo estoy. Por las arenas de todo el mundo, seguida por la espada llameante del sol, hacia el oeste, emigrando a tierras del lubrican. Ella camina penosamente, jorra, remolca, arrastra, tresna su carga. Una marea hespénda, lunaria, en su estela. Mareas, minadinsuladas, dentro de ella, sangre no mía, *oinopa ponton,* mar vinoscuro. He aquí la esclava de la luna. En sueños la mojadura da la señal, le manda levantarse. Lecho nupcial, lecho de parto, lecho de muerte, fantasvelado. *Omnis caro ad te veniet.* Él viene, pálido vampiro, a través de los ojos de la tormenta, sus velas de murciélago ensangrentando el mar, boca al beso de su boca.

Vamos. Traspasa con un alfiler a ese tipo ¿quieres? Mis tablillas. Boca a su beso. No. Debe habé do'. Pégalo' bien. Boca al beso de su boca.

Sus labios enlabiaron y embocaron labios de aire descarnados: boca a sus lunentrañas. Trañas, tumba omnientrañante. Su boca moldeó el aliento que emanaba, inarticulado: u¡¡ja: bramar de planetas cataráticos, globulares, llameantes, bramando andoandoandoandoando. Papel. Los billetes, maldita sea. La carta del viejo Deasy. Aquí. Dándole las gracias por la hospitalidad le corto el trozo en blanco. Volviendo la espalda al sol se estiró sobre una tabla de roca y garabateó unas palabras. Es la segunda vez que olvido coger fichas del mostrador de la biblioteca.

Su sombra caía sobre las rocas mientras se inclinaba, acabando. ¿Por qué no inacabable hasta la estrella más lejana? Oscuramente están ahí tras esta luz, oscuridad brillando en la claridad, delta de Casiopea, mundos. Mí ahí sentado con su lituo de fresno de augur, con sandalias prestadas, durante el día junto a un mar lívido, inobservado, por la noche violeta caminando bajo un reino de estrellas ignotas. Tiro esta acabada sombra de mí, ineluctable forma humana, llámala que vuelva. ¿Inacabable, sería mía, forma de mi forma? ¿Quién me observa aquí? ¿Quién leerá alguna vez en algún lugar estas palabras que escribo? Signos en un campo blanco. En algún lugar para alguien con tu voz más enflautada. El buen obispo de Cloyne sacó el velo del templo de su cabeza ensombrerada: velo de espacio con coloreados emblemas grabados en toda su extensión. Quieto. Coloreado sobre un plano: sí, así es. Plano veo, luego piensa distancia, cerca, lejos, plano veo, este, atrás. ¡Ah, ya lo ves! Cae para atrás repentinamente, helado en estereoscopio. ¡Chas! y ya está. Encuentras mis palabras oscuras. La oscuridad está en nuestras almas ¿no crees? Más enflautada. Nuestras almas, ruboferidas por nuestros pecados, se agarran a nosotros aún más, mujer agarrándose a su amante, más y más.

Ella confia en mí, su mano delicada, los ojos pestañosos. ¿Y ahora adónde diablos la estoy trayendo más allá del velo? A la ineluctable modalidad de la ineluctable visualidad. Ella, ella, ella. ¿Qué ella? La virgen del escaparate de Hodges Figgis el lunes que entró a buscar uno de los libros alfabéticos que tú ibas a escribir. Penetrante mirada le echaste. Con la muñeca por la correa trenzada de su parasol. Vive en Leeson Park con un dolor y fruslerías, dama de letras. Cuéntale eso a alguien más, Stevie: una pingona. Apuesto a que lleva uno de esos malditos corsés ligueros y medias amarillas, zurcidas con hilaza. Háblale

de buñuelos de manzana, *piuttosto.* ¿Dónde está tu chispa?

Tócame. Ojos suaves. Mano suave suave suave. Estoy tan solo aquí. Venga, tócame pronto, ahora. ¿Cuál es esa palabra que todos los hombres conocen? Estoy tan silencioso aquí solo. Y tan triste. Toca, tócame.

Se estiró cuan largo era sobre las rocas picudas, metiendo apretadamente la nota garabateada y el lápiz en un bolsillo, el sombrero caído sobre los ojos. Ese movimiento que hice es el de Kevin Egan, cabeceando una siesta, sueño sabático. *Et vidit Deus. Et erant valde bona.* ¡Hla, Hla! *Bonjour.* Bienvenido sea como las flores de mayo. Bajo el ala observó por entre titilantes pestañas pavoabanicantes el austrante sol. Estoy atrapado en esta escena abrasadora. La hora de Pan, el mediodía faunado. Entre serpentanas degomaplenas, frutas lacteorrezumantes, donde sobre las aguas leonadas flotan hojas a lo ancho. La pena está lejos.

Y no te apartes y le des vueltas.

Su mirada se abismaba en las botas sobradas, desechos de un buco, *nebeneinander.* Contó los dobleces del cuero rugoso donde el pie de otro había anidado cálido. El pie que zapatea el suelo en tripudio, pie que desamo. Pero te quedaste encantado cuando el zapato de Esther Osvalt te vino a medida: chica que conocí en París. *Tiens, quel petit pied!* Amigo leal, alma gemela: el amor de Wilde que no osa pronunciar su nombre. Su brazo: el brazo de Cranly. El ahora me dejará. ¿Y la culpa? Tal como soy. Tal como soy. Todo o nada.

A largos lazos desde el lago Cock el agua fluía rebosante, cubriendo verdidoradamente lagunas de arena, elevándose, fluyendo. La vara de fresno se me irá flotando. Esperaré. No, pasarán, pasando, rozando contra los bajíos, arremolinándose, pasando. Mejor que termine con este asunto pronto. Escucha: un hablaoleada de cuatripalabras: süssuu, irss, rssaiss, uus. Vehemente aliento de aguas entre sierpes de mar, caballos encabritados, rocas. En cuencas de rocas se desborda: plof, splof, plaf encubada en cubas. Y, agotada, su discurso acaba. Fluye en torbellinos sonoros, anchamente fluyente, flotante charca espumante, flor floreando.

Bajo la marea creciente vio las algas rizantes alzarse lánguidamente y mecer sus brazos indolentes, levantándose el refajo, en agua susurrante oscilando y chorreando hacia arriba azoradas frondas de plata. Día a día: noche tras noche: se alzaban, se anegaban y se derrumbaban. Señor, están cansadas; y, susurrándoseles, suspiran. San Ambrosio lo oyó, el suspiro de hojas y olas, esperando, aguardando la plenitud de sus tiempos, diebus ac *noctibus iniurias patiens ingemiscit.* Sin ningún fin acopiadas; luego vanamente liberadas, desbordándose, retrayéndose: pico de la luna. Cansada también a la vista de amantes, hombres lascivos, mujer desnuda resplandeciente en su cortejo, arrastra un agobio de aguas.

Cinco brazas ahí adentro. A cinco brazas de fondo yace vuestro padre. A la una, dijo. Encontrado ahogado. Marea alta a las puertas de Dublín. Atoando un aluvión suelto de escombros, abanibancos de peces, conchas chamuchinas. Un cadáver emergiendo blanco de sal desde la resaca, bazucando paso a paso como marsopa hacia tierra. Ahí está. Enganchadlo pronto. Tirad. Aunque hundido esté bajo la piel de las ondas. Lo tenemos. Con cuidado.

Saco de gas cadavérico empapado de salmuera inmunda. Un temblor de camarones, gordos de esponjosa golosina, esplende por entre los huecos de la portañuela abotonada. Dios se hace hombre se hace pez se hace bamacla se hace montaña plumón. Alientos muertos yo que vivo respiro, piso polvo muerto, devoro asadura orinada de todos los muertos. Izado yerto por encima de la regala exhala la peste de su verde sepultura, el leproso agujero nasal roncando al sol.

Cambio marino es esto, ojos marrones salazul. Muertemanna, la más apacible de todas las muertes conocidas por el hombre. El viejo Padre Océano. Prix de Paris: ojo con las imitaciones. Simplemente déle una oportunidad. Nos lo hemos pasado divinamente.

Vamos. Tengo sed. Se nubla. No hay nubes negras por ningún lado ¿no es así? Tormenta. Todo brillante cae él, rayo orgulloso del intelecto, Lucifer, dico, qui *nescit* occasum. No. Mi sombrero de veneras y el bordón y susmis chancos sandalias. ¿Dónde? A tierras del lubricán. El lubricán se encontrará a sí mismo.

Empuñó la empuñadura de la vara de fresno, dando suaves floretazos con ella, remoloneando aún. Sí, el lubricán se encontrará a sí mismo en mí, sin mí. Todos los días alcanzan su fin. Por cierto el próximo cuándo es el martes será el día más largo. De todo el alegre año nuevo, madre, el pon poropón pon pon. Lawn-tenis Tennyson, caballero poeta.

Già. Por la vieja tarasca de dientes amarillos. Y Monsieur Drumont, caballero periodista. Già. Tengo los dientes muy mal. Por qué, digo yo. Noto. Ése se está echando a perder también. Conchas. ¿Debería ir al dentista, digo yo, con ese dinero? Ése. Éste. Kinch desdentado, el superhombre. ¿Por qué será eso, digo yo, o querrá decir algo quizá?

Mi pañuelo. Lo tiró. Lo recuerdo. ¿No lo recogí?

Su mano tentó en vano en los bolsillos. No, no lo hice. Mejor que compre uno.

Dejó el moco seco que se había sacado de la nariz sobre el reborde de una roca, cuidadosamente. En cuanto a lo demás que mire quien quiera.

Detrás. Quizá haya alguien.

Volvió la cara sobre un hombro, contornada. Moviendo las altas vergas de una goleta en el aire, con las velas recogidas en las crucetas, de arribada, contracorriente, moviéndose silenciosamente, un barco silencioso.

4

A Mr. Leopold Bloom le gustaba saborear los órganos internos de reses y aves. Le gustaba la sopa de menudillos espesa, las mollejas que saben a nuez, el corazón asado relleno, los filetes de hígado empanados, las huevas de bacalao fritas. Lo que más le gustaba eran los riñones de cordero a la plancha que le proporcionaban al paladar un delicado gustillo a orina tenuemente aromatizada.

Tenía los riñones en mente mientras se movía por la cocina con suavidad, ajustando las cosas del desayuno para ella en la bandeja gibosa. Luz y aire helados había en la cocina pero fuera una mañana agradable de verano por todas partes. Le abrieron un poco la gazuza.

El carbón se enrojecía.

Otra rebanada de pan con mantequilla: tres, cuatro: bien. A ella no le gustaba el plato lleno. Bien. Apartándose de la bandeja, levantó el hervidor de la hornilla y lo colocó de lado sobre el fuego. Allí quedó posado, deslucido y achaparrado, con el pitorro levantado. Un té pronto. Bueno. Boca seca.

La gata caminó estiradamente alrededor de una pata de la mesa el rabo espigado.

—¡Marrañau!

—Ah, con que estás ahí, dijo Mr. Bloom, apartándose del fuego.

La gata maulló como respuesta y zangoloteó de nuevo estiradamente alrededor de una pata de la mesa, maullando. Tal como ella zangolotea por mi escritorio. Prr. Ráscame la cabeza. Prr.

Mr. Bloom miró amablemente con curiosidad la ágil forrna negra. Limpia a la vista: el brillo de su piel lustrosa, el botón blanco bajo el mocho de la cola, los verdes ojos esplendentes. Se inclinó hacia ella, las manos en las rodillas.

—Leche para la minina, dijo.

—¡Maarrañau! mayó la gata.

Los toman por tontos. Entienden lo que decimos mejor que nosotros les entendemos a ellos. Ésta entiende todo lo que quiere. Vengativa también. Cruel. Su naturaleza. Es curioso que los ratones no guañen nunca. Parece que les guste. ¿A saber qué le pareceré yo? ¿Alto como una torre? No, puede saltarme.

—Tiene miedo de las gallinas, la tonta, dijo burlonamente. Tiene miedo de los piopíos. No he visto nunca una minina más estúpida que esta minina.

—¡Maararrañau! dijo la gata con fuerza.

Parpadeó hacia arriba con ávidos ojos ruborosoentomantes, maullando larga y quejumbrosamente, mostrándole los dientes blancoleche. El observó los oscuros surcos de los ojos que se angostaban de codicia hasta hacerse piedras verdes. Luego fue hacia el aparador, cogió la jarra que el lechero de Hanlon le acababa de llenar, vertió leche cálidaburbujeante en un platillo y lo puso despaciosamente en el suelo. -¡Grrrr! mayó, corriendo para lamer.

Observó los bigotes que relucían metálicamente en la luz débil mientras se agachaba tres veces y lamía delicadamente. ¿A saber si será verdad que si se los cortan no pueden cazar ratones? ¿Por qué? Relucen en la oscuridad, quizá, las puntas. O como antenas en la oscuridad, quizá.

Escuchó su lamer lamiscante. Huevos con jamón, no. Nada de huevos con esta sequía. Necesitan agua fresca y limpia. Jueves: tampoco es un buen día para riñones de cordero en Buckley. Fritos con mantequilla, un pellizco de pimienta. Mejor un riñón de cerdo en Dlugacz. Mientras hierve el agua. Lamía más lentamente, relamiendo luego el platillo a lametones. ¿Por qué tendrán la lengua tan rasposa? Para relamer mejor, todas las cavidades porosas. ¿Nada que pueda comerse? Echó un vistazo a su alrededor. No.

Con botas ligeramente chirriantes subió las escaleras hasta el recibidor, y se paró en la puerta del dormitorio. Puede que le apetezca algo sabroso. Rebanadas finas de pan con mantequilla le apetecen por la mañana. Aun así quizá: sin que sirva de precedente.

Dijo suavemente en el desnudo recibidor:

—Voy ahí al lado. Vuelvo en seguida.

Y cuando se hubo escuchado su voz decirlo añadió:

—¿No quieres nada para desayunar?

Un suave rezongo adormecido contestó:

—Mn.

No. No quería nada. Oyó luego un profundo suspiro cálido, más suave, al darse la vuelta y las virolas de latón flojas del cabecero de la cama tintinearon. Tengo que mandar arreglarlas de verdad. Lástima. Nada menos que desde Gibraltar. Olvidado el poco español que sabía. A saber cuánto le costaría a su padre. Estilo antiguo. ¡Ah sí! Claro. La compró en la subasta del gobernador. Conseguida en una puja corta. Duro de roer en el regateo, el viejo Tweedy. Sí, señor. En Plevna fue eso. Yo ascendí de soldado raso, señor, y estoy orgulloso de ello. Aun así tuvo bastante caletre para dar con el filón de los sellos. Eso sí que fue tener vista.

La mano cogió el sombrero del gancho encima de su grueso abrigo con sus iniciales y del impermeable de segunda mano de la oficina de objetos perdidos. Sellos: estampas de reverso engomado. Diría que montones de oficiales están en el ajo también. Claro que sí. El marbete sudado en la copa del sombrero le decía mudamente: Plasto: sombreros de gran ca. Fisgó apresuradamente bajo la cinta de cuero. Tira de papel blanco. A buen recaudo.

En el escalón de la puerta se palpó el bolsillo del pantalón en busca de la llave. No está ahí. En los pantalones que me quité. Tengo que cojerla. La patata la tengo. Armario chirriante. No hay por qué molestarla. Se volvió adormiladamente en ese momento. Tiró de la puerta del recibidor tras de sí muy quedamente, más, hasta que el batiente inferior encajó delicadamente en el umbral, una tapa floja. Parecía cerrada. Así está bien hasta que vuelva de todas formas.

Cruzó a la parte soleada, evitando la trampilla del sótano suelta del número setentaicinco. El sol se estaba acercando a la torre de la iglesia de George. Va a hacer un día de calor me imagino. Especialmente con estas ropas negras lo sentiré más. El negro conduce, refleja, (¿se dice refracta?), el calor. Pero no puedo ir con el traje claro. Como si fuera de merienda al campo. Los párpados se le entornaban plácidamente a menudo mientras caminaba en cálido contento. El carromato del pan de Boland que nos reparte en bandejas el nuestro de cada día pero ella prefiere los picos coscurritos calientes de las hogazas de ayer revenidas. Te hace sentir joven. En algún lugar del este: por la mañana temprano: te pones en marcha al amanecer. Viajas todo alrededor delante del sol, le adelantas un día de marcha. Repitiéndolo siempre nunca envejeces ni un sólo día técnicamente. Caminas por una playa, tierras extrañas, llegas a las puertas de una ciudad, centinela allí, viejo oficial chusquero además, los grandes mostachos del viejo Tweedy, apoyándose en una especie de lanza larga. Deambulas por calles entoldadas. Caras enturbantadas pasan.Antros oscuros de tiendas de alfombras, hombre grande, Turco el terrible, sentado con las piernas cruzadas, fumando en serpentinado chibuquí. Gritos de vendedores por las calles. Beber agua aromatizada con hinojo, sorbete. Callejeas todo el día. Podrías encontrarte con algún ladrón que otro. Bueno, te lo encuentras. Avanzando hacia el sol de poniente. Las sombras de las mezquitas entre las columnas: sacerdote con un pergamino enrollado. Un estremecimiento de los árboles, señal, el viento vespertino. Prosigo. Cielo de oro apagándose. Una madre me observa desde la entrada. Llama a sus niños para que se metan en casa en su oscura lengua. Alto muro: más allá unas cuerdas tañen. Cielo nocturno, luna, violeta, color de las ligas nuevas de Molly. Cuerdas. Escucha. Una niña tocando uno de esos instrumentos como se llamen: dulcémeles. Sigo.

Seguramente no se parecería nada realmente. Suerte de patrañas que uno lee: tras el rastro del sol. Estallido de sol en la portada. Sonrió, satisfecho de sí mismo. Lo que dijo Arthur Griffith sobre el titular del editorial del *Freeman:* un sol de autonomía elevándose por el noroeste desde la callejuela detrás del banco de Irlanda. Prolongó su sonrisa complacida. Qué toque de ingenio judío: sol de autonomía elevándose por el noroeste.

Se aproximaba al establecimiento de Lany O'Rourke. Por la rejilla del sótano subía el flojo borbotón de cerveza negra. Por la entrada el bar lanzaba a chorros al exterior bocanadas de jengibre, polvo de té, migas de galletas. Buena casa, sin embargo: justo en el

límite del tráfico urbano. Por ejemplo la de M'Auley allá abajo: no es buena su situación. Claro que si pusieran una línea de tranvías a lo largo de Norh Circular desde el mercado de ganado hasta los muelles su valor subiría como la espuma.

Una cabeza calva sobre la cortinilla. Astuto vejete. Inútil sondearle para un anuncio. Aun así él conoce el negocio mejor que nadie. Ahí lo tienes, cómo no, al intrépido Larry, apoyándose en la nasa del azúcar en mangas de camisa mientras observa cómo el amandilado dependiente lampacea con cubo y fiiegasuelos. Simon Dedalus lo imita a la perfección entornando los ojos. ¿Sabe usted lo que le digo? Qué sé yo, Mr. O'Rourke. ¿Sabe usted? Los rusos, sólo serían un tentempié para los japoneses.

Párate y di algo: sobre el entierro quizá. Qué pena lo del pobre Dignam, Mr. O'Rourke.

Al doblar la esquina de Dorset Street dijo animosamente saludando a través de la entrada:

—Buen día, Mr. O'Rourke.

—Buen día tenga usted.

—Hace un tiempo muy bueno, señor.

—Así es.

¿De dónde sacan el dinero? Llegan hechos unos catetos pelirrojos de County Leitnm como camareros, enjuagando las jarras sucias y guardando los restos de las copas en el sótano. De pronto, he ahí que florecen y se convierten en los Adam Findlaters o los Dan Tallons. Luego piensa en la competencia. Sed general. Buen lío sería cómo cruzar Dublín sin pasar por una taberna. Ahorrarlo no pueden. De los borrachos quizá. De tres se llevan cinco. Qué es eso, un chelín de aquí y de allá, calderilla. En los pedidos al por mayor quizá. Haciendo una doble jugada con los viajantes de plaza. Tú te las arreglas con el jefe y nos repartimos la sisa ¿comprendes?

¿Cuánto se amasaría con los posos de la cerveza negra al mes? Digamos diez barriles de mercancía. Digamos que quitara un diez por ciento. No, más. Quince. Pasó por la escuela Nacional Saint Joseph. Clamor de mocosos. Ventanas abiertas. El aire fresco ayuda a la memoria. O una cantinela. Abece deefege caelemene opecu erreseteuuve uvedoble. ¿Son niños? Sí. Inishturk. Inishark. Inishboffin. Dándole a la jografia. La mía. Serranía Bloom.

Se detuvo ante el escaparate de Dlugacz fijando la vista en las ristras de salchichas, embutidos diversos, negros y blancos. Quince multiplicado por. Las cifras palidecieron en su mente, sin resolver: molesto, las dejó que se borraran. Los relucientes embuchados, rellenos de carne picada, le alimentaron la vista y aspiró sosegadamente el hálito tibio de la condimentada sangre de cerdo cocida.

Un riñón rezumaba gotas de sangre en la fuente sauzalestampada: el último. Esperó al lado de la chica de los vecinos delante del mostrador. ¿Lo compraría también, pidiendo los artículos de la lista que tenía en la mano? Agrietada: la sosa de lavar. Y una libra y media de salchichas Denny. Sus ojos descansaron en las vigorosas caderas. Woods se llama él. A saber a qué se dedicará. La mujer es algo vieja. Sangre nueva. No se permiten pretendientes. Un buen par de brazos. Meneando la alfombra en el tendedero. Y bien que la menea, señor mío. La forma en que la falda torcida se mueve con cada meneo.

El tocinero de ojos de hurón dobló las salchichas que había tijereteado con dedos a manchas, rosisalchicha. Buena carne tenemos ahí: como vaquilla de engorde.

Cogió una página de la pila de hojas cortadas: la granja modelo en Kinnereth a la orilla del lago Tiberíades. Puede convertirse en sanatorio ideal de invierno. Moisés Montefiore. Me lo imaginaba. Alquería, con muro alrededor, ganado borroso herbajeando. Sostuvo la página a distancia: interesante: la leyó más de cerca, el título, el borroso ganado herbajeando, la página que cruje. Una vaquilla blanca. Aquellas mañanas en el mercado de ganado, las bestias mugiendo en los corrales, ganado marcado, plaf y plof del excremento, los criadores con botas claveteadas caminando penosamente por la porquería, dando alguna palmada a un cuarto trasero de carne a punto, esa pieza es de primera, varas sin pelar en las manos. Sostuvo la página oblicuamente con paciencia, dominando sus sentidos y su voluntad, su suave y paciente mirada calma. La falda torcida se mueve, meneo tras meneo tras meneo.

El tocinero agarró dos hojas de la pila, envolvió las salchichas de primera e hizo una mueca roja.

—¡Ea, señorita mía! dijo.

Ella le dio una moneda, sonriendo atrevidamente, tendiendo la gruesa muñeca.

—Gracias, señorita mía. Y un chelín y tres peniques de vuelta. ¿Y usted, señor?

Mr. Bloom señaló rápidamente. Para alcanzarla y caminar detrás de ella si iba lentamente, detrás de sus jamones rebullentes. Placentera visión lo primero por la mañana. Vamos, maldita sea. Que es para hoy y se me escapa. Ella se paró al sol delante de la tienda y anduvo perezosamente hacia la derecha. Suspiró por la nariz: nunca lo entienden. Manos sodagrietadas. Costrosas uñas de los pies también. Escapularios marrones pingajosos, defendiéndola por los dos lados. La punzada del desprecio fulguró hasta debilitar el placer dentro de su pecho. Para otro: guardia fuera de servicio estrechándola en Eccles Lane. A ellas les gustan de buen tamaño. Salchicha de primera. Ay, por favor, señor Policía, me he perdido en el bosque.

—Tres peniques, por favor.

Su mano aceptó la húmeda glándula blanda y se la metió en un bolsillo lateral. Sacó luego tres monedas del bolsillo del pantalón y las dejó sobre las púas del tapete de goma. Allí quedaron, fueron interpretadas apresuradamente y apresuradamente deslizadas, disco a disco, en la caja.

—Gracias, señor. Hasta otra.

Una chispa de ansioso fuego desde ojos zorrunos le dio las gracias. Retiró la mirada tras un instante. No: mejor que no: en otra ocasión.

—Buenos días, dijo, yéndose.

—Buenos días, señor.

Ni rastro. Se ha ido. ¿Qué importa?

Regresó por Dorset Street, leyendo dignamente. Agendath Netaim: compañía de colonos. Para adquirir yermos terrenos arenosos al gobierno turco y plantar eucaliptos. Excelentes árboles para dar sombra, leña y para la construcción. Naranjales e inmensos melonares al norte de Jaffa. Pagas ochenta marcos y te plantan mil metros cuadrados de tierra con olivos, naranjos, almendros o cidros. Olivos más baratos: los naranjos necesitan riego artificial. Cada año recibes un envío por la cosecha. Tu nombre registrado de por vida como propietario en el libro de la comunidad. Se puede pagar diez de entrada y el resto en plazos anuales. Bleibtreustrasse, 34, Berlín, W. 15.

Ni hablar. Aun así hay algo tras todo eso.

Miró al ganado, borroso en el calor de plata. Olivos plataempolvados. Largos días tranquilos: podando, madurando. Las aceitunas se envasan en tarros ¿no? Me quedan unas cuantas de Andrews. Molly las escupía. Ahora acepta el sabor. Naranjas envueltas en papel de seda embaladas en jaulas. Cidras también. A saber si el pobre Citron estará todavía en Saint Kevin's Parade. Y Mastiansky con la vieja cítara. Tardes placenteras que pasabamos entonces. Molly en la silla de mimbre de Citron. Agradable al tacto, fresca fruta cérea, tacto de la mano, llevarla a la nariz y aspirar el perfume. Así, intenso, dulce, salvaje perfume. Siempre igual, año tras año. Alcanzaban precios elevados además, me dijo Moisel. Arbutus Place: Pleasants Street: tiempos placenteros aquéllos. Deben de estar sin maca, decía. Viniendo nada menos que desde tan lejos: España, Gibraltar, el Mediterráneo, el Levante. Jaulas alineadas en un lado del muelle en Jaffa, un tipo las va consignando en un trapacete, peones manipulándolas descalzos con monos mugrientos. Ahí está cómosellama de. ¿Qué tal? No me ha visto. Un tipo que conoces sólo de saludar un poco pelma. Tiene la espalda como la de aquel capitán noruego. A saber si me lo encontraré hoy. El carro del agua. Para provocar la lluvia. Así en la tierra como en el cielo.

Una nube comenzó a cubrir el sol lentamente, totalmente. Gris. Lejos.

No, no es así. Una tierra baldía, erial desnudo. Lago volcánico, el mar muerto: sin peces, ni algas, hundido profundo en la tierra. Ningún viento podría levantar esas olas, brumosas aguas venenosas, metal gris. Azufre lo llamaban cuando caía en forma de lluvia: las ciudades del llano: Sodoma, Gomorra, Edom. Todos nombres muertos. Un mar muerto en una tierra muerta, gris y antigua. Antigua ahora. Procreó a la más antigua de las razas, a la primera. Una tarasca encorvada cruzó desde casa Cassidy, con un botellín agarrado por el cuello. Las gentes más antiguas. Deambularon errantes lejos por toda la tierra, de cautiverio en cautiverio, multiplicándose, muriendo, naciendo por todas partes. Yacía allí ahora. Ahora ya no podía dar más frutos. Muerto: de una vieja: el coño hundido y gris del mundo.

Desolación.

Un horror gris le punzó la carne. Doblando la hoja al guardarla en el bolsillo, volvió la

esquina de Eccles Street, aligerando a casa. Fríos óleos se deslizaban por sus venas, helándole la sangre: los años encostrándole con un manto de sal. Bueno, ya estoy aquí. Sí, ya estoy aquí. Mal sabor de boca por la mañana malas ocurrencias. Me he levantado con el pie izquierdo. Debo empezar de nuevo con aquellos ejercicios de Sandow. Abajo sobre las manos. Casas de ladrillo marrón a manchones. El número ochenta todavía desalquilada. ¿Por qué será? Renta es sólo veintiocho. Towers, Battersby, North, MacArthur: las ventanas del salón emplastadas con carteles. Emplastos sobre un ojo dolorido. Oler el suave humo del té, humareda de la sartén, mantequilla chisporroteante. Estar cerca de su carne abundante cálida de cama. Sí, sí.

Presurosa luz de sol cálida bajaba corriendo desde Berkeley Road, velozmente, con gráciles sandalias, por la soleada acera. Corre, corre a mi encuentro, una niña de cabellos de oro al viento.

Dos cartas y una tarjeta yacían en el suelo del recibidor. Se agachó a recogerlas. Mrs. Manon Bloom. Su acelerado corazón redujo el ritmo al punto. Trazo firme. Mrs. Maron.

—¡Poldy!

Al entrar en el dormitorio semicerró los ojos y fue por la tenue luz amarilla cálida hacia la cabeza despeinada.

—¿Para quién son las cartas?

Las miró. Mullingar. Milly.

—Una carta para mí de Milly, dijo cuidadosamente, y una tarjeta para ti. Y una carta para ti.

Dejó la tarjeta y la carta de ella sobre el cobertor asargado cerca de la curva de sus rodillas.

—¿Quieres que suba la cortinilla?

Mientras subía la cortinilla con suaves tirones hasta la mitad su ojo de reojo vio su mirada en la carta y meterla bajo la almohada.

—¿Bien así? dijo, volviéndose.

Estaba leyendo la tarjeta, recostada sobre el codo.

—Ya ha recibido las cosas, dijo.

Esperó a que hubiera dejado la tarjeta a un lado y a que se enroscara de nuevo lentamente con un suspiro de comodidad.

—Aligera con el té, dijo. Estoy seca.

—El agua ya está hirviendo, dijo.

Pero se demoró para recoger las cosas de la silla: sus enaguas a rayas, ropa interior sucia en un revoltijo: y lo levantó todo en una brazada colocándolo a los pies de la cama. Cuando bajaba las escaleras de la cocina, lo llamó:

—¡Poldy!

— Qué?

—Escalda la tetera.

Hirviendo cómo no: un penacho de vapor por el pitorro. Escaldó y enjuagó la tetera y echó cuatro cucharadas colmadas de té, volcando luego el hervidor para que el agua fluyera dentro. Una vez lo hubo dejado para que se asentara quitó el hervidor, allanó las ascuas con la sartén y observó cómo la pella de mantequilla se deslizaba y se derretía. Mientras desenvolvía el riñón la gata maulló hambrientamente. Dale mucha carne no cazará ratones. Dicen que no comen cerdo. Casher. Toma. Le dejó caer el papel embadurnado de sangre y soltó el riñón en la mantequilla derretida que chisporroteaba. Pimienta. La espolvoreó en círculos con los dedos de la huevera desconchada.

Después rasgó el sobre de la carta, recorriendo la página con la vista hasta abajo y volviéndola. Gracias: boina nueva: Mr. Coghlan: merienda en el lago Owel: joven estudiante: chicas en la playa de Boylan Botero.

El té se había asentado. Llenó su propia taza con bigotera, de falsa porcelana Crown Derby, sonriendo. Regalo de cumpleaños de la tontuela de Milly. Sólo tenía cinco años entonces. No, aguarda: cuatro. Yo le regalé el collar ambarino que rompió. Metiendo trozos doblados de papel de estraza en el buzón para ella. Sonrió mientras vertía.

Ah, mi Milly Bloom, eres mi amada.

Eres mi espejo de la noche a la mañana.
Te prefiero a ti sin un ochavo
que a Katey Keogh con jardín y asno.

El pobre profesor Goodwin. Caso horrendo. Aun así era un tipo cortés. Anticuada la manera como solía despedir con reverencias a Molly desde la plataforma. Y el espejito dentro del sombrero de copa. La noche en que Milly lo trajo al salón. ¡Eh, mirad lo que he encontrado en el sombrero del profesor Goodwin! Lo que nos reímos. El sexo alboreando ya entonces. Desparpajadilla que era.

Pinchó el riñón con un tenedor y le dio la vuelta de una paletada: luego ajustó la tetera en la bandeja. La giba se abombó al cogerla. ¿Está todo? Pan con mantequilla, cuatro, azúcar, cuchanlla, la leche cremada. Sí. La subió, el pulgar enganchado en el asa de la tetera.

Empujando la puerta con la rodilla entró con la bandeja y la puso sobre la silla al lado del cabecero.

—¡Cuánto has tardado! dijo.

Los latones tintinearon al incorporarse ella animadamente, con un codo en la almohada. El miró calmadamente su corpulencia y entre sus grandes tetas suaves, caídas dentro de su camisón como ubres de cabra. El calor de su cuerpo acostado se esparció por el aire, mezclándose con la fragancia del té que ella se echaba.

Una esquina de sobre abierto asomaba por debajo de la almohada hoyosa. En el momento de irse se quedó para estirar el cobertor.

—¿De quién era la carta? preguntó.

Trazo firme. Manon.

—Pues de Boylan, dijo. Va a traer el programa.

—¿Qué vas a cantar?

—*Lá ci darem* con J. C. Doyle, dijo y *Vieja y dulce canción de amor*.

Sus labios carnosos, al beber, sonrieron. Más bien a rancio el tufillo que deja ese incienso al día siguiente. Como agua de flores inmunda.

—¿Quieres la ventana abierta un poco?

Dobló una rebanada de pan y se la metió en la boca, preguntando:

—¿A qué hora es el entierro?

—A las once, creo, contestó. No he visto el periódico.

Siguiendo la señal de su dedo, recogió de la cama por una pemera sus bragas sucias. ¿No? Luego, una liga gris retorcida y enrollada alrededor de una media: arrugada, talón brillante.

—No: ese libro.

Otra media. Sus enaguas.

—Me se habrá caído, dijo.

Palpó aquí y allá. *Voglio e non vorrei.* A saber si lo pronuncia bien: *voglio.* No está en la cama. Debe de haberse resbalado al suelo. Se agachó y levantó los faldones. El libro, caído, abierto contra el alabeo del orinal con greca.

—Trae aquí, dijo. Puse una señal. Hay una palabra que quería preguntarte.

Sorbió un trago de té de la taza que sujetaba por el cuenco y, tras limpiarse esmeradamente las puntas de los dedos en la manta, empezó a rastrear por el texto con la horquilla hasta que dio con la palabra.

—¿Meten qué? preguntó él.

—Aquí, dijo ella. ¿Qué quiere decir eso?

Se inclinó hacia delante y leyó junto a la uña lacada de su pulgar.

—¿Metempsicosis?

—Sí. No lo conocen ni en su casa a la hora de comer.

—Metempsicosis, dijo él, frunciendo el ceño. Es griego: del griego. Quiere decir la transmigración de las almas.

—¡Bah! ¡Chorradas! dijo. Dilo en cristiano.

Sonrió, mirando de soslayo a sus ojos burlones. Los mismos ojos juveniles. La primera noche después de las charadas. En Dolphm's Bam. Pasó las páginas pringosas. *Rubí: el orgullo de la pista.* Caramba. Una ilustración. Italiano feroz con zurriago. Debe ser Rubí el orgullo de la en el suelo desnuda. Una sábana amablemente prestada. *El monstruoso Maffei desistió y arrojó a su víctima lejos de sí con un juramento.* Crueldad detrás de todo ello. Animales drogados. En el trapecio de los Henglers. Tuve que mirar para otro lado. La muchedumbre boquiabierta. Trónchate el cuello que nosotros nos troncharemos de risa. Familias enteras. Los enseñan desde pequeños para que se metampsicoseen. Que vivimos después de muertos. Nuestras almas. Que el alma de uno cuando muere, el alma de Dignam....

—¿Lo has terminado? preguntó.

—Sí, dijo ella. No es nada cachondo. ¿Está ella todo el tiempo enamorada del primer tipo?

—No lo he leído. ¿Quieres otro?

—Sí. Tráeme otro de Paul de Verga. Gracioso nombre tiene.

Echó más té en la taza, observando cómo fluía de lado.

Tengo que renovar ese libro de la biblioteca de Capel Street o le escribirán a Kearney, mi garante. Reencarnación: ésa es la palabra.

—Algunos creen, dijo, que seguimos viviendo dentro de otro cuerpo después de la muerte, que hemos vivido con anterioridad. Lo llaman reencarnación. Que todos hemos vivido antes en la tierra hace miles de años o en otro planeta. Dicen que lo hemos olvidado. Algunos dicen que recuerdan sus vidas pasadas.

La pesada leche cremada formaba cuajadas espirales en su té. Mejor que le recuerde la palabra: metempsicosis. Un ejemplo sería mejor. ¿Un ejemplo?

El baño de la ninfa sobre la cama. Lo daban junto con el número de Pascua de Resurrección de Photo Bits: espléndida obra maestra en láminas a todo color. El té antes de poner la leche. No muy distinta a ella con el pelo suelto: más delgada. Tres con seis di por el marco. Ella dijo que estaría bien encima de la cama. Ninfas al desnudo: Grecia: y pongamos por caso toda aquella gente que vivía en aquel entonces.

Pasó las páginas para atrás.

—Metempsicosis, dijo, es como los antiguos griegos lo llamaban. Ellos creían que te podías convertir en animal o en árbol, pongo por caso. Lo que llamaban ninfas, por ejemplo.

La cucharilla dejó de remover el azúcar. Miró fijamente al frente, inhalando por las ventanas de la nariz arqueada.

—Huele a quemado, dijo. ¿Te has dejado algo en el fuego?

—¡El riñón! exclamó él repentinamente.

Metió el libro torpemente en el bolsillo interior y, los dedos del pie tropezando contra el bacín roto, salió corriendo hacia el olor, bajando precipitadamente las escaleras con patas de cigüeña en desbandada. Humo irritante salía como un chorro furioso por un lado de la sartén. Pinchando el riñón por debajo con uno de los dientes del tenedor lo despegó y lo volvió boca arriba como tortuga. Sólo un poco quemado. Lo echó de la sartén a un plato y dejó chorrear en él un hilo de la escasa salsa marrón.

Un té ahora. Se sentó, cortó y untó con mantequilla una rebanada de la hogaza. Recortó la carne quemada y se la tiró a la gata. Luego se llevó un tenedor lleno a la boca, y masticó con discernimiento la carne tierna y gustosa. En su punto. Un sorbo de té. Luego cortó dados de pan, sopó uno en la salsa y se lo metió en la boca. ¿Qué era eso del joven estudiante y de la merienda? Desdobló la carta a su lado, y la leyó lentamente mientras masticaba, sopando otro dado de pan en la salsa y llevándoselo a la boca.

Queridísimo papi

Muchísimas gracias por el bonito regalo de cumpleaños. Me cae divinamente. Todo el mundo dice que estoy guapetona con mi boina nueva. He recibido la bonita caja de dulces de mamá y le escribo. Son divinos. Voy viento en popa en el negocio de fotos ahora. Mister Coghlan me hizo una a mí y a la Mrs. Se mandará cuando esté revelada. Ayer hicimos el agosto. Día de feria y todas las elegantes patigordas estaban aquí. Vamos a ir al lago Owel

el lunes con unos cuantos amigos para hacer una pequeña merienda campestre. Un abrazo a mamá y para ti un beso muy grande y gracias. Les oigo al piano abajo. Va a haber un concierto en el Greville Arms el sábado. Hay un joven estudiante que viene por aquí algunas tardes llamado Bannon sus primos o algo por el estilo son gente bien y canta la canción de Boylan (he estado en un tris de escribir Boylan Botero) sobre aquellas chicas de la playa. Dile que la tontuela de Milly manda mis mejores respetos. Tengo que acabar ahora con todo mi afecto

Tu hija que te quiere

Milly

P.D. Perdona la letra tengo prisa. Adiós.

M.

Quince hizo ayer. Curioso, el quince del mes también. Su primer cumpleaños lejos de casa. Separación. Recuerdo la mañana de verano en que nació, corriendo para despertar a Mrs. Thornton de Denzille Street. Qué vieja más jovial. A cientos de niños habrá tenido que ayudar a traer al mundo. Ella sabía desde el principio que el pobrecillo Rudy no viviría. Tranquilo, Dios es bueno, señor. Lo supo de inmediato. Tendría ahora once si hubiera vivido.

Su cara distraída miró lastimosamente la postdata. Perdona la letra. Prisa. Piano abajo. Está en la edad del pavo. Follón con ella en el Café XL por la pulsera. No quería comerse los pasteles ni hablar ni mirar. Descaradilla. Sopó otros dados de pan en la salsa y se comió el riñón trozo a trozo. Doce con seis a la semana. No mucho. Aun así, podía estar peor. Teatro de variedades. Joven estudiante. Bebió otro sorbo de té más frío para bajar la comida. Luego leyó la carta de nuevo: dos veces.

Bueno, bueno: sabe cómo cuidarse. Pero éy si no? No, no ha pasado nada. Claro que podría. Espera en cualquier caso a que ocurra. Menuda chiquilla. Sus piernas delgaduchas corriendo escaleras arriba. El destino. Madurando ahora. Vanidosa: mucho.

Sonrió con preocupado afecto a la ventana de la cocina. La vez que la cogí en la calle pellizcándose las mejillas para ponérselas rojas. Anémica un poco. Se le dio leche demasiado tiempo. A bordo del *Ern's King* aquel día alrededor del buquefaro Kish. Maldita bañera cómo se movía. Ni pizca de canguelo. El pañuelo azul pálido suelto al viento con el pelo.

Toda rizosy hoyuelos en las mejillas,
la cabeza sencillamente se te arremolina.

Chicas de la playa. Sobre roto. Las manos metidas en los bolsillos del pantalón, calesero en su día de asueto, cantando. Amigo de la familia. *Arremollina,* dice él. Espigón con farolas, atardecer veraniego, banda.

Aquellas chicas, aquellas chicas,
de la playa encantadoras chicas.

Milly también. Besos juveniles: el primero. Lejos ahora ya pasados. Mrs. Marion. Leyendo, recostada ahora, contando los mechones de su cabello, sonriendo, trenzando.

Un ligero malestar, desazón, le recorrió el espinazo, aumentando. Sucederá, sí. Evitar. Inútil: no puedo hacer nada. Labios dulces y suaves de niña. Sucederá también. Sintió que el malestar fluyente lo inundaba. Inútil hacer algo ahora. Labios que besaron, besando, besados. Labios de mujer, carnosos y glutinosos.

Mejor está allí: lejos. Ocuparla. Quería un perro para entretenerse. Podría hacer un viaje hasta allí. En las vacaciones de agosto, sólo dos con seis ida y vuelta. Aún quedan seis semanas todavía. Podría hacerme de algún pase de prensa. O a través de M'Coy.

La gata, tras haberse lavado todo el pelaje, volvió al papel manchado de sangre, lo olfateó y zangoloteó hasta la puerta. Se volvió a mirarle, maullando. Quiere salir. Espera delante de una puerta alguna vez se abrirá. Que espere. Está azogada. Cargada de electricidad. Truenos en el ambiente. Lavándose estaba la oreja de espaldas al fuego también.

Se sentía pesado, lleno: luego el vientre ligeramente suelto. Se levantó, desabrochándose la cinturilla del pantalón. La gata le maulló.

—¡Miau! dijó él como respuesta. Espera a que yo esté listo.

Pesadez: será un día caluroso. Demasiada molestia sudar como un negro escaleras arriba hasta el descansillo.

Un periódico. Le gustaba leer en el retrete. Espero que no llegue ningún mentecato justo cuando.

En la gaveta de la mesa encontró un número atrasado de *Titbits.* Lo dobló bajo el sobaco, fue hasta la puerta y la abrió. La gata subió con suaves saltitos. ¡Ah! quería subir arriba, enroscarse hecha un ovillo en la cama.

Escuchando oyó la voz de ella:

—Ven, ven, minina. Ven.

Salió por la puerta trasera al jardín: se paró a escuchar hacia el jardín de al lado. Ni un ruido. Quizá tendiendo la ropa. La muchacha estaba en el jardín. Espléndida mañana.

Se inclinó a observar una fina hilera de menta que crecía junto a la pared. Hacer aquí un cenador. Judías escarlatas. Parra virgen. Habría que volver a abonar todo el terreno, tierra apelmazada. Una buena mano de hígado de azufre. Toda la tierra está así cuando no tiene estiércol. Desperdicios de la casa. Marga ¿qué es eso exactamente? Las gallinas del jardín de al lado: sus excrementos son muy buenos como abono para encima. El mejor de todos sin embargo es el de ganado, especialmente cuando ha sido cebado con tortas de orujo. Pajuz de estiércol. Lo mejor para limpiar los guantes de cabritilla de señora. Lo sucio limpia. Las cenizas también. Regenerar todo el terreno. Cultivar guisantes en aquel rincón de allí. Lechugas. Siempre habría verduras frescas entonces. Aun así un jardín tiene sus desventajas. La abeja o moscarda el lunes de Pentecostés.

Prosiguió andando. ¿Dónde está mi sombrero, por cierto? He debido de ponerlo de nuevo en el gancho. O al colgarlo el suelo. Extraño que no lo recuerde. El perchero demasiado lleno. Cuatro paraguas, impermeable de ella. Al recoger las cartas. La campanilla del establecimiento de Drago que suena. Curioso estaba pensando justo en ese momento. Cabello castaño abrillantinado por encima del cuello. Se acababa de lavar y cepillarse. A saber si tendría tiempo de tomar un baño esta mañana. Tara Street. El tipo aquel de la taquilla ayudó a fugarse a James Stephens, dicen. O'Brien.

Voz profunda tiene ese individuo Dlugacz. ¿Agendath cómo era? ¡Ea, señorita mía! Entusiasta.

De una patada abrió la puerta desencajada del excusado. Mejor será que cuide de no mancharme estos pantalones del entierro. Entró, agachando la cabeza por debajo del dintel. Dejando la puerta entreabierta, en medio de la peste a cal mohosa y de telarañas rancias se desabrochó los tirantes. Antes de sentarse escudriñó por un resquicio las ventanas de la casa de al lado. El rey estaba en la sala de cuentas. Nadie.

En cuclillas sobre el banquillo de escamio desdobló el periódico, pasando las páginas sobre las rodillas desnudas. Algo nuevo y fácil. No hay prisa. Aguántatelo un poco. Cuento premiado titbit: *El golpe magistral de Matcham.* Escrito por Mr. Plrilip Beaufoy, del Club de Amigos del Teatro, de Londres. A razón de una guinea la columna se ha pagado al escritor. Tres y media. Tres libras con tres. Tres libras, trece con seis.

Plácidamente leyó, conteniéndose, la primera columna y, cediendo pero resisitiéndose, comenzó la segunda. A la mitad, cediendo su última resistencia, permitió que el vientre se vaciara plácidamente mientras leía, leyendo aún pacientemente el ligero estreñimiento de ayer completamente desaparecido. Espero no sea demasiado grande vuelvan de nuevo las hemorroides. No, lo justo. Así pues. ¡Ay! Estreñido. Una tableta de cáscara sagrada. La vida podría ser así. No le afectaba ni le emocionaba pero era algo ligero y bien cuidado. Publican cualquier cosa ahora. Qué estación más tonta. Siguió leyendo, sentado calmoso sobre su propio tufo ascendente. Bien cuidado ciertamente. *Matcham piensa a menudo en elgolpe magistral por el que sedujo a la bruja hilarante que ahoya.* Empieza y termina moralmente. *De las manos.* Astuto. Echó un vistazo atrás a lo que ya había leído y, mientras sentía fluir su orina quedamente, envidió amablemente a Mr. Beaufoy que había escrito aquello y recibido en pago tres libras, trece con seis.

Podría conseguir hacer un esbozo. Por Mr. y Mrs. L. Bloom. Inventar una historia para ilustrar un proverbio. ¿Cuál? En tiempos solía intentar tomar notas en el puño de lo que ella decía al vestirse. Le desagradaba que nos vistiéramos juntos. Me corté afeitándome. Mordiendo su labio inferior, abrochándole el corchete de la falda. Controlándole el tiempo. 9:15. ¿Te ha pagado Roberts ya? 9:20. ¿Qué llevaba puesto Gretta Conroy? 9:23. ¿Cómo se me ocurriría comprar este peine? 9:24. Estoy inflada con esa col. Una mota de polvo en el charol de la bota: restregándose esmeradamente por turno cada vira contra la pantorrilla de la media. La mañana después del baile de la feria cuando la banda de May tocó la danza de las horas de Ponchielli. Explica eso: horas del amanecer, mediodía, luego el atardecer

que se acerca, luego las horas de la noche. Lavándose los dientes. Esa fue la primera noche. Su cabeza al bailar. Las varillas del abanico chascando. ¿Es rico ese tal Boylan? Tiene dinero. ¿Por qué? Noté que tenía un aliento dulce y agradable cuando bailábamos. Inútil tararear en aquel momento. Menciona eso. Extraña música la de aquella última noche. El espejo estaba en penumbras. Ella limpió el espejo de mano con diligencia en el chaleco de lana contra su abultado pecho oscilante. Mirando en él. Arrugas en sus ojos. No daría buenos resultados de todas maneras.

Horas del atardecer, chicas de gasa gris. Horas de la noche luego: negras con dagas y antifaces. Idea poética: rosa, luego dorado, luego gris, luego negro. Aun así, fiel a la realidad también. El día: luego la noche.

Rasgó contundentemente por la mitad el cuento premiado y se limpió con él. Luego se ciñó los pantalones, se abrochó los tirantes y se abotonó. Tiró hacia atrás de la tambaleante, bamboleante puerta del excusado y salió de las sombras al aire libre.

En la luz radiante, aligerado y aliviado de miembros, se ojeó cuidadosamente los pantalones negros: los bajos, las rodillas, las corvas. ¿A qué hora es el entierro? Será mejor que me entere por el periódico.

Un chirrido y un apagado aleteo por el aire en lo alto. Las campanas de la iglesia de George. Tocaban la hora: sonoro hierro apagado.

¡Dingdón! ¡Dingdón!
¡Dingdón! ¡Dingdón!
¡Dingdón! ¡Dingdón!

Menos cuarto. Ahí está otra vez: la resonancia le sigue por el aire. La tercera.

¡Pobre Dignam!

5

JUNTO a las grúas de Sir John Rogerson's Quay Mr. Bloom caminaba discretamente, dejando atrás Windmill Lane, el establecimiento Leask molino de linaza, la estafeta de correos y telégrafos. Podría haber dado esa dirección también. Y dejando atrás el albergue de marineros. Se apartó de los ruidos de la mañana del muelle y prosiguió por Lime Street. Junto a las casitas Brady se hallaba arrellanado un chico recogedor de arrebañaduras, el cubo de basura colgado del brazo, fumando una colilla chupada. Una niña más pequeña con cicatrices de eccema en la frente le ojeó, lánguidamente sujetando su aro de barrica maltrecho. Dile que si fuma no crecerá. ¡Bah, déjalo! Tampoco su vida es un lecho de rosas. Esperando a las puertas de las tabernas para traer a papa a casa. Vuelve a casa con mama, papa. Hora de poca actividad: no habrá mucha gente allí. Cruzó Townsend Street, pasó la fachada ceñuda de Bethel. El, sí: casa de: Alef, Beth. Y dejó atrás la funeraria Nichols. A las once es. Tiempo de sobra. Diría que Kelleher Copetón birló el trabajo para O'Neill. Coser y cantar. Copetón. La vi una vez bajo el emparrado. En el sombreado. ¡Qué animado! Soplón de la policía. Su nombre y dirección luego dio con el agururú runrurú rururú. Vaya, seguro que lo birló. Que lo entierren barato en un comosediga. Con el gururú gururú gururú gururú.

En Westland Row se detuvo ante el escaparate de la Belfast and Oriental Tea Company y leyó los marbetes de los paquetillos de papel de estaño: mezcla selecta, calidad superior, té para la familia. Más bien caluroso. Té. Tengo que hacenne con un poco de Tom Keman. No podría pedírselo en un entierro, sin embargo. Mientras sus ojos leían aún comedidamente se quitó el sombrero aspirando quedamente la brillantina y envió la mano derecha con graciosa lentitud por la frente y el pelo. Mañana muy calurosa. Bajo sus párpados caídos los ojos encontraron el lacito de la cinta de cuero dentro de su sombrero de gran ca. Allí estaba. La mano derecha bajó al cuenco del sombrero. Los dedos encontraron apresuradamente una tarjeta tras la cinta y la transfirieron al bolsillo del chaleco.

Vaya calor. La mano derecha pasó una vez más más lentamente por la frente y el pelo. Luego se puso el sombrero de nuevo, aliviado: y leyó de nuevo: mezcla selecta, hecha con las mejores hojas de Ceilán. El lejano oriente. Un lugar encantador debe de ser: el jardín del mundo, grandes hojas indolentes donde flotar sin rumbo, cactos, praderas floridas, lianas serpeantes las llaman. A saber si será así. Esos cingaleses zascandileando al sol entregados al *dolcefar niente,* sin dar ni golpe en todo el día. Duermen seis meses al año. Demasiado calor para discutir. Influencia del clima. Letargo. Flores del ocio. El aire es lo que más alimenta. Azoes. Invernadero en los jardines Botánicos. Plantas sensibles. Nenúfares. Pétalos demasiado cansados para. Enfermedad del sueño en el ambiente. Andan sobre pétalos de rosas. Imagina tratando de comer callos y uñas de vaca. ¿Dónde estaba el tipo que vi en aquella foto en algún sitio? Ah, sí, en el mar muerto flotando de espaldas, leyendo un libro con una sombrilla abierta. No puede uno hundirse ni aún queriendo: tan espesa con la sal. ¿Porque el peso del agua, no, el peso del cuerpo en el agua es igual al peso del qué? ¿O es el volumen lo que es igual al peso? Es una ley que dice algo así. Vance en el instituto crujiéndose los dedos, enseñando. El plan de estudios del colegio. Plan crujiente. ¿Qué es peso en realidad cuando dices el peso? Treintaidós pies por segundo por segundo. Ley de la inercia de los cuerpos: por segundo por segundo. Todos caen al suelo. La tierra. Es la fuerza de la gravedad de la tierra lo que es el peso.

Se volvió y vagó lentamente hacia el otro lado de la calle. ¿Cómo iba andando ella con las salchichas? De esa forma que tú sabes. Mientras andaba cogió el *Freeman* doblado del bolsillo lateral, lo desdobló, lo enrolló a lo largo en forma de batuta y tabaleó con él en la pemera a cada vagaroso paso. Cara de circunstancia: sólo pasaba por ver. Por segundo por segundo. Por segundo por cada segundo quiere decir. Desde el bordillo lanzó una mirada penetrante por la puerta de la estafeta de correos. Buzón de última recogida. Cartas aquí. Nadie. Adentro.

Alargó la tarjeta por la rejilla de latón.

—¿Hay alguna carta para mí? preguntó.

Mientras la empleada de correos buscaba en un casillero él reparó en un cartel de reclutamiento con soldados de todos los cuerpos desfilando: y se llevó la punta de la batuta a la nariz, oliendo el papel de periódico recién imprimido. No habrá respuesta probablemente. Me propasé en la última.

La empleada de correos le devolvió por la rejilla su tarjeta con una carta. El le dio las gracias y echó rápidamente un vistazo al sobre mecanografiado.

Henry Flower Esq.

Lista de Correos. Westland Row.

E/E

Ha contestado en cualquier caso. Deslizó tarjeta y carta en el bolsillo lateral, pasando de nuevo revista a los soldados desfilando. ¿Dónde estará el regimiento del viejo Tweedy? Soldado retirado. Mira: gorra de piel de oso y penacho. No, es un granadero. Puños de pico. Ahí lo tienes: fusileros del real de Dublín. Casacasrojas. Demasiado llamativas. Por eso debe de ser por lo que las mujeres los persiguen. Uniforme. Más fácil alistarse y hacer la instrucción. La carta de Maud Gonne acerca de cómo hay que sacarlos de O'Connell Street por las noches: deshonra para nuestra capital irlandesa. El periódico de Griffith va en la misma linea ahora: un ejército carroño de enfermedades venéreas: imperio de ultramar o de ultraborrachos. Medio cocidos parecen: como hipnotizados. Vista al frente. Marcar el paso. Izquierda: erda. Derecha: echa. Los del Rey. Nunca se le ve a él vestido de bombero o de poli. De masón, sí.

Salió lentamente de la estafeta de correos y dobló a la derecha. Charla: como si eso lo arreglara todo. La mano se metió en el bolsillo y un dedo índice se abrió camino por debajo de la solapa del sobre, rasgándolo con brusquedad. Las mujeres siempre echan mucha cuenta, no lo creo. Los dedos sacaron la carta la carta y arrugaron el sobre en el bolsillo. Algo prendido: foto quizá. ¿Pelo? No.

M'Coy. Deshagámonos de él pronto. Va a apartarme de mis asuntos. Qué molesta es la gente cuando uno.

—Hola, Bloom. ¿Adónde va?

—Hola, M'Coy. A ningún sitio en especial.

—¿Cómo le va?

—Bien. ¿Y usted?

—Sobrevivo, dijo M'Coy.

Con los ojos puestos en la corbata y traje negros preguntó con quedo respeto:

—¿Hay algún ... no sucede nada, espero? Veo que está ...

—No, no, dijo Mr. Bloom. El pobre Dignam, ya sabe. El entierro es hoy.

—Claro, pobre hombre. Así es. ¿A qué hora?

Foto no es. Una insignia quizá.

A laaas once, contestó Mr. Bloom.

—Intentaré ir hasta allí, dijo M'Coy. ¿A las once, dice? Sólo me enteré anoche. ¿Quién me lo dijo? Holohan. ¿Conoce a Boto?

—Le conozco.

Mr. Bloom miró al otro lado de la calle al charrete parado ante la puerta del Grovesnor. El mozo cargaba la maleta en el pesebrón. Ella permanecía de pie, a la espera, mientras el hombre, marido, hermano, como ella, se buscaba cambio en los bolsillos. Un abrigo con estilo con ese cuello vuelto, abrigado para un día como éste, parece de paño. Qué postura tan distraída con las manos en esos bolsillos de parche. Como aquella encopetada criatura en el partido de polo. Las mujeres todas a favor del espíritu de clase hasta que tocas el punto sensible. Bien está y bien parece. Reservadas a punto de ceder. La honorable Mrs. y Bruto es un hombre honorable. Poseerla una vez le quitaría todo ese estiramiento.

—Estaba yo con Bob Doran, que pasa por una de sus rondas habituales, y con ése cómo le llaman Lyons Gallito. Justo allá en la taberna Conway estábamos.

Doran Lyons en Conway. Ella se llevó una mano enguantada al pelo. Entró Boto. A remojarse el gaznate. Echando la cabeza hacia atrás y mirando fijo a lo lejos con los párpados entornados vio la brillante piel de cervato relucir bajo el fuerte reverbero, el trenzado. Desde luego que hoy veo bien. La humedad en el ambiente da largo alcance

visual quizá. Hablando de unas cosas u otras. Mano de señora. ¿Por qué lado se subirá?

—Y dijo él: *¡Qué pena lo del pobre amigo Paddy! ¿Qué Paddy?* dije yo. *El pobrecillo Paddy Dignam,* dijo.

De campo: a Broadstone probablemente. Botas altas marrones con cordones colgantes. Pie bien moldeado. ¿Para qué tanto barullo con ese cambio? Me ve mirando. Ojo avizor por otro tipo siempre. Un por si acaso. Si una vela se apaga. *-¿Porqué?* dije yo. *¿Qué le pasa?* dije.

Orgullosa: rica: medias de seda.

—Sí, dijo Mr. Bloom.

Se echó un poquito hacia la cabeza hablante de M'Coy. Se va a subir dentro de nada.

—*¿Que qué le pasa?* dijo. *Que está muerto,* dijo. Y, se lo juro, ya colmó la copa. *¿Quién, Paddy Dignam?* dije. No daba crédito a mis oídos. Estuve con él el viernes pasado o fue el jueves en el Arch. Sí, dijo. *Se ha ido. Murió el lunes, pobre hombre.*

¡Atención! ¡Atención! Chispazo de seda ricas medias blancas. ¡Atención!

Un pesado tranvía tocando el gong viró por en medio.

Me la perdí. Condenado chato ruidoso. Se siente uno que le han quitado la miel de los labios. Paraíso y Pen. Siempre sucede lo mismo. En el preciso momento. Aquella chica en un zaguán de Eustace Street fue un lunes ajustándose la liga. La amiga tapando el espectáculo. *Esprit de corps.* Vaya ¿qué miras ahí boquiabierto?

—Sí, sí. dijo Mr. Bloom después de un apagado suspiro. Otro que se ha ido.

—Uno de los mejores, dijo M'Coy.

El tranvía pasó. Se marcharon en el coche hacia el puente de la línea de circunvalación, la mano de ella ricamente enguantada en el asidero de acero. Tremola, tremola: el flamante encaje de su sombrero al sol: tremola, tremolina.

—¿La mujer bien, supongo? dijo la voz cambiada de M'Coy.

—Sí, sí, dijo Mr. Bloom. Magnífica, gracias.

Desenrolló la batuta de periódico despreocupadamente y leyó despreocupadamente:

¿Qué es el hogar sin
Fiambre en Pote Ciruelo?
Incompleto.
Con Ciruelo de felicidad repleto.

—Mi señora acaba de conseguir un contrato. De todas formas aún no está formalizado.

El cuento de la maleta otra vez. Por cierto sin ofender. No entro en ese juego, gracias.

Mr. Bloom desvió los ojos de grandes párpados con acompasada cordialidad.

—Mi mujer también, dijo. Va a cantar para un asunto de postín en el Ulster Hall, en Belfast, el veinticinco.

—¿Ah, sí? dijo M'Coy. Me alegro de oírlo, viejo. ¿Quién monta el tinglado?

Mrs. Marion Bloom. Aún no levantada. La reina estaba en su dormitorio comiendo pan con. Ningún libro. Ennegrecidas cartas de figuras yacían a lo largo del muslo de siete en siete. Mujer morena y hombre rubio. Carta. Gato ovillo peluso negro. Trozo roto de sobre.

Vieja.
Y.
Dulie.
Canción.
De.
Amoooor....

—Es una especie de gira ¿comprende? dijo Mr. Bloom pensativamente. *Duulce canción.* Se ha formado una comisión. A partes iguales en gastos y beneficios.

M'Coy asintió, tirándose del rastrojo del bigote.

—Vaya, vaya, dijo. Ésas son buenas noticias.

Se movió como para irse.

—Bueno, me alegro de verle tan bien, dijo. Nos veremos por ahí.

—Sí, dijo Mr. Bloom.

—Una cosa, dijo M'Coy. Podría firmar por mí en el entierro ¿por favor? Me gustaría ir pero puede ser que no pueda, sabe. Ha habido un ahogado en Sandycove que podría aparecer y entonces tendríamos que ir el juez de instrucción y yo si se encuentra el cuerpo. Tan sólo ponga mi nombre si no estoy allí ¿podría ser?

—Así lo haré, dijo Mr. Bloom, moviéndose como para irse. Está bien.

—De acuerdo, dijo M'Coy animado. Gracias, viejo. Iría si pudiera. Bueno. Chipén. Con sólo poner C. P. M'Coy será bastante.

—Se hará, contestó Mr. Bloom con firmeza.

No me ha cogido en babia ese truco. El sablazo rápido. Presa fácil. Qué más quisiera. Maleta con la que estoy encariñado. Piel. Angulos reforzados, bordes con remaches, cerradura de palanca con mecanismo reforzado. Bob Cowley le prestó la suya para el concierto de la regata de Wicklow el año pasado y hasta ahora.

Mr. Bloom, andando lentamente hacia Brunswick Street, sonrió. Mi señora acaba de conseguir un. Pecosa soprano atiplada. Con una nariz de tacaña. Bastante buena a su manera: para una balada corta. No le echa coraje. Usted y yo, qué le parece: en igual barca. Sobalomos. Como para un ataque de nervios. ¿Es que no nota la diferencia? Creo que le tira por ahí. Contra mi forma de ser de alguna manera. Pensó que Belfast lo iría a buscar. Espero que esa viruela de por allá no vaya a más. Supón que no se deja vacunar de nuevo. Su mujer y mi mujer.

A saber si me vendrá de echacuervos.

Mr. Bloom se paró en la esquina, los ojos errando por las vallas publicitarias multicolores. Soda Cantrell y Cochrane (Aromática). Rebajas de verano en Clery. No, sigue recto. Caramba. *Leah* esta noche. Mrs. Bandmann Palmer. Me gustaría verla otra vez en ese papel. A Hamlet representó anoche. Hacía de hombre. Quizá fuera él una mujer. Por eso Ofelia se suicida. ¡Pobre papá! ¡Cómo solía hablar de Kate Bateman en ese papel! A la entrada del Adelphi en Londres esperó toda la tarde para poder entrar. El año antes de nacer yo fue eso: sesentaicinco. Y Riston en Viena. ¿Cómo se llama exactamente? De Mosenthal es. *¿Rachel* no es así? No. La escena de la que siempre hablaba cuando el viejo Abraham ciego reconoce la voz y lleva los dedos a la cara.

¡La voz de Natán! ¡La voz de su hijo! Oigo la voz de Natán que abandonó a su padre para morir de dolor y miseria en mis brazos, que abandonó la casa de su padre y abandonó al Dios de su padre.

Cada palabra es tan profunda, Leopold.

¡Pobre papá! ¡Pobre hombre! Me alegro de no haber entrado en la habitación a mirarle la cara. ¡Aquel día! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Fu! Bueno, quizá fuera lo mejor para él.

Mr. Bloom dobló la esquina y pasó por los cabizbajos pencos de la parada de coches. Inútil pensar más en ello. Hora del morral. Ojalá no me hubiera encontrado con ese M'Coy.

Se acercó más y oyó el ronzar de avena dorada, los dientes que tascaban suavemente. Grandes ojos de buco le observaron al pasar, envuelto en las emanaciones de avena dulce del meado de caballo. Su Eldorado. ¡Pobres bobalicones! Maldito lo que saben o de lo que se preocupan con sus largas narices metidas en los morrales. Demasiado llenos para palabras. Aun así bien que consiguen comida y catre. Capados también: especie de muñón de gutapercha negra meneándose lacio entre las ancas. Puede que sean felices así de todas maneras. Buenas bestias parecen. Aun así su relincho puede ser muy irritante.

Sacó la carta del bolsillo y la dobló con el periódico que llevaba. Puedo tropezarme con ella por aquí. El callejón es más seguro.

Pasó el albergue del cochero. Curiosa la vida de estos carreros sin rumbo. Haga frío o calor, en todas partes, a cualquier hora y a cualquier sitio, sin voluntad propia. Voglio *e non.* Gusta invitarles a un cigarrillo de vez en cuando. Sociables. Vocean unas cuantas sílabas veloces al pasar. Tarareó:

Liá ci darem la mano
la la lata la la.

Dobló la esquina de Cumberland Street y, prosiguiendo unos pasos, se detuvo al amparo de la pared de la estación. Nadie. El almacén de madera de Meade. Vigas apiladas. Ruinas y casas de vecinos. Con paso cuidadoso pasó por encima del dibujo de un juego de rayuela con su roblón olvidado. Quien pisa raya, pisa medalla. Cerca del almacén de maderas un niño en cuclillas jugaba a las canicas, solo, disparando la bola con pulgar habilidoso. Una gata sabia atigrada, esfinge parpadearte, miraba desde su cálido alféizar. Lástima

molestarlos. Mahoma se cortó un trozo de la capa para no despertarla. Ábrela. Y en tiempos yo jugaba a las canicas cuando iba a la escuela de aquella vieja dama. Le gustaba la reseda. De Mrs. Ellis. ¿Y Mr.? Abrió la carta dentro del periódico.

Una flor. Creo que es una. Una flor amarilla con los pétalos prensados. ¿No está molesta pues? ¿Qué dice?

Querido Henry

Recibí tu última carta por la que te estoy muy agradecida. Siento que no te gustara mi última carta. ¿Por qué adjuntaste los sellos? Estoy muy enfadada contigo. Desearía poder castigarte por eso. Te llamé diablillo porque no me gusta ese otro mudo. Por favor dime ¿qué quiere decir de verdad ese nombre? ¿No eres feliz en tu casa pobre diablillo? En serio que desearía poder hacer algo por ti. Por favor dime qué piensas de la pobrecita de mí. A menudo pienso en ese nombre tan bonito que tienes. Querido Henry ¿cuándo nos vamos a ver? Pienso en ti tan a menudo que no tienes ni idea. Nunca me he sentido tan atraída por un hombre como por ti. Me siento tan mal por eso. Por favor escríbeme una carta larga y cuéntame más. Recuerda que si no lo haces te castigaré. Así que ya sabes lo que te haré, diablillo, si no me escribiste. Ay me muero por conocerte. Querido Henry, no rechaces mi ruego antes de que mi paciencia se me agoten. Entonces te lo contaré todo. Bueno adiós, cariño travieso, me duele tanto la cabeza. hoy. y escribe *a vuelta de correo* a tu anhelante

Martha

P.D. Dime por favor qué clase de perfume usa tu mujer. Quiero saberlo.

besos X X X X

Arrancó la flor ponderadamente del alfiler, olió su casi no olor y la puso en el bolsillo del pecho. El lenguaje de las flores. Les gusta porque nadie lo puede oír. O un ramillete envenenado para fulminarlo. Luego avanzando lentamente leyó de nuevo la carta, mascullando aquí y allá una palabra. Enfadada tulipanes contigo querido hombreflor castigaré tu cacto si no por favor pobre nomeolvides cómo me muero por violetas para querido rosas cuándo nos anémonas conoceremos pronto todo travieso tu mujer dulcamara perfume de Martha. Luego de haberla leído entera la sacó del periódico y la puso en el bolsillo lateral.

Un débil gozo entreabrió sus labios. Transformada desde la primera carta. A saber si «la escribiste» ella misma. Haciéndose la ofendida: una chica de buena familia como yo, persona respetable. Podríamos encontrarnos un domingo después del rosario. Gracias: nada de eso. Típica trifulca amorosa. Luego escondiéndose por esquinas deprisa. Desagradable como una bronca con Molly. Un cigarro tiene efectos tranquilizantes. Narcótico. Propasarse más en la próxima. Diablillo: castigar: tiene miedo de las palabras, claro. Brutal ¿por qué no? Intentarlo de todas formas. Una pizca cada vez.

Palpando aún la carta en el bolsillo le quitó el alfiler. Alfiler corriente ¿no es así? Lo tiró a la calzada. De alguna parte de sus ropas: prendiendo algo. Raro la cantidad de alfileres que siempre llevan encima. No hay rosas sin espinas.

Voces dublinesas de acento vulgar le vociferaban en la cabeza. Aquellas dos guarras esa noche en el Coombe, agarradas bajo la lluvia.

Oh, Mari perdió el alfiler de las bragas.
No sabía qué hacer
para sujetársela,
para sujetársela.

¿La? Las. Duele tanto la cabeza. Estará con la regla probablemente. O sentada todo el día mecanografiando. Concentrar la vista es malo para los nervios del estómago. Qué perfume usa tu mujer. ¿Podría uno descifrar algo así?

Para sujetársela.

Marta, María. Vi ese cuadro en algún sitió no recuerdo ahora viejo maestro o falsificado por dinero. El está sentado en casa de ellas, hablando. Misterioso. También las dos guarras en el Coombe escucharían.

Para sujetársela.

Grata sensación vespertina. No más errar por ahí. Simplemente arrellanarse en algún sitio: tranquilo oscurecer: no preocuparse de nada. Olvidar. Hablar de lugares donde has estado, extrañas costumbres. La otra, cántaro en la cabeza, preparaba la cena: fintas, aceitunas, rica agua fresca de un pozo, fría como la piedra como el agujero en el muro de Ashtown. Tengo que llevarme un cotrofe de papel la próxima vez que vaya a las carreras de

trotones. Ella escucha con tiernos ojazos oscuros. Háblale: más y más: todo. Luego un suspiro: silencio. Largo largo largo reposo.

Al pasar por debajo del puente del ferrocarril sacó el sobre, lo rompió rápidamente en pedacitos y los esparció en dirección a la calzada. Los pedacitos se fueron aleteando, se hundieron en el húmedo ambiente desagradable: un aleteo blanco, luego todos se hundieron.

Henry Flower. Podrías romper un talón de cien libras de la misma manera. Un simple trozo de papel. Lord Iveagh cobró una vez un talón de siete cifras de un millón en el banco de Irlanda. Demuestra lo que se puede ganar con la cerveza negra. Aun así el otro hermano lord Ardilaun tiene que cambiarse de camisa cuatro veces al día, dicen. La piel cría piojos o parasitos. Un millón de libras, espera un momento. Dos peniques por pinta, cuatro peniques por cuarto, ocho peniques por galón de cerveza, no, uno y cuatro peniques por galón de cerveza. Para que uno con cuatro sean veinte: unos quince. Sí, exactamente. Quince millones de barriles de cerveza negra.

¿Qué digo barriles? Galones. Como un millón de barriles de todas maneras.

Un tren que llegaba golpeteó estrepitosamente encima de su cabeza, vagón tras vagón. Los barriles le chocaron dentro de la cabeza: cerveza negra sin fuerza se le desparramó y rebulló dentro. Las piqueras se abrieron de golpe y una enorme riada sin fuerza se desplegó, fluyendo toda, ondulándose entre las llanas ciénagas por todo el campo raso, un vago remolino remansado de licor que arrastraba consigo las flores folianchas de su espuma.

Había llegado a la puerta trasera abierta de All Hollows. Al entrar en el soportal se quitó el sombrero, cogió la tarjeta del bolsillo y la metió de nuevo detrás de la cinta de cuero. Maldita sea. Debería haber trajinado a M'Coy para sacarle un pase a Mullingar.

El mismo anuncio en la puerta. Sermón a cargo del muy reverendo John Conmee S. J. sobre San Pedro Claver S. J. y las misiones en África. Oraciones por la conversión de Gladstone hubo también cuando éste estaba casi inconsciente. Los protestantes son iguales. Para la conversión del Dr. William J. Walsh Doctor en Teología a la religión verdadera. Para salvar a millones en China. A saber cómo se lo explicarán a los pobres chinitos paganos. Prefieren una onza de opio. Del imperio celeste. Pura herejía para ellos. Buda su dios yace de lado en el museo. Tomándolo con calma la mano en la barbilla. Pebetes que se queman. No como el Ecce Homo. Corona de espinas y cruz. Aguda idea la de San Patricio el trébol. ¿Palillos? Conmee: Martin Cunningham lo conoce: aire distinguido. Siento no haberlo trajinado para que Molly entrara en el coro en vez de con el Padre Farley que parecía tonto pero no lo era. Es lo que les enseñan. Ése sí que no se va a ir por ahí con gafas de sol chorreando sudor a bautizar negritos ¿a que no? Los espejuelos les picaría la curiosidad, coruscando. Daría gusto verlos sentados en círculo con labios salientes, traspuestos, escuchando. Bodegón. Lo lamen como si fuera leche, supongo.

El frío olor de la piedra sagrada lo llamaba. Pisó los escalones desgastados, empujó la puerta batiente y entró silenciosamente desde atrás.

Se está celebrando algo: alguna cofradía. Lástima tan vacía. Buen lugar discreto para estar junto a una chica. ¿Quién es mi prójima? Abarrotado a todas horas al son de música lenta. Aquella mujer en la misa de medianoche. Séptimo cielo. Mujeres arrodilladas en los bancos con ronzales carmesíes al cuello, las cabezas inclinadas. Un grupo arrodillado ante el comulgatorio. El sacerdote pasaba ante ellas, murmurando, sosteniendo la cosa en las manos. Se paraba con cada una, sacaba una comunión, sacudía una o dos gotas (¿estarán en agua?) y la ponía meticulosamente en la boca de ella. El sombrero y la cabeza se hundían. Luego la siguiente. El sombrero se hundía al momento. Luego la siguiente: una vieja menuda. El sacerdote se inclinó para ponérsela en la boca, murmurando continuamente. Latín. La siguiente. Cierra los ojos y abre la boca. ¿Qué? Corpus: cuerpo. Cadáver. Buena idea lo del latín. Las atonta primero. Hospicio para los moribundos. No parece que la mastiquen: sólo se la tragan. Curiosa idea: comerse pizcas de un cadáver. Por eso los caníbales le cogen el gusto a eso.

Se echó a un lado observando sus ciegas máscaras pasando por el crucero, una a una, buscando sus sitios. Se acercó a un banco y se sentó en la esquina, el sombrero y el periódico en el regazo. Las ollas que tenemos que llevar. Deberíamos tener sombreros hechos a semejanza de nuestras cabezas. Estaban a su alrededor aquí y allá, con las cabezas aún inclinadas y sus ronzales carmesí, esperando que se les derritiera en el estómago. Algo parecido a los mazzoth: es esa clase de pan: pan ácimo. Míralas. Y me apuesto que les hace sentirse felices. Pirulí. Seguro que sí. Sí, pan de los ángeles lo llaman.

Hay una gran idea tras ello, especie de reino de Dios dentro de ti que sientes. Primeros comulgantes. Barquillos uno por un penique. Luego todos se sienten como miembros de una misma familia, igual que en el teatro, todos en el mismo barco. De verdad. Estoy seguro de ello. No están tan solos. En nuestra confraternidad. Luego salen una pizca achispados. Vía de escape. La cosa es si de verdad crees en ello. Curas en Lourdes, aguas del perdón, y la aparición de Knock, estatuas que sangran. Viejo dormido cerca de ese confesionario. De ahí esos ronquidos. Fe ciega. Seguro en los brazos de a nosotros tu reino. Adormece todas las penas. Despertar el año que viene por estas fechas.

Vio al sacerdote guardar el copón, bien adentro, y arrodillarse un instante ante él, mostrando una gran suela gris de bota por debajo de las cosas de encaje que llevaba puestas. Supongamos que pierde el alfiler de las. No sabría qué hacer para. Redondelito calvo detrás. Letras en la espalda. ¿I.N.R.I.? No: I.H.S. Molly me lo explicó una vez que se lo pregunté. Jesús he pecado: o no: Jesús he sufrido, quiere decir. ¿Y lo otro? Imprecaron al nazareno con recios insultos.

Vemos un domingo después del rosario. No rechaces mi ruego. Aparecería con un velo y bolso negro. Oscurecer y la luz detrás de ella. Puede que esté aquí con una cinta al cuello y haga lo otro como si tal cosa con disimulo. Su naturaleza. Aquel tipo que delató a sus cómplices los invencibles era de, Carey se llamaba, de comunión diaria. Esta misma iglesia. Pedro Carey, sí. No, en Pedro Claver estoy pensando. Denis Carey. Imagínate. Mujer y seis hijos en casa. Y maquinando aquel asesinato todo el tiempo. Esos tragasantos, ahora que lo pienso ése es un buen nombre para ellos, hay algo de mirada esquiva en ellos. No son rectos en los negocios tampoco. No, no, no está aquí: la flor: no, no. Por cierto ¿he roto ese sobre? Sí: bajo el puente.

El sacerdote enjuagaba el cáliz: luego lo apuró de un trago de golpe. Vino. Lo hace más aristocrático que si bebiera por ejemplo lo que acostumbran cerveza negra Guinness o algún bebistrajo sin alcohol bíter de lúpulo dublinés de Wheatley o soda Cantrell y Cochrane (aromática). No les dan nada de eso: vino Kasher: sólo lo otro. Mal consuelo. Mentira piadosa pero muy aconsejable: si no tendrían ajumado a cuál peor pasándose por aquí a mendigar una copa. Raro todo este ambiente de. Muy bien. Pero que muy bien que está.

Mr. Bloom miró para detrás hacia el coro. No va a haber música. Lástima. ¿Quién lleva lo del órgano aquí me pregunto? El viejo Glynn ése sí que sabía hacerle hablar a ese instrumento, el *vibrato:* cincuenta libras al año dicen que cobraba en Gardiner Street. A Molly le salió una voz preciosa aquel día, el Stabat *Mater* de Rossini. El sermón del Padre Bemard Vaughan primero. ¿Cristo o Pilatos? Cristo, pero no nos tengas toda la noche con lo mismo. Música es lo que querían. El ruido de pies cesó. Se podía oír el volar de una mosca. Le dije que modulara la voz hacia aquel rincón. Sentía la emoción en el ambiente, el lleno, la gente mirando hacia arriba:

Quis est homo.

Algunas de esas viejas piezas de música sacra espléndidas. Mercadante: las siete palabras. La duodécima misa de Mozart: ese *Gloria.* Aquellos antiguos papas entusiastas de la música, del arte y las estatuas y los cuadros de todos los tipos. Palestrina por ejemplo también. Se lo pasaron pero que muy bien mientras duró. Saludable también, salmodiando, horas regulares, luego elaboraban licores. Benedictine. Green Chartreuse. Aun así, esto de tener eunucos en el coro eso era pasarse. ¿Qué clase de voz es ésa? Debe de ser curioso oírlas tras sus propios bajos potentes. Entendidos. Supongo que no sentirían nada después. Algo así como una calma. Sin preocupaciones. Entrar en carnes ¿no es así? Glotones, altos, piernas largas. ¿Quién sabe? Eunuco. Una fonna de solucionarlo.

Vio al sacerdote inclinarse y besar el altar y luego darse media vuelta y bendecir a toda la concurrencia. Todos se santiguaron y se pusieron de pie. Mr. Bloom echó un vistazo a su alrededor y luego se puso de pie, mirando por encima de los sombreros elevados. De pie en el evangelio claro está. Luego todos se volvieron a arrodillar y él se repantigó quedamente en el banco. El sacerdote bajó del altar, sosteniendo ese chisme hacia delante, y él y el monaguillo se contestaron el uno al otro en latín. Luego el sacerdote se arrodilló y comenzó a leer de una tarjeta:

—Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra .....

Mr. Bloom adelantó la cara para coger las palabras. Inglés. Tirarles el hueso. Recuerdo algo vagamente. ¿.Cuánto tiempo hace de tu última misa? Gloriosa e inmaculada virgen. José, su esposo. Pedro y Pablo. Más interesante si entendieras de lo que va. Magnífica organización ciertamente, marcha como un reloj. Confesión. Todo el mundo necesita.

Entonces se lo diré todo. Penitencia. Castígueme, por favor. Excelente arma en sus manos. Mejor que la del médico o abogado. Mujer que se muere por. Y yo bsbsbsbsbsbs. ¿Y ha shashashashasha? ¿Y por qué hiciste? Mira el anillo buscando una excusa. Las paredes de la susurrante galería tienen oídos. Marido se enteraría para su mayor sorpresa. Bromilla de Dios. Luego ahí sale ella. Arrepentimiento a flor de piel. Vergüenza encantadora. Orar ante un altar. Ave María y Santa María. Flores, incienso, velas que se derriten. Ocultar sus sonrojos. El ejército de salvación una burda imitación. Prostituta arrepentida se dirigirá a la asamblea. Cómo encontré al Señor. Buen caletre deben tener esos tipos de Roma: dirigen todo el cotarro. ¿Y no barren el dinero para casa también? Legados además: al C.P. con el tiempo confiando en absoluta discreción. Misas por el descanso de mi alma ofrecerán públicamente a puertas abiertas. Monasterios y conventos. El sacerdote en aquel caso de testamento de Fermanagh como testigo. No había manera de acoquinarlo. Tenía la respuesta lista para todo. Libertad y exaltación de nuestra santa madre iglesia. Los doctores de la iglesia: fraguaron bien toda la teología.

El sacerdote oró:

—Bienaventurado Arcángel San Miguel, defiéndenos en la hora de la lucha. Sé nuestro guía ante la maldad y los engaños del demonio (¡que Dios le domine, humildemente lo pedimos!): y tú, oh príncipe de los ejércitos celestiales, por la gloria de Dios arroja a Satán a los infiernos y con él a todos los otros espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas.

El sacerdote y el monaguillo se pusieron de pie y se marcharon. Se acabó. Las mujeres quedaron atrás: en acción de gracias.

Será mejor que me largue. Hermano Blablá. Podrían venir a pasar el platillo quizá. Cumplir el precepto pascual.

Se puso de pie. Caramba. ¿Han estado esos dos botones del chaleco desabrochados todo el tiempo? A las mujeres les encanta. Nunca te lo dicen. Pero nosotros. Perdón, señorita, es que tiene una (iuf?) es sólo una (¡uf?) pelusa. O la falda por detrás, el corchete desabrochado. Fulgores de la luna. Se molestan si no. Por qué no me lo ha dicho antes. Aun así les gustas más desaliñado. Menos mal que no era más al sur. Salió, abrochándose discretamente, por el crucero y a través de la puerta principal a la luz. Estuvo un momento sin ver al lado de la pila de frío mármol negro mientras que delante de él y detrás dos devotas mojaban manos furtivas en la bajamar del agua bendita. Tranvías: un coche de la fábrica de tintes Prescott: una viuda enlutada. Reparo porque yo también voy de luto. Se puso el sombrero. ¿Cómo vamos de tiempo? Y cuarto. Tiempo de sobra aún. Mejor que encargue que preparen la loción. ¿Dónde es? Ah, sí, la última vez. En Sweny en Lincoln Place. Las farmacias rara vez cambian de sitio. Los albarelos verde y oro demasiado pesados para moverlos. La de Hamilton Long, fundada el año del diluvio. Un cementerio hugonote cerca de allí. Visitarlo algún día.

Anduvo hacia el sur por Westland Row. Pero la receta está en los otros pantalones. Vaya, y he olvidado la llave también. Qué lata este asunto del entierro. Bueno, pobre hombre, no es su culpa. ¿Cuándo la encargué por última vez? Espera. Cambié un soberano lo recuerdo. El primero de mes tuvo que ser o el dos. Bah, puede buscarlo en el libro de recetas.

El farmacéutico fue buscando hacia atrás página tras página. Olor arenoso apergaminado parece despedir. Cráneo encogido. Y viejo. En busca de la piedra filosofal. Los alquimistas. Las drogas te envejecen después de la agitación mental. Letargo luego. ¿Por qué? Reacción. Toda una vida en una noche. Gradualmente te cambia el carácter. Viviendo todo el día entre hierbas, ungüentos, desinfectantes. Todos los tiestos de alabastro. Mortero y mazo. Aq. Dist. Fol. laur. Te Virid. El olor casi te cura como con el timbre del dentista. Doctor Cachiporra. Debería medicarse a sí mismo un poco. Electuano o emulsión. El primer tipo que eligió una hierba para curarse a sí mismo tenía agallas. Sin mezcla. Hay que tener cuidado. Suficiente sustancia aquí como para cloroformizarte. Prueba: convierte el papel de tornasol azul en rojo. Cloroformo. Sobredosis de láudano. Brebajes para dormir. Filtros de amor. Jarabe calmante de adormidera nocivo para la tos. Obstruye los poros o la flema. Venenos las únicas curas. El remedio donde menos te figuras. Muy aguda la naturaleza.

—¿Hace dos semanas, señor?

—Sí, dijo Mr. Bloom.

Esperó junto al mostrador, inhalando lentamente el tufo penetrante de las drogas, el polvoriento tufo seco de las esponjas y pastes. Un montón de tiempo ocupado en contar tus dolores y achaques.

—Aceite de almendras dulces y tintura de benjuí, dijo Mr. Bloom, y luego agua de azahar ....

Ciertamente que le ponía la piel tan delicadamente blanca como la cera.

Y cera blanca además, dijo.

Realza el oscuro de sus ojos. Mirándome, con el embozo hasta los ojos, española, oliéndose a sí misma, cuando me estaba poniendo los gemelos en los puños. Esas recetas caseras son a menudo las mejores: fresas para los dientes: ortigas y agua de lluvia: harina de avena dicen empapada en suero de leche. Alimento de la piel. Uno de los hijos de la vieja reina, el duque de Albany ¿era él? tenía sólo una piel. Leopold, sí. Tres tenemos. Verrugas, juanetes y granos para empeorarlo. Pero necesitas un perfume además. ¿Qué perfume usa tu? *Peau d Espagne.* Esa agua de azahar es tan fresca. Grato olor tienen estos jabones. Jabón puro de crema. Hora de tomar un baño a la vuelta de la esquina. En Hammam. Turco. Masaje. La suciedad se te enrolla en el ombligo. Más grato si lo hiciera una grata chica. Además creo que. Sí lo. Hazlo en el baño. Curioso esta ansia que yo. Agua al agua. Combinar negocio y placer. Lástima no haya tiempo para masaje. Te sientes fresco después todo el día. Entierro más bien triste.

—Sí, señor, dijo el farmacéutico. Fueron dos con nueve. ¿Ha traído un frasco?

—No, dijo Mr. Bloom. Prepárelo, por favor. Pasaré más tarde y cojo uno de estos jabones. ¿Qué valen?

—Cuatro peniques, señor.

Mr. Bloom se llevó una pastilla a la nariz. Dulce cera alimonada.

—Me cojo ésta, dijo. Eso hace tres chelines y un penique.

—Sí, señor, dijo el farmacéutico. Puede pagarlo todo junto, señor, cuando vuelva.

—Bien, dijo Mr. Bloom.

Salió lentamente del establecimiento, la batuta de periódico bajo el sobaco, el jabón frescoliado en la mano izquierda.

A la altura del sobaco la voz y mano de Lyons Gallito dijeron:

—Hola, Bloom. ¿Qué noticias hay? ¿Es el de hoy? Déjemelo un minuto.

¡Se ha afeitado el bigote otra vez, por Júpiter! Labio superior largo y frío. Para aparentar menos edad. Está mochales. Más joven que yo.

Los uñinegros dedos amarillentos de Lyons Gallito desenrollaron la batuta. Necesita un lavado también. Quitarse la suciedad gorda. Buenos días ¿ha utilizado usted el jabón Pear? Caspa en los hombros. El cabello necesita grasa.

—Quiero ver lo de ese caballo francés que corre hoy, dijo Lyons Gallito. ¿Dónde está ese maricón?

Hizo crujir las plegadas páginas, restregándose la barbilla con el cuello alto. Picazón de barbero. Cuello apretado perderá el pelo. Mejor que le deje el periódico y me deshago de él.

—Se lo puede quedar, dijo Mr. Bloom.

—Ascot. Copa de oro. Espere, masculló Lyons Gallito. Un momen. Maximum segundo.

—Estaba a punto de tirarlo, dijo Mr. Bloom.

Lyons Gallito levantó la vista repentinamente y lanzó débilmente una mirada maliciosa.

—¿Cómo es eso? dijo su voz aguda.

—Digo que se lo quede, contestó Mr. Bloom. Estaba a punto de tirarlo.

Lyons Gallito dudó por un instante, mirando desconfiado: luego devolvió con brusquedad las hojas abiertas a los brazos de Mr. Bloom.

—Me arriesgaré, dijo. Tome, gracias.

Salió de estampida hacia la esquina de Conway. Anda con Dios mamarracho.

Mr. Bloom dobló de nuevo las hojas exactamente en cuatro y colocó allí el jabón, sonriendo. Labios tontos los de ese tipo. Apuestas. Plaga habitual últimamente. Recaderos que roban para apostar seis peniques. Rifan un hermoso pavo tierno. Su cena de Navidad por tres peniques. El desfalco de Jack Fleming para jugárselo y luego se las pira para América. Lleva un hotel ahora. Nunca vuelven. Las ollas de carne de Egipto.

Anduvo animosamente hacia la mezquita de los baños. Le trae a uno a la memoria una mezquita, ladrillos rojicocidos, los minaretes. Deportes en el colegio hoy por lo que veo. Echó una ojeada al cartel de herradura sobre la cancela del parque del colegio: ciclista doblao como bacalao. Chapuza de anuncio. Si lo hubieran hecho redondo como una rueda. Luego los radios: deportes, deportes, deportes: y el cubo grande: colegio. Algo que atraiga las miradas.

Ahí está el Matamoros de pie en la portería. Por si acaso: puede que me dé una vuelta por ahí dentro de paso. ¿Cómo está usted, Mr. Homblower? ¿Cómo está usted, señor?

Tiempo divino realmente. Si la vida fuera siempre así. Tiempo de críquet. Sentarse bajo los parasoles. Tiempo tras tiempo. Fuera. Aquí no saben jugar a eso. Cero a seis palos. Aun así el capitán Culler rompió una ventana en el club de Kildare Street con un pelotazo dirigido a la izquierda del bateador. La feria de Donnybrook está más en su línea. Y la de cráneos que partíamos cuando M'Carthy salía al campo. Ola de calor. No durará. Siempre pasando, fluir de la vida, que en el fluir de la vida rastreamos es más querido queee todo.

Disfrutemos de un baño ahora: una limpia tina de agua, esmalte fresco, el delicado fluir tibio. Éste es mi cuerpo. Presintió su cuerpo pálido reclinado en ella a todo lo largo, desnudo, en entrañas de tibieza, ungido con perfumado Jabón derritiéndose, suavemente bañado. Se vio el torso y los miembros recubiertos por onduladas ondas y sostenido, impulsado ligeramente hacia arriba, amarillolimón: el ombligo, brote de carne: y vio la maraña de oscuros rizos de su mata flotando, pelo flotante del fluir en derredor del lacio padre de miles, lánguida flor flotante.

6

MARTIN Cunningham, primero, metió la cabeza con sombrero de copa en el coche chirriante y, entrando hábilmente, tomó asiento. Mr. Power subió tras él, encorvando su altura con cuidado.

Vamos, Simon.

—Después de usted, dijo Mr. Bloom.

Mr. Dedalus se cubrió rápidamente y entró, diciendo:

—Sí, sí.

—¿Estamos todos? preguntó Martin Cunningham. Venga, Bloom.

Mr. Bloom entró y se sentó en el asiento libre. Tiró de la portezuela tras sí y dio un portazo dos veces hasta que se cerró bien cerrada. Pasó un brazo por el asidero y miró seriamente por la ventanilla abierta del coche a las cortinillas echadas de la avenida. Una se descorrió hacia un lado: una vieja fisgoneando. La nariz blanquiaplastada contra el cristal. Agradeciendo a su buena estrella que por esta vez la muerte pasara de largo. Extraordinario el interés que se toman por un cadáver. Contentas de vemos marchar damos tanta guerra al llegar. La tarea parece que les va. A escondidas por los rincones. Van de acá para allá chanclichancleteando por miedo a que despierte. Luego preparándolo. Arreglándolo. Molly y Mrs. Fleming haciendo la cama. Tira más de ese lado. Nuestro sudario. Nunca se sabe quién te va a manosear de muerto. Lavado y champú. Creo que cortan las uñas y el pelo. Guardan una pizca en un sobre. Crece lo mismo después. Tarea inmunda.

Todos esperaraban. Nada se decía. Colocando las coronas probablemente. Me he sentado sobre algo duro. Ah, ese jabón: en el bolsillo del pantalón. Mejor que lo cambie de ahí. Esperar la ocasión.

Todos esperaraban. Entonces se oyeron ruedas por enfrente que giraban: después más cerca: después cascos de caballos. Un tirón. El coche de ellos empezó a andar, chirriando y oscilando. Otros cascos y ruedas chirriantes se pusieron en marcha detrás. Las cortinillas de la avenida pasaron y el número nueve con su aldaba con crespón negro, la puerta entreabierta. Al paso.

Esperaron aún, las rodillas entrechocando unas con otras, hasta que hubieron doblado y pasaban a lo largo de las vías del tranvía. Tritonville Road. Más rápido. Las ruedas traquetearon al rodar por la calle adoquinada y los cristales desencajados temblaron traqueteando en los marcos de las portezuelas.

—¿Por qué camino nos lleva? preguntó Mr. Power por las dos ventanillas.

—Inshtown, dijo Martin Cunningham. Ringsend. Brunswick Street.

Mr. Dedalus asintió, mirando hacia afuera.

—Es una buena y vieja costumbre, dijo. Me alegro de ver que aún no se ha perdido.

Todos miraron un rato por las ventanillas las gorras y sombreros que levantaban los viandantes. Respeto. El coche se desvió bruscamente de las vías del tranvía hacia la calzada más lisa pasado Watery Lane. Mr. Bloom ensimismado avistó a un joven lánguido, ataviado de luto, con sombrero de ancha ala.

—Ahí acaba de pasar un amigo suyo, Dedalus, dijo. -¿Quién?

—Su hijo y heredero.

—¿Dónde está? dijo Mr. Dedalus, estirándose hacia el otro lado.

El coche, pasando por alcantarillas destapadas y montones de tierra de la calle levantada delante de las casas de vecinos, dio un vaivén repentinamente en la esquina y, desviándose bruscamente otra vez hacia las vías del tranvía, siguió su curso ruidosamente con temblequeantes ruedas. Mr. Dedalus se echó hacia atrás, diciendo:

—¿Iba ese sinvergüenza de Mulligan con él? ¡Su *fidus Achates!*

—No, dijo Mr. Bloom. Iba solo.

—A casa de su tía Sally, supongo, dijo Mr. Dedalus, la pandilla Goulding, el contable de pacotilla borracho y Crissie, el cachito de caca de papá, la niña sabia que sabe quién es su mismísimo padre.

Mr. Bloom sonrió sin alegría a Ringsend Road. Hnos. Wallace: fábrica de botellas: el puente de Dodder.

Richie Goulding y la cartera de expedientes. Goulding, Collis y Ward le llama al bufete. Sus chistes están ya algo manidos. Menudo era. Bailando en Stamer Street con Ignatius Gallaher un domingo por la mañana, con los dos sombreros de la patrona prendidos en la cabeza. De francachela toda la noche. Empieza a dar la cara ahora: ese dolor de espaldas que tiene, me temo. La mujer tomándole el pelo sin parar. Piensa que se lo va a curar con píldoras. Todo migajas que son. Alrededor de un seiscientos por ciento de beneficios.

—Se junta con gentuza, refunfuñó Mr. Dedalus. Ese apestoso de Mulligan es un jodido rufián de cuidado lo cojas por donde lo cojas. Su nombre apesta por todo Dublín. Pero con la ayuda de Dios y de Su Santa Madre me voy a encargar yo de escribirle una carta un día de estos a su madre o su tía o lo que sea que le va a abrir los ojos como platos. Lo voy a joder vivo, créanme.

Gritó por encima del repiqueteo de las ruedas:

—No voy a dejar que ese bastardo de su sobrino arruine a mi hijo. El hijo de un dependiente de poca monta. Vendiendo cordones en donde mi primo, Peter Paul M'Swiney. De ninguna manera.

Enmudeció. Mr. Bloom desvió la mirada del enfurecido bigote a la cara apacible de Mr. Power y a los ojos y la barba de Martin Cunningham, gravemente agitándosele. Bocazas testarudo. Poseído de su hijo. Tiene razón. Algo que dejar. Si el pequeño Rudy hubiera vivido. Verle crecer. Oír su voz en la casa. Caminando al lado de Molly con traje de Eton. Mi hijo. Yo en sus ojos. Extraña impresión sería. De mí. Sólo por chiripa. Tuvo que ser aquella mañana en Raymond Terrace estando ella en la ventana mirando a los dos perros que estaban haciéndolo al lado de la pared del dejad de hacer el mal. Y el sargento con sonrisa bobalicona. Llevaba aquel vestido crema con el rasgón que no llegó a coserse nunca. Dame un achuchón, Poldy. Dios, me muero de ganas. Cómo empieza la vida.

Se quedó preñada entonces. Tuvo que renunciar al concierto de Greystones. Mi hijo dentro de ella. Yo le podría haber ayudado en la vida. Podría. Haberle hecho independiente. Aprender alemán también.

—¿Vamos tarde? preguntó Mr. Power.

—Diez minutos, dijo Martin Cunningham, mirando el reloj.

Molly. Milly. Lo mismo pero aguado. Sus tacos de marimacho. ¡Por Júpiter jorobado! ¡Rayos y truenos! Aun así, es una niña preciosa. Pronto una mujer. Mullingar. Queridísimo papi. Joven estudiante. Sí, sí: una mujer también. La vida, la vida.

El coche daba violentas sacudidas, los cuatro torsos balanceándose.

—Copetón nos podría haber proporcionado un cacharro más espacioso, dijo Mr. Power.

—Sí que podría, dijo Mr. Dedalus, si no tuviera tanto ojo como tiene. ¿Me sigue?

Cerró el ojo izquierdo. Martin Cunningham empezó a quitarse migajas de pan de debajo de los muslos.

—¿Qué es esto, dijo, en el nombre del Señor? ¿Migas?

—Alguien parece haber celebrado una merendola aquí recientemente, dijo Mr. Power.

Todos levantaron los muslos y miraron con enojo el cuero enmohecido y sin botones de los asientos. Mr. Dedalus, arrugando la nariz, miró abajo frunciendo el ceño y dijo:

A no ser que esté muy equivocado ... ¿Qué le parece, Martin?

—A mí me lo ha parecido también, dijo Martin Cunningham.

Mr. Bloom dejó caer el muslo. Me alegro de haber tomado ese baño. Siento los pies bien limpios. Pero ojalá Mrs. Fleming hubiera zurcido estos calcetines mejor.

Mr. Dedalus suspiró resignadamente.

—Después de todo, dijo, es la cosa más natural del mundo.

—¿Se ha presentado Tom Kernan? preguntó Martin Cunningham, rizándose la punta de la barba delicadamente.

—Sí, contestó Mr. Bloom. Está detrás con Ned Lambert y Hynes.

—¿Y Kelleher Copetón en persona? preguntó Mr. Power.

—En el cementerio, dijo Martin Cunningham.

—Me encontré con M'Coy esta mañana, dijo Mr. Bloom. Dijo que intentaría venir.

El coche se detuvo en seco.

—¿Qué pasa?

—Hemos parado.

—¿Dónde estamos?

Mr. Bloom sacó la cabeza por la ventanilla.

—El gran canal, dijo.

Fábrica de gas. Dicen que cura la tos ferina. Menos mal que Milly no la pasó. ¡Pobres niños! Se doblan hasta ponerse morados de las convulsiones. Una pena de verdad. Salió bien parada con respecto a enfermedades en comparación. Sólo sarampión. Té de linaza. Escarlatina, epidemias de gripe. Buscando víctimas para la muerte. No se pierda esta oportunidad. El asilo de perros allá. ¡Pobre Athos! Sé bueno con Athos, Leopold, es mi última voluntad. Hágase tu voluntad. Obedecemos a los que están en la sepultura. Garabatos al morir. Lo tomó a pecho, se consumió de dolor. Bestia tranquila. Los perros de los viejos generalmente lo son.

Una gota de lluvia le escupió en el sombrero. Se echó hacia detrás y vio un instante de lluvia salpicar de lunares las losas grises. Espaciada. Curioso. Como por un colador. Lo sabía. Las botas me chirriaban lo recuerdo ahora.

—Está cambiando el tiempo, dijo quedamente.

—Una lástima que no haya seguido bueno, dijo Martin Cunningham.

—Necesaria para el campo, dijo Mr. Power. Ahí está de nuevo el sol saliendo.

Mr. Dedalus, escudriñando a través de las gafas el sol velado, lanzó una muda maldición al cielo.

—Tan inestable como el culo de un niño, dijo.

—Nos ponemos en marcha de nuevo.

El coche hizo girar de nuevo las rígidas ruedas y sus torsos se balancearon delicadamente. Martin Cunningham se rezaba más rápidamente la punta de la barba.

—Tom Keman estuvo tremendo anoche, dijo. Y Paddy Leonard remedándolo en su propia cara.

—Ah, cuente, cuente, Martín, dijo Mr. Power apremiantemente. Espere que le cuente, Simon, sobre Ben Dollard cantando *El zagal rebelde.*

—Tremendo, dijo Martin Cunningham pomposamente. *Su forma de cantar esa sencilla balada, Martin, es la interpretación más vigorosa que jamás haya oído en el transcurso de mi experiencia.*

—*Vigorosa,* dijo Mr. Power riéndose. Está loco de atar con eso. Y el *convenio retrospectivo.*

—¿Habéis leído el discurso de Dan Dawson? preguntó Martin Cunningham.

—No, por cierto, dijo Mr. Dedalus. ¿Dónde está?

—En el periódico de esta mañana.

Mr. Bloom sacó el periódico del bolsillo interior. Ese libro tengo que cambiárselo.

—No, no, dijo Mr. Dedalus prestamente. Más tarde por favor.

La mirada de Mr. Bloom bajó por el borde del periódico, examinando las defunciones: Callan, Coleman, Dignam, Fawcett, Lowry, Naumann, Peake ¿qué Peake será ése? ¿será el chico que estaba en Crosbie y Alleyne? No, Sexton, Urbright. Entintados caracteres desvaneciéndose deprisa sobre el gastado papel resquebrajado. En agradecimiento a la Pequeña Flor. Tristemente echada en falta. Con el inexpresable sentimiento de los suyos. A los 88 años tras una larga y dolorosa enfermedad. Al mes: Quinlan. De cuya alma el Dulce Jesús se apiade.

Hace ya un mes de que Henry querido marchara
arriba hasta el cielo allá a su hogar.

Llora la muerte sufamilia desconsolada
y confía algún día volverle a encontrar.

¿Rompí el sobre? Sí. ¿Dónde puse su carta después de leerla en el baño? Se tentó en el bolsillo del chaleco. Ahí está cómo no. Querido Henry desapareció. Antes de que mi paciencia se me agoten.

Escuela nacional. El almacén de Meade. La parada de coches. Sólo dos ahora. Asintiendo. Atiborrados como garrapatas. Demasiado hueso en sus cráneos. El otro trotando por ahí en algún viaje. Hace una hora que pasé por aquí. Los caleseros saludaron con el sombrero.

La espalda de un guardagujas se irguió repentinamente contra un poste de tranvía por la ventanilla de Mr. Bloom. ¿No podrían inventar algo automático de modo que la rueda más fácilmente? Sí pero ¿ese tipo perdería su empleo entonces? Sí pero entonces ¿otro tipo conseguiría un empleo haciendo el nuevo invento?

Sala de conciertos Antient. Nada en cartel. Un hombre con traje color amanlloclaro y brazalete con crespón. Poco sentimiento debe de haber ahí. Cuarto de luto. La familia política quizá.

Dejaron atrás el inhóspito púlpito de Saint Mark, bajo el puente del ferrocarril, el Queen's Theatre: en silencio. Vallas publicitarias: Eugene Stratton, Mrs. Bandmann Palmer. Podría ir a ver *Leab* esta noche, me pregunto. Dije que yo. *¿O Lily of Killarney?* Compañía de ópera Elster Grimes. Extraordinario cambio. Brillantes carteles húmedos de la imprenta para la semana próxima. *Fun on the Bristol.* Martin Cunningham podía proporcionar un pase para el Gaiety. Tendría que invitar a una copa o dos. Hágase el milagro y hágalo el diablo.

El viene por la tarde. Las canciones de ella.

Sombrerería Plasto. El busto de la fuente del monumento a Sir Philip Crampton. ¿Quién era?

—¿Cómo está usted? dijo Martin Cunningham, llevándose la palma de la mano a la frente a modo de saludo.

—No nos ve, dijo Mr. Power. Sí que nos ve. ¿Cómo está usted?

—¿Quién? preguntó Mr. Dedalus.

—Boylan Botero, dijo Mr. Power. Ahí va como un palmito.

Justo en ese momento estaba pensando.

Mr. Dedalus se inclinó hacia delante para saludar. Desde la puerta del Banco Rojo el disco blanco de un canotié alumbró una respuesta: elegante silueta: pasó.

Mr. Bloom se pasó revista a las uñas de la mano izquierda, y luego a las de la mano derecha. Las puntas de las uñas, sí. ¿Hay algo más en él que ellas ella ve? Fascinación. El peor hombre de todo Dublín. Eso lo mantiene vivo. A veces presienten cómo es una persona. Instinto. Pero un tipejo como ése. Mis puntas. Estoy mirándomelas: bien recortadas. Y después: pensando en soledad. El cuerpo poniéndosele un poco fláccido. Me daría cuenta de ello: de recordarlo. ¿Qué es lo que lo causa? Supongo que la piel no puede contraerse lo suficientemente aprisa cuando las carnes se afofan. Pero la forma está ahí. La forma está ahí aún. Hombros. Caderas. Oronda. La noche del baile vistiéndonos. La bata metida por entre los cachetes detrás.

Se apretó las manos entre las rodillas y, satisfecho, envió la vacía mirada por sus caras.

Mr. Power preguntó:

—¿Cómo va la gira de conciertos, Bloom?

—Pues muy bien, dijo Mr. Bloom. Me llegan noticias estupendas. Es una buena idea, comprende ...

—¿Va usted también?

—Pues no, dijo Mr. Bloom. Se da el caso que tengo que ir a County Clare para hacer unas gestiones. Verá la idea es hacer una gira por las ciudades principales. Lo que se pierda en una se puede recuperar en otra.

Así es, dijo Martin Cunningham. Mary Anderson está ahora mismo allí. ¿Tienen ustedes buenos artistas?

—Louis Werner le organiza la gira, dijo Mr. Bloom. Sí, sí, son todos de primera. J. C.

Doyle y John MacCormack espero y. Los mejores, de hecho.

—Y *madame,* dijo Mr. Power sonriendo. Para no ser menos.

Mr. Bloom aflojó las manos con gesto de suave cortesía y las apretó. Smith O'Bnen. Alguien ha colocado un ramo de flores ahí. Mujer. Debe de ser su aniversario. Que cumpla muchos más. El coche que rodaba junto a la estatua de Farrell les unió silenciosamente las rodillas que no oponían resistencia.

Oota: un viejo de atuendo deslustrado desde el bordillo ofrecía su mercancía, la boca abriéndosele: oota.

—Cuatro cordones de botas por un penique.

A saber por qué le quitarían la licencia de abogado. Tenía el bufete en Hume Street. La misma casa que el tocayo de Molly, Tweedy, procurador en Waterford. Lleva ese sombrero de copa desde entonces. Reliquias del viejo decoro. De luto también. Terrible revés ¡pobre desgraciado! Pasando de mano en mano como rapé en velatorio. O'Callaghan en las últimas.

Y *madame.* Las once y veinte. Levantada. Mrs. Fleming viene a limpiar. Arreglándose el pelo, tarareando. Voglio *e non vorrei.* No. *Vorrei e non.* Mirándose las puntas del pelo a ver si las tiene abiertas. *Mi trema un poco il.* Bellísima en el *tre* su voz: tono lloroso. Tordo. Tordella. Ahí tienes una palabra tordella que lo expresa.

Sus ojos pasaron levemente por la agraciada cara de Mr. Power. Encanecido encima de las orejas. *Madame:* sonriente. Le devolví la sonrisa. Una sonrisa hace milagros. Sólo por cortesía quizá. Gran tipo. ¿Quién sabe si eso es cierto sobre la mantenida? Nada agradable para la esposa. Sin embargo se dice, quién me lo contó, que no hay nada carnal. Te pensarías que eso se terminaría muy pronto. Sí, fue Crofton que se lo encontró una noche cuando le traía a ella una libra de filetes de lomo. ¿Qué es lo que era? Camarera en el Jury. C en el Moira ¿era allí?

Pasaron por debajo de la figura enormencapotada del Liberador.

Martin Cunningham le dio con el codo a Mr. Power.

—De la tribu de Rubén, dijo.

Una figura alta barbinegra, inclinándose sobre un bastón, vacilante por la esquina de Elvery's Elephant, les mostró una mano curvada abierta sobre el lomo.

—En toda su belleza prístina, dijo Mr. Power.

Mr. Dedalus siguió a la vacilante figura con la vista y dijo apaciblemente:

—¡Que el diablo te rompa la crisma!

A Mr. Power, que se retorcía de risa, se le sombreó la cara al retirarla de la ventanilla cuando el coche pasaba por la estatua de Gray.

—Todos hemos pasado por eso, dijo Martín Cunningham decididamente.

Sus ojos se encontraron con los de Mr. Bloom. Se acarició la barba y añadió:

—Bueno, casi todos.

Mr. Bloom empezó a hablar con apremio repentino a las caras de sus compañeros.

—Hay una muy buena que se cuenta por ahí de Reuben J. y el hijo.

—¿La del barquero? preguntó Mr. Power.

—Sí. ¿Verdad que es muy buena?

—¿De qué va? preguntó Mr. Dedalus. Yo no la he oído.

—Había una chica de por medio, empezó Mr. Bloom, y él dispuso enviarlo a la Isla de Man para ponerlo en lugar seguro pero cuando iban los dos ...

—¿Qué? preguntó Mr. Dedalus. ¿Ese jodido truhán reconocido?

—Sí, dijo Mr. Bloom. Iban los dos camino del barco y trató de ahogarse....

—¡De ahogarse Barrabás! exclamó Mr. Dedalus. ¡Por Cristo que ojalá lo hubiera hecho!

Mr. Power lanzó una larga risotada por las narices cubiertas con las manos.

—No, dijo Mr. Bloom, el hijo en persona....

Martin Cunningham le desbarató su discurso groseramente:

—Reuben J. y su hijo ahuecaban el ala muelle abajo junto al río camino del barco de la

Isla de Man y el barbilampiño se suelta repentinamente y por encima del muro que se tiró en el Liffey.

—¡Válgame Dios! profirió Mr. Dedalus con espanto. ¿Murió?

—¡Muerto! exclamó Martin Cunningham. ¡Qué va! Un barquero cogió un bichero y lo pescó por la culera de los calzones y lo elevó hasta el padre en el muelle más muerto que vivo. Media ciudad estaba allí.

—Sí, dijo Mr. Bloom. Pero lo más gracioso es que....

—Y Reuben J., dijo Martin Cunningham, le dio un florín al batelero por salvarle la vida a su hijo.

Un suspiro sofocado salió de debajo de la mano de Mr. Power.

—Sí, sí, así lo hizo, afirmó Martin Cunningham. Como un héroe. Un florín de plata.

—¿A que es muy buena? dijo Mr. Bloom insistentemente.

—Un chelín y ocho peniques de más, dijo Mr. Dedalus secamente.

La risa atragantada de Mr. Power estalló apagadamente en el coche.

La columna de Nelson.

—¡Ocho ciruelas a penique!

—¡Ocho a penique!

—Será mejor que nos mostremos algo más serios, dijo Martin Cunningham.

Mr. Dedalus suspiró.

—Ah, vamos, dijo, el pobrecillo Paddy no nos iba a escatimar una carcajada. El mismo contaba algunas muy buenas.

—¡Que el Señor me perdone! dijo Mr. Power, limpiándose los ojos acuosos con los dedos. ¡Pobre Paddy! Cómo se me iba a ocurrir hace una semana cuando le Vi por última vez y él tan saludable como siempre que andaría detrás de él hoy de esta manera. Se ha ido de entre nosotros.

—El hombre más decente que jamás haya usado sombrero, dijo Mr. Dedalus. Se fue tan repentinamente.

—Un colapso, dijo Martin Cunningham. El corazón.

Se dio una palmadita en el pecho tristemente.

Cara reluciente: encendida. Demasiado güisqui. Cura para las narices rojas. Beber como un demonio hasta que se pone grisamarilla. Un buen dinero que se gastó coloreándosela.

Mr. Power miró fijamente las casas que pasaban con aprensión triste.

Tuvo una muerte repentina, pobre hombre, dijo.

—La mejor, dijo Mr. Bloom.

Los ojos como platos le miraron.

—Sin dolor, dijo. Un momento y todo ha terminado. Como morirse durante el sueño.

Nadie dijo palabra.

El lado muerto de la calle es éste. Negocio flojo de día, agentes de la propiedad, hotel de abstinencia, guía de ferrocarriles en la librería Falconer, colegio de funcionarios, librería Gill, club católico, organización del trabajador ciego. ¿Por qué? Alguna razón. Haga sol o viento. Por la noche también. Arrapiezos y tatas. Bajo el patronazgo del que fuera Padre Mathew. Primera piedra por Pamell. Colapso. El corazón.

Caballos blancos con penachos blancos doblaron la esquina de la Rotunda, al galope. Un ataúd pequeñito resplandeció al pasar. Corren a enterrar. Una carroza fúnebre. No casado. Negro para los casados. Pío para solteros. Pardo para monjas.

—Triste, dijo Martin Cunningham. Un niño.

Una cara de enano, malva y arrugada como la del pequeño Rudy. Cuerpo de enano, flojo como masilla, en una caja de madera forrada de blanco. Entierro lo paga la Friendly Society. Un penique a la semana por un terrón de césped. Nuestro. Pequeño. Desdichado. Recién nacido. No significó nada. Error de la naturaleza. Si sale sano es por la madre. Si no por el hombre. Mejor suerte la próxima vez.

—Pobrecito, dijo Mr. Dedalus. A salvo de todo esto.

El coche trepó más lentamente por la cuesta de Rutland Square. Traquetean los huesos. Por las piedras. Sólo un pordiosero. Nadie lo reclama.

—A mitad de la vida, dijo Martin Cunningham.

—Pero aún es peor, dijo Mr. Power, cuando alguien se quita la vida.

Martin Cunningham sacó el reloj enérgicamente, tosió y lo devolvió a su sitio.

—La mayor deshonra para una familia, añadió Mr. Power.

—Insania temporal, claro está, dijo Martin Cunningham con decisión. Debemos tener una actitud caritativa.

—Dicen que el hombre que lo hace es un cobarde, dijo Mr. Dedalus.

—No somos nadie para juzgar, dijo Martin Cunningham. Mr. Bloom, a punto de hablar, cerró los labios de nuevo. Los grandes ojos de Martin Cunningham. Apartando la mirada ahora. Qué hombre más humano y comprensivo. Inteligente. Como la cara de Shakespeare. Siempre tiene algo bueno que decir. No tienen misericordia con eso aquí ni con el infanticidio. Les niegan enterramiento cristiano. Le solían atravesar el corazón con una estaca de madera en la sepultura. Como si no lo tuviera roto ya. Sin embargo a veces se arrepienten demasiado tarde. Hallado en el lecho del río agarrándose a los juncos. Me miró. Y aquella horrorosa borracha de su mujer. Poniéndole casa una y otra vez y luego empeñándole ella los muebles todos los sábados casi. Haciéndole la vida imposible. Le rompería el corazón a una piedra, eso. Lunes por la mañana. A empezar de nuevo. Arrimar el hombro. Dios, qué pinta debía de tener aquella noche Dedalus me lo dijo que estaba allí. Borracha como una cuba y corcoveando con el paraguas de Martin.

Y me llaman la perla de Asia,
de Asia,
la geisha.

Apartó la mirada de mí. Lo sabe. Traquetean los huesos.

La tarde aquella de la investigación post mortem. La botella rojietiquetada en la mesa. La habitación del hotel con cuadros de caza. Ambiente cargado. La luz del sol por entre los listones de las persianas. Las orejas alumbradas de sol del juez de instrucción, grandes y peludas. El botones prestaba declaración. Pensó a primera vista que estaba dormido al principio. Luego le vio como unos surcos amarillos en la cara. Se había deslizado hacia abajo hasta los pies de la cama. Veredicto: sobredosis. Muerte accidental. La carta. Para mi hijo Leopold.

No más sufrimiento. Nunca más despertar. Nadie lo reclama.

El coche traqueteó apresuradamente por Blessington Street abajo. Por las piedras.

Vamos a paso ligero, creo, dijo Martin Cunningham.

—Dios quiera que no nos vuelque en medio de la calle, dijo Mr. Power.

—Espero que no, dijo Martin Cunningham. Habrá una carrera estupenda mañana en Alemania. La Gordon Bennett.

—Sí, por Júpiter, dijo Mr. Dedalus. Merecería la pena verse, se lo juro.

Al doblar para Berkeley Street un organillo cerca del Basin envió por el aire tras ellos una traqueteante canción bullanguera de teatro de variedades. ¿Ha visto alguien aquí a Kelly? Ka e ele ele y griega. Marcha fúnebre de *Saúl.* Es tan malo como el viejo Antonio. Que me dejó solonio. ¡Pirueta! El *Mater Misericordiae.* Eccles Street. Mi casa por allá. Un sitio grande. Sala para los incurables allí. Muy alentador. Hospital Our Lady para los moribundos. Mortuorio muy práctico debajo. Donde murió la vieja Mrs. Riordan. Tienen un aspecto terrible las mujeres. Su tazón y limpiándole la boca con la cuchara. Luego la mampara alrededor de la cama para que muera. Agradable estudiante era aquel que me curó la picadura de abeja. Se ha trasladado al hospital de parturientas me han dicho. De un extremo a otro.

El coche al galope dobló una esquina: paró.

—¿.Qué pasa ahora?

Una manada seccionada de ganado marcado pasaba ante las ventanillas, mugiendo, andando con aire gacho sobre cascos acolchados, mosqueando con las colas lentamente sus huesudas ancas enfangadas. Por fuera y por en medio corrían ovejas almagradas balando su miedo.

—Emigrantes, dijo Mr. Power.

—¡Eeeh! gritaba la voz del tropero, restallándoles el látigo en los flancos. ¡Eeeh! ¡Fuera de ahí!

Jueves, claro está. Mañana es día de matanza. Novillos cebados. Cuffe los vendía a unas veintisiete libras cada uno. Para Liverpool probablemente. Rosbif para la vieja Inglaterra. Compran todas las partes jugosas. Y luego la quinta parte se pierde: toda esa materia aprovechable, piel, pelo, cuernos. Es una buena suma al cabo de un año. Comercio de carne muerta. Subproductos de los mataderos para tenerías, jabón, margarina. A saber si funciona ahora ese ardid de descargar la carne en malas condiciones del tren en Clonsilla.

El coche continuó por entre la manada.

—No comprendo cómo la corporación municipal no monta una línea de tranvía desde la verja del parque a los muelles, dijo Mr. Bloom. Todos esos animales podrían llevarse en vagones hasta los barcos.

—En vez de bloquear la vía pública, dijo Martin Cunningham. Muy acertado. Deberían hacerlo.

—Sí, dijo Mr. Bloom, y otra cosa que a menudo he pensado, es tener tranvías funerarios municipales como tienen en Milán, ya saben. Llevar la línea hasta las afueras hasta las cancelas del cementerio y tener tranvías especiales, con coche fúnebre y coche para el duelo y todo. ¿Ven lo que quiero decir?

—Vaya, ésa sería una historia formidable, dijo Mr. Dedalus. Coche-cama y vagón comedor.

—Un panorama poco halagüeño para Copetón, añadió Mr. Power.

—¿Por qué? preguntó Mr. Bloom, volviéndose hacia Mr. Dedalus. ¿No sería más decente que galopar de dos en fondo?

—Bueno, ahí podría tener razón, concedió Mr. Dedalus.

—Y, dijo Martin Cunningham, no tendríamos escenas como aquella cuando el coche fúnebre dio un barquinazo al doblar la esquina de Dunphy y volcó el ataúd en mitad de la calle.

—Aquello fue terrible, dijo la cara horrorizada de Mr. Power, y el cadáver rodó por la calle. ¡Terrible!

—El primero en doblar la esquina de Dunphy, dijo Mr. Dedalus, asintiendo. La copa Gordon Bennett.

—¡Alabado sea Dios! dijo Martin Cunningham piadosamente.

¡Pum! Vuelco. Un ataúd sale y da contra la calzada. Revienta. Paddy Dignam sale despedido y rueda tieso por el polvo con un hábito marrón demasiado grande. Cara roja: gris ahora. La boca se le ha abierto. Preguntando qué pasa ahora. Muy acertado que se la cierren. Está horrorosa abierta. Luego las tripas se descomponen rápidamente. Mejor cerrarle todos los orificios. Sí, también. Con cera. El esfinter está suelto. Sellarlo todo.

—Dunphy, anunció Mr. Power al girar el coche a la derecha.

La esquina de Dunphy. Carrozas fúnebres estacionadas, ahogando su dolor. Una pausa en el camino. Lugar magnífico para una taberna. Me figuro que pararemos aquí a la vuelta para brindar a su salud. Una ronda de alivio. Elixir de la vida.

Pero supón ahora que sí sucediera. ¿Sangraría si una punta digamos lo cortara en el zarandeo? Sangraría y no sangraría, supongo. Depende dónde. La circulación se para. Aun así podría manar un poco de alguna arteria. Sería mejor enterrarlos de rojo: de rojo oscuro.

En silencio circularon por Phibsborough Road. Un coche fúnebre vacío pasó trotando, de vuelta del cementerio: parece aligerado.

El puente de Crossguns: el canal real.

El agua se precipitaba bramando por las esclusas. Un hombre de pie en su gabarra corriente abajo, por entre montones de turba. Por el camino de silga cerca de la compuerta un caballo flojoamesado. A bordo del *Bugabu.*

Todos los ojos lo observaron. Por el lento canal algoso había flotado en su balsa costeando el litoral de Irlanda arrastrado por una sirga junto a lechos de juncos, por el cieno, botellas embarradas, carroñas de perros. Athlone, Mullingar, Moyvalley, podría ir andando a ver a Milly por el canal. O en bicicleta. Alquilar algún viejo trasto, más seguro. Wren tenía uno el otro día en la subasta pero de mujer. Vías acuáticas en desarrollo. Pasatiempos de James M'Cann cruzarme en bote al otro lado. Viaje más barato. En fáciles

etapas. Casas flotantes. De acampada. También coches fúnebres. Al cielo por el agua. Quizá lo haga sin escribir. Presentarme por sorpresa, Leixlrp, Clonsilla. Bajando compuerta a compuerta hasta Dublín. Con turba de las ciénagas del interior. Saludo. Se quitó el sombrero de paja marrón, saludando a Paddy Dignam.

Dejaron atrás la taberna Brian Boroimhe. Cerca ya.

—A saber cómo le irá a nuestro amigo Fogarty, dijo Mr. Power.

—Más vale que le pregunte a Tom Kernan, dijo Mr. Dedalus.

—¿Cómo es eso? dijo Martin Cunningham. ¿Lo habrá dejado a dos velas, supongo?

—Ojos que no ven, dijo Mr. Dedalus, corazón que sí siente.

El coche giró a la izquierda hacia Finglas Road.

La marmolería a la derecha. Última etapa. Apiñadas en el trozo de tierra aparecieron figuras silenciosas, blancas, apesadumbradas, con manos inmóviles extendidas, arrodilladas en dolor, señalando. Fragmentos de formas, talladas. En blanco silencio: implorantes. Lo mejor en el mercado. Thos. H. Dennany, constructor de monumentos funerarios y escultor.

Pasaron.

En el bordillo delante de la casa de Jimmy Geary, el sacristán, un viejo vagabundo se hallaba sentado, quejándose, sacándose la tierra y los chinos de su enorme bota bostezante polvomarrón. Tras el viaje de la vida.

Sombríos jardines pasaron luego: uno a uno: sombrías casas.

Mr. Power señaló.

—Ahí es donde asesinaron a Childs, dijo. La última casa.

—Sí que lo es, dijo Mr. Dedalus. Un caso horrible. Seymour Bushe consiguió que lo exculparan. Asesinó a su hermano. O eso dijeron.

—La acusación no tenía pruebas, dijo Mr. Power.

—Sólo indicios circunstanciales, añadió Martin Cunningham. Ésa es la máxima de la ley. Mejor que noventainueve culpables escapen que no que un inocente sea injustamente condenado.

Miraron. Tierra de asesino. Pasó oscuramente. A cal y canto cerrada, deshabitada, jardín abandonado. Todo el lugar se ha ido al diablo. Injustamente condenado. El asesinato. La imagen del asesino en el ojo del asesinado. Les encanta leer esas cosas. Cabeza de hombre hallada en un jardín. Ella llevaba puesto. Cómo encontró ella la muerte. Reciente atrocidad. El arma utilizada. El asesino aún anda suelto. Pistas. Un cordón de zapato. El cuerpo será exhumado. El asesinato se aclarará.

Apretujados aquí dentro en este coche. Puede que no le gustara a ella que me presentara sin avisarla. Hay que tener cuidado con las mujeres. Las coges tan sólo una vez con el culo al aire. No te lo perdonan jamás. Quince.

Los altos barrotes de la verja de Prospect pasaron ondeantes ante sus ojos. Oscuros chopos, raras figuras blancas. Figuras más frecuentes, blancas formas arracimadas entre los árboles, blancas figuras y fragmentos fluyendo mudamente, manteniendo gestos efímeros en el aire.

La llanta rechinó contra el bordillo: se paró. Martín Cunningham sacó el brazo y, tirando hacia atrás del pestillo, empujó la puerta con la rodilla. Salió. Mr. Power y Mr. Dedalus le siguieron.

Cambia ese jabón ahora. La mano de Mr. Bloom desabrochó el bolsillo del pantalón sigilosamente y transfirió el jabón papelpegado al bolsillo interior del pañuelo. Salió del coche, devolviendo a su lugar el periódico que su otra mano aún sostenía.

Entierro insignificante: carroza y tres coches. Qué más da. Portadores del manto funerario, bridas de oro, misa de réquiem, salvas. Pomposidad de la muerte. Más allá del último coche había un vendedor ambulante de pie al lado de su carrito de pasteles y frutas. Pastelillos rellenos de fruta son esos, pegados unos con otros: pasteles para los muertos. Galletas para perros. ¿Quiénes se las comían? Acompañantes del difunto saliendo.

Siguió a sus compañeros. Mr. Keman y Ned Lambert le siguieron. Hynes andando detrás de ellos. Kelleher Copetón de pie al lado del coche fúnebre abierto sacó las dos coronas. Le dio una al chico.

¿Dónde se habrá metido el entierro de aquel niño?

Un tiro de caballos pasó de Finglas con fatigoso paso cansado, arrastrando por el fúnebre silencio un carro chirriante en el que yacía un bloque de granito. El carretero que marchaba a la cabeza saludó. El ataúd ahora. Se nos ha adelantado, muerto y todo. El caballo que se vuelve a mirarlo con el penacho ladeado. Ojo apagado: la collera apretándole el cuello, presionando una artena o algo. ¿Sabrán lo que acarrean hasta aquí todos los días? Debe de haber veinte o treinta entierros al día. Mount Jerome además para los protestantes. Entierros por todo el mundo por todas partes cada minuto. Echándolos con las palas al hoyo a carretadas el doble de rápido. Miles cada hora. Demasiados en el mundo.

Acompañantes del difunto salieron por la verja: mujer y una niña. Harpía canflaca, mujer dura de roer, la papalina torcida. La cara de la niña manchada de suciedad y lágnmas, cogida del brazo de la mujer, mirándola en espera de una señal para echarse a llorar. Cara de pez, exangüe y lívida.

Los anderos se echaron el ataúd a hombros y lo entraron por la verja. Tanto peso muerto. Yo mismo me sentía más pesado al salir de aquel baño. Primero el fiambre: luego los amigos del fiambre. Kelleher Copetón y el chico siguieron con las coronas. ¿Quién es ese que está a su lado? Ah, el cuñado.

Todos caminaron detrás.

Martin Cunningham susurró:

—Estaba pasando un mal rato cuando habló de suicidios delante de Bloom.

—¿Qué? susurró Mr. Power. ¿Cómo es eso?

—Su padre se envenenó, susurró Martin Cunningham. Regentaba el hotel Queen en Ennis. Le oyó decir que iba a ir a Clare. Aniversario.

—¡Válgame Dios! susurró Mr. Power. Ahora me entero. ¿Se envenenó?

Echó un vistazo atrás a donde una cara de ojos oscuros pensativos proseguía hacia el mausoleo del cardenal. Hablando.

—¿Estaba asegurado? preguntó Mr. Bloom.

—Creo que sí, contestó Mr. Keman. Pero la póliza estaba fuertemente hipotecada. Martin está tratando de meter al joven en Artane.

—¿Cuántos niños ha dejado?

—Cinco. Ned Lambert dice que intentará meter a una de las chicas en la tienda Todd.

—Una pena, dijo Mr. Bloom delicadamente. Cinco criaturas.

—Un duro golpe para la pobre mujer, añadió Mr. Keman.

—Sí que lo es, asintió Mr. Bloom.

Ahora le toca reír a ella.

Se miró las botas que se había encerado y abrillantado. Ella le había sobrevivido. Perdió a su marido. Más muerto para ella que para mí. Uno tiene que sobrevivir al otro. Dicen los entendidos. Hay más mujeres que hombres en el mundo. Acompáñala en el sentimiento. Su terrible pérdida. Espero que pronto le siga. Para viudas hindúes solamente. Ella se casaría con otro. ¿Con él? No. Sin embargo quién sabe después. La viudedad no es lo que era desde que la vieja reina murió. Llevada en una cureña. Victoria y Albert. Monumento funerario en Frogmore. Pero al final se puso unas cuantas violetas en la papalina. Vanidosa en el fondo de su corazón. Todo por una sombra. El consorte no era ni rey. Su hijo era la esencia. Algo nuevo en lo que esperar no como el pasado que quería recuperar, esperando. Nunca vuelve. Uno tiene que irse antes: solo, bajo tierra: y no yacer más en su cálida cama.

—¿Cómo está, Simon? dijo Ned Lambert suavemente, estrechando manos. No le he visto hace siglos.

—Mejor que nunca. ¿Cómo están todos en la querida Cork?

—Estuve allí para las carreras de Cork el lunes de Resurrección, dijo Ned Lambert. Las monsergas de siempre. Paré donde Dick Tivy.

—¿Y cómo está Dick, el hombre formal?

—Sin un pelo en la cresta, contestó Ned Lambert.

—¡Por San Pablo! dijo Mr. Dedalus con asombro mesurado. ¿Dick Tivy calvo?

—Martin va a ver si nos da un sablazo en beneficio de los chicos, dijo Ned Lambert, señalando hacia delante. Unos cuantos chelines por cabeza. Para que aguanten hasta que se aclare lo del seguro.

—Sí, sí, dijo Mr. Dedalus dudando. ¿Es ése el hijo mayor el de enfrente?

—Sí, dijo Ned Lambert, con el hermano de la mujer. John Henry Menton está detrás. El se ha comprometido a dar una libra.

Apostaría a que lo habrá hecho, dijo Mr. Dedalus. A menudo le decía al pobre Paddy que debía cuidar ese trabajo. John Henry no es el peor del mundo.

—¿Cómo lo perdió? preguntó Ned Lambert. La bebida ¿no?

—El fallo de muchos hombres buenos, dijo Mr. Dedalus con un suspiro.

Se detuvieron a la puerta de la capilla mortuoria. Mr. Bloom detrás del chico de la corona observaba el cabello repeinado y los pliegues del canijo cogote dentro del recién estrenado cuello. ¡Pobre chico! ¿Estaría allí cuando el padre? Ambos inconscientes. Espabilar en el último instante y reconocer por última vez. Todo lo que pudo haber hecho. Le debo tres chelines a O'Grady. ¿Lo entendería? Los anderos portaron el ataúd hasta dentro de la capilla. ¿Cuál es el lado de la cabeza?

Tras un instante siguió a los demás adentro, parpadeando en la luz tamizada. El ataúd reposaba sobre sus andas delante del presbiterio, cuatro velas altas amarillas en las esquinas. Siempre delante de nosotros. Kelleher Copetón, colocando una corona en cada esquina delantera, indicó al chico que se arrodillara. Los acompañantes se arrodillaron aquí y allá en reclinatorios. Mr. Bloom se quedó de pie detrás junto a la pila y, cuando todos se hubieron arrodillado, dejó caer cuidadosamente el periódico desdoblado de su bolsillo e hincó la rodilla derecha en él. Encajó el sombrero negro delicadamente en la rodilla izquierda y, sujetando el ala, se inclinó hacia delante piadosamente.

Un acólito portando un cubo de latón con algo dentro salió por una puerta. El sacerdote blanquialbado vino detrás, alisándose la estola con una mano, equilibrando con la otra un librito contra la barriga de sapo. ¿Quién leerá el libraco? Yo, dijo el braco.

Se detuvieron al lado de las andas y el sacerdote comenzó a leer en el libro con un croar fluido.

El Padre Coffey. Sabía que se llamaba algo así como café. Dominenámme. Parece un matón por el hocico de buldog. El que mangonea el cotarro. Cristiano musculoso. La desdicha caiga sobre aquel que le mire con malos ojos: sacerdote. Tú eres Pedro. Reventará por los costados como un camero bien cebado dice Dedalus que le pasará. Con una barriga que tiene de cachorro podrido. Expresiones de lo más divertidas las que ese hombre encuentra. Jmmm: reventará por los costados.

—*Non intres in judicium cum semo tuo, Domine.*

Les hace sentirse más importantes si se reza por ellos en latín. Misa de réquiem. Plañideras de luto. Tarjetas nigrorladas. Tu nombre en el libro del altar. Qué sitio más frío éste. Tendrán que alimentarse bien, ahí sentados toda la mañana en la penumbra mano sobre mano y esperando al siguiente por favor. Ojos de sapo también. ¿Qué es lo que le infla de esa manera? Molly se infla con la col. El aire del lugar puede ser. Parece lleno de gas nocivo. Debe de haber una cantidad infemal de gases nocivos en este lugar. Los camiceros, pongo por caso: se ponen como bistecs crudos. ¿Quién me lo contaba? Mervyn Browne. Abajo en la cripta de San Werburgh precioso órgano antiguo ciento cincuenta deberían taladrar un agujero en los ataúdes a veces para dejar salir el gas nocivo y quemarlo. Sale a borbotones: azul. Una bocanada y estás perdido.

Me molesta la rótula. Ay. Así está mejor.

El sacerdote sacó un palito con el extremo en forma de pomo del cubo del chico y lo sacudió encima del ataúd. Luego fue al otro extremo y lo sacudió de nuevo. Luego regresó y lo devolvió al cubo. Como eras antes de descansar. Todo está escrito: tiene que hacerlo.

—*Et ne nos inducas in tentationem.*

El acólito trinaba las respuestas con voz de tiple. A menudo pensé que sería mejor tener chicos sirvientes. Hasta los quince o así. Después, claro está ...

Agua bendita era eso, me figuro. Sacudiéndole el sueño. Debe de estar harto de ese trabajo, sacudiendo la cosa esa encima de todos los cadáveres que traen trotando. Qué malo tiene que viera sobre lo que lo está sacudiendo. Cada día de su puñetera vida un nuevo lote: hombres de mediana edad, viejas, niños, mujeres muertas de parto, hombres

barbudos, comerciantes calvos, chicas tísicas con pechitos de gorrión. El año entero ha rezado lo mismo por ellos y sacudido el agua encima de ellos: duermen. Encima de Dignam ahora.

—*In paradisum.*

Ha dicho que iría al paraíso o que está en el paraíso. Dice eso con todos. Qué trabajo más pesado. Pero tiene que decir algo.

El sacerdote cerró el libro y salió, seguido del acólito. Kelleher Copetón abrió las puertas laterales y los sepultureros entraron, auparon el ataúd de nuevo, lo sacaron y metieron de un empujón en el carro. Kelleher Copetón le dio una corona al chico y otra al cuñado. Todos salieron tras ellos por las puertas laterales al apacible aire gris. Mr. Bloom salió el último doblando el periódico de nuevo en el bolsillo. Miró gravemente al suelo hasta que el carro se hubo marchado rodando hacia la izquierda. Las ruedas de metal trituraban la gravilla con rechinante ruido rasposo y el grupo de botas romas siguió al carrito rodante por un sendero de sepulcros.

Larí lará larí lará larú. Señor, no debo tararear aquí.

—La rotonda de O'Connell, dijo Mr. Dedalus a su alrededor.

Los ojos dulces de Mr. Power se elevaron hasta la punta del encumbrado cono.

—Descansa ya, dijo, en medio de su gente, el viejo Dan O'. Pero su corazón está enterrado en Roma. ¡Cuántos corazones rotos están enterrados aquí, Simon!

—La sepultura de ella está por allí, Jack, dijo Mr. Dedalus. Pronto yaceré a su lado. Que El me lleve cuando así sea su voluntad.

Deshecho, comenzó a llorar para sí quedamente, tropezando un poco en su marcha. Mr. Power lo cogió del brazo.

—Está mejor donde está, dijo amablemente.

—Supongo que sí, dijo Mr. Dedalus con un débil desfallecimiento. Supongo que está en el cielo si existe un cielo.

Kelleher Copetón se echó a un lado de la hilera y facilitó a los acompañantes del duelo su penoso caminar.

—Situaciones tristes, empezó Mr. Kernan cortésmente.

Mr. Bloom cerró los ojos y tristemente dos veces inclinó la cabeza.

—Los otros se están poniendo el sombrero, dijo Mr. Keman. Supongo que también podemos hacerlo nosotros. Somos los últimos. Este cementerio es un lugar traicionero.

Se cubrieron.

—El reverendo leyó el servicio demasiado aprisa ¿no cree? dijo Mr. Kernan con reprobación.

Mr. Bloom asintió gravemente mirando los ojos vivaces inyectados de sangre. Ojos enigmáticos, inquisidores. Masón, creo: no estoy seguro. A su lado de nuevo. Somos los últimos. En el mismo barco. Espero que diga algo más.

Mr. Keman añadió:

—El servicio de la iglesia irlandesa que se practica en Mount Jerome es más sencillo, más impresionante debo decir.

Mr. Bloom dio un consentimiento prudente. La lengua claro está era otra cosa.

Mr. Keman dijo con solemnidad:

—*Yo soy la resurrecciónу la vida.* Eso le llega a uno al corazón.

—Sí que es verdad, dijo Mr. Bloom.

Al corazón quizá pero ¿qué le va al tipo en el hoyo de seis pies por dos con los dedos de los pies apuntando a las margaritas? Mejor ni tocarlo. Sede de los afectos. Corazón roto. Una bomba después de todo, bombeando miles de galones de sangre al día. Un buen día se bloquea: ya la tienes. Cantidades de ellos yacen por aquí: pulmones, corazones, hígados. Viejas bombas herrumbrosas: al carajo con todo lo demás. La resurrección y la vida. Una vez estás muerto estás muerto. La idea del último día. Levantándolos a todos de sus sepulturas. ¡Lázaro, sal fuera! Y salió el último y perdió el puesto. ¡A levantarse! ¡Último día! Luego cada uno huroneando por ahí su hígado y sus asaduras y el resto de sus avíos. Encontrar toda su jodida persona esa misma mañana. Una medida de polvo en un cráneo.

Doce gramos una medida. Medida Troyes.

Kelleher Copetón se puso a la altura de ellos.

—Todo fue fenomenal, dijo. ¿No?

Les miró con su mirada indolente. Hombros de policía. Con su gururú guruní.

—Como debe ser, dijo Mr. Keman.

—¿Qué? ¿Eh? dijo Kelleher Copetón.

Mr. Keman se lo confirmó.

—¿Quién es ese tipo de atrás con Tom Keman? preguntó John Henry Menton. Conozco la cara.

Ned Lambert echó una ojeada atrás.

—Bloom, dijo, Madame Manon Tweedy la que era, es, mejor dicho, la soprano. Es su mujer.

—Ah, claro, dijo John Henry Menton. No la he visto desde hace algún tiempo. Era una mujer guapa. Bailé con ella hace, espera, quince diecisiete dichosos años, en casa de Mat Dillon en Roundtown. Y una buena abrazada que tenía.

Miró detrás por entre los otros.

—¿Qué es él? preguntó. ¿Qué hace? ¿No trabajaba en algo de papelería? Tuve una disputa con él una noche, lo recuerdo, en los bolos.

Ned Lambert sonrió.

—Sí, viajante, dijo, en Wisdom Hely. Vendía papel secante.

—Por Dios Santo, dijo John Henry Menton, ¿para qué se casaría con un pelafustán como ése? Estaba para dar guerra en aquel entonces.

—Aún la da, dijo Ned Lambert. Es agente de publicidad.

Los grandes ojos de John Henry Menton se clavaron al frente.

El carrito dobló por una senda lateral. Un hombre robusto, emboscado en la hierba crecida, se levantó el sombrero en señal de respeto. Los sepultureros se tocaron la gorra.

—John O'Connell, dijo Mr. Power complacido. Nunca se olvida de un amigo.

Mr. O'Connell les estrechó a todos la mano en silencio. Mr. Dedalus dijo:

—Soy venido a visitaros.

—Amigo Simon, contestó el gerente del cementerio con voz grave. No le quiero por cliente de ninguna manera.

Saludó a Ned Lamben y a John Henry Menton y echó a andar al lado de Martin Cunningham enredando con dos alargadas llaves a su espalda.

—¿Habéis oído esa, les preguntó, sobre Mulcahy del Coombe?

—No, dijo Martin Cunningham.

Inclinaron los sombreros de copa a un tiempo y Hynes prestó oído. El gerente colgó los pulgares en las vueltas de la cadena de oro del reloj y habló con tono discreto a sus sonrisas vacías.

—Cuentan, dijo, que dos borrachos vinieron hasta aquí una tarde brumosa a buscar la sepultura de un amigo de ellos. Preguntaron por Mulcahy del Coombe y les dijeron dónde estaba enterrado. Después de andar dando tumbos por ahí en la niebla encontraron la sepultura cómo no. Uno de los borrachos deletreó el nombre: Terence Mulcahy. El otro borracho miró con los ojos engurruñados hacia arriba a una estatua de Nuestro Señor que la viuda había mandado colocar.

El gerente miró con los ojos engurruñados hacia uno de los sepulcros que acababan de pasar. Prosiguió:

—Y, después de mirar con los ojos engurruñados a la sagrada figura, *Coño, no se le parece ni pizca,* dijo. *Ese no es Mucahy,* dijo, *quien sea que lo haiga hecho.*

Premiado con sonrisas se quedó atrás y habló con Kelleher Copetón, aceptando los certificados que le diera, dándoles vuelta y examinándolos al caminar.

—Todo eso está hecho con un propósito, explicó Martin Cunningham a Hynes.

—Lo sé, dijo Hynes. Ya lo sé.

—Para animarle a uno, dijo Martin Cunningham. Es pura bondad: al carajo todo lo demás.

Mr. Bloom admiró la próspera corpulencia del gerente. Todos quieren estar a buenas con él. Tipo decente, John O'Connell, de los buenos. Llaves: como el anuncio de Yaves: no hay peligro de que nadie se escape. Nada de controles de puertas. *Habeas Corpus.* Tendré que ver lo del anuncio ese después del entierro. ¿Escribí Ballsbndge en el sobre que cogí para tapar cuando me pilló escribiendo a Martha? Espero que no esté por ahí tirado en la oficina de cartas sin reclamar. Mejoraría con un afeitado. Barba apuntando canas. Ésa es la primera señal cuando el pelo empieza a salir gris. Y el humor que se agria. Hilos plateados entre los grises. Curioso ser su mujer. A saber cómo tendría coraje para declararse a una chica. Vente a vivir al camposanto. Ponérselo por delante. Le podría excitar al principio. Cortejando a la muerte. Sombras de la noche se ciemen por doquier con todos los muertos tendidos alrededor. Sombras de las tumbas cuando los cementerios bostezan y Daniel O'Connell debe de ser descendiente supongo quién era éste que solía decir que era un poco raro y a la vez un buen semental muy católico de todas formas como descomunal gigante en la oscuridad. Fuego fatuo. Gas de las sepulturas. Hay que hacer que no piense en ello para conseguir embarazarla. Las mujeres especialmente son tan quisquillosas. Cuéntale una historia de fantasmas en la cama para que se duerma. ¿Has visto alguna vez un fantasma? Pues yo sí. Era una noche como boca de lobo. El reloj iba a dar la medianoche. Aun así bien que besarían si se las pone a tono. Putas en almacabras turcos. Aprenden cualquier cosa si se las coge jóvenes. Puede uno conquistarse a una viuda joven aquí. Hay hombres así. Amor entre lápidas. Romeo. Sepulcrales aderezos de placer. En medio de la muerte estamos en la vida. Los extremos se tocan. Dentera para los pobres muertos. Olor a bistecs a la plancha para los hambrientos. Les roe las entrañas. Ganas de dar pelusa a la gente. Molly que lo quería hacer en la ventana. Ocho niños tiene de todas maneras.

Él ha visto a un buen número desaparecer en su vida, que yacen a su alrededor campo tras campo. Campos santos. Más sitio si los enterraran de pie. Sentados o de rodillas no se podría. ¿De pie? La cabeza podría salir algún día de debajo de la tierra en un corrimiento con la mano señalando. Todo un panal debe de estar hecho el suelo: celdas oblongas. Y muy cuidado que lo mantiene además: césped y setos recortados. Su jardín llama el Comandante Gamble a Mount Jerome. Bueno, así es. Deberían ser flores del sueño. Los cementerios chinos donde crecen adormideras gigantes producen el mejor opio me dijo Mastiansky. El jardín Botánico está justo por allí. Es la sangre hundiéndose en la tierra lo que da nueva vida. La misma idea que esos judíos que decían que mataron al niño cristiano. Cada hombre tiene su precio. Gordo cadáver bien preservado, caballero, epicúreo, inapreciable para jardín de frutales. De ocasión. Por el cadáver de William Wilkinson, auditor y contable, fallecido recientemente, tres libras trece chelines con seis. Agradecido.

Yo diría que la tierra debe de ser bien fértil con el estiércol de cadáver, huesos, carne, uñas. Osarios. Horrendos. Se vuelven verde y rosa al descomponerse. Se pudren aprisa en tierra húmeda. Los viejos delgados más duros. Luego algo así como seboso como cremoso. Luego empiezan a ponerse negros, negra meladura rezumando de ellos. Luego secos. Mariposas calaveras. Claro que las células o lo que sean siguen vivas. Cambiándose como pueden. Vives para siempre prácticamente. Nada con que alimentarse se alimentan de ellas mismas.

Pero deben de criar una barbaridad de gusanos. La tierra debe de estar sencillamente arremolinada con tantos. La cabeza sencillamente se te arremollina. Aquellas bonitas chicuillas de la playa. Él parece bastante animado con todo ello. Le da una sensación de poder viendo a todos los otros que se van al hoyo primero. A saber cómo verá él la vida. Contando sus chistes además: le da grandísimo contento. El del boletín. Spurgeon subió al cielo a las 4 de esta madrugada. 11 de la noche (hora de cierre). Aún no ha llegado. Pedro. A los propios muertos a los hombres por lo menos les gustaría oír un chiste de vez en cuando o a las mujeres saber qué está de moda. Una pera jugosa o un ponche para señoras, caliente, fuerte y dulce. Mantener la humedad a raya. Hay que reírse algunas veces así que mejor hacerlo de esa manera. Los sepultureros en *Hamlet.* Muestra el profundo conocimiento del corazón humano. No se atreven a hacer chistes sobre los muertos durante dos años al menos. *De mortuis nil nisi prius.* Quitarse el luto primero. Diflcil imaginarse su entierro. Parece una especie de chiste. Leer tu propia esquela dicen que vives más. Te da nueva savia. Nuevo contrato de vida.

—¿Cuántos tiene para mañana? preguntó el gerente.

—Dos, dijo Kelleher Copetón. A las diez y media y once.

El gerente se metió los papeles en el bolsillo. El carrito ha bía dejado de rodar. Los acompañantes del difunto se dividieron a cada lado del hoyo, pisando con cuidado por entre las sepulturas. Los sepultureros cargaron el ataúd y colocaron la parte delantera en el borde, atando las sogas alrededor.

Enterrándolo. Venimos a enterrar al César. Sus idus de marzo o junio. No sabe quién está aquí ni le importa.

¿Y quién es ese tipejo desgarbado de ahí con la gabardina? ¿Y quién será me gustaría saber? Daría cualquier cosa por saber quién es. Siempre aparece alguien que nunca habrías soñado. Podría uno vivir en su soledad toda la vida. Sí, claro que podría. Aun así tendría que buscarse a alguien que le echara la tierra después de muerto aunque podría cavar su propia sepultura. Todos lo hacemos. Sólo el hombre entierra. No, también las hormigas. Lo primero que le choca a cualquiera. Enterrar a los muertos. Digamos que Robinsón Crusoe existió de verdad. Bien entonces Viernes lo enterró. Todo viernes entierra su jueves si te pones a pensarlo.

¡Oh, pobre Robinsón Crusoe!
¿Cómo pudiste hacerlo?

¡Pobre Dignam! Sus polvos yacen en la tierra en su caja. Cuando piensas en todo esto en verdad que es un gasto inútil de madera. Toda carcomida. Podrían inventar un féretro elegante con una especie de panel corredizo, lo dejas caer de esa manera. Sí pero quizá objetaran el que se les enterrara en el de otro tipo. Son tan especiales. Que me entierren en mi tierra natal. Un terroncito de Tierra Santa. Sólo alguna vez una madre y su niño nacido muerto enterrados en el mismo ataúd. Ya veo lo que significa. Ya lo veo. Para protegerle el mayor tiempo posible incluso bajo tierra. La casa del irlandés es su ataúd. Embalsamamientos en catacumbas, momias la misma idea.

Mr. Bloom se mantuvo apartado, el sombrero en la mano, contando las cabezas descubiertas. Doce. Conmigo trece. No. El tipo de la gabardina hace trece. El número de la muerte. ¿De dónde puñetas habrá salido? No estaba en la capilla, lo juraría. Qué superstición más tonta la del número trece.

Qué paño más suave y agradable el del traje de Ned Lambert. Un poco tirando a púrpura. Yo tenía uno así cuando vivíamos en Lombard Street West. Tipo elegante que era él en tiempos. Solía cambiarse de traje tres veces al día. Tengo que llevar mi traje gris a que me lo vuelva Mesías. Caramba. Pero si es teñido. Su mujer me olvidé de que no está casado o su patrona debería haberle quitado esos hilos.

El ataúd se sumergió zafándose de la vista, bajado con cuidado por los hombres esparrancados sobre los caballetes de la sepultura. Con esfuerzo se enderezaron y apartaron: y todos se descubrieron. Veinte.

Pausa.

Si todos fuéramos repentinamente alguien distinto.

En la lejanía un burro rebuznó. Lluvia. No hay ningún asno. Nunca se ve uno muerto, dicen. Avergonzados de morir. Se ocultan. También el pobre papá se fue.

Un dulce viento suave sopló por entre las cabezas descubiertas como un susurro. Susurro. El chico a la cabecera de la sepultura sostenía la corona con las dos manos, la mirada silenciosamente clavada en el negro espacio abierto. Mr. Bloom se colocó detrás del robusto y amable gerente. Levita de buen corte. Sopesándolos quizá para ver quién será el próximo. Bueno, es un largo descanso. No sentir más. Es el momento lo que sientes. Debe de ser jodidamente desagradable. No se lo podrá uno creer al principio. Un error debe ser: otra persona. Prueba en la casa de enfrente. Espera, yo quería. No he podido todavía. Luego la cámara mortuoria oscurecida. Luz necesitan. Cuchicheando a tu alrededor. ¿Te gustaría ver a un sacerdote? Luego fantaseando y desvariando. Delirio todo lo que ocultaste toda la vida. La lucha con la muerte. Su sueño no es natural. Presiónale el párpado inferior. Observan si tiene la nariz en punta si tiene la mandíbula caída si tiene las plantas de los pies amarillas. Quítale la almohada y dejemos que acabe de una vez en el suelo puesto que está perdido. El diablo en aquel cuadro de la muerte de un pecador mostrándole una mujer. En camisón muriéndose de ganas de abrazarla. El último acto de *Lucía. ¿No podré contemplarte nunca más?* ¡Bam! Expira. Se fue por fin. La gente habla de ti durante algún tiempo: te olvidan. No olvides rezar por él. Recuérdale en tus oraciones. Incluso a Pamell. El Día de la Hiedra está desapareciendo. Luego te siguen: caen en un agujero, uno tras otro.

Estamos rezando ahora por el descanso de su alma. Esperamos que te encuentres en gracia y no en desgracia. Un buen cambio de aires. De la sartén de la vida al fuego del purgatorio.

¿Pensará alguna vez en el agujero que le espera a él también? Dicen que sí cuando tiritas al sol. Alguien que pisa por encima. La señal del segundo apunte. Cerca de ti. La mía allí hacia Finglas, la parcela que compré. Mamá, pobre mamá, y el pequeño Rudy.

Los sepultureros cogieron las palas y echaron pesados mazacotes de tierra sobre el ataúd. Mr. Bloom volvió la cara. ¿Y si estuviera vivo todo este tiempo? ¡Fu! ¡Joroba, sería horroroso! No, no: está muerto, claro. Claro que está muerto. El lunes murió. Debería haber alguna ley punzar el corazón para asegurarse o un reloj eléctrico o un teléfono en el ataúd y algún tipo de respiradero de loneta. La bandera de socorro. Tres días. Demasiado tiempo para mantenerlos en verano. Quizá sea mejor deshacerse de ellos tan pronto como estés seguro de que no.

La tierra caía más suavemente. Empiezas a ser olvidado. Ojos que no ven, corazón que no siente.

El gerente se alejó unos pasos y se puso el sombrero. Ya ha aguantado bastante. Los acompañantes se fueron animando, uno a uno, cubriéndose sin ostentación. Mr. Bloom se puso el sombrero y vio cómo la figura robusta se abría camino diestramente por entre el laberinto de sepulturas. Quedamente, seguro de su terreno, recorrió los tétricos campos.

Hynes apuntando algo en su libreta. Ah, los nombres. Pero él los conoce todos. No: viene hacia mí.

—Estoy tomando nota de los nombres, dijo Hynes en voz casi inaudible. ¿Cuál es su nombre de pila? No estoy seguro.

—L., dijo Mr. Bloom. Leopold. Y quizá pudiera anotar el nombre de M'Coy también. Me lo pidió.

—Charley, dijo Hynes mientras escribía. Lo sé. Estuvo en el *Freeman* un tiempo.

Sí que estuvo allí antes de que consiguiera el trabajo en el depósito de cadáveres bajo Louis Byme. Buena idea esa del postmortem para los médicos. Averiguar lo que imaginan que saben. Murió un martes. Lo largaron. Se marchó con el dinero de unos cuantos anuncios. Charley, eres mi cariño. Por eso me lo pidió. Bah, no importa. Ya hice eso, M'Coy. Gracias, viejo: muy agradecido. Me debe un favor: no cuesta nada.

—Y dígame, decía Hynes, conoce a aquel tipo con la, el tipo que estaba allí con la ...

Miró a su alrededor.

—Gabardina. Sí, le vi, dijo Mr. Bloom. ¿Dónde está ahora?

—Gandina, dijo Hynes garabateando. No sé quién es. ¿Así se llama?

Se fue, mirando a su alrededor.

—No, empezó Mr. Bloom, volviéndose y parándose. ¡Oiga, Hynes!

No me ha oído. ¿No? ¿Adónde ha ido a parar? Ni rastro. Por todos los. ¿Alguien ha visto por aquí? Ka e ele ele. Se ha vuelto invisible. Dios ¿qué ha sido de él?

Un séptimo sepulturero se acercó a Mr. Bloom para coger una pala tirada.

—¡Vaya, disculpe!

Se apartó resueltamente.

Tierra, marrón, húmeda, empezó a distinguirse en el agujero. Crecía. Casi han terminado. Un montículo de húmedos tormos creció y creció, y los sepultureros descansaron sus palas. Todos se descubrieron de nuevo durante unos instantes. El chico apoyó la corona contra una esquina: el cuñado la suya en un montón de tierra. Los sepultureros se pusieron las gorras y se llevaron las palas enfangadas al carrito. Luego golpearon las palas ligeramente en el césped: limpias. Uno se inclinó a quitar del mango unas matas grandes de hierba. Otro, dejando a los compañeros, se marchó lentamente con el arma al hombro, la hoja azuleando. Silenciosamente a la cabecera de la sepultura otro enrolló las cuerdas del ataúd. El cordón umbilical. El cuñado, volviéndose, le puso algo en la mano libre. Agradecimiento en silencio. Lo siento, señor: desgracia. Cabezada. Lo sé. Para ustedes sólo.

Los acompañantes se alejaron lentamente sin rumbo, por senderos erráticos, parándose a ratos para leer un nombre en una tumba.

—Demos una vuelta por la tumba del jefe, dijo Hynes. Tenemos tiempo.

—Vayamos, dijo Mr. Power.

Giraron a la derecha, continuando con sus lentos pensamientos. Con temor la voz diáfana de Mr. Power habló:

—Algunos dicen que no está en la sepultura ni mucho menos. Que llenaron el ataúd de piedras. Que algún día volverá de nuevo.

Hynes sacudió la cabeza.

—Pamell nunca más volverá, dijo. Está ahí, todo lo que en él había de mortal. La paz sea con sus cenizas.

Mr. Bloom caminó ignorado a lo largo de la arboleda pasando por ángeles afligidos, cruces, columnas rotas, panteones familiares, esperanzas de piedra orando con la vista alzada, corazones y manos de la vieja Irlanda. Más inteligente gastarse el dinero en una obra de caridad para los vivos. Rezad por el descanso del alma de. ¿Lo hace alguien en realidad? Entiérralo y termina con él. Como por la trampilla del carbón abajo. Luego los apilan a todos juntos para ahorrar tiempo. Día de las ánimas. El veintisiete iré a su sepultura. Diez chelines para el jardinero. La mantiene sin hierbajos. Viejo también. Doblado en dos con sus tijeras de podar recortando. Cerca de las puertas de la muerte. Quién se fue. Quién pasó a mejor vida. Como si lo hicieran por su propio gusto. Les dieron el empujón, a todos ellos. Quién estiró la pata. Más interesante si te dijeran lo que fueron. Fulanito, herrero. Yo era viajante de linóleo. Pagué cinco chelines por libra. O el de una mujer con su sartén. Guisaba buenos cocidos irlandeses. Elogio en un cementerio de pueblo debería ser aquel poema de quién era Wordsworth o Thomas Campbell. Pasó al descanso eterno ponen los protestantes. La del viejo Dr. Murren. El gran médico lo llamó a casa. Bueno, es la parcela de Dios para ellos. Buena residencia campestre. Recién enlucida y pintada. Lugar ideal para fumarse un cigarrillo y leer el *Church Times*. Los anuncios de bodas nunca intentan adornar nada. Coronas herrumbrosas cuelgan de los pomos, guirnaldas de papel-bronce. Algo mejor por el mismo dinero. Aun así, las flores son más poéticas. Lo otro es más bien aburrido, nunca se marchita. No expresa nada. Siemprevivas.

Un pájaro se posó mansamente en la rama de un chopo. Como si estuviera disecado. Como el regalo de boda que nos dio el edil Hooper. ¡Juu! Ni se ha inmutado. Sabe que no hay tirachinas por aquí. Un animal muerto es aún más triste. La tontuela de Milly que enterró al pajarito muerto en la caja de cerillas de la cocina, una cadena de margaritas y trocitos de loza rota en la sepultura.

El Sagrado Corazón es ése: mostrándolo. El corazón en la mano. Debería estar de lado y rojo debería estar pintado como un corazón de verdad. Irlanda le fue dedicada o como sea. Parece de todo menos a gusto. ¿Por qué esta pena? Vendrían entonces los pájaros a picar como el chico del canasto de finta pero él dijo que no porque debían de haber tenido miedo del chico. Apolo fue ése.

¡Cuántos! Todos estos aquí en un tiempo anduvieron por Dublín. Fieles difuntos. Como tú estás ahora así estuvimos una vez nosotros.

Además ¿cómo podrías recordar a todo el mundo? Ojos, andares, voz. Bueno, la voz, sí: gramófono. Pones un gramófono en cada sepultura o lo tienes en la casa. Después de la comida de los domingos. Pon al pobre bisabuelo. ¡Craajraarc! Holaholahola estoymuycontento craarc muycontentoverosdenuevo holahola estoym cnpzsz. Te recuerda la voz como la fotografia te recuerda la cara. Si no no podrías recordar la cara después de quince años, digamos. ¿Por ejemplo quién? Por ejemplo un tipo que murió cuando yo estaba en lo de Wisdom Hely.

¡Rtststr! Un traqueteo de guijarros. Espera. ¡Alto!

Miró hacia abajo intensamente a una cripta de piedra. Algún animal. Espera. Ahí va.

Una obesa rata gris paseaba insegura a lo largo de la cripta, moviendo los guijarros. Se las sabe todas la muy vieja: bisabuela: conoce el percal. El gris vivo se apretujó por debajo del plinto, culebreó para dentro por debajo. Buen escondite para un tesoro.

¿Quién vive ahí? Yacen los restos de Robert Emery. A Robert Emmet lo enterraron aquí a la luz de las antorchas ¿no? De correrías.

El rabo acaba de desaparecer.

Uno de esos bichos tendría poco trabajo con uno. Dejaría los huesos mondos fuera quien fuese. Carne comente para ellos. Un cadáver es carne que se ha echado a perder. Bueno ¿y qué es el queso? Cadáver de la leche. Leí en aquel Voyages *in China* que los chinos dicen

que un hombre blanco huele a muerto. Incineración es mejor. Los sacerdotes totalmente en contra. Jorobar a la otra empresa. Quemadores al por mayor y traficantes de hornos holandeses. En tiempos de la peste. Fosas para los muertos de cal viva para consumirlos. Cámara letal. Cenizas a las cenizas. O inhumar en el mar. ¿Dónde está esa torre parsi de silencio? Comidos por los pájaros. Tierra, fuego, agua. Ahogarse dicen que es la más placentera. Ves toda tu vida en un tris. Pero traído de nuevo a la vida no. No se puede inhumar en el aire sin embargo. Desde una máquina voladora. A saber si se corre la voz cada vez que dejan caer a uno nuevo. Comunicación subterránea. Aprendimos eso de ellas. No me sorprendería. Alimento completo corriente para ellas. Las moscas vienen antes de que esté bien muerto. Se enteraron de Dignam. A ellas no les importaría el olor que echa. Puré blancosal de cadáver desmigajándose: huele, sabe a nabos blancos crudos.

La verja brillaba enfrente: todavía abierta. Regreso al mundo otra vez. Harto de este sitio. Te acerca un poco cada vez. La última vez que estuve aquí fue en el entierro de Mrs. Sinico. Pobre papá también. El amor que mata. E incluso escarbando la tierra por la noche con una linterna como aquel caso que leí para llegar a las hembras recién enterradas o incluso a las putrefactas con heridas sepulcrales abiertas. Se te mete el susto en el cuerpo después de un tiempo. Me apareceré a ti después de muerto. Verás mi espíritu después de muerto. Mi espíritu te atormentará después de muerto. Hay otro mundo en el más allá que se llama infierno. No me gusta ese otro mudo escribió ella. Ni a mí. Bastante que ver y oír y sentir aún. Sentir seres vivos cálidos cerca. Que duerman ellos en sus camas gusanosas. No me van a pillar a mí esta vez. Cálidas camas: cálida vida sanguibullente.

Martin Cunningham emergió desde un sendero lateral, hablando gravemente.

Procurador, creo. Conozco su cara. Menton, john Henry, procurador, comisionado para juramentos y afidávits. Dignam solía estar en su bufete. En el de Mat Dillon hace mucho tiempo. El jovial Mat. Noches alegres. Pollo frío, cigarros, las copas de Tántalo. Un buenazo en realidad. Sí, Menton. Se puso hecho una fiera aquella tarde en la bolera porque metí bola en el centro. Pura chamba: al sesgo. Por eso me cogió tal inquina. Odio a primera vista. Molly y Floey Dillon del brazo bajo la lila, riéndose. Tipo siempre así, se molesta si hay mujeres cerca.

Tiene un bollo en el lateral del sombrero. Del coche probablemente.

—Perdóneme, caballero, dijo Mr. Bloom al lado de ellos. Se pararon.

—Tiene el sombrero un poco estrujado, dijo Mr. Bloom señalando.

John Henry Menton le miró fijamente por un instante sin moverse.

Ahí, ayudó Martin Cunningham, señalando también.

John Henry Menton se quitó el sombrero, allanó el bollo hacia fuera y alisó la pelusa con cuidado en la manga de la americana. Se encasquetó el sombrero en la cabeza de nuevo.

—Ahora está bien, dijo Martin Cunningham.

John Henry Menton sacudió la cabeza en señal de reconocimiento.

—Gracias, dijo escuetamente.

Continuaron hacia la verja. Mr. Bloom, abatido, se rezagó unos pasos para no oír lo que hablaban. Martin hablando ex cátedra. Martin podía meterse a un cabeza de chorlito como ése en un puño, sin que se diera cuenta.

Ojos color de ostra. No te preocupes. Le pesará después quizá cuando vea claro. Le sacas ventaja de esa manera. Gracias. ¡Qué extraordinarios somos esta mañana!

7

EN EL CORAZÓN DE LA METRÓPOLIS HIBÉRNICA

ANTE la columna de Nelson los tranvías aflojaban, maniobraban, cambiaban de trole, salían para Blackrock, Kingstown y Dalkey, Clonskea, Rathgar y Terenure, Parlmerston Park y Upper Rathmines, Sandymount Green, Rathmines, Ringsend y Sandymount Tower, Harold's Cross. El ronco controlador de salidas de la United Company de Tranvías de Dublín vociferaba las salidas:

—¡Rathgar y Terenure!

—¡Vámonos, Sandymount Green!

A derecha e izquierda paralelamente tañendo sonando un tranvía de dos pisos y otro de uno arrancaron de sus terminales, se desviaron bruscamente a la línea descendente, discurrieron paralelamente.

—¡Salida, Palmerston Park!

PORTADOR DE LA CORONA

Bajo los soportales de la central de correos los limpiabotas voceaban y lustraban. Estacionados en North Prince Street los furgones postales bermellón de Su Majestad, portando en los costados las iniciales reales, E. R., recibían arrojadas estrepitosamente sacas de cartas, tarjetas postales, avisos, paquetes, asegurados y pagados, para su reparto local, provincial, británico y de ultramar.

CABALLEROS DE LA PRENSA

Carreteros de botas enormes sacaban rodando barriles retumbantes de los almacenes Prince y los colocaban con un chocazo en el carro de la cervecera. En el carro de la cervecera chocaban retumbantes barriles que eran sacados rodando por carreteros de botas enormes de los almacenes Prince.

—Ahí lo tiene, dijo Murray el Rojo. Alexander Yaves.

—Pues recórtelo, ¿quiere? dijo Mr. Bloom, y lo acercaré a la oficina del *Telegraph.*

La puerta del despacho de Ruttledge chirrió otra vez. Davy Stephens, diminuto dentro de un amplio cabriolé, con un pequeño sombrero de fieltro nimbándole los rizos, salió con un rollo de papeles bajo la capa, un correo del rey.

Las largas tijeras de Murray el Rojo recortaron el anuncio del periódico de cuatro tijeretazos perfectos. Recortes de prensa.

—Pasaré por la imprenta, dijo Mr. Bloom, cogiendo el recorte cuadrado.

—Claro que, si él prefiere un texto, dijo Murray el Rojo sinceramente, con una pluma detrás de la oreja, le podemos hacer uno.

—De acuerdo, dijo Mr. Bloom asintiendo. Lo dejaré caer.

Podemos.

WILLIAM BRAYDEN, ESQUIRE, DE OAKLANDS,
SANDYMOUNT

Murray el Rojo tocó el brazo de Mr. Bloom con las tijeras y susurró:

—Brayden.

Mr. Bloom se dio la vuelta y vio al portero de librea alzarse la gorra rotulada al entrar una figura majestuosa por entre los tablones de noticias del *Weekly Freeman and National Press* y del *Freeman's journal and National Press.* Barriles de Guinness retumbantes. La figura subió majestuosamente las escaleras, guiada por un paraguas, una cara solemne barbaenmarcada. La espalda de paño ascendía en cada escalón: espalda. Los sesos los tiene todos en la nuca, dice Simon Dedalus. Verdugones de carne por detrás en su persona. Grasos pliegues de cuello, graso, cuello, graso, cuello.

—¿No cree que tiene la cara de Nuestro Salvador? susurró Murray el Rojo.

La puerta del despacho de Ruttledge susurró: ü: cni. Siempre ponen una puerta enfrente de otra para que el viento. Entrada. Salida.

Nuestro Salvador: cara barbaenmarcada ovalada: hablando en el oscurecer. María, Marta. Guiado por un paraguas de espada hasta las candilejas. Mario el tenor.

—O de Mario, dijo Mr. Bloom.

—Sí, asintió Murray el Rojo. Pero se solía decir que Mario era la viva estampa de Nuestro Salvador.

Manojesús con mejillas coloreteadas, jubón y pencas zanquivanas. La mano en el corazón. En *Martha.*

¡Ve-en perdida,
Ve-en querida!
EL BÁCULO Y LA PLUMA

—Su eminencia ha telefoneado dos veces esta mañana, dijo Murray el Rojo gravemente.

Observaron las rodillas, piernas, botas desaparecer. Cuello.

Un repartidor de telegramas entró resueltamente, tiró un sobre en el mostrador y salió a toda prisa con una palabra:

—*¡Freeman!*

Mr. Bloom dijo lentamente:

—Bueno, él es uno de nuestros salvadores también.

Una sonrisa mansa le acompañaba al levantar la hoja abatible del mostrador, al entrar por una puerta lateral y a lo largo de la cálida escalera oscura y el corredor, por las ahora reverberantes tablas. ¿Pero salvará la tirada? Porreando. Porreando.

Empujó la puerta batiente de cristal y entró, pisando papel de envolver esparcido por el suelo. Por un sendero de tambores golpeteantes se dirigió al gabinete de lectura de Nannetti.

Hynes aquí también: informe sobre el entierro probablemente. Porreando. Porrazo.

CON VERDADERO DESCONSUELO
ANUNCIAMOS LA DESAPARICIÓN
DE UN CIUDADANO DUBLINÉS MUY RESPETABLE

Esta mañana los restos del que fuera Mr. Patrick Dignam. Máquinas. Le hacen a uno añicos si le echan el guante. Dirigen el mundo hoy en día. Su maquinaria dale que te pego también. Como éstas, descontroladas: fermentando. Trabajando mucho, afanándose mucho. Y aquella vieja rata gris afanándose por entrar.

COMO SALE A LA CALLE UN GRAN ÓRGANO DIARIO

Mr. Bloom se detuvo tras el cuerpo seco del administrador, admirando una lustrosa coronilla.

Qué extraño que nunca haya visto su verdadero país.. Irlanda mi país. Diputado por College Green. Aireó bien aquel filón de trabajador de a pie todo lo que pudo. Son los anuncios y la sección de morralla informativa de lo que vive un semanario, no las noticias atrasadas del boletín oficial. La reina Ana ha muerto. Publicado oficialmente en el año mil y. Heredad sita en el municipio de Rosenallis, baronía de Tinnahinch. A todo el que pueda interesar inventario de conformidad con las normas vigentes detallando una partida de mulas y alfaraces exportados desde Ballina. Notas agrícolas. Donaires. Chascarrillo semanal de Phil Blake. La página para pequeñines del tío Toby. Consultorio de palurdos. Estimado Sr. Director ¿cuál es la mejor cura para la flatulencia? Me gustaría ese papel. Se aprende muchísimo enseñando a otros. Ecos de sociedad. C.T.F. Casi todo fotograbados. Bañistas bien proporcionadas en playa dorada. El globo más grande del mundo. Doble boda de hermanas se celebró. Dos novios que se ríen con ganas el uno del otro. Cuprani también, impresor. Más irlandés que los irlandeses.

Las máquinas golpeteaban al compás de tres por cuatro. Porrazo, porrazo, porrazo. Y si se quedara ahí paralizado y nadie supiera cómo pararlas seguirían golpeteando una y otra vez lo mismo, imprimiéndolo una y otra vez y de arriba abajo y delante y detrás. Saldría todo emborronado. Hace falta una cabeza bien puesta.

—Bueno, inclúyalo en la edición de la noche, concejal, dijo Hynes.

Pronto le ha de llamar el señor alcalde. Long John le apoya, dicen.

El administrador, sin contestar, garabateó prensa en un extremo de la hoja e hizo una seña a un cajista. Le alargó la hoja silenciosamente por encima de la mampara de cristal sucia.

—De acuerdo: gracias, dijo Hynes yéndose.

Mr. Bloom le bloqueó el paso.

—Si quiere cobrar el cajero se va a almorzar ahora mismo, dijo, señalando hacia detrás con el pulgar.

—¿Cobró usted? preguntó Hynes.

—Mmm, dijo Mr. Bloom. Aligere y le pillará.

—Gracias, viejo, dijo Hynes. Le daré un toque yo también.

Se apresuró ansiosamente hacia la oficina del *Freeman's journal.*

Tres chelines que le presté en la taberna Meagher. Tres semanas. Tercera indirecta.

VEMOS AL AGENTE DE PUBLICIDAD EN EL TRABAJO

Mr. Bloom colocó el recorte en el escritorio de Mr. Nanetti.

—Perdone, concejal, dijo. Este anuncio, comprende. Yaves ¿lo recuerda?

Mr. Nanetti examinó el recorte un rato y asintió.

—Quiere que aparezca en julio, dijo Mr. Bloom.

El administrador acercó el lápiz hacia el recorte.

—Pero espere, dijo Mr. Bloom. Lo quiere cambiar. Yaves, comprende. Quiere dos llaves arriba.

Ruido infemal que hacen. No lo oye. Nannan. Nervios de acero. Quizá entienda lo que yo.

El administrador se volvió para oír pacientemente y, levantando un codo, empezó a rascarse lentamente el sobaco de la chaqueta de alpaca.

—Así, dijo Mr. Bloom, cruzando los índices por la parte de arriba.

Que entienda eso primero.

Mr. Bloom, levantando la mirada de soslayo desde la cruz que había hecho, vio la cara cetrina del administrador, creo que tiene algo de ictericia, y más allá las obedientes bobinas introducían enormes pliegos de papel. Golpetéalo, golpetéalo. Millas y millas desembobinadas. ¿Qué hacen con eso después? Pues para envolver carne, paquetes: usos varios, miles de cosas.

Dejando caer sus palabras diestramente en las pausas del golpeteo dibujó rápidamente en la madera arañada.

LA CASA DE Y(LL)AVES

—Así ¿comprende? Dos llaves cruzadas aquí. Un círculo. Y aquí el nombre. Alexander Yaves, traficante de té, vino y licores. Y otras cosas.

Mejor que no le enseñe su propio oficio.

—Usted mismo sabe, concejal, exactamente lo que quiere. Luego por arriba en espaciado: la casa de llaves. ¿Comprende usted? ¿Cree usted que es buena idea?

El administrador bajó la mano rascadora a las costillas inferiores y rascó allí tranquilamente.

—La idea, dijo Mr. Bloom, es la casa de las llaves. Ya sabe usted, concejal, el parlamento de Man. Insinuando autonomía. Turistas, ya sabe usted, de la isla de Man. Atrae la atención, comprende. ¿Puede usted hacerlo?

Podría preguntarle quizá por la pronunciación de voglio. Pero y si no lo supiera le pondría en un aprieto. Mejor no.

—Podemos hacerlo, dijo el administrador. ¿Tiene usted el diseño?

—Lo puedo conseguir, dijo Mr. Bloom. Estaba en un periódico de Kilkenny. Él tiene allí una casa además. Me acercaré por allí y se lo pediré. Bueno, puede usted hacerlo y tan sólo un breve texto que llame la atención. Ya sabe usted lo de costumbre. Establecimiento de alta categoría con licencia para expender bebidas. Lo que siempre ha esperado. Y otras cosas.

El administrador pensó un instante.

—Podemos hacerlo, dijo. Que nos renueve por tres meses. Un cajista le trajo una galerada lacia. Empezó a repasarla silenciosamente. Mr. Bloom esperó, oyendo los fuertes latidos de los cigüeñales, observando a los silenciosos cajistas con sus cajas.

ORTOGRÁFICO

Hay que asegurarse de que no hay faltas de ortografia. Fiebre de pruebas. Martin Cunningham se olvidó de damos su adivinanza ortográfica esta mañana. Es divertido avistar el embaru con ere ¿no es así? con elle amiento sin par con ere alelo de un buhonero con be y hache intercalada preocupado mientras ponderaba be la simetría acento de una pera pelada junto al muro de una crucería. Tonto ¿verdad? Crucería añadido claro está por lo de la simetría.

Debería haber dicho yo cuando se encasquetó la chistera. Gracias. Tenía que haber dicho yo algo sobre un sombrero viejo o algo. No. Podía haber dicho. Parece nuevo ahora. Verle la jeta entonces.

Sllt. La plancha inferior de la primera máquina empelló adelante el sacador con sllt el primer lote de periódicos plegados en ocho. Sllt. Casi humana la forma en que sllt para llamar la atención. Haciendo todo lo que podía por hablar. Esa puerta también sllt chirriando, pidiendo que se la cierre. Cada cosa habla a su modo. Sllt.

CÉLEBRE ECLESIÁSTICO COLABORADOR OCASIONAL

El administrador devolvió la galerada repentinamente, diciendo:

—Espere. ¿Dónde está la carta del arzobispo? Hay que repetirla en el Telegraph. ¿Dónde está cómo se llame?

Miró a su alrededor en torno a sus ruidosas máquinas que no contestaban.

—¿Monks, señor? preguntó una voz desde la platina.

—Eso es. ¿Dónde está Monks?

—¡Monks!

Mr. Bloom recogió el recorte. Hora de largarse.

—Entonces conseguiré el diseño, Mr. Nannetti, dijo, y lo colocará usted en un buen sitio lo sé.

—¡Monks!

—Sí, señor.

Renovación de tres meses. Tengo que desahogarme primero. Intentarlo de todas formas. Dejarlo caer para agosto: buena idea: mes de la feria del caballo. Ballsbndge. Habrá turistas para la feria.

UN CAPATAZ

Prosiguió su camino por la sala de cajas, dejando atrás a un viejo, encorvado, binoculado, amandilado. El viejo Monks, el capataz. Cantidad de casos raros que habrán pasado por sus manos en sus años: necrológicas, anuncios de tabernas, discursos, casos de divorcio, encontrados ahogados. Acercándose a sus últimas ya. Hombre sobrio y serio con algo en la caja de ahorros diría yo. Esposa buena cocinera y lavandera. Hija en su máquina de coser de la salita. Juana la llana, sin tonterías.

Y ERA LA FIESTA DE LA PASCUA JUDÍA

Hizo un alto en el camino para observar a un cajista distribuyendo meticulosamente los tipos. Lo lee al revés primero. Rápidamente lo hace. Debe de requerir cierta práctica eso. mangiD kcirtaP. Pobre papá con su libro de la Haggada, leyéndome al revés con el dedo. Pesaj. El año próximo en Jerusalén. ¡Dios mío, Dios mío! Todo ese largo peregrinar de un lado para otro que nos sacó de la tierra de Egipto y nos llevó a la casa de servidumbre *alleluia. Shema Israel Adonai Elohenu.* No, eso es lo otro. Luego los doce hermanos, los hijos de Jacob. Y luego el cordero y el gato y el perro y el palo y el agua y el carnicero. Y luego el ángel de la muerte mata al carnicero y éste mata al buey y el perro mata al gato. Suena un poco tonto hasta que te paras a mirarlo a fondo. Justicia es lo que quiere decir pero se trata de todo el mundo comiéndose a todos los demás. Es la vida después de todo. Qué rápidamente hace esa tarea. La práctica lleva a la perfección. Parece ver con los dedos.

Mr. Bloom salió del ruido del golpeteo por la galería al descansillo. Y me voy a ir en tranvía hasta allí para que luego él no esté quizá. Mejor que le telefonee primero. ¿El número? Sí. El mismo que el de la casa de Citron. Veintiocho. Veintiocho cuatro cuatro.

SÓLO UNA VEZ MÁS ESE JABÓN

Bajó las escaleras de la casa. ¿Quién demonios habrá pintarrajeado en las paredes con cerillas? Parece como si lo hubieran hecho por una apuesta. Intenso olor grasiento que hay siempre en esas máquinas. A pegamento tibio olía ahí al lado en Thom cuando estuve allí.

Sacó el pañuelo para llevárselo a la nariz. ¿Cidrolimón? Ah, el jabón que puse ahí. Lo perderé en ese bolsillo. Al guardar el pañuelo sacó el jabón y lo guardó, abotonado, en el bolsillo del pantalón.

¿Qué perfume usa tu mujer? Podría irme a casa aún: tranvía: algo que olvidé. Sólo a ver: antes de: vistiéndose. No. Aquí. No.

Una repentina carcajada estruendosa salió de la oficina del *Evening Telegraph*. Sé quien es. ¿Qué pasará? Me pasaré un minuto a telefonear. Es Ned Lambert.

Entró suavemente.

ERÍN, VERDE GEMA DEL MAR PLATEADO

—El espectro avanza repartiendo pasta, murmuró el profesor MacHugh suavemente, degalletaslleno al polvoriento cristal de la ventana.

Mr. Dedalus, desviando la mirada atenta de la chimenea vacía a la cara inquisidora de Ned Lambert, preguntó a ésta agriamente:

—¡Por las llagas de Cristo! ¿No te daría ardores en el culo?

Ned Lambert, sentado en la mesa, continuó leyendo:

—*O también, reparad en el serpenteo de un gorgoteante ria chuelo que murmulla en su curso, si bien riñendo con los obstáculos petrosos, hacia las agitadas aguas de los azulados dominios de Neptuno, por entre márgenes de musgo, abanicado por los más suaves céfiros, mecido por la gloriosa luz del sol o bajo las sombras que se agolpan sobre su pecho meditabundo por el cimbrado follaje de los gigantes de la espesura.* ¿Qué le parece, Simon? preguntó por encima del borde del periódico. ¿Qué le parece eso, eh?

—Mezclando bebidas, dijo Mr. Dedalus.

Ned Lambert, riéndose, se golpeó con el periódico en las rodillas, repitiendo:

—*El pecho meditabundo y el cimbranalgado follaje.* ¡Hay que ver! ¡Hay que ver!

—Y Jenofonte dejó caer la mirada sobre Maratón, dijo Mr. Dedalus, mirando otra vez la chimenea y de allí a la ventana, y Maratón miró al mar.

—Ya está bien, exclamó el profesor MacHugh desde la ventana. No quiero oír más tonterías.

Terminó de comer la galleta en cuarto creciente que había estado mordisqueando y, hambreado, se dispuso a mordisquear la galleta de la otra mano.

Rimbombancias. Floripondios. Ned Lambert se va a coger un día libre por lo que veo. Más bien le estropea a uno el día, un entierro desde luego lo estropea. Tiene influencia dicen. El viejo Chatterton, el rector, es su tío-abuelo o tío-bisabuelo. Cerca de los noventa dicen. Artículo de fondo para su muerte escrito desde hace tiempo quizá. Sigue vivo por fastidiarlos. Puede que caiga él primero. Johnny, haz sitio a tu tío. El muy honorable Hedges Eyre Chatterton. Diría que le extiende uno o dos talones temblorosos de vez en cuando para un apuro. El gordo le va a tocar cuando estire la pata. Aleluya.

—Y aún hay algo más, dijo Ned Lambert.

—¿De qué se trata? preguntó Mr. Bloom.

—Un fragmento descubierto recientemente de Cicerón, contestó el profesor MacHugh en tono pomposo. *Nuestra hermosa tierra.*

CORTO PERO AL GRANO

—¿La tierra de quién? dijo Mr. Bloom sencillamente.

—Una pregunta de lo más pertinente, dijo el profesor entre masticaciones. Con énfasis en de quién.

—De Dan Dawson, dijo Mr. Dedalus.

—¿Es su discurso de anoche? preguntó Mr. Bloom.

Ned Lambert asintió.

—Pero escuchen esto, dijo.

El pomo de la puerta le pegó a Mr. Bloom en los riñones al abrirse hacia dentro de un empujón.

—Discúlpeme, dijo J. J. O'Molloy, entrando.

Mr. Bloom se echó resueltamente a un lado.

—Disculpe usted, dijo.

—Buenos días, Jack.

—Pase. Pase.

—Buenos días.

—¿Cómo está, Dedalus?

—Bien. ¿Y usted?

J. J. O'Molloy sacudió la cabeza.

TRISTE

El tipo más agudo entre los jóvenes abogados solía ser. Decadencia pobre hombre. Esos arreboles febriles indican el fin de un hombre. Está que se va. Qué está pasando, me pregunto. Preocupaciones económicas.

—O también si al menos trepásemos hasta los picachos de las apiñadas montañas.

—Tiene un aspecto estupendo.

—¿Se puede ver al director? preguntó J. J. O'Molloy, mirando hacia la puerta interior.

—Claro que sí, dijo el profesor MacHugh. Se le puede ver y oír. Está en su sanctasanctórum con Lenehan.

J. J. O'Molloy fue lentamente hasta el escritorio inclinado y empezó a pasar para atrás las páginas rosas de la carpeta.

Clientela mengua. Un podíahabersido. Descorazonándose. Juego. Deudas de honor. Recogiendo tempestades. Solía conseguir buenos anticipos de D. y T. Fitzgerald. Las pelucas para mostrar la materia gris. Con los sesos en la mano como la estatua en Glasnevin. Creo que escribe algo para el *Express* con Gabriel Conroy. Tipo muy instruido. Myles Crawford empezó en el *Independent.* Curioso cómo giran con el viento esos periodistas en cuanto huelen una vacante. Veletas. Siempre cambiando de chaqueta. No sabría a quién creer. Una historia te parece buena hasta que oyes la siguiente. Se tiran al cuello unos a otros sin más en los periódicos y luego todo queda en nada. Cómo te va hombre al momento siguiente.

—Ah, escuchen esto por el amor de Dios, imploró Ned Lambert. 0 *también si al menos trepásemos hasta los picachos de las apiñadas montañas...*

—¡Ampulosidad! interrumpió el profesor malhumoradamente. ¡Ya tenemos bastante de tanta filatería!

—*Picachos,* prosiguió Ned Lambert, *que se remontan hasta lo más alto, para bañar nuestras almas, por decirlo así...*

—Para que le bañen la boca, dilo Mr. Dedalus. ¡Dios santo y eterno! ¿Sí? ¿Está tomando algo para eso?

Por decirlo así, en elpanorama sin par delportfolio de Irlanda, incomparable, a pesar de sus bien aclamados prototipos en otras excelentes regiones alardeadas, por su propia belleza, de boscosa arboleda y llanos ondulantes y pastos suculentos de verde primavera¿ saturadas de translúcido fulgor trascendente de nuestro apacibley misterioso crepúsculo irlandés...

—La luna, dijo el profesor MacHugh. Se ha olvidado de Hamlet.

SU JERGA NATAL

Que envuelve el paisaje a lo ancho y largo hasta que el fulgurante orbe de la luna refulja para irradiar su plateada efulgencia...

—¡Vaya! exclamó Mr. Dedalus, dando rienda suelta a un quejido desesperanzado. ¡Caca podrida! Ya está bien, Ned. La vida es demasiado corta.

Se quitó el sombrero de copa y, soplándose impacientemente el frondoso bigote, se peinó el pelo a lo galés con el rastrillo de los dedos.

Ned Lambert echó el periódico a un lado, riéndose entre dientes muy a gusto. Un instante después una ronca tos en risotada reventó en la cara desafeitada con gafas negras del profesor MacHugh.

—¡Blandengue! exclamó.

LO QUE DIJO WETHERUP

Muy bonito burlarse de esto ahora una vez imprimido pero se lo tragan como rosquillas después de todo. Estuvo trabajando en la rama de panadería además ¿no? Por eso lo llaman Blandengue. Supo arrimarse a buen árbol de todas formas. La hija prometida a ese tipo de la oficina de contribuciones con coche. Lo enganchó pero que muy bien. Fiestas. Hospitalidad. Comilonas. Wetherup siempre lo dijo. Se les atrapa por el estómago.

La puerta interior se abrió violentamente y una cara escarlata picuda, coronada con una cresta de pelo plumoso, penetró por ella. Los Ojos de intenso azul miraron fijamente alrededor y la voz áspera preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Y aquí llega el caballero de pega en persona! dijo el profesor MacHugh grandiosamente.

—¡Váyase al cuerno, so jodido pedagogo! dijo el director en reconocimiento.

—Venga, Ned, dijo Mr. Dedalus, poniéndose el sombrero. Necesito una copa después de esto.

—¡Copas! exclamó el director. No se sirven copas antes de la misa.

—Tiene mucha razón, dijo Mr. Dedalus, saliendo. Vamos, Ned.

Ned Lambert se ladeó para bajar de la mesa. Los ojos azules del director vagaron hacia la cara de Mr. Bloom, nublada por una sonrisa.

—-Nos acompaña, Myles? preguntó Ned Lambert.

GLORIOSAS BATALLAS REMEMORADAS

—¡La milicia de North Cork! exclamó el director, acercándose a largos pasos hasta la repisa de la chimenea. ¡Ganábamos todas las veces! ¡Oficiales de North Cork y españoles!

—¿Dónde fue eso, Myles? preguntó Ned Lambert echando un vistazo pensativo a sus punteras.

—¡En Ohio! gritó el director.

—Sí, claro, rediez, asintió Ned Lambert.

Al salir susurró a J. J. O'Molloy:

—Temblores incipientes. Un caso penoso.

—¡Ohio! graznó el director en tono de tiple alto desde su levantada cara escarlata. ¡Mi Ohio!

—¡Un crético perfecto! dijo el profesor. Larga, breve y larga.

¡OH, ARPA EOLIA!

Sacó un carrete de hilo interdental del bolsillo del chaleco y, cortando un trozo, lo hizo vibrar esmeradamente entre dos y dos de sus resonantes dientes sin limpiar.

—Bimban, bamban.

Mr. Bloom, al ver que no había moros en la costa, se dirigió a la puerta interior.

—Un momento, Mr. Crawford, dijo. Quería tan sólo hacer una llamada acerca de un anuncio.

Entró.

—¿Qué pasa con el editorial de esta noche? preguntó el profesor MacHugh, acercándose al director y poniéndole una mano firme en el hombro.

—Todo irá bien, dijo Myles Crawford más calmadamente. No se preocupe. Hola, Jack. Irá bien.

—Buenos días, Myles, dijo J. J. O'Molloy, dejando que las páginas que sostenía se deslizaran laciamente otra vez dentro de la carpeta. ¿Aparece el caso del timo ese de Canadá hoy?

El teléfono ronroneó dentro.

—Veintiocho. No. Veinte. Cuatro cuatro, sí.

DESCUBRIR AL GANADOR

Lenehan salió del despacho interior con las pruebas de los *Deportes.*

—¿Quién quiere una pista segura para la Copa de Oro? preguntó. Cetro con O. Madden

encima.

Echó las pruebas sobre la mesa.

Chillidos de muchachos gaceteros descalzos en el vestíbulo se acercaron apremiantes y la puerta se abrió de golpe.

—Callad, dijo Lenehan. Oigo pidasas.

El profesor MacHugh atravesó la habitación a largos pasos y cogió al encogido granujilla por el cuello de la camisa mientras los otros salían precipitadamente del recibidor y escaleras abajo. Las pruebas crujieron con la corriente, flotaron suavemente en el aire pintarrajos azules y bajo la mesa cayeron a tierra.

—No he sido yo, señor. Fue ese grandullón que me empujó, señor.

—Échelo y cierre la puerta, dijo el director. Sopla un huracán.

Lenehan empezó a recoger manoteando las pruebas del suelo, rezongando al agacharse dos veces.

—Esperando el especial de las carreras, señor, dijo el gacetero. Fue Pat Farrell el que me empujó, señor.

Señaló a dos caras que miraban asomadas al marco de la puerta.

—Ése, señor.

—Fuera de aquí, dijo el profesor MacHugh bruscamente.

Echó al chico a empellones y dio un portazo.

J. J. O'Molloy pasaba chascando las carpetas, murmurando, buscando:

—Continúa en la página seis, cuarta columna.

—Sí, aquí el *Evening Telegraph,* telefoneaba Mr. Bloom desde el despacho interior. ¿Está el patrón...? Sí, *Telegraph....* ¿Adónde? ¡Ya! ¿Qué salón de subastas? ... ¡Ya! Entiendo. Bien. Lo atraparé.

SOBREVIENE UNA COLISIÓN

El timbre ronroneó de nuevo al colgar. Entró apresuradamente y se chocó con Lenehan que se levantaba trabajosamente con la segunda hoja.

—*Pardon, monsieur,* dijo Lenehan, agarrándose a él un instante y haciendo una mueca.

—Por mi culpa, dijo Mr. Bloom, aguantando el agarrón. ¿Se ha hecho daño? Tengo prisa.

—La rodilla, dijo Lenehan.

Puso cara de broma y gimió, restregándose la rodilla: —La acumulación del *anno Domini.*

—Lo siento, dijo Mr. Bloom.

Fue a la puerta y, manteniéndola entreabierta, se paró. J. J. O'Molloy pasaba las pesadas páginas a manotazos. El ruido de dos voces estridentes, y una armónica, de los gaceteros en cuclillas en los escalones de la puerta resonaba en el desnudo vestíbulo:

—*Somos los chicos de Wexford*

que lucharon con la espaday el corazón.

SALE BLOOM

—Voy sólo a darme una vuelta al Bachelor's Walk, dijo Mr. Bloom, por lo de ese anuncio para Yaves. Quiero dejarlo solucionado. Me dicen que está por allí en Dillon.

Les miró un momento indecisamente a las caras. El director que, echado contra la repisa de la chimenea, había apoyado la cabeza en la mano, repentinamente extendió hacia delante un brazo en toda su amplitud.

—¡Várase! dijo. Tiene el mundo por delante.

—Vuelvo en seguida, dijo Mr. Bloom, saliendo ligero.

J. J. O'Molloy cogió las pruebas de la mano de Lenehan y las leyó, soplando delicadamente para separarlas, sin hacer comentario.

—Conseguirá ese anuncio, dijo el profesor, mirando fijamente a través de sus lentes de montura negra por encima de las cortinillas. Miren a esos pillos detrás de él.

—Dígame. ¿Dónde? exclamó Lenehan, corriendo hacia la ventana.

UN CORTEJO CALLEJERO

Ambos sonrieron por encima de las cortinillas a la fila de gaceteros que hacían el tonto tras la estela de Mr. Bloom, el último zigzagueando, blanca en la brisa cometa quimérica, una cola de blancos lazos.

—Miren al granuja detrás de él en ladra, dijo Lenehan, y se tronchará de risa. ¡Ay, es como para desternillarse! Imitándole los torpes pies planos y los andares. Las cogen al vuelo. Más listos que el hambre.

Empezó una mazurca en veloz caricatura a través de la habitación sobre deslizantes pies pasando la chimenea hasta J. J. O'Molloy que colocó las pruebas en sus manos receptoras.

—¿Qué es eso? dijo Myles Crawford sobresaltado. ¿Dónde han ido a parar los otros dos?

—Quiénes? dijo el profesor, dándose la vuelta. Han ido ahí abajo al Oval a echar un trago. Paddy Hooper está allí con Jack Hall. Vino anoche.

—Vámonos entonces, dijo Myles Crawford. ¿Dónde está mi sombrero?

Entró nerviosamente en el despacho interior, separando la abertura de la chaqueta, tintineando las llaves en el bolsillo de atrás. Tintinearon luego en el aire y contra la madera cuando acerrojó el cajón de su escritorio.

—Está medio cuba, dijo el profesor MacHugh en voz baja.

—Eso parece, dijo J. J. O'Molloy, sacando una pitillera mientras meditaba murmurando, pero no es siempre lo que parece. ¿Quién es el que tiene más cerillas?

EL CALUMET DE LA PAZ

Ofreció un cigarrillo al profesor y cogió otro para él. Lenehan puntualmente les encendió una cerilla y prendió sus cigarrillos por turno. J. J. O'Molloy abrió su pitillera de nuevo y la ofreció.

—*Gravy vous,* dijo Lenehan, obsequiándose con uno.

El director llegó del despacho interior, un canotié torcido sobre la frente. Declamó cantando, mientras señalaba severamente al profesor MacHugh:

—*Fue rango* y *fama lo que os tentó,*

fue el imperio lo que os cautivó el corazón.

El profesor sonrió burlonamente, sellando sus largos labios.

—¿Eh? ¿El jodido imperio romano? dijo Myles Crawford. Cogió un cigarrillo de la pitillera abierta. Lenehan, encendiéndoselo con pronta gracia, dijo.

—¡Silencio para mi flamante acertijo!

Imperium romanum, J. J. O'Molloy dijo delicadamente. Suena más noble que británico o de Brixton. La palabra le recuerda a uno de algún modo la manteca en el fuego.

Myles Crawford lanzó su primera bocanada violentamente hacia el techo.

—Eso es, dijo. Nosotros somos la manteca. Usted y yo somos la manteca en el fuego. Tenemos las mismas posibilidades que una bola de nieve en el infierno.

LA GRANDIOSIDAD QUE TUVO ROMA

—Un momento, dijo el profesor MacHugh, alzando dos pacíficas zarpas. No nos dejemos llevar por las palabras, por los sonidos de las palabras. Pensamos en Roma, imperial, imperiosa, imperativa.

Extendió brazos elocucionanos por entre raídos puños manchados, haciendo una pausa:

—¿Cómo fue su civilización? Grande, lo reconozco: pero detestable. *Cloacae:* cloacas. Los judíos en el desierto y en la cima de la montaña dijeron: *Es bueno quedarnos aquí. Construyamos un altar a jehová.* El romano, como el inglés que le sigue los pasos, trajo consigo a cada nueva orilla que pisó (la nuestra no la pisó nunca) sólo su obsesión cloacal. Miró a su alrededor con su toga y dijo: *Es bueno quedarnos aquí. Construyamos un excusado.*

—Lo que consiguientemente hicieron, dijo Lenehan. Nuestros ancianos antepasados, como podemos leer en el primer capítulo del Gumness, tenían debilidad por las correnteras.

—Eran caballeros de la naturaleza, murmuró J. J. O'Molloy. Pero también tenemos el derecho romano.

—Y Poncio Pilatos su profeta, respondió el profesor MacHugh.

—¡Conocéis la historia del barón jerarca Palles? preguntó J. J. O'Molloy. Sucedió en la cena de la Royal University. Todo iba a pedir de boca.....

—Primero mi acertijo, dijo Lenehan. ¿Están listos?

Mr. O'Madden Burke, alto en opulento gris de paño de Donegal, entró del vestbulo. Stephen Dedalus, detrás de él, se descubrió al entrar.

—*Entrez, mes enfants!* exclamó Lenehan.

—Escolto a un suplicante, dijo Mr. O'Madden Burke melodiosamente. La juventud guiada por la Experiencia visita a la Celebridad.

—¿Cómo está usted? dijo el director, extendiendo la mano. Entre. Su viejo acaba de irse.

¿??

Lenehan les dijo a todos:

—¡Silencio! ¿Qué ópera se parece a un árbol florido? Reflexionen, ponderen, excogiten, respondan.

Stephen entregó las hojas mecanografiadas, señalando al título y a la firma.

—¿Quién? preguntó el director.

Trozo arrancado.

—Mr. Garrett Deasy, dijo Stephen.

—Ese viejo putañero, dijo el director. ¿Quién lo arrancó? ¿Le cogió desprevenido?

En llameante vela veloz
del sury de la tormenta
viene, pálido vampiro,
boca a mi boca.

—Buenos días, Stephen, dijo el profesor, acercándose a mirar por encima de sus hombros. ¿Fiebre aftosa? ¿Se ha vuelto...?

Bardo valedor de bueyes.

BRONCA EN CONOCIDO RESTAURANTE

—Buenos días, señor, contestó Stephen sonrojándose. La carta no es mía. Mr. Garrett Deasy me pidió que ...

—Ah, le conozco, dijo Myles Crawford, y conocí a su mujer también. La más jodida vieja pendona que jamás haya hecho Dios. ¡Jesús, ésa sí que tenía fiebre aftosa de eso no hay duda! Aquella noche que le tiró la sopa a la cara al camarero del Star and Garter. ¡Jojó!

La mujer introdujo el pecado en el mundo. Por Helena, la esposa fugada de Menelao, durante diez años los griegos. O'Rourke, príncipe de Breffiii.

—¿Es viudo? preguntó Stephen.

—Sí, pero al acecho, dijo Myles Crawford, el ojo recorriendo la página mecanografiada. Los caballos del emperador. Habsburgo. Un irlandés le salvó la vida en las defensas de Viena. ¡No lo olviden! Maximiliano Karl O'Donnelll, conde von Tirconnell en Irlanda. Envió allí a su heredero para hacer al rey, un mariscal de campo austriaco. Va a haber líos allí un día de estos. Gansos salvajes. Sí, sí, siempre. ¡No olviden eso!

—El aspecto más discutible es si lo olvidó él, dijo J. J. O'Molloy quedamente, dándole vueltas a un pisapapeles en forma de herradura. Salvar príncipes es una tarea que suele recompensarse.

El profesor MacHugh se volvió hacia él.

—¿Y si no? dijo.

—Les diré cómo fue, empezó Myles Crawford. Un húngaro fue que un día ...

CAUSAS PERDIDAS
SE MENCIONA A NOBLE MARQUÉS

—Siempre fuimos fieles a causas perdidas, dijo el profesor. El éxito para nosotros es la muerte del intelecto y de la imaginación. Nunca fuimos fieles a los triunfadores. Les servimos. Yo enseño la gárrula lengua latina. Hablo el idioma de una raza que tiene como el súmmum de su mentalidad la máxima: el tiempo es dinero. Dominación material. *Domine!* ¡Señor! ¿Dónde está la espiritualidad? ¿Nuestro Señor Jesús? ¿Nuestro Señor Salisbury? Un sillón en un club del West End. ¡Pero el griego!

KIRIE ELEISÓN!

Una sonrisa de luz iluminó sus ojos con monturas negras, alargó sus largos labios.

—¡El griego! dijo otra vez. Kyrios! ¡Palabra rutilante! Vocales que el semita y el sajón no conocen. *Kirie!* Resplandor del intelecto. Yo debería dedicarme al griego, la lengua de la mente. *Kirie eleisón!* El constructor de excusados y el constructor de cloacas nunca serán señores de nuestro espíritu. Somos vasallos de la caballería católica de Europa que se hundió en Trafalgar y del imperio del espíritu, no un *imperium,* que se fue a pique con las flotas atenienses en Egos Potamos. Sí, sí. Se fueron a pique. Pirro, desorientado por un oráculo, hizo un último intento por salvar los destinos de Grecia. Fiel a una causa perdida.

Se alejó de ellos a largos pasos hasta la ventana.

—Fueron a luchar, dijo Mr. O'Madden Burke grismente, pero siempre caían.

—¡Buaaa! lloraba Lenehan haciendo un poco de ruido. Debido a un ladrillo que recibió en la segunda mitad de la *matinée.* ¡Pobre, pobre, pobre Pirro!

Susurró luego al oído de Stephen:

LA QUINTILLA JOCOSA DE LENEHAN

Hay un sabio aburrido MacHugh
que anteojos gasta tintados.
Si siempre ve doble al mus
¿pa' qué molestarse en llevarlos?
No véole la gracia. ¿Y tú?

De luto por Salustio, dice Mulligan. Al que se le ha muerto la madre bestialmente.

Myles Crawford se metió las hojas apretadamente en un bolsillo lateral.

—Todo irá bien, dijo. Leeré el resto después. Todo irá bien.

Lenehan extendió las manos en protesta.

—¡Pero y mi acertijo! dijo. ¿Qué ópera es como un árbol florido?

—¿Ópera? la cara de esfinge de Mr. O'Madden Burke redobló.

Lenehan anunció alegremente:

—*La rosa de Castilla.* ¿Ven el truco? Rosa de cas tilla. ¡Diantre!

Le dio un leve codazo a Mr. O'Madden Burke en el bazo. Mr. O'Madden Burke cayó hacia atrás grácilmente sobre su paraguas, fingiendo un jadeo.

—¡Auxilio! suspiró. Siento una gran debilidad.

Lenehan, poniéndose de puntillas, le abanicó la cara rápidamente con las pruebas crujientes.

El profesor, volviendo por donde las carpetas, barrió con la mano las corbatas desanudadas de Stephen y de Mr. O'Madden Burke.

—París, pasado y presente, dijo. Parecen ustedes de la Comuna.

—Como tipos que hubieran volado la Bastilla, dijo J. J. O'Molloy con queda burla. t0 fueron ustedes los que dispararon al gobernador general de Finlandia entre los dos? Tienen toda la pinta de haber sido los que han cometido el hecho. General Bobrikoff.

—Sólo estábamos pensándolo, dijo Stephen.

OMNIUM RÉVOLUTUM

—Todos los talentos, dijo Myles Crawford. Las leyes, los clásicos ...

—El turf, insertó Lenehan.

—La literatura, la prensa.

—Si Bloom estuviera aquí, dijo el profesor. El noble arte de la publicidad.

—Y Madame Bloom, añadió Mr. O'Madden Burke. La musa vocalista. La primera favorita de Dublín.

Lenehan tosió fuertemente.

—¡Ejem! dijo muy suavemente. ¡Vaya, qué daría por un aire de bocanada fresca! Me resfrié en el parque. La cancela estaba abierta.

«¡PUEDE HACERLO!»

El director puso una mano nerviosa en el hombro de Stephen.

—Quiero que escriba algo para mí, dijo. Algo con gancho. Puede hacerlo. Se lo noto en la cara. *En el vocabulario de la juventud .....*

Lo noto en la cara. Lo noto en la mirada. Vago intrigante ocioso.

—¡Fiebre aftosa! exclamó el director con desdeñosa invectiva. Gran asamblea nacionalista en Borris-in-Ossory. ¡Qué coño! ¡Acojonando al público! Déles algo con gancho. Métanos a todos en ello, maldita sea su alma. Padre, Hijo y Espíritu Santo y M'Carthy el Letrina.

—Todos podemos suministrar pábulo mental, dijo Mr. O'Madden Burke.

Stephen levantó los ojos a la intensa mirada desatenta. —Le quiere para el equipo de currinches, dijo J. J. O'Molloy.

EL GRAN GALLAHER

—Usted puede hacerlo, repitió Myles Crawford, apretando el puño para enfatizar. Espere un momento. Paralizaremos Europa como Ignatius Gallaher solía decir cuando andaba a la caza de un empleo, echando una mano en los billares en el Clarence. Gallaher, ése sí que era un periodista. Ésa era una pluma. ¿Sabe cómo consiguió su tanto? Se lo diré. Fue el mejor trabajo de periodismo que se ha visto jamás. Fue en el ocheintaiuno, el seis de mayo, en tiempos de los invencibles, el asesinato en el parque Phoenix, antes de que usted naciera, supongo. Se lo enseñaré.

Se abrió camino a empujones hasta las carpetas.

—Mire aquí, dijo volviéndose. El New *York World* telegrafió para conseguir una exclusiva. ¿Recuerdan aquellos tiempos?

El profesor MacHugh asintió.

—*New York World,* dijo el director, emocionadamente echándose hacia atrás el canotié. Donde tuvo lugar. Tim Kelly, o Kavanagh mejor dicho. Joe Brady y los demás. Donde el Pellejocabra llevó el coche. Toda la ruta ¿ven?

—El Pellejocabra, dijo Mr. O'Madden Burke. Fitzhams. Ese que tiene el albergue del cochero aquel, dicen, allá por el puente Butt. Holohan me lo dijo. ¿Conocen a Holohan?

—Cojo y me llevo una ¿no? dijo Myles Crawford.

—Y el pobre Gumley también anda por ahí, según me dijo, vigilando piedras para la corporación municipal. Guarda de noche.

Stephen se volvió sorprendido.

—¿Gumley? dijo. ¡No me diga! Amigo de mi padre ¿no es así?

—Olvídese de Gumley, exclamó Myles Crawford airadamente. Deje que Gumley vigile las piedras, que no se escapen. Mire aquí. ¿Qué hizo Ignatius Gallaher? Se lo diré. Inspiración del genio. Telegrafió de inmediato. ¿Tienen *Freeman Semanal 17* de marzo? Bien. ¿Lo cogen?

Buscó hacia atrás en las carpetas y plantó el dedo en un punto.

—Tomemos la página cuatro, anuncio de café Bransome, digamos. ¿Lo cogen? Bien.

El teléfono ronroneó.

UNA VOZ EN LA DISTANCIA

—Yo lo cogeré, dijo el profesor, yéndose.

—B es la cancela del parque. Estupendo.

El dedo daba saltos y tocaba un punto tras otro, vibrando.

—T es la residencia virreinal. C es donde se cometió el asesinato. K es la puerta de Knockmaroon.

Las carnes flojas del cuello se le estremecieron como la barba de un gallo. Una pechera postiza mal almidonada se le salió y con un gesto violento la volvió a meter por dentro del chaleco.

—¿Diga? Aquí el *Evening Telegraph*. ¿Diga? ... ¿Quién llama? ... Sí ... Sí ... Sí.

—De F a P es la ruta que siguió el Pellejocabra con el coche para tener un alibi, Inchicore, Roundtown, Windy Arbour, Palmerston Park, Ranelagh. F. A. B. P. ¿Lo cogen? X es la taberna Davy en Upper Leeson Street.

El profesor se asomó a la puerta interior.

—Bloom está al teléfono, dijo.

—Dígale que se vaya al infierno, dijo el director puntualmente. X es la taberna Davy ¿ven?

AGUDO, MUCHO

—Agudo, dijo Lenehan. Mucho.

—Se la sirvió en bandeja, dijo Myles Crawford, la jodida historia completa.

Pesadilla de la que nunca despiertas.

—Yo lo vi, dijo el director orgullosamente. Yo estaba presente. Dick Adams, el jodido corquense con el mejor corazón de entre los que jamás haya dado Dios el soplo de la vida, y yo.

Lenehan hizo una reverencia a una figura de aire, al tiempo que anunciaba:

—Madame, soy Adán. Y Abel antes de ver Elba.

—¡La historia! exclamó Myles Crawford. La Vieja, ese pe1 nódico de Prince Street, llegó la primera. Hubo llanto y rechinar de dientes por ello. De un anuncio. Gregor Grey había hecho el diseño. Eso le ayudó a subir. Luego Paddy Hooper se trajinó a Te Pe que le llevó al *Star.* Ahora está con Blumenfeld. Eso es la prensa. Eso es tener talento. ¡Pyatt! ¡Él, que fue papá de todos ellos!

—El padre del periodismo sensacionalista, confirmó Lenehan, y el cuñado de Chris Callinan.

—¿Oiga? ¿Está ahí? Sí, está aquí aún. Véngase usted para acá.

—¿Dónde se encuentra a un periodista como ése ahora, eh? exclamó el director.

Dejó caer las páginas.

—Odidamente jagudo, dijo Lenehan a Mr. O'Madden Burke.

—Muy avispado, dijo Mr. O'Madden Burke.

El profesor MacHugh llegó del despacho interior.

—Hablando de invencibles, dijo, han visto que unos vendedores ambulantes han sido llevados ante el magistrado....

—Sí, sí, dijo J. J. O'Molloy ansiosamente. Lady Dudley iba andando camino de su casa por el parque viendo los árboles que el ciclón del año pasado había tirado y se le ocurrió comprar una vista de Dublín. Y resultó ser una tarjeta conmemorativa de Joe Brady o del Número Uno o del Pellejocabra. ¡Justo delante de la residencia virreinal, imagínense!

—Sólo están en la sección de bagatelas, dijo Myles Crawford. ¡Bah! ¡La prensa y la abogacía! ¿Dónde se encuentra a un hombre ahora en la abogacía como aquellos de antes, como Whiteside, como Isaac Butt, como el picodeoro de O'Hagan. ¿Eh? Ah, sandeces. ¡Bah! Sólo de segunda fila.

Su boca continuó contrayéndose sin hablar en nervioso rictus de desdén.

¿Desearía alguna aquella boca para besarla? ¿Cómo lo sabes? ¿Por qué lo escribiste entonces?

RIMAS Y RAZONES RAZONADAS

Boca, soca. ¿Es la boca algo soca? ¿O la soca una boca? Algo debe haber. Soca, ñoca, toca, bloca. Rimas: dos hombres vestidos iguales, que parecen iguales, de dos en dos.

..... la tua pace
..... che parlar ti piace
Mentre che il vento, come fa, si tace.

Las vio de tres en tres, chicas que se acercaban, de verde, de rosa, de rojo, entrelazándose, *per l'aer perso,* de malva, de púrpura, *quella pacifica oriafiamma,* de oro onflama, *di remirar fe più ardenti.* Pero yo ancianos, penitentes, pies de plomo, baoscuridajo de la noche: boca soca: tumba entrañas chirumba.

—Hable por usted mismo, dijo Mr. O'Madden Burke.

NO OS PREOCUPÉIS DEL MAÑANA...

J. J. O'Molloy, sonriendo pálidamente, recogió el guante.

—Mi querido Myles, dijo, echando el cigarrillo a un lado, usted ha interpretado mal mis palabras. No hablo en favor, como ahora se propugna, de la tercera profesión *qua* profesión sino que sus piernas corquenses lo están llevando demasiado lejos. ¿Por qué no

se refiere también a Henry Grattan y a Flood y a Demóstenes y a Edmund Burke? A Ignatius Gallaher ya lo conocemos y a su jefe de Chapelizod, Harmsworth el de la prensa de tres al cuarto, y a su primo americano el de la porquería sensacionalista de Bowery por no mencionar a *Paddy Kelly's Budget, Pue's Occurrences y* a nuestro vigilante amigo *The Skibbereen Eagle.* ¿Por qué referirse a un maestro de la elocuencia forense como Whiteside? Cada día tiene bastante con su periódico.

VÍNCULOS CON LOS DÍAS PASADOS DE ANTAÑO

—Grattan y Flood escribieron en este mismísimo periódico, le gritó el director a la cara. Voluntarios irlandeses. ¿Dónde estáis ahora? Fundado en 1763. Dr. Lucas. ¿A quién tienen ahora como John Philpot Currant? ¡Bah!

—Bueno, dijo J. J. O'Molloy, Bushe procurador de la corona, por ejemplo.

—¿Bushe? dijo el director. Bueno, sí: Bushe, sí. Ése sí lleva algo de ello en la sangre. Kendal Bushe o mejor dicho Seymour Bushe.

—Hubiera sido magistrado desde hace ya tiempo, dijo el profesor, de no haber sido por .... Pero no importa.

J. J. O'Molloy se volvió a Stephen y dijo queda y lentamente:

—Creo que una de las alocuciones más brillantes que haya escuchado jamás en mi vida salió de los labios de Seymour Bushe. Fue en aquel caso de fratricidio, el caso del asesinato Childs. Bushe lo defendió.

Y vertió en el pórtico de mis oídos.

Por cierto ¿cómo se enteró de eso? Murió mientras dormía. ¿O la otra historia, la de la bestia de dos espaldas?

—¿Cómo fue eso? preguntó el profesor.

ITALIA, MAGISTRA ARTIUM

—Habló del derecho probatorio romano, dijo J. J. O'Molloy, en contraposición al anterior código de Moisés, la lex *talionis. Y* citó el Moisés de Miguel Ángel en el vaticano.

—Ajá.

—Unas cuantas palabras bien escogidas, prologó Lenehan. ¡Silencio!

Pausa. J. J. O'Molloy sacó la pitillera.

Falsa calma. Algo completamente habitual.

Mensajero sacó su caja de cerillas obsequiosamente y le encendió el cigarro.

A menudo he pensado desde entonces al mirar atrás hacia aquel extraño episodio que fue aquella pequeña acción, trivial en sí misma, aquel encender de una cerilla, lo que determinó todo el curso posterior de nuestras dos vidas.

UNA ALOCUCIÓN BRILLANTE

J. J. O'Molloy prosiguió, moldeando las palabras:

—Dijo sobre eso: *esa efigie pétrea en música escarchada, astaday terrible, de la forma humana divina, ese símbolo eterno de sabiduríay de profecía, si algo hay que la imaginación o la mano de escultor haya tallado en el mármol como alma tran figurada y como transfiguradora de almas que merezca vivir, eso merece vivir.*

Su grácil mano con un ademán agració eco y caída de tono.

—¡Elegante! dijo Myles Crawford de inmediato.

—El divino aflato, dijo Mr. O'Madden Burke.

—¿Le gusta? le preguntó J. J. O'Molloy a Stephen.

Stephen, cortejada su sangre por la gracia del lenguaje y el gesto, se sonrojó. Cogió un cigarrillo de la pitillera. J. J. O'Molloy ofreció la pitillera a Myles Crawford. Lenehan les encendió los cigarrillos como anteriormente y cogió su trofeo, diciendo:

—Gracibus muchibus.

UN HOMBRE CON UNA GRAN MORAL

—El profesor Magennis me ha estado hablando de usted, le dijo J. J. O'Molloy a Stephen. ¿Qué piensa en realidad de ese cenáculo hermético, los poetas de secretos opalinos: A. E. maestro de místicos? Todo comenzó con esa mujer Blavatsky. Menuda fullera. A. E. le ha estado contando a un entrevistador yanqui que usted vino a él de madrugada a preguntarle sobre planos de conciencia. Magennis cree que debía de estar tomándole el pelo a A. E. Es

un hombre con una gran moral, ese Magennis.

Hablando de mí. ¿Qué dijo? ¿Qué dijo? ¿Qué dijo de mí? No preguntes.

—No, gracias, dijo el profesor MacHugh, apartando a un lado la pitillera. Espere un momento. Déjeme decir una cosa. La mejor manifestación de oratoria que he escuchado jamás fue un discurso pronunciado por John F. Taylor para la asociación histórica de la universidad. El juez Fitzgibbon, el actual presidente del Tribunal Supremo, acababa de hablar y el tema de debate era un ensayo (nuevo para aquellos tiempos), abogando por el restablecimiento de la lengua irlandesa.

Se volvió hacia Myles Crawford y dijo:

—Conoce a Gerald Fitzgibbon. Así que puede imaginarse el estilo de su discurso.

—Está junto con Tim Healy, dijo J. J. O'Molloy, según se rumorea, en la comisión administrativa del Trinity College.

—Está con una linda criaturita, dijo Myles Crawford, con pololos de niño. Siga. éY bien?

—Era el discurso, tome nota, dijo el profesor, de un orador consumado, lleno de cortés arrogancia que derramaba con una disciplinada dicción no diré las copas del furor pero sí la contumelia de un hombre orgulloso sobre el nuevo movimiento. Entonces era un movimiento nuevo. Éramos débiles, y por tanto sin valor.

Cerró los finos labios alargados un instante pero, ansioso por continuar, levantó una mano abierta a sus lentes y, con el pulgar y el anular temblorosos que tocaban ligeramente las negras monturas, los reajustó en un nuevo enfoque.

IN PROMPTU

Con tono normal se dirigió a J. J. O'Molloy:

—Taylor llegó, debe saberlo, habiéndose levantado enfermo de la cama. Que se hubiera preparado el discurso no lo creo pues no había ni un solo taquígrafo en la sala. La delgada cara morena dejaba ver una barba de varios días. Llevaba una chalina suelta de seda blanca y en conjunto parecía (aunque no lo estaba) un hombre en las últimas.

Su mirada se desvió de inmediato pero lentamente de la cara de J. J. O'Molloy a la de Stephen y luego se posó de inmediato en el suelo, buscando. El cuello de algodón desalmidonado le asomaba por detrás de la cabeza inclinada, manchado por el cabello marchito. Aún buscando dijo:

—Cuando el discurso de Fitzgibbon se acabó John F. Taylor se levantó para responder. Brevemente, si mal no recuerdo, sus palabras fueron éstas.

Levantó la cabeza firmemente. Los ojos se tomaron reflexivos una vez más. Crustáceos estúpidos nadaron en las gruesas lentes de un lado a otro, buscando salida.

Comenzó:

—Sr. Presidente, damas y caballeros: Grande fue mi admiración al escuchar las consideraciones dirigidas a la juventud de Irlanda hace un momento por mi ilustrado amigo. Me sentí transportado a un país muy lejos de este país, a una época remota de esta época, como si me hallara en el antiguo Egipto y escuchara el discurso de algún sumo sacerdote de aquella tierra dirigiéndose al joven Moisés.

Sus oyentes mantuvieron los cigarrillos suspendidos para escuchar, los humos ascendiendo en frágiles tallos que florecían con el discurso. *Y deja que nuestros humos sinuosos.* Nobles palabras vienen ahora. Alerta. ¿Podrías intentarlo tú ahora?

—Y me pareció que oía la voz de aquel sumo sacerdote egipcio elevándose hasta un tono idéntico de arroganciay de orgullo. Oía sus palabrasy su sentido mefue revelado.

DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

Me fue revelado que aquellas cosas son buenas que no obstante están infectas las cuales si no fueran infinitamente buenas o de no ser que fueran buenas podrían estar infectas. ¡Ay, maldito seas! Eso es de San Agustín.

—¿Por qué no aceptáis vosotros los judíos nuestra cultura, nuestra religión y nuestra lengua? Sois una tribu de pastores nómadas: nosotros un pueblo poderoso. Vosotros no tenéis ciudades ni riquezas: nuestras ciudades son centros de humanidady nuestras galeras, trirremes y cuadrirremes, cargadas con todo tipo de mercaderías surcan los mares del mundo conocido. Vosotros acabáis de emerger de unas condiciones primitivas: nosotros tenemos una literatura, un sacerdocio, una historia centenaria y una forma de gobierno.

Nilo.

Niño, hombre, efigie.

A las orillas del Nilo las nenemarías se arrodillan, cuna de anea: un hombre diestro en combate: petnastado, petribarbudo, corazón de piedra.

—Vosotros rezáis a un ídolo oscuro y local: nuestros templos, suntuosos y misteriosos, son las moradas de Isis y Osiris, de Horus y de Ammón Ra. De vosotros es la esclavitud, el temory la sumisión: de nosotros el trueno y los mares. Israel es débil y pocos son sus hijos: Egipto es una huestey terribles son sus armas. Vagabundos y braceros se os llama: el mundo tiembla ante nuestro nombre.

Un silencioso eructo de hambre quebró su discurso. Levantó la voz sobre el mismo audazmente:

Pero, damas y caballeros, si el joven Moisés hubiera escuchado y aceptado ese modo de ver la vida, si hubiera doblegado la cabezay doblegado la voluntady doblegado el espíritu ante aquella arrogante admonición nunca hubiera sacado al pueblo elegido de la casa de servidumbre, ni seguido la columna de nube por el día. Nunca habría hablado con el Eterno en medio de relámpagos en la cumbre del Monte Sinaí ni habría nunca bajado con la luz de la inspiración fulgurando en su rostro y portando en los brazos las tablas de la ley, grabadas en la lengua del proscrito.

Calló y los miró, disfrutando del silencio.

¡OMINOSO —PARA ÉL!

J. J. O'Molloy dijo no sin pesadumbre:

—Y sin embargo murió sin haber pisado la tierra prometida.

—Un repentino fallecimiento — momentáneo — aunque — por — prolongada — enfermedad — a menudo — previamente — expectorado, añadió Lenehan. Y con un gran futuro detrás de él.

El tropel de pies descalzos se oyó precipitándose por el vestíbulo y pisando sordamente escaleras arriba.

—Eso es oratoria, dijo el profesor sin que nadie lo desmintiera.

Lo que el viento se llevó. Huestes en Mullaghmast y Tara de los reyes. Millas de pórticos de oídos. Las palabras del tribuno, berreadas y esparcidas a los cuatro vientos. Un pueblo cobijado en su voz. Ruido muerto. Registros etéreos de todo lo que alguna vez en algún lugar cualquiera que fuera existió. Amadle y alabadle: a mí nunca más.

Tengo dinero.

—Caballeros, dijo Stephen. Como punto siguiente en el orden del día ¿puedo sugerir que se levante la sesión en este momento?

—Me deja sin aliento. ¿No es por casualidad un cumplido a la francesa? preguntó Mr. O'Madden Burke. Es la hora, a mi parecer, cuando la jarra de vino, hablando metafóricamente, más se agradece en la vetusta hostería.

—Así es y he aquí que se resuelve resueltamente. Aquellos que a favor estén digan sí, anunció Lenehan. Los que no que no digan. La declaro aprobada. ¿A qué buchinche en especial ...? Mi voto es por: ¡Mooney!

Se puso al frente, amonestando:

—Rehusaremos muy severamente ingurgitar bebidas fuertes ¿de acuerdo? Sí, no lo haremos. De ninguna de las maneras.

Mr. O'Madden Burke, que le seguía de cerca, dijo con una estocada de paraguas de aliado:

—¡Ponte en guardia, Macduffl

—¡De tal palo tal astilla! exclamó el director, dando una palmada a Stephen en el hombro. Vayámonos. ¿Dónde están esas puñeteras llaves?

Se rebuscó en el bolsillo sacando las hojas mecanografiadas aplastadas.

—Fiebre aftosa. Ya sé. Estará bien. Lo insertaremos. ¿Dónde están? Está bien.

Volvió a guardar las hojas y entró en el despacho interior.

CONFIEMOS

J. J. O'Molloy, a punto de seguirle, dijo quedamente a Stephen:

—Espero que esté vivo cuando se publique. Myles, un momento.

Entró en el despacho interior cerrando la puerta tras de sí.

—Vamos, Stephen, dijo el profesor. Está bien eso ¿no es así? Tiene la visión del profeta. *¡Fuit Rium!* El saqueo de la procelosa Troya. Reinos de este mundo. Los amos del Mediterráneo son campesinos egipcios hoy.

El primer muchacho gacetero bajó sordamente las escaleras pisándoles los talones y se precipitó a la calle, voceando:

—¡Extra de las carreras!

Dublín. Tengo mucho, pero que mucho que aprender. Doblaron a la izquierda por Abbey Street.

—Yo también tengo una visión, dijo Stephen.

—¿Sí? dijo el profesor, dando un saltito para ponerse al paso. Crawford nos seguirá.

Otro gacetero les pasó como un disparo, voceando mientras corría:

—¡Extra carreras!

MI AMADO Y PUERCO DUBLÍN

Dublineses.

—Dos vestales dublinesas, dijo Stephen, mayores y piadosas, han vivido cincuenta y cincuentaitrés años en Fumbally Lane.

—¿Dónde está eso? preguntó el profesor.

—Más allá de Blackpitts, dijo Stephen.

Noche lienta oliendo a masa que da hambre. Contra la pared. La cara resplendente como el sebo bajo el chal de cotón. Corazones frenéticos. Anales acacianos. ¡Más rápido, majo!

Listo ahora. Atrévete. Hágase la vida.

—Quieren ver las vistas de Dublín desde lo alto de la columna de Nelson. Ahorran tres chelines y diez peniques en una hucha de hojalata en forma de buzón rojo. Sacan las monedas de tres-peniques y seis-peniques zarandeándola y ganzúan los peniques con la hoja de un cuchillo. Dos con tres en plata y uno con siete en cobre. Se ponen sus papalinas y las ropas de domingo y cogen los paraguas por miedo a que se ponga a llover.

—Vírgenes prudentes, dijo el profesor MacHugh.

LA VIDA EN CARNE VIVA

—Compran un chelín y cuatro peniques de carne en gelatina y cuatro panecillos en la casa de comidas al norte de la ciudad en Marlborough Street a Miss Kate Collins, propietaria. Adquieren veinticuatro ciruelas maduras a una chica al pie de la columna de Nelson para quitarse la sed de la carne en gelatina. Le dan dos monedas de tres-peniques al caballero del torniquete y empiezan a nanear lentamente escalera de caracol arriba, rezongando, animándose la una a la otra, asustadas de la oscuridad, resoplando, una preguntándole a la otra tienes la carne en gelatina, alabando a Dios y a la Virgen Santa, amenazando con bajar, mirando furtivamente por los respiraderos. Alabado sea Dios. No sabían que fuera tan alta.

Se llaman Anne Keams y Florence MacCabe. Anne Keams padece de lumbago por lo que se da friegas con agua de Lourdes, que se la dio una señora que consiguió una botella de un padre pasionista. Florence MacCabe se toma una manita de cerdo y una botella de doble X para cenar todos los sábados.

—Antítesis, dijo el profesor asintiendo dos veces. Vírgenes vestales. Como si las viera. ¿Qué estará reteniendo a nuestro amigo?

Se volvió.

Una bandada de muchachos gaceteros se precipitó escalones abajo, dispersándose en todas direcciones, voceando, los periódicos blancos aleteando. Tras ellos en seguida apareció Myles Crawford en los escalones, el sombrero aureolándole la cara escarlata, hablando con J. J. O'Molloy.

—Venga, exclamó el profesor, agitando el brazo.

Se puso en marcha de nuevo para caminar al lado de Stephen.

—Sí, dijo. Como si las viera.

EL REGRESO DE BLOOM

Mr. Bloom, sin aliento, atrapado en un remolino de gaceteros desmandados junto a las oficinas del *Irish Catholic* y del *Dublin Penny Journal,* llamó:

—¡Mr. Crawford! ¡Un momento!

—*¡Telegraph!* ¡Extra carreras!

—¿Qué pasa? dijo Myles Crawford, quedándose atrás un paso.

Un gacetero le gritó en la cara a Mr. Bloom:

—¡Temble tragedia en Rathmines! ¡Un niño atrapado en un fuelle!

ENTREVISTA CON EL DIRECTOR

—Tan sólo este anuncio, dijo Mr. Bloom, abriéndose camino a empujones hasta los escalones, sofocado, y sacando el recorte del bolsillo. He hablado con Mr. Yaves hace un momento. Renovará por dos meses, dice. Después ya verá. Pero quiere un texto que llame la atención en el Telegraph también, en las páginas deportivas del sábado. Y quiere que se copie si no es demasiado tarde le dije al concejal Nannetti del *Kilkenny People.* Puedo conseguirlo en la biblioteca nacional. La casa de las llaves ¿comprende? Él se llama Yaves. Es un juego de palabras con el nombre. Pero prácticamente prometió que renovaría. Pero quiere que se le dé un poco de coba. ¿Qué le digo, Mr. Crawford?

T.P.C.

—¿Quiere decirle que se vaya a tomar por culo? dijo Myles Crawford extendiendo el brazo para mayor énfasis. Dígaselo clanto sin rodeos.

Un poco nervioso. Cuidado con el chaparrón. Se marchan todos a tomar una copa. Cogidos del brazo. La gorra náutica de Lenehan gorroneando allá lejos. Lisonjas como siempre. A saber si ese joven Dedalus es el alma de todo ello. Lleva puesto un buen par de botas hoy. La última vez que lo vi llevaba los talones al aire. Andando en el lodo en algún lugar. Chico descuidado. ¿Qué estaría haciendo en Irishtown?

—Bueno, dijo Mr. Bloom, los ojos calculando, si consigo el diseño supongo que merecería la pena un texto corto. Concedería el anuncio, creo. Le diré que ...

T.P.S.R.C.I.

—Que se vaya a tomar por su real culo irlandés, exclamó por encima del hombro Myles Crawford levantando la voz.

Cuando guste, dígaselo.

Mientras Mr. Bloom permanecía inmóvil considerando la cuestión y a punto de sonreír él continuó su marcha a zancadas nerviosamente.

CONSEGUIR PASTA

Ninfa bona, Jack, dijo, llevándose la mano a la barbilla. Estoy hasta aquí. Yo también he estado con el agua al cuello. Estuve buscando a alguien que me avalara una factura tan sólo la semana pasada. Lo siento, Jack. Si con la intención bastara. Con toda mi alma si pudiera conseguir pasta de alguna manera.

J. J. O'Molloy puso la cara larga y siguió andando silenciosamente. Llegaron a la altura de los otros y caminaron todos a la par.

—Cuando se han comido la carne en gelatina y el pan y limpiado los veinte dedos en el papel en que estaba envuelto el pan se acercan más a la barandilla.

—Algo para usted, le explicó el profesor a Myles Crawford. Dos viejas dublinesas en lo alto de la columna de Nelson.

¡VAYA COLUMNA! — ESO ES LO QUE LA NANEADORA

NÚMERO UNO DIJO

—Eso es nuevo, dijo Myles Crawford. Eso es publicable. A la excursión anual de zapateros por el Dargle. Dos viejas pícaras ¿eh?

—Pero temen que la columna se caiga, continuó Stephen. Ven los tejados y discuten acerca de dónde están las distintas iglesias: la cúpula azul de Rathmines, la de Adam and Eve, la de Saint Laurence O'Toole. Pero les entran mareos al mirar así que se arremangan las faldas ....

ESAS HEMBRAS LIGERAMENTE ALOCADAS

—Tranquilos, dijo Myles Crawford. Nada de licencia poética. Estamos en la archidiócesis aquí.

—Y se instalan sobre sus enaguas a rayas, escudriñando la estatua del adúltero

mancopenco en lo alto.

—¡Adúltero mancopenco! exclamó el profesor. Me gusta eso. Ya veo la idea. Veo lo que quiere decir.

DAMAS DONAN PILDORAZOS A CIVILES DUBLINESES
VELOCES AEROLITOS, SE CREE QUE SON

—Les da tortícolis, dijo Stephen, y están demasiado cansadas para mirar hacia arriba o abajo o para hablar. Ponen la bolsa de ciruelas entre las dos y comen las ciruelas del paquete, una tras otra, limpiándose con los pañuelos el jugo de ciruela que les gotea de la boca y escupiendo los huesos lentamente por los barrotes de la barandilla.

Soltó una risotada juvenil repentina como punto final. Lenehan y Mr. O'Madden Burke, al oírla, se volvieron, los llamaron y continuaron al frente cruzando hacia Mooney.

—¿Terminó? dijo Myles Crawford. Mientras no hagan nada peor.

SOFISTA GOLPEA A LA ALTIVA HELENA JUSTO EN
PROBÓSCIDE. ESPARTANOS RECHINAN MOLARES.
ITACENSES VOTAN A PEN CAMPEONA.

—Me recuerda a Antístenes, dijo el profesor, un discípulo de Gorgias, el sofista. Se dice de él que nadie sabía si estaba más amargado con los demás que consigo mismo. Era hijo de un noble y de una esclava. Y escribió un libro en el que le quitaba el palmarés de belleza a la argiva Helena y se lo daba a la pobre Penélope.

Pobre Penélope. Penélope Rich.

Se dispusieron a cruzar O'Connell Street.

¡OIGA, CENTRAL!

En diversos puntos a lo largo de las ocho líneas tranvías con troles permanecían inmóviles en las vías, con destino o procedentes de Rathmines, Rathfamham, Blackrock Kingstown y Dalkey, Sandymount Green, Ringsend y Sandymount Tower, Donnybrook, Parlmerston Park y Upper Rathmines, todos inmóviles, encalmados por un cortocircuito. Coches de alquiler, simones, furgones de reparto, coches correo, berlinas privadas, carricubas de agua mineral gaseosa con jaulas de botellas traqueteantes, traqueteaban, rodaban, tirados por caballos, rápidamente.

¿EH? — Y ASIMISMO — ¿DÓNDE?

—Pero ¿cómo lo titula? preguntó Myles Crawford. ¿De dónde sacaron las ciruelas?

VIRGILIANO, DICE EL PEDAGOGO. ESTUDIANTE BISOÑO
OPTA POR EL VIEJO MOISÉS.

—Titúlelo, espere, dijo el profesor, abriendo completamente los largos labios para reflexionar. Llámelo, veamos. Llámelo: *Deus nobis haec otia fecit.*

—No, dijo Stephen. Yo lo llamo *Visión de Palestina desde el Pisgá o La parábola de las ciruelas.*

—Ya veo, dijo el profesor.

Se rió con ganas.

—Ya veo, dijo otra vez con renovado placer. Moisés y la tierra prometida. Nosotros le dimos la idea, le añadió a J. J. O'Molloy.

HORACIO ES EL BLANCO DE TODAS LAS MIRADAS
ESTE PLÁCIDO DÍA DE JUNIO.

J. J. O'Molloy lanzó una cansada mirada de soslayo a la estatua y se mantuvo en silencio.

—Ya veo, dijo el profesor.

Se detuvo en la isleta de Sir John Gray y escudriñó hacia arriba a Nelson por las mallas de su sonrisa irónica.

DÍGITOS DISMINUIDOS RESULTAN DEMASIADO EXCITANTES

PARA ADEFESIOS RETOZONES. ANNE ALBOROTA, FLO

SISA — PERO ¿SE LAS PUEDE CULPAR?

—Adúltero mancopenco, dijo sonriendo tenebrosamente. Me hace gracia, debo confesar.

—Les hizo gracia a las viejas también, dijo Myles Crawford, si se supiera la pura verdad de Dios Todopoderoso.

8

CROCANTE de piña, lorza de limón, caramelo. Una chica azúcarviscosa paleteaba cucharadas de helado a un Hermano de las Escuelas Cristianas. Alguna fiesta escolar. Malo para las tripitas. Con licencia para caramelos y confites de Su Majestad el Rey. Dios. Salve. A nuestro. Sentado en el trono chupando tabletas de yuyuba hasta dejarlas blancas. Un joven taciturno de las juventudes Cristianas, atento en medio de los dulces vapores cálidos de la confitería Graham Lemon, le colocó un prospecto en la mano a Mr. Bloom.

Charlas de corazón a corazón.

Blo ... ¿Yo? No.

Borbor de la sangre del Cordero.

Sus lentos pies le llevaron hacia el río, leyendo. ¿Estás salvado? Todos están lavados con la sangre del cordero. Dios quiere víctimas de sangre. Nacimiento, himen, mártir, guerra, cimientos de un edificio, sacrificio, ofrenda quemada de riñón, altares de los druidas. Elías vuelve. El Dr. John Alexander Dowie restaurador de la iglesia de Sión vuelve.

¡Vuelve! ¡¡Vuelve!! ¡¡¡Vuelve!!!

Todos son cordialmente bienvenidos.

Juego rentable. Torry y Alexander el año pasado. Poligamia. Su mujer le cerrará el grifo. Dónde estaba aquel anuncio que una compañía de Birmingham el del crucifijo luminoso. Nuestro Salvador. Despierta uno en mitad de la noche y se le ve en la pared, colgado. La idea del fantasma de Pepper. Imprecaron al nazareno con recios insultos.

Seguramente se hace con fósforo. Si dejas un poco de bacalao por ejemplo. Podía ver el color de la plata azulada por encima. La noche que bajé a la despensa de la cocina. No me gustan todos esos olores que hay dentro esperando poder salir atropelladamente. ¿Qué era lo que ella quería? Pasas de Málaga. Se acordaba de España. Antes de que naciera Rudy. La fosforescencia, ese verdoso azulado. Muy buenas para el cerebro.

Desde la esquina de la casa Butler esquina al monumento echó un vistazo al Bachelor's Walk. La hija de Dedalus allá aún ante la sala de subastas de Dillon. Debe de estar liquidando algunos muebles viejos. La reconocí en seguida porque tiene los ojos del padre. Barzoneando mientras le espera. El hogar se desmorona cuando la madre falta. Quince hijos tuvo el hombre. Un nacimiento por año casi. Eso es parte de su teología o el sacerdote no le da a la pobre mujer la confesión, la absolución. Creced y multiplicaos. ¿Se habrá oído alguna vez algo parecido? Comen tanto que no hay pan para tanta boca. Ellos sin embargo no tienen familias que alimentar. Viviendo de lo más pingüe de la tierra. Sus fresqueras y despensas. Me gustaría verles guardando el ayuno penoso del Yom Kippur. Monas de Pascua. Una comida y una colación por miedo a que se desmaye en el altar. Ama de llaves de uno de esos tipos si se la pudiera sonsacar. No se la puede sonsacar nunca. Como sacarle pamé a él. Se las apaña bien. Nada de invitados. Todo para menda. Mirándose el ombligo. Tráigase su pan y vino. Su Reverencia: punto en boca.

Dios Santo, el vestido de esa pobre niña está andrajoso. Desnutrida parece también. Patatas con margarina, marganna con patatas. Es después cuando se resienten. Cuando le ven las orejas al lobo. Arruina la salud.

Apenas había puesto el pie en el puente de O'Connell cuando un bejín de humo empenachó el parapeto. Gabarra de la cervecera con cerveza negra de exportación. Inglaterra. El aire del mar la marea, he oído. Sería interesante algún día conseguir un pase a través de Hancock para ver la cervecera. Un mundo en miniatura. Barricas de cerveza negra maravilloso. Las ratas se meten también. Beben hasta que se les hincha la barriga tanto como un collie flotando. Borrachas como cubas con la cerveza negra. Beben hasta que la vomitan otra vez como machos. ¡Imagínate bebiendo eso! Barrigas: barricas. Bueno, claro que si supiéramos todas las cosas.

Al mirar hacia abajo vio aleteando con fuerza, revoloteando alrededor de los desolados muros del muelle, unas gaviotas. Tiempo borrascoso fuera. ¿Y si me tirara? El hilo de

Reuben J. tuvo que tragar una buena panzada de esas aguas residuales. Un chelín y ocho peniques de más. Ummm. Es la manera tan graciosa con la que cuenta las cosas. Sabe contar una historia además.

Revolotearon más bajo. Buscan manduca. Esperad.

Les tiró una bola de papel arrugado. Elías tremtaidós pies por segun vuel. En absoluto. La bola ondeó ignorada en la estela del oleaje, flotó por debajo entre los pilares del puente. No son tan rematadamente tontas. También el día que tiré aquel pastel rancio desde el Erin's King lo recogieron en la estela a cincuenta yardas por la popa. Viven de su ingenio. Revolotearon, aleteando.

La hambrienta y famelica gaviota
aletea sobre aguas de arlota.

Así es como escriben los poetas, los sonidos similares. Y sin embargo Shakespeare no tiene rimas: verso blanco. El fluir del lenguaje es lo que es. Los pensamientos. Solemnes.

Hamlet, soy el alma de tu padre
condenado por un tiempo a vagar a través de la tierra.

—¡Dos manzanas a penique! ¡Dos por un penique!

Su mirada pasó por las glaseadas manzanas alineadas en el puesto. Australianas deben de ser en esta época del año. Piel brillante: las lustra con un trapo o un pañuelo.

Espera. Esos pobres pájaros.

Se detuvo otra vez y le compró a la vieja de las manzanas dos pastelillos de Banbury por un penique y rompió la quebradiza molla y tiró los fragmentos al Liffey. ¿Lo véis? Las gaviotas se abalanzaron silenciosamente, dos, luego todas cada una desde su altura, calando sobre la presa. Ha desaparecido. Hasta el último bocado. Dándose cuenta de su voracidad y astucia se sacudió las migajas polvorosas de las manos. Eso sí que no se lo esperaban. Maná. Se alimentan de peces, carnes de pescado es lo que tienen, todas las aves marinas, gaviotas, colimbos. Los cisnes del Anna Liffey nadan hasta aquí abajo a veces para atildarse con el pico las plumas. Sobre gustos no hay nada escrito. A saber de qué clase es la carne de cisne. Robinsón Crusoe tuvo que alimentarse de ellos.

Dieron vueltas en el aire aleteando débilmente. No voy a tirar nada más. Un penique es suficiente. Por las muchas gracias que recibo. Ni siquiera un graznido. Propagan la fiebre aftosa además. Si cebas un pavo digamos con harina de castañas sabe a eso. Comes cerdo a cerdo. ¿Pero entonces por qué los peces de agua salada no están salados? ¿Por qué es eso?

Sus ojos buscaron respuesta en el río y vieron una barca de remos anclada mecer en el melado oleaje el maderamen emplastado.

Casa Kino
11/- chelines
Pantalones

Buena idea es ésa. Me pregunto si le paga arbitrios a la corporación municipal. ¿Cómo se puede ser propietario del agua en realidad? Siempre fluyendo en el fluir, nunca es la misma, que en el fluir de la vida rastreamos. Porque la vida es un fluir. Cualquier sitio es bueno para un anuncio. Aquel charlatán matasanos de expurgaciones solía estar pegado en todos los urinarios. No se le ve ahora. Reserva absoluta. Dr. Hy Franks. No le costaba una chica como a Maginni el profesor de baile él mismo anunciándose. Se buscó a unos tipos que se los pegaran o los pegaría él mismo si vamos a eso fingiendo entrar a toda prisa a abrirle la jaula al pájaro. Pájaro que escapa. Justo el sitio además. PROHIBIDO FIJAR CARTELES. PROHIBIDO ‘PICHAR CARTEROS. Algún tío con unas buenas abrasándole.

¿Si él ...?

¡Oh!

¿Eh?

No .... No.

No, no. No lo creo. ¿Seguro que no lo haría?

No, no.

Mr. Bloom avanzó, levantando los ojos preocupados. No pienses más en ello. La una pasada. La bola del reloj en la capitanía del puerto abajo. Hora de Dunsink. Un librito fascinante ese de sir Robert Ball. Paralaje. Nunca lo entendí exactamente. Ahí va un

sacerdote. Podría preguntarle. Par es griego: paralelo, paralaje. Meten si acaso decía ella hasta que le expliqué lo de la transmigración. ¡Bah! ¡Chorradas!

Mr. Bloom sonrió bah chorradas a dos de las ventanas de capitanía del puerto. Tiene razón ella después de todo. Sólo palabras altisonantes para cosas ordinarias por lo del sonido. No es que digamos que ella sea precisamente ingeniosa. Puede incluso ser grosera. Soltaba lo que yo estaba pensando. Aun así, no sé. Solía decir que Ben Dollard tenía voz de bajete barrilete. Tiene las piernas cortas como barriles y se podría pensar que canta como desde dentro de un barril. No me digan que no es ingenioso. Le solían llamar el gran Big Ben. Ni la mitad de ingenioso que llamarle bajete barrilete. Apetito como el de un albatros. Se zampa un doble solomillo de vaca entero. Tipo con gran capacidad de almacenaje de cerveza Bass. Barril de cerveza Bass. ¿Ves? Todo encaja.

Una procesión de hombres-anuncio blancoemblusados desfilaba lentamente hacia él junto a la alcantarilla, con bandas escarlatas cruzándoles los tablones. Gangas. Como aquel sacerdote son ellos el de esta mañana: hemos pecado: hemos sufrido. Leyó las letras escarlatas en las cinco chisteras blancas: H.E.L.Y.S. Imprenta y papelería Wisdom Hely's. La Y que se había quedado atrás sacó un buen trozo de pan de debajo del tablón delantero, se atiborró la boca con él y masticó a la par que caminaba. Nuestra dieta básica. Tres chelines al día, por andar por las alcantarillas, calle tras calle. Lo justo para mantenerse en pie, pan y sopa boba. No son de Boyl: no, hombres de M'Glade. No atrae a la clientela además. Le sugerí un carro-escaparate transparente con dos chicas atractivas sentadas dentro escribiendo cartas, cuademos, sobres, papelsecante. Me apuesto que eso habría atrapado la atención. Chicas atractivas que escriben algo atraen las miradas de inmediato. Todo el mundo muriéndose por saber qué estará escribiendo. Se te paran veinte alrededor si té pones a mirar fijo al vacío. Meter las narices en el asunto. Las mujeres también. Curiosidad. Estatua de sal. No lo aceptó claro está porque no se le ocurrió a él primero. O el tintero que sugerí con una falsa mancha de celuloide negro. Sus ideas de anuncios como el pote Ciruelo debajo de las esquelas, sección de fiambres. No están chupados. ¿El qué? Nuestros sobres. Hola, Jones ¿dónde vas? No me puedo detener, Robinson, voy corriendo a adquirir *Kansell* el único borratinta de confianza, que lo venden en Hely S. A., Dame Street, 85. Menos mal que estoy fuera de ese follón, sí señor. Tarea endemoniada la de conseguir cobrar en aquellos conventos. Convento Tranquilla. Aquélla sí que era una monja agradable, con aquella cara tan dulce. El griñón le sentaba bien en la cabecita. ¿Hermana? ¿Hermana? Seguro que tuvo un desengaño amoroso se veía en sus ojos. Dificil hacer negocios con esa clase de mujer. La interrumpí en sus devociones aquella mañana. Pero tan contenta de comunicarse con el mundo exterior. Nuestro gran día, dijo ella. Fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Dulce nombre además: caramelo. Ella sabía que yo, creo que lo sabía por la manera en que. Si se hubiera casado habría sido distinta. Supongo que era verdad que andaban mal de dinero. Lo freían todo con la mejor mantequilla de todos modos. Nada de manteca para ellas. Tengo el corazón hecho polvo de comer pringue. Les gusta darse aires por dentro y por fuera. Molly probándola, con el velo hacia atrás. ¿Hermana? Pat Claffey, la hija del prestamista. Fue una monja dicen la que inventó el alambre de espino.

Cruzó Westmoreland Street cuando el apóstrofo S hubo pasado con penoso caminar. La tienda de bicicletas Rover. Las carreras son hoy. ¿Cuánto tiempo hace de eso? El año en que Phil Gilligan murió. Vivíamos en Lombard Street West. Espera: estaba en Thom. Conseguí el empleo en Wisdom Hely el año en que nos casamos. Seis años. Hace diez años: en el noventa y cuatro murió sí justo el gran incendio en Amott. Val Dillon era el alcalde. La cena de Glencree. El edil Robert O'Reilly que se echó el oporto en la sopa antes de que bajaran la bandera. Bertínbertito relamiéndose de honorable gusto. Ni se oía lo que tocaba la banda. Por lo que acabamos de recibir que el Señor nos haga. Milly era una criaturita entonces. Molly tenía aquel vestido griselefante con alamares. Traje sastre con botones forrados. No le gustaba porque me torcí el tobillo el día en que lo estrenó la merienda del coro en el Pandeazúcar. Como si aquello. El sombrero de copa del viejo Goodwin arreglado con una cosa pegajosa. Merienda para moscas también. Nunca más se ha puesto otro vestido como aquél. Le quedaba como anillo al dedo, hombros y caderas. Empezaba a estar bien oronda. Empanada de conejo comimos aquel día. La gente sin quitarle ojo.

Feliz. Más feliz entonces. Cuartito acogedor era aquél empapelado de rojo. De Dockrell, un chelín y nueve peniques la docena. La noche que le tocaba baño a Milly. Jabón americano compré: flor de saúco. Cosa especial el olor del agua de su baño. Qué graciosa estaba toda enjabonada. Bien proporcionada además. Ahora fotografía. El estudio de daguerrotipo del pobre papá del que me habló. Gusto heredado.

Camino siguiendo el bordillo.

El fluir de la vida. ¿Cómo se llamaba aquel tipo con pinta de cura que siempre miraba de reojo hacia su lado cuando pasaba? Ojos débiles, mujer. Paraba en casa de Citron Saint Kevin's Parade. Pen algo. ¿Pendennis? La memoria me está. ¿Pen ...? Claro que fue hace años. El ruido de los tranvías probablemente. Bueno, si él no se acordaba del nombre del capataz al que ve todos los días.

Bartell d'Arcy era el tenor, empezaba a ser conocido entonces. La acompañaba a casa después de los ensayos. Sujeto más engreído con las guías del bigote engomadas. Le dio aquella canción *Vientos que soplan del sur.*

Noche de ventoleras aquella que fui a recogerla tenía lugar una reunión de la logia por lo de los billetes de lotería después del concierto de Goodwin en el salón de banquetes o en el saloncito de roble de la mansión del alcalde. Él y yo detrás. Una hoja de la partitura se me voló de las manos contra los barrotes de la verja del instituto. Suerte que no. Una cosa así le estropea la noche a ella. El profesor Goodwin cogiéndola del brazo delante. De remos temblorosos, viejo borrachín. Sus últimos conciertos. Desde luego su última aparición en un escenario. Puede que durante meses o puede que nunca. La recuerdo riendo al viento, el sobrecuello del abrigo subido. En la esquina de Harcourt Road recuerdo aquella ráfaga. ¡Brrfu! Le subió las faldas y el boa casi sofoca al viejo Goodwin. Sí que se arrebolaba con el viento. Recuerdo cuando llegamos a casa atizando el fuego y friendo aquellos trozos de falda de cordero para su cena con la salsa Chutney que tanto le gustaba. Y el ron calentito con especias. La veía en el dormitorio desde el fogón desabrochándose la almilla del corsé: blanco.

Chasquido y suave plof hizo el corsé en la cama. Siempre caliente de ella. Siempre le gustaba quedarse suelta. Sentada allí después hasta cerca de las dos quitándose las horquillas. Milly arropadita en su camitita. Feliz. Feliz. Aquélla fue la noche .....

—Hola, Mr. Bloom ¿cómo está usted?

—Hola ¿cómo está usted, Mrs. Breen?

—Para qué quejarse. ¿Cómo le va a Molly ahora? No la veo desde hace siglos.

—Estupenda, dijo Mr. Bloom alegremente. Milly tiene un trabajo en Mullingar ¿sabe?

—¡Ande usted! ¿No es extraordinario?

—Sí. Con un fotógrafo de allí. Va viento en popa. ¿Cómo están todos sus retoños?

—Con buenas ganas de comer, dijo Mrs. Breen.

¿Cuántos tiene? Ningún otro a la vista.

—Va usted de negro, por lo que veo. ¿No habrá habido ninguna ...?

—No, dijo Mr. Bloom. Vengo de un entierro.

Me lo van a estar sacando todo el día, lo presiento. ¿Quién ha muerto, cuándo y de qué? Vuelve a aparecer como moneda falsa.

—Vaya por Dios, dijo Mrs. Breen. Espero que no fuera un pariente cercano.

Lo mismo me acompaña en el sentimiento.

—Dignam, dijo Mr. Bloom. Un antiguo amigo mío. Murió repentinamente, pobre hombre. Del corazón, creo. El entierro fue esta mañana.

Tu entierro es mañana
cuando pases por el centeno.
Tranlarintranlarín tantán
Tranlarintranlarín ...

—Triste perder antiguos amigos, dijeron los ojosdemujer de Mrs. Breen melancólicamente.

Bueno ya está bien de todo eso. Ahora: discretamente: el marido.

—¿Y su amo y señor?

Mrs. Breen alzó dos grandes ojos. No los ha perdido, aún los tiene de todas formas.

—¡Ay, no me diga! dijo. Es un bicho de cuidado. Ahí anda ahora con sus mamotretos de leyes buscando la legislación sobre difamación. Me va a matar de un disgusto. Espere que le enseñe.

Emanaciones calientes de cabeza de temera aderezada y el vaho de rollitos de hojaldre con mermelada recién homeados salieron en torrente de la pastelería Harrison. El efluvio pesado de mediodía le cosquilleó a Mr. Bloom en el gaznate. Si se quiere hacer buenos

pasteles, mantequilla, harina de la mejor, azúcar cande, o se notará con el té caliente. ¿O viene de ella? Un pilluelo descalzo de pie sobre la rejilla aspiraba los vapores. Mata el gusanillo del hambre de esa manera. ¿Es placer o dolor? Comida de a penique. Cuchillo y tenedor encadenados a la mesa.

Abre el bolso, cuero cuarteado. Alfiler de sombrero: deberían llevar una contera en esas cosas. Le pueden saltar un ojo a alguien en el tranvía. Rebuscando. Abierto. Dinero. Por favor coja uno. Al demonio si pierde una sola moneda de seispeniques. Arman la de Dios. El marido hecho un energúmeno. ¿Dónde están los diez chelines que te di el lunes? ¿No estarás alimentando a la familia de tu hermanito? Pañuelo sucio: frasco de medicamento. Pastilla fue lo que cayó. ¿Qué está...?

—Debe de haber luna nueva, dijo. Suele estar mal entonces. ¿Sabe usted lo que hizo anoche?

La mano dejó de rebuscar. Los ojos se clavaron en él, abiertos con alarma, sin embargo sonrientes.

—¿Qué? preguntó Mr. Bloom.

Déjala hablar. Mírala fijo a los ojos. Yo le creo. Confle en mí.

—Me despertó a media noche, dijo. Un sueño que había tenido, una pesadilla.

Indigesti.

—Decía que el as de espadas subía por las escaleras.

—¡El as de espadas! dijo Mr. Bloom.

Sacó una tarjeta postal doblada del bolso.

—Lea eso, dijo. La recibió esta mañana.

—¿Qué es esto? preguntó Mr. Bloom, cogiendo la tarjeta. ¿QT.C.?

—Q.T.C.: colgado, dijo ella. Alguien que la ha tomado con él. Muy poca vergüenza tiene el que sea.

—Desde luego que sí, dijo Mr. Bloom.

Cogió la tarjeta de nuevo, suspirando.

—Y ahora va a ir al despacho de Mr. Menton. Va a entablar un pleito por diez mil libras, dice.

Metió la tarjeta en el bolso revuelto y lo cerró con un chas seco.

El mismo vestido azul de estameña que tenía hace dos años, la lanilla decolorándose. Quedan atrás sus mejores días. Cabello a mechones por encima de las orejas. Y ese tocado sin gracia: tres uvas viejas para disimular. Indigencia elegante. Solía tener buen gusto vistiendo. Arrugas alrededor de la boca. Sólo un año o por ahí mayor que Molly.

Mira la ojeada que le ha echado esa mujer, al pasar. Cruel. El sexo ingrácil.

Siguió mirándola, refrenando tras la mirada su descontento. Desabrida sopa al curry cabeza de ternera rabo de buey. Yo tengo hambre también. Migas de pastel en el escudete del vestido: restos de harina azucarada pegada a la mejilla. Tarta de ruibarbo con generoso relleno, interior de fruta dulzona. Josie Powell era ella. En casa de Luke Doyle hace mucho tiempo. Dolphn's Barn, las charadas. Q.T.C.: colgado.

Cambiemos de tema.

—¿Ve usted alguna vez a Mrs. Beaufoy? preguntó Mr. Bloom.

—¿Mina Purefoy? dijo ella.

En Philip Beaufoy estaba pensando. Club de Amigos del Teatro. Matcham piensa a menudo en el golpe magistral. ¿Tiré de la cadena? Sí. El último acto.

—Sí.

—Acabo de acercarme en el camino de vuelta a ver si ya lo había tenido. Está en el hospital de parturientas de Holles Street. El Dr. Home le consiguió una cama. Lleva ya tres días con dolores.

—Vaya, dijo Mr. Bloom. Cuánto lo siento.

—Sí, dijo Mrs. Breen. Y una casa llena de críos esperándola. Es un parto muy dificil, me dijo la enfermera.

—Vaya, dijo Mr. Bloom.

Su grave mirada compasiva absorbió la noticia. La lengua chascó con compasión. ¡Dcs! ¡Dcs!

—Cuánto lo siento, dijo. ¡Pobre mujer! ¡Tres días! Es terrible.

Mrs. Breen asintió.

—La ingresaron con dolores el martes ...

Mr. Bloom le tocó el hueso de la risa delicadamente, advirtiéndola:

—¡Cuidado! Deje pasar a este hombre.

Una figura huesuda caminaba a zancadas a lo largo del bordillo desde el río mirando fijamente absorto la luz del sol a través de un cristal sujeto a un cordón grueso. Apretado como una capelina un sombrerete se le aferraba a la cabeza. Del brazo un guardapolvo doblado, un bastón y un paraguas se movían colgando tras su zancada.

—Mírelo, dijo Mr. Bloom. Siempre anda por fuera de las farolas. ¡Mire!

—¿Quien es si me permite la pregunta? indagó Mrs. Breen. ¿Está chiflado?

—Se llama Cashel Boyle O'Connor Fitzmaunce Tisdall Farrell, dijo Mr. Bloom sonriendo. ¡Mire!

—No se quejará por falta de nombres, dijo ella. Denis estará así un día de estos.

Se interrumpió repentinamente.

—Ahí está, dijo. Tengo que ir por él. Adiós. Déle recuerdos a Molly de mi parte, no lo olvide.

—Lo haré, dijo Mr. Bloom.

Se quedó mirándola cómo se escabullía por entre los viandantes en dirección al frontal de las tiendas. Denis Breen con raquítica levita y zapatos de lona azul salía arrastrando los pies de casa Harrison apretujando dos pesados tomos contra las costillas. Como suspiro que el viento se lleva. Así era en los viejos tiempos. Aguantó que le alcanzara sin sorprenderse y dirigió la barba gris apagada hacia ella, la mandíbula floja meneándose al ponerse a hablar engoladamente.

Meshuggah. Mal de la cocorota.

Mr. Bloom prosiguió tranquilamente, avistando por delante de él entre la luz del sol la apretada capelina, el bastónparaguasguardapolvo colgante. Tan chulo él. ¡Míralo! Ahí sale otra vez. Una forma de salir para delante. Y ese otro peludo pánfilo lunático con esa facha. Mal se lo tiene que estar haciendo pasar a ella.

QT.C.: colgado. Juraría que ése ha sido Alf Bergan o Richie Goulding. Lo escribió de guasa en la taberna Scotch me apostaría lo que fuera. Una vuelta por el despacho de Menton. Los ojos como ostras clavados en la tarjeta. Merienda de negros.

Pasó por delante del *Irish Times*. Puede haber otras respuestas esperando ahí dentro. Me gustaría contestar a todas. Buen sistema para criminales. Código. Almorzando ahora. El oficinista ese de las gafas no me conoce. Bah, déjalas ahí que críen. Ya es bastante atreverse con cuarentaicuatro de ellas. Se busca, señorita mecanógrafa dispuesta para ayudar a caballero en actividades literarias. Te llamé cariño travieso porque no me gusta ese otro mudo. Por favor dime qué quiere decir. Por favor dime qué perfume tu mujer. Dime quien hizo el mundo. La forma en que te saltan con esas preguntas. Y la otra Lizzie Twigg. Mi obra literaria ha tenido la suerte de recibir la aprobación del eminente poeta A. E. (Mr. Geo. Russell). No tiene tiempo de arreglarse el pelo tanto beber té aguado con un libro de poesía.

El mejor periódico con mucho para anuncios breves. Ha abarcado las provincias ahora. Cocinera y ama de llaves, cuisine excelente, hay muchacha interna. Se busca hombre dinámico para barra. Chica respetable (católica) desearía conseguir trabajo en frutería o tocinería. James Carlisle lo consiguió. Seis y medio por ciento de dividendos. Consiguió un gran negocio con las acciones de Coates. Con pies de plomo. Astuto y avaro escocés. Pelotilleras todas las noticias. Nuestra graciosa y popular virreina. Han comprado el *Irish Field* ahora. Lady Mountcashel totalmente recuperada de su sobreparto salió ayer a caballo con los perros de caza de la Ward Union en la caza del zorro de Rathoath. Zorro incomible. Furtivos además. El miedo inyecta jugos que lo hacen suficientemente tierno para ellos. Cabalga a horcajadas. Monta su caballo como un hombre. Cazadora en caballo poderoso. Nada de jamugas ni de grupera para ella, ni pensarlo. Primera en la partida y presente en la matanza. Fuertes como yeguas de cría algunas de esas mujeres amazonas.

Se pavonean por las caballerizas. Apuran una copa de brandy de un trago en un abrir y cerrar de ojos. La del Grosvenor esta mañana. Arriba con ella al coche: chischás. Ante muro de piedra o valla de cinco palos mete piernas a su montura. Creo que aquel conductor chato lo hizo a mala idea. ¿A quién se parecía ella? ¡Ah sí! A Mrs. Miriam Dandrade que me vendió sus viejos abrigos y ropa interior negra en el hotel Shelbourne. Divorciada de un hispanoamericano. Ni pestañeó porque yo los toqueteara. Como si yo fuera su tendedero. La vi en la fiesta del virrey cuando Stubbs el guardabosques me coló junto con Whelan el del Express. Recogiendo lo que desechaba la gente de categoría. Cena fría. La mayonesa que le eché a las ciruelas creyendo que era natillas. Los oídos debieron estarle zumbando durante semanas. Hay que ser un toro con ella. Cortesana de nacimiento. Nada de ocuparse de niños para ella, no gracias.

¡Pobre Mrs. Purefoy! Consorte metodista. Cordura en su locura. Almuerzo con bollo de azafrán y combinado de leche con soda en la granja escuela. Juventudes Cristianas. Comen con un cronómetro, treintaidós masticaciones por minuto. Y encima le crecían las chuletas. Se supone que está bien relacionado. Primo de Theodore el del Castillo de Dublín. Siempre hay un tonto en la familia. Y todos los años el mismo regalito. Lo vi delante del Three Jolly Topers desfilando sin sombrero y su chico mayor llevaba uno en una bolsa de la compra. Meones. ¡Pobrecilla! Luego teniendo que dar el pecho año tras año a cualquier hora de la noche. Egoístas que son esos de la liga antialcohol. Perro del hortelano. Sólo un terrón de azúcar en mi té, por favor.

Se encontraba en el cruce de Fleet Street. Descanso para el almuerzo. ¿Uno de seis peniques en casa Rowe? Tengo que buscar ese anuncio en la biblioteca nacional. Uno de ocho peniques en el Burton. Mejor. De paso.

Siguió andando dejando atrás casa Bolton en Westmoreland. Té. Té. Té. Me olvidé de darle un toque a Tom Kernan.

Sss. ¡Des, des, des! Tres días imagínate quejándose en la cama con un pañuelo empapado en vinagre en la frente, el vientre inflado. ¡Fu! ¡Horrendo simplemente! La cabeza del niño demasiado grande: fórceps. Doblado dentro de ella intentando abrirse camino al exterior a ciegas topetando con la cabeza, tentando el camino al exterior. A mí me mataría eso. Suerte que Molly despachó los suyos fácilmente. Deberían inventar algo para poner fin a eso. La vida con parto forzado. La idea del sueño crepuscular: a la reina Victoria le dieron eso. Nueve tuvo. Buena ponedora. La vieja que vivía en un zapato tuvo tantos hijos que. Supongamos que fuera tuberculoso. Es hora de que alguien piense en ello en vez de tanto cascar sobre qué pudo ser el pecho meditabundo de la plateada efulgencia. Naderías para mentes necias. No sería dificil tener grandes instituciones solucionar todo el asunto sin dolor de todos esos impuestos darle a cada recién nacido cinco libras a interés compuesto hasta los veintiuno cinco por ciento serían cien chelines y las dichosas cinco libras multiplicar por veinte sistema decimal animarían a la gente a guardar dinero ahorrarían ciento diez y un poco más en veintiún años tengo que hacer las cuentas sobre el papel vendría a ser una buena suma más de lo que se piensa.

No a los mortinatos claro está. Esos no están ni registrados. Trabajo en balde.

Gracioso espectáculo el de ellas dos juntas, con los vientres para fuera. Molly y Mrs. Moisel. Reunión de madres. La tisis se aleja durante ese tiempo, luego vuelve. Lo lisas que parecen de repente después. Ojos en paz. Un peso quitado de encima. La vieja Mrs. Thornton era un alma de Dios. Todos mis niños, decía. La cuchara de papilla en su boca antes de darles de comer. Ummm, qué rico está. Le aplastó la mano el hijo de Tom Wall. Su primer saludo al público. La cabeza como una calabaza de concurso. El cascarrabias del Dr. Murren. La gente llamándolos a todas horas. Por Dios, doctor. La mujer está con los dolores. Luego les hacen esperar meses para sus honorarios. Por asistencias a su mujer. Qué ingrata la gente. Médicos humanitarios, la mayoría.

Ante el enorme portalón del edificio del parlamento irlandés una bandada de palomos volaba. Holgorio después de las comidas. ¿Encima de quién lo hacemos? Yo escodo a ese tipo de negro. Ahí va. Allá va la buena suerte. Debe de hacer ilusión desde el aire. Apjohn, yo y Owen Goldberg encaramados a los árboles cerca de Goose Green haciendo el mono. El Caballa me llamaban.

Una patrulla de guardias salió de College Street, desfilando en fila india. Paso de la oca. Caras acaloradas de comer, cascos sudorosos, acariciando las porras. Después del rancho con una buena carga de sopa espesa bajo los cinturones. La suerte del policía es a menudo afortunada. Se separaron en grupos y se dispersaron, saludando, hacia sus rondas. Los han soltado a pastar. El mejor momento para atacar a uno en los postres. Un puñetazo en la

comida. Una patrulla de otros, desfilando irregularmente, rodeó la verja del Trinity camino de la comisaría. Rumbo al comedero. Listos para enfrentarse a la caballería. Listos para enfrentarse a la sopa. Cruzó bajo el pícaro dedo de Tommy Moore. Hicieron bien al ponerlo en los urinarios: confluencia de aguas. Debería haber lugares para las mujeres. Entran corriendo en una pastelería. Voy a colocarme bien el sombrero. *No hay en todo este ancho mundo un vaalle.* Canción formidable la de Julia Morkan. Conservó la voz hasta el final. Discípula de Michael Balfe ¿no fue así?

Siguió con la mirada fija la última casaca de paño. Se las tienen que ver con clientes peligrosos. Jack Power podría más de una historia contar: el padre uno de la pasma. Si un fulano les da guerra cuando le echan el guante le dan de lo lindo en la trena. No se les puede culpar después de todo con el trabajo que tienen especialmente con los galochines. Aquel policía a caballo el día en que le dieron a Joe Chamberlain el título en Trinity ése sí que dio leña. ¡Palabra que sí! Los cascos del caballo chacoloteando detrás nuestro por Abbey Street abajo. Suerte que tuve la sangre fría de meterme en la taberna Manning o hubiera ido aviado. Sí que venía zurrando, caray. Se tuvo que haber roto la crisma en el adoquinado. No debí haberme dejado llevar por aquellos medicinantes. Y los novatos del Trinity con los birretes. Buscando pelea. Aun así conocí a aquel joven Dixon que me trató la picadura en el Mater y ahora está en Holles Street donde Mrs. Purefoy. Engranaje complicado. El silbato de la policía aún en los oídos. Todos se largaron. Por qué la tomó conmigo. Bajo arresto. Justo aquí mismo empezó todo.

—¡Vivan los bóers!

—¡Tres hurras por De Wet!

—Colgaremos a Joe Chamberlain del palo mayor.

Como cabras: partida de cachorros voceando hasta desgañitarse. Vinegar Hill. La banda de los Lecheros. En unos cuantos años la mitad de ellos magistrados y funcionarios. Llega la guerra: al ejército pitando: los mismos que solían. Aunque sea en lo alto del patíbulo.

Nunca se sabe con quién estás hablando. A ese Kelleher Copetón el espía le sale por la cara. Como aquel Peter o Denis o james Carey que dio el chivatazo sobre los invencibles. Miembro de la corporación municipal además. Instando a jovencitos imberbes a hurgar en busca de cualquier información siempre en la nómina del servicio secreto del Castillo. Lo dejaron en la estacada. Por eso los policías de paisano siempre andan rondando a las tatas. Fácilmente se huele a un hombre acostumbrado a uniformes. Pelando la pava en el portal de atrás. Achucharla un poco. Luego lo que caiga. ¿Y quién es el caballero que hace las visitas? ¿Decía algo el señorito? Tom el fisgón. Cimbel. Joven estudiante ardiente tonteando alrededor de sus gordos brazos que planchan.

—Son tuyas, Mary?

—Yo no me pongo esas cosas ..... Quieto o se lo digo a la señora. Por ahí toda la noche.

—Se acercan tiempos magníficos, Mary. Ya verás.

—A la porra con sus tiempos magníficos.

Camareras también. Estanqueras.

La idea de James Stephen fue la mejor. Él los conocía. Círculos de diez para que nadie pudiera chivarse más que de su propio grupo. Sinn Fein. Si abandonas te apuñalan. Mano secreta. Te quedas. El pelotón de fusilamiento. La hija del carcelero lo sacó de Richmond, partió desde Lusk. Hospedándose en el hotel Buckingham Palace en sus propias narices. Garibaldi.

Se debe tener una fascinación especial: Parnell. Arthur Griffith es un hombre honrado pero no tiene encanto para las masas. Ni labia para alabar nuestra hermosa tierra. Charlatanería. Salón de té de la Compañía Panificadora de Dublín. Asociaciones de debates. Que el republicanismo es la mejor forma de gobierno. Que la cuestión de la lengua debiera preceder a la cuestión económica. Hagan que sus hijas los engatusen hasta casa. Atibórrenlos de comer y beber. El ganso por San Miguel. Aquí tiene un buen trozo de relleno al tomillo bajo la pechuga. Tome otro cucharón de grasa de ganso antes de que se enfile. Entusiastas a medio comer. Un bollo de a penique y de paseo con la banda. No hay perdón para el trinchador. Pensar que es otro el que paga hace la salsa la mejor del mundo. Se instalan como si estuvieran en casa. A ver esos albaricoques, queriendo decir melocotones. Ese día no tan lejano. Sol de autonomía elevándose por el noroeste.

La sonrisa se le borró mientras caminaba, una nube plomiza cubrió el sol lentamente, sombreando el arrogante frontispicio del Trinity. Tranvías que se cruzan en todas

direcciones, para el centro, para las afueras, tañendo. Palabras inútiles. Las cosas siguen igual, día tras día: patrullas de policía salen, vuelven: tranvías entran, salen. Esos dos majaretas haraganeando. Dignam con los pies por delante. Mina Purefoy vientre inflado en una cama quedándose para que le saquen el niño a tirones. Uno que nace cada segundo en algún sitio. Otro que muere cada segundo. Desde que les eché de comer a los pájaros cinco minutos. Trescientos han estirado la pata. Otros trescientos nacidos, lavándoles la sangre, todos están lavados con la sangre del cordero, berreando maaaaaa.

Ciudad entera que muere, otra ciudad entera que llega, muere también: otra que aparece, que acaba. Casas, filas de casas, calles, millas de pavimento, ladrillos apilados, piedras. Cambian de mano. Este propietario, ése. El dueño nunca muere dicen. Otro se mete en su pellejo cuando a él le llega el desahucio. Compran el sitio con oro y aún siguen teniendo todo el oro. Timo en alguna parte. Apiladas en ciudades, desgastadas siglo tras siglo. Pirámides en la arena. Construidas a costa de pan y cebollas. Muralla china de esclavos. Babilonia. Grandes piedras que permanecen. Torres circulares. El resto ruinas, barrios que se extienden, chapuzas. Casascolmena de Kerwan construcciones de papel. Cobertizo, para la noche.

Nadie vale nada.

Ésta es la peor hora del día. Vitalidad. Apagado, tristón: odio esta hora. Siento como si me hubieran comido y vomitado.

Casa del rector. El reverendo Dr. Salmon: salmón en conserva. Bien conservado ahí dentro. Como una capilla mortuoria. No viviría ahí por nada del mundo. Espero que tengan hígado con panceta hoy. La naturaleza aborrece el vacío.

El sol se liberó lentamente y encendió chispas de luz en la plata del escaparate de enfrente de Walter Sexton por donde pasaba John Howard Pamell, sin ver.

Ahí va: el hermano. La viva estampa de él. Cara inolvidable. Y eso sí que es una coincidencia. Claro que cientos de veces piensas en una persona y no te la encuentras. Como alguien andando en sueños. Nadie le conoce. Debe de haber una reunión de la corporación municipal hoy. Dicen que nunca se ha puesto el uniforme de oficial del ayuntamiento desde que le dieron el cargo. Charley Kavanagh solía salir todo empingorotado, sombrero de tres picos, hinchado, empolvado y afeitado. Mira qué andares de alma en pena lleva. Debe de andar flojo de tripas. Fantasma con ojos escalfados. Tengo una pena. El hermano del gran hombre: el hermano de su hermano. Tendría buena planta en el alfana de la ciudad. Se deja caer por la C. P. D. probablemente para tomar café, jugar al ajedrez allí. Su hermano utilizaba a los hombres como peones. Que los parta un rayo. Miedo de hacer ningún comentario sobre él. Los hiela con esa mirada que tiene. Esa es la fascinación: el nombre. Todos un poco tocados. Fanny la loca y la otra hermana de él Mrs. Dickinson en carruaje por ahí con arreos escarlata. Bien erguido como el cirujano M'Ardle. Aun así David Sheehy le ganó la partida electoral por South Meath. Solicitar los Chiltem Hundreds, dejar el parlamento y te retiras a la función pública. El banquete del patriota. Comiendo cáscaras de naranjas en el parque. Simon Dedalus dijo cuando lo metieron en el parlamento que Pamell tomaría de la sepultura y lo sacaría de la cámara de los comunes por el brazo.

—Del pulpo bicéfalo, una de cuyas cabezas es la cabeza en la que los extremos del mundo han olvidado encontrarse mientras que la otra habla con acento escocés. Los tentáculos ....

Desde atrás tomaron la delantera a Mr. Bloom por el bordillo. Barba y bicicleta. Jovencita.

Y por ahí va también él. Pues eso sí que es una verdadera coincidencia: por segunda vez. Acontecimientos que derraman sus sombras antes. Con el consentimiento del eminente poeta, Mr. Geo. Russell. Ésa puede ser Lizzie Twigg con él. A. E.: ¿qué quiere decir eso? Iniciales quizá. Albert Edward, Arthur Edmund, Alphonsus Eb Ed El "Esquire". ¿Qué decía él? Los extremos del mundo con acento escocés. Tentáculos: pulpo. Algo oculto: simbolismo. Él disertando pomposamente. Ella empapándoselo todo. No dice ni palabra. Para ayudar a caballero en actividades literarias.

Sus ojos siguieron a la figura encumbrada vestida con tosco traje, barba y bicicleta, una mujer escuchando a su lado. Vienen del restaurante vegetariano. Sólo hierbajos y fruta. No te comas un bistec. Si te lo comes los ojos de la vaca te perseguirán por toda la eternidad. Dicen que es más sano. Acuosoflatoso sin embargo. Lo tengo probado. Te tiene corriendo todo el día. Tan malo como cagalera de vaca. Sueños toda la noche. ¿Por qué llamarán a esa cosa que me dieron filete de nuez? Nuezananos. Frutananos. Para que te hagas la idea

de que te comes un filete de lomo. Absurdo. Salado además. Cocinan con bicarbonato. Te tiene de imaginaria toda la noche.

Lleva las medias flojas por los tobillos. Detesto eso: tan falto de gusto. Esas gentes literarias etéreas que son todas ellas. Soñadores, en las nubes, simbolísticos. Estetas es lo que son. No me sorprendería que fuera ese tipo de comida ya ves que produce las como olas del cerebro lo poético. Por ejemplo a uno de esos policías sudando cocido irlandés a través de las camisas no se le podría sacar ni un solo verso. No saben ni lo que es poesía siquiera. Hay que tener una cierta disposición.

En las nubes la soñadora gaviota
ondea sobre aguas de arlota.

Cruzó por la esquina de Nassau Street y se paró delante del escaparate de Yeates e Hijo, calculando el precio de los prismáticos. ¿O me dejo caer por donde el viejo Harris y charlo con el joven Sinclair? Tipo educado. Seguramente almorzando. Tengo que llevar mis viejos prismáticos a arreglar. Lentes Goerz seis guineas. Los alemanes abriéndose camino por todas partes. Venden con facilidades para atrapar el mercado. Malvendiendo. Podría con suerte encontrar un par en la oficina de objetos perdidos de los ferrocarriles. Asombroso las cosas que la gente se olvida en los trenes y en consigna. ¿En qué estarán pensando? Las mujeres también. Increíble. El año pasado en el viaje a Ennis tuve que recoger el bolso de la hija de aquel granjero y dárselo en el empalme de Limenck. Dinero sin reclamar también. Hay un pequeño reloj allá arriba en el tejado del banco para probar esos prismáticos.

Los párpados bajaron hasta los bordes inferiores de los iris. No lo veo. Si imaginas que está allí casi lo ves. No lo veo. Dio media vuelta y, de pie bajo los toldos, alargó la mano derecha con todo el brazo extendido hacia el sol. He querido probar eso a menudo. Sí: completamente. La punta del dedo meñique tapó el disco solar. Debe de ser el foco donde se cruzan los rayos. Si tuviera unos cristales negros. Interesante. Se hablaba mucho de esas manchas solares cuando estábamos en Lombard Street West. Mirando al cielo en el jardín de atrás. Son explosiones tremendas. Habrá un eclipse total este año: algún día del otoño.

Ahora que lo pienso esa bola cae a la hora de Greenwich. Es porque el reloj funciona por un cable eléctrico desde Dunsink. Tengo que ir allí algún primer sábado de mes. Si pudiera conseguir una carta de presentación para el profesor Joly o averiguar algo sobre su familia. Eso sería suficiente para: uno siempre se siente cumplimentado. Lisonja donde menos se lo espera uno. Noble orgulloso de descender de la amante de un rey. Su antepasada. Halaga a base de bien. Sumisión y acatamiento valen por ciento. No ir y descolgarse con lo que sabes que no debieras: ¿qué es paralaje? Acompañe a este caballero a la puerta.

Ah.

La mano bajó a su costado otra vez.

Nunca se sabe nada de eso. Pérdida de tiempo. Bolas de gas que giran, se cruzan unas con otras, avanzan. El mismo sonsonete de siempre. Gas: luego sólido: luego mundo: luego frío: luego concha muerta a la deriva, crocante helado, como ese crocante de piña. La luna. Debe de haber luna nueva, dijo ella. Creo que sí.

Siguió por delante de la maison Claire.

Espera. Luna llena fue la noche que estábamos el domingo hace quince días exactamente hay luna nueva. Bajando a pie a lo largo del Tolka. No estuvo mal para ser luna de Fairview. Ella tarareaba. La luna nueva de mayo radiante, amor. Él al otro lado de ella. Codo, brazo. Él. La la-ámpara de la luciérnaga reluciente, amor. Roce. Dedos. Preguntando. Respuesta. Sí.

Para. Para. Lo que fue fue. Tengo que.

Mr. Bloom, la respiración acelerada, andando más lentamente dejó atrás Adam Court.

Con un ca tranquilo estáte tranquilo alivio los ojos tomaron nota ésta es la calle aquí al mediodía de los hombros caídos de Bob Doran. En una de sus rondas anuales, dijo M'Coy. Beben para poder decir o hacer algo o *cherchez lafemme.* Allá arriba en el Coombe con arrapiezos y las que hacen la calle y luego el resto del año sobrio como un juez.

Sí. Me lo imaginaba. Escabulléndose por el Empire. Se fue. Agua de seltz sola le vendría bien. Donde Pat Kinsella tenía el Harp Theatre antes de que Whitbred regentara el Queen. Un bendito. El numerito de Dion Boucicault con su cara de lunallena y con diminuta gorra de mujer. Tres muchachas monas de la escuela. Cómo pasa el tiempo ¿eh? Enseñando unos pantalones rojos largos bajo las faldas. Bebedores, bebiendo, reían espurreando, aventando

bebidas. Más Power y salud, Pat. Rojo chillón: alegría para borrachos: carcajada y humo. Quítate ese sombrero blanco. Sus ojos arrebatados. ¿Dónde está ahora? De mendigo por algún lugar. El arpa que en otros tiempos nos mató de hambre a todos.

Yo era más feliz entonces. ¿O era ése yo? ¿O soy yo ahora yo? Veintiocho años tenía. Ella veintitrés. Cuando nos fuimos de Lombard Street West algo cambió. El hacerlo ya no fue lo mismo después de lo de Rudy. No se puede volver atrás en el tiempo. Como agarrar el agua con la mano. ¿Volverías atrás a aquel entonces? Estaba empezando entonces. ¿Volverías? ¿No eres feliz en tu casa pobre diablillo? Quiere coserme los botones. Tengo que contestar. La escribiré en la biblioteca.

Grafton Street vistosa con sus toldos empotrados le cautivó los sentidos. Muselinas estampadas, damas ensedadas y viudas de la nobleza, tintineo de arreos, ruido sordo de cascos en la abrasante calzada. Pies gruesos que tiene esa mujer de las medias blancas. Ojalá que la lluvia se las empuerque todas. Paleta pueblerina. Todas las elegantes patigordas estaban aquí. Siempre las hace a las mujeres torpes de andares. Molly parece que empieza a ponerse oronda.

Dejó atrás, entreteniéndose, los escaparates de Brown Thomas, sedería. Cascadas de cintas. Volátiles sedas de China. Una urna volcada derramaba por la boca un torrente de popelín color sangre: sangre lustrosa. Los hugonotes la trajeron aquí. *Lacaus esant tara tara.* Qué gran coro aquel. *Taree tara.* Hay que lavarlo con agua de lluvia. Meyerbeer. *Tara: bom bom bom.*

Acericos. Llevo mucho tiempo amenazando con comprar uno. Las pincha por todas partes. Agujas en las cortinas de la ventana.

Se destapó un poco el antebrazo izquierdo. Rasguño: se fue prácticamente. Hoy no de todas formas. Tengo que volver a por esa loción. Para su cumpleaños quizá. El ocho de juniojulioagoseptiembre. Faltan casi tres meses. Luego puede que no le guste. Las mujeres no recogen los alfileres. Dicen que evita el desamor.

Sedas rutilantes, enaguas en delgados rieles de latón, destellos de medias de seda en ringla.

Inútil volver. Tenía que ser. Cuéntamelo todo.

Voces atipladas. Seda cálida de sol. Arreos tintineantes. Todo para la mujer, hogar y casas, tejidos de seda, plata, exquisitas frutas suculentas de Jaffa. Agendath Netaim. Riqueza del mundo.

Una cálida carnosidad humana se le posó en el cerebro. Su cerebro se entregó. Un perfume de abrazos a todo él le envolvió. Con carnes hambreadas oscuramente, mudamente ansió adorar.

Duke Street. Aquí estamos. Tengo que comer. El Burton. Me encontraré mejor entonces.

Dobló la esquina de Combridge, perseguido aún. Tintineo, ruido sordo de cascos. Cuerpos perfumados, cálidos, plenos. Todos besados, se entregaban: en frondosos campos estivales, en la espesa hierba aplastada, en los rezumantes zaguanes de las casas de vecinos, en sofás, camas chimantes.

—¡Jack, amor!

—¡Cariño!

—¡Bésame, Reggy!

—¡Mi cielo!

—¡Amor!

Con el corazón trémulo empujó la puerta del restaurante Burton. La pestilencia se le agarró al aliento convulso: desabrido jugo de carne, agüilla de verduras. Vean comer a las fieras.

Hombres, hombres, hombres.

Encaramados en altos taburetes ante el mostrador, los sombreros echados hacia atrás, en las mesas pidiendo más pan de balde, tragando, zampando cachos de comida pastosa, ojos salientes, limpiándose los mostachos mojados. Un joven pálido carasebosa lustraba el vaso cuchara cuchillo y tenedor con la servilleta. Nueva batería de microbios. Un hombre con servilleta salsimanchada como si fuera un babero se echaba paladas de sopa barbotante gañote abajo. Un hombre que escupía la comida de vuelta en el plato: temilla medio mascada: encías: sin dientes para mastimastimasticarlo. Chuletón a la plancha.

Engullendo para acabar de una vez. Ojos tristes de ajumado. Ha mordido más de lo que puede masticar. ¿Soy yo así? Vemos como otros nos ven. Hombre hambrón hombre peleón. Trabajando con diente y mandíbula. ¡No sigas! ¡Ay! ¡Un hueso! Aquel último rey pagano de Irlanda Cormac el del poema del colegio se atragantó en Sletty hacia el sur del Boyne. A saber lo que estaría comiendo. Algo de chuparse los dedos. San Patricio lo convirtió al cristianismo. No se lo pudo tragar todo sin embargo.

—Rosbif con col.

—Un guisado.

Huele a hombres. Serrín ensalivado, humo de cigarrillo dulzón calentito, peste a andullo, cerveza vertida, meados acervezados de hombre, rancio de fermento.

Se le revolvieron las tripas.

No podría probar bocado aquí. Tipo afilando el cuchillo y tenedor para comerse todo lo que tiene delante, viejo hurgándose en los lumaderos. Ligero espasmo, lleno, rumiando. Antes y después. La bendición después de las comidas. Mira esta imagen y aquella otra. Arrebañando la salsa del guiso con tarugos de pan empapados. ¡Lámelo del plato, hombre! Salgamos de aquí.

Lanzó una mirada a los entaburetados y enmesados comilones alrededor, apretando las aletas de la nariz.

—Dos cervezas negras por aquí.

—Una de cecina con col.

Ese tipo atiborrándose de col con el cuchillo como si su vida dependiera de ello. Muy bien. Me pone enfermo mirarlo. Más seguro sería comer con las tres manos. Desgarra miembro a miembro. Como una segunda naturaleza en él. Nacido con un pan y un cuchillo bajo el brazo. Qué ingenioso, creo. O no. Lo del pan quiere decir haber nacido rico. Lo del cuchillo no. Pero entonces se pierde la alusión.

Un camarero con delantal mal ceñido recogía pegajosos platos estruendosos. Rock, el alguacil, de pie ante el mostrador sopló a la corona de espuma de su pichel. Salud: salpicó de amarillo al lado de su bota. Un comensal, con cuchillo y tenedor levantados, los codos en la mesa, listo para repetir miraba fijamente al montacargas más allá del manchado periódico doblado. Otro tipo le decía algo con la boca llena. Oyente afable. Charloteo de mesa. Len comímch en elm Bonco delm Unchster elm lunemch. ¿Jo? ¡No me digas, por todos los santos!

Mr. Bloom se llevó indecisamente dos dedos a los labios. Sus ojos decían:

Aquí no está. No le veo.

Fuera. No aguanto a comilones sucios.

Retrocedió hacia la puerta. Tomaré algo ligero en Davy Byme. Piscolabis. Me mantendrá. Tomé un buen desayuno.

—Asado con puré por aquí.

—Pinta de cerveza negra.

Cada uno a lo suyo, a brazo partido. Trago. Tajada. Trago. Comistrajo.

Salió a un aire más limpio y se volvió hacia Grafton Street. Comer o ser comido. ¡Matar! ¡Matar!

Supongamos esa cocina comunal dentro de unos años quizá. Todos trotando con escudillas y fiambreras para que se los llenen. Devorar el contenido en la calle. John Howard Pamell por ejemplo el rector del Trinity cada hijo de su madre no hablemos de los rectores ni del rector del Trinity mujeres y niños cocheros sacerdotes clérigos mariscales de campo arzobispos. Desde Ailesbury Road, Clyde Road, viviendas de artesanos, casa de beneficencia sindical de Dublín norte, el alcalde en su engalanada carroza, la vieja reina en una silla de ruedas. Tengo mi plato vacío. Usted primero con nuestra taza de la corporación. Como en la fuente de Sir Philip Crampton. Quítale los microbios restregando con el pañuelo. El siguiente les pone una nueva remesa con el suyo. El Padre O'Flynn los pondría en ridículo a todos. Habría broncas de todas maneras. Todo para Don Menda. Los niños se pelearían por las rebañaduras de la olla. Haría falta una sopera tan grande como Phoenix Park. Arponeando filetes y cuartos traseros. No aguanto a la gente toda a tu alrededor. *Table d hôte* del hotel City Anns lo llamaba ella. Sopa, plato fuerte y postre. No saber nunca de quiénes son las ideas que masticas. Luego ¿quién fregaría todos los platos

y tenedores? Puede que todos estemos alimentándonos de pastillas para entonces. Los dientes estropeándose más y más.

Después de todo tiene mucho a su favor ese fino sabor vegetariano de las cosas de la tierra el ajo claro está que apesta como los organilleros italianos fritos de cebolla champiñón trufa. Dolor para el animal también. Desplumar y vaciar aves. Miserables bestias allá en el matadero esperando que el hacha les parta el cráneo en dos. Mu. Pobres terneros temblorosos. Me. Tambaleantes inmaduros. Fritanga de ternera y berza. Cubos de matarifes asaduras bamboleantes. Trae acá ese pecho del gancho. Plop. Cabeza en carne viva y huesos ensangrentados. Ovejas desolladas de ojos vidriosos colgadas por las ancas, morros de ovejas en papeles ensangrentados moqueando gelatina en el serrín. Tapa y cordillas por todas partes. No me destroces esas piezas, chaval.

Sangre fresca caliente prescriben para la tisis. Siempre se necesita sangre. Insidiosa. Lambucearla humeante, espesamente azucarada. Fantasmas famélicos.

Ah, tengo hambre.

Entró en Davy Byme. Taberna digna. No charla. Invita a una copa de vez en cuando. Pero en año bisiesto una vez cada cuatro. Me hizo efectivo un talón una vez.

¿Qué tomo ahora? Sacó el reloj. Vamos a ver. ¿Cerveza con gaseosa?

—Hola, Bloom, dijo Napias Flynn desde su rincón.

—Hola, Flynn.

—¿Cómo van las cosas?

—De primera... A ver. Voy a tomar una copa de Borgoña Y... a ver.

Sardinas en los estantes. Casi se saborean con sólo mirarlas. ¿Emparedado? Cam-arón y sus descendientes se amostazaron y empanaron allí. Fiambres en pote. ¿Qué es el hogar sin fiambre en pote Ciruelo? Incompleto. ¡Qué anuncio más estúpido! Debajo de las esquelas lo pusieron. Todo en el mismo bombo. Fiambre de Dignam en pote. Los caníbales sí con arroz y limón. Misionero blanco demasiado salado. Como cerdo escabechado. Me figuro que el jefe consumirá las partes de honor. Deben de estar duras del ejercicio. Las esposas en fila atentas a las consecuencias. *Depura casta había un viejo negro perrengue. Que se comió o algo los algos del reverendo Mr. MacAndante.* Con él de felicidad repleto. Dios sabe qué mezcla. Redaños tripas rancias tráqueas retorcidas y picadas. Rompecabezas encontrar la carne. Casher. Nada de carne y leche juntas. Higiene era lo que lo llaman ahora. Ayuno Yom Kippur limpieza de primavera del interior. La paz y la guerra dependen de la digestión de algún individuo. Religiones. Pavos y gansos de Navidad. Matanza de inocentes. Comer beber y divertirse. Luego el servicio de urgencias atestado después. Cabezas vendadas. El queso lo digiere todo menos a sí mismo. Queso acárido.

—¿Tiene usted emparedados de queso?

—Sí, señor.

Me gustaría unas cuantas aceitunas también si las tuviera. Italianas prefiero. Una buena copa de Borgoña le quita a uno eso. Lubrificar. Una deliciosa ensalada, fresca como una lechuga, que Tom Keman sabe aliñar. Le sabe dar el toque. Aceite puro de oliva. Milly me sirvió aquella chuleta con una ramita de perejil. Coja una cebolla española. Dios creó el alimento, el diablo los cocineros. Cangrejos a la diabla.

—-¿La mujer bien?

—Muy bien, gracias .... Un emparedado de queso, pues. ¿Tiene Gorgonzola?

—Sí, señor.

Napias Flynn le dio un sorbo al grog.

—¿Tiene algún concierto entre manos?

Mírale la boca. Podría silbarse en su propio oído. Orejas para echarse a volar, a juego. Música. Entiende tanto de ello como el tartanero. Aun así será mejor contárselo. No hace ningún daño. Anuncio gratis.

—La han contratado para una gira para finales de este mes. Quizá lo haya oído ya.

—No. Vaya, eso está de perlas. ¿Quién monta el tinglado? El camarero sirvió.

—¿Cuánto es eso?

—Siete peniques, señor .... Gracias, señor.

Mr. Bloom cortó el emparedado en tiras delgadas. *Mr. MacAndante*. Más fácil que esa cosa cremosa de ensueño. *Sus quinientas esposas. Se divirtieron gustosas.*

—¿Mostaza, señor?

—Gracias.

Fue colocando debajo de cada tira levantada unos burujos amarillos. Gustosas. Ya lo tengo. *Crecía más y más y más empero.*

—-¿Quién lo monta? dijo. Bueno, la idea es como de una compañía, comprende. Van a partes iguales en gastos y beneficios.

—Ah, sí, ya recuerdo, dijo Napias Flynn, metiéndose la mano en el bolsillo para rascarse la ingle. ¿Quién era el que me lo dijo? ¿No anda Boylan Botero mezclado en todo esto?

Un sacudión cálido de aireabrasador de mostaza dentelleó el corazón de Mr. Bloom. Alzó los ojos y se encontró con la mirada fija de un bilioso reloj. Las dos. Reloj de taberna cinco minutos adelantado. Tiempo avanza. Las manecillas se mueven. Las dos. Aún no.

La boca del estómago anheló entonces hacia arriba, se le hundió en el interior, anheló más largamente, anhelantemente.

Vino.

Olibebió a sorbos el jugo cordial y, apremiando a la garganta vehementemente a que aligerara, posó la copa de vino delicadamente.

—Sí, dijo. Es el organizador de hecho.

Tranquilo: donde no hay mollera no hay sesera.

Napias Flynn sorbió y se rascó. La pulga se está dando un banquete.

—Qué chamba tuvo, me estaba contando Jack Mooney, con aquel combate de boxeo que ganó Myler Keogh otra vez al soldado del cuartel de Portobello. Vaya por Dios, se llevó a ese renacuajo a County Carlow me estaba contando ...

Espero que esa gota de rocío no le caiga en el vaso. No, la ha sorbido.

—Cerca de un mes, fijese, antes de que terminara. Zurrando la badana por Dios hasta nuevo aviso. Para mantenerlo lejos del trinquis ¿comprende? Dios, Botero es un tío avispado.

Davy Byme se acercó de detrás de la barra en mangas de camisa alforzadas, limpiándose los labios con dos pasadas de la servilleta. Rojo como arenque. Cuya sonrisa juega sobre cada rasgo con tal y tal repleta. Demasiada grasa en las pastinacas.

—Y aquí está él en persona y en forma, dijo Napias Flynn. ¿Nos puede dar una pista para la Copa de Oro?

—Me he apartado de eso, Mr. Flynn, contestó Davy Byme. Nunca apuesto nada a los caballos.

—Tiene razón en eso, dijo Napias Flynn.

Mr. Bloom se comió sus tiras de emparedado, pan reciente limpio, con un sabor de asco mostaza desabrida, el dejo a pies del queso verde. Sorbos del vino le calmaron el paladar. No lleva palo de campeche. Tiene un gusto más intenso con este tiempo no frío.

Qué bar más tranquilo. Qué pedazo de madera la de ese mostrador. Qué bien cepillado. Me gusta la forma en que se curva ahí.

—Yo no haría absolutamente nada en ese sentido, dijo Davy Byme. Ha arruinado a más de uno, los caballos.

Apuestas de vinateros. Con licencia para la venta de cerveza, vino y licores a consumir en el local. Cara yo gano cruz tú pierdes.

—Tiene toda la razón, dijo Napias Flynn. A no ser que se esté en el ajo. No hay ningún juego limpio hoy día. Lenehan consigue algunas buenas. Hoy está dando a Cetro como seguro. Zinfandel es el favorito, de Lord Howard de Walden, ganó en Epsom. Morny Cannon lo monta. Yo podría haber conseguido siete a uno contra Saint Amant hace quince días.

—¿De veras? dijo Davy Byme.

Fue hacia la ventana y, cogiendo el libro de caja, examinó las páginas.

—De verdad, se lo juro, dijo Napias Flynn, sorbiendo. Aquello sí que era un caballo. Saint

Frusquin fue el semental. Ganó en medio de una tormenta, la potra de Rothschild, con rellenos en los oídos. Chaqueta azul y gorra amarilla. Mala suerte para el gran Big Ben Dollard y su John O'Gaunt. Él me aconsejó dejarlo. Sí.

Bebió resignadamente de su vaso, pasando los dedos por las estrías.

—Sí, dijo, suspirando.

Mr. Bloom, tascando, de pie, contempló su suspiro. Napias majadero. ¿Le digo lo del caballo ese que Lenehan? Ya lo sabe. Mejor que lo olvide. Irá y perderá aún más. Mal se dan los dineros y el bobalicón. Otra gota de rocío que le cae. Nariz fría debe de tener cuando bese a una mujer. Aun así puede que les guste. Las barbas que pinchan les gusta. Las narices frías de los perros. La vieja Mrs. Riordan con el Skyeterrier que le sonaban las tripas en el hotel City Arms. Molly haciéndole carantoñas en el regazo. ¡Ay, qué perritoguauguauguay más grande!

El vino empapó y ablandó la miga apiñada de pan mostaza un momento queso empachoso. Agradable vino este. Lo paladeo mejor porque no tengo sed. Al baño claro está es debido. Nada más que un bocado o dos. Luego alrededor de las seis puedo. Seis. Seis. El tiempo habrá pasado entonces. Ella.

Un suave fuego de vino prendió en sus venas. Tenía tantas ganas. Me sentía tan deshecho. Los ojos desganadamente vieron estantes de latas: sardinas, pinzas de langostas llamativas. La cantidad de cosas extrañas que la gente elige para comer. De las conchas, bígaros con un alfiler, de los árboles, caracoles de la tierra comen los franceses, del mar con cebo en el anzuelo. Los peces tontuelos no aprenden nada en un millar de años. Si no lo conoces hay que tener cuidado con lo que te metes en la boca. Bayas venenosas. Marjoletos. La redondez crees que es buena. Los colores llamativos te previenen en contra. Uno se lo dijo a otro y así sucesivamente. Probarlo con el perro primero. Guiado por el olor o el aspecto. Fruta tentadora. Cucuruchos de helado. Leche cremada. Instinto. Naranjales por ejemplo. Necesitan irrigación artificial. Bleibtreustrasse. Sí pero ¿y las ostras? Repugnantes como un cuajarón de flema. Conchas asquerosas. Cuesta Dios y ayuda abrirlas además. ¿Quién las descubrió? Basura, aguas residuales es lo que comen. Champán y ostras del banco Rojo. Influyen en lo sexual. Afrodisí. Él estuvo en el Banco Rojo esta mañana. Era él viejo pez ostras en la mesa quizá él carne joven en lecho no junio no tiene erre no se deben comer ostras. Pero hay gente a la que le gusta las cosas con olor fuerte. Caza pasada. Liebre en cazuela. Primero hazte con tu liebre. Los chinos comiendo huevos de hace cincuenta años, azules y verdes de nuevo. Comidas de treinta platos. Cada plato inocuo puede mezclarse dentro. Buena idea para una novela de misterio de envenenamientos. ¿Aquel archiduque Leopoldo fue no sí o fue Otto uno de los Habsburgos? ¿O quién era el que solía comerse la porquería de su propia cabeza? El almuerzo más barato de la ciudad. Por supuesto aristócratas, luego los otros lo copian para estar a la moda. Milly también petróleo y harina. La pasta cruda me gusta a mí también. La mitad de la captura de ostras la vuelven a tirar al mar para mantener los precios altos. Baratas nadie las compraría. Caviar. Darse aires. Vino blanco del Rin en copas verdes. Tragantona de fachenda. Lady mengana. Perlas en pechera empolvada. La *elite. Créme de la crème.* Piden platos especiales para aparentar que son. Ermitaño con una fuente de legumbres para calmar las punzadas de la carne. Para conocerme ven a comer conmigo. Esturión real el gobernador civil, Coffey, el camicero, con derecho a venados del bosque de su excelencia. Mandarle la mitad de la vaca. Menudo festín vi allá abajo en las cocinas del Registrador Mayor. *Chef* blanquiengorrado como un rabino. Pato flambeado. Col rizada *à la duchesse de Panme.* Mejor sería que lo escribieran en el menú para que sepas lo que has comido. Demasiados aderezos estropean el caldo. Lo se por experiencia. Lo adulteran con sopa desecada Edwards. Gansos cebados hasta reventarlos. Langostas cocidas vivas. Porr ffavor ttome un ppoco de peprdiz nnival. No me importaría ser camarero en un hotel de fachenda. Propinas, traje de etiqueta, señoras medio desnudas. ¿Puedo sugerirle un poco más de lenguado fileteado muy limonado, Miss Dubedat? Sí ¡qué amabilidat! Y lo tomó por amabilidat. Nombre hugonote me figuro. Una tal Miss Dubedat vivió en Killiney, lo recuerdo. *Du de la* francés. Aun así es el mismo pescado quizá al que el viejo Micky Hanlon de Moore Street le sacó las tripas haciéndose rico poco a poco el dedo en las agallas del pescado no sabe ni firmar un talón se diría que estuviera pintando el paisaje con la boca torcida. Mi¡ichael A Ache Ha tan zopenco como un borrico, y vale lo que pesa en oro.

Pegadas al cristal dos moscas zumbaban, pegadas.

Vino chispeante se rezagaba en el paladar tragado. Estrujando en el trujal las uvas de Borgoña. Es por el calor del sol. Es como si una mano secreta me señalara viejos recuerdos. Señalado sus sentidos recordaron humedecidos. Escondidos bajo helechos

silvestres en Howth allá abajo la bahía adormecida: cielo. Ni un ruido. El cielo. La bahía púrpura por el Promontorio del León. Verde por Drumleck. Amarilloverdosa hacia Sutton. Campos bajo el mar, las líneas marrón tenue en la hierba, ciudades sepultadas. Almohadillado en mi americana tenía ella el cabello, las tijeretas del brezo luden mi mano bajo su nuca, me vas a poner perdida. ¡Oh maravilla! Fresca suave de ungüentos su mano me tocó, acarició: sus ojos fijos en mí no se desviaron. Embelesado sobre ella yací, labios carnosos bien abiertos, besé su boca. Mmn. Suavemente me pasó a la boca la torta de alcaravea cálida y masticada. Pasta empachosa su boca había mamullado agridulce de su saliva. Gozo: lo comí: gozo. Vida joven, sus labios eso me dieron en piquito. Suaves cálidos pegajosos gominosos labios. Flores eran sus ojos, tómame, ojos ávidos. Cayeron guijarros. Ella yacía quieta. Una cabra. Nadie. En lo alto en los rododendros de Ben Howth una cabra andaba segura, soltando cagarrutas. Abrigada bajo helechos rió calidoestrechada. Salvajemente yací sobre ella, la besé: los ojos, sus labios, su cuello estirado que latía, pechos de mujer rebosantes en su blusa de gasa, pezones orondos erectos. Caliente la lamí. Ella me besó. Fui besado. Cediendo toda me encrespó el cabello. Besada, me besó.

A mí. Pero yo ahora.

Pegadas, las moscas zumbaban.

Sus ojos caídos siguieron el veteado silencioso de la tabla de roble. Belleza: se curva: curvas son belleza. Diosas bien formadas, Venus, Juno: curvas que el mundo admira. Se las puede ver en el museo de la biblioteca alzándose en el vestíbulo circular, diosas desnudas. Ayudas para la digestión. No les importa lo que el hombre mira. Para que todos lo vean. Sin hablar nunca. Quiero decir para tipos como Flynn. Supongamos que ella hiciera Pigmalión y Galatea ¿qué diría primero? ¡Mortal! Te pondría en tu sitio. Libando néctar en comensalía con dorados platos de dioses, todo ambrosía. No como los almuerzos de a perra gorda que tomamos, cordero hervido, zanahorias y nabos, botella de cerveza Allsop. Néctar imagínatelo bebiendo electricidad: alimento de dioses. Encantadoras formas de mujeres esculpidas a lo Juno. Inmortal encanto. Y nosotros atracándonos de comida por un agujero y echándolo por detrás: comida, quilo, sangre, estiércol, tierra, comida: hay que alimentarlo al igual que se carga una máquina. Ellas no tienen. No me he fijado. Me fijaré hoy. El celador no se dará cuenta. Me inclino y dejo caer algo. Miro a ver si ella.

Gota a gota un mensaje oculto de la vejiga llegaba a ir a hacer a no a hacer allí a hacer. Como hombre y presto apuró el vaso hasta las heces y caminó, hasta caballeros también se entregaron, caballerosamente conscientes, yacieron con caballeros amantes, un joven la gozó, hasta el patio.

Cuando el sonido de las botas hubo cesado Davy Byrne dijo desde su libro:

—¿Qué es ése? ¿No está en la rama de seguros?

—Hace tiempo que lo dejó, Napias Flynn dijo. Es agente de publicidad para el *Freeman.*

—Le conozco bastante de vista, dijo Davy Byrne. ¿Le ha ocurrido algo?

—¿Que si le ha ocurrido algo? dijo Napias Flynn. No que yo sepa. ¿Por qué?

—Me he fijado que va de luto.

—¿Ah sí? dijo Napias Flynn. Es verdad, por todos los santos. Le pregunté cómo iba todo en casa. Tiene razón, por Dios. Es verdad.

Yo nunca saco el tema, dijo Davy Byme humanamente, si veo que algún caballero está en ese tipo de apuros. Sólo se lo traes de nuevo a la memoria.

—La mujer no es desde luego, dijo Napias Flynn. Me lo encontré anteayer y él salía de esa vaquería irlandesa que la mujer de John Wyse Nolan tiene en Henry Street con un tarro de leche cremada en la mano que se lo llevaba a casa a su media naranja. La tiene alimentada, se lo digo yo. Piquitos de ruiseñor.

—¿Y trabaja para el *Freeman?* dijo Davy Byme.

Napias Flynn arrugó los labios.

—No compra la leche cremada con los anuncios que pesca por ahí. Puede apostar el pellejo.

—¿Y cómo es eso? preguntó Davy Byme, dejando el libro.

Napias Flynn hizo unas fintas veloces en el aire con dedos malabares. Guiñó el ojo.

—Está en la hermandad, dijo.

—¿No me diga? dijo Davy Byme.

—Tal como lo oye, dijo Napias Flynn. Orden antigua libre y reconocida. Es un hermano excelente. Luz, vida y amor, por Dios. Le arriman el hombro. Me lo dijo un — bueno, no voy a decir quién.

—¿Seguro?

—Ya, es una orden estupenda, dijo Napias Flynn. Están contigo cuando te va malamente. Conozco a un fulano que estuvo intentando entrar. Pero están más atrancados que Dios. Por todos los diablos hicieron bien con no dejar entrar a las mujeres.

Davy Byme sonnobostezoafirmó todo en uno.

—¡Eeeeeeshaaaaaaahh!

—Hubo una mujer, dijo Napias Flynn, que se escondió en un reloj para enterarse de lo que hacían. Pero la leche que se la olieron y la declararon allí mismo maestre masón. Pertenecía a los Saint Legers de Doneraile.

Davy Byrne, satisfecho después del bostezo, dijo con ojos mojados por las lágrimas:

—¿Y es eso cierto? Hombre tranquilo y honrado sí que es. A menudo lo he visto por aquí y nunca jamás lo vi — ya sabe, pasarse de la raya.

—No hay Dios que pueda emborracharlo, dijo Napias Flynn firmemente. Se quita de en medio cuando la juerga se pone demasiado al rojo. ¿No lo vio mirar el reloj? Ah, no estaba usted ahí. Si quieres que tome una copa lo primero que hace es sacar el reloj para ver qué debe pimplar. Por Dios que es así.

—Hay algunos así, dijo Davy Byrne. Es un tío sano, diría yo.

—No es mala persona, dijo Napias Flynn, sorbiéndoselas. Se sabe que echa una mano también para ayudarle a más de uno. A cada uno lo suyo. Ya lo creo, Bloom tiene su lado bueno. Pero hay algo que nunca haría.

La mano pintarrajeó una firma en seco al lado de su grog.

—Lo sé, dijo Davy Byme.

—Nada por escrito, dijo Napias Flynn.

Paddy Leonard y Lyons Gallito entraron. Tom Rochford los seguía con el ceño fruncido, una mano alisándose el chaleco burdeos.

—Buenas, Mr. Byme.

—Buenas, caballeros.

Se pararon ante el mostrador.

—¿Quién convida? preguntó Paddy Leonard.

—Yo convivo mejor o peor, contestó Napias Flynn.

—Bueno ¿qué va a ser? preguntó Paddy Leonard.

—Yo voy a tomar un vaso de quina, dijo Lyons Gallito.

—¿Pero cómo? exclamó Paddy Leonard. ¿Desde cuándo, por el amor de Dios? ¿Para usted qué, Tom?

—¿Cómo anda la cañería principal? preguntó Napias Flynn, dando un sorbo.

Por toda respuesta Tom Rochord se presionó el esternón con la mano e hipó.

—¿No le importaría darme un vaso de agua fresca, Mr. Byme? dijo.

—Por supuesto, señor.

Paddy Leonard ojeó a sus compañeros-bebedores de cerveza.

—Que Dios nos coja confesados, dijo. ¡Miren a lo que estoy invitando! ¡Agua fríá y gaseosa! Dos tipos que chuparían güisqui de una herida. Este guarda un jodido caballo en la manga para la Copa de Oro. Un soplo fetén.

—¿Hablamos de Zinfandel? preguntó Napias Flynn.

Tom Rochford dejó caer unos polvos de un papel doblado en el agua que le pusieron delante.

—Esta condenada dispepsia, dijo antes de beber.

—El bicarbonato viene muy bien, dijo Davy Byrne.

Tom Rochford asintió y bebió.

—¿Hablamos de Zinfandel?

—¡No diga nada! guiñó Lyons Gallito. Voy a apostar cinco chelines yo solito.

—Díganoslo si tiene lo que hay que tener y váyase al infierno, dijo Paddy Leonard. ¿Quién le dio el soplo?

Mr. Bloom camino de la salida levantó tres dedos en señal de saludo.

—¡Hasta la vista! dijo Napias Flynn.

Los otros se volvieron.

—Pues ése es el hombre que me lo dio, susurró Lyons Gallito.

—¡Puuff? dijo Paddy Leonard con desdén. Mr. Byme, por favor, tomaremos dos Jamesons de esos que usted tiene por ahí de los pequeños después de esto y un ....

—Vaso de quina, añadió Davy Byme cortésmente.

—Sí, dijo Paddy Leonard. Un biberón para el nene.

Mr. Bloom caminó hacia Dawson Street, pasándose la lengua por los dientes por igual. Algo verde sería: espinacas, digamos. Después con ese reflector de rayos Róntgen se podrían.

En Duke Lane un terrier zampón vomitaba un asqueroso devuelto grumoso en el adoquinado y lo lamía con nuevo ardor. Empacho. Devuelto y muchas gracias habiendo digerido completamente el contenido. Primero dulce luego sabroso. Mr. Bloom lo bordeó cautelosamente. Rumiantes. Su segundo plato. Mueven la mandíbula superior. A saber si Tom Rochford hará algo con ese invento suyo. Pérdida de tiempo explicárselo al lenguaraz de Flynn. Gente flaca lengua larga. Debería haber un pabellón o un lugar donde los inventores pudieran ir e inventar tranquilamente. Claro que entonces tendrías a todos los grillados dándote la lata.

Tarareó, prolongando en un eco solemne el final de los compases:

—Don Giovanni, a cenar teco

M'invitasti.

Me siento mejor. Borgoña. Buen reconstituyente. ¿Quién sería el primero en destilar? Alguien deprimido. La bebida levanta el ánimo. Ese semanario *Kilkenny People* en la biblioteca nacional tengo ahora que.

Pericos limpios destapados esperando en el escaparate de William Miller, fontanero, le hicieron volver atrás en sus pensamientos. Podrían: y observarlo todo el trayecto hasta abajo, te tragas un alfiler y a veces sale por las costillas años más tarde, recorrido por todo el cuerpo cambiando del conducto biliar bazo hígado saliendo a chorros jugos gástricos rollos de intestinos como tuberías. Pero el pobre mastuerzo tendría que permanecer todo el tiempo con las entrañas expuestas. La ciencia.

A cenar teco.

¿Qué querrá decir ese *teco?* Esta noche quizá.

—Don Giovanni, me habéis invitado

a venir a cenar esta noche,

tarán tarán tan.

No pega mucho.

Yaves: dos meses si consigo que Nannetti. Eso serían dos libras con diez unas dos libras y ocho chelines. Tres que me debe Hynes. Dos con once. El carromato de la fábrica de tintes Prescott allí. Si consigo el anuncio de Billy Prescott: dos con quince. Cinco guineas aproximadamente. Nadando en la abundancia.

Podría comprarle una de esas enaguas de seda a Molly, del color de las ligas nuevas.

Hoy. Hoy. No pensar.

Recorrido por el sur después. ¿Qué tal la costa inglesa? Brighton, Margate. Los espigones a la luz de la luna. Su voz flotando a lo lejos. Aquellas encantadoras chicas dula playa. Contra la pared de la taberna John Long un soñoliento zángano sestea sus pensamientos profundos, royéndose un nudillo costroso. Hombre para todo necesita trabajo. Jomal bajo. Comería cualquier cosa.

Mr. Bloom dobló delante del escaparate de Gray la confitera con tartas no despachadas y

dejó atrás la librería del reverendo Thomas Connellan. *Por qué dejé la iglesia de Roma.* Mujeres del Nido de pajarillos lo manejan. Se dice que solían darle sopa a los niños necesitados para que se convirtieran al protestantismo cuando la plaga de la patata. Asociación al otro lado de la calle a la que iba papá para la conversión de los pobres judíos. El mismo cebo. *Por qué délamos la iglesia de Roma.*

Un mozalbete ciego de pie bordoneaba el bordillo con su delgado bastón. Ningún tranvía a la vista. Quiere cruzar.

—¿Quiere usted cruzar? preguntó Mr. Bloom.

El mozalbete ciego no contestó. Su cara enjalbegada se frunció débilmente. Movió la cabeza indecisamente.

—Está usted en Dawson Street, dijo Mr. Bloom. Molesworth Street está enfrente. ¿Quiere cruzar? No hay ningún obstáculo.

El bastón se movió hacia fuera temblando a la izquierda. El ojo de Mr. Bloom siguió la dirección y volvió a ver el carromato de la fábrica de tintes estacionado delante de la barbería Drago. Donde vi su pelo brillantinado justo cuando yo iba a. Caballo cabizbajo. El cochero en el John Long. Apagando la sed.

—Hay un carromato ahí, dijo Mr. Bloom, pero está parado. Le ayudaré a cruzar. ¿Quiere ir a Molesworth Street?

—Sí, contestó el mozalbete. A South Fredenck Street.

—Vamos, dijo Mr. Bloom.

Tocó el delgado codo delicadamente: luego cogió la lacia mano vidente para guiarla adelante.

Dile algo. Será mejor no mostrarse condescendiente. Desconfían de lo que se les dice. Haz algún comentario corriente.

—No rompe a llover.

No hubo respuesta.

Manchas en la americana. Babea la comida, supongo. Reconocerá muy bien los sabores. Le tendrían que dar de comer con cuchara primero. Como la mano de un niño, su mano. Como era la de Milly. Sensible. Me está sopesando me atrevería a decir por la mano. A saber si tendrá nombre. El carromato. Mantengamos el bastón lejos de las patas del caballo: cansado esclavo que pueda echar una cabezada. Así está bien. Despejado. Del toro la trasera: del caballo la delantera.

—Gracias, señor.

Sabe que soy un hombre. La voz.

—¿Todo bien? La primera a la izquierda.

El mozalbete ciego bordoneó el bordillo y siguió su camino, tirando de nuevo de su bastón, siempre tentando.

Mr. Bloom caminó tras los pies sin ojos, un traje de corte anodino de espiga de tweed. ¡Pobre chico! ¿Cómo es posible que supiera que ese carromato estaba ahí? Debió de sentirlo. Ven las cosas con la frente quizá: como un sentido del volumen. El peso o el tamaño, algo más negro que la oscuridad. A saber si lo notaría si quitaran algo de en medio. Notaría un hueco. Rara opinión de Dublín debe de tener, abriéndose camino bordoneando por el adoquinado. ¿Andaría en línea recta si no tuviera ese bastón? Cara piadosa exánime como la de alguien que va para cura.

¡Penrose! Así se llamaba aquel fulano.

Mira cuántas cosas pueden aprender a hacer. Leer con los dedos. Afinar pianos. O nos sorprendemos que tengan caletre. Por qué pensamos que una persona deforme o un jorobado es agudo si dice algo que nosotros diríamos. Claro que los otros sentidos están más. Bordan. Trenzan cestos. La gente debería ayudar. Un costurero le podría comprar a Molly por su cumpleaños. Odia la costura. Podría sentirse ofendida. Hombres de la oscuridad los llaman.

El sentido del olfato debe de ser más fuerte también. Olores por todas partes, a montones. Cada calle un olor distinto. Cada persona también. Luego la primavera, el verano: olores. ¿Sabores? Dicen que no se puede paladear el vino con los ojos cerrados o cuando se está resfriado. También fumar en la oscuridad dicen que no da placer.

Y con una mujer, por ejemplo. Más desvergüenza sin ver. Esa chica que pasa por la institución Stewart, la cabeza erguida. Mírame. Los tengo bien puestos. Tiene que resultar raro no verla. Especie de forma en el ojo de su mente. La voz, temperaturas: cuando la toca con los dedos tiene por fuerza que ver las líneas, las curvas. Sus manos en el pelo de ella, pongamos por caso. Digamos que es negro, pongamos por caso. Bien. Llamémoslo negro. Luego pasando las manos por la piel blanca. Tacto diferente quizá. El tacto de lo blanco.

Estafeta de correos. Tengo que contestar. Qué faena hoy. Enviarle un giro postal de dos chelines, media corona. Acepta mi pequeño regalo. Papelería aquí mismo también. Espera. Piénsatelo.

Con un discreto dedo se palpó tan lentamente el pelo peinado hacia atrás por encima de las orejas. De nuevo. Fibras de fina fina paja. Luego discretamente el dedo palpó la piel de la mejilla derecha. Pelusilla también ahí. No suficientemente suave. El vientre es lo más suave. Nadie por aquí. Ahí va ése entrando en Frederick Street. Quizá al piano de la academia de baile de Levenston. Pudiera estar colocándome los tirantes.

Al pasar por la taberna Doran deslizó la mano entre el chaleco y los pantalones y, abriéndose delicadamente la camisa, palpó un pliegue flojo del vientre. Pero sé que es amarillo blancuzco. Hay que probarlo en la oscuridad para ver.

Retiró la mano y se arregló la ropa.

¡Pobre hombre! Casi un niño. Terrible. Verdaderamente terrible. ¿Qué sueños habrá de tener al no ver? La vida un sueño para él. ¿Dónde está la justicia de haber nacido así? Todas esas mujeres y niños en la excursión de placer quemados y ahogados en Nueva York. Holocausto. La llaman karma a esa transmigración por los pecados que cometiste en una vida pasada la reencarnación meten si acaso. Ay, señor, señor, señor. Qué pena, claro: pero de todas formas no se lo traga uno de ninguna manera.

Sir Fredenck Falkiner entrando en la logia masónica. Solemne como Troy. Después de un buen almuerzo en Earlsfort Terrace. Viejos amigotes legistas descorchando una de litro y medio. Chismes de tribunales y de sesiones y anales del colegio Bluecoat de hijos de papá. Lo sentencié a diez años. Supongo que haría un mohín de desprecio a esa cosa que yo he bebido. Vino de reserva para ellos, el año rotulado en la botella polvorienta. Tiene ideas propias sobre la justicia cuando está en el juzgado de instrucción. Viejo bienintencionado. Los pliegos de cargos de la policía atiborrados de casos que saca su porcentaje en la manufactura del delito. Los manda a tomar viento fresco. Un diablo con los prestamistas. Le echó a Reuben J. un buen rapapolvos. Ahora que ése es lo que se dice un perro judío. El poder que tienen esos jueces. Viejos borrachines malhumorados con pelucas. Polvorillas. Y que el Señor se apiade de tu alma.

Caramba, un cartel. La feria del Mirus. Su Excelencia el virrey de Irlanda. Dieciséis. Es hoy. Para recaudar fondos para el hospital Mercer. Se estrenó el *Mesías* para lo mismo. Sí. Handel. Y si me fuera para allá: Ballsbndge. Podría hacerle una visita a Yaves. Inútil pegarme a él como una lapa. Dejaría de ser bienvenido. Seguro que conozco a alguien en la puerta.

Mr. Bloom llegó a Kildare Street. Primero tengo que. Biblioteca.

Canotié al sol. Zapatos de color canela. Pantalones con vueltas. Es él. Es él.

El corazón le palpitó suavemente. A la derecha. Museo. Diosas. Se desvió bruscamente a la derecha.

¿Es él? Casi seguro. No miraré. Se me nota el vino en la cara. ¿Por qué bebí? Demasiado cabezón. Sí, es él. Los andares. No ver. Sigamos.

Dirigiéndose a la puerta del museo a grandes pasos acoquinados levantó la vista. Hermoso edificio. Sir Thomas Deane lo diseñó. ¿No me sigue?

No me vio quizá. La luz en los ojos.

El aleteo del aliento se desbocaba en suspiros fugaces. Aprisa. Estatuas filas: tranquilo ya. A salvo en un minuto. No. No me vio. Pasadas las dos. Justo en la puerta.

¡El corazón!

Los ojos palpitando miraron resueltamente las curvas cremosas de piedra. De Sir Thomas Deane y su arquitectura griega. Busca algo que.

La precipitada mano se introdujo aprisa en un bolsillo, sacó, leyó Agendath Netaim desdoblado. ¿Dónde lo he?

Ocupado mirando.

Metió de nuevo aprisa Agendath.

Por la tarde dijo ella.

Estoy buscando eso. Sí, eso. Prueba en todos los bolsillos. Pañue. *Freeman.* ¿Dónde lo he? Ah, sí. Pantalones. Patata. Monedero. ¿Dónde?

Aligera. Anda tranquilo. Un momento más. El corazón. La mano buscando el dónde lo puse encontró en el bolsillo de atrás jabón loción pasarme por tibio papel pegado. Ah el jabón ya veo, sí. La puerta.

¡A salvo!

9

CORTÉS, para hacerles sentirse cómodos, el bibliotecario cuáquero ronroneó:

—Y tenemos, no es así, esas páginas inapreciables del *Wilhelm Meister.* Un gran poeta sobre un gran poeta hermano. Un alma vacilante alzándose en armas contra un mar de obstáculos, desgarrada por dudas discrepantes, como se ve en la vida misma.

Dio un paso de ngodón al frente sobre cuero chirriante y un paso de ngodón atrás en el suelo solemne.

Un ayudante sin hacer ruido entreabriendo la puerta un poco le hizo una seña sin hacer ruido.

—Inmediatamente, dijo él, chirriando para irse, aunque rezagándose. El bello soñador ineficaz que naufraga despedazándose contra la dura realidad. Uno siempre sabe que los juicios de Goethe son tan verdaderos. Verdaderos en un análisis global.

Doblechirriantemente análisis se coreomarchó. Calvo, el más cumplidor junto a la puerta prestó todos sus oídos a las palabras del ayudante: las oyó: y se fue.

Quedaban dos.

—Monsieur de la Palice, dijo Stephen con sorna, estaba vivo quince minutos antes de su muerte.

—¿Encontró a esos seis valientes medicinantes, preguntó John Eglinton destilando hiel de viejo, para que escriban *Elparaíso perdido* a su dictado? *Los pesares de Satán lo* llama él. Sonríe. Sonríe la sonrisa de Cranly.

Primero la cosquilleó
luego la toqueteó
luego el catéterfemenino le metió
pues era un medicinante
un jovial medi ….

—Presiento que necesitará uno más para *Hamlet.* El siete es caro a la mente mística. Los fulgurantes siete los llama W. B. Yeats.

Ojidestellante su cráneo rufo cercano a la lámpara de sobremesa verdicaperuzada buscó la cara barbada por entre la sombra más verdinegra, un vate, ojisacro. Rió por lo bajo: risa de becario del Trinity: incontestada.

Satán orquestal, lloraba en muchos acres
lágrimas como las del llanto del ángel.
Ed egli avea del cul fatto trombetta.

Retiene mis locuras en prenda.

Los once fieles de Wicklow de Cranly para liberar su suelopatrio. Kathleen la mellada, el verdor de sus cuatro hermosos campos, el extraño en su casa. Y uno más para saludarle: *ave, rabbi·los* doce de Tinahely. En la sombra de la vaguada los reclama. La juventud de mi alma le di, noche a noche. Anda con Dios. Que te vaya bien.

Mulligan tiene mi telegrama.

Locura. Persiste.

—Nuestros jóvenes bardos irlandeses, censuró John Eglinton, aún tienen por crear una figura que el mundo instale al lado del Hamlet del sajón Shakespeare aunque le admiro, como le admiró el viejo Ben, más acá de la idolatría.

—Todas estas cuestiones son puramente académicas, hadó Russell desde su sombra. Quiero decir, si Hamlet es Shakespeare o Jacobo I o Essex. Discusiones de clérigos sobre la historicidad de Jesús. El arte ha de revelamos ideas, esencias espirituales sin forma. La cuestión suprema sobre una obra de arte es saber desde qué profundidad de vida surge. La pintura de Gustave Moreau es pintura de ideas. La poesía más profunda de Shelley, las palabras de Hamlet nos ponen la mente en contacto con la sabiduría eterna, el mundo de

las ideas de Platón. Lo demás son especulaciones de escolares para escolares.

A. E. le ha estado contando a cierto entrevistador yanqui. ¡Ay de mí, que me parta un rayo!

—Los escolásticos fueron primero escolares, dijo Stephen supereducadamente. Aristóteles fue durante un tiempo el escolar de Platón.

—Y ha continuado siéndolo, cabría esperar, dijo John Eglinton serenamente. Uno se lo imagina, escolar modelo con el diploma bajo el brazo.

Rió de nuevo hacia la cara barbada que ahora sonreía.

Espirituales sin forma. Padre, Verbo y Soplo Santo. Pantopadre, el hombre celestial. Hiesos Kristos, mago de lo bello, el Logos que sufre en nosotros en cada instante. Esto es en verdad aquello. Yo soy el fuego en el altar. Yo soy la mantequilla del sacrificio.

Dunlop, Judge, el más noble romano de todos, A. E., Arval, el Nombre Inefable, en el cielo pronombrado: K. H., el maestro, cuya identidad no es un secreto para los adeptos. Hermanos de la gran logia blanca siempre vigilantes por si pueden ayudar. El Cristo con la hermana-novia, rocío de luz, nacido de una virgen insuflada con alma, sophia contrita, partida en pos del plano de buddhi. La vida esotérica no es para personas corrientes. La gente comente debe evitar el mal karma primero. Mrs. Cooper Oakley una vez entrevió lo elemental de nuestra muy ilustre hermana H. P. B.

¡Qué bochorno! ¡Largo de aquí! *¡Pfuiteufel!* Non hase de mirar, señora mía, así que non se ha cuando una dama monstra su elemental.

Mr. Best entró, alto, joven, apacible, ligero. Llevaba en la mano con gracia una libreta, nueva, abultada, limpia, brillante.

—Ese escolar modelo, dijo Stephen, hallaría las meditaciones de Hamlet sobre la vida venidera de su alma principesca, el improbable, insignificante y poco dramático monologo, tan superficiales como las de Platón.

John Eglinton, frunciendo el ceño, dijo, rezumando ira:

—Palabra que me hierve la sangre cuando alguien compara a Aristóteles con Platón.

—¿Cuál de los dos, preguntó Stephen, me hubiera desterrado de su república?

Desenvaina tus definiciones aceradas. La caballosidad es la cosicidad de todo caballo. Corrientes de tendencia y eones es lo que veneran. Dios: el centro del mundo: muy peripatético. Espacio: lo que maldita sea tienes por fuerza que ver. A través de espacios más pequeños que los glóbulos rojos de la sangre del hombre se escalofarrastran tras las posaderas de Blake hasta la eternidad de la que este mundo vegetal no es más que una sombra. Aférrate al ahora, al aquí, a través del cual todo el futuro se sumerge en el pasado.

Mr. Best se acercó, amigable, hacia su colega.

—Haines se ha ido, dijo.

—¿De veras?

—Le estaba enseñando el libro de Jubainville. Está muy entusiasmado, entiéndanme, con los *Cantos de amor de Connacht* de Hyde. No me lo pude traer para que oyera la discusión. Se fue a la librería Gill a comprarlo.

Adelante, obra mía, rauda
a saludar al pueblo fiero,
escripto, bien me pesa, contra mi gusto
en torpe inglés indecoroso.

—Se le están subiendo los humos de turba a la cabeza, opinó John Eglinton.

Nosotros sabemos en Inglaterra. Ladrón penitente. Se ha ido. Me fumé su pitillo. Verde piedra cintilante. Una esmeralda engarzada en el anillo del mar.

—La gente no sabe lo peligrosos que pueden ser los cantares de amor, el huevo áureo de Russell previno ocultamente. Los movimientos que provocan revoluciones en el mundo nacen de los sueños y visiones de un corazón campesino en la falda de la montaña. Para ellos la tierra no es un suelo utilizable sino la madre viva. El aire enrarecido de la academia y de la cancha producen la novela de a seis chelines, la canción de teatro de variedades. Francia da la mejor flor de corrupción con Mallarmé pero la vida apetecible se revela sólo a los pobres de corazón, la vida de los feacios de Homero.

Desde estas palabras Mr. Best desvió una cara candorosa hacia Stephen.

—Mallarmé, entiéndanme, dijo, ha escrito esos maravillosos poemas en prosa que Stephen MacKenna solía leerme en París. Aquel sobre *Hamlet.* Dice: il *se promène, lisant au hvre de lui-même,* entiéndanme, *leyendo el libro de sí mismo.* Describe el *Hamlet* que dieron en una ciudad de Francia, entiéndanme, una ciudad de provincias. Lo anunciaron.

La mano libre trazó graciosamente minúsculos signos en el aire.

Hamlet
ou
Le Distrait
Pièce de Shakespeare

Le repitió al doblemente ceño fruncido de John Eglinton:

—*Pièce de Shakespeare,* entiéndanme. Es tan francés. El punto de vista francés. *Hamlet ou ...*

—El mendigo distraído, concluyó Stephen. John Eglinton se rió.

—Sí, supongo que así sería, dijo. Un pueblo excelente, sin duda alguna, pero horriblemente miope en algunos asuntos. Suntuosa y retardada exageración del asesinato. —Verdugo del alma le llamó Robert Greene, dijo Stephen. Por algo era hijo de un carnicero, que blandía el hacha curvada escupiéndose en las manos. Nueve vidas se siegan por la única de su padre. Padre nuestro que estás en el purgatorio. Los Hamlets de caqui no dudan en disparar. El matadero ensangrentado del acto quinto es un vaticinio del campo de concentración cantado por Mr. Swinburne.

Cranly, yo su mudo ordenanza, siguiendo batallas de lejos.

Cachorros y matronas de huestesferoces a quienes nadie
salvo nosotros habría perdonado la vida ....

Entre la sonrisa del sajón y el aullido del yanqui. La sartén y el fuego.

—Porfía que *Hamlet* es una historia de fantasmas, dijo John Eglinton en ofrenda a Mr. Best. Como el chico gordo de Pickwick quiere damos escalofríos.

¡Ascucha! iAscucha! ¡Oh, ascucha!

Mi carne le oye: en escalofríos, le oye.

Si alguna vez habéis....

—¿Qué es un espectro? dijo Stephen con energía turbadora. Alguien que se disipa hasta la impalpabilidad a través de la muerte, de la ausencia, del cambio de formas. El Londres isabelino quedaba tan lejos de Stratford como queda el corrompido París del virginal Dublín. ¿Quién es el espectro del *limbo patrum,* que vuelve al mundo que le ha olvidado? ¿Quién es el Rey Hamlet?

John Eglinton cambió de postura su cuerpo enjuto, reclinándose hacia atrás para juzgar.

Elevado.

—A esta misma hora un día de mediados de junio, dijo Stephen, pidiendo oídos con una veloz mirada. La bandera está izada sobre el corral de comedias junto a la margen derecha del río. El oso Sackerson ruge en la explanada cercana, el jardín de París. Juaneteros que navegaron con Drake mastican salchichas entre la mosquetería.

Color local. Mete todo lo que sabes. Hazles cómplices.

—Shakespeare ha dejado la casa del hugonote en Silver Street y camina junto a los corrales de cisnes a la orilla del río. Pero no se queda a echar de comer al cisne hembra que lleva por delante a su manada de cisnecitos hacia los juncos. El cisne de Avon tiene otros quebraderos de cabeza. Composición de lugar. ¡Ignacio de Loyola, acude presto en mi ayuda!

—Comienza la función. Un actor avanza desde las sombras del escenario, disfrazado con la cota de malla desechada por un buco cortesano, hombre bien plantado con voz de bajo. Es el espectro, el rey, rey y no rey, y el actor es Shakespeare que ha estudiado *Hamlet* todos los días de su vida que no fueron vanidad para poder representar el papel del fantasma. Dirige las palabras a Burbage, el joven actor que está ante él más allá de la nebulosa sábana encerada, llamándole por un nombre:

Hamlet, soy el alma de tu padre,

requiriéndole que ascuche. A un hijo le habla, al hijo de su alma, al príncipe, al joven Hamlet y al hijo de su cuerpo, a Hamnet Shakespeare, que ha muerto en Stratford para que su tocayo viva para siempre.

¿Es posible que aquel actor Shakespeare, espectro por ausencia, y con los ropajes del rey de Dinamarca enterrado, espectro por muerte, expresando sus propias palabras al nombre de su propio hijo (de haber vivido Hamnet Shakespeare hubiera sido el hermano gemelo del príncipe Hamlet), es posible, me gustaría saber, o probable que él no sacara o previera la conclusión lógica de esas premisas: eres el hijo desposeído: yo soy el padre asesinado: tu madre es la reina culpable, Ann Shakespeare, de soltera Hathaway?

—Pero este remover en la vida familiar de un gran hombre, empezó Russell impacientemente.

¿Estáis ahí, bien nacido?

—Interesante sólo para el registrador. Quiero decir, tenemos las obras. Quiero decir cuando leemos la poesía del *Rey Lear* ¿qué nos va a nosotros cómo vivió el poeta? Por lo que se refiere a vivir nuestros sirvientes pueden hacerlo por nosotros, ha dicho Villiers de FIsle. Fisgando y removiendo en las comidillas cotidianas de camerinos, el poeta y sus borracheras, el poeta y sus deudas. Tenemos el *Rey Lear.* y eso es inmortal.

La cara de Mr. Best, apelada, asintió.

Corran sobre ellos tus olas y tus aguas, Mananaan,
Mananaan MacLir....

¿Cómo es eso, muy señor mío, y aquella libra que os prestó cuando estabas hambriento?

Pardiez, que me era necesaria.

Tomad vos este sueldo.

¡Vamos, venga! Gastaste casi todo en la cama de Georgina Johnson, hija de clérigo. Mordedura de la conciencia.

¿Piensas devolverlo?

Claro que sí.

¿Cuándo? ¿Ahora?

Pues .... No.

¿Cuándo, entonces?

Nadie me ha regalado nada. Nadie me ha regalado nada.

Tranquilo. Él es de por allá del Boyne. La esquina nordeste. Lo debes.

Espera. Cinco meses. Las moléculas cambian todas. Yo soy otro yo ahora. Otro yo el que aceptó la libra.

Bla. Bla. Bla.

Pero yo, entelequia, forma de las formas, soy yo por la memoria porque sujeto a constantes formas cambiantes.

Yo que pequé y oré y ayuné.

Un niño que Conmee salvó de los palmetazos.

Yo, yo y yo. Yo.

A. E. Yo. le. de. bO. a. Ud.

—¡Tiene intención de oponerse abiertamente a la tradición de tres siglos? preguntó la voz criticona de John Eglinton. El espectro de ella al menos yace enterrado para siempre. Ella murió, al menos para la literatura, antes de que hubiera nacido.

—Murió, replicó Stephen, sesentaisiete años después de que hubiera nacido. Le vio llegar y salir del mundo. Recibió sus primeros abrazos. Parió a sus hijos y le puso peniques en los ojos para mantener los párpados cerrados cuando reposaba en el tálamo mortuorio.

El tálamo mortuorio de madre. Vela. El espejo entapujado. Quien me trajo a mí al mundo yace ahí, cubierta de bronce, bajo unas cuantas flores baratas. *Liliata rutilantium.*

Lloré en soledad.

John Eglinton miró hacia dentro de la enmarañada luciérnaga de su lámpara.

—El mundo cree que Shakespeare cayó en el engaño, dijo, y salió de él lo más rápido y mejor que supo.

—¡Tonterías! dijo Stephen groseramente. Un hombre de talento nunca cae en el engaño. Sus errores son deliberados y son portales del descubrimiento.

Portales de descubrimiento se abrieron para permitir el paso al bibliotecario cuáquero, de suavechirriante pisada, calvo, espigado y diligente.

—Una fierecilla, dijo John Eglinton fieramente, no es un portal eficaz de descubrimientos, ya se puede uno imaginar. ¿Qué descubrimiento eficaz aprendió Sócrates de Jantipa?

—Dialéctica, contestó Stephen: y de su madre cómo traer pensamientos al mundo. Lo que aprendió de su otra esposa Myrto *(absit nomen),* el Epipsychidion de Socratididion, ni hombre, ni mujer, jamás lo sabrá. Pero ni el saber popular de la comadrona ni los sermones que hubo de aguantar le salvaron de los arcontes de Sinn Fein ni de la copa de cicuta.

—¿Pero Ann Hathaway? dijo la voz pausada de Mr. Best olvidadizamente. Sí, parece que nos hemos olvidado de ella como el propio Shakespeare la olvidó.

Su mirada fue de la barba del cavilador al cráneo del criticón, para recordar, para regañarles no sin amabilidad, luego a la rosicalva cabeza del murmurador Lolardo, sin culpa aunque difamada.

—Tenía sus buenos cuartos de ingenio, dijo Stephen, y una memoria nada ociosa. Llevaba un recuerdo en su burchaca cuando caminaba a pie a la urbe silbando *La chica que me dejé atrás. Si* el terremoto no le pusiera fecha deberíamos saber dónde situar a la pobre liebre, agazapada en su madriguera, el ladrido de lebreles, las bridas atachonadas y las ventanas azules de ella. Ese recuerdo, *VenusyAdonis,* reposaba en los aposentos de todas las ligeras de cascos de Londres. ¿Acaso es Katharine la fierecilla mal parecida? Hortensio la llama joven y bella. ¿Creen ustedes que el autor de *Antonioy Cleopatra,* peregrino apasionado, tenía los ojos en el cogote para escoger a la zorrilla más fea de Warwickshire y yacer con ella? Bien: la dejó y consiguió el mundo de los hombres. Pero sus mujereschicos son las mujeres de un chico. Sus vidas, pensamientos y habla son de hombres. ¿Eligió mal? El elegido fue él, me parece a mí. Si otros hacen su ley Ana se hace el juey. Carajo, ella tuvo la culpa. Ella se ofreció moça tiema, alegrona y de veintiséis años. La diosa ojigarza que se inclina sobre el mancebo Adonis, rebajándose para conquistar, como inicio del acto culminante, es una atrevida moza de Stratford que revuelca en un trigal a un amante más joven que ella.

¿Y cuándo me toca a mí? ¿Cuándo? ¡Ya está bien!

—En un centenal, dijo Mr. Best brillante, alegremente, levantando su librillo nuevo, alegre, brillantemente.

Murmuró entonces con blondo deleite para todos:

—En los campos de centeno
yacen lindos labriegos.

París: el complaciente complacido.

Una figura alta vestida con tosco traje barbada, surgió de la sombra y descubrió su reloj cooperativo.

—Me temo que me esperan en el *Homestead* ¿Onde se anda? Suelo utilizable.

—¿Se marcha? preguntaron las activas cejas de John Eglinton. ¿Le veremos en casa de Moore esta noche? Viene Piper.

—¡Piper! pió Mr. Best. ¿Ha vuelto Piper?

Peter Piper picó un picón con pica de pique piquero.

—No sé si podré. Jueves. Tenemos nuestra reunión. Si me puedo salir a tiempo.

Yoguilotiforme en las habitaciones de Dawson. *Isis al descubierto. Su* libro pali que intentamos empeñar. Piernas cruzadas bajo un quitaguas parasol él entrona un logos azteca, funcionando en niveles astrales, sus superalmas, mahamahatma. Los fieles hermetistas esperan la luz, maduros para el tirocinio búdico, haciendo corro a su alrededor. Louis H. Victory. T. Caulfield Irwin. Damas del loto dispuestas a una señal de sus ojos, sus glándulas pineales encendidas. Lleno de su dios, él entrona, Buda bajo la plantaina. Embaulador de almas, embaucador. Masculinas almas, femeninas almas, tropeles de almas. Embauladas con quejumbrosos llantos tronantes, giradas, girando, se lamentan.

En trivialidad quintaesencial

Durante años en esta caja carnal un alma femenina habitó.

—Dicen que hemos de tener una sorpresa literaria, dijo el bibliotecario cuáquero,

amistosamente y en serio. Mr. Russell, corre el rumor, está recopilando una hacina de versos de nuestros poetas más jóvenes. Todos la esperamos ansiosamente.

Ansiosamente miró en el cono de luz de la lámpara donde tres caras, iluminadas, relucían.

Mira esto. Recuerda.

Stephen bajó la mirada a un ancho güito acéfalo, colgado del puño de la vara de fresno sobre la rodilla. Mi yelmo y espada. Toca ligeramente con dos dedos índices. El experimento de Aristóteles. ¿Uno o dos? Necesidad es aquello en virtud de lo cual es imposible que uno pueda ser de otra manera. Argo, un sombrero es un sombrero.

Escucha.

El joven Colum y Starkey. George Roberts lleva la parte comercial. Longworth le dará un poco de coba en el Express. No ¿lo hará? Me gustó *Drover* de Colum. Sí, creo que tiene eso tan raro que llaman genio. ¿Crees de verdad que tiene genio? Yeats admiraba ese verso suyo: Como *en tierra salvaje un vaso griego.* ¿Sí? Espero que pueda venir esta noche. Malachi Mulligan también viene. Moore le pidió que trajera a Haines. ¿Habéis oído el chiste de Miss Mitchell sobre Moore y Martyn? ¿Que Moore es la versión loca de Martyn? Muy agudo ¿verdad? Le recuerdan a uno a Don Quijote y Sancho Panza. Nuestra épica nacional aún está por escribirse, dice el Dr. Sigerson. Moore es el hombre para eso. Un caballero de la triste figura aquí en Dublín. ¿Con un kilt azafrán? ¿O'Neill Russell? Pues, claro, debe hablar la grandiosa lengua antigua. ¿Y su Dulcinea? James Stephens está realizando unos esbozos muy agudos. Nos estamos haciendo importantes, al parecer.

Cordelia. *Cordoglio.* La hija más solitaria de Lear.

Arrinconado. Y ahora tus pulidos modales franceses.

—Muchas gracias, Mr. Russell, dijo Stephen, poniéndose en pie. Si fuera usted tan amable de darle la carta a Mr. Norman ...

—Ah, sí. Si la considera importante la incluirá. Tenemos tanta correspondencia.

—Comprendo, dijo Stephen. Gracias.

Que Dios se lo pague. El periódico de los cerdos. Valedor de bueyes.

Synge me ha prometido un artículo para *Dana* también. ¿Se nos va a leer? Creo que sí. La liga gaélica quiere algo en irlandés. Espero que se pase usted por allí esta noche. Tráigase a Starkey.

Stephen se sentó.

El bibliotecario cuáquero vino de los que partían. Sonrojándose, su máscara dijo:

—Mr. Dedalus, sus opiniones son de lo más esclarecedoras. Chirrió de un lado para otro, alzándose de puntillas más cerca del cielo por la altura de un chapín, y, encubierto por el ruido de los que salían, dijo por lo bajo:

—¿Es, pues, su opinión que ella no le era fiel al poeta?

Una cara alarmada me pregunta. ¿Por qué se habrá venido? ¿Cortesía o una luz interior?

—Donde hay reconciliación, dijo Stephen, tiene que haber habido antes desunión.

—Sí.

Cnstofox con pantalones de cuero escoceses, escondiéndose, como un fugado entre horquetas de árboles abatidos, de la ladra. Sin conocer zorra alguna, caminando solitario en la batida. Mujeres se ganó, gente tierna, una puta de Babilonia, señoras de magistrados, esposas de broncos taberneros. El zorro y las gallinas. Y en New Place un cuerpo deshonrado flojo que en tiempos fue lindo, en tiempos fue tan dulce, tan fresco como la canela, ahora sus hojas se caen, todas, desnudo, espantado de la estrecha sepultura e imperdonado.

—Sí. Con que usted piensa ....

La puerta se cerró tras el que salía.

El reposo se apoderó repentinamente de la discreta celda abovedada, reposo de aire cálido y caviloso.

Una lámpara de vestal.

Aquí pondera cosas que no existieron: lo que César habría vivido para hacer de haber creído al adivino: lo que podría haber sido: posibilidades de lo posible como posible: cosas

no conocidas: qué nombre usó Aquiles cuando vivió entre mujeres.

Pensamientos encajonados a mi alrededor, en cajas de momias, embalsamados en especias de palabras. Tot, dios de las bibliotecas, un dios-pájaro, lunicoronado. Y oí la voz de aquel sumo sacerdote egipcio. *En cámaras pintadas cargadas de libros de arcilla.*

Están callados. En tiempos energía en la mente de los hombres. Callados: pero una cierta comezón de muerte está en ellos, para contarme al oído un cuento sensiblero, para urgirme a llevar a cabo su voluntad.

—Ciertamente, recapacitó John Eglinton, de todos los grandes hombres él es el más enigmático. Tan sólo sabemos que vivió y sufrió. Ni siquiera eso. Otros se doblegan a nuestra pregunta. Una sombra se cierne sobre el resto.

—Pero *Hamlet* es tan particular ¿no es así? alegó Mr. Best. Quiero decir, una especie de documento privado, entiéndanme, de su vida privada. Quiero decir, me importa un bledo, entiéndanme, quién muere o quién es culpable ...

Reposó un libro inocente en el filo del escritorio, sonriendo su desafio. Sus documentos privados en el original. *Ta an bad ar an tir. Taim in mo shagart.* Ponle ladino a la cosa, Littlejohn.

Dixo Littlejohn Eglinton:

—Venía preparado para oír paradojas por lo que nos contó Malachi Mulligan pero será mejor que le advierta que si quiere hacer tambalear mi convicción de que Shakespeare es Hamlet tiene una ardua tarea por delante.

Sed pacientes conmigo.

Stephen aguantó la ponzoña de ojos bellacos refulgiendo severos bajo cejas fruncidas. Un basilisco. *E quando vede l'uomo l áttosca.* Messer Brunetto, gradesçedor os quedo por la palabra.

—Tal como nosotros, o madre Dana, tejemos y destejemos nuestros cuerpos, dijo Stephen, un día tras otro, las moléculas lanzadas de acá para allá, así teje y desteje el artista su imagen. Y tal como la espiga que tengo en el pecho derecho está donde estaba cuando nací, aunque todo el cuerpo se haya tejido de nueva materia una y otra vez, así a través del espectro del padre intranquilo la imagen del hijo no nacido se asoma expectante. En el intenso instante de imaginación, cuando la mente, dice Shelley, es un carbón que se desvanece, aquello que yo fui es aquello que soy y aquello que en posibilidad soy capaz de llegar a ser. Así pues en la posteridad, hermana del pasado, seré capaz de verme a mí mismo tal como estoy sentado aquí ahora pero por reflejo de aquello que entonces seré.

Drummond de Hawthomden te ayudó en ese obstáculo.

—Sí, dijo Mr. Best juvenilmente. Siento a Hamlet muy joven. La amargura podría emanar del padre pero los pasajes con Ofelia son ciertamente del hijo.

No da una en el clavo. Él está en mi padre. Yo estoy en su hijo.

—Esa espiga será lo último en desaparecer, dijo Stephen, riéndose.

John Eglinton hizo una morisqueta nada afectuosa.

—Si ésa fuera la marca de nacimiento del genio, dijo, el genio sería una mercancía de mercado. Las últimas obras de Shakespeare que Renan admiraba tanto exhalan otro espíritu.

—El espíritu de la reconciliación, exhaló el bibliotecario cuáquero.

—No puede haber reconciliación, dijo Stephen, si no ha habido desunión.

Eso está dicho.

—Si quiere saber cuáles son los acontecimientos que ensombrecen el infierno del tiempo del *Rey Lear, Otelo, Hamlet, Troiloy Crésida,* no pierda de vista cuándo y cómo la sombra se disipa. ¿Qué aplaca el corazón del hombre, náufrago en tormentas horrendas, sometido a prueba, como otro Ulises, Pencles, príncipe de Tiro?

Cabeza, coronadaderojocono, zamarreada, cegada por la mar.

—Una criatura, una niña, depositada en sus brazos, Marina.

—La tendencia de los sofistas a las veredas intransitables de los apócrifos es una constante, detectó John Eglinton. Los caminos reales son monótonos pero conducen a la ciudad.

Bacon el bueno: que se ha quedado antiguo. Shakespeare la versión loca de Bacon.

Malabaristas de cifras que transitan los caminos reales. Rastreadores en la gran búsqueda. ¿Qué ciudad, queridos maestros? Mimos disfrazados de nombres: A. E., eón: Magee, John Eglinton. Al este del sol, al oeste de la luna: *Tir na n-og.* Los dos con botas y bastón.

¿Cuántas millas hasta Dublín?
Unas setenta, señor.
¿Llegaremos con la luz del candil?

—Mr. Brandes lo acepta, dijo Stephen, como la primera obra del periodo final.

—¿Es asi? ¿Qué dice Mr. Sidney Lee, o Mr. Simon Lazarus como algunos afirman que se llama, de esto?

—Marina, dijo Stephen, criatura de la tormenta, Miranda, una maravilla, Perdita, aquello que se perdió. Lo que se perdió le fue devuelto: la criatura de su hija. *Mi amada esposa,* dice Pencles, *era como esta doncella.* ¿Amaría algún hombre a la hija si no ha amado a la madre?

—El arte de ser abuelo, escomençó a murmurar Mr. Best. *L art d étregrandp .....*

—¿No verá retoñado en ella, con la memoria de su juventud añadida, otra imagen?

¿Sabes de lo que estás hablando? Amor, sí. La palabra que todos conocen. *Amor vero aliquid alicui bonum vult unde et ea quae concupiscimus ...*

—Su propia imagen para un hombre con esa cosa rara que es el genio es el modelo de toda experiencia, material y moral. Tal apelación le afectará. Las imágenes de otros varones de su sangre le repelerán. Verá en ellas intentos grotescos de la naturaleza de predecirle o de repetirle a él mismo.

La frente benigna del bibliotecario cuáquero se avivó rosadamente de esperanza.

—Espero que Mr. Dedalus elabore su teoría para mayor ilustración del público. Y deberíamos mencionar a otro comentarista irlandés, Mr. George Bemard Shaw. Ni tampoco deberíamos olvidarnos de Mr. Frank Harris. Sus artículos sobre Shakespeare en el *Saturday Review* fueron ciertamente originales. Extrañamente también él nos pinta una relación infeliz con la oscura dama de los sonetos. El rival preferido es William Herbert, conde de Pembroke. Admito que si hubiera que rechazar al poeta tal rechazo estaría más en consonancia con — ¿cómo diría yo? - nuestra idea de lo que debería no haber sido.

Oportunamente enmudeció y sostuvo enhiesta la dócil cabeza en medio de ellos, huevo de alca, la recompensa de la refriega.

La tutea y vosea con solemnes palabras maritales. ¿Amas, Minam? ¿Amas a tu hombre?

—Eso puede ser también, dijo Stephen. Hay un dicho de Goethe que a Mr. Magee le gusta citar. Cuidado con lo que quieres en tu juventud porque lo obtendrás en la madurez. ¿Por qué le envía a una que es una *buonaroba,* una baya que todos los hombres montan, una dama de honor de mocedad escandalosa, un señoritingo que la corteje por él. Él mismo era un gentilhombre del lenguaje y se había hecho a sí mismo caballero rufián y había escrito *Romeoyjulieta.* ¿Por qué? Mata la confianza en sí mismo a destiempo. Fue abatido primero en un trigal (en un centenal debería decir) y nunca más será vencedor ante sus propios ojos ni nunca más jugará victoriosamente el juego de reír y yacer. El fingido donjuanismo no le salvará. Ningún desfacer posterior desfará el primer entuerto. El colmillo del jabalí le ha malherido ahí donde el amor yace sangnendo. Si la fierecilla es domada, a ella aún le queda el arma invisible de mujer. Hay, lo siento en las palabras, un cierto aguijón de la carne que le arrastra a una nueva pasión, de la primera caída sombra más oscura, que le oscurece incluso su propia comprensión de sí mismo. Un destino igual le aguarda y los dos furores se enredan en un torbellino.

Ascuchan. Y vierto en el pórtico de sus oídos.

—El alma ha recibido antes un golpe mortal, un veneno vertido en el pórtico de un oído durmiente. Pero ésos a los que se les arranca la su vida durante el sueño no pueden conocer la forma de su calma a no ser que el Creador dote a sus almas de ese conocimiento en la vida venidera. El envenenamiento y la bestia de dos espaldas que lo provocó el espectro del Rey Hamlet no podía saberlo de no haber sido dotado de conocimiento por su creador. Es por eso que el discurso (en torpe inglés indecoroso) siempre toma otro camino, hacia atrás. Seductor y seducido, lo que quiso pero no quiso, lo acompaña desde las redondeces de marfil garzoglobulares de Lucrecia hasta el pecho de Imogen, desnudo, con su espiga cinquemoteada. Vuelve, cansado de la creación que él ha apilado para esconderse de sí mismo, perro viejo lamiéndose una vieja herida. Pero, porque las pérdidas son sus ganancias, pasa a la eternidad con personalidad no menguada, no instruido por la

sabiduría que él ha escrito ni por las leyes que él ha revelado. La visera está levantada. Es un espectro, una sombra ahora, el viento por las rocas de Elsinore o lo que ustedes quieran, la voz del mar, una voz que se escucha sólo en el corazón de aquel que es la sustancia de su sombra, el hijo consustancial con el padre.

—¡Amén! respondieron desde la puerta. ¿Has vuelto a encontrarme, enemigo mío?

Entracte.

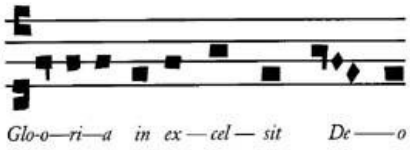
Con cara irreverente, adusta como la de un deán, Buck Mulligan se acercó, luego despreocupado pajarero, hacia el saludo de sus sonrisas. Mi telegrama.

—¿Hablabas del vertebrado gaseoso, si no ando descaminado? preguntó a Stephen.

Chaleco lila, saludó alegremente con el panamá quitado como si se tratara de una sonaja.

Le dan la bienvenida. *Was Du verlachst wirstDu noch dienen.* Camada de farsantes: Fotino, pseudo Maaachi, Johann Most.

Él Que se engendró a Sí mismo mediante el Espíritu Santo y Él mismo se envió a Sí mismo, Redentor, entre Él mismo y los demás, fue, agraviado por Sus enemigos, desnudado y azotado, fue clavado como un murciélago en la puerta de un granero, muerto de hambre en el madero, Se dejó sepultar, se levantó, forzó los infiernos, caminó hasta los cielos y allí estos mil novecientos años está sentado a la derecha de Sí Mismo pero aún vendrá en el último día a juzgar a vivos y muertos cuando todos los vivos estén muertos ya.



Eleva las manos. Caen los velos. ¡Oh, flores! Campanas sobre campanas sobre campanas coreando.

—Sí, cómo no, dijo el bibliotecario cuáquero. Una discusión de lo más instructiva. Mr. Mulligan, que me zurzan si no, tiene también su teoría sobre la obra y sobre Shakespeare. Todos los lados de la vida deben estar representados.

Sonrió a todos lados igualmente.

Buck Mulligan pensó, perplejo.

—¿Shakespeare? dijo. Creo conocer ese nombre.

Una fugaz sonrisa fogosa se irradió en sus relajadas facciones.

—Desde luego, dijo, recordando brillantemente. El fulano ese que escribe como Synge.

Mr. Best se volvió hacia él.

—Haines le andaba buscando, dijo. ¿Dio con él? Se encontrará con usted en la C.P.D. Ha ido a la librería Gill a comprar los *Cantos de amor de Connacht* de Hyde.

—He pasado por el museo, dijo Buck Mulligan. ¿Ha estado él aquí?

—Los paisanos del bardo, contestó John Eglinton, están algo cansados quizá de nuestras onginalidades teorizantes. He oído que una actriz ha hecho de Hamlet por cuatricentesimoctava vez anoche en Dublín. Vining mantenía que el príncipe era una mujer. ¿Es que nadie ha intentado demostrar que es irlandés? El juez Barton, tengo entendido, anda detrás de algunas pistas. Maldice (Su Alteza no Su Señoría) por San Patricio.

—Lo más original de todo es esa histona de Wilde, dijo Mr. Best, levantando su original libreta. Ese *Retrato de Mr. W. H.* donde demuestra que los sonetos fueron escritos por un tal Willie Hughes, hombre de muchos matices.

—Para Willie Hugues ¿no es así? preguntó el bibliotecario cuáquero.

¿O Hughie Wills? Mr. William Helmesmo. W. H.: ¿quién soy yo?

—Quiero decir, para Willie Hughes, dijo Mr. Best, enmendando su glosa fácilmente. Claro que todo es paradoja, entiéndanme, Hughes mazona y matiza los colores, pero es tan típico cómo él lo soluciona. Es la propia esencia de Wilde, entiéndanme. La pincelada ingeniosa.

Su mirada les pinceló las caras al sonreír, efebo blondo. Esencia mansa de Wilde.

Estás puñeteramente ingenioso. Tres tragos de güisqui te bebiste con los ducados de Dan Deasy.

¿Cuánto gasté? Bah, unos chelines.

Para un hatajo de periodistas. Humor húmedo y seco.

El sentido. Darías tus cinco sentidos por la orgullosa librea de juventud con la que él presume. Facciones de deseo gratificado.

Haberlos otros mu. Tómala por mí. En época de apareamiento. Júpiter, mándales una fría época de celo. Sí, atortólala.

Eva. Desnudo pecado trigoventral. Una serpiente la enrolla, colmillo 'nel beso.

—¿Creen ustedes que es sólo una paradoja? preguntaba el bibliotecario cuáquero. Al bromista nunca se le toma en serio cuando está más en serio.

Hablaron seriamente de la seriedad del bromista.

La cara seria de nuevo de Buck Mulligan ojeó a Stephen un rato. Luego, meneando la cabeza, se acercó, sacó un telegrama doblado del bolsillo. Sus móviles labios leyeron, sonriendo de nuevo a gusto.

—¡Telegrama! dijo. ¡Inspiración admirable! ¡Telegrama! ¡Una bula papal!

Se sentó en una esquina sin luz del escritorio, leyendo en voz alta gozosamente:

—*El sentimentales aquel que quisieragozar sin incurrir en la inmensa deuda de lo hecho.* Firmado: Dedalus. ¿Desde dónde lo mandaste? ¿Desde la casa de putas? No. Desde College Green. ¿Te has bebido las cuatro libras? La tía va a ir a ver a tu padre insustancial. ¡Telegrama! Malachi Mulligan, El Ship, Lower Abbey Street. ¡Ay, retorcido sin par! ¡Ay, Cuchillero sacerdotificado!

Gozosamente se metió mensaje y sobre en un bolsillo pero moduló fúnebremente con acento irlandés quejilloso:

—Tal como te lo estoy diciendo, señor cariñito, es que estábamos raros y deprimidos, Haines y yo, en el momento en que él mismo lo trajo. Mascullado que hubimos por una pócima patibularia que a un fraile levantara, estoy pensando, y él fofo en fomicio. Y nosotros una hora y dos horas y tres horas en Connery allí sentaditos muy como es debido esperando unas pintas para cada uno.

Gimoteó:

—Y nosotros allí dale que te pego, pichoncito, y tú en paradero desconocido mandando tus conglomerados con que nosotros venga con la lengua fuera una yarda como clérigos en secano muertos por un algo que echarse al garguero.

Stephen se rió.

Presurosamente, en advertencia Buck Mulligan se inclinó.

—El vagamundo de Synge te está buscando, dijo, para asesinarte. Se ha enterado de que te measte en la puerta de su casa en Glasthule. Ha salido en almadreñas para asesinarte.

—¡A mí! profirió Stephen. Ésa fue tu contribución a la literatura.

Buck Mulligan jubilosamente se inclinó para atrás, riendo al oscuro techo indiscreto.

—¡Asesinarte! rió.

Cruel cara de gárgola que guerreó contra mí por nuestro rancho de picadillo de asaduras en la rue Saint André des Arts. Con palabras de palabras por palabras, *palabras.* Oisin con Patrick. Hombrefauno se encontró en la foresta de Clamart, blandiendo una botella de vino. *Cést vendredi saintl* Assasinos irlandeses. Su imagen, errante, encontró. Yo la mía. Encontré un bufón en el bosque.

—Mr. Lyster, dijo un ayudante desde la puerta entomada.

—…. en el que cada cual puede encontrar el suyo. Así pues el Magistrado Madden en su *Diario de Maese William Silence* ha encontrado los términos de caza …. ¿Sí? ¿Qué sucede?

—Hay un caballero aquí, señor, dijo el ayudante, acercándose y ofreciendo una tarjeta. Del *Freeman.* Desea ver los ficheros del *Kilkenny Feople* del año pasado.

—Cómo no, cómo no, cómo no. ¿Está el caballero ……?

Cogió la apremiante tarjeta, ojeó, no vio, retiró sin ojear, miró, preguntó, chirrió, preguntó:

—¿Está .....? ¡Ah, ahí está!

Raudo con paso de gallarda se marchó, salió. En el corredor iluminado de luz del día habló en locuaces esfuerzos de celo, por su labor sujeto, el más correcto, más amable, más honrado sombrero de cuáquero.

—¿Este caballero? *¿Freeman's Journal? ¿Kilkenny People?* Con toda seguridad, claro que sí. Buenos días, señor. *Kilkenny ....* Tenemos cómo no ....

Una silueta paciente esperaba, escuchando.

—Todos los importantes de provincias .... *Northem Whig Cork Examiner, Enniscorthy Guardian.* El año pasado. 1903 .... Por favor ... Evans, lleve a este caballero ... Quiere seguir al ayudant .... O por favor permítame .... Por aquí ... Por favor, señor ....

Locuaz, laborioso, encabezó el camino hacia los periódicos de provincias, una figura oscura deferente pisándole los rápidos talones.

La puerta se cerró.

—¡El judío! exclamó Buck Mulligan.

Se levantó de un salto y arrebató la tarjeta.

—¿Cómo se llama ése? ¿Moisés Cortés? Bloom.

Siguió despellejando:

Jeová, el recaudador de prepucios, ya no existe. Lo encontré en el museo adonde fui a saludar a la enespumanacida Afrodita. La boca griega que nunca se ha enarcado en oración. Todos los días debemos rendirle homenaje. *Vida de la vida, tus labios avivan.*

Repentinamente se volvió hacia Stephen:

—Te conoce. Conoce a tu viejo. Ay, timoroso soy que ése haga más el griego que los griegos. Sus pálidos ojos galileos estaban posados en el canal mesial. Venus Calipigia. ¡Ay, el trueno de esos lomos! *El dios en pos de la doncella ascondida.*

—Queremos oír más, decidió John Eglinton con la aprobación de Mr. Best. Empezamos a interesarnos por Mrs. S. Hasta ahora habíamos pensado en ella, si es que habíamos pensado en ella, como una paciente Griselda, una Penélope muy de su casa.

—Antístenes, discípulo de Gorgias, dijo Stephen, le quitó el palmarés de belleza a la paradora de Kyrios Menelao, la argiva Helena, la yegua de madera de Troya en donde durmieron una veintena de héroes, y se lo dio a la pobre Penélope. Veinte años vivió en Londres y, durante parte de ese tiempo, estuvo cobrando un sueldo igual que el del presidente del tribunal supremo de Irlanda. Tuvo una vida rica. Su arte, más que el arte del feudalismo como lo llamó Walt Whitman, es el arte del exceso. Empanadillas calientes de arenques, póculos verdes de jerez seco, melcochas, azúcares de rosas, mazapán, pichones rellenos de grosellas, dulces de eringio. Sir Walter Raleigh, cuando lo arrestaron, llevaba medio millón de francos encima incluyendo un par de corsés de fantasía. La logrera Eliza Tudor tenía ropa interior suficiente como para rivalizar con la de Saba. Veinte años estuvo allí coqueteando entre el amor marital y sus castos deleites y el amor putero y sus puercos placeres. Conocen la historia de Manningham sobre la esposa del burgués que ofreció a Dick Burbage llevárselo a su cama después de haberle visto en *Ricardo III y* cómo Shakespeare, que lo escuchó, sin más ruido y pocas nueces, cogió la vaca por los cuernos y, cuando llegó Burbage y llamó a la cancela, contestó desde las mantas del capón: *Guillermo el Conquistador llegó antes que Ricardo III. Y* la alegre damisela, Mrs. Fitton, desbocada grita ¡Oh!, y su primoroso cielito, dama Penélope Rich, una mujer de calidad es de lo más apropriada para un actor, y las pendonas de la margen derecha del río, a penique la vez.

Cours la Reine. *Encore vingt sous. Nous ferons de petites cochonneries. Minette? Tu veux?*

—La crema de la alta sociedad. Y la madre de Sir William Davenant de Oxford con su bicoca de vino de Canarias para cualquier cipote canario.

Buck Mulligan, elevando unos ojos piadosos, oró:

—¡Bienaventurada Margarita María Acipote!

—Y la hija de Enrique el de las seis esposas. Y otras damas amigas de posas vecinas como Lawn-tenis Tennyson, caballero poeta, canta. Pero a lo largo de todos esos veinte años ¿qué suponen que hacía la pobre Penélope en Stratford tras los cristales romboidales?

Terminar y terminar. Está terminado. En una rosalera de Fetter Lane al cuidado de Gerard, el herbonsta, anda él, castañogris. Un jacinto azur como las venas de ella.

Párpados de los ojos de Juno, violetas. Anda él. Una vida es todo. Un cuerpo. Termina. Pero termínalo. A lo lejos, en una fetidez de lujuria y miseria, se posan manos en la blancura.

Buck Mulligan golpeó el escritorio de John Eglinton contundentemente.

—¿De quién sospechas? retó.

—Digamos que es el amante desdeñado de los sonetos. Una vez desdeñado dos veces desdeñado. Pero la mala pécora de la corte lo desdeñó por un noble, su cariñito.

Amor que no osa pronunciar su nombre.

—Como buen inglés, querrá decir, interpuso John membrudo Eglinton, idolatraba al aristócrata.

Viejo muro donde céleres lagartos fulguran. En Charenton los estuve observando.

—Parece que sí, dijo Stephen, cuando quiere hacer por él, y por todas aquellas entrañas singulares sin arar, el santo oficio que el mozo de cuadra hace por el semental. Tal vez, como Sócrates, tenía una comadrona por madre así como una fierecilla por esposa. Pero ella, la pécora impúdica, no violó el voto del tálamo. Son dos los hechos nauseabundos para la mente del espectro: un voto violado y el palurdo simplón al que ella ha otorgado sus favores, hermano del esposo fallecido. Dulce Ann, para mí que era de sangre ardiente. Una vez seductora, dos veces seductora.

Stephen se volvió audazmente en la silla.

—La tarea de demostrarlo es de ustedes no mía, dijo frunciendo el ceño. Si niegan que en la escena quinta de *Hamlet* él la burila a hierro con infamia díganme por qué no se la menciona durante los treintaicuatro años que pasan entre el día de su boda y el día en que lo entierra. Todas esas mujeres vieron a sus hombres muertos y enterrados: Mary, a su buenhombre John, Ann, a su pobre Willun querido, cuando fue y se le murió en sus brazos, rabioso por ser el primero en irse, Joan, a sus cuatro hermanos, Judith, a su marido y a todos sus hijos, Susan, a su marido también, mientras que la hija de Susan, Elizabeth, para usar las palabras del abuelito, se casó con su segundo, después de haber matado al primero. Ah, sí, claro que se la menciona. En los años en que él estuvo viviendo espléndidamente en el Londres señorial para pagar una deuda tuvo ella que pedir prestados cuarenta chelines al pastor de su padre. Explíquenmelo pues. Expliquen también el canto del cisne do encomiéndala a la posteridad.

Plantóles cara a su silencio.

A quien Eglinton de esta manera hablara: Quiere decir el testamento.

Pero eso lo han explicado, creo, los juristas.

A ella le correspondía su dote de viuda

según ley común. Sus conocimientos jurídicos eran amplios

nos dicen nuestros jueces.

De él Satán se burla,

Farsante:

Y por tanto suprimió el nombre de ella

del primer borrador pero no suprimió

los regalos para su nieta, para sus hijas,

para su hermana, para los amiguetes de Stratford

y de Londres. Y por tanto cuando le instaron,

como yo creo, a nombrarla

le dejó su

segundamejor

cama.

Punkt.

Ledejosu

segundama

ledejosu

mejorcama

seguncama

dejocama.

¡Sooo!

—Los lindos labriegos tenían poco menaje entonces, observó John Eglinton, como sucede aún si es que nuestros dramas rurales son conformes con la realidad.

—Era un rico hacendado, dijo Stephen, con un escudo de armas y propiedades rústicas en Stratford y una casa en Ireland Yard, un accionista capitalista, un promotor de proyectos de leyes, un intermediario de diezmos. ¿Por qué no le dejó su mejor cama si es que deseaba que pudiera ella roncar en paz el resto de sus noches?

—Lo que está claro es que había dos camas, una mejor y otra segundamejor, dijo sutilmente Mr. Segundobest Best.

—*Separatio a mensa et a thalamo,* mejoró Buck Mulligan y se le sonrió.

—La antigüedad menciona camas famosas, dijo Segundón Eglinton ceñudo, camasonnendo. Déjenme pensar.

—La antigüedad menciona al granujilla escolar estaginta y sabio pagano calvo, dijo Stephen, quien al morir en el exilio libera y dota a sus esclavos, rinde tributo a sus mayores, manda que se le entierre en la tierra cerca de los huesos de su difunta esposa muerta e insta a sus amigos a que sean amables con una vieja amante (no olviden a Nell Gwynn Herpyllis) y la dejen quedarse a vivir en su villa.

—¿Quiere decir que murió así? preguntó Mr. Best con leve preocupación. Quiero decir ....

—Murió de una cogorza espantosa, remató Buck Mulligan. *Dos pintas de cerveza son un plato de reyes.* ¡Ah, tengo que contarles lo que dijo Dowden!

—¿Qué? preguntó Elmejoreglinton.

William Shakespeare y compañía, sociedad anónima. El William del pueblo. Soliciten condiciones a: E. Dowden, Highfield House ....

—¡Encantador! suspiró Buck Mulligan amorosamente. Le pedí su opinión sobre la acusación de pederastia atribuida al bardo. Alzó las manos y dijo: Todo lo *que podemos decir es que la vida se vivía a tope en aquellos tiempos.* ¡Encantador!

Ganimedes.

—El sentido de la belleza nos desvía del camino, dijo Best belloensutristeza a Eglinton patofeo.

John Tenaz replicó severo:

—El médico puede decimos lo que significan esas palabras. No se puede estar en misa y repicando.

¿Así habláis? ¿Nos arrebatarán a nosotros, a mí, el palmarés de belleza?

—Y el sentido de la propiedad, dijo Stephen. A Shylock se lo sacó de su propio talego tacaño. Hijo de un tratante de malta y usurero era tratante de grano y usurero él también, con diez cargas de grano acaparadas durante los disturbios del hambre. Sus deudores eran sin duda alguna aquellos venerables mencionados por Chettle Falstaff que informó sobre su honradez en las transacciones. Demandó a un compañero actor por el pago de unos cuantos sacos de malta y exigió su libra de carne humana en intereses por cada dinero prestado. ¿De qué otra manera si no pudo hacerse rico tan rápidamente el mozo de cuadra y segundo apunte de Aubrey? De todo sacaba tajada. En Shylock resuenan los ecos de la caza de judíos que siguió al ahorcamiento y descuartizamiento del sanguijuela de la reina López, a quien le fue arrancado el corazón de judío mientras el perro judío seguía aún vivo: *Hamlet y Macbeth* con la llegada al trono de un escocés filosofastro con afición por el asado de brujas. La armada perdida es su objeto de burla en *Trabajos de amorperdidos. Sus* autos, los históricos, navegan de viento henchidos sobre un mar de exagerado entusiasmo Mafeking. Jesuitas de Warwickshire son juzgados y tenemos la teoría del equívoco de un portero. El *Sea Venture* vuelve a casa desde las Bermudas y se escribe la obra que Renan tanto admiraba junto con Patsy Calibán como personaje, nuestro primo americano. Los sonetos azucarados van a rastras de los de Sidney. En cuanto a la fada Elizabeth, también conocida como Bess la pelirroja, la virgen cachonda que inspiró *Las alegres comadres de Windsor,* dejemos que algún meinherr teutón rastree toda su vida los significados ocultoprofundos en las profundidades del cesto de la ropa sucia.

Creo que vas por buen camino. Mete sólo un poco de mixtura de teolologicofilolológico. *Mingo, minxi, mictum, mingere.*

—Demuestre que era judío, retó John Eglinton, expectantemente. Su jefe de estudios mantiene que era apostólico romano.

Su&minandus sum.

—Se hizo en Alemania, replicó Stephen, campeón francés pulidor de escándalos italianos.

—Hombre de intelecto en miríadas, recordó Mr. Best. Coleridge lo llamó de intelecto en miríadas.

Amplius. In societate humana hoc est maxime necessarium ut sit amicitia inter multos.

—Santo Tomás, empezó Stephen ...

—*Ora pro nobis,* se quejó Mulligan Monje, dejándose caer en una silla.

Allí moduló fúnebremente una runa lastimera:

—*Poque mabone!Acusbla machree!* ¡Destruidos que estamos desde este día! ¡Destruidos que estamos en verdad!

Todos sonrieron sus sonrisas.

—Santo Tomás, dijo Stephen sonriendo, cuya maldita y barrigona obra disfruto leyendo en su lengua , de origen, cuando escribe sobre el incesto desde una posición distinta al de la nueva escuela vienesa de la que habló Mr. Magee, lo equipara de esa forma sabia y curiosa a una avaricia de las emociones. Quiere decir que el amor que así se da a un pariente consanguíneo se le niega codiciosamente a un extraño que, pudiera ser, tiene hambre de él. Los judíos, a quienes los cristianos tachan de avariciosos, son de todas las razas los más dados a matrimonios entre parientes. Las acusaciones siempre se hacen por rabia. Las leyes cristianas por las que se montaron las riquezas de los judíos (para quienes, como para los Lolardos, la tormenta fue refugio) cercaron sus afectos también con aros de acero. Sea esto pecado o virtud el viejo Papádenadie nos lo contará en el juicio final. Pero alguien que se aferre tan fuertemente a lo que él llama sus derechos sobre lo que él llama sus deudas se aferrará también fuertemente a lo que él llama sus derechos sobre la que él llama su mujer. Ningún vecino Sir Sonrisas deseará su buey ni su mujer ni su siervo ni su sierva ni su burro.

—Ni su burra, antifonó Buck Mulligan.

—El gentil Will está siendo tratado duramente, dijo el gentil Mr. Best gentilmente.

—¿Qué Will? cortó dulcemente Buck Mulligan. Nos estamos liando.

—Will, la voluntad de vivir, filosofó John Eglinton, pues la pobre Ann, la viuda de Will, es la voluntad de morir.

—*Requiescat!* oró Stephen.

Y de la voluntad de hacer ¿qué se hizo?
Tiempo atrás se deshizo ...

—Yace ataviada en rigurosa rigidez en aquella segundamejor cama, la reina entocada, aunque demuestre que una cama en aquellos tiempos era algo tan raro como un automóvil lo es hoy día y que su hechura fuera la admiración de siete parroquias. A la vejez le da por los predicadores (uno se alojó en su casa en New Place y se bebió dos pintas de jerez seco que la corporación consistorial costeó pero saber en qué cama llegó a dormir tampoco es para pelearse) y se entera de que tiene alma. Leyó o hizo que le leyeran sus pliegos de cordel ya que los prefería a las *Alegres comadres y,* habiendo hecho sus aguas nocturnas en el tiesto, meditó sobre *Corchetes para calzones de creyentes y* sobre *Cajitas de rapé muy espirituales para el estornudo de almas muy devotas.* A Venus se le han enarcado los labios en oración. Mordedura de la conciencia: remordimiento de conciencia. Es una edad en que el puterío se ha apagado tanteando a ciegas por su dios.

—La historia demuestra que eso es así, *inquit Egúntonus Chronologos.* Las épocas se suceden unas a otras. Pero sabemos de buena tinta que el peor enemigo del hombre se halla en su propia casa y familia. Creo que Russell tiene razón. ¿Qué nos importa su mujer o su padre? Yo diría que sólo poetas de familia tienen vida de familia. Falstaff no era un hombre de familia. Creo que el caballero gordinflón es su creación suprema.

Enjuto, se echó hacia atrás. Vergonzoso, niega a los de tu misma sangre, justiciero inflexible. Vergonzoso, cenando con los sin-dios, roba la copa. Un progenitor de Antrim del

Ulster se lo mandó. Lo visita aquí en los días de ayuno. Mr. Magee, señor, un caballero desea verle. ¿A mí? Dice que es su padre, señor. Déme mi Wordsworth. Entra Magee Matthew padre, un rudo y burdo soldado de a pie irlandés desmelenado, con calzones de trampilla de botones, los escarpines enfangados de barro de cien caminos, una varita de maguillo en la mano.

¿El tuyo? Conoce a tu viejo. El viudo.

Aligerándome a su escuálida guarida de muerte desde el alegre París en el muelle le toqué la mano. La voz, calor nuevo, que hablaba. El Dr. Bob Kenny la está asistiendo. Los ojos que me desean lo mejor. Pero que no me conocen.

—Un padre, dijo Stephen, luchando contra la desesperanza, es un mal necesario. Escribió la obra en los meses que siguieron a la muerte de su padre. Si sostiene que él, un hombre con canas y dos hijas casaderas, con treintaicinco años de vida, *nel mezzo del cammin di nostra vita, y* cincuenta de experiencia, es el estudiante imberbe de Wittenberg entonces tienen que mantener que su vieja madre de setentaños es la reina lasciva. No. El cadáver de John Shakespeare no deambula en la noche. Hora tras hora se pudre y se pudre. Descansa, despojado de la patemidad, después de haberle asignado ese estado místico al hijo. Calandrino de Boccaccio fue el primero y el último hombre que se sintió un niño en el vientre. La patemidad, en el sentido de fecundación consciente, es desconocida para el hombre. Es un estado místico, descendencia apostólica, del único engendrador al engendrado único. Sobre ese misterio y no sobre la Madonna que el astuto intelecto italiano echó a las muchedumbres de Europa está fundada la iglesia y fundada inamoviblemente porque está fundada, como el mundo, macro y microcosmo, sobre el vacío. Sobre la incertidumbre, sobre la improbabilidad. *Amor matris,* genitivo subjetivo y objetivo, puede ser la única verdad en la vida. La patemidad pudiera ser una ficción legal. ¿Quién es el padre de cualquier hijo que cualquier hijo deba amarle o él a cualquier hijo?

¿Adónde demonios quieres llegar?

Lo sé. Calla la boca. Maldita sea. Tengo motivos.

Amplius. Adhuc. Iterum. Postea.

¿Estás condenado a esto?

—Están desunidos por una vergüenza corporal tan firme que los anales del crimen del mundo, manchados con todos los demás incestos y bestialidades, apenas recogen tal infracción. Hijos con madres, progenitores con hijas, hermanas lésbicas, amores que no osan mencionar su nombre, nietos con abuelas, talegueros con cerraduras, reinas con toros de concurso. El hijo nonato mancilla la belleza: nacido, trae dolor, divide áfectos, acrecienta la preocupación. Es un nuevo macho: su desarrollo es el declive del padre, su juventud la envidia del padre, su amigo el enemigo del padre.

En la rue Monsieur le Prince lo pensé.

—¿Qué los vincula por naturaleza? Un instante de brama ciega.

¿Soy yo padre? ¿Y si lo fuera?

Mano arrugada vacilante.

—Sabelio, el africano, el heresiarca más sutil de todas las bestias del campo, mantenía que el Padre era Él mismo Su Propio Hijo. El dogo de Aquino, con el que ninguna palabra será imposible, lo refuta. Bien: si el padre que no tiene un hijo no es un padre ¿puede el hijo que no tiene padre ser un hijo? Cuando Rutlandbaconsouthamptonshakespeare u otro poeta del mismo nombre en la comedia de los errores escribió *Hamlet* no era el padre de su propio hijo meramente sino que, no siendo ya un hijo, él era y se sentía el padre de toda su raza, el padre de su propio abuelo, el padre de su nieto nonato que, igualmente, nunca nació, pues la naturaleza, tal como la entiende Mr. Magee, aborrece la perfección.

Todojoseglinton, avivado de placer, levantó la mirada luminosavergonzosamente. Echando un vistazo alegremente, puritano divertido, por entre la retorcida eglantena.

Adula. Excepcionalmente. Pero adula.

—Él mismo su propio padre, Mulliganhijo se dijo a sí mismo. Espera. Siento un niño en el vientre. Tengo un hijo nonato en el cerebro. ¡Palas Atenea! ¡Una función! ¡La función es la trampa! ¡Dejadme parir!

Se asió la frentepanza con ambas manos parteras.

—En cuanto a su familia, dijo Stephen, el nombre de su madre vive en el bosque de Arden. Su muerte le inspiró la escena con Volumnia en *Coriolanus.* La muerte de su

hijoniño es la escena de la muerte del joven Arturo en *El rey Juan.* Hamlet, el príncipe negro, es Hamnet Shakespeare. Quiénes son las niñas de *La tempestad,* de *Perides,* de *El cuento de invierno lo* sabemos. Quiénes eran Cleopatra, la olla de carne de Egipto, y Crésida y Venus podemos adivinarlo. Pero hay otro miembro de su familia que está registrado.

—La trama se enmaraña, dijo John Eglinton.

El bibliotecario cuáquero, trepidando, entró de puntillas, trepidante, la máscara, trepidante, apremiante, trepidante, trápala.

Puerta cerrada. Celda. Día.

Ascuchan. Tres. Ellos.

Yo tú él ellos. Vamos, reparte.

STEPHEN

Tenia tres hermanos, Gilbert, Edmund, Richard. Gilbert en su vejez contó a unos maestrantes que consiguió un pase por la cara de Maese Taquillero en cierta ocasión pardiobre que lo logró e que avistó a su germá Maese Wull el dramaturgo en Londes en un drama de pendencias con un hombre a la espalda. La mosquetería salchichera le llegó al alma a Gilbert. Él no aparece por ninguna parte; pero un tal Edmund y un Richard están registrados en las obras del dulce William.

MAGEEGLINJOHN
¡Nombres! ¿Qué hay en un nombre?

BEST
Ése es mi nombre, Richard, entiéndanme. Espero que diga algo bueno de Richard, entiéndanme, por respeto a mí.

(risas)

BUCKMULLIGAN

(piano, dimnuendo)

Entonces peroró el medicinante Dick

A su camarada medicinante Davy ...

STEPHEN

En su trinidad de aciagos Wills, los villanos cortabolsas, lago, Ricardo el jorobado, Edmund de *El rey Lear,* dos llevan el nombre de los malvados tíos. Otrosí, esa última obra se escribió o la estaba escribiendo mientras su hennano Edmund se moría en Southwark.

BEST

Espero que sea Edmund el que cargue con el mochuelo. No quiero que Richard, mi nombre .....

(risas)

LYSTERCUÁQUERO

(a tempo) Pero mi fama, quien ésa me robe .....

STEPHEN

(stringendo) Ha ocultado su propio nombre, un nombre hermoso, William, en las obras, un figurante aquí, un bufón allá, como el pintor de la vieja Italia que ponía su cara en un oscuro rincón del lienzo. Lo ha pregonado en los sonetos donde hay Will, voluntad, en exceso. Como John o'Gaunt su nombre le es muy querido, tan querido como el escudo y blasón por los que tanta coba dio, sobre banda de sable un spontón oro acerado argén, honorificabilitudinitatibus, más querido que la gloria de la más grande shakescena en el país. ¿Qué hay en un nombre? Eso es lo que nos preguntamos en la niñez cuando escribimos el nombre que nos han dicho es el nuestro. Una estrella, una estrelladiuma, una supemova, apareció en su nacimiento. Brillaba de día en los cielos solitaria, más brillante que Venus en la noche, y de noche brillaba sobre el delta de Casiopea, la constelación yacente que es la firma de su inicial entre las estrellas. Sus ojos la contemplaron, bajiemplazada en el horizonte, al este de la Osa, cuando caminaba por los aletargados campos estivales a medianoche de vuelta de Shottery y de sus brazos.

Ambos satisfechos. Yo también.

No les cuentes que tenía nueve años cuando se apagó.

Y de sus brazos.

Espera a ser cortejada y conquistada. Sí, acaponado. ¿Quién te cortejará a ti?

Lee el firmamento. *Autontimorumenos. Bous Stephanoumenos.* ¿Dónde está tu configuración? Stephen, Stephen, corta el pan con ten. S. D.: *sua donna. Già: di lui. Gelindo risolve di non amare S. D.*

—¿Qué es eso, Mr. Dedalus? preguntó el bibliotecario cuáquero. ¿Fue un fenómeno celeste?

—Una estrella de noche, dijo Stephen. Una columna de nube por el día.

¿Qué más se puede decir?

Stephen se miró el sombrero, el bastón, las botas.

Stephanos, mi corona. Mi espada. Sus botas me están deformando los pies. Compra un par. Agujeros en los calcetines. Pañuelo también.

—Hace buen uso del nombre, concedió John Eglinton. Su nombre en sí es bastante raro. Supongo que eso explica su fantástico humor.

El mío, Magee y Mulligan.

Fabuloso artífice. El hombre halconado. Te echaste a volar. ¿Adónde? Newhaven-Dieppe, pasajero de tercera. París y vuelta. Avefría. Ícaro. *Pater, ait.* De mar salpicado, caído, sin rumbo. Avefría eres. Avefría sé.

Mr. Best quedanhelantemente alzó su libro para decir:

—Eso es muy interesante porque el tema del hermano, entiéndanme, lo encontramos también en los viejos mitos irlandeses. Justo lo que dice usted. Los tres hermanos Shakespeare. En Grimm también, entiéndanme, los cuentos de hadas. El tercer hermano que siempre se casa con la bella durmiente y se lleva el mejor premio.

Best el mejor de los hermanos Best. Bueno, mejor, el mejor.

El bibliotecario cuáquero renqueó para acercarse.

—Me gustaría saber, dijo, a qué hermano usted.... Entiendo que está usted sugiriendo que hubo comportamiento indecente por parte de uno de los hermanos .... Pero ¿quizá me esté anticipando?

Se pilló a sí mismo con las manos en la masa: miró a todos: se refrenó.

Un ayudante desde la puerta llamó:

—¡Mr. Lyster! El Padre Dineen quiere ...

—¡Ah! ¡El Padre Dineen! En seguida.

Velozmente rectamente chirriando rectamente rectamente se fue rectamente.

John Eglinton retomó el rastro.

—Vamos, dijo. Oigamos lo que tiene usted que decirnos de Richard y Edmund. Los ha dejado para el final ¿no es así?

—Al pedirles que recuerden a esos dos nobles parientes sîyo Richie y siyo Edmund, contestó Stephen, me parece que les estoy pidiendo demasiado quizá. Un hermano se olvida tan fácilmente como un paraguas.

Avefría.

¿Dónde está tu hermano? En el Colegio de apotecarios. Mi mollejón. Él, luego Cranly, Mulligan, ahora éstos. Discursos, discursos. Pero actúa. Discursa la acción. Se burlan para probarte. Actúa. Actúa el discurso.

Avefría.

Estoy cansado de mi voz, la voz de Esaú. Mi reino por una copa.

Prosigue.

—Dirán que esos nombres estaban ya en las crónicas de donde sacaba los argumentos de sus obras. ¿Por qué sacó ésos en vez de otros? Richard, un hideputa jorobado, malengendro, le hace el amor a una enviudada Ann (¿qué hay en un nombre?), la corteja y la conquista, una viuda alegre hideputa. Richard el conquistador, tercer hermano, llegó después de William el conquistado. Los otros cuatro actos de esa obra quedan colgando descuidadamente del primero. De todos sus reyes Richard es el único rey no escudado del respeto de Shakespeare, el ángel del mundo. ¿Por qué la trama secundaria de *El rey Lear*

en la que Edmund figura arrancado de la *Arcadia* de Sidney se inserta aprisa y corriendo en una leyenda céltica más antigua que la historia?

—Ese era el estilo de Will, defendió John Eglinton. No debiéramos en nuestros días combinar una saga nórdica con extractos de una novela de George Meredith. *Que voukz-vous?* diría Moore. Él emplaza Bohemia a orillas del mar y hace que Ulises cite a Aristóteles.

—¿Por qué? se respondió Stephen a sí mismo. Porque el tema del hermano desleal o usurpador o adúltero o los tres en uno lo tendrá Shakespeare, y no a los pobres, siempre consigo. El detalle del destierro, destierro del corazón, destierro del hogar, suena ininterrumpidamente desde *Los dos caballeros de Verona* en adelante hasta que Próspero rompe su vara, la entierra un cierto número de brazas bajo tierra e inunda su libro. Se duplica a sí mismo a la mitad de su vida, se refleja en otro, se repite, prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe. Se repite de nuevo cuando está con un pie en la sepultura, cuando a su hija casada Susan, de tal palo tal astilla, se la acusa de adulterio. Pero fue el pecado original el que ensombreció su entendimiento, debilitó su voluntad y dejó en él una fuerte inclinación al mal. Palabras tomadas de los señores obispos de Maynooth. Un pecado original y, como pecado original, cometido por otro en cuyo pecado él también ha pecado. Está entre líneas en sus últimos escritos, está petrificado en su lápida bajo la cual los cuatro puntos cardinales de ella no han de yacer. El tiempo no lo ha marchitado. La belleza y la paz no lo han borrado. Existe por doquier en la variedad infinita del mundo que ha creado, en *Mucho ruido por nada,* dos veces en *Como gustéis,* en *La tempestad,* en *Hamlet,* en *Medida por medida* — y en todas las demás obras que no he leído.

Rió para liberar su mente de la servidumbre de su mente.

El magistrado Eglinton recapituló.

—La verdad está a medio camino, afirmó. Él es el espectro y el príncipe. Él está presente en todo.

—Lo está, dijo Stephen. El niño del acto primero es el hombre maduro del acto quinto. Todo en todo. En *Cimbelino,* en *Otelo* es alcahuete y cornudo. Actúa y es actuado. Amante de un ideal o una perversión, al igual que José mata a la verdadera Carmen. Su intelecto infatigable es el Iago furente incesantemente ávido de que el moro dentro de él sufra.

—¡Cuco! ¡Cuco! clocó obscenamente el cuquero Mulligan. ¡Ay! ¡Palabra temible!

La bóveda oscura recibió, resonó.

—¡Y qué personaje el de lago! profirió John Eglinton impasible. Dicho esto Dumas fils (o es Dumas pére) tiene razón. Después de Dios Shakespeare es el que más ha creado.

—El hombre no le place ni la mujer tampoco, dijo Stephen. Vuelve después de una vida de ausencia a ese lugar de la tierra donde nació, donde siempre ha sido, hombre y niño, testigo silencioso y allí, concluido el viaje de la vida, planta su morera en la tierra. Luego muere. Todo movimiento ha cesado. Unos sepultureros entierran a Hamlet *père y* a Hamlet *fils. Rey y* príncipe finalmente en la muerte, con música incidental. Y, aunque asesinado y traicionado, es llorado por todos los frágiles corazones tiernos pues, danés o dublinés, el dolor por los muertos es el único esposo de quien rehúsa divorciarse. Si les gusta el epílogo considérenlo con detenimiento: el próspero Próspero, el buen hombre recompensado, Lizzie, cachito de amor del abuelito, y sîyo Richie, el hombre malo que la justicia poética se He — va al lugar donde van los negros malos. Golpe de efecto. Encontró en el mundo de fuera como real lo que había en su mundo de dentro como posible. Maeterlinck dice: Si *Sócrates dVara su casa hoy encontraría al sabio sentado en el escalón de la puerta. Si judas saliera esta noche sería aludas adonde le dirigieran sus pa*sos. Cada vida es muchos días, día tras día. Andamos por nosotros mismos, encontrándonos con ladrones, espectros, gigantes, ancianos, jóvenes, esposas, viudas, cuñados-en-el-amor, pero siempre encontrándonos con nosotros mismos. El dramaturgo que escribió el folio de este mundo y lo escribió con urgencia (hizo para nosotros primero la luz y el sol dos días después), el señor de las cosas tal como son a quien los romanos más catoticos llaman dio *boia,* dios verdugo, es indudablemente el todo en todo en todos nosotros, mozo de cuadra y carnicero, y sería alcahuete y comudo también de no ser que en la economía del cielo, augurada por Hamlet, no hay más matrimonios, el hombre glorificado, ángel andrógino, es esposa de sí mismo.

—*¡Eureka!* exclamó Buck Mulligan. *¡Eureka!*

De pronto satisfecho se levantó de un salto y alcanzó de una zancada el escritorio de John Eglinton.

—¿Me permite? dijo. El Señor ha hablado a Malachi.

Empezó a garabatear en un trozo de papel.

Coge algunas fichas del mostrador cuando salgas. -Aquellos que están casados, dijo Mr. Best, heraldo templado, todos excepto uno, vivirán. El resto se quedará tal como está.

Rióse, licenciado en celibato, de Eglinton Johannes, en letras licenciado.

Célibes, desamados, en guardia contra asechanzas, cada cual siguiendo con el dedo en la noche su edición vanorum de *La fierecilla domada*.

—Es usted ilusivo, dijo John Eglinton sin rodeos a Stephen. Nos ha traído hasta aquí para mostramos un triángulo amoroso. ¿Se cree usted su propia teoría?

—No, dijo Stephen prontamente.

—¿La va a escribir usted? preguntó Mr. Best. Debería hacer de ella un diálogo, sabe usted, como los diálogos platónicos que Wilde escribió.

John Eclécticon sonrió doblemente.

—Bueno, en ese caso, dijo, no veo por qué habría de esperar que le pagasen por ello ya que no se lo cree ni usted mismo. Dowden cree que hay algo misterioso en *Hamlet* pero se niega a decir más. Herr Bleibtreu, el hombre que Piper conoció en Berlín, que está desarrollando esa teoría de Rutland, cree que el secreto está oculto en el sepulcro de Stratford. Va a ir a visitar al duque actual, dice Piper, para demostrarle que fue su antepasado el que escribió esas obras. Será una sorpresa para su señoría. Pero él sí cree en su teoría.

Creo, oh Señor, ayuda a mi poca fe. Es decir, ayúdame a creer ¿o ayúdame a descreer? ¿Quién ayuda a creer? *Egomen*. ¿Quién a descreer? Otro colega.

—Es usted el único colaborador de *Dana* que pide monedas de plata. Además no sé nada del próximo número. Fred Ryan quiere espacio para un artículo sobre economía.

Freidraian. Dos monedas de plata me prestó. Capear el temporal. Economía.

—Por una guinea, dijo Stephen, puede usted publicar esta entrevista.

Buck Mulligan se levantó de su risible garabateo, riendo: y dijo entonces gravemente, almibarando malicia:

—Fui a visitar al bardo Kinch en su residencia veraniega de Upper Mecklenburgh Street y lo encontré sumido en el estudio de *Summa contra Gentiles* en compañía de dos damas gonorreicas, Nelly la Fresca y Rosalie, la puta del muelle del carbón.

Se interrumpió.

—Vamos, Kinch. Vamos, el Aengus errante de las aves.

Vamos, Kinch. Te habrás comido todo lo que dejamos. Sí. Te serviré tus sobras y despojos.

Stephen se levantó.

La vida es muchos días. Éste se acabará.

—Le veremos a usted esta noche, dijo John Eglinton. *Notre ami* Moore dice que Malachi Mulligan tiene que estar allí.

Buck Mulligan agitó con orgullo la ficha y el panamá.

—Monsieur Moore, dijo, disertante de jodología francesa para la juventud de Irlanda. Allí estaré. Vamos, Kinch, los bardos han de beber. ¿Puedes andar derecho?

Riendo, le ....

De copeo hasta las once. Diversión de las noches irlandesas.

Payaso ....

Stephen siguió a un payaso ...

Un día en la biblioteca nacional estuvimos discutiendo. Shakes. Después. Su espalda de paya: le seguí. Hasta los callos piso de su calcañar.

Stephen, saludando, luego completamente abatido, siguió a un payaso mamarracho, a una cabeza repeinada, recienbarbeado desde la celda abovedada a la arrolladora luz del día de la sinrazón.

¿Qué he aprendido? ¿De ellos? ¿De mí?

Anda como Haines ahora.

La sala de lectores asiduos. En el registro de entrada Cashel Boyle O;Connor Fitzmaunce Tisdall Farrell rubrica sus polisílabos. ítem: ¿estaba loco Hamlet? La mollera del cuáquero piadosamente con un cunlla en charla libresca.

—Ah, cómo no, señor ..... Será un placer ....

Ristolero reflexionó Buck Mulligan con un placentero murmullo, ratificándose:

—Culo complacido.

El tomiquete.

¿Acaso es ése ...? ¿Sombrero azulnbeteado ...? ¿Escribiendo despreocupadamente ...? ¿Qué? .... ¿Miró ...?

La balaustrada curva: Mincio suavedeslizante.

Puck Mulligan, panamaencasquetado, avanzó paso a paso, yambeando, salmeando:

—John Eglinton, mi joyón, John,

¿Porqué no desposas una esposa?
Espurrió al aire:

—¡Oh, el chino chin mentón! Men Ton Eg Lin Ton. Nos llegamos a ese teatrucho que tienen, Haines y yo, en el Centro de los fontaneros. Nuestros actores están creando un nuevo arte para Europa como los griegos o M. Maeterlinck. ¡Abbey Theatre! Olfateo el sudor pubiano de los monjes.

Escupió en chupinazo.

Olvidé: no más de lo que olvidó la paliza que Lucy el piojoso le propinó. Y abandonó a la *femme de trente ans. ¿Y* por qué no hubo otros hijos? ¿Y su primer hijo una niña?

Contrición. Vuelve.

El recluso obstinado está aún ahí (está en todo) y el templado doncel, capricho de amor, rubio cabello acanciable de Fedón.

Hm ... yo sólo hm .... quería ... olvidé ... hm ...

—Longworth y M'Curdy Atkinson estaban allí ...

Puck Mulligan llevó el compás con destreza, trinando:

—Apenas oigo d llanto del garapito
o a un guripa hablar despacito
cuando ya me lleva la razón
a F. M'Curdy Atkinson,
aquel que de palo tenía la pata
el mismo que con falda escocesa era pirata
que por beber siempre tuvo vocación,
Magee el de jeta chin mentón.
Porque en la tierra de casarse recelaban
Incesantes como monos se masturbaban.

Sigue con las mamarrachadas. Conócete a ti mismo.

Detenido, abajo, inquisidor me mira. Me detengo.

—Retorcido gemebundo, gimoteó Buck Mulligan. Synge ha dejado el luto para ser como la naturaleza. Sólo los cuervos, los curas y el carbón inglés son negros.

Una risa se trastabilló en sus labios.

—A Longworth le dan náuseas, dijo, después de lo que escribiste sobre esa vieja cotilla Gregory. ¡Ay de ti borracho judeojesuítico inquisitorial! Te consigue ella un trabajo en el periódico y agarras y te tiras como un perro contra el baboseo de la comesantos. ¿No podrías haberlo hecho al estilo de Yeats? Prosiguió adelante y hacia abajo, gesticulando, salmodiando con gráciles brazos al aire:

—El libro más bello que jamás haya creado nuestro país en mis tiempos. Uno llega a pensar en Homero.

Se paró al pie de la escalera.

—He concebido una comedia para los retorcidos, dijo solemnemente.

La columnata de la galería morisca, sombras trenzadas. Para siempre se fueron las

danzas morunas de los nueve hombres con gorras de fichas.

Con voces dulcemente variadas Buck Mulligan leyó en su tablilla:

—A cada cual su esposa
o
Luna de miel en la mano
(inmoralidad nacional en tres orgasmos)
por
Huevones Mulhgan

Lanzó una sonrisita feliz de gracioso a Stephen, diciendo:

—El disfraz, me temo, se transparenta. Pero escucha.

Leyó, *marcato:*

—Personajes:

TOBY PAJA (polaco perdido)

LADILLAS (bandolero)

MEDICINANTE POLLA

y (dos pájaros de un tiro)

MEDICINANTE DAVY

TÍA GROGAN (la que trae el agua)

NELLY LA FRESCA

y

ROSALE (puta del muelle del carbón)

Se rió, columpiando una cabeza de un lado a otro, prosiguiendo, seguido de Stephen: y regocijadamente le contaba a las sombras, almas de hombres:

—¡Ah, aquella noche en el Camden Hall cuando las hijas de Erín tuvieron que remangarse las faldas para pasar por encima de ti cuando yacías en tu vómito morado, multicolor, multitudinario!

—El más inocente hijo de Erín, dijo Stephen, por el que jamás se las hayan remangado.

A punto de atravesar la entrada, sintiendo a alguien detrás, se echó a un lado.

Marcharse. El momento es ahora. ¿Adónde después? Si Sócrates dejara su casa hoy, si judas saliera esta noche. ¿Por qué? Eso está ahí en el espacio a lo que yo con el tiempo tendré que enfrentarme, ineluctablemente.

Mi voluntad: su voluntad me afronta. Mares de por medio.

Un hombre pasó hacia fuera entre los dos, inclinándose deferente, saludando.

—Buenos días de nuevo, dijo Buck Mulligan.

El atrio.

Aquí observé a las aves como augurios. Aengus el de las aves. Se van, vuelven. Anoche volé. Fácilmente volé. Los hombres se asombraron. Calle de rameras después. Un melón cremoso sostuvo contra mí. Dentro. Ya verás.

—El judío errante, susurró Buck Mulligan con temor reverencial de clown. ¿Viste su mirada? Te miró con ojos de deseo. Os temo, viejo marinero. Ay, Kinch, estáis en peligro. Conseguíos un cojinete para los calzones.

A la manera de Oxenford.

Día. Sol carretillado sobre arco de puente.

Una espalda oscura caminaba por delante de ellos, paso de leopardo, bajaba, salía por la cancela, bajo los espinos forjados de la verja.

Ellos la siguieron.

Oféndeme aún más. Continúa hablando.

Aire benigno definía las aristas de las casas de Kildare Street. No hay pájaros. Frágiles desde los tejados dos penachos de humo ascendían, empenachados, y en una falla de suavidad eran soplados suavemente.

Cesa en tu esfuerzo. La paz de los sacerdotes druídicos de Cimbelino: hierofante: desde

la vasta tierra desplegada un altar.

Loemos a los dioses
y que los humos sinuosos trepen a sus narices
desde nuestros sacros altares.

10

El superior, el muy reverendo John Conmee S. J. volvió a acomodar su reloj plano en el bolsillo interior mientras bajaba los escalones del presbiterio. Las tres me nos cinco. Tiempo suficiente para ir andando hasta Artane. ¿Cómo era que se llamaba ese chico? Dignam. Sí. *Vere dignum et iustum est.* El Hermano Swan era la persona indicada. La carta de Mr. Cunningham. Sí. Complacerle, a ser posible. Buen católico practicante: útil para la época de misiones.

Un marinero con una sola pierna, columpiándose al avanzar en perezosas sacudidas de sus muletas, gruñía unas notas. Se paró con una sacudida ante el convento de las hermanas de la caridad y alargó una gorra de visera limosnera al muy reverendo John Conmee S. J. El Padre Conmee lo bendijo abandonándolo al sol que más calienta pues su bolsa contenía, como bien sabía él, una sola corona de plata.

El Padre Conmee cruzó hacia Mountjoy Square. Pensó, pero no por mucho tiempo, en soldados y marineros, cuyas piernas habían sido arrancadas por balas de cañón, y terminaban sus días en el pabellón de indigentes, y en las palabras del cardenal Wolsey: *Si hubiera servido a mi Dios como he servido a mi rey no me habría Él abandonado en la vejez.* Caminó bajo la sombra arbórea de hojas en parpadeo solar: y hacia él avanzaba la esposa de Mr. David Sheehy Miembro del Parlamento.

—Muy bien, desde luego, Padre. ¿Y usted, Padre?

El Padre Conmee estaba muy pero que muy bien desde luego. Iría a Buxton seguramente a tomar las aguas. Y sus chicos ¿iban bien en Belvedere? ¿De veras? El Padre Conmee se alegraba desde luego de oírlo. ¿Y Mr. Sheehy en persona? Aún en Londres. La cámara aún en sesión, pues claro que sí. Un tiempo ideal que hacía, delicioso desde luego. Sí, era muy probable que el Padre Bemard Vaughan viniera de nuevo a predicar. Sí, sí: un éxito extraordinario. Un hombre excepcional realmente.

El Padre Conmee se alegraba mucho de ver a la esposa de Mr. David Sheehy Miembro del Parlamento con tan buen aspecto y le rogaba diera recuerdos a Mr. David Sheehy Miembro del Parlamento. Sí, por supuesto que les haría una visita.

—Buenas tardes, Mrs. Sheehy.

El Padre Conmee se quitó el sombrero de seda y sonrió, al despedirse, a las cuentas de azabache de la mantilla con irisaciones de tinta al sol. Y sonrió una vez más, al marcharse. Se había cepillado los dientes, como bien sabía él, con buyo.

El Padre Conmee caminó y, al caminar, sonrió pues pensó en los ojos graciosos y en el acento chulapo londinense del Padre Bernard Vaughan.

—¡Eh! ¡Pilatos! ¿Por qué no ablandas a esa chusma chusca?

Hombre fervoroso, no obstante. Realmente lo era. Y realmente hacía el bien a su modo. Sin ningún género de dudas. Amaba a Irlanda, decía, y amaba todo lo irlandés. De buena familia además ¿quién lo hubiera imaginado? Eran galeses ¿no?

Ah, que no se le olvidara. Esa carta al padre provincial.

El Padre Conmee detuvo a tres pequeños escolares en la esquina de Mountjoy Square. Sí, eran de Belvedere. De primaria. Aajá. ¿Y eran buenos en el colegio? Vaya. Eso estaba pero que muy bien. ¿Y cómo se llamaba? Jack Sohan. ¿Y éste? Ger. Gallaher. ¿Y este otro hombrecito? Se llamaba Brunny Lynam. Vaya, qué nombre más bonito.

El Padre Conmee se sacó una carta del pecho y dándosela al señorito Brunny Lynam señaló el buzón rojo en la esquina de Fitzgibbon Street.

—Pero mucho cuidado con no echarte tú dentro del buzón, hombrecito, dijo.

Los niños seisfisgaron al Padre Conmee y rieron:

—No, no, Padre.

—Bien, pues a ver si sabes echar una carta, dijo el Padre Conmee.

El señorito Brunny Lynam cruzó la calle corriendo y metió la carta del Padre Conmee al padre provincial por la boca del buzón rojo vivo. El Padre Conmee sonrió y asintió y sonrió y prosiguió a lo largo de Mountjoy Square East.

Mr. Denis J. Maginm, profesor de baile etc., con sombrero de copa, levita color pizarra con vueltas de seda, plastrón blanco, pantalones lavanda ceñidos, guantes canarios y botas en punta de charol, andando con grave apostura se echó muy respetuosamente hacia el bordillo al pasar al lado de Lady Maxwell en la esquina de Dignam's Court.

¿No era ésa Mrs. M'Guinness?

Mrs. M'Guinness, majestuosa, cabelloplateada, hizo una leve inclinación hacia el Padre Conmee desde la acera del otro lado por la que bogaba. Y el Padre Conmee sonrió y saludó. ¿Qué tal estaba?

Qué andares más elegantes tenía. Como Mary, la reina escocesa, nada menos. ¡Y pensar que era prestamista! ¡Vaya, hombre! Con ese semblante tan ... ¿cómo diría? .... tan de reina.

El Padre Conmee bajó por Great Charles Street y echó un vistazo a la iglesia protestante totalmente cerrada a su izquierda. El licenciado reverendo T. R Greene predicará (Deo volente). El beneficiado le llamaban. Al Padre Conmee sí que le beneficiaría decir unas cuantas cosas. Pero hay que tener caridad. Ignorancia invencible. Actuaban de acuerdo con sus luces.

El Padre Conmee dobló la esquina y caminó por North Circular Road. Era extraño que no hubiese una línea de tranvías en una vía pública tan importante. Indudablemente debería haberla.

Una caterva de escolares puestos de cartera cruzó desde Richmond Street. Todos se quitaron las gorras desaliñadas. El Padre Conmee los saludó repetidas veces benignamente. Chicos de las Escuelas Cristianas.

El Padre Conmee olió a incienso a mano derecha mientras caminaba. Iglesia de Saint Joseph, Portland Row. Para mujeres mayores y virtuosas. El Padre Conmee se quitó el sombrero ante el Sagrado Sacramento. Virtuosas: pero también en ocasiones desagradables.

Cerca de la mansión Aldborough el Padre Conmee pensó en aquel noble derrochador. Y ahora oficinas o algo parecido. El Padre Conmee comenzó a caminar por North Strand Road y fue saludado por Mr. William Gallagher de pie a la puerta de su establecimiento. El Padre Conmee saludó a Mr. William Gallagher y percibió los olores que despedían las hojas de panceta y las anchas orzas de mantequilla. Pasó por donde Grogan el estanquero contra cuya pared se apoyaban tablones de noticias que decían de una catástrofe horrenda en Nueva York. En América esas cosas pasaban constantemente. Una desgracia que la gente muera de esa manera, sin preparar. Sin embargo, un acto de contrición perfecta.

El Padre Conmee pasó por la taberna de Daniel Bergin contra cuya ventana ganduleaban dos desocupados. Le saludaron y fueron saludados.

El Padre Conmee pasó por la funeraria de H. J. O'Neill donde Kelleher Copetón sumaba cantidades en el libro-diario mientras masticaba una brizna de paja. Un guardia en su ronda saludó al Padre Conmee y el Padre Conmee saludó al guardia. En Youkstetter, la tocinería, el Padre Conmee observó los embutidos de cerdo, blanco y negro y rojo, que se extendían ordenadamente enroscados en tubos. Fondeada bajo los árboles de Charleville Mall el Padre Conmee vio una gabarra de turba, un caballo de tiro con la cabeza gacha, un gabarrero con sombrero de paja sucia sentado en medio de la barca, fumando y embelesado con una rama de álamo encima de él. Aquello era idílico: y el Padre Conmee reflexionó sobre la providencia del Creador que había hecho que la turba estuviera en los pantanos donde los hombres podían extraerla y acarrearla a la ciudad o a la aldea para hacer fuego en los hogares de los pobres.

En el puente de Newcomen el muy reverendo John Conmee S. J. de la iglesia de Saint Francis Xavier, en Upper Gardiner Street, se subió a un tranvía con destino a las afueras.

De un tranvía con destino al centro se bajó el reverendo Nicholas Dudley coadjutor de la iglesia de Saint Agatha, en North William Street, en el puente de Newcomen.

En el puente de Newcomen el Padre Conmee se subió a un tranvía con destino a las afueras porque le desagradaba recorrer a pie el camino cutre que cruzaba Mud Island.

El Padre Conmee se sentó en una esquina del tranvía, el billete azul remetido cuidadosamente en el ojal de un orondo guante de cabritilla, mientras que cuatro chelines,

una moneda de seis-peniques y cinco peniques se deslizaron de la palma del otro orondo guante al monedero. Al pasar por la iglesia de hiedra reflexionó en que el revisor solía hacer su visita justo cuando descuidadamente habías tirado el billete. La solemnidad de los ocupantes del coche le pareció al Padre Conmee excesiva para un trayecto tan corto y barato. Al Padre Conmee le gustaba el decoro campechano.

El día era agradable. El caballero de las gafas enfrente del Padre Conmee había terminado una explicación y bajó la mirada. Su mujer, supuso el Padre Conmee.

Un bostezo minúsculo abrió la boca de la mujer del caballero de las gafas. Se llevó un puño menudo enguantado a la boca, bostezó con exquisita discreción, tabaleando con el puño menudo enguantado en la boca que se le abría y sonrió minúsculamente, dulcemente.

El Padre Conmee percibió su perfume en el coche. Percibió también que el hombre premioso al otro lado de ella iba sentado en el borde del asiento.

El Padre Conmee en el comulgatorio colocó la hostia con dificultad en la boca del viejo premioso de la cabeza temblona.

En el puente de Annesley se detuvo el tranvía y, cuando estaba a punto de iniciar la marcha, una vieja se levantó repentinamente de su sitio para apearse. El cobrador tiró de la correa del timbre para detenerle el coche. Fue saliendo con un cesto y una bolsa de la compra: y el Padre Conmee vio al cobrador ayudarla a bajar a ella a su bolsa y a su cesto: y el Padre Conmee pensó que, como casi se había pasado del trayecto de a penique, debía de ser una de esas pobres almas a las que siempre había que repetirles vaya en paz, h& mía, que ya han sido absueltas, rece por mí. Pero tenían tantas preocupaciones en la vida, tantos desvelos, pobres criaturas.

Desde las vallas publicitarias Mr. Eugene Stratton hacía una mueca con gordos labios perrengues al Padre Conmee.

El Padre Conmee pensó en las almas de negros y cobrizos y amarillos y en su sermón sobre San Pedro Claver S. J. y las misiones en África y en la propagación de la fe y en los millones de almas negras y cobrizas y amarillas que no habían recibido el bautismo de agua cuando les llegase la última hora como ladrón en mitad de la noche. Ese libro del jesuita belga, *Le* Nombre des Élus, le parecía al Padre Conmee un planteamiento razonable. Eran millones de almas humanas las creadas por Dios a Su imagen y semejanza a quienes la fe (Deo volente) no les había llegado. Pero eran almas de Dios, creadas por Dios. Al Padre Conmee le parecía una pena que todas se perdieran, una gran pérdida, si se puede decir.

En la parada de Howth Road el Padre Conmee se apeó, fue saludado por el cobrador y saludó a su vez.

Malahide Road estaba tranquilo. Le agradaba al Padre Conmee, tanto la calle como el nombre. Campanas festivas repicaban en la alegre Malahide. Lord Talbot de Malahide, con derecho hereditario al Almirantazgo de Malahide y mares adyacentes. Luego vino la llamada a las armas y ella fue virgen, esposa y viuda en un mismo día. Aquellos tiempos antiguos fueron buenos tiempos, tiempos de lealtad en pueblos festivos, viejos tiempos en la baronía.

El Padre Conmee, andando, pensó en su librillo *Viejos tiempos en la baronía* y en el libro que podría escribirse sobre casas de jesuitas y en Mary Rochfort, hija de Lord Molesworth, primera condesa de Belvedere.

Una dama lánguida, ya no joven, caminaba solitaria por la orilla del Lough Ennel, Mary, primera condesa de Belvedere, andando lánguidamente al atardecer, sin sobresaltarse cuando una nutria se zambulló. ¿Quién podía conocer la verdad? ¿No el celoso Lord Belvedere ni tampoco su confesor si no había cometido adulterio enteramente, *eiaculatio serninis inter vas naturale mulieris,* con el hermano de su esposo? Se habría confesado a medias si no hubiera del todo pecado como las mujeres hacían. Sólo Dios lo sabía y ella y él, el hermano de su esposo.

El Padre Conmee pensó en esa incontinencia tiránica, necesaria sin embargo para la raza humana sobre la tierra, y en los caminos de Dios que no eran nuestros caminos.

Don Juan Conmee caminaba y se movía en tiempos de antaño. Era humanitario y enaltecido además. En la mente portaba secretos confesados y sonreía a caras nobles sonrientes en salones encerados, techados con rebosantes racimos de fintas. Y las manos de una novia y de un novio, noble con noble, fueron trabadas por Don Juan Conmee.

Hacía un día adorable.

La portalada de un campo le mostraba al Padre Conmee un vasto espacio de coles, que le hacían reverencias con anchas hojas arranadas. El cielo le mostraba un hato de nubecillas blancas cayendo lentamente con el viento. Moutonner, decían los franceses. Palabra precisa y entrañable.

El Padre Conmee, leyendo los oficios, contempló un hato de aborregadas nubes sobre Rathcoffey. Le cosquillaba los tobillos finamente calcetados el rastrojo del campo de Clongowes. Paseaba por allí, leyendo al atardecer, y oía el bullicio de las filas de niños en sus juegos, bullicio juvenil en el tranquilo atardecer. Él era su rector: su reinado era apacible.

El Padre Conmee se quitó los guantes y sacó el breviario de cantos rojos. Un registro marfil le señalaba la página.

Nonas. Debería haberlas leído antes del almuerzo. Pero Lady Maxwell había venido.

El Padre Conmee leyó para sí el Pater y el Ave y se santiguó. *Deus in adiutorium.*

Caminó calmosamente y leyó mudamente las nonas, caminando y leyendo hasta llegar a Res en Beati immaculati:

Principium verborum tuorum veritas: in eternum omnia iudicia iustitias tuae.

Un joven ruborizado salió por el hueco de un seto y tras él venía una joven con unas margaritas silvestres cabeceando en la mano. El joven se quitó la gorra precipitadamente: la joven se inclinó con precipitación y con sumo cuidado se desprendió de la falda liviana una brizna pegada.

El Padre Conmee los bendijo a ambos gravemente y pasó una fina página de su breviario. *Sin:*

—Principes persecuti sunt me gratis: et a verbis tuis formidavit cor meum.

Kelleher Copetón cerró el dilatado libro-diario y echó un vistazo con los ojo, caídos a una tapa de ataúd de pino de guardia en un rincon. Se irguió con esfuerzo, aproximose a la misma y, girándola sobre su eje, observó la forma y los adornos de latón. Masticando la brizna de paja apartó la tapa del ataúd y se acercó a la entrada. Allí ladeó el ala del sombrero para darse sombra en los ojos y se apoyó contra el quicio de la puerta, mirando despreocupadamente hacia fuera.

El Padre John Conmee se subió al tranvía de Dollymount en el puente de Newcomen.

Kelleher Copetón entrecruzó las botas de pies grandes y se quedó con la mirada perdida, el sombrero ladeado para delante, masticando la brizna de paja.

El guardia 57C, en su ronda, se paró a dejar pasar el tiempo.

—Hace un día magnífico, Mr. Kelleher.

—Sí, dijo Kelleher Copetón.

—Muy pesado, dijo el guardia.

Kelleher Copetón lanzó un arqueado chorro silencioso de jugo de paja por la boca mientras que un brazo blanco generoso desde una ventana de Eccles Street arrojaba una moneda.

—¿Qué se cuenta? preguntó.

—Vi a ese individuo de marras anoche, dijo el guardia bajando la voz.

Un marinero con una sola pierna muleteó por la esquina de MacConnell, bordeó el puesto de helados de Rabaiotti, y se fue dando sacudidas Eccles Street arriba. Hacia Larry O'Rourke, en mangas de camisa en su puerta, gruñó con aversión:

—Por Inglaterra ....

Se columpió violentamente con un vaivén hacia delante pasando a Katey y Boody Dedalus, se detuvo y gruñó:

—el hogary la belleza.

A la cara blanca agobiada de preocupaciones de J. J. O'Molloy se le dijo que Mr. Lambert estaba en el almacén con una visita.

Una señora gruesa se paró, sacó una moneda de cobre del bolso y la echó en la gorra que le extendían. El marinero refunfuñó las gracias, echó un vistazo agriado a las ventanas que lo ignoraban, hundió la cabeza y se columpió hacia delante cuatro zancadas.

Se detuvo y gruñó malhumoradamente:

—*Por Inglaterra .....*

Dos granujillas descalzos, chupando largos cordones de regaliz, se detuvieron cerca de él, mirándole boquiabiertos el muñón con babeantes bocas babiamarillas.

Se columpió hacia delante con vigorosos sacudiones, se detuvo, levantó la cabeza hacia una ventana y lanzó un aullido profundo:

—*el hogar y la belleza.*

El dulce silbido gorjeante alegre del interior continuó un compás o dos, cesó. La cortinilla de la ventana se descorrió. Una tarjeta *Apartamentos sin amueblar* resbaló de la corredera y cayó. Un generoso brazo orondo desnudo destelló, se vio, emergió del corpiño de unas enaguas de tensos tirantes blancos. Una mano de mujer lanzó una moneda por encima de la verja de la entrada al sótano. Cayó en la acera.

Uno de los granujillas corrió hacia ella, la recogió y la dejó caer en la gorra del ministrer, al tiempo que decía:

—Tenga, señor.

Kate y Boody Dedalus entraron dando un empujón a la puerta de la cocina cargada de vapor.

—¿Empeñaste los libros? preguntó Boody.

Maggy al fogón sumergió un par de veces con el mecedor una masa grisácea bajo las jabonaduras burbujeantes y se limpió la frente.

—No daban nada por ellos, dijo ella.

El Padre Conmee caminaba por los campos de Clongowes, los tobillos finamente calcetados cosquillados por el rastrojo.

—¿Dónde lo intentaste? preguntó Boody.

—En M'Guinness.

Boody dio una patada en el suelo y tiró la cartera encima de la mesa.

—¡Que la zurzan a esa cara de pandero! exclamó.

Katey fue al fogón y miró con ojos entrecerrados.

—¿Qué hay en la caldera? preguntó. —Camisas, dijo Maggy.

Boody protestó airada:

—Mecachis ¿es que no tenemos nada que comer?

Katey, levantando la tapadera de la cacerola con un pliegue de la falda manchada, preguntó:

—¿Y qué hay aquí?

Una humareda espesa salió impetuosamente cómo respuesta.

—Sopa de guisantes, dijo Maggy.

—¿Dónde te hiciste con ella? preguntó Katey.

—La Hermana Mary Patrick, dijo Maggy.

El portero tocó la campana.

—¡Talán!

Boody se sentó a la mesa y dijo hambrientamente:

—¡Trae para acá!

Maggy vertió sopa espesa amarilla de la cacerola en un cuenco. Katey, sentada enfrente de Boody, dijo quedamente, mientras que la punta de su dedo se llevaba a la boca migajas sueltas:

—Suerte que tenemos eso. ¿Dónde está Dilly?

—Fue a buscar a padre, dijo Maggy.

Boody, migando trozos grandes de pan en la sopa amarilla, añadió:

—Padre nuestro que no estás en los cielos.

Maggy, vertiendo sopa amarilla en el cuenco de Katey, prorrumpió:

—¡Boody! ¡Por Dios!

Un esquife, un prospecto arrugado, Elías vuelve, surcaba suavemente el Liffey corriente abajo, por debajo del puente de la línea de circunvalación, disparado en los rápidos donde el agua lame contra los pilares del puente, navegando hacia el este dejando atrás cascos y capones, entre el viejo embarcadero de la Aduana y George's Quay.

La chica rubia del establecimiento Thomton arropó la cesta de mimbre con fibras crujientes. Boylan Botero le tendió la botella envuelta en papel de seda rosa y un tarro pequeño.

—Meta éstos primero ¿quiere? dijo.

—Sí, señor, dijo la chica rubia. Y la fruta arriba.

—Así está bien, de rechupete, dijo Boylan Botero.

Distribuyó las peras gordas ordenadamente, cabezas con rabos, y entre ellas melocotones maduros sonrosados.

Boylan Botero anduvo de acá para allá con sus zapatos nuevos color canela por la tienda frutiolorosa, cogiendo las frutas, rojos tomates tempranos jugosos orondos y abolsados, oliscando olores.

H.E.L.Y.S desfilaron ante él, blancoenchisterados, dejando atrás Tangier Lane, caminando penosamente hacia su meta.

Se dio la vuelta repentinamente ante una canastilla de fresas, sacó un reloj de oro de la faltriquera del chaleco y lo extendió en toda la longitud de la cadena.

—¿Lo puede enviar por tranvía? ¿Ahora?

Una figura dorsoscura bajo Merchants' Arch hojeaba libros en el tenderete de un vendedor ambulante.

—Por supuesto, señor. ¿Es en la ciudad?

—Sí, sí, dijo Boylan Botero. A diez minutos.

La chica rubia le entregó un marbete y un lápiz.

—¿Querría escribir la dirección, señor?

Boylan Botero en el mostrador escribió y empujó el marbete hacia ella.

—Envíelo de inmediato ¿quiere? dijo. Es para una inválida.

—Sí, señor. En seguida, señor.

Boylan Botero hizo repiquetear monedas cascabeleras en el bolsillo de su pantalón.

—¿A cuánto asciende la dolorosa? preguntó.

Los delgados dedos de la chica rubia contaron las piezas de fruta.

Boylan Botero miró por el escote de la blusa. Una pollita. Tomó un clavel rojo del esbelto florero.

—¿Para mí éste? preguntó galantemente.

La chica rubia lo miró de soslayo, va de punta en blanco, la corbata algo torcida, sonrojándose.

—Sí, señor.

Inclinándose picaruelamente volvió a contar peras gordas y melocotones sonrojados.

Boylan Botero volvió a mirar dentro de la blusa con más regodeo, el tallo de la flor roja entre los dientes sonrientes.

—¿Puedo decirle un par de cosas a su teléfono, mi niña? preguntó taimadamente.

—*Ma!* dijo Almidano Artifoni.

Contempló por encima del hombro de Stephen la molondra nudosa de Goldsmith.

Dos coches atestados de turistas pasaron lentamente, las mujeres delante, empuñando el pasamanos. Rostros pálidos. Los brazos de los hombres con naturalidad alrededor de las formas encogidas de ellas. Alejaron la mirada del Tnnity y la dirigieron al soportal de columnatas cegadas del banco de Irlanda donde las palomas zuuureaban.

Anch'io ho avuto di queste idee, dijo Almidano Artifoni, *quand' ero giovine come Leí. Eppoi mi sono convinto che il mondo è una bestia. È peccato. Perchè la sua voce .... sarebbe un cespite di rendita, via. Invece, Lei si sacrifica.*

—*Sacrifizio incruento,* dijo Stephen sonriendo, haciendo oscilar la vara de fresno en

lento balanceo por el centro, grácilmente.

—*Speriamo*, dijo la cara redonda amostachada placenteramente. *Ma, dia: retta a me. Ci rifletta.*

Junto a la adusta mano pétrea de Grattan, mandando parar, un tranvía de Inchicore descargó soldados en desorden de una banda de las tierras altas de Escocia.

—*Ci rifletterò,* dijo Stephen recorriendo con la mirada la apretada pemera del pantalón.

—*Ma, sul serio eh?* dijo Almidano Artifoni.

Su gruesa mano cogió firmemente la de Stephen. Ojos humanos. Contemplaron con curiosidad un instante y se desviaron apresuradamente hacia un tranvía de Dalkey.

—*Eccolo,* dijo Almidano Artifoni con amigable premura. *Venga a trovarmi e ci pensi. Addio, caro.*

Arrivederla, maestro, dijo Stephen, quitándose el sombrero cuando la mano quedó suelta. *Egrazie.*

—*Di che?* dijo Almidano Artifoni. *Scusi eh? Tante belle cose!*

Almidano Artifoni, levantando una batuta de enrolladas partituras a modo de señal, trotó con recios pantalones tras el tranvía de Dalkey. En vano trotó, haciendo señales en vano entre la bulla de escoceses de rodillas desnudas que contrabandeaban instrumentos de música por la verja del Trinity.

Miss Dunne ocultó el ejemplar de *La mujer de blanco* de la biblioteca de Capel Street en el fondo del cajón y enrolló una hoja de papel llamativo en el carro de su máquina de escribir.

Hay demasiado misterio en el libro. ¿Quiere a ésa, a Manon? Lo devolveré y sacaré otro de Mary Cecil Haye.

El disco salió disparado ranura abajo, se bamboleó un ratito, cesó y los miró extasiado: seis.

Miss Dunne tecleó en el teclado:

—16 de junio de 1904.

Cinco hombres-anuncio blancoenchisterados por entre la esquina de Monypeny y el pedestal donde no estaba la estatua de Wolfe Tone, anguilearon para darle la vuelta a H.E.L.Y'S y se retiraron con penoso caminar por donde habían venido.

Luego clavó la mirada en el gran cartel de Mane Kendall, adorable vedette, y arrellanándose lánguidamente, garabateó en el cuaderno varios dieciséis y eses mayúsculas. Cabello mostaza y mejillas repintadas. No es muy agraciada ¿verdad? La forma en que se levanta esa menudencia de falda. A saber si estará ése en el concierto de la banda esta noche. Si pudiera conseguir que esa modista me hiciera una falda concertina como la de Susy Nagle. Son de impresión. Shannon y toda la gente bien del club náutico no le quitaban los ojos de encima. Quiera Dios que no me tenga aquí hasta las siete.

El teléfono sonó groseramente al lado de su oído.

—Diga. Sí, señor. No, señor. Los llamaré después de las cinco. Sólo esos dos, señor, para Belfast y Liverpool. Muy bien, señor. Entonces me puedo marchar después de las seis si usted no ha vuelto. A las y cuarto. Sí, señor. Veintisiete chelines con seis. Se lo diré. Sí, una, siete, seis.

Garabateó tres cifras en un sobre.

—¡Mr. Boylan! ¡Oiga! Ese caballero del Sport vino preguntando por usted. Mr. Lenehan, sí. Dijo que estaría en el Ormond a las cuatro. No, señor. Sí, señor. Les llamaré después de las cinco.

Dos caras sonrosadas se volvieron a la flama de la antorcha minúscula.

—¿Quién va? preguntó Ned Lambert. ¿Eres Crotty?

—Ringabella y Crosshaven, replicó una voz a tientas buscando pie.

—Hola, Jack ¿es usted? dijo Ned Lambert, levantando en señal de saludo un cimbreante listón entre los arcos tremolantes. Venga. Cuidado no tropiece.

La cerilla en la mano levantada del clérigo se consumió en una larga suave llama y fue dejada caer. A los pies de ellos el punto rojo expiró: y aire enrarecido se cemió a su alrededor.

—¡Cuán interesante! dijo un acento refinado en las sombras.

—Sí, señor, dijo Ned Lambert enérgicamente. Estamos en la histórica sala de consejos de la abadía de Saint Mary donde el sedoso Thomas se proclamó a si mismo rebelde en 1534. Éste es el lugar más histórico de todo Dublín. O'Madden Burke va a escribir algo sobre ello uno de estos días. El viejo edificio del banco de Irlanda estuvo ahí enfrente hasta los tiempos de la unión y el templo judío primitivo también estuvo aquí antes de que construyeran la sinagoga allá en Adelaide Road. ¿Usted no había estado aquí antes, verdad,Jack?

—No, Ned.

—Él bajaba a caballo por Dame Walk, dijo el acento refinado, si es que puedo confiar en mi memoria. La mansión de los Kildares estaba en Thomas Court.

—Eso es, dijo Ned Lambert. Eso es, sí señor.

—Sería usted tan amable pues, dijo el clérigo, de dejarme la próxima vez quizá ....

—Por supuesto, dijo Ned Lambert. Traiga la cámara fotográfica cuando guste. Yo me encargaré de quitar los sacos de las ventanas. La puede tomar desde aquí o desde aquí.

En la aún débil luz se movió de un lado para otro, bordoneando con el listón los sacos de semillas apilados y los puntos estratégicos en el suelo.

Desde una cara larga una barba y una mirada caían sobre un tablero de ajedrez.

—Le estoy sumamente agradecido, Mr. Lambert, dijo el clérigo. No quiero robarle su valioso tiempo ....

—Estoy a su disposición, señor, dijo Ned Lambert. Déjese caer por aquí cuando guste. La próxima semana, digamos. ¿Ve usted?

—Sí, sí. Buenas tardes, Mr. Lambert. Encantado de haberle conocido.

—El placer es mío, señor, contestó Ned Lambert.

Siguió a su invitado hasta la salida y luego lanzó el listón revoloteando por entre los pilares. Junto con J. J. O'Molloy se encaminó lentamente hacia Mary's Abbey donde unos carreteros cargaban en carros sacos de harina de algarroba y de areca, O'Connor, Wexford.

Se detuvo a leer la tarjeta que tenía en la mano.

—Reverendo Hugh C. Love, Rathcoffey. Dirección actual: Saint Michael, Sallins. Es un joven agradable. Está escribiendo un libro sobre los Fitzgeralds me contó. Está muy al día en historia, rediez.

La joven con sumo cuidado se desprendió de la falda liviana una brizna pegada.

—Pensé que andaba metido en una nueva conspiración de la pólvora, dijo J. J. O'Molloy.

Ned Lambert se crujió los dedos al aire.

—¡Dios! exclamó. Se me olvidó contarle aquella sobre el conde de Kildare después de que prendiera fuego a la catedral de Cashel. ¿La conoce? *Me jode haberlo hecho,* va y dice, *pero juro por Dios que pensaba que el arzobispo estaba dentro.* Puede que no le gustara, sin embargó. ¿Qué? Por todos los santos, se la contaré de todas formas. Ese fue el gran conde, Fitzgerald el Grande. Apasionados que eran todos ellos, los Geraldines.

Los caballos por los que pasaba respingaron nerviosamente bajo los arreos flojos. Dio una palmada a un anca moteada que se estremecía cerca de él y voceó:

—¡Sooo, bonito!

Se volvió a J. J. O'Molloy y preguntó:

—Bien, Jack. ¿Qué pasa? ¿Qué problema tiene? Espere un momento. Deténgase.

Boquiabierto y con la cabeza echada hacia atrás se quedó quieto y, tras un instante, estomudó fuertemente.

—¡Achís! dijo. ¡Dios!

—El polvo de esos sacos, dijo J. J. O'Molloy educadamente.

—No, dijo sofocado Ned Lambert, pillé un .... resfriado ante .... Dios ... anteanoche ... y había una corriente de todos los diablos ....

Sostuvo el pañuelo listo para el siguiente ...

—Estuve .... Glasnevin por la mañana ... pobrecillo ... cómo se llama ... ¡Achís! ... ¡Vaya por Dios!

Tom Rochford tomó el disco superior del montón que asía contra su chaleco burdeos.

—¿Ven ustedes? dijo. Digamos que es el cuadro número seis. Aquí dentro, ven ustedes. Cuadro en escena.

Lo deslizó en la hendidura izquierda como demostración. Salió disparado ranura abajo, se bamboleó un ratito, cesó, mirándolos extasiado: seis.

Abogados del pasado, arrogantes, elegantes, contemplaron pasar desde la oficina de tasación pública hacia el tribunal Nisi Prius a Richie Goulding que portaba la cartera de Goulding, Collis y Ward y escucharon el frufrú desde la sala del almirantazgo del tribunal supremo hasta el tribunal de apelación de una mujer anciana con dientes postizos que sonreían incrédulamente y una falda de seda negra de mucho vuelo.

—¿Ven ustedes? dijo. Ya ven cómo el último que inserté está aquí: cuadros aparecidos. El impacto. El apalancamiento ¿ven?

Les mostró la columna creciente de discos a la derecha.

—Buena idea, dijo Napias Flynn, sorbiéndose. Así que uno que llegue tarde sabe qué cuadro está en escena y qué cuadros han aparecido.

—¿Ven? dijo Tom Rochford.

Deslizó un disco por su cuenta: y observó cómo se disparaba, se bamboleaba, miraba extasiado, se paraba: cuatro. Cuadro en escena.

—Lo voy a ver ahora en el Onnond, dijo Lenehan, y le tantearé. Un buen cuadro se merece otro igual.

—Hágalo, dijo Tom Rochford. Dígale que estoy Boylanbullendo de impaciencia.

—Buenas tardes, dijo M'Coy abruptamente. Cuando ustedes dos empiezan .....

Napias Flynn se encorvó hacia la palanca, sorbiéndose ante ella.

—¿Pero cómo funciona esto, Tommy? preguntó.

—Agur, dijo Lenehan. Hasta luego.

Siguió a M'Coy que se marchaba cruzando la plazuela minúscula de Crampton Court.

—Es un héroe, dijo simplemente.

—Lo sé, dijo M'Coy. Lo del sumidero, quiere decir.

—¿Sumidero? dijo Lenehan. Se escurrió por una tapa de registro abajo.

Dejaron atrás el odeón de Dan Lowry donde Mane Kendall, adorable vedette, les sonreía desde un cartel con una sonrisa repintada.

Bajando por la acera de Sycamore Street cerca del odeón Empire Lenehan le explicó a M'Coy cómo había ocurrido todo aquello. Uno de esos registros semejante a una jodida tubería de gas y allí estaba el pobre diablo atraricado en él, medio asfixiado con los gases de la cloaca. Pero para abajo que se fue Tom Rochford de todas formas, chaleco de corredor de apuestas y todo, con la soga alrededor. Y qué diantres como que consiguió atarle la soga al pobre diablo y los subieron para arriba a los dos.

—La hazaña de un héroe, dijo.

A la altura del Dolphm se detuvieron para dejar que el coche ambulancia pasara galopando en dirección a Jervis Street.

—Por aquí, dijo, caminando hacia la derecha. Quiero entrar un segundo en Lynam para ver cómo se cotiza Cetro de salida. ¿Qué hora es por su reloj y cadena de oro?

M'Coy miró con ojos de miope el interior de la oficina umbría de Marcus Tertius Moses, luego el reloj de casa O'Neill.

—Pasadas las tres, dijo. ¿Quién la monta?

—O'Madden, dijo Lenehan. Y una potra de mucho brío que es.

Mientras esperaba en Temple Bar M'Coy fue empujando una cáscara de plátano con suaves puntapiés desde la acera hasta la alcantarilla. Alguien podría meterse un buen batacazo si viene con una tajada en la oscuridad.

La verja del paseo se abrió de par en par para facultar la salida de la comitiva virreinal.

—A la par, dijo Lenehan al regresar. Me he topado con Lyons Gallito ahí dentro que iba a apostar por un jodido caballo que alguien le ha sugerido y que no tiene la más remota. Por aquí.

Subieron por los escalones y siguieron bajo Merchants' Arch. Una figura dorsoscura inspeccionaba libros en el tenderete de un vendedor ambulante.

—Ahí está, dijo Lenehan.

—A saber lo que estará comprando, dijo M'Coy, echando una ojeada para atrás.

—*Leopoldo o el Brotebloom en el centeno,* dijo Lenehan.

—Pierde la cabeza por los saldos, dijo M'Coy. Estaba con él un día y le compró un libro a una vieja de Liffey Street por dos chelines. Tenía hermosos grabados que valían el doble de lo pagado, estrellas y la luna y cometas de largas colas. Era de astronomía.

Lenehan se rió.

—Le contaré una muy buena sobre colas de cometas, dijo. Pongámonos al sol.

Cruzaron hacia el puente de hierro y fueron a lo largo de Wellington Quay junto al muro del río.

El señorito Patrick Aloysius Dignam salía de casa Mangan, antes Fehrenbach, portando libra y media de filetes de cerdo.

—Hubo una gran comilona en el reformatorio de Glencree, dijo Lenehan animadamente. La cena anual, ya sabe. De alto copete. El alcalde estaba allí, Val Dillon era, y Sir Charles Cameron y Dan Dawson dio un discurso y hubo música. Bartell d'Arcy cantó y Benjamin Dollard .....

—Ya lo sé, le cortó M'Coy. Mi señora cantó allí una vez.

—¿Ah, sí? dijo Lenehan.

Una tarjeta *Apartamentos sin amueblar* reapareció en la corredera de la ventana del número 7 de Eccles Street. Interrumpió la historia un momento pero rompió a reír con risa resollante.

—Pero espere a que le cuente, dijo. Delahunt el de Candem Street llevaba el servicio de comestibles y un servidor de usted era el jefe de bebestibles. Bloom y la mujer estaban allí. La cantidad de cosas que nos metimos entre pecho y espalda: oporto y jerez y curaçao de los que dimos buena cuenta. Fue el desmadre. A los líquidos siguieron los sólidos. Fiambres a porrillo y empanadas ....

—Lo sé, dijo M'Coy. El año en que mi señora estuvo .....

Lenehan le cogió del brazo efusivamente.

—Pero espere a que le cuente, dijo. Tuvimos un refrigerio de medianoche también después de toda la juerga y cuando despegamos de allí daban ya las putas luces de la mañana de la resaca anterior. Camino de casa hacía una noche de invierno magnífica como para meterse en la Montaña Plumón. Bloom y Chris Callinan iban en un lado del coche y yo estaba con su mujer en el otro. Empezamos a cantar a tres y a dos voces: *Ved, el destello mañanero.* Iba bien alumbrada con una buena carga de oporto de Delahunt en la barriga. A cada bandazo del jodido coche ya me la tenía encima. ¡Menudo revoltijo! Tiene un buen par, que Dios la bendiga. Así.

Extendió las manos encovadas alejándolas de él un codo, frunciendo el ceño:

—Estuve remetiéndole la manta y arreglándole el boa todo el tiempo. ¿.Sabe a qué me refiero?

Sus manos moldearon copiosas curvas de aire. Apretó los ojos con placer, contrayéndosele el cuerpo, y rumbó un dulce gorjeo desde sus labios.

—El mozo estaba en guardia de todas formas, dijo con un suspiro. Es una yegua de mucho brío de eso no hay duda. Bloom iba señalando todas las estrellas y cometas del firmamento a Chris Callinan y al calesero: la osa mayor y Hércules y el dragón, y la biblia en pasta. Pero yo, vaya por Dios, que andaba perdido, como quien dice, en la vía láctea. Él se las conoce todas, se lo juro. Por fin ella descubrió una chiquitita chiquitina a millas de distancia. *¿Yqué estrella es ésa, Poldy?* va y dice ella. Vaya por Dios, dejó a Bloom todo cortado. *Ésa ¿no?* dice Chris Callinan, *seguro que ésa es sólo lo que se dice una pichita de nada.* Vaya por Dios, que no andaba muy lejos de dar en el blanco. Lenehan se paró y se apoyó contra el muro del río, resoplando con risa suave.

—No puedo más, jadeó.

La cara blanca de M'Coy sonreía a instantes y se fue poniendo grave. Lenehan comenzó a andar de nuevo. Se levantó la gorra náutica y se rascó el colodrillo rápidamente. Miró de

soslayo a M'Coy en la luz del sol.

—Es un hombre completo y culto, ese Bloom, dijo seriamente. No es uno del montón o uno más ... ya sabe ... Tiene algo de artista el bueno de Bloom.

Mr. Bloom pasaba despreocupadamente las páginas de *Las pavorosas revelaciones de María Monk,* luego de la *Obra maestra* de Aristóteles. Torcida y chapucera la impresión. Grabados: criaturas hechas un ovillo en úteros de rojez sanguinosa como hígados de vacas sacrificadas. Cantidades de ellos en este momento por todo el mundo. Todos ellos topetando con el cráneo queriendo salir de ahí. Un niño que nace cada minuto en algún sitio. Mrs. Purefoy.

Echó a un lado ambos libros y miró al tercero: *Historias del ghetto* por Leopold von Sacher Masoch.

—Ése lo tengo leído, dijo, empujándolo a un lado.

El tendero dejó caer dos volúmenes sobre el mostrador. —Esos dos son de los buenos, dijo.

Cebollas en su aliento llegaron por encima del mostrador desde su boca podrida. Se agachó para hacer un fardo con los otros libros, se los apretó contra el chaleco desabrochado y se los llevó detrás de la cortina cutre.

En el puente de O'Connell muchas personas observaron la grave apostura y alegre indumentaria de Mr. Denis J. Maginni, profesor de baile, etc.

Mr. Bloom, solo, miraba los títulos. *Bellos tiranos* por James Azotedamor. Conozco la clase que es. ¿Lo leí? Sí.

Lo abrió. Me lo imaginaba.

Una voz de mujer tras la cortina cutre. Escucha: el hombre.

No: no le gustaría tanto. Se lo llevé una vez.

Leyó el otro título: *Delicias delpecado.* Más en su línea. Veamos.

Leyó por donde el dedo había abierto.

—Todos los dólares que le daba su marido se los gastaba en las tiendas en vestidos presuntuosos y en las más caras puntillas. ¡Para él.! ¡Para Raouut

Sí. Éste. Por aquí. Prueba.

—Su boca se pegó a la de el en un suculento beso voluptuoso mientras que las manos de el buscaban sus opulentas curvas dentro del deshabillé.

Sí. Me quedo éste. El final.

—Llegas tarde, dio el con voz enronquecida, observándola con fulminante mirada de sospecha.

La bella mujer se zafó del abrigo ribeteado de marta, luciendo unos hombros fastuosos y estremecedoras redondeces. Una sonrisa imperceptible retozaba en sus labios perfectos al volverse hacia el calmosamente.

Mr. Bloom leyó de nuevo: *La bella mujer....*

Un ardor se derramó suavemente sobre él, intimidándole la carne. La carne cedió ampliamente por entre ropas arrugadas: los ojos en blanco en desmayo. La nariz se arqueó en busca de presa. Ungüentos saturados en el pecho *(¡para él.! ¡para Raoulo.* Sudor con olor a cebolla de los sobacos. Lechaza de cola-de-pescado *(estremecedoras redondeces).* ¡Toca! ¡Aprieta! ¡Estruja! ¡Excremento sulfuroso de leones!

¡Joven! ¡Joven!

Una anciana, ya no joven, dejó el edificio del tribunal de casación, el tribunal supremo, el de cuentas y el de primera instancia, después de haber presenciado en la sala del juez del tribunal supremo el caso de demencia de Potterton, en la sección del almirantazgo la citación, a petición de parte, de los propietarios del Lady Cairns contra los propietarios del barco Mona, en el tribunal de apelaciones el fallo con reserva en el pleito de Harvey contra la Compañía Aseguradora de Garantías y Accidentes Oceánicos.

Toses de flema sacudieron el aire de la librería, abombando las cortinas cutres. La cabeza gris despeinada del tendero salió y también la enrojecida cara desafeitada, tosiendo. Carraspeó violentamente, y gargajeó flema en el suelo. Plantó la bota en lo que había escupido, restregando la suela a todo lo largo, y se inclinó, mostrando una coronilla despellejada, escasamente peluda.

Mr. Bloom la contempló.

Controlándose la ajetreada respiración, dijo: —Me llevo éste.

El tendero levantó unos ojos cegajosos de resfriado rancio.

—*Delicias del pecado,* dijo, tabaleando en él. Éste es de los buenos.

El portero junto a la puerta del salón de subastas de Dillon volvió a sacudir dos veces la campanilla y se miró en el espejo del armario con marcas de tiza.

Dilly Dedalus, holgazaneando cerca del bordillo, oyó los repiques de la campanilla, los gritos del subastador dentro. Cuatro chelines con nueve. Esas cortinas encantadoras. Cinco chelines. Cortinas acogedoras. Nuevas se venden a dos guineas. ¿Alguien da más de cinco chelines? Adjudicadas por cinco chelines.

El portero levantó la campanilla y la agitó: -¡Talán!

El tan de la campana de la última vuelta aguijoneó a los ciclistas de la media-milla al sprint. J. A. Jackson, W. E. Wylie, A. Munro y H. T. Gahan, los estirados cuellos meneándose, salvaron la curva de la biblioteca de la Universidad.

Mr. Dedalus, tirándose del largo bigote, se acercó desde William's Row. Se detuvo cerca de su hija.

—Ya va siendo hora, dijo ella.

—Ponte derecha por el amor de Dios, dijo Mr. Dedalus. ¿Es que intentas imitar a tu tío John, el cometa, con la cabeza hundida en los hombros? ¡Por Dios bendito!

Dilly se encogió de hombros. Mr. Dedalus puso las manos sobre ellos y se los echó para detrás.

—Ponte derecha, niña, dijo. Vas a tenninar con encorvamiento de la columna vertebral. ¿Sabes qué aspecto tienes?

Hundió la cabeza repentinamente y la proyectó hacia delante, encorvando los hombros y dejando caer la mandibula.

—Déjelo ya, padre, dijo Dilly. La gente le está mirando.

Mr. Dedalus se puso derecho y se tiró de nuevo del bigote.

—¿Consiguió dinero? preguntó Dilly.

—¿De dónde iba yo a sacar dinero? dijo Mr. Dedalus. No hay nadie en Dublín que me preste ni cuatro peniques.

—Sí que tiene, dijo Dilly, mirándole a los ojos.

—¿Cómo lo sabes? preguntó Mr. Dedalus, con sorna.

Mr. Keman, complacido con el pedido que le habían hecho, caminaba ufano por James Street.

—Sé que sí, contestó Dilly. ¿No estaba usted en la taberna Scotch ahora?

—Pues no que no estaba, vamos, dijo Mr. Dedalus, sonriendo. ¿Han sido las monjitas las que te han enseñado a ser tan descarada? Anda, toma.

Le dio un chelín.

—A ver si puedes hacer algo con eso, dijo.

—Seguro que tendrá usted cinco, dijo Dilly. Déme más.

—Espera sentada, dijo Mr. Dedalus amenazadoramente. Eres igual que los demás ¿a que sí? Hatajo de sanguijuelas insolentes desde que vuestra pobre madre murió. Pero esperad sentadas. No me vengáis con cantinelas que no me vais a sacar ni el forro del bolsillo. ¡Panda de pillastres! Me voy a deshacer de todas vosotras. No os importaría que estirara la pata. Se ha muerto. El tío ese de arriba se ha muerto.

La dejó y comenzó a andar. Dilly le siguió rápidamente y le tiró de la americana.

—Bueno, y ahora ¿qué pasa? dijo él, parándose.

El portero tocó la campana a sus espaldas.

—¡Talán!

—Maldita sea tu estampa, carota, exclamó Mr. Dedalus, volviéndose hacia él.

El portero, consciente del comentario, agitó el badajo colgante de la campana pero débilmente:

—¡Tan!

Mr. Dedalus clavó la mirada en él.

—Míralo, dijo. Qué instructivo. A saber si nos va a dejar hablar.

—Tiene usted más que eso, padre, dijo Dilly.

—Te voy a enseñar un truquito, dijo Mr. Dedalus. Os voy a dejar a todos en la estacada. Mira, aquí está todo lo que tengo. Conseguí dos chelines de Jack Power y me gasté dos peniques en afeitarme para el entierro.

Sacó un puñado de monedas de cobre, nerviosamente.

—¿No puede buscar dinero en alguna parte? dijo Dilly.

Mr. Dedalus pensó y asintió.

—Lo haré, dijo seriamente. Estuve mirando por todas las alcantarillas de O'Connell Street. Voy a probar en ésta ahora.

—Es usted muy gracioso, dijo Dilly, haciendo un mohín.

—Ten, dijo Mr. Dedalus, alargándole dos peniques. Cómprate un vaso de leche y un bollito o algo. Estaré en casa dentro de nada.

Se metió las otras monedas en el bolsillo y comenzó a caminar de nuevo.

La comitiva virreinal salió, cumplimentada por policias ceremoniosos, por Parkgate.

—Estoy segura de que tiene usted otro chelín, dijo Dilly.

El portero tocó ruidosamente.

Mr. Dedalus en medio del estrépito se marchó, murmurando para sí mismo suavemente con la boca fruncida y dengosa:

—¡Las monjitas! ¡Qué graciosas! ¡Ah, seguro que ellas no harían nada! ¡Ay, seguro que no! ¿No es como digo, hermanita Mónica?

Desde el reloj de sol hacia James Gate caminaba Mr. Kernan, complacido con el pedido que le habían hecho para Pulbrook Robertson, ufano por James Street, dejando atrás las oficinas de Shackleton. Le he dorado bien la píldora. ¿Cómo está usted, Mr. Crinimins? Inmejorable, señor. Temía que estuviera usted en su otro establecimiento en Pimlico. ¿Cómo van las cosas? Lo justo para ir tirando. Estamos teniendo un tiempo extraordinario. Sí, desde luego. Bueno para el campo. Los campesinos siempre quejándose. Me tomaría sólo una gota de su excelente ginebra, Mr. Crimmins. Una gotita, señor. Sí, señor. Un asunto horrible ese de la explosión del *General Slocum.* ¡Horrible, horrible! Mil víctimas. Y escenas estremecedoras. Hombres atropellando a mujeres y niños. De lo más brutal. ¿Cuál dicen que fue la causa? Combustión espontánea. Una revelación de lo más escandalosa. Ni un solo bote salvavidas se mantenía a flote y todas las mangueras de incendio reventadas. Lo que no entiendo es cómo los inspectores pudieron permitir que un barco como ése …. Precisamente está dando usted en el clavo, Mr. Crimmins. ¿Sabe usted por qué? Engrases. ¿De veras? Sin duda alguna. Vaya, mire usted. Y América dicen que es la tierra de la libertad. Yo pensaba que estábamos mal aquí.

Le sonreí. *América,* le dije discretamente, ya ves. ¿Qué *es lo que es? El desecho de todos los países incluido el nuestro. ¿No es verdad?* Esa es la pura verdad.

Baratería, muy señor mío. Bueno, claro, donde corre el dinero siempre hay alguien dispuesto a echarle el guante.

Le vi mirándome la levita. El traje hace al hombre. Nada como una apariencia elegante. Los deja pasmados.

—Hola, Simon, dijo el Padre Cowley. ¿Qué tal van las cosas?

—Hola, Bob, viejo, contestó Mr. Dedalus, parándose.

Mr. Kernan se detuvo y se atildó ante el espejo inclinado de Peter Kennedy, peluquero. Americana con estilo, sin genero de dudas. Scott de Dawson Street. Bien vale el medio soberano que le di a Neary por ella. No te las hacen por menos de tres guineas. Me sienta de perlas. De algún cursi del club de Kildare Street probablemente. John Mulligan, el director del Banco Hibérnico, me midió con la mirada ayer en el puente de Carlisle como si me recordara.

¡Aajá! Hay que representar el papel para ellos. Señor de los caminos. Caballero. Y bien, Mr. Crimmins, nos concederá el honor de ser nuestro cliente de nuevo, señor. La copa que reanima pero no embriaga, como dice el viejo dicho.

North Wall y Sir John Rogerson's Quay, con cascos y capones, navegando hacia el oeste, pasó navegando un esquife, un prospecto arrugado, mecido en el oleaje del transbordador, Elías vuelve.

Mr. Kernan echó una mirada de despedida a su imagen. Buen color, claro está. Bigote canoso. Oficial jubilado de la India. Valientemente tiraba de su cuerpo repolludo adelante sobre pies abotinados, sacando el pecho. ¿Es ése el hermano de Ned Lambert en la acera de enfrente, Sam? ¿Eh? Sí. Su viva estampa. No. El parabrisas de ese automóvil de ahí al sol. Tan sólo un chispazo ya ves. La viva estampa de él.

¡Rajá! El licor ardiente del jugo de enebro le calentó las entrañas y el aliento. Una buena gota de ginebra había sido ésa. Los faldones de su levita hacían guiños al sol brillante con su graso contoneo.

Por ahí abajo a Emmet colgaron, destriparon y descuartizaron. Soga negra grasienta. Los perros lamiendo la sangre de la calle cuando la esposa del virrey pasó en su calesín.

Malos tiempos aquellos. Bueno, bueno. Ya pasaron. Grandes borrachines también. Hombres de cuatro-botellas. Veamos. ¿Está enterrado en Saint Michan? O no, hubo un entierro a medianoche en Glasnevin. El cadáver lo metieron por una puerta secreta en el muro. Dignam está allí ahora. Se esfumó en un santiamén. Bueno, bueno. Mejor será que doble para abajo aquí. Daré un rodeo.

Mr. Keman dobló y descendió por la cuesta de Watling Street por la esquina de la sala de espera de las visitas de Guinness. Delante de los almacenes de la Compañía Destiladora de Dublín había un charrete parado sin pasajero ni calesero, las riendas anudadas a la rueda. Maldita sea, eso es peligroso. Algún boberas de Tipperary poniendo en peligro las vidas de los ciudadanos. Caballo desbocado.

Denis Breen con sus tomos, cansado de haber esperado una hora en el despacho de John Henry Menton, llevaba a su mujer por el puente de O'Connell, camino del despacho de Messrs. Collis y Ward.

Mr. Keman se aproximó a Island Street. Tiempos de conflictos. Tengo que pedirle a Ned Lambert que me preste esas memorias de Sir Jonah Barrington. Cuando lo repasas ahora todo eso en una especie de ordenación retrospectiva. Apuestas en Daly. Nada de trampas en aquel entonces. A uno de aquellos socios le clavaron la mano a la mesa con una daga. Por estos alrededores Lord Edward Fitzgerald escapó del Comandante de Plaza Sirr. Las cuadras detrás de Casa Moira.

Pero que muy buena que era esa ginebra.

Lindo joven rozagante de la nobleza. Buena cepa, claro está. Aquel rufián, aquel caballero de pega, de guantes violetas, lo delató. Claro que estaban en el bando equivocado. Se alzaron en días oscuros y funestos. Lindo poema ese: Ingram. Eran caballeros. Ben Dollard sí que canta esa balada con sentimiento. Interpretación magistral.

En el cerco de Ross mi padre cayó.

Una comitiva a trote corto a lo largo de Pembroke Quay pasaba, los batidores botando, botando en sus, en sus monturas. Levitas. Parasoles color crema.

Mr. Keman apretó el paso, resoplando convulsionadamente.

¡Su Excelencia! ¡Lástima! Me lo perdí por los pelos. ¡Maldita sea! ¡Qué pena!

Stephen Dedalus observaba por el escaparate telarañoso los dedos del lapidario comprobando una cadena desgastada por el tiempo. El polvo entamaba el escaparate y las bandejas de la vitrina. El polvo oscurecía los atareados dedos de uñas buitreras. El polvo dormía sobre espirales mates de bronce y plata, losanges de cinabno, sobre rubíes, piedras desmochadas y vinoscuras.

Nacidos todos en la oscura tierra agusanada, motas frías de fuego, malditas, luces brillando en la oscuridad. Adonde los arcángeles caídos arrojaron las estrellas de sus frentes. Enfangados hocicos de puercos, manos, hozan y hozan, las gafan y arrancan.

Ella baila en sombras inmundas donde goma arde con ajo. Un marinero, barbaherrumbroso, sorbe ron de un tazón y la ojea. Una larga brama silenciosa en el mar alimentada. Ella baila, corcovea, meneando sus nalgas cerdunas y las caderas, con un huevo de rubí palpitando en su panza carnosa.

El viejo Russell con un trapo de gamuza embadurnado pulía de nuevo su gema, la volvía y mantenía en la punta de su barba de Moisés. Simio abuelo regodeándose en riquezas robadas.

¿Y vosotros que arrancáis viejas imágenes de la tierra tumularia? Las palabras vesánicas de los sofistas: Antístenes. Un saber ancestral de drogas. Naciente e inmortal trigo que existe desde siempre y por siempre.

Dos viejas vigorizadas tras su buchada de aire salobre caminaban penosamente por Inshtown a lo largo de London Bridge Road, una con un fatigado paraguas enarenado, la otra con un bolso de matrona en el que rodaban once veneras.

El runruneo de aleteantes correas de cuero y el zumbido de las dinamos de la central eléctrica incitaron a Stephen a proseguir. Seres sin ser. ¡Párate! Latido siempre fuera de ti y el latido siempre dentro. Tu corazón del que cantas. Yo entre ellos. ¿Dónde? Entre dos mundos bramantes donde ellos se arremolinan, yo. Destrózalos, uno y dos. Pero desquiciarme yo también en el golpe. Destrózame tú que puedes. Alcahuete y camicero eran las palabras. ¡Oiga! Todavía no por ahora. Un vistazo alrededor.

Sí, totalmente cierto. Muy grande y maravilloso y marca la hora fenomenal. Decís bien, señor. El lunes por la mañana. Así fue, cierto.

Stephen bajó por Bedford Row, la empuñadura del fresno zurriando contra la paletilla. En el escaparate de Clohissey un grabado descolondo de 1860 de Heenan boxeando contra Sayers le llamó la atención. Apostadores embobados con altos sombreros de copa rodeaban el ring acordelado. Los pesos-pesados con ceñidas calzonas ofrendaban cortésmente el uno al otro sus puños bulbosos. Y están latiendo: corazones de héroes.

Giró y se detuvo cerca del inclinado tenderete de libros. —Dos peniques cada uno, dijo el mercachifle. Cuatro por seis peniques.

Páginas pingajosas. *El apicultor irlandés. Viday milagros del venerable cura de Ars. Guía de bolsillo de Killarney.*

Puede que encuentre aquí empeñado alguno de mis premios del colegio. *Stephano Dedalo, alumno optimo, palmam ferenti.*

El Padre Conmee, habiendo leído las primeras horas canónicas, pasaba por la aldea de Donnycamey, murmurando las vísperas.

Encuadernación demasiado buena quizá. ¿Qué es esto? Libro octavo y noveno de Moisés. Enigma de todos los enigmas. El sello del Rey David. Páginas llenas de dedadas: leídas y releídas. ¿Quién ha pasado por aquí antes que yo? Cómo suavizar las manos agrietadas. Receta para hacer vinagre de vino blanco. Cómo conquistar el amor de una mujer. Esto es lo mío. Diga el siguiente conjuro tres veces con las manos juntas:

—*¡Se elyilo nebrakada femininum! ¡Amor me solo! ¡Sanktus! Amén.*

¿Quién escribió esto? Hechizos y encantamientos del bienaventurado abad Pedro Salanka revelados a todos los verdaderos creyentes. Tan buenos como los hechizos de cualquier otro abad, como los del musitante Joaquín. Abajo, calvatrueno, o te trasquilamos la lana.

—-¿Qué haces aquí, Stephen?

Los hombros altos y el vestido desharrapado de Dilly.

Cierra el libro rápido. No dejes ver.

—¿Tú qué haces? dijo Stephen.

Una cara de Estuardo de Carlos el sin igual, lacios mechones cayéndole a los lados. Le ardía cuando ella se agachaba para atizar el fuego con las botas rotas. Le hablé de París. Dormilona bajo una colcha de viejos abrigos, manoseando una pulsera de similor, recuerdo de Dan Kelly. *Nebrakadafemininum.*

—¿Qué tienes ahí?

—Lo compré en el otro tenderete por un penique, dijo Dilly, riéndose nerviosamente. ¿Merece la pena?

Mis ojos dicen que tiene. ¿Me ven otros así? Expresivos, distantes y osados. Sombra de mi mente.

Le cogió de la mano el libro sin cubiertas. Compendio elemental de francés de Chardenal.

—¿Para qué compraste eso? preguntó. ¿Para aprender francés?

Ella asintió, enrojeciéndose y apretando con fuerza los labios.

No muestres sorpresa. Con naturalidad.

—Toma, dijo Stephen. Está bien. Cuidado que no te lo empeñe Maggy. Supongo que todos mis libros ya han volado.

—Algunos, dijo Dilly. No hubo más remedio.

Se ahoga. Mordedura. Sálvala. Mordedura. Todo está contra nosotros. Me ahogará con ella, ojos y cabello. Rodetes desmadejados de cabello algamanna a mi alrededor, de mi corazón, de mi alma. Verde muerte salada.

Nosotros.

Mordedura de la conciencia. De la conciencia la mordedura.

¡Miseria! ¡Miseria!

—Hola, Simon, dijo el Padre Cowley. ¿Qué tal van las cosas?

—Hola, Bob, viejo, contestó Mr. Dedalus, parándose.

Se dieron la mano ruidosamente delante del anticuario Reddy e Hija. El Padre Cowley se cepillaba el bigote hacia abajo a menudo con mano acucharada.

—¿Qué hay de nuevo? dijo Mr. Dedalus.

—Pues no mucho, dijo el Padre Cowley. Estoy atrincherado, Simon, con dos hombres merodeando fuera de la casa intentando perpetrar un allanamiento.

—Estupendo, hombre, dijo Mr. Dedalus. ¿De quién se trata?

—Bueno, dijo el Padre Cowley. Un fulano logrero que conocemos.

—Con joroba ¿no? preguntó Mr. Dedalus.

—El mismo, Simon, contestó el Padre Cowley. Reuben y otros de la misma ralea. Estoy precisamente esperando a Ben Dollard. Va a hablar con Long John para que haga que me quiten a esos dos hombres de encima. Lo único que quiero es un respiro.

Miró con vaga esperanza arriba y abajo del muelle, una gran nuez abultándole en la garganta.

—Lo sé, dijo Mr. Dedalus, asintiendo. ¡El pobre incapaz de Ben! Siempre le está haciendo un favor a alguien. ¡Quieto! Se puso las gafas y miró hacia el puente de hierro por un instante.

—Ahí viene, por Dios, dijo, el mismo que viste y calza. El chaqué azul suelto y sombrero alto de copa sobre bombachos de Ben Dollard cruzaron el muelle con paso vigoroso desde el puente de hierro. Vino hacia ellos despaciosamente, rascándose activamente detrás de los faldones.

Al aproximarse Mr. Dedalus le saludó:

—Coged a ese tipo de los pantalones ridículos.

—Cogedle, venga, dijo Ben Dollard.

Mr. Dedalus ojeó con frío desdén errante diversos rasgos de la persona de Ben Dollard. Luego, volviéndose hacia el Padre Cowley con una señal de la cabeza, masculló con sorna:

—¿Bonita vestimenta, no, para un día de verano?

—Que Dios eterno maldiga su alma, gruñó Ben Dollard furiosamente, he tirado más ropa en lo que llevo de vida de la que usted haya visto jamás.

Allí junto a ellos sonreía radiante, a ellos primero y después a sus ropas holgadas de algunas partes de las cuales Mr. Dedalus pelaba pelusas, diciendo:

—Las hicieron para un hombre de buen año, Ben, de todas formas.

—Mala suerte tenga el judío que las hizo, dijo Ben Dollard. Gracias sean dadas a Dios que todavía no ha cobrado.

—-~Y cómo va ese *basso profondo,* Benjamin? preguntó el Padre Cowley.

Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell, murmurando, ojovidrioso, pasó a zancadas por delante del club de Kildare Street.

Ben Dollard frunció el ceño y, poniendo repentinamente boca de cantor, soltó una nota profunda.

—¡Ooo! dijo.

—Muy bien, dijo Mr. Dedalus, asintiendo a su vozarrón.

—¿Qué les parece eso? dijo Ben Dollard. ¿Se conserva? ¿Eh?

Se volvió hacia los dos.

—Suficiente, dijo el Padre Cowley, asintiendo también.

El reverendo Hugh C. Love caminaba desde la vieja sala capitular de Saint Mary's Abbey dejando atrás James y Charles Kennedy, refinadores, asistido por Geraldines altos y apuestos, hacia el recinto de portazgo más allá del vado de zarzos.

Ben Dollard con una fuerte inclinación hacia el frontal de las tiendas los condujo hacia delante, los regocijados dedos al aire.

—Vengan conmigo a la oficina del intendente de policía, dijo. Les quiero enseñar el nuevo descubrimiento de alguacil que Rock ha hecho. Es un cruce de Lobengula con Lynchehaun. Merece la pena verlo, les adelanto. Vengan. Vi a John Henry Menton casualmente en la Bodega hace un momento y me va a costar un ojo de la cara si no ... Esperen un rato ..... Vamos por buen camino, me lo huelo, Bob, créame usted de veras.

—Por unos días dígale, el Padre Cowley dijo ansiosamente.

Ben Dollard se detuvo con la mirada fija, el orificio sonoro abierto, un botón que le pendía de un hilo de la chaqueta meneándose el revés brillante mientras se limpiaba las pastosas pitarras que le cegaban los ojos para oír bien.

—Cómo que por unos días? tronó. ¿Es que el casero no le ha embargado por el alquiler?

—Sí que lo ha hecho, dijo el Padre Cowley.

—Entonces la requisitoria de nuestro amigo no vale ni el papel sobre la que va impresa, dijo Ben Dollard. El casero tiene prelación. Le di todos los detalles. Windsor Avenue, 29. ¿No se llama Love?

—Así es, dijo el Padre Cowley. El reverendo Mr. Love. Es pastor en algún lugar del país. Pero ¿está seguro de eso? —Puede decirle a Barrabás de mi parte, dijo Ben Dollard, que se meta esa requisitoria por donde le quepa.

Arrastró al Padre Cowley hacia delante resueltamente, enlazado a su corpulencia.

—Le caben hasta tarugos, dijo Mr. Dedalus, dejando caer las gafas sobre la delantera de la americana, mientras los seguía.

—El chico estará perfectamente, dijo Martin Cunningham, al salir por la verja de Castleyard.

El policía se tocó la frente.

—Que Dios le bendiga, dijo Martin Cunningham, animadamente.

Hizo una seña al calesero que esperaba, que tiró de las riendas y se puso en marcha hacia Lord Edward Street. Bronce junto a oro, la cabeza de Miss Kennedy junto a la de Miss Douce, aparecieron por encima de las cortinillas del hotel Ormond.

—Sí, dijo Martin Cunningham, tocándose la barba. Le escribí al Padre Conmee exponiéndole el caso.

—Podría probar con nuestro amigo, sugirió Mr. Power indicando hacia atrás.

—¿Boyd? dijo Martin Cunningham secamente. Ni me lo mencione.

John Wyse Nolan, quedándose atrás, leyendo la lista, los siguió rápidamente por Cork Hill abajo.

En la escalinata del ayuntamiento el concejal Nannetti, descendiendo, hizo un saludo al edil Cowley y al concejal Abraham Lyon que ascendían.

El coche del Castillo vacío entró rodando por Upper Exchange Street.

—Mire, Martin, dijo John Wyse Nolan, dándoles alcance en las oficinas del *Mail.* Veo que Bloom ha suscrito cinco chelines.

—Muy cierto, dijo Martin Cunningham, tomando la lista. Y además los dio los cinco chelines.

—Sin decir esta boca es mía además, dijo Mr. Power.

—Raro pero cierto, añadió Martin Cunningham. John Wyse Nolan abrió unos ojos como platos.

—Hay que admitir que hay mucha bondad en el judío, citó, elegantemente.

Caminaron por Parliament Street abajo.

—Por ahí va Jimmy Henry, dijo Mr. Power, derecho al establecimiento de Kavanagh.

—Cierto, dijo Martin Cunningham. Mire por dónde va.

Delante de la Maison Claire Boylan Botero salió al paso del cuñado de Jack Mooney, giboso, tajado, que se dirigía al barrio de Liberties.

John Wyse Nolan se quedó atrás con Mr. Power, mientras que Martin Cunningham tomó del codo a un hombrecillo pulcro con traje de ojo de perdiz, que caminaba inseguro, con pasos presurosos por delante de los relojes de Mickey Anderson.

—Los callos del ayudante del secretario del Ayuntamiento le están molestando, dijo John Wyse Nolan a Mr. Power.

Siguieron caminando y doblaron la esquina hacia la bodega de James Kavanagh. El coche del Castillo vacío estaba frente a ellos parado ante la puerta de Essex. Martin Cunninghan, sin parar de hablar, mostraba a menudo la lista a la que Jimmy Henry no miraba.

—Y Long John Fanning anda también por ahí, dijo John Wyse Nolan, hecho y derecho.

La figura alta de Long John Fanning llenaba la entrada donde estaba parado.

—Buenos días, señor Intendente de Policía, dijo Martin Cunningham, mientras todos se detenían y saludaban.

Long John Fanning no se apartó para dejarles paso. Retiró su gran puro Henry Clay decididamente y sus grandes ojos fieros inteligentemente examinaron airados todas las caras.

—¿Prosiguen los padres conscriptos sus deliberaciones de paz? dijo con suntuoso estilo acre al ayudante del secretario del Ayuntamiento.

La de Dios es Cristo estaban armando, dijo Jimmy Henry malhumoradamente, acerca de su maldita lengua irlandesa. Dónde estaba el oficial de justicia, era lo que él quería saber, para mantener el orden en la sala de sesiones. Con el viejo Barlow el macero en cama con asma, no había maza en la mesa, ni orden, ni siquiera quórum, y Hutchinson, el alcalde, en Llandudno y el pequeño Lorcan Sherlock haciendo de locum *tenens* por él. Maldita lengua irlandesa, lengua de nuestros abuelos.

Long John Fanning sopló un penacho de humo por entre los labios.

Martín Cunningham hablaba a intervalos, rizándose la punta de la barba, al ayudante del secretario del Ayuntamiento y al intendente de policía mientras que John Wyse Nolan guardaba silencio.

—¿A qué Dignam se refiere? preguntó Long John Fanning.

Jimmy Henry hizo una mueca y levantó el pie izquierdo.

—¡Ay, mis callos! dijo lastimeramente. Vengan para arriba por lo que más quieran a ver si me puedo sentar en algún sitio. ¡Uf? ¡Ay! ¡Cuidado!

Desabridamente se abrió camino junto al flanco de Long John Fanning y entró y subió escaleras arriba.

—Vamos para arriba, dijo Martin Cunningham al intendente de policía. No creo que usted le conociera o quizá sí, tal vez.

Junto con John Wyse Nolan Mr. Power les siguió adentro.

—Era un bendito, dijo Mr. Power a la espalda robusta de Long John Fanning ascendiendo hacia Long John Fanning en el espejo.

Algo bajito. Dignam el del despacho de Menton es el que digo, dijo Martin Cunningham.

Long John Fanning no era capaz de recordarle.

Un chacoloteo de cascos sonaba por el aire.

—¿Qué es eso? dijo Martin Cunningham.

Todos giraron sobre sus talones. John Wyse Nolan bajó de nuevo. Desde la fresca sombra de la entrada vio pasar los caballos por Parliament Street, arreos y cuartillas lustrosas centelleando a la luz del sol. Alegremente pasaron ante sus fríos ojos hostiles, no apresuradamente. En las monturas de los delanteros, los delanteros botando, cabalgaban los batidores.

—¿Qué era eso? preguntó Martin Cunningham, mientras subían escaleras arriba.

—El virrey y gobernador general de Irlanda, contestó John Wyse Nolan desde el pie de la escalera.

Mientras pisaban por la gruesa alfombra Buck Mulligan susurró detrás de su panamá a Haines:

—El hermano de Parnell. Ahí en el rincón.

Eligieron una mesita al lado de la ventana, frente a un hombre de cara alargada cuya barba y mirada caían absortas sobre un tablero de ajedrez.

—¿Es él? preguntó Haines, volviéndose en el asiento.

—Sí, dijo Mulligan. Ese es John Howard, su hermano, nuestro oficial mayor del ayuntamiento.

John Howard Pamell cambió un alfil blanco discretamente y la garra gris de nuevo subió hasta la frente donde descansó. Un instante después, bajo la pantalla de la misma, sus ojos miraron vivazmente, con brillo fantasmal, a su contrincante y cayeron de nuevo sobre el tablero de operaciones.

—Tomaré un *melange,* dijo Haines a la camarera.

—Dos *melanges,* dijo Buck Mulligan. Y tráiganos unos panecillos con mantequilla y unos pastelillos también.

Cuando se hubo ido dijo, riéndose:

—Lo llamamos C.P.D. porque sirven los más condenados pastelillos de Dublín. Ah, pero te perdiste a Dedalus con lo de *Hamlet.*

Haines abrió su libro recién comprado.

—Lo siento, pero Shakespeare es terreno abonado para todas las mentes que han perdido el equilibrio.

El marinero cojo gruñó a la entrada del sótano del número 14 de Nelson Street:

—*Inglaterra espera .....*

El chaleco lila de Buck Mulligan se rebulló alegremente con su risa.

—Deberías verle, dijo, cuando su cuerpo pierde el equilibrio. El Aengus errante le llamo yo.

—Estoy seguro de que tiene una *ideéfixe,* dijo Haines, pellizcándose la barbilla reflexivamente con el pulgar y el índice. Ahora estoy especulando sobre cuál podría ser. Ese tipo de personas siempre la tienen.

Buck Mulligan se echó hacia delante sobre la mesa gravemente.

—Le sorbieron el seso, dijo, con visiones del infierno. Nunca llegará a captar la nota ática. La nota de Swinburne, de todos los poetas, la muerte blanca y el nacimiento bermejo. Ésa es su tragedia. Nunca podrá llegar a ser poeta. El gozo de crear ....

—El castigo eterno, dijo Haines, asintiendo lacónicamente. Ya veo. Le estuve tanteando esta mañana sobre creencias. Algo tenía en mente, lo vi. Es bastante interesante porque el profesor Pokorny de Viena entrevé un aspecto interesante en todo eso.

Los ojos acechantes de Buck Mulligan vieron llegar a la camarera. La ayudó a descargar la bandeja.

—No encuentra ni rastro del infierno en la antigua mitología irlandesa, dijo Haines, en medio de las reconfortantes tazas. La idea moral parece faltar, el sentido de destino, de retribución. Es bastante extraño que tenga justamente esa idea fija. ¿Escribe algo para vuestro movimiento?

Hundió dos terrones de azúcar hábilmente en la nata montada. Buck Mulligan partió un panecillo humeante en dos y embadumó con mantequilla la humosa miga. Mordió un trozo tierno hambrientamente.

—Diez años, dijo, masticando y riéndose. Va a escribir algo en diez años.

—Muy lejano parece, dijo Haines, pensativamente levantando la cuchara. Aun así, no me extrañaría que lo hiciera después de todo.

Probó una cucharada del cono cremoso de su taza.

—Ésta es auténtica crema irlandesa supongo, dijo con transigencia. No quiero que me engañen.

Elías, esquife, ligero prospecto arrugado, pasó navegando hacia el este junto a flancos de barcos y a traineras, en medio de un archipiélago de corchos, más allá de New Wapping

Street por delante del transbordador de Benson, y junto a la goleta trimástil *Rosevean* de Bridgwater con ladrillos.

Almidano Artifoni dejó atrás Holles Street, las caballerizas de Sewell. Tras él Cashel Boyle O'Connor Fitzmaunce Tisdall Farrell, con bastonparaguasguardapolvo colgando, evitó la farola delante de la casa de Mr. Law Smith y, cruzando, caminó a lo largo de Merrion Square. Distantemente tras él un mozalbete ciego bordoneaba su camino por el tapial de College Park.

Cashel Boyle O'Connor Fitzmaunce Tisdall Farrell caminó hasta los reconfortantes escaparates de Mr. Lewis Wemer, después giró y caminó de vuelta a zancadas por Memon Square, el bastonparaguasguardapolvo colgando.

En la esquina de la casa de Wilde se detuvo, frunció el ceño al nombre de Elías que se anunciaba en Metropolitan Hall, frunció el ceño a los distantes arriates de Duke's Lawn. Su anteojo resplandeció frunciendo el ceño al sol. Enseñando dientes ratoniles masculló:

—*Coactus volui*.

Siguió a zancadas hacia Clare Street, rechinando palabras airadas.

Al pasar zanqueando delante del escaparate dental de Mr. Bloom el vaivén de su guardapolvo rozó bruscamente el ángulo de un delgado bastón bordoneante y avanzó incontenible hacia delante, tras haber chocado con un cuerpo sin nervio. El mozalbete ciego volvió la cara enfermiza hacia la figura que zanqueaba.

—¡Dios te confunda, dijo ásperamente, quienquiera que seas! ¡Estás más cegato que yo, hijo de la gran puta!

Enfrente del bar Ruggy O'Donohoe el señorito Patrick Aloysius Dignar, manoteando la libra y media de filetes de cerdo de casa Mangan, antes Fehrenbach, por la que había sido mandado, iba por la cálida Wicklow Street remoloneando. Era puñeteramente aburrido estar sentado en el saloncito con Mrs. Stoer y Mrs. Quigley y Mrs. MacDowell y la cortina echada y toda la gente sonándose y dando sorbitos al jerez leonado de primera que el tío Bamey había traído de Tunney. Y todos comiendo pedazos de la tarta de frutas casera, hablando por los codos todo el puñetero tiempo y suspirando.

Después de Wicklow Lane el escaparate de Madame Doyle, sombrerera de gala, le hizo detenerse. Se quedó mirando adentro a los dos boxeadores con los torsos al aire levantando los puños en posición de defensa. Desde los espejos laterales dos señoritos Dignam de luto miraban boquiabiertos silenciosamente. Myler Keogh, el favorito de Dublín, se enfrentará al sargento mayor Bennett, el magullas de Portobello, por una bolsa de cincuenta soberanos. Diantres, qué buen combate de ver. Myler Keogh, ése es el tipo que le tira el gancho el de la faja verde. Dos pavos la entrada, soldados a mitad de precio. Podría fácilmente darle el esquinazo a la vieja. El señorito Dignam a su izquierda se volvió cuando él se volvió. Ese de luto soy yo. ¿Cuándo es? El veintidós de mayo. Claro que esa puñetera función ya ha pasado. Se volvió hacia la derecha y a su derecha el señorito Dignam se volvió, la gorra torcida, el cuello vuelto para arriba. Al abrochárselo, la barbilla levantada, vio la imagen de Mane Kendall, adorable vedette, junto a los dos boxeadores. Una de esas fulanas que salen en las cajetillas de pitillos que fuma Stoer que su viejo casi le mata por una vez que lo cogió.

El señorito Dignam se bajó el cuello y siguió remoloneando. El mejor boxeador en cuanto a fuerza fue Fitzsimons. Un metido en la boca del estómago de ese tipo te manda a tomar viento fresco una semana, tío. Pero el mejor boxeador en cuanto a técnica fue Jem Corbet antes de que Fitzsimons le pusiera fuera de combate, esquivando los golpes y todo lo demás.

En Grafton Street el señorito Dignam vio una flor roja en la boca de un cursi que llevaba un elegantísimo par de calcos y escuchaba lo que el borracho le estaba contando y sonreía burlonamente todo el tiempo.

Ningún tranvía para Sandymount.

El señorito Dignam caminó por Nassau Street, se cambió los filetes de cerdo de mano. El cuello se le volvió de nuevo para arriba y se tiró de él para abajo. El puñetero pasador era demasiado pequeño para el ojal de la camisa, que se vaya a hacer puñetas. Se encontró unos escolares con carteras. No voy a ir mañana tampoco, no asistiré hasta el lunes. Se encontró a otros escolares. ¿Se dan cuenta de que voy de luto? Tío Bamey dijo que lo pondría en el periódico esta noche. Entonces lo verán todos en el periódico y leerán mi nombre impreso y el nombre de papa.

La cara se le puso toda gris en vez de estar roja como era y había una mosca que le subía hasta el ojo. El chirrido que había cuando estaban atomillando los tornillos en el ataúd: y los topetazos cuando lo bajaban por las escaleras.

Papa estaba dentro y mama lloraba en el saloncito y el tío Bamey diciéndole a los hombres cómo pasarlo por el chaflán. Un ataúd bien grande era, y alto y de aspecto pesado. ¿Cómo ocurrió? La última noche papa estaba ajumado y estaba allí de pie en el descansillo pidiendo a voces las botas para irse a Tunney a seguir bebiendo y parecía gordo y chico en camisa. No lo veré más. La muerte, es eso. Papa está muerto. Mi padre está muerto. Me dijo que fuera un buen hijo para mama. No pude oír las otras cosas que dijo pero vi cómo la lengua y los dientes intentaban decirlo mejor. Pobre papa. Ése fue Mr. Dignam, mi padre. Espero que esté en el Purgatorio ahora porque fue a confesarse con el Padre Conroy el sábado por la noche.

William Humble, conde de Dudley, y Lady Dudley, acompañados por el teniente-coronel Heseltine, salieron en coche de caballos después del almuerzo de la residencia virreinal. En el siguiente carruaje iban la honorable Mrs. Paget, Miss de Courcy y el honorable Gerald Ward edecán en servicio.

La comitiva salió por la puerta sur de Phoenix Park saludada por policías oficiosos y prosiguió por delante de Kingsbridge a lo largo de los muelles del norte. El virrey era muy cordialmente saludado a su paso por la metrópolis. En el puente de Bloody Mr. Thomas Keman al otro lado del río le saludó vanamente desde lejos. Entre los puentes de Queen y de Whitworth los carruajes virreinales de Lord Dudley pasaron sin ser saludados por Mr. Dudley White, Ldo. en Derecho, Ldo. en Letras, que estaba en Arran Quay delante del establecimiento de Mrs. M. E. White, prestamista, en la esquina de Arran Street West tocándose la nariz con el índice, indeciso sobre si llegaría más rápidamente a Phibsborough haciendo un triple cambio de tranvías o parando un coche o a pie por Smithfield, Constitution Hill y el terminal de Broadstone. En los soportales de los Juzgados Richie Goulding con la cartera de Goulding, Collis y Ward la vio con sorpresa. Pasado el puente de Richmond en los escalones de la puerta del despacho de Reuben J. Dodd, procurador, agente de la Compañía de Seguros Patriotic, una anciana a punto de entrar cambió de parecer y volviendo sobre sus pasos por los escaparates de King sonrió crédulamente al representante de Su Majestad. Desde su esclusa en el muro de Wood Quay debajo de las oficinas de Tom Devan el río Poddle sacó en vasallaje una lengua de líquido residual. Por encima de las cortinillas del hotel Ormond, oro junto a bronce, la cabeza de Miss Kennedy junto a la de Miss Douce miraron y admiraron. En Onnond Quay Mr. Dedalus, dirigiendo sus pasos del urinario a la oficina del intendente de policía, se quedó parado en mitad de la calle y se descubrió con reverencia. Su Excelencia graciosamente devolvió el cumplido a Mr. Dedalus. Desde la esquina de la imprenta Cahill el reverendo Hugh C. Love, Ldo. en Letras, hizo una reverencia desapercibida, siendo consciente de los representantes reales cuyas manos benignas habían mantenido en otros tiempos ricas prebendas. En el puente de Grattan Lenehan y M'Coy, despidiéndose el uno del otro, observaron los coches que pasaban. Pasando por delante del despacho de Roger Greene y de la gran imprenta roja de Dollard Gerty MacDowell, con cartas de linóleo de Catesby para su padre que estaba en cama, supo por el estilo que se trataba del virrey y la virreina pero no pudo ver lo que llevaba puesto Su Excelencia porque el tranvía y el carromato grande amarillo de muebles de Spring tuvieron que pararse delante de ella al tratarse del virrey. Más allá de la tabaquería Lundy Foot desde la puerta sombreada de la bodega de Kavanagh John Wyse Nolan sonrió con frialdad inadvertida hacia el virrey y gobernador general de Irlanda. El Muy Honorable William Humble, conde de Dudley, G.C.O.V., pasó por los relojes en continuo tictac de la relojería de Micky Anderson y por los maniquíes de cera a la última moda de lozanas mejillas de Henry and James, el caballero Henry, *dernier cri* James. Enfrente de la puerta de Dame Tom Rochford y Napias Flynn observaron que se aproximaba la comitiva. Tom Rochford, viendo los ojos de Lady Dudley fijos en él, sacó los pulgares rápidamente de los bolsillos de su chaleco burdeos y se quitó la gorra hacia ella. Una adorable vedette, la gran Marie Kendall, con mejillas repintadas y falda arremangada sonreía repintadamente desde su cartel a William Humble, conde de Dudley, y al teniente-coronel H. G. Heseltine, y también al honorable Gerald Ward edecán. Desde la ventana de la C.P.D. Buck Mulligan alegremente, y Haines gravemente, miraban abajo al séquito virreinal por encima de los hombros de entusiastas parroquianos, cuya masa de siluetas oscurecía el tablero de ajedrez sobre el que John Howard Parnell miraba absorto. En Fowne Street Dilly Dedalus, forzando la vista hacia arriba del compendio elemental de francés de Chardenal, vio parasoles extendidos y radios de ruedas que giraban en el reverbero. John Henry Merton, llenando la entrada de los Edificios Comerciales, miraba

fijamente con ojos de ostras abultados del vino, al tiempo que sostenía un pesado reloj de oro de cazador que no miraba con la pesada mano izquierda que no lo sentía. Donde la pata delantera del caballo de King Billy manoteaba al aire Mrs. Breen tiró hacia atrás de su apresurado marido de debajo de los cascos de los batidores. Le gritó al oído las nuevas. Comprendiendo, se cambió los tomos al pecho izquierdo y saludó al segundo coche. El honorable Gerald Ward edecán, agradablemente sorprendido, se apresuró a contestar. En la esquina de la librería Ponsonby un jarro blanco agotado H. se detuvo y cuatro jarros blancos enchisterados se detuvieron tras él, E.LYS, mientras batidores cabriolaban por delante y carruajes. Enfrente de los almacenes de música de Pigott Mr. Denis J. Maginni, profesor de baile etc., con alegre indumentaria, caminaba gravemente, pasado de largo por un virrey e inobservado. Por el muro del rector venía airosamente Boylan Botero, pisando con zapatos color canela y calcetines con recuadros azulcelestes al compás de la canción de *Mi chica es una chica de Yorkshire.* Boylan Botero presentó a las frontaleras azulcelestes y al cabrioleo de los delanteros una corbata azulceleste, un canotié de ancha ala a lo chulo y un traje de estameña índigo. Sus manos en los bolsillos de la chaqueta olvidaron saludar pero ofreció a las tres damas la admiración atrevida de sus ojos y la flor roja entre los labios. Mientras circulaban por Nassau Street Su Excelencia llamó la atención de su inclinante consorte que saludaba sobre el programa de música que se estaba ofreciendo en College Park. Inadvertidos mozuelos latosos de las tierras altas de Escocia entonaban y redoblaban tras el cortejo:

Pues aunque sea moza de fábrica
Y no lleve perWá.
Rataplán.
Siento una querencia
con sabor a Yorkshire
por mi rosa de Yorkshire.
Rataplán.

Allá por el muro los corredores del cuarto de milla lisa, M. C. Green, H. Shrift, T. M. Patey, C. Scaife, J. B. Jeffs, G. N. Morphy, F. Stevenson, C. Adderly y W. C. Huggard salieron de estampida. A zancadas por delante del hotel Finn Cashel Boyle O'Connor Fitzmaunce Tisdall Farrell miraba fijamente a través de un fiero anteojo por entre los carruajes a la cabeza de Mr. M. E. Solomons en la ventana del viceconsulado austrohúngaro. En las profundidades de Leinster Street al lado de la potema del Trinity un leal súbdito del rey, Homblower el Matamoros, se tocó la gorra de azuzador. Mientras los lustrosos caballos cabriolaban por Memon Square el señorito Patrick Aloysius Dignam, a la espera, vio que saludaban al caballero de la chistera y se levantó él también la gorra negra nueva con los dedos pringados del papel de los filetes de cerdo. El cuello también se le levantó. El virrey, camino de la inauguración de la feria del Mirus para recaudar fondos para el hospital Mercer, circulaba con su cortejo hacia Lower Mount Street. Pasó a un mozalbete ciego enfrente de la frutería Broadbent. En Lower Mount Street un viandante con gabardina marrón, comiendo pan seco, cruzó velozmente e ileso por delante del itinerario del virrey. En el puente del Royal Canal, desde su valla publicitaria, Mr. Eugene Stratton, con labios hinchados sonriendo, daba a todos los asistentes la bienvenida al pueblo de Pembroke. En la esquina de Haddington Road dos mujeres enarenadas se detuvieron, un paraguas y un bolso en el que rodaban once veneras para ver con asombro al alcalde con la alcaldesa sin la cadena de oro de él. En Northumberland Road y Lansdowne Road Su Excelencia contestó con diligencia a los saludos de escasos paseantes masculinos, al saludo de dos pequeños escolares en la cancilla del jardín de la casa que se decía había admirado la difunta reina al visitar la capital irlandesa con su esposo, el príncipe consorte, en 1849 y al saludo de los gruesos pantalones de Almidano Artifoni tragados por una puerta que se cerraba.

11

BRONCE junto a oro oyeron ferrocascos, aceradosonantes.

Impertintrit insolentnt.

Lascas, arrancando lascas de la uña rocosa del pulgar, lascas.

¡Horrible! Y oro enrojeció más.

Una áspera notapífano sopló.

Sopló. Brotebloom añil en el.

Auripináculo pelo.

Una rosa saltarina sobre satinado busto de raso, rosa de Castilla.

Trinando, trinando: Idolores.

¡Pío! ¿Quién anda en el .... piodoro?

Tilín clamó por bronce con pena.

Y una llamada, pura, larga y vibrante. Llamada demuertelenta.

Cimbel. Suave palabra. Pero mira: las brillantes estrellas se disipan. Notas que gorgorean respuesta.

¡Oh, rosa! Castilla. Despunta el alba.

Calesintineo tintineo se oreaba tintineando.

La moneda sonó. El reloj tabaleaba.

Revelación. *Sonnez.* No podría. Rebote de liga. Dejarte. ¡Zas!

La cloche! Zas en el muslo. Revelación. Cálido. ¡Amor mío, adiós!

Tintineo. Bloo.

Retumbaron acordes estridentes.

Cuando el amor absorbe.

¡Guerra!¡ Guerra! El tímpano.

¡Una vela! Un velo oleando sobre las olas.

Perdido. Tordella afinó. Ya todo está perdido.

Pica. Pipica.

Cuándo por primera vez vio. ¡Ay!

Monta impetuosa. Latido impetuoso.

Gorgoriteando. ¡Ah, tentación! Tentadora.

¡Martha! ¡Ven!

Plafplaf. Plifplaf. Palmiplaf.

Diossanto jamás eloyó naa.

Sordo calvo Pat trajo papel secante cuchillo recogió.

Una llamadanoctuma clarodeluna: lejos, lejos.

Me siento tan triste. P.D. Solitariamente brotando.

¡Escucha!

El frío cuemodemar erizado y cocleado. ¿Está pi? Cada una, y para otra, roción y bramido silencioso.

Perlas: cuando ella. Esas rapsodias de Liszt. Sisssseo.

¿Usted no?

No: no, no: preste oídos: Lidlyd. Con un capón con un carracón.

Negro. Resonanteprofundo. Por favor, Ben, por favor.

Atiende mientras atiendes. Je je. Atiende mientras tú je.

¡Pero atiende!

En lo profundo del tenebroso corazón de la tierra. Mena taraceada.

Naminedamine. Predicador es él.

Todos se fueron. Todos caídos.

Minúsculas, sus trémulas hojuelasdehelechos de hebras venusianas.

¡Amén! Rechinó con furia.

Atrás. Adelante, atrás. Una batuta fresca resaltando.

Broncelydia junto a Minaoro.

Junto a bronce, junto a oro, en oceanoverde de sombras. Bloom. Viejo Bloom.

Uno golpeteó, uno bordoneó, con un carracón, con un capón.

¡Rogad por él! ¡Rogad, buena gente!

Sus dedos gotosos crujiendo.

Gran Big Benaben. Gran Big Benben.

Última rosa Castilla del verano dejó a brotebloom me siento tan triste solo.

¡Chis! Vientecillo venteó chiquitín.

Hombres honrados. Lid Ker Cow De y Doll. Sí, sí. Como vosotros los hombres. Levantarán su chin con su chan.

¡Fff! ¡Uu!

¿Dónde el bronce desde cerca? ¿Dónde el oro desde lejos? ¿Dónde los cascos?

Rrrpr. Craa. Craandán.

Entonces no hasta entonces. Mi eppripfftafio. Sea prfefcrito.

Terminado.

¡Empezad!

Bronce junto a oro, la cabeza de Miss Douce junto a la cabeza de Miss Kennedy, por encima de las cortinillas del bar del Ormond oyeron los cascos virreinales pasar, acero resonante.

—¿Es ésa ella? preguntó Miss Kennedy.

Miss Douce dijo que sí, sentada al lado de Su Ex, gris perla y *eau de Nil.*

—Contraste exquisito, dijo Miss Kennedy.

Cuando toda ansiosa Miss Douce dijo apasionadamente:

—Mira al tipo del sombrero de copa.

—¿Quién? ¿Dónde? preguntó oro más apasionadamente.

—En el segundo carruaje, dijeron los labios húmedos de Miss Douce, riendo al sol. Está mirando. Espera a que yo vea.

Salió disparada, bronce, al rincón trasero, aplastando la cara contra el cristal en un halo de aliento presuroso.

Sus labios húmedos rieron con disimulo:

—Se va a quebrar de mirar atrás.

Se rió:

—¡Vaya por Dios! ¡Cómo son los hombres de idiotas!

Con tristeza.

Miss Kennedy se alejó tristemente de la luz brillante, trenzándose un mechón suelto detrás de la oreja. Alejándose tristemente, ya no más oro, se retorció trenzó un mechón. Tristemente trenzó mientras se alejaba mechón dorado detrás de una oreja arqueada.

—Son ellos los que se lo pasan bien, tristemente después dijo.

Un hombre.

Blooquién pasó por las pipas de Moulang portando contra su pecho las delicias del pecado, por las antigüedades de Wine, en la memoria portando deliciosas palabras pecadoras, por la deteriorada plata deslucida de Carroll, para Raoul.

El botones a ellas, a las de la barra, a las camareras se acercó. Para ellas que le ignoraban golpeó el mostrador con su bandeja de loza repiqueteante. Y

—Ahí tienen sus tés, dijo.

Miss Kennedy con buenos modos traspuso la bandeja del té abajo a una jaula de agua de litina puesta de pie, a salvo de las miradas, bien abajo.

—¿Qué pasa? preguntó con malos modos el botones chillón.

—Adivínelo, replicó Miss Douce, abandonando su puesto de ojeo.

—Su pretendiente ¿no?

Una bronce arrogante contestó:

—Me quejaré a Mrs. de Massey si le oigo una más de sus impertinencias insolentes.

—Impertintnt insolentet, bufó groseramente el hocico del botones, según retrocedía según ella amenazaba según él había venido.

Bloom.

A su flor frunciendo el ceño dijo Miss Douce:

—De lo más irritante es ese mocoso. Como no se comporte le voy a poner las orejas de a metro.

Distinguida en exquisito contraste.

—No hagas caso, repuso Miss Kennedy.

Vertió en una taza té, luego de nuevo en la tetera té. Se agazaparon bajo el escollo del mostrador, esperando sobre escabeles, jaulas de pie, esperando que se asentara el té. Se manosearon las blusas, ambas de raso negro, a dos chelines con nueve la yarda, esperando que se asentara el té, y a dos chelines con siete.

Sí, bronce desde cerca, junto a oro desde lejos, oyeron acero desde cerca, sonar de cascos desde lejos, y oyeron acerocascos cascosonantes acerosonantes.

—¿Estoy muy quemada?

Miss bronce se desblusó el cuello.

—No, dijo Miss Kennedy. Se pone moreno después. ¿Has probado con bórax y agua de laurel real?

Miss Douce se irguió a medias para verse la piel de soslayo en el espejo de la barra en oroestampado donde copas de vino blanco del Rin y de clarete relucían y en medio había una concha.

—Y a ver cómo resulta, dijo.

—Prueba con glicerina, recomendó Miss Kennedy.

Despidiéndose del cuello y las manos Miss Douce

—Esas cosas sólo provocan erupciones, respondió, senta da otra vez. Le pedí a ese antigualla de Boyd, el de la farmacia, algo para la piel.

Miss Kennedy, vertiendo ahora té bien asentado, hizo un mohín y rogó:

—¡Ay, ni me lo menciones por el amor de Dios!

—Pero espera que te diga, imploró Miss Douce.

Té dulce Miss Kennedy habiendo vertido con leche se tapó ambos oídos con los meñiques.

—No, no lo hagas, exclamó.

—No escucharé, exclamó.

¿Y Bloom?

Miss Douce rezongó con tono de cascarrabias antigualla:

—¿Para su qué? dice él.

Miss Kennedy se destapó los oídos para oír, para hablar: pero dijo, pero rogó de nuevo:

—No me hagas pensar en él que desfallezco. ¡Desgraciado viejo repugnante! Aquella

noche en la sala de conciertos Antient.

Sorbió con asco la infusión, té caliente, un sorbo, sorbió, té dulce.

Ahí estaba, dijo Miss Douce, irguiendo su cabeza de bronce tres cuartos, encogiendo las aletas de la nariz. ¡Uf!. ¡Ufl

Carcajada penetrante brotó de la garganta de Miss Kennedy. Miss Douce resopló y bufó por las narices que se estremecían impertintnt como hocico en rastreo.

—¡Ay! gritando, Miss Kennedy exclamó. ¿Quién se puede olvidar de sus ojos saltones?

Miss Douce repicó con profunda risa de bronce, gritando:

—¡Ni del otro ojo!

Cuyobloo ojo oscuro leía el nombre de Aaron Higatner. ¿Por qué pienso siempre en Higanero? Higando higos, supongo. Y el nombre hugonote de Prosper Loré. Por las vírgenes benditas de Bassi pasaron los ojos oscuros de Bloom. Azultogada, blanco debajo, ampárame. Dios creen que es: o diosa. Aquellas que hoy. No pude ver. Aquel hombre hablaba. Un estudiante. Después con el hijo de Dedalus. Podía ser Mulligan. Todas vírgenes seductoras. Cautiva a esos tipos disolutos: el blanco.

Por delante pasaron sus ojos. Las delicias del pecado. Deliciosas son las delicias.

Del pecado.

En un repiqueteo de risitas se mezclaron jóvenes voces bronceoro, Douce con Kennedy el otro ojo. Echaron jóvenes cabezas atrás, bronce nsitadoro, para dejar librevolar sus risas, chillando, el otro, señales la una a la otra, notas altas afiladas.

Ah, resoplando, suspirando, suspirando, ah, exhaustas, su alegría fue apagándose.

Miss Kennedy acercó los labios a la taza de nuevo, la alzó, bebió un sorbo y nsitimó. Miss Douce, inclinándose sobre la bandeja del té, encogió de nuevo la nariz y giró ojos jocosos cebados. De nuevo Kennyrisitas, agachándose, los rubios pináculos de su pelo, agachándose, la peina de carey a la vista, espurreó de la boca el té, atragantándose con el té y las risas, tosiendo atragantada, exclamando:

—¡Ay! ¡Ojos pringosos! ¡Imagínate casada con un hombre como ése! exclamaba. ¡Con su poquito de barba! Douce se desahogó con un grito espléndido, grito impetuoso de mujer impetuosa, deleite, gozo, indignación.

—¡Casada con el narizotas pringoso! gritó.

Penetrante, con risa profunda, detrás, oro tras bronce, insistió cada una a cada una con repiqueteo tras repiqueteo, resonando por tumos, broncioro, oribronce, profundopenetrante, con nsotada tras risotada. Y luego rieron más. Pringoso ya sé. Agotadas, jadeantes, las cabezas agitadas recostaron, trenzada y pinaculada junto a lustropeinada, contra el reborde del mostrador. Todas acaloradas (¡Ah!), resoplando, sudando (¡Ah!), todas jadeantes.

Casada con Bloom, con pringobloom.

—¡Ay! ¡Por los santos del cielo! dijo Miss Douce, suspiró por encima de su rosa saltarina. Ojalá no me hubiera reído tanto. Me siento toda mojada.

—¡Ay! ¡Miss Douce! protestó Miss Kennedy. ¡Qué tremenda eres!

Y enrojeció más (¡qué tremenda!), más doradamente.

Por las oficinas de Cantwell vagaba Pringobloom, por las vírgenes de Ceppi, brillantes en sus óleos. El padre de Nannetti vendía esas cosas por ahí de casa en casa, engatusando en cada puerta igual que yo. La religión es rentable. Debo verlo para lo del texto. Comeré antes. Tengo ganas. Aún no. A las cuatro, dijo ella. El tiempo pasa sin cesar. Las agujas del reloj giran. Adelante. ¿Dónde como? El Clarence, Dolphin. Adelante. Para Raoul. Comer. Si consigo limpias cinco guineas con esos anuncios. Las enaguas de seda violeta. Aún no. Las delicias del pecado.

Acalorada menos, aún menos, doradamente empalidecida. Dentro del bar entró mariposeando Mr. Dedalus. Lascas, arrancando lascas de la uña rocosa del pulgar. Lascas. Mariposeó.

—Vaya, bienvenida de vuelta, Miss Douce.

Le cogió la mano. ¿Disfrutó de sus vacaciones?

—Magníficas.

Esperaba que le hubiera hecho buen tiempo en Rostrevor.

—Espléndido, dijo ella. Mire qué fantoche estoy hecha. Echada en la playa todo el día.

Blancura de bronce.

—Muy picaruela que es usted, le dijo Mr. Dedalus presionándole la mano indulgentemente. Tentando a infelices y simples varones.

Miss Douce de raso acarameló la retirada del brazo.

—¡Vamos! ¡Vamos! dijo. ¿Usted simple? no lo creo.

Lo era.

—Vaya que sí lo soy, recapacitó. Tenía tal aspecto de simple en la cuna que me bautizaron Simón el simplón.

—Debió de ser usted una monería, dijo Miss Douce como respuesta. ¿Y qué le ha mandado hoy el médico?

—Vaya, pues, recapacitó, lo que usted diga. No le importaría darme un poco de agua fresca y medio vaso de güisqui. Tintineo.

—Con la mayor celeridad, convino Miss Douce.

Con la gracia de la celeridad hacia el espejo aureolado de Cantrell y Cochrane se volvió. Con gracia ella escanció una medida de güisqui dorado de su barrilete de cristal. De entre los faldones de su americana Mi. Dedalus sacó petaca y pipa. Celeridad sirvió ella. Él sopló por el cañón dos ásperas notaspífano.

—Por Júpiter, recapacitó, siempre he querido ver las montañas Moume. Debe de ser muy tonificante el aire por allá. Pero una vieja maldición siempre se cumple, dicen. Sí. Sí.

Sí. Él palpaba hebras de cabello, sus hebras venusianas de tabaco, de sirena, en la cazoleta. Lascas. Hebras. Recapacitando. Mudo.

Naide cosa nada decía nada. Sí.

Alegremente Miss Douce lustraba un vaso, trinando:

—*¡O, Idolores, reina de los mares del este!*

—¿Ha venido hoy por aquí Mr. Lidwell?

Entró Lenehan. A su alrededor miró Lenehan. Mr. Bloom llegó al puente de Essex. Sí, Mr. Bloom cruzó puente de Sísexo. A Martha debo escribir. Comprar papel. En Daly. La chica allí es atenta. Bloom. Viejo Bloom. Brotebloom añil en el centeno.

—Estuvo aquí a la hora del almuerzo.

Lenehan se acercó.

—¿Ha preguntado por mí Mr. Boylan?

Él preguntó. Ella contestó:

—Miss Kennedy ¿estuvo aquí Mr. Boylan mientras yo estaba arriba?

Ella preguntó. Miss voz de Kennedy contestó, una segunda taza de té lista, la mirada fija en una página:

—No. No ha estado.

Miss mirada fija de Kennedy, oída, sin ser vista, continuó leyendo. Lenehan alrededor de la campana de los emparedados enroscó su cuerpo rotundo en rondas.

—¡Pío! ¿Quién anda en el rincón?

Ninguna ojeada de Kennedy premiándole siguió aún con sus proposiciones. Que no pasara por alto las haches. Que leyera sólo los puntos e interrogaciones: la o redonda y la ese torcida.

Calesintineo airoso tintineo.

Chicadeoro leía y no echaba ojeadas. No prestar atención. No le prestó atención mientras él leía para ella una fábula en solfa de corrida, cayendo en los bemoles:

—Laa zorra se topó con laa cigüeña. Díjole la zorra ah la cigüeña: ¿Me metel pico nla garganta pa sacarme un jueso?

En vano zureó. Miss Douce tornó a su té de lado.

Él suspiró de lado:

—¡Ay de mí! ¡Maldita sea mi suerte!

Saludó a Mr. Dedalus y recibió una inclinación de cabeza.

—Saludos del famoso hijo de un padre famoso.

—¿Quién será? preguntó Mr. Dedalus.

Lenehan abrió los más cordiales brazos del mundo. ¿Quién?

—¿Quién será? preguntó. ¿Se atreve a preguntarlo? Stephen, el joven bardo.

Seco.

Mr. Dedalus, padre famoso, guardó la pipa seca rellena.

—Ya veo, dijo. No le reconocí al pronto. He oído que se relaciona con gente muy distinguida. ¿Lo ha visto últimamente?

Lo había visto.

—Libé el cuenco de néctar con él esta misma mañana, dijo Lenehan. En donde Mooney en *vife* y en Mooney sur mer. Había recibido la guita por el alumbramiento de su musa.

Sonrió a los labios en té bañados de bronce, a labios y ojos que escuchaban:

—La *elite* de Erín se bebía sus palabras. La aburrida lumbrera, Hugh MacHugh, el más brillante escribidor y director de Dublín y ese jovencito ministrer del salvaje oeste empapado también conocido por el apelativo eufónico de O'Madden Burke.

Tras un intervalo Mr. Dedalus levantó su grog y

—Debió ser altamente divertido, dijo. Ya veo.

Podía ver. Bebió. Con mirada lejana de montaña de luto. Dejó el vaso.

Miró hacia la puerta del salón del bar.

—Veo que han cambiado el piano de sitio.

—El afinador ha estado hoy aquí, contestó Miss Douce, afinándolo para el pequeño concierto y nunca en mi vida he oído a un pianista tan fino.

—¿Es cierto?

—¿No es verdad, Miss Kennedy? De lo más clásico, ya sabe. Y ciego además, pobre chico. No tenía ni veinte años, estoy segura.

—¿Es cierto? dijo Mr. Dedalus.

Bebió y se retiró.

—Daba tanta pena mirarle a la cara, se dolió Miss Douce.

Que Dios te maldiga hijo de la gran puta.

Tilín a su pena clamó la campanilla de un comensal. A la puerta del bar y comedor vino calvo Pat, vino sorderas Pat, vino Pat, camarero atendedor del Ormond. Cerveza para el comensal. Cerveza sin celeridad ella sirvió.

Con paciencia Lenehan esperaba a Boylan con impaciencia, a tintinairoso mozo botero.

Sosteniendo la tapa él (¿quién?) miró fijamente en la caja (¿caja?) las triples cuerdas oblicuas (¡piano!). Presionó (el mismo que presionó indulgentemente la mano de ella), pedaleando suave, un acorde triple para ver cómo avanzaba el espesor del fieltro, para oír el golpeteo amortiguado del macillo en acción.

Dos hojas papel vitela color crema una de reserva dos sobres cuando yo estaba en Wisdom Hely juicioso Bloom en el estanco Daly Henry Flower compró. ¿No eres feliz en tu casa? Flor para consolarme y un alfiler para evitar el desamor. Quiere decir algo, el lenguaje de las flo. ¿Era una margarita? Inocencia es eso. Chica respetable encontrar después de misa. Gracias muy muchísimas. Juicioso Bloom ojeó en la puerta un cartel, una sirena que se mecía fumando entre olas placenteras. Fume sirenas, la bocanada más fresca. Cabello flotante: de amor desatada. Para algún hombre. Para Raoul. Ojeó y vio a lo lejos en el puente de Essex un alegre sombrero montado en airoso tílbun. Es él. De nuevo. Por tercera vez. Coincidencia.

Tintineando sobre blandas gomas el coche se oreaba desde el puente hasta Ormond Quay. Sigue. Arriésgate. Corre. A las cuatro. Casi. Fuera.

—Dos peniques, señor, se aventuró a decir la dependienta.

—Ya, ya ... se me olvidaba... Perdone ...

—Y cuatro.

A las cuatro ella. Encantadoramente ella a Blooembloom sonrió. Bloo sonn corr. Tardes. ¿Te crees el ombligo del mundo? Hace eso con todos. Para los hombres.

En soñoliento silencio oro se inclinaba sobre la página.

Del salón del bar llegó una llamada, de muerte lenta. Era un diapasón que tenía el afinador que se olvidó que ahora ha tocado él. Una llamada de nuevo. Que ahora él probaba ahora latía. ¿Oyes? Latía, pura, más pura, suavemente, más suavemente, la horquilla zumbando. Llamada de muerte más lenta.

Pat pagó la botella corchoestallante del comensal: y por encima de vaso, bandeja y botella corchoestallante antes de marchar cuchicheó, calvo y sorderas, con Miss Douce.

—*Las brillantes estrellas se disipan ....*

Una canción sin voz cantó desde dentro, cantando:

—*... despunta el alba.*

Un armónico de doce notasgorjeantes gorgorearon brillante respuesta atiplada bajo manos sensibles. Bnllantemente las teclas, todas centelleantes, enlazadas, todas clavicordiantes, clamaron por una voz que cantara los compases del alba de rocío, la juventud, el adiós del amor, de la vida, de los albores del amor.

—*Perlinasgotas de rocío ....*

Los labios de Lenehan por encima del mostrador borbollaban un silbido apagado de cimbel.

—Pero mire para acá, dijo, rosa de Castilla.

Calesmuneo airoso junto al bordillo paró.

Se levantó y cerró la lectura, rosa de Castilla: airada, apenada, soñadora se levantó.

—¿Se cayó o la empujaron? le preguntó.

Ella contestó, indignada:

—No pregunte si no quiere que le mienta.

Como una señora, señorial.

Los elegantes zapatos color canela de Boylan Botero chimaron en el suelo del bar por donde andaba a zancadas. Sí, oro desde cerca junto a bronce desde lejos. Lenehan oyó y reconoció y le saludó:

—Vean venir al héroe conquistador.

Entre coche y ventanal, caminando cautelosamente pasó Bloom, héroe inconquistado. Venne podría. El asiento donde se sentó: caliente. Gato macho negro cauteloso caminó hacia la cartera de expedientes de Richie Goulding, levantada bien alta, saludando.

—*Y yo de ti ....*

—Había oído que estaba por aquí, dijo Boylan Botero.

Se tocó hacia la rubia Miss Kennedy el ala de su canotié ladeado. Ella le sonnó. Pero hermana bronce le ganó en sonnsas, atildándose para él su cabello más espeso, un pecho y una rosa.

El avispado Boylan encargó unas pociones.

—¿Qué va a ser? ¿Una cerveza bitter? Una cerveza bitter, por favor, y ginebra de endnna para mí. ¿Aún no ha llegado el cable?

Aún no. A las cuatro ella. ¿Quién dijo las cuatro?

Las antenas rojas y la nuez abultada de Cowley en la puerta de la oficina del administrador de justicia. Evitar. Goulding una oportunidad. ¿Qué está haciendo en el Ormond? El coche esperando. Espera.

Caramba. ¿Adónde va? to comer algo? Yo también a punto de. Aquí. ¿Cómo, el Ormond? Mejor oferta de todo Dublín. ¿De verdad? El comedor. Sentarse quietecito ahí. Ver, no ser visto. Creo que le acompañaré. Vamos. Richie fue delante. Bloom siguió a la cartera. Comida digna de un príncipe.

Miss Douce se estiró para alcanzar un jarro en alto, alargando un brazo de raso, el pecho, que casi le estallaba, bien alto.

—¡Ay! ¡Ay! se sacudía Lenehan, boqueando a cada estirón. ¡Ay!

Pero fácilmente atrapó ella su presa y la bajó triunfante.

—¿Por qué no crece? preguntó Boylan Botero. Ellabronce, repartiendo de su tarro oblicuo espeso licor al

mibarado para los labios de él, miraba mientras manaba (flor en la americana: ¿quién se la habrá dado?), y almibaró con la voz:

—El buen perfume en frascos pequeños.

Es decir ella. Esmeradamente vertió lentalmibarada endrina.

—Por usted, dijo Botero.

Lanzó una moneda grande sobre el mostrador. La moneda sonó.

—Espere, dijo Lenehan, hasta que yo ....

—A su salud, deseó, levantando su cerveza burbujeante.

—Cetro va a ganar cómodamente, dijo.

—He apostado algo, dijo Boylan guiñando el ojo y bebiendo. No por mi cuenta, ya sabe. Capricho de una amiga mía.

Lenehan seguía bebiendo y sonreía bobaliconamente a su cerveza empinada y a los labios de Miss Douce que medio tarareaban, entreabiertos, la canciondelocéano que sus labios habían trinado. Idolores. Los mares del levante.

El reloj runruneó. Miss Kennedy pasó junto a ellos (flor, a saber quién dio), retirando la bandeja del té. El reloj tabaleaba.

Miss Douce cogió la moneda de Boylan, golpeó resueltamente la caja-registradora. Tañó. El reloj tabaleaba. La hermosa de Egipto jugueteó y distribuyó en la caja y tarareó y alargó monedas de vuelta. Mirada al oeste. Un chasquido. Para mí.

—¿Qué hora es? preguntó Boylan Botero. ¿Las cuatro?

En punto.

Lenehan, ojillos gazuzos por el tarareo, pecho tarareante, tiró del codo de la manga de Boylan Botero.

—Oigamos la hora, dijo.

La cartera de Goulding, Collis, Ward condujo a Bloom por entre mesas floridas de brotecenteno. Sin rumbo eligió con agitado rumbo, calvo Pat atendiendo, una mesa junto a la puerta. Estar cerca. A las cuatro. ¿Se habrá olvidado? Quizá una argucia. No irá: abre el apetito. Yo no podría. Atiende, atiende. Pat, atendedor, atendía.

Chispeante bronce azur ojeó el lazo y los ojos azulcelestes de Botazur.

Vamos, urgió Lenehan. No hay nadie. Jamás él oyó.

—... a los labios de Flora voló.

Alta, una nota alta repiqueteó tiplisonante clara.

Broncidouce comulgando con su rosa que se hundía y subía buscó la flor y los ojos de Boylan Botero.

—Por favor, por favor.

Él imploraba incesante en frases de revelación.

—No podría dejarte ...

—Más tarde, prometió Miss Douce azorada.

—No, ahora, urgió Lenehan. *Sonnez la cloche!* ¡Vamos, por favor! No hay nadie.

Miró. Rápido. Miss Kenn no oiría. Inclinación repentina. Dos caras candentes la vieron inclinarse.

Cimbrantes los acordes se apartaron de la canción, la encontraron de nuevo, acorde perdido, y la perdieron y encontraron, vacilantes.

—¡Vamos! ¡Por favor! *Sonnez!*

Inclinándose, se pizcó un pico de falda por encima de la rodilla. Se demoraba. Les seguía provocando, inclinándose, suspendiendo, con ojos de picardía.

—Sonnez!

Zas. Soltó de repente en rebote la liga elástica pizcada zascálida contra su muslo zascable de mujer calidocalcetado. —La *cloche!* exclamó jubiloso Lenehan. Amaestrada por la dueña. Ahí no hay paja.

Sonrisafingió esquiva (¡Vaya por Dios! ¡Cómo son los hombres!), pero, hacia la luz escurriéndose, apacible sonrió a Boylan.

—Es usted la esencia de la vulgaridad, dijo al escurrirse ella.

Boylan, ojeaba, ojeaba. Se echó a gruesos labios su cáliz, apuró minúsculo su cáliz, sorbiendo hasta la última de las almibaradas gotas gordas violetas. Sus ojos embelesados fueron detrás, detrás de la escurridiza cabeza barra abajo por los espejos, arco dorado para la soda, copas de vino blanco y de clarete reluciendo, una concha erizada, donde ajustaba, relumbraba, bronce de bronce más soleado.

Sí, bronce desde cerca.

—*... ¡amor mío, adiós!*

—Me voy, dijo Boylan con impaciencia.

Empujó el cáliz raudo lejos de sí, cogió el cambio.

—Espere un segundo, rogó Lenehan, bebiendo apresuradamente. Quería decirle. Tom Rochford ...

—Váyase con Pedro Botero, dijo Boylan Botero, marchándose.

Lenehan tragó para irse.

—¿Está picado o qué? dijo. Espere. Que me voy.

Siguió a los presurosos zapatos chirriantes pero se apartó resueltamente en el umbral, saludando a unas figuras, una corpulenta con otra menuda.

—¿Cómo está usted, Mr. Dollard?

—¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué tal? contestó la voz de bajo borrosa de Ben Dollard, alejándose un instante de la desdicha del Padre Cowley. No le creará problemas, Bob. Alf Bergan hablará con el largo. Esta vez se la daremos con queso a ese judas Iscanote.

Suspirando Mr. Dedalus cruzó el salón del bar, un dedo aliviando el párpado.

—Jojo, lo haremos, garganteó Ben Dollard jovialmente. Venga, Simon. Cante una cancioncilla. Hemos oído el piano.

Calvo Pat, camarero sorderas, atendía a los pedidos de bebidas. Un Power para Richie. ¿Y Bloom? Veamos. No le hagamos ir dos veces. Sus callos. Las cuatro ahora. Qué calor con esto negro. Claro que los nervios también. Refracta (¿se dice así?) el calor. Veamos. Sidra. Sí, una botella de sidra.

—¿Cómo dice? dijo Mr. Dedalus. Sólo estaba improvisando, hombre.

—Vamos, vamos, llamó Ben Dollard. Apartaos de mí tenebrosas preocupaciones. Venga Bob.

Ambló Dollard, voluminosos bombachos, delante de ellos (coged a ese tipo de los: cogedle pues) hacia el salón del bar. Se dejó caer Dollard sobre la banqueta. Sus zarpas gotosas se dejaron caer sobre acordes. Cayeron, se contuvieron bruscas.

Calvo Pat en la entrada se encontró con oro sinté que volvía. Sorderas, quería un Power y sidra. Bronce junto a la ventana, miraba, bronce de lejos.

Calesintineo un tintilín se oreaba.

Bloom oyó un tin, un sonido leve. Se va. Ligero sollozo de aliento suspiró Bloom sobre las silenciosas flores azuladas. Tintineando. Se fue. Tintineo. Oye.

Amor y guerra, Ben, dijo Mr. Dedalus. Que Dios bendiga los viejos tiempos.

Los valientes ojos de Miss Douce, desatendidos, se apartaron de las cortinillas, lacerados por la luz del sol. Se fue. Pensativa (¿quién sabe?), lacerada (la luz lacerante), echó la cortina con la cinta deslizante. Bajó pensativa (¿por qué se habrá ido tan rápido cuando yo?) sobre su bronce, por encima de la barra donde calvo se hallaba junto a hermana oro, inexquisito contraste, contraste inexquisito no-exquisito, lenta fresca distante profundidad de sombra deslizante verdemar*, eau de Nil.*

—El pobre Goodwin era el pianista de aquella noche, les recordó el Padre Cowley. Había un ligero desacuerdo entre él y el piano de cola Collard.

Lo había.

—Todo un espectáculo era él solo, dijo Mr. Dedalus. No había quien lo parara. Se lo llevaban los mengues con unas copas que tomara.

—¡Dios! ¿Se acuerdan? dijo Ben el voluminoso Dollard, apartándose del castigado teclado. Y por mi madre que yo no estaba en traje de bodas.

Se rieron los tres. No estaba de bo. El trío rió. No traje de bodas.

—Nuestro amigo Bloom vino que ni pintado aquella noche, dijo Mr. Dedalus. ¿Dónde está mi pipa, por cierto?

Caminó de vuelta a la barra a la pipa del acorde perdido. Calvo Pat acarreaba las bebidas de dos comensales, Richie y Poldy. Y el Padre Cowley volvió a reír.

—Yo salvé la situación, Ben, creo.

—Sí, usted fue, afirmó Ben Dollard. Recuerdo aquellos pantalones tirantes también. Fue una idea brillante, Bob.

El Padre Cowley se sonrojó hasta los brillantes lóbulos morados. Salvó la situa. Pantalones tir. Idea brillan.

Yo sabía que estaba sin blanca, dijo. La mujer tocaba el piano en el Coffee Palace los sábados por cuatro perras y ¿quién me vino con el chisme de que también tenía el otro negocio? ¿Recuerdan? Tuvimos que andarnos toda Holles Street para encontrarlos hasta que aquel tipo de casa Keogh nos dio el número. ¿Recuerdan?

Ben recordaba, el ancho semblante asombrado.

—Santo Dios, tenía allí unos mantos de ópera de lujo y otras muchas cosas.

Mr. Dedalus caminó de vuelta, la pipa en la mano.

—Estilo Mernon Square. Trajes de baile, Santo Dios, y trajes de gala. Y no aceptó ningún dinero además. ¿Eh? Cantidades endemoniadas de sombreros de tres picos y boleros y calzas. ¿Eh?

—Sí, sí, asintió Mr. Dedalus. Mrs. Manon Bloom ha dejado ropas de todas clases.

Calesintineo se oreaba muelles abajo. Botero espatarrado sobre cauchos saltarines.

Hígado con panceta. Empanada de carne con riñones. Correcto, señor. Correcto, Pat.

Mrs. Manon. Meten si acaso. Olor a quemado. A Paul de Verga. Simpático nombre que.

—¿Cómo es que se llamaba ella? Una moza rellenita. ¿Manon ...?

—Tweedy.

—Sí. ¿Está viva?

—Y coleando.

—Era hija de...

—Hija del regimiento.

—Sí, rediez. Me acuerdo del viejo sargento de tambores.

Mr. Dedalus raspó, chascó, encendió, boqueó sabrosa bocanada de humo después.

—¿Irlandesa? No lo sé, se lo juro. ¿Lo es, Simon?

Bocanada de humo después espesa, una bocanada de humo, intensa, sabrosa, crepitante.

—Músculo buccinador está ... ¿Eh? ... Una pizca herrumbroso ... Sí, claro ... Mi Molly de Irlanda, Oh.

Boqueó una explosión irritante en penacho.

—Del peñón de Gibraltar ... nada menos.

Se consumían en la profundidad de la sombra oceánica, oro junto al tirador de cerveza, bronce junto al marrasquino, absortas las dos. Mina Kennedy, Lismore Terrace, 4, Drumcondra con Idolores, una reina, Dolores, silenciosa.

Pat servía, destapaba platos. Leopoldo cortaba trozos de hígado. Como antes se dijo, le gustaba saborear los órganos internos, las mollejas que saben a nuez, las huevas de bacalao fritas mientras que Richie Goulding, Collis, Ward comía carne con riñones, carne luego riñones, bocado a bocado de empanada él comía Bloom comía ellos comían.

Bloom con Goulding, casados en el silencio, comían. Manjares dignos de príncipes.

Por Bachelor's Walk en oreadassacudidas tintineaba Boylan Botero, soltero, al sol encelado, lustrosas ancas de yegua al trote, con el tremolar del látigo, sobre cauchos saltarines: espatarrado, calidosentado, Boylanbullendo de impaciencia, ardientearrestado. Pica. ¿Está picado? Pica. ¿Está? Pi pi pica.

Por encima de sus voces Dollard zumbajeó el arranque, retumbando por encima de bombeantes acordes.

—*Cuando el amor absorbe mi ardiente alma ...*

El bamboleo de Benalmabenjamin se bamboleó hasta las estremecientes amorvibrantes luceras.

—¡Guerra! ¡Guerra! exclamó el Padre Cowley. Usted es el guerrero.

—Sí que lo soy, rió Ben Guerrero. Estaba pensando en su casero. Amor o dinero.

Se paró. Meneó barba inmensa, cara inmensa por su pifia inmensa.

—Seguro, que le va a romper el tímpano del oído, hombre, dijo Mr. Dedalus por entre aroma de humo, con ese órgano como el suyo.

Con abundante risa barbada Dollard trepidó sobre el teclado. Se lo rompería.

—Por no mencionar otra membrana, añadió el Padre Cowley. Descanso, Ben. *Amoroso ma non troppo.* Déjeme ahí.

Miss Kennedy sirvió a dos caballeros unos picheles de cerveza negra fresca. Ella hizo un comentario. Desde luego, dijo el primer caballero, un tiempo espléndido. Bebieron cerveza negra fresca. ¿Sabía ella adónde iba el virrey? Y oyeron acerocascos cascosonantes sonar. No, no sabría decir. Pero vendría en el periódico. Bueno, no se molestara. No es ninguna molestia. Desplegó en tomo suyo el Independent a lo ancho, buscando, el virrey, pináculos de su pelo en lentomovimiento, virr. Demasiada molestia, dijo primer caballero. No, no, en absoluto. La forma en que miraba aquél. Virrey. Oro junto a bronce oyeron hierro acero.

—*..... mi alma ardorosa*
no me turba eeeeeeel mañana.

En salsa de hígado Bloom chafó puré de patatas. Amory guerra alguien está. Ben Dollard y su famoso. Aquella noche que vino corriendo a casa a pedir prestado un traje de etiqueta para aquel concierto. Pantalones tirantes como un tambor llevaba puestos. Cebones musicales. Molly sí que se rió cuando se fue. Se tiró de espaldas sobre la cama, chillando, pataleando. Enseñando él todos los atributos. ¡Ay! ¡Por todos los santos, estoy empapada! ¡Ay! ¡Las mujeres de la primera fila! ¡Ay! ¡Nunca me reí con tantas ganas! Claro, como que eso es lo que le da el bajete barrilete. Por ejemplo los eunucos. A saber quién está tocando. Buenas manos. Debe ser Cowley. Melodioso. Conoce cualquier sonido que toques. Mal aliento tiene, pobre hombre. Paró.

Miss Douce, atractiva, Lydia Douce, se inclinó hacia el afable procurador, George Lidwell, caballero, que entraba. Buenas tardes. Le dio la mano húmeda (de dama) al firme apretón de él. Buenas. Sí, estaba de vuelta. A la rutina de siempre otra vez.

—Sus amigos están dentro, Mr. Lidwell.

George Lidwell, afable, procurado, retenía una lydiamano. Tintineo.

Bloom comía híga como antes se dijo. Limpio aquí al menos. Aquel fulano del Burton, pringado de temilla. No hay nadie aquí: Goulding y yo. Mesas limpias, flores, servilletas mitradas. Pat de un lado para otro. Calvo Pat. Nada que hacer. Mejor oferta de Dub.

Piano de nuevo. Es Cowley. La forma en que se pone delante, como si fueran uno, comprensión mutua. Pesados embutidores rascando violines, el ojo en el extremo del arco, serrando el violonchelo, te dan un dolor de muelas. El largo ronquido sonoro de ella. La noche que estuvimos en el palco. El trombón abajo soplando como una orca, en los entreactos, el otro tipo de los metales desenroscando, limpiando la saliva. Las piernas del director también, pantalonesalares, la giga giga. Hace bien en esconderlas.

Calesmtineo de giga oreado airoso.

Sólo el arpa. Encantadora. Enardecida luz de oro. La chica la pulsaba. La popa de una encantadora. La salsa está buena digna de. La nave dorada. Erín. El arpa que una vez o dos. Manos frías. Ben Howth, los rododendros. Somos sus arpas. Yo. Él. Viejo. joven.

—Ah, no puedo, hombre, dijo Mr. Dedalus, vergonzoso, displicente.

Fuertemente.

—¡Vamos, maldita sea! gruñó Ben Dollard. Suéltelo por partes.

—*M'appari*, Simon, dijo el Padre Cowley.

Hacia la zona de batería dio unas zancadas, grave, desmedido en su abatimiento, los largos brazos extendidos. Roncamente la nuez de la garganta ronqueó suavemente. Suavemente cantó a una marina polvorienta que allí había: Un adiós postrero. Un promontorio, una nave, una vela sobre la mar. Adiós. Una chica encantadora, el velo oleando al viento sobre el promontorio, el viento a su alrededor.

Cowley cantó:

—*M'appari tutt amor:*
Il mio sguardo l'incontr ...

Ella agitaba, sin oír a Cowley, el velo, a alguien que partía, a alguien querido, al viento, al amor, a la vela fugaz, vuelve.

—Vamos, Simon.

—Ah, seguro, mis años mozos se acabaron ya, Ben ... Bueno ...

Mr. Dedalus dejó reposar la pipa junto al diapasón y, sentándose, tocó las sumisas teclas.

—No, Simon, se volvió el Padre Cowley. Tóquelo en la versión original. En fa mayor.

Las teclas, sumisas, subieron, contaron, dudaron, confesaron, confusas.

Hacia el foro dio unas zancadas el Padre Cowley.

—Venga, Simon, le acompañaré, dijo. Levántese.

Por el crocante de piña de Graham Lemon, por Elvery's Elephant se sacudía tintineante.

Carne, riñones, hígado, puré, a una mesa digna de príncipes estaban sentados los príncipes Bloom y Goulding. Príncipes a la mesa levantaban y bebían, Power y sidra.

La más hermosa canción de tenor que jamás se haya escrito, dijo Richie: *Sonnambula.* Se la había oído cantar a Joe Maas aquella única noche. ¡Ah! ¡Qué M'Guckin! Sí. A su modo. Estilo de niño de coro. Maas era el niño. Monaguiño. Tenor lírico si le parece. Para no olvidarlo jamás. Jamás.

Tiernamente Bloom ocupado con la panceta sinhígado vio las facciones rígidas tensarse. Dolor de espalda él. Ojos brillantes de la enfennedad de Bright. El próximo en la lista. Pasando la cuenta. Píldoras, pan picado, valen a guinea la caja. Evítalo por un rato. Canta también: *Abajo entre los muertos.* Apropiado. Empanada de riñones. Delicias para la. No están sacando mucho partido de todo ello. Mejor oferta de. Característico en él. Power. Especial con lo que bebe. Una maca en el vaso, agua fresca del Vartry. Soplando cerillas de los mostradores para ahorrar. Luego malgasta un soberano en bobadas. Y cuando lo necesita ni una chica. Tajado se niega a pagar el importe. Tipos curiosos.

Jamás olvidaría Richie aquella noche. No mientras viviera: jamás. En el paraíso del viejo Royal con el pequeñajo de Peake. Y cuando la primera nota.

El habla descansó en los labios de Richie.

Sale con una patraña ahora. Rapsodias sobre fruslerías. Se cree sus propias mentiras. De verdad. Asombroso embustero. Pero se necesita tener buena memoria.

—¿Qué canción es ésa? preguntó Leopold Bloom.

—*Ya todo está perdido.*

Richie amartilló los labios en puchero. Una baja incipiente nota dulce hada maligna murmuró: todo. Tordo. Tordella. Su aliento, avedulce, dientes sanos de los que se enorgullece, afinó con aflicción quejumbrosa. Está perdido. Copioso sonido. Dos notas en una ahí. Al mirlo oí en el valle de los majuelos. Cogiendo mis acordanzas los ligaba y viraba. Toda gran llamada demasiado nueva está perdida en todo. Eco. Qué dulce la respuesta. ¿Cómo se hace eso? Ya todo perdido. Sombrío silbaba. Caída, entrega, perdida.

Bloom afinaba oídos leopoldados, remetiendo un borde del pañito bajo el jarrón. Encargo. Sí, recuerdo. Canción encantadora. En sueños se llegó ella hasta él. Inocencia a la luz de la luna. Intrépidos. No conocen el peligro. Aun así reténla. Decir su nombre. Tocar agua. Tintineo airoso. Demasiado tarde. Ella anhelaba ir. Por eso. Mujer. Más fácil poner puertas al mar. Sí: todo está perdido.

—Una canción hermosa, dijo Bloom Leopoldo perdido. La conozco bien.

Jamás en su vida la había Richie Goulding.

Él la conoce bien también. O la siente. Siempre a vueltas con la hija. Niña sabia que sabe quién es su padre, dijo Dedalus. ¿A mí?

Bloom de reojo ocupado con su sinhígado vio. Cara de todo está perdido. El bullanguero de Richie una vez. Chistes viejos rancios ahora. Meneando la oreja. Servilletero en el ojo. Ahora con cartas suplicantes manda a su hijo. El bisojo de Walter sí señor lo hice señor. No molestaría sólo que estaba esperando un dinero. Discúlpate.

El piano de nuevo. Suena mejor que la última vez que lo oí. Afinado probablemente. Paró de nuevo.

Dollard y Cowley aún urgían al cantante reticente a que se arrancara ya de una vez.

—De una vez, Simon.

—Vez, Simon.

—Damas y caballeros, estoy sinceramente agradecido por su amable interés.

—Vez, Simon.

—No tengo dinero pero si me prestan atención pondré todo mi empeño en cantarles sobre un corazón destrozado.

Junto a la campana de los emparedados en la sombra acogedora Lydia, su bronce y rosa, gracia de una dama, daba y retenía: como en fresca glauca *eau de Nil* Mina a picheles dos sus pináculos de oro.

Los acordes en escala del preludio terminaron. Un acorde, arrastrado, expectante, arrastró una voz.

—*Cuando por primera vez vi esa forma querida ...*

Richie se volvió.

—La voz de Si Dedalus, dijo.

El ánimo inflamado, las mejillas con un toque de flama, escucharon sintiendo ese fluir querido fluir por la piel miembros humano corazón alma columna. Bloom hizo una señal o a Pat, calvo Pat es un camarero duro de oído, para que dejara entreabierta la puerta del bar. La puerta del bar. Así. Así está bien. Pat, camarero, atendió, atento a oír, pues era duro de oí junto a la puerta.

—*... El dolor pasaba.*

Por la quietud del aire una voz les cantaba, tenue, ni lluvia, ni hojas en murmullo, no como voz de cuerdas ni de instrumentos de viento ni de comosellamen dulcémeles penetrando en sus oídos sosegados con palabras, los sosegados corazones de cada uno de ellos de sus vidas evocadas. Bueno, bueno poder oír: el dolor de cada uno de ellos parecía de ambos pasar cuando por vez primera lo oyeron. Cuando por vez primera vieron, perdidos Richie Poldy, qué belleza, oyeron de una persona que nunca habrían esperado jamás, su primera palabra de misericordiosa blanda-de-amor de-siempre-amada.

Amor que canta: vieja y dulce canción de amor. Bloom deslió lentamente la gomilla elástica del paquete. Viejo y dulce oro *sonnez la* de amor. Bloom relió una madeja en cuatro dedos bifurcados, la atirantó, la destensó, y la relió alrededor de su desquiciado doble, cuádruple, en octava, los unció tensos.

Lleno de esperanzay en extremo dichoso ...

Los tenores consiguen mujeres a puñados. Aumenta el chorro. Tiran flores a sus pies. ¿Cuándo nos vamos a ver? La cabeza sencillamente. Tintineo en extremo dichoso. Él no sabe cantar para los de alto copete. La cabeza sencillamente se te arremollina. Perfumada para él. ¿Qué perfume tu mujer? Quiero saberlo. Tinti. Para. Llama. Última mirada al espejo siempre antes de abrir la puerta. El recibidor. ¿Y qué? ¿Qué tal? Yo bien. ¿Y qué? ¿Qué? ¿O? Caja de caramelos de mentas, confites de besuqueo, en su bolso. ¿Sí? Las manos buscaban las opulentas.

Ah, la voz subía de tono, suspirando, cambiaba: fuerte, impetuosa, brillante, altanera.

—*Pero ah un vano soñar era ...*

Tono glorioso que él tiene aún. Aire de Cork más suave además su acento. ¡Pobre necio! Podía haber ganado dinero a espuertas. Confundiendo la letra. Acabó lentamente con su mujer: ahora canta. Pero rió se puede decir. Sólo ellos dos. Si es que no se viene abajo. Pero aún mantiene el tipo. Las manos y pies cantan también. La bebida. Nervios crispados. Hay que ser abstemio para cantar. Sopa Jenny Lind: caldo, salvia, huevos crudos, media

pinta de crema. Para cremosa soñadora.

Ternura desbordaba: lenta, henchida, impetuosa latía. Ahí está. ¡Ja, dale! ¡Toma! Late, un latido, un orgulloso palpitar erecto.

¿.Letra? ¿Música? No: es lo que hay detrás.

Bloom envolvía, desenvolvía, ataba, desataba.

Bloom. Corriente de cálida secretud mamalada rechupada fluyó para fluir en la música fuera, en deseo, oscuro para chupar el flujo abordante. Cúbrela, gállala, písala, sáltala. Monta. Poros para dilatar dilatando. Monta. El gozo el sentir el cálido el. Monta. Para borbotar por las esclusas borbotones borbotantes. Corriente, borbotón, flujo, regustoborbotón, latidomontante. ¡Ahora! Lenguaje de amor.

—*... rayo de esperanza está...*

Resplandeciente. Lydia para Lidwell gañido apenas oír tan señorial la musa desgañó un trago de esperanza.

Martha es. Coincidencia. Justo iba a escribir. La canción de Lionel. Nombre encantador que tienes. No puedo escribir. Acepta mi regali. Tocar la fibra sensible la bolsa también. Es una. Te llamé diablillo. Aun así el nombre: Martha. ¡Qué extraño! Hoy.

La voz de Lionel volvió, más débil pero incansable. Cantaba de nuevo para Richie Poldy Lydia Lidwell también cantaba para Pat boca abierta oído atendiendo para atender. Cómo por primera vez vio esa forma querida, cómo el dolor pasaba, cómo la mirada, forma, palabra le cautivó a él Gould Lidwell, le ganó el corazón a Pat Bloom.

Desearía verle la cara, no obstante. Se explica mejor. Por qué el barbero en la peluquería Drago siempre me miraba la cara cuando yo le hablaba a su cara en el espejo. Aun así lo oigo mejor aquí que en la barra aunque más lejos.

—*Cada mirada cariñosa ....*

La primera noche cuando por primera vez la vi en casa de Mat Dillon en Terenure. Encaje negro, amarillo llevaba. Sillas musicales. Nosotros dos los últimos. El destino. Tras ella. El destino. Vueltas y vueltas despacio. Vueltas rápidas. Nosotros dos. Todos miraban. Para. Se sentó ella. Todos los desbancados miraban. Labios sonrientes. Rodillas amarillas.

—*Encantó la mirada ...*

Cantando. *Esperando* cantó ella. Yo le pasaba las hojas de la partitura. Voz impetuosa del perfume de qué perfume tu lilas. El pecho le veía, ambos impetuosos, la garganta gorgoriteando. Por primera vez vi. Me dio las gracias. ¿Por qué a mí? El destino. Ojos españolados. Bajo un peral a solas el patio a esta hora en el viejo Madrid una parte en la sombra Dolores ladolores. A mí. Tentación. Ay, tentadora.

—*¡Martha! ¡Ah, Martha!*

Dejando a un lado toda languidez Lionel gritaba su dolor, en un grito de pasión mandando al amor que volviera con más profundos y sin embargo más ascendentes acordes de armonía. En un grito de soledad lionada para que ella entendiera, debería martha sentir. Porque él a sólo ella esperaba. ¿Dónde? Aquí allá mirad allá aquí mirad todos dónde. En algún lugar.

—*¡Ve-en perdida!*
¡Ve-en querida!

Solo. Un amor. Una esperanza. Un consuelo para mí. Martha, do de pecho, vuelve.

—*¡Ven ...!*

Surcaba en lo alto, un ave, planeaba, un grito puro fugaz, surca el orbe plateado se lanzó serena, veloz, sostenido, para venir, no lo prolongues más más aliento él aliento más vida, surcando en lo alto, alta resplendente, en llamas, coronada, alto en la efulgencia simbolística, alto, del seno etéreo, alto, de la alta dilatada irradiación por todas partes toda surcando todo alrededor en derredor de todo, del sinfinsinfinsinfin .....

—*¡A mí!*

¡Siopold!

Consumido.

Ven. Bien cantado. Todos palmotearon. Ella debería. Ven. A mí, a él, a ella, a ti también, a mí, a nosotros.

—¡Bravo! Plafplaf. Buen chico, Simon. Palmiplafpla£ ¡Otra vez! Plafplifplaf pla£ Suena

como una campana. ¡Bravo, Simon! Plafplofplaf Otra vez, aplaf, dijeron, vociferaron, palmotearon todos, Ben Dollard, Lydia Douce, George Lidwell, Pat, Mina Kennedy, dos caballeros con dos picheles, Cowley, primer señor con pich y bronce Miss Douce y oro Miss Mina.

Los elegantes zapatos color canela de Boylan Botero chirriaron por el suelo del bar, se dijo antes. Tintineo por los monumentos a Sur John Gray, Horacio mancopenco Nelson, reverendo padre Theobald Mathew, se oreaba, como se dijo antes hace un momento. Al trote, caliente, sentadocaliente. *Cloche. Sonnez la. Cloche. Sonnez la.* Más despacio la yegua subió la cuesta por la Rotunda, Rufland Square. Demasiado despacio para Boylan, Boylan botero, Boylando de impaciencia, brincando la yegua.

Un trasresueno de los acordes de Cowley fue el final, agonizó en el aire enriquecido.

Y Richie Goulding bebía su Power y Leopold Bloom su sidra bebía, Lidwell su Guinness, segundo caballero dijo que tomarían otros dos picheles si no le importaba. Miss Kennedy sonrió afectadamente desirviendo, labios de coral, al primero, al segundo. No le importaba.

—Siete días en la cárcel, dijo Ben Dollard, a pan y agua. Entonces cantarías, Simon, como un tordo de jardín.

Lionel Simon, cantante, reía. El Padre Bob Cowley tocaba. Mina Kennedy servía. Segundo caballero pagaba. Tom Keman entraba contoneándose. Lydia, admirada, admiraba. Pero Bloom mudo cantaba.

Admirando.

Richie, admirando, peroraba sobre la gloriosa voz de aquel hombre. Recordaba una noche hace mucho. Jamás olvidaría aquella noche. Si cantó *Fue rangoyfama:* en casa de Ned Lambert fue. Dios Santo jamás él oyó nada parecido en toda su vida una nota como ésa jamás él *entonces infiel habremos de separarnos* tan clara tan oh Dios jamás él oyó *ya que amor no hay en ti* una voz tan fastuosa *no hay en ti* pregúntele a Lambert él se lo podrá contar también.

Goulding, un sonrojo forcejeando en su pálido, contaba a Mr. Bloom, rostro de la noche, Si en casa de Ned Lamben, casa Dedalus, cantó *Fue rango* y *fama.*

Él, Mr. Bloom, escuchaba mientras él, Richie Goulding, le contaba, a Mr. Bloom, de la noche que él, Richie, le oyó a él, Si Dedalus, cantar *Fue rangoyfama,* en la de él, en la casa de Ned Lambert.

Cuñados: parientes. Jamás nos hablamos cuando nos cruzamos. La grieta que hunde el barco creo. Lo menosprecia. ¿Ves? Lo admira aún más. La noche que Si cantó. La voz humana, dos minúsculas cuerdas sedosas, maravillosas, más que todo lo demás.

Esa voz era un lamento. Más reposada ahora. Es en el silencio cuando sientes que oyes. Vibraciones. Ahora aire silencioso.

Bloom desunció las manos entrelazadas y con dedos flojos tiró del fino tirante de catgut. Estiró y tiró. Zumbó, resonó. Mientras Goulding hablaba del torrente de voz de Barraclough, mientras Tom Keman, volviendo al tema en una especie de orden retrospectivo hablaba al Padre Cowley que escuchaba, que tocaba a su aire, que asentía mientras tocaba. Mientras el gran Big Ben Dollard hablaba con Simon Dedalus, que encendía, que asentía mientras fumaba, que fumaba.

Tú perdida. Todas las canciones sobre ese tema. Y aún más Bloom atirantaba la cuerda. Cruel parece. Dejar que la gente se encariñe unos de otros: tentación. Luego arrancar a uno del otro. Muerte. Explos. Golpe en la cabeza. Aldiablodeaquí. Vida humana. Dignam. ¡Uf, el rabo de aquella rata culebreando! Cinco chelines di. Corpus *paradisum.* Carraca croante: barriga de cachorro podrido. Se fue. Cantan. Olvidado. Yo también. Y algún día ella con. Dejarla: cansado. Sufrirá entonces. Llorará. Grandes ojos españolados mirando saltones a nada. Su cabellondulanteantespesoespesospesoesoeso des peina:'o.

Y sin embargo demasiado feliz aburre. Atirantó más, más. ¿No eres feliz en tu? Resonó. Se partió.

Calesintineo entrando por Dorset Street.

Miss Douce retiró el brazo satinado, reprobador, complacida.

—No se tome tantas libertades, dijo, hasta que no nos conozcamos mejor.

George Lidwell le decía que de verdad y con franqueza: pero ella no lo creía.

El primer caballero le dijo a Mina que eso era así. Ella le preguntó si era así. Y el

segundo pichel le dijo que así. Que eso era así.

Miss Douce, Miss Lydia, no creía: Miss Kennedy, Mina, no creía: George Lidwell, no: Miss Dou no: el primer, el primer: señor con pich: creer, no, no: que no lo creía, Miss Kenn: Lidlydiawell: el pich.

Mejor la escribo aquí. Los cálamos en correos mordidos y deformados.

Calvo Pat a una señal se aproximó. Una pluma y tinta. Se marchó. Un secante. Se marchó. Un secante para secar los borrones. Lo oyó, el sordo Pat.

—Sí, dijo Mr. Bloom, tirando de la guita de catgut que se rizaba. Efectivamente es mejor. Unas líneas será bastante. Mi regalo. Toda esa música italiana recargada es. ¿Quién fue que escribió? Conoces el nombre comprendes mejor. Saquemos unas cuartillas de papel de carta, sobre: despreocupado. Es normal.

—El número más grandioso de toda la ópera, dijo Goulding.

—Lo es, dijo Bloom.

De números se trata. Toda la música cuando lo piensas. Dos multiplicado por dos dividido por la mitad es el doble de uno. Vibraciones: eso son los acordes. Uno más dos más seis es siete. Haces lo que quieres con cifras haciendo juegos malabares. Siempre encuentras que esto es igual a aquello. Simetría junto al muro de una crucería. No se da cuenta de que voy de luto. Insensible: todo para su buche. Musimatemáticas. Y te crees que estás escuchando lo etéreo. Pero supón que lo dijeras como: Martha, siete por nueve menos x es treintaicinco mil. Menudos bemoles. Es a causa de los sonidos es por eso.

Por ejemplo ahora está tocando. Improvisando. Podría ser lo que tú quieras, hasta que oyes la letra. Hay que sostener el oído. Bien aguzado. Al principio todo bien: luego oyes acordes un poco disonantes: te encuentras un poco perdido. Dentro y fuera de sacos, por encima de barriles, a través de alambradas, carrera de obstáculos. El ritmo configura la armonía. Se trata del humor en que estés. Aun así siempre es agradable oír. Excepto las escalas para arriba y para abajo, niñas aprendiendo. Dos juntas vecinas de al lado. Deberían inventar pianos de cartón a escala para eso. Milly no tiene gusto para la música. Raro porque nosotros dos, quiero decir. *Blumenlied* la compré para ella. El nombre. Tocándola despacio, una niña, la noche que vine a casa, la niña. La puerta de los establos cerca de Cecilia Street.

Calvo sordo Pat trajo tinta plano papel secante. Pat puso con la tinta pluma plano papel secante. Pat cogió platel plato cuchillo tenedor. Pat se fue.

Era el único lenguaje dijo Mr. Dedalus a Ben. Les oyó de niño en Ringabella, Crosshaven, Ringabella, cantando sus barcarolas. El puerto de Queenstown lleno de barcos italianos. Andando, ya sabe, Ben, a la luz de la luna con esos sombreros de paja. Combinando las voces. Dios, qué música, Ben. Oída de niño. Cross Ringabella haven lunarolas.

La agria pipa retirada sostuvo una mano a guisa de escudo junto a los labios que reclamaron una llamadanoctuma a la luz de la luna, clara desde cerca, una llamada desde lejos, respondiendo.

El margen abajo de su *Freeman* en batuta recorría de Bloom, el otro ojo, que ojeaba a ver dónde había visto yo eso. Callan, Coleman, Dignam Patrick. ¡Dingdón! ¡Dingdón! Fawcett. ¡Ajá! Justo estaba mirando.

Espero que no esté mirando, espabilado como una rata. Sostuvo el *Freeman* desplegado. No se ve ahora. Recuerda escribir las es griegas. Bloom mojó, Bloo mur: estimado señor. Querido Henry escribió: querida Mady. Recibí tu car y flo. ¿Dónde demonios puse? Algún otr bolsi. Es completam impos. Subraya *impos.* Escribir hoy.

Aburrimiento esto. Aburrido Bloom tamborileó suavemente con los estoy precisamente pensando dedos sobre plano papel secante que Pat trajo.

Sigo. Sabes a qué me refiero. No, cambia esa e. Acep mi modest regali q adjun. Pídele que no contes. Espera. Cinco a Dig. Unos dos aquí. Penique las gaviotas. Elías vuel. Siete en casa Davy Byme. Hacen unos ocho o así. Digamos media corona. Mi modesto regali: gir.post. dos chelines con seis. Escríbeme una larga. ¿Detestas? Tintineo ¿está pi? Tan excitado. ¿Por qué me llamas diabl? ¿Tú eres una diablilla también? Oh, Mary perdió la cinta de las. Bueno, adiós por ahora. Sí, sí, te contaré. Quiero. Para sujetársela. Llámame ese otro. Otro mudo escribió ella. Mi paciencia se me ago. Para sujetársela. Debes creer. Creer. El pich. Eso. Es. Verdad.

¿Qué tonterías estoy escribiendo? Los maridos no. Eso es lo que el matrimonio da, sus mujeres. Porque estoy lejos de. Supón. ¿Pero cómo? Ella debe. Mantenerse joven. Si se

enterara ella. La tarjeta en mi sombrero de gran ca. No, no contarlo todo. Dolor sin sentido. Si no lo ven. Mujer. Comido yo comidos todos.

Un coche de alquiler, el número trescientos veinticuatro, cochero Barton James de Harmony Avenue, número uno, Donnybrook, en donde se acomodaba un pasajero, un caballero joven, vestido a la moda con traje de estameña azulíndigo confeccionado por George Robert Mesias, sastre y cortador, de Eden Quay número cinco, y con un canotié muy elegante, comprado en John Plasto de Great Brunswick Street, número uno, sombrerero. ¿Eh? Éste es el calesintineo que brincaba y tintineaba. Por los tubos brillantes de Agendath en la tocinería de Dlugacz trotaba una yegua de firmegrupa.

—¿Contestando a un anuncio? los ojos penetrantes de Richie preguntaron a Bloom.

—Sí, dijo Mr. Bloom. Viajante de plaza. Poco que rascar, me figuro.

Bloom mur: inmejorables referencias. Pero Henry escribió: me excitará. Ya sabes cómo. Aprisa. Henry. La e griega. Mejor añado una postdata. ¿Qué está tocando ése ahora? Improvisando. Intermezzo. P.D. El porón pon pon. ¿Cómo me vas a cas? ¿Me vas a castigar? Falda torcida se mueve, a cada meneo. Dime quiero. Saberlo. Oh. Claro que si no no lo preguntaría. La la laré. El rastro ahí se pierde en triste menor. ¿Por qué menor triste? Firma H. Les gusta una coda triste al final. P.P.D. La la laré. Me siento tan triste hoy. Laré. Tan solo. Re.

Secó rápido en el papel secante de Pat. Sobr. Dirección. Nada más copiar del periódico. Murmuró: Messrs. Callan, Coleman y Cía., sociedad anónima. Henry escribió:

Miss Martha Clifford
Lista de Correos
Dolphn's Bam Lane
Dublín

Seca encima de lo otro para que no pueda leer. Ahí. Justo. Idea para premio Titbit. Algo que un detective leyó en un papel secante. A razón de guinea la col. Matcham piensa a menudo la bruja hilarante. Pobre Mrs. Purefoy. Q.T.C.: colgado.

Demasiado poético eso de lo triste. La música tuvo la culpa. La música tiene magia. Dijo Shakespeare. Citas para cada día del año. Ser o no ser. Sabiduría en ocho días.

En la rosalera de Gerard de Fetter Lane anda él, castañogris. Una vida es todo. Un cuerpo. Termina. Pero termínalo.

Terminado de todas formas. Giro postal, sello. Correos más abajo. Andemos ahora. Suficiente. En Barney Kieman prometí encontrarme con ellos. Enojoso ese trabajo. Casa de luto. Andemos. ¡Pat! No oye. Sordo como una tapia está.

Coche cerca de allí ahora. Habla. Habla. ¡Pat! No. Colocando esas servilletas. Mucho terreno tiene que cubrir al cabo del día. Le pintas una cara por detrás y entonces serían dos. Ojalá cantaran más. Me lo quitaría de la mente.

Calvo Pat que está sorderas formaba mitras con las servilletas. Pat es un camarero de oído duro. Pat es un camarero atendedor que está atento mientras tú atiendes. Je je je je. Jel atiende mientras tú atiendes. Je je. Camarero atento es jel. Je je je je. Jel atiende mientras atiendes. Mientras atiendes si atiendes él atenderá mientras atiendes. Je je je je. Jo. Atiende mientras atiendes.

Douce ahora. Douce. Lydia. Bronce y rosa.

Lo pasó espléndido, simplemente espléndido. Y mire qué bonita concha se trajo.

Hasta el final de la barra hasta él llevó ella ligeramente el cuemodemar erizado y codeado para que él, George Lidwell, procurador, pudiera oír.

—¡Escuche! le suplicó ella.

Bajo las ginebrardientes palabras de Tom Kernan el acompañante tejía música lentamente. Hecho auténtico. Cómo perdió Walter Bapty la voz. Pues bien, caballero, el marido lo agarró por la garganta. *Bribón,* le dijo, *no cantará más cantos de amor.* Así fue, se lo juro, Sir Tom. Bob Cowley tejía. Los tenores consiguen muj. Cowley se echó para atrás.

Ah, ahora lo oía, aplicándoselo ella al oído. ¡Oiga! Él oía. Maravilloso. Ella se lo aplicó al suyo. Y por entre la luz tamizada oro pálido en contraste se escurría. Para oír.

Toc.

Bloom a través de la puerta del bar vio una concha aplicada a sus oídos. Oyó más

débilmente aquello que ellos oían, cada una sólo para sí misma, luego cada una para la otra, oyendo el salpicar de olas, fuertemente, un bramido silencioso.

Bronce junto a una oro cansada, desde cerca, desde lejos, escuchaban.

También su oído es una concha, el lóbulo que por ahí asoma. Ha estado en la playa. De la playa encantadoras chicas. Piel morena quemada. Debería haberse puesto crema antes para ponerse morena. Tostada con mantequilla. Ah, no hay que olvidarse de esa loción. Calenturas por la boca. La cabeza sencillamente. El cabello trenzado por encima: concha con algas. ¿Por qué se tapan las orejas con cabello de algas? Y las turcas la boca ¿por qué? Sus ojos por encima del embozo. Yashmak. Buscar la entrada. Una cueva. Prohibida la entrada salvo en horas de oficina.

El mar creen que oyen. Cantando. Un bramido. Es la sangre. Borbollón en el oído a veces. Bueno, es un mar. Islas corpusculares.

Maravilloso en realidad. Tan preciso. Otra vez. George Lidwell mantenía el murmullo, oyendo: luego la puso a un lado, delicadamente.

—¿Qué dicen las olas salvajes? le preguntó a ella, sonrió. Adorable, marsonnente y norreplicante Lydia a Lidwell sonrió.

Toc.

Por la tienda de Larry O'Rourke, junto a Larry, el intrépido Larry O', Boylan se balanceaba y Boylan se volvía.

Desde la olvidada concha Miss Mina se escurrió hasta sus picheles atendiendo. No, no se sentía tan sola picaruelamente la cabeza de Miss Douce le hizo saber a Mr. Lidwell. Paseos a la luz de la luna junto al mar. No, no sola. ¿Con quién? Contestó noblemente: con un caballero amigo.

Los dedos cintilantes de Bob Cowley en las agudas tocaron otra vez. El casero tiene prela. Un respiro. Long John. El gran Big Ben. Ligeramente tocó unos compases ligeros brillantes tintilinteantes para ágiles damas, picaruelas y sonrientes, y para sus galanes, caballeros amigos. Uno: uno, uno, uno, uno, uno: dos, uno, tres, cuatro.

El mar, el viento, las hojas, el trueno, las aguas, las vacas mugiendo, el mercado de ganado, los gallos, las gallinas no graznan, las serpientes sissssean. Música en todas partes. La puerta de Ruttledge: ü chirriando. No, eso es ruido. El minué de *Don Giovanni* está tocando ahora. Trajes de gala de todas clases en los salones del castillo bailando. Miseria. Los campesinos afuera. Verdes caras famélicas comiendo hojas de romaza. Qué bien está eso. Mira: mira, mira, mira, mira, mira: míranos.

Es gozoso cómo me siento. Nunca escrito. ¿Por qué? Mi gozo es otro gozo. Pero ambos son gozos. Sí, gozo debe de ser. La mera realidad de la música demuestra que lo estás. A menudo pensé que ella tenía morriña hasta que empezaba a cantar. Entonces entiendes.

La maleta de M'Coy. Mi mujer y tu mujer. Gato que le pisan la cola. Como cuando se rasga la seda. La lengua cuando habla como tarabilla de molino. No consiguen los intervalos de los hombres. Vacío también en sus voces. Llename. Soy caliente, oscura, abierta. Molly en quis est homo: Mercadante. La oreja contra la pared para oír. Necesario una mujer que esté en todo.

Sacudida giga se sacudió se paró. Zapato de dandi color canela del dandi de Boylan calcetines de recuadros azulcelestes descendieron presurosos a tierra.

¡Vaya! ¡Mira así somos! Música de cámara. Podría hacer una especie de retruécano con eso. Es una especie de música en la que pensaba a menudo cuando ella. Acústica es eso. Tintilinteando. Vasijas vacías las que más ruido hacen. Por la acústica, la resonancia cambia en la medida en que el peso del agua es conforme a la ley de la caída del agua. Como esas rapsodias de Liszt, húngaro, de ojos agitanados. Perlas. Gotas. Lluvia. Tirilin laralara luruluru. Sisssseo. Ahora. A lo mejor ahora. Antes.

Alguien golpeteó una puerta, alguien bordoneó con un toque, ¿pegó a Paul de Verga con un nervudo envarado aldabón con un capón carraconcarraconcarracón capón. Caponcapón.

Toc.

—*Qui sdegno*, Ben, dijo el Padre Cowley.

—No, Ben, interfirió Tom Keman. *El zagal rebelde.* Nuestra jerga natal.

—Sí, por favor, Ben, dijo Mr. Dedalus. Hombres buenos y honrados.

—Por favor, por favor, suplicaron todos a una.

Me voy. Tenga, Pat, vuelva. Venga. Vino, vino, no se quedó. A mí. ¿Cuánto?

—-¿Qué clave? ¿La de seis sostenidos?

—Fa sostenido mayor, dijo Ben Dollard.

Las garras abiertas de Bob Cowley agarraron los negros hondosonantes acordes.

Tengo que irme Bloom príncipe dijo a príncipe Richie. No, dijo Richie. Sí, debo. Un dinero que pilló. Se va de jarana de las de notemenees. ¿Cuánto? Él veoye hablalabios. Un chelín con nueve. Penique para ti. Tenga. Dale dos peniques de propina. Sordo, sorderas. Pero quizás tenga mujer e hijos esperando, esperando que Patty vuelva a casa. Je je je je. El sordo atiende mientras esperan.

Pero atiende. Pero oye. Oscuros acordes. Lúgugugubres. Profundo. En una cueva del tenebroso corazón de la tierra. Mena taraceada. Puñado de nudomúsica.

La voz de la edad de las tinieblas, del desamor, la fatiga de la tierra se acercaba oscura y dolorida, venida de lejos, desde montañas vetustas, llamó a hombres buenos y honrados. Al sacerdote buscó. Con él hablaría unas palabras.

Toc.

La voz de Ben Dollard. Bajete Barrilete. Haciendo lo imposible por decirlo. Croar de vastas marismas despobladas de hombres de lunas de luneres. Otra caída. Abastecedor de buques gran negocio que hizo entonces. Recordar: cordeles resinosos, faroles de barcos. Quebró por la friolera de diez mil libras. Ahora está en el asilo Iveagh. Cubículo número tal. La cerveza Bass tuvo la culpa.

El sacerdote está en casa. El sirviente de un falso sacerdote le dio la bienvenida. Pase. El santo padre. Con reverencias un sirviente traidor. Acordes de aspergios encrespados.

Arruínalos. Destroza sus vidas. Luego constrúyeles cubículos donde terminen sus días. Duérmete. Nana nanita. Muere, perro. Perrito, muere.

La voz de apercibimiento, de solemne apercibimiento, les habló del joven que había entrado en una mansión solitaria, les habló de cuán solemnes se oían sus pisadas allá, les habló de la estancia sombría, del sacerdote revestido sentado para confesar.

Alma cándida. Algo huera ahora. Piensa ganar en Answers, crucigrama con figuras de poetas. Le entregamos un crujiente billete de cinco libras. Pájaro posado empollando en un nido. El canto del último ministrer pensó que era. Ge espacio te ¿qué animal doméstico? Eme raya erre masa grande de agua. Buena voz tiene aún. Nada de eunuco todavía en posesión de todos sus atributos.

Escucha. Bloom escuchaba. Richie Goulding escuchaba. Y junto a la puerta sordo Pat, calvo Pat, Pat pingado, escuchaba.

Los acordes punteaban más lentamente.

La voz de penitencia y pesar llegaba lenta, embellecida, trémula. La barba contrita de Ben se confesaba. *In nomine Domim,* en el nombre de Dios se arrodilló. Con la mano se dio golpes de pecho, confesándose: *mea culpa.*

Latín de nuevo. Eso los atrapa como el ajonje. Sacerdote con el corpus de comunión para aquellas mujeres. Individuo aquel en el mortuorio, café o coffey, *corpusnomine.* A saber dónde estará la rata ahora. Escarba.

Toc.

Escuchaban. Picheles y Miss Kennedy. George Lidwell, párpado palpante, raso bustoabultado. Keman. Si.

La voz suspirante de dolor cantaba. Sus pecados. Desde la Pascua había dicho palabrotas tres veces. Hijo de la gran pu. Y una vez a la hora de la misa se había ido a jugar. Una vez por el cementerio había pasado y por el alma de su madre no había rezado. Un zagal. Un rebelde zagal.

Bronce, escuchando, junto al tirador de cerveza la mirada perdida en la distancia. Entemecida. Ni medio se entera de que estoy. Molly es un lince para ver a quienquiera que mire.

Bronce la mirada perdida a un lado. Espejo ahí. ¿Es ése su lado bueno de la cara? Siempre lo saben. Toque en la puerta. Último retoque para emperifollarse.

Caponcarraconcarracón.

¿Qué pensarán cuando oyen música? Forma de coger serpientes de cascabel. La noche en que Michael Gunn nos dio el palco. Afinando. Al sha de Persia es lo que más le gustaba. Le recordaría al hogar dulce hogar. Se sonó la nariz con la cortina además. Costumbre en su país quizá. Eso es música también. No es tan malo como suena. Flauteando. Los metales rebuznando como asnos trompas en alto. Contrabajos desvalidos, caños en los costados. Instrumentos de viento de madera vacas mugiendo. Piano de media cola abierto cocodrilo la música tiene sus fauces. Vientomadera como el nombre de Goodwin ventoleras.

Estaba guapa. El vestido azafrán que llevaba escotado, los atributos al aire. De clavo era su aliento siempre en el teatro cuando se inclinaba para hacer una pregunta. Le conté lo que dice Spinoza en ese libro del pobre papá. Hipnotizada, escuchando. Ojos como platos. Se inclinaba. Aquel individuo del entresuelo comiéndosela con la mirada desde arriba con los gemelos sin miramientos. La belleza de la música hay que escucharla dos veces. La mujer al natural media mirada. Dios hizo el paisaje el hombre el paisanaje. Meten si acaso. Filosofia. ¡Bah! ¡Chorradas!

Todos se fueron. Los caídos. En el cerco de Ross su padre, en Gorey todos sus hermanos cayeron. A Wexford, somos los chicos de Wexford, iría. El último de su estirpe y nombre.

Yo también. Último de mi estirpe. Milly joven estudiante. Bueno, mi culpa quizá. Ningún hijo. Rudy. Demasiado tarde ya. ¿O si no? ¿Si no? ¿Si aún?

No guardaba odio alguno.

Odio. Amor. Son palabras. Rudy. Ya pronto seré viejo.

El gran Big Ben la voz revelaba. Gran voz dijo Richie Goulding, un rubor forcejeando en el pálido, a Bloom pronto viejo. Pero ¿cuándo fue joven?

Ahora viene Irlanda. Mi país antes que el rey. Ella escucha. ¿Quién teme hablar sobre mil novecientos cuatro? Hora de largarse. Ya he visto bastante.

Déme su bendición, padre, exclamó Dollard rebelde. *Déme su bendicióny déjeme ir.*

Toc.

Bloom miró, malaventurado para irse. Al acecho para fascinar: con dieciocho chelines a la semana. Los tíos pagan la manteca. Hay que estar al tanto. Esas chicas, esas encantadoras. Junto a las tristes olas del mar. Romance de consta. Cartas leídas en público por incumplimiento de promesa. De la Mamaíta de Nenito. Risa en la sala. Henry. Yo no lo he firmado. El nombre tan encantador que.

Amainaba la música, melodía y letra. Luego se avivó. El falso sacerdote saliendo disparado como soldado de la sotana. Un capitán de caballería. Se lo saben todo de memoria. La emoción que les consume. De caballería capit.

Toc. Toc.

Emocionada escuchaba, inclinándose con interés para oír. Cara en blanco. Virgen se diría: o palpada si acaso. Escribe algo sobre eso: una página. Si no ¿qué ocurre con ellas? Decadencia, desesperación. Las mantiene jóvenes. Incluso se admiran a sí mismas. Mira. Tócala. Boquita de piñón. Cuerpo de mujer blanca, una flauta viva. Sopla suave. Fuerte. Tres agujeros, todas las mujeres. Diosa no se lo vi. Lo están deseando. No demasiado cortés. Por eso él las consigue. De oro el bolsillo lleno, de metal duro la cara. Di algo. Haz que oiga. Mirada a mirada. Canciones sin letras. Molly, aquel chico del organillo. Ella sabía que lo que él quería decir era que el mono estaba enfermo. O porque de aspecto tan español. Entiende a los animales también de esa forma. Salomón también. Don de la naturaleza.

Ventrílocuo. Los labios cerrados. Pensar con el estóm. ¿Qué?

¿Querrás? ¿Tú? Yo. Quiero. Que. Tú.

Con ronca furia cruda el de caballería maldijo, inflándose en apoplético hijo de la gran puta. Un buen pensamiento, muchacho, llegará. Una hora tienes de vida, la última. Toc. Toc.

Emoción ahora. Sienten compasión. Para enjugar una lágrima por mártires que quieren, que mueren por, morir. Por todas las cosas que mueren, por todas las cosas que nacen. Pobre Mrs. Purefoy. Espero haya acabado. Porque sus entrañas.

Ojo líquido de entrañas de mujer miraba con mirada perdida bajo una valla de pestañas, calmosamente, oyendo. Se ve la verdadera belleza del ojo cuando no habla ella. Allá en aquel río lejano. A cada lenta oleada del pecho satinado estremecedor (sus estremecedoras redonde) rosa roja roseaba lentamente se hundía roja rosa. Latidos: su aliento: aliento que

es vida. Y todas las minúsculas minúsculas hojuelasdehelechos temblaron de hebras venusianas.

Pero mira. Las brillantes estrellas se disipan. ¡Oh rosa! Castilla. El alba.

Ca. Lidwell. Para él entonces no para. Encaprichado. ¿Yo así? Verla desde aquí sin embargo. Tapones descorchados, salpicaduras de espuma de cerveza, montones de vasos sucios.

Sobre el liso tirador saliente se apoyaba la mano de Lydia, ligeramente, oronda, a ver cómo resulta. Perdidamente apenada por el rebelde. Para allá, para acá: acá, allá: en el pulido pomo (conoce los ojos de él, los míos, los de ella) el pulgar y el dedo pasaban apenados: pasaban, reposaban y, delicadamente tocando, luego se deslizaban blandamente, lentamente para abajo, una fresca firme batuta de esmalte blanco protuberante por el anillo deslizante.

Con un capón con un carracon.

Toc. Toc. Toc.

Yo defiendo esta casa. Amén. Rechinó con furia. Colgad a los traidores.

Los acordes consintieron. Algo muy triste. Pero tuvo que ser.

Salgamos antes del final. Gracias, fue divino. Dónde tengo el sombrero. Pasa junto a ella. Puedo dejar el *Freeman.* La carta la tengo. ¿Supón que fuera ella la? No. Anda, anda, anda. Como Cashel Boylo Connoro Coylo Tisdall Maunce Notisdall Farrell. Aaaaaaanda.

Bueno, tengo que. ¿Se va? Smestbcpó. Blmontó. Sobre el azul añil del centenal. Ay. Bloom se levantó. El jabón algo pegajoso detrás. Debo de haber sudado: la música. Esa loción, recuerda. Bueno, hasta luego. De gran ca. Tarjeta dentro. Sí.

Por el sordo de Pat en la entrada aguzando el oído Bloom pasó.

En el cuartel de Ginebra murió aquel joven. En Passage el cuerpo reposa. ¡Dolor! ¡Oh! ¡Él dolores! La voz del cantor gemebundo llamó a oración dolorosa.

Por rosa, por pecho satinado, por la mano acanciante, por posos, por vasos sucios, por tapones descorchados, saludando al salir, pasados ojos y hebras venusianas de tabaco, bronce y oro tenue en hondasombramanna, se fue Bloom, dulce Bloom, me siento tan solo Bloom.

Toc. Toc. Toc.

Rogad por él, rogaba el bajo de Dollard. Vosotros que oís en paz. Musitad una oración, derramad una lágrima, hombres buenos, gente honrada. El fue el rebelde zagal.

Asustando al botones indiscreto el botones rebelde Bloom en el vestíbulo del Ormond oyó los gruñidos y bramidos de bravo, palmotadas en espaldas, sus botas todas pisoteando, las botas no el botones. Todos a coro vamos a echar un trago para mojarlo. Me alegro de haberlo evitado.

—Venga, Ben, exclamó Simon Dedalus. Dios santo, está usted como nunca.

—Mejor, dijo Tomgin Keman. La interpretación más vigorosa de esa balada, por lo que más quiera que se lo digo yo.

—Lablache, dijo el Padre Cowley.

Ben Dollard cachuchó voluminosamente hacia el bar, poderosamente alimentado de alabanzas y todo grande rosáceo, sobre pies torpes, los dedos gotosos crujiendo castañuelas al aire.

Gran Big Benaben Dollard. Gran Big Beriberi. Gran Big Beriberi.

Rrr.

Y todos profundoconmovidos, Simon proclamando a los cuatro vientos compasión desde su nariz entrapada, todos riendo lo empujaron para delante, Ben Dollard, de muy buen humor.

—Tiene usted un color buenísimo, dijo George Lidwell. Miss Douce se compuso su rosa para atender.

—Ben *machree,* dijo Mr. Dedalus, dándole a Ben una palmada en la gruesa paletilla. Está usted hecho un chaval sólo que tiene un montón de tejido adiposo oculto por ahí en su persona.

Rrrrrrrsss.

—Grasa de muerte, Simon, gruñó Ben Dollard.

Richie grieta que hunde el barco solitario estaba sentado: Goulding, Collis, Ward. Inseguro atendía. Pat impagado también.

Toc. Toc. Toc. Toc.

Miss Mina Kennedy acercó los labios al oído de pichel número uno.

—Mr. Dollard, murmuraron quedamente.

—Dollard, murmuró pichel.

Pich número uno creía: Miss Kenn cuando ella: que doll era él: ella doll: el pich.

Murmuró que conocía el nombre. Le era familiar el nombre, es decir. Lo que era decir que había oído el nombre de. Dollard ¿no era eso? Dollard, sí.

Sí, dijeron sus labios más fuertemente, Mr. Dollard. Cantó esa canción estupendamente, murmuró Mina. Mr. Dollard. *Y La última rosa del verano* era una canción estupenda. Mina adoraba esa canción. Pichel adoraba la canción que Mina.

Última rosa del verano dollard se alejó bloom sintió vientos envolviéndole por dentro.

Los gases que da esa sidra: estriñe también. Espera. Estafeta de correos cerca de Reuben J. un chelín y ocho peniques de más. Deshagámonos de ello. Escabullámonos por Greek Street. Ojalá no hubiera prometido verme con. Más libre al aire. Música. Te pone enfermo. Tirador de cerveza. Su mano que mece la cuna gobierna el. Ben Howth. Eso es lo que gobierna el mundo.

Lejos. Lejos. Lejos. Lejos.

Toc. Toc. Toc. Toc.

Muelle arriba iba Lionelleopold, el travieso Henry con carta para Mady, con delicias del pecado con puntillas para Raoul para meten si acaso seguía Poldy adelante.

Toc el ciego caminaba bordoneando con el toc el bordillo bordoneando, toc a toc.

Cowley, se queda embobado con eso: especie de borrachera. Mejor dejarse ir sólo a medias al modo de un hombre con doncella. Ejemplo locos por la música. Todo oídos. No se pierden una semifusa. Ojos cerrados. Con la cabeza llevando el ritmo. Chiflados. No te atreves ni a respirar. Pensar terminantemente prohibido. Siempre hablando de lo mismo. Perdiendo el tiempo con músicas celestiales.

Todo ello para intentar pegar la hebra. Desagradable cuando se para porque nunca sabes exac. El órgano en Gardiner Street. El viejo Glynn cincuenta libras al año. Raro allá en lo alto en el trifono, solo, con registros y bocarones y teclas. Sentado todo el día al órgano. Repasando durante horas, hablando consigo mismo o el fulano soplando a los fuelles. Gruñe enfadado, luego un grito maldiciendo (necesita ponerse guata o algo en su no no lo haga exclamó ella), luego de un suave repentino chiquitín chiquitino chiquitín vientecillo ventolín.

¡Chili! Un vientecillo chiquitín venteó iii. En el chiquitín chiquitino de Bloom.

—¿Era ése? dijo Mr. Dedalus volviendo con la pipa traída. Estuve con él esta mañana en lo del pobrecillo de Paddy Dignam ...

—Sí, el Señor se apiade de él.

—Por cierto hay un diapasón ahí dentro en el ...

Toc. Toc. Toc. Toc.

—La mujer tiene muy buena voz. O tenía. ¿Eh? preguntó Lidwell.

—Ah, tiene que ser el afinador, dijo Lydia a Simonlionel por primera vez vi, lo olvidó cuando vino.

Ciego era le dijo ella a George Lidwell por segunda vez vi. Y tocaba tan exquisitamente, un placer oír. Contraste exquisito: broncelid, minaoro.

—¡Griten! gritó Ben Dollard, vertiendo. ¡Canten fuerte!

—¡ficiente! exclamó el Padre Cowley.

Rrrrrr.

Creo que voy a ....

Toc. Toc. Toc. Toc. Toc.

—Muy bien, dijo Mr. Dedalus, la mirada clavada en una sardina descabezada.

Bajo la campana de los bocadillos yacía sobre unas andas de pan una última, una solitaria, última sardina del verano. Bloom solo.

—Muy bien, la mirada fija. El registro más bajo, estaría mejor.

Toc. Toc. Toc. Toc. Toc. Toc. Toc. Toc.

Bloom pasó por la sastrería Barry. Ojalá pudiera. Espera. Si tuviera ese curalotodo. Veinticuatro procuradores en esa sola casa. Los conté. Litigio. Amaos los unos a los otros. Pilas de folios. Messrs. Carter y Stas tienen poderes notariales. Goulding, Collis, Ward.

Pero por ejemplo el tipo que aporrea el bombo. Su vocación: la banda de Mickey Rooney. A saber cómo le dio por ahí. Sentado en casa después de comer carrillada de cerdo con coles dándole vueltas al asunto en la butaca. Ensayando su parte en la banda. Pon. Poropón. Muy divertido para la mujer. Pieles de asnos. Dándoles tunda toda la vida, y luego aporreados después de muertos. Pon. Aporreo. Parece ser lo que llaman yashmak o mejor dicho kismet. El destino.

Toc. Toc. Un mozalbete, ciego, con un bastón bordoneante venía toctoctoqueteando por delante del escaparate de Daly donde una sirena el cabello todo flotante (pero él no veía) soplaba bocanadas de una sirena (el ciego no podía), sirena, la bocanada más fresca.

Instrumentos. Una brizna de hierba, la concha de sus manos, luego sopla. Incluso con peine y papel manila puedes hacer música. Molly en camisa en Lombard Street West, pelo suelto. Supongo que cada oficio tiene la suya propia ¿ves? Cazador con un cuerno. Pi. ¿Está pi? *Cloche. Sonnez la.* Pastor con su flauta. Chii chiquitino chiquitín. Policía con un silbato. ¡Bocarones y teclas! ¡Shollinadooor! ¡Las cuatro en punto y sereno! ¡Duerme! Ya todo está perdido. ¿Tambor? Poropón. Espera. Ya sé. Pregonero, porquerón. Long John. Despertar a los muertos. Pon. Dignam. Pobrecillo *nominedomine.* Pon. Es música. Quiero decir claro está que todo es pon pon pon muy lo que llaman da capo: Aun así se puede oír. Según caminamos, caminamos, caminamos. Pon.

Tengo realmente que. Fff. Y si lo hiciera en un banquete. Es sólo cosa de costumbres el shah de Persia. Musitad una oración, derramad un lagrimón. De todas formas tenía que ser poco espabilado para no ver que era un capitán de caballe. Embozado. A saber quién sería aquel tipo junto a la sepultura con la gabar marrón. ¡Ay, la puta del callejón!

Una puta asquerosa con sombrero marinero de paja negro torcido salía vidriosamente a la luz del día por el muelle hacia Mr. Bloom. ¿Cuándo por primera vez vio esa forma querida? Sí que es. Me siento tan solo. La noche mojada en el callejón. Pica. ¿Quién está? Picooon loviooo. No es por aquí donde hace la calle. ¿Qué está? Espero que. ¡Shsss! Alguna probabilidad de que te saque los trapos suci. Conocía a Molly. Me tenía equipado. La señora gruesa que siempre teníamos encima la del traje marrón. No sabes qué hacer, eso. Encuentro que acordamos sabiendo que jamás, bueno que dificilmente alguna vez. Demasiado caro demasiado cerca del hogar dulce hogar. Me ve ¿no? Está de espanto de día. Cara de mojete. Maldita sea. Bueno, bueno, tendrá que vivir como hacemos los demás. Miremos aquí dentro.

En el escaparate de la tienda de antigüedades de Lionel Mark el arrogante Henry Lionel Leopold querido Henry Flower en serio Mr. Leopold Bloom enfocó estropeadas gaitas agusanadas rezumantes de fuelles con velas. De ocasión: seis pavos. Podría aprender a tocar. Barato. Dejémosla pasar. Claro que todo es caro si no lo necesitas. Eso es ser un buen vendedor. Te hace comprar lo que él quiere vender. El fulano que me vendió la navaja sueca con la que me afeitó. Hasta quiso cobrarme por el afilado que le dio. Está pasando ahora. Seis chelines.

Debe de ser la sidra o quizás el borgoñ.

Cerca de bronce desde cerca cerca de oro desde lejos entrechocaron los vasos tintinantes todos, ojosbrillantes y galanes, ante tentadora última rosa de verano de bronce Lydia, rosa de Castilla. Primero Lid, De, Cow, Ker, Doll, un quinto: Lidwell, Si Dedalus, Bob Cowley, Kernan y el gran Big Ben Dollard.

Toc. Un joven entró en el solitario vestíbulo del Ormond. Bloom miraba un héroe galán retratado en el escaparate de Lionel Mark. Las últimas palabras de Robert Emmet. Siete últimas palabras. De Meyerbeer es.

—Hombres honrados como vosotros.

—Sí, sí, Ben.

—Brindarán con nosotros. Brindaron.

Chin. Chan.

Tic. Un mozalbete novidente estaba en la puerta. Vio no a bronce. Vio no a oro. Ni a Ben ni a Bob ni a Tom ni a Si ni a George ni a pich ni a Richie ni a Pat. Je je je je. Jel no veía quién había.

Pontobloom, pringobloom miraba las últimas palabras. Suavemente. *Cuando mi país tome su lugar entre.*

Prrpn.

Debe de ser el bor.

¡Fff! Uu. Rrpr.

Las naciones del mundo. Nadie detrás. Ya ha pasado. *Entoncesy no hasta entonces.* El tranvía cran cran cran. Buena opor. Ya viene. Craandancrancrán. Seguro que es el borgoñ. Sí. Uno, dos. *Que mi epitafio se.* Craaaaaa. *Escriba. He.*

Pprrpffrrppffff.

Terminado.

12

ESTABA yo matando el tiempo con el viejo Troy el de la Policía Metropolitana de Dublín por ahí por la esquina de Arbour Hill cuando me cago en la mar un jodido deshollinador que pasaba casi me mete los bártulos en el ojo. Me volví para que oyera lo que tenía que oír cuando a quién me veo escabulléndose por Stony Batter sino al mismísimo Joe Hynes.

—Hombre, Joe, le digo yo. ¿Cómo andas? ¿Has visto a ese jodido limpiachimeneas que casi me salta un ojo con el cepillo?

—El hollín da suerte, dice Joe. ¿Quién es el huevones ése con el que estabas hablando?

—El viejo Troy, le digo yo, que estaba en el cuerpo. Estoy que no sé si detener a ese tío por obstrucción de la vía pública con sus escobas y escaleras.

—¿Y qué haces tú por estos andurriales? dice Joe.

—No mucho, le digo yo. Un jodido pillo ladrón de cuidado anda suelto por el otro lado de la iglesia del cuartel en la esquina de Chicken Lane — el viejo Troy me acaba de dar el soplo — que se ha largado con a saber qué cantidad de té y azúcar a pagar a tres chelines por semana dijo que tenía unas tierras por County Down de un tal retaco que responde al nombre de Moisés Herzog por ahí cerca de Heytersbury Street.

—¿Circunciso? dice Joe.

—Aahá, le digo yo. Un poco tocado de arriba. Un viejo plomero que llaman Geraghty. Lo llevo amargando va para dos semanas y no le saco ni un penique.

—¿En eso andas metido ahora? dice Joe.

—Aahá, le digo yo. ¡En lo que acaban los poderosos! Recaudador de deudas incobrables y morosos. Pero ése es el más conocido jodido bandido que te hayas encontrado en tu vida y con más picaduras de viruela en la cara que estrellas en el cielo. *Dígale,* dice él, *que me planto,* dice él, *que me replanto en mi terreno a ver si le vuelve a mandar a usted aquí otra vez y si se atreve,* dice él, *le voy a llevar a los tribunales, como le digo, por vender sin licencia. Y* después de inflarse a reventar. Recoñg me tuve que reír con ese enano de judío hecho una fiera. El *beber a mí mi té. Él comer a mí mi azúcar. ¿Porque él no pagar a mí mi dinero?*

Por mercancías no perecederas compradas a Moisés Herzog, con domicilio en Saint Kevin's Parade, 13, en la ciudad de Dublín, distrito de Wood Quay, comerciante, en lo sucesivo denominado el vendedor, y enajenadas y suministradas al señor don Michael E. Geraghty, con domicilio en Arbour Hill, 29, en la ciudad de Dublín, distrito de Arran Quay, propietano, en lo sucesivo denominado el comprador, a saber, cinco libras en medida legal de té de calidad superior a tres chelines y cero peniques por libra en medida legal y tres pesos en medida legal de azúcar, blanquilla, a tres peniques la libra en medida legal, el susodicho comprador deudor del susodicho vendedor de una libra cinco chelines y seis peniques en moneda legal por los productos recibidos cuyo importe será compensado por el susodicho comprador al susodicho vendedor en vencimientos semanales cada siete días naturales a razón de tres chelines cero peniques en moneda legal: y las susodichas mercancías no perecederas no podrán ser empeñadas ni pignoradas ni vendidas ni en modo alguno traspasadas por el susodicho comprador antes bien habrán de ser y permanecer y ser consideradas como de la única y exclusiva propiedad del susodicho vendedor para ser liquidadas a su mejor conveniencia e interés hasta que el susodicho importe haya sido debidamente satisfecho por el susodicho comprador al susodicho vendedor en el modo que queda enunciado por la presente en que se acuerda entre el susodicho vendedor, sus herederos, sucesores, fideicomisarios y asignatarios por una de las partes y el susodicho comprador, sus herederos, sucesores, fideicomisarios y asignatarios por la otra parte.

—¿Eres abstemio total? dice Joe.

—No tomo nada entre bebidas, le digo yo.

—¿Y qué pasaría si le presentamos nuestros respetos a nuestro amigo? dice Joe.

—¿Quién? le digo yo. Ya, pero si es el que anda grillao en el asilo John of God, pobrecillo.

—¿Por beber sus propios mejunjes? dice Joe.

—Sí, le digo yo. Güisqui con agua en la sesera.

—Vámonos a Bamey Kieman, dice Joe. Quiero ver al paisano.

—Al Bamey el *mavourneen,* le digo yo. ¿Algo nuevo o especial, Joe?

—Ni pío, dice Joe. Estuve en esa reunión del City Arms.

De qué iba, Joe? le digo yo.

—Tratantes de ganado, dice Joe, por lo de la fiebre aftosa. Quiero referirle al paisano algo de lo que allí se estuvo cociendo.

De modo que nos fuimos por cerca del cuartel de Linenhall y por la espalda del juzgado platicando de una cosa y otra. Buena persona ese Joe cuando tiene pasta, pero, ya ves, nunca la tiene. Recoño, que no salía de mi asombro con lo del jodido pillo de Geraghty, bandido a pleno día. Por vender sin licencia, que dice él.

Por *Inisfail* la bella se extienden unas tierras, la tierra del venerado Michán. Allí se levanta una atalaya visible por los hombres en la lejanía. Allí duermen los restos de los poderosos como en vida durmieron, guerreros y príncipes de alto renombre. Una tierra deleitosa en verdad de aguas murmurantes, de arroyos henchidos de peces donde saltan la trilla, la platija, el rubio, el halibut, el abadejo ganchudo, el murgón, el gallo, el rodaballo, la acedía, el romero, y la mezcla ordinaria de peces habitual y otros habitantes del reino acuático demasiado numerosos para ser enumerados. Con la tibia brisa del oeste y la del este los encumbrados árboles ondean en diferentes direcciones su inestimable follaje, el oloroso sicómoro, el cedro del Líbano, el cimero plátano, el eugenésico eucalipto y otros ornamentos del mundo arbóreo con los que aquella comarca está tan copiosamente bien suplida. Encantadoras doncellas se sientan en vecina proximidad a las raíces de los encantadores árboles cantando las más encantadoras canciones mientras juguetean con toda clase de encantadores objetos como por ejemplo lingotes de oro, pececillos argénteos, cestas de arenques, contingentes de anguilas, bacalaos pequeños, nasas de salmoncillos, purpúreas gemas marinas e insectos retozones. Y los héroes se aventuran desde muy lejos para seducirlas, desde Eblana a Slievemargy, los príncipes sin par de la indómita Munster y de Connacht los intachables y de la sedosa aterciopelada Leinster y de la tierra de Cruachan y de la espléndida Armagh y del noble distrito de Boyle, príncipes, los hijos de reyes.

Y allí se levanta un radiante palacio cuyo tejado de cristal o rutilante es contemplado por los hombres de mar que surcan el ancho océano en naves construidas expresamente con esa intención, y hasta allá llegan los rebaños y cebones y los primeros frutos de aquella tierra porque O'Connell Fitzsimon recibe tributos de ellas, caudillo descendiente de caudillos. Hasta allá los inmensos colosales carromatos transportan la abundancia de los campos, seras de coliflores, carradas de espinacas, rodajas de piñas, alubias de Rangún, carretadas de tomates, bateas de higos, hileras de nabos, patatas esféricas y lotes de bretón irisado, de York y de Saboya, y cajas de cebollas, perlas de la tierra, y canastillas de champiñones y cremosos calabacines y gordas arvejas y cebada y colza y rojas verdes amarillas marrones rojizas dulces gruesas agrias maduras manzanas a pintas y canastitos de fresas y cestadas de uvaespina, pulposas y vellosas, y fresas dignas de príncipes y frambuesas en sus ramas.

Que me planto, como dice él, y *me replanto.* ¡Vamos, anda, Geraghty, conocido bandido maricón y bribón!

Y por aquel camino dirigían sus pasos innumerables rebaños de julos clannados y ovejas de cría y cameros esquilados y corderos y gansos silvestres y novillos medio cebados y yeguas alborotadoras y temeras descornadas y ganado de pelo largo y ovejas de reserva y los rozagantes novillos cebados de Cuffe y animales de engorde y marranos capados y cochinos de matanza y las distintas y diferentes variedades de ganado porcino en alto grado distinguido y vaquillas de Angus y toros descornadas de pura raza yunto con vacas lecheras y toros premiados en concursos: y continuamente se oye un ruido de pisadas, un cacareo, alboroto, mugido, balido, bramido, estruendo, rezongo, mordisqueo, un rumiar, de ovejas y cerdos y ganado de cansinas pezuñas desde los pastizales de Lusk y Rush y Carrickmines y desde las torrenteras de los valles de Thomond, desde las cimas del M'Gillicuddy el inaccesible y desde el señorial Shannon el insondable, y desde los suaves declives del terruño de la raza de Kiar, las ubres dilatadas por la superabundancia de leche y cubetas de manteca y cuajadas de queso y tinacos de granja y faldillas y pescuezos de cordero y celemines de grano y huevos oblongos a cientos, de varios tamaños, el ágata junto con el pardo.

De modo que nos metimos en la taberna de Bamey Kiernan y, cómo no, allí estaba el paisano en un rincón en animado palique consigo mismo y ese jodido chucho roñoso, Garryowen, esperando a que le cayera del cielo algo de beber.

—Ahí lo tienes, le digo yo, en su cuchitril, con su tazón lleno y su buena carga de papel, trabajando por la causa.

El jodido chucho soltó un bufido como para meterle a uno el susto en el cuerpo. Sería una obra de misericordia corporal que alguien le arrancara la vida a ese jodido perro. Me han asegurado de buena tinta que se comió parte de los pantalones de un guardia en Santry que llegó con un requenmiento por licencia.

—La bolsa o la vida, dice él.

—Está bien, paisano, dice Joe. Somos amigos.

—Pasad, amigos, dice él.

Entonces se refriega la mano en el ojo y dice él:

—¿Qué os parece como están estos tiempos?

Haciéndose el buen ladrón y el buen bandolero que se tira al monte. Pero, la hostia, Joe estaba en forma.

—Según creo el mercado está en alza, dice él, deslizando la mano por la entrepierna.

De modo que la hostia el paisano se da un manotazo con la zarpa en la rodilla y dice:

—Las guerras en el extranjero han empezado esto.

Y dice Joe, metiéndose el dedo gordo en el bolsillo:

—Es que los rusos están por tiranizar.

—Para joderse, déjate de estupideces, Joe, le digo yo. Tengo una sed encima que no la doy ni por media corona.

—Tú hablas, paisano, dice Joe.

—De lo que da la tierra, dice él.

—Y tú ¿qué? dice Joe.

—Ídem de ídem, le digo yo.

—Tres pintas, Terry, dice Joe. Y ¿cómo te anda ese viejo corazón, paisano? dice él.

—Nunca mejor, a chara, dice. ¿Qué, Garry? ¿Vamos a ganar? ¿Eh?

Y a esto que agarra al jodido viejo cuzco por el pellejo del pescuezo y, recoño, que casi lo estrangula.

La figura sentada en una gigantesca roca al pie de una torre circular era la de un héroe de hombros-anchos pechoprominente miembros-fornidos mirada-franca pelo-rojo pródigo-en-pecas barba-cerrada boca-espléndida nariz-grande cabeza-apepinada voz-profunda rodillas-desnudas manosmembrudas piernas-peludas rostro-rubicundo brazos-nervudos. De hombro a hombro medía varias varas y sus rodillas montañosas peñascosas estaban cubiertas, como del mismo modo lo estaba el resto de su cuerpo por donde quiera que fuera visible, por una tenaz masa de pelo leonado espinoso en tinte y firmeza semejante a la aulaga (Ulex *Europeus).* Las amplias ventanas de la nariz, desde las cuales emanaban vellos del mismo tinte leonado, eran de tal amplitud que dentro de su oscuridad cavernosa las aguzanieves podrían muy bien haber colocado sus nidos. Los ojos en que lágrima y sonrisa contendían perennemente por la supremacía tenían el tamaño de una coliflor de buen calibre. Una corriente poderosa de aliento cálido salía a intervalos regulares desde la cavidad profunda de su boca mientras que en resonancia rítmica las vigorosas percusiones sonoras y robustas de su excelso corazón tronaban estruendosamente provocando en el suelo, en la cúspide de la torre altanera y en los aún más altaneros muros de la gruta una vibración y un temblor.

Llevaba largos ropajes sin mangas de piel de toro ha poco desollado que le alcanzaban las rodillas en holgada kilt y ésta iba sujeta hacia su mitad con un cinturón de paja y juncos trenzados. Debajo llevaba calzones de piel de ciervo, cosidos burdamente con tripa. Sus extremidades inferiores estaban embutidas en borceguíes altos de Balbriggan pigmentados en púrpura de liquen, los pies cubiertos con botos de piel de vaca macerada en sal atados con tráqueas de la misma bestia. De su cinturón le colgaba una ristra de piedras marinas que cascabeleaban a cada movimiento de su portentosa figura yen ellas estaban talladas con rudo aunque admirable arte las efigies tribales de muchos héroes y heroínas irlandeses de la antigüedad, Cuchulin, Conn el de las cien batallas, Niall el de los nueve rehenes, Brian de Kincora, el gran rey Malachi, Art MacMurragh, Shane O'Nefl, el Padre John Murphy, Owen Roe, Patrick Sarsfield, Red Hugh O'Donnell, Red Jim MacDennott, el Sacerdote Eoghan O'Growney, Michael Dwyer, Francy Higgins, Henry Joy M'Cracken, Goliat, Horace Wheatley, Thomas Conneff, Peg Woffington, el Herrero del Pueblo, el Capitán Clarodeluna, el Capitán Boicot, Dante Alighien, Cristóbal Colón, San Fursa, San Brendano, Marshal MacMahon, Carlomagno, Theobald Wolfe Tone, la Madre de los Macabeos, el último de los Mohicanos, la Rosa de Castilla, el Hombre para todo, El Hombre que arruinó la banca en Montecarlo, El Héroe de la Portería, La Mujer que no quiso, Benjamin Franklin, Napoleón Bonaparte, John L. Sullivan, Cleopatra, Savoumeen Deelish, Julio César, Paracelso, Sir Thomas Lipton, Guillermo Tell, Miguel Ángel Hayes, Mahoma, la Novia de Lammermoor, Pedro el ermitaño, Pedro el empaquetador, Rosaleen la Tostada, Patrick W. Shakespeare, Brian Confucio, Murtagh Gutenberg, Patricio Velasquez, el Capitán Nemo, Tristán e Isolda, el primer Príncipe de Gales, Thomas Cook e Hijo, el Valiente Soldadito, el Besucón, Dick Turpin, Ludwig Beethoven, la Chica Rubia, Naneador Healy, Ángus el anacoreta, Dolly Mount, Sidney Parade, Ben Howth, Valentine Greatrakes, Adán y Eva, Arthur Wellesley, el jefe Croker, Heródoto, Jack el de las habichuelas, Gautama Buda, Lady Godiva, Lily

of Killamey, Balor el del ojo a la virulé, la Reina de Saba, Acky Nagle, Joe Nagle, Alessandro Volta, Jeremiah O'Donovan Rossa, Don Philip O'Sullivan Beare. Una lanza reclinada de granito afilado descansaba a su lado mientras que a sus pies reposaba un animal salvaje de la tribu canina cuyo estertóreo resuello anunciaba que había caído en un inquieto sopor, deducción confirmada por los broncos gruñidos y movimientos espasmódicos que su dueño contenía de tiempo en tiempo con golpes tranquilizadores de una poderosa tranca rudamente labrada en piedra paleolítica.

Lo cierto es que Terry trajo las tres pintas que Joe pagaba y la hostia que casi pierdo la vista cuando me lo veo que aterriza una libra coño, tan cierto como te lo cuento. Un soberano que echaba chispas.

Y más hay de donde éste sale, dice él.

—Has robado el cepillo de los pobres, Joe? le digo yo.

—Con el sudor de mi frente, dice Joe. Fue el prudente socio el que se me dejó caer con ese chisme.

—Le vi antes de tropezarme contigo, le digo yo, que se escabullía por la esquina de Pill Lane y Greek Street con ojos de cordero sin perder detalle.

¿Quién recorría la tierra de Michán, ataviado con armadura sable? O'Bloom, el hijo de Rory: no otro. Insensible al miedo es el hijo de Rory: el de alma prudente.

—Para la vieja, ese periódico de Pnnce Street, dice el paisano, la entidad subvencionada. El partido comprometido en el hemiciclo de Diputados. Y vean este asqueroso periodicucho, dice él. Vean esto, dice él. *The Irish Independent, si* les parece poco, fundado por Pamell para que fuera el amigo del trabajador. Escuchen las listas de nacimientos y necrológicas en el *Irlandeses todos por la Independencia de Irlanda,* vamos, que ya está bien y de bodas.

Y ni corto ni perezoso empieza a leerlas en alto:

—Gordon, Bamfield Crescent, Exeter; Redmayne de Iflley, Saint Anne's on Sea: la esposa de William T. Redmayne un niño. ¿Qué os parece, eh? Wright y Flint, Vincent y Gillett con Rotha Manon hija de Rosa y del finado George Alfred Gillett, Clapham Road, 179, Stockwell, Playwood y Ridsdale en la iglesia de Saint Jude, Kensington ante el muy reverendo Dr. Forrest, deán de Worcester. ¿Eh? Fallecimientos. Bristow, en Whitehall Lane, Londres: Carr, Stoke Newington, de gastritis y del corazón: Gálico, en Moat House, Chepstow ...

—Conozco a ese tío, dice Joe, por mala experiencia.

—Gálico. Dimsey, esposa de David Dimsey, el que fuera del Almirantazgo: Miller, Tottenham, de ocheintaicinco años: Galés, 12 de junio, en Canning Street, 35, Liverpool, Isabella Helen. ¡Qué os parece esto en un periódico nacional, eh, que me jodan, vamos! ¿No te fastidia, compadre, el trapichero de Bantry?

—Ah, sí, dice Joe, pasando el trinquis. Gracias a Dios que nos llevan la delantera. Bébete eso, paisano.

Ahora mismo, dice él, honorable varón.

—Salud, Joe, le digo yo. Y a la de todos los parroquianos.

¡Ah! ¡Ay! ¡Qué voy a contar! Estaba que me moría por esa pinta. Lo juro que era capaz de oírla cuando me caía en el estómago haciendo clac.

Y hete aquí que, según libaban la copa del placer, un enviado del cielo entró presuroso, radiante como luna de enero, un gallardo joven y tras él caminaba un hombre mayor de noble porte y rostro, portando los sagrados pergaminos de la ley y junto a él su ilustre esposa una dama de linaje sin par, la más bella de su raza.

El pequeño Alf Bergan asomó la jeta por la puerta y se escondió en el chiribitil de Bamey, retorciéndose de risa. Y quién me diréis que estaba sentado en el reservado que yo no había visto roncando con una mona monumental sino el mismo Bob Doran. Yo no sabía qué estaba pasando y Alf sin parar de hacerme señas para fuera de la puerta. Y la hostia no era más que ese jodido caricato de Denis Breen en zapatillas con dos jodidos librotes en la sobaquera y la mujer como ida detrás de él, desdichada mujer, al trote como un caniche. Creí que Alf se tronchaba.

—Míralo, dice él. Breen. Dando tumbos por todo Dublín con una tarjeta postal que alguien le ha enviado con Q.T.C.: colgado escrito que le va a poner un pleit ...

Y él que se doblaba.

—¿Le va a poner un qué? le digo yo.

—Un pleito por difamación, dice él, por diez mil libras.

—¡Coño! le digo yo.

El jodido chucho empezó a gruñir que atemorizaba viendo que algo estaba pasando pero el

paisano le soltó un puntapié en las costillas.

—*Bi i dho husht,* dice él.

—¿Quién? dice Joe.

—Breen, dice Alf. Estuvo en el despacho de John Henry Menton y después se fue a Collis y Ward y después se lo encontró Tom Rochford y lo mandó al intendente de policía para divertirse. Rediós, lo que me duele de reírme. Q.T.C.: colgado. El largo le echó una mirada más larga que una guita y ahora el jodido chalao se ha plantado en Green Street en busca de uno de la pasma.

—¿Cuándo va Long John a colgar a aquel tipo en Mountjoy? dice Joe.

—Bergan, dice Bob Doran, despertándose. ¿Está ahí Alf Bergan?

—Sí, dice Alf. ¿Colgar? Esperad que os enseñe. Venga, Terry, pon una cervecita. ¡Jodido imbécil! Diez mil libras. Deberían haber visto cómo miraba Long John. Q.T.C. ....

Y comenzó a reírse.

—¿De quién te estás riendo? dice Bob Doran. ¿Está ahí Bergan?

—Aligera, Terry, hombre, dice Alf.

Terence O'Ryan le oyó y al momento le trajo una copa de cristal llena de espumosa cerveza color ébano que los nobles gemelos Tabemariveagh y Tabemerardilaun elaboran sin cesar en sus divinas cubas, astutos como los hijos de la imnortal Leda. Porque ellos acumulan las suculentas flores del lúpulo y las amasan y criban y molturan y cuecen y mezclan todo eso con jugos amargos y llevan el mosto al fuego sagrado y no cesan ni de noche ni de día en su tarea, esos hermanos astutos, señores de la cuba.

Entonces fuiste tú, caballeroso Terence, el que tendiste, como a propósito hecho, aquel brebaje nectáreo y tú el que ofreciste la copa de cristal a aquel sediento, alma de la caballería, en belleza comparable a los inmortales.

Pero él, joven jerarca de los O'Bergan, mal podía soportar ser sobrepasado en obras de generosidad por lo que de resultas ofrendó con delicado gesto un testón de valiosísimo bronce. En él en relieve en excelente trabajo de forja se percibía la imagen de una reina de real continente, vástago de la casa de Brunswick, Victoria su nombre, Su Excelentísima Majestad, por la gracia de Dios del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y de las posesiones británicas de ultramar, reina, defensora de la fe, Emperadora de la India, ella misma, que detentaba el poder, vencedora de tantos pueblos, la bienamada, porque la conocían y la amaban desde donde el sol se levanta hasta allá mismo donde se hunde, el pálido, el moreno, el rojizo y el etíope.

—¿Qué está haciendo ese jodido francmasón, dice el paisano, merodeando para arriba y para abajo ahí fuera?

—¿Qué es eso? dice joe.

—Aquí tenéis, dice Alf, sacando la guita. Hablando de colgar, os voy a enseñar algo que jamás habéis visto. Cartas de verdugos. Mirad esto.

De modo que sacó un buen manojo de cartas y sobres del bolsillo.

—No me vengas con estupideces, le digo yo.

—Te lo juro, dice Alf. Léelas.

De modo que Joe agarró las cartas.

—¿De quién te estás riendo? dice Bob Doran.

De modo que cuando me di cuenta de que se iba a armar una trifulca Bob es un tío de cuidado cuando lleva dos copas encima de modo que digo sólo por decir algo:

—¿Cómo le va a Willy Murray, Alf?

—No sé, dice Alf. Lo acabo de ver en Capel Street con Paddy Dignam. Sólo que yo iba detrás de ese ....

—¿Que qué? dice Joe, tirando las cartas. ¿Con quién?

—Con Dignam, dice Alf.

—¿Con Paddy? dice Joe.

—Sí, dice Alf. ¿Por qué?

—¿Pero no te has enterado de que está muerto? dice Joe.

—¡Que Paddy Dignam está muerto! dice Alf.

—Aahá, dice Joe.

—Pero si yo diría que acabo de verlo no hace ni cinco minutos, dice Alf, tan claro como que te estoy viendo.

—¿Quién está muerto? dice Bob Doran.

—Lo que has visto es su espectro, dice Joe, Dios nos ampare.

—¿Qué? dice Alf. Dios santo, si hace sólo cinco .... ¿Qué? Y Willy Murray iba con él, los dos ahí cerca de cómo se llame .... ¿Qué? ¿Dignam muerto?

—¿Qué pasa con Dignam? dice Bob Doran. ¿Quién está hablando de ....?

—¡Muerto! dice Alf. Tan muerto como tú.

—Puede que así sea, dice Joe. Se tomaron la libertad de enterrarlo esta mañana de todos modos.

—¿Paddy? dice Alf.

—Sí, dice Joe. Ha saldado cuentas con la naturaleza, Dios le tenga en su gloria.

—¡Dios santo! dice Alf.

La hostia se quedó como se suele decir pasmado.

En la oscuridad las manos de los espíritus se sintieron revolotear y cuando la oración conforme a los tantras hubo sido dirigida en el sentido apropiado una tenue pero creciente luminosidad de luz de rubí se hizo gradualmente visible, siendo la aparición del doble etéreo especialmente natural debido a la descarga de rayos jívicos desde la coronilla y el rostro. La comunicación se realizó a través de la masa pituitaria y también mediante los rayos de anaranjado chillón y escarlata que emanaban de la región sacra y del plexo solar. Preguntado en su nombre terrenal acerca de su paradero en el mundo celestial aseguró que ahora se encontraba en el camino del pralaya o de vuelta pero que aún se encontraba sujeto a pruebas en manos de ciertas entidades sanguinarias en los niveles astrales inferiores. En respuesta a una cuestión relacionada con sus primeras sensaciones en la línea divisoria del más allá aseguró que previamente él había visto como en un espejo confusamente pero que aquellos que habían cruzado tenían posibilidades cimeras de desarrollo átmico ante ellos. Interrogado sobre si la vida allí se asemejaba a nuestra experiencia en la carne aseguró que él había oído de seres más favorecidos ahora en el espíritu que sus moradas estaban equipadas con toda clase de comodidades caseras tales como talafana, aszansar, calantafta, ratrata y que los más encumbrados adeptos habían sido impregnados en ondas de volupcidad de la más pura naturaleza. Habiendo requerido un cuarto de galón de suero de leche y traído que hubo sido éste evidentemente proporcionó alivio. Preguntado si tenía algún recado para los vivos exhortó a todos los que aún estaban en la parte equivocada del Maya a que adoptaran el verdadero camino ya que se anunciaba en los círculos devánicos que Marte y Júpiter estaban por causar daño por el ángulo este donde el carnero tiene poder. Se indagó entonces si había algún deseo en especial por parte del difunto y la respuesta fue: *Os saludamos, amigos de la tierra, que aún estáis en el cuerpo. Cuidado con C. K. que no exagere.* Se averiguó que la referencia era a Mr. Comelius Kelleher, gerente de Messrs. H. J. O'Neill conocido establecimiento funerario, amigo personal del difunto, que había estado encargado de materializar los detalles del entierro. Antes de ausentarse requirió que se le dijera a su querido hijo Patsy que la otra bota que había estado buscando se hallaba en la actualidad bajo el bacín en la covacha y que el par había que llevarlo a Cullen para que le pusieran medias suelas nada más ya que los tacones estaban todavía en buen estado. Aseguró que esto le había perturbado grandemente su paz de conciencia en la otra región y que sinceramente requería que su deseo se diera a conocer. Fueron dadas garantías de que al asunto se le prestaría la atención debida y se dio a entender que esto había sido acogido con satisfacción.

Se fue de la vivienda de los mortales: O'Dignam, sol de nuestra mañana. Efimera era su pisada en el helechal: Patrick el de la frente esplendente. Gime, Bamba, en el viento: y gime, Oh océano, en tu vorágine.

Ahí anda otra vez ése, dice el paisano, mirando hacia fuera.

—¿Quién? le digo yo.

—Bloom, dice él. Ahí anda de guardia de arriba a abajo hace diez minutos.

Y, la hostia, vi que asomaba el hocico y que se largaba otra vez.

El pequeño Alf se había quedado de una pieza. Te lo juro que sí.

—¡Dios santo! dice. Hubiera jurado que era él.

Y dice Bob Doran, con el sombrero atrás en la molondra, el mayor marrajo de Dublín cuando está mamao:

—¿Quién dijo que Dios sea santo?

—Suplico que me disgolpe, dice Alf.

—¿Es santo ese Dios, dice Bob Doran, que se nos lleva al pobrecillo de Willy Dignam?

—Ya, sí, dice Alf, dejándolas correr. Ha dejado de padecer.

Pero Bob Doran le grita como un energúmeno.

—Es un jodido sinvergüenza, lo digo yo, por llevársenos al pobrecillo de Willy Dignam.

Terry se aproximó y le hizo un guiño para que cerrara el pico, que ellos no permitían esa clase de lenguaje en un local respetable y con todas las autorizaciones. Y Bob Doran empieza a echarle flores a Paddy Dignam, tan cierto como que estás aquí.

—La mejor persona, dice él, moqueando, el hombre más honrado.

Lágrimas de cocodrilo en los ojos. Largando disparates. Mejor que se fuera a casa con la putilla sonámbula con que se ha casado, Mooney, la hija del porquerón, la madre tenía una casa de putas en Hardwicke Street, que andaba pindongueando por las escaleras Lyons Gallito me lo dijo que fondeó allí a las dos de la madrugada en cueros vivos, con todo al aire, para la clientela, ea, aquí estoy yo, no hay de qué.

—El más cabal, el más honrado, dice él. Y se fue, pobrecillo Willy, pobrecillo Paddy Dignam.

Y acongojado y con el corazón encogido clamó quejumbroso por la extinción de aquel resplandor del cielo.

El viejo Garryowen comenzó a gruñirle de nuevo a Bloom que estaba guipando por la puerta.

—Pase, vamos, dice el paisano. Que no le va a comer.

De modo que Bloom se cuela puertas adentro con los ojos de cordero encima del perro y le pregunta a Terry si Martin Cunningham estaba allí.

—Ay, por Dios M'Keown, dice Joe, leyendo una de las cartas. ¿Queréis oír esto?

Y comienza a leer en alto una.

Hunter Street, 7

Liverpool.

Al Gobernador Civil de Justicia de Dublín

Dublín

Distinguido señor le quedo agradecido en el antes mencionado y desgraciado casoyo corgue a joe Gann en la cartel de Bootle el 12 de femero de 1900 y yo corgue....

—Enséñala, Joe, le digo yo

—. .. *al soldado Arthur Chace por el asesinato con alebosia de Jessie Tilsit en la cartel de Pentonvilley* fui *halludante cuando ....*

—Retoño, le digo yo.

—... *Billington egecuto al onible asesino Toad Smith ...*

El paisano le echa mano a la carta.

—Aguarda un momento, dice Joe, *tengo buena maña pa poner el nudo quen cuanto lo pongo no me se escapan esperando me apolle quedo, distinguido señor, mis onorarios es de cinco gineas.*

H. Rumbold,
Maestro barbero.

—Y una barbaridad de bárbaro que es el jodido también, dice el paisano.

—Y los garabatos emborronados del desgraciado, dice Joe. Toma, apártalas de mi vista donde no las vea, Alf. Hola, Bloom, dice ¿qué va a tomar?

De modo que comenzaron a machacar el asunto, Bloom decía que ni quería ni podía y que lo disculparan que no pretendía ofender a nadie ni nada de nada y luego dijo que aceptaría un cigarro. Ostras, que es un socio prudente que no me equivoco.

—Dame uno de tus apestosos selectos, Terry, dice Joe.

Y Alf nos estaba contando que había un fulano que mandó una tarjeta de pésame ribeteada de negro.

—Son todos barberos, dice él, de por allá de las negras tierras de los Midlands que colgarían a su propio padre por cinco libras al contado y gastos de viaje.

Y nos iba diciendo que hay dos fulanos abajo para tirarle de los pies cuando se queda colgando para asfixiarlo como es debido y después cortan la soga en trozos y venden los pedazos a unos cuantos chelines por barba.

En las oscuras tierras acechan, los vengadores caballeros de la navaja. El lazo homicida blanden: sí, y de tal guisa empujan a Erebo a cualquier criatura que hubiese cometido hecho de sangre porque no lo consentiré en manera alguna como así dice el Señor.

De modo que empezaron a hablar de la pena capital y cómo no Bloom sale con el porqué y el

para qué y toda la jodología de la materia y el perro que no dejaba de olerle sin parar y me tienen dicho que esos judichis despiden un cierto olor para los perros a su alrededor con no sé qué efecto disuasorio etcétera etcétera.

—Hay una cosa en la que no tiene un efecto disuasorio, dice Alf.

—¿Qué? dice Joe.

—La verga del pobre cabrón que cuelgan, dice Alf.

—¿Cómo es eso? dice Joe.

—Tan cierto como la biblia, dice Alf. Se lo oí al carcelero en jefe que había en Kilmainham cuando colgaron a Joe Brady, uno de los invencibles. Me contó que cuando lo bajaron después de colgarlo estaba tiesa delante de sus narices como un palo.

—La pasión dominante dura hasta la sepultura, dice Joe, como alguien dijo.

—Eso lo puede explicar la ciencia, dice Bloom. No es más que un fenómeno natural, comprenden, por efecto de ...

Y comienza a darle con su trabalenguas sobre que si el fenómeno y la ciencia y que si este fenómeno y el otro fenómeno.

El eminente científico Herr Professor Luitpold Blumenduft presentó evidencias médicas en el sentido de que la fractura instantánea de las vértebras cervicales y la consiguiente escisión de la médula espinal habría que, conforme a la más consolidada tradición de la ciencia médica, suponer que produciría inevitablemente en el sujeto humano un violento estímulo ganglionar de los centros nerviosos del aparato genital, provocando con ello que los poros elásticos de los *corpora cavernosa* se dilaten rápidamente de tal manera en cuanto que instantáneamente facilitaría la circulación de la sangre por aquella parte de la anatomía humana conocida como pene u órgano masculino dando lugar al fenómeno que ha sido denominado por el cuerpo facultativo erección mórbida empinarte frontal filoprogenitiva *in articulo mortis per di~ minutionem capitis*.

De modo que desde luego el paisano que esperaba meter baza agarra y empieza a cascar sobre que si los invencibles y que si la vieja guardia y que si los hombres del sesentaisiete y que quién tiene miedo de hablar del noventaiocho y Joe en acompañamiento que si todos aquellos que colgaron, destriparon y deportaron por la causa en consejo de guerra sumarísimo y que si una nueva Irlanda y que si un nuevo esto, lo otro y lo de más allá. Hablando de la nueva Irlanda bien que podría ir y agenciarse un nuevo perro más le valdría. Bestia sarnosa zampona husmeando y aventando por todos sitios y rascándose las costras. Y allá que se va para Bob Doran que estaba convidando a Alf a media pinta pelotilleando por lo que pudiera sacar. De modo que desde luego Bob Doran empieza a hacer el jodido imbécil con su:

—¡Dame la pata! ¡La pata, perrito! ¡Perrito bonito! ¡Anda pon aquí la pata, venga! ¡Dame la pata!

Arrah, para joderse, de coña con tanto la pata de y Alf tratando de evitar que se cayera del jodido taburete encima del jodido perro y él a vueltas con todas las memeces imaginables sobre adiestrar con buen trato y que si el perro de pura raza y que si el perro inteligente: que termina por darte por culo. Después comienza a rebuscar unos cuantos trozos de galleta rancia del fondo de una lata de Jacobs que le dijo a Terry que trajera. Ostras, se lo devoraba lampando con una lengua de a dos varas colgándole. Casi se come la lata y todo, el jodido chucho tragón.

Y a todo esto que el paisano y Bloom metidos en una discusión sobre la misma idea, los hermanos Sheares y Wolfe Tone allá en Arbour Hill y Robert Emmet y morir por la patria, el toque Tommy Moore sobre Sara Curran y aquello de que ella está lejos de la tierra donde su amado duerme. Y Bloom, cómo no, con su cigarro de agárrate fanfarroneando con la cara de pan pringado. ¡Fenómeno! El montón de carne con el que se casó sí que está hecha un buen fenómeno con un culo que tiene como un pandero. En la época en que vivían en el City Arms Burke el Picha me contó que había una vieja allí con un sobrino un poco tarado y gandul y Bloom tratando de camelársela con carantoñas jugando a la báciga con ella a ver si agarraba algún pellizco en su testamento y sin comer carne los viernes porque la vieja estaba siempre dándose golpes de pecho y sacaba al papanatas de paseo. Y una vez lo llevó a hacer el itinerario por las tabernas de Dublín y, por San Blas, que no paró hasta que lo trajo a casa más borracho que un pellejo y le dijo que había hecho eso para enseñarle las calamidades del alcohol y la leche que las tres mujeres casi lo asan vivo, es una historia curiosa, la vieja, la mujer de Bloom y Mrs. O'Dowd que llevaba el hotel. Recoño, me tuve que reír con Burke el Picha que las remedaba echándole el rapapolvo. Y Bloom con su *¿pero no comprenden? y* con *pero por otra parte. Y* para más señales, el papanatas según me dijeron después no salía de la taberna de Power, el de las bebidas, a la vuelta en Cope Street volvía a casa a gatas en un simon cinco veces a la semana después de haber hecho el recorrido por todas las bebidas del jodido establecimiento. ¡Fenómeno!

—Por los caídos, dice el paisano cogiendo su pinta y sin quitarle ojo a Bloom.

—Sí, sí, dice Joe.

—Usted no capta la idea, dice Bloom. Lo que quiero decir ....

—*Sinn Fein!* dice el paisano. *Sinn Fein amhain!* ¡todos nosotros! Los amigos a los que amamos están a nuestro lado y los adversarios que odiamos frente a nosotros.

El último adiós fue conmovedor en extremo. Desde espadañas cercanas y lejanas el tañido fúnebre redoblaba sin cesar mientras que a todo alrededor del sombrío recinto resonaba la inquietante alarma de cien tambores enfundados truncados por el retumbar abismal de las salvas de ordenanza. Los atronadores estampidos del trueno y el deslumbrante resplandor de los relámpagos que iluminaban la espantosa escena testimoniaban que la artillería del cielo había fiado su pompa sobrenatural al ya horripilante espectáculo. Una lluvia torrencial derramóse por las compuertas de los cielos enfurecidos sobre las cabezas al aire de la multitud concentrada que ascendía según los cómputos más modestos a quinientas mil personas. Una patrulla de la Policía Metropolitana de Dublín bajo la superintendencia del Comisario en Jefe en persona se encargaba de mantener el orden en el inmenso gentío para el que la banda de metales y viento de York Street animaba el tiempo de espera ejecutando admirablemente con sus instrumentos adornados de crespones la melodía inigualable con la que nos encariñó desde la cuna la musa lastimera de Speranza. Trenes rápidos especiales de recreo y charabanes tapizados fueron facilitados para comodidad de nuestros compatriotas del campo de los que había grandes contingentes. Considerable entretenimiento provocaron los cantantes callejeros favoritos de Dublín, L-n-h-n y M-11-g-n que cantaron *La noche antes de que Lany la palmara* con su habitual estilo hilarante. Nuestros dos inimitables animadores hicieron negocio redondo con sus pliegos entre los amantes del lado cómico y nadie con un mínimo de cariño en su corazón por el genuino regocijo irlandés sin vulgaridad les va a regatear esos peniques trabajosamente ganados. Los niños del Orfanato para Niños y Niñas que se agolpaban en las ventanas que daban al acto se divirtieron con aquel inesperado añadido al esparcimiento diario y una mención de elogio ha de hacerse a las Hermanitas de los Pobres por la excelente idea de proporcionar a los pobres niños sin padre ni madre un auténtico e instructivo regalo. Los invitados de los virreyes entre los que se encontraban un buen número de damas muy conocidas fueron acompañados por Sus Excelencias a los asientos de preferencia de la tribuna mientras que una pintoresca delegación extranjera conocida como los Amigos de Isla Esmeralda fue acomodada en un palco exactamente enfrente. La delegación, al completo, estaba integrada por el Commendatore Bacibaci Beninobenone (el semiparalitico *doyen* del grupo que hubo de ser asistido hasta su asiento con la ayuda de una potente grúa de vapor), Monsieur Pierrepaul Petitépatant, el Granpencón Vladimiro Bolsimokeroff, el Superpericón Leopold Rudolf von Schwanzenbad-Hodenthaler, la Condesa Marha Virága Kisászony Putrápesthi, Hiram Y. Bomboost, el Conde Athanatos Karamelopulos, Alí Babá Baksheesh Rahat Lokum Effendi, Señor Hidalgo Caballero Don Pecadillo y Palabras y Patemoster de la Malora de la Malaria, Abricadabri Harakiri, Hi Hung Chang, Olaf Kobrecalderesen, Mynheer Triqui van Traque, Pan Polonhacha Paddyrisky, Gospedon Prhklstr Kratachinabritinich, Borus Tosferinkoff, Herr Hurhausdirektorpresident Hans Chuechli-Steuerli,
Doctorprofesorespecialdehistoriageneraldocentprivadelsuspensorysanatoriomuseoinstitutonacional Kriegfried Ueberallgemein. Todos los delegados por unanimidad se expresaron en los más tajantes y heterogéneos términos posibles en relación con la indecible barbaridad por la que habían sido requeridos a testificar. Un animado altercado (en el que todos tomaron parte) surgió entre los Amigos de Isla Esmeralda sobre si el ocho o el nueve de marzo era el día acertado del nacimiento del santo patrón de Irlanda. A lo largo de la discusión se recurrió a balas de cañón, cimitarras, bumerangs, trabucos, bolitas de peste, picadores de carne, paraguas, catapultas, manoplas, porras, trozos de hierro y hubo abundante intercambio de golpes. El policía más jovencito, el guardia MacFadden, convocado por correo especial desde Booterstown, inmediatamente restableció el orden y con prontitud de relámpago propuso el diecisiete del mes como una solución razonablemente honorable para ambas partes contendientes. La sugerencia del ingenioso larguirucho de inmediato a todos agradó y se aceptó por unanimidad. El guardia MacFadden fue cordialmente congratulado por todos los Amigos de Isla Esmeralda, algunos de los cuales sangraban copiosamente. Habiendo sido sacado el Commendatore Beninobenone de debajo del sillón presidencial, explicaciones debidas fueron dadas por su asesor legal Avvocato Pagamimi de que los distintos artículos escondidos en sus treintaidós bolsillos habían sido sustraídos por él durante la reyerta de los bolsillos de sus jóvenes colegas con la esperanza de que entraran en razón. Los objetos (que incluían varios cientos de relojes de oro y plata de señora y caballero) fueron prontamente restituidos a sus legítimos propietarios y la armonía general reinó suprema.

Serenamente, con sencillez Rumbold ascendió hasta el patíbulo con flamante traje de calle y en el ojal su flor predilecta, el *Gladiolus Cruentus.* Anunció su presencia con aquella discreta tosecilla rumboldiana que tantos han intentado (sin éxito) imitar — corta, remilgada y en el fondo tan característica de aquel hombre. La llegada del mundialmente conocido verdugo fue saludada con una estruendosa aclamación de la ingente concurrencia, las damas de la comitiva virreinal ondeaban sus pañuelos en su entusiasmo mientras que los aún más entusiasmables

delegados extranjeros vitoreaban vocingleros en una mezcolanza de gritos, *hoch, banzai, el én, zivio, chinchin, polla kronia, hiphip, vive, Allah,* entre los cuales el resonante *eviva* del delegado de la tierra del canto (en clave de Fa Mayor que recordaba aquellas desgarradoras notas encantadoras con las que el eunuco Catalani fascinaba a nuestras tatarabuelas) era fácilmente distinguible. Eran las diecisiete en punto. La señal para la oración fue dada entonces Prontamente por el megáfono y en un instante todas las cabezas se descubrieron, el *sombrero* patriarcal del commendatore, que había estado en posesión de la familia desde la revolución de Rienzi, siéndole retirado por el ayudante médico que le acompañaba, el Dr. Pippi. El sabio prelado que administraba las últimas ayudas de la santa religión al héroe mártir cuando se iba a ejecutar la pena capital se arrodilló con el más grande espíritu cristiano en un charco de agua de lluvia, la sotana sobre la cana cabeza, y ofrendó al trono de gracia fervientes oraciones de súplica. Con la mano junto al tajo se alzaba la siniestra figura del ejecutor, el semblante oculto tras un puchero de diez galones con dos aberturas circulares perforadas por las que los ojos destellaban feroces. Mientras esperaba la señal fatal probaba el filo del arma horrible afilándolo en el musculoso brazo o decapitando en rápida progresión un rebaño de ovejas que los admiradores de su funesto aunque necesario oficio habían proporcionado. Sobre una delicada mesa de caoba cerca de él estaban meticulosamente dispuestos el cuchillo de descuartizar, las diferentes herramientas de destripar cuidadosamente templadas (especialmente suministradas por la empresa de cuchillería mundialmente famosa Messrs. John Round e Hijos, de Sheffield), una cubeta de barro para la recogida del duodeno, colon, intestino ciego y apéndice etc. cuando hubieran sido convenientemente extraídos y dos hondas jarras de la leche destinadas a recibir la más preciada sangre de la más preciada víctima. El administrador del hogar amalgamado para perros y gatos aguardaba para transportar aquellas vasijas cuando fueran aprovisionadas a esa institución de beneficencia. Un excelente ágape consistente en lonchas de jamón con huevos, cebollas con filete frito, hechos a la perfección, deliciosos panecillos calientes y estimulante té había sido deferentemente proporcionado por las autoridades para ser consumido por la figura central de la tragedia que estaba de un humor inmejorable cuando se preparaba para la muerte y manifestó un vivo interés por todos los pormenores de principio a final pero él, con una abnegación excepcional para estos tiempos que corren, dignamente estuvo a la altura de las circunstancias y expresó su último deseo (al que immediatamente se accedió) de que la comida habría de ser repartida a partes iguales entre los miembros de la asociación de benefactores de enfermos e indigentes como muestra de su consideración y estima. El *nec y non plus ultra* de la emoción se alcanzó cuando la sonrojada prometida se abrió camino por entre el estrangulado conjunto de curiosos y se echó en el musculoso pecho de aquel que en un instante iba a ser enviado a la eternidad por ella. El héroe ciñó su cimbreante figura en un tierno abrazo murmurando cariñosamente *Sheila mía.* Incitada por ese uso de su nombre de pila ella le besó apasionadamente en todas las diferentes partes procedentes de su persona que la decencia del traje de reo permitían a su ardor alcanzar. Ella le juró al tiempo que se mezclaban los regueros salinos de sus lágrimas que siempre mantendría su recuerdo, que nunca olvidaría al mozo héroe que llegó a la muerte con una canción en sus labios como si fuera a un partido de hurley en Clonturk Park. Ella evocó los días felices de una niñez dichosa juntos a las orillas del Anna Liffey cuando se dejaban llevar por los inocentes pasatiempos de la adolescencia y, ajenos al horrendo presente, se rieron de buena gana, todos los espectadores, incluido el venerable pastor, uniéndose al alborozo general. Aquel público grotesco se estremeció de puro deleite. Pero pronto fueron embargados por el dolor y juntaron sus manos por última vez. Un nuevo torrente de lágrimas manó de sus conductos lacrimales y la inmensa concurrencia de gente, conmovida en lo más hondo, prorrumpió en sollozos lastimeros, no siendo el menos afectado el mismo anciano prebendado. Hombres como robles, representantes de la ley y simpáticos gigantones de la guardia real irlandesa, hacían uso abiertamente de sus pañuelos y no se andaría descaminado si se afirmara que no había un solo ojo seco en aquella inigualable muchedumbre. Un incidente cargado de romanticismo tuvo lugar cuando un apuesto licenciado por Oxford, conocido por su caballerosidad hacia el sexo débil, se adelantó y, presentando su tarjeta de visita, su cartilla de ahorros y árbol genealógico, solicitó la mano de la desventurada joven, rogándole que pusiera la fecha, y fue aceptado en el acto. Cada una de las damas del público fue agasajada con un artístico recuerdo del acontecimiento en forma de broche con calavera y fémures, una oportuna y generosa acción que originó una nueva explosión emotiva: y cuando el galante joven de Oxford (portador, todo hay que decirlo, de uno de los apellidos más tradicionales en la historia de Albión) colocó en el dedo de la sonrojada *fiancée* un costoso anillo de compromiso con esmeraldas engarzadas en forma de trébol de cuatro hojas el entusiasmo no conoció límites. Es más, el severo jefe de la policía militar, teniente coronel TomkinMaxwell Francotirador Tomlinson, que presidía el triste acto, el que había reventado a un número considerable de cipayos en la boca del cañón sin pestañear, no podía ahora dominar su sensibilidad natural. Con su guantelete de malla secó una lágrima furtiva al tiempo que le oyeron aquellos privilegiados ciudadanos que casualmente se hallaban en su inmediato *entourage,* que murmuraba para sí en quebrada voz baja:

—Que me jodan si esa presumida no es una puta pijotera. No te pode vamos que me va a hacer llorar, ya ves, cuando me la echo a la cara que parece como si viera a mi colchona que me

espera allá en Limehouse.

De modo que entonces empieza el paisano a hablar de la lengua de Irlanda y de la reunión de la corporación y demás rollo y de los estirados que no hablan su propia lengua y Joe dando la tabarra que si le había gorroneado a alguien una libra y Bloom empalagoso como siempre con el veguero de a dos peniques que le había sacado a Joe y a vueltas con lo de la liga gaélica y que si la liga anticonvidadas y que si la bebida, la maldición de Irlanda. Las anticonvidadas es a lo que se reduce. Ostras, podrías estar con él toda una vida y no enterarte del color de sus zapatos. Y una tarde fui con un compadre a una de sus noches musicales, un barullo de agárrate y no me toques María Femanda y un compadre con la cinta azul de Ballyhooly chuleando en irlandés y cantidad de rubias de un lado para otro con bebistrajos sin alcohol vendiendo medallas y naranjas y limonada y unos cuantos bollos viejos y secos, ostras, un espectáculo a lo grande, qué te voy a contar. Irlanda sobria Irlanda libre. Y luego un viejo empieza a soplar la gaita y todos aquellos mentecatos arrastrando los pies con una música que dormía a Dios bendito. Y uno o dos curatos cuervos con el ojo alerta no fuera que alguien se metiera con las hembras, golpes bajos.

De modo que hiciera lo que hiciera, como iba diciendo, al ver el perro la lata vacía comienza a huronear alrededor de Joe y de mí. Yo lo adiestraría con buen trato, ya lo creo que lo haría, si fuera mi perro. Le pegaría un buen puntapié de cuando en cuando que lo dejara tieso.

—¿Te preocupa que te pueda morder? dice el paisano, con guasa.

—No, le digo yo. Pero de que me tome la pierna por un poste de la luz.

De modo que llama al perro. —¿Qué pasa contigo, Garry? dice él.

Entonces comienza a tirar y a atizarle y a hablarle en irlandés y el viejo cuzco a gruñir, haciendo como que contestaba, como dúo en la ópera. Gruñidos tales no se oyen a menudo como los que se escupían los dos. Alguien que no tenga nada mejor que hacer debería escribir una carta pro *bono publico* a los periódicos sobre las disposiciones para abozalar a perros como ése. Gruñendo y bufando y los ojos inyectados de sangre por la sequedad que hay en ellos y la hidrofobia babeándole por las fauces.

Todos aquellos que estén interesados en la propagación de la cultura entre los animales inferiores (y su nombre es legión) deberían tomarse como una obligación no perderse el alarde realmente maravilloso de zoantropía que ofrece el famoso y centenario perrolobo setter rojo irlandés antes conocido por el *sobriquet* de Garryowen y recientemente rebautizado por su amplio círculo de amigos y conocidos como Owen Garry. El alarde, que es el resultado de años de adiestramiento con buen trato y un régimen de alimentación escrupulosamente establecido, consiste, entre otros logros, en la recitación de versos. Nuestro más grande experto en fonética hoy día (¡ni con una cuerda me sacarían su nombre!) no ha dejado piedra sin remover en su empeño por dilucidar y comparar el poema recitado y ha descubierto que guarda un *impresionante* parecido (la cursiva es nuestra) con las rimas de los antiguos bardos celtas. No nos referimos tanto a esos deliciosos cantos de amor a los que el autor que oculta su identidad bajo el precioso seudónimo de Dulce Ramita ha acostumbrado al mundo amante de los libros sino más bien (como un colaborador chistoso señala en una interesante comunicación publicada en un diario de la tarde) al aspecto más duro y personal que hallamos en las expansiones satíricas del famoso Rafiery y de Dona] MacConsidine por no mencionar a un linsta más moderno que en la actualidad es centro de la atención del público. Adjuntamos una muestra que ha sido vertida al inglés por un eminente erudito cuyo nombre por el momento no estamos en disposición de revelar aunque estimamos que nuestros lectores detectarán que las alusiones tópicas son suficientemente indicativas. El sistema métrico del original canino, que nos trae a la memoria las complejas reglas aliterativas e isosilábicas del «englyn» galés, es infinitamente más complicado aunque estimamos que nuestros lectores estarán de acuerdo en admitir que el sentido ha sido muy bien captado. Quizá habría que añadir que el efecto se incrementa sobremanera si el poema de Owen se declama relativamente despacio e indistintamente en un tono que sugiera rencor reprimido.

La maldición de mis maldiciones
siete días cada día
y siete jueves secos
sobre ti recaiga Barney Kiernan,
que no tenga de agua un sorbo
con que mi osadía atemperar,
y mis tripas bramantes
tras la corada de Lowiy.

De modo que le dijo a Terry que trajera agua para el perro y, ostras, se podían oír los lametones a una milla. Y Joe le preguntó si tomaría otra.

—Sí, dijo él, *a chara,* para que se vea que no tengo resentimientos.

Ostras, no es tan bobo como parece. Arrastrando el culo por ahí de taberna en taberna, haciendo su real gana, con el perro del viejo Giltrap y dejando que lo mantengan los

contribuyentes y los de la corporación municipal. Diversión para el hombre y la bestia. Y va y dice Joe:

—¿Te atreverías con otro enjuague?

—¿Se atrevería a patar un nado? le digo yo.

—Que sea lo mismo, Terry, dice Joe. ¿Está seguro que no tomaría nada a modo de reconfortante bebida? dice él.

—Gracias, no, dice Bloom. De hecho lo único que quería era verme con Martin Cunningham, comprende, para lo del seguro del pobre Dignam. Martin me pidió que fuera a la casa. Se da cuenta, él, Dignam, quiero decir, no entregó aviso de contrato a la compañía a tiempo y nominalmente por ley el acreedor hipotecario no puede reclamar la póliza.

—Santo cielo, dice Joe, riéndose, estaría bueno que pillaran al viejo Shylock en su propia trampa. O sea que la mujer tiene todas las de ganar ¿no?

—Bueno, ésa es una cuestión, dice Bloom, para los admiradores de la mujer.

—¿Los admiradores de quién? dice Joe.

—Los asesores de la mujer, quiero decir, dice Bloom.

Luego comienza todo embarullado a liarla con que si el deudor hipotecario por ley como el presidente del tribunal supremo soltando una parrafada desde el estrado y en beneficio de la mujer y que se crea un depósito pero por otro lado que Dignam debía a Bridgeman el dinero y que si ahora la mujer o la viuda impugnaba los derechos del acreedor hipotecario hasta que casi hizo que me estallara la cabeza con su deudor hipotecario por ley. Tuvo mucha suerte que no lo metieran en chirona aquella vez y le aplicaran la ley de vagos y maleantes porque tenía un amigo con influencias. Vendiendo boletos de rifa o como se llame la lotería patrocinada por la Corona húngara. Tan verdad como que estás ahí. ¡Oh, vete a fiar de un israelita! Latrocinio patrocinado por la Corona húngara.

De modo que Bob Doran viene dando bandazos de un lado a otro y va y le pide a Bloom que le dijera a Mrs. Dignam que sentía la desgracia y que sentía mucho lo del entierro y que le dijera que él decía y que todos los que le conocían decían que no había nadie más honrado y mejor persona que el pobrecillo de Willy que está muerto que se lo dijera. Atascándose con las jodidas estupideces. Y chocándole la mano a Bloom poniéndose trágico que le dijera eso.

Chócala, hermano. Tú un sinvergüenza y yo otro.

—Permítame, dijo él, que abusando de nuestra amistad que, aunque pudiera ser estimada superficial si ha de medirse sólo por el tiempo, está fundamentada, como espero y creo, en un sentimiento de estima mutua me permita solicitarle este favor. Sin embargo, si con ello traspaso los límites de la intimidad permita que la sinceridad de mis sentimientos sea la excusa de mi atrevimiento.

—No, repuso el otro, reconozco en todo su alcance los motivos que alientan su conducta y llevaré a cabo el encargo que me encomendáis fortalecido en la idea de que, aunque el recado lo sea de pesadumbre, esta prueba de confianza dulcifica en cierta medida la amargura del cáliz.

—Entonces, pues, tolere que estreche su mano, dijo él. La bondad de vuestro corazón, estoy seguro, le inspirará mejor que mis inadecuadas palabras las locuciones más apropiadas para transmitir una emoción cuyo patetismo, si hubiera de dar rienda suelta a mis sentimientos, me despojaría incluso del habla.

Y allá que se fue tratando de andar derecho. Ajumado a las cinco de la tarde. La noche que casi lo ponen a la sombra sólo que Paddy Leonard conocía al poli, 14A. Con una mona morrocotuda ahí en una tabernucha de Bride Street después de la hora de cierre, fornicando con dos pingos y un matón al acecho, bebiendo cerveza negra en tazas de té. Y dándoselas de franchute con las pingos, Joseph Manuo, y hablando mal de la religión católica, y pensar que ayudaba a misa en la iglesia de Adam and Eve cuando era un chaval con los ojos entornados, que si quién escribió el nuevo testamento, y el antiguo testamento, y arrimándose y toqueteándolas. Y las dos pingos que se partían de risa, limpiándole los bolsillos, el muy imbécil y él echando cerveza por toda la cama y las dos pingos chillando riendo la una con la otra. *¿Cómo está tu testamento? ¿Tienes un antiguo testamento?* Menos mal que Paddy pasaba por allí, si no ya te cuento yo. Luego lo ves los domingos con la putilla de su mujer, y ella meneando el culo por todo el crucero de la iglesia con sus botas de charol, nada menos, y con sus violetas, hecha un primor, haciéndose la señora. La hermana de Jack Mooney. Y la putona de la madre con casa de citas para las parejas de la calle. Ostras, Jack le hizo pasar por el aro. Le dijo que si no arreglaba el desaguisado, recoño, le iba a sacar las tripas por la boca. De modo que Terry trajo las tres pintas.

—Aquí están, dice Joe, haciendo los honores. Aquí tienes paisano.

—*Slan leat,* dice él.

—Suerte, Joe, le digo yo. A tu salud, paisano.

Ostras, se había bebido ya media jarra. Haría falta un dineral para darle de beber a ese tío.

—¿£A quién apoya el largo para la alcaldía, Alf? dice Joe.

—Un amigo tuyo, dice Alf.

—¿Nannan? dice Joe. ¿El congrosista?

—No voy a dar nombres, dice Alf.

—Me lo imaginaba, dice Joe. Le vi hace poco en la reunión con William Field, Miembro del Parlamento, los tratantes de ganado.

—El peludo Iopas, dice el paisano, ese volcán explosionado, el mimado de todas las naciones y el ídolo de la suya. De modo que Joe comienza a hablarle al paisano de la fiebre aftosa y de los tratantes de ganado y de tomar cartas en el asunto y el paisano a mandarlos a todos a tomar viento fresco y Bloom nos salta con su baño desinfectante para la roña de la oveja y una solución para el moquillo de las temeras con tos y un remedio garantizado para la actinomicosis bovina. Sólo porque pasó un tiempo en un matadero de pencos. De acá para allá con su libro y lápiz dándoselas de enterado y sin dar golpe hasta que Joe Cuffe lo plantó en la calle por ponerse gallito con un ganadero. Don Sabelotodo. Se las sabe todas; capaz de ordeñar a un toro. Burke el Picha me decía que en el hotel la mujer se ponía hecha un mar de lágrimas a veces con Mrs. O'Dowd llorando a lágrima viva con sus gorduras saliéndole por todos lados. Sin poder soltarse los cordones del verdugado pero el viejo ojos de cordero enredando alrededor tenia que enseñarle cómo hacerlo. ¿De qué va el programa hoy? Sí. Métodos humanitarios. Porque los pobres animales sufren y los expertos dicen y el mejor remedio conocido que no causa dolor a los animales y en el punto sensible se administra con mucho cuidado. Ostras, buena mano tendría él para palpar cluecas.

Ca Ca Cará. Cluc Chic Cluc. La negra Liz es nuestra galli,na. Ella nos da huevos. Cuando ella pone el huevo está muy contenta. Cará. Cluc Chic Cluc. Luego llega el bueno de tío Leo. Él mete la mano debajo de la negra Liz y saca el huevo fresco. Ca Ca Ca Ca Cará. Clic Clic Cluc.

—De todas formas, dice Joe, Field y Nannetti se van esta noche a Londres y van a hacer una interpolación en el hemiciclo de la cámara de los comunes.

—¿Está seguro, dice Bloom, que va a ir el concejal? Quería verlo, mire por dónde.

—Sí, bueno, sale en el barco correo, dice Joe, esta noche.

—Mala suerte, dice Bloom. Tenía especial interés. Quizá va sólo Mr. Field. No podría llamar por teléfono. No. ¿Está seguro?

—Nannan va también, dice Joe. La liga le pidió que planteara una pregunta mañana sobre el comisario de policía que prohibe los deportes irlandeses en el parque. ¿Qué piensas sobre eso, paisano? El *Sluagh na h-Eireann,* El Ejército de Irlanda.

Mr. de Toro Toronjo (Multifamham. Nacionalista): A propósito de la pregunta de mi honorable amigo, el diputado por Shillelagh ¿puedo interpelar a su señoría sobre si el gobierno ha cursado instrucciones al efecto para que estos animales sean sacrificados aunque no se dispone de evidencias médicas relacionadas con su estado patológico?

Mr. Acuatropatas (Tamoshant. Conservador): Sus señorías ya tienen en su poder las evidencias presentadas ante un pleno de la totalidad de la cámara. Me temo que nada más pueda añadir a eso. En cuanto a la pregunta de su señoría la respuesta es afirmativa.

Mr. Nomedigas Miguillas (Montenotte. Nacionalista): ¿Han sido cursadas de igual manera instrucciones al efecto para que sean sacrificados los animales humanos que se atreven a jugar deportes irlandeses en Phoenix Park?

Mr. Acuatropatas: La respuesta es negativa.

Mi. de Toro Toronjo: El famoso telegrama desde Mitchelstown de su señoría ¿ha estimulado la política de los señores del Banco Azul? (¡Oh! ¡Oh!)

Mr. Acuatropatas: Debo ser notificado de esa interpelación.

Mr. Sabihondo (Buncombe. Independiente): No duden en disparar. (Ovaciones irónicas de la oposición.)

El presidente: ¡Orden! ¡Orden! (Se levanta la sesión. Ovaciones.)

—Ahí está el hombre, dice Joe, que hizo posible el restablecimiento del deporte gaélico. Ahí lo tienes sentado allá. El hombre que ayudó a escapar a James Stephens. El campeón de Irlanda que puso el lanzamiento en dieciséis libras. ¿Cuál fie tu mejor tiro, paisano?

—*Na bacleis,* dice el paisano, haciéndose el modesto. En otro tiempo fui tan bueno como cualquier otro.

—Choca esos cinco, paisano, dice Joe. Y que lo digas y un rato mejor.

—¿Es cierto eso? dice Alf.

—Sí, dice Bloom. Todo el mundo lo sabe. ¿No lo sabía? De modo que allá que se lanzan con el deporte irlandés y los juegos de estirados tales como el tenis sobre césped y con lo del hurley y lo del lanzamiento de pesos y lo típico de la tierra que le vio a uno nacer y levantar de nuevo un país y demás rollo. Y claro está Bloom tenía también que meter baza en esto que si alguien padece de corazón el ejercicio violento es malo. Yo te juro por lo que más quieras que si cogieras una paja del pijotero suelo y le dijeras a Bloom: *Mire, Bloom. ¿Ve esta paja? Pues es una paja. Yo* te juro por mi madre que se pasaría una hora hablando de la jodida paja y tanto que lo haría y sin parar.

Una muy interesante discusión tuvo lugar en el antiguo salón de *Brian O'Ciarnain* en *Sraid na Bretaine Bheag,* babo los auspicios del *Sluagh na h-Eireann,* sobre el restablecimiento de los antiguos deportes gaélicos y la importancia de la cultura fisica, según se entendía en la antigua Grecia y en la antigua Roma y en la antigua Irlanda, para la mejor evolución de la raza. El venerable presidente de tan distinguida orden presidía el acto y el público era numerosísimo. Después de un instructivo discurso del moderador, una magnifica alocución elocuente y convincentemente pronunciada, tuvo lugar una muy interesante e instructiva discusión en el alto grado de excelencia acostumbrado motivada en cuanto a la conveniencia del renacimiento de los antiguos juegos y deportes de nuestros antiguos progenitores pancélticos. El afamado y altamente respetado artífice en la causa de nuestra vieja lengua, Mr. Joseph M'Carthy Hynes, hizo un elocuente llamamiento para el resurgimiento de los antiguos deportes y pasatiempos gaélicos, practicados mañana y noche por Finn MacCool, por cuanto que fueron concebidos para vivificar la mejor tradición de fortaleza y valor varoniles legada hasta nosotros desde tiempos antiguos. L. Bloom, que fue recibido con una mezcla de aplausos y abucheos, por haber abrazado la causa contraria el moderador vocalista dio por concluida la discusión, en respuesta a repetidas demandas y efusivos aplausos desde todos los lados de un desbordante auditorio, con una interpretación admirablemente encomiable de los versos imperecederos del inmortal Thomas Osborrrne Davis (por suerte harto conocidos para ser recordados aquí) País de nuevo en cuya ejecución el veterano campeón patriota se puede afirmar sin temor a equivocarse con creces se superó a sí mismo. El irlandés Caruso-Garibaldi estuvo extraordinario y sus notas estentóreas se oyeron de modo muy especial en el himno tradicional cantado como únicamente nuestro paisano sabe cantarlo. Su soberbia y destacada vocalización, que por su preeminencia realzó sobremanera su ya internacional reputación, fue aplaudida con gran estruendo por el concurrido auditorio entre el que cabría destacar a muchos miembros influyentes del clero así como a representantes de la prensa y de la abogacía y de otras profesiones liberales. A continuación se levantó la sesión.

Entre el clero presente se encontraban el muy Rvdo. William Delany, S J., Doctor en Leyes; el muy Rvdmo. Gerald Molloy, Doctor en Teología; el Rvdo. P. J. Kavanagh, C.S. Sp.; el Rvdo. T. Waters, coadjutor; el Rvdo. John M. Ivers, C.P.; el Rvdo. P. J. Cleary, O.S.F.; el Rvdo. L. J. Hickey, O.P.; el muy Rvdo. Padre Nicholas, O.S.F.C.; el muy Rvdo. B. Gorman, O.C.D.; el Rvdo. T. Maher, S J.; el muy Rvdo. James Murphy, S J.; el Rvdo. John Lavery, V.F.; el muy Rvdo. William Doherty, Doctor en Teología; el Rvdo. Peter Fagan, O.M.; el Rvdo. T. Brangan, O.S.A.; el Rvdo. J. Flavin, coadjutor; el Rvdo. M. A. Hackett, coadjutor; el Rvdo. W. Hurley, coadjutor; el muy Rvdmo. Monseñor M'Manus, Vicario General; el Rvdo. B. R Slattery, O.M.I.; el muy Rvdo. M. D. Scally, C.P.; el Rvdo. F. T. Purcell, O.P.; el muy Rvdo. Timothy canónigo Gorman, C.P.; el Rvdo. J. Flanagan, coadjutor. Entre los seglares se hallaba P. Fay, T. Quirke, etc., etc.

—Hablando de ejercicios violentos, dice Alf, ¿estuviste en el combate Keogh-Bennett?

—No, dice Joe.

—Oí que un fulano se sacó sus cien libras limpias, dice Alf.

—¿Quién? ¿Botero? dice Joe.

Y va y salta Bloom:

—Lo que quiero decir sobre el tenis, por ejemplo, es la agilidad y el entrenamiento visual.

—Aahá, Botero, dice Alf. Se dejó decir que Myler con lo que se entrenaba era con cerveza para subir las apuestas y a todo esto el otro pegándole al saco de arena.

—Lo conocemos, el paisano dijo. El hijo del traidor. Ya sabemos lo que le metió el oro inglés en el bolsillo.

Tienes toda la razón, dice Joe.

Y Bloom va y vuelve a interrumpir de nuevo con lo del tenis sobre césped y la circulación de la sangre, y le pregunta a Alf:

—Y dígame ¿no cree que es así, Bergan?

—Myler le hizo morder el polvo, dice Alf. El combate entre Heenan y Sayers fue una mierda en comparación con eso. Le dio la tunda de María Santísima. Tenías que haber visto a ese renacuajo que no le llegaba al ombligo y al gigantón atizándole. Dios, le pegó un último metido

en la boca del estómago, reglamento de Queensberry y todo, que echó las papillas que le dieron.

Fue un combate titánico e histórico aquél en el que Myler y Percy se habían inscrito para calzarse los guantes por una bolsa de cincuenta soberanos. Estando como estaba en desventaja por falta de peso, el favorito de Dublín lo compensó con su técnica depurada en pugilismo. El último asalto de una verdadera exhibición de virtuosismo fue agotador para ambos campeones. El sargento mayor de peso-welter le había saltado bien las narices en la pelea anterior en la que Keogh había aguantado derechazos y castigo de la izquierda, habiendo hecho el artillero un buen trabajo en la nariz del predilecto, y Myler se movía como si estuviera groggy. El soldado fue al grano, arrancándose con un potente directo de la izquierda que el gladiador irlandés devolvió disparando un directo a la mandíbula de Bennett. El casaca roja lo esquivó pero el dublinés lo levantó en peso con un gancho de la izquierda, siendo el cuerpo a cuerpo muy duro. Los hombres se agarraron. Myler inmediatamente se empleó a fondo y tiró al suelo a su hombre, terminando el asalto con el hombre más robusto en las cuerdas, y Myler castigándolo. El inglés, que tenía el ojo izquierdo prácticamente cerrado, se fue a su esquina donde lo empaparon bien de agua y cuando sonó la campana salió con ganas de pelea y hasta los topes de coraje, confiado en derribar al púgil eblanita en un santiamén. Fue un combate de pelea hasta el final y que ganara el mejor. Los dos luchaban como tigres y la animación subía como la fiebre. El árbitro amonestó dos veces a Percy Peleón por agarrar pero el favorito era hábil y el juego de pies una maravilla de ver. Después de un ligero intercambio de cortesías en que un rápido gancho del militar provocó abundante sangre en la boca del oponente el favorito se lanzó con todas sus fuerzas sobre su hombre colocando un tremendo izquierdazo en el estómago de Bennett Batallador, derribándolo al suelo. Fue un fuera de combate claro y definitivo. En medio de una tensa expectación y cuando le estaban contando al magullas de Portobello el segundo de Bennett Ole Pfotts Wettstein tiró la toalla y el niño de Santry fue proclamado vencedor ante las delirantes ovaciones del público que saltó las cuerdas del cuadrilátero y casi lo atropellan del entusiasmo.

—Sabe muy bien arrimarse al mejor árbol, dice Alf. Creo que ahora lleva una gira de conciertos por el norte.

—Así es, dice Joe. ¿No?

—¿Quién? dice Bloom. Ah, sí. Completamente cierto. Sí, es una especie de gira de verano, comprenden. Unas vacaciones.

—Mrs. B. es la estrella rutilante ¿no? dice Joe.

—¿Mi mujer? dice Bloom. Ella canta, sí. Creo que va a ser un éxito además. El es un organizador excelente. Excelente.

Anda la hostia me digo yo digo. Ahí está el intríngulis y eso lo explica todo. Botero haciendo un numerito con el pícolo. Gira de conciertos. El hijo del cerdo de Dan el parchista allá en Island Bridge que le vendió dos veces los mismos caballos al gobierno para la guerra de los bóers. El viejo Quequé. Llamaba por lo de la contribución del agua y de los pobres, Mr. Boylan. ¿El qué? La contribución del agua, Mr. Boylan. ¿Qué qué? Ese bravucón se la va a trajinar, te lo digo yo. Ándate listo Calixto.

Orgullo del monte rocoso de Calpe, de pelo azabache la hija de Tweedy. Allí creció ella en belleza sin par donde el níspero del Japón y el almendro perfuman el aire. Los jardines de la Alameda conocieron su paso: la conocían los olivos y ante ella se inclinaban. La casta esposa de Leopold es ella: Manon la de pechos pródigos.

Y hete aquí que allá entró uno de los del clan de los O'Molloys, un joven héroe gallardo de cara blanca empero un tanto rubicundo, de su majestad consejero en leyes letrado, y con él el príncipe y heredero del noble linaje de los Lamberts.

—Hola, Ned.

—Hola, Álf.

—Hola, Jack.

—Hola, Joe.

—Dios te guarde, dice el paisano.

—Que a todos os guarde, dice J. J. ¿Qué va a ser, Ned?

—Media, dice Ned.

De modo que J. J. pidió una ronda.

—¿Has estado por el juzgado? dice Joe.

—Sí, dice J. J. Lo arreglará, Ned, dice él.

—Espero, dice Ned.

Bueno ¿qué tramaban esos dos? J. J. sacándole de la lista del jurado de acusación y el otro arrimándole el hombro. Con su nombre en la lista de morosos, en la de Stubbs. Jugando a las

cartas, alternando con cursis de los de monóculo en el ojo, soplando champán y él mientras anegado en mandamientos judiciales y órdenes de embargo. Empeñando el reloj de oro en Cummins en Francis Street donde nadie le reconociera en el despacho particular cuando estaba yo con Picha rescatando sus botas del monte de piedad. ¿Cómo se llama, señor? Peña, dice él. Sí, y empeñado. Ostras, un día de éstos acaba mal, me parece a mí.

—¿Ha visto a ese jodido chalao de Breen por ahí? dice Alf. QT.C.: colgado.

—Sí, dice J. J. Anda buscando un detective privado.

—Aahá, dice Ned. Y emperrado en llevarlo a los tribunales sólo que Kelleher Copetón le convenció de que hiciera examinar la letra primero.

—Diez mil libras, dice Alf, riéndose. Dios, lo que daría por oírle delante del juez y de un jurado.

—¿Lo hiciste tú, Alf? dice Joe. La verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Jimmy Johnson.

—¿Yo? dice Alf. No me embadumes con tus trápalas. -Cualquier declaración que hagas, dice Joe, podrá ser utii lizada en tu contra.

—Claro que un pleito sí que cabría, dice J. J. Si se supone que no sea compos mentis. QT.C.: colgado.

—*¡Compos* tu abuela! dice Alf, riendo. ¿Pero no sabe que está mochales? No hay más que mirarle la cabeza. Sabéis que algunas mañanas tiene que ponerse el sombrero con calzador?

—Sí, dice J. J., pero en caso de procesamiento por publicación de un escrito difamatorio, el derecho no admite la posible veracidad del mismo como defensa.

—Ja ja, Alf, dice Joe.

—Aun así, dice Bloom, en consideración a la pobre mujer, quiero decir la esposa.

—Hay que tenerle lástima, dice el paisano. O a cualquier mujer que se case con un ni fu ni fa.

—¿Cómo que ni fu ni fa? dice Bloom. Quiere decir que él ...

—Ni fu ni fa quiero decir, dice el paisano. Un tío que no es ni chicha ni limoná.

—Ni bacalao de Bilbao, dice Joe.

—Eso es lo que quiero decir, dice el paisano. Un cenizo, si sabe a lo que me refiero.

La hostia en seguida vi que se avecinaba camorra. Y Bloom erre que erre con que lo que quería decir era que en consideración a lo cruel que era para la mujer tener que andar detrás del pobre retrasado farfulla. Crueldad con los animales es lo que es dejar a ese infeliz desvalido en la calle con barba de a medio palmo, sería para que se le cayera a uno la cara de vergüenza. Y ella dándose pisto después que se casara con él a cuenta de que un primo del viejo le ponía el reclinatorio al Papa. La foto de él en la pared con los mostachos a lo Sweeney el Matón, el signior Brini de Summerhill, el vistaliano, zuavo papal del Santo Padre, se ha mudado del muelle para irse a Moss Street. ¿Y quién era él, a ver, dígame? Un muerto de hambre, con cuartucho interior en el segundo a siete chelines a la semana, con toda clase de chapas en el pecho desafiando al mundo.

—Y lo que es más, dice J. J., una tarjeta postal es una publicación. Se tomó como evidencia material delictiva en el precedente judicial Sadgrove contra Hole. En mi opinión hay fundamento para un pleito.

Las mismas monsergas, por favor. ¿Quién te ha pedido tu opinión? Déjanos tomar una cerveza en paz. Ostras, que nos dejen tranquilos por lo menos.

—Bueno, salud, Jack, dice Ned.

—Salud, Ned, dice J. J.

—Ahí anda otra vez, dice Joe.

—¿Dónde? dice Alf.

Y la hostia por allí iba pasando por delante de la puerta con los libros en la sobaquera y la mujer a su lado y Kelleher Copetón con su ojo estrábico mirando para dentro al pasar, hablándole en plan paternal, a ver si le vendía la cabra.

—¿Cómo fue el caso del timo ese de Canadá? dice Joe.

—Confirmado el auto de prisión, dice J. J.

Uno de los de la hermandad de napias ganchudas fue que se hacía llamar James Wought alias Saphiro alias Spark y Spiro, puso un anuncio en los periódicos diciendo que ofertaba pasajes para Canadá por veinte chelines. ¿Qué? ¿Me ves cara de tonto? Claro que era un jodido atraco a mano armada. ¿Qué? Los timó a todos, chachas y patanes de County Meath, ja, y a los de su ralea también. J. J. nos estaba diciendo que había un anciano hebreo Zaretsky o algo parecido que lloraba en el banco de los testigos con el sombrero puesto, y juraba por el santo Moisés que le había clavado dos libras.

—¿Quién llevaba el caso? dice Joe.

—El magistrado, dice Ned.

—Pobre Sir Frederick, dice Alf, se la pueden dar con queso.

—Tiene un corazón que no le cabe, dice Ned. Cuéntale una de calamidades en atrasos en el alquiler y de esposas enfermas y una patulea de criaturas y palabra que se echa a llorar en el estrado.

—Aahá, dice Alf. Reuben J. tuvo una suerte de órdago que no le sentara en el banquillo de los acusados el otro día por demandar al pobrecillo de Gumley que vigila las piedras, para la corporación municipal por ahí cerca del puente Butt.

Y comienza a remedar al viejo magistrado haciendo como que llora:

—¡Escandaloso! ¡A un pobre trabajador! ¿Cuántos hijos? ¿Diez decía usted?

—Sí, señoría. Y mi esposa tiene el tifus.

—¡Y la mujer con fiebres tifoideas! ¡Escandaloso! Márchese de la sala inmediatamente, señor. No, señor, no dictaré ninguna orden de pago. ¡Cómo se atreve, señor, comparecer ante mí y pedirme que extienda esa orden! ¡Un pobre y esforzado trabajador! Caso desestimado.

Y considerando que el decimosexto día del mes de la diosa ojodebuey y en la tercera semana después de la festividad de la Santísima e Indivisible Trinidad, la hija de los cielos, estando entonces la luna virgen en su cuarto creciente, ocurrió que aquellos sabios jueces se retiraron a los palacios de la ley. Allí su señoría Courtenay, actuando en su propia cámara, pronunció su discurso y su señoría el juez Andrews, actuando sin jurado en el tribunal testamentario, sopesó y ponderó la demanda del primer denunciante sobre la propiedad en el caso de legalización del testamento y disposición testamentaria final in *re los* bienes muebles e inmuebles del extinto y llorado Jacob Halliday, vinatero, difunto, contra Livingstone, menor, deficiente, y algo más. Y al tribunal superior de Green Street vino Sir Fredenck el Falconero. Y tomó asiento alrededor de las cinco horas para administrar la ley de los antiguos jueces irlandeses en la comisión por aquello y aquellas partes que han de tener lugar en y para el condado de la ciudad de Dublín. Y tomó asiento con él el sumo Sanedrín de las doce tribus de Iar, por cada tribu un hombre, de la'tribu de Patrick y de la tribu de Hugh y de la tribu de Owen y de la tribu de Conn y de la tribu de Oscar y de la tribu de Fergus y de la tribu de Finn y de la tribu de Dermot y de la tribu de Cormac y de la tribu de Kevin y de la tribu de Caolte y de la tribu de Ossian, habiendo en total doce hombres buenos y honrados. Y les conminó por Aquel que murió en el madero a que juzgaran ecuánime y rectamente y que dieran su fallo justo sobre la cuestión sujeta a debate entre su señor soberano el rey y el prisionero en el banquillo y dieran un veredicto justo de acuerdo con la evidencia con la ayuda de Dios y por lo más sagrado. Y se levantaron de sus asientos, aquellos doce de Iar, y juraron en el nombre de Aquel que existe eternamente que obrarían según Su justicia. Y de inmediato los servidores de la ley sacaron del calabozo a uno a quien los sabuesos de la justicia habían aprehendido como consecuencia de la infonnación recibida. Y le pusieron grilletes en pies y manos y no accedieron ni a fianza ni a custodia judicial sino que presentaron cargos contra él por ser un malhechor.

—Menudos personajillos, dice el paisano, vienen aquí a Irlanda y llenan el país de chinches.

De modo que Bloom hace como que no oyera y comienza a hablar con Joe, y le dice que no tiene que preocuparse con ese asuntillo hasta primeros de mes pero que si pudiera al menos le dijera una palabra a Mr. Crawford. Y de modo que Joe juró por lo que más quería por esto y por lo de más allá que haría lo imposible por echarle una mano.

—Porque, se da cuenta, dice Bloom, para un anuncio hay que repetir. Ahí está todo el secreto.

—Déjelo en mis manos, dice Joe.

—Timando a los campesinos, dice el paisano, y a los pobres de Irlanda. No queremos más extraños en nuestra casa.

—Bueno, estoy seguro de que todo irá bien, Hynes, dice Bloom. Sólo que Yaves, comprende.

—Eso está hecho, dice Joe.

—Muy amable, dice Bloom.

—Los extraños, dice el paisano. Nosotros tenemos la culpa. Nosotros los dejamos entrar. Nosotros los trajimos. La adúltera y su amante trajeron a los ladrones sajones aquí.

—Sentencia provisional de divorcio, dice J. J.

Y Bloom haciendo como si estuviera tremendamente interesado en nada, una telaraña en el rincón detrás del barril, y el paisano mirándole poniendo cara de pocos amigos y el peno a sus pies mirando para arriba a ver a quién y cuándo mordía.

—Una esposa deshonrada, dice el paisano, ésa es la razón 1 de todas nuestras desgracias.

—Y aquí la tenemos, dice Alf, que se estaba descuajaringando con la *Police Gazene* con Terry en el mostrador, con todas sus galas.

—Deba que le eche un vistazo, le digo yo.

Y no era más que una de esas revistas guarras ilustradas yanquis que Terry le pide prestadas a Kelleher Copetón. Secretos para agrandar las partes privadas. Comportamiento indecente de una belleza de la alta sociedad. Norman W. Montador, millonario constructor de Chicago, sorprende a su bella pero infiel esposa en los brazos del oficial Taylor. La bella en pololos comportándose indecentemente, y su amiguito tocándole lo que le pica y Norman W. Montador irrumpiendo con su canuto justo a tiempo de no llegar a tiempo después que ella ya se ha encaramado a la cucaña con el oficial Taylor.

—¡La leche, Juanita, dice Joe, qué corta llevas la camisita!

—Ahí hay donde arrascar, Joe, le digo yo. No te vendría mal un filetito de la entrepierna de ésa ¿eh?

De modo que en éstas estábamos cuando entró John Wyse Nolan y Lenehan con él con una cara más larga que un día de perros.

—Bueno, dice el paisano ¿qué noticias calientes traéis? ¿Qué decidieron en su reunión de mandamases del ayuntamiento esos chapuceros sobre la lengua irlandesa?

O'Nolan, guamecido con brillante armadura, con profunda inclinación rindió tributo al avasallador y encumbrado y poderoso jefe de Erín toda y le hizo sabedor de aquello que hubo sucedido, de cómo los respetables ancianos de la más obediente ciudad, la segunda del reino, habíanse reunido en el recinto de portazgo, y allí, tras las preces pertinentes a los dioses que habitan en el éter celestial, habían resuelto en solemne consejo por el que, y si a bien hubiera, una vez más retornaría a su estima entre los mortales la lengua asaetada de los gaélicos por el mar separados.

—Está de camino, dice el paisano. Al infierno con esos cernícalos sajones y su *patois.*

De modo que J. J. toma cartas en el asunto, haciéndose el cursi con lo de que una opinión es buena hasta que oyes la contraria y que no hay más verdad que los hechos y el principio de Nelson, de poner el ojo ciego en el anteojo y elaborar una propuesta de ley para encausar a un país, y Bloom respaldándole en lo de la moderación y fastidiación y que si sus colonias y su civilización.

—Su sifilización, querrá decir, dice el paisano. ¡Al infierno con todos ellos! ¡La maldición de un Dios zafio caiga de plano sobre las crías de esos orejudos bastardos hijos de puta! Ni música ni arte ni literatura que valga la pena. La civilización que tienen nos la han robado a nosotros. Espectros tartajosos hijos de la gran puta.

—La familia europea, dice J. J. ....

—No son europeos, dice el paisano. Yo estuve en Europa con Kevin Egan de París. Allí no se ve ni rastro de ellos ni de su lengua en ningún sitio de Europa menos en el *cabinet d aisance.*

Y dice John Wyse:

—Muchas y bellas flores nacen para arrebolarse sin ser vistas.

Y va y dice Lenehan que sabe un poco de franchute: *-Conspuez les anglais! Pede Albion!*

Así habló y luego elevó en sus toscas grandes musculosas y forzudas manos el cubilete de fuerte cerveza oscura espumosa y, profiriendo la llamada tribal *Lamb DeargAbu,* bebió por la destrucción de sus adversarios, una raza de héroes poderosos y atrevidos, dueños de los mares, que descansan en tronos de alabastro silenciosos como dioses inmortales.

—Qué te pasa, le digo yo a Lenehan. Tienes cara de haber perdido a tu hija y encontrado a tu suegra.

—La Copa de Oro, dice él.

—¿Quién ha ganado, Mr. Lenehan? dice Terry.

—*Tirado,* dice, veinte a uno. Un jamelgo de tercera. Los demás para el arrastre.

—¿Y la yegua de Bass? dice Terry.

Aún sigue corriendo, dice. Estamos todos hechos polvo. Boylan tiró dos libras en *Cetro* por indicación mía para él y una dama amiga.

—Yo mismo había puesto media corona, dice Terry, en *Zinfandel* que Mr. Flynn me recomendó. El de Lord Howard de Walden.

—Veinte a uno, dice Lenehan. Así es la puta vida. *Tirado,* dice él. Es el colmo colmado. Flaqueza, tienes el nombre de Cetro.

De modo que se fue para la lata de galletas que Bob Doran había dejado a ver si había algo que coger de gañote, el arisco chucho detrás de él siguiéndole por si le caía algo con su hocico sarnoso en alto. Mamá Rosario se fue para el armario.

—Ahí no, mi niño, dice él.

—¡Que no se diga, hombre! dice Joe. La yegua habría ganado si no hubiera sido por ese matalón.

Y a todo esto J. J. y el paisano discutiendo de leyes y de historia con Bloom metiendo alguna palabra que otra. Alguna gente, dice Bloom, sólo ve la paja en el ojo ajeno pero no ve la viga en el propio.

Raimeis, dice el paisano. Nadie hay más ciego que el que no quiere ver, si saben lo que quiero decir. ¿Adónde han ido a parar los veinte millones de irlandeses que deberían hoy estar aquí en lugar de los cuatro, nuestras tribus perdidas? Y nuestras alfarerías e industria textil ¡lo mejor en el mundo entero! Y nuestra lana que se vendía en Roma en los tiempos de Juvenal y nuestro lino y nuestro damasco de los telares de Antrim y nuestros encajes de Limenck, nuestras curtidurías y nuestro cristal de roca blanco de ahí abajo por Ballybough y nuestro popelín hugonote que tenemos desde Jacquard de Lyon y nuestros tejidos de seda y nuestros paños de Foxford y los encajes del convento de Carmelitas en New Ross, nada comparable en el mundo entero. ¿Adónde han ido a parar los mercaderes griegos que llegaron cruzando las columnas de Hércules, el Gibraltar hoy en manos del enemigo de la humanidad, con oro y tinte púrpura que vendían en Wexford en el mercado del Carmen? Leed a Tácito y a Ptolomeo, incluso a Gerardo de Gales. Vino, peletería, mármol de Connemara, plata de Tipperary, imposible hallar otra igual, nuestros incluso hoy archifamosos caballos, las jacas irlandesas, el mismo rey Felipe de España proponiendo pagar aranceles por el derecho de pesca en nuestras aguas. ¿Qué es lo que no nos deben esos johnny-guarros de Anglia por la ruina de nuestro comercio y nuestros hogares? ¿Y los lechos del Barrow y del Shannon que no los dragan con millones de acres de marismas y tremedal para que nos muriéramos de consunción?

—Tan faltos de árboles como Portugal nos vamos a encontrar pronto, dice John Wyse, o Heligoland con su único árbol si no se hace algo para reforestar las tierras. Los alerces, los abetos, todos los árboles de la familia de las coníferas están extinguiéndose muy deprisa. Leí un informe de Lord Castletown ....

—Salvadlos, dice el paisano, al fresno gigante de Galway y al olmo tribal de Kildare con tronco de cuarenta pies y ramaje de un acre. Salvad los árboles de Irlanda para la Irlanda del futuro sobre las dulces colinas de Eire, ay.

—Europa tiene los ojos puestos en vosotros, dice Lenehan.

Toda la sociedad elegante internacional se congregó *en masse* esta tarde para asistir a la boda del chevalier Jean Wyse de Neaulan, el gran sumo guardabosque-en-jefe de los Forestales Nacionales de Irlanda, con Miss Pinabety Conífera de Valdepino, Lady Silvia del Olmo, Mrs. Bárbara Azotedamor, Mrs. Tulípero y Fresno, Miss Acebo de Avellaneda, Miss Daf ne Laurel, Miss Dorotea Cañas, Mrs. Claudia Fraga, Mrs. Serbal Céspedes, Mrs. Elena Viñas, Miss Virginia Parra, Mrs. Gladys Haya, Mrs. Olivia Solana, Miss Blanche Arce, Mrs. Amanda Caoba, Miss Marta Mirto, Miss Priscila Edelweis, Miss Bea Madreselva, Miss Gracia Álamo de Blanco, Miss Hortensia Mimosa Huertas, Miss Raquel Cedro, Misses Azucena y Violeta Lirio, Miss Dolores Naranjal, Mrs. Kitty Musgo, Miss Rocío Espino, Mrs. Gloria Palmero, Mrs. Liana Bosque, Mrs. Arabela Selvanegra y Mrs. Norma Secoya de Villarrobledo del Rey honraron la ceremonia con su presencia. La novia llevada hasta el altar por su padre, el M'Resina y Ferro de los Tozas, lucía con exquisito gusto un modelo en seda verde mercenzada, moldeado sobre viso gris crepúsculo, ajustado con una pretina de esmeralda clara y acabado con triple volante de flecos más oscuros, el conjunto avivado con tirantas e inserciones alrededor de la cadera color bronce bellota. Las damas de honor, Miss Fuensanta Conífera y Miss Picea Conífera, hermanas de la novia, llevaban vestidos muy favorecedores del mismo tono, con primoroso *motif* de rosa penacho bordado en los pliegues a rayas y repetido caprichosamente en los tocados verdejade en forma de plumas de garza de coral en tinte pálido. El Senhor Enrique Flor estuvo encargado del órgano con su ya conocida habilidad y, además de los fragmentos obligados en una misa nupcial, tocó un nuevo y sorprendente arreglo de *Leñador, no me cortes el árbol* al final de la ceremonia

religiosa. Al salir de la iglesia de Saint Fiacre *in Horto* después de la bendición papal la feliz pareja fue objeto de un divertido fuego cruzado de avellanas, hayucos, hojas de laurel, candelillas, puñados de hiedra, bayas de acebo, ramitos de muérdago y brotes de acafresna de montaña. Mr. y Mrs. Wyse Conífera Neaulan pasarán una plácida luna de miel en la Selva Negra.

—Y también nuestros ojos están puestos en Europa, dice el paisano. Tuvimos relaciones comerciales con España y con los franceses y con los flamencos antes de que esos chuchos nacieran, cerveza española en Galway, carracas de vino por los mares vinoscuro.

—Y volveremos a tenerlas, dice Joe.

Y con la ayuda de la santísima Virgen volveremos a tenerlas, dice el paisano, dándose una palmada en el muslo. Nuestros puertos ahora vacíos volverán a estar ocupados otra vez, Queenstown, Kinsale, Galway, la bahía Blacksod, Ventry en el reino de Kerry, Killybegs, el tercer puerto más grande de todo el ancho mundo con una flota de mástiles de los Lynches de Galway y los O'Reillys de Cavan y los O'Kennedys de Dublín como cuando el conde de Desmond podía firmar tratados con el emperador Carlos Quinto en persona. Y volveremos a tenerlas, dice, cuando veamos el primer acorazado irlandés desafiando las olas con nuestra bandera en la proa, nada de arpas de tu Enrique Tudor, no señor, la más antigua bandera a bordo, la bandera de las provincias de Desmond y Thomond, tres coronas en campo azur, los tres hijos de Milesio.

Y se bebió el último trago de la pinta. Quita de ahí. Bocazas, sólo gestos y aspavientos. Castillos en el aire. A ver si expone el pellejo del capullo yendo a echarle su discurso de mierda al gentío que se junta en Shanagolden donde no se atreve ni a asomar las narices con todos esos Molly Maguires buscándolo para machacarlo por quedarse las tierras de un aparcero desahuciado.

—Bien dicho, bien dicho, dice John Wyse. ¿Qué te vas a tomar?

—Un infante de caballería, dice Lenehan, para celebrar la ocasión.

—Que sea media, Terry, dice John Wyse, y un arribalasmanos. ¡Terry! Pero ¿estás dormido?

—Sí, señor, dice Terry. Medio güisqui y una botella de Allsop. En seguida, señor.

Pendiente del jodido periódico con Alf a la busca de partes picantes en lugar de atender a la clientela. Foto de una pelea a topetazos, intentando romperse los jodidos cráneos, un fulano yendo a por el otro con la cabeza gacha como un toro en el toril. Y otra más: *Bestia negra quemada en Omaha, Georgia.* Un grupo de paletos de las marismas con sombreros de ala caída en el momento de disparar a un negro zumbón colgado de un árbol con la lengua fuera y una hoguera debajo. Ostras, deberían echarlo al mar después y electrocutarlo y crucificarlo para que se quedaran tranquilos que habían terminado la tarea.

—¿Y qué me dices de la marina de guerra, dice Ned, que mantiene a nuestros enemigos a raya?

—Sobre eso os voy a hablar, dice el paisano. Un infierno es lo que es. Leed las declaraciones que salen en los periódicos acerca de los azotes en buques escuelas en Portsmouth. Escribe uno que se hace pasar por *El amargado.*

De modo que empieza a hablamos del castigo corporal y de las tripulaciones de marineros y oficiales y de contraalmirantes muy derechos con sus sombreros de tres picos y el cura con su biblia protestante presenciando el castigo y un mozo al que apartan, llamando a su mamá a berridos, y que amarran al extremo de un cañón.

—Una docena en la culera, dice el paisano, era como ese rufián de Sir John Beresford lo llamaba pero en el inglés moderno de los cojones se llama varazos en las calzas.

Y va y dice John Wyse:

—Esta costumbre es más acatada en el abuso que en el uso. Luego nos siguió contando que el oficial de la policía militar viene con una vara larga y se aparta y azota las asentaderas del pobre mozo hasta que empieza a berrear no me pegue más, no me pegue más.

—Ahí tienes a la gloriosa armada británica, dice el paisano, que mangonea el mundo. La gente que nunca será esclava, con la única cámara hereditaria sobre la faz de este mundo de Dios y su tierra en manos de una docena de guarros de engorde y barones de farfolla. Ahí tienes al gran imperio del que alardean de currelos y siervos azotados.

—Sobre el que nunca sale el sol, dice Joe.

—Y lo malo de eso es, dice el paisano, que se lo creen. Esos infelices yahoos se lo creen.

Creen en la vara, en el todopoderoso flagelador, creador del infierno en la tierra, y en Jaimito el Marino, hijo de sota, que fue concebido por obra de infemal vocerío, nacido de combate naval, sufrió de una docena en la culera, fue escarizado, desollado y apaleado, gritó como un condenado, al tercer día se levantó del catre, puso rumbo a puerto, está sentado sobre su pompis hasta nueva orden de donde vendrá a currar para ir tirando y ganarse un jornal.

—Pero, dice Bloom, ¿no es la disciplina igual en todas partes? Quiero decir ¿no sería igual aquí si se enfrenta a la fuerza con la fuerza?

¿No te decía? Tan cierto como que me estoy bebiendo esta cerveza aunque estuviera dando las últimas boqueadas se empeñaría en probarte que morir es vivir.

—Enfrentemos fuerza contra fuerza, dice el paisano. Nosotros tenemos nuestra gran Irlanda al otro lado del mar. Se les echó de sus casas y hogares en el negro 47. Sus chozas de barro y sus cabañas a la orilla del camino arrasadas por el ariete y el *Times* se frotó las manos y contaba a los cobardicas sajones que pronto habría tan pocos irlandeses en Irlanda como pielesrojas en Áménca. El mismo Gran Turco nos mandó sus piastras. Pero el sajón intentó matar de hambre al pueblo en su casa mientras que la tierra rebosaba de cosechas que las hienas británicas compraban y vendían en Río de Janeiro. Ya lo creo, echaron a los campesinos en masa. Veinte mil murieron en los barcos-cementerio. Pero aquellos que llegaron a la tierra de la libertad recuerdan la tierra de la servidumbre. Y volverán otra vez y con más ímpetu, no son cobardes, los hijos de Granuaile, los guerreros de Kathleen ni Houlihan.

—Totalmente cierto, dice Bloom. Pero a lo que yo me refería ….

—Hace siglos que estamos esperando ese día, paisano, dice Ned. Desde que la pobre vieja nos dijo que los franceses se habían hecho a la mar y habían desembarcado en Killala.

—Aahá, dice John Wyse. Luchamos por los Estuardos que nos hicieron trampa con los Guillermistas y nos traicionaron. Recordad Limench y el quebrantamiento del tratadode-piedra. Dimos nuestra más ilustre sangre a Francia y España, los gansos salvajes. Fontenoy ¿eh, qué os parece? Y Sarsfield y O'Donnell, duque de Tetuán en España, y Ulises Browne de Camus que fue mariscal de campo con María Teresa. Y ¿qué sacamos de todo eso?

—¡Franceses! dice el paisano. ¡Partida de maestros de danza! ¿Sabéis lo que pasa? No le han valido un pimiento a Irlanda. ¿No intentan ahora concertar un entente cordial en las cenas de Te Pe con la pérfida Albión? Botafuegos de Europa es lo que siempre han sido.

—*Conspuez lesfrançais,* Lenehan dice, atrapando la cerveza. —Y en cuanto a los pprussianos y hanovenanos, dice Joe ¿no hemos tenido ya suficiente con esos hijos de puta tragones de salchichas en el trono desde Jorge el elector hasta el chaval alemán ése y la vieja bruja pedorra ya muerta? Recoño, me tuve que reír por la manera como se descolgó con aquello de la vieja antiparras, amonada en el palacio real todas las noches de Dios, la vieja Viqui, con su pocillo de güisqui escocés y el cochero acarreándola enterita para echarla en la cama y ella tirándole de las patillas y cantándole trozos de viejas canciones sobre *Ehren en el Rin y* vente para acá donde el trinquis es baratito.

—Bueno, dice J. J. Ahora tenemos a Eduardo el pacificador.

—Eso se lo cuentas a otro, dice el paisano. Hay más ladillas y sifilazos en ese pipiolo de lo que parece. ¡Eduardo Guelph-Wettin!

—Y qué opinas, dice Joe, de esos benditos muchachos, los curas y obispos de Irlanda haciéndole la habitación en Maynooth con los colores de las carreras de Su Majestad Satánica y pegando las fotos de todos los caballos que sus yóqueys han montado. El conde de Dublín, nada menos.

—Tendrían que haber pegado también a todas las mujeres que él ha montado, dice el pequeño Alf.

Y va y dice J. J.:

—Cuestiones de espacio influyeron en la decisión de sus ilustrísimas.

—¿Te atreves con otra, paisano? dice Joe. —Sí, señor, dice él. Me atrevo.

—¿Y tú? dice Joe.

Agradecido, Joe, le digo yo. Que prospere tu prosperidad.

—Que se repita la dosis, dice Joe.

Bloom hablaba y hablaba con John Wyse y él muy emocionado con su facha morenotostadoarcillosa y los ojos de ciruela bailándole.

—Persecuciones, dice él, la historia del mundo está llena de ellas. Perpetuando el odio nacional entre las naciones.

—Pero ¿sabe lo que significa nación? dice John Wyse.

—Sí, dice Bloom.

—¿Qué significa? dice John Wyse.

—¿Nación? dice Bloom. Nación es la misma gente que vive en el mismo lugar.

—Por Dios, entonces, dice Ned, riéndose, en ese caso yo soy una nación porque vivo en el mismo lugar hace cinco años.

De modo que desde luego todo el mundo se rió de buena gana de Bloom y dice él, intentando escapar por algún sitio:

—O también que vive en distintos lugares.

—Ahí me incluyo yo, dice Joe.

—¿Cuál es su nación si me permite la pregunta? dice el paisano.

—Irlanda, dice Bloom. Aquí nací. Irlanda.

El paisano no dijo nada sólo se aclaró el gaznate de telarañas y, la hostia, agarra y suelta un gargajo como una ostra del banco Rojo de grande contra el rincón.

—Corriendo que pierde el barco, Joe, dice él, sacando el pañuelo para refregarse.

—Aquí tienes, paisano, dice Joe. Cógelo con la mano derecha y repite conmigo lo siguiente:

El muy apreciado e intrincadamente bordado antiguo fazoleto irlandés atribuido a Salomón de Droma y Manus Tomaltach og MacDonogh, autores del Libro de Ballymote, fue entonces cuidadosamente mostrado y suscitó una prolongada admiración. No es necesario detenerse en la legendana belleza de los extremos, la cumbre del arte, en donde se puede detalladamente discernir cada uno de los cuatro evangelistas que a su vez muestran a cada uno de los cuatro maestros su símbolo evangélico, un cetro de aliso, un puma norteamericano (rey de las bestias mucho más noble que el pegote británico, dicho sea de paso), un becerro de Kerry y un águila dorada del Monte Carrantuo. Los escenarios que allí se nos pintan sobre campo emuntono, que nos muestran nuestras antiguas fortalezas y amurallamientos y crómlechs y solanas y sitiales de estudio y piedras de maldición, son tan asombrosamente bellos y los pigmentos tan delicados como cuando los iluminadores de Sligo dieron rienda suelta a su fantasía artística hace mucho mucho tiempo en la época de los Barmecidas. Glendalough, los encantadores lagos de Killarney, las ruinas de Clonmacnois, la Abadía de Cong, Glen Inagh y los Picos de Beola, Ojo de Irlanda, las Verdes Colinas de Tallaght, Croagh Patrick, la fábrica de cerveza de Messrs. Arthur Guinness, Hijo y Compañía (S. A.), las riberas de Lough Neagh, el valle de Ovoca, la torre de Isolda, el obelisco de Mapas, el hospital de Sir Patrick Dun, el Cabo de Clear, la llanura de Aherlow, el castillo de Lynch, la taberna Escocesa, el asilo de pobres del sindicato de Rathdown en Loughlinstown, la cárcel de Tullamore, las cascadas de Castleconnel, Kilballymacshonakill, la cruz de Monasterboice, el Hotel Jury, el Purgatorio de San Patricio, el Remonte del Salmón, el refectorio del Colegio de Maynooth, la hoya de Curley, los tres lugares de nacimiento del primer duque de Wellington, la roca de Cashel, el tremedal de Allen, los almacenes de Henry Street, la cueva de Fingal — todos esos escenarios conmovedores aún están ahí para nosotros hoy convertidos en algo aún más hermoso por las aguas de dolor que por ellos han corrido y por las generosas incrustaciones del tiempo.
—Acércame la bebida, le digo yo. ¿Cuál es de quién?

—Ésta es mía, dice Joe, como dijo el diablo al policía muerto.

—Yo pertenezco a una raza además, dice Bloom, que es odiada y perseguida. También ahora. En este preciso momento. En este preciso instante.

Ostras, casi se quema los dedos con la colilla del cigarro.

—Robada, dice él. Saqueada. Insultada. Perseguida. Arrebatándonos lo que nos pertenece por derecho. En este preciso momento, dice él, levantando el puño, vendida en subasta en Marruecos como esclavos o ganado.

—¿Está hablando de la nueva Jerusalén? dice el paisano.

—Estoy hablando de injusticia, dice Bloom.

—De acuerdo, dice John Wyse. Hágale frente con redaño como los hombres.

Ahí tienes una buena foto de almanaque. Un blanco para una bala explosiva. El cara de panpringado defendiendo lo que hay que defender. Ostras, le sentaría mejor un escobón, ya lo creo que sí, no le faltaría más que un delantal de tata. Y de pronto se viene abajo, dándole vueltas a lo contrario, suave como un guante.

—Pero no vale de nada, dice él. La fuerza, el odio, la historia, todo eso. Eso no es vida para los hombres y las mujeres, insultos y odio. Y todo el mundo sabe que es precisamente lo contrario lo que es la vida de verdad.

—¿Qué? dice Alf.

—El amor, dice Bloom. Quiero decir lo contrario del odio. Tengo que irme, le dice a John Wyse. Ahí mismo a la audiencia a ver si Martin está allí. Si viene dígale solamente que estaré de vuelta en un segundo. Solamente un momento.

¿Quién te para los pies? Y allá que sale pitando como huyendo de la quema.

—Un nuevo apóstol de los gentiles, dice el paisano. Amor universal.

—Bueno, dice John Wyse. ¿No es eso lo que nos han enseñado? Ama a tu prójimo.

—¿Ese tipo? dice el paisano. Aprovéchate del prójimo es su lema. ¡Amor, quita de ahí! Buen modelo está hecho de o Romeo y Julieta.

El amor ama amar al amor. La enfermera ama al nuevo farmacéutico. El policía 14A ama a Mary Kelly. Gerty MacDowell ama al chico de la bicicleta. M. B. ama a un apuesto caballero. Li Chi Han amalía besal a Chu Pa Chow. Jumbo, el elefante, ama a Alice, la elefante. El viejo Mr. Verschoyle el de la trompetilla en la oreja ama a la vieja Mrs. Verschoyle la del ojo a la virulé. El hombre de la gabardina marrón ama a una señora que está muerta. Su Majestad el Rey ama a Su Majestad la Reina. Mrs. Nominan W. Montador ama al oficial Taylor. Tú amas a cierta persona. Y esa persona ama a otra persona porque todo el mundo ama a alguien aunque Dios ama a todos.

—Bueno, Joe, le digo yo, a tu salud y que te aclare la garganta. A tu salud, paisano.

—Venga, que no se diga, dice Joe.

—Que Dios y María y Patricio os bendigan, dice el paisano.

Y arriba con la pinta a remojar el gañote.

—Ya conocemos a esos meapilas, dice él, sermoneándote y atracándote. ¿Qué me contáis del santurrón de Cromwell y sus tropas que pasaron a espada a las mujeres y niños de Crogheda con las palabras de la biblia Dios *es amor* pegadas alrededor de las bocas del cañón? ¡La biblia! ¿Han leído esa pulla en el *UnitedIrishman* de hoy sobre el jefe zulú que visita ahora Inglaterra?

—¿Cómo es? dice Joe.

De modo que el paisano tira de su follón de papeles y empieza a leer en alto:

—Una delegación de los magnates más importantes del algodón de Manchester fue presentada ayer a Su Majestad el Alaki de Abeakuta por el Bastón de Oro Real, Lord Pisa de Pisa Huevos, para ofrecer a Su Majestad el testimonio más sincero de agradecimiento de los comerciantes británicos por las facilidades otorgadas en sus dominios. La delegación asistió a un almuerzo concluido el cual el oscuro potentado, en el transcurso de una feliz alocución, libremente traducida por el capellán británico, el reverendo Ananías Quieradios Huesospelados, ofreció su testimonio de agradecimiento más encarecido al Massa Pisa y resaltó las cordiales relaciones existentes entre Abeakuta y el imperio británico, manifestando que estimaba como una de sus más preciadas pertenencias la biblia iluminada, el libro de la palabra de Dios y el secreto de la grandiosidad de Inglaterra, graciosamente ofrecida por la mujer jefe blanca, la gran guaracha Victoria, con una dedicatoria personal de la augusta mano de la Donante Real. El Alaki luego bebió un velicomen de agua de fuego de excelente calidad al brindis de *Blanco y Negro* en la calavera de su predecesor inmediato en la dinastía Kakachakachak, apodada de las Cuarenta Verrugas, a continuación de lo cual visitó la factoría más importante de Algodonópolis y estampó sus huellas en el libro de visitas, ejecutando subsiguientemente una antigua y encantadora danza de guerra abeakútica, en el transcurso de la cual se tragó varios cuchillos y tenedores, en medio de los hilarantes aplausos de las operarias.

—Mujer viuda, dice Ned. Yo no dudaría de ella. A saber si hizo el mismo uso de la biblia

que yo haría.

—El mismo sólo que más, dice Lenehan. Y a partir de entonces en esa tierra fértil el mango de hoja ancha floreció sobremanera.

—¿Es eso de Griffith? dice John Wyse.

—No, dice el paisano. No lleva la firma Shanganagh. Sólo la inicial: P.

—Y una buena inicial que es, dice Joe.

—Así es como es todo, dice el paisano. El comercio sigue a la bandera.

—Bueno, dice J. J., si hay alguien peor que esos belgas en el Estado Libre del Congo ya tiene que ser malo. ¿Leísteis el informe de ese fulano como se llame?

—Casement, dice el paisano. Es irlandés.

—Sí, ése es el hombre, dice J. J. Violan a mujeres y niñas y azotan a los nativos en la barriga para exprimirles todo el caucho rojo que pueden.

—Ya sé adónde ha ido, Lenehan dice, crujiéndose los dedos.

—¿Quién? le digo yo.

—Bloom, dice. La audiencia es una tapadera. Apostó unos cuantos chelines a Tirado y ha ido a arramblar con el dinero.

—¿Te refieres a ese cafre blanco disfrazado de negro? dice el paisano ¿que no apuesta por un caballo aunque lo aten? —Ahí es donde ha ido, Lenehan dice. Me encontré con Lyons Gallito que iba a apostar por ese caballo sólo que yo se lo saqué de la cabeza y me dijo que Bloom le había dado la idea. Me apuesto lo que queráis a que se ha ganado cien chelines por cinco. Él es ahora el único en Dublín que ha ganado. Un caballo del montón.

—Él sí que es un jodido caballo del montón, dice Joe. —¿Te importa, Joe? le digo yo. Dime dónde está la salida de entrada.

—Ahí la tienes, dice Terry.

Adiós Irlanda me voy para Gort. De modo que me fui atrás al patio a echar una meada y la hostia (cien chelines por cinco) mientras me aliviaba del (Tirado veinte a) me aliviaba del flete ostras me digo sabía que no se encontraba a gusto (dos pintas sacadas a Joe y una en la taberna Slattery) nervioso por salir disparado a (cien chelines son cinco libras) y cuando estaban en el (caballo del montón) Burke el Picha me contaba lo de la partida de naipes y haciendo como que la niña estaba mala (ostras, debo de haber echado casi un galón) la culona de la mujer diciéndole desde arriba por el tubo la niña está mejor o la niña está (¡ay!) todo preparado lo tenía de modo que pudiera evaporarse con la morterada si ganaba o (recoño, estaba hasta los topes) comerciar sin licencia (¡ay!) Irlanda es mi nación dice él (¡jaaj! ¡pfizuu!) no hay manera de ganarles a esos jodidos (por fin) cabrones (¡aah!) sionistas.

De modo que de todas formas cuando Volví seguían con el mismo sonsonete, John Wyse que decía que era Bloom el que le daba las ideas a Sinn Fein para que Griffrth pusiera en su periódico todos esos chanchullos en los distritos electorales, jurados apañados y el timo de impuestos al gobierno y nombramientos de cónsules por todo el mundo para que vieran de vender las industrias irlandesas. Quitarle el pan de la boca a Pedro para dárselo a Pablo. Ostras, eso lo tira todo por tierra si encima el tío pitarroso se mete a embarullar. Que nos den una jodida oportunidad. Dios libre a Irlanda de gentuza como ese metomentodo. Mr. Bloom con sus discusiones sin norte ni guía. Y su viejo antes que él perpetrando fraudes, el viejo Matusalén Bloom, el hombre del saco, que se envenenó con ácido prúsico después que inundara el país con sus baratijas y sus diamantes de a penique. Préstamos por correo con facilidades. Cualquier cantidad de dinero adelantada contra pagaré. Condiciones a convenir. Sin fianzas. Ostras, que ataba los perros con longaniza ¡vamos!

—Bueno, es un hecho, dice John Wyse. Y ahí está el hombre que os lo puede contar todo, Martin Cunningham.

En efecto el coche del Castillo llegó con Martin y Jack Power con él y un tipo llamado Crofter o Crofton, jubilado de Hacienda, un orangista que Blackburn tiene en nómina y se saca la paga o Crawford correteando por todo el país a expensas del rey.

Nuestros viajeros alcanzaron la rústica hospedería y descabalgaron de sus corceles.

—¡Eh, palafrenero! exclamó el que por su porte parecía el mentor de la comitiva. ¡Insolente bellaco! ¡Acudid presto!

Así diciendo aporreó vigorosamente con la empuñadura de la espada el abierto enrejado.

El hospedero acudió raudo a la llamada, ajustándose el ropón.

—Dios os guarde, mis señores, dijo el hospedero con alabancera venia.

—¡Apresuraos, buen hombre! exclamó el que aporreado había. Velad por nuestros alazanes. Y a nosotros dadnos de cuanto hayáis lo mejor pues pardiez que de ello habemos necesidad.

—Ay, buenos señores, dijo el hospedero, en mi humilde cobijo ha la alacena mermada. No sé qué ofrendar a sus señorías.

—¿Cómo así, malandrín? exclamó el segundo de la comitiva, hombre de grato semblante, ¿Así socorréis a los mensajeros del rey, maese Tinajero?

Prontamente el visaje al dueño se le demudó.

—Gracia ruego de vos, caballeros, dijo con modestia. Si del rey sois mensajeros (¡Dios ampare a Su Majestad!) no habréis de tener falta. Los amigos del rey (¡Dios bendiga a Su Majestad!) no han de ayunar en mi cobijo, así os lo prometo.

—¡Andaos presto! exclamó el viajero que no había hablado, de buen yantar por su talante. ¿Tenéis algo que darnos?

El hospedero la venia dio y la réplica otrosí:

—¿Qué dicen, buenos señores, de un pastelón de pichones, unas lonjas de venado, unos cuartos de temera, silbón con panceta torrada, una cabeza de verraco con pistachos, una escudilla de gustosas natillas, un budín de nísperos con jarabe de tanaceto y un jarro de Rin añejo?

—¡Por Santiago! exclamó el último en parlamentar. Que me place. ¡Pistachos!

—¡Aahá! exclamó el de grato semblante. ¡Humilde cobijo y alacena meneada, nos decíais! Buen rufián estáis hecho.

De modo que entra Martin preguntando por Bloom.

—¿Que dónde está? dice Lenehan. Embaucando a viudas y huérfanos.

—¿No es cierto, dice John Wyse, lo que le estaba diciendo al paisano sobre Bloom y el Sinn Fein?

—Así es, Martin dice. O eso comentan.

—¿Quién hace esos comentarios? dice Alf.

—Yo, dice Joe. Yo soy el comentador.

—Y después de todo, dice John Wyse, ¿por qué no puede un judío amar a su país como cualquier hijo de vecino?

—¿Por qué no? dice J. J., cuando esté bien seguro de cuál es su país.

—¿Es judío o gentil o católico o disidente o qué coño es? dice Ned. ¿O quién es? Sin querer ofender, Crofton.

—¿Quién es Junius? dice J. J.

—Nuestro no es, dice Crofter el orangista o presbiteriano.

—Es un judío pervertido, dice Martin, de algún lugar de Hungría y fue él el que preparó el plan según el modelo húngaro. Eso lo sabemos en el Castillo.

—¿No es pariente de Bloom el dentista? dice Jack Power.

—En absoluto, dice Martin. Sólo tocayos. Su nombre era Virag, nombre del padre que se envenenó. Se lo cambió en escritura legal, fue el padre el que lo hizo.

—¡Aquí tenemos al nuevo Mesías para Irlanda! dice el paisano. ¡Isla de santos y sabios!

—Bueno, ellos aún esperan a su redentor, dice Martin. Dicho sea de paso también nosotros.

—Sí, dice J. J., y en cada varón que nace ven ellos un posible Mesías. Y todo judío vive en un tremendo estado de excitación, según creo, hasta que sabe si es padre o madre.

—Esperando a cada momento ser el próximo, dice Lenehan.

—Dios, dice Ned, tendríais que haber visto a Bloom antes de que ese hijo suyo que murió naciera. Me lo encontré un día en South City Markets comprando una lata de nutrimento Neave seis semanas antes de que la mujer diera a luz.

—*En ventre sa mére,* dice J. J.

—¿Tú llamas a eso un hombre? dice el paisano.

—A saber si alguna vez se lo quitó de la mente, dice Joe.

—Bueno, le nacieron dos hijos de todas formas, dice Jack Power.

—¿Y de quién sospecha? dice el paisano.

Ostras, la de verdades que se dicen en broma. Uno de esos mariposas es lo que es. Se metía en cama en el hotel me decía el Picha. una vez al mes con jaqueca como una damisela con sus cosas. ¿Sabéis de lo que os hablo? Sería una buena obra echarle mano a un fulano como ése y tirarlo de patas al mar. Homicidio justificado, es lo que sería. Y va y se escabulle con sus cinco soberanos sin invitar a una pinta siquiera como un hombre. El Señor nos coja confesados. Por no dar no da ni los buenos días.

—Caridad con el prójimo, dice Martin. Pero ¿dónde estará? No podemos esperar.

—Un lobo con piel de cordero, dice el paisano. Eso es lo que es. Virag de Hungría. Asuero es como yo lo llamo. Dios lo maldiga.

—¿Tiene tiempo para un sorbo, Martín? dice Ned.

—Sólo uno, dice Martin. Tenemos prisa. Un J. J. y un S. para mí.

—¿Y tú, Jack? ¿Crofton? Que sean tres medias, Terry.

—San Patricio tendría que desembarcar de nuevo en Ballykinlar y convertirnos, dice el paisano, por haber permitido que cosas como ésa contaminaran nuestro suelo.

—Bueno, dice Martin, pidiendo su copa con golpes en el mostrador. Dios bendiga a los presentes es lo que pido.

—Amén, dice el paisano.

—Y estoy seguro de que sí, dice Joe.

Y con el sonido de la campanilla de la consagración, precedidos por un cruciferario con acólitos, turibulanos, portadores de navetas, lectores, ostiarios, diáconos y subdiaconos, la santa procesión avanzó de abates mitrados y priores y i guardianes y monjes y frailes: los monjes de Benito de Spoleto, cartujos y camaldulenses, cistercienses y olivetenses, oratorios y valombrosianos, y los frailes de Agustín, brigitinos, premonstratenses, servitas, trinitarios, y los hijos de Pedro Nolasco: y además del Monte Carmelo los hijos de Elías el profeta encabezados por el Obispo Alberto y por Teresa de Ávila, calzados y descalzos: y frailes, marrones y grises, los hijos del pobre Francisco, capuchinos, cordeleros, mínimos y observantes y las hijas de Clara: y los hijos de Domingo, los frailes predicadores, y los hijos de Vicente: y los monjes de San Wolstano: y los hijos de Ignacio: y la congregación de los hermanos cristianos encabezados por el reverendo hermano Edmundo Ignacio Rice. Y detrás seguían todos los santos y mártires, vírgenes y confesores: San Quirico y San Isidro Labrador y Santiago el Menor y San Focas de Sinopia y San Julián Hospitalario y San Félix de Cantalejo y San Simón Estilita y San Esteban Protomártir y San Juan de Dios y San Ferreolo y San Lugardo y San Teodoto y San Vulmaro y San Ricardo y San Vicente de Paúl y San Martín de Todi y San Martín de Tours y San Alfredo y San José y San Dionisio y San Cornelio y San Leopoldo y San Bernardo y San Terencio y San Eduardo y San Owen Caniculus y San Anónimo y San Epónimo y San Pseudónimo y San Homónimo y San Parónimo y San Sinónimo y San Lorenzo O'Toole y Santiago de Dingle y Compostela y San Columcilo y San Columba y San Celestino y San Colomano y San Kevin y San Brendano y San Frigidiano y San Senano y San Fachanan y San Colombo y San Galo y San Fursa y San Fintano y San Fiacro y San Juan Nepomuceno y Santo Tomás de Aquino y San Ivo de Bretaña y San Michán y San Germán José y los tres patronos de la santa juventud San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka y San Juan Berchmans y los santos Gervasio, Servasio y Bonifacio y Santa Brida y San Ciarán y San Canico de Kilkenny y San Jarlath de Tuam y San Finbarr y San Pappin de Ballymun y el Hermano Luis Pacífico y el Hermano Alosio Belicoso y las santas Rosa de Lima y de Viterbo y Santa Marta de Betania y Santa María Egipcíaca y Santa Lucía y Santa Brígida y Santa Atracta y Santa Dympna y Santa Ita y Santa Manon Calpense y la Beata Sor Teresa del Niño Jesús y Santa Bárbara y Santa Escolástica y Santa Úrsula con sus once mil vírgenes. Y todas iban con nimbos y coronas y glorias portando palmas y arpas y espadas y coronas de olivo, con túnicas en las que estaban bordados los sagrados símbolos de sus eficacias, tinteros, flechas, hogazas, jarrones, grilletes, hachas, árboles, puentes, bebés en bañeras, conchas, burchacas, tijeras de esquilar, llaves, dragones, azucenas, postas zorreras, barbas, guarros, lámparas, fuelles, colmenas, cucharones, estrellas, serpientes, yunques, cajas de ungüento, campanas, muletas, fórceps, cuernos de venado, botas de agua, halcones, piedras de molino, ojos en

un plato, velas de cera, asperges, unicomios. Y según caminaban por la Columna de Nelson, Henry Street, Mary Street, Capel Street, Little Britain Street salmodiando el introito *in Epipbania Domini* que empieza *Surge, dluminare y* más tarde muy dulcemente el gradual Omnes que dice de *Saba venient* hicieron diversos prodigios tales como expulsión de demonios, resurrección de muertos, multiplicación de peces, curación de tullidos y ciegos, hallazgo de objetos varios que se habían perdido, explicación y cumplimiento de las escrituras, bendiciones y profecías. Por último, bajo un palio de tela en oro llegó el reverendo Padre O'Flynn asistido por Malachi y Patrick. Y cuando los reverendos padres hubieron llegado al lugar fijado, la casa de Bemard Kieman y Cía., S. A., Litde Britain Street, 8, 9 y 10, consignatarios de ultramarinos al por mayor, exportadores de vino y brandy, con licencia para la venta de cerveza, vino y ficores para su consumición en el establecimiento, el celebrante bendijo la casa e incensó las ventanas en maineles y contrafuertes y bóvedas y las aristas y los capiteles y los frontones y las cornisas y los arcos angrelados y las agujas y las cúpulas y asperjó los dinteles del edificio con agua bendita y rogó a Dios que bendijera aquella casa como El bendijo la casa de Abraham e Isaac y Jacob y que los ángeles de Su luz habitaran en ella. Y al entrar bendijo las viandas y bebidas y la congregación de todos los bienaventurados contestó a sus oraciones.

—*Adiutorium nostrum in nomine Domini.*

— *Qui fecit coelum et terram.*

—*Dominus vobiscum. Et cum spiritu tuo.*

Y puso sus manos sobre lo que bendecía y dio gracias y oró y todos con él oraron:

—*Deu , cuius verbo sanctificantur omnia, benedictionem tuam effunde super creaturas istas: et praesta ut quisquis eis secundum legem et voluntatem Tuam cum gratiarum actione usus fuerit per invocationem sanctissimi nominis Tu¡ corporis sanitatem et animae tutelam Te auctorepercipiatper Christum Dominum nostrum.*

—Lo mismo decimos, dice Jack.

—Que sea por muchos años, Lambert, dice Crofton o Crawford.

—De acuerdo, dice Ned, cogiendo su John Jameson. Y que siente bien.

Estaba yo mirando alrededor a ver con qué saltaría el próximo cuando me cago en diez ahí que entra otra vez haciendo como que tenía una prisa de los demonios.

—Acabo de darme una vuelta por la Audiencia, dice él, a ver si le veía. Espero que no ....

—No, dice Martin, hemos acabado ya.

La Audiencia de mis cojones y tus bolsillos que te arrastran con oro y plata. Jodido agarrao mamarracho. Convida a un trago siquiera. ¡No te vayas a arruinar! ¡Qué otra cosa se puede esperar de un judío! Todo para Don Menda. Espabilao como rata de retrete. Cien por cinco.

—No se lo diga a nadie, dice el paisano.

—¿Cómo decía? dice él.

—Vámonos muchachos, dice Martin, viendo que la cosa se ponía mal. Venga ya.

—No se lo diga a nadie, dice el paisano, soltando un berrido. Es un secreto.

Y el jodido perro que se despierta y suelta un gruñido.

—Adiós a todos, dice Martin.

Y se los llevó para fuera tan rápido como pudo, Jack Power y Crofton o como se llame y él en medio de ellos haciendo como que estaba hecho un mar de dudas y arriba con ellos al airoso tílbun del demonio.

—En marcha, dice Martin al calesero.

El delfin blancolácteo sacudió sus crines y, ascendiendo a la popa dorada, el timonel desplegó la vela abultada contra el viento y se adentró mar adentro a toda vela, foque volante a babor. Una plétora de cautivadoras ninfas se acercaron a estribor y a babor y, adueñándose de los lados del espléndido velero, unieron sus rutilantes formas cual diestro ruedero cuando acopla al cubo de la rueda los radios equidistantes de los que cada uno es hermano del otro y los fija a todos en un aro exterior y le da de esta manera alas a los pies de los hombres cuando bien se levantan en armas o cuando pugnan por la sonrisa de una hermosa dama. De igual manera llegaban y se acomodaban, esas complacientes ninfas, hermanas imperecederas. Y reían y se solazaban en el redondel de su propia espuma: y el velero cortaba las olas.

Pero la hostia estaba justamente bebiendo lo que me quedaba de la pinta cuando me veo al paisano levantarse e ir naneando para la puerta, boqueando y resoplando con hidropesía, y maldiciendo las entrañas de Cromwell, echando sapos y culebras por la boca, escupiendo y espumajeando yJoe y el pequeño Alf a su alrededor como duendecillo a ver si lo calmaban.

—Dejadme, dice él.

Y la hostia se llegó hasta la puerta y ellos agarrándolo y vociferando como un loco:

—¡Tres hurras por Israel!

Arrah, para joderse, siéntate y compórtate como es debido y no des el espectáculo. Recoño, que siempre hay algún payaso que otro armando la de Dios por nada. Ostras, que te revuelven la cerveza en las tripas, te lo prometo.

Y todos los pillos y guarras del mundo alrededor de la puerta y Martin diciéndole al calesero que arrancara de una vez y el paisano vociferando y Alf y Joe tratando de que se callara y en tanto él dándose ínfulas y suelta una parrafada sobre los judíos y los zánganos pidiendo un discurso y Jack Power tratando de sentarlo en el coche y de cerrarle la jodida boca y un zángano con un parche en el ojo que empieza a cantar *Si el hombre de la luna fuera judío, judío, judío y* una guarra que salta:

—¡Eh, mister! ¡Que lleva la bragueta abierta!

Y dice él:

—Mendelssohn era judío y Karl Marx y Mercadante y Spinoza. Y el Salvador era judío y su padre era judío. Vuestro Dios.

—Que no tenía padre, dice Martin. Ya está bien. Arranca de una vez.

—¿El Dios de quién? dice el paisano.

—Bueno, su tío era judío, dice él. Vuestro Dios era judío. Cristo era judío como yo.

Ostras, el paisano se tira para la taberna.

—Por todos los santos, dice él, le parto la cabeza a ese jodido judío por usar el nombre de Dios en vano. Por todos los santos, que le crucifico van a ver. Trae para acá la caja de galletas.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! dice Joe.

Un nutrido y entusiasta grupo de amigos y conocidos de la metrópolis y del gran Dublín se congregó por miles para decirle adiós a Nagyaságos uram Lipóti Virag, últimamente con Messrs. Alexander Thom, impresores de Su Majestad, con motivo de su partida a las tierras lejanas de Százharminczbrojúgulyás-Dugulás (Prado de Aguas Rumorantes). La ceremonia que se desarrolló con gran éclat se distinguió por una extraordinaria y emocionante cordialidad. Un pergamino ilustrado de antigua vitela irlandesa, fruto de artistas irlandeses, le fue entregado al distinguido fenomenólogo en nombre de un dilatado grupo de la comunidad y acompañado del regalo de un cofrecillo de plata, con exquisito gusto trabajado al estilo del antiguo ornato celta, un trabajo que honra sobremanera a sus artífices, Messrs. Jacob agus Jacob. El visitante que se marchaba recibió una calurosa ovación, emocionándose visiblemente muchos de los allí presentes cuando la selecta orquesta de gaitas irlandesas acometió la bien conocida melodía de Vuelve a *Erín,* a la que inmediatamente siguió la Marcha de Rakóczsy. Toneles de brea y fogatas se prendieron por todas las costas de los cuatro mares en las alturas de la Colina de Howth, la Montaña de las Tres Rocas, Pandeazúcar, Promontorio del Rebuzno, las montañas de Moume, las Galtees, los picos de Ox y Donegal y Sperrin, las Nagles y las Bograghs, las colinas de Connemara, las moles de M'Gillicuddy, Montañas Aughty, Montañas Bemagh y Montañas Bloom. Entre ovaciones que hendían la bóveda celeste, contestadas por ovaciones en respuesta de una gran aglomeración de caballeros en las lejanas colinas Cámbricas y Caledonias, el mastodóntico barco de recreo lentamente se alejó saludado por un último tributo floral de las representantes del sexo débil que componían un amplio contingente mientras que, según se desplazaba río abajo, escoltado por una flotilla de gabarras, las banderas de la Capitanía del Puerto y del edificio de Aduanas fueron inclinadas en señal de saludo como también lo fueron la de la central eléctrica en Pigeonhouse y la del faro de Poolbeg. *VisszontUtásra, keávés barátom! Visszontlátásra!* Se fue pero no se le olvidó.

Ostras, no había quien le parara hasta que le echó mano a la lata de todas formas y para fuera que se va con el pequeño Alf pegado y él gritando como un cerdo al que degüellan, igual que una jodida función en el Queen's Royal Theatre:

—Dónde está que lo mato?

Y Ned y J. J. muertos de risa.

—Menuda trifulca, le digo yo, ahora vendré a tomar la última.

Pero quiso la suerte que el calesero le diera la vuelta al penco para el otro lado y para delante que se fue.

—Espera, paisano, dice Joe. ¡Quieto!

La hostia levantó la mano y apuntó y la largó. Gracias a Dios que el sol le daba en los ojos que si no lo deja allí muerto. Ostras, casi la manda al otro lado de Dublín. El jodido penco se asustó y el viejo chucho detrás del coche como alma que lleva el diablo y toda la chusma gritando y riendo y la jodida lata repiqueteando por toda la calle.

La catástrofe fue tremenda e instantánea en sus consecuencias. En el observatorio de Dunsink se registraron en total once sacudidas, todas de cinco grados en la escala de Mercalli, y nunca se ha registrado hasta ahora un movimiento sísmico igual en nuestra isla desde el terremoto de 1534, el año de la sublevación del sedoso Thomas. El epicentro parece que se ha localizado en esa parte de la metrópolis constituida por el distrito de Inn Quay y la parroquia de Saint Michan cubriendo una superficie de cuarentaiún acres, cuatro aradas y cinco yardas y media cuadradas. Todas las residencias señoriales en los alrededores del palacio de justicia se derrumbaron e incluso ese mismo ilustre edificio, en el que en el momento de la catástrofe importantes debates legales tenían lugar, se ha convertido literalmente en un conglomerado de ruinas bajo las cuales se teme hayan sido enterrados vivos todos los ocupantes. Según testigos presenciales parece que los movimientos sísmicos estuvieron acompañados de una fuerte perturbación atmosférica de carácter ciclónico. Una prenda para la cabeza que después se ha sabido pertenece al muy respetado secretario de los tribunales Mr. George Fottrell y un paraguas de seda con empuñadura de oro con las iniciales, blasón, escudo de armas y número de la casa grabados del erudito e ilustre presidente de la audiencia provincial Sir Fredenck Falkiner, magistrado de Dublín, han sido encontrados por equipos de rescate en apartados lugares de la isla respectivamente, el primero en la tercera columna basáltica de la manga del gigante, el segundo incrustado a la profundidad de un pie y tres pulgadas en la playa arenosa de la bahía de Holeopen junto al viejo promontono de Kinsale. Otros testigos presenciales declaran haber visto un objeto incandescente de proporciones enormes precipitándose estrepitosamente desde la atmósfera a una velocidad terrorífica siguiendo la trayectoria oeste sudoeste. Mensajes de condolencia y pésame se están recibiendo a cada minuto de los cinco continentes y el sumo pontífice ha tenido a bien disponer que se celebre simultáneamente una *missa pro defunctis* especial por los obispos de todas y cada una de las iglesias catedrales de todas las diócesis episcopales bajo la jurisdicción de la Santa Sede en sufragio de las almas de aquellos fieles muertos que han sido tan inesperadamente llamados de entre nosotros. Las tareas de salvamento, extracción de escombros, restos humanos etc. han sido encomendadas a Messrs. Michael Meade e Hijo, de Great Brunswick Street, 159, y a Messrs. T. y C. Martin, de North Wall, 77, 78, 79 y 80, ayudados por hombres y oficiales del regimiento de infantería Duque de Comwall bajo la supervisión general de S.A.R., el contraalmirante, el honorable Sir Hércules Hannibal Habeas Corpus Anderson, Caballero de la Orden de la Jarretera, Caballero de la Orden de San Patricio, Caballero de la Orden de los Templarios, Consejero Privado del Rey, Caballero Comendador de la Orden de Bath, Miembro del Parlamento, juez de Paz, Licenciado en Medicina, Cruz del Mérito Civil, Cabrón Meritorio Civil, Maestre de la Caza del Zorro, Miembro de la Real Academia de Irlanda, Licenciado en Derecho, Doctor en Música, Guardián de la Ley de Ayuda a los Pobres, Miembro del Trinity College de Dublín, Miembro de la Real Universidad de Irlanda, Miembro del Real Colegio de Médicos de Irlanda y Miembro del Real Colegio de Cirujanos de Irlanda.

No has visto nada igual en todos los años de tu puñetera vida. Ostras, si le acierta con ese mamporro en la molondra se acuerda del día que nació, ya lo creo que se acuerda, pero la hostia al paisano le habrían arrestado por agresión y provocación y a Joe por colaboración e instigación. El calesero le salvó la vida con una precipitada carrera tan seguro como que Dios es Dios. ¿Que qué? Recoño, y tanto que lo salvó. Y dejó una lluvia de improperios tras él.

—¿Lo maté, dice él, o qué?

Y él venga a gritarle al jodido perro:

—¡Anda a por él, Garry! ¡Anda a por él, bonito!

Y lo último que vimos fue al jodido coche perdiéndose por la esquina y el caracamero dentro gesticulando y el jodido chucho detrás corriendo con las antenas para atrás que le arrastraban a ver si lo despedazaba. ¡Cien por cinco! Recoño, se las hizo pagar caras, ya lo creo que sí.

Cuando, hete aquí, que alrededor de ellos apareció un gran resplandor y pudieron ver cómo la carroza en la que iba ascendía a los cielos. Y le pudieron ver en la carroza, revestido en la gloria del resplandor, siendo sus vestiduras como de sol, bellas como la luna e imponentes de manera que llenos de miedo no se atrevían a mirarle. Y del cielo salió una voz que decía: *¡Elías! ¡E&ás! Y Él* contestó con enérgico grito: *¡Abba! ¡Adonai! Y* le vieron a *Él* a *Él* mismo, ben Bloom Elías, en medio de una nube de ángeles ascender a la gloria del resplandor en un ángulo de cuarentaicinco grados sobre el establecimiento de Donohoe en Little Green Street como lanzado por una bielda.

13

EL atardecer de verano había empezado a envolver el mundo en su misterioso abrazo. A lo lejos por el oeste el sol se ponía y el último arrebol de un día efurrero en demasía se entretenía tiernamente sobre el mar y la playa, sobre el orgulloso promontorio del querido y viejo Howth vigía eterno de las aguas de la bahía, sobre las rocas de algas tapizadas por toda la marina de Sandymount y, finalmente, pero no por ello menos, sobre la callada iglesia de donde a veces emanaba sobre la quietud la voz de una oración a aquella que en su puro esplendor es guía perenne para el corazón del hombre sacudido por la tormenta, María, estrella de los mares.

Las tres amigas estaban sentadas sobre las rocas, disfrutando del ambiente crepuscular y del aire, fresco aunque no muy frío. Con harta frecuencia acostumbraban ir allí a ese su rincón favorito para charlar agradablemente junto a las chispeantes olas y hablar de cosas de mujeres, Cissy Caffrey y Edy Boardman con el bebé en el carrito y Tommy y Jacky Caffrey, dos críos de cabellos rizados, vestidos con trajes de marinero y gorras a juego y el nombre *H.M.S. Befeisle* estampado en las dos. Porque Tommy y Jacky Caffrey eran mellizos, apenas cuatro años y muy alborotadores y mimados mellizos que a veces eran pero a pesar de todo una preciosidad de niños con sus graciosas cantas vivarachas y su aire encantador. Estaban hurgando en la arena con sus cubos y palas, levantando castillos como hacen los niños, o jugando con su gran pelota de colores, felices como el viento. Y Edy Boardman rnecía al mofletudo bebé para allá y para acá en el carrito mientras el hombrecito echaba sonnsitas de satisfacción. Sólo o tenía once meses y nueve días y, aunque aún andaba a gatas, ya empezaba a balbucear sus primeras palabras de bebé. Cissy Caffrey se inclinó sobre él para acariciar su carita regordeta y el precioso hoyuelo de la barbilla.

—Vamos, nenito, dijo Cissy Caffrey. Di fuerte, agua. Quiero agua.

Y el niño chapurreó con ella:

—Ga ga guaba.

Cissy Caffrey abrazó al pequeñín porque a ella le gustaban muchísimo los niños tan paciente con los malitos y Tommy Caffrey no había modo de que se tomara el aceite de ricino si no era Cissy Caffrey la que le tapara la nariz y le prometiera el piquito de la barra o pan moreno con arrope rubio por encima. ¡Qué capacidad de persuasión tenía aquella muchacha! Pero la verdad es que el bebé Boardman era un cielo, un majete con su nuevo babero emperejilado. Nada de esas guapas creídas, a lo Flora MacFlimsy, era Cissy Caffrey. Una mocita con tanto corazón no se ha visto nunca, siempre con una sonrisa en sus ojos agitanados y una palabra ocurrente en sus labios rojos de cereza, una criatura encantadora en sumo grado. Y Edy Boardman se rió también con la media lengua de su hermanito.

Pero en ese preciso momento hubo un pequeño altercado entre el señorito Tommy y el señorito Jacky. Los niños siempre serán niños y nuestros dos mellizos no eran la excepción a esa regla de oro. La manzana de la discordia consistía esta vez en un castillo de arena que el señorito Jacky había levantado y al que el señorito Tommy se emperraba había que hacerle mejoras arquitectónicas con una puerta de entrada como la torre Martello. Pero si el señorito Tommy era testarudo el señorito Jacky era terco también y, siguiendo la máxima de que la casa de todo irlandesito es su castillo, se echó sobre su odiado rival pero de tal guisa que el supuesto asaltante salió trasquilado y (¡pena da contarlo!) el codiciado castillo también. Ni que decir tiene que los gritos del aturdido señorito Tommy atrajeron la atención de las amigas.

—Ven aquí, Tommy, le llamó su hermana perentoriamente. ¡Ahora mismo! Y tú, Jacky, vergüenza tenía que darte tirar al pobre Tommy en la arena sucia. Espérate que te coja.

Con los ojos empañados de lágrimas no derramadas, el señorito Tommy acudió a la llamada porque las palabras de su hermana grande eran la ley para los mellizos. Y en penoso estado quedó también después de su tropiezo. El blusoncito de marino y sus inmencionables estaban llenos de arena pero Cissy era especialista en el arte de allanar las pequeñas contrariedades de la vida y en un instante no quedaba ni un grano de arena en el

elegante trajecillo. Como los ojos azules aún brillaban con lágrimas ardientes que querían brotar ella le llenó de besos para disipar el daño y amenazó con la mano al señorito Jacky el culpable y le dijo que si le pillaba iba a saber lo que era bueno, los ojos bailándole en advertencia.

—¡Qué Jacky más malo y travieso! gritó.

Rodeó al mannento con el brazo y lo tranquilizó con zalamerías:

—¿Cómo se llama mi niño? ¿Pastelillo de gloria?

—A ver, dime quién es tu novia, habló Edy Boardman. ¿Es Cissy tu novia?

—No, dijo Tommy sollozante.

—¿Es Edy Boardman tu novia? indagó Cissy.

—Que no, dijo Tommy.

Ya sé, dijo Edy Boardman con no excesiva amabilidad con la mirada engurruñada de sus ojos miopes. Ya sé quién es la novia de Tommy. Gerty es la novia de Tommy.

—Que no, dijo Tommy a punto de saltársele las lágrimas. El agudo sentido común de Cissy sospechó lo que iba mal y en voz baja le dijo a Edy Boardman que lo cogiera y se lo llevará detrás del carrito donde no le viera el señor y tuviera cuidado no se mojara los zapatos nuevos color canela.

Pero ¿quién era Gerty?

Gerty MacDoweIl que estaba sentada al lado de sus compañeras, ensimismada, su mirada perdida en la distancia era, en verdad, el más excelente modelo de la atractiva juventud irlandesa que uno pueda imaginar. Todos cuantos la conocían admitían manifiestamente su belleza aunque, como la gente decía a menudo, salía más a los Giltraps que a los MacDowells. Era delgada y garbosa, más bien frágil aunque esas tabletas gelatinosas de hierro que había estado tomando últimamente habían obrado maravillas mucho mejor que las píldoras para mujeres de la Viuda Welch y se encontraba mejor de esos flujos que solía tener y de la sensación de cansancio. La palidez cérea de su rostro era casi espiritual en su pureza de marfil aunque su boca de pimpollo era un auténtico arco de Cupido, de perfección griega. Las manos eran de alabastro delicadamente jaspeado con dedos alargados y tan blancas como el zumo de limón y la reina de los ungüentos pudieran ponerlas aunque no era verdad que se pusiera guantes de cabritilla para dormir ni que tomara baños de pies con leche. Bertha Supple se lo dijo una vez a Edy Boardman, una mentira maliciosa, cuando estaba reñida con Gerty (las amigas tenían como es natural sus pequeñas peleas de vez en cuando como el resto de los mortales) y le dijo que no dijera a nadie que lo que le contaba se lo había dicho ella que si no no le volvería a hablar nunca jamás. No. La verdad sea dicha. Había en Gerty un refinamiento innato, un lánguido hauteur de reina que incuestionablemente se evidenciaba en sus delicadas manos y en el bien arqueado empeine. Si al menos el destino propicio la hubiera hecho nacer dama de alta alcurnia por derecho propio y si al menos hubiera recibido el beneficio de una buena educación Gerty MacDowell podría fácilmente haber estado a la altura de cualquier señora del país y haberse visto exquisitamente engalanada con joyas en la frente y próceres pretendientes a sus pies contendiendo entre ellos por rendirle sus respetos. Y tal vez era eso, el amor que pudo haber sido, lo que prestaba a su rostro de delicadas facciones en ocasiones una mirada, tensa y contenida, que confería una extraña y anhelante cualidad a sus bellos ojos, un embrujo que pocos podían resistir. ¿Por qué hay mujeres que tienen ese hechizo en los ojos? Los de Gerty eran del azul más azul irlandés, realzados por unas deslumbrantes pestañas y expresivas cejas oscuras. Tiempo hubo cuando aquellas cejas no eran seducción sedosa. Fue Madame Vera Venty, directora de la sección La mujer bella de la Princess Novelette, la primera en aconsejarle que probara con lápiz de alcohol que prestaba a los ojos esa expresión perturbadora, tan favorecedora en las dirigentes de la moda, y nunca se había arrepentido de ello. Luego había sonrojos científicamente curados y cómo ser alta incremente su estatura y tiene un rostro bello pero ¿qué le pasa a su nariz? Eso le vendría bien a Mrs. Dignara porque la tenía chata. Pero lo más llamativo de Gerty era su hermosura de pelo. Era castaño oscuro con ondulación natural. Se lo había cortado esa misma mañana por aquello de la luna nueva y le caía de la linda cabecita en una riqueza de mechones desbordantes y también se había cortado las uñas, el jueves buen día para dinero. Y ahora mismo con las palabras de Edy una especie de indiscreto rubor, delicado como el más frágil capullo de rosa, que trepó hasta sus mejillas, resaltó sus encantos con su dulce timidez de niña que con certeza la hermosa Irlanda de Dios no podía ofrecer parangón.

Durante un instante guardó silencio con los ojos bajos algo tristes. Estuvo a punto de replicar pero algo contuvo las palabras en su boca. La inclinación la impulsaba a hablar: la dignidad le decía que guardara silencio. Los lindos labios se arrugaron durante un rato pero al instante levantó la mirada y dejó escapar una radiante sonrisa en la que había toda la frescura de una mañana temprano de mayo. Sabía perfectamente, y nadie mejor que ella, lo que le hacía decir a la atravesada de Edy que era por él por lo que se estaban enfriando sus atenciones cuando era una simple pelea de enamorados. Como siempre tenía que haber alguien que le sentara mal que aquel chico de la bicicleta de una bocacalle de las que dan a London Bridge Road anduviera siempre pedaleando araba y abajo por delante de su ventana. Sólo que ahora su padre no le dejaba salir por las tardes para que estudiara fuerte a ver si ganaba la competición para el premio de fin de curso del Instituto que se estaba celebrando e iba a ir a Trinity College a estudiar para médico cuando terminara el bachiller como su hermano W. E. Wylie que corría en las carreras de bicicletas de Trnity College University. Poco interés mostraba él quizá por lo que ella sentía, ese vacío sordo y punzante en su corazón a veces, que le llegaba hasta lo más profundo. Sin embargo él era joven y por ventura aprendería a amarla con el tiempo. Eran protestantes en su familia y desde luego Gerty sabía Quién venía primero y después de Él la Santísima Virgen y luego San José. Sin embargo nadie podía negar que era guapo con una nariz perfecta y su aspecto decía lo que era, todo un caballero, la forma de su cabeza también por detrás sin la gorra puesta que ella distinguiría en cualquier lugar pues no era corriente y la manera como daba la vuelta en bicicleta a la farola suelto de manos y también el olor agradable de aquellos cigarrillos caros y además los dos tenían la misma estatura también él y ella y por eso era por lo que Edy Boardman pensaba que era tremendamente lista porque él no iba a pedalear arriba y abajo por delante de su trocito de jardín.

Gerty iba vestida con sencillez pero con el gusto instintivo de una devota de la Diosa de la Moda porque tenía la corazonada de que había una posibilidad de que él pudiera estar por allí. Una blusa limpia azul eléctrico teñida a mano con tinte Dolly (porque se suponía en el *Lady's Pictorial* que el azul eléctrico se llevaría) con una elegante abertura en uve hasta la canal y un bolsillo delantero (en el que siempre guardaba un poquito de algodón perfumado con su perfume favorito porque el pañuelo estropeaba la hechura) y una falda tres cuartos azul marino bien ajustada mostraba su esbelta y grácil figura a la perfección. Llevaba una preciosidad de sombrerito coqueto de ancha ala la parte de abajo de paja negra adomada con un reborde de azul huevo y en el lado un lazo de pajarita de seda a tono. Toda la tarde del martes pasado se la pasó a la búsqueda de algo que casara con aquella felpilla hasta que al fin encontró lo que buscaba en las rebajas de verano de Clery, justo lo que necesitaba, un poco estropeado pero que no se notaba, siete dedos dos chelines y un penique. Ella sola hizo todos los arreglos y ¡qué felicidad cuando se lo probó, sonriendo a la encantadora imagen que el espejo le daba de ella! Y cuando lo puso sobre la jarra del agua para que mantuviera la forma sabía que eclipsaría a más de una que ella se sabía. Los zapatos eran lo último en calzado (Edy Boardman se las daba de que era petite pero ni comparación con el pie de Gerty MacDowell, un treinta y cinco, que más quisiera) con punteras de charol y nada más que una preciosa hebilla en lo alto del bien arqueado empeine. Los bien moldeados tobillos lucían sus perfectas proporciones por debajo de la falda y sólo lo justo y no más de sus torneadas piernas cubiertas con finas medias de talones reforzados y anchas ligas. En cuanto a la ropa interior era una de las preocupaciones más importantes de Gerty y ¿quién que conozca las palpitantes esperanzas y temores de los almibarados diecisiete (aunque Gerty no volvería a cumplir los diecisiete) puede con la mano en el corazón reprocharla? Tenía cuatro juegos que eran una preciosidad de labor de aguja, con tres prendas y camisones aparte, y cada juego llevaba su pasacintas con sus diferentes colores, rosa, azul celeste, malva y verde claro, que ella misma oreaba y ponía en azulete cuando volvían a casa de lavar y los planchaba y tenía un trozo de ladrillo para apoyar la plancha porque no se fiaba de las lavanderas que eran capaces de quemar las cosas. Llevaba puesto el azul para que le diera suerte, esperando contra toda esperanza, su color preferido y le daba también suerte a una novia tener un trocito de azul encima por algún sitio porque el verde que llevaba aquel día de aquella semana trajo aflicción ya que su padre lo metió a estudiar para el premio del Instituto y porque pensó que él pudiera andar por ahí porque cuando se estaba vistiendo aquella mañana casi se las pone del revés y eso daba buena suerte y favorecía el encuentro de enamorados si te pones esas cosas del revés o si se desatan es porque él está pensando en ti siempre que no sea viernes.

¡Y sin embargo — sin embargo! ¡Esa mirada de cansancio en el rostro! Una pena que la corroe sin cesar. Es su alma la que se asoma a sus ojos y daría este mundo y el otro por estar en la intimidad de su aposento de siempre donde, abandonándose a las lágrimas,

pudiera llorar cuanto quisiera y dar rienda suelta a su emoción contenida aunque no demasiado porque ella sabía cómo llorar atractivamente delante del espejo. Eres encantadora, Gerty, le decía. La luz amarillenta del atardecer cae sobre un rostro infinitamente triste y ansioso. Gerty MacDowell ansía en vano. Sí, ella había sabido desde un principio que su soñar despierto sobre el matrimonio ha sido fijado y que las campanas de boda al vuelo por Mrs. Reggy Wylie Trinity College, Dublín (porque la que se casara con el hermano mayor sería la Mrs. Wylie) y que en los ecos de sociedad de los periódicos Mrs. Gertrude Wylie llevaba una suntuosa creación en gris adomada con costoso zorro azul nunca se realizaría. Él era demasiado joven para entender. Él no quería creer en el amor, patrimonio de la mujer. La noche de la fiesta hace ya tiempo en casa de los Stoers (aún llevaba él pantalones cortos) cuando se quedaron a solas y él escurrió un brazo alrededor de su cintura ella palideció hasta en los labios. La llamó pequeña en una extraña y áspera voz y le robó un medio beso (¡el primero!) pero fue sólo en la punta de la nariz y luego se precipitó fuera de la habitación con un comentario sobre refrescos. ¡Muchacho impetuoso! Firmeza de carácter nunca había sido el sello distintivo de Reggy Wylie y el que corteje y conquiste a Gerty MacDowell tiene que ser un hombre hecho y derecho. Pero esperar, siempre esperar a ser solicitada y además era año bisiesto y pronto se acabaría. Nada de príncipe azul era su ideal para ella que rindiera a sus pies un amor fantástico y extraordinario sino que prefería un hombre varonil con un rostro sereno y enérgico que no hubiera encontrado su ideal, quizá con el pelo ligeramente moteado de gris, y que fuera comprensivo, que la tomara en sus brazos protectores, que la estrechara contra él con toda la fuerza de su naturaleza profundamente apasionada y que la reconfortara con un largo largo beso. Sería como si la transportara al cielo. Por alguien así es por quien suspira este atardecer fragante de verano. Con todo su corazón ella desea ser sólo suya, su prometida en la riqueza y en la pobreza, en la enfermedad y con salud, hasta que la muerte a los dos nos separe, de ahora para siempre.

Y mientras que Edy Boardman estaba con el pequeño Tommy detrás del carrito ella pensaba precisamente si llegaría el día en que pudiera llamarse su futura mujercita. Entonces podrían hablar de ella lo que quisieran, Bertha Supple también, y Edy, malas pulgas, porque ella cumpliría veintidós en noviembre. Ella cuidaría de él haciendo la vida material más confortable además porque Gerty tenía un natural muy femenino y sabía que a cualquier hombre le gusta esa sensación hogareña. Sus pasteles al homo cocidos hasta que toman ese color tostado y su pudín reina Ana de una cremosidad deliciosa habían merecido calurosos elogios de todos porque ella tenía muy buena mano incluso para encender el fuego, para temer la harina fina con levadura y remover siempre en la misma dirección, después desnatar la leche y el azúcar y batir bien las claras de los huevos aunque a ella no le gustaba tanto la parte de comérselo cuando había gente delante que la ponía colorada y a menudo se preguntaba por qué no se pueden comer cosas más poéticas como violetas o rosas y tendrían un salón bellamente montado con cuadros y grabados y la foto del precioso perro del abuelito Giltrap Gartyowen que no le falta más que hablar y fundas de cretona para las sillas y aquella rejilla de plata para tostadas en las liquidaciones de verano de Clery como las que tienen en las casas de los ricos. Él sería alto de anchas espaldas (siempre había admirado a los hombres altos para marido) con dientes blancos resplandecientes bajo unos mostachos retorcidos cuidadosamente recortados y viajarían por Europa en su luna de miel (¡tres semanas maravillosas!) y luego, cuando se asentaran en su acogedora y monísima casa, todas las mañanas se tomarían su desayuno, sencillo pero muy bien presentado, sólo para ellos dos y antes de que saliera para su trabajo él le daría a su mujercita un efusivo abrazo y la miraría por un instante en lo más profundo de sus ojos.

Edy Boardman le preguntó a Tommy Caffrey si había terminado y él dijo que sí de modo que entonces le abotonó sus pantaloncitos bombachos y le dijo que echara a correr y se pusiera a jugar con Jacky y que fuera bueno y no se peleara. Pero Tommy dijo que quería la pelota y Edy le dijo no que el bebé estaba jugando con la pelota y que si se la cogía se iba a armar la manmorena pero Tommy dijo que era su pelota y que quería su pelota y dio patadas en el suelo, no faltaba más. ¡Qué genio! Vaya, era ya un hombre el pequeño Tommy Caffey desde que le quitaron el babero. Edy le dijo no y no y que se fuera ahora mismo y le dijo a Cissy Caffrey que no le hiciera caso.

—Tú no eres mi hermana, dijo el travieso Tonuny. Es mi pelota.

Pero Cissy Caffrey le dijo al bebé Boardman que mirara para arriba, que mirara arriba a lo alto a su dedo y le quitó la pelota en seguida y la lanzó por la arena y Tommy echó a correr detrás, habiéndose salido con la suya.

—Cualquier cosa con tal de tener un poco de tranquilidad, se rió Ciss.

Y le cosquilleó al nenito en las mejillas a ver si se olvidaba y jugó con él al éste puso un huevo, éste lo frió, éste le echó la sal, éste lo probó y este pícaro gordo se lo comió, se lo comió, se lo comió. Pero Edy se puso como un demonio porque siempre tenía que hacer su real gana porque todo el mundo lo mimaba.

—Me gustaría darle una buena, dijo ella, y tanto que me gustaría, donde yo me sé.

—En el culito, se rió Cissy con ganas.

Gerty MacDowell bajó la cabeza y se puso colorada de sólo pensar que Cissy había dicho algo tan impropio en voz alta que a ella se le caería la cara de vergüenza decirlo, ruborizándose con un intenso rojo sonrosado, y Edy Boardman dijo que estaba segura de que aquel señor de enfrente había oído lo que había dicho. Pero a Ciss le importaba un bledo.

—¡Deja que lo oiga! dijo ella con una descarada sacudida de la cabeza y un respingo indecente de la nariz. Y se la doy también a él en el mismo sitio en un periquete.

Esa chorlito de Ciss con sus rizos de muñeca de trapo. A veces te tienes que reír con ella. Por ejemplo cuando te preguntaba si querías más té chino y combota de morueca o también cuando se pintaba los cacharros también y las caras de hombres en las uñas con tinta roja era para partirse o cuando quería ir a donde ya sabes y decía que quería ir corriendo a hacerle una visita al señor Roca. Eso era muy del estilo de Chachacissy. Ay, y te acuerdas de la noche que se puso el traje y el sombrero de su padre y un bigote con corcho quemado y se recorrió todo Tritonville Road, fumándose un cigarrillo. No había quien la igualara en payasadas. Pero era la sinceridad personificada, una de las personas más denodadas y honradas que te puedas echar a la cara, nada de esas suavonas que dan grima.

Y sucedió que llegó por el aire el rumor de voces y la antífona cadenciosa del órgano. Era el retiro de abstinencia para hombres dirigido por el misionero, el reverendo John Hughes, S .J., rosario, sermón y bendición con el Santísimo. Se habían reunido allí todos sin distinción de clases sociales (era un espectáculo de lo más edificante de ver) en aquel sencillo santuario junto al mar, tras las tormentas de este miserable mundo, arrodillados a las plantas de la inmaculada, recitando la letanía de Nuestra Señora de Loreto, suplicándole que intercediera por ellos, las viejas palabras, santa María, santa Virgen de las vírgenes. ¡Qué triste para los oídos de la pobre Gerty! Si al menos su padre hubiera evitado caer en las garras del demonio de la bebida, haciendo la promesa de dejar de beber o aquel bebedizo para tomar que curaba el hábito de la bebida que se anunciaba en el *Tearson's Weekly,* podría ella ahora nadar en la abundancia, sin tener que envidiar a nadie. Una y otra vez se había dicho eso mientras pensaba junto a las brasas moribundas sumida en negras cavilaciones sin la lámpara porque odiaba tener dos luces o a menudo mientras miraba por la ventana ensoñadoramente durante horas a la lluvia que caía en el cubo herrumbroso, pensando. Sin embargo esa vil decocción que había arruinado tantos hogares y casas había ensombrecido los días de su niñez. Es más, ella misma había presenciado en el seno familiar actos de violencia a los que da lugar la intemperancia y había visto a su propio padre, presa de la cólera de la intoxicación, fuera de sí porque si había una sola cosa en el mundo de la que Gerty estaba cierta era que el hombre que levanta la mano a una mujer menos cuando es por cariño, merece ser catalogado como de la calaña más baja.

Y aún seguían cantando las voces en súplica a la Virgen poderosa, Virgen clementísima. Y Gerty, absorta en sus pensamientos, apenas si veía u oía a sus compañeras ni a los mellizos en sus piruetas infantiles ni al señor por allí por Sandymount Green que Cissy Caffrey decía que parecía muy suyo que andaba por la playa dando un paseo. Nunca se le veía de ninguna manera bebido pero con todo y eso a ella no le gustaría por padre porque era demasiado viejo o algo por el estilo o por su cara (era un caso palpable de Doctor Fell) o por la nariz carbuncal llena de granos y su bigote arenoso un poco blanco por debajo de la nariz. ¡Pobre padre! A pesar de sus defectos ella lo quería cuando cantaba *Dime, Mary, cómo he de cortejarte o Mi amory mi cabaña junto a Rochelle y* tenían berberechos cocidos y lechuga con aliño de Lazenby para cenar y cuando él cantó *Ha salido la luna* con Mr. Dignam que munó repentinamente y lo enterraron, Dios le haya tenido misericordia, de un ataque al corazón. Era el cumpleaños de su madre y Charley estaba en casa de vacaciones y Tom y Mr. Dignam y la señora y Patsy y Freddy Dignam y querían hacerse una foto en grupo. Nadie hubiera pensado que estaba tan cerca el final. Ahora ya está descansando. Y su madre le dijo que le sirviera de advertencia durante el resto de sus días y no pudo ni siquiera ir al funeral a causa de la gota y ella tuvo que ir al centro a traerle las cartas y las muestras de su oficina del linóleo de Catesby, diseños tipo, artísticos, dignos de un palacio,

magníficos resultados y siempre resplandeciente y alegre en el hogar.

Una hija de verdad y buena era Gerty igual que una segunda madre en la casa, un ángel protector también con un corazoncito que valía su peso en oro. Y cuando su madre tenía esos enojosos dolores de cabeza enloquecedores quién sino Gerty era la que le frotaba la frente con una barra de mentol aunque no le gustaba que su madre tomara un pellizco de rapé y ésa era la única cosa por la que alguna vez habían tenido una palabra de más, por tomar rapé. Todo el mundo se deshacía en alabanzas de ella por sus finas maneras. Era Gerty la que cerraba la llave de paso del gas todas las noches y Gerty también la que pegaba en la pared de ese sitio donde nunca olvidaba cada quince días el cloruro de cal el almanaque de Navidad del tendero Mr. Tunney, la estampa de los días de alción donde un joven caballero con atuendo de aquellos tiempos y sombrero de tres picos ofrecía un puñado de flores a su amada con la caballerosidad de épocas pasadas a través de la ventana con enrejado. Se podía ver que había alguna historia detrás. El colorido estaba tratado de una manera deliciosa. Ella iba de blanco suave ceñido en una postura estudiada y el caballero iba de chocolate y tenía aspecto de verdadero aristócrata. Ella a menudo los miraba ensoñadoramente cuando iba allí a cumplir ciertas funciones y se tocaba sus propios brazos blancos y suaves como los de ella con las mangas remangadas y pensaba en aquellos tiempos porque había averiguado en el diccionario de pronunciación de Walker que pertenecía a su abuelito Giltrap lo de los días de alción lo que significaba.

Los mellizos jugaban ahora de la manera más correcta y fratemal hasta que al fin el señorito Jacky que tenía la cara como el cemento y no había modo de meterlo en cintura a cosa hecha le dio una patada a la pelota con todas sus fuerzas hacia allá abajo a las rocas con algas. Ni que decir tiene que al pobre Tommy le faltó tiempo para pregonar su consternación pero por suerte el señor de negro que estaba sentado allí solo vino galantemente en auxilio e interceptó la pelota. Nuestros dos campeones reclamaron su juguete con fuertes gritos y para evitar complicaciones Cissy Caffrey le dijo al señor que se la echara a ella por favor. El señor apuntó con la pelota una o dos veces y luego la echó playa arriba hacia Cissy Caffrey pero rodó cuesta abajo y vino a parar bajo la falda de Gerty al lado del charco junto a la roca. Los mellizos la reclamaron a voces otra vez y Cissy le dijo que le diera un puntapié y que se pelearan por ella de modo que Gerty echó para atrás el pie aunque hubiera deseado que su estúpida pelota no hubiera llegado rodando hasta ella y le tiró una patada pero falló y Edy y Cissy se rieron.

—Si te equivocas inténtalo de nuevo, dijo Edy Boardman.

Gerty asintió con una sonrisa y se mordió el labio. Un suave sonrosado le subió hasta las preciosas mejillas pero estaba

dispuesta a que vieran de modo que se levantó la falda un poco nada más que lo necesario y apuntó bien y le dio a la pelota un buen puntapié y la mandó bien lejos y los dos mellizos detrás de ella para abajo hasta los guijarros de la orilla. Pura envidia desde luego no era otra cosa para llamar la atención del señor que miraba desde el otro lado. Ella sintió el cálido rubor, una señal peligrosa siempre en Gerty MacDowell, encrespándose y flameando en sus mejillas. Hasta entonces habían sólo intercambiado miradas de lo más casuales pero ahora bajo el ala de su sombrero nuevo se aventuró a mirarle y el rostro que encontró su mirada allí en el crepúsculo, macilento y extrañamente tenso, le pareció el más triste que jamás hubiera visto.

A través del ventanal abierto de la iglesia el incienso fragante flotaba y con él los nombres fragantes de aquella que había sido concebida sin mancha de pecado original, vaso espiritual, ruega por nosotros, vaso honorable, ruega por nosotros, vaso de singular devoción, ruega por nosotros, rosa mística. Y allí había corazones abatidos por las preocupaciones y afanosos por el pan de cada día y muchos que habían errado y caminado sin rumbo, sus ojos húmedos de contrición pero a pesar de todo resplandecientes de esperanza porque el reverendo padre el Padre Hugues les había contado lo que el gran San Bernardo decía en su famosa plegaria a María, el poder intercesorio de la piadosísima Virgen que nunca en todos los tiempos se había sabido que quien imploraba su protección poderosa fuera jamás abandonado por ella.

Los mellizos jugaban ahora de nuevo muy alegremente porque las complicaciones de la niñez son tan pasajeras como los chaparrones de verano. Cissy Caffrey jugaba con el bebé Boardman hasta que éste balbució de regocijo, palmoteando al aire. Pío exclamaba ella detrás de la capota del carrito y Edy preguntaba dónde se había ido Cissy y entonces Cissy asomó de repente la cabeza y exclamó ¡tras! y, vamos ¡hay que ver lo que se divertía el chavalín! Y entonces le pedía que dijera papá.

—Di papá, nene. Di pa pa pa pa pa pa pa.

Y el bebé haciendo lo imposible por decirlo porque era muy inteligente para once meses todo el mundo lo decía y grande para su edad y un dechado de salud, la cosa más linda que se pueda uno echar a los ojos, y desde luego que llegaría a ser algo grande, decían.

—Ajo ya ya ajo.

Cissy le limpió la boquita con el babero y quiso hacer que se sentara derecho y que dijera pa pa pa pero cuando le desató la correa exclamó, san Antonio bendito, estaba empapado y había que darle la vuelta a la media manta que tenía debajo. Desde luego que su majestad el bebé estuvo muy protestón mientras se realizaban las labores de aseo y se lo hizo saber a todo el mundo:

Jabaa baaaajabaaa baaaa.

Y dos lagrimones enormes adorables corriéronle por las mejillas. No había manera de apaciguarlo con no, nene, mi niño, no y decirle arre, arre borriquito y dónde estaba el chacachá pero Ciss, siempre atenta, le puso en la boca la tetilla del biberón y el pequeño granujilla rápidamente se tranquilizó.

Gerty hubiera dado algo porque se llevaran de una vez de allí al niño berreón a casa que la estaba poniendo enferma, no era hora de estar en la calle, y a los mocosillos de los mellizos. Y contempló el mar lejano. Era como las pinturas que aquel hombre solía hacer en la acera con todas sus tizas de colores y qué pena dejarlas además allí para que se borraran del todo, la noche y las nubes que llegaban y el faro de Bailey en Howth y oír una música como ésa y el perfume del incienso que quemaban en la iglesia como una especie de ráfaga. Y al mirar su corazón se puso que se le salía por la boca. Sí, era a ella a quien miraba, y había intención en su mirada. Sus ojos la quemaban como si quisieran sondearla en toda su extensión, leer hasta en su alma. Ojos maravillosos eran aquellos, extraordinariamente expresivos, pero teran de fiar? La gente era tan rara. Podía distinguir fácilmente por sus ojos oscuros y su rostro pálido e intelectual que era extranjero, reflejo exacto de la foto que ella tenía de Martin Harvey, el ídolo de la matinée, a no ser por el bigote que ella prefería porque no estaba loca por el teatro como Winny Rippingham que quería que las dos vistieran siempre iguales por aquello de una obra de teatro pero no podía distinguir si tenía la nariz aquilina o ligeramente retroussé a causa de la distancia a la que estaba sentado. Iba de luto riguroso, eso se veía, y la historia de amarga pena la llevaba escrita en la cara. Ella hubiera dado este mundo y el otro por saber cuál era. Miraba hacia ella con tal intensidad, con tal serenidad, y la vio darle la patada a la pelota y quizá pudiera ver las hebillas de acero brillante de sus zapatos si los columpiaba de esa manera pensativa con las puntas hacia abajo. Se alegraba de que algo le había dicho que se pusiera las medias transparentes pensando que Reggy Wylie anduviera por allí pero eso estaba ya pasado. Aquí tenía aquello en lo que tantas veces había soñado. Era él el que importaba y había dicha en su mirada porque lo quería porque sentía instintivamente que no era como otro cualquiera. Lo más hondo de su corazón de mujer-niña iba en busca de él, el esposo de sus sueños, porque supo al instante que era él. Si había sufrido, más ofendido que ofensor, o incluso, incluso, si él mismo había sido pecador, un hombre malvado, no importaba. Incluso si era protestante o metodista podría convertirlo fácilmente si verdaderamente la amaba. Había heridas que debían curarse con el bálsamo del corazón. Ella era una mujer muy mujer no como otras chicas casquivanas poco femeninas que él hubiera conocido, esas ciclistas presumiendo de lo que no tienen y ella ansiaba conocerlo todo, perdonarlo todo si pudiera hacer que se enamorara de ella, que olvidara los recuerdos del pasado. Entonces tal vez la abrazaría con ternura, como un verdadero hombre, oprimiendo su cuerpo suave contra él, y la amaría, su niñita, para ella sólo.

Refugio de pecadores. Consuelo de los afligidos. Ora pro *nobis.* Con razón se ha dicho que quienquiera que le rece con fe y constancia nunca se sentirá perdido ni abandonado: y muy oportunamente es también puerto de refugio para los afligidos a causa de los siete dolores que le traspasaron el corazón. Gerty podía imaginarse todo el ambiente en la iglesia, las vidrieras iluminadas, las velas, las flores y los estandartes azules de la cofradía de la Santísima Virgen y el Padre Conroy ayudaba al Canónigo O'Hanlon en el altar, llevando y trayendo cosas con los ojos bajos. Parecía casi un santo y su confesionario estaba tan tranquilo y limpio y oscuro y sus manos eran como de blanca cera y si ella algún día se metía a monja dominica con sus hábitos blancos quizá viniera él al convento para la novena de Santo Domingo. Le dijo aquella vez que ella le habló de aquello en confesión, poniéndose colorada hasta la raíz del pelo por temor a que pudiera verla, que no se preocupara porque eso era sólo la voz de la naturaleza y que todos estábamos sujetos a las leyes de la naturaleza, dijo, en esta vida y que eso no era pecado porque eso provenía de la

naturaleza de la mujer instituida por Dios, dijo, y que Nuestra Señora misma le dijo al arcángel Gabriel hágase en mí según Tu Palabra. Era tan bondadoso y santo y una y otra vez había pensado y pensado que podría hacerle un cubretetera acolchado con un diseño floral bordado para él de regalo o un reloj pero ya tenían un reloj había observado encima de la repisa de la chimenea blanco y oro con un canario que salía de una casita para dar la hora el día que fue allí por lo de las flores para la adoración de las cuarenta horas porque era diñcil saber qué clase de regalo hacerle o quizá un álbum de vistas coloreadas de Dublín o de algún lugar.

Los irritantes mocosflos de los mellizos empezaron a pelear otra vez y Jacky tiró la pelota para el mar y los dos echaron a correr detrás. Pequeños macacos más pesados que el plomo. Tendrían que cogerlos y darles una buena tunda a ver si aprendían a comportarse, el par de ellos. Y Cissy y Edy les gritaban que volvieran porque les daba miedo que pudiera cogerles la marea y se ahogaran.

—¡Jacky! ¡Tommy!

¡Ni caso! ¡Como si no fuera con ellos! De modo que Cissy dijo que era la última vez que los sacaba. Se levantó de un salto y los llamó y echó a correr pendiente abajo por delante de él, echándose el pelo para atrás que tenía un color más que pasable si al menos hubiera sido más abundante pero con todos los potingues esos que siempre se estaba dando no conseguía tenerlo largo porque no era natural de modo que lo más que podía hacer era darlo por perdido. Corría con largas zancadas de ganso un milagro que no se le rasgara la falda por los lados que le quedaba demasiado estrecha porque tenía bastante de marimacho Cissy Caffrey y era muy echada para delante cuando creía que había una buena oportunidad de presumir y precisamente porque era una buena corredora coma de esa manera para que él viera el remate de las enaguas al correr y las pantorrillas delgaduchas tan arriba como fuera posible. Le hubiera estado bien merecido si hubiera tropezado con algo sin querer adrede con tacones altos de carrete torcidos que llevaba para parecer más alta y se hubiera dado un buen batacazo. *Tableau!* Eso sí que habría sido una graciosa expose para que un señor como ése lo observara.

Reina de los ángeles, reina de los patriarcas, reina de los profetas, de todos los santos, rezaban, reina del santísimo rosano y entonces el Padre Conroy le pasó el turíbulo al Canónigo O'Hanlon y éste echó dentro el incienso e incensó al Santísimo y Cissy Caffrey cogió a los dos mellizos y estaba rabiando por darles un tortazo bien sonoro en la oreja pero no se lo dio porque pensó que él podría estar mirando pero no podía estar más equivocada porque Gerty podía ver sin mirar que no le quitaba los ojos de encima a ella y entonces el Canónigo O'Hanlon pasó de nuevo el turíbulo al Padre Conroy y se arrodilló mirando para arriba al Santísimo y el coro empezó a cantar el *Tantum ergo* y ella columpiaba el pie para dentro y para fuera al mismo tiempo que la música subía y bajaba con el *tantumergosa tramen tum.* Tres chelines con once le costaron esas medias en Sparrow de George Street el martes, no el lunes santo y no tenían ni un desperfecto y eso era lo que él estaba mirando, transparentes, y no a las insignificantes de la otra que no tenían ni forma ni contextura (¡qué descaro!) porque tenía ojos para notar la diferencia por sí mismo.

Cissy venía para arriba por la playa con los dos mellizos y la pelota con el sombrero puesto de cualquier manera ladeado después de la carrera y la verdad que parecía una maruja tirando de los dos críos con aquel pingo de blusa que compró hacía sólo dos semanas como un guiñapo y un pico de las enaguas asomando algo cancaturesco. Gerty se quitó un momento el sombrero para arreglarse el pelo y una cabeza más bonita, más primorosa de mechones castañoclaros jamás se había visto sobre hombros de mujer — una pequeña belleza radiante, en verdad, casi enloquecedora en su dulzura. Tendría uno que viajar muchas y largas millas para encontrar una mata de pelo como ésa. Podía casi ver la respuesta rápida instantánea de admiración en los ojos de él que la estremeció en todo su ser. Se puso el sombrero de modo que pudiera ver por debajo del ala y columpió el zapato hebillado más deprisa pues se le cortó la respiración cuando advirtió la expresión de sus ojos. La acechaba como la serpiente acecha a su presa. Su instinto de mujer le decía que le había metido el demonio dentro y al pensarlo un ardor escarlata la recorrió de la garganta a la frente hasta que el delicioso color de su cara se tornó en un rosado glorioso.

Edy Boardman lo estaba notando también porque miraba a hurtadillas a Gerty, medio riendo, con las gafas como de vieja solterona, haciendo como que cuidaba del bebé. Una sabandija insoportable es lo que era y siempre lo sería y por eso nadie se llevaba bien con ella metiendo las narices donde no la llamaban. Y le dijo a Gerty:

—¿A ver si acierto en qué estás pensando?

—¿Qué? replicó Gerty con una sonrisa incrementada con la blancura de los dientes. Me estaba preguntando si sería tarde.

Porque le pedía al cielo que se llevaran a los mellizos mequetrefes y al rorro a casa y dejaran de enredar de modo que por eso había tirado la indirecta de que era tarde. Y cuando Cissy subió Edy le preguntó la hora y Miss Cissy, con toda la labia del mundo, dijo que eran las besa y media, hora de besar de nuevo. Pero Edy la quería saber porque les dijeron que volvieran temprano.

—Espera, dijo Cissy, voy corriendo a preguntarle a tío Perico qué hora es por su pitito.

De modo que allá que se va y cuando él la vio venir ella le vio sacarse la mano del bolsillo, que se ponía nervioso, y que empezaba a jugar con la cadena del reloj, mirando en dirección a la iglesia. Aunque él era de naturaleza apasionada Gerty vio que tenía un enorme control de sí mismo. Un instante antes allí estaba él, fascinado por una belleza que le hacía mirar, y al instante siguiente volvía a ser el señor apacible de rostro serio, el autocontrol reflejado en cada surco de su distinguida figura.

Cissy dijo que la disculpara si le importaría por favor decirle la hora exacta y Gerty vio cómo sacaba el reloj, lo escuchaba y miraba para arriba y se aclaraba la garganta y dijo que lo sentía que se le había parado el reloj pero que pensaba que debían de ser las ocho pasadas porque el sol se había metido. Había en su voz un toque refinado y aunque hablaba con acento cuidado había un asomo de temblor en su tono meloso. Cissy dijo gracias y volvió con la lengua fuera y dijo que el tío decía que no le funcionaba el caño.

Luego cantaron la segunda estrofa del Tantum ergo y el Canónigo O'Hanlon se levantó otra vez e incensó el Santísimo y se arrodilló y le dijo al Padre Conroy que una de las velas estaba a punto de prenderle fuego a las flores y el Padre Conroy se levantó y lo arregló convenientemente y ella veía cómo el señor le daba cuerda al reloj y escuchaba a ver si funcionaba y columpió más la pierna para dentro y para fuera al mismo tiempo. Estaba oscureciendo pero él podía ver y estuvo mirando todo el tiempo que le estuvo dando cuerda al reloj o lo que le estuviera haciendo y luego se lo volvió a guardar y se metió las manos en los bolsillos. Sintió como una sensación que la embargaba por completo y lo sabía por la sensibilidad del cuero cabelludo y esa irritación contra el corsé que eso le iba a venir pronto porque la última vez fue también cuando se cortó el pelo por lo de la luna. Sus ojos oscuros se clavaron en ella de nuevo, absorbiéndole todas sus curvas, literalmente venerándola en un altar. Si alguna vez hubo admiración espontánea en la mirada apasionada de un hombre a la vista estaba en el rostro de aquel hombre. Es por ti, Gertrude MacDowell, y tú lo sabes.

Edy empezó los preparativos para irse y ya iba siendo hora y Gerty se dio cuenta de que la pequeña indirecta que lanzara había producido el efecto deseado porque había un largo camino por la playa hasta donde hubiera sitio para subir el carrito y Cissy les quitó las gorras a los mellizos y les arregló el pelo para llamar la atención desde luego y el Canónigo O'Hanlon se levantó la capa pluvial subiéndosele por el cuello y el Padre Conroy le pasó la cartulina para que la leyera y leyó en alto Panem *de cielo* praestitisti *eis* y Edy y Cissy estaban hablando de la hora todo el tiempo y preguntándole pero Gerty les pagaba con su propia moneda y respondió con mordaz educación cuando Edy le preguntó si le había roto el corazón el que su amigo la hubiera dejado. Gerty sintió un agudo espasmo de dolor. Un breve y frío resplandor salió de sus ojos que hablaba de raudales de desdén inconmensurable. Hacía daño — Oh sí, llegaba muy dentro porque Edy tenia su manera suave de decir las cosas así como que sabía que iba a herir como condenada gata que era. Los labios de Gerty se abrieron rápidamente para pronunciar la palabra pero reprimió el sollozo que le subía de la garganta, tan tersa, tan perfecta, tan bellamente moldeada que se diría que un artista la hubiera soñado. Le había amado más de lo que él imaginaba. Caprichoso embaucador y veleidoso como todos los hombres nunca entendería él lo que había significado para ella y durante un instante sus ojos azules sintieron una súbita punzada de lágrimas. Los ojos de las otras la examinaban sin piedad pero con un esfuerzo valeroso destelló en respuesta amigable según miraba a su nueva conquista para que ellas lo vieran.

—Bueno, respondió Gerty, veloz como el rayo, riendo, y su cabeza orgullosa se proyectó hacia atrás. Puedo tirarle los tejos a quien quiera porque estamos en año bisiesto.

Sus palabras vibraron translúcidas, más musicales que el arrullo de la paloma torcaz, pero cortaron el silencio glacialmente. Había algo en su voz juvenil que decía que ella no era alguien con quien se pudiera jugar a la ligera. En cuanto a Mr. Reggy con sus ostentaciones y su poquito de dinero lo podía mandar a paseo como si fuera basura y nunca

jamás volvería a parar mientes en él y rompería su estúpida tarjeta postal en mil pedazos. Y si alguna vez en el futuro intentara aprovecharse le echaría una mirada de desprecio calculado que lo dejaría tieso. El semblante de la insignificante Miss escuchimizada Edy se alargó una legua y Gerty podía ver por su aspecto furioso que estaba que echaba chispas aunque lo disimulaba, la muy viborilla, porque esa pullaza le había dado de lleno por su pelusa y las dos sabían que ella era algo remoto, aparte, en otra esfera, que no era como ellas ni nunca lo sería y había también otra persona que lo sabía y lo veía de modo que ese sapo tenían que tragárselo.

Edy arregló al bebé Boardman y se dispuso a irse y Cissy recogió la pelota y las palas y cubos que ya iba siendo hora también de irse porque el hombre del saco venía de camino a por el señorito Boardman hijo. Y Cissy le dijo también que el coco ya venía y que el bebé se iba a momí y el bebé estaba además para comérselo, riéndose con sus ojos alegres, y Cissy le hizo así con el dedo como el que no quiere la cosa en la tripilla gordita y el bebé, sin más contemplaciones, disparó una salva de rocío a los presentes y a su babero inmaculado.

—¡Válgame Dios! ¡La que ha organizado! protestó Ciss. El babero ha estropeado.

El pequeño *contretemps* le reclamó la atención pero lo solucionó en menos que canta un gallo.

Gerty ahogó una exclamación contenida y tosió nerviosamente y Edy preguntó qué y estaba a punto de decirle que se fuera a tomar viento fresco pero ella era siempre tan comedida en sus modales que simplemente lo dejó pasar con tacto consumado al decir que eso era la bendición porque justo en ese momento sonaba la campana desde el campanario sobre la playa silenciosa porque el Canónigo O'Hanlon estaba de pie en el altar con el velo que el Padre Conroy le había puesto sobre los hombros dando la bendición con el Santísimo en sus manos.

Qué escena más conmovedora la del crepúsculo avanzando, la última visión de Erín, el conmovedor repique de aquellas campanas del atardecer y al mismo tiempo un murciélago atravesaba volando desde las hiedradas espadañas la oscuridad, por aquí, por allá, con un grito corto perdido. Y podía ver a lo lejos las luces de los faros tan pintorescos que le habría gustado tener una caja de pinturas porque era más fácil que pintar un hombre y muy pronto el farolero haría su ronda por delante de los jardines de la iglesia presbiteriana y a lo largo de la sombreada Tritonville Avenue donde paseaban las parejas y encendería la farola junto a su ventana donde Reggy Wylie daba la vuelta con su bicicleta de piñón libre como había leído ella en aquel libro *Elfarolero* de Miss Cummins, autora de *Mabel Vaughan y* otros cuentos. Porque Gerty tenía sueños que nadie conocía. Le encantaba leer poesía y cuando recibió como recuerdo de Bertha Supple aquel precioso álbum de confidencias con las tapas de rosacoral para escribir sus pensamientos lo guardó en el cajón de su tocador que, aunque no se pasara de lujoso, estaba escrupulosamente ordenado y limpio. Era allí donde guardaba su tesoro escondido de niña, los peines de carey, su insignia de hija de María, el perfume rosablanca, el lápiz-de-alcohol, su pebetero de alabastro y las cintas de cambiar cuando traían sus cosas a casa de lavar y había bellos pensamientos escritos en él con tinta violeta que había comprado en Hely de Dame Street porque sentía que ella también era capaz de escribir poesía si únicamente pudiera expresarse como aquel poema que la atraía tan profundamente que lo había copiado del periódico que se encontró una tarde donde las especias. ¿Sois *rea¡; mi ideal?* se llamaba por Louis J. Walsh, Magherafelt, y más adelante había algo sobre *crepúsculo ¿alguna vez querréis?* y en más de una ocasión la belleza de la poesía, tan triste en su encanto pasajero, le había empañado los ojos de silenciosas lágrimas porque sentía que los años estaban pasando para ella, uno tras otro, y descontando ese único defecto sabía que no tenía que temer competencia alguna y eso fue un accidente al bajar por Dalkey Hill y siempre intentaba ocultarlo. Pero eso iba a terminar, tuvo la corazonada. Si era cierta esa tentación mágica en sus ojos no habría obstáculo que la frenara. Para el amor no existen barreras. Ella aceptaría el sacrificio supremo. Todas sus energías las volcaría en compartir sus pensamientos. Más preciada que el mundo entero sería ella para él y le haría los días dorados de felicidad. Quedaba una interrogante de capital importancia y ella se moría de ganas por saber si era un hombre casado o un viudo que había perdido a su esposa o alguna tragedia como el noble con nombre extranjero de la tierra del canto que tuvo que meterla en un manicomio, cruel sólo por caridad. Pero incluso si — ¿y qué? ¿Sería muy diferente? De todo aquello que pudiera ser en lo más mínimo grosero su naturaleza límpida instintivamente sentía repugnancia. Ella aborrecía esa clase de personas, las mujeres de mala vida haciendo la calle por Dodder que se iban con soldados y hombres bastos sin respeto por la honra de una chica, que degradan a la mujer y se las llevan a la comisaría. No, no: eso no. Serían sólo buenos amigos como el hermano mayor y su hennana sin nada de lo otro a pesar de las convenciones de la alta

sociedad. Quizá fuese por una antigua novia por lo que llevaba luto de los días más allá del recuerdo. Pensaba que comprendía. Intentaría comprenderle porque los hombres son tan distintos. El viejo amor estaba esperando, esperando con sus manitas blancas extendidas, con atractivos ojos azules. ¡Corazón mío! Ella seguiría, sus sueños de amor, los dictados de su corazón que le decían que él era suyo todo por entero, el único hombre en todo el mundo para ella porque el amor es el mejor consejero. Nada más importa. Ocurriera lo que ocurriera quería ser rebelde, independiente, libre.

El Canónigo O'Hanlon puso de nuevo el Santísimo en el tabernáculo e hizo una genuflexión y el coro cantó *Laudate Dominum omnes gentes* y después echó la llave a la puerta del tabernáculo porque había acabado la bendición y el Padre Conroy le pasó el sombrero para que se lo pusiera y la bicha de Edy le preguntó si no se venía pero Jacky Caffrey gritó:

—¡Eh, mira, Cissy!

Y todos miraron era aquello un relámpago pero Tommy lo vio también sobre los árboles junto a la iglesia, azul y luego verde y púrpura.

—Son fuegos artificiales, dijo Cissy Caffrey.

Y todos corrieron por la playa para ver por encima de las casas y la iglesia, atropelladamente, Edy con el carrito con el bebé Boardman dentro y Cissy llevando a Tommy y Jacky de la mano de modo que no se cayeran al correr.

—Vamos, Gerty, llamó Cissy. Son los fuegos artificiales de la feria.

Pero Gerty se mostró inflexible. No estaba dispuesta a estar a sus órdenes. Si ellas corrían como pindongas por rastrojo ella se quedaría sentada de modo que dijo que veía bien desde donde estaba. Los ojos que se clavaban en ella le produjeron escalofríos en las venas. Le miró un instante, sosteniéndole la mirada, y una luz se encendió en ella. Pasión ardiente había en aquel rostro, pasión silenciosa como una sepultura, y la había hecho suya. Por fin los habían dejado solos sin que las otras pudieran entrometerse y hacer comentarios y sabía que podía confiar en él hasta la muerte, inquebrantable, un hombre de verdad, un hombre de estricto honor de pies a cabeza. Las manos y el rostro de él se movían y un estremecimiento recorrió el cuerpo de ella. Se recostó hacia atrás para mirar a lo alto donde estaban los fuegos artificiales y se cogió la rodilla con las manos para no caerse de espaldas al mirar a lo alto y no había nadie que viera sólo él y ella cuando enseñó del todo sus garbosas piernas bellamente contorneadas ya ves, sedosamente suaves y delicadamente redondeadas, y le parecía oír el jadeo de su corazón, su respiración fatigada, porque ella también sabía de la pasión de hombres como aquél, de sangre caliente, porque Bertha Supple le contó una vez en absoluto secreto y le hizo jurar que nunca lo diría acerca de un caballero huésped que se alojaba con ellos perteneciente a la Junta de Comarcas Congestionadas que tenía fotos recortadas de periódicos de esas bailarinas de falda corta y piernas en alto y dijo que solía hacer cosas no muy buenas que ya te podías imaginar algunas veces en la cama. Pero esto era algo totalmente diferente de cosas como ésas porque era muy diferente porque casi sentía cómo le acercaba la cara a la suya y el primer rápido roce ardiente de sus labios generosos. Además estaba la absolución siempre que no se hiciera lo otro antes de casarse y debería haber mujeres sacerdotes que entenderían sin que se lo dijeras y Cissy Caffrey también algunas veces tenía esa cosa soñadora en la mirada soñadora de sus ojos de modo que también ella, querida, y Winny Rippingham tan loca por las fotos de actores y además era a causa de esa otra cosa que venía de camino que lo hacía.

Y Jacky Caffrey gritó mirad, allí iba otro y ella se recostó hacia atrás y las ligas eran azules a juego a causa de lo transparente y todos lo vieron y todos gritaron mirad, mirad, allí va y se recostó para atrás cada vez más para ver los fuegos artificiales y algo raro volaba por el aire, una cosa suave, de un lado a otro, oscura. Y vio una larga carcasa subiendo sobre los árboles, a lo alto, a lo alto, y, en la tensa quietud, todos quedaron sin aliento con la excitación según se elevó más arriba y más arriba y ella tenía que recostarse hacia atrás más y más para mirarlo en lo alto, arriba, arriba, casi no se veía, y su cara estaba inundada de un divino, un arrebatado sonrojo de estirarse hacia atrás y él podía ver sus otras cosas también, bragas de nansú, la tela que acaricia la piel, mejor que esas otras de medio ancho, las verdes, cuatro con once, por ser blancas y ella le dejó y vio que él veía y luego subió tan arriba que se perdió de vista un momento y ella temblaba de arriba a abajo de tanto doblarse para atrás de modo que pudiera ver bien arriba de la rodilla donde nadie jamás ni en el columpio ni cuando se mojaba las piernas en la playa y no se avergonzaba ni él tampoco de mirar de esa manera indecorosa ya ves porque él no podía

resistir la visión de la revelación maravillosa a medias ofrendada como esas bailarinas de falda corta que se conducían tan indecorosamente delante de caballeros que miraban y él seguía mirando, mirando. A ella le hubiera gustado gritarle sofocadamente, tenderle sus finos brazos de nieve que viniera, para sentir posar sus labios en su blanca frente, el grito de amor de una mujer joven, un grito casi estrangulado, que le estalló, ese grito que ha resonado a través de los siglos. Y entonces un cohete subió y explotó pum fogonazo cegador y ¡Oh! luego la carcasa reventó y fue como un suspiro de ¡Oh! y todo el mundo exclamó ¡Oh! ¡Oh! en éxtasis y derramó un chorro de finas hebras de lluvia de oro y se deshicieron y ¡ah! eran estrellas todas de un verdor de rocío que caían junto con doradas ¡Oh tan preciosas, Oh, suaves, dulces, suaves!

Después todo se derritió en rocío de aire gris: todo se quedó silencioso. ¡Ah! Ella le miró al inclinarse para delante brevemente, una mirada rápida patética de queja amarga, de tímido reproche bajo la que él enrojeció como una muchacha. Él estaba apoyado para atrás contra la roca. Leopold Bloom (porque no es otro) permanece en silencio, con la cabeza doblada ante esos jóvenes ojos cándidos. ¡Qué bruto había sido! ¿Otra vez has caído? Un alma limpia, impoluta le había requerido y, desgraciado de él, ¿cómo había respondido a la llamada? ¡Como un auténtico sinvergüenza se había comportado! ¡Precisamente él! Pero había almacenada en aquellos ojos una compasión sin límites, también para él una palabra de perdón aun cuando había faltado y pecado y errado. ¿Debería una chica contarlo? No, y mil veces no. Era su secreto, de ellos sólo, solos en el crepúsculo encubridor y nadie había que lo supiera o lo dijera salvo el pequeño murciélago que volaba tan suave por el atardecer de un lado para otro y los pequeños murciélagos no hablan.

Cissy Caffrey silbó, imitando a los chicos en el campo de fútbol para demostrar todo lo mujer que era: y luego exclamó:

—¡Gerty! ¡Gerty! Nos vamos. Venga. Se puede ver desde un poco más arriba.

A Gerty se le ocurrió una idea, una de esas pequeñas tretas del amor. Dejó deslizar la mano en el bolsillo delantero y sacó la guata y la agitó en respuesta desde luego sin dejarle a él y luego la volvió a deslizar en su sitio. Quizá demasiado lejos para. Se levantó. ¿Era un adiós? No. Tenía que irse pero se verían de nuevo, allí, y ella soñaría con eso hasta entonces, mañana, su sueño de ayer tarde. Se irguió en toda su estatura. Sus almas se encontraron en una última mirada persistente y los ojos que alcanzaron su corazón, cargados de una extraña brillantez, se detuvieron extasiados en su dulce rostro de rosa. Ella le sonrió un poco con tristeza, una dulce sonrisa tierna, una sonrisa que bordeaba las lágrimas, y luego se separaron.

Despacio, sin mirar atrás se fue por la playa rugosa hacia Cissy, hasta Edy, hasta Jacky y Tommy Caffrey, hasta el pequeño bebé Boardman. Ya estaba más oscuro y había piedras y trozos de madera en la playa y algas resbalosas. Andaba con una cierta dignidad reposada muy suya pero con cuidado y muy lentamente porque — porque Gerty MacDowell era ...

¿Le aprietan las botas? No. ¡Es coja! ¡Oh!

Mr. Bloom la observó según se alejaba cojeando. ¡Pobre muchacha! Por eso la dejaron arrinconada y las otras salieron corriendo. Pensé que algo iba mal por su aspecto. Belleza desairada. Un defecto es cien veces más grave en una mujer. Pero las hace más educadas. Me alegro de no haberlo sabido cuando se estaba exhibiendo. Diablillo caliente de todas formas. No me importaría. La curiosidad como una monja o una negra o una chica con gafas. La bizca esa es suave. Le toca la regla, supongo, las pone más juguetonas. Me duele tanto la cabeza hoy. ¿Dónde puse la carta? Sí, está bien. Toda clase de deseos locos. Chupar peniques. La muchacha en el convento Tranquilla la monja me dijo que le gustaba el olor de nafta. Las vírgenes terminan por volverse locas supongo. ¿Hermana? ¿Cuántas mujeres en Dublín la tendrán hoy? Martha, una. Algo en el aire. Es la luna. Pero entonces ¿por qué no todas las mujeres menstrúan al mismo tiempo con la misma luna, quiero decir? Depende de la fecha en que nacieron supongo. O todas empiezan la carrera a la vez y luego pierden el compás. Algunas veces Molly y Milly a la vez. De todos modos yo me he aprovechado. Me alegro una barbaridad de no haberlo hecho en el baño esta mañana con su tonta te castigaré carta. Compensación por lo del tranviario de esta mañana. Ese mentecato de M'Coy parándome para no decir nada. Y de su mujer el contrato por el país la maleta, la voz de zapapico. Agradecido por los pequeños favores. Una ganga además. Encuna de propina. Porque ellas también lo quieren. Aves rapaces por naturaleza. Tropeles de ellas cada tarde salen de las oficinas. Discreción es preferible. No lo quieres te lo tiran a la cara. Cazarlas fresquitas, Oh. Una pena que no se puedan ver a sí mismas. Un sueño de medias bien rellenitas. ¿Dónde fue eso? Ah, sí. Las imágenes en el mutoscopio de Capel Street: hombres sólo. Tom el fisgón. El sombrero de Willy y lo que las chicas hicieron con

él. ¿Fotografiar a esas chicas o es todo una tomadura de pelo? La *fngerie lo* consigue. Buscaban sus curvas dentro del *desbabillé.* Las excita también cuando están. Estoy limpia ven y ensúciame. Y les gusta vestirse unas a otras para el sacrificio. Milly se entusiasmaba con la blusa nueva de Molly. Al principio. Ponérselo todo para quitárselo todo. Molly. Por eso le compré las ligas violeta. Nosotros también: la corbata que él llevaba, los preciosos calcetines y pantalones con vueltas. Llevaba un par de polainas la noche que nos conocimos. Su preciosa camisa resplandecía bajo su ¿qué? de azabache. Dicen que una mujer pierde sus encantos con cada alfiler que se quita. Sujetas con alfileres. Oh, Mari perdió el alfiler de las. Vestidas de punta en blanco para alguno. La moda parte de su encanto. Cambia cuando se le está cogiendo el tranquillo. Excepto el oriente: María, Marta: ahora como entonces. Ninguna oferta razonable rechazada. Tampoco tenía mucha prisa. Siempre detrás de algún fulano cuando están. Nunca olvidan una cita. Por si acaso. Creen en la suerte porque como ellas. Y las otras dispuestas a meterse con ella de vez en cuando. Las amigas en la escuela, enlazándose por el cuello o con los diez dedos enganchados, besuqueándose y susurrándose naderías en el jardín del convento. Monjas de caras encaladas, frías cofias y sus rosarios de un lado a otro, vengativas también por lo que no pueden tener. Alambre de espino. A ver si de verdad me escribes. Y te escribiré. ¿No te olvidarás? Molly y Josie Powell. Hasta que llega don Elegido, luego se ven de higos a brevas. *Tableau!* ¡Oh, mira quién es no lo puedo creer! ¿Qué tal? ¿Qué ha sido de tu vida? Beso y encantada, beso, de verte. Buscando defectos en el aspecto de la otra. Estás espléndida. Almas gemelas. Mostrándose los dientes la una a la otra. ¿Cuántos te quedan a ti? No se prestarían ni un grano de sal.

¡Ah!

Son diablos cuando les va a venir eso. Oscuro aspecto diabólico. Molly me decía con frecuencia que sentía como si las cosas pesaran una tonelada. Ráscame la planta del pie. ¡Ay, así! ¡Ay, qué gusto! Lo siento yo también. DA gusto descansar alguna vez. A saber si es malo ir con ellas entonces. Seguro en cierto sentido. Agria la leche, hace saltar las cuerdas del violín. Algo acerca de que seca las plantas leí del jardín. Más aún dicen que si la flor se seca que llevan es porque es una coqueta. Todas lo son. Yo diría que sintió que yo. Cuando te sientes así con frecuencia encuentras lo que sientes. ¿Le gusté o qué? El traje es lo que miran. Siempre se sabe del tipo que está cortejando: por el cuello y los puños. Bueno los gallos y los leones hacen lo mismo y los ciervos. Pero al mismo tiempo puede que prefieran una corbata desanudada o algo por el estilo. ¿Los pantalones? ¿Supongamos que yo cuando estaba? No. Se logra con delicadeza. Les molesta el alboroto violento. Beso en la oscuridad y nada de contarlo. Vio algo en mí. A saber qué. Antes tenerme a mí como soy que a algún poetastro de pelo engominado y abrillantinado, caracolillo sobre el óptico derecho. Para ayudar en actividades literarias. Debería cuidar el aspecto a mi edad. No dejé que me viera de perfil. Aun así, nunca se sabe. Muchachas bonitas y hombres feos se casan. La bella y la bestia. Además no creo que lo sea si Molly. Se quitó el sombrero para mostrar el pelo. Ancho borde. Comprado para ocultarle la cara, de encontrarse con alguien que podría reconocerla, agacharse o llevar un ramo de flores para oler. Pelo fuerte en el celo. Diez chelines saqué por las peinaduras de Molly cuando estábamos sin blanca en Holles Street. ¿Y por qué no? Supongamos que le diera dinero. ¿Y por qué no? Sólo prejuicios. Ella vale diez, quince, más, una libra. ¿Qué? Creo que sí. Todo eso por nada. Trazo firme: Mrs. Manon. ¿Se me olvidó escribir la dirección en esa carta como en la tarjeta postal que mandé a Flynn? Y el día que fui a Drimmie sin corbata. La discusión con Molly es lo que me sacó de quicio. No, ya me acuerdo. Richie Goulding: ése es otro. Lo tiene metido en el alma. Curioso el reloj se me paró a las cuatro y media. El polvo. Aceite de hígado de tiburón usan para limpiar. Podría hacerlo yo mismo. Se ahorra. ¿Fue entonces cuando él, ella?

Oh, él lo hizo. En ella. Ella lo hizo. Terminado. ¡Ah!

Mr. Bloom con mano cuidadosa se arregló la camisa húmeda. Válgame Dios, esa diablilla coja. Empieza a sentirse frío y humedad. Los resultados nada agradables. Aun así uno tiene que desahogarse de alguna manera. A ellas no les preocupa. Se sienten halagadas quizá. A casa a sus tostaditas con mantequilla y a rezar con las criaturitas antes de dormir. ¿No es así? Verla tal cual lo echaría todo a perder. Es necesario el decorado, los coloretes, el vestuario, el ambiente, la música. También el nombre. Amours de actrices. Nell Gwynn, Mrs. Bracegirdle, Maud Branscombe. Se levanta el telón. Plateada efulgencia de un clarodeluna. Aparece una doncella de pecho meditabundo. Mi cariñito ven a besarme. Aun así, lo siento. La fuerza que le da a un hombre. Ahí está el secreto. Una buena meada la que eché ahí detrás del muro cuando venía de lo de Dignam. Fue la sidra. De no ser así no habría podido. Te entran ganas de cantar después. Lacaus esant taratara. Supongamos que

le hablara. ¿De qué? Mal asunto sin embargo si no sabes cómo terminar la conversación. Pregúntales algo y ellas te preguntan a ti. No está mal si te quedas atascado. Se gana tiempo. Pero entonces pierdes el tren. Estupendo claro está si dices: buenas tardes, y ves que ella está por la labor: buenas tardes. Ay pero el atardecer oscuro en Appian Way que casi le hablé a Mrs. Clinch Ay pensando que era. ¡Ufl La chica de Meath Street aquella noche. La de cochinadas que le hice decir. Todas malas claro está. Mi colo decía. Es tan dificil encontrar una que. ¡Jo! Si no haces caso cuando te abordan tiene que ser horrible para ellas hasta que se endurecen. Y me besó la mano cuando le di los dos chelines de propina. Cotorras. Apriete el botón y el pájaro chillará. Ojalá no me hubiera llamado señor. ¡Oh, su boca en la oscuridad! ¡Y tú un hombre casado con una hija soltera! Eso es lo que les gusta. Quitarle el hombre a otra mujer. O incluso oír hablar de eso. Distinto conmigo. Feliz de librarme de la mujer de otro. Comerse las sobras de otro. El fulano en el Burton hoy escupiendo temilla enciamasticada. Condón aún en el bolsillo. Provoca la mitad de los problemas. Pero podría pasar algún día, no lo creo. Pasa, todo está listo. Soñé. ¿Qué? Lo peor es el principio. Cómo cambian de táctica cuando no es lo que les gusta. Te preguntan si te gustan los champiñones porque ella una vez conoció a un caballero que. O te preguntan lo que alguien iba a decir cuando cambió de opinión y se calló. Sin embargo si pusiera toda la carne en el asador, dijera: Quiero que, algo así. Porque quería. Ella también. La ofendes. Luego lo compensas. Simulas que quieres algo con todas tus fuerzas, luego te retiras por ella. Les halaga. Ha debido de estar pensando en otro todo el tiempo. ¿Qué daño hace? Desde que tuvo uso de razón, él, él y él. ¡Mua, y ya está! El momento propicio. Algo dentro de ellas les estalla. Un algo blanducho, se les ve en los ojos, a hurtadillas. Los primeros impulsos son los mejores. Lo recuerdan hasta el día de su muerte. Molly, el teniente Mulvey que la besó bajo las murallas moras junto a los jardines. Quince me dijo ella. Pero los pechos se le habían de;o sarrollado. Se adormeció entonces. Después de la cena en Glencree fue cuando nos dirigíamos a casa. La Montaña Plumón. Rechinaba los dientes en sueño. El alcalde no le quitaba los ojos de encima tampoco. Val Dillon. Apoplético.

Ahí va con ellos a ver los fuegos artificiales. Mis fuegos artificiales. Arriba como un cohete, abajo como un palo. Y los niños, mellizos tienen que ser, esperando que algo ocurra. Quieren ser mayores. Vistiéndose con las ropas de mamá. Hay tiempo de sobra, para entender los vericuetos del mundo. Y la morena de las greñas y los labios de perrengue. Me imaginaba que sabía silbar. Boca hecha para eso. Como Molly. Por eso aquella puta de clase en Jammet llevaba el velo sólo hasta la nariz. ¿Le importaría, por favor, decirme la hora exacta? La hora te la voy a decir en un callejón oscuro. Di drupas y prismas cuarenta veces por las mañanas, cura los labios gordos. Acariciaba al chiquitín también. Los espectadores son los que mejor siguen el juego. Claro que saben de pájaros, de animales, de bebés. Está en su línea.

No miró para atrás cuando se fue por la playa. No iba a dar ese gusto. Aquellas chicas, aquellas chicas, aquellas encantadoras chicas de la playa. Ojos bonitos tenía, claros. Es el blanco de los ojos lo que lo hace resaltar no tanto la pupila. ¿Sabía ella lo que yo? Claro. Como un gato sentado más allá del alcance del perro. Las mujeres nunca dan con uno como aquel Wilkins en el instituto de bachillerato que dibujaba una figura de Venus mientras enseñaba todos sus atributos. ¿Llamar a eso inocencia? ¡Pobre idiota! Su mujer tiene ya un buen trecho recorrido. Nunca las verás que se sienten en un banco con el letrero de *Ojo, pinta.* Tienen ojos por toda la cara. Miran debajo de la cama buscando lo que no hay. Suspirando por que les den un susto de muerte. Agudas como navajas son. Cuando le dije a Molly que el hombre en la esquina de Cuffe Street era bien parecido, me pareció podía gustarle, en seguida saltó que tenía un brazo postizo. Y lo tenía, además. ¿De dónde lo sacan? Aquella mecanógrafa subiendo las escaleras del despacho de Roger Greene de dos en dos para enseñar el patamen. Transmitido de padre a, de madre a hija, quiero decir. Lo llevan en la sangre. Milly por ejemplo secando su pañuelo en el espejo para ahorrarse la plancha. El mejor sitio para un anuncio para llamar la atención de una mujer en el espejo. Y una vez que la mandé a por el chal Paisley de Molly a la tintorería Prescott, por cierto ese anuncio tengo que, ¡volvió a casa con el cambio en el calcetín! Bicho espabilado. No se lo dije nunca. Curiosa la manera en que lleva los paquetes también. Atrae a los hombres, una cosilla como ésa. Levantando la mano, la sacudía, para que el flujo de sangre bajara cuando estaba roja. ¿De quién lo aprendiste? De nadie. Algo que la niñera me enseñó. ¡Ay, qué no saben! Tres años tenía y ya estaba delante del tocador de Molly, justo antes de que nos mudáramos de Lombard Street West. *Nena tene cala bonita.* Mullingar. ¿Quién sabe? Los vericuetos del mundo. Joven estudiante. De remos firmes al menos no como la otra. Aun así estaba para dar guerra. Señor, qué mojado estoy. Diablo que eres. La curva de su pantorrilla. Medias transparentes, estiradas a punto de

reventar. No como el adefesio de esta mañana. A. E. Medias arrugadas. O la de Grafton Street. Blancas. ¡Uy! Elegantes patigordas.

Un cohete con forma de palmera explotó, chisporroteando en alocados latigazos. Zracs y zracs, zracs, zracs. Y Cissy y Tommy y Jacky corrían a ver y Edy detrás con el carrito y luego Gerty más allá a la vuelta de las rocas. ¿Lo hará? ¡Observa! ¡Observa! ¡Fíjate! Miró atrás. Picó. Querida, vi, tus. Lo vi todo.

¡Señor!

Me vino bien en cualquier caso. Pachucho después de lo de Kieman, de lo de Dignam. Por el alivio gracias mil. En *Hamlet,* está eso. ¡Señor! Fue una combinación de varias cosas. Excitación. Cuando se recostó para atrás, sentí un dolor en la punta de la lengua. La cabeza sencillamente se te arremolina. Él tiene razón. Podía haber metido aún más la pata sin embargo. En lugar de hablar de nada. Luego te lo contaré todo. Aun así fue una especie de diálogo entre los dos. ¿No podía ser? No, Gerty la llamaban. Podría ser un nombre falso sin embargo como mi nombre y la dirección de Dolphn's Bam una tapadera.

Su nombre de soltera era jemina Brown
Y vivía con su madre en Irishtown.

El lugar me hizo pensar en eso supongo. Todas cortadas D por el mismo patrón. Limpiándose las plumas en las medias. Pero la pelota rodó hasta ella como si entendiera. Cada bala lleva su nombre escrito. Claro que yo nunca supe tirar nada derecho en la escuela. Retorcido como cuerno de camero. Triste no obstante porque dura sólo unos años hasta que sientan la cabeza y se dedican a poner el puchero y los pantalones de papá que pronto le vendrán bien a Willy y polvos de talco para el bebé cuando lo sacan a que haga ah ah. No es fácil. Las salva. Las mantiene alejadas del camino del mal. La naturaleza. Lavar al niño, lavar el cadáver. Dignam. Las manos de los niños siempre alrededor de ellas. Cráneos de cocos, monos, ni siquiera cerrados al comienzo, leche agria en las mantillas y calostros pasados. No deberían haberle dado a ese niño una tetilla vacía para chupar. Se llena de aire. Mrs. Beaufoy, Purefoy. Tengo que pasarme por el hospital. A saber si la enfermera Callan está aún allí. Solía echar una ojeada alguna noche cuando Molly estaba en el Coffee Palace. Aquel joven doctor O'Hare vi que ella le cepillaba la americana. Y Mrs. Breen y Mrs. Dignam en otros tiempos así también, casaderas. Lo peor de todo las noches Mrs. Duggan me dijo en el City Arms. El marido que llega tambaleándose con la borrachera, apestando a taberna como un turón. Tener que soportar eso en tu propia nariz en la oscuridad, bocanadas de bebida agriada. Después pregunta por la mañana: ¿estaba borracho anoche? Mala cosa sin embargo faltarle al marido. Es como escupir al cielo. Se pegan el uno al otro como con cola. Puede que también sea culpa de las mujeres. Ahí es donde Molly está por encima de ellas. Es la sangre del sur. Mora. También la forma, la figura. Manos buscaban sus opulentas. Compara sencillamente por ejemplo con esas otras. Mujer encerrada en casa, vergüenza de la familia. Permítame que le presente a mi. Luego te sacan algo indescriptible, que no sabrían cómo llamarla. Siempre se ven los puntos débiles de un hombre en su mujer. Aun así es el destino, enamorarse. Tienen sus secretos entre ellos. Fulanos que se hundirían si no fuera porque alguna mujer los toma en sus manos. Luego chicas aniñadas, que no miden medio metro, con sus manditos. Dios los hizo y ellos se juntan. Algunas veces los niños salen bastante bien. Cero más cero igual a uno. O el tipo viejo y rico de setenta y novia vergonzosa. Casarse en mayo y arrepentirse en diciembre. Esta humedad resulta desagradable. Pegajosa. Bueno el prepucio no se ha puesto en su sitio. Mejor subir.

¡Ay!

Y al contrario un tío de dos metros con una mujercita que le llega a la cintura. El punto y la i. Grande él pequeña ella. Muy extraño lo de mi reloj. Los relojes de pulsera no funcionan nunca. A saber si hay alguna influencia magnética entre la persona porque ésa era la hora que él. Sí, supongo, al punto. El gato fuera, los ratones se divierten. Recuerdo haber pasado por Pill Lane. También eso bien mirado es magnetismo. Detrás de todo está el magnetismo. La tierra por ejemplo atrayendo esto y siendo atraída. Eso origina el movimiento. Y la hora, bueno es el tiempo que el movimiento emplea. Entonces si algo se para todo el castillo se viene abajo piedra a piedra. Porque todo está ordenado. La aguja magnética nos dice lo que está pasando en el sol, en las estrellas. Piececitas de acero. Cuando alargas la horquilla. Venga. Venga. Tic. La mujer y el hombre eso es. La horquilla y el acero. Molly, él. Vestirse elegante y mirar e insinuar y te deja ver y ver más y te desafia a ver si eres hombre para ver eso y, como si fuera a estornudar, las piernas, mira, mira y si tienes lo que hay que tener. Tic. Hay que empezar a dar leña.

A saber qué siente ella en esa parte. Una pena que todas finjan delante de terceros. Se

molestan más por un agujero en la media. Molly, con cara de a palmo, la cabeza echada para atrás, por el granjero con botas de montar y espuelas en el concurso hípico. Y cuando los pintores estaban en Lombard Street West. Bonita voz tenía aquel tipo. Así empezó Giuglini. Oler lo que hice. A flores. Era así. Violetas. Procedía de la trementina probablemente en la pintura. Se sirven de todo. Al mismo tiempo que lo estaba haciendo restregaba la zapatilla por el suelo para que no oyeran. Pero muchas no consiguen correrse, creo. Mantener la cosa tiesa durante horas. Algo así como algo general por todo el cuerpo y media espalda.

Espera. Ummm. Ummm. Sí. Es su perfume. Por eso dijo adiós con la mano. Te dejo esto para que pienses en mi cuando esté lejos en la almohada. ¿Qué es? ¿Heliotropo? No. ¿Jacinto? Ummm. Rosas, creo. Tenía que gustarle un perfume de esa clase. Dulzón y vulgar: en seguida rancio. Por eso a Molly le gusta el opopónaco. Le sienta bien, con un poco de jazmín mezclado. Sus notas altas y sus notas bajas. La noche del baile que lo conoció, el baile de las horas. El calor lo resaltaba. Ella llevaba su traje negro que tenía el perfume de la vez anterior. Buen conductor ¿no es así? ¿O es malo? La luz también. Supongamos que hay alguna conexión. Por ejemplo si vas a un sótano donde está oscuro. Algo misterioso también. ¿Por qué lo he olido precisamente ahora? Tardó lo suyo en llegar como ella, despacio pero seguro. Supongamos que es por todos esos millones de partículas arrastradas por el aire. Sí es eso. Porque esas islas de las especias, los cingaleses de esta mañana, se huelen a leguas. Te diré lo que es. Es como un sutil fino velo o membrana que tienen por toda la piel, sutil como cómo se dice eso la gasa, y la van dando de sí, sutil como lo que más, como los colores del arco iris sin saberlo. Se agarra a todo lo que se quita. La empella de la media. Zapato caliente. Corsé. Bragas: una patadita, al quitárselas. Adiós y hasta la próxima vez. También a la gata le gusta olfatear la camisa en la cama. Distingo su olor entre miles. El agua del baño también. Me recuerda las fresas con nata. A saber dónde se encuentra realmente. Ahí o en los sobacos o bajo el cuello. Porque te llega de todos los agujeros y rincones. El perfume de jacinto se hace de aceite de éter o algo así. El almizclero. Bolsa debajo del rabo. Un grano da olor para años. Los perros los unos a los otros detrás. Buenas noches. Buenas. ¿Cómo te va el olfateo? Ummm. Ummm. Muy bien, gracias. Los animales se orientan por eso. Sí bueno, visto de esa manera. Nosotros somos lo mismo. Algunas mujeres, por ejemplo, te echan para atrás cuando tienen el periodo. Arrímate. Y te sueltan un tufo que te tira de espaldas. ¿Como qué? Arenques en lata echados a perder o. ¡Uf! Cuidado.

Quizá ellas huelen a hombre en nosotros. ¿Y qué? Los guantes vegueros que Long John tenía en el escritorio el otro día. ¿El aliento? Lo que comes y bebes lo produce. No. Olordehombre, quiero decir. Tiene que estar relacionado con eso porque los curas que se suponen que lo son son diferentes. Las mujeres mosconean a su alrededor como las moscas alrededor de la meladura. A este lado de la barandilla del altar se empeñan en saltarla a toda costa. El árbol del sacerdote prohibido. Oh, padre ¿querría? Déjeme ser la primera que. Eso se difunde por todo el cuerpo, se impregna. Germen de vida. Y es extremadamente cunoso el olor. Salsa de apio. Permítame.

Mr. Bloom introdujo la nariz. Ummm. En la. Ummm. La abertura del chaleco. Almendras o. No. A limones es. Ah no, es el jabón.

A propósito la loción. Sabía que tenía algo en la cabeza. No he vuelto y no pagué el jabón. Me desagrada andar llevando botellas como la tarasca de esta mañana. Hynes ya me podía haber pagado los tres chelines. Podría mencionar la taberna Meagher sólo como recordatorio. Aun así si hace el texto. Dos chelines con nueve. Mala opinión de mí tendrá. Iré mañana. ¿Cuánto le debo? ¿Tres chelines con nueve? Dos con nueve, señor. Ah. Podría hacer que no fiara en el futuro. Se pierde clientela de ese modo. En los bares sucede. Algunos engordan la cuenta en la pizarra y luego se escabullen por los callejones y se van a otro sitio.

Ahí va el noble que pasó antes. Como suspiro que el viento se lleva. Llegar justo para volverse. Siempre en casa a la hora de comer. Parece reventado: se dio una buena tripada. Disfrutando de la naturaleza ahora. La bendición después de las comidas. Después de la cena andar una milla. Seguro que tiene su pequeña cuenta en el banco en alguna parte, un carguito con el gobierno. Anda detrás de él y haz que se sienta violento como los gaceteros hicieron conmigo hoy. Aun así se aprende algo. Vemos como otros nos ven. Con tal de que las mujeres no nos tomen el pelo ¿qué importa? Ésa es la manera de saberlo. Pregúntate quién es él ahora mismo. El hombre misterioso de la playa, cuento premiado titbit por Don Leopold Bloom. A razón de una guinea la columna. Y ese tipo hoy junto a la sepultura con la gabardina marrón. Kismet encallecido sin embargo. Lo sano quizá lo absorbe todo. Canción desafinada atrae lluvia dicen. Debe de haber algo en alguna parte. La sal en el

Ormond húmeda. El cuerpo siente el ambiente. Las articulaciones de la vieja Betty la llevan de cabeza. La profecía de la tía Shipton sobre barcos que vuelan en un abrir de ojos. No. Señal de lluvia es. Los tomos del Royal Reader. Y las colinas distantes parecen aproximarse.

Howth. El faro de Bailey. Dos, cuatro, seis, ocho, nueve. Mira. Tiene que cambiar si no pensarían que es una casa. Raqueros. Grace Darling. La gente teme la oscuridad. También las luciérnagas, los ciclistas: hora de encender las luces. Los diamantes transmiten mejor la luz. Las mujeres. La luz es una especie de tranquilizante. No te va a hacer daño. Mejor ahora claro está que no hace tiempo. Caminos vecinales. Te abren en canal por nada. Aun así digamos que te topas de sopetón con dos tipos. Les plantas cara o sonríes. ¡Perdón! No hay de qué. La mejor hora para regar las plantas también a la sombra después del sol. Algo de luz aún. Los rayos rojos son los más largos. Roygbiv Vance nos lo enseñó: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo, violeta. Veo una estrella. ¿Venus? No sabría decir aún. Dos. Cuando hay tres es de noche. ¿Estaban esas nubes nocturnas ahí todo este tiempo? Parece un barco fantasma. No. Espera. ¿Son árboles? Una ilusión óptica. Espejismo. Tierra del sol poniente ésta. Sol de autonomía poniéndose por el sudeste. Tierra que me vio nacer, buenas noches.

Cae el rocío. Malo para ti, querida, sentarte en esa piedra. Produce flujo blanco. Nunca tendrás un bebecito entonces a menos que sea forzudo para abrirse camino para fuera. Podría coger almorranas yo también. Duran además como un resfriado de verano, calentura en la boca. Corte con hierba o papel el peor. Fricción de la posición. Me gustaría ser esa roca en la que se sentó. Oh pequeña mía, no sabes qué linda estabas. Me empiezan a gustar de esa edad. Manzanas verdes. Arramblar con todo lo que se ofrezca. Supongamos que es la única vez que cruzamos las piernas, sentados. También la biblioteca hoy: esas chicas licenciadas. Dichosas sillas debajo de ellas. Pero es la influencia del atardecer. Ellas sienten todo eso. Abiertas como flores, conocen las horas, girasoles, mirasoles, en los salones de baile, lucernas, avenidas bajo las farolas. Alhelíes de la noche en el jardín de Mat Dillon donde la besé en los hombros. Me gustaría tener un retrato al óleo de cuerpo entero de ella de aquel entonces. Junio era también cuando la cortejé. Vuelven los años. La historia se repite. Con vosotros riscos y peñascos de nuevo estoy. La vida, el amor, viaje por tu pequeño mundo. ¿Y ahora? Triste lo de su cojera desde luego pero hay que estar sobre aviso de no sentir demasiada lástima. Se aprovechan.

Todo tranquilo en Howth ahora. Las distantes colinas parecen. Donde nosotros. Los rododendros. Soy un tonto quizá. Él se lleva el zumo, y yo la cáscara. Aquí es donde yo llego. Todo lo que esa vieja colina ha visto. Los nombres cambian: eso es todo. Amantes: Mmn Mmn.

Cansado me siento ahora. ¿Me levanto? Ay espera. Me ha escurrido toda la energía, la pillastra. Me besó. Nunca más. Mi juventud. Sólo una vez llega. O la suya. Coge el tren ahí mañana. No. Volver no es lo mismo. Como críos en tu segunda visita a una casa. Lo nuevo quiero. Nada hay nuevo bajo el sol. Lista de Correos Dolphn's Bam. ¿No eres feliz en tu? Cariño travieso. En Dolphin's Bam las charadas en casa de Luke Doyle. Mat Dillon y su bandada de hijas: Tiny, Atty, Floey, Maimy, Louy, Hetty. Molly también. En el ochentaisiete fue. El año antes que nosotros. Y el viejo comandante, que le tira su poquito de alcohol. Curioso ella hija única, yo hijo único. De modo que retoma. Crees que te escapas y te encuentras contigo mismo. El camino más largo es el camino más corto a casa. Y justo cuando él y ella. Caballo de circo en círculos por la pista. A Rip van Winkle jugamos. Rip: ripio no pierde Henny Doyle con abrigo roto. Van: vadeando el carro del pan. Winkle: esparavel para berberechos y bígaros. Luego yo hacía de Rip van Winkle que volvía. Ella se apoyaba en el aparador y miraba. Ojos de mora. Veinte años dormido en la Vaguada Durmiente. Todo cambiado. Olvidado. Los jóvenes ahora viejos. Su escopeta herrumbrosa del rocío.

Ba. ¿Qué es eso que revolotea? ¿Golondrina? Murciélago probablemente. Cree que soy un árbol, de tan ciego. ¿No huelen los pájaros? Metempsicosis. Piensan que te podías convertir en árbol del sufrimiento. Sauce llorón. Ba. Ahí va. Qué sinvergüenza. A saber dónde vivirá. El campanario ahí arriba. Seguramente. Colgado de los pies en olor de santidad. La campana le espantó, supongo. La misa parece haber acabado. Podía oírles a todos allí dentro. Ruega por nosotros. Y ruega por nosotros. Y ruega por nosotros. Buena idea la repetición. Lo mismo con los anuncios. Cómprenos. Y cómprenos. Sí, hay luz en la casa del cura. Su comida frugal. Recuerda el error en la tasación cuando trabajabas para Thom. Es veintiocho. Dos casas tienen. El hermano de Gabriel Conroy es el coadjutor. Ba. Otra vez. A saber por qué salen de noche como los ratones. Son una raza mezclada. Los

pájaros son como ratones saltarines. ¿Qué les asusta, la luz o el ruido? Mejor quédate sentado y no te muevas. Todo instinto como el pájaro con sed que se hizo del agua del fondo de una jarra echando guijarros. Como un hombrecillo con capa es con manos pequeñitas. Huesos menuditos. Casi se les ve brillar, una especie de blanco azulado. Los colores dependen de la luz que uno ve. Mirar al sol por ejemplo como el águila luego miras al zapato y ves un manchón de mancha amarillenta. Quiere estampar su marca en todas las cosas. Ejemplo, el gato esta mañana en las escaleras. Color de césped amarronado. Dicen que nunca los ves de tres colores. No es verdad. Aquella gata medio blanquiatigrada carey en el City Arms con la letra eme en la frente. El cuerpo cincuenta colores distintos. Howth hace un rato amatista. Cristal destellante. Así es cómo ese sabio como se llame quemó con cristales. Luego el brezo se quema. No pueden ser las cerillas de los turistas. ¿Qué? Quizá los palos secos se frotan en el viento y se encienden. O botellas rotas entre las aliagas actúan como un cristal que quema con el sol. Arquímedes. ¡Lo tengo! No tengo la memoria tan mal.

Ba. Quién sabe para qué están siempre volando. ¿Insectos? La abeja la semana pasada se metió en la habitación jugando con su sombra en el techo. A lo mejor fue la que me picó, que vuelve para verme. Los pájaros también. Nunca se sabe. Ni lo que dicen. Como nuestra charla intrascendente. Y dice ella y dice él. Agallas tienen que tener para cruzar el océano volando y volver. Montones han de morir en las tormentas y en los cables de telégrafo. Vida terrible la de los marineros también. Monstruos imponentes esos vapores transatlánticos trajinando en la oscuridad, mugiendo como manatíes. *Faugh a ballagh!* ¡Fuera de ahí, maldita sea! Otros en embarcaciones de velas como pañuelos, baqueando de un lado a otro como rapé en velatorio cuando soplan vientos de tormenta. Casados también. A veces alejados durante años en algún sitio de los extremos de la tierra. No tiene extremos en realidad porque es redonda. Una mujer en cada puerto dicen. Buen trabajo tiene ella si se lo toma a pecho hasta que Johnny regrese a casa otra vez. Si es que vuelve. Husmeando por los rincones de los puertos. ¿Cómo les puede gustar el mar? Sin embargo les gusta. Las anclas levadas. Allá que larga velas con un escapulario o una medalla puesta para darle suerte. Bueno. Y las filacterias no cómo es como lo llaman que el padre del pobre papá tenía en su puerta para tocarlo. Eso nos sacó de la tierra de Egipto y nos llevó a la casa de servidumbre. Algo en todas esas supersticiones porque cuando sales nunca sabes qué peligros. Agarrado a un tablón o a horcajadas sobre un madero para escapar con vida, el salvavidas puesto, tragando agua salada, y ahí acaba el finado hasta que los tiburones le echan mano. ¿Se marean alguna vez los peces?

Luego llega una hermosa calma sin una nube, mar apacible, plácido, la tripulación y el cargo hechos añicos, el fondo del mar, la luna asomándose tan placentera. No tengo la culpa, compadre.

Una última carcasa solitaria serpenteó por el cielo desde la feria del Mirus para recoger fondos para el hospital Mercer y estalló, deshaciéndose, y derramó un racimo de estrellas violetas menos una blanca. Flotaron, cayeron: se desvanecieron. La hora del pastor: la hora del aprisco: la hora del encuentro. De casa en casa, dando su siemprebienvenida doble llamada, iba el cartero de las nueve, su lámpara de luciérnaga en el cinto reluciendo de aquí para allá por hileras de laureles. Y entre los cinco árboles jóvenes un botafuego izado encendía la farola en Leahy's Terrace. Por cortinas de ventanas iluminadas, por jardines iguales una voz aguda iba gritando, clamando: *¡Evening Telegraph, última tirada! ¡Resultados de las carreras de la Copa de Oro! y* por la puerta de la casa de Dignam un niño salía corriendo y llamaba. Agitándose el murciélago volaba para acá, volaba para allá. A lo lejos sobre las arenas, subían las rompientes arrastrándose, grises. Howth entraba en sopor, fatigado de los días largos, de los mmnmmn rododendros (era viejo) y sentía complacido la brisa de la noche alzarse, rizar la piel de helechos. Estaba tendido pero abrió un ojo rojo, profunda y lentamente respirando, en sopor pero despierto. Y lejos en los bajíos de Kish el barco-faro anclado cintilaba, guiñaba a Mr. Bloom.

La vida que esos tipos de ahí tienen que llevar, clavados en el mismo sitio. La comisión de Faros Irlandeses. La penitencia por sus pecados. Los guardacostas también. Cohetes y guindola y bote salvavidas. El día que nos fuimos en crucero de placer en el *Erin's King, y* les arrojamos un saco de periodicos viejos. Osos en el zoo. Un viaje de perros. Borrachos en cubierta echando los hígados. Vomitando por la borda para alimentar arenques. Náusea. Y todas las mujeres, el miedo metido en los huesos. Milly, ni señal de canguelo. Su pañuelo azul suelto, riendo. No se sabe lo que es la muerte a esa edad. Y además los estómagos limpios. Pero tienen miedo a perderse. Cuando nos escondimos detrás del árbol en Crumlin. Yo no quería. ¡Mamá! ¡Mamá! Bebés en el bosque. Asustándolos con máscaras además. Tirándolos al aire y luego cogerlos. Te mato. No tiene gracia en absoluto. O

cuando los niños juegan a la guerra. Se lo toman en serio. Cómo puede la gente apuntar con un arma a otros. Alguna vez se disparan. ¡Pobres críos! Las únicas preocupaciones son ensipela y urticaria. Purgante de calomel le di para eso. Después al mejorarse dormida con Molly. Sus mismos dientes. ¿Qué es lo que desean? to otra ella? Pero aquella mañana que la perse

1 guía con el paraguas. Quizá de ese modo para no lastimarla. Le tomé el pulso. Hacía tictac. Qué manita más pequeña: ahora grande. Queridísimo papi. Todo lo que una mano dice cuando la tocas. Le gustaba contar los botones de mi chaleco. Su primer corsé recuerdo. Tenía que reírme al verlo. Las tetitas al principio. La izquierda más sensible, creo. La mía también. ¿Más cerca del corazón? Se ponen relleno si está de moda grandes. Los dolores del crecimiento por las noches, llamaba, me despertaba. Estaba asustada cuando le vino la primera vez. ¡Pobre niña! Momento extraño para la madre también. Le recuerda su pubertad. Gibraltar. Mirando desde Buena Vista. La torre de O'Hara. Las aves marinas graznando. El mono de la vieja Berbería que se tragó a su familia entera. Puesta de sol, cañonazo para que los hombres crucen las líneas. Mirando a lo lejos el mar ella me dijo. Atardecer como éste, pero claro, sin nubes. Siempre pensé que me casaría con un lord o un señor rico con su propio yate. *Buenas noches, señorita. El hombre ama la muchacha hermosa.* ¿Por qué yo? Porque tú eras tan distinto a los otros.

Mejor no quedarme aquí pegado toda la noche como una lapa. Este tiempo te adormila. Deben de ser cerca de las nueve por la luz. Volver a casa. Demasiado tarde para *Leab. Lily ofKiflarney.* No. Podría aún estar levantada. Pasar por el hospital para ver. Espero que ya haya dado a luz. Largo día el que he tenido. Martha, el baño, el entierro, casa de Yaves, el museo con esas diosas, canción de Dedalus. Luego aquel bocazas en Barney Kieman. Bien que me las cobré. Borrachos energúmenos lo que le dije sobre su Dios le hizo pupa. Error devolver el golpe. ¿O? No. Deberían irse a casa y reírse de ellos mismos. Siempre quieren mamarse con otros. Recelosos de estar solos como niño de dos años. Supongamos que me pegara. Verlo de otra manera. No estaría tan mal entonces. A lo mejor no quiso ofender. Tres hurras por Israel. Tres hurras por la cuñada de la que largaba lo suyo por ahí, tres colmillos en la boca. El mismo estilo de belleza. Un grupito perfecto para tomar una taza de té. La hermana de la mujer del salvaje de Bomeo ya está en la ciudad. Imagínate eso por la mañana temprano y a corta distancia. De gustos no hay nada escrito dijo Morris cuando besó a la vaca. Pero lo de Dignam ha sido la guinda. Casas de luto tan deprimentes porque nunca se sabe. De todos modos ella necesita el dinero. Tengo que pasar a ver a esos de la Scottish Widows como prometí. Extraño nombre. Se da por supuesto que nosotros la espichamos primero. Aquella viuda el lunes fue que a la puerta de Cramer me miró. Maridito enterrado pero prosperando con la póliza. Su óbolo de viuda. ¿Bien? ¿Y qué quieres que haga? Tiene que abrirse camino. Los viudos me fastidian. Se les ve tan desolados. La mujer del pobre O'Connor y los cinco hijos envenenados con mejillones. Las aguas fecales. Desesperado. Alguna buena mujer madura de sombrero arrufaldado que lo mime. Que tire de él, cara de plato y delantal largo. Pololos de franela para señora, tres chelines el par, rebajas extraordinarias. Llana y amada, amada para siempre, dicen. Fea: ninguna mujer cree que lo es. Ama, échate y pásatelo bien que mañana moriremos. Verle algunas veces andando por ahí intentando descubrir quién se la jugó. Q.T.C.: colgado. Es el destino. Él, no yo. También una tienda a menudo observada. La maldición parece amenazarlo. ¿Soñé anoche? Espera. Algo confuso. Ella llevaba las zapatillas rojas. Turcas. Llevaba los pantalones. ¿Supongamos que sí? ¿Me gustaría ella en pijama? Muy dificil la respuesta. Se ha ido Nannetti. El barco-correo. Por Holyhead ahora. Tengo que amarrar ese anuncio de Yaves. Trajinarme a Hynes y a Crawford. Enaguas para Molly. Tiene de sobra para llenarlas. ¿Qué es eso? Podría ser dinero.

Mr. Bloom se agachó y le dio la vuelta a un trozo de papel sobre la playa. Se lo acercó a los ojos y lo examinó. ¿Carta? No. No se lee. Mejor irse. Mejor. Estoy cansado para moverme. Hoja de un viejo cuaderno. Todos esos hoyos y guijarros. ¿Quién los podría contar? Nunca se sabe lo que te puedes encontrar. Botella con la historia de un tesoro dentro, despojos de un naufragio. Paquetes postales. A los niños siempre les gusta echar cosas al mar. ¿Confianza? Pan que se echa al agua. ¿Qué es esto? Un palo pequeño.

¡Oh! Exhausto esa mujer me ha dejado. No tan joven ya. ¿Vendrá por aquí mañana? Esperarla en algún lugar por siempre. Tengo que volver. Los asesinos vuelven. ¿Volveré yo?

Mr. Bloom con su palo suavemente removió la espesa arena a sus pies. Escribe un mensaje para ella. A lo mejor aguanta. ¿Qué?

YO.

La planta de algún caminante lo pisará por la mañana. Inútil. Borrado. La marea llega

hasta aquí. Vi un charco junto al pie de ella. Inclinarse, ver mi cara ahí, espejo oscuro, respirar sobre la superficie, se estremece. Todas estas rocas con arrugas y cicatrices y letras, ¡Oh, transparentes! Además no saben. Qué quiere decir de verdad ese otro mudo. Te llamé diablillo porque no me gusta.

SOY. UN.

No queda sitio. Dejémoslo.

Mr. Bloom borró las letras con la bota lenta. Imposible en la arena. Nada crece. Todo se desvanece. No hay peligro de que los grandes barcos lleguen hasta aquí. Excepto las gabarras de Guinness. La vuelta a Kish en ochenta días. Hecho a propósito.

Arrojó lejos su pluma de madera. El palo cayó en arena encenagada, hincado. Si intentaras hacerlo una semana entera no acertarías. Suerte. No nos volveremos a ver. Pero estuvo bien. Adiós, querida. Gracias. Me hiciste sentir tan joven.

Echar una cabezadita ahora si pudiera. Deben de ser cerca de las nueve. El barco de Liverpool pasó hace tiempo. Ni siquiera el humo. Y puede hacer lo otro. Lo hizo además. Y Belfast. No iré. Carrera para allá, carrera de vuelta a Ennis. Dejémoslo. Cierra los ojos sólo un instante. No me voy a dormir, sin embargo. Medio sueño. Nunca vuelve a ser lo mismo. El murciélago otra vez. Él no es malo. Sólo algunos.

Oh mi pequeña toda tu doncellablancura destapada vi hasta lo alto de tu sucio ortesiscorsé me hicieron amor pegajoso nosotros dos cariño Grace traviesa ella a él las y media la cama meten si acaso puntillas para Raoul de perfume tu mujer pelo negro estremecimiento bajo redondón señorita ojos jóvenes Mulvey orondas tetas a mí carro del pan Winkle zapatillas rojas ella en sueño herrumbroso vagar años de ensueños volver trasero Agendath desmayado amorcito me enseñó su año que viene en bragas vuelta que viene en su que viene su que viene.

Un murciélago voló. De aquí. Para allá. De aquí. A lo lejos en lo gris una campana repicó. Mr. Bloom con la boca abierta, la bota izquierda enarenada por los lados, se inclinó, respiró. Sólo por unos pocos

Cuco
Cuco
Cuco

El reloj sobre la repisa de la chimenea en la casa del cura reclamó donde el Canónigo O'Hanlon y el Padre Conroy y el reverendo John Hughes S. J. tomaban el té y panecillos con mantequilla y chuletas de cordero fritas con salsa de tomate y hablaban sobre el

Cuco
Cuco
Cuco

precisamente porque era un pequeño canario el que salía de su casita para dar la hora es por lo que Gerty MacDowell se dio cuenta aquella vez que estuvo allí porque ella era muy rápida en algo así, y tanto que lo era Gerty MacDowell, y se dio cuenta en seguida que aquel señor extraño que estaba sentado en las rocas mirando era un

Cuco
Cuco
cuco.

14

DIRETA Holles Eamus. Direita Holles Eamus. Direita Holles Eamus. Mándanos esclarecido, esclarecido, Horhom, savia y del vientre fruto. Mándanos esclarecido, esclarecido, Horhom, savia y del vientre fruto. Mándanos esclarecido, esclarecido, Horhom, savia y del vientre fruto.

¡Arriba es niñounniño arriba! ¡Arriba es niñounniño arriba! ¡Arriba es niñounniño arriba!

Universalmente ese acumen de una persona es estimado muy poco perceptivo concerniente a cualesquiera asuntos sean considerados como más beneficiosos por mortales de sapiencia dotados para ser estudiados quien ignorante sea de aquello que el mejor en doctrina erudito y ciertamente por razón de aquello en los que el atributo de las más altas mentes dignas de veneración constantemente mantienen cuando por consentimiento general afirman que otras circunstancias siendo iguales por no esplendor exterior es la prosperidad de una nación más eficazmente atestiguada que por las medidas de hasta dónde puede haber progresado hacia adelante el tributo de su afán de permanencia proliferante que de los males el original si estuviera ausente cuando afortunadamente presente constituye la señal cierta del incorrupto favor de la omnipolinizante naturaleza. Porque ¿quién hay que cualquier cosa de alguna significación haya comprendido y no sea consciente de que ese esplendor exterior pueda ser la superficie de una realidad lútea proclive al precipicio o por el contrario alguien que sea tan obtuso que no perciba que puesto que no hay bendición de la naturaleza que pueda enfrentarse a la generosidad de la propagación así que incumbe a cada o uno de los más justos ciudadanos erigirse en exhortador y amonestador de sus semejables y temblar no fuera que lo que en el pasado había sido excelentemente comenzado por la nación pudiera ser en el futuro no con igual excelencia logrado si algún impúdico hábito hubiera de denigrar gradualmente las honorables costumbres por los ancestros transmitidas hasta una tal profundidad que cualesquiera que en extremo audaz fuera quien tuviera la osadía de alzarse afirmando que no puede para nadie haber ofensa más odiosa que a la dejadez olvidadiza consignar aquel evangélico comando juntamente promesa que sobre todos los mortales con profecía de fertilidad o con amenaza de disminución así exaltara acerca de la reiteradamente función procreadora por siempre irrevocablemente ordenada?

No hay razón por tanto por qué habríamos de maravillarnos si, como los mejores historiadores cuentan, con los celtas, quienes nada que no fuera por su propia naturaleza admirable admiraban, el arte de la medicina hubiera sido altamente reverenciado. Por no hablar de hospitalerías, leproserías, sudaderos, fosas de plagados, sus grandes fisicos, los O'Shiels, los O'Hickeys, los O'Lees han fijado aplicadamente los distintos métodos por los cuales el enfermo y el recidivo hallaron de nuevo la salud hubiera sido el mal el baile de San Vito o la descomposición de vientre. Verdaderamente en cualquier obra pública que en ella se encuentre algo de peso la preparación debiera ser de importancia proporcionada y por tanto un plan por ellos fue adoptado (bien porque hubo sido anteriormente examinado o como maduración de la expenencia es dificil de ser asegurado puesto que las opiniones discrepantes de subsiguientes avenguadores no son hasta el presente congruentes como para hacerlo manifiesto) por lo que la maternidad quedó tan lejana de cualquier posibilidad de accidente que cualquier atención que la paciente requiriera principalmente en ese momento extremadamente duro para la mujer y no sólo para aquellas opulentamente acaudaladas sino también para aquella que no siendo suficientemente adinerada apenas y a menudo ni siquiera apenas podía subsistir valerosamente y por un emolumento insignificante era atendida.

Para ella nada ya entonces ni a partir de entonces era capaz de ser molestoso por esto principalmente se dolían todos los ciudadanos a no ser por las madres proliferantes la prosperidad en absoluto podría existir lo mismo que ellos habían recibido la eternidad los dioses la generación de mortales para que les fuera propicio, si ése era el caso esforzándose, parturienta en vehículo hacia allí llevando deseo inmenso entre todas una a la otra la impulsaban para ser recibida en aquel domicilio. ¡Oh cosa de prudente nación no solamente por ser vista sino también incluso por ser estimada digna de ser ensalzada

porque ellos a ella de antemano empezaron a verla madre, porque ella de pronto por ellos a punto de ser cuidada había comenzado sentía!

Ant nascencia el ninno dicha aue. Adientro del uientre veneracion él retouo. Quequier et por quales maneras fiziesse serenas guisas fecho souo. Un estrado por couigeras celado con sano yantar folgado, pañales de limpio estremança commo si encaecido ouiesse et por sabio proveimiento bastido fuesse, mas ende guisado de mengías non e mester ni de engennos de cirugiano que son apuestos pora el su propio caso auenido por non ementar estanças de muit esquiuos acaesceres en muchas latitudes por nueso terreal orbe abastaban cab ymagenes divinas et humanales, la cogitacion daquel por desarrimadas mugieres es a tumesçencia conduxente u alleva la salida en aluergue de madres erzido et lumbroso et enformado et fremoso o, farto lazrada et maiada, essora quella e encostada, ella e quitada.

Un omne que de camino sedía cabo la puorta detenido se hubo ca la noche se llegava. De la yente de Israel aquel omne era qui so la tierra andudiera aluen et enderredor. Por voluntad e de grado solo habíase llegado fasta aquella morada.

Daquella morada A. Home era el señor. Setenta camas allí guarece de madres plenas do costumnan a yazer pora soffrir e encaescer rezios ninnos ansí el ángel de Dios a María dixera. Dúes coidadoras por allí andieron, blancas iermanas en aluergue espierto. Escocimientos ellas calman, aquexamientos assessegan: en doce lunas tres vezes un ciento. Fideles de cama alacayas ellas ados son, pora Horne endereçan lazrado aluergue.

En ospital cauta la coidadora oyó al omne llegar de coraçón cabiloso ayna levantado ha con griñón cobierta la su portalada a él complida mientre ha despagado. Oh, fucilazo quebrante relumbra assora en el sénit güeste de Irlanda. Grande temor ella tuvo que Dios el Vengador toda la humanidad astragar fuera por los sus ensuciados pecados. La cruz de Cristo en sus pechos ella fizo e afincóle pora que baxo su morada entrara. Aquel omne asmando su guisa complida adeliñóse a la casa de Horne.

Gran miedo tuvo a la puerta del castiello de Home retouyendo el su sombrero el buscador estudo. En la morada Bella antaño él ospedóse con amada esposa e escantadora fiia dende sobre tierra e mar nueve años había luengamente errado. Una vegada ella hallárelo en el ancón del burgo a su saludación él non había contestado. Él esforgóse por su perdón alcanjar con asaz conseio ca la su faz bienfadada parecióle, la su faz, tan moçuela. Ayna los sos ojos alumbráronse, effloresçer de arreboles por sus deleitosas palabras.

Como los ojos della perçibieran el atramento de su atavío ende angostura maginó. Complida fuera depués donde antes coytada fuera. Él a ella preguntóle por los mandados del Doctor O'Hare de lueñes riberas inviados y ella con sospiro encogido contestóle que Doctor O'Hare en el cielo estaba. Desmarrido seye el omne esas palabras oír que grandemente en las sus entramas con dolor pesaban. Todo ella le contara, plorando por la muerte del amigo tan temprana, anque siempre sin querer la justicia de Dios rechaçar. Ella dixo que hie tenido una apuesta muerte por grado del Cnador con clérigo misacantano pora confesar, ostia santa e óleo de omnes dolientes pora sos membros. El omne estonces asaz lazrado a fermana ha preguntado de qué guisa el omne muerto muerto hubo e Permana hale contestado e dicho que en ínsula Mona hubo muerto por causa del cancro de ventre tres años faze en Nadal venidera e a Dios Misincordioso rogaba que el alma bienquerida en la su Gloria tuviera. Oyó él súas marridas palauras, retouyendo el sombrero marrado miraba. Ansí desta guisa elos amos entonces en angostura souieron.

Por tanto, hombre del mundo, cuida tu fin último que es la muerte y el polvo que apuña a todo hombre que de mujer es nacido porque así como desnudo sale del vientre de su madre del mismo modo desnudo ha de irse postreramente como llegó.

El hombre que a la casa entrado había luego fabló a la mujer de enfermería y demandóle cómo se hallaba la mujer de parto que allí yacía. La mujer de enfermería contestóle y dijo que esa mujer estaba ya con dolores tres luengos días y que sería un parto arrevesado y no çensillo de apechar pero que sin tardanza se acabaría. Ella dijo había visto muchos partos de mujeres pero nunca ninguno tan arrevesado como el parto de esa mujer. Luego le enformó de todas las minucias porque sabía que el hombre antaño había vivido cerca de aquella casa. El hombre oyó sus palabras y maravillóse de las coitas de las mujeres en los dolores de parto para ser madres y maravillóse al ver la faz della entodavía faz fermosa para cualquiera hombre anque por mucho tiempo ha sido moza. Nueve veces doce los fluxos de sangre blasman su marra de fijos.

Y en tanto que así hablaban la puerta del castiello abnose y hasta ellos llegó gran ruido

como de alcavela aparejada para yantar. Y hasta aquel logar acercóse donde afincados estaban un mozo caballero escolar nombrado Dixon. Y el andante Leopoldo era dél cognocido dende que aconteciera que amos atingencia tuvieran en la casa de misincordia donde este caballero escolar hallábase por causa que el andante Leopoldo allí adeliño para se guarir por razón de ser fendo en los pechos por una lanza conque un horrible y espantoso dragón húbole jasado para eso fizo un ungüento de sal volátil y crisma abastadamente. Y díjole luego que debría entrar en aquel castiello para tomar solaz con los que dentro estaban. Y el andante Leopoldo dijo quél debría ser ido a un otra parte porque era hombre caboso y sotil. También la dama fue del mesmo acuerdo y reprochó al caballero escolar anque ella bien sabía que el andante no había dicho verdad por su sotileza. Mas el caballero escolar no quería oír decir no ni complir su comendamiento ni saber de nada que no plaziera a su gusto y fablóle de las maravillas del castiello. Y el andante Leopoldo entró en el castiello para se holgar durante un rato desmarridos había los membros depués de muchas andanzas ambulando por vanas tierras y otrossí por deleitosos placeres amatonos.

Y en el castiello estaba puesta una mesa que era de abedul de Finlandia y soportada por cuatro enanos de aquellas comarcas pero no se aventuraban a moverse por el encantamiento. Y sobre esa mesa había espantosas espadas y cuchillos que son hechos en grandes algares por afanados demonios que forjan de blancas llamas y luego fijan en los cuernos de búfalos y venados que allí asombrosamente abundan. Y había vasos labrados por la magia de Mahoma con arenas de mar y aire por un encantador con el soplo que sopla en ellos asemejado a burbujas. Y copiosas y regaladas vituallas había sobre la mesa que ningún nacido podría antojarse más copiosas ni más regaladas. Y también había una cuba de plata que con mañas era accionada en la que yacían extraños peces carecientes de cabezas aunque hombres descreídos rechazan que cosa así sea posible a no ser que lo vieren empero así acontece. Y estos peces yacen en agua oleosa traída cabalmente desde las tierras de Portugal por causa de la gasa que hay dentro semejante a los caldos de las almazaras. De la mesma suerte era maravilla ver en aquel castiello cómo por arte de magia hacían en aquel castiello un conmisto de ubérrimos granos de trigo de Caldea que con ayuda de ciertos espíritus mflamados que en él ponen se hincha asombrosamente semejando una inmensa montaña. Y allí se enseña a las serpientes a enroscarse en luengos palos clavados en el suelo y las escamas de esas serpientes fermentan un mejunje semejante al aguamiel.

Y el caballero escolar tuvo a bien verter para el Infante Don Leopoldo una colana y la sirvió con agrado al tiempo que todos los que allí estaban bebían sin exceptuación. Y el Infante Don Leopoldo enderezóse la babera para contentarle y tomó derechamente una miaja por atenencia porque nunca bebía en modo alguno aguamiel la cual apañó y luego muy veladamente abocó la mayor parte en el vaso del vecino y el vecino no paró mientes en el ardid. Y con ellos se sentó en el castiello para reposar allí un rato. Loado sea el Todopoderoso Dios.

En el entretanto esta buena hermana que a la puerta estaba rogóles por respeto a jesús nuestro Señor Poderoso que dejaran la folganza porque arriba había una persona empreñada, una noble señora, presta a dar nacimiento a toda priesa. El caballero Don Leopoldo oyó en la estancia damba gran clamor y preguntóse por la razón daquel clamor por si fuera de mujer o niño y admírame, dijo él, que entodavía no haya uviado. Paréceme que lleva larga tardanza. Apercibió y avistó a un hidalgo de nombre Lenehan de allende la mesa entrado en años más que esotros y porque ambos eran caballeros de bien en la mesma empresa y también por causa de ser él de más edad hablóle con gran comedimiento. Mas, díjole él, no ha de tardar luengo tiempo antes de que encaezca por la munificencia de Dios y haya solaz en su alumbramiento porque ha aguardado un tiempo asombrosamente largo. Y el hidalgo que había bebido dilo, Esperando a cada momento que el próximo fuera el suyo. Del mismo modo cogió la copa que ante él estaba porque para él no había necesidad que nunca nadie le pidiera ni tampoco le exhortara a beber, Agora bebamos, dijo él, con gran delectamiento, y abuzóse cuanto pudo a la salud de ambos porque era hombre bueno concemiente a su contentamiento. Y el caballero Don Leopoldo que era el más considerado huésped que nunca se sentara en sala de escolares y del mesmo modo era el hombre más manso y el más afable que nunca metiera mano de labriego bajo gallina y del mesmo modo era el más fiel caballero que en el mundo hubiere nunca alguno fizo mejor servicio a dama gentil por él alzó comedidamente la copa. Quebrantos de mujer con asombro valorando.

Hablemos agora de la compaña que allí estaba con el propósito de embriagarse si capaces fueran. Había esotros escolares a ambos lados de la mesa, hase de entender, el por nombre conocido de Dixon el mozo de Santa María de la Merced con otros sus compañeros

Lynch y Madden, estudiantes de medicina, y el hidalgo conocido como Lenehan y un otro de Alba Longa, un Crotthers, y el mozo Stephen que tenía semblante de fraile y estaba a la cabecera de la mesa y Costello al que muchos llaman Ponche Costello tiempo ha por fazaña que fizo antaño (de todos ellos, excepto el mozo Stephen, él era el más embriagado y aún demandaba más aguamiel) y junto a él el manso caballero Don Leopoldo. Mas todos esperaban al mozo Malachi porque prometido hubo que habría de llegar y alguno con mal acuerdo había dicho que había quebrantado su promisión. Y el caballero Don Leopoldo sentóse con ellos porque profesaba apretada amistad al caballero Don Simón y a su hijo el mozo Stephen y era por causa de su languideza por lo que allí se encalmó depués de luengo ruar pues era gasajado en tales circunstancias de la más fiada suerte. Por compasión avisado, con amor acuciado con empeño de ruar, remiso de partirse.

Pues ellos eran en verdad ingeniosos escolares. Y él oía las pláticas dellos el uno con el otro tocante a nacencia y justicia, el mozo Madden ahirmaba que dado el caso sería grande pesar que la mujer muriera (porque así había acontecido hacía como un año con una mujer de Eblana en la casa de Horne que había traspasado las barreras de este mundo y la mesma noche antes de morir todos los menges y boticarios tomaron consejo sobre el caso della). Y allegaron aindamáis que ella ha de vivir porque al principio, dijeron, la mujer con dolor parirá sus hijos por lo que aquellos que eran de la mesma figuración concertaron que el mozo Madden había dicho verdad porque él tenía remordimiento de dejarla morir. Y a no pocos y entre ellos hallábase el mozo Lynch hacíaseles dubitable si por ventura el mundo estuviera agora peor govemado que nunca antes lo fuera por más que el pueblo ignoble lo creyera de otra suerte aunque ni la ley ni sus jueces pongan remedio alguno. Que Dios nos libre. Malavés fuera eso dicho cuando todos vocearon en un solo clamor que no, por la Virgen Madre, que la mujer debería vivir y la creatura morir. Con ocasión de lo cual escalentáronse los ánimos sobre el tal artículo y ya fuera por la disputa ya por la bebida lo cierto es que el hidalgo Lenehan estaba pronto a abocarles malta de suerte que desta guisa no faltara regocijo. Luego el mozo Madden explicóles puntualmente todas las cuestiones y díjoles cómo ella estaba muerta ya fuera por mor de la santa religión ya fuera avisado por romero o por santero o por promesa que él hiciera a San Ultan de Arbraccan el marido de su casa dueño no quería aceptar la muerte della por lo que todos tomaron grandísima aflicción. A lo que el mozo Stephen prosiguió diciendo estas palabras: Mormurar, caballeros, acaece mesmamente entre legos. Amos, la creatura y la engendrante loando agora a su Criador, la una en caliginoso limbo, la otra en el purgatorio. Mas, a fe mía ¿qué de esas almas por Dios eseíbles que nosotros por las noches devedamos, que es gran pecado contra el Espíritu Santo, Dios Verdadero y Dador de Vida? Porque, caballeros, folgar es breve. Somos instrumentos para esas pequeñas creaturas dentro de nosotros y la naturaleza tiene otras metas que nosotros. Luego dijo Dixon el joven a Ponche Costello si él sabía qué metas fueran. Mas éste había bebido en demasía y las únicas palabras que dél pudo tener fue que con gusto deshonraría a una dama fuera ella casada o mozuela o manceba si desa suerte acontecielle y estorciese la ardicia de su lascivia. A esto Crotthers de Alba Longa elogió los complimientos quel mozo Malachi fizo de la bestia de nombre unicornio y cómo una vez en el milenio córrese por el cuerno, el otro en tanto, espoleado por las burlas con las que ellos mofábanse dél, todos a un tiempo dando fe por los torillos de San Follino quél era capaz de hacer cualquier suerte de cosa que a hombre cupiérale hacer. A lo que todos rieron con gran esparcimiento excepto el mozo Stephen y el caballero Don Leopoldo que nunca se aventuraba a reír derechamente por razón de un extraño humor que no quería revelar y mesmamente porque dolíase de la parturienta fuera ella quien fuera o estuviera donde estuviera. Luego habló el mozo Stephen despechado con la madre Iglesia que quería arrojarlo de su seno, de los preceptos canónicos, de Lilith, patrona de abortos, de barrigas hinchadas por el viento con semillas de fulgor o por el empuje de vampiros boca a boca o, como Virgilio dice, por influjo del viento del oeste o por los vahos de la flor maya o si ella yaciera con mujer con la que su hombre acaba de yacer, eectu secuto, o acaso en el baño conforme a Averroes y Moisés Maimónides. Dijo también cómo al final del segundo mes un alma humana era infundida y cómo en todos nuestra santa madre siempre cuida la grey de las almas a la mayor gloria de Dios en tanto que esa madre terrenal que no era más que una hembra para parir bestialmente debería morir conforme a los preceptos de la Iglesa porque así lo dice el que ostenta el sello del pescador, el mesmo Pedro bendito que sobre la roca dél fue la santa Iglesia por los siglos de los siglos fundada. Todos aquellos équites preguntáronle luego al caballero Don Leopoldo si en caso semejante apeligraría la vida della hasta aventurar vida para salvar la vida. Cautela de ánimo llevávale a contestar de suerte que a todos contentara y, poniendo mano en quexadas, dijo con disimulación, conforme su avezadura era, que según él tenía entendido, que siempre había amado el arte de la fisica según le es a lego premitido, y

conforme a su esperiencia de un tan raro acidente era bueno para la madre Iglesia que acertadamente en un solo golpe tuviera los dineros de nacimiento y muerte y desta guisa avisadamente libróse de sus preguntas. Que eso es cierto, pardiez, dijo Dixon, y, o engáñome, palabras preñadas son. Eso oyendo el mozo Stephen regocijóse sobremanera y aseguró que aquel que al pobre robara al Señor prestaba porque teníale la locura por causa de la bebida y que agora hallábase desta manera confirmóse a toda priesa.

Mas el caballero Don Leopoldo estaba grandemente malhadado por razón de sus palabras que todavía apesadumbrábale el espanto que daba el griterío de las mujeres en dolores de parto y que a él se le acordaba de su buena dueña Doña Manon que habíale dado un único hijo varón que en su onzavo día de vida muerto hubo y que ningún hombre sabido pudo salvar así de negro es el destino. Y el corazón della quedó grandemente apenado por aquel aciago azar y para el enterramiento fizole ella una juba fermosa de lana de cordero, flor del rebaño, por que no espereciera acabadamente y yaciera con frido (pues era entonces a mediados del invierno) y agora el caballero Don Leopoldo que su sangre no habíale dado hijo varón por heredero miró en él en el hijo del amigo y cerróse entristecido por causa de la venturanza pasada y acontecido como él estaba por no haber un hijo de tan noble coraje (pues todos teníanle de buenas partes) de la mesma suerte lo estaba por el mozo Stephen pues vivía en el bollicio con aquellos despendedores y despachábase de sus bienes en mozas del partido.

Para aquel entonces el joven Stephen tenía llenas las copas que habían quedado vacías de suerte tal que no habría durado sino un poco más si los más prudentes no hubiéranle oscurecido el acceso a aquel que todavía iba y venía con tanta asiduidad y que, rezando por las intenciones del soverano pontífice, rogóles que brindaran por el vicario de Cristo que también como él dijo es vicario de Bray. Bebamos todos pues, dijo él, de este cáliz y tomad esta aguamiel que no es parte de mi cuerpo sino corpamiento de mi alma. Dejad la fracción del pan para aquellos que sólo de pan viven. No temáis por vuestras necesidades porque esto os confortará más que lo otro os consternará. Mirad aquí. Y mostróles las monedas resplandescientes del tributo y cédulas de orfebre por valor de dos libras y diecinueve chelines que había obtenido, dijo él, por una cantiga que él escribiera. Todos quedaron admirados al ver las susodichas riquezas dada la penuria de dinero en la que hasta entonces había estado. Sus palabras fueron luego las que aquí se trasladan: Sabed todos, dijo, que las desgracias del momento levantan mansiones de eternidad. ¿Qué significación tiene esto? El viento del deseo agosta el espino majuelo pero después pasa de abrojo a ser una rosa sobre la cruz del tiempo. Escuchad esto. En el vientre de mujer la palabra se hace carne pero en el espíritu del hacedor toda carne que fenece se convierte en la palabra que nunca morirá. Esto es la poscreación. *Omnis caro ad te veníet.* No hay duda de que gran poder ha de tener el nombre de la que lanzó a su destino inexorable el cuerpo amado de nuestro Redentor, Salvador y Pastor, nuestra madre poderosa y madre venerabdísima pues como Bernardo dice muy acertadamente Ella tiene una *omnipotentiam deíparae supp&cem,* a saber, una omnipotencia de petición puesto que ella es la segunda Eva y nos recuperó, dice Agustín también, en tanto que la otra, nuestra abuelita, a la que estamos ligados por anastomosis sucesiva de cordones umbilicales a todos nos vendió, simiente, casta y cría por manzana de a ochavo. Pero la cuestión es ésta. O bien ella lo conoció, a la segunda me refiero, y no fue más que criatura de la criatura de ella, *vergine madre, figlia di tuo* figlio, o no lo conoció y entonces ella se encuentra en la misma negación o ignorancia que Pedro Pescador que vive en la casa que Jack construyó y con José el fijador patrono de la defunción dichosa de todos los matrimonios desdichados, *parce que M. Léo Taxil nous a dit que qui l'avait mise dans cette fichue position c était le sacré pigeon, ventre de Dieu! Entweder* transustancialidad *oder* consustancialidad pero nunca subsustancialidad. Y todos clamaron ante aquello porque eran palabras harto ruines. Un preñado sin goce, dijo él, un parto sin dolor, un cuerpo sin mácula, una panza sin barriga. Dejad que el obsceno con fe y fervor venere. Nosotros con fuerza nos enfrentaremos, lo refutaremos.

En esto Ponche Costello martilleó con el puño la mesa y hubiera cantado un canon indecente *Staboo Stabella* sobre una moza a la que dejó preñada un matón juerguista en Germanía que al punto se dispuso a entonar:

Los primeros tres meses no se encontraba bien, Staboo, cuando hete aquí que la enfermera Quigley desde la puerta con enojo mandóles hacer chitón deberíais avergonzaos no es que no sólo no estuviera bien como ella les recordó estaba resuelta a tenerlo todo en orden para cuando apareciera lord Andrew pues no estaba dispuesta a que ningún terrible alboroto pudiera menguar el honor de su guardia. Era una anciana y triste matrona de apariencia apacible y ademanes cristianos, en vestiduras negruzcas acomodándose a su

pesadumbre y semblante arrugado, tampoco a su exhortación faltóle efecto pues inmoderadamente Ponche Costello fue por todos ellos recriminado y le regañaron por grosero con civilizada brusquedad unos y le hicieron temblar con amenazas de zalamerías otros al tiempo que todos ellos se metían con él, que el cebollino coja una zangarriana, qué demonios estaría haciendo, so palurdo, so escuchimizado, so hijo de pingo, so muerto de hambre, so mondongo, so engendro de renegado, so nacido en la cuneta, so malparido, que cerrara ya su hocico de borracho de mona babosa, el bueno de Don Leopoldo que tenía por timbre suyo la flor de la serenidad, gentil mejorana, avisando que era ocasión única la más sagrada la más merecedora de ser sagrada. En la casa de Home la calma debe reinar.

Para ser breve este discurso apenas había pasado cuando Maese Dixon de María de Eccles, sonriendo abiertamente, preguntóle al joven Stephen cuál fuera la razón por la que no habíase enfrontado a tomar los votos de fraile y él contestóle que obediencia en el vientre materno, castidad en la tumba aunque pobreza involuntaria todos los días de su vida. Maese Lenehan a esto arguyó que había oído de esas hazañas nefarias y de cómo, según las había oído contar, él había empañado la hermosura de azucena de la virtud de una confiada doncella lo que era corrupción de menores y todos ellos manifestáronse también sobre lo mismo, poniéndose alegres y brindando por su paternidad. Pero él dijo muy rectamente que era completamente lo opuesto a sus suposiciones porque él era el hijo eterno y por siempre virgen. Fue por ello que el jolgorio creció en ellos todavía más y le refirieron su curioso rito de casorio para el desvestimiento y desvirgamiento de las esposas, como los sacerdotes solían hacer en la isla de Madagascar, ella debía ir ataviada de blanco y de color azafrán, el novio de blanco y grana, con cremación de nardos y cirios, sobre un tálamo nupcial mientras los clérigos cantaban los kyries y la antífona *Ut novetur sexus omnis corporis mystenum* hasta que ella era allí desflorada. Ofrecióles luego una grandemente admirable mínima blanca de himeneo compuesta por esos refinados poetas Maese John Fletcher y Maese Francis Beaumont que se halla en su *Tragedia de la doncella* que fuera escrita para un parecido apareamiento de amantes: *Ahecho, al lecho,* era su bordón para que fuera tocado con armonía acompañable en los virginales. Un dulce exquisito epitalamio de la más molificante persuasión para jovenes amatorios a los que los hachones odoríferos de los paraninfos han escoltado al proscenio cuadrupedal de la comunión connubial. Y muy bien que se conocieron, dijo Maese Dixon, gasajado, pero, oíd, joven caballero, no sería mejor llamarles la Novia de Monte Venus y el Incasto porque, a fe mía, de una tal mestura mucho podríase correr. El joven Stephen dijo que en verdad así era si su recordación no le engañaba ellos no tenían más que una única furcia para ellos dos y ella del lupanar sabiendo cómo manejárselas en el comercio amoroso pues la vida se vivía a tope en aquellos tiempos y la condición de la nación la aprobaba. Amor más grande que ése, dijo él, ningún hombre tiene como no sea la entrega de su mujer a su amigo. Haz como vieres. Así, o para los efectos en palabras semejantes, habla Zaratustra, antiguo «regius professor» de Jodología Francesa en la universidad de Rabodetoro ni jamás respiró allí hombre alguno al que la humanidad más debiera. Mete a un extraño en tu torre y muy fácil será que tú te quedes con la segunda mejor cama. Ora*te, fratres pro memetipso. Y* toda la gente dirá. Amén. Recuerda, Erín, a tus progenitores y los tiempos de antaño, cómo desairásteme a mí y a mi palabra y llevaste a un extraño a mi puerta para que cometiera fornicación ante mi vista y para que se engordara y tirase coces como Jeshumm. Por lo que tú has pecado contra la luz y has hecho de mí, tu señor, el esclavo de los siervos. Tórnate, tómate, Clan de los Milesios: no me olvides, Oh Milesia. ¿Por qué has hecho esta abominación ante mí tú que me despreciaste por un mercader de jalapas y me negaste ante el romano y ante el indio de habla oscura con el que tus hijas folgaron con lujuria? Contempla ahora, pueblo mío, la tierra prometida, desde Horeb y desde Nebo y desde Pisgá y desde los Cuernos de Hatten hasta una tierra que mana leche y monises. Pero tú me has amamantado con leche amarga: tú has secado para siempre mi luna y mi sol. Y tú me has dejado solo para siempre en los caminos oscuros de mi amargura: y con un beso de cenizas has besado tú mi boca. Esta tenebrosidad del interior, prosiguió diciendo, no ha sido iluminada por la sabiduría de los setenta ni tan siquiera mencionada porque el Oriente desde las alturas Que quebró las puertas del infierno visitó una oscuridad que venía de lejos. La connaturalización aminora las atrocidades (como Tulio dijo de sus amados estoicos) y Hamlet padre no le muestra al príncipe ampolla alguna de combustión. La opacidad en el mediodía de la vida es una plaga de Egipto que en las noches del prenacimiento y del posfallecimiento es su más oportuna ubi y *quomodo. Y* como los fines y las ultimidades de todas las cosas están en consonancia en alguna manera y medida con sus principios y orígenes, esa misma concordancia multíplice que encauza el crecimiento desde el nacimiento logrando por medio de una metamorfosis retrogresiva esa reducción y ablación hacia el final que es conforme a la naturaleza así acaece con nuestro ser subsolar.

Las viejas hermanas nos traen a la vida: lloramos, nos cebamos, jugueteamos, nos peleamos, nos abrazamos, nos separamos, decaemos, morimos: cuando hemos muerto ellas se inclinan sobre nosotros. Primero, rescatado de las aguas del viejo Nilo, entre aneas, un lecho de varillas entretejidas, al final la cavidad de una montaña, un sepulcro oculto en el clamor del gato montés y del quebrantahuesos. Y como no hay hombre que conozca la ubicación de su túmulo ni tampoco a qué procesos habremos de ser por ello llevados tampoco si a Tofet o a Villaedén de la misma manera todo está velado cuando nosotros querríamos ver lo que hay detrás desde qué región de lejanía la eseidad de nuestra aseidad ha alcanzado su causalidad.

A lo que Ponche Costello vociferó vigorosamente *Étienne chanson* aunque en voz alta les conminó, ved aquí, la sabiduría se había levantado una casa, esta inmensa bóveda majestuosa inmemorial, palacio de cristal del Creador, todo él en perfecto orden, premio al que encuentre la bolita.

—Contemplad la mansión que erigió el diestro jack
ved la malta guardada en tanto r fluyeme costal
en el arrogante circo de jacly'ohn el vivac.

Un ruido de negro chasquido en las calles, ay, bramó resonante. Con estruendo por la izquierda Thor retumbó: en ira desatada el lanzador de martillo. Ya llegaba la tormenta que aguija su corazón. Y Maese Lynch conminóle a que cuidara de embromar y farandulear pues el dios mismo estaba airado por su parloteo infernal y paganía. Y aquel que primero jactábase de su bizarría palidecióse como todos ellos pudieron apercibir y encogióse y su barboteo que antes fuera tan de su propia estima enaltecido quedóse ahora de pronto alicaído y su corazón se agitó en la jaula de su pecho cuando gustó el eco de la tormenta. Luego algunos se mofaron y otros bufonearon y Ponche Costello volvió a darle a su malta lo que Maese Lenehan juró que al punto haría y sin mediar palabra se lanzó un lingotazo. Pero el fanfarrón bravucón voceó que un mentecato de toda la vida estaba trompa y que eso a él le importaba un bledo y que él no iba a ser menos. Mas esto no era sólo para entintar su desesperación al tiempo que acorbadado se agazapaba en la mansión de Home. Se echó ciertamente un trago para fortalecer un corazón de buena gana pues retumbó con estruendo a todo lo largo de los cielos de manera que Maese Madden, siendo devoto de vez en vez, golpeóse las ijadas al chasquido aquel de muerte y Maese Bloom, al lado del fanfarrón, hablóle palabras de sosiego para adormentar su gran temor, haciendo saber cómo eso no era otra cosa que un estruendo ruidoso aquello que oía, la descarga de fluido del núcleo de la tormenta, repare, habiendo ya acontecido, y todo ello en armonía con un fenómeno natural.

Mas ¿fue avasallado el temor del joven Bravuconeador por las palabras del Sosegador? No, pues guardaba en sus entrañas una espina de nombre Amargura que no podía con palabras ser quitada. Y ¿no fue sosegado como el uno o devoto como el otro? No fue ni lo uno ni lo otro por más que hubiera deseado ser las dos cosas. Pero ¿no hubiera podido afanarse por haber hallado de nuevo como en su juventud la morada de Santidad en la que entonces vivía empero? Ciertamente no porque la Gracia no estaba allí para hallar aquella morada. ¿Oyó entonces en aquel estampido la voz de Dios Padre o, como el Sosegador dijo, un estruendo de Fenómeno? ¿Oyó? Pues cómo, él no podía sino oír a no ser que se le cegase el telescopio del Discernimiento (algo que él no había hecho). Pues a través de aquel telescopio vio que estaba en la tierra de Fenómeno donde él debería con seguridad un día morir puesto que era como los demás una sombra pasajera. ¿Y no aceptaría morir como los demás y pasar a mejor vida? De ninguna manera lo aceptaría aunque él debería no querría hacer más funciones conforme los hombres hacen con las mujeres que Fenómeno mandóles hacer en el libro de la Ley. Entonces ¿acaso él no sabía de aquella otra tierra que es llamada Cree-en-Mí, que es la tierra prometida que corresponde al rey Encantador y que por siempre le corresponderá donde no hay muerte y no hay nacimientos ni desposamientos ni empreñamientos a la que todos llegarán cuantos creen en ella? Sí, Piadoso habíale hablado de aquella tierra y Casto le había mostrado el camino pero la cosa era que en el camino había caído con una cierta puta de aspecto atractivo cuyo nombre, dijo ella, es Más-vale-un-toma y le sedujo con malas mañas apartándole del camino verdadero con embelecos como ¡Eh! ¡Oye! mozo gentil, ven para acá que te voy a enseñar un sitio muy bonito, y le fascinó tan lisonjeramente que se lo metió en su gruta que es llamada Que-dos-te-daré o, según algunos sabios, Concupiscencia Camal.

Esto era lo que toda aquella compaña que estaba sentada allí departiendo en la Mansión de Matemidad mayormente apetecía si ellos se encontraban con esa puta Más-vale-untoma (que dentro llevaba toda clase de horribles plagas, monstruos y un diablo infame) harían lo imposible por lanzarse a ella y conocerla. Porque en lo referente a Cree-en-Mí dijeron que

no era más que una noción y ellos no eran capaces de imaginárselo ni en pensamiento porque, primero, Que-dos-te-daré adonde ella les cautivaba era la más gustosa gruta y en ella había cuatro almohadas sobre las que había cuatro leyendas en las que estaban inscritas estas palabras, Acuestas y Patasamba y Vergonzante y Codo con Codo y, en segundo lugar, porque esa horrible plaga Todasífilis y los monstruos de los que no se preocupaban porque Preservativo habíales dado una sólida adarga de tripa de buey y, en tercer lugar, que no habrían de temer quebranto alguno por la progenie que aquél era el diablo infame en virtud de esa misma adarga que era nombrada Mataniños. Así eran todos ellos en su ciega imaginación, el señor Ponerreparos y el señor Devezenvez Devoto, el señor Empinacerveza, el señor Falso Hidalgo, el señor Exquisito Dixon, el joven Bravuconeador y el señor Sensato Sosegador. En lo que, desgraciada compaña, estabais todos engañados porque aquélla era la voz del dios que estaba grandemente enfurecido y presto a levantar el brazo y descalabrar sus almas por sus ofensas y por los descalabramientos cometidos por ellos contrarios a su palabra que procrearnos ardorosamente nos manda.

Assí bien jueves dieciséis de junio Patk. Dignam yace bajo tierra por una apoplejía y después de tenaz sequía, a Dios gracias, llovió, un barquero que entra por el agua desde cincuenta millas más o menos con turba dice que la semilla no brotará, campos sedientos, de color muy amustiado y hedor fuerte, marjales y tremedales también. Dificil respirar y los plantones jóvenes consumidos por completo sin riego todo este tiempo atrás como nadie recuerda haber estado. Los capullos rosáceos todos parduzcos y manchones desparramados y las colinas peladas con sólo yerbajos secos y leños que podían prenderse con la primera chispa. Todo el mundo diciendo, por lo que entendían, que el gran vendaval de febrero del año anterior que causó estragos en la tierra tan lamentables era cosa pequeña al lado de esta aridez. Pero luego, como queda dicho, esta tarde después de la puesta del sol, levantándose el viento del oeste, grandes nubes cargadas que podían verse según avanzaba la noche y los entendidos del tiempo especulando sobre ellas y algunos fucilazos al principio y después, pasadas las diez, un gran fogonazo con un prolongado trueno y en un dos por tres todo son carreras atropelladas buscando refugio a causa del chaparrón vaporoso, los hombres protegiendo sus canotiés con un trapo o pañuelo, el mujerío corriendo dando saltitos con las faldas arremangadas así como llegó el aguacero. En Ely Place, Baggot Street, Duke's Lawn, de allí por Memon Green hasta Holles Street un aluvión de agua corriendo por donde antes estaba seco como un palo y ni una sola tartana o carruaje o coche de alquiler se veía por ningún sitio pero no más truenos después de ese primero. Enfrente de la puerta del Muy Honorable juez Mr. Fitzgibbon (que ha de deliberar con Mr. Healy el abogado sobre las tierras del colegio) Mal. Mulligan un caballero entre caballeros que no había sino llegado de casa de Mr. Moore el escritor (que era papista pero que ahora, según cuentan, es un buen orangista) se tropezó con Alec. Bannon con el pelo corto (que ahora se lleva igual que las capas de baile de verde Kendal) que acababa de llegar a la ciudad desde Mullingar con la diligencia donde su primo y el hermano de Mal. M. pasarán aún un mes hasta San Swithin y pregunta qué diablos hacía allí, él en dirección a casa y él a casa de Andrew Home quedándose para apurar una copa de vino, según él dijo, pero quería hablarle de una vaquilla respingona, grande para su edad y elegante patigorda y a todo esto diluviaba por lo que los dos se encaminaron hacia Home. Allí Leop. Bloom del periódico de Crawford sentado muellemente con una cuadrilla de zumbones, de jóvenes penden cieros, Dixon junior estudiante en Nuestra Señora de la Misericordia, Vin. Lynch, un joven escocés, Will. Madden, T. Lenehan, muy entristecido a causa de un caballo de carreras en el que puso sus ilusiones y Stephen D. Leop. Bloom también allí por causa de un abatimiento que había tenido pero ahora se encontraba mejor, habiendo él soñado anoche un raro ensueño sobre su señora Mrs. Moll en pantuflas rojas y unas botargas lo que se interpreta por los que saben que denota cambio y la Mastresa Purefoy también allí, que entró acogiéndose a su vientre, y ahora con las piernas en alto, pobre mujer, dos días cumplida, las comadronas de lleno en ello y no consigue dar a luz, ella angustiada por un cuenco de agua de arroz que es un atinado desecador de los intestinos y su respiración muy pesada más de lo que es bueno y sería un rapacejo por los coletazos, dicen, pero Dios le dé pronto su descendencia. Es su noveno arrapiezo que le vive, según tengo oído, y el día de Nuestra Señora le cortó las uñas a su última arrapieza que entenía para entonces sus doce meses y con otros tres todos criados a pecho que murieron inscritos con hermosa letra en la Biblia del rey James. Su dueño y señor de algo más de cincuenta años y metodista pero recibe el sacramento y puede ser visto los domingos de sol con un par de sus mocitos por el puerto de Bullock pescando de anzuelo en la dársena con una caña de carrete o en una batea que tiene rastreando en busca de acedías y romeros y pesca una buena cesta, tengo oído. En resumen un inmenso y grande aguacero y todo refrescado y

mucho incrementará la cosecha aunque los que entienden dicen que después de viento y agua llegará el fuego por una pronosticación del amanaque de Malaquías (y tengo oído que Mr. Russell ha hecho un ensalmo profético de la misma enjundia tomado del hindi para su gaceta del labrador) por aquello de que haya tres cosas en total pero esto es pura invención sin fundamento de razón para carcamales y críos aunque a veces uno haya que acierte con sus onginalidades y no hay manera de decir cómo.

En esto llegó Lenehan a los pies de la mesa y dijo que la carta estaba en la gaceta de la noche y dio un espectáculo buscándosela (pues juraba por su honor que había estado en apuros por ella) pero por instigación de Stephen dejó la búsqueda y se le rogó que se sentara allí a lo que convino con gran presteza. Era una suerte de caballero deportoso que pasaba por ser un payaso o un buen pillo y en lo que a mujeres concemía, caballos o escándalos picantes estaba al cabo de la calle. A decir la verdad era escaso en fortuna y la mayor parte del tiempo la pasaba husmeando por los cafés y tabernas de dudosa reputación con reclutadores, mozos de cuadra, corredores de apuestas, haraganes, recaderos, aprendices, busconas, señoras de mancebía y otros pícaros de esa estofa o con algún alguacil de ocasión o algún galafate con frecuencia por las noches hasta pleno día de los que sacaba entre cordial y cordial no pocos comadreos sueltos. Tomaba su ordinario en alguna alhóndiga y aunque sólo podía embucharse una ración de sobras de comida o un plato de tripas con un triste centavo en su bolsa siempre podía sin embargo salir del paso con la lengua, alguna ocurrencia licenciosa de una mujerzuela o chismorrería con lo que cualquier hijo de vecino reventaría de risa. El otro, Costello se entiende, oyendo este parlamento preguntó si era poesía o cuento. Pardiez, dice él, Frank (que ése era su nombre), se trata de las vacas de Kerry que van a ser sacrificadas por lo de la peste. Por mí que las ahorquen, dice con un guiño, y también a su carne enlatada, maldita sea. Un buen pescado hay en este bote el mejor que de él saliera y muy confiadamente se mostró dispuesto a coger alguna de las anchoas saladas que había en él y que glotonamente tenía avistadas todo este tiempo con lo que hubo encontrado el lugar que era en verdad el designio principal de su embajada pues estaba trasijado. Mort *aux vaches,* dice luego Frank en lengua francesa que había estado unido a un comerciante de licores que tenía una bodega en Burdeos y hablaba también francés como un caballero. Desde que fuera niño este Frank había sido un maltrabaja que su padre, asistente de municipio, con gran trabajo hacíale ir a la escuela para aprender las letras y el uso de los astrolabios, y matriculado en la universidad para estudiar fisica y química pero él se desbocó como potro retozón y terminó conociendo mejor al justicia mayor y al aguacil que a sus volúmenes. Unas veces que si era comediante, otras cantinero o baratero, las más nadie podíale arrancar de las peleas de osos y de gallos, luego le dio por el mar o por patear los caminos con los gitanos, raptando al heredero de un hacendado al amparo de la noche o rateando ropa limpia de moza o retorciendo pescuezos de pollo detrás de un seto. Se había ido más veces que vidas tiene un gato y otras tantas de vuelta con los bolsillos desnudos a la vera del padre el asistente de municipio que derramaba cuartillos de lágrimas tan pronto le veía. ¿Cómo, dice el señor Leopoldo con sus manos cruzadas, que estaba deseoso de saber a qué llevaba todo aquello, que las van a sacrificar a todas? Sostengo que las vi esta misma mañana camino de los barcos de Liverpool, dice él. Me cuesta creer que la cosa sea de tanto cuidado, dice él. Y él estaba cursado en animales de ese género y en novillos cebados, corderillos cebados y carneros lanosos, habiendo actuado unos años antes como actuario de Mr. Joseph Cuffe, un rico comerciante que ejercía su negocio de tratante de ganado y de animales de pradera muy cerca de los corrales de Mr. Gavin Low en Prussia Street. En eso discrepo de usted, dice. Quizás es más bien moquillo o actinomicosis bovina. Mr. Stephen, un poco agitado pero muy graciosamente, le dijo que no era así que él tenía despachos del sobalomos mayor del emperador agradeciéndole su hospitalidad, que mandaba al Doctor Rinderpest, el cazavacas más de nota de toda Moscovia, con algunos bolos de medicina para coger al toro por los cuernos. Venga, venga, dice Mr. Vincent, hablemos claro. Se va a poner en los cuernos del toro si se mete con un toro que sea irlandés, dice él. Irlandés por nombre y por nacimiento, dice Mr. Stephen, y desparramó la cerveza por todos lados, un toro irlandés en una tienda de porcelana inglesa. Cojo la idea, dice Mr. Dixon. Es el mismo toro que envió a nuestra isla el ganadero Nicholas, el más osado criador de ganado de todos, con un anillo de esmeraldas en la nariz. Estoy con usted, dice Mr. Vincent desde el otro lado de la mesa, y ha dado en el blanco además, dice él, y un toro más orondo y opulento, dice él, jamás se cagó sobre trébol. El tenía cuernos en abundancia, una capa de tisú de oro y un dulce aliento vaporoso le salla de las narices de manera que las mujeres de nuestra isla, dejando la masa del pan y los rodillos, fueron tras él colgándole en los tolondros guirnaldas de margaritas. Qué importa, dice Mr. Dixon, pero antes de que aquí arribara el ganadero Nicholas que era eunuco mandó que lo caparan

como es debido a un colegio de doctores que no estaban en mejor situación que él. Vamos pues, dice él, y haz todo lo que mi primo hermano lord Harry te diga y recibe la bendición de un ganadero, y dicho eso le dio una muy sonora palmada en el trasero. Pero la palmada y la bendición lo dieron por amigo, dice Mr. Vincent, y para demostrarlo le enseñó un truco que valía por mil de modo y manera que la moza, mujer, abadesa y viuda hasta este día aseguran que prefieren en cualquier mes del año suspirarle al oído en la penumbra del cobertizo de un confesionano o dejarse lamer el cogote por su santa y larga lengua antes que acostarse con el más guapo y musculoso joven seductor de todos los confines de Irlanda. Otro luego intervino en la conversación: Y lo vistieron, dice él, con alba de encajes y dalmática con esclavina y cinto y volantes en los puños y le raparon los mechones y le frotaron por todo con aceite espermaceti y levantaron establos para él en cada recodo del camino con pesebres de oro en todos rebosantes del mejor heno que pueda encontrarse de manera que pudiera dormitar y expulsar sus boñigas a placer. A todo esto el padre de los creyentes (pues así lo llamaban) había engordado tanto que apenas si podía acercarse a los pastos. Para remediar lo cual nuestras cotorreras damas y damiselas le traían el pienso en sus delantales y tan pronto como llenaba la panza se enderezaba sobre sus cuartos traseros para destaparles a sus señorías un misterio y mugir y bramar en la lengua de los toros y todas ellas imitándolo. Sí, dice otro, y tanto fue mimado que no sufría que nada se cultivara en los campos que no fuera hierba verde para él (pues ése era el solo color que se le antojaba) y había un tablón izado sobre una colina en medio de la isla que decía en letras impresas: Por orden de Lord Harry, Verde sea la hierba que crece en los campos. Y, dice Mr. Dixon, si alguna vez olía a un cuatrero en Roscommon o en las tierras agrestes de Connemara o que un labriego de Sligo sembrara si tan siquiera un puñado de mostaza o un saco de semilla de colza allá que se lanzaba hecho un basilisco por media nación arrancando de raíz con los cuernos cuanto estuviera sembrado y todo por órdenes de lord Harry. Hubo mala sangre entre ellos al principio, dice. Mr. Vincent, y el lord Harry encomendó al ganadero Nicholas a todos los diablos del infierno y le llamó chuloputas y que guardaba siete furcias en su casa y había de entremeterse en sus cosas, dice él. He de hacer que ese animal las pase mal, dice él, con la ayuda de la buena picha que me dejó mi padre. Pero una noche, dice Mr. Dixon, cuando el lord Harry se encontraba limpiándose la pelleja para ir a cenar después de ganar una regata (tenía remos de pala para él pero la primera regla de la carrera era que los otros habían de remar con horcas) descubrió que tenía un extraordinario parecido con un toro y al coger un apulgarado enquindion que guardaba en la despensa halló de cierto que era descendiente por relación carnal detrás de la iglesia del famoso toro campeón de los romanos, *Bos Bovum,* que es castizo latín de macarronea para el toro de la manada. Tras eso, dice Mr. Vincent, el lord Harry metió la cabeza en un abrevadero de vacas en presencia de todos sus cortesanos y sacándola otra vez les comunicó a todos su nuevo nombre. Luego, con el agua chorreándole por todo, se puso una vieja bata y y una falda que habían pertenecido a su abuela y se compró una gramática de la lengua de los toros para estudiar pero nunca fue capaz de aprender en ella una sola palabra excepto el pronombre de primera persona que copió en grandes letras y consiguió aprendérselo de memoria y si alguna vez salía a dar un paseo se llenaba los bolsillos de tizas para escribirlo donde se le antojara, en el canto de una piedra o en la mesa de un salón de té o en un fardo de algodón o en un flotador de corcho. Para ser breve, él y el toro de Irlanda se hicieron pronto tan amigos como culeras y posaderas. Fueron amigos, dice Mr. Stephen, pero el final fue que los hombres de la isla no viendo de dónde podía venirles una ayuda pronta, y puesto que las desagradecidas mujeres estaban de acuerdo, construyeron una balsa de troncos, se embarcaron en ella y subieron a bordo sus enseres, izaron todos los mástiles, guarnecieron las vergas, acoplaron su orza, se pusieron al pairo, borrachos como cubas, pusieron la proa cerca de la línea de flotación, levaron anclas, pusieron el timón a babor, izaron el pabellón pirata, lanzaron tres hurras, dispuestos a todo, desatracaron la bombarda y se hicieron a la mar para ganar las costas de América. Lo que dio ocasión, dice Mr. Vincent, a un contramaestre para componer aquella alegre saloma:

—El Papa Pedro es un meón.
Porque es hombre es hombre.

Nuestro entrañable compañero Mr. Malachi Mulligan apareció entonces en la entrada cuando los estudiantes terminaban su apólogo acompañado de un amigo que acababa de reencontrar, un joven caballero, de nombre Alec Bannon, que hacía poco había llegado a la ciudad, teniendo la intención de comprarse un nombramiento de abanderado o de chambergo en las milicias urbanas y alistarse para la guerra. Mr. Mulligan era lo bastante cortés como para significar gusto por todo ello tanto más cuanto que coincidía con un proyecto suyo para la cura de aquel preciso mal que habíase estado comentando. Con lo

cual repartió entre toda la compana una pilada de tarjas de cartón que había mandado grabar ese día a Mr. Quinnell con una leyenda grabada en grácil bastardilla: *Mr. Malachi Mulligan. Fertilizador e Incubador. Isla Lambay. Su* proyecto, según tuvo ocasión de glosar, se cifraba en apartarse de la rutina de vanos placeres tales que forman el principal empleo de Don Flojeras Barbilindo y Don Nefandano Cominero de la ciudad y emplearse en el más noble oficio para el que nuestro organismo fisico ha sido concebido. Bien, oigamos qué pueda ser, buen amigo, dijo Mr. Dixon. Figúraseme que suena a ir de pendones. Vamos, tomad asiento, ambos. Cuesta lo mismo estar sentado que de pie. Mr. Mulligan convino con la invitación y, departiendo sobre su designio, dijo a sus oyentes que había sido movido a esa idea al considerar las causas de la esterilidad, tanto la inhibitoria como la prohibitoria, fuera a su vez la inhibición debida a vejaciones conyugales o a una parsimonia de la moderación como.si la prohibición procediera de defectos congénitos o de proclividades adquiridas. Enojábale desazonadamente, dijo, ver el tálamo nupcial despojado de sus más queridos atributos: reparar en tantas mujeres placenteras de espléndidas articulaciones, presa de los más viles bonzos, que ocultan sus hachones debajo del almud de un desapacible claustro o que pierden su florar virginal en los brazos de un botarate cualquiera cuando podrían multiplicar los remansos de felicidad, sacrificando la joya inestimable de su sexo cuando estaban a mano cientos de lindos mocitos para acariciar, esto, les aseguró, es lo que hacía gemir a su corazón. Para esquivar este inconveniente (que decidió se debía a una supresión de calor latente), habiendo consultado a ciertos consejeros de valía y estudiado detenidamente el asunto, se había decidido a adquirir en propiedad absoluta y a todos los efectos el feudo de la isla de Lambay de su poseedor, lord Talbot de Malahide, un caballero Tory de renombre muy apreciado por nuestro partido ascendiente. Se proponía instalar allí una granja nacional de fertilización que habría de llamarse *Omphalos* con un obelisco tallado y erigido al modo egipcio y ofrecer sus eficaces servicios para la fecundación de cualquier mujer de no importa qué casta o condición que allí y a él se dirigiera con el deseo de satisfacer sus funciones naturales. El dinero no era obstáculo, dijo, ni cobraría un céntimo por su trabajo. La más humilde fregona no menos que la rica señora elegante, siempre que su complexión y temperamento fuesen ardientes persuasores de sus peticiones, encontrarían en él a su hombre. Como alimento nutritivo indicó que allí se alimentaría exclusivamente con una dieta de sabrosos tubérculos y pescados y conejos, la carne de estos últimos prolíficos roedores siendo altamente recomendada para su propósito, tanto asada como guisada con una pizca de corteza de macis y una o dos ñoras picantes. Tras de esta homilía que él dio en una muy acalorada aserción Mr. Mulligan en un tris quitó del sombrero un pañuelo con el que lo había protegido. Los dos, por lo visto, habían sido sorprendidos por la lluvia y por más que aligeraron el paso se habían empapado de agua, como podía observarse en los pantalones de Mr. Mulligan del color de la lana natural y que ahora estaban un tanto a lunares. Su proyecto en el entretanto fue muy favorablemente recibido por los oyentes y se ganó los cordiales elogios de todos aunque Mr. Dixon de María fue la excepción, preguntando con un aire afectado si también se proponía exportar güisqui a Escocia. Mr. Mulligan congració con los eruditos por medio de una oportuna cita de los clásicos que, según afloraba en su memoria, le parecía un acertado y selecto sostén de sus convicciones: *Talis ac tanta depravatio hujus seculi, Oquirites ut matresfamiliarum nostrae lascivas cújuslibet semiviri libici titillationes testibus ponderosis atque excelsi erectionibus centurionum Romanorum magnopere anteponunt,* mientras que para aquellos de más duro discernimiento remachó su plan con analogías del mundo animal más en consonancia con sus estómagos, el buco y la gama del claro del bosque, el pato y la pata de granja.

Valorando en no poco su elegancia, siendo como era un hombre de encantadora personalidad, este parlanchín aplicóse luego a su vestimenta con reprobaciones un tanto acaloradas sobre el repentino antojo de las perturbaciones atmosféricas en tanto que la compaña se deshacía en encomios al proyecto que había adelantado. El joven caballero, su amigo, no cabiendo en sí de contento como estaba por un episodio que últimamente habíale acontecido, no pudo abstenerse de contárselo a su más cercano vecino. Mr. Mulligan, apercibiéndose de la mesa, preguntó para quién eran aquellos panes y peces y, viendo a un desconocido, le hizo una cortés reverencia y dilo, ruégote, señor ¿habéis necesidad de alguna asistencia profesional que nosotros pudiéramos daros? Quien, ante su ofrecimiento diole las gracias muy cordialmente, aunque conservando las distancias, y replicó que se encontraba allí a causa de una señora, ahora interna en la casa de Home, que estaba en estado interesante, pobre criatura, con dolores de parto (y a esto dio un profundo suspiro) para saber si su ventura había ocurrido ya. Mr. Dixon, para volver las tornas, se encargó de preguntar a Mr. Mulligan en persona si acaso su incipiente triposidad, de la que templadamente se mofó, anunciaba una gestación ovoblástica en el

utrículo prostático o matriz masculina o era debida, como en el renombrado médico, Mr. Austin Meldon, a que llevaba un lobo en el estómago. Por respuesta Mr. Mulligan, en medio de estruendosas carcajadas por sus paños menores, se golpeó animosamente por debajo del diafragma, exclamando con una admirable imitación divertida de la Tía Grogan (la criatura más extraordinaria de su sexo aunque es una vergüenza que sea una furcia): He aquí una barriga que nunca parió bastardo. Tan feliz ocurrencia reverdeció la tormenta de hilaridad y disparó a toda la estancia a las más violentas convulsiones de contento. El bullicioso alboroto habría continuado en la misma vena bufa si no hubiera sido por cierto rebato en la antecámara.

Llegados a este punto el oyente que no era otro que el estudiante escocés, un mozo un tanto camorrista, rubio como la estopa, se congratuló del modo más efusivo con el joven caballero e, interrumpiendo el discurso en un momento culminante, habiendo rogado a la persona que frente a él se encontraba con una exquisita inclinación que tuviera a bien pasarle una jarra de aguas de cordial al tiempo que con un visaje interrogativo de la cabeza (siglos de educación en buenas maneras no habrían logrado un tan escogido gesto) al que se unía un equivalente aunque contrario equilibrio de la botella preguntó al narrador tan llanamente como pueda hacerse en palabras si podría servirse una copa de aquello. *Mais bien* sûr, noble extranjero, dijo alegremente, *et mille compliments.* Pardiez que puede y muy convenientemente. Nada había que más necesitara que esta copa para culminar mi felicidad. Mas, cielo santo, si resultara que sólo un mendrugo tuviera en el morral y sólo un vaso de agua del pozo, Dios mío, me complacería y sería capaz de postrarme en el suelo y dar gracias a los poderes divinos por la felicidad que me ha sido concedida por el Dador de las buenas cosas. Con estas palabras acercóse el cáliz a los labios, tomó un complaciente trago de aquel cordial, se alisó el pelo y, abriendo la pechera, afuera saltó un medallón que colgaba de una cinta de seda, aquel mismo retrato que él siempre custodiara desde que la mano de ella escribiera en él. Contemplando aquel rostro con infinita ternura, Ah, Monsieur, dijo, si vos la hubiereis visto con estos ojos en aquel instante conmovedor con su primorosa trencilla y su coqueto gorrito nuevo (un regalo por el día de su onomástica como lindamente me dijo) en un tan natural desorden, de tan entemecedora ternura, a fe mía, que hasta vuesa señoría, Monsieur, habríase visto movido por vuestra generosa naturaleza a poneros por entero en las manos de una tal enemiga o a abandonar el campo para siempre. Os digo, nunca de tal manera estuve tan tocado en mi vida. ¡Dios, te doy las gracias, por ser el Autor de mis días! Tres veces dichoso habrá de ser aquél al que tan complaciente criatura bendiga con sus favores. Un suspiro de amor otorgó elocuencia a esas palabras y, habiendo puesto de nuevo el medallón en la pechera, se enjugó los ojos y suspiró otra vez. Benéfico Diseminador de bendiciones a todas tus criaturas, cuán grande y universal ha de ser aquella dulcísima de tus tiranías que somete a servidumbre al libre y al esclavo, al zagal necio y al mentecato presumido, al amante en el apogeo de la pasión temeraria y al marido en los años de la madurez. Pero en verdad, señor, que me aparto de la cuestión. Cuán enturbiados e imperfectos son nuestros placeres sublunares. ¡Maldición! exclamó con angustia. ¡Ojalá hubiera sido del agrado de Dios que tuviera esa adivinación que me hiciera recordar traerme la capa! Podría llorar de tan sólo pensarlo. Entonces, aunque del cielo hubiera diluviado, poco nos habría importado. Mas, un rayo me parta, dijo, dándose con la mano en la frente, que mañana volverá a salir el sol y, rayos y truenos, conozco a un *marchand de capotes,* Monsieur Poyntz, de quien puedo tener por una *lime* una muy cómoda capa al estilo francés como ninguna otra protegiera a señora de rociada. ¡Hala, hala! exclama Le Fécondateur, entrando de rondón, mi amigo Monsieur Moore, ese consumado viajero (acabo de desecar media botella *avec luí* entre las más preclaras inteligencias de la ciudad) es mi autoridad que en Cabo de Hornos, *ventre biche,* hay una lluvia que lo impregna todo, hasta las más resistentes capas. Una calada de esa violencia, *sans blague,* me cuentan, ha despachado a más de un desgraciado sin previo aviso y por urgencia al otro mundo. ¡Bah! ¡Una *lime!* exclama Monsieur Lynch. Esas cosas indecentes son caras hasta por una gorda. Un diafragma, no mayor que una seta de bruja vale como diez de esos sucedáneos. Ninguna mujer con un mínimo de inteligencia se pondría uno. Mi querida Kitty me dijo hoy que preferiría bailar en un diluvio antes que morirse de ganas en semejante arca de salvación pues, como me trajo a la memoria (sonrojándose maliciosamente y susurrándome al oído aunque nadie había allí para agarrar sus palabras a no ser las atolondradas mariposas), dama naturaleza, por bendición divina, lo ha instalado en nuestros corazones y se ha convertido en expresión conocida ily *a deux choses* para las que la inocencia de nuestro indumento original, en otras circunstancias una violación del decoro, es el más adecuado, mejor dicho, el único atavío. Lo primero, dijo ella (y aquí mi bella filósofa, al tiempo que le ayudaba a subir al tílbun, para llamar mi atención, suavemente rozó con su lengua el pabellón de mi oreja), lo primero es un baño —

Pero en este momento el tintineo de una campanilla en la sala cortó en seco un discurso que tanto prometía para el enriquecimiento del cúmulo de nuestra sapiencia.

En medio de incontinente hilaridad general de la asamblea una campanilla repicó y, mientras todos se hacían conjeturas sobre cuál podría ser la causa, Miss Callan entró y, habiendo dicho unas pocas palabras en voz baja al joven Mr. Dixon, se retiró con una profunda inclinación a la compaña. La sola presencia aunque fuera por un instante en una partida de libertinos de una mujer equipada de un natural modesto y tan seria como bella frenó las joviales agudezas incluso en los más inmoderados pero su marcha fue la señal para una ola de obscenidades. El cielo me confunda, dijo Costello, un bribonzuelo que estaba ajumado. ¡Buen pedazo de jaca! Juraría que se ha citado contigo. ¿Qué me dices, perro ventero? Vamos, que no te las sabes arreglar con ellas. Diantres, se las sabe todas, dijo Mr. Lynch. Maneras de cama son las que se usan en la hospedería Mater. Demontres ¿acaso no les hace la mamola el Doctor O'Gargle a las monjas? Que me condene si no me lo reveló mi Kitty que ha sido limpiadora en el hospital a lo largo de estos siete meses. Que Dios me ampare, doctor, pronumpió el joven petimetre del chaleco lila, simulando una sonrisa boba afeminada y con retorsiones indecorosas de cuerpo. ¡Cómo os mofáis del personal! ¡Joroba de hombre! ¡Jesús, María y José! Estoy tiembla que tiembla. ¡Caray, sois tan malo como el padrecito Dondetetocó, que sí que lo sois! Que me atore este cuartillo de a ochavo, gritó Costello, si no está en camino de tener familia. Conozco a la señora que lleva barriga en cuanto le pongo la vista encima. El joven galeno, sin embargo, se levantó y rogó a la compaña que excusara su apartamiento ya que la enfermera acababa de informarle que era reclamado en la sala. La providencia misericordiosa había propiciado que terminaran los sufrimientos de la señora que estaba *enceinte* que había soportado con loable fortaleza y había dado a luz un hermoso niño. Me causan inquietud, dijo, aquellos que sin conocimientos para estimular ni saber para instruir, envilecen una ennoblecedora profesión que, salvando los respetos debidos a la Deidad, es la mayor fuerza de felicidad sobre la tierra. Soy categórico cuando aseguro que si necesario fuera podría aportar una tan grande nube de testigos que hablaría de las excelencias de un tan noble ejercicio que, lejos de ser objeto de maledicencias, debería ser un estímulo glorioso en el corazón de los hombres. No puedo sufrirlos. ¿Pues qué? ¿Difaman a una como ella, la gentil doncella Callan, que es la gloria de su sexo y portento del nuestro? ¿Y en la ocasión más trascendental que pueda acaecerle a una insignificante criatura de barro? ¡Al infierno tal idea! Me estremezco al pensar en el futuro de una raza donde se han sembrado las semillas de una tal malicia y donde no se otorga el debido respeto a la maternidad ni a la doncellez en la casa de Home. Puesto de manifiesto este reproche saludó a los presentes en la francachela y enderezó sus pasos hacia la puerta. Un murmullo de aprobación se levantó de todos y algunos estaban por echar fuera al vulgar beodo sin más miramientos, propósito que se habría realizado y sólo habría recibido lo justamente merecido de no ser porque amenguó su transgresión confirmando con una horrenda imprecación (ya que maldecía a manos llenas) que él era tan buen hijo de la grey verdadera como el que más. Que me partan, dijo, si no han sido ésos siempre los sentimientos del honrado Frank .Costello en los que fui criado singularmente en honrar a tu padre y a tu madre que tenía muy buena mano para los rollitos de hojaldre o para un pudín como nunca se haya visto otra y la tengo siempre presente en mi corazón amoroso.

Volviendo a Mr. Bloom que, tras su primera aparición, había advertido ciertas chanzas impúdicas con las que no obstante él había tenido paciencia por ser finto de la edad a la que normalmente se le carga no conocer la compasión. Las jóvenes lumbreras, es verdad, rebosaban de extravagancias como si de zagalones se tratara: las palabras de sus tumultuarias discusiones se entendían con dificultad y no siempre eran escogidas: su irascibilidad y escandalosas mots eran tales que las entendederas de él flaqueaban: tampoco eran ellos sumamente sensibles al decoro aun cuando el fondo de salvajes espíritus animales hablara por ellos. Pero las palabras de Mr. Costello eran para él un lenguaje desagradable pues le daba náuseas aquel desgraciado que le parecía una criatura desorejada de una desdichada gibosidad, nacido fuera del matrimonio y empujado al mundo hecho un jorobado dentudo y con los pies por delante, que la huella de las pinzas del cirujano en su cráneo dejaron en verdad su rastro, para hacerle a uno pensar en el eslabón perdido en la cadena de la creación echado de menos por el ya fallecido ingenioso Mr. Darwin. Había traspasado ya el tramo medio de duración de vida y había probado las mil y una vicisitudes de la existencia y, procediendo de antepasados cautelosos y él mismo hombre de una desusada previsión, le había impuesto a su corazón reprimir toda convulsión de cólera creciente y, atajándola con pronta precaución, fomentar en su pecho esa plenitud de tolerancia de la que hacen escarnio las mentes vulgares, juzgadores atolondrados menosprecian y todos hallan aceptable aunque sólo aceptable. A todos

aquellos que se imaginan sagaces a costa de la finura femenina (una costumbre mental que él nunca aprobó) a esos no les concedería siquiera exhibir el nombre ni heredar la tradición de una clase decente: mientras que para esos tales que, habiendo perdido todo dominio sobre sí mismos, ya no pueden perder más, ahí quedaba el áspero antídoto de la experiencia para forzar a su insolencia a batirse en precipitada e ignominiosa retirada. Y no es que él no pudiera congraciarse con la impetuosa juventud que, no importándole las recriminaciones de los vejestorios o refunfuños de los estrictos, siempre está pronta (como dice la púdica fantasía del Santo Autor) a comer del árbol que le está prohibido aunque no llega tan lejos como para preterir a la humanidad bajo ninguna condición en absoluto para con una dama cuando ella se ocupaba de sus legítimas necesidades. Para terminar, mientras que a juzgar por las palabras de la hermana él había contado con rapido alumbramiento se sintió, sin embargo, hay que reconocerlo, un tanto aliviado con la información de que la descendencia tan auspiciada después del sufrimiento de tamaña dureza testimoniara ahora una vez más en favor de la misericordia a la vez que de la generosidad del Ser Supremo.

De conformidad con lo cual abrió su corazón al vecino de asiento, diciendo que, para manifestar su criterio sobre el asunto, su opinión (y tal vez no debería manifestar ninguna) era que había que tener un temperamento frío y un talante glacial para no alegrarse con las frescas noticias de la fructificación del parto puesto que había pasado por tales dolores y no por culpa de ella. El petimetre galán dijo que era del marido que la había puesto en aquella expectación o que al menos él debería haber sido a menos que ella fuera una matrona efesia más. Debo informaros, dijo Mr. Crotthers, aporreando la mesa como para producir un comentario de énfasis resonante, que el viejo Gloria Alleluyarum estuvo de nuevo por aquí hoy, un hombre ya mayor patilludo, formulando nasalmente la petición de hablar con Wilhelmina, mi vida, como él la llama. Le rogué que se mantuviera al aviso puesto que el acontecimiento tendría lugar en breve. De montres, os seré sincero. No puedo por menos que encomiar la potencia viril del viejo buco que aún es capaz de hacerle otro hijo. Todos se metieron en alabanzas, cada uno a su modo, aunque el mismo joven petimetre mantuvo su anterior parecer de que era alguien distinto de su cónyuge el hombre que había metido el palo en la raja, un clérigo misacantano, un paje de hacha (virtuoso) o un vendedor itinerante de artículos que se necesitan en cualquier casa. Extraña, departió consigo el invitado, la facultad prodigiosamente desigual de metempsicosis que poseen, para que el dormitorio puerperal y el anfiteatro de disecciones los conviertan en seminarios de tal frivolidad, para que la mera adquisición de títulos académicos sea suficiente para transformar en un santiamén a estos devotos de la superficialidad en practicantes ejemplares de un arte que la mayoría de los hombres cualquiera que fuera su eminencia han estimado el más noble. Pero, añadió aún más, eso es quizabes para liberar los sentimientos aprisionados que en general les oprimen porque yo he observado más de una vez que Dios los cría y ellos se juntan para retozar.

Pero icon qué anuencia, permítase preguntar al noble señor, su patrón, háyase este forastero, a quien el favor de un gracioso príncipe ha acogido a los derechos civiles, erigido en señor supremo de nuestra política interior? ¿Dónde se halla ahora esa gratitud que la lealtad debería haber aconsejado? Durante la guerra reciente cuando quiera que el enemigo tenía una ventaja temporal con sus granados ¿acaso este traidor de los suyos no aprovechaba el momento para disparar su pieza contra el imperio del que él es un ocupante a voluntad mientras él temblaba por la seguridad de sus cuatro por ciento? ¿Ha olvidado esto como olvida todos los beneficios recibidos? ¿O es que de ser un embaucador de otros se ha convertido al fin en su propio burlador como lo es, si los rumores no lo desmienten, su propio y solo gozador? Lejos esté de la confianza mancillar la alcoba de una dama decente, la hija de un valeroso comandante, o arrojar la más remota censura sobre su virtud pero si provoca nuestra atención sobre eso (como ciertamente estaba muy en su interés el no hacerlo) pues que así sea. Infeliz mujer, durante demasiado tiempo y con demasiado empeño le ha sido negada la legítima prerrogativa de escuchar sus conminaciones con ningún otro sentimiento que no fuera el de la irrisión del desesperado. ¡Él lo dice, censor de la moralidad, un verdadero pelícano por su piedad, que no tuvo escrúpulos, insensible a los vínculos de la naturaleza, en intentar contacto camal ilícito con una fámula sacada de los estratos más bajos de la sociedad! ¡Aún más, de no ser porque el escobón de la sirvienta se convirtió en su ángel tutelar, a ella le habría ido tan mal como le fue a Agar, la egipcia! En cuanto al asunto de los pastizales su agriada aspereza es notoria y en presencia de Mr. Cuffe provocó por parte de un ganadero indignado una réplica mordaz formulada en términos tan directos como bucólicos. Mal va con él predicar ese evangelio. ¿Acaso no tiene muy cerca de casa un campo fértil que está en barbecho por falta de reja de arar? Un hábito reprensible en la pubertad se convierte en algo usual y en

oprobio de la madurez. Si ha de derramar su bálsamo de Galaad en panaceas y apotegmas de dudoso gusto para devolverle la salud a una generación de bisoños disolutos, que se ocupe de que la práctica radique más en las doctrinas en las que ahora está absorbido. Su pecho marital es el depositario de secretos que el decoro es reacio a mencionar. Las obscenas insinuaciones de alguna belleza marchita pueden consolarle de una consorte abandonada y seducida pero este nuevo defensor de la moral y curador de males es a lo sumo un árbol exótico que, cuando echó raíces en su oriente originario, prosperó y floreció y abundó en bálsamo pero, trasplantado a un clima más templado, sus raíces han perdido su antiguo vigor mientras que la esencia que de ahí brota está inerte, agria e inoperante.

La noticia fue comunicada con una circunspección que recordaba las costumbres ceremoniales de la Sublime Puerta por la segunda enfermera al oficial auxiliar médico interno, quien a su vez anunció a la delegación que un heredero había nacido. Cuando se hubo dirigido al pabellón de mujeres para asistir a la ceremonia prescrita de secundinas en presencia del secretario de estado de asuntos internos y los miembros del consejo privado, en silencio y por unánime agotamiento y aprobación los delegados, irritados por la duración y solemnidad de la vigilia y esperando que el feliz acontecimiento habría de paliar una libertad que la ausencia simultánea de la menina y el obstetra hacía más fácil, prorrumpieron al pronto en una quistión de lenguas. En vano la voz de Mr. Agente de Publicidad Bloom se oyó empeñada en recomendar, en apaciguar, en moderar. El momento era my propicio para el despliegue de ese discurrimiento que parecía el único lazo de unión entre temperamentos tan divergentes. Cada fase de la situación era sucesivamente eviscerada: la repugnancia prenatal de hermanos uterinos, la operación de cesárea, la postumidad con respecto al padre y, la forma aún más rara, con respecto a la madre, el caso fratricida conocido como el crimen Childs y convertido en memorable por la apasionada defensa de Mr. Abogado Defensor Bushe que consiguió la absolución del injustamente acusado, los derechos de primogenitura y el subsidio real tocante a mellizos y trillizos, abortos e infanticidios, fingidos o disimulados, el foetus in foetu acárdico y la aprosopia debida a la congestión, la agnación de ciertos chinos chin mentón (citado por Mr. Aspirante Mulligan) como consecuencia de la defectuosa concurrencia de protuberancias maxilares a lo largo de la línea central de tal manera (como él dijo) que un oído pudiera oír lo que el otro hablaba, las ventajas de la anestesia o sueño crepuscular, la prolongación de los dolores de parto en embarazo avanzado por causa de la presión en la vena, la pérdida prematura del líquido amniótico (según se ilustraba en el caso presente) con el consiguiente peligro de sepsis para la matriz, la inseminación artificial por medio de jeringas, la involución del útero como consecuencia de la menopausia, el problema de la perpetración de la especie en el caso de mujeres fecundadas en violación delictiva, la angustiosa clase de parto llamada por los brandenburgueses *Sturzgeburt, los* casos registrados de nacimientos multiseminales, bispermáticos y monstruosos concebidos en el periodo cataménico o de padres consanguíneos — en una palabra todos los casos de nacimientos humanos que Aristóteles ha clasificado en su obra maestra con ilustraciones cromolitográficas. Los más graves problemas de obstetricia y de medicina forense fueron examinados con tanta animación como las creencias más populares sobre el estado de embarazo tales como la prohibición a una mujer embarazada de pasar por encima de un cercado rural por temor a que, con el impulso, el cordón umbilical estrangulara a la criatura y la orden de, en la eventualidad de un antojo, albergado ardiente e inútilmente, colocar la mano en esa parte de su persona que el uso tradicional ha dado en llamar asiento del castigo. Las anormalidades de labio leporino, verruga en el pecho, dedos supernumerarios, angiomas, casabillos y lentigos fueron alegados por uno como una prima *facie* y explicación natural hipotética de esos niños ocasionalmente nacidos con cabeza de cerdo (el caso de Madame Grissel Steevens fue recordado) o con pelo de perro. La hipótesis de una memoria plasmática, anticipada por el enviado caledonio y digna de la tradición metafísica del país que él representaba, concebía en tales casos un paro del desarrollo embrionario en algún momento precedente al humano. Un delegado extravagante defendió en contra de estos dos puntos de vista, con tal ardor que casi llegó a convencer, la teoría de la copulación entre mujeres y animales machos, las fuentes eran según su propia confesión las fábulas tales como la del Minotauro, que el genio del exquisito poeta latino nos ha legado en las páginas de su Metamorfosis. La impresión que causaron sus palabras fue inmediata aunque fugaz. Fue eclipsada tan fácilmente como había sido provocada por una alocución de Mr. Aspirante Mulligan en esa vena de jocosidad que nadie mejor que él sabía cómo fingir, postulando como el supremo objeto de deseo un anciano agradable y limpio. Simultáneamente, habiendo surgido un acalorado debate entre Mr. Delegado Madden y Mr. Aspirante Lynch concemiente al dilema jurídico y teológico originado en el caso de un gemelo siamés que premuera al otro, la dificultad por

consentimiento mutuo fue remitida a Mr. Agente de Publicidad Bloom para sometimiento urgente a Mr. Diácono Coadjutor Dedalus. Hasta el momento en silencio, bien para mejor probar por gravedad pretematural esa curiosa dignidad de la vestimenta con la que estaba investido o por obediencia a una voz interior, expresó brevemente, y como algunos opinaron, descuidadamente el mandato eclesiástico que prohibe al hombre separar lo que Dios juntó.

Pero la historia de Malaquías comenzó a helarles de horror. Invocó la escena ante ellos. El entrepaño secreto detrás de la chimenea retrocedió y en el hueco apareció — Haines! ¿A quién de nosotros no se le puso la carne de gallina? Tenía una cartera llena de literatura celta en una mano, en la otra un frasco marcado *Veneno.* Sorpresa, horror y asco se dibujaron en las caras de todos al tiempo que él les miraba con una mueca fantasmal. Contaba con una recepción así, comenzó con una risa horripilante, de lo que, parece ser, la historia tiene la culpa. Sí, es verdad. Yo soy el asesino de Samuel Childs. ¡Y ved cómo ahora soy castigado! El infierno no guarda terrores para mí. Ésta es mi condición. Por las llagas de Cristo ¿cómo podría descansar, se quejó roncamente, mientras vago por Dublín todo este tiempo con mi lote de canciones y él tras de mí tal que un alma en pena o un fantasma? Mi infierno, y el de Irlanda, está en esta vida. Esto es lo que intenté para borrar mi crimen. Distracciones, caza de grajos, el gaélico (recitó algo), láudano (se llevó el frasco a los labios), vivir en tienda de campaña. ¡Inútil! Su espectro me sigue los pasos. La droga es mi única esperanza .... ¡Ah! ¡Perdición! ¡La pantera negra! Con un grito de repente desapareció y el entrepaño retrocedió. Un instante después su cabeza apareció en la puerta de enfrente y dijo: Esperadme en la estación de Westland Row a las once y diez. Se fue. Las lágrimas brotaron a chorros de los ojos de la tropa disoluta. El adivino levantó las manos al cielo, murmurando: ¡La vendetta de Mananaurt! El sabio repitió: Lex talionis. Sentimental es aquel que gustaría gozar sin incurrir en la inmensa deuda de la cosa hecha. Malaquías, vencido por la emoción, enmudeció. El misterio había sido revelado. Haines era el tercer hermano. Su verdadero nombre era Childs. La pantera negra era ella misma el espectro de su propio padre. Bebía droga para borrar. Por este consuelo muchas gracias. La casa abandonada cerca del cementerio estaba deshabitada. Ni una sola alma viviría allí. La araña teje su telaraña en soledad. La rata nocturna acecha desde su agujero. Una maldición hay en ella. Está embrujada. Tierra de asesino.

¿Qué edad tiene el alma del hombre? Así como tiene la virtud del camaleón para cambiar su tinte con todo lo que se le acerca, de ser alegre con el divertido y triste con el abatido, del mismo modo su edad es cambiable de acuerdo con su humor. Leopoldo ya no es, sentado como está ahí, rumiando el bolo de la reminiscencia, aquel sensato agente de publicidad y poseedor de una modesta fortuna en fondos. Veinte años han pasado. Ahora es el joven Leopoldo. Ahí, como en sucesión retrospectiva, espejo dentro de un espejo (¡y listo!), se contempla a sí mismo. Se ve aquella figura joven de entonces, precozmente varonil, caminando en una mañana de escarcha desde la vieja casa en Clanbrassil Street hasta el instituto, la cartera llena de libros en bandolera, y en ella un buen trozo de pan de trigo, una idea de la madre. O quizás sea la misma figura, pasado ya un año más o menos, con su primer sombrero hongo (¡ah, aquél sí que fue un gran día!), ya en la calle, un viajante hecho y derecho de la empresa familiar, equipado con un libro de pedidos, un pañuelo perfumado (no sólo para lucirlo), un estuche de relucientes artículos de bisutería (¡ay, ya algo del pasado!) y una pilada de complacientes sonrisas para esta o aquella ama de casa medio conquistada calculando con los dedos o para una doncella en flor, tímidamente agradeciendo (¿y el corazón? ¡dime!) sus estudiados cumplidos. El perfume, la sonrisa, pero, más que todo eso, los ojos oscuros y los modales untosos, volvían a casa a la caída de la tarde con sus buenas comisiones junto al cabeza de la empresa, sentado con la pipa de Jacob después de idénticas tareas en el rincón de la chimenea destinado al padre (la comida de fideos, con toda certeza, se está recalentando) leyendo a través de lentes de concha algún periódico de Europa de hace un mes. Pero ah, y listo, el espejo se enturbia y el joven caballero errante se evapora, se consume, queda convertido en un punto diminuto en la niebla. Ahora él es el padre y los que están a su alrededor podrían ser sus hijos. ¿Quién podría decirlo? El padre sabio que sabe quién es su propio hijo. Él piensa en una noche de llovizna en Hatch Street, muy cerca de los almacenes, allí, la primera. Juntos (ella es una pobre niña abandonada, hija de la vergüenza, tuya y mía y de todos por sólo un chelín y su penique de la suerte), yuntos oyen los pasos cansinos de la guardia mientras dos sombras engabardinadas cruzan por la nueva universidad real. ¡Bndie! ¡Bridie Kelly! Nunca olvidará el nombre, siempre recordará la noche: la primera noche, noche de bodas. Están entrelazados en la más profunda oscuridad, el deseoso con la deseada, y en un instante Wat.) la luz inundará el mundo. ¿Daba vuelcos el corazón por el otro corazón? No, amable lector. En un solo suspiro se hubo consumado pero — ¡Espera! ¡Atrás! ¡No puede

ser! Espantada la pobre muchacha se escapa a través de las sombras. Es la novia de las tinieblas, hija de la noche. Incapaz de arrostrar la carga del niño soláureo del día. No, Leopoldo. El nombre y el recuerdo no son consuelo para ti. Aquella ilusión juvenil de tu fuerza te fue arrebatada, y por nada. No habrá hijo de tus lomos a tu lado. Nadie hay ahora que sea para Leopoldo, lo que Leopoldo fue para Rudolph.

Las voces se mezclan y funden en silencio empañado: silencio que es lo infinito del espacio: y rauda, calladamente el alma flota sobre órbitas de generaciones que han vivido. Una región donde siempre desciende la luz gris crepuscular, nunca cae sobre pastizales de verdesalvia, derramando su penumbra, esparciendo un rocío perenne de estrellas. Ella sigue a su madre con torpes pasos, una yegua que dirige a su potrilla. Son fantasmas de luz crepuscular, y sin embargo moldeados en la gracia profética de la estructura, finas caderas proporcionadas, cuello flexible y tendinoso, el cráneo dúctil e inquieto. Desaparecen, fantasmas en pena, todo se fue. Agendath es una tierra yerma, un hogar de lechuzas y de upupas de vista desmayada. Netaim, el dorado, ya no existe. Y llegan sobre el camino de las nubes, borbotando truenos de rebelión, los espectros de las bestias. ¡Eeh! ¡Escucha! ¡Eeh! La paralaje les sigue los pasos y aguijonea, los lancinantes relámpagos de su frente son escorpiones. El alce y el yac, los toros de Basán y de Babilonia, el mamut y el mastodonte, todos llegan agolpándose al mar abismado, Lacus Mortis. ¡Siniestra y vengativa hueste zodiacal! Aúllan, al pasar sobre las nubes, comados y capricomados, los de trompa con los de colmillo, los de melena de león, los gigantes astados, el de hocico y el reptil, el roedor, el rumiante y el paquidermo, toda su multitud aullante en movimiento, asesinos del sol.

Hacia el mar muerto caminan a beber, insaciados y con horribles tragantadas, la mar salina somnolienta inacabable. Y el portento equino crece de nuevo, engrandecido en el desierto de los cielos, no, de la propia magnitud del cielo, hasta que surge amenazante, vasto, sobre la casa de Venus. Y hela ahí, milagro de la metempsicosis, es ella, la novia eterna, anunciadora del lucero del alba, la novia, siempre virgen. Es ella, Martha, perdida, Millicent, joven, querida, radiante. Qué serena se yergue ahora, reina entre las Pléyades, en la penúltima hora antelucana, calzada con sandalias de oro brillante, tocada con velo de cómo se dice eso gasa. Flota, fluye por su carne estelar y suelta mana, esmeralda, zafiro, malva y heliotropo, sustentada sobre corrientes de frío viento interestelar, sinuosa, serpenteante, sencillamente arremolinándose, rebullendo en los cielos escritura misteriosa hasta que, tras una miríada de símbolos metamórficos, flamea, Alfa, rubí y signo triangular sobre la frente de Tauro.

Francis le hablaba a Stephen de los años del pasado cuando iban juntos a la escuela en los tiempos de Conmee. Preo guntó por Glaucón, Alcibíades, Pisístrato. ¿Dónde estarían ahora? Ninguno de los dos lo sabía. Has hablado del pasado y sus fantasmas, dijo Stephen. ¿Por qué pensar en ellos? Si les llamo a la vida a la otra orilla de las aguas del Leteo ¿no acudirán en tropel los pobres espíritus a mi llamada? ¿Quién lo supone? Yo, Bous Stephanoumenos, el bardo valedor de bueyes, señor y donador de su vida. Ciñó sus cabellos enmarañados con una guirnalda de hojas de parra, sonriendo a Vincent. Esa respuesta y esas hojas, le dijo Vincent, te adornarán más apropiadamente cuando algo más, y grandemente más, que un manojo de odas ligeras puedan llamar a tu genio padre. Todos lo que te quieren esperan eso de ti. Todos desean ver que creas la obra que meditas, llamarte Stephaneforos. De todo corazón espero que no les falles. Oh no, Vincent, dijo Lenehan, poniendo una mano en el hombro que estaba a su lado. No te preocupes. No podría dejar a su madre huérfana. La cara del joven se ensombreció. Todos podían ver cuán dificil resultaba para él que le recordaran su promesa y su reciente pérdida. Se habría retirado de la fiesta a no ser porque la algarabía de voces aliviaban el resquemor. Madden había perdido cinco dracmas en Cetro por un capricho del nombre del jinete: Lenehan otro tanto. Les habló de la carrera. La bandera se bajó y ¡hala! allá que se van, salen disparados, la yegua sale cornendo briosamente con O. Madden encima. Iba en cabeza. Todos los corazones en vilo. Incluso Filis no podía reprimirse. Agitó su pañuelo y gritó: ¡Hurra! ¡Cetro gana! Pero en la última recta de la carrera cuando todos iban en orden de salida el caballo del montón Tirado se puso a la misma altura, la adelantó, la dejó atrás. Ya todo está perdido. Filis se quedó silenciosa: sus ojos como tristes anémonas. Juno, exclamó, estoy perdida. Pero su amante la consoló y le trajo un brillante cofrecito de oro en el que yacían unas golosinas ovaladas que ella compartió. Una lágrima cayó: sólo una. Buena mano tiene con la fusta, dijo Lenehan, ese W. Lane. Cuatro ganadores ayer y tres hoy. ¿Qué jinete hay como él? Súbelo a un camello o a un furioso búfalo la victoria en cómodo galope es suya. Pero conformémonos según la vieja costumbre. ¡Suerte al desafortunado! ¡Pobre Cetro! dijo con un leve suspiro. Ya no es la yegua que solía. Nunca,

por éstas, veremos otra igual. Rediez, caballero, una reina entre todas las demás. ¿Te acuerdas de ella, Vincent? Ojalá hubieras visto hoy a mi reina, dijo Vincent. Qué joven y radiante estaba (Lálage casi no era hermosa a su lado) con sus zapatos amarillos y su vestido de muselina, no sé exactamente cómo se le llama. Los castaños que nos protegían estaban en flor: el aire estaba henchido de su olor persuasivo y del polen que flotaba a nuestro alrededor. En los claros soleados se podría fácilmente cocer sobre una piedra una hornada de esos bollos con pasas de Corinto dentro que Penplepómenos vende en su tenderete junto al puente. Pero ella no tenía nada que llevarse a la boca más que el brazo con el que yo la sostenía y en él que daba mordiscos pícaramente cuando la estrechaba demasiado. Hace una semana yacía enferma, cuatro días en el lecho, pero hoy estaba libre, alegre, se reía del peligro. Está más atractiva de ese modo. ¡Sus manojos también! Cabra loca que es, había arrancado un montón cuando nos recostamos yuntos. Y en confidencia, amigo mío, no te puedes imaginar a quién nos encontramos cuando dejábamos el campo. ¡Al mismísimo Conmee! Iba andando junto al seto, leyendo, creo que el breviario con, no me cabe duda, una carta festiva de Glicera o de Cloe para señalar la página. La dulce criatura se puso de todos los colores en su azaramiento, simulando apartar un ligero desorden en su vestido: una brizna de maleza se le había pegado, pues incluso los árboles la adoran. Cuando Conmee hubo pasado echó una mirada a su encantador eco en ese pequeño espejo que lleva consigo. Pero él había sido comprensivo. Al pasar nos había bendecido. Los dioses también son siempre comprensivos, dijo Lenehan. Si tuve poca suerte con la jaca de Bass quizás esta poción suya pueda servirme más adecuadamente. Dejó caer la mano sobre una jarra de vino. Malachi lo vio e inmovilizó la acción, señalando al forastero y a la etiqueta colorada. Cautelosamente, Malachi murmuró, guardad un silencio druídico. Su alma está lejos. Es quizás tan doloroso ser despertado de una visión como nacer. Cualquier objeto, profundamente considerado, puede ser la puerta de acceso al eón incorruptible de los dioses. ¿No lo ves así, Stephen? Teósofo así me lo dijo, contestó Stephen, al que en una anterior existencia los sacerdotes egipcios iniciaron en los misterios de la ley kármica. Los señores de la luna, me dijo Teósofo, una carga de anaranjado encendido procedente del planeta Alfa de la cadena lunar no estaba dispuesta a asumir los dobles etéricos y éstos por tanto se hicieron carne en los egos color rubí procedentes de la segunda constelación.

No obstante, de hecho sin embargo, la extravagante suposición de que él estuviera en un estado de abatimiento o algo parecido o hipnotizado algo que era enteramente debido a una idea falsa de índole totalmente superficial, en absoluto tenía fundamento. El individuo cuyos órganos visuales mientras lo de arriba tenía lugar estaban en esa coyuntura comenzando a mostrar síntomas de animación era tan astuto si no más astuto que cualquier criatura viviente y quienquiera que hiciera conjeturas al contrario habría hallado muy rápidamente que se encontraba en dirección equivocada. Durante los últimos cuatro minutos o por ahí había estado mirando fijamente una cierta cantidad de cerveza Bass embotellada por los Sres. Bass y Cía. en Burton-on-Trent que daba la casualidad estaba situada entre otras muchas justo enfrente de donde él estaba y que indudablemente se había calculado que atrajera la atención de cualquiera por razón de su envoltura colorada. Él estaba simple y llanamente, como subsiguientemente se reveló por razones sólo conocidas por él, que dio un cariz totalmente diferente a la discusión precedente, después de las observaciones del momento anterior sobre los días de la niñez y del hipódromo, recordando dos o tres transacciones particulares suyas de las que los otros dos eran mutuamente tan inocentes como niño por nacer. Finalmente, sin embargo, los ojos de ambos coincidieron y tan pronto como se dejó traslucir que el otro tenía la intención de servirse de la cosa él involuntariamente decidió servirle él mismo y en consecuencia echó mano al cuello del recipiente de cristal de tamaño medio que contenía el fluido buscado y ocasionó una copiosa merma en él al echar una buena cantidad del mismo con, también al mismo tiempo, sin embargo, un considerable grado de atención con el propósito de no derramar nada de la cerveza que había en él por todas partes.

La discusión que siguió fue en su alcance y rumbo un epítome de la carrera de la vida. Ni el lugar ni el concurso estaban desprovistos de dignidad. Los discutidores eran los más agudos del país, el tema del que se ocupaban el más noble y crucial. La importante sala de la casa de Home jamás había contemplado una asamblea tan representativa y tan variada ni los viejos pares de aquella institución habían nunca oído un lenguaje tan enciclopédico. Una espléndida vista era aquélla en verdad. Crotthers estaba allí al otro lado de la cabecera de la mesa con su vistosa vestimenta montañesa, el rostro radiante de los aires marinos del Mull de Galloway. También allí, frente a él, estaba Lynch en cuyo semblante asomaban ya los estigmas de una temprana depravación y sabiduría prematura. Junto al escocés estaba el sitio asignado a Costello, el excéntrico, mientras que a su lado estaba

sentado en imperturbable reposo el cuerpo rechoncho de Madden. La silla del médico interno estaba efectivamente vacía frente a la chimenea pero a ambos flancos el cuerpo de Bannon en equipo de explorador con pantalones cortos de paño y botos de cuero curtido contrastaba bruscamente con la elegancia lila y los modales urbanos de Malachi Roland St. John Mulligan. Por último a la cabecera de la mesa estaba el joven poeta que encontraba refugio a sus tareas pedagógicas e inquisiciones metafisicas en la atmósfera convivial de la discusión socrática, mientras que a la izquierda y derecha de él se acomodaban el fruslero pronosticador, recién llegado del hipódromo, y ese errante vigilante, sucio con el polvo de los caminos y de las luchas y manchado con el lodazal de un deshonor indeleble, pero de cuyo corazón inquebrantable y fiel ni señuelo ni peligro ni amenaza ni degradación podrían nunca hacerv.desaparacer la imagen de aquella belleza voluptuosa que el genial lápiz de Lafayette ha pintado para tiempos por venir.

Sería preferible dejar sentado aquí y ahora ya desde el principio que el pervertido trascendentalismo al que las argumentaciones de Mr. S. Dedalus (Divinitatis Scepticus) Parecerían acreditar como extremadamente adicto son justamente contrarias a los métodos científicos reconocidos. La ciencia, nunca ha de repetirse lo suficiente, trata de fenómenos tangibles. El hombre de ciencia como el hombre de la calle ha de enfrentarse a hechos pragmáticos que no cabe pasar por alto y explicarlos de la mejor manera posible. Puede haber, es verdad, interrogantes para los que la ciencia no o tiene respuesta — por ahora — como es el caso del primer problema que Mr. Bloom (Agente de Publicidad) propuso en relación con la fijación del sexo en el futuro. ¿Hemos de aceptar la opinión de Empédocles de Trinacria sobre que el ovario derecho (el periodo posmenstrual mantienen otros) es el causante del nacimiento de varones o son los espermatozoos largamente desdeñados o los nemaspermos los factores determinantes o es, como la mayoría de los embriologistas se inclinan a pensar, tales como Culpepper, Spallanzani, Blumenbach, Lusk, Hertwig, Leopold y Valenti, una mezcla de ambos? Eso sería tanto como aceptar una cooperación (uno de los mecanismos predilectos de la naturaleza) entre el nisus formativus del nemaspermo por una parte y por la otra una posición afortunadamente elegida, succubitus felix, del elemento pasivo. El otro problema formulado por el mismo inquiridor no es de menor importancia: la mortalidad infantil. Es interesante porque, como muy oportunamente señala, todos nacemos de la misma manera pero morimos de maneras diferentes. Mr. M. Mulligan (Doctor en Higiene y Eugenesia) culpa a las condiciones sanitarias de que nuestros ciudadanos de pulmones cenicientos contraigan adenoides y dolencias pulmonares etc. al inhalar las bacterias que rondan por el polvo. Estos factores, alegó, y el repugnante espectáculo que ofrecen nuestras calles, las espantosas vallas publicitarias, ministros de Dios de todas las denominaciones, soldados y marineros mutilados, cocheros con el escorbuto al descubierto, cuerpos de animales muertos colgando, solteros paranoicos y dueñas estériles — todo esto, dijo, explicaba todas y cada una de las deficiencias en la calidad de la raza. La calipedia, profetizó, pronto sería adoptada de modo general y todas las bendiciones de la vida, música auténticamente buena, literatura amena, filosofia sencilla, cuadros instructivos, reproducciones en escayola de las estatuas clásicas como las de Venus y Apolo, fotografias artísticas en colores de bebés de concurso, todas estas pequeñas atenciones permitirían a las señoras que se encontraran en estado interesante pasar los meses intermedios de la manera más agradable. Mr. J. Crotthers (Licenciado en Retórica) atribuye algunos de estos fallecimientos a trauma abdominal en el caso de mujeres trabajadoras sujetas a labores pesadas en las fábricas y a la disciplina marital en el hogar aunque con mucho la inmensa mayoría a la dejadez, personal o pública, que culmina en el abandono de los infantes recién nacidos, la práctica de abortos criminales o en el atroz crimen de infanticidio. Aunque lo anterior (estamos pensando en la dejadez) es indudablemente cierto el caso que menciona de enfermeras que se olvidan tomar nota de las esponjas en la cavidad pentoneal es demasiado raro como para ser normativo. De hecho cuando uno se para a examinar el asunto lo extraordinario es que tantos embarazos y partos salgan bien como es el caso, considerado en su conjunto y a pesar de nuestras limitaciones humanas que a menudo obstaculizan a la naturaleza en sus designios. Una idea ingeniosa es la emitida por Mr. V. Lynch (Licenciado en Matemáticas) que lo mismo la natalidad como la mortalidad, así como todos los demás fenómenos de evolución, los movimientos de las mareas, las fases lunares, la temperatura de la sangre, las enfermedades en general, todo, en resumidas cuentas, en la vasta fábrica de la naturaleza desde la extinción de algún sol remoto hasta el florecimiento de una de las incontables flores que embellecen nuestros parques públicos está sujeto a una ley de numeración hasta ahora no descifrada. Sin embargo la cuestión llana y sencilla de por qué un niño de padres normalmente sanos y un niño aparentemente sano y bien cuidado sucumbe inexplicablemente en la niñez temprana (aunque otros niños

del mismo matrimonio no) debe en efecto, en palabras del poeta, hacemos cavilar. La naturaleza, podemos estar tranquilos, tiene sus buenas y poderosas razones para todo lo que hace y con toda probabilidad esas muertes se deben a alguna ley de previsión por la cual los organismos en los que gérmenes morbosos han fijado su residencia (la ciencia moderna ha demostrado de modo concluyente que sólo la sustancia plásmica puede decirse que sea inmortal) tienden a desaparecer en una etapa cada vez más temprana de su desarrollo, medida que, aunque origen de sufrimiento para algunos de nuestros sentimientos (de manera sobresaliente para el maternal), es no obstante, opinamos algunos de nosotros, a la larga beneficiosa para la raza en general al asegurar con ello la supervivencia de los más aptos. La indicación (¿o habría que llamarla interrupción?) de Mr. S. Dedalus (Divinitatis Scepticus) de que un ser omnívoro pueda masticar, deglutir, digerir y aparentemente pasar a través del conducto habitual con imperturbabilidad pluscuamperfecta alimentos tan diversos que mujeres de aspecto canceroso demacradas por el parto, corpulentos caballeros facultativos, por no hablar de políticos icténcos y monjas cloróticas, podrían muy probablemente hallar alivio gástrico en una inocente colación de tambaleantes inmaduros, revela como ninguna otra cosa y con un aspecto muy desagradable la tendencia aludida arriba. Para ilustración de aquellos que no tienen un conocimiento profundo de las minucias del matadero municipal, como este esteta de mórbida mentalidad y filósofo en embrión que a pesar de su presuntuoso engreimiento con asuntos científicos dificilmente es capaz de distinguir un ácido de un álcali se enorgullece de ser, debería quizás consignarse que tambaleantes inmaduros en el argot vil de nuestros vendedores de bebidas de baja estofa significa la carne guisable y comestible de un temero que acaba de caer de su madre. En un reciente debate público con Mr. L. Bloom (Agente de Publicidad), que tuvo lugar en el salón de reuniones del Hospital Nacional de Maternidad, en los números 29, 30 y 31 de Holles Street, del cual, como es bien conocido, el Dr. A. Home (Licenciado en Ginecología, antiguo Caballero del Queen's College de Médicos de Irlanda) es eficaz y estimado director, aseguran testigos presenciales que declaró que una vez que la mujer ha dejado entrar el gato en el saco (alusión de esteta, probablemente, para uno de los procesos de la naturaleza más complicados y maravillosos — el acto del congreso sexual) ha de dejarlo salir de nuevo o darle vida, según expresión suya, para salvar la propia. Poniendo en peligro la de ella, fue la expresiva respuesta de su interlocutor, aunque no por el tono moderado y mesurado en que fue expresada fuera por ello menos eficaz.

Entretanto la técnica y paciencia del fisico habían provocado un feliz *accouchement.* Había sido un tiempo muy muy agotador tanto para la paciente como para el médico. Todo lo que la técnica quirúrgica podía hacer se hizo y la esforzada mujer había ayudado como un hombre. Desde luego que había ayudado. Había combatido el buen combate y ahora era muy muy feliz. Aquellos que ya no están entre nosotros, aquellos que ya se fueron, también serán felices cuando miren desde arriba y sonrían ante la conmovedora escena. Reverentemente la contemplan ahí reclinada con la luz maternal en sus ojos, ese apetito ansioso por los dedos del bebé (tierna escena de ver), en el primer florecer de su nueva maternidad, suspirando una muda plegaria de acción de gracias a Aquel que está en lo alto, al Esposo Universal. Y cuando sus ojos amorosos contemplan a su hijito ella sólo pide una bendición más, tener allí a su lado a su querido Papaíto para compartir su gozo, echar en sus brazos ese pellizco de arcilla divina, finto de sus abrazos legítimos. Él ya va siendo mayor (dicho sea en voz baja entre tú y yo) y un poquito cargado de hombros aunque con el vaivén de los años una severa dignidad se ha abatido sobre el cuidadoso contable segundo del Banco del Ulster, sucursal de College Green. ¡Oh Papaíto! ¡Amado de siempre, ya fiel compañero de una vida, nunca han de volver aquellos lejanos tiempos de rosas! Con ese característico estremecimiento de su linda cabeza ella recuerda aquellos días. ¡Dios mío! ¡Qué bellos ahora a través de la bruma de los años! Mas sus hijos se apiñan en su imaginación junto a la cabecera, de ella y de él, Charley, Mary Alice, Fredenck Albert (si hubiera vivido), Mamy, Budgy (Victoria Frances), Tom, Violet Constance Louisa, el querido y pequeño Bobsy (así llamado por nuestro famoso héroe en la guerra de Sudáfrica, lord Bobs de Waterford y Candahar) y ahora esta última prenda de su unión, un Purefoy donde los haya, con la nariz de un auténtico Purefoy. La joven promesa habrá de ser bautizada con el nombre de Mortimer Edward por el influyente primo tercero de Mr. Purefoy el de la oficina del Alto Comisario del Tesoro Público, en el Castillo de Dublín. Y así discurre el tiempo: aunque el padre Cronos ha repartido poco. No, no permitas que por ese pecho se abra paso suspiro alguno, querida y buena Mina. Y, Papaíto, sacude las cenizas de tu pipa, el acostumbrado brezno aún mantendrás cuando el último toque suene por ti (¡ojalá ese día aún esté lejos!) y entremuera la luz con la que leías en el Libro Sagrado porque también el aceite se acaba, y así con corazón tranquilo a la cama, a descansar. Él sabe y llamará a la

mejor hora. También tú has combatido el buen combate y ejecutaste fielmente tu papel de hombre. Señor, ahí va mi mano. ¡Bien, siervo bueno y fiel!

Hay pecados o (llamémoslos como el mundo los llama) memorias malignas que el hombre oculta en el ámbito más recóndito de su corazón pero allí siguen y esperan. Él puede que permita que sus memorias se nublen, que les permita ser como si nunca hubieran existido y casi persuadirse a si mismo de que no existieron o al menos de que fueron de otra manera. Sin embargo una palabra imprevista las hará surgir de nuevo y se alzarán para enfrentarse a él en las más variadas circunstancias, en forma de visión o de sueño, o al tiempo que la pandereta o el arpa sosiegan sus sentidos o a mitad de la fresca tranquilidad plateada de la tarde o en el banquete, a medianoche, cuando esté ahíto de vino. No para insultarle caerá sobre él la visión como sobre alguien sumido bajo su ira, no por venganza para apartarlo de los vivos sino envuelta en patético vestiario del pasado, silenciosa, remota, reprobadora.

El forastero aún veía allí en el rostro frente a él un lento retroceso de esa falsa calma, acuciada, según parece, por el hábito o por alguna treta calculada, por palabras tan rencorosas como para acusar a quien las decía de insano, de *flair,* por las cosas más crueles de la vida. Una escena se desgrana en la memoria del observador, evocada, podría ser, por una palabra de una sencillez tan natural que se diría que aquellos días estaban realmente presentes allí (como algunos pensaban) con sus placeres al alcance. Una explanada de césped cortado una tarde templada de mayo, la bien recordada arboleda de lilas en Roundtown, moradas y blancas, fragantes y esbeltas espectadoras del juego pero con gran interés en las bolitas según avanzan lentamente por el prado o chocan y se paran, el uno junto al otro, con una leve sacudida de alerta. Y allá por aquella urna gris donde de tiempo en tiempo el agua circula en riego pensativo se veía otra hermandad de semejante fragancia, Floey, Atty, Tiny y su amiga más oscura con un no sé qué de vistosidad de porte por aquel entonces, Nuestra Señora de las Cerezas, un encantador racimo con ellas elaborado colgaba de una oreja, resaltando con gran delicadeza el calor extraño de la piel contra la finta de ardiente frescura. Un chicuelo de cuatro o cinco años vestido de tosca mezcla (tiempo de floración mas habrá alegría en la plácida chimenea cuando no muy tarde los cuencos se recojan y guarden en el abaz) está erguido sobre la urna protegido por ese círculo de afectuosas manos de niña. Frunce el ceño un poco como también lo hace este joven ahora con un deleite del peligro quizás demasiado consciente pero por fuerza ha de mirar a ratos hacia donde su madre observa desde la piazzetta que da al macizo de flores con una leve sombra de lejanía o de reproche *(alíes Vergängliche)* en su mirada alegre.

Tomad buena nota de esto y recordad. El final llega de pronto. Entrad en esa antecámara del nacer donde los estudiosos se reúnen y reparad en sus rostros. Nada, al parecer, de premura o violencia. La quietud de la custodia, más bien, como corresponde a la categoría de esa casa, la guarda vigilante de los pastores y de los ángeles alrededor de un pesebre en Belén de Judá tiempo ha. Pero lo mismo que antes del relámpago las apretadas nubes de tormenta, abrumadas de desbordante exceso de humedad, en abombadas masas túrgidamente dilatadas, circundan el cielo y la tierra en único y vasto sopor, cerniéndose sobre campos sedientos y la modorra de los bueyes y la marchita vegetación de matorrales y verdor hasta que en un instante un destello hiende sus entrañas y con el resonar del trueno el aguacero derrama su torrente, de este y no de otro modo fue la transformación, violenta e instantánea, cuando se hizo la palabra.

¡Al pub de Burke! sale disparado milord Stephen, profiriendo el grito, y toda la caterva de ellos tras él, el gallito, el chisgarabís, el petardero, el medicastro, Bloom el puntilloso pisándoles los talones con un agarre general de gorras, varas de fresno, floretes, panamás y vainas, garrotas de Zermatt y qué sé yo más. Una partida de recia juventud, noble cada uno de aquellos estudiantes. La enfermera Callan estupefacta en el corredor no puede frenarlos ni tampoco el sonriente cirujano que baja las escaleras con la noticia de la placentación terminada, su buena libra tiene. Le jalean al pasar. ¡La puerta! ¿Está abierta? ¡Ah! Ya están fuera, en tumulto, en carrerilla, dándole a la pata con brío, el pub de Burke en Denzille y Holles su meta final. Dixon les sigue dando suelta a su lengua afilada pero suelta un taco, él también, y sin parar. Bloom se detiene con la enfermera un momento para enviarle unas palabras de afecto a la feliz madre y al niño de pecho ahí arriba. El Doctor Dieta y el Doctor Quieta. ¿No parece también ella otra ahora? La sala de vigilancia en la casa de Home ha escrito su historia en esa palidez descolorida. Luego habiéndose ido todos, con la ayuda de una chispa de sentido común susurra de cerca al pasar: Señora ¿cuándo viene la cigüeña para vos?

El aire de fuera está impregnado de la humedad de las gotas del rocío, esencia celestial

de la vida, brillando sobre la piedra de Dublín ahí bajo un *coelum* de estrellas incandescentes. Aire de Dios, el aire del Padre de la Creación, blando aire en centelleo circundante. Inspíralo en lo más profundo de tu ser. ¡Cielo santo, Theodore Purefoy, has consumado una bizarra empresa y no eres farfallón! Vos sois, por mi vida lo mantengo, el más admirable progenitor sin excepción alguna en ésta más que farragosa crónica camelante y todaincluyente. ¡Pasmoso! En ella había una preformada posibilidad por Dios concebida y por Dios otorgada que vos habéis hecho fructificar con vuestra pizca de empeño de hombre. ¡Sedle fiel! ¡Servidla! Continúa en tu duro trabajo, labora como un auténtico sabueso y al diablo con la academia y los maltusiastas. Vos sois todos sus papaítos, Theodore. ¿Os dobláis bajo el peso, agobiado por las cuentas del carnicero en casa y por los lingotes de oro (no vuestros) en la oficina del banco? ¡Erguid la cabeza! Por cada recién nacido cobraréis una fanega de trigo maduro. Mirad, vuestro vellón está empapado. ¿Envidiáis a Píramo y Tisbe? Una cotorra impertinente y un chucho legañoso son toda su progenie. ¡Bah, os lo aseguro! No es más que un mulo, un gasterópodo muerto, sin empuje ni nervio, que no vale ni un cuproníquel rajado. ¡Cópula sin prole! ¡No, os lo digo! La matanza de los inocentes de Herodes sería mejor su nombre. ¡Verduras, en verdad, y cohabitación estéril! ¡Dadle bistecs, rojos, crudos, con sangre! Es una vieja pandemónium de enfermedades, glándulas ensanchadas, paperas, anginas, juanetes, fiebre del heno, escoriaciones, tiña, riñón flotante, bocio, verrugas, ataques de bilis, cálculos biliares, aprensión, venas varicosas. ¡Tregua a los trenos y endechas y jeremiadas y a toda esa música propia de los difuntos! Veinte años de eso, no los lamentéis. Con vos no ocurre como con muchos que quieren y querrían pero esperan y nunca — lo consiguen. Vos visteis vuestra América, vuestro cometido en la vida, y atacasteis para dominar como el bisonte transponte. ¿Cómo dice Zaratustra? *Define Kuh Trübsal melkest Du. Nun trinkst Du die süsse Mikh des Euters.* ¡Mirad! Revienta por vos con abundancia. ¡Bebed, hombre, una ubre completa! Leche de madre, Purefoy, leche humana, leche también de las estrellas que apuntan en lo alto rutilantes en tenue vapor de agua, la leche del ponche, como la que esos tarambanas tragarán en el antro del chisguete, leche de la locura, leche y miel de la tierra de Canaán. El pezón de vuestra vaca estaba duro ¿qué me dices? Sí, pero su leche es tibia y dulce y nutritiva. No es esto aguachirle sino espeso y sabroso calostro. ¡Por ella, viejo patriarca! ¡Chupa! *Per deam Partulam et Pertundam nunc est bibendum!*

Todos se largan de jarana, de bracete, berreando calle abajo. Viajeros con premiso pa trincar. ¿Dónde dormihte anoshe? Timoteo el de la cocorota abollada. A partir un piñón. ¿Hay pitones y rulés en el chabolo? ¿Dónde diantres están el matasanos y el trapero? Pendón yo no sabo. ¡Hurra, Dix! Adelante al cagatintas. ¿Dónde está Punch? Tranqui. ¡Jo, mirad al sotanosauno borracho saliendo der materná! *Benedicat vos omnipotens Deus, Pater et Filius.* Una gorda, míster. Los muchachos de Denzille Lane. ¡Al carajo, malditos! Pitando. Chipén, Chueta, arrempújalos y quítalos den medio. ¿Sus venís, caballero? Nadie se entrometa en tu vida. Ser un hombre mu mu bueno. Tos iguales estos pijos. *En avant, mes enfants!* Dispara fuego el uno mi menda la escopeta. ¡A Burke! ¡A Burke! Y luego avanzaron cinco parasangas. La infantería montada de Slattery. ¿Dónde está el puñetero escrotor? ¡El cura Steve, credo de los apóstatas! No y no ¡Mulligan! ¡En popa! Tirad palante. Ojo al reloj. Hora de ahuecar el ala. ¡Mullee! ¿Qué pasa contigo? *Ma mère m á mariée.* Las bienaventuranzas británicas ¡Ar! *Retamplatan digidi boumboum.* Los síes ganan. Para ser impreso y encuadernado en la imprenta de Druiddrum por dos señoras urdidoras. Cubiertas en piel de becerro de verde meón. El último grito en tonos artísticos. El libro más bello que jamás haya creado Irlanda en mis tiempos. *Silentium!* Aligera. Atención. Avanzad hasta la cantina más próxima y allí anexionaros de los depósitos de bebidas alcohólicas. ¡En marcha! Ran, rataplán, plan, los muchachos están (alineación a la derecha iar!) secos. Bock, vaca, banca, biblias, buldogs, buques, cabrones y obispos. Aunque sea en lo alto del patíbulo. Bock, vaca, patean las biblias. Cuando por Irlandaquenda. Patean a los pateadores. ¡Coño! Guardad el puñetero paso militroncho. Nos desplomamos. Garito de obispos. ¡Alto! Al pairo. Rugby. Melée, brazos arriba. No tocar para chutar. ¡Ay, mis piececitos! ¿Te duele? ¡Cantidad que lo siento!

Interrogante. ¿Quién apoquina aquí? Orgulloso dueño ni de un jodido comino. Me declaro sin blanca. Aposté y me he quedado tieso. Mí nasti de plasti. Ni blanca encima en toda la semana. ¿Qué va a ser? Aguamiel de nuestros padres para el *Übermensch.* Idem. Cinco cervezas. ¿Usted, señor? Limonada. No me dé la paliza, cordial del cochero. Estimula el calórico. Dándole cuerda a su peluco. Se paró de viejo para nunca más funcionar. Absintio para mí ¿capisca? ¡Caramba! Toma un ponche de huevo o una yema con tabasco y salsa de tomate. ¿La exacta? Mi pajató está en Peñaranda. Menos diez. Porrón de gracias. Ni mencionarlo. Cogió un trauma pectoral ¿eh, Dix? Afirmativo. Le bicó un abujón cuando durmía la mona en su gardín. Anida cerca del Mater. Está esposado. ¿Conoces a su

dona? Pos fijo. Tiene un body de aúpa. Verla en desavillé. Virguera en despelote. Guaperas pocholada. No como esas fideos, ni hablar del peluquín. Baja la persiana, querido. Dos Birras. Que sea lo mismo. A to meter. Si te caes no esperes pa levantarte. Cinco, siete, nueve. ¡Bien! Tiene un par de faros chachi, sin coña. Y el tetamen y el culamen. Hay que verlo pa creerlo. Tus ojos estrellados y tu cuello de alabrasto me robaron el corazón, Oh olor de lechada. ¿Señor? ¿Papa pal reuma? Todo bobadas, me pendonarás que diga. Pal populacho. Me paice que eres un grandísimo tontarras. ¿Y bien, doctor? ¿De vuelta del Trullo? ¿Tu corpulencia marcha O.K? ¿Cómo anda la prójima y los chamacos? ¿Va a soltar el paquete tu costilla? La bolsa o la vida. Santo y seña. Ahí hay donde arrascar. Lo nuestro es la muerte blanca y el nacimiento bermejo. ¡Ay! ¡Escupe contra el viento, jefe! Cable del Retorcido. Calcado de Meredith. ¡Jesuita jesificado, huevamizado, polipedúculo! Mi tiita le escribe a papi Kinch! El malomalito de Stephen descarría al buenobuenísimo Malachi.

¡Hurraa! Agarra el cuero, chavea. Pasa la caña. Aquí tienes tu ganmba, Jock, bragado enagüillas. ¡Que por mohos anellos prospeires e o piote fumege! Mi chupito. *Merci.* Ésta por nosotros. ¿Qué hace ése? Tiene la pierna delante del wicket. No me ensucies los arales nuevos. Trae acá un pelín de pimienta, eh tú. Agárralo como puedas. Carvi para llevar. ¿Diquelas? Gritos de silencio. Cada jambo con su pendanga. Venus Pandemos. Les *petites* femmes. Chica mala con jeta de la ciudad de Mullingar. Dile que yo peguntaba por ella. Agarrando a Sara por la almeja. En el camino de Malahide. ¿Yo? Si aquella que me sedujo al menos me hubiera dado el nombre. ¿Qué quieres por nueve peniques? Machree demicorazón, macruiskeen demitazón. Molly la cachonda para un ñaca-ñaca. Y un empujón con todas las ganas. *¡Ex!*

¿Esperando, maestro? Tela marinera. Puedes estar seguro. Pasmao, de ver que no cae un clavel. ¿Te enteras? Ése tiene una pasta gansa. He guipao casi tres libras hace un poco y dijo que eran suyas. Aquí el chache se ha presentao porque el pibe sa tirao el rollo ¿percibes? Hasta que aguante, como socio. Suelta la manteca. Dos machacantes y una cuca. ¿Amarraste la tangada de esos charranes franchutes? Pos aquí no te va a aprovechar de mucho. Mí sentilo tela. Por mi tierra no somos panolis. La hostia, tío. Que no estamos tan trompas. Au reservoir, mesie. Mutas gratias.

Sí, pos claro. ¿Qué te paice? En el tascucio. Trompa. Yaa veeo, zeñó. Gallito, dos días sin una gota. Soplando na más que clarete. ¡Amos quita! Echa un vistazo, venga. Hostilinas, estoy jodido. Y hasta ha ido al barbero. Demasiado cargao pa hablar. Con un tío del ferrocarril. ¿Cómo es eso? ¿Qué ópera le gustaría? La rosa de Castilla. Cas tilla. ¡La policía! Un poco de H2O para un caballerete hecho polvo. Mira las flores de Gallito. Géminis. Va a gritar. La moza rubia. Mi rubia. ¡Eh, cierra el pico! Corta Elías que me lías. Hoy tenía el ganador hasta que le di la pista segura. El diablo le guinde el coco a Stephen Hand por darme el soplo pa ese petardo de jamelgo. Le echó el guante al telegrama de las carreras del repartidor pez gordo Bass para la comisaría. Le metió en el bolsillo cuatro pelas y jipió el parte. Yegua en forma apostar fuerte. Una guinea por una calandria. Amos, no cuentes batallitas. Más cierto que Dios. ¿Irregularidad criminal? Pienso que sí. Seguro. Me lo meten en el trullo si la pasma se huele el tomate. La espalda de Madden arnvo chaveta de Madden. Oh lascivia refugio y fortaleza nuestra. Pirándose. ¿Tienes que irte? Derecho a casa de mami. Aguarda. Que alguien encubra mi bochorno. Aviado estoy si me descubre. Vuelve a casa, mi Gallito. Hastalaviste, mon viejo. No sulvides las prímulas pa ella. Confide. ¿Quén ta dao esa potrilla? Dé colega a colega. Cabal. De Pepino Chorra, su esposa. No hay martingala, el viejo Leo. Que la endiñe, te lo juro. Que hinque el pico si no. Vaya un santísimo fraile que estás hecho. ¿Y pur cuá no me lo cuentas? Pos, vale, si ese nu es jodío judío, pos, que yo la casque sin misa. Por pijo nuestro señor, amén.

¿Qué tal si nos piramos? Steve chavó, estás quemando un patrón. ¿Más bebestibles del capullo? ¿Permitirá el inmensamente esplendífero convidador a un convidado en la más extrema pobreza y con la sed más grandiciosa de gran tamaño consumir una cara libación inaugurada? Danos un respiro. Patrón, patrón ¿tiene buen vino, staboo? Venga, macho, un tientecito de ná. Que no falte. Media vuelta. ¡Bonifacio! Absintio a to pasto. *Nos omnes biberimus viridum toxicum, diabolus capiatposterioria nostria.* Hora de cerrar, señores. ¿Eh? Caldo de reserva pal cursi de Bloom. ¿Has dicho ceniza? ¿Bloo? Limosnea anuncios. El papi de la del estudio de fotos, que está pa comérsela. Disimula, socio. Piérdete. *Bonsoir la compagnie. Y* las asechanzas del demonio de la sífilis. ¿Dónde está el buco y el Soseras Sentimental? ¿Dejado en la estacada? Se dio el bote. Jo, ca uno tié que seguir su verea. Jaque mate. El rey a la torre. Calitativo Clistiano puede ayudal a un joven cuyo amigo se llevó la llave de su chalé a encondal un sitio donde posal la chola esta noche. La leche, estoy hecho puré. Que me lleven los mengues si ésta no ha sío la melopea más putísima de toas. Ítem, muchacho, un par de galletas pa este chaval. ¡Rehostias y jamancia, nen de

nen! ¿Ni un pelin de quesín? Arrojad la sífilis al infierno y con ella todos los otros espíritus con licencia. ¡La hora, señores! Que vagan por el mundo. ¡A la salud de todos! À *la vôtre!*

Rediez ¿quién coño es ese tío de la gabardina? Un pelagatos. Échale un vistazo a lo que lleva puesto. ¡Atiza! ¿Qué lleva? Zancocho. Concentrado de bote, vaya por Dios. Lo necesita de verdad. ¿Conoses al calsetines gastaos? ¿Al tío desastrao del Richmond? ¡Más bien! Pensaba que tenía un depósito de plomo en el pene. Simple insania. Pan Panero se lo llaman. Ese, señor, fue en tiempos un próspero paisa. Un hombre desarrapado y destrozado que se casó con una doncella desolao. Se quedó como un pajarito, como un pajarito. Contemplen el amor perdido. Gandina el caminante del desfiladero solitario. Pimplar y al catre. La hora oficial. Ojo con los maderos. ¿Cómo dices? ¿Le has visto hoy en el entierro? ¿Un colega tuyo la palmó? ¡Dios lo tenga en su gloria! ¡Pobres chamacos! ¡No cuentes, Pold! ¿Ha yoao muto con gandes laguimitas poque amiguito Padney se lo llevaron en bolsa nega? De todos los neguitos Massa Pat era el mucho mejor. Nunca he visto a nadie igual en mi vida. *Tiens, tiens,* pero es muy triste, eso, de veras, sí. Amos, quita, acelerar en pendiente de once por ciento. Automóviles con ejes traseros sueltos van listos. Dos contra uno a que Jenatzy lo pierde jodidamente de vista. ¿Los nines? Los disparos por elevación ¡no pue ser! Hundidos sen los despachos de los enviados especiales. Peor para él, dice el otro, ni rusky. Vamos a cerrar. Son las once. Aligerando. ¡En marcha, trincantes tambaleantes! Buenas. Buenas. Que Alá el Excelso vuestra alma esta noche conserve muy grandemente. ¡Oídme! Que no estamos trompas. La policía de Leith nos da licencia. La olicía de lizz. Cudiao picoletos con ese tío que echa las tripas. Se siente malito en la región abominal. Uuaj. Buenas. Mona, mi amor verdadero. Uuaj. Mona, mi amor. Uuj.

¡Escuchad! Acabad la algaradaría. ¡Plaap! ¡Plaap! Que echa chispas. Ahí va. ¡Bomberos! Por el barco. Hacia Mount Street. ¡Que no decaiga! ¡Plaap! Hala. ¿No vienes? A correr, a barullo, a la carrera. ¡Plaaaap!

¡Lynch! ¡Eh! Pégate a mí. Denzille Lane por ahí. Cambiar aquí para Casaputas. Nosotros dos, dijo ella, buscaremos el pupilaje donde está Mary sombría. Da cuerdo, cuando quieras. *Laetabuntur in cubilibus suis.* ¿Vienes? Cuchicheo ¿quién es el manolo tizonazos ese que va en ropas negras? ¡Sssss! Pecó contra la luz y éste es el día propicio cuando ha de volver a juzgar al mundo por el fuego. ¡Plaap! *Ut implerentur scripturae.* Arráncate con una balada. Entonces peroró el medicinante Polla a su camarada medicinante Davy. Cristo bendito ¿quién es ese jodido evangelista de mierda en Merrion Hall? ¡Elías vuelve! Bañado en la sangre del Cordero. ¡Vamos criaturas que no sois más que esponjas de vino, soplaginebras, tragalpistes! ¡Vamos, malnacidos, isidros, cebollinos, boceras, cabezas de chorlito, papamoscas, fantoches, arteros tirapegotes! ¡Vamos, quinta esencia de la infamia! Alexander J. Cristo Dowie, ése es mi nombre, que ha encopetado la buena mitad de este planeta desde la bahía de San Fransisco a Vladivostok. La Divinidad no es cosa de tres al cuarto. Os garantizo que Él es cabal y empresa dé gran excelencia. Él es lo más grande y no lo olvidéis. Gritad la salvación está en Cristo Rey. Muy listos os tendréis que andar, vosotros pecadores, si queréis dársela a Dios Todopoderoso. ¡Plaaaap! Vaya que sí. Él guarda para ti un remedio que te va a hacer efecto, amigo mío, en el bolsillo de atrás. Anda, inténtalo.

15

(La entrada al barrio nocturno por Mabbot Street, ante la cual se extiende un apartadero de tranvía sin empedrar con vías esqueléticas, candelillas rojas y verdes y señales de peligro. Hileras de casas mugrientas con las puertas de par en par. Unas cuantas farolas con pantallas fabeladas de tenue arco iris. Alrededor de la góndola parada del helado de Rabaiotti hombresy mujeres achaparrados riñen. Agarran barquillos en los que hay apretadas bolas de nieve de coraly cobre. Mamullando, se desperdigan lentamente, niños. La cresta de cisne de la góndola, popa alzada, se adentra en las tinieblas, blanca y azul bajo un faro. Unos silbidos llaman y contestan.)

LA LLAMADA

Espera, amor mío, y estaré contigo.

LA RESPUESTA

A la vuelta detrás del establo.

(Un idiota sordomudo de ojos saltones, la boca deforme baboseando, pasa moviéndose a trompicones, temblón con el baile de San Vito. Una cadena de manos infantiles lo aprisionan)

LOS NIÑOS

¡Zocato! ¡Saluda!

EL IDIOTA

(levanta un brazo izquierdo perléticoy barbotea) ¡Galuda!

LOS NIÑOS

¿Dónde está la luz grande?

EL IDIOTA

(glugluteando) Goguestá.

(Lo sueltan. Él continúa a trompicones. Una pigmea se columpia de una soga que cae en banda entre dos barrotes, contando. Unaforma tumbada contra un cubo de basuray embozada en su brazo y el sombrero ronca, quejumbrosa, rechinando dientes quegruñen, y vuelve a roncar. En un escalón un gnomo que rebusca en un montón de desperdicios se agazapa para echarse al hombro un saco de andrajos y huesos. Una arpía de pie que sostiene un candil humeante mete la última botella en las fauces del saco. Él iza su botín, se encasqueta la gorra de visera torciday se va renqueando mudamente. La arpía regresa a su cubil tambaleando el candil. Un niño estevado, en cuclillas en el escalón de la puerta con un zoquetillo de pape¿ gatea tras ella trabajosamente, la agarra de la falday se levanta como puede. Un peón borracho se agarra con ambas manos a los barrotes de la entrada a un sótano, dando bandazos pesadamente. En una esquina dos guardias nocturnos con esclavinas, las manos en las fornituras, se alzan amenazantes. Un plato se hace añicos: una mujer chilla: un niño se queja. Se oyen juramentos de hombre que braman, mascullan, cesan. Unasfiguras van de un lado a otro, acechan, escudriñan desde los con~. En una habitación iluminada por una vela metida en el cuello de una botella una guarra le quita con un peine los enredones delpelo a un niño escrofuloso. La voz de Cissy Carey, aún joven, canta penetrante desde un caM ón)

CISSY CAFFREY

A Molly le di

porque es alegre,

la pata del pato,

la pata del pato.

(El soldado Carry el soldado Compton, las varas bien apretadas en las sobaqueras, marchando vacilantes dan media vuelta y sueltan a la vez por la boca una descarga de

pedos. Risa de hombres en el callejón. Una virago ronca replica)

LA VIRAGO

Ahí lo tienes, viejo chocho. Salud para la chica de Cavan.

CISSY CAFFREY

Que tenga más suerte yo. Cavan, Cootehill y Belturbet. *(canta)*

A Nelly le di

pa' metérsela por ahí,

la pata del pato,

la pata del pato.

(El soldado Carr y el soldado Compton se vuelven y contrarreplican, las guerreras sanguibrillantes en un fulgor de farola, las negras cuencas de las gorras sobre las rubias cholas peladas. Stephen Dedalus y Lynch pasan por entre el gentío cerca de los casacasrojas.)

SOLDADO COMPTON

(sacudiendo el dedo) Abran paso al cura.

SOLDADO CARR

(se vuelve y grita) ¡Qué hay, cura!

CISSY CAFFREY

(la voz encumbrándose más alta)

La tiene, la coge,

dondequiera que la pone,

la pata del pato.

(Stephen, blandiendo la vara de fresno en la mano izquierda, salmodia con gozo el introito *del tiempo pascual. Lynch, la gorra deyóquey bien calada en lafrente, le atiende, un gesto renegón arrugándole la cara.)*

STEPHEN

Vidi aquam egredientem de templo a latere dextro. Alleluia.

(Los famelicos colmillos protuberantes de una anciana alcahueta sobresalen por un portal.)

LA ALCAHUETA

(la voz susurrando cascadamente) ¡Psst! Venid p'acá que os diga. Virgo dentro. ¡Psst!

STEPHEN

(abius aliquantulum) Et omnes ad quos pervenit aqua ista.

LA ALCAHUETA

(escupe al paso de ellos su chorro de ponzoña) Medicinantes del Trinity. Trompa de Falopio. Mucha polla y pocas pelas.

(Edy Boardman, olisqueando, agazapada con Bertha Supple, se echa el chal por las narices)

EDY BOARDMAN

(pendenciera) Y agarra y dice la una: re visto allí arriba en Faithful Place con tu pimpollo, el engrasador ese del ferrocarril, con su sombrero tan chulo. No me digas, digo yo. Eso no te importa, agarro y digo. A mí no m'as visto nunca de pesca con un auténtico escocés casado, digo yo. ¡Qué tipa! ¡Una fresca eso es lo que es! ¡Terca como una mula! Y saliendo con dos tipos al mismo tiempo, Kilbride, el conductor, y el cabo Oliphant.

STEPHEN

(tríumphaliter) Salvi facti sunt.

(Blande la vara de fresno, haciendo flamear la imagen de la farola, destrozando luz por el mundo. Un perro de aguas color hígado y blanco en busca de despojos va tras eZ furtivamente, gruñendo. Lynch lo ahuyenta de una patada)

LYNCH

¿Y ahora?

STEPHEN

(mira hacia detrás) Y ahora ese gesto, no la música no el olor, sería un lenguaje universal, el don de lenguas haciendo visible no el sentido inculto sino la primera entelequia, el ritmo estructural.

LYNCH

Filoteología pornosófica. ¡Metafisica en Mecklenburgh Streef

STEPHEN

Tenemos a Shakespeare tiranizado por una fierecilla y a Sócrates dominado por su mujer. Incluso al sapientísimo estaginta lo enfrenó, lo embridó y lo montó una ligera de cascos.

LYNCH

¡Bah!

STEPHEN

De todas fonnas ¿quién quiere un par de gestos para ilustrar lo que es una hogaza y una farra? Este movnniento ilustra la hogaza y la jarra de pan o vino en Omar. Tenme el bastón.

LYNCH

Maldito bastón asqueroso. ¿Adónde vamos?

STEPHEN

Lince lascivo, a *la belle dame sans merci,* Georgina Johnson, *ad deam qui laetificat íuventutem meam.*

(Stephen le larga con ímpetu la vara defresnoy lentamente le tiende las manos, echando la cabeza para atrás hasta que las dos manos están a un palmo del pecho, vueltas hacia abajo, en planos que se intersectan, los dedos apunto de separarse, la izquierda algo más alta.)

LYNCH

¿Cuál es la jarra del pan? Tampoco es para pelearse. Eso o la aduana. Ilustradlo. Venga, coge la muleta y anda.

(Pasan. Tommy Caffreygatea hasta unafarola de gasy, agarrándola, trepa a espasmos. Desde el extremo más alto se desliza hacia abajo. jacky Carey se agarra para trepar. El peón da un bandazo contra la farola. Los mellizos se escabullen en la oscuridad. El peón, tambaleándose, presiona un índice contra la aleta de la narizy lanza por el otro agujero un largo chorro de moco líquido. Echándose al hombro la farola se va dando traspiés por entre elgentío con su fameante tedero.

Culebras de niebla de río se arrastran lentamente. De sumideros, fisuras, pozos negros, muladares surgen por todas partes estancados vapores. Un resplandor cabriola por el sur más allá de los confines del río hacia el mar. El peón, avanzando a traspiés, parte al gentío y da bandazos hacia el apartadero de tranvía. Al otro lado bajo el puente delferrocanil aparece Bloom, arrebatado, resoplando, atiborrando un bolsillo lateral con pan y chocolate. Desde el escaparate de la peluquería de Gillen un retrato sobreimprimido le muestra la galana imagen de Nelson. Un espe) . o cóncavo a un lado le presenta al abandonado perdido lugubroso Booloohoom. El grave Gladstone lo ve como es, Bloom como Bloom. Pasa, atravesado por la mirada fija del truculento Wellington, pero en el espejo convexo hacen un mohín desimpresionados los ojos de lechón del cachetón gordinflón de jovipoldo dolido escoldo.

En la puerta de Antonio Rabaiotti Bloom se detiene, empapado bajo el brillante arco voltaico. Desaparece. Al momento reaparecey aprieta elpaso.)

BLOOM

Pescaíto y papas. No vale. ¡Ah!

(Desaparece por la puerta de casa Olhausen, la tocinería, bajo la persiana enrollable que desciende. Un instante después emerge por debajo de la persiana, Poldo boqueante, Bloohoom bufante. En cada mano lleva un paquete, uno que contiene una manita de cerdo tibia, el otro un pie de cordero finó, espolvoreado con granos de pimienta. jadea, irguiéndose. Luego inclinándose hacia un lado se estruja un paquete contra las costiUasy se queja)

BLOOM

Una punzada en el costado. ¿Para qué habré corrido?

(Toma aliento con cuidado y avanza lentamente hacia el apartadero con farolas. El resplandor cabriola de nuevo)

BLOOM

¿Qué es eso? ¿Una luz intermitente? Un reflector.

(De pie en la esquina de casa Cormack, vigilando)

BLOOM

¿Aurora borealis o una fundición? Ah, la brigada, desde luego. Al sur, de todas formas. Gran llamarada. Pudiera ser la casa de él. Beggar's Bush. Estamos a salvo. *(tararea animosamente)* ¡Londres se quema, Londres se quema! ¡En llamas, en llamas! *(e echa el ojo al peón dando bandazos por entre elgentío al otro lado de Talbot Street)* Lo perderé. Corre. Aprisa. Mejor que cruce aquí.

(Se lanza como un dardo a cruzar la calle. Gritan unos granujillas.)

LOS GRANUJILLAS

¡Tenga cuidado, señor!

(Dos ciclistas, con linternas de papel encendidas volanderas, atraviesan, raspándole, los timbres repiqueteando)

LOS TIMBRES

Paradparadtooos.

BLOOM

(separa erguido, herido por un espasmo) ¡Ay!

(Mira a su alrededor, se lanza adelante como un dardo repentinamente. Por entre la niebla que sube un dragón vagón de obras, que viaja con precaución, tuerce pesadamente hacia el, *el enormefaro delantero rojo guiñando, el trole siseando en el cable. El maquinista pisotea su gong.)*

EL GONG

Tan Tan Blan Tras Tor Ton Bloo.

(El freno cruje violentamente. Bloom, alzando una mano blancoenguantada de policía, se aparta tropezando pernientumecido de la vía. El maquinista, tirado hacia delante, chato, sobre el volante, vocea al pasar ante el deslizándose sobre cadenas y cuñas.)

EL MAQUINISTA

Eh, calzonazos ¿es que estás haciendo un triple?

(Bloom da un triplesalto al bordillo y se detiene de nuevo. Se quita un pegote de barro del cachete con una mano llena de paquetes)

BLOOM

Prohibido el paso. Apurado estuvo pero me curó la punzada. Hay que retomar los ejercicios de Sandow. Abajo sobre las manos. Asegurarse contra accidentes en la calle también. La Providencial. *(Se palpa el bolsillo del pantalón)* Pobre mamá y su panacea. El tacón fácilmente se engancha en la vía o el cordón de la bota en los dientes de una rueda. El día en que la rueda del coche celular me descascarilló el zapato en la esquina de casa Leonard. El tercer intento es decisivo. Un doble estoy haciendo. Conductor insolente. Debería denunciarlo. La tensión los pone nerviosos. Podría ser el tipo que se interpuso esta mañana con aquella mujer llamativa. Mismo estilo de belleza. Ha sido rápido de todas formas. El paso envarado. Verdades que se dicen de broma. Aquel calambre horroroso en Lad Lane. Algo venenoso que comí. Da suerte. ¿Por qué? Probablemente ganado de chanchullo. La marca de la bestia. *(cierra los ojos un instante)* Una pizca mareado. Lo del mes o efecto de lo otro. Agotamiento mental. Esa sensación de cansancio. Demasiado para mí. ¡Ay!

(Una figura siniestra se apoya sobre piernas entrelazadas contra la pared de 0 Beirne, un rostro desconocido, inyectado de oscuro mercurio. Desde debajo del «sombrero» de ancha ala lafigura le mira con ojos malignos)

BLOOM

Bueñas noches, señorita Blanca. ¿Que calle es esta?

LA FIGURA

(impertérrita, alza un brazo a modo de señal) Santo y seña. *Sraid Mabbot.*

BLOOM

Jaja. *Mercí.* Esperanto. *Slan leatb. (masculla)* Espía de la liga gaélica, enviado por ese tragafuegos.

(Da unos pasos alfrente. Un trapero con saco al hombro le corta el paso. Se echa a la izquierdo, el trapisaquero a la izquierda.)

BLOOM

Disculpe.

(Se aparta a la derecha, el saquitrapero a la derecha)

BLOOM

Disculpe.

(Gira avanza, se echa a un lado, éste pasa adelantey sigue)

BLOOM

Mantenga la derecha, la derecha, la derecha. Si hay una señal instalada por el Club de Viajeros de Stepaside ¿quién consiguió ese bien público? Yo que me perdí y escribí en las páginas de *El Ciclista Irlandés* la carta con el título *En la remota Stepaside.* Mantenga, mantenga, mantenga la derecha. Trapos viejos a medianoche. Un pensta más probablemente. Primer sitio adonde el asesino se dirige. Lavarse los pecados del mundo.

(Jacky Caffrey, acosado por Tommy Caffrey, choca de lleno contra Bloom.)

BLOOM

Oh

(Aturdido, sobre depiles corvas, se detiene. Tommy y Jacky se esfuman por ahí, por allá. Bloom tienta con manos llenas de paquetes el bolsillo del reloj, bolsillodemonedero, bolsadecartera, delicias del pecado, jabónpatata)

BLOOM

Ojo con los rateros. Viejo truco. Chocan. Luego te quitan la cartera.

(El perdiguero se aproxima husmeando, la nariz pegada al suelo. Una forma tumbada estornuda. Una barbada figura encorvada aparece ataviada con el largo caftán de un anciano de Sión y una gorrilla con borlas magenta. Lentes de concha caídos sobre las aletas de la nariz. Tiene surcos amarillos de veneno en la cara hinchada.)

RUDOLPH

Segunda mediacorona dinero malgastado hoy. Te dije no ir con ese borracho gentil nunca. Así no haces dinero.

BLOOM

(esconde la manita de cerdoy elpie de cordero a la espalday, cabizbajo, siente cálidayfría carnedepiés)Ja, ich weiss, papachi.

RUDOLPH

¿Qué tú haces por este lugar? ¿No tienes alma? *(congarras débiles de buitre palpa la cara silenciosa de Bloom)* ¿No eres mi hijo Leopold, el nieto de Leopold? ¿No eres mi querido hijo Leopold que dejó la casa de su padre y dejó al dios de sus padres Abraham y Jacob?

BLOOM

(con cautela) Supongo que sí, padre. Mosenthal. Todo lo que queda de él.

RUDOLPH

(severamente) Una noche te traen a casa borracho como un pato después de gastar tus buenos cuartos. ¿Cómo se llaman aquesos mozos que corren?

BLOOM

(en elegante traje azul Oxford de su juventud con chaleco blanco, estrecho de hombros, con sombrero alpino marrón, usando reloj Waterbury de caballero de plata de ley sin corona y doble cadena Albert con sello enganchado, uno de los lados recubierto de barro

endurecido) Corredores de cross-country, padre. Sólo aquella vez.

RUDOLPH

¡Una vez! Barro de la cabeza a los pies. La mano bien cortada. Trismo. Te dejan kaputt, Leopoldleben. Tú ten cuidado con aquesos mozos.

BLOOM

(débilmente) Me desafiaron a una carrera. Había mucho barro. Resbalé.

RUDOLPH

(con desprecio) Goim nachezr ¡Bonito espectáculo para tu pobre madre!

BLOOM

¡Mamá!

ELLEN BLOOM

(con cofia encintada de dama de pantomima, crinolinay polisón de viuda Twankey, blusa de mangas abullonadas abotonada por atrás, mitonesgnsesy broche camafeo, elpelo trenzado en una redecilla Marilú, aparece por encima de la barandilla de la escalera, una vela ladeada en la mano, y grita con estridente alarma) ¡Oh bendito Redentor, qué le han hecho! ¡Mis sales! *(Se remanga un pico de la falda y se registra la faltriquera de la saya blava a rayas. Un frasco, un agnusdéi, una patata arrugaday una muñeca de celuloide caen.)* Sagrado Corazón de María ¿dónde dónde te has metido?

(Bloom, refunfuñando, la mirada baja empieza a distribuir los paquetes por los bolsillos llenos pero desiste, mascullando)

UNA VOZ

(tajantemente) ¡Poldy!

BLOOM

¿Quién? *(se agachay evita un golpe torpemente)* Mande.

(Alza la mirada. Al lado de su espejismo de palmeras datileras una hermosa mujer en indumentaria turca se halla ante el. *Curvas opulentas rellenan los pantalones y chaqueta escarlata, con acuchillados de oro. Una ancha banda amarilla le ciñe la cintura. Unyashmak blanco, violeta en la noche, le cubre la cara, áejando libre sólo sus grandes ojos oscurosy elpelo azabache.)*

BLOOM

¡Molly!

MARION

¿Cómo es eso? Mrs. Manon de aquí en adelante, señor mío, cuando se dirija a mí. *(satíricamente)* ¿Se ha quedado el pobre mandín helado de tanto esperar?

BLOOM

(cambia de un pie a otro) No, no. Ni lo más mínimo.

(Respira con profunda agitación, tragando buchadas de aire, preguntas, esperanzas, manitas de cerdo para la cena de ella, cosas que decirle, excusas, deseos, embrujado. Una moneda le brilla en la frente. En los pies lleva aros enjoyados. Los tobillos los llena unidos con una fina cadena grillete. A su lado un camello, encapirotado con un turbante enarbolado, espera. Una escalera de seda de innumerablespeldaños trepa hasta las balanceantes jamugas. Ambla en derredor con cuartos traseros nerviosos. Ferozmente le da una palmada en el anca sus brazaletes con cadena de oro emberrinchilindina riñéndole en moro)

MARION

¡Nebrakada! ¡Femininum!

(El camello, levantando una pata delantera, arranca de un árbol un mango grande, lo ofrece a su ama, parpadeando, en su casco hendido, luego baja la cabezay, mascujando, con el cuello erguido, escarba para arrodillarse. Bloom agacha la espalda para jugar apiola)

BLOOM

Yo puedo darle ... Quiero decir como empresario de su casa de fieras .. Mrs. Manon ..... si usted ....

MARION

¿Conque nota algún cambio? *(pasándose lentamente las manos por el enjoyelado estomaguero, una lenta burla amigable en los ojos)* ¡Ay Poldy, Poldy, eres un pobre tarugo atrapado! Vive la vida. Ve a correr mundo.

BLOOM

Iba ahora precisamente a por esa loción cenblanca, agua de azahar. La tienda cierra temprano los jueves. Pero lo primero por la mañana. *(se tienta diversos bolsillos)* Esto me cuesta un riñón. ¡Ah!

(Señala al sur, luego al este. Una pastilla de jabón de limón nueva, limpia se alza, difundiendo luzy perfume.)

EL JABÓN

Somos la pareja ideal Bloom y yo, cómo no.

Él da brillo a la tierra. El firmamento lustro yo.

(La cara pecosa de Sweny, el boticario, aparece en el disco del soljabón)

SWENY

Tres chelines y un penique, por favor.

BLOOM

Sí. Para mi mujer. Mrs. Maron. Receta especial.

MARION

(en voz baja) ¡Poldy!

BLOOM

¿Sí, señora?

MARION

Ti trema un poco il cuore?

(Con desprecio se va vagarosa, tarareando el dúo de Don Giovanni, *oronda como paloma buchona consentida)*

BLOOM

¿Estás segura de ese Voglio? Quiero decir la pronunciaci ….

(Él sigue, seguido del terrier que husmea. La anciana alcahueta le coge de la manga, las cerdas del lunar de su barbilla destellantes)

LA ALCAHUETA

Diez chelines un virgo. Cosa fresca jamás tocada. Quince. No hay nadie sólo su viejo que está borracho como una cuba.

(Señala. En el hueco de su oscuraguaridafurtiva, pingarla de lluvia, seyergue Bridie Kelly)

BRIDIE

Hatch Street. ¿Se te ocurre algo bueno?

(Dando un chillido bate su chal de murcielagoy corre. Un fornido bravucón la persigue con zancadas abotznadas. Tropieza en los escalones, se recupera, se hunde en la penumbra. Se oyen dW7es chillidos, más depiles)

LA ALCAHUETA

(los ojos de loba reluciendo) Está consiguiendo su placer. No va a conseguir una virgen en casas de putas de postín. Diez chelines. No pases toda la noche no vaya a ser que los guindillas de paisano nos vean. El sesentaisiete es un putón.

(Maliciosa, Gerdy MacDowell va cojeando. Tira de detrás, guiñando el ojo, y enseña azorada la ropa ensangrentada.)

GERTY

Con todos mis bienes terrenales yo te tuteo. *(murmura)* Tú lo hiciste. Te odio.

BLOOM

¿Yo? ¿Cuándo? Estás soñando. No te he visto nunca.

LA ALCAHUETA

Deja al caballero, tramposa. Escribiéndole al caballero cartas engañosas. Haciendo la calle y abordando. Mejor sería que tu madre te atara a la pata de la cama, una sinvergonzona es lo que tú eres.

GERTY

(a Bloom) Cuando viste todos los secretos de mi ajuar. *(le manosea la manga, babeando) ¡Sucio* casado! Te amo por hacerme eso a mí.

(Se va escurriéndose sinuosamente. Mrs. Breen con abrigo de hombre de tela frisa de bolsillos sueltos de fuelle, de pie en la calzada, los pícaros ojos como platos, sonriendo con todos sus dientes de buco herbívoro)

MRS. BREEN

Mr. ...

BLOOM

(tose severamente) Señora, cuando la vez última tuvimos el placer por carta fechada el dieciséis de los corrientes ....

MRS. BREEN

¡Mr. Bloom! ¡Usted aquí abajo en los nidales del pecado! ¡Bien que le he pillado! ¡Bribón!

BLOOM

(precipitadamente) No diga tan fuerte mi nombre. ¿Qué estará usted pensando de mí? No me delate. Las paredes oyen. ¿Cómo está usted? Hace años desde que yo. Está usted espléndida. Absolutamente maravillosa. Un tiempo muy agradable que tenemos para esta época del año. El negro refracta el calor. Un atajo a casa por aquí. Barrio interesante. Auxilio de mujeres perdidas. Asilo de la Magdalena. Soy el secretario .....

MRS. BREEN

(levanta un dedo) ¡Vamos, no me meta cuentos! Sé de alguien a quien no le va a gustar esto. ¡Ay espere a que vea a Molly! *(taimadamente)* ¡Explíquese sin más demora o apechugue con las consecuencias!

BLOOM

(mira atrás) Ella decía a menudo que le gustaría visitar. Conocer los barrios bajos. Lo exótico, usted comprende. Sirvientes negros con librea también si tuviera dinero. Otelo negro y bruto. Eugene Stratton. Incluso al de los palillos y el último de la fila en los Christies de Livermore. Hermanos Bohee. Deshollinador dicho sea de paso.

(Tom y Sam Bohee, cantantes pintados de negro con trajes blancos de brin, calcetines color escarlata, cuellos altos de negro zumbón tiesoalmidonados y un gran áster escarlata en el ojal; salen saltando. A cada uno le cuelga el banjo. Las manos negroides más pálidas y pequeñitas pulsan las cuerdas jlontrasteantes. Con el resplandor de colmillos y ojos blancos de cafre repiquetean una danza breakdown con torpes chanclos, trasteando, cantando, espalda contra espalda, punta tacón, tacón punta, con labios de perrengue bezudochaszumantes)

TOM Y SAM

Alguien hay en casa con Dina,

Alguien hay en casa, bien me lo sé yo,

Alguien hay en casa con Dina

Tocando el banjo.

(Se quitan bruscamente máscaras negras de toscas caras de rorros: luego, cloqueandoy sonriendo sofocadamente, zangarreando,floreando, se van tranlarín tranlarán bailando el caquebal.)

BLOOM

(con agria sonrisa enternecedora) ¿Algo frívolo, quiere, si le apetece? ¿Le gustaría quizás que le diera un achuchón sólo durante una milésima de segundo?

MRS. BREEN

(chilla alegremente) ¡Ay, qué bobo que es usted! ¡Debería mirarse al espejo!

BLOOM

Por consideración a los viejos tiempos. Sólo quería decir un partido a cuatro, un revoltijo mixto matrimonial con nuestros respectivos esposados. Usted sabe que yo le tenía apre*cio. (sombríamente) Fui yo* quien le envió aquella misiva amorosa con lo de querida gacela por San Valentín.

MRS. BREEN

¡Gloria bendita, menudo fantoche está usted hecho! Sencillamente tronchante. *(extiende la mano con curiosidad)* ¿Qué esconde detrás de la espalda? Ande, dígamelo, sea bueno.

BLOOM

(la coge de la muñeca con su mano libre) Josie Powell, ésa sí que fue la debutante más bonita de Dublín. ¡Cómo vuela el tiempo! ¿Se acuerda, volviendo atrás en orden retrospectivo, la Nochebuena, la inauguración de la casa de Georgina Simpson mientras jugaban al juego de Irving Bishop, lo de encontrar el alfiler con los ojos tapados y leer el pensamiento? Motivo ¿qué hay en esta caja de rapé?

MRS. BREEN

Usted fue la estrella de la noche con su recitación seriocomica y hacía bien el papel. Siempre fue usted el favorito de las señoras.

BLOOM

(caballero de damas, esmoquin con vueltas de seda tornasolado, insignia azul masónica en el oja¿ corbata de lazo negay pasadores de madreperla, una copa prismática de champán ladeada en la mano) Señoras y caballeros, por Irlanda, el hogar y la belleza.

MRS. BREEN

Los buenos tiempos pasados que ya no volverán. Vieja ydulce canción de amor.

BLOOM

(marcadamente bajando la voz) Confieso que me estoy reconcomiendo de curiosidad por averiguar si una cosa de cierta persona se está reconcomiendo en estos momentos.

MRS. BREEN

(efusivamente) ¡Tremendamente reconcomida! ¡Londres se está reconcomiendo y yo estoy sencillamente reconcomida por completo! *(se restriega contra el)* Después de los juegos de misterio de salón y de los buscapiés del árbol nos sentábamos en la otomana de la escalera. Bajo el muérdago. Ni amor ni señoría quieren compañía.

BLOOM

(con sombrero púrpura tipo napoleón con una medialuna ámbar, sus dedos y el pulgar bajan lentamente hasta la suave húmeda palma carnosa que ella le rindegentilmente) La hora embrujada de la noche. Yo saqué la astilla de esta mano, cuidadosa y lentamente. *(tiernamente, mientras le pone en el dedo un anillo de rubí) Lá ci darem la mano.*

MRS. BREEN

(en traje de noche de una pieza hecho en azul clarodeluna, diadema de sílfide de oropel en lafrente con su carnet de baile caído junto a la zapatilla de raso azul-luna, curva la palma con suavidad, respirando aceleradamente) Voglio e non ..... ¡Está usted caliente! ¡Está usted que escalda! La mano izquierda más cerca del corazón.

BLOOM

Cuando usted eligió lo que ahora tiene dijeron que era la bella y la bestia. No se lo perdonaré nunca. *(el puño cerrado en la frente)* Piense lo que significa. Todo lo que significaba usted para mí entonces. *(roncamente)* ¡Mujer, esto me está matando!

(Denis Breen, blanquienchisterado, con cartelones de Wisdom Hely, les pasa arrastrando los pies en zapatillas, dirigiendo al frente la apagada barba, mascullando a derecha e izquierda. El pequeño Alf Bergan, envuelto en capa de as de espadas, le sigue a izquierday derecha, doblado de risa.)

ALF BERGAN

(señala mofándose los cartelones) Q.T.C.: colgado.

MRS. BREEN

(a Bloom) Se la están corriendo bien. *(le mira con ternura)* ¿Por qué no me besó en la herida para que sanara? Usted bien que quería.

BLOOM

(asombrado) ¡La mejor amiga de Molly! ¿Cómo hubiera podido usted?

MRS. BREEN

(con la lengua pulposa entre los labios, ofrece un beso de pichón) Jnjn. La respuesta un jamón con chorreras. ¿Tiene usted por ahí un regalito para mí?

BLOOM

(sin pensárselo) Casher. Un aperitivo para la cena. El hogar sin fiambre en pote está incompleto. Estuve en *Leab*, Mrs. Bandmann Palmer. Vigorosa intérprete de Shakespeare. Desgraciadamente tiré el programa. Un sitio estupendo ahí a la vuelta para los pies de cerdo. Toque.

(Richie Goulding con tres sombreros de señora prendidos en la cabeza, aparece, el cuerpo echado para un lado por el peso de la negra cartera de expedientes de Collisy Ward sobre la que hay pintados una calaveray fémures con cal blanca. La abrey la enseña llena de morcilla., arenques ahumados, abadejilfos Findon y píldoras envasadas apretadamente.)

RICHIE

La mejor oferta de Dub.

(Calvo Pat, sorderas como una tapia, de pie en el bordillo, doblando la servilleta, atento a atender.)

PAT

(avanza con una fuente ladeada de salsa virtizirtiéndose) Carne con riñones. Botella de cerveza. Je je je. Espera a que yo atienda.

RICHIE

Diossanto. Jamás jomíyo naa ....

(Con la cabeza gacha marcha tenazmente adelante. El peón, que pasa dando bandazos, le cornea con su llameante cuerno puado.)

RICHIE

(con un grito de dolor, la mano en la espalda) ¡Ay! ¡El mal de Bright! ¡Las asaduras!

BLOOM

(señala alpeón) Un espía. No llame la atención. Odio los gentíos estúpidos. No estoy para placeres. Estoy en un grave apuro.

MRS. BREEN

Las tonterías y filfas de siempre con sus cuentos chinos.

BLOOM

Me gustaría contarle un secretillo de cómo es que estoy aquí. Pero no debe contarlo. Ni siquiera a Molly. Tengo razones muy personales.

MRS. BREEN

(toda curiosidad) No, no, por nada del mundo.

BLOOM

Andemos. ¿Le parece?

MRS. BREEN

Vamos.

(La alcahueta hace una seña que pasa desatendida. Bloom sigue con Mrs. Breen. El terrier les sigue, gañendo penosamente, meneando la cola.)

LA ALCAHUETA

¡Lecha de judío!

BLOOM

(con traje deportivo color harina-de-avena, una ramita de madreselva en la solapa, camisa amarilla a la moda, pañuelo de cuello a cuadritos blancos y negros con cruz de San Andrés, botines blancos, guardapolvo colorgamuza al brazo, botos de rojo leonado, prismáticos en bandoleray un bombín gris) ¿Se acuerda usted de hace muchísimo tiempo, hace años y años, justo después de que destetaran a Milly, Manonette la llamábamos, que

fuimos todos juntos a las carreras de Fairyhouse, no fue así?

MRS. BREEN

(con elegante traje sastre azul sajón, sombrero blanco de veLludoy velete de redecilla) De Leopardstown.

BLOOM

Quiero decir, Leopardstown. Y Molly ganó siete chelines en un tresañal que se llamaba Nolodigas y volviendo a casa por Foxrock en aquel viejo break descuajaringado cincoplazas usted estaba en la flor de su vida entonces y tenía puesto ese sombrero nuevo de velludo blanco con ribete de piel-detopo que Mrs. Hayes le aconsejó que comprara porque estaba rebajado a diecinueve con once, un poco de alambre y un trapo viejo de velvetón, y me apuesto lo que quiera que lo hizo a propósito ....

MRS. BREEN

¡Desde luego que lo hizo, la muy gata! ¡No me lo diga! ¡Menuda consejera!

BLOOM

Porque no le sentaba a usted ni la mitad de bien que la otra toquita de estambre tan mona con el ala de ave del paraíso que tanto le admiraba yo puesta y de verdad que estaba usted pero que muy atractiva con ella aunque fue una pena matarla, criatura traviesa y cruel, una cosilla tan pequeña como ésa con un corazoncito del tamaño de un alfiler.

MRS. BREEN

(le aprieta el brazo, sonríe afectadamente) ¡Traviesa y cruel que era yo!

BLOOM

(en voz baja, reservadamente, cada vez más rápidamente) Y Molly se estaba comiendo un emparedado de carne a la pimienta de la cesta del almuerzo de Mrs. Joe Gallaher. Francamente, aunque ella tenía sus consejeros y admiradores, a mí jamás me gustó mucho su estilo. Era ....

MRS. BREEN

Demasiado ....

BLOOM

Sí. Y Molly se reía porque Rogers y O'Reilly Cablescruzados estaban imitando a un gallo cuando pasamos por una granja y Marcus Tertius Moses, el comerciante de té, nos adelantó en una calesa con su hija, Dancer Moses se llamaba, y el caniche en el regazo amoscado y usted me preguntó si alguna vez había oído o leído o sabido o me había encontrado con ....

MRS. BREEN

(ansiosamente) Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

(Se evapora de su lado. Seguido del perro que gañe sigue hacia las puertas del infierno. Bajo una arcada una mujer, encorvada hacia delante, las piernas abiertas, mea como una vaca. Delante de una taberna cerrada un puñado de ociosos escucha lo que su obrajero de hoCÍCOrroto les relata con ronco humor carrasposo. Un par de ellos sin brazos se agitan luchando, gruñendo, en tullida escaramuza temulenta.)

EL OBRAJERO

(se agazapa, la voz retorcida en el hocico) Y cuando Caims bajó del andamio en Beaver Street qué hace sino hacérselo nada más y nada menos que en el cubo de cerveza negra que había allí esperando sobre las virutas para los yeseros de Derwan.

LOS OCIOSOS

(risotada con palatosquisis) ¡Hay que joderse!

(Los sombreros moteados de pintura se menean. Crispidos con colay cal de sus boticas retozan desmembradamente a su alrededor.)

BLOOM

Una coincidencia también. Creen que es gracioso. Cualquier cosa menos eso. A plena luz del día. Intentando andar. Suerte que ninguna mujer.

LOS OCIOSOS

Joder, esa sí que es buena. Sales de Glauber. Ay, joder, en la cerveza de los hombres.

(Bloom pasa. Putas baratas, por separado, por parejas, envueltas en chales, despeinadas, llaman desde call Jones, puertas, esquinas.)

LAS PUTAS

¿Vas muy lejos, cunosillo?

¿Cómo anda tu colgajo? ¿Tienes fuego?

Eh, acércate que te la ponga tiesa.

(Camina penosamente a través de su cenagal hacia la calle alumbrada al otro lado. Desde el abombamiento de cortinas un gramófono saca un abollado tubo de bronce. En la sombra el dueño de una tabernucha regatea con elpeóny los dos casacasrojas.)

EL PEÓN

(eructando) ¿Dónde está la jodida casa?

EL DUEÑO DE LA TABERNUCHA

Purdon Street. Un chelín la botella de cerveza negra. Mujer respetable.

EL PEÓN

(sujetando a los dos casacasrojas, avanza dando traspiés con ellos) ¡Adelante, ejército británico!

SOLDADO CARR

(a sus espaldas) Anda que no está mochales.

SOLDADO COMPTON

(ríe) ¡Y que lo digas!

SOLDADO CARR

(al peón) La cantina del cuartel de Portobello. Pregunta por Carr. Carr a secas.

EL PEÓN

(grita)

Somos los chicos. De Wexford.

SOLDADO COMPTON

¡Oye! ¿Qué le va al sargento mayor?

SOLDADO CARR

¿Bennett? Ése es amigote mío. Me cae bien el viejo Bennett.

EL PEÓN

(grita)

La cadena amarga.

Y liberad a nuestra patria.

(Avanza dando traspiés, arrastrándolos a ellos. Bloom se para, confuso. El perro se acerca, la lengua fuera, carleando)

BLOOM

Búsqueda sin sentido es esto. Casas de desenfreno. Dios sabe dónde se han ido. Los borrachos cubren la misma distancia el doble de aprisa. Buen lío. Escena en el Wesdand Row. Luego saltas a primera con billete de tercera. Además demasiado lejos. Tren con la máquina detrás. Podía haberme llevado a Malahide o a un apartadero para pasar la noche o a una colisión. La culpa la tiene la segunda copa. Una y no más. ¿Para qué le sigo? Aun así, es el mejor de todos. Si no me hubiera enterado de lo de Mrs. Beaufoy Purefoy no habría ido y no me habría encontrado con. Kismet. Va a tirar todo ese dinero. El servicio de Cáritas es esto. Negocio redondo para gorgoteros, renoveros. ¿Qué os falta? Ganancia fácil pronto se va. Podía haber perdido la vida también con ese campanavolanteviatrolideslumbrante sólo que tuve serenidad. Aunque no siempre te salva. De haber pasado por la ventana de Truelock aquel día dos minutos más tarde me hubieran disparado. Ausencia del cuerpo. Aun así si la bala me hubiera atravesado la americana habría conseguido daños y perjuicios por la impresión, quinientas libras. ¿Qué es lo que era? Un cursi del club de Kildare Street. Que Dios proteja a su guarda de caza.

(Mira adelante, leyendo en la pared un letrero pintarrajeado con tiza Sueño Húmedo y *un dibujo fálico)* ¡Chocante! Molly dibujando en la escarcha de la ventanilla del vagón en Kingstown. ¿A qué se parece eso? *(Mujerzuelas llamativas arrellanadas en los portales alumbrados, en los poyetes de ventanas, fumando cigarrillos de hebra. El olor de la hierba dulviempalagosa flota hacia él formando lentas coronas redondas, después ovaladas)*

LAS CORONAS

Deliciosas son las delicias. Delicias del pecado.

BLOOM

La espina dorsal algo débil. ¿Sigo o me vuelvo? ¿Y estos alimentos? Me lo como y me pongo hecho un cochinopringoso. Ridículo que soy. Malgastar el dinero. Un chelín con ocho peniques de más. *(Elperdiguero acerca un hocícofrzóy moqueante a su mano, meneando la*

cola.) Extraño cómo me cogen simpatía. Incluso aquella bestia hoy. Mejor que hable con él primero. Como a las mujeres les gusta *los rencontres.* Apesta como un turón. *Chacun son goût* Puede que esté rabioso. Canícula. Inseguro en sus movimientos. ¡Buen compañero! ¡Pluto! ¡Buen compañero! ¡Garryowen! (El *perrolobo se tumba sobre la espalda, culebreando obscenamente con zarpas mendicantes, la larga lengua negra colgando.)* La influencia del mal ambiente. Dale y termina de una vez. A condición de que nadie. *(Llamando con palabras alentadoras se vuelve arrastrando los pies con andares de cazadorfurtivo, perseguido por el setter basta un oscuro rincón apestoso. Desenvuelve un paquetey va a tirarle la manita de cerdo con delicadeza pero se muestra indeciso y palpa el pie)* Buen tamaño por tres peniques. Pero claro lo tengo en la mano izquierda. Eso requiere más esfuerzo. ¿Por qué? Más pequeña por falta de uso. Venga, déjala caer. Dos con seis.

(Con pesar deba que la desenrollada manita de cerdo y el pie caigan. El mastín le da zarpazos al fardo desmañadamentey se atraca con ansiedad gruñidora, triturando ruidosamente los huesos. Dos guardias con capotes-impermeables se aproximan, silenciosos, vigilantes. Murmuran juntos.)

LOS GUARDIAS

Bloom. De Bloom. Para Bloom. Bloom.

(Los dos sujetan a Bloom por el hombro)

GUARDIA PRIMERO

Cogido in fraganti. Prohibido ensuciar.

BLOOM

(tartamudea) Estoy haciendo el bien a otros.

(Una nidada degaviota, petreles peleones, se eleva hambrientamente del cieno del L ffey *con pastelillos de Banbury en los picos)*

LAS GAVIOTAS

Queco caquico que cancury.

BLOOM

El amigo del hombre. Adiestrado con buen trato.

(Señala. Bob Doran, desplomándose de un taburete alto, se tambalea sobre el perro de aguas que mastica)

BOB DORAN

Cuzco. Dame la pata. La pata.

(El dogo gruñe, los pelos del pescuezo erizados, un cacho de nudillo de cerdo entre los molares por entre los cuales gotea salivaspumarajo de rabia. Bob Doran cae silenciosamente dentro de la entrada de un sótano)

GUARDIA SEGUNDO

Prevención de malos tratos a los animales.

BLOOM

(entusiasmadamente) ¡Una obra noble! Le reprendí a ese tranviario en el cruce del puente de Harold por maltratar al pobre caballo con la pústula de los arreos. Sólo palabrotas recibí a cambio. Claro que había escarcha y era el último tranvía. Todo lo que se cuenta sobre la vida en el circo es muy desmoralizador.

(Signor Maffei, pálido de cólera, con traje de domador de leones con pasadores de diamantes en la pechera, avanza, llevando un aro de papel de circo, un zurriago enrollado de cochero y un revólver con el que apunta al can verraco que se atiborra.)

SIGNOR MAFFEI

(con sonrisa siniestra) Señoras y caballeros, aquí mi galgo instruido. Fui yo quien domé al salvaje bagual Ajax con mi silla de montar de púas patentada para carnívoros. Trallazo en la panza con una correa de nudos. El aparejo de poleas y la polea estranguladora doblegarán al león, no importa lo indómito que sea, incluso *Leo ferox* aquí presente, el devorador de hombres libio. Una palanca candente y unas friegas de linimento en la parte abrasada dieron lugar a Fntz de Amsterdam, la hiena pensante. *(mira fulminante)* Tengo poder en mis ojos. La chispa de mi mirada lo consigue y estos centelleos del pecho. *(con sonrisa fascinadora)* Ahora les presento a Mademoiselle Rubí, el orgullo de la pista.

GUARDIA PRIMERO

Vamos. Nombre y dirección.

BLOOM

Ahora no lo recuerdo. ¡Ah, sí! *(se quita el sombrero degran calidad, saludando)* Dr. Bloom, Leopold, odontólogo. Habrán oído hablar de von Blum Pasha. Cientos de millones. *Donnerwetter!* Dueño de media Austria. Egipto. Primo.

GUARDIA PRIMERO

Documentación.

(Cae una tarjeta de dentro de la cinta de cuero del sombrero de Bloom.)

BLOOM

(con un fez *rojo, túnica de vestir de cadí con ancho fajín verde, llevando insignia falsa de la Legión de Honor, recoge la tarjeta precipitadamentey la ofrece)* Perrnítanme. Mi club es el Junior del Ejército y la Marina. Procuradores: Messrs. John Henry Menton, Bachelor's Walk, 27.

GUARDIA PRIMERO

(lee) Henry Flower. Sin domicilio fijo. Vago y maleante.

GUARDIA SEGUNDO

Un alibi. Queda amonestado.

BLOOM

(saca del bolsillo del pecho una flor amarilla estrujada) Ésta es la flor en cuestión. Me la dio un hombre del que no sé su nombre. *(convincentemente)* Conocen el viejo chiste, rosa de Castilla. Bloom. El cambio de nombre. Virag. *(murmura privada y confidencialmente)* Estamos comprometidos ¿sabe, sargento? Una señora por medio. Un lío amoroso. *(le da con el hombro al guardia segundo suavemente)* A hacer puñetas. Es como hacemos las cosas los galanes en la marina. Es el uniforme. *(se vuelve gravemente al guardia primero)* Aun así, desde luego, claro que uno se topa con su Waterloo a veces. Pásese alguna tarde a tomar una copa de Borgoña añejo. *(al guardia segundo alegremente)* Se la presentaré, inspector. Está para dar guerra. Lo hace en menos que canta un gallo.

(Aparece una cara oscura mercurializada, conduciendo a una figura con velo)

EL MERCURIO OSCURO

La policía le busca. Le han expulsado del ejército.

MARTHA

(Con espeso velo, un ronzal carmesí por el cuello, un ejemplar del Irish Times *en la mano, en tono de reproche, señalando)* ¡Henry! ¡Leopold! ¡Lionel, perdido! Limpia mi honra.

GUARDIA PRIMERO

(Severamente) Venga a la comisaría.

BLOOM

(asustado, se pone el sombrero, retrocede, luego, haciendo de tripas corazón y levantando el brazo derecho en ángulo recto, da el santo y seña de la hermandad.) No, no, venerable maestro, luz de amor. Identidad equivocada. El correo de Lyons. Lesurques y Dubosc. Recuerda el caso de fraticidio Childs. Nosotros los hombres de la medicina. Pegándole hachazos hasta matarlo. Me acusan injustamente. Mejor que un culpable escape a que noventamueve sean condenados injustamente.

MARTHA

(Sollozando tras el velo) Incumplimiento de promesa. Mi verdadero nombre es Peggy Griffin. Me escribió que era desdichado. Se lo diré a mi hermano, el defensa de rugby del Bective, despiadado burlador.

BLOOM

(tapándose con la mano) Está borracha. Esa mujer está embriagada. *(murmura vagamente la contraseña de Efrain)* Burdelero.

GUARDIA SEGUNDO

(con lágrimas en los ojos, a Bloom) Se le debería caer la cara de vergüenza.

BLOOM

Señores del jurado, déjenme explicarles. Es pura patraña. Soy un hombre mal comprendido. Me están convirtiendo en cabeza de turco de. Soy un respetable hombre casado, sin macula en mi reputación. Vivo en Eccles Street. Mi mujer, soy la hija de un distinguidísimo comandante, un valiente y honrado caballero, cómo se llama, Comandantegeneral Brian Tweedy, uno de los luchadores de Gran Bretaña que ayudó a ganar nuestras batallas. Ganó el grado de comandante por su heroica defensa de Rorke's Drift.

GUARDIA PRIMERO

Regimiento.

BLOOM

(se vuelve a la tribuna) Los reales de Dublín, chicos, la sal de la tierra, conocidos en el mundo entero. Me parece que veo a algunos viejos compañeros de arias ahí entre ustedes. Los fusileros del real de Dublín, con nuestra propia policía metropolitana, guardianes de nuestros hogares, los mozos más bravos y el más apuesto cuerpo de hombres, en cuanto al fisico, al servicio de nuestro soberano.

UNA VOZ

¡Renegado! ¡Vivan los bóers! ¿Quién abucheó a Joe Chamberlain?

BLOOM

(la mano en el hombro delguardia primero) Mi viejo también era juez de paz. Yo soy un británico tan fiel como usted, señor. Luché en filas por la patria y el rey en la guerra de los bóers bajo el general Gough el del parque y fui mutilado en Spion Kop y Bloemfontein, se me mencionó en los partes. Hice todo lo que podía hacer un hombre honorable. *(con reservado sentimiento)* Jim Bludso. Aguanta la tobera contra la orilla.

GUARDIA PRIMERO

Profesión u oficio.

BLOOM

Bueno, ejerzo una ocupación literaria, escritor-penodista. De hecho estamos a punto de sacar una colección de cuentos premiados de los cuales yo soy el responsable, algo que supone un rumbo enteramente nuevo. Tengo contactos con la prensa británica e irlandesa. Si telefonea usted ....

(Myles Crawford sale a zancadas con sacudidas, un cálamo entre los dientes. El pico escarlata llamea en la aureola de su canotié. Lleva colgando una ristra de cebollas españolas de una manoy sostiene con la otra la tobera de un auricular de telefono en el oído.)

MYLES CRAWFORD

(las barbas de gallo meneándose) Oiga, setentaicuatro ochocuatro. Oiga. Aquí el *Orinal del Freeman* y el *Limpiaculos Semanal.* Paralicen Europa. ¿Que usted qué? ¿Alares-azules? ¿Quién escribe? ¿Bloom?

(Mr. Philip Beaufoy, rostropálido, de pie en la tribuna de testigos, con un adecuado traje de mañana, bolsillo exterior de pecho o con punta de pañuelo asomando, pantalones lavanda con raya y bolas de charol. Lleva una gran cártera rotulada Golpesmagistrales de Matcham.)

BEAUFOY

(arrastrando las palabras) No, no lo es. Ni por asomo si puedo evitarlo. Yo no lo veo así, eso es todo. Ningún caballero que se precie, nadie que tenga los mínimos rudimentos de lo que es ser caballero se rebajaría a una conducta tan particularmente aborrecible. Uno de ésos, señor juez. Un plagiario. Un meloso rastrero haciéndose pasar por líttérateur. Es perfectamente obvio que con la bajeza más intrínseca ha calcado parte de mis originales más vendidos, textos realmente superiores, una joya perfecta, los pasajes de amor en ellos están fuera de toda sospecha. Los libros de Beaufoy sobre el amor y las grandes posesiones, que su señoría sin lugar a dudas conoce de primera mano, famosísimos en todo el reino.

BLOOM

(murmura con lóbrega mansedumbre de perro con el rabo entre las piernas) Con esa parte sobre la bruja hilarante de la mano no estoy de acuerdo, si se me permite ...

BEAUFOY

(con el labio arqueado, sonríe arrogantemente al tribunal) ¡Buen borrico está usted hecho! ¡Es usted tremendamente repugnante y dificil de definir! No creo que necesite incomodarse excesivamente al respecto. Mi agente literario Mr. J. B. Pinker está presente. Supongo, señor juez, que recibiremos los honorarios acostumbrados como testigos ¿no es así? Hemos sufrido considerables pérdidas debido a este desgraciado Johnnyfolletista, este chova de Reims, que ni siquiera ha pasado por la universidad.

BLOOM

(confusamente) La universidad de la vida. Malas artes.

BEAUFOY

(grita) ¡Es una mentira detestablemente inmunda, que demuestra la podredumbre moral de este hombre! *(despliega la cartera)* Tenemos aquí pruebas condenatorias, el corpus *de*licti, señor juez, una muestra de mi trabajo de madurez desfigurado por la marca de la bestia.

UNA VOZ DESDE LA TRIBUNA

Moisés, rey de los judíos, Moisés

Se limpiaba el culo con el *Daily News.*

BLOOM

(valerosamente) Exagerado.

BEAUFOY

¡Qué caradura más ruin! ¡Deberían meterlo a usted en el abrevadero de caballos, golfo! *(al tribunal)* ¡Pero, miren la vida privada de este hombre! ¡Lleva una existencia cuádruple! Un ángel de cara a la calle y un diablo en casa. ¡Su nombre no se debe mencionar en sociedad! ¡El archiconspirador del siglo!

BLOOM

(al tribunal) Y él, soltero, cómo ...

GUARDIA PRIMERO

El Rey contra Bloom. Llamen a la mujer de nombre Driscoll.

EL UJIER

¡Mary Driscoll, fregona!

(Maiy Driscog una sirvienta en zapatillas rotas se acerca. Lleva un cubo colgado del brazo y un cepillo de estregar en la mano.)

GUARDIA SEGUNDO

¡Otra! ¿Pertenece usted a la clase de mujeres de mala vida?

MARY DRISCOLL

(indignada) No soy una de ésas. Tengo una reputación respetable y estuve cuatro meses en mi última casa. Era una buena colocación, seis libras al año más los gajes con los viernes libres y tuve que dejarlo debido a sus acosos.

GUARDIA PRIMERO

¿De qué le culpa?

MARY DRISCOLL

Me hizo algunas proposiciones aunque soy pobre pero muy honrada.

BLOOM

(con chaqueta de andar por casa de filderretor, pantalones de franela, zapatillas planas, sin afeitar, el pelo revuelto: suavemente) La traté a usted como Dios manda. Le hice obsequios, elegantes ligas color esmeralda muy por encima de sus posibilidades. Incautamente me puse de su parte cuando la acusaron de sisar. Hay un término medio en todo. juegue limpio.

MARY DRISCOLL

(excitada) ¡Que me parta un rayo si alguna vez toqué aquesas sostras!

GUARDIA PRIMERO

¿La ofensa por la que se acusa? ¿Sucedió algo?

MARY DRISCOLL

Me sorprendió en la parte trasera de la casa, señor Juez, cuando mi señora estaba de compras una mañana pidiéndome un imperdible. Me agarró y estuve amoratada en cuatro sitios como consecuencia. Y me desajustó dos veces la ropa.

BLOOM

Ella contraatacó.

MARY DRISCOLL

(desdeñosamente) Le tenía yo más respeto al cepillo destregar, y tanto que sí. Le regañé, señor juez, y él advirtió: mantenga la boca cerrada.

(risa general)

GEORGE FOTTRELL

(Secretario de los tribunales, resonantemente) ¡Orden en la sala! El acusado hará ahora una declaración fingida.

(Bloom, declarándose inocente y sujetando un nenúfar abierto, empieza un largo discurso ininteligible. Ahora escucharían lo que el abogado tenía que decir en su conmovedor discurso algran jurado. Estaba hundido pero, aunque tachado de oveja negra, si podía usar la expresión, tenía la intención de reformarse, de recuperar la memoria del pasado de una manera puramente hermanaly retornar a la naturaleza como animal puramente doméstico. Como niño sietemesino, había sido cuidadosamente criadoy alimentado por una madre entrada en añosy postrada en cama. Podía haber habido los deslices de un padre que ha errado pero quería pasar la hoja y ahora, cuando al fin tenía la picota a la vista, llevar una vida retirada en el ocaso de sus días, impregnado del afectuoso ambiente del palpitante seno de la familia. Como británico naturalizado, había visto aquel crepúsculo estival desde la plataforma de la cabina del maquinista de la línea de circunvalación de la compañía de ferrocarril mientras la *lluvia estaba reacia a caer vislumbres, como si diera, a través de las ventanas de hogares entrañables de la ciudad de Dublín y distrito urbano, escenas verdaderamente rurales defelicidad de la tierra prometida empapeladas con papel de Dockreff a uno con nueve peniques la docena, inocentes niñitos nacidos británicos balbuciendo oraciones al Niño Jesús, jovencitos escolares intentando resolver sus tareas o señoritas modelicas tocando el pianoforte o al proviso todos con fervor recitando el rosario familiar alrededor del chisporroteante leño de Navidad mientras que en los senderosy en los verdes caminos las rubias mozas con sus zagales paseaban al compás de los tonos del acordeón órgano afinado de metal de Britania plateado con cuatro registros falsosy fuelles de doce pliegues, un sacrificio, la mgqorganga que) amás ....*

Risa renovada. Él murmulla incoherentemente. Los reporteros se quejan de que no oyen.)

PENDOLISTA Y TAQUÍGRAFO

(sin quitar la vista de sus libretas) Desátenle las botas.

PROFESOR MACHUGH

(desde la mesa de la prensa, tose y dice) Suéltelo ya, hombre. Confiéselo poco a poco.

(El careo prosigue ref Bloom y el cubo. Un cubo grande. El propio Bloom. Indisposición de vientre. En Beaver Street. Retort~ón, sí. Bastante mal. El cubo de un yesero. Andando pernientumecido. Sufrió lo indecible. Agonía mortal. A eso del mediodía. El amor o el borgoña. Sí, unas espinacas. Momento crucial. No miró dentro del cubo. Nadie. Más bien una porquería. No del todo. Un número atrasado de Titbits.

Estruendo y silbos. Bloom con levita rota con manchas de jalbegue, sombrero de copa abollado de lado en la cabeza, una tira de esparadrapo cruzándole la nariz, habla inaudiblemente.)

J. J. O'MOLLOY

(con peluca gris y toga de paño de abogado, hablando con voz de protesta dolorida) Este no es lugar para ligerezas indecentes a expensas de un mortal que ha errado en estado de embriaguez. Esto no es una algarada ni una comparsa de Oxford ni es una parodia de la justicia. Mi cliente es un menor, un pobre inmigrante extranjero que empezó de la nada

como polizón y trata ahora de sacarse unos cuartos con honradez. El delito inventado fue debido a una aberración hereditaria momentánea, motivada por alucinaciones, ya que tales familiaridades como el presunto hecho delictivo son perfectamente permitidas en el lugar de origen de mi cliente, la tierra de los Faraones. *Pri*mafacie, les invito a reconocer que no hubo intento de conocimiento camal. Relaciones íntimas no hubo y la infracción que denuncia Driscoll, sobre que su virtud fue importunada, no se repitió. Yo me referiría en especial al atavismo. Ha habido casos de naufragios y sonambulismo en la familia de mi cliente. Si el acusado pudiera hablar podría más de una historia revelar- una de las más extrañas que jamás haya sido contada entre las cubiertas de un libro. Él mismo, señor juez, está hecho una piltrafa fisicamente con los problemas que tiene de pecho. Su alegato es que es de extracción mongólica e irresponsable de sus actos. No del todo en sus cabales, de hecho.

BLOOM

(Descalzo, contrahecho, con chaleco y pantalón de marinero indio, las puntas de los pies apologéticas hacia dentro, abre unos ojos diminutos de topo y mira a su alrededor deslumbrado, pasándose una lenta mano por la frente. Luego se amarra la correa al estilo marinero y encogiéndose de hombros a modo de obediencia oriental saluda al tribunal, señalando con un pulgar hacia el cielo.) Él hace muy mucho buena noche. *(empieza una cantinela con naturalidad)*

Na na poblecito niñin

tlae pie de seldo cada noche

paga dos chelis ....

(Le hacen callar a berridos.)

J. J. O'MOLLOY

(acaloradamente alpopulacho) Esta pelea es de uno contra todos. Por todos los demonios, que no consentiré que un cliente mío sea amordazado y acosado de esta forma por una jauría de perros sarnosos y hienas rientes. El código de Moisés ha reemplazado a la ley de la jungla. Lo digo y lo repito con el mayor énfasis, sin desear ni por un momento anular la acción de la justicia, el acusado no fue cómplice y la demandante no fue forzada. La joven fue tratada por el acusado como si fuera su propia hija. *(Bloom coge la mano de J J O'Molloyy se la lleva a los labios)* Presentaré pruebas irrefutables para demostrar sin el menor atisbo de duda que la mano secreta está otra vez con sus viejos trucos. En caso de duda persígase a Bloom. Mi cliente, un hombre de natural tímido, sería la última persona del mundo en hacer algo poco caballeroso a lo que la modestia ofendida pudiera objetar o arrojar la piedra a una chica que eligió el camino equivocado cuando algún miserable, responsable de su estado, se hubiera despachado a gusto con ella. Él quiere vivir honradamente. Le considero el hombre más honorable que conozco. Está pasando por una racha de mala suerte por el momento debido a la hipoteca de sus extensas propiedades en Agendath Netaim en la lejana Asia Menor, de las cuales se mostrarán ahora unas transparencias. *(a Bloom)* Le sugiero que ahora sea generoso.

BLOOM

Un penique por libra.

(La imagen del lago de Kinnereth con ganado borroso herbajeando en la neblina de plata se proyecta en la pared. Moisés Dlugacz, albino de ojos de hurón, con mono azul, se pone de pie en la tribuna, sujetando en cada mano una cidray un riñón de cerdo.)

DLUGACZ

(con voz ronca) Bleibtreustrasse, Berlín, W. 13.

J J. O'Molloy se sube a una peana baja y se sostiene la solapa de la americana con solemnidad. La cara se le alarga, se pone páliday barbada, con ojos hundidos, los manchones de tisisy pómulosfebriles de John F. Taylor. Se lleva el pañuelo a la boca y escrutzna la galopante marea de sangre rosácea.)

J. J. O'MOLLOY

(casi sin voz) Discúlpenme. Sufro un fuerte enfiiamiento, acabo de levantarme de la cama. Unas cuantas palabras bien escogidas. *(Adopta cabezapajarera, bigote zorrunoy elocuenciaproboscidia de Seymour Bushe.)* Cuando el libro del ángel sea abierto si algo de lo que el pecho meditabundo ha inaugurado de alma transfigurada y de alma transfigurante merece vivir yo digo concédase al acusado en el banquillo el sagrado beneficio de la duda.

(Un papel en el que hay algo escrito es introducido en la sala)

BLOOM

(en traje talar) Puedo dar las mejores referencias. Messrs. Callan, Coleman. Mr. Wisdom Hely Juez de Paz. Mi antiguo jefe Joe Cuffe, Mr. V. B. Dillon, ex alcalde de Dublín. Me he movido en el círculo mágico de los más altos .... Reinas de sociedad de Dublín. *(despreocupadamente)* Estaba precisamente charlando esta tarde en la residencia virreinal con mis camaradas, Sir Robert y Lady Ball, astrónomo real, en la recepción. Sir Berto, le dije .....

MRS. YELVERTON BARRY

(con vestido de baile ópalo descotado y guantes mal hasta el codo, llevando cabriolé enguatado en bloques rectangulares ribeteado de marta cebellina, peineta de brillantes y airón de águila pescadora en el pelo) Arréstelo, agente. Me escribió una carta anónima con letra hacia la izquierda de aprendiz cuando mi marido estaba en el North Riding de Tipperary en el circuito del Munster, firmada James Azotedamor. Decía que había visto desde el paraíso mis redondeces sin par hallándome yo sentada en un palco del *Royal 1"heatre* en una representación real de *La Cigale.* Le había avivado la pasión hondamente, decía. Me hizo proposiciones indecorosas para que me comportara indecentemente a las cuatro y media post *meridiam* el jueves siguiente, hora Dunsink. Se ofrecía a enviarme por correo una obra de ficción de Monsieur Paul de Verga, titulada *La chica de los tres pares de sostenes.*

MRS. BELLINGHAM

(con gorrito y capa de foca artificial$_{y}$ *envuelta hasta la nariz, baja de su berlina y explora con sus quevedos de carey que se saca del enorme manguito de zarigüeya)* También a mí. Sí, creo que es el mismo indeseable. Porque me cerró la puerta del coche ante la casa de Sir Thornley Stoker un día de nevisca durante la ola de filo de febrero del noventaitrés cuando incluso la rejilla del bajante y el flotador de la cisterna del baño se congelaron. Con posterioridad me adjuntó un brote de edelweiss recogido en las cimas, según dijo, en mi honor. Lo hice examinar por un experto en botánica y conseguí la información de que era un brote de la planta de la patata casera robada en un invernadero de la granja modelo.

MRS. YELVERTON BARRY

¡Debería darle vergüenza!

(Una pandilla de $_{<}$*guarras y pillos se encrespa en tumulto)*

LAS GUARRAS Y LOS PILLOS

(chillando) ¡Coged al ladrón! ¡Viva Barbazul! ¡Tres hurras por Moisés Cortés!

GUARDIA SEGUNDO

(saca unas esposas) Aquí están las manillas.

MRS. BELLINGHAM

Se dirigió a mí utilizando diversos tipos de letra con empachosos cumplidos como a una Venus de las pieles y alegó honda compasión por mi congelado cochero Palmer mientras que al mismo tiempo declaraba sentir envidia de sus orejeras y de sus lanudas pieles de borrego y de su afortunada proximidad a mi persona, cuando estaba de pie detrás de mi asiento vistiendo mi librea y el escudo de armas guarnecido sable de los Bellingham, cabeza de cheurón cortada oro. Loaba casi extravagantemente mis extremidades inferiores, mis pantorrillas redondeadas dentro de la calceta de seda estirada al límite, y elogiaba acaloradamente mis otros tesoros escondidos entre encajes imponderables que, decía, podía imaginar. Me incitó *(declarando que sentía era la misión de su vida incitarme)* a que profanara el lecho matrimonial, a que cometiera adulterio en la mejor ocasión.

LA HONORABLE MRS. MERVYN TALBOYS

(con indumentaria de amazona, montera, botas altas con espolones, chaleco bermellón, guanteletes de cervato tipo mosquetero con trenzado en los manguitos, larga cola recogidayfusta de caza con la que se atiza en la vira constantemente) También a mí. Porque me vio en el campo de polo del Phoenix Park en el partido entre Toda Irlanda contra el Resto de Irlanda. Los ojos, lo sé, me relucían encantadoramente mientras me fijaba cómo el Capitán Dennehy Mamporrero de los Dragones de Innis ganaba el último tiempo en su cielo de jaca *Centauro.* Este Don Juan plebeyo me observaba desde detrás de un coche de alquiler y me envió en doble envoltura una fotografla obscena, como las que

venden por la noche en los bulevares de París, insultante para cualquier señora. Aún la tengo. Representa a una «señorita» parcialmente desnuda, frágil y preciosa (su mujer, me aseguró solemnemente, tomada por él del natural), practicando trato camal ilícito con un «torero» musculoso, evidentemente un canalla. Me incitó a que hiciera lo mismo, me portara indecentemente, que pecara con oficiales de la guarnición. Me imploró que manchara la carta de manera incalificable, que le castigara como muy bien lo tiene merecido, que lo montara y me pusiera a horcajadas sobre él, que le diera de latigazos con toda mi rabia.

MRS. BELLINGHAM

A mí también.

MRS. YELVERTON BARRY

A mí también.

(Diversas señoras respetabilísimas de Dublín muestran en alto cartas indecorosas recibidas de Bloom.)

LA HONORABLE MRS. MERVYN TALBOYS

(patea con las espuelas tintineantes en un repentino paroxismo defuria) Lo haré, por Dios que lo haré. Flagelaré a ese perro sarnoso gallina mientras pueda estar sobre él. Lo despellejaré vivo.

BLOOM

(cerrándosele los ojos, se acoquina con expectación) ¿Aquí? *(se revuelve)* ¡Otra vez! *Oüdea humillándose)* Me encanta el peligro.

LA HONORABLE MRS. MERVYN TALBOYS

¡Y tanto que sí! Se lo voy a poner bien caliente. Le voy a hacer que trague tinta china.

MRS. BELLINGHAM

¡Zurradle bien la badana, so arribista! ¡Que le marquen con barras y estrellas!

MRS. YELVERTON BARRY

¡Qué vergüenza! ¡No tiene excusa! ¡Un hombre casado!

BLOOM

Toda esta gente. Me refería sólo a la intención de la zurra. Un cálido escozor vibrante sin derrame. Un refinado flagelo que estimule la circulación.

LA HONORABLE MRS. MERVYN TALBOYS

(ríe burlonamente) ¿Conque era así, buen mozo? Pues, como que Dios existe, que se va a llevar la sorpresa de su vida ahora, créame, la paliza más despiadada que jamás haya esperado nadie. Ha fustigado la furia en la tigresa dormida que llevo dentro.

MRS. BELLINGHAM

(sacude el manguito y los quevedos vengativamente) Haga que le escueza, Hanna querida. Déle guindilla. Apalee a ese chucho hasta que esté a un paso de la muerte. El gato de nueve colas. Cástrelo. Vivisecciónelo.

BLOOM

(estremeciéndose, encogiéndose, junta las manos: como perro con el rabo entre las piernas) ¡Oh qué frío! ¡Oh qué temblores! Fue su belleza ambrosial. Olvide, perdone. Kismet. Déjeme libre por esta vez. *(ofrece la otra mejilla)*

MRS. YELVERTON BARRY

(severamente) ¡Ni se le ocurra, Mrs. Talboys! ¡Habría que atizarle una buena tunda!

LA HONORABLE MRS. MERVYN TALBOYS

(desabrochándose el guantelete violentamente) No haré tal cosa. ¡Un cochino perro es lo que fue desde que lo parieron! ¡Atre verse a dirigirse a mí! Lo apalearé en público hasta que se lo deje morado. Le hincaré las espuelas hasta la rodaja. Es un conocido cornudo. *(Chasca la fusta de caza salvajemente en el aire)* Bájenle los pantalones sin pérdida de tiempo. ¡Venga aquí, señor mío! ¡Aprisa! ¿Listo?

BLOOM

(temblando, empezando a obedecer) Ha hecho un tiempo tan caluroso.

(Davy Stephens, acaracolado, pasa con una bandada de gaceteros descalzos.)

DAVY STEPHENS

El Mensajero del Sagrado Corazón y el *Evening Telegraph* con el suplemento del día de San Patricio. Contiene las nuevas direcciones de todos los comudos de Dublín.

(El reverendísimo Canónigo O'Hanlon, con capa pluvial de paño de oro eleva y expone un reloj de mesa de mármol. Ante del Padre Conroy y el reverendo, john Hughes S. J se inclinan profundamente.)

EL RELOJ-DE-MESA

(desatrancándose)

Cuco

Cuco

Cuco

(Las virolas de latón de una cama se oyen tintinear.)

LAS VIROLAS

Gígaja. Gigalagígala. Gígaja.

(Un panel de niebla se descorre rápidamente, revelando rápidamente en el banco del jurado las *caras de Martin Cunningham, presidente del jurado, con sombrero de copa, Jack Power, Simon Dedalus, Tom Kernan, Ned Lambert, John Henry Menton, Myles Crawford, Lenehan, Paddy Leonard, Nosey Flynn, M'Coy y la cara sin rasgos distintivos de Un Innominado.)*

EL INNOMINADO

Cabalgando a pelo. Desventaja por la edad. Jo, se la ha organizado a ésa.

LOS JURADOS

(todas las cabezas vueltas hacia la voz) ¿De verdad?

EL INNOMINADO

(reniega) El mundo patas arriba. Cien chelines a cinco.

EL JURADO

(todos bajan las *cabezas en asentimiento)* La mayoría de nosotros hemos pensado lo mismo.

GUARDIA PRIMERO

Es un hombre marcado. Otra chica al bote. Se busca: Jack el Destripador. Mil libras de recompensa.

GUARDIA SEGUNDO

(asombrado, susurra) Y de negro. Un mormón. Anarquista.

EL UJIER

(en voz alta) Considerando que Leopold Bloom sin domicilio fijo es un conocido dinamitero, falsificador, bígamo, alcahuete y comudo y un estorbo público para los ciudadanos de Dublín y considerando que en esta sesión del tribunal el honorabilísimo ....

(El Honorable, Sir Frederick Falkiner, magistrado & Dublín, con ropaje judicialgns pétreo se levanta del estrado, petribarbado. Porta en los brazos un cetro en forma & paraguas. De su frente se alzan bien puestos los cuernos de carnero & Moisés.)

EL MAGISTRADO

Pondré fin a esta trata de blancas y libraré a Dublín de esta odiosa peste. ¡Escandaloso! *(se coloca el birrete negro)* Que se lo lleven, señor intendente de policía, del banquillo donde ahora está y permanezca bajo custodia en la prisión de Mountjoy durante el tiempo que a Su Majestad le plazca y allí sea colgado por el cuello hasta morir y que así se cumpla bajo su responsabilidad o que el Señor se apiade de su alma. Sáquenlo de aquí.

(Un casquete negro desciende sobre su cabeza. El intendente & policía LongJohn Fanning aparece, fumándose un acre Henry clay.)

LONG JOHN FANNING

(mira ceñudo y grita con palabras resonantes.) ¿Quién colgará a Judas Iscanote?

(H. Rumbold, maestro barbero, con justillo color sangre y mandil de curtidor, una soga enroscada al hombro, se sube al tajo. Lleva prendidos del cinturón un vergajoy una maza tachonada de clavos. Sefrota aviesamente las manos garfeante, abultadas con manoplas.)

RUMBOLD

(al magistrado con siniestrafamiliaridad) Harry el Ahorcador, su Majestad, el terror del Mersey. Cinco guineas por yugular. Desesperado.

(Las campanas de la iglesia de George tocan lentamente, sonoro hierro oscuro.)

LAS CAMPANAS

¡Dingdón! ¡Dingdón!

BLOOM

(desesperadamente) Espere. Pare. Gaviotas. Buen corazón. Vi. Inocencia. Chica en la jaula de los monos. Zoo. Chimpancé indecente. *(jadeante)* Depresión pélvica. Su sonrojo ingenuo me desmoralizó. *(embargado por la emoción)* Dejé el recinto. *(se vuelve a unafigura en elgentío, apelando)* Hynes ¿puedo hablar con usted? Usted me conoce. Esos tres chelines se los puede quedar. Si quiere algo más ....

HYNES

(fríamente) Es usted un perfecto extraño.

GUARDIA SEGUNDO

(señala al rincón) La bomba está aquí.

GUARDIA PRIMERO

Máquina infernal con espoleta de relojería.

BLOOM

No. No. Pies de cerdo. Estuve en un entierro.

GUARDIA PRIMERO

(saca la porra) ¡Mentiroso!

(El sabueso levanta el hocico, mostrando la escorbútica cara gris de Paddy Dignam. Ha roído todo. Exhala un pútrido aliento a cadáver devorado. Crece hasta llegar a alcanzar tamaño y forma humana. Su pelo de perro t jonero se convierte en un hábito mortuorio marrón. Los ojos verdes resplandecen inyectados de sangre. La mitad de una oreja, toda la narizy ambos pulgares están comidos por necrófago)

PADDY DIGNAM

(con voz de ultratumba) Es verdad. Era mi entierro. El doctor Finucane certificó la defunción cuando sucumbí a la enfermedad por causas naturales.

(Levanta la mutilada cara cenicienta hacia la lunay aúlla lúgubremente)

BLOOM

(triunfante) ¿Lo oyen?

PADDY DIGNAM

Bloom, soy el espíritu de Paddy Dignam. ¡Ascucha, ascucha, Oh ascucha!

BLOOM

La voz es la voz de Esaú.

GUARDIA SEGUNDO

(se santigua) ¿Cómo es posible?

GUARDIA PRIMERO

Eso no está en el catecismo de a penique.

PADDY DIGNAM

Por metempsicosis. Apariciones.

UNA VOZ

Bah chorradas.

PADDY DIGNAM

(sinceramente) Hace tiempo fui empleado de Mr. J. H. Menton, procurador, comisionado para juramentos y afidávits, en Bachelor's Walk, 27. Ahora estoy difunto, la pared del corazón hipertrofiada. Mala racha. La pobre mujer estaba muy afectada. ¿.Cómo lo lleva? Apártenla de la botella de jerez. *(mira a su alrededor)* Una farola. Debo satisfacer una necesidad animal. Ese suero de leche no me ha sentado bien.

(La figura robusta de John O'Connef, gerente del cementerio, avanza, sujetando un puñado de llaves atadas con crespón. A su lado está el Padre Coffey, capellán, sapobarrigudo, con tortícolis, con sobrepelliz y gorro de dormir hecho de un pañuelo, sujetando adormiladamente un bordón de adormideras entrelazadas.)

EL PADRE COFFEY

(bosteza, luego salmodia con ronco croar) Námine. Jacobs. Vobizco. Amén.

JOHN O'CONNELL

(ronquea tormentosamente por su megáfono) Dignam, Patrick T., difunto.

PADDY DIGNAM

(con orejas aguzadas, se estremece) Resonancias. *(avanza culebreando y aplica una oreja al suelo)* ¡La voz de mi amo!

JOHN O'CONNELL

Certificado de enterramiento letra número Q.T.C. ochentaicinco mil. Sector diecisiete. Casa de Yaves. Parcela, ciento uno.

(Paddy Dignam escucha con visible esfuerzo, pensando, la cola tiesa en punta, las orejas aguzadas.)

PADDY DIGNAM

Rogad por el reposo de su alma.

(Gusanea hacia abajo por una carbonera, el hábito marrón arrastrando el cíngulo por los guarros repiqueteantes. Tras el camina insegura una obesa rata yaya sobre zarpas de tortuga hongo bajo un caparazón gris. La voz de Dignam, amortiguada, se oye aullando bajo tierra: Dignam está muertoy enterrado. Tom Rochford pecho de petirrojo, con gorray calzones, salta de su bicicleta de doble barra)

TOM ROCHFORD

(con una mano en el esternón, hace una reverencia) Reuben J. Un florín a que lo encuentro. *(Clava en la tapa de registro la miradafjay resuelta)* Me toca a mí ahora. Síganme hasta Carlow.

(Ejecuta un atrevido salto de salmón y se hunde en la carbonera. Dos discos de las columnas se bambolean, ojos de cero. Todo se contrae. Bloom avanza pesadamente de nuevo por el cenagal. Besos chirlean por entre los claros de la niebla. Suena un piano. Separa delante de una casa alumbrada y escucha. Los besos, echándose al vuelo desde sus moradas vuelan a su alrededor, trepidando, gorgoriteando, arrullando.)

LOS BESOS

(gorgoriteando) ¡Leo! *(agitándose)* ¡Pito pito gorgorito piquijosos babosos para Leo *(arrullando) ¡Cu* cucurú! ¡Mmmyam, muuam! *(gorgoriteando)* ¡Enorme venenorme! ¡Pirueta! ¡Leopopold! *(agitándose)* ¡Leole! *(gorgoriteando)* ¡Oh Leo!

(Le hacen frufrú, aletean sobre sus prendas; se posan, brillantes partículas vertiginosas, plateadas lentejuelas.)

BLOOM

El toque de un hombre. Música triste. Música de iglesia. Quizá aquí.

(Zoe Higgins, una puta joven en combinación zafiro, cerrada con tres hebillas de bronce, un filetillo de terciopelo negro alrededor de la garganta, asiente, tropieza escalones abajo y le aborda.)

ZOE

¿Buscas a alguien? Está dentro con su amigo.

BLOOM

¿Es ésta la casa de Mrs. Mack?

ZOE

No, el ochentaiuno. La de Mrs. Cohen. Si vas más lejos puede irte peor. Madre Chanclichancleta. *(en confianza)* Ella misma está trabajando esta noche con el veterinario su informador que le pasa todos los ganadores y paga por su hijo en Oxford. Haciendo horas extras pero hoy le ha cambiado la suerte. *(recelosamente)* No serás el padre ¿digo yo?

BLOOM

¡Yo no!

ZOE

Los dos de negro. ¿Le pica algo esta noche al ratoncito?

(Su piel, alerta, siente las puntas de los dedos que se aproximan. Una mano se le escurre por el muslo izquierdo)

ZOE

¿Qué tal las bolas?

BLOOM

Fuera de su sitio. Curiosamente están a la derecha. Más pesadas, supongo. Uno entre un millón dice Mesias, mi sastre.

ZOE

(con alarma repentina) Tienes un chancro duro.

BLOOM

No lo creo.

ZOE

Lo noto.

(La mano se le desliza en el bolsillo izquierdo del pantalón y saca una patata dura negray arrugada. La examinay a Bloom con húmedos labios mudos)

BLOOM

Un talismán. Reliquia de familia.

ZOE

¿Para Zoe? ¿Para mí para siempre? Por lo simpática que soy ¿eh?

(Mete la patata codiciosamente en un bolsillo luego le coge del brazo, estrechándole con complaciente calidez. El sonríe intranquilo. Lentamente, nota a nota, se oye tocar música oriental. Él mira fijamente al cristalino leonado de sus ojos, circundados de kohl Su sonrisa se ablanda)

ZOE

Vas a saber quién soy yo la próxima vez.

BLOOM

(desconsoladamente) Jamás he amado a una tierna gacela pero estaba seguro de que ....

(Gacelas dando saltos, paciendo en las montañas. Cerca hay lagos. En sus orillas negras sombras de arboledas de cedros en fila. Se eleva un aroma, un fuerte grumo de pelusa de resina. Se quema, por el oriente, un firmamento de zafiro, hendido por el vuelo broncíneo de águilas. Bajo ésteyace la ciudad-mujer, desnuda, blanca, quieta, fresca, rodeada de lujo. Una fuente murmura entre rosas de damasco. Rosas colosales murmuran de uvas escarlata. Un vino de vergüenza, de lujuria, de sangre rezuma, extrañamente murmurando.)

ZOE

(murmurando un sonsonete con la música, sus labios de odalisca suculentamente embadurnados con ungüento degrasa de puercoy agua de rosas) Schorach ani wenowach, benoith Hierushaloim.

BLOOM

(fascinado) Pensé que era usted de buena familia por su acento.

ZOE

¿Y sabes lo que hizo el pensar?

(Le mordisquea la oreja delicadamente con dientecillos enfundados en oro, enviándole un aliento empalagoso a ajo rancio. Las rosas se separan, y revelan un sepulcro del oro de los reyes y de sus huesos desmoronándose.)

BLOOM

(retrocede acariciándole mecánicamente la teta derecha con mano premiosa extendida) ¿Es usted dublinesa?

ZOE

(se recoge un pelo suelto diestramente y se lo enrosca en la coca) No hay nada que

temer. Soy inglesa. ¿Tienes un pito?

BLOOM

(como antes) Raramente fumo, querida. Un puro de vez en cuando. Recurso infantil. *(indecentemente)* La boca puede tener mejor ocupación que chupar un cilindro de hierba fétida.

ZOE

Vamos. Haz una soflama política con todo eso.

BLOOM

(con mono de pana de trabajador, jersey negro con corbata roja flo*tanteygorra apache)* La humanidad es incorregible. Sir Walter Raleigh trajo del nuevo mundo la patata y esa hierba, la una asesina de pestilencia por absorción, la otra envenenadora del oído, el ojo, el corazón, la memoria, la voluntad, el entendimiento, de todo. Es decir trajo el veneno cien años antes de que otra persona cuyo nombre he olvidado trajera el alimento. Suicidio. Mentiras. Todos nuestros hábitos. ¡Vamos, miren nuestra vida pública!

(Campanadas de medianoche desde campanarios ljános.)

LAS CAMPANADAS

¡Vuélvase otra vez, Leopold! ¡Alcalde de Dublín!

BLOOM

(con toga y cadena de edil) Electores de Arran Quay, de Inns Quay, Rotunda, Mountjoy y North Dock, yo os digo que es mejor montar una línea de tranvías desde el mercado de ganado al río. Ése es el ímpetu del futuro. Ése es mi programa. *Cui bono?* Pero nuestros bucaneros los Vanderdeckens en su buque fantasma de las finanzas .....

UN ELECTOR

¡Tres vítores por nuestro futuro primer magistrado!

(La aurora boreal de la procesión de antorchas se abalanza)

LOS PORTADORES DE ANTORCHAS

¡Hurra!

*(Diversos burgueses bien conocidos, magnates de la ciudad y ciudadanos le estrechan la mano a Bloom y le congratulan. Timothy Harrington, el quefuera tres veces Alcalde de Dublín, imponente en su escarlata de corregidor, cadena de oro y corbata de seda blanca, en conferencia con el concejal Lorcan Sherlock, lo*cum tenens. *Asienten vigorosamente.)*

EL QUE FUERA EL ALCALDE HARRINGTON

(con túnica escarlatay maza, cadena de oro de corregidory gran pañuelo de seda blanco) Que el discurso del edil Sir Leo Bloom se imprima a expensas de los contribuyentes. Que la casa donde nació se ornamente con una placa conmemorativa y que la avenida conocida hasta ahora como Cow Parlour en una bocacalle de Cork Street se designe de ahora en adelante Boulevard Bloom.

CONCEJAL LORCAN SHERLOCK

Se aprueba por unanimidad.

BLOOM

(acaloradamente) A estos buques fantasmas o buques patrañas reclinados en sus toldillas tapizadas, jugando a los dados ¿qué les puede preocupar? Las máquinas es su grito, su quimera, su panacea. Aparatos que ahorran mano de obra, suplantadores, cancones, monstruos manufacturados para matarse unos a otros, repulsivos trasgos producidos por una horda de lujurias capitalistas mediante nuestra prostituida mano de obra. El pobre se muere de hambre mientras ellos abaten sus ciervos reales de montaña o cazan páparos y páfiras con su pompa lusca de despilfarro y poder. Pero su reinado reminó parra siempre ramás y más ...

(Aplauso prolongado. Se levantan mástiles venecianos, mayos y arcos festivos. Una orijlama portando las inscripciones Cead Mile Failte y Mah Ttob Melek Israel *cruza la calle. Todas las ventanas están abarrotadas de espectadores, principalmente señoras. A lo largo de la ruta los regimientos de los Fusileros del Real de Dublín, los Escoceses Fronterizos del Rey, los Cameron de las tierras altas de Escociay los Fusileros de Gales, en posición de firme, contienen algentío. Chicos de Instituto, encaramados afarolas, postes de telégrafo, alféizares, cornisas, canalones, chimeneas, vallas, caños, silban y vitorean. La columna de*

nube aparece. Una banda de pífanos y tambores se oye en la distancia tocando el Kol Nidre. Los batidores se acercan con águilas imperiales en alto, portando banderas y ondeando palmas orientales. El crisoelefantino estandarte papal seyergue en lo alto, rodeado por pendones de la enseña municipal. Elfrente de la procesión aparece encabezado por John Howard Parnell, oficial del ayuntamiento, con tabardo escaqueado, el faraute Athloney el Rey de Armas del Ulster. Van seguidos del Honorabilísimo Joseph Hutchinson, alcalde de Dublín, su señoría el alcalde de Cork, los señores alcaldes de Limerick, Galway, Sligo y Waterford, veintiocho pares representantes irlandeses, sirdars, grandesy maharajás, llevando el dosel del trono, la Brigada de Bomberos Metropolitana de Dublín, el cabildo de los santos de las finanzas *en orden plutocrático de precedencia, el obispo de Down y Connor Su Eminencia Michael cardenal Logue, arzobispo de Armagh, primado de toda Irlanda, Su Excelencia, el reverendísimo Dr. William Alexander, arzobispo de Armagh, primado de toda Irlanda, el rabino mayor, el presidente de la asamblea presbiteriana, los mandatarios de las iglesias baptista, anabaptista, metodistay moravay el secretario honorario de la sociedad de cuáqueros. Tras ellos marchan las corporaciones y gremios y miqueletes con sus colores al viento: toneleros, pajareros, moleros, agentes de publicidad de periódicos, escribientes de abogado masajistas, vinateros, gavilleros, deshollinadores, refinadores de manteca, tejedores de tabí y popelín, herradores, almacenistas italianos, decoradores de iglesias, fabricantes de calzadores, directores de funerarias, sedero, lapidarios, jefes de ventas, cortadores de corchos, asesores de pérdidas por incendio, tintoreros y limpiadores, embotelladores para exportación, peleteros, escritores de textos de etiquetas, grabadores de sellos heráldicos, mozos del depósito de caballo, agentes de metales preciosos, abastecedores para criquet y arquería, fabricantes de cedazos, comisionistas de huevosypatatas, calceterosyguanteros, contratistas defontanería. Tras ellos marchan los caballeros de cámara, de la Vara Negra, el Oficial Mayor de la Jarretera, del Bastón de Oro, el Oficial Mayor de las Caballerizas Reales, el Gran Chambelán, el Presidente Supremo de la Corte, el jefe Supremo de las Fuerzas Armadas llevando la espada de estado, la corona de hierro de san Esteban, el cálizy la biblia. Cuatro trompeteros de a pie dan un toque de atención. Responden los alabarderos del rey, tocando clarines de bienvenida. Bajo un arco de triunfo aparece Bloom, descubierto, con capa de terciopelo carmesí ribeteada de armiño, portando el báculo de San Eduardo, el orbe y el cetro con la paloma, la curtana. Está sentado sobre un caballo blanco como la leche de larga cola carmesí suelta, ricamente enjaezado, con jáquima dorada. Emoción desbordante. Las señoras desde sus balcones tiran pétalos de rosas. El aire está perfumado de esencias. Los hombres vitorean. Los sirvientes de Bloom corren por entre los curiosos con ramas de majueloy acebos de chochín.)*

LOS SIRVIENTES DE BLOOM

El chochín, el chochín,
de todas las aves rey,
por San Esteban,
en el tojo se enganchó.

UN HERRERO

(murmura) ¡Por el amor de Dios! ¿Ése es Bloom? Si apenas parece tener treintaiún años.

UN PAVIMENTADOR Y ENLOSADOR

Ése es el famoso Bloom, el mayor reformista del mundo. ¡Descúbranse!

(Todos se descubren. Las mujeres susurran ansiosamente)

UNA MILLONARIA

(ricamente) ¿No es sencillamente maravilloso?

UNA NOBLE

(noblemente) ¡Todo lo que habrá visto ese hombre!

UNA FEMINISTA

(masculinamente) ¡Y hecho!

UN CAMPANERO

¡Una cara clásica! Tiene la frente de pensador.

(Tiempo destemplado de Bloom. Un estallido de sol aparece por el noroeste.)

EL OBISPO DE DOWN Y CONNOR

Aquí les presento a su verdadero emperador-presidente y reypresidente, el serenísimo y potentísimo y omnipotente soberano de este reino. ¡Dios salve a Leopold Primero!

TODOS

¡Dios salve a Leopold Primero!

BLOOM

(con dalmática y capa purpúrea, al obispo de Dowm y Connor, con dignidad) Gracias, señor un poco eminente.

WILLIAM, ARZOBISPO DE ARMAGH

(con estolón purpúreo y sombrero de teja) ¿Haréis con vuestro poder que la ley y la misericordia se observen en todas vuestras resoluciones en Irlanda y territorios a ella pertenecientes?

BLOOM

(colocando la mano derecha sobre los testículos, jura) Así me trate Dios. Todo eso prometo hacer.

MICHAEL, ARZOBISPO DE ARMAGH

(le vierte una aceitera de brillantina en la cabeza a Bloom) Gaudium magnum annuntio vobis. Habemus carneficem. ¡Leopold, Patrick, Andrew, David, George, sed ungido!

(Bloom toma una capa de paño de oro y se pone un anillo de rubí. Asciende y se queda de pie sobre la piedra del destino. Los pares representantes se ponen al mismo tiempo sus veintiocho coronas. Campanas de gozo resuenan en la iglesia de Christ Church, de Saint Pabick, de Georgey en la alborozada Malahide. Fuegos artificiales de la feria del Mirus ascienden por todas partes con simbólicos dibujos falopirotécnicos. Los pares rinden homenaje, uno a uno, aproximándosey haciendo genufexiones.)

LOS PARES

Me declaro a vuestro servicio y veneración por todos los días de mi vida terrenal.

(Bloom levanta la mano derecha en la que centellea el diamante Koh-i-Noor. Su palafrén relincha. Silencio inmediato. Se conectan transmisores de radio intercontinentales e interplanetarios para la recepción del mensaje.)

BLOOM

¡Súbditos míos! Por la presente nombramos a nuestro fiel corcel Cópula Félix Gran Visir hereditario y anunciamos que hemos repudiado en este día a nuestra anterior esposa y hemos otorgado nuestra real mano a la princesa Selene, esplendor de la noche.

(La anterior esposa morganática de Bloom es retirada precipitadamente en el coche celular. La princesa Selene, con vestido azul de luna, una media luna de plata en la cabeza, desciende de una silla de manos, que portan dos gigantes. Una salva de vítores.)

JOHN HOWARD PARNELL

(alza el estandarte real) ¡Ilustre Bloom! ¡Sucesor de mi famoso hermano!

BLOOM

(abraza a john Howard Parnell) Os damos gracias de corazón, John, por esta regia bienvenida a la verde Erín, la tierra prometida de nuestros antepasados comunes.

(El fuero de la ciudad le es presentado en forma de pliego. Las llaves de Dublín, *cruzadas sobre un cojín carmesí, le son entregadas. Muestra a todos que lleva puestos calcetines verdes)*

TOM KERNAN

Lo merece, honorable señor.

BLOOM

En este día hace veinte años vencimos al enemigo atávico en Ladysmith. Nuestros obuses y metralletas ligeras giratorias hicieron fuego en sus líneas con efecto contundente. ¡Adelante media legua! ¡Cargan! ¡Ya todo está perdido! ¿Nos retiramos? ¡No! ¡Arremetemos con toda la fuerza! ¡Ved! ¡Cargamos! Desplegándose hacia la izquierda nuestra caballería ligera barrió por los altos de Plevna y, profiriendo su grito de guerra *Bonafide Sabaoth,* pasó a cuchillo a los artilleros sarracenos hasta el último hombre.

EL GREMIO DE LOS CAJISTAS DEL FREEMAN

¡Muy bien! ¡Muy bien!

JOHN NYSE NOLAN

Ahí está el hombre que ayudó a fugarse a james Stephens.

UN ESCOLAR DEL COLEGIO BLUECOAT DE HIJOS DE PAPÁ

¡Bravo!

UN ANTIGUO VECINO

Sois un honor para vuestro país, señor, eso es lo que sois.

MUJER DE LAS MANZANAS

Es un hombre de los que Irlanda necesita.

BLOOM

Súbditos queridos, una nueva era está a punto de despuntar. Yo, Bloom, os digo en verdad que está incluso muy próxima. Sí, palabra de Bloom, muy pronto habréis de entrar en la ciudad dorada del mañana, en la nueva Bloomusalén en la Nueva Hibemia del futuro.

(Treintaidós trabajadores, con escarapelas, desde todos los condados de Irlanda, bajo laguía de Derwan el constructor, levantan la nueva BloomusaUn. Es un edificio colosal con tejado de cristal construido en forma de un enorme riñón de cerdo, que alberga cuarenta mil habitaciones. En el transcurso de la obra diversos edificios y monumentos son demolidos. Oficinas del gobierno se transfieren temporalmente a barracas del ferrocarril. Numerosas casas son arrasadas. Los habitantes son alojados en barriles y cajas, todas marcadas en rojo con las letras: L. B. Diversos desharrapados caen de una escalera. Una parte de las murallas de Dublín, abarrotadas de leales mirones, se desploma.)

LOS MIRONES

(muriéndose) Morituri te salutant. (mueren)

(Un hombre con una gabardina marrón surge de pronto por una trampilla. Señala con el dedo extendido a Bloom)

EL HOMBRE DE LA GABARDINA

No crean ni una palabra de lo que dice. Ese hombre es Leopold Gandina, conocido incendiario. Su verdadero nombre es Higgins.

BLOOM

¡Dispárenle! ¡Perro cristiano! ¡Y aquí se acabó Gandina!

(Un disparo de cañón. El hombre de la gabardina desaparece. Bloom con su cetro aplasta amapolas. Se informa de las muertes instantáneas de muchos enemigos poderosos, ganaderos, miembros del parlamento, miembros de comisiones permanentes. La guardia de corps de Bloom distribuye almosnas de Jueves Santo, medallas conmemorativas, panesy peces, distintivos de la campaña de abstinencia de alcohol, costosos puros Henry Clay, huesos blancos para sopa gratis, preservativos de goma en sobres sellados atados con hilo de oro, helados de caramelo, crocante de piña, billets doux *en forma de sombreros de tres picos, trajes de confección, escudillas de carne rebozada, botellas de Zotal, vales de compra, indulgencias de 40 días, monedas espurias, salchichas de cerdo cebados en granja, pases para el teatro, abonos de temporada válidos para todas las líneas de tranvía, cupones de la lotería patrocinada por la Corona húngara, vales para comidas de a penique, reimpresiones baratas de los Doce peores libros del mundo: Froggy y Fritz (diplomático), El cuidado de su bebé (infantino), 50 Menús por 7 chelines con 6 (culinico), ¿Fue jesús un mito solar? (histórico), Deshágase del dolor (médico), Compendio del universo para niños (cósmico), Riámonos un poco (hiUrico), Vademécum del agente de publicidad (periodístico), Cartas de amor de la madre inferiora (erótico), Quién es quién en el espacio (ástrico), Canciones que nos llegaron al corazón (melódico), Cómo hacerse rico penique a penique (parsímárrico). Avalancha general y empellones. Las mujeres empujan hacia delante para tocarle el borde de la túnica a Bloom. Lady Gwendolen Dubedat irrumpe por entre la muchedumbre, sube de un salto a su caballo y le besa en ambas m jillas entre grandes vítores. Se hace una fotografía con fogonazo de magnesio. Niñitos y lactantes son levantados en alto.)*

LAS MUJERES

¡Padrecito! ¡Padrecito!

LOS NIÑITOS Y LACTANTES

Palmitas palmitas que viene Poldito

Y trae pastelitos a Leo solito.

(Bloom, inclinándose, le hace así con el dedo delicadamente a Bebé Boardman en el estómago.)

EL BEBÉ BOARDMAN

(hipa, con leche cuajada corriéndole por la boca) Ajoyaya.

BLOOM

(estrechándole la mano a un mozalbete ciego) ¡Mi más que Hermano mío! *(echando los brazos a los hombros de una pareja anciana)* ¡Amigos míos queridos! *0úega a las cuatro esquinas con niñosy niñas harapientos) ¡Cucu!* ¡Tras! *(pasea a unos mellizos en un cochecito)* A tapar la calle que no pase nadie *(hace juegos malabares, se saca pañuelos de seda color rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo y violeta de la boca)* Roygbiv. 32 pies por segundo. *(consuela a una viuda)* La ausencia hace al corazón más joven. *(baila elgalop escocés con grotescas cabriolas)* ¡Moved las piernas, malditos! *(le besa las úlceras a un veterano paralizado)* ¡Honorables heridas! *(pone la zancadilla a unpolicíagordo)Q.T.C.:* colgado. Q.T.C.: colgado. *(susurra al oído de una camarera vergonzosay ríe amablemente)* ¡Ah, picaruela, picaruela! *(se come un nabo crudo que le ofrece Maurice Butterly, agricultor)* ¡Bueno! ¡Espléndido! *(se niega a aceptar tres chelines que le ofrece joseph Hynes, periodista)* ¡Querido amigo, de ninguna manera! *(da su americana a un mendigo)* Por favor acéptela. *(participa en una carrera sobre el estómago con ancianas y ancianos tullidos)* ¡Vamos, chicos! ¡Meneadlo, chicas!

EL PAISANO

(embargado por la emoción, se limpia una lágrima con la bufanda esmeralda) ¡Que el buen Dios le bendiga!

(Los cuernos de carnero tocan a silencio. El estandarte de Sión es izado)

BLOOM

(se quita el manto imponentemente, revelando obesidad, desenrolla un papel y lee solemnemente) Aleph Beth Ghimel Daleth Hagadah Tephilini Kosher Yom Kippur Hanukah Roschaschana Beni Brith Bar Mitzvah Mazzoth Askenazim Meshuggah Talith.

(Una traducción oficiales leída por fzmmy Henry, ayudante del secretario del ayuntamiento.)

JIMMY HENRY

Se procede a la apertura de la Comisión de Investigación. Su Majestad Católica- procederá a administrar justicia al aire libre. Asesoramiento médico y jurídico gratis, solución para parejas y problemas diversos. Están todos cordialmente invitados. Dado en esta nuestra leal ciudad de Dublín en el año primero de la Era Paradisíaca.

PADDY LEONARD

¿Qué debo hacer con mis tasas e impuestos?

BLOOM

Pagarlos, amigo mío.

PADDY LEONARD

Gracias.

NAPIAS FLYNN

¿Puedo hacer una hipoteca a mi seguro de incendio?

BLOOM

(inflexible) Señores, consideren que por la ley de agravios tienen la obligación de pagar por compromiso adquirido durante seis meses la suma de cinco libras.

J. J. O'MOLLOY

¿Un Daniel dije? ¡No! ¡Un Peter O'Bnen!

NAPIAS FLYNN

¿De dónde saco las cinco libras?

BURKE EL PICHA

¿Para problemas de vejiga?

BLOOM

Acid. nit. hydrochlor. díl., 20 gotas

Tinct nux/v.mix. vom., 5 gotas

Extr. taraxel. liq./v.líg., 30 gotas.

Aq. dis. ter in die.

CHRIS CALLINAN

¿Cuál es la paralaje de la eclíptica subsolar de Aldebarán?

BLOOM

Me agrada tener noticias suyas, Chns. K 11.

JOE HYNES

¿Por qué no está usted de uniforme?

BLOOM

Cuando mi progenitor de santa memoria llevaba el uniforme del déspota austriaco en una prisión húmeda y malsana ¿dónde estaba el suyo?

BEN DOLLARD

¿Trinitarias?

BLOOM

Adornan (hermosean) los jardines de los barrios.

BEN DOLLARD

¿Cuando llegan mellizos?

BLOOM

El padre (pater, papá) comienza a pensar.

LARRY O'ROURKE

Una licencia de ocho días para mi local nuevo. Me recuerda, Sir Leo, de cuando vivía usted en el número siete. Le voy a mandar una docena de botellas de cerveza negra para la señora.

BLOOM

(fríamente) Me temo que no le conozco. Lady Bloom no acepta regalos.

CROFTON

Esto sí que es un auténtico festejo.

BLOOM

(solemnemente) Usted lo llama festejo. Yo lo llamo sacramento.

ALEXANDER YAVES

¿Cuándo tendremos nosotros nuestra propia casa de Llaves?

BLOOM

Yo defiendo la reforma de la moralidad municipal y los diez mandamientos de siempre. Nuevos mundos en vez de los viejos. La unión de todos, judíos, musulmanes y gentiles. Tres acres y una vaca para todos los hijos de Dios. Coches fúnebres sedán motorizados. Trabajo manual obligatorio para todos. Todos los parques abiertos al público día y noche. Lavaplatos eléctricos. La tuberculosis, la demencia, la guerra y la mendicidad deben ser erradicadas desde ahora. Amnistía general, camaval semanal con licencia para enmascararse, pluses para todos, el esperanto como lengua universal para la hermandad universal. No más patriotismo de sanguijuelas de café ni de impostores hidrópicos. Dinero libre, alquiler libre, amor libre y una iglesia laica libre en un estado laico libre.

O'MADDEN BURKE

El zorro libre en un gallinero libre.

DAVY BYRNE

(bostezando) ¡Eeeeeeeeeaaaaaaahh!

BLOOM

Razas mixtas y matrimonios mixtos.

LENEHAN

¿Por qué no baños mixtos?

(Bloom explica a los que están más cerca sus ideas sobre la regeneración social Todos están de acuerdo con é1 El conservador del museo de Kildare Street aparece, arrastrando una batea sobre la que van las estatuas bamboleantes de diversas diosas desnudas, Venus Cal pigia, Venus Pandemos, Venus Metempsicosis, y *figuras deyeso, también desnudas, que representan a las nueve musas nuevas, el Comercio, la Música Operática, el Amor, la Publicidad la Manufactura, la Libertad de Expresión, el Voto Múltiple, la Gastronomía, la Higiene Privada, los Conciertos Espectáculo en la Playa, la Obstetricia Sin dolory la Astronomía para el Pueblo.)*

EL PADRE FARLEY

Es episcopaliano, agnóstico, cualquiercosiano que busca derrocar nuestra santa fe.

MRS. RIORDAN

(rompe su testamento) ¡Me ha defraudado usted! ¡Mal hombre!

LA VIEJA GROGAN

(se quita la bota para tirársela a Bloom) ¡So bestia! ¡So abominable!

NAPIAS FLYNN

Cántenos una tonadilla, Bloom. Una de esas viejas y dulces canciones.

BLOOM

(con humor bullanguero)

Juré que jamás la dejaría,

resultó ser una cruel arpía.

Con mi agururú agururu agururú agururu.

HOLOHAN BOTO

¡El bueno de Bloom! No hay nadie como él después de todo.

PADDY LEONARD

¡Irlandés de pacotilla!

BLOOM

¿Qué ópera florida es como un árbol de Gibraltar? La rosa de castilia.

(Risa.)

LENEHAN

¡Plagiario! ¡Abajo Bloom!

LA SIBILA CON VELO

(entusiásticamente) Yo soy bloomista y a mucha honra. Creo en él a pesar de todo. Daría la vida por él, el hombre más gracioso de la tierra.

BLOOM

(guiña dolo a los presentes) Me apuesto a que es una chica muy maja.

THEODORE PUREFOY

(con gorra de pescay chaqueta de hule) Usa un dispositivo mecánico para frustrar los sagrados designios de la naturaleza.

LA SIBILA CON VELO

(se apuñala) ¡Mi dios héroe! *(muere)*

(Muchas atractivísimasy entusiastas mujeres también se suicidan apuñalándose, ahogándose, bebiendo ácido prúsico, atónito, arsénico, abriéndose las venas, rehusando comer, arrojándose bajo una apisonadora, desde lo alto de la Columna de Nelson, a la gran cuba de la cervecera Gumness, asfixiándose metiendo la cabeza en hornos de gas, colgándose de ligas a la última, dando un salto desde las ventanas de diferentes pisos)

ALEXANDER J. DOWIE

(violentamente) Hermanos cristianos y antibloomistas, el o hombre llamado Bloom, vergüenza de los cristianos, procede del mismísimo infiemo. Libertino diabólico desde sus primeros días este cabrón apestoso de Mendes dio señales precoces de perversión infantil, que nos hace pensar en las ciudades del llano, con una vieja antepasada disoluta. Este vil hipócrita, quemado por la infamia, es el toro blanco que se menciona en el Apocalipsis. Rinde culto a la Mujer Escarlata, la intriga está en el aliento mismo de sus narices. La leña de la hoguera y la caldera de aceite hirviendo están destinados a él. ¡Calibán!

LA MUCHEDUMBRE

¡Linchadle! ¡Quemadle! Es tan malvado como Parnell. ¡Mr. Fox!

(La tía Grogan le tira la bota a Bloom. Diversos tenderos de Uppery de Lower Dorset Street le tiran obétos de poco o ningún valor comercia¿ huesos de jamón, latas de leche condensada, coles que no se venden, pan duro, rabos de cordero, sobras de tocino)

BLOOM

(con entusiasmo) Esto es una locura de verano, una broma espantosa de nuevo. ¡Santo cielo, soy más inocente que la nieve no tocada por el sol! Fue mi hermano Henry. Es mi doble. Vive en el número 2 de Dolphin's Bam. La calumnia, la víbora, me ha acusado injustamente. Compatriotas, *sgeul i mbarr bata coisde gan capall.* Recurro a mi viejo amigo, el Dr. Malachi Mulligan, sexólogo, para que abogue médicamente por mí.

DR. MULLIGAN

(con cazadora de motorista, gafas de motorista verdes en la frente) El Dr. Bloom es bisexualmente anormal. Ha escapado recientemente de la clínica privada para caballeros dementes del Dr. Eustace. Hijo ilegítimo, presenta un cuadro de epilepsia hereditaria, consecuencia de la lujuria desenfrenada. Se han descubierto rastros de elefantiasis entre sus antepasados. Hay síntomas muy marcados de exhibicionismo cronico. También hay ambidextrismo latente. Está prematuramente calvo por masturbarse, perversamente idealista en consecuencia, un depravado reformado, y tiene la dentadura de metal. Como consecuencia de un complejo de familia ha perdido temporalemente la memoria y creo que ha sido más ofendido que ofensor. He realizado una exploración pervaginal y, tras pacticarle la prueba del ácido a 5.427 pelos anales, axilares, pectorales y púbicos, le declaro virgo intacta.

(Bloom se cubre con su sombrero de gran calidad los órganos genitales

DR. MADDEN

También se observa una pronunciada hipospadia. En interés de futuras generaciones sugiero que las partes afectadas se conserven en alcohol de vino en el museo nacional teratológico.

DR. CROTI'HERS

He examinado la orina del paciente. Es albuminoide. La salivación es insuficiente, el reflejo rotular es intermitente.

DR. PONCHE COSTELLO

El fetor *judaicos* es muy perceptible.

DR DIXON

(lee un certificado médico de buena salud) El Profesor Bloom es un ejemplar perfecto del nuevo hombre femenino. Su naturaleza moral es sencilla y encantadora. A muchos les ha parecido un hombre entrañable, una persona entrañable. Es un tanto extraño en general, retraído aunque no débil mental en el sentido médico. Ha escrito una carta verdaderamente bella, pura poesía, a la comisión para la propagación de la fe de la Sociedad Protectora de Sacerdotes Reformados que lo esclarece todo. Es prácticamente abstemio total y puedo afirmar que duerme sobre un jergón de paja y se alimenta del modo más espartano, guisantes secos fríos. Lleva un cilicio de pura manufactura irlandesa en invierno y en verano y se flagela todos los sábados. Fue, tengo entendido, en un tiempo un malhechor de primera categoría en el reformatorio de Glencree. Otro informe determina que fue hijo muy póstumo. Apelo a la clemencia en nombre de la palabra más sagrada que nuestros órganos vocales jamás hayan sido llamados a pronunciar. Está a punto de tener un bebé.

(Conmoción y compasión general. Se desmayan mujeres. Un americano rico hace una colecta callejera a favor de Bloom. Monedas de plata y oro, talones en blanco, billetes, joyas, bonos del tesoro, letras de cambio que vencen, pagarés, anillos de boda, cadenas de

reloj, relicarios, collares y pulseras se recogen rápidamente.)

BLOOM

Ay, tengo tantas ganas de ser madre.

MRS. THORNTON

(con bata de ayudante de enfermera) Abráceme fuerte, querida. Pronto habrá terminado todo. Fuerte, querida.

(Bloom la abrazafuertementey trae al mundo ocho niños varones blancosy amarillos. Aparecen en una escalera con alfombra roja adornada con plantas costosas. Todos los octillizos son guapos, con caras metálicas de gran valor, bien constituidos, vestidos respetablemente y se comportan bien, hablan con fluidez cinco lenguas modernas y están interesados en varias artes y ciencias. Cada uno lleva su nombre impreso con letras legibles en la pechera de la camisa: Nasodoro, Goldfnger, Crisóstomo, Maindorée, Sonnsargéntea, Silberselber Vifargent, Panargyros. Son *inmediatamente asignados apuestos de alta responsabilidad pública en diferentes países como directores generales de bancos, jefes de circulación de los ferrocarriles, presidentes de sociedades anónimas, vicepresidentes de cadenas de hoteles.)*

UNA VOZ

Bloom ¿eres el Mesías ben Josef o ben David?

BLOOM

(oscuramente) Tú lo has dicho.

HERMANO BLABLA

Entonces haz un milagro como el Padre Carlos.

LYONS GALLITO

Profetice quién va a ganar el San Leger.

(Bloom camina sobre una red, se cubre el ojo izquierdo con la oreja izquierda, pasa a través de diversas paredes, trepa por la Columna de Nelson, se cuelga del reborde superiorpeligrosamente, se come doce docenas de ostras (conchas incluidas), cura a diversos enfermos de escrófula, contrae la cara con elfn de parecerse a muchos personajes históricos, a Lord Beaconsfield, Lord Byron, Wat Tyler, Moisés de Egipto, Moisés Maimónides, Moisés Mendelssohn, Heniy Irving Rip van Winkle, Kossuth, jean Jacques Rousseau, al barón Leopold Rothschild, a Robinsón Crusoe, Sherlock Holmes, a Pasteur, vuelve los pies simultáneamente en direcciones diferentes, manda a la marea que baje, eclipsa el sol extendiendo el meñique.)

BRINI, EL NUNCIO PAPAL

(con el uniforme papal de zuavo, corazas de acero de peto, brazales, quyotes, espinilleras, grandes mostachos profanosy mitra de papel de estraza) Leopoldi autem generado. Moisés engendró a Noé y Noé engendró a Eunuco y Eunuco engendró a O'Halloran y O'Halloran engendró a Guggenheim y Guggenheim engendró a Agendath y Agendath engendró a Netaim y Netaim engendró a Le Hirsch y Le Hirsch engendró a Jesurum y Jesumm engendró a MacKay y MacKay engendró a Ostrolopsky y Ostrolopsky engendró a Smerdoz y Smerdoz engendró a Weiss y Weiss engendró a Schwarz y Schwarz engendró a Adrianopoli y Adrianopoli engendró a Aranjuez y Aranjuez engendró a Lewy Lawson y Lewy Lawson engendró a Ichabudonosor e Ichabudonosor engendró a O'Donnell Magnus y O'Donnell Magnus engendró a Christbaum y Christbaum engendró a ben Maimurn y ben Maimum engendró a Polvoriento Rhodes y Polvoriento Rhodes engendró a Benamor y Benamor engendró a Jones-Smith y Jones-Smith engendró a Savorgnanovich y Savorgnanovich engendró a Piedrajaspe y Piedrajaspe engendró a Vingtetunieme y Vingtetunieme engendró a Szombathely y Szombathely engendró a Virag Y Virag engendró a Bloom *et vocabitur nomen eius Emmanuel.*

UNA MANOMUERTA

(escribe en la pared) Bloom es un papamoscas.

LADILLAS

(con avíos de bandolero) ¿Qué hizo usted en el paso de ganado detrás del camino Kilbarrack?

UNA NENA

(agita un sonajero) ¿Y bajo el puente de Ballybough?

UN ARBUSTO DE ACEBO

¿Y en la cañada del diablo?

BLOOM

(se sonroja violentamente por entero desde la frente hasta las nalgas, cayéndole tres lágrimas del ojo izquierdo) No saquen a relucir mi pasado.

LOS APARCEROS IRLANDESES DESAHUCIADOS

(con chaquetones, calzones a la rodilla y cachiporras de la feria de Donnybrook) Sjambókenle!

(Bloom con orejas de burro se sienta en la picota con los brazos cruzados, los pies hacia fuera. Silba Don Giovanni, a cenar teco. *Huérfanos de Artane, cogiéndose de las manos, corretean a su alrededor. Chicas de la Misión Puertas de la Cárcel cogiéndose de las manos, corretean a su alrededor en sentido contrario)*

LOS HUÉRFANOS DE ARTANE

¡So puerco, so guarro, so viejo verde!

¡Te crees que las damas te quieren!

LAS CHICAS DE LAS PUERTAS DE LA CÁRCEL

Po-demos, si quieres

lla-mar a tu novio.

Co-mo digas que no,

No-ña que eres.

MATAMOROS

(con efod y gorra de caza, anuncia) Y llevará los pecados del pueblo a Ázazel, el espíritu que habita en el desierto, y a Lilith, la tarasca de la noche. Y lo lapidarán y lo enlodarán, sí, todos los de Agendath Netaim y de Mizra¡m, la tierra de Cam.

(Toda la gente arroja piedras blandas de pantomima a Bloom. Muchos viajeros bonafidey perros sin amo se acercan a el y lo enlodan. Mastíansky y Citron se aproximan con tabardos, largos tirabuzones sobre las orejas. Mueven las barbas hacia Bloom.)

MASTIANSKY Y CITRON

¡Belial! ¡Laemlein de Istria, el falso Mesías! ¡Abulafia! ¡Retráctate!

(George R. Mesias, el sastre de Bloom, aparece, con una plancha de sastre bajo el brazo, presentando una factura.)

MESIAS

Por arreglo de un par de pantalones once chelines.

BLOOM

(sefrota las manos animosamente) Así era en los viejos tiempos. ¡Pobre Bloom!

(Reubenj Dodd, Iscariote barbinegro, mal pastor, llevando sobre los hombros el cuerpo ahogado de su hijo, se acerca a la picota)

REUBEN J.

(susurra con voz ronca) Se sabe todo. Un soplón ha ido a por la bofia. Pesquemos la primera manuela que pase.

LA BRIGADA DE BOMBEROS

¡Pflaap!

EL HERMANO BLABLÁ

(Inviste a Bloom con hábito amarillo bordado de llamaradas pintadas y sombrero alto terminado en pico. Le coloca una bolsa de pólvora alrededor del cuello y le entrega a las autoridades civiles, diciendo) Perdonadle sus ofensas.

(El teniente Myers de la Brigada de Bomberos de Dublín a petición general le prende fuego a Bloom. Lamentaciones.)

EL PAISANO

¡Gracias al cielo!

BLOOM

(con una prenda sin costuras marcada LH. S. permanece erguido en medio de llamas de fénix) No llorad por mí, Oh hijas de Erín. *(presenta a los periodistas dublineses rastros de quemaduras)*

(Las has de Erin, con prendas negras, grandes libros de oracionesy largas velas encendidas en las manos, se arrodillany rezan.)

LAS HIJAS DE ERIN

Riñón de Bloom, ruega por nosotros

Flor del baño, ruega por nosotros

Mentor de mentón, ruega por nosotros

Agente de publicidad para el Freeman, ruega por nosotros

Masón caritativo, ruega por nosotros

Jabón errante, ruega por nosotros

Delicias del pecado, ruega por nosotros

Música sin palabras, ruega por nosotros

Reprobador del paisano, ruega por nosotros

Amigo de las puntillas, ruega por nosotros

Matrona misencordísima, ruega por nosotros

Patata preservadora de plaga y pestilencia, ruega por nosotros.

(Un orfeón de seiscientas voces, dirigido por Vincent O'Brien, canta el coro del Mesías *de Haendel* Aleluya porque reina el Señor Dios Omnipotente, *acompañado por Joseph Glynn al órgano. Bloom enmudece, apergaminado, se carboniza.)*

ZOE

Sigue hablando hasta que te pongas morado.

BLOOM

(con güito y pipa de arcilla metida en el cinto, botos polvoriento , un hatillo de emigrante hecho con un pañuelo rojo en la mano, llevando un cochino negro arraclín de una cordeta, una sonrisa en sus ojos) Dejadme marchar ya, mujer de la casa, pues por todas las cabras de Connemara que me va a caer una tunda de María Santísima. *(con lágrimas en los ojos)* Todo es locura. El patriotismo, el pesar por los muertos, la música, el futuro de la raza. Ser o no ser. El sueño de la vida se ha terminado. Acábalo pacíficamente. Ellos pueden seguir viviendo. *(mira a lo lejos dolido)* Estoy arruinado. Unas cuantas pastillas de acónito. Las cortinillas corridas. Una carta. Luego te tiendes a descansar. *(respira suavemente)* Ya basta. He vivido. Adiós. Hasta siempre.

ZOE

(duramente, el dedo en elfiletido del cuello) ¿De veras? Hasta que le vuelva la gana. *(con sarcasmo)* Digamos que te levantaste con el pie izquierdo o que te fuiste demasiado pronto con tu chica favorita. ¡Ay, puedo leerte el pensamiento!

BLOOM

(amargamente) El hombre y la mujer, el amor ¿qué es lo que es? Un corcho y una botella. Estoy harto de todo esto. No preocuparse de nada.

ZOE

(con repentino enfado) Odio a los sinvergüenzas falsos. Dale ya una oportunidad a una jodida puta.

BLOOM

(arrepentido) Soy muy desagradable. Eres un mal necesario. ¿De dónde eres? ¿De Londres?

ZOE

(con mucha labia) Soy de Hog's Norton donde los cochinos tocan la flauta. Nací en Yorkshire. *(le sujeta la mano que le busca el pezón)* Oye, Preste Juan. Deja eso y empieza algo peor. ¿Tienes dinerito para un polvete rápido? ¿Diez chelines?

BLOOM

(sonríe, asiente lentamente) Más, hurí, más.

ZOE

¿Y la madre que te parió más? *(le tienta sin ceremonias con zarpas de terciopelo)* ¿Te vienes al salón de música a ver nuestra pianola nueva? Ven y me despeloto del todo.

BLOOM

(sintiéndose el occipucio dubitativamente con el embarullamiento sin paralelo de un buhonero preocupado mientras ponderaba la simetría de sus peras peladas) Alguien se pondría terriblemente celosa si se enterara. El monstruo de ojos verdes. *(formalmente)* Sabes lo dificil que es. No tengo ni que decírtelo.

ZOE

(halagada) Ojos que no ven corazón que no siente. *(le palpa)* Ven.

BLOOM

¡Bruja hilarante! La mano que mece la cuna.

ZOE

¡Rorro!

BLOOM

(con pañal y babi, cabezón, con una mata de pelo oscuro, fija los grandes ojos en su vaporosa combinación y cuenta sus hebillas de bronce con un dedo regordete, la húmeda lengua colgando y balbuceando) Uno dos tles: tles tíos tluno.

LAS HEBILLAS

Me quiere. No me quiere. Me quiere.

ZOE

El que calla otorga. *(Con pequeñas garras separadas le aprisiona la mano, el dedo índice dándole en la palma el santo y seña del misterioso monitor, atrayéndole a su perdición)* Manos calientes corazón filo.

(Él vacila en medio de perfumes, música, tentaciones. Ella k conduce hacia los escalones, atrayéndole con el olor de sus sobacos, el vicio de sus ojos pintados, el frufrú de su combinación en cuyos sinuosos pliegues acecha la fetidez leonina de todos los machos bestiales que la han poseído.)

LOS BESTIAS

(exhalando azufre de la bramay cagájonesy rampando en sus boyeras, bramando levemente, las cabezas drogadas moviéndose adelantey atrás) ¡Bien!

(Zoe y Bloom alcanzan el portal donde dos hermanas putas están sentadas. Lo examinan con curiosidad por debajo de sus cejas lapizadas y sonríen a su ligera reverencia. Él tropieza torpemente)

ZOE

(su mano afortunada salvándolo de inmediato) ¡Upa! No te caigas escaleras arriba.

BLOOM

El hombre justo cae siete veces. *(se echa a un lado del umbral)* Después de usted es de buena educación.

ZOE

Las señoras primero, los caballeros después.

(Ella cruza el umbral. Él vacila. Ella se vuelve y, tendiendo las manos, tira de el hacia dentro. Él salta. De la percha astada del vestíbulo cuelgan un sombrero de hombrey un impermeable. Bloom se descubre pero, al verlos, frunce el ceño, luego sonríe, preocupado. Una puerta en el descansillo de esquina se abre de golpe. Un hombre con camisa púrpuray pantalones grises, calcetines marrones, pasa con andares de simio, la cabeza calva y barba de chivo levantadas, abrazando una jarra de agua llena, las dos tiras de los tirantes negros colgándole por los talones. Apartando la cara apresuradamente Bloom se inclina para examinar sobre la mesa del vestíbulo los ojos de perro de aguas de un zorro en marcha: luego, con la cabeza levantada husmeando, sigue a Zoe al salón de música. Una pantalla de papel de seda malva ensombrece la luz de la lucerna. Vueltas y vueltas da una mariposa nocturna, chocando, escapando. El suelo está cubierto de un linóleo en mosaico de romboides jadey azury cinabrio. Hay huellas de pies en todos los sentidos, tacón con tacón, tacón con puente, punta con punta, pies juntos, una danza moruna de pies que se arrastran sin visiones corpóreas, todos en trifuka zurriburri. Las paredes están empapeladas con papel de frondas de tejo y claros abiertos. Sobre el emparrillado de la chimenea se expone una pantalla de plumas de pavo real. Lynch agazapado con las piernas cruzadas en la afombrilla de pelo enmarañado, la gorra con la visera hacia atrás. Con un puntero marca el ritmo lentamente. Kitty Ricketts, una pálida puta huesuda con traje marino, guantes de ceivatilla enrollados hacia delante mostrando una muñequera de coya¿ un bolso con cadenilla en la mano, está encaramada en el borde de la mesa columpiando la pierna y mirándose en el espejo dorado en la repisa de la chimenea. Un herrete de la cinta del corsé le asoma por debajo de la chaqueta. Lynch apunta burlonamente a la parda del piano.)

KITTY

(tose tapándose con la mano) Ésa es algo imbécil. *(señala con el índice bamboleante)* Tatetate. *(Lynch le levanta la falda y la enagua blanca con el puntero. Ella se las recompone apresuradamente)* Un respeto. *(hipa, luego se dobla rápidamente el sombrero de marinero bajo el cual fulgura el pelo, rojo de alheña)* ¡Oh, perdón!

ZOE

Más luz de calcio, Charley. *(va a la lucerna y abre el gas del todo).*

KITTY

(observa el chorro degas) ¿Qué le pasa esta noche?

LYNCH

(hondamente) Entran un espectro y unos trasgos.

ZOE

Palmada en la espalda a Zoe.

(El puntero en la mano de Lynch centellea: un atizador de latón. Stephen de pie junto a la pianola sobre la que están tirados su sombrero y la vara de fresno. Con dos dedos repite una vez más la serie de quintas disminuidas. Flony Talbot, una puta rubia endebluchay de carnesfojas con una bata andrajosa defresa enmohecida, que está recostada en la esquina del sofá con brazos y piernas extendidos, el antebrazo fláccido colgante por encima del travesero, escucha. Un orzuelo grande le cae de su párpado soñoliento.)

KITTY

(hipa de nuevo con patada de pie caballuno) ¡Oh, perdón!

ZOE

(inmediatamente) Tu chico está pensando en ti. Hazte un nudo en la camisa.

(Kitty Ricketts inclina la cabeza. La boa se le desenrosca, se desliza, resbala por el hombro, por la espalda, el brazo, por la silla hasta el suelo. Lynch levanta la enroscada oruga con el puntero. Ella serpea su cuello, haciéndose un ovillo. Stephen mira a su espalda a la figura agazapada con la gorra de visera hacia atrás)

STEPHEN

El caso es que no tiene importancia alguna si Benedetto Marcello la encontró o la hizo. El rito es el descanso del poeta. Pudiera ser un antiguo himno a Deméter o también ilustrar *Coela enarrantgloriam Domini.* Es susceptible de nodos o modos tan dispares unos de otros como el hiperfrigio y el mixolidio y de textos tan divergentes como sacerdotes jugando al

corro alrededor del altar de David es decir de Circe o qué digo de Ceres y la información de David clanta y sin rodeos a su primer bajonista acerca de la bondad de su omnipotencia. *Mais nom de nom,* ésa es otra historia. *Jetez la gourrne. Faut que jeunesse se passe. (separa, señala la gorra de Lynch, sonríe, ríe)* ¿En qué lado tienes el bollo del conocimiento?

LA CORRA

(con melancolía saturnina) ¡Ba! Lo es porque lo es. Razonamiento de mujer. Judiognego es gnegojudío. Los extremos se encuentran. La muerte es la forma más plena de vida. ¡Ba!

STEPHEN

Recuerdas con gran precisión todos mis errores, alardes, desaciertos. ¿Cuánto tiempo continuaré cerrando los ojos a la deslealtad? ¡Mollejón!

LA GORRA

¡Ba!

STEPHEN

Aquí va otra. *(pone mala cara)* La razón es porque el tono primero de cualquier armónico y el dominante están separados por el mayor intervalo posible el cual ....

LA GORRA

¿El cual? Termina. No puedes.

STEPHEN

(con esfuerzo) Intervalo el cual. Es la mayor elipsis posible. De acuerdo con. Retomo último. La octava. Que.

LA GORRA

¿Qué?

(Afuera elgramófono empieza a berrear La ciudad santa.)

STEPHEN

(ásperamente) Lo que fue hasta los extremos del mundo para no atravesarse a sí mismo, Dios, el sol, Shakespeare, un viajante de comercio, habiéndose a sí mismo atravesado en realidad se convierte en sí mismo. Espera un momento. Espera un segundo. Maldito sea el centro del mundo de ese tío. Ese mismo en que ello mismo estaba ineluctablemente precondicionado a convertirse. Ecco!

LYNCH

(con un relinchido burlón sonríe burlonamente a Bloom y a Zoe Higgins) Qué discurso más culto ¿eh?

ZOE

(animadamente) Que Dios te conserve la cabeza, ése sabe más de lo que tú has olvidado.

(Con estupidez obesa Flony Talbot contempla a Stephen)

FLORRY

Dicen que el último día llega este verano.

KITTY

¡No!

ZOE

(estalla en risa) ¡Santo Dios injusto!

FLORRY

(ofendida) Pues venía en los periódicos sobre el Anticristo. Ay, me pica el pie.

(Harapientos gaceteros descalzos, dando tirones de una cometa queda coletazos, pasan perneando sordamente, voceando)

LOS GACETEROS

Edición de última hora. Resultados de las carreras de caballitos de balancín. Serpiente de mar en el canal real. Llega ileso el Anticristo.

(Stephen se vuelvey ve a Bloom)

STEPHEN

Un tiempo, y tiempos y medio tiempo.

(Reuben J Anticristo, judío errante, una mano zar, posa abierta sobre el lomo, avanza agarrotado. Rodeándole las fiadas le cae en bandolera una burjaca de peregrino de la que sobresalen pagarés y *facturas no pagadas. En alto sobre el hombro lleva un bichero largo de cuyo gancho cuelga la masa empapada y apilada de su único h~o, salvado de las aguas del Liffey, por la culera de los calzones. Un trasgo, viva estampa de Ponche Costello, diastrófzco, jorobado, hidrocefálico, prognato defrente huidizay nariz a lo Ally Sloper, da vueltas de campana por la oscuridad que se amontona.)*

TODOS

¿Qué?

EL TRASGO

(la mandíbula castañeteándole, cabriola adelantey atrás, mirando con ojos saltones, dando chillidos, brinca como canguro con brazos extendidos zarposos, luego de repente mete la cara sin labios por la entrepierna) IZ vient! Cest moi! L homme qui rít! L homme primigéne! (gira dando vueltas y vueltas con berridos de derviche) Sieurs et dames, faites vos jeux! (Se agazapa haciendo malabarismos. Planetas ruletas minúsculos vuelan de sus manos.) Les jeux sont faits! (los planetas se lanzan todos juntos, soltando restallidos crebitantes) Ríen va plus! (Los planetas, globos boyantes, se elevan y alejan hinchados navegando. El salta al vacío)

FLORRY

(hundiéndose en torpor, santiguándose secretamente) ¡El fin del mundo!

(Tibio efluvio de mujer se escapa de ella. Una oscuración nebulosa ocupa el espacio. Afuera por entre la niebla a la deriva el gramófono berrea por encima de toses y arrastre de pies)

EL GRAMÓFONO

¡Jerusalén!

Abre tus puertas y canta

Hosanna ....

(Un cohete se dispara hacia el cielo y estalla. Una estrella blanca cae de eZ proclamando la consumación de todas las cosas y la segunda venida de Elías. A lo largo de una infinita cuerda Aja invisible tendida desde el cenit al nadir el Fin del Mundo, un pulpo bicéfalo con kilt de escocés, gorro de piely faldas de tartán, gira por entre las tinieblas, como tabardillo, con forma de las Tres Piernas de Man)

EL FIN DEL MUNDO

(con acento escocés) ¿Quién bailará al son de la saloma, saloma, saloma?

(Por encima de la corriente en tropel y de toses ahogadas, la voz de Elías, áspera como la de una carraca, vibra disonante en las alturas. Transpirando en una sobrepelliz amplia de linón con mangas de campana es visto, con cara de sacristán, encima de una tribuna tapizada con la enseña de las viejas glorias. Aporrea el parapeto)

ELÍAS

Nada de gañidos, si les parece, en este chozo. Jake Crane, Creole Sue, Dove Campbell, Abe Kirschner, tosed con la boca cerrada. Venga, yo controlo este bloque de líneas. Chicos, ahora es el momento. Es la hora fetén las 12:25. Decidle a vuestras madres que estaréis allí. Haced vuestro pedido en seguida y podréis sacar un as. Apuntaos aquí mismo. Reservad hasta el empalme con la eternidad, trayecto sin paradas. Sólo una palabra más. ¿Sois dioses o unos patanes de mierda? Si llegara el segundo adviento a Coney Island ¿estaríamos preparados? Florry Cristo, Stephen Cristo, Zoe Cristo, Bloom Cristo, Kitty Cristo, Lynch Cristo, de vosotros depende notar esa fuerza cósmica. ¿Estamos acoquinados con lo del cosmos? No. Poneos del lado de los ángeles. Sed un prisma. Tenéis ese algo tan especial dentro, el yo superior. Podéis codearos con un Jesús, un Gautama, un Ingersoll. ¿Estáis todos en la onda? Yo digo que sí. Una vez que lo cojáis, mis amados fieles, una carrera por el espacio hasta el cielo es cosa de coser y cantar. ¿Me seguís? Es un reconstituyente para la vida, os lo aseguro. Lo mejor del mundo. Es un pastel de nata y merengue. Es lo más morrocotudo que ha salido. Es estupendo, supermagnífico. Restaura. Vibra. Lo sé muy bien, yo que soy un buen vibrador. Fuera bromas y, yendo al grano, A. J. Cristo Dowie y la filosofia armonial ¿lo habéis captado? O.K. El setentaisiete de West

Sixtyninth Street. ¿Me habéis captado? Eso es. Llamadme por soléfono a cualquier hora. Partida de ajumados, ahorraos los sellos. *(grita) Y* ahora nuestra canción de gloria. Unios todos con fuerza en el canto. Encore! *(canta)* Jeru ....

EL GRAMÓFONO

(ahogándole la voz) Jorobalentrelaspurtaaass ... *(el disco raspa chirriantemente contra la aguja)*

LAS TRES PUTAS

(tapándose los oídos, grajean) ¡Ajjkkk!

ELÍAS

(en mangas de camisa remangadas, negro como un tizón, grita con todas sus fuerza , los brazos en alto) Gran Hermano el de ahí arriba, señor Presidente, ya has oído lo que acabo de decirte ahora mismito. Desde luego que creo de verdad en ti, señor Presidente. Desde luego que estoy pensando ahora que Miss Higgins y Miss Ricketts tienen metida la religión muy adentro. Desde luego que me parece que yo nunca de ninguna manera he visto a una mujer más asustá como la he visto a usted, Miss Florry, ahora mismito. Señor Presidente, ven p'acá y échame una mano para salvar a nuestras hermanas queridas. *(le guiña el ojo al público)* Este señor Presidente que tenemos se entera de to y no dice ni pio.

KI'ITY-KATE

Se me fue la cabeza. En un momento de debilidad me equivoqué e hice lo que hice en Constitution Hill. Me confirmó el obispo y me apunté al escapulario marrón. La hermana de mi madre se casó con un Montmorency. Fue un fontanero el que fue mi ruina cuando yo era pura.

ZOE-FANNY

Yo le dejé que me zurrara sólo por gusto.

FLORRY-TERESA

Fue a consecuencia de una copa de vino de oporto después de un Hennessy tres estrellas. Pequé con Whelan cuando se me coló en la cama.

STEPHEN

En el principio era el verbo, al final un mundo por los siglos de los siglos. Benditas sean las ocho bienaventuranzas.

(Las bienaventuranzas, Dixon, Madddn, Crotthers, Costelo, Lenehan, Bannon, Mulligany Lynch con batas blancas de estudiantes de cirugía, de cuatro en fondo, al paso de la oca, pasan con paso pesado marchando con prisa ruidosa.)

LAS BIENAVENTURANZAS

(incoherentemente) Bock vaca buquebul bibulas bancum beodum cabronum obispo.

LYSTER

(en calzones grises de cuáquero a la rodilla y sombrero de ancha ala, dice discretamente) Es nuestro amigo. No necesito dar nombres. Busca tú la luz.

(Él coreapasa. Best entra con atuendo de peluquero, relucientemente lavado y planchado, los mechones ensortijados con bigudíes. Conduce a John Eglinton que viste quimono de mandarín amarillo de Nankin, con letras lacertiformes, y un sombrero de copa en pagoda.)

BEST

(sonriente, levanta el sombrero y muestra una molondra afeitada en cuya coronilla se eriza una trenza postiza atada con una moña naranja) Estaba tan sólo embelleciéndole, saben. Una cosa bella, saben, asegura Yeats, o quiero decir, asegura Keats.

JOHN EGLINTON

(saca una linterna oscurecida verdicaperuzada y la enfoca hacia un rincón: con acento criticón) La estética y la cosmética son para el tocador. Yo voy en pos de la verdad. La verdad simple para un hombre simple. Tanderagee quiere los hechos y se propone conseguirlos.

(En el cono del rector detrás del recipiente de carbón, vate, ojisacro, la figura barbada de Mananaun MacLir cavila, la barbilla en las rodillas. Se levanta lentamente. Un frío viento marino sopla de su boca druídica. En torno a su cabeza se retuercen anguilasy

angulas. Está encostrado de hierbasy conchas. La mano derecha sujeta una bomba de bicicleta. La mano izquierda agarra un enorme ástaco por las dos pinzas.)

NIANANAUN MACLIR

(con voz de olas) ¡Aum! ¡Jek! ¡Ual! ¡Ak! ¡Lub! ¡Mor! ¡Ma! Blanco yogui de los dioses. Oculto Poimandres de Hermes Trismegisto. *(con voz de viento marino silbante)* ¡Punarjanam Patsypunjaub! No me tomarán el pelo. Lo ha dicho uno: ojo con la izquierda, el culto de Shakti. *(con un grito de aves de tormenta)* iShakti Siva, Padre en oscuridad escondido! (gol*pea con la bomba de bicicleta el ástaco de la mano izquierda. En su esfera cooperativa fulguran los doce signos del zodíaco. Aúlla con la vehemencia del océano)* ¡Aum! ¡Baum! ¡Pyjaum! ¡Soy la luz de la hacienda! Soy la mantequilla de la cremería de ensueñería.

(Una mano de judas esquelética estrangula la luz. La luz verde se vuelve malva. El chorro de gas aúlla silbando)

EL CHORRO DE GAS

¡Puah! ¡Pfuiiiiiii!

(Zoe corre a la lucernay, doblando la pierna, ajusta el manguito)

ZOE

¿Quién tiene un pitillo para una servidora?

LYNCH

(tirando un cigarrillo en la mesa) Toma.

ZOE

(la cabeza a un lado con falso orgullo) ¿Así es como se le da el chupito a una señora? *(Seyergue para encender el cigarrillo con la llama, dándole vueltas lentamente, mostrando los mechones marrones de los sobacos. Lynch con el atizador le levanta con frescura un lado de la combinación. Desnuda de las ligas para arriba su carne parece bajo el zafiro de un verde de náyade. Da chupadas calmosamente al cigarrillo)* ¿Puedes ver el lunar que tengo en el trasero?

LYNCH

No estoy mirando.

ZOE

(pone una mirada tierna) ¿No? No harías semejante cosa. ¿Te gustaría chupar un limón?

(Bizcando defalca vergüenza echa de soslayo una mirada con intención a Bloom, luego se retuerce hacia él desenganchándose la combinación del atizador. Fluido azul le fluye de nuevo por la carne. Bloom de pie, sonríe con deseo, rascándose la barriga. Kitty Ricketts se lame el dedo del corazón con salivay, mirándose al espejo, se alisa las cejas. Lipoti Virag, escriba real sale disparado por el tubo de la chimeneay se contonea dos pasos a la izquierda sobre torpes zancos rosas. Va embutido en diversos abrigos y lleva puesta una gabardina marrón bajo la que sostiene un rollo de pergamino. En el ojo izquierdo le resplandece el monóculo de Cashel Boyle O'ConnorFitzmaunce Tüdall Farref En la cabeza estáposado un Pshent egipcio. Dos cálamos sobresalen por encima de las orejas.)

VIRAG

(los talones juntos, hace una reverencia) Me llamo Virag Lipoti, de Szombathely. *(tose pensativamente, secamente)* Hay mucha desnudez promiscua por estos parajes ¿verdad? No intencionadamente el panorama desde detrás reveló el hecho de que no lleva esas prendas algo íntimas de las que eres particularmente devoto. La señal de la inyección en el muslo espero que la percibieras. Bien.

BLOOM

Granpapachi. Pero .....

VIRAD

La número dos por el contrario, la de los coloretes cereza y la peinadora blanca, cuyo pelo debe no poco a nuestro elixir tribal de maderas resinosas, va con indumentaria de calle y bien encorsetada por la manera como se sienta, opinaría yo. Genio y figura, como quien dice. Corrígeme si no es así pero desde siempre tengo entendido que el acto así realizado por humanos frívolos con visiones momentáneas de ropa interior te llamaba la atención en virtud de su exhibicionististicicidad. En una palabra. Hipogrifo. ¿No es verdad?

BLOOM

Está algo flaca.

VIRAD

(no sin agrado) ¡Perfectamente! Bien observado y esos bolsillos de alforja de la falda y el efecto ligeramente de peonza están ideados para sugerir redondez de caderas. Una nueva adquisición en alguna liquidación final por el que algún primo ha sido engaitado. Galas de meretriz para engañar el ojo. Observa la atención a los detalles más nimios. No te pongas mañana lo que puedas llevar hoy puesto. ¡Paralaje! *(con una contracción nerviosa de la cabeza)* ¿Has oído ese crujido seco de mi cerebro? ¡Polisilabaje!

BLOOM

(el codo descansando en la mano, un índice contra la mejilla) Ésa parece triste.

VIRAG

(cínicamente, enseña los dientes de comadreja amarillos, se baja el ojo izquierdo con un dedoy ladra roncamente) ¡Trampa! Cuidado con las jovencitas y con las afligidas. Lirios de la calle. Todas poseen la flor descubierta por Rualdus Columbus. Dale un revolcón. Dale un columbón. Camaleón. *(más cordialmente)* Bien pues, permíteme llamar tu atención hacia la prenda número tres. Lo tiene casi todo visible a simple vista. Observa la masa de sustancia vegetal oxigenada sobre el cráneo. ¡Vaya, vaya, cómo se restriega! El patito feo de la fiesta, larguirucha y culigorda.

BLOOM

(con pesar) Cuando uno va sin escopeta la de fiebres que saltan.

VIRAD

Podemos ofrecerte todas las marcas, suave, media y fuerte. Paga, y elige. Qué bien lo pasarías con cualquiera ...

BLOOM

¿Con ...?

VIRAD

(encrespando la lengua hacia arriba) ¡Lyum! Mira. Es ancha de caderas. Está recubierta de una capa de grasa bastante considerable. Obviamente mamífera por el peso del pecho observa que tiene delante bien hacia delante dos protuberancias de muy respetables dimensiones, con tendencia a meterse en el plato de sopa del mediodía, mientras que en la parte trasera más abajo hay dos protuberancias adicionales, que sugieren un recto potente y son tumescentes al tacto, que no dejan nada que desear salvo compacidad. Tales partes carnosas son producto de una crianza esmerada. Cuando se las engorda en caponeras el hígado se les pone de tamaño elefantino. Migas de pan reciente con fenogreco y benjuí empapuzadas en pociones de té verde las dota durante su breve existencia de almohadillas naturales de grasa de ballena muy colosales. Te vale eso ¿eh? Ollas calientes de carne de Egipto que añorar. Revuélcate en eso. Licopodio. *(se contrae la garganta)* ¡Bofetán! Ya está ése otra vez.

BLOOM

El orzuelo no me gusta.

VIRAG

(arquea las cejas) Acércalo a un anillo de oro, dicen. *Argumentum adfeminam,* como decíamos en la vieja Roma y la antigua Grecia durante el consulado de Diplodoco e Ictiosauro. Para el resto el remedio soberano de Eva. No está en venta. Alquiler sólo. Hugonote. *(se contrae)* Tiene un sonido gracioso. *(tose alentadoramente)* Pero posiblemente sea sólo una verruga. ¿Supongo que te habrás acordado de lo que húbete enseñado en ese sentido? Harina de trigo con miel y nuez moscada.

BLOOM

(rejkxionando) Harina de trigo con licopodio y silabaje. Esta búsqueda insufrible. Ha sido un día inusualmente agotador, una serie de desgracias. Espera. Quiero decir la sangre de verruga propaga las verrugas, tú decías ...

VIRAG

(severamente, la nariz muy ganchuda, guiñando el ojo estrábico) Deja de rascarte la barriga y devánate los sesos. Ves, te has olvidado. Ejercita tu mnemotécnica. *La causa è*

santa. Tara. Tara. *(aparte)* Se acordará con toda seguridad.

BLOOM

Sobre romero creo también que decías algo sobre la fuerza de voluntad en los tejidos parasitarios. Entonces nada no se me ocurre. El toque de la mano de un muerto cura. ¿Mnemo?

VIRAG

(excitadamente) Lo digo yo. Lo digo yo. Ni más ni menos. Técnica. *(golpea el rollo de pergamino con energia)* Este libro te dice cómo hay que actuar con todo tipo de detalles. Consulta el índice para el miedo incontrolable al acónito, para la melancolía del munático, para la pulsatila priápica. Virag va a hablar de amputaciones. Nuestro viejo amigo cáustico. Hay que matarlas de hambre. Córtense de raíz con una crin de caballo. Pero, cambiando de tercio y hablando de búlgaros a vascos ¿has decidido si te gustan o no te gustan las mujeres en traje de hombre? *(con risa sardesca)* Tenías la intención de dedicar un año entero al estudio del problema religioso y los meses de verano de 1886 a la cuadratura del círculo y ganar aquel millón. ¡Granadas! De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. ¿En pijama, digamos? <0 en pantalones de punto con escudetes, cerrados? t0, pongamos por caso, con una de esas combinaciones complicadas, camisobragas? *(grazna burlonamente)* ¡Quiquiriquí!

(Bloom examina inseguro a las tres putas luego mira fijo a la luz malva velada, oyendo a la polilla incesante voladora.)

BLOOM

Quería entonces haber concluido ahora. El camisón no fue nunca. De ahí esto. Pero mañana es un nuevo día será. El pasado fue es hoy. Lo que ahora es será entonces mañana pasado como el ahora fue ayer.

VIRAG

(le apunta en un suspiro) Los insectos de un día pasan su breve existencia en coito reiterado, reclamados por el tufillo de la inferiormente pulcritudinosa fómina que posee un extendible nervio pudendal en la región dorsal. ¡Loreto guapo! (su pico *de loro amarillo charlotea nasalmente)* Tenían un proverbio en los Cárpatos en el año cinco mil quinientos cincuenta o por ahí de nuestra era. Una cucharada de miel atraerá al amigo Ursus más que media docena de orzas de vinagre de malta de primera calidad. El ronroneo del oso fastidia a las abejas con engorro. Pero dejando esto aparte. En otro momento lo podemos reanudar. Nos gustó mucho, a nosotros los otros. *(tose e, inclinando la frente, se flota la nariz pensativamente con mano acucharada)* Descubrirás que estos insectos nocturnos siguen la luz. Una ilusión pues recuerda sus complejos ojos inadaptables. Para todos estos puntos intrincados véase el libro decimoséptimo de mis Fundamentos de sexología o la Pasión amorosa que el Doctor L. B. dice es el éxito del año. Aún hay otros, por ejemplo, cuyos movimientos son automáticos. Repara. Ese es su sol apropiado. Pajaronocturno solnocturno barrionocturno. ¡Que te zurzan, Charley! *(le sopla a Bloom en el oído)* ¡Bla!

BLOOM

Abeja o moscarda también el otro día sombra batiente contra la pared aturdida luego contra mí se paseó aturdida por la camisa abajo menos mal que yo ....

VIRAG

(la cara impertérrita, ríe con sonoro timbre de mujer) ¡Espléndido! Una carraleja en la bragueta o emplasto de mostaza en el nabo. *(gluglutea glotonamente con moco depavo) i* Guanajo! ¡Guanajo! ¿Dónde estamos? ¡Ábrete Sésamo! ¡Sal! *(desenrolla el pergamino rápidamentey lee, la nariz de luciérnaga recorriendo al revés las letras que araña)* Espera, amigo mío. Te traigo tu respuesta. Ostras del banco-rojo caerán pronto sobre nosotros. Soy el mejor de los cocineros. Esos suculentos bivalvos pueden servirnos y las trufas de Péngord, tubérculos extraídos por el señor cebón omnívoro, eran inmejorables en casos de debilidad nerviosa o viraguitis. Apestan aunque pican. *(menea la cabeza con cacarearte chanza)* Divertido. Con mi monóculo en mi ocular. *(estornuda)* ¡Amén!

BLOOM

(ausente) Ocularmente el caso bivalvo de la mujer es peor. Siempre el sésamo abierto. El sexo hendido. Por eso temerán a las sabandijas, a las cosas que se arrastran. Sin embargo Eva y la serpiente lo contradicen. No es un hecho histórico. Una analogía obvia con mi idea. Las serpientes también se muestran glotonas de la leche de mujer. Serpentean a través de millas de bosque omnívoro para suculentomamarles el pecho hasta secárselo.

Como esas tetijocundas matronas romanas sobre las que uno lee en Elefantuliasis.

VIRAG

(con la boca proyectada en marcadas arrugas, los ojos pétreamente cerrados por el desconsuelo, salmea con monotonía estrafalaria) Que las vacas con sus esas ubres dilatadas que tienen han sido las las conocidas ....

BLOOM

Voy a chillar. Le pido perdón. ¿Ah? Así. *(repite)* Espontáneamente a buscar la guarida del saurio para confiarle las tetillas a su ávida succión. La hormiga ordeña al áfido. *(profundamente)* El instinto gobierna al mundo. En la vida. En la muerte.

VIRAG

(la cabeza torcida, arquea la espalday sus hombros en ala encorvados, mira fijamente a la polilla con salientes ojos cegajosos, señala con una zarpa encallecidaу exclama) ¿Quién es polilla polilla? ¿Quién es el querido Gerald? El querido Ger ¿eres tú? Ay madre, si es Gerald. Ay, mucho me temo que se va a quemar gravemente. ¿Querrría porrfavor arguna perrsona no ahorra impedirr tan catastrróficos mit agitación de servilleta de prrrimerísima clase? *(maúlla)* MMini mini mini mini! *(suspira, retrocede, y mira de reojo con aires de superioridad la mandíbula inferior caída)* Bueno, bueno. Que agora reposa. *(da repentinamente una tarascada al aire)*

LA POLILLA

Soy cosita pequeñita pequeñita

vuelo siempre en primavera bonita

doy vueltas y vueltas a una anillita.

¡En tiempos lejanos fui reina poderosa

y ahora yo hago este tipo de cosas

vuelo y vuelo por las flores olorosas!

¡Ostras!

(se precipita contra la pantalla malva, batiendo las alas ruidosamente)

Lindo lindo lindo lindo lindo lindo refajiño.

(Por la entrada izquierda superior con dos pasos deslizantes se adelanta Henry Flower hacia el centro frontal izquierdo. Viste capa oscura y «sombrero» empenachado caído. Lleva un dulcémele de marquetería con cuerdas de plata y una pipa de jacobo de cañón largo de bambú, la cazoleta de arcilla moldeada como cabeza de hembra. Viste calceta de terciopelo oscuro y escarpines con hebillas de plata. Tiene el rostro romántico del Salvador con bucles largos, barba rala y bigote. Las pencas zanquivanas y los pies de gorrión son los del tenor Mario, príncipe de Candía. Se arregla las gorgueras plisadas y se humedece los labios con una pasada de su lengua amorosa)

HENRY

(en voz baja suave, acariciando las cuerdas de la guitarra) Hay una flor que brota.

(Virag truculento, la queda rígida, mira fijo a la lámpara. Bloom grave revisa el cuello de Zoe. Henry galán se vuelve con papada colgona hacia el piano.)

STEPHEN

(consigo mismo) Toca con los ojos cerrados. Imita a papa. Llenándome la panza con las sobras de los cochinos. Ya es suficiente. Me levantaré e iré a mi. Me figuro que esto es el. Steve, estás en estado penoso. Debo visitar al viejo Deasy o telegrafiar. Nuestra entrevista de esta mañana me ha causado una profunda impresión. Aunque nuestra edad. Escribiré extensamente mañana. Estoy parcialmente borracho, por cierto. *(acaricia las teclas de nuevo)* Un acorde menor viene ahora. Sí. No es mucho sin embargo.

(Almidano Artifoni presenta un rollo-batuta de música con vigoroso juego de bigote.)

ARTIFONI

C rifletta. Lei rovina tutto.

FLORRY

Cántanos algo. Vieja y dulce canción de amor.

STEPHEN

No tengo voz. Soy un artista acabado. Lynch ¿te enseñé la carta sobre el laúd?

FLORRY

(con sonrisa tonta) El pájaro que sabe cantar y no quiere cantar.

(Los mellizos siameses, Philip Ebrio y Philip Sobrio, dos profesores de Oxford con cortacésped aparecen en el poyete de la ventana. Ambos van enmascarados con la cara de Manhew Arnold.)

PHILIP SOBRIO

Acepta el consejo de un tonto. Todo no está bien. Calcúlalo con la punta de un lápiz, como buen idiota que eres. Tres libras con doce tienes, dos billetes, un soberano, dos coronas, si al menos la juventud supiera. Mooney en ville, Mooney sur mer, El Moira, casa Larchet, el hospital de Holles Street, casa Burke. ¿Eh? Te estoy observando.

PHILIP EBRIO

(impaciente) Ah, tonterías, hombre. ¡Vete al infierno! Nadie me ha regalado nada. Si pudiera al menos averiguar lo de las octavas. Reduplicación de la personalidad. ¿Quién fue que me dijo su nombre? (su cortacésped empieza a ronronear) Ajá, sí. Zoe mou sas agapo. Tengo la impresión de haber estado aquí antes. Cuándo fue no Atkinson su tarjeta la tengo en algún sitio. Gandi Nosequé. Singandi lo tengo. Me contó algo de, espera, Swinbume, fue así ¿no?

FLORRY

¿Y la canción?

STEPHEN

El espíritu está pronto pero la carne es débil.

FLORRY

¿Has estado en Maynooth? Te pareces a alguien que conocí una vez.

STEPHEN

Ya he salido de eso. (consigo mismo) Listo que es uno.

PHILIP EBRIO Y PHILIP SOBRIO

(con el cortacésped ronroneando en rigodón de brotes de césped) Por siempre listo. Ya he salido he salido. Por cierto ¿tienes el libro, la cosa, la vara de fresno? Sí, ahí está, sí. Siemprelisto salidodealliya. Mantente en forma. Haz como nosotros.

ZOE

Anduvo por aquí un cura hace dos noches a desahogarse con el abrigo bien abrochado. No necesitas esconderte, cojo y le digo. Ya sé que tienes alzacuello.

VIRAG

Perfectamente lógico desde su posición. Caída del hombre. (secamente, las pupilas dilatadas) ¡Al diablo con el papa! Nada hay nuevo bajo el sol. Soy el Virag que desveló Los secretos sexuales de monjes y doncellas. Por qué dejé la iglesia de Roma. Lean El sacerdote, la mujer y el confesionario. Penrose. El demonio candinga. (se agita) Mujer, desatándose con dulce modestia el cinturón de soga de junco, ofrece su pilón todo húmedo al plátano del hombre. Corto tiempo después hombre hace un presente a mujer de trozos de carne de jungla. Mujer muestra contento y se cubre con manto de plumas. Hombre ama su pilón fieramente con gran plátano, el tieso. (exclama) Coactus volui. Luego mujer atolondrada correrá por ahí. Hombre fuerte aprisiona muñeca de mujer. Mujer grita, muerde, `scupe. Hombre, ahora fiero enfadado, le atiza a la mujer en su gordo pandero. (sepersigue la cola) ¡Pifpafl ¡Popo! (separa, estornuda) ¡Achís! (se menea la cola) ¡Pnrrrjt!

LYNCH

Espero que le pusieras al buen padre una penitencia. Nueve glorias por echar un palo.

ZOE

(exhala humo de morsa por las narices) No pudo conseguir un empalme. Sólo, ya sabes, la sensación. Como mear y no echar gota.

BLOOM

¡Pobre hombre!

ZOE

(a la ligera) Sólo por lo que le pasó.

BLOOM

¿Cómo?

VIRAG

(Un diabólico rictus de luminosidad negra contrayéndole el rostro, estira el cuello cano hacia adelante. Levanta unas napias de bobo contrahecho y aúlla.) Verfluchte Goim! Tuvo un padre, cuarenta padres. Nunca existió. ¡Puerco Dios! Se hacía un lío con sus propios pies. Era judas Yaquías, un eunuco libio, el bastardo del papa. *(se apoya hacia delante sobre torturadas zarpas delanteras, los codos doblados rígidos, la mirada agonizante en el cuello del cráneo plano ygañepor el mudo mundo)* Un hijo de puta. Apocalipsis.

KITTY

Y Mary Shortall que estaba en el hospital de contagiosos con la sífilis que cogió de Jimmy el Palomo el del gorro de fusileros que tuvo un niño de él que no podía tragar y se asfixió con las convulsiones en el colchón y todas aportamos para el entierro.

PHILIP EBRIO

(gravemente) Qui vous a mis dans cette fichue position, Philippe?

PHILIP SOBRIO

(alborozadamente) Cétait le sacré pigeon, Philippe.

(Kitty se quita el sombreroy lo pone a un lado con calma, acariciándose elpelo alheña. Yuna cabeza más bonita, más primorosa de encantadores rizos jamás se había visto sobre hombros de puta. Lynch se pone su sombrero. Ella se lo arrebata)

LYNCH

(se ríe) Y para tales delicias Metchnikoff ha inoculado a monos antropoides.

FLORRY

(asiente) Ataxia locomotriz.

ZOE

(alborozadamente) Ay, mi diccionario.

LYNCH

Tres vírgenes prudentes.

VIRAG

(agitado por escalofríos, profusa freza amarilla espumajeándole por los huesudos labios epilépticos) Ella vendía filtros de amor, cerablanca, azahar. Pantera, el centurión romano, la polucionó con sus genitales. *(saca una lengua de escorpión fosforescente rilando, la mano en la entrepierna)* ¡Mesías! El le reventó el tímpano. *(profiriendo gritos de babuino farfullante sacude las caderas con cínico espasmo)* ¡jik! ¡Jek! ¡Jak! ¡Jok! ¡Juk! ¡Kok! ¡Kuk!

(Ben jumbo Dollaro rubicundo, musculoagarrotado, narizpeludo, barbicomdo, cohor judo, pechivelludo, desmelenado, gordipezonudo, se adelanta, los lomosy losgenitales apretados dentro de un par de bombachosalares de baño negro)

BEN DOLLARD

(crujiendo huesos como castañuelas con sus enormes zarpas acolchadas, gargantea jubilosamente en bajete barrilete) Cuando el amor absorbe mi ardiente alma.

(Las vírgenes Enfermera Callan y Enfermera Quigley irrumpen por entre los guardas del cuadrilátero y las cuerdas y le acosan con los brazos abiertos)

LAS VÍRGENES

(efusivamente) ¡El gran Big Ben! ¡Ben de mi corazón!

UNA VOZ

Coged a ese tipo de los calzones ridículos.

BEN DOLLARD

(segolpea el muslo con abundante risa) Cogedle, venga.

HENRY

(acariciando sobre su pecho una cabeza cortada de mujer, murmura) Corazón tuyo, amor

mío. *(puntea las cuerdas del laúd)* Cuando por primera vez vi...

VIRAG

(mudando la piel su plumaje multitudinario pelechando) ¡Traidores! *(bosteza mostrando unagarganta negra-carbón, y cierra las mandíbulas con un empujón para arriba del rollo de pergamino)* Tras decir lo cual emprendí la partida. Adiós. Ve con Dios. Dreck!

(Henry Flower se peina el bigotey la barba rápidamente con un peine de bolsillo y se da una pasada relamida al pelo. Guiado por su estoque, se escurre hasta la puerta el arpa salvaje colgándole por detrás. Virag alcanza la puerta dedos brincos de zancuda desgarbada drabo kvantado, y hábibmentepone delado en lapared un cartel de color amarilfopús, pegándolo a cabezazos.)

EL CARTEL

K 11. Prohibido Fijar Carteles. Reserva absoluta. Dr. Hy Franks.

HENRY

Ya todo está perdido.

(Virag se desenrosca la cabeza en un trisy la sujeta debajo del brazo.)

LA CABEZA DE VIRAG

¡Charlatán!

(Mutis por separado)

STEPHEN

(por encima del hombro a Zoe) Tú habrías preferido al clérigo luchador que fundó el error protestante. Pero no olvides a Antístenes, el perro sabio, y las postrimerías de Arrio el Heresiarca. La agonía en el retrete.

LYNCH

Todo es uno y el mismo Dios para ella.

STEPHEN

(devotamente) Y Señor soberano de todas las cosas.

FLORRY

(a Stephen) Estoy segura de que eres un cura arrepentido. O un monje.

LYNCH

Lo es. Hijo de un cardenal.

STEPHEN

Pecado cardinal. Monjes del meteysaca.

(Su Eminencia Simon Stephen cardenal Dedalus, primado de toda Irlanda aparece en la entrada, vestido con sotana roja, sandalias y calcetines. Siete acólitos símicos enanos, también de rojo, pecados cardinales, le sostienen la cola, fisgoneando por debajo de ella. Lleva un estropeado sombrero de copa de lado en la cabeza. Los pulgares los lleva metidos en los sobacosy las palmas desplegadas. Alrededor del cuello le cuelga un rosario de tapones que termina sobre su pecho en una cruz sacacorchos. Liberando los pulgares, invoca la gracia de lo más alto congrandes aspavientosy proclama con pompa inflada:)

EL CARDENAL

Conservio yace cautivo

yace en el calabozo más profundo

con manillas y cadenas en sus extremidades

que pesan más de tres toneladas.

(Mira a todos por un momento, el ojo derecho bien cerrado, la mejilla izquierda hinchada. Entonces, incapaz de reprimir su alegría, se mece adelantey atrás, los brazos en jarras, y canta con animado humor bullanguero:)

Ay, la pobre criatura

lalalalalas patas de amarillo tenía

era orondo, gordo y pesado y vivo cual bicha

mas un salvaje jodido

para la cocorota aderezar

al pato patófilo de Nell Flaherty ha matado.

(Una multitud de típulas pulula blanca por su túnica. Se rasca con los brazos cruzados en las costillas, haciendo muecas, y exclama.)

Sufro la agonía de los condenados. Por la madre del cordero, doy gracias a Jesús que esos graciosillos no son unánimes. Si lo fueran me echarían de la faz del jodido globo.

(Con la cabeza de lado bendice brevemente con los dedos indice y corazón, imparte el beso de la Pascua y se va doblearrastrando los pies cómicamente, haciendo oscilar el sombrero de un lado a otro, encogiéndose a toda prisa hasta el tamaño de los que le llevan la cola. Los acólitos enanos, con risitas fisgoneando, dríndose con el codo, mirando extasiados, besándose por la Pascua, le siguen en zigzag. Su voz se oye melosa de lejos compasivamente varonil melodiosa:)

¡Llevarán mi corazón hasta ti,

llevarán mi corazón hasta ti,

y el aliento de la noche fragante

llevará mi corazón hasta ti!

(El tirador trucado de la puerta gira.)

EL TIRADOR DE LA PUERTA

¡Tiii!

ZOE

El diablo está en esa puerta.

(Una figura de hombre baja las chirriantes escaleras y se le oye coger el impermeabley el sombrero de la percha. Bloom da un paso adelante involuntariamente y, medio cerrando la puerta al pasar, extrae el chocolate del bolsillo y se lo ofrece nerviosamente a Zoe.)

ZOE

(le huele el pelo con energía) i Ummm! Dale las gracias a tu madre por los conejos. Me encanta lo que me gusta.

BLOOM

(oyendo una voz de hombre hablar con las putas en el escalón de la puerta, aguza el oído) ¿Y si fuera él? ¿Después? ¿O porque no? ¿O como remate?

ZOE

(rasga el papel de plata) Los dedos se inventaron antes que los tenedores. *(rompe un trozo y lo mordisquea, da otro trozo a Kity Ricketts y luego se vuelve coquetamente a Lynch)* ¿Alguna objeción a las tabletas francesas? (Él *asiente. Ella se mofa de el.)* ¿La tomas o la dejas? (Él *abre la boca, la cabeza erguida. Ellagira el premio en círculo a la izquierda. La cabeza lo sigue. Lo gira de vuelta en círculo a la derecha. Él la mira)* ¡Cógelo!

(Le echa un trozo. Con una diestra dentellada lo coge y lo rompe de un mordisco con un crujido)

KITTY

(masticando) El ingeniero con el que estuve en la feria sí que los tiene riquísimos. Rellenos de los mejores licores. Y el virrey estaba allí con su señora. Pasamos un buen rato en el tiovivo de Toft. Aún estoy mareada.

BLOOM

(con el abrigo de pieles de Svengali, los brazos cruzados y *flequillo a lo Napoleón, frunce el ceño en exorcismo ventriloquial con mirada penetrante de águila hacia la puerta. Luego rígido con el pie izquierdo adelantado hace un pase veloz con dedos impelentesy hace la señal del maestro, bajando el brazo derecho del hombro izquierdo.)* ¡Vete, vete, vete, yo te suplico, quienquiera que seas!

(Una tos y pasos de hombre se oyen fuera en la bruma. El rostro de Bloom se relaja. Coloca una mano en el chaleco, en actitud tranquila. Zoe le ofrece chocolate)

BLOOM

(solemnemente) Gracias.

ZOE

Haz lo que te ordenan. ¡Toma!

(El sólido taconeo de pasos se oye en la escalera)

BLOOM

(toma el chocolate) ¿Afrodisíaco? Tanaceto y poleo. Pero yo lo compré. ¿La vainilla calma o? Mnemo. La luz confusa confunde la memoria. El rojo influye en el lupus. Los colores afectan al carácter de las mujeres, si es que tienen. Este negro me pone triste. Comer y divertirse pues mañana. *(come)* Influye en el gusto también, el malva. Pero hace tanto tiempo desde que he. Parece nuevo. Afro. Ese cura. Debe llegar. Más vale tarde que nunca. Prueba trufas en Andrews.

(La puerta se abre. Bella Cohen, una dueña de casa de putas como una mole, entra. Va vestida con una bata tres-cuartos color marfil, rematada por el dobladillo con una vainica y fleco de borlas, y se refresca agitando un abanico negro de cuerno como Minnie Hauck en Carmen. *En la mano izquierda lleva un anillo de boda y un seguro. Los ojos los tiene intensamente alcoholados. Le apunta un bigote. Tiene la cara dura color aceituna, ligeramente sudada y narigona con aletas a manchas naranja. Lleva grandes pendientes con colgantes de berilo.)*

BELLA

¡Palabra! Estoy sudando como un gorrino.

(Echa un vistazo a su alrededor a las parejas. Luego sus ojos descansan en Bloom con fuerte insistencia. El gran abanico aventa viento a su acalorado caracuelloy redondeces. Sus ojos de halcón destellan.)

EL ABANICO

(agitándose rápido, luego lentamente) Casado, ya veo.

BLOOM

Sí. En parte, he extraviado .....

EL ABANICO

(medio abriéndose, luego cerrándose) Y la señora es la que lleva los pantalones. Mandan las faldas.

BLOOM

(baja la mirada con cara de cordero degollado) Así es.

EL ABANICO

(plegándose del todo, descansa contra el pendiente izquierdo) ¿Se ha olvidado de mí?

BLOOM

Nosí. Sinó.

EL ABANICO

(plegado en jarras contra la cintura) ¿Es conmigo con la que soñabas antes? ¿Fue entonces ella a él tú a nosotros que desde entonces conocías? ¿Soy todos ellos mismos ahora yo?

(Bella se aproxima, delicadamente tabaleando el abanico)

BLOOM

(sobresaltándose) Ser poderoso. En mis ojos lee ese sopor que a las mujeres encanta.

EL ABANICO

(tabaleando) Nos hemos conocido. Eres mío. Es el destino.

BLOOM

(acobardado) Mujer exuberante. Enormemente anhelo tu dominación. Estoy exhausto, abandonado, ya no soy joven. Me encuentro, como quien dice, con una carta sin echar que lleva la tarifa extra reglamentaria delante del buzón de última recogida de la central de correos de la vida humana. La puerta y la ventana abiertas en ángulo recto provocan una corriente de treintaidós pies por segundo según la ley de la caída de los cuerpos. He sentido en este instante una punzada de ciática en el músculo del glúteo izquierdo. Es de familia. El pobre papá, viudo, era un verdadero barómetro en eso. Creía en el calor animal. Una piel de gato era el forro de su chaleco de invierno. Cerca del final, acordándose del rey David y la sunamita, compartió la cama con Athos, fiel hasta después de la muerte. La saliva de perro como tú probablemente .... *(hace una mueca de dolor)* ¡Ay!

RICHIE GOULDING

(cargado con cartera, pasa por la puerta) Mono de repetición. Mejor oferta de Dub. Digna de un príncipe. Hígado con riñones.

EL ABANICO

(tabaleando) Todo llega a su fin. Sé mío. Ahora.

BLOOM

(indeciso) ¿Todo ahora? No debí desprenderme de mi talismán. La lluvia, exponerse al rocío en las rocas de la playa, un desliz a mi edad. Todo fenómeno tiene una causa natural.

EL ABANICO

(señala hacia abajo lentamente) Puedes.

BLOOM

(mira hacia abajo y se percata del cordón desatado de la bota) Nos observan.

EL ABANICO

(señala hacia abajo apresuradamente) Debes.

BLOOM

(deseoso, reacio) Sé hacer un nudo verdaderamente resistente. Lo aprendí durante mi época de aprendizaje en la línea de pedidos por correo en casa Kellett. Mano experta. Cada nudo dice mucho. Déjame a mí. Es una gentileza. Ya me he arrodillado una vez antes hoy. ¡Ay!

(Bella se alza la bata ligeramente y, acomodando su postura, levanta hasta el borde de una silla una oronda pezuña con borceguíy una cuartilla bien rellena, con media de seda. Bloom, pernientumecido, envejeciendo, se inclina sobre la pezuñay con gráciles dedos sacay mete los cordones.)

BLOOM

(murmura amorosamente) Ser probador de zapatos en Manfield fue el sueño dorado de mi juventud, el agradable placer del dulce abotonar, el atar entrecruzados hasta la rodilla los cordones del elegante calzado de cabritilla forrado de raso, tan increíble, imposiblemente pequeño, de las señoras de Clyde Road. Incluso visitaba yo al maniquí de cera Raymonde diariamente para admirar la finísima calceta y el dedo del pie como ruibarbo, al estilo de París.

LA PEZUÑA

Huéleme la piel de cabra caliente. Siente mi real peso.

BLOOM

(entrecruzando) ¿.Demasiado apretado?

LA PEZUÑA

Como hagas una chapucería, manazas, ya te daré yo una patada en las pelotas.

BLOOM

No hay que pasar el cordón por el ojete equivocado como hice la noche del baile de la feria. Mala suerte. El gancho en la muletilla equivocada de su .... persona que mencionaste. Aquella noche que conoció a .... ¡Ya está!

(Echa un nudo al cordón. Bella coloca el pie en el suelo. Bloom levanta la cabeza. La cara dura de ella, sus ojos be hieren en mitad de la frente. Los ojos de el se vuelven apagados, más oscurosy con bolsas, la nariz se le agranda.)

BLOOM

(murmulla) A la espera de vemos favorecidos con nuevos pedidos, quedamos de ustedes, señores, ...

BELLO

(clavando la dura mirada de basilisco, con voz de barítono) ¡Perro canalla!

BLOOM

(infatuado) ¡Emperatriz!

BELLO

(los pesados cachetones colganderos) ¡Adorador de culos adúlteros!

BLOOM

(quejumbrosamente) ¡Inmensidad!

BELLO

¡Devoraexcrementos!

BLOOM

(los tendones semíflexionados) ¡Magmagnificencia!

BELLO

¡Abajo! *(le da en el hombro con el abanico)* ¡Pies en inclinación para delante! ¡Desliza el pie izquierdo un paso atrás! Te caerás. Te estás cayendo. ¡Abajo sobre las manos!

BLOOM

(los ojos de ella vueltos hacia arriba en señal de admiración, cerrándolos, protesta) ¡Trufas!

(Con una aguda voz epiléptica se hunde a cuatro patas, mascujando, jadeando, hozando a sus pies: luego se echa, haciéndose la muerta, los ojos bien cerrados, los párpados temblando, tirada en tierra cuan larga es como ante el más excelente de los amos)

BELLO

(con pelo a lo garçon, papada púrpura, gruesos rizos de bigote alrededor de la afeitada boca, con sobrecaLas de montañero, chaquetón verde con botones de plata, falda deportiva y sombrero alpino con pluma de grigallo, las manos metidas hasta dentro en los bolsillos de los cazones, colocad tacón sobre el cuello de ellay se lo tritura) ¡Escabel! Siente todo mi peso. Échate, sierva-esclava, ante el trono de los gloriosos tacones de tu déspota tan refulgentes en su orgullosa erectilidad.

BLOOM

(cautivado, bala) Prometo no desobedecer jamás.

BELLO

(ríe con fuerza) ¡Por las barbas del Profeta! No sabes lo que te espera. ¡Yo soy el tártaro que te va a colocar bien tus cosas y te va a meter en vereda! Me apuesto una ronda de cócteles Kentucky a que te pongo colorado, amiguito. Hazte el caradura, a que no te atreves. Si lo haces puedes empezar a temblar anticipando el castigo de sinvergüenza que se te va a dar en traje de gimnasia.

(Bloom se arrastra debajo del sofá y se asoma por entre los flecos.)

ZOE

(abriéndose la combinación para taparla) No está aquí.

BLOOM

(cerrando los ojos) No está aquí.

FLORRY

(escondiéndola con la bata) No lo ha hecho con mala intención, Mr. Bello. Va a ser buena, señor.

KITTY

No sea demasiado duro con ella, Mr. Bello. Seguro que no, señormadama.

BELLO

(zalamero) Ven, preciosa, quiero hablar contigo, cariño, nada más que para reprenderte. Sólo unas palabritas de corazón a corazón, vidita. *(Bloom saca la cabeza tímida)* Así se comportan las niñitas buenas. *(Bello la agarra por el pelo violentamentey la arrastra hacia fuera)* Sólo quiero corregirte por tu propio bien en un sitio blando que no te haga daño. ¿Cómo está ese tierno culito? Venga, con mucho cuidado, pequeña mía. Empieza a prepararte.

BLOOM

(desmayándose) No me rompas el ...

BELLO

(salvaje) El anillo de la nariz, los alicates, la zurra, el gancho de colgar, el knut que te voy a hacer besar mientras tocan las flautas como al esclavo nubio antiguamente. ¡Esta vez no te escapas! Voy a hacer que te acuerdes de mí durante el resto de tu vida. (las *venas de lafrente hinchada, la cara congestionada)* Me sentaré en la otomana de tu lomo por las mañanas después de desayunarme a lo grande con unas lonchas gruesas de jamón de Matterson y una botella de cerveza negra de Guinness. *(eructa) Y* me fumaré un buen puro de jugador de Bolsa mientras leo la *Gaceta del Expendedor de Bebidas Alcohólicas.* Muy posiblemente te haré sacrificar y espetar en mis establos y saborearé una lonja tuya con crujientes gorrones recién sacados del homo lardeada y homeada como un lechoncillo con arroz y salsa de limón o de grosellas. Te hará daño. *(Le retuerce el brazo. Bloom guañe, retorciéndose panza arriba.)*

BLOOM

¡No seas cruel, aya! ¡No!

BELLO

(retorciendo) ¡Otro!

BLOOM

(chilla) ¡Ay, esto es un infierno! ¡Hasta el último nervio del cuerpo me duele a rabiar!

BELLO

(grita) ¡Bien, por todos los ejércitos del mundo! Ésa es la mejor noticia que he escuchado en estas seis semanas. ¡A ver, no me hagas esperar, condenada! *(la abofetea)*

BLOOM

(lloriquea) Estás empeñado en pegarme. Se lo diré a ....

BELLO

Sujetadle bien, chicas, hasta que me siente encima de él.

ZOE

Sí. ¡Pisotéale! Yo también.

FLORRY

Yo también. No seas codiciosa.

KITTY

No, yo. Dejádmelo a mí.

(La cocinera del burdel Mrs. Keogh, arrugada, grisbarbada, con el delantal grasiento, calcetines y botos de hombre gris y verdes, enharinada, un rodillo repegado de masa cruda en la mano y brazo rojo y desnudo, aparece en la puerta.)

MRS. KEOGH

(feroz) ¿Puedo ayudar?

(Todos sujetan y maniatan a Bloom)

BELLO

(se sienta con un gruñido encima de la cara de Bloom que está boca arriba, boqueando humo del puro, acariciándose la pierna gorda) Veo que han elegido a Keating Clay vicepresidente del asilo de Richmond y por cierto las acciones preferentes de Guinness están a dieciséis y tres cuartos. Maldición qué tonto fui por no comprar ese paquete que Craig y Gardner me dijeron. Mi puta suerte, maldición. Y ese jamelgo condenado de Dios Tírado veinte a uno. *(apaga el cigarro confuna en la or ja de Bloom)* ¿Dónde está ese maldito cenicero de los demonios?

BLOOM

(aguado, asfixiado de nalgas) ¡Ay! ¡Ay! ¡Monstruos! ¡Cruel!

BELLO

Pídelo cada diez minutos. Ruega. Reza por ello como no has rezado nunca jamás antes. *(saca un puño en higay un cigarro asqueroso)* Toma, besa eso. Los dos. Besa. *(echa unapiernaporencima y, presionando con rodillas de caballista, dice con voz dura)* ¡Arre! Mi niño fue a Madrid en un caballito gris. Le montaré en las carreras del Eclipse. *(se inclina a un lado y aprieta los testículos a su montura de mala manera, gritando)* ¡Jo! ¡Allá vamos! Te voy a cuidar como es debido. *(cabalga a carramancha , botando en la, en la montura)* Al paso al paso al trote al trote al galope al galope al galope al galope.

FLORRY

(tira de Bello) Déjame subir a mí ahora. Tú ya has tenido de sobra. Yo lo pedí antes que tú.

ZOE

(tirando de Flony) A mí. A mí. ¿Aún no has terminado con él, chupona?

BLOOM

(ahogándose) No puedo.

BELLO

Pues, no. Espera. *(aguanta la respiración)* Maldita sea. Ten aquí. Este bitoque está a punto de estallar. *(se descorcha por detrás: luego, contrayendo las facciones, se pede vigorosamente)* ¡Toma eso! *(se vuelve a poner el corcho)* Sí, joroba, dieciséis y tres cuartos.

BLOOM

(rompiendo a sudar) Hombre no. *(huele)* Mujer.

BELLO

(se levanta) No más cambios de chaqueta. Ya tienes lo que querías. De ahora en adelante estás desarbolado y eres mío en verdad, un trapo bajo el yugo. Ahora tu traje de castigo. Te despojarás de las prendas de hombre ¿entiendes, Ruby Cohen? y te pondrás la seda tornasolada de exquisito frufrú por la cabeza y los hombros. ¡Y aprisa además!

BLOOM

(se encoge) ¡La seda, dijo el ama! ¡Ay, crujiente! ¡Rasposa! ¿Tengo que tocarla con las puntas de las uñas?

BELLO

(señala a sus putas) Como ellas están ahora así estarás tú, empelucada, chamuscada, perfumerrociada, arrozempolvada, con los sobacos suaveafeitados. Las medidas con cinta se te tomarán sobre la misma piel. Te ajustarán con fuerza cruel dentro de corsés como tornillos de banco de suave cutí de pluma con varillas de ballena hasta la pelvis ribeteada de diamantes, hasta el mismísimo borde, mientras que tu figura, más oronda que cuando andabas suelta, se verá enquistada en trajes apretados como redes, bonitas enaguas de dos onzas y flecos y cosas estampadas, desde luego, con la insignia de mi casa, creaciones de preciosa lencería para Alice y agradable perfume para Alice. Alice pasará malos tragos. Marta y María tendrán un poco de frío al principio con tan delicado cubremuslos pero la puntilla volátil del encaje en las rodillas desnudas te recordará .....

BLOOM

(adorable vedette, con mejillas repintadas, cabello mostaza y grandes manos y nariz de hombre, boca maliciosa) Me probé sus cosas tan sólo un par de veces, una diablura, en Holles Street. Cuando andábamos en apuros las lavaba yo para ahorrar la factura de la lavandería. Mis propias camisas las volvía. Era simple ahorro.

BELLO

(se burla) Las pequeñas tareas que complacen a mamá ¿eh? Y te lucías coquetamente en tu dominó ante el espejo tras las cortinillas bien corridas los muslos al aire y ubres de macho cabrío en varias poses de rendición ¿eh? ¡Jo! ¡Jo! ¡Me tengo que reír! Aquella camisa negra descotada de segunda mano y los pololos cortos estallados por las costuras en la última violación que Mrs. Minam Dandrade te vendió la del hotel Shelboume ¿eh?

BLOOM

Miriam. De negro. Demimondane.

BELLO

(lanza una risotada) ¡Dios Todopoderoso esto sí que es grande! Eras una Minam bien parecida cuando te cortaste los pelos de atrás y te acostabas en desmayo con aquella cosa puesta tirada en la cama como Mrs. Dandrade a punto de ser forzada por el teniente Smythe-Smythe, por Mr. Philip Augustus Blockwell, Miembro del Parlamento, por signor Laci Daremo, el robusto tenor, Bert el ojizarco, el ascensorista, Henn Fleury, famoso por la Gordon Bennett, Shendan, el Creso cuarterón, los ocho remeros del viejo colegio Trinity, por Ponto, su espléndido Terranova y por Bobs, duquesa viuda de Manorhamilton. *(lanza otra risotada)* Por Cristo ¿no haría reír eso a las piedras?

BLOOM

(manosy facciones en acción) Fue Gerald el que me convirtió en auténtico amante de corsés cuando interpreté el papel de una mujer en el instituto en la comedia *Vice Versa.* Fue Gerald querido. Él tenía esa manía, fascinado por los sostenes de la hermana. Ahora queridísimo Gerald usa maquillaje graso rosado y se dora los párpados. El culto a lo bello.

BELLO

(con júbilo perverso) ¡A lo bello! ¡Danos un respiro! Cuando tomaste asiento con esmero femenino, levantándote los volantes ondosos, en el alisado trono desgastado.

BLOOM

La ciencia. Para comparar los gozos varios de que todos gozamos. *(en serio) Y* realmente es mejor la posición .... porque a menudo solía mojar ....

BELLO

(severamente) ¡Nada de insubordinación! El serrín lo tienes ahí en el rincón. Te di instrucciones estrictas ¿no es así? ¡Hazlo de pie, señor! ¡Te voy a enseñar a comportarte comoun ratero! Si te cojo el más mínimo rastro en los pañales. ¡Ajá! Por el burro de Doran

que te vas a enterar de que soy un sargentón. Los pecados de tu pasado se alzan contra ti. Muchos. Cientos.

LOS PECADOS DEL PASADO

(en una mezcolanza de voces) Pasó por una especie de matrimonio clandestino con al menos una mujer a la sombra de la iglesia Negra. Mensajes indecibles telefoneó mentalmente a Miss Dunn a una dirección de D'Olier Street al tiempo que se ofrecía indecentemente al instrumento de la cabina. De palabra y obras alentó abiertamente a una furcia nocturna a depositar excrementos y otras sustancias en un cobertizo insanitario anexo a unos locales vacíos. En cinco servicios públicos escribió mensajes a lápiz ofreciendo su pareja nupcial a hombres bien armados. ¿Acaso no pasaba por los ofensivamente malolientes talleres de vitriolo noche tras noche junto a las parejas de enamorados para si por casualidad y qué y cuánto podía ver? ¿No yacía en la cama, el bruto jabalí, refocilándose con un fragmento nauseabundo de papel higiénico bien usado que le regalara una ramera asquerosa, animada por un pan de jengibre y un giro postal?

BELLO

(silba fuertemente) ¡Di! ¿Cuál fue la obscenidad más repulsiva de toda tu carrera criminal? No te guardes nada. ¡Suéltalo! Sé franco por una vez.

(Mudas caras inhumanas se apelotonan hacia delante, mirando maliciosas, desvaneciéndose, farfullando. Booloohoom, Poldy Verga, Cordones de botas a penique, la tarasca de Cassidy, mozalbete ciego, Larry parné, la chica, la mujer, la puta, la otra el, callejón el.)

BLOOM

¡No me preguntes! Nuestra común fe. Pleasants Street. Sólo pensé la mitad del ... Lo juro por lo más sagrado ....

BELLO

(perentoriamente) Contesta. ¡Malvado repugnante! Insisto en saber. ¡Dime algo que me divierta, alguna guarrada o una buena historia de jodidos fantasmas o un verso, aprisa, aprisa, aprisa! ¿Dónde? ¿.Cómo? ¿A qué hora? ¿Con cuántos? Te doy sólo tres segundos. ¡Uno! ¡Dos! Tr ... ..

BLOOM

(dócil, gorjea) Yo rerrerrechato en rerrerrerrepugnante ...

BELLO

(autoritaria) ¡Vamos, vete de aquí, canalla apestosa! ¡Cierra la boca! Habla cuando te hablen.

BLOOM

(hace una reverencia) ¡Amo! ¡Ama! ¡Domador de hombres! *(Levanta los brazos. Los brazaletes de ajorcas se le caen.)*

BELLO

(satírico) Por el día pondrás a remojo y restregarás nuestra ropa interior maloliente también cuando nosotras las señoras nos sintamos indispuestas, y fregarás nuestros retretes con el vestido remangado y un paño de cocina atado a la cola. ¿Verdad que estará muy bien? *(le coloca un anillo de rubí en el dedo)* ¡Vamos, aquí tienes! Con este anillo me convierto en tu dueño. Di, *gracias, ama.*

BLOOM

Gracias, ama.

BELLO

Harás las camas, me prepararás la tina, vaciarás los orinales de todas las habitaciones, incluyendo el de la vieja Mrs. Keogh la cocinera, uno de color rojizo. Ah, y enjuágalos bien los siete, oye, o te los vas a relamer como si fuera champán. Calentitos. ¡Venga! Estarás a lo que te manden o te sermonearé por tus fechorías, Miss Ruby, y te daré una buena zurra en el pompi, señorita, con el cepillo del pelo. Se te enseñará lo equivocado de tus modales. Por la noche tus bien hidratadas manos empulseradas llevarán guantes de cuarentaitrés botones recién empolvados de talco y con las puntas de los dedos delicadamente perfumadas. Por tales favores caballeros de tiempos atrás dieron sus vidas. *(ríe entre dientes)* Mis chicos estarán tremendamente encantados de verte hecha toda una dama, el coronel, sobre todo, cuando vengan aquí la noche antes de la boda para hacerle mimitos a

mi nueva atracción de tacones dorados. Primero te probaré yo mismo. Un hombre que conozco del oficio que se llama Charles Alberta Marsh (estaba con él en la cama hace un momento y con otro señor de la secretaría del Ministerio de justicia) está buscando muchacha para todo a precio de ganga. Saca el pecho. Sonríe. Deja caer los hombros. ¿Qué ofertan? *(señala)* Por este lote. Entrenada por el dueño para atraer y gozar, banasto en la boca. *(se desnuda el brazo y lo hunde hasta el codo en la vulva de Bloom)* ¡Aquí no hacéis pie! ¿Qué me decís, chicos? ¿Os la pone eso tiesa? *(le mete el brazo en la cara a un postor)* ¡Venga, mojad la cubierta y limpiadla bien!

UN POSTOR

Un florín.

(El portero de Dillon toca su campanilla)

EL PORTERO

¡Talán!

UNA VOZ

Un chelín y ocho peniques de más.

CHARLES ALBERTA MARSH

Debe ser virgen. Buen aliento. Limpia.

BELLO

(da un repiqueteo con el martillo) Dos pavos. El precio está por los suelos y es barata por ese dinero. Catorce palmos hasta la montura. Toquen y examínenlale. Manéjenlola. Admiren esta pelusilla sobre la piel, estos músculos tiernos, esta carne mullida. ¡Si tuviera mi abridor de oro aquí! Y muy fácil de ordeñar. Tres galones frescos del día. Un reproductor de pura raza, a punto de poner huevos en una hora. El récord de leche de su progenitor fue mil galones de leche entera en cuarenta semanas. ¡So, tesoro! ¡Enderézate! ¡So! *(marca su inicial Cen lagrupa de Bloom)* ¡Así! ¡Garantizado Cohen! ¿Quién da más de dos chelines, señores?

UN HOMBRE DE OSCURO ROSTRO

(con acento disimulado) Tsien librrrasterrlinas.

VOCES

(en voz baja) Para el Califa. Haroun Al Raschid.

BELLO

(alegremente) Bien. Que vengan todos. La reducida falda, atrevidamente corta, que se curva hacia arriba en la rodilla para enseñar un poco de pantaloncillo blanco, es un arma potente y medias transparentes, con ligas esmeraldas, con largas costuras derechas que llegan más arriba de la rodilla, atraen los mejores instintos del hombre blasé. Aprende los suaves pasitos remilgados sobre tacones Luis Quinze de cuatro pulgadas, los afectados andares de grupa provocadora, los muslos abiertos, las rodillas rozándose recatadamente. Haz que todo tu poder de fascinación caiga sobre ellos. Complace sus vicios de Gomorra.

BLOOM

(esconde la cara sonrojada en el sobacoy sonríe afectadamente con el índice en la boca) ¡Ay, ya sé lo que insinúas!

BELLO

¿Para qué otra cosa sirves, una cosa incapaz como tú? *(se agachay, escudriñando, hurga groseramente con el abanico bajo los gordos pliegues de sebo de las nalgas de Bloom)* ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Gato sin cola! ¿Qué tenemos aquí? ¿Adónde se fue tu colita rizada o quién te la cortó, periquito? Canta, pajarito, canta. Está tan blandengue como la de un niño de seis años haciendo pipí detrás de un carro. Compra cubo o vende bomba. *(en voz alta)* ¿Puedes hacer el trabajo de un hombre?

BLOOM

Eccles Street ....

BELLO

(sarcásticamente) No heriría tus sentimientos por nada del mundo pero hay ahí un hombre musculoso en pleno dominio. ¡Se han vuelto las tornas, jovencito! Ése es algo así como un hombre de pies a cabeza y fortachón. Te iría bien, so patoso, si tuvieras ese arma

toda llena de ñudos y bultos y verrugas. ¡Ha quemado su último cartucho, te lo digo yo! ¡Pie con pie, rodilla con rodilla, barriga con barriga, tetas con pecho! No es ningún eunuco. Mechones de pelo rojo que le asoman por detrás como pelambrera! ¡Espera nueve meses, chaval! ¡Atiza, ya patalea y gargajea en la tripa! ¿Te pone hecho una fiera eso, a que sí? ¿Te toca el punto sensible? *(escupe con desprecio)* ¡Escupidera!

BLOOM

Me han tratado guarramente, yo .... Informaré a la policía. Cien libras. Increíble. Yo ....

BELLO

Querrías si pudieses, maleante. Un chaparrón es lo que nos hace falta no tu llovizna.

BLOOM

¡Para volverme loco! ¡Molí! ¡Me olvidé! ¡Perdona! Moll .... Nosotros .... Aún .....

BELLO

(despiadadamente) No, Leopold Bloom, todo ha cambiado por voluntad de mujer desde que dormiste a pata suelta en Vaguada Durmiente tu noche de veinte años. Vuelve y verás.

(La Vaguada Durmiente llama por las tierras onduladas.)

LA VAGUADA DURMIENTE

¡Rip van Winkle! ¡Rip van Winkle!

BLOOM

(con mocasines pingajosos y una herrumbrosa escopeta de caza, de puntillas, palpando, la huesuda cara barbada y ojerosa fisgando a través de los cristales diamantados, grita) ¡La veo! ¡Es ella! ¡La primera noche en casa de Mat Dillon! ¡Pero ese vestido, el verde! Y el pelo teñido de oro y él ....

BELLO

(ríe burlonamente) Si es tu hija, so miope, con un estudiante de Mullingar.

(Milly Bloom, rubia, verde chaleco, gráciles sandalias, el pañuelo azul al viento-marino sencillamente arremolinándose, se suelta de los brazos de su amante y llama, sus juveniles ojos abiertos por la sorpresa.)

MILLY

¡Anda! ¡Es Papi! ¡Ay, Papi, qué viejo te has vuelto!

BELLO

¿Está cambiado, eh? Nuestra estantería, nuestro escritorio donde no escribimos nunca, el sillón de la tía Hegarty, nuestras clásicas reimpresiones de viejos maestros. El hombre y sus amigos viven allí a cuerpo de rey. *¡El descanso del cuco!* ¿Por qué no? ¿Cuántas mujeres tuviste, eh, siguiéndolas por calles oscuras, piesplanos, excitándolas con tus gruñidos sofocados, eh, prostituto? Damas inocentes con paquetes de comestibles. Mira a tu alrededor. Comido yo comido mentecato, Ay.

BLOOM

Ellos .... Yo ....

BELLO

(cortante) Sus tacones estamparán su huella en la alfombra de imitación Bruselas que compraste en la subasta de Wren. En sus gansadas con la retozona Moll para encontrar la pulga macho en sus calzones van a estropear la estatuilla que acarreaste hasta casa bajo la lluvia por amor al arte. Violarán los secretos de tu ajuar. Arrancarán páginas de tu manual de astronomía para convertirlas en alegradores. Y escupirán en tu guardafuego de latón de diez chelines del comercio Hampton Leedom.

BLOOM

Diez chelines con seis. Una bribonada de lo más baja. Deja que me vaya. Volveré. Demostraré que ...

UNA VOZ

¡Júralo!

(Bloom aprieta los puñosy avanzagateando, un machete entre los dientes.)

BELLO

¿Como huésped de pago o mantenido? Demasiado tarde. Has hecho tu segundamejor cama y otros deben yacer en ella. Tu epitafio está escrito. Estás hundido y no lo olvides, viejo.

BLOOM

¡Justicia! ¡Toda Irlanda contra uno! ¿Es que nadie ...? *(se muerde el pulgar)*

BELLO

Pálmala y que te jodan si es que te queda algo de decencia o de delicadeza. Te puedo dar un vino añejo que te mandará saltando al infierno y de vuelta. ¡Haz tu testamento y déjame el dinero que tengas! ¡Si no tienes será mejor que lo consigas, que lo apañes, lo robes! Te enterraremos en nuestro excusado de matorrales donde estarás bien muerto y hediondo con el viejo Caca Cohen, mi sobrinastro con el que me casé, el jodido apoderado gotoso y sodomita con tortícolis en el cuello, y mis otros diez u once maridos, como sea que se llamasen aquellos maricones, asfixiados en el mismo pozo negro. *(estalla en fuertes risotadas flemosas)* ¡Te vamos a estercolar, Mr. Flower! *(ventea agudamente con mofa)* ¡Adiós, Poldy! ¡Adiós, Papi!

BLOOM

(se sujeta la cabeza) ¡Mi fuerza de voluntad! ¡Mi memoria! ¡He pecado! He sufri .... *(llora sin lágrimas)*

BELLO

(ríe burlonamente) ¡Llorica! ¡Lágrimas de cocodrilo!

(Bloom, destrozado, tupidamente velado para el sacrificio, solloza, la cara hacia el suelo. Se oye la campana de difuntos que pasa. Las figuras de los circuncisos envueltas en oscuros chales, con sayales y cenizas, están de pie ante el muro de las lamentaciones, M. Shulomowitz, Joseph Goldwater Moses Herzog Harris Rosenberg M. MoiseZ J Citron, Minnie Watchman, P. Mastíansky, el reverendo Leopold Abramovitz, chazen. Con los brazos oscilantes se lamentan en neuma por el tragafees Bloom)

LOS CIRCUNCISOS

(con oscura salmodia gutural mientras arrojan sobre el frutos del mar muerto, no flores) Sbema Israel Adonaí Elobenu Adonai Echad.

VOCES

(suspirando) Así que se ha ido. Ah sí. Sí, en efecto. ¿Bloom? Nunca oí hablar de él. ¿No? Un tío raro. Ahí está la viuda. ¿No me digas? Ah, sí.

(De la pira sutí la llama de goma de alcanfor asciende. El paño mortuorio del humo de incienso se proyecta y se dispersa. De su marco de roble una ninfa con elpelo suelto, ataviada ligeramente en colores marronté, desciende de su gruta y traspasar bajo tejos que se entrelazan seyergue ante Bloom.)

LOS TEJOS

(las hojas susurrando) Hermana. Hermana nuestra. ¡Ssss!

LA NINFA

(suavemente) ¡Humano! *(amablemente)* ¡No, no lloréis!

BLOOM

(gatea gelatinosamente hacia delante bajo las ramas, veteado de luz solar, con dignidad) Esta posición. Sentía que lo esperaban de mí. La fuerza de la costumbre.

LA NINFA

¡Humano! Me encontraste en malas compañías, bailarinas descocadas, vendedores ambulantes, púgiles, generales famosos, mimos indecentes de mallas color carne y estupendas danzarinas de «shimmy», La Aurora y Karini, número musical, el gran éxito del siglo. Estaba escondida en papel rosa barato que olía a petróleo. Me veía rodeada de las rancias procacidades de socios de clubes, aventuras que trastornarían a la juventud inexperta, anuncios de transparencias, dados preparados y rellenos para el busto, artículos específicos y por qué llevar braguero con el testimonio de un caballero herniado. Ideas útiles para casados.

BLOOM

(alza una cabeza de tortuga hacia su regazo) Nos hemos conocido antes. En otra estrella.

LA NINFA

(triste) Artículos de goma. Marca irrompible como la que se suministra a la aristocracia. Corsés para hombres. Curo accesos o se le devuelve el dinero. Testimonios no solicitados a favor del maravilloso crecepecho del Profesor Waldmann. El busto me creció cuatro pulgadas en tres semanas, comunica Mrs. Gus Rublin con foto.

BLOOM

¿Quieres decir *Photo Bits?*

LA NINFA

Sí. Tú me llevaste enmarcada en roble y oropel, me colocaste sobre tu tálamo conyugal. Sin que nadie te viera, una noche de verano, me besaste en cuatro sitios. Y con amoroso lápiz me sombreaste los ojos, los pechos y mis vergüenzas.

BLOOM

(bumildemente le besa el largo pelo) Tus curvas clásicas, bella inmortal, me contentaba con mirarte, alabarte, una cosa bella, casi venerarte.

LA NINFA

En las noches oscuras oía tus alabanzas.

BLOOM

(apresuradamente) Sí, sí. Quieres decir que yo .... El sueño revela la peor cara de cada uno, exceptuando quizá los niños. Sé que me caí de la cama o más bien me empujaron. El vino ferruginoso dicen que cura el ronquido. Para lo otro hay ese invento inglés, del que recibí un folleto hace algunos días con la dirección equivocada. Afirma proporcionar un respiradero inofensivo, sin ruido. *(suspira)* Siempre fue así. Flaqueza, tienes nombre de matrimonio.

LA NINFA

(los dedos en los oídos) Y las palabras. No están en mi diccionario.

BLOOM

¿Las entendías?

LOS TEJOS

¡Ssss!

LA NINFA

(se cubre la cara con las manos) ¿Qué no habré visto en esa alcoba? ¿Qué han de contemplar mis ojos desde arriba?

BLOOM

(disculpándose) Lo sé. Ropa interior sucia, del revés con cuidado. Las virolas están flojas. Desde Gibraltar por el largo mar hace largo tiempo.

LA NINFA

(inclina la cabeza) ¡Peor, peor!

BLOOM

(reflexiona precavidamente) Ese bacín anticuado. No fue por su peso. Pesaba sólo setenta y cuatro kilos. Puso cuatro kilos tras el destete. Fue por una raja y por falta de cola. ¿Eh? Y ese absurdo utensilio con greca que sólo tiene un asa.

(El sonido de un salto de agua se oye en brillante cascada.)

EL SALTO DE AGUA

Poulaphouca Poulaphouca

Poulaphouca Poulaphouca

LOS TEJOS

(agitando las ramas) Escucha. Susurra. Tiene razón, nuestra hermana. Crecimos junto al salto de agua de Poulaphouca. Dábamos sombra los días de languor del verano.

JOHN WYSE NOLAN

(al fondo, con el uniforme de los Forestales Nacionales de Irlanda, se quita el sombrero empenachado) ¡Ánimo! ¡Dad sombra los días de languor, árboles de Irlanda!

LOS TEJOS

(murmurando) ¡Quién vino a Poulaphouca con la excursión del Instituto? ¿Quién dejó a sus compañeros buscadores de nueces para buscar nuestra sombra?

BLOOM

(asustado) ¿Instituto de Poula? ¿Mnemo? No en plena posesión de facultades. Conmoción cerebral. Atropellado por tranvía.

EL ECO

¡Falsía!

BLOOM

(contrahecho, cargado de hombros, con rellenos, en anodino traje juvenil de rayas grisesy negras, demasiado pequeño para el,, zapatillas de tenis blancas, calcetines largos ribeteados con liguillas vueltas y una gorra de colegial roja con distintivo) Era un quinceañero, un chico que crecía. Cualquier cosa era entonces suficiente, un coche que daba barquinazos, los olores entremezclados del lavabo y el guardarropas de señoras, el gentío apretujándose en las escaleras del viejo Royal (porque les encantan los apretujones, el instinto del rebaño, y el oscuro teatro con olor a sexo da rienda suelta al vicio), incluso una lista de precios de medias de señoras. Y luego el calor. Hubo manchas solares aquel verano. Final del colegio. Y bizcochos borrachos con natillas. Días de alción.

(Días de ación, chicos delInstituto con jerseysy calzonas de fútbol blancas y azules, el señorito Donald Tumbull, el señorito Abraham Chatterton, el señorito Owen Goldberg el señorito jack Meredith, el señorito Percy Apjohn, están de pie en un claro de árboles y le gritan al señorito Leopold Bloom.)

LOS DÍAS DE ALCIÓN

¡Caballa! Diviértenos otra vez. ¡Hurra! *(vitorean)*

BLOOM

(jóvencito patoso, con guantes calientes, embufandado por mamá, sembrado de bolas de nieve deshechas, se esfuerza por levantarse) ¡Otra vez! ¡Me siento como un quinceañero! ¡Qué fenomenal! Vamos a llamar a todas las campanillas de Montague Street. *(vitorea apagadamente)* ¡Hurra por el Instituto!

EL ECO

¡Puto!

LOS TEJOS

(haciendo frufrú) Tiene razón, nuestra hermana. Susurra. (Be*sos susurrados se oyen por todo el bosque. Caras de hamadríades se asoman desde los tongos y entre las hojas y estallan, floreciendo los broteblooms.)* ¿Quién profanó nuestra sombra silenciosa?

LA NINFA

(azorada, por entre dedos entreabiertos) ¿Ahí? ¿Al aire libre?

LOS TEJOS

(echándose hacia abajo) Hermana, sí. Y en nuestro prado virgen.

EL SALTO DE AGUA

Poulaphouca Poulaphouca

Poulaphouca Poulaphouca

LA NINFA

(con dedos separados) ¡Oh, infamia!

BLOOM

Fui precoz. La juventud. La fauna. Sacrifiqué al dios del bosque. Las flores que brotan en primavera. Era época de apareamiento. La atracción capilar es un fenómeno natural. A Lotty Clarke, de rubio cabello, la vi yo haciendo su toilette nocturna a través de cortinas mal cerradas con los gemelos de teatro del pobre papá: la mala pécora comía hierba locamente. Rodó colina abajo en el puente de Rialto para tentarme con el flujo de la energía animalesca. Subió al árbol torcido y yo. Ni un santo hubiera podido resistir. El demonio me poseyó. Además ¿quién lo vio?

(Tambaleante ternero inmaduro, de blanca testes se abre paso con su cabeza rumiante

de narices humedecidas por entre el follaje.)

EL TAMBALEANTE INMADURO

(grandes lagrimones rodando de los ojos prominentes, gimotea) Mí. Mí ver.

BLOOM

Sencillamente satisfacía una necesidad que yo ... *(patético)* Ninguna chica quería cuando iba de ronda. Demasiado feo. No querían jugar ....

(En lo alto de Ben Howth por entre los rododendros pasa una cabra, de ubres gordas, rabomocha, soltando cagarrutas)

LA CABRA

(bala) ¡Mieggeggegg! ¡Caaaaaabr!

BLOOM

(sin sombrero, acalorado, cubierto de borrilla de cardosy espinas de aulaga) Comprometidas por lo general. Depende de las circunstancias. *(mira fijo absortamente hacia abajo al agua)* Treintaidós volteretas por segundo. Última pesadilla. Elías mareado. Caída por un acantilado. Triste final de un empleado de la imprenta del gobierno.

(En el aire plateadosilente del verano el maniquí de Bloom, enrollado como momia, rueda por inercia cuesta abajo por el acantilado del Promontorio del León hasta las purpúreas aguas que aguardan.)

EL MANIQUIMOMIA

¡Bbbbbllllblblblblobschb!

(A lo ¡dos en la bahía entre las luces de Baileyy Kish el Erin's King navega, lanzando un penacho de humo de carbón que se ensancha desde su chimenea hacia tierra firme)

CONCEJAL NANNETTI

(solo en cubierta, de alpaca oscura, con cara milanoamarilla, la mano en la abertura del chaleco, declama) Cuando mi país ocupe su lugar entre las naciones del mundo, entonces, y no hasta entonces, que mi epitafio se escriba. He ...

BLOOM

Terminado. ¡Prff?

LA NINFA

(arrogante) Nosotras las inmortales, como has podido ver hoy, no tenemos semejante sitio ni tampoco pelo ahí. Somos frías como la piedra y puras. Comemos luz eléctrica. *(arquea el cuerpo con crispación lasciva, colocando el índice en la boca)* Me hablaste. Oí por detrás. ¿Cómo pudiste luego ...?

BLOOM

(manoseando el brezo vilmente) Ay, he sido un verdadero cochino. Enemas también he administrado. Un tercio de pinta de cuasia al que se añade una cucharada de sal gema. Posaderas arriba. Con jeringa Hamilton Long, la amiga de las señoras.

LA NINFA

En mi presencia. La borla de los polvos. *(se sonrojay se da media vuelta)* ¡Y lootro!

BLOOM

(abatido) Sí. Peccavi! He rendido homenaje en ese altar viviente donde la espalda pierde su casto nombre. *(con fervor repentino)* Pues ¿por qué debe la exquisitamente perfumada mano enjoyada, la mano que gobierna ...?

(Unas figuras serpentean ondulantes en hastiado diseño de bosques por los troncos de los árboles, arrullando)

LA VOZ DE KITTY

(en el matorral) Trae p'acá uno de esos cojines.

LA VOZ DE FLORRY

Toma.

(Un urogallo echa al vuelo torpemente por entre la maleza.)

LA VOZ DE LYNCH

(en el matorral) ¡Fu! ¡Hirviendo!

LA VOZ DE ZOE

(en el matorral) Es que vino de un lugar que quema.

LA VOZ DE VIRAG

(un jefe indio disfrazado de pájaro, con rayas azules y emplumado en panoplia deguerra con su azagaya, dando zancadas por entre un crujiente cañaveralpor encima de hayucosy bellotas) i Que quema! ¡Que quema! ¡Cuidado con Toro Sentado!

BLOOM

Me abruma. La cálida marca de su cálida figura. Incluso sentarse donde una mujer se ha sentado, especialmente con los muslos abiertos, como para otorgar los últimos favores, muy especialmente con las sayas de satén blanco previamente bien levantadas. Tan mujer, tan plena. Me llena plenamente.

EL SALTO DE AGUA

Plenillena Poulaphouca

Poulaphouca Poulaphouca

LOS TEJOS

¡Ssss! ¡Hermana, habla!

LA NINFA

(sin ojos, con hábito blanco de monja, cofia y griñón de enormes alas, suavemente, con ojos remotos) Convento Tranquilla. La Hermana Ágata. Monte Carmelo. Las apariciones de Knock y Lourdes. No más deseo. *(reclina la cabeza, suspirando)* Sólo lo etéreo. Donde la cremosa soñadora gaviota ondea sobre aguas de arlota.

(Bloom medio se levanta. El botón de atrás del pantalón se le salta.)

EL BOTÓN

¡Pin!

(Dos guarras del Coombe pasan bailando caladas bajo la lluvia, envueltas en chales, voceando con rotundidad.)

LAS GUARRAS

Oh, Leopold perdió el alfiler de las bragas

no sabía qué hacer,

para sujetársela,

para sujetársela.

BLOOM

(fríamente) Habéis roto el embrujo. La última gota. Si sólo hubiera etéreos ¿dónde estaríais todas vosotras, postulantas y novicias? Vergonzosas pero dispuestas como burro que mea.

LOS TEJOS

(el papelplata de sus hojas precipitándose, los brazos raquíticos envejeciendo y oscilando) ¡Caducamente!

LA NINFA

(los rasgos endureciéndosele, tienta en los pliegues del hábito) ¡Sacrilegio! ¡Atentar contra mi virtud! *(unagran mancha húmeda aparece en su túnica)* ¡Mancillar mi inocencia! No eres digno de tocar la ropa de una mujer pura. *(se sujeta de nuevo la túnica)* Espera. Satán, no volverás a cantar más cantos de amor. Amén. Amén. Amén. Amén. *(extrae un puñaly, ataviada con la cota de malla de uno de los nueve caballeros electos, le pega en los lomos)* ¡Nekum!

BLOOM

(se levanta de un salto, le coge la mano) ¡Eh! ¡Nebrakada! ¡Gata de nueve vidas! Juego limpio, señora. Nada de podaderas. La zorra y las uvas ¿no? ¿Qué te falta con tu alambre de espino? ¿El crucifijo no es bastante grueso? *(la agarra por el velo)* Un santo abad es lo que quieres o a Brophy, el jardinero cojo, o la estatua despitorrada del aguador, o a la buena madre Alphonsus ¿eh, señora Zorro?

LA NINFA

(con un grito huye de el sin velo, su hechura &yeso rajándosele, una nube &peste escapándose por las rajas) ¡Poli ...!

BLOOM

(la llama) Como si no lo consiguierais con creces. Nada de empujones ni de mucosidades múltiples por todas partes. Yo lo intenté. Vuestra fuerza es nuestra debilidad. ¿Cuál es nuestra tarifa de semental? ¿Cuánto pagáis en el acto? Contratáis a bailarines en la Riviera, he leído. *(la ninfa en la huida emite un treno)* ¿Eh? Llevo dieciséis años de trabajos de esclavo negro a mis espaldas. Y ¿acaso me daría un jurado cinco chelines por pensión alimenticia mañana, eh? Pégasela a otro, no a mí. *(husmea)* Bramido del celo. Cebollas. Rancio. Azufre. Grasa.

(La figura & Bella Cohen de pie ante el.)

BELLA

Vas a saber quién soy yo la próxima vez.

BLOOM

(calmado, la reconoce) Passée. Mula vieja disfrazada de potrilla. Larga de dientes y pelo superfluo. Una cebolla cruda lo último por la noche le resultaría bueno para el cutis. Y haga algunos ejercicios para la papada. Tiene los ojos tan insípidos como los ojos vidriosos de su zorro disecado. Tienen las dimensiones de sus otros rasgos, eso es todo. Yo no soy una hélice de triple rosca.

BELLA

(despreciativa) No estás para muchas, en realidad. *(ladra su coño de cerda)* ¡Fbjraht!

BLOOM

(despreciativo) Límpiese ese dedo del corazón sin uña que tiene primero, la leche fría de su matón le gotea por la cresta de gallo. Tome un puñado de paja y límpiese.

BELLA

¡Te conozco, agente de publicidad! ¡Papamoscas!

BLOOM

¡Yo le vi, madama de putas! ¡Vendedora ambulante de sífilis y de blenorrea!

BELLA

(se vuelve hacia el piano) ¿Cuál de vosotras estaba tocando la marcha fúnebre del Saúl?

ZOE

Yo. Mira dónde pones los pies. *(se lanza al piano y aporrea unos acordes con los brazos cruzados)* Unas escalas improvisadas. *(echa una mirada atrás)* ¿Eh? ¿Quién le está haciendo el amor a mis viditas? *(se lanza de vuelta a la mesa)* Lo que es tuyo es mío y lo que es mío es para mí.

(Kitty, desconcertada, seforra los dientes con elpapel de plata. Bloom se acerca a Zoe.)

BLOOM

(con delicadeza) Devuélveme la patata ¿quieres?

ZOE

Has perdido la prenda, una cosita muy chiquitita.

BLOOM

(con sentimiento) No es nada, pero aun así, es una reliquia de la pobre mamá.

ZOE

Santa Rita, Santa Rita,

lo que se da

no se quita.

¡Mano maldita!

BLOOM

Es un recuerdo. Me gustaría tenerla.

STEPHEN

Tener o no tener ésa es la cuestión.

ZOE

Toma. *(se tira hacia arriba de un volante de la combinación, revelando el muslo desnudo, y se desenrolla la patata del remate de la media)* Los que esconden saben dónde buscar.

BELLA

(frunce el ceño) Vamos. Esto no es un espectáculo sicalíptico musical. Y tú no aporrees ese piano. ¿Quién paga aquí? *(ira a la pianola. Stephen se revuelve en el bolsillo y, sacando un billete por un pico, se lo da)*

STEPHEN

(con cortesía exagerada) Esta bolsa de seda se la cogí equivocadamente a alguien del público. Señora, mis excusas. Si me permite. *(indica vagamente a Lynchy Bloom)* Estamos todos en el mismo juego, Kinch y Lynch. *Dans ce bordel où tenons nostre état.*

LYNCH

(llama desde la chimenea) ¡Dedalus! Dale tu bendición por mí.

STEPHEN

(le da a Bella una moneda) Oro. Lo tiene ella.

BELLA

(mira el dinero, luego a Stephen, luego a Zoe, Floriy y Kitty) ¿Quieres tres chicas? Aquí hay diez chelines.

STEPHEN

(encantado) Cien mil disculpas. *(revuelve de nuevo y saca y le tiende dos coronas)* Permiso, *brevi manu,* estoy algo mal de la vista.

(Bella va a la mesa a contar el dinero mientras Stephen habla consigo mismo en monosílabos. Zoe se inclina sobre la mesa. Kitty se apoya sobre el cuello de Zoe. Lynch se levanta, se ajusta la gorra y, estrechando a Kitty por la cintura, añade su cabeza al grupo.)

FLORRY

(se esfuerza con dificultad por levantarse) ¡Ay! Se me ha dormido el pie. *(Cojea hasta la mesa. Bloom se acerca)*

BELLA, ZOE, KITTY, LYNCH, BLOOM

(parloteando y riñendo) El caballero ... diez chelines .... paga por los tres ... deja un momento ... este caballero paga aparte ... ¿quién lo está tocando? ... i ay! ... a ver a quién pellizcas ... ¿te quedas toda la noche o un rato? ... ¿quién fue? ... eres una mentirosa, perdón ... el caballero pagó como un caballero ... una copa ... son pasadas las once.

STEPHEN

(a la pianola, haciendo un gesto de aborrecimiento) ¡Nada de botellas! ¿Cómo, las once? ¡Un acertijo!

ZOE

(levantándose la enaguay plegando medio soberano en el remate de la media) Ganado con gran esfuerzo de espaldas.

LYNCH

(levantando a Kitty de la mesa) ¡Ven!

KITTY

Espera. *(agarra las dos coronas)*

FLORRY

¿Y yo?

LYNCH

¡Aúpa!

(La levanta, la lleva en brazos y la deja caer en el sofá.)

STEPHEN

El zorro ha cantado, los gallos han volado,

campanas en las alturas

dan las diez y una.

Hora es que su pobre alma

se largue de las alturas.

BLOOM

(disimuladamente pone medio soberano en la mesa entre Bella y Flonry) Así. Déjeme. *(toma el billete de libra)* Tres por diez. Estamos en paz.

BELLA

(admirativamente) Qué tunante eres, lagartón. Te daría un beso.

ZOE

(señala) ¿A él? Profundo como un pozo.

(Lynch inclina a Kitty hacia atrás en el sofáy la besa. Bloom va con el billete de libra a Stephen)

BLOOM

Esto es suyo.

STEPHEN

¿Cómo es eso? El mendigo distraído o «distrait». *(Se revuelve de nuevo en el bolsillo y extrae un puñado de monedas. Cae un* o4é*to)* Eso se ha caído.

BLOOM

(agachándose, recogey le da una caja de cerillas) Esto.

STEPHEN

Lucifer. Gracias.

BLOOM

(disimuladamente) Será mejor que me entregue ese efectivo para que se lo cuide. ¿Por qué pagar más?

STEPHEN

(le entrega todas las monedas) Sed justo antes que generoso.

BLOOM

Lo seré pero ¿es atinado? *(cuenta)* Una, siete, once, y cinco. Seis. Once. No respondo de lo que haya podido perder.

STEPHEN

¿Por qué daban las once? Proparoxítono. El momento antes del siguiente dice Lessing. Zorro sediento. *(ríe estrepitosamente)* Enterrando a su abuela. Probablemente la mató.

BLOOM

Eso hace una libra y seis chelines con once. Una libra con siete, digamos.

STEPHEN

Me importa un bledo.

BLOOM

No, pero ....

STEPHEN

(se acerca a la mesa) Un cigarrillo, por favor. *(Lynch le echa un cigarrillo desde el sofá a la mesa)* Así que Georgina Johnson está muerta y casada. *(Aparece un cigarrillo en la mesa. Stephen lo mira)* Maravilla. Magia de salón. Casada. Ummm. *(enciende una cerilla y pasa a encender el cigarrillo con melancolía enigmática)*

LYNCH

(mirándole) Tendrías más posibilidades de encenderlo si pusieras la cerilla más cerca.

STEPHEN

(acerca la cerilla al ojo) Ojo de lince. Debo conseguir unas gafas. Las rompí ayer. Hace dieciséis años. Distancia. El ojo lo ve todo plano. *(Aparta la cerilla. Ésta se apaga)* El

cerebro piensa. Cerca: lejos. Ineluctable modalidad de lo visible. *(frunce el ceño misteriosamente)* Ummm. Esfinge. La bestia que tiene dos espaldas a medianoche. Casada.

ZOE

Un viajante de comercio fue el que se casó con ella y se la llevó con él.

FLORRY

(asiente) Mr. Lambe Cordero de Londres.

STEPHEN

Cordero de Londres, tú que quitas los pecados del mundo.

LYNCH

(abrazando a Kitty en el sofá, salmodia hondamente) Dona nobis pacem.

(El cigarrillo se le resbala de entre los dedos a Stephen. Bloom lo recogey lo tira al emparrillado de la chimenea)

BLOOM

No fume. Debería comer. Maldito perro que me encontré. *(a Zoe)* ¿No tiene nada?

ZOE

¿Tiene hambre?

STEPHEN

(extiende la mano hacia ella sonriendo y salmodia con la melodía del juramento de sangre de El crepúsculo de los dioses)

Hangende Hunger,

Fragende Frau,

Macht uns alle kaputt.

ZOE

(trágicamente) ¡Hamlet, yo soy el berbiquí de tu padre! *(le toma de la mano)* Belleza de ojos azules te leeré la mano. *(le señala a la frente)* Donde no hay ingenio, no hay arrugas. *(cuenta)* Dos, tres, Marte, eso es valentía. *(Stephen agita la cabeza)* Sin coña.

LYNCH

La valentía del que ve los toros desde la barrera. El joven que no sabía temblar ni estremecerse. *(a Zoe)* ¿Quién te enseñó quiromancia?

ZOE

(se vuelve) Pregúntaselo a mis cojones que no tengo. *(a Stephen)* Te lo noto en la cara. La mirada, así. *(frunce el ceño con la cabeza gacha)*

LYNCH

(riéndose, le da un par de palmadas a Kitty por detrás) Así. Palmeta. *(Un par de veces cruje sonoramente una palmeta, la caja de la pianola se abre degolpe, la cabecita calva redonda de caja de sorpresas del Padre Dolan salta como un resorte)*

EL PADRE DOLAN

¿Algún chico necesita unos azotes? ¿Que has roto las gafas? Perezoso enredador. Te lo noto en la mirada.

(Apacible, benigno, rectoral, reprobador, la cabeza de Don Jobn Conmee se eleva de la caja de la pianola.)

DON JOHN CONMEE

¡Vamos, Padre Dolan! Vamos. ¡Estoy seguro de que Stephen es un chiquito muy bueno!

ZOE

(examinando la palma de Stephen) Mano de mujer.

STEPHEN

(murmura) Continúa. Miente. Estréchame. Acaríciame. Nunca jamás he sabido leer Su escritura excepto la criminal huella de Su pulgar en el abadejo.

ZOE

¿En qué día naciste?

STEPHEN

Jueves. Hoy.

ZOE

El que nace en jueves llegará lejos. *(le traza Eaeas en la mano)* La línea del destino. Amigos influyentes.

FLORRY

(señalando) Imaginación.

ZOE

Monte de Venus. Te encontrarás con un .... *(le mira con atención las manos abruptamente)* No te diré lo que no es bueno para ti. ¿O quieres saberlo?

BLOOM

(le separa los dedosy ofrece su palma) Más daño que bien. Ten. Léeme la mía.

BELLA

Enséñamela. *(le vuelve la mano a Bloom)* Me lo imaginaba. Nudillos nudosos para las mujeres.

ZOE

(mirando con atención la palma de Bloom) Parrilla de hierro. Viajes a ultramar y te casarás con dinero.

BLOOM

Descaminada.

ZOE

(apresuradamente) Bueno, ya veo. Meñique corto. Marido dominado. ¿Descaminada ahora?

(La Negra Liz, un enorme masto empollando en un círculo de tiza, se levanta, estira las alas y cloquea)

LA NEGRA LIZ

Cará. Cluc. Cluc. Cluc. *(se retira furtivamente del huevo recién puesto y se va naneando)*

BLOOM

(se señala la mano) Ese verdugón de aquí es un accidente. Caí y me corté hace veintidós años. Tenía dieciséis.

ZOE

Ya veo, dice el ciego. Cuéntanos una de indios.

STEPHEN

¿Ves? Se mueve hacia una gran meta. Yo tengo veintidós. Hace dieciséis años él tenía veintidós también. Hace dieciséis años yo veintidós me di un baquetazo. Hace veintidós años él dieciséis se cayó de su caballito de madera. *(se sobresalta)* Me he hecho daño en la mano en algún sitio. Debo ir al dentista. ¿Dinero?

(Zoe le susurra a Florry. Risitas. Bloom se suelta la mano y escribe ociosamente en la mesa del revés, lapizando lentas curvas.)

FLORRY

¿Qué?

(Un coche de alquiler, el número trescientos veinticuatro, con una yegua de firmegrupa, conducido por James Barton, Harmony Avenue, Donnybrook, pasa trotando. Boylan Botero y Lenehan van espatarrados balanceándose en los asientos laterales. El botones del Ormond va agazapado detrás sobre el eje. Tristemente por encima de las cortinillas Lydia Doucey Mina Kennedy miranfjamente.)

EL BOTONES

(traqueteando, les hace una cuchufleta con elpulgary dedos de gusano culebreantes) Pi pi ¿están picadas o qué?

(Bronce junto a oro susurran)

ZOE

(a Florry) Susurra. *(ella vuelve a susurrar)*

(En el portamaletas del coche Boylan Botero se apoya, el canotié náutico de lado, una flor roja en la boca. Lenehan con gorra náuticay zapatos blancos cumplidamente desprende un pelo largo del hombro de la americana de Boylan Botero)

LENEHAN

¡Ja! ¿Qué es lo que aquí contemplo? ¿Estuviste cepillándole las telarañas a unas cuantas meonas?

BOYLAN

(saciado, sonríe) Haciendo ñacañaca.

LENEHAN

Tarea de una noche.

BOYLAN

(levantando cuatro gruesos dedos romoungulados, guiña el ojo) ¡Kate Botero! Da la talla o le devolvemos el dinero. *(le alarga un índice)* Huele eso.

LENEHAN

(huelejubilosamente) ¡Ah! Langosta con mayonesa. ¡Ah!

ZOE Y FLORRY

(se ríen juntas) Ja ja ja ja.

BOYLAN

(salta con seguridad del coche y grita fuertemente para que todos oigan) ¡Hola, Bloom! ¿Se ha vestido ya Mrs. Bloom?

BLOOM

(con chaquetilla de palafrenero de velludillo color ciruelapasa y calzones a la rodilla, medias color de ante y peluca empolvada) Me temo que no, señor. Los últimos toques .....

BOYLAN

(le echa una moneda de seis peniques) Tenga, para que se convide a una ginebra con soda. *(cuelga con cuidado el sombrero de un gancho de la cabeza astada de Bloom)* Enséñeme el camino. Tengo un asuntillo privado con su mujer ¿usted comprende?

BLOOM

Gracias, señor. Sí, señor. La señora Tweedy está tomando un baño, señor.

MARION

Debería sentirse altamente honrado. *(sale haciendo plaf salpicándolo todo de agua)* Raoul cariño, ven a secarme. Estoy en pelota. Sólo el sombrero nuevo y una esponja de mano.

BOYLAN

(una chispa alegre en la mirada) ¡Estupendo!

BELLA

¿Qué? ¿Qué pasa? *(Zoe le susurra)*

MARION

¡Déjalo que mire, ese cenizo! ¡Echacuervos! ¡Y que se flagele! Le escribiré a una poderosa prostituta o Bartolomona, la mujer barbuda, que le levante verdugones de una pulgada de gruesos y le haré traerme de vuelta un recibo firmado y sellado.

BOYLAN

(se abrocha) Toma, no puedo aguantarme por más tiempo. *(se va a zancadas con piernas de caballería rígidas)*

BELLA

(riéndose) Jo jo jo jo.

BOYLAN

(a Bloom, por encima del hombro) Puede aplicar el ojo a la cerradura y juguetear consigo mismo mientras yo la atravieso unas cuantas veces.

BLOOM

Gracias, señor. Lo haré, señor. ¿Puedo traer a dos amiguetes para que sean testigos del acto y saquen una fotografía? *(le alarga un tarro de ungüento)* ¿Vaselina, señor? ¿Azahar ...? ¿Agua templada...?

KITTY

(desde el sofá) Cuenta, Florry. Cuenta. Qué ...

(Florry le susurra. Susurrantes palabras de amor murmuran, chapotichapaleandofuertemente, paflavaza de amapólica)

MINA KENNEDY

(los ojos vueltos hacia arriba) ¡Ay, debe de ser como el aroma de geranios y deliciosos melocotones! *¡Ay,* sencillamente la idolatra de arriba a abajo! ¡Pegados el uno al otro! ¡Cubiertos de besos!

LYDIA DOUCE

(la boca abriéndosele) Mmmm. *¡Ay,* la lleva por toda la habitación haciéndoselo! Montando a carramanchas. Se les podría oír en París y Nueva York. Como bocados de fresas con nata.

KITTY

(riendo) Ji ji ji.

LA VOZ DE BOYLAN

(dulcemente, roncamente, desde la boca del estómago) ¡Ah! ¡Diosboterogracbracarscjasst!

LA VOZ DE MARION

(roncamente, dulcemente, elevándose hasta la garganta) ¡Oh! ¿Uüssuassbesoenunpuuesunpuujaac?

BLOOM

(los ojos salvajemente dilatados, se abrocha) ¡Enseña! ¡Tápate! ¡Enseña! ¡Tríncatela! ¡Más! ¡Dispara!

BELLA, ZOE, FLORRY, KITTY

¡Jo jo! ¡Ja Ja! ¡Ji ji!

LYNCH

(señala) Poned un espejo al mundo. *(ríe)* ¡Juju iu ju ju! *(Stephen y Bloom miran fijamente al espejo. La cara de Wifiam Shakespeare, desbarbada, aparece en él, rígida con parálisis facial, coronada por el rftjo de la percha astada de reno para sombreros en el vestíbulo)*

SHAKESPEARE

(en solemne ventriloquio) La risa ruidosa delata una mente vacía. *(a Bloom)* Pensasteis que tú fueras invisible. Reparad. *(grazna con risa de negro capón)* ¡Yagogogo! Cómo mi viejo estranguló a su Desdemonia. ¡Yagogogo!

BLOOM

(sonríe cobardemente a las tres putas) ¿Hay que reírse?

ZOE

Antes de que seas dos veces casado y una vez viudo.

BLOOM

Los lapsos se condonan. Incluso el gran Napoleón cuando le tomaron medida desnudo después de muerto ...

(Mrs. Dignam, mujer viuda, nariz respingona y mejillas enrojecidas de hablar de muerte, de las lágrimas y del jerez leonado de casa Tunney, pasa veloz en su luto, la papalina torcida, coloreteándosey empolvándose las mejillas, labiosy nariz, como cisne hembra que lleva por delante a su camada de cisnecitos. Bajo las faldas aparecen los pantalones de diario y las botas con vueltas de su difunto marido, un ocho largo. Sujeta una póliza de seguros de Scottish Widows y un gran paraguas tipo marquesina bajo el cual su camada corre con ella, Patsy dando saltos sobre el pie calzado, el cuello desabrochado, una ristra de filetes *de cerdo colgando, Freddy lloriqueando, Susy con boca de tonta llorona, Alice lidiando con el bebé. Los lleva para delante a mamporros, sus cintas ondeando en el aire.)*

FREDDY

¡Ay, mama, que me vas arrastrando!

SUSY

¡Mamá, que rebosa el caldo!

SHAKESPEARE

(con rabia paralítica) Casocon según quienmatoal primaro. *(La cara de Martín Cunningham, barbada, se traza sobre los rasgos de la cara desbarbada de Shakespeare. El paraguas tipo marquesina se balancea beodamente, los niños corren a un lado. Bajo el paraguas aparece Mrs. Cunningham con sombrero de viuda alegre y bata quimono. Se mueve furtivamente y va haciendo reverencias, girando a la japonesa)*

MRS. CUNNINGHAM

(canta)

¡Y me llaman la perla de Asia!

MARTIN CUNNINGHAM

(la mira fijamente, impasible) ¡Tremenda! ¡La muy jodida rabisalsera!

STEPHEN

Et exaltabuntur cornua iustí. Reinas que yacen con toros de concurso. Recuerden a Pasifae por cuya lujuria mi tacagorabuelo hizo el primer confesionario. No olviden a la señora Grissel Steevens ni a los vástagos porcachones de la casa de Lamben. Y Noé estaba beodo de vino. Y su arca estaba abierta.

BELLA

Nada de eso aquí. Has venido al sitio equivocado.

LYNCH

Déjalo en paz. Acaba de volver de París.

ZOE

(corre hacia Stepheny se pega a el) ¡Venga, sigue! Danos un poco de parlevú.

(Stephen se encasqueta el sombrero y salta hacia la chimenea donde se queda de pie encogiéndose de hombros, manos como aletas extendidas, una sonrisa pintada en la cara.)

LYNCH

(aporreando el sofá) Rmm Rmm Rmm Rrrrrrmmmm.

STEPHEN

(farfulla con espasmos de marioneta) Miles de lugares de entretenimiento para gastar las noches con preciosas señoras que venden guantes y otras cosas quizás su corazón serveserías perfectas establecimientos de moda muy excéntricos donde montones cocottes elegantemente vestidas mucho parecido como princesas bailando cancán y andan por allí payasadas parisinas extra tontas para solteros extranjeros lo mismo si hablando un inglés malo cuánto listos son sobre cosas amores y sensaciones voluptuosas. Místers muy selectos pues es placer tener que visitar cielo e infierno espectáculo con velas mortuorias y ellos lagrimean plata que ocurre cada noche. Perfectamente asombroso horror la farsa de las cosas de la religión que se ve en el mundo universal. Todas mugueres chic que llegan llenas de recato luego se desvisten y chillan fuerte por ver hombre vampiro seducir a monja muy fresca joven con *dessous troublants (chasca la lengua ruidosamente) Ho, là lá! Ce pif qu'il a!*

LYNCH

Vive le vampire!

LAS PUTAS

¡Bravo! ¡Parlevú!

STEPHEN

(con la cabeza hacia atrás, ríe ruidosamente, aplaudiéndose a sí mismo haciendo muecas) Gran éxito de reír. Ángeles mucho prostitutas gustar y santos apóstoles grandes rufianes condenados. *Demimondaines* muy bien hermosas chispeando de diamantes muy simpáticas trajeadas. ¿O a ustedes vosotros mejor gusta lo que pertenece a ellos placer moderno bajeza de viejo hombres? *(señala a su alrededor con gestos grotescos a los que Lynch y las putas replican)* Estatua de mujer caucho reversible o machomironmacho a tamaño real de desnudeces de vírgenes muy lésbico el beso cinco diez veces. Entre, caballero, a ver en espejo todas posiciones trapecios toda esa máquina allí además también si desea acto tremendamente bestial chico del carnicero se corre en hígado cálido de ternero o omeleta en barriga *piéce de Shakespeare.*

BELLA

(palmoteándose la barriga se hunde hacia atrás en el sofí con un grito de risa) Una omeleta en la.... ¡Jo! ¡jo! ¡Jo! ijo! ... omeleta en la ....

STEPHEN

(remilgadamente) Le amo, señor cariño. Habla usted lengua inglés para *double entente cordiale.* Oh sí, *mon loup.* ¿Cuánto mucho cuesta? Waterloo. Watercloset. *(cesa repentinamente y levanta un índice)*

BELLA

(riéndose) Omeleta ....

LAS PUTAS

(riéndose) ¡Encore! ¡Encore!

STEPHEN

Atiendan. He soñado con una sandía.

ZOE

Vete por ahí a amar a una extranjera.

LYNCH

Por todo el mundo en pos de una esposa.

FLORRY

Los sueños quieren decir lo contrario.

STEPHEN

(extiende el brazo) Fue aquí. Calle de rameras. En Serpentine Avenue Belcebú me la enseñó, una viuda rechoncha. ¿Dónde está la alfombra roja extendida?

BLOOM

(aproximándose a Stephen) Mire ....

STEPHEN

No, volé. Mis enemigos debajo de mí. Ahora y siempre. Por los siglos de los siglos. *(grita) Pater!* ¡Libre!

BLOOM

Digo, mire ...

STEPHEN

Me doblegará mi espíritu ¿no? *O merde alors! (exclama, las garras de buitre afiladas) Holà!* ¡Huchohó!

(La voz de Simon Dedalus huchea en respuesta, algo soñolientapero alerta)

SIMON

Está bien. *(desciende vacilante por el aire, haciendo círculos, lanzando exclamaciones de ánimo, con fuertes alas pesadas de alfaneque)* ¡Eh, chico! ¿Vas a ganar? ¡Uuup! ¡Psst! A la cuadra con esos descastados. No han dado en el clavo en su vida. ¡La cabeza erguida!

¡Mantén el pabellón bien alto! Un águila gules volante en campo de argén exployada. ¡Rey de armas del Ulster! ¡Aleop! *(hace la llamada del sabueso, dándole a la lengua)* ¡Bullbull! ¡Bullibulli! ¡Ey, chico!

(Las frondas y espacios del papel de la pared enfilan rápidamente campo a través. Una zorra corpulenta, sacada de su cobijo, la cola en punta, tras haber enterrado a su abuela, corre veloz hacia el campo abierto, ojos-brillantes, rastreando el hoyo del tejón, bajo las hojas. La jauría de perros de caza le sigue, la nariz al suelo, husmeando la presa, sabuesiaulfando, bullibullendo por probar la sangre. Cazadoresy cazadoras de la Ward Union reavivados en ellos, arden en deseos de matar. Desde la Punta de las Seis Millas, Casallana, la Piedra de las Nueve Millas les sigue la gente de a pie con palos nudosos, horcas, fisgas para salmones, lazos, ganaderos de ovejas con zurriagos, tramperos de osos con tantane, toreadores con estoques, negros grises ondeando antorchas. Elgentío de jugadores de dados vocifera, jugadores de cubilete, tahúres, fulleros. Acechadoresyganchos, roncos corredores de apuestas con chisteras de brujo clamorean ensordecedoramente.)

EL GENTÍO

¡Programa de las carreras de caballos. ¡Programa de las carreras!

¡Diez a uno el resto!

¡Hagan sus apuestas aquí! ¡Hagan sus apuestas!

¡Diez a uno menos uno! ¡Diez a uno menos uno!

¡Prueben suerte en la ruleta de los caballitos!

¡Diez a uno menos uno!

¡Voy hasta las 500 libras, chicos! ¡Voy hasta las 500 libras!

¡Doy diez a uno!

¡Diez a uno menos uno!

(Un caballo del montón, sin jinete, cual aparición pasa como un rayo el poste de llegada, la melena lunaespumante, los globos de los ojos estrellas. Los demás le siguen, un puñado de cabalgaduras corcoveantes. Caballos esqueléticos, Cetro, Máximo Segundo, Zinfande~ Shotover del duque de Westminster Repulse, Ceylon del duque de Beaufort, prix de Paris. Enanos los cabalgan, con armaduras herrumbrosas, botando, botando en sus, en sus monturas. El último en un cernidillo de lluvia sobre un penco amariZclaro sin resuello, Gallo del Norte, elfavorito, gorra melada, chaqueta verde, mangas naran)as, Garrett Deasy encima, empuña las rienda, un palo de hockey listo. El penco de patas blancoempolainadas con esparavanes trota por el camino rocoso.)

LAS LOGIAS DE ORANGE

(burlonas) Bájese y empuje, hombre. ¡Última vuelta! ¡Llegará a casa por la noche!

GARRETT DEASY

(Bien erguido, la arañada cara emplastada con sellos de correo, blande el palo de hockey, los Ojos azules centelleando en el prisma de la lucerna mientras su cabalgadura pasa a galope de doma); Per vias rectas!

(Una brida de cubos le rodea cual leopardoy a su penco que se encabrita con un torrente de caldo de cordero con monedas danzarinas de zanahorias, cebada, cebollas, nabos, patatas.)

LAS LOGIAS VERDES

¡Día metido en agua, Sir John! ¡Día metido en agua, su señoría!

(El soldado Carr, el soldado Compton y Cissy Caffrey pasan bajo las ventanas, cantando disonantemente.)

STEPHEN

¡Escuchad! Nuestro amigo el centro del mundo.

ZOE

(levanta la mano) ¡Alto!

SOLDADO CARR, SOLDADO COMPTON Y CISSY CAFFREY

Siento una querencia

con sabor a Yorkshire ...

ZOE

Ésa soy yo. *(aplaude)* ¡A bailar! ¡A bailar! *(corre a la pianola)* ¿Quién tiene dos peniques?

BLOOM

¿Quién va...?

LYNCH

(dándole unas monedas) Toma.

STEPHEN

(crujiéndose los dedos impacientemente) ¡Aprisa! ¡Aprisa! ¿Dónde está mi lituo de augur? *(corre al piano y toma la vara de fresno, zapateando con el pie en tripudio)*

ZOE

(hace girar el manubrio) Aquí lo tenéis.

(Echa dos peniques en la ranura. Luces de oro, rosay violeta se encienden. El cilindro gira ronroneando un vals algo vacilante. El Profesor Goodwin, con peluca terminada en coleta atada con lazo, en traje de gala, vistiendo una capa amplia con cogotera manchada, doblado en dos por la increíble edad cruza inseguro la habitación, las manos aleteando. Se sienta minúsculo en la banqueta del pianoy levantay aporrea con palitroques de brazos sin manos el teclado, asintiendo con gracia de damisela, la coleta en movimiento)

ZOE

(gira sobre sí misma, zapateando con el tacón) A bailar. ¿Alguien que quiera? ¿Quién baila? Echad a un lado la mesa.

(La pianola con luces cambiantes toca a ritmo de vals el preludio de Mi chica es una chica de Yorkshire. *Stephen tira la vara de fresno en la mesay coge a Zoe por la cintura. Florry y Bella empujan la mesa hacia la chimenea. Stephen, abrazando a Zoe con delicadeza exagerada, empieza a valsar por la habitación. Bloom está aparte. La manga de ella cayendo de sus gráciles brazos revela una flor de carne blanca de la vacuna. Entre las cortinas el Profesor Maginni mete una pierna sobre cuya punta del pie gira un sombrero de copa. De una hábil patada lo envía girando a su coronilla y airosoensombrerado entra patinando. Viste levita color pizarra con solapas de seda color clarete, gola de tul crema, un chaleco verde descotado, cuello duro con plastrón blanco, pantalones lavanda ceñidos, escarpines de charol y guantes canarios. En el ojal lleva una inmensa dalia. Hace rotar en direcciones opuestas un bastón jaspeado, luego lo embute en la sobaquera. Coloca una mano levemente en el esternón, hace una reverencia, y se acaricia la flory los botones.)*

MAGINNI

Poesía del movimiento, el arte de la calistenia. No hay relación con la escuela de Madam Legget Byme ni con la de Levenston. Se conciertan bailes de máscaras. Apostura. El paso de Katty Lanner. Así. ¡Obsérvenme! Mis habilidades terpsicóreas. *(avanza en minuet tres pasos sobre ágiles patas de abeja) Tout le monde en avant! Révérence! Tout le monde en place!*

(El preludio cesa. El Profesor Goodwin, batiendo brazos imprecisos, se encoge, se hunde, la capa de color vivo cayendo sobre la banqueta. La melodía con ritmo más firme de vals suena. Stephen y Zoe dan vueltas a su aire. Las luces cambian, fulguran, se desvanecen oro rosadas violeta.)

LA PIANOLA

Dos mozos hablaban de sus chicas, chicas, chicas, las novias que atrás dejaron .....

(Desde un rincón las horas del amanecer salen corriendo, cabello dorado, con sandalias gráciles, de azul de niña, cinturitas de avispa, con manos inocentes. Bailan con viveza, haciendo rotar sus cuerdas de saltar. Las horas del mediodía las siguen de oro ambarino. Riendo, enlazadas, altas peinetas centelleantes, atrapan el sol en espejos burlones, levantando los brazos.)

MAGINNI

(hace plifplaf con manos de guantes mudos) Carré! Avant deux! ¡Respirad con regularidad! *Balancé!*

(Las horas del amanecery del mediodía valsan en sus sitios, dando vueltas, avanzando unas hacia otras, modelando sus curvas, haciéndose reverencias las unas a las otras. Los

Maestrantes detrás de ellas arquean y suspenden los brazos, con manos que descienden, tocan, se elevan de los hombros)

LAS HORAS

Me puedes tocar el.

LOS MAESTRANTES

¿Te puedo tocar el?

LAS HORAS

¡Venga, pero suavemente!

LOS MAESTRANTES

¡Venga, y tan suavemente!

LA PIANOLA

Mi mocita vergonzosa tiene una cinturita.

(Zoe y Stephen dan vueltas vigorosamente con ritmo más libre. Las horas crepusculares avanzan desde largas sombras de los campos, diseminadas, rezagándose, ojilánguidas, las mejillas delicadas con alheña y tenue lozanía falsa. Van de gasa gris con oscuras mangas de murciélago que aletean en la brisa de los campos.)

MAGINNI

Avant huit! Traversé! Salut! Cours de mains! Croisé!

(Las horas de la noche, una a una, se escabullen sigilosamente hasta el último sitio. Las horas de la mañana, del mediodía y las crepusculares retroceden ante ellas. Llevan antifaces, con el cabello a dagas y pulseras de cascabeles apagados. Cansadas revereriencian bajo los velos.)

LAS PULSERAS

¡Dingdón! ¡Dingdón!

ZOE

(rotando, la mano en lafrente) ¡Oh!

MAGINNI

Les tiroirs! Chaîne de dames! La corbeille! Dos à dosa

(Arabesqueando cansadamente tejen un diseño en el sudo, tejiendo, dest jiendo, reverenciando, rotando, sencillamente arremolinándose.)

ZOE

¡Estoy mareada!

(Se suelta, cae abatida en una silla. Stephen coge a Floriy y da vueltas con ella.)

MAGINNI

Boulangère! Les ronds! Les ponts! Chevaux de bois! Escargots!

(Trenzándose, separándose, con manos alternantes las horas de la noche se enlazan unas a otras con brazos arqueantes en un mosaico de movimientos. Stephen y Florry dan vueltas desangeladamente.)

MAGINNI

Dansez avec vos dames! Changez de dames! Donnez le petit bouquet à votre dame! Remerciez!

LA PIANOLA

La mejor, la mejor de todas,

¡Rataplán!

KITTY

(se levanta de un salto) ¡Anda, estaban tocando eso en el tiovivo de la feria del *Mirus!*

(Corre hacia Stephen. Éste dada a Flony bruscamentey coge a Kitty. Un penetrante silbido áspero de avetoro que chilla suena estridente. Quejirrefunfubarbotante el pesado carrusel de Toft *da vueltas a la habitación lentamente en círculos y círculos por la habitación)*

LA PIANOLA

Mi chica es una chica de Yorkshire.

ZOE

Yorkshire de la cabeza a los pies. ¡Vamos todos!

(Coge a Florry y valsa.)

STEPHEN

Pas seul!

(Hace rodar a Kitty hasta los brazos de Lynch, echa mano de la vara de fresno en la mesa y sale a bailar. Todos ruedan giran vallan rotan Bloombella Kittylynch Floriyzoe mujeres yuyubosas. Stephen con sombrero vara de fresno hace la rana en el medio echa piernas por alto con pateo al cielo boca cerrada la mano apretada bajo muslo. Con un tañido tilín bummartilleante el azuzador matamoros resopla destellos azul verde amarillo de las vueltas del pesado tiovivo de Toft *con jinetes y serpientes doradas colgadas, las vísceras brincando en fandango hollan ensucian pisan y caen de nuevo.)*

LA PIANOLA

Aunque sea una moza de fábrica

y no lleve perlería.

(Estrechamenteasidos veloces más veloces con flamaírompideslumbre desfilando pasan dardodisparados apiñados. ¡Rataplán

TUTTI

¡Encore! ¡Bis! ¡Bravo! ¡Encore!

SIMON

¡Piensa en la gente de tu madre!

STEPHEN

Danza de la muerte.

(Tan otro talán tan de la campana del portero, caballo, penco, novillo, cochinillos, Conmee sobre asnodecristo, marinero de muleta y pierna coja en bote brazos cruzados tirando de cuerdas amarrando zapatean una saloma hasta el tuétano. ¡Rataplán! Sobre pencos cerdos caballos enjaezados puercos de Gadarene Capetón en ataúd tiburones de acero apedrean a Nelson mancoperico dos pícaras Frauenzimmer manchadas de ciruelas de un cochecito cayendo vociferando. Caray ése es un campeón. Par azulmecha de barriles rudo. vísperas Love en coche de alquiler aireándose Botero ciegos ciclistas bacalaodoblaos Dilly con bizcotela sin perlerzá. Luego en la última montaña rusa apiñados arribay abajo chocan contra colchona algo como un virnyy «reine» gusto por rosa tinapiñada de chocanshire. ¡Rataplán!

Las parejas se apartan. Stephen gira vertiginosamente. La habitación gira a su vez. Con los ojos cerrados se tambalea. Railes rojos vuelan hacia despacio. Estrellas todas alrededor de soles dan vueltas en círculo. Brillantes típulas danzan en las paredes. Separa en seco)

STEPHEN

¡So!

(La madre de Stephen, demacrada, se eleva yerta a través del suelo, degris lepra con una corona de azahar marchitoy un velo de novia rasgado, la cara carcomiday sin nariz, verde del moho de la tumba. Tiene poco pelo y desmaddado. Fea las cuencas de los ojos huecas garzoencirculadas en Stephen y abre la boca desdentada emitiendo una palabra silenciosa. Un coro de vírgenesy confesores canta sin voz)

EL CORO

Liliata rutilantium te confessorum ....

lubilantium te virginum .....

(De pie en lo alto de una torre Buck Mulligan, con traje de mamarracho de colores entremezclados buriely amarilloygorra de payaso con campanilla, se queda mirándola boquiabierto, un humeante panecillo partido en dosy untado de mantequilla en la mano.)

BUCK MULLIGAN

Ha muerto bestialmente. ¡Qué pena! Mulligan conoce a la afligida madre. *(levanta la*

mirada) ¡Malachi mercurial!

LA MADRE

(con la sonrisa sutil de la locura de la muerte) Una vez fui la bella May Goulding. Estoy muerta.

STEPHEN

(horrorizado) Lémur ¿quién eres? No. ¿Qué truco de camuñas es éste?

BUCK MULLIGAN

(agita la campanilla de la gorra) ¡Menuda farsa! Kinch chucho infeliz mató a la perra infeliz. Ha estirado la pata. *(lágrimas de mantequillafundida caen de sus ojos sobre elpanecifo)* ¡Nuestra inmensa dulce madre! Epi *oinopa ponton.*

LA MADRE

(se acerca, respirando sobre el suavemente su aliento a cenizas mojadas) Todos tienen que pasar por esto, Stephen. Más mujeres que hombres en el mundo. Tú también. El momento llegará.

STEPHEN

(asfixiándose de espanto, remordimiento y horror) Dicen que yo te maté, madre. Él ha mancillado tu memoria. El cáncer lo hizo, yo no. El destino.

LA MADRE

*(un hilo de bilis verde chorreándole de la comisura de la boca) Can*taste esa canción para mí. El misterio del amor amargo.

STEPHEN

(ansiosamente) Dime la palabra, madre, si la conoces ahora. La palabra que todos conocen.

LA MADRE

¿Quién te salvó la noche que saltaste al tren en Dalkey con Paddy Lee? ¿Quién sintió lástima de ti cuando estabas triste entre extraños? La oración es todopoderosa. Oración por las ánimas benditas en el manual de las ursulinas e indulgencia de cuarenta días. Arrepiéntete, Stephen.

STEPHEN

¡El necrófago! ¡Hiena!

LA MADRE

Pido por ti en mi otro mundo. Que Dilly te haga aquel arroz hervido por las noches después de tu trabajo intelectual. Durante años y años te quise, ay, hijo mío, mi primogénito, cuando estabas en mi vientre.

ZOE

(abanicándose con el soplillo) ¡Me derrito!

FLORRY

(señala a Stephen) ¡Míralo! Está blanco.

BLOOM

(va a la ventana a abrirla más) Mareado.

LA MADRE

(con ojos abrasadores) ¡Arrepiéntete! ¡Ay, el fuego del infierno!

STEPHEN

(resoplando) ¡Su sublimado no corrosivo! ¡El devoracadáveres! Cabeza en carneviva y huesos ensangrentados.

LA MADRE

(la cara acercándose másy más, despidiendo aliento a cenizas) ¡Ten cuidado! *(alza su ennegrecido brazo derecho marchito lentamente hacia el pecho de Stephen con el dedo extendido)* ¡Cuídate de la mano de Dios!

(Un cangrejo verde con malignos ojos rojos clava profundo sus pinzas gesticulantes en el corazón de Stephen.)

STEPHEN

(estrangulado de rabia, sus rasgos contraídos grises y viejos) ¡Mierda!

BLOOM

(en la ventana) ¿Qué?

STEPHEN

Ah non, par example! ¡La imaginación intelectual! Conmigo todo o nada de nada. *Non serviam!*

FLORRY

Dadle un poco de agua fría. Esperad. *(sale precipitadamente)*

LA MADRE

(retuerce las manos lentamente, gimoteando desesperadamente) i Oh Sagrado Corazón de Jesús, ten misericordia de él! ¡Sálvale del infierno, oh Sagrado Corazón Divino!

STEPHEN

¡No! ¡No! ¡No! ¡Doblegad mi espíritu, todos vosotros, si sois capaces! ¡Os pondré a todos bajo mi yugo!

LA MADRE

(en la agonía de los estertores de muerte) ¡Tened misericordia de Stephen, Señor, hacedlo por mí! Indecible fue mi angustia al expirar con amor, pena y agonía en el Monte Calvario.

STEPHEN

Notbung!

(Levanta la vara de fresno en alto con ambas manos y hace añicos la lucerna. La lívida llama última del tiempo da un brinco y, en la oscuridad que siguió, devastación de todo despacio, cristal destrozado y desplome de mampostería.)

EL CHORRO DE GAS

¡Piufunn!

BLOOM

¡Tranquilo!

LYNCH

(avanza precipitadamentey coge a Stephen por la mano) ¡Vamos! ¡Ya está bien! ¡No te vuelvas loco!

BELLA

¡Policía!

(Stephen, &yándo la vara de fresno, la cabeza y brazos echados para detrás tiesos, golpea el suelo y sale huyendo de la habitación, por entre las putas de la puerta.)

BELLA

(chilla) ¡Cogedlo!

(Las dos putas corren hacia la puerta del vestíbulo. Lynch y Kitty y Zoe salen de estampida de la habitación. Hablan con gran excitación. Bloom los sigue, regresa)

LAS PUTAS

(apiñadas en la entrada, señalando) Por ahí abajo.

ZOE

(señalando) Ahí. Ahí pasa algo.

BELLA

¿Quién paga la lámpara? *(coge a Bloom por los faldones de la americana)* Vamos, tú estabas con él. La lámpara está rota.

BLOOM

(corre al vestíbulo, corre de vuelta) ¿Qué lámpara, mujer?

UNA PUTA

Se ha roto la americana.

BELLA

(sus ojos duros de rabiay codicia, señala) ¿Quién va a pagar esto? Diez chelines. Eres testigo.

BLOOM

(empuña la vara defresno de Stephen) ¿Yo? ¿Diez chelines? No le ha desvalijado ya bastante? ¿Es que él no ....?

BELLA

(en voz alta) Vamos, nada de fanfarronadas. Esto no es un burdel. Una casa de a diez chelines.

BLOOM

(La cabeza debajo de la lámpara, tira de la cadena. Gimoteando, el chorro de gas ilumina una pantalla púrpura malva hecha añicos. Alza la vara defresno) Sólo está roto el fanal. Esto es todo lo que ha....

BELLA

(retrocede encogiday chilla) ¡Jesús! ¡No lo haga!

BLOOM

(desviando un golpe) Para mostrarle cómo le dio al papel. No hay daños ni por valor de seis peniques. ¡Diez chelines!

FLORRY

(con un vaso de agua, entra) ¿Dónde está?

BELLA

¿Quiere que llame a la policía?

BLOOM

Sí, sí, ya lo sé. Tienen un matón en el local. Pero si es un estudiante del Trnity. Parroquianos de su establecimiento. Caballeros que pagan el arrendamiento. *(hace una señal masónica)* ¿Sabe lo que quiero decir? Sobrino del rector. No querrá un escándalo.

BELLA

(con enfado) Trmity. Vienen por aquí a armar barullo después de las regatas y no pagan nada. ¿Es usted el que da las órdenes aquí o? ¿Dónde está? ¡Le voy a demandar! ¡Le voy a poner como chupa de dómine, claro que lo haré! *(grita)* ¡Zoe! ¡Zoe!

BLOOM

(con insistencia) ¿Y si fuera su propio hijo de Oxford? *(advirtiéndole)* Lo sé.

BELLA

(casi sin habla) Quién es. ¡Desconocido!

ZOE

(en la entrada) Aquí hay bronca.

BLOOM

¿Qué? ¿Dónde? *(echa un chelín en la mesay echa a andar)* Eso es por el fanal. ¿Dónde? Necesito aire fresco.

(Se da prisa en salir por el vestíbulo. Las putas señalan. Florry le sigue, derramando agua del vaso inclinado. En el umbral todas las putas apiñadas hablan con desparpajo, señalando a la derecha donde la niebla se ha disipado. Por la izquierda llega un coche de alquiler tintineando. Aminora hasta detenerse delante de la casa. Bloom en la puerta del vestíbulo ve a Kelleher Copetón que está a punto de apearse del coche con dos troneras silenciosos. Vuelve la cara. Bella desde el vestíbulo azuza a sus putas. Éstas tiran besos pitopitogorgoritopegajobabosos mmnmmn. Kelleher Copetón responde con una cadavérica sonrisa obscena. Los troneras silenciosos se vuelven apagar al calesero. Zoe y Kitty aún señalan a la derecha. Bloom, abriéndose paso por entre ellas veloz, se planta su capucha de califa y su poncho y aligera escaleras abajo con la cara de lado. El desconocido Haroun Al Raschid pasa sigilosamente por detrás de los troneras silenciosos y aprieta el paso por la verja con el paso raudo del leopardo que desparrama su rastro tras él, sobres rotos empapados en anís. La vara de fresno señala su zancada. Una jauría de dogos, guiada por

el matamoros del Trinity que blande un látigo para perros con gorra de azuzadory un viejo par de pantalones grises, le sigue de lejos, olfateando el rastro, más cerca, aullando, resoplando, perdiendo el rastro, desbandándose, sacando la lengua, mordiéndole los talones, saltándole a la cola. Él anda, corre, zigzaguea, galopa, las antenas hacia atrás. Le acribillan con gravilla, troncos de coles, cajas de galletas, huevos, patatas, bacalao podrido, chanclichancletas de mujer. Tras el nuevamente encontrado la ladra galopa en zigzag en acalorada persecución de hacer lo que haga el primero: el 65C, el 66C, los guardias nocturnos, John Henry Menton, Wisdom Hey, VB Dillon, el Concejal Nannetti, Alexander Yaves, Larry 0 Rourke, Joe Cuffe, Mrs. 0 Dowd, Burke el Picha, el Innominado, Mrs. Riordan, el Paisano, Gariyowen, el Comosellame, el Cararrara, el Tipotamparecido, el Levistoantes, el Tiodelquiste, Chris Callinan, Sir Charles Cameron, Benjamin Dollard, Lenehan, Bartell d Arcy, Joe Hynes, Murray el rojo, el director Brayden, T. M. Healy, e1Juez Fitzgibbon, John Howard Parnell, el reverendo Salmón en Conserva, el profesor Joy, Mrs. Breen, Denis Breen, Theodore Purefoy, Mina Purefoy, la empleada de correos de Westland Row, C. P. M'Coy, el amigo de Lyons, Holohan Boto, el hombredelacalle, el otrohombredelacalle, las Botasdefútbol, el conductor chato, una rica señora protestante, Davy Byrne, Mrs. Ellen M'Gumness, Mrs. Joe Gallaher, George Lidwell, Jimmy Henry sobre callos, el superintendente Laracy, el Padre Cowley, Crofton el de la oficina del Recaudador general, Dan Dawson, el odontólogo Bloom con pinzas, Mrs. Bob Doran, Mrs. Kennefzck, Mrs. Wyse Nolan, John Wyse Nolan, una hermosamujercasadacontracuyoanchotraseroserrestregoeneltranviadeClonskea, el librero de Delicias del pecado, *Miss Dubedatylotomoporamabilidat, Mesdames Gerald y Stanislaus Moran de Roebuck, el director administrativo de casa Drimmie, Wetherup, el coronel Hayes, Mastiansky, Citron, Penrose, Aaron Higatner, Moses Herzog Michael E. Geraghty, el Inspector Troy, Mrs. Galbraith, el agente de la esquina de una bocacalle de las que dan a Eccles Street, el viejo doctor Brady con estetoscopio, el hombre misterioso de la playa, un perdiguero, Mrs. Miriam Dandrade y todos sus amantes.)*

LA LADRA

(enajetreoarrojadizorrevoltyo) ¡Ése es Bloom! ¡Detened a Bloom! ¡Detenedabloom! ¡Detenedalladrón! ¡Eh! ¡Eh! ¡Detenedlo en la esquina!

(En la esquina de Beaver Street debajo del andamio se detiene Bloom resoplando al borde del ruidoso rebujo de la pelea, sin saber ni jota del ich! ¡eh! de la bronca y camorra sobre el quequién de la rebujinafoklonesca)

STEPHEN

(con exageradosgestos, respirando profunday lentamente) Sois mis invitados. Los no invitados. En virtud del quinto de los Jorges y del séptimo de los Eduardos. La historia tiene la culpa. Fabulada por las madres de la memoria.

SOLDADO CARR

(a Cissy Caffrey) ¿Te estaba insultando ése?

STEPHEN

Le hablaba en vocativo femenino. Probablemente neutro. Nogenitivo.

VOCES

No, no fue así. Yo fe visto. La chica ahí. Ése estaba en la casa de Mis. Cohen. ¿Qué pasa? Soldado y paisano.

CISSY CAFFREY

Yo estaba en compañía de los soldados y ellos me dejaron para hacer, ya sabe, y ese joven me viene corriendo por detrás. Pero yo soy fiel al hombre que me invita aunque sólo sea una puta de a chelín.

VOCES

Ellasfielalhombre.

STEPHEN

(se percata de las cabezas de Lynchy Kity) Salve, Sísifo. *(se señala a sí mismoy a los otros)* Poético. Uropoético.

CISSY CAFFREY

Sí, para ir con él. Y yo con un soldado amigo.

SOLDADO COMPTON

Éste está pidiendo que le calienten las orejas, el marica. Endíñale una, Harry.

SOLDADO CARR

(a Cissy) ¿La ha estado insultando mientras que yo y él echábamos una meada?

LORD TENNYSON

(caballero poeta con chaqueta ligera de deporte de la bandera británica y pantalones de críquet de franela, sin sombrero, barbalaíre.) Lo suyo no es razonar el porqué.

SOLDADO COMPTON

Endíñale, Harry.

STEPHEN

(al soldado Compton) No conozco tu nombre pero tienes mucha razón. El Doctor Swift dice que un hombre con armadura vence a diez en camisa. Lo de la camisa es una sinécdoque. La parte por el todo.

CISSY CAFFREY

(a la muchedumbre) No, yo estaba con los soldados.

STEPHEN

(amigablemente) ¿Por qué no? El soldadito valiente. En mi opinión cualquier señora que por ejemplo .....

SOLDADO CARR

(con lagorra torcida, avanza hacia Stephen) Digo ¿qué te parece, jefe, si te saltara las muelas de una hostia?

STEPHEN

(mira al cielo) ¿Que qué? Muy desagradable. Noble arte del autofingimiento. Personalmente, detesto la acción. *(sacude la mano)* La mano me duele algo. *Enfin ce sont vos oignons. (a Cissy Caffrey)* Algún tipo de camorra está teniendo lugar aquí. ¿Qué sucede en realidad?

DOLLY GRAY

*(desde su balcón ondea el pañuelo, haciendo la señal de la heroína de je*ricó) Rajab. Hijo de Cook, adiós. Vuelve sano a casa con Dolly. Sueña con la chica que dejaste atrás y ella soñará contigo.

(Los soldados vuelven los ojos anegados)

BLOOM

(a codazos por entre la muchedumbre, le da un repelón de la manga a Stephen con fuerza) Vamos ya, profesor, el cochero espera.

STEPHEN

(se vuelve) ¿Eh? *(se suelta)* ¿Por qué no he de hablar con él o con cualquier otro ser humano que ande erguido sobre esta naranja achatada por los *polos? (señala con el dedo)* No tengo miedo a hablar de nada siempre que le vea los ojos. Manteniendo la perpendicular. *(da un traspié hacia atrás)*

BLOOM

(sosteniéndole) Mantenga la suya propia.

STEPHEN

(ríe sin sentido) Tengo el centro de gravedad desplazado. He olvidado el truco. Sentémonos en algún sitio y discutamos. La lucha por la vida es la ley de la existencia pero pero los compasivos pacifistas, en particular el zar y el rey de Inglaterra, han inventado el arbitraje. *(se da en la frente)* Pero es aquí dentro donde tengo que matar al sacerdote y al rey.

BIDDY EXPURGACIONES

¿Has oído lo que decía el profesor? Es un profesor de la universidad.

KATE COÑONA

Sí. Lo he oído.

BIDDY EXPURGACIONES

Se expresa con tan marcado refinamiento de fraseología.

KATE COÑONA

Desde luego que sí. Y al mismo tiempo con tan apropiada mordacidad.

SOLDADO CARR

(se libera de un tirón y avanza hacia delante) ¿Qué es eso que dices de mi rey?

(Eduardo Séptimo aparece en una arcada. Viste un jersey blanco sobre el que está cosida una imagen del Sagrado Corazón con las insignias de la jarretera y el Cardo, del Toisón de Oro, del Elefante de Dinamarca, de la caballería de Skinner y de Probyn, de miembro más antiguo de Lmcoln's Inn y de la antigua y honorable compañía de artillerzá de Massachusetts. Mamulla unayuyuba roja. Lleva túnica degran maestre electo perfectoy sublime con trullay mandil de masón, etiquetados made in Germany. *En la mano izquierda sostiene un cubo deyesero sobre el que va impreso* Défense d'unner. *Un bramido de bienvenida le saluda)*

EDUARDO SÉPTIMO

(lenta, solemne pero confusamente) A la paz de Dios. Como identificación, cubo en la mano. Salud, chicos. *(se vuelve a sus vasallos)* Hemos venido aquí para ser testigos de una pelea limpia y sin trampa y cordialmente deseamos lo mejor a ambas partes y mucha suerte. Mahak matar a bak. *(estrecha la mano al soldado Carr, al soldado Compton, a Stephen, Bloomy Lynch)*

(Aplauso general. Eduardo Séptimo eleva el cubo graciosamente en reconocimiento)

SOLDADO CARR

(a Stephen) Dilo otra vez.

STEPHEN

(nervioso, amistosamente, controlándose) Entiendo tu punto de vista aunque yo no tengo rey por el momento. Ésta es la era de los específicos. Es dificil una discusión en estas circunstancias. Pero éste es el asunto. Tú mueres por tu país. Digamos. *(le coloca el brazo en la manga al Soldado Carr) No* es que yo te lo desee. Pero digo yo: Que mi país muera por mí. Hasta ahora ha sido así. Yo no quería que muriese. Maldita muerte. ¡Larga vida a la vida!

EDUARDO SÉPTIMO

(levita sobre montones de gente masacrada, con las vestiduras y el halo de Jesús Jacarero, una yuyuba blanca en la cara fosforescente)

Mis métodos son nuevos y causan sorpresa.

Echo polvo a los ojos para que el ciego vea.

STEPHEN

¡Reyes y unicomios! *(retrocede un paso)* Vente a algún sitio y vamos a ... ¿Qué decía esa chica ...?

SOLDADO COMPTON

Eh, Harry, dale una patada en las pelotas. Métele una a ése.

BLOOM

(a los soldados, suavemente) No sabe lo que dice. Ha tomado un poco más de la cuenta. Absintio. Monstruo ojiverde. Le conozco. Es un caballero, un poeta. No pasa nada.

STEPHEN

(asiente, sonriendoy riendo) Caballero, patriota, erudito y juez de impostores.

SOLDADO CARR

Me importa un carajo quién sea.

SOLDADO CARR

Nos importa un carajo quién sea.

STEPHEN

Al parecer soy un fastidio para ellos. Trapo verde para un toro.

(Kevin Egan de París en camisa negra con machos y sombrero de agitador irlandés le hace señales a Stephen.)

KEVIN EGAN

¡Hola! *Bonjour!* La *vieille ogresse* con los *dents jaunes.*

(Patrice Egan aparece por detrás, la cara de conejo mordisqueando una hoja de membrillo.)

PATRICE

Socialiste!

DON EMILE PATRIZIO FRANZ RUPERT POPE HENNESSY

(con jazarán medieval, dos gansos salvajes volantes en el almete, con noble indignación señala con una mano enmallada acusadora a los dos soldados.) ¡Werf esos eykes a footboden, grandes grandes porcos de guarro-johnnys *all* cubiertos de salsa!

BLOOM

(a Stephen) Véngase a casa. Se va a buscar problemas.

STEPHEN

(tambaleándose) No lo voy a evitar. Ése insulta mi inteligencia.

BIDDY EXPURGACIONES

Una inmediatamente se percata que es de buena cuna.

LA VIRAGO

El verde está por encima del rojo, coge y dice él. Wolfe Tone.

LA ALCAHUETA

El rojo es tan bueno como el verde. Y mejor. ¡Arriba los soldados! ¡Arriba el Rey Eduardo!

UN BRAVUCÓN

(ríe) ¡Sí! Arriba las manos. Lo manda De Wet.

EL PAISANO

(con una enorme bufanda esmeralday cachiporra, declara)

Que el Dios de los cielos

envíe una paloma

con dientes afilados como cuchillas

para rajarles las gargantas

a los perros ingleses

que colgaron a nuestros líderes irlandeses.

EL ZAGAL REBELDE

(el nudo de la soga al cuello, se aguanta las vísceras que se le salen con ambas manos)

A ningún ser vivo guardo rencor,

pero más que al rey a mi país doy amor.

RUMBOLD, BARBERO DEMONIO

(acompañado de dos ayudantes negrienmascarados, avanza con un maletín que abre) Señoras y caballeros, el cachete adquirido por Mis. Pearcy para asesinar a Mogg. El cuchillo con el que Voisin descuartizó a la mujer de un compatriota y escondió los restos en una sábana en el sótano, habiendo sido cortada la garganta de la infortunada mujer de oreja a oreja. Frasco que contiene arsénico recuperado del cuerpo de Miss Barron que llevó a Seddon a la horca.

(Da una sacudida a la soga. Los ayudantes de un salto cogen las piernas de la victimay la arrastran hacia abajo, refunfuñando. La lengua del zagal rebelde sobresale terriblemente.)

EL ZAGAL REBELDE

Jorjidé jejá jor ji jajre.

(Entrega su espíritu. Una terrible erección del ahorcado envía salpicones de esperma espurreado a través de sus ropas de muerto hasta el adoquinado. Mrs. Bellingham, Mrs.

Yelverton Bany y la Honorable Mrs. Mervyn Talboys se precipitan corriendo con sus pañuelos para empaparlo.)

RUMBOLD

Yo mismo estoy cerca de esto. *(quita el nudo)* Soga que colgó al tremendo rebelde. Diez chelines la vez. Según se solicitó a su Alteza Real. *(hunde la cabeza en el vientre abierto del ahorcado y saca la cabeza de nuevo cuajada de intestinos humeantesy enroscados)* Mi doloroso deber ha sido cumplido. ¡Dios salve al rey!

EDUARDO SÉPTIMO

(baila lentamente, solemnemente, repiqueteando el cubo, y canta con suave contento)

¡El día de la coronación, de la coronación, ay, lo pasaremos muy divertido, bebiendo güisqui, cerveza y vino!

SOLDADO CARR

Venga. ¿Qué estás diciendo de mi rey?

STEPHEN

(levanta las manos en alto) ¡Vaya, esto es demasiado monótono! Nada. Ése quiere mi dinero y mi vida, aunque el querer deba dominarlo, para algún embrutecido imperio suyo. Dinero no tengo. *(se hurga en los bolsillos indecisamente)* Se lo di a alguien.

SOLDADO CARR

¿Quién quiere tu asqueroso dinero?

STEPHEN

(intenta irse) ¿Me puede decir alguien dónde es menos probable que me encuentre con estos males necesarios? (:a se voit aussi ìá París. No es que yo ... Pero ¡por San Patricio .....!

(Las cabezas de las mujeres se unen. La vieja Abuelita Legañosa con sombrero de pandeazúcar aparece sentada en una seta quitasol, la flor-mortal de la plaga de la patata en el pecho.)

STEPHEN

¡Aahá! ¡Te conozco, yaya! ¡Hamlet, venganza! ¡La vieja cerda que devora su propia lechigada!

LA VIEJA ABUELITA LEGAÑOSA

(meciéndose adelantey atrás) La novia de Irlanda, la hija del rey de España, cariño mío. ¡Extraños en mi casa, que les parta un rayo! *(modula fúnebremente con pena de parca) ¡Ay* de mí! *¡Ay* de mí! ¡Seda del hato! *(se lamenta)* Te encontraste con la pobre vieja Irlanda y ¿cómo le va?

STEPHEN

¿Cómo me va a mí contigo? ¡Un triple de críquet! ¿Dónde está la tercera persona de la Santísima Trinidad? ¿Mi bienamado Soggarth Aroon? El reverendo Cuervo Carroña.

CISSY CAFFREY

(grito penetrante) ¡Sepárenlos que no se peguen!

UN BRAVUCÓN

Nuestros hombres se retiraron.

SOLDADO CARR

(echándose mano a la correa) Voy a retorcerle el cuello al cabrón que se atreva a decir una palabra en contra del cabronazo de mi rey.

BLOOM

(aterrado) No dijo nada. Ni una palabra. Un puro malentendido.

SOLDADO COMPTON

Vamos, Harry. Dale un sopapo en el ojo. Está a favor de los bóers.

STEPHEN

¿Dije yo algo? ¿Cuándo?

BLOOM

(a los casacasrojas) Luchamos por vosotros en Sudáfrica, tropas de infantería irlandesas. ¿No es eso historia? Fusileros del Real de Dublín. Honrados por nuestro monarca.

EL PEÓN

(pasa dando traspiés) ¡Ay, sí! ¡AyDios, sí! ¡Vamos, hagan la güerra una güerra de cucuervos! ¡Ay! ¡Bo!

(Alabarderos enyelmados y en armadura impulsan hacia delante un palenque de lanzas ensartadas con entrañas. El Comandante Tweedy, con mostachos a lo Turco el terrible, con gorra de piel de oso con penacho y de gala, con dragonas, orifreses y portapliegos, el pecho resplandeciente de medallas, se apresta al combate. Hace la señal del guerrero peregrino de los caballeros templarios.)

EL COMANDANTE TWEEDY

(retumba bruscamente) ¡Rorke's Drift! Preparados, guardias, y a ellos! Mahar shalal hashbaz.

EL PAISANO

Erin go bragb!

(El Comandante Tweedy y el Paisano se muestran el uno al otro las medalla., condecoraciones, trofeos de guerra, heridas. Ambos saludan con hostilidad feroz)

SOLDADO CARR

Me lo voy a cargar.

SOLDADO COMPTON

(echa a la muchedumbre hacia atrás) Juego limpio, vamos. Haz una puñetera camicería de este maricón.

(Una concentración de bandas entonan Garryowen y Dios salve al rey.)

CISSY CAFFREY

Van a pelear. ¡Por mí!

KATE COÑONA

El valiente y la bella.

BIDDY EXPURGACIONES

Se me antoja que aqueste caballero de color sable ha de justar con lo mejor.

KATE COÑONA

(sonrojándose profundamente) No, señora mía. ¡El jubón de gules y el alegre san Jorge para mí!

STEPHEN

De calle en calle el grito de la ramera tejerá el sudario de la vieja Irlanda.

SOLDADO CARR

(soltándose la correa, grita) Le voy a retorcer el cuello al cabronazo hijo de puta que diga una sola palabra contra el jodido cabronazo del rey.

BLOOM

(zarandea a Cissy Carey por los hombros) ¡Habla, tú! ¿Te has quedado muda? Tú eres el enlace entre naciones y generaciones. Habla, mujer, sagrada dadora de vida.

CISSY CAFFREY

(alarmada, coge al Soldado Carr de la manga) ¿Es que no estoy contigo? ¿No soy yo tu chica? Cissy es tu chica. *(grita)* ¡Policía!

STEPHEN

(extasiadamente, a Cissy Caffrey)

Blancas tus manos, roja tu boca y tu cuerpo es delicado.

VOCES

¡Policía!

VOCES DISTANTES

¡Dublín se quema! ¡Dublín se quema! ¡En llamas, en llamas!

(Brotan llamas de azufre. Densas nubes pasan rodando. Pesadas ametralladoras retumban. Pandemónium. Tropas se despliegan. Galope de cascos. Artdlerzá. Roncas órdenes. Las campanas tañen. Los apostantes gritan. Borrachos vociferan. Putas gritan desaforadas. Las sirenas de niebla ululan. Gritos de valor. Clamor de agonizantes. Picas entrechocan con corazas. Ladrones roban a los masacrados. Aves de presa, alzando el vuelo desde el mar, elevándose desde tierras pantanosas, lanzándose en picado desde los altos nidos, se ciernen en torno chillando, alcatraces, cormoranes, buitres, azores, becadas trepadoras, halcones peregrinos, esmerejones, urogallos negros, águilas marinas, gaviotas, albatros, barnaclas. El sol de medianoche se oscurece. La tierra tiembla. Los muertos de Dublín de Prospecty MountJerome con abrigos de piel de oveja blancos y mantos de vellón de cabra negros resucitan y se aparecen a muchos. Se abre una sima de un bostezo silencioso. Tom Rochford ganador, con calzonas y camiseta deportivas, llega a la cabeza de la carrera nacional de vallas bándicap y pega un salto al vacío. Le sigue un puñado de corredores y saltadores. En actitudes delirantes dan un salto desde el borde. Sus cuerpos se sumergen. Mozas de fábrica con perlerzá tiran rataplabombas de Yorkshire al rojo vivo. Damas de sociedad se levantan las faldas por encima de la cabeza para protegerse. Brujas hilarantes con camisoncillos cortos rojos montan por los aires en escobas. Lyster el cuáquero emplasta erosiones. Llueven dientes de dragón. Héroes armados brotan de los surcos. Se intercambian en amistad el santo Y seña de los caballeros de la cruz rojay se baten en duelos con sables de caballería: WoY Tone contra Henry Grattan, Smith O Brien contra Daniel O'Conned, Michael Davitt contra Isaac Butt, Justin M'Carthy contra Parneli, Arthur Griffith contra john Redmond, John O Leary contra Lear O Johnny, Lord Edward Fitzgerald contra Lord Gerald Fitzedwart4 EZ 0 Donoghue de los Glens contra los Glens del O Donoghue. Sobre un alto, el centro de la tierra, se eleva el altar de campaña de Santa Bárbara. Velas negras se elevan de los lados del evangelio y de la epístola. Desde las altas saeteras de la torre dos haces de luz caen sobre la piedra del altar de velo de humo. Sobre la piedra del altar Mrs. Mina Purefoy, diosa de la insensatez, yace, desnuda, engrillada, un cáliz descansando sobre su abultada barriga. El padre Malachi O Flynn con saya de encaje y casulla del revés, los dos pies izquierdos vueltos del revés hacia las puntas, celebra una misa de campaña. El Reverendo Mr. Hugh C. Haines Love Ldo. en Letras con una sotana sencillay birrete, la cabezay el cuello vueltos del revés, sostiene encima de la cabeza del celebrante un paraguas abierto.)

EL PADRE MALACHI O'FLYNN

Introibo ad altare diaboli.

EL REVERENDO MR. HAINES LOVE

Al diablo alegría de mi juventud.

EL PADRE MALACHI O'FLYNN

(toma del cáliz y eleva una hostia chorreando sangre) Corpus meum.

EL REVERENDO MR. HAINES LOVE

(alza bien alto por detrás la saya del celebrante, revelando sus velludas nalgas grises desnudas entre las que hay metida una zanahoria) Mi cuerpo.

LA VOZ DE TODOS LOS CONDENADOS

¡Anier Etnetopinmo Soid Roñes le seup, Ayulela!

(Desde las alturas la voz de Adonai clama)

ADONAI

¡Soooooiüüd!

LA VOZ DE TODOS LOS BIENAVENTURADOS

¡Aleluya, pues el Señor Dios Omnipotente reina!

(Desde las alturas la voz de Adonai clama)

ADONAI

¡Diüooooooos!

(En estridente disonancia campesmosy ciudadanos de lasfacciones de Orangey Verde cantan Dale una patada al Papa y Cada día, cada día, con flores a María.)

SOLDADO CARR

(espetando las palabras con ferocidad) ¡Me lo voy a cargar, que me muera yo ahora mismo si no! ¡Le voy a retorcer el gañote a ese cabrón puñetero hijodeputa.

(El perdiguero, olfateando en los alrededores de la muchedumbre, ladra ruidosamente)

BLOOM

(corre hacia Lynch) ¿No se lo puede llevar de aquí?

LYNCH

Ama la dialéctica, el lenguaje universal. ¡Kitty! *(a Bloom)* Lléveselo de aquí, hágalo usted. A mí no me escucha.

(Se lleva a Kitty a rastras.)

STEPHEN

(señala) Exit judas. Et laqueo se suspendí.

BLOOM

(corre hacia Stephen) Véngase conmigo ahora antes de que ocurra lo peor. Aquí está su bastón.

STEPHEN

Bastón, no. Razón. La fiesta de la razón pura.

LA VIEJA ABUELITA LEGAÑOSA

(alarga una daga hacia la mano de Stephen) Acaba con él, *acusbla.* A las 8:35 a.m. estará usted en el cielo e Irlanda será libre. *(reza)* ¡Oh buen Dios, llévatelo!

CISSY CAFFREY

(tirando del Soldado Carr) Vamos, estás ajumado. Me insultó pero le perdono. *(legrita al oído)* Le perdono por insultarme.

BLOOM

(por encima del hombro de Stephen) Sí, váyase. Ya ve que está incapaz.

SOLDADO CARR

(se suelta) Yo sí que le voy a insultar a él.

(Se precipita hacia Stephen, el puño extendido, y le pega en la cara. Stephen se tambalea, se derrumba, cae, aturdido. Queda en tierra, la cara vuelta hacia el cielo, el sombrero rodando hacia la pared. Bloom lo siguey lo coge)

EL COMANDANTE TWEEDY

(voz engrito) ¡Enfunden! ¡Alto el fuego! ¡Saluden!

EL PERDIGUERO

(ladrando furiosamente) Uden uden uden uden uden uden uden uden.

LA MUCHEDUMBRE

¡Deje que se levante! ¡No le pegue cuando está en el suelo! ¡Aire! ¿Quién? El soldado le pegó. Es un profesor. ¿Está lastima'o? ¡No lo maltrate! ¡Se ha desmayado!

UNA TARASCA

Y qué necesidad tenía el casacarroja de pegarle al caballero y estando como está cargado. ¡Que se vayan a luchar contra los bóers!

LA ALCAHUETA

¡Mira quién fue a hablar! ¿Es que no tiene derecho el soldado a estar con su chica? Él empujó primero.

(Se tiran de los pelos, se clavan las zarpas y se escupen.)

EL PERDIGUERO

(ladrando) Güero güero güero.

BLOOM

(apartándolas a empellones, a voz en grito) ¡Atrás, échense para detrás!

SOLDADO COMPTON

(dándole tirones a su camarada) Venga. Pierde el culo, Harry. ¡Aquí llegan los polizontes!

(Dos guardias con esclavinas-impermeables, amenazantes, de pie en el grupo)

GUARDIA PRIMERO

¿Qué pasa aquí?

SOLDADO COMPTON

Estábamos con esta señora. Y ése nos insultó. Y agredió a mi colega. *(el perdiguero ladra)* ¿De quién es ese jodido chucho?

CISSY CAFFREY

(expectante) ¡Está sangrando!

UN HOMBRE

(incorporándose del suelo) No. Ha perdido el sentido. Se recuperará sin problema.

BLOOM

(mira repentinamente alhombre) Déjenmelo a mí. Yo puedo fácilmente .....

GUARDIA SEGUNDO

¿Quién es usted? ¿Le conoce?

SOLDADO CARR

(da un bandazo hacia elguardia) Insultó a mi amiga la señora.

BLOOM

(con enfado) Usted le pegó sin provocación. Yo soy testigo. Agente, tómele el número de su regimiento.

GUARDIA SEGUNDO

No necesito instrucciones suyas para el cumplimiento de mi deber.

SOLDADO COMPTON

(tirando de su camarada) Venga, perdamos el culo, Harry. O Bennett te meterá de cabeza en el calabozo.

SOLDADO CARR

(dando traspiés al ser apartado a tirones) Que se joda el viejo Bennett. Es un manconazo de mierda. Me importa un carajo.

GUARDIA PRIMERO

(saca su bloc denotas)¿ Cómo se llama?

BLOOM

(mirando con atención por encima de la muchedumbre) Ahí veo un coche. Si me echa una mano un momento, sargento ....

GUARDIA PRIMERO

Nombre y dirección.

(Kellkher Copetón, con cintino de luto en el sombrero, una coronafuneraria en la mano, aparece entre los curiosos)

BLOOM

(con rapidez) ¡Vaya, justo el hombre! *(susurra)* El hijo de Simon Dedalus. Con dos copas de más. A ver si consigue que los policías aparten a estos zánganos.

GUARDIA SEGUNDO

Buenas, Mr. Kelleher.

KELLEHER COPETÓN

(alguardia, con mirada cansada) Está bien. Le conozco. Ha ganado algo en las carreras. Copa de oro. Tirado. *(se ríe)* Veinte a uno. ¿Me sigue?

GUARDIA PRIMERO

(se vuelve hacia la muchedumbre) Venga ¿qué hacen todos ahí mirando boquiabiertos? Vamos, circulen.

(La muchedumbre se dispersa lentamente, mascullando, callejón abajo.)

KELLEHER COPETÓN

Déjelo en mis manos, sargento. No pasa nada. *(se ríe, sacudiendo la cabeza)* Nosotros

éramos iguales a menudo, digo, o peores. ¿Qué? ¿Eh, qué?

GUARDIA PRIMERO

(ríe) Supongo que sí.

KELLEHER COPETÓN

(le toca con el codo alguardia segundo) Ande y bórrelo de la lista. *(con una cantinela, meneando la cabeza)* Con el agururú agururú agururú agururú. ¿Qué, eh, me sigue?

GUARDIA SEGUNDO

(con simpatía) Ah, seguro, nosotros lo éramos también.

KELLEHER COPETÓN

(guiñando el ojo) Los jóvenes son los jóvenes. Tengo un coche aquí al lado.

GUARDIA SEGUNDO

Muy bien, Mr. Kelleher. Buenas noches.

KELLEHER COPETÓN

Yo me ocupo de todo.

BLOOM

(le estrecha la mano a los guardias uno tras otro) Muchísimas gracias, caballeros. Gracias. *(murmulla confidencialmente)* No queremos escándalos, ya comprenden. El padre es un conocido ciudadano muy respetado. Corrérsela un poco, ya me entienden.

GUARDIA PRIMERO

Ah. Comprendo, señor.

GUARDIA SEGUNDO

Está bien, señor.

GUARDIA PRIMERO

Sólo en caso de lesiones corporales tendría que informar en la comisaría.

BLOOM

(asiente rápidamente) Naturalmente. Muy cierto. No es más que su obligación.

GUARDIA SEGUNDO

Es nuestra obligación.

KELLEHER COPETÓN

Buenas noches, chicos.

LOS GUARDIAS

(saludando juntos) Buenas, caballeros.

(Se van con pesado paso lento)

BLOOM

(resuella) Fue providencial que apareciera usted en escena. ¿Tiene un coche ...?

KELLEHER COPETÓN

(ríe, señalando con el pulgar por encima del hombro derecho al coche parado cerca del andamio) Dos representantes de comercio que convidaban a champán en casa Jammet. Como príncipes, se lo juro. Uno de ellos había perdido dos soberanos en las carreras. Ahogando su dolor. Y darse una vuelta por donde las chicas de alteme. Así que los monté en el coche de Behan y me los traje al barrio nocturno.

BLOOM

Yo iba precisamente para casa por Gardiner Street cuando dio la casualidad de que ...

KELLEHER COPETÓN

(ríe) Claro que querían que yo me fuera con ellos de fulanas. No, por Dios, digo yo. No es para los perros viejos como yo y como usted. *(ríe de nuevo y mira maliciosamente con ojo mortecino)* Gracias a Dios que lo tenemos en la casa ¿qué, eh, me sigue? ¡Ja, ja, ja!

BLOOM

(intenta reír) ¡Ji, ji, ji! El hecho es que iba a visitar a un viejo amigo mío por esta parte de

la ciudad, Virag, usted no le conoce (el pobre hombre, ha estado en cama toda la semana pasada) y hemos tomado una copa juntos y ya iba de recogida .....

(El caballo relincha.)

EL CABALLO

¡Jijijijijiji! ¡Jijicojida!

KELLEHER COPETÓN

Claro que fue Behan nuestro calesero ahí el que me dijo después de que dejáramos a los dos representantes en casa de Mrs. Cohen y yo le dije que parara y bajé a ver. *(ríe)* Conductores sobrios de coches fúnebres una especialidad. ¿Le llevamos en el coche a casa? ¿Por dónde se aloja? En algún sitio de Cabra ¿qué?

BLOOM

No, en Sandycove, creo, por lo que se dejó caer.

(Stephen, echado en tierra, respira hacia las estrellas. Kelleher Copetón, de reojo, le habla con voz cansina al caballo. Bloom, melancólico, proyecta su silueta en el suelo.)

KELLEHER COPETÓN

(se rasca la nuca) ¡Sandycove! *(se inclina y llama a Stephen)* ¡Eh! *(llama de nuevo)* ¡Eh! Está lleno de virutas en cualquier caso. Tenga cuidado no le hayan birlado algo.

BLOOM

No, no, no. Tengo su dinero y el sombrero aquí y el bastón.

KELLEHER COPETÓN

Ah, bueno, se le pasará. No hay huesos rotos. Bueno, me largo. *(se ríe)* Tengo una cita por la mañana. Enterrar a los muertos. ¡Que le vaya bien!

EL CABALLO

(relincha) Jijijijibien.

BLOOM

Buenas noches. Voy a esperar un poco y me lo llevo en unos ...

(Kelleher Copetón regresa al charretey monta. Los arreos del caballo tintinean)

KELLEHER COPETÓN

(desde el coche, de pie) Buenas.

BLOOM

Buenas.

(El calesero da un tirón de las riendasy alza el látigo con ánimo. Coche y caballo retroceden lentamente, con dificultad, y se vuelven. Kelleher Copetón en el asiento lateral balancea la cabeza adelantey atrás en señal de regocijo por el aprieto de Bloom. El calesero se une a el en el mudo divertimiento pantomímico asintiendo desde el asiento más leyáno. Bloom sacude la cabeza en muda respuesta regoc~ada. Con el pulgar y la palma de la mano Kelleher Copetón le vuelve a asegurar que los dos polis dejarán que el sueño continúe pues qué otra cosa se puede hacer. Con un asentimiento lento Bloom le transmite su gratitud pues eso es exactamente lo que Stephen necesita. El coche tintinea agururú al volver la esquina del agururú callejón. Kelleber Copetón de nuevo le reasegurará con la mano. Bloom con la mano asegurará a Kelleher Copetón que está reaseguradogurarururururú. Los cascos tableteantesy los arreos tintineantes se hacen más débiles con su agurulú lulú lÚN. Bloom, sosteniendo en la mano el sombrero de Stephen, festoneado con virutas, y la vara de fresno, permanece de pie irresoluto. Luego se inclina hacia ely le sacude por el hombro.)

BLOOM

¡Eh! ¡Jo! (No *hay respuesta. Se inclina de nuevo.)* ¡Mr. Dedalus! *(no hay respuesta)* El nombre si lo llamas. Sonámbulo. *(se inclina de nuevo y, vacilando, acerca la boca a la cara de la figura postrada)* ¡Stephen! (No *hay respuesta. Llama de nuevo.)* ¡Stephen!

STEPHEN

(frunce el ceño) ¿Quién? Pantera negra. Vampiro. *(suspira y se estira, luego murmura en voz confusa alargando las vocales)*

¿Quién ... conduce ... Fergus ahora

y horada ... sombra tejida de la espesura..?

(Se vuelve hacia el lado izquierdo, suspirando, doblándose totalmente.)

BLOOM

Poesía. Muy culto. Lástima. *(se inclina de nuevo y le desabrocha a Stephen los botones del chaleco)* Para respirar. *(cepilla las virutas de madera de las ropas a Stephen con manosy dedos ligeros)* Una libra con siete. No se ha lastimado a pesar de todo. *(escucha)* ¿Qué?

STEPHEN

(murmura)

.... sombras ... la espesura

... blanco seno... mar ensombrecido.

(Estira los brazos, suspira de nuevo y se hace un ovillo. Bloom sosteniendo el sombreroy la vara defresno, permanece de pie. Un perro ladra en la distancia. Bloom aprietay afloja su apretadura de la vara defresno. Recorre con la mirada la carayfigura de Stephen)

BLOOM

(comulga con la noche) La cara me recuerda á su pobre madre. En la sombra de la espesura. El profundo blanco seno. Ferguson, creo que le cogí. Una chica. Cualquier chica. Lo mejor que podría pasarle. *(murmura) .....* juro que siempre confirmaré, por siempre ocultaré, nunca revelaré, parte o partes, arte o artes ..... *(murmura) .....* en las ásperas arenas del mar ... a una distancia de cable de remolque de la orilla .... donde la marea fluye .... y refluye .....

(Silencioso, pensativo, alerta permanece en guardia, los dedos en los labios en actitud de maestre secreto. Junto a la oscura pared una figura aparece lentamente, un niño hechizador de once años, cambiado por otro, raptado, en traje de Eton con zapatos de cristal y un casquito de bronce, sosteniendo un libro en la mano. Lee de derecha a izquierda inaudiblemente, sonriendo, besando la página.)

BLOOM

(hondamente impresionado, llama inaudiblemente) i Rudy!

RUDY

(mira fijamente, sin ver, a los ojos de Bloom y sigue leyendo, besando, sonriendo. Tiene la cara delicada color malva. En el traje lleva botones de diamantesy rubíes. En la mano izquierda Ebre sostiene una fina varita de marfil con un lazo violeta. Un corderito blanco asoma por el bolsillo del chaleco)

16

PREPARATORIO a cualquier otra cosa Mr. Bloom le quitó la mayoría de las virutas de encima y le pasó a Stephen el sombrero y la vara de fresno y le animó en términos generales en el modo ortodoxo samaritano, algo que necesitaba con toda urgencia. La mente (la de Stephen) no estaba exactamente lo que se diría distraída sino una pizca insegura y ante su deseo expreso de tomar algún bebistrajo a Mr. Bloom a la vista de la hora que era y no habiendo ningún surtidor público de agua del Vartry disponible para sus abluciones, y mucho menos para beber, se le ocurrió sugerir, sin más, lo apropiado que sería el albergue del cochero, como era conocido, apenas a dos pasos del puente Butt donde pudieran conseguir algo de beber en forma de combinado de leche con soda o de agua mineral. Pero cómo llegar allí era el quid. Por lo pronto estaba más bien perplejo pero en vista de que su obligación claramente le conminaba a tomar medidas sobre el asunto estuvo ponderando las formas y medios adecuados y en el entretanto Stephen repetidamente bostezaba. Hasta donde podía ver tenía la cara más bien pálida por lo que se le ocurrió como lo más recomendable conseguir algún tipo de transporte que les diera una solución a su estado actual, ya que estaban ambos hechos polvo, particularmente Stephen, suponiendo siempre que tal cosa pudiera encontrarse. Consiguientemente tras unos cuantos preliminares tales como el cepillado, a pesar de haberse olvidado de recoger el pañuelo más bien jabonoso tras haber prestado grandes servicios en la tarea de las cepilladuras, se dirigieron juntos a lo largo de la calle Beaver, o, para ser exactos, del callejón hasta donde el herrador y la claramente fétida atmósfera de las caballerizas en la esquina de Montgomery Street donde prosiguieron su camino por la izquierda yendo a desembocar desde allí a Amiens Street junto a la esquina del comercio de Dan Bergin. Pero como con toda seguridad había pronosticado no había a la vista ni rastro de automedonte que se ofreciera en alquiler excepto un cuatro-ruedas, probablemente ocupado por algunos tipos de jarana, delante del hotel North Star y que no hizo la más mínima señal de que fuera a moverse ni un milímetro cuando Mr. Bloom, que era de todo menos silbador de oficio, procuró llamarlo emitiendo una especie de silbido, arqueando los brazos por encima de la cabeza, dos veces.

Se trataba de una situación apurada pero, echando mano del sentido común, evidentemente no había otra cosa que hacer sino poner al mal tiempo buena cara e irse a pata lo que consiguientemente hicieron. Así que, tirando por la esquina del comercio de Mullett y de Casa Signal, adonde llegaron en seguida, siguieron necesariamente en dirección a la terminal de ferrocarril de Amiens Street, hallándose Mr. Bloom en desventaja por la circunstancia de que uno de los botones de atrás de su pantalón había, para variar el tradicional adagio, liado el petate, aunque, metiéndose de lleno en el meollo de la cosa, no le dio mayor importancia a la desgracia. Así que como ninguno de los dos tenía especialmente prisa, como era el caso, y refrescado que hubo la temperatura desde que aclarara tras la reciente visita de Júpiter Pluvio, talonearon de frente por donde el vehículo vacío que esperaba sin pasaje ni calesero. Sucedió que un vagón de obras de la United Company de Tranvías de Dublín iba de recogida y el hombre mayor refirió a su compañero à propos del incidente su propia escapada verdaderamente milagrosa de hacía un rato. Dejaron atrás la entrada principal de la estación de ferrocarril Great Northern, el punto de partida para Belfast, donde evidentemente todo el tráfico se había interrumpido a tan altas horas, y dejando atrás la puerta trasera de la morgue (un paraje no muy agradable, por no decir horripilante sobremanera, muy especialmente de noche), alcanzaron por último la Dock Tavem y a su debido tiempo doblaron hacia Store Street, famosa por la comisaría de policía de la división C. Entre este punto y los altos almacenes ahora apagados de Beresford Place Stephen pensó en pensar sobre Ibsen, que asociaba con Baird el marmolista en su mente de alguna manera en Talbot Place, la primera bocacalle a la derecha, mientras que el otro que procedía como su fidus Achates inhalaba con satisfacción interna el tufillo de la panadería urbana de James Rourke, situada muy cerca de donde estaban, el olor verdaderamente sabroso del pan nuestro de cada día, de todos los productos de consumo público el primordial y más indispensable. Pan, sostén de la vida, gánate el pan, oh decidme dónde está del pan la fantasía, en Rourke el panadero

decían.

En route a su taciturno y, por no decirlo demasiado tajantemente, no aún perfectamente sobrio compañero Mr. Bloom que a todas luces estaba en plena posesión de sus facultades, nunca mejor dicho, de hecho asquerosamente sobrio, le dirigió unas palabras de advertencia ref los peligros de los barrios nocturnos, las mujeres de mala fama y los carteristas de guante blanco, lo cual, a duras penas permisible de vez en cuando aunque no como práctica habitual, era en sí mismo una verdadera trampa mortal para jóvenes de su edad concretamente si habían adquirido hábitos de beber bajo la influencia del alcohol a menos que supieras un poco de jiujitsu para cualquier contingencia ya que incluso alguien en tierra desplomado sobre sus anchas espaldas podía administrar una buena patada traicionera si uno no se andaba listo. Altamente providencial había sido la aparición en escena de Kelleher Copetón cuando Stephen estaba en inconsciente dicha pues de no ser porque aquel héroe que se presentó a las once horas el *finis* podía haber sido que éste podía haber sido candidato a la sala de accidentados o, en su defecto, la trena y a una comparecencia ante los tribunales al día siguiente ante Mr. Tobias o, de ser él el procurador más bien, el viejo Wall, quería decir, o Mahony que era sencillamente la ruina de cualquiera cuando se corriera la voz. La razón por la que mencionaba este hecho era que muchos de aquellos policías, a quienes cordialmente aborrecía, no eran lo que se dice muy escrupulosos en el servicio de la Corona y, como muy bien dijo Mr. Bloom, recordando un caso o dos en la División A de Clanbrassil Street, capaces de jurar que lo blanco era negro. Nunca a mano cuando se les necesitaba sino en las zonas más tranquilas de la ciudad, Pembroke Road por ejemplo, los guardianes de la ley estaban a la vista de todos, por la sencilla razón de que les pagaban para proteger a las clases altas. Otra cosa que criticó fue el que equiparan a los soldados con armas de fuego o bayonetas de cualquier tipo que podían dispararse en cualquier momento lo que equivalía a incitarlos contra la población civil si por casualidad surgía una riña. Era malgastar el tiempo, mantenía él con toda sensatez, y la salud así como la reputación además de lo cual, la derrochemanía que ello suponía, mujeres fáciles del *demimonde* se llevaban un montón de pamé por si no era bastante y el mayor peligro de todos era con quién te emborrachabas aunque, tocante a la muy controvertida cuestión de los estimulantes, a él le gustaba saborear un buen vaso de vino añejo a su debido tiempo como nutritivo y reconstituyente y poseedor de virtudes laxativas (de modo destacado un buen borgoña del que era partidario incondicional) aun así nunca más allá de un cierto límite en donde invariablemente él ponía el tope ya que esto sencillamente acarreaba problemas de todo tipo por no mencionar que te ponía a merced de los demás prácticamente. Sobre todo criticó desfavorablemente la deserción de Stephen por parte de todos salvo de uno de sus *confréres* tabemarios, una descarada faena de lo más traicionera por parte de sus hermanos matasanos se mire por donde se mire.

—Y ése fue judas, dijo Stephen, que hasta entonces no había dicho ni media palabra.

Discutiendo estos y otros temas afines fueron derechos por detrás de la Aduana y pasaron debajo del puente de la línea de circunvalación donde un brasero de coque encendido delante de una garita, o de algo parecido, atrajo sus más bien fiaqueantes pasos. Stephen motu propio se paró sin ninguna razón en particular a mirar el montón de adoquines de desecho y a la luz que emanaba del brasero pudo casi distinguir la figura oscurecida del guarda la corporación municipal en las sombras de la garita. Empezó a recordar que esto había sucedido o se había mencionado que había sucedido antes pero le costó no poco esfuerzo recordar que reconocía al centinela como arrugo *quondam* de su padre, Gumley. Para evitar un encuentro se acercó más a los pilares del puente del ferrocarril. —Alguien le ha saludado, dijo Mr. Bloom.

Una figura de estatura mediana de patrulla evidentemente bajo los arcos saludó de nuevo, llamando:

—¡Buenas!

Stephen claro está se sobresaltó algo atolondrado y se paró a devolver el saludo. Movido Mr. Bloom por motivos de delicadeza innata en la medida en que siempre había creído en no meterse donde nadie lo llamara se apartó pero no sin permanecer al *qui vive* con sólo un pelín de ansiedad aunque sin el más mínimo canguelo. Aunque inusual en la zona de Dublín sabía que no era en absoluto inconcebible que gente desesperada sin apenas nada que llevarse a la boca estuviera en la calle asaltando y generalmente aterrorizando a los pacíficos viandantes apuntándoles con una pistola a la cabeza en algún lugar apartado fuera de lo que es el centro de la ciudad, holgazanes hambrientos de la calaña de los de la orilla del Támesis pudiera ser que anduvieran rondando por allí o sencillamente merodeadores listos para pirarse con cualquier despojo que pudieran echarle el guante en

un momento, la bolsa o la vida, dejándote allí tirado para escarmiento, amordazado y maniatado.

Stephen, o sea cuando la figura que le abordaba se puso a tiro, aunque él mismo no estaba en estado sobrio en demasía reconoció el aliento de Corley fuertemente impregnado de pura malta fermentada. Lord John Corley lo llamaban algunos y su genealogía fue de esta guisa. Era el hijo mayor del Inspector Corley de la Secreta, recientemente fallecido, que había casado con una tal Kathenne Brophy, hija de un granjero de Louth. Su abuelo Patrick Michael Corley de New Ross había casado con la viuda de un tabernero de por allí cuyo nombre de soltera había sido Katherme (también) Talbot. Según se rumoreaba (aunque no estaba probado) ella descendía de la casa de Lord Talbot de Malahide en cuya mansión, en realidad una residencia indudablemente distinguida dentro de su categoría y bien merecedora de una visita, su madre o su tía o algún familiar, mujer, según decían, de extrema belleza, había tenido el honor de pertenecer al servicio de la pila de lavar. Ésta por tanto era la razón por la que el en comparación aún joven aunque disoluto hombre que ahora se dirigía'a Stephen era aludido por algunos con proclividades chistosas como Lord John Corley.

Cogiendo a Stephen aparte hubo de contarle la triste cantinela acostumbrada. No tenía ni un ochavo para pagarse la noche en una pensión. Sus amigos todos le habían abandonado. Más aún había tenido una pelea con Lenehan y lo llamó delante de Stephen jodido rácano ventanero junto con una rociada de otras expresiones que nadie le había pedido. No tenía trabajo e imploró a Stephen que le dijera dónde en este puñetero mundo de Dios podía conseguir algo, cualquier cosa, que pudiera hacer. No, fue la hija de la madre la de la pila de lavar la que era hermana de leche del heredero de la casa o bien estaban emparentados por la madre de alguna manera, habiendo sucedido ambos acontecimientos al mismo tiempo si es que no era toda la historia pura ficción de principio a fin. De todas formas, él estaba agotado.

—No se lo pediría sólo que, prosiguió, le juro y bien lo sabe Dios que estoy sin blanca.

—Habrá un puesto mañana o al día siguiente, le dijo Stephen, en un colegio de niños de Dalkey para un auxiliar de maestro. Mr. Garrett Deasy. Pruebe a ver. Diga que va de mi parte.

—Por Dios, replicó Corley, seguro que yo no sería capaz de enseñar en una escuela, hombre. Nunca he sido de los listos, añadió haciendo por reír. Tuve que repetir dos veces en la primaria con los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

—Yo tampoco tengo dónde dormir, le informó Stephen.

Corley así de sopetón estuvo dispuesto a sospechar que tenía algo que ver con que hubieran puesto de patas en la calle a Stephen de su cubil por meter a una jodida pendona de la calle. Había una pensión de mala muerte en Marlborough Street, de Mrs. Maloney, pero no era más que un sitio de a perra gorda y lleno de indeseables pero M'Conachie le había dicho que se conseguía algo bastante decente en la Brazen Head allí en Winetavem Street (lo que era lejanamente evocador para la persona interpelada del fraile Bacon) por un chelín. Estaba muerto de hambre también pero no había dicho ni una sola palabra al respecto.

Aunque este tipo de cosas ocurría una noche sí y otra no o algo parecido aun así Stephen se dejó llevar por sus sentimientos en cierto sentido aunque sabía que la recientísima sarta de miserias de Corley, al igual que las otras, apenas si merecía la menor credibilidad. Sin embargo haud ignarus malorum miseris succurrere disco *etcetera* como hace notar el poeta latino, sobre todo que como se diera la fatal casualidad de que le habían pagado los emolumentos como cada mediados de mes el dieciséis que era el día de la fecha por cierto aunque una buena tajada de la pasta estaba quemada. Pero lo gracioso del caso era que no había quien le quitara de la cabeza a Corley que el otro nadaba en la abundancia y que no tenía otra cosa que hacer que repartir la talega. Visto lo cual. Metió la mano en un bolsillo de todas formas no con la idea de encontrar nada de comida sino pensando que podría prestarle algo hasta un chelín o así en su defecto para que se las pudiera procurar de una forma u otra y conseguir suficiente para comer pero el resultado fue negativo pues, para su gran disgusto, se encontró con que le faltaba el dinero. Unas cuantas galletas desechas fueron todo lo que resultó de sus pesquisas. Intentó con todo el empeño recordar de inmediato si lo había perdido como muy bien pudiera haber sido o se lo había dejado porque en esa contingencia no era un agradable panorama, muy al contrario en realidad. Estaba de todas todas muy fatigado como para iniciar una búsqueda exhaustiva aunque intentó recordar. Sobre las galletas se acordaba vagamente. Quién pues exactamente se las

pudo haber dado se preguntaba o dónde fue o las había comprado. Sin embargo en otro bolsillo se encontró con lo que se figuró en la oscuridad que eran peniques, erróneamente sin embargo, como se comprobó.

—Esas son medias-coronas, hombre, le corrigió Corley. Y así de hecho resultaron ser. Stephen de todas formas le prestó una de ellas.

—Gracias, contestó Corley, es usted todo un caballero. Se lo devolveré algún día. ¿Quién es ése que va con usted? Lo he visto unas cuantas veces en el Bleeding Horse en Candem Street con Boylan, el cartelero. Podría hablar por un servidor para que me cojan allí. Podría llevar un anuncio sólo que la chica de la oficina me dijo que están a tope durante las tres próximas semanas, hombre. Dios, hay que registrarse de antemano, hombre, cualquiera diría que era para la compañía de Carl Rosa. Me importa un carajo de cualquier manera siempre que consiga un empleo, aunque sea de barrendero.

Subsiguientemente no estando tan deprimido después de los dos chelines con seis que había conseguido informó a Stephen acerca de un sujeto llamado Comisky Bombachos que decía que Stephen conocía bien de Fullam, el proveedor de buques, el contable de allí que solía andar a menudo por donde la trastienda de Nagle con O'Mara y un pequeñajo con un tartamudeo de nombre Tighe. De todas formas le echaron el guante anteanoche y multado con diez chelines por borracho y alteración del orden y resistencia a la autondad.

Mr. Bloom mientras tanto remoloneaba de acá para allá en las proximidades de los adoquines cerca del brasero de coque delante de la garita del guarda de la corporación el cual evidentemente un loco del trabajo, le chocó, estaba echando una cabezadita prácticamente como quien dice a su cuenta y riesgo mientras Dublín dormía. Le echaba un vistazo al mismo tiempo de vez en cuando al interlocutor de Stephen todo menos inmaculadamente ataviado como si hubiera visto a aquel noble en algún sitio aunque dónde no estaba en disposición de atestiguar verazmente ni tenía la más remota idea de cuándo. Siendo un individuo sopesado que le daba mil vueltas a no pocos en cuanto a observación sagaz reparó también en su muy desvencijado sombrero y ajado atuendo que atestiguaban su impecunia crónica. Palpablemente era uno de esos gorrones si vamos a eso para los que era meramente cuestión de estar al acecho del vecino por todas partes, por cada granuja, por así decirlo, hay otros mil que le dan la vuelta y si vamos a eso si ocurriera que el hombre de a pie estuviera en el banquillo él mismo trabajos forzados con o sin opción de multa sería una muy rara avis de todas todas. De cualquier forma tenía más cara que espalda interceptando a la gente a aquellas horas de la noche o de la mañana. Aquello era pasarse ciertamente.

La pareja se despidió y Stephen se reunió con Mr. Bloom que, con su experto ojo, no dejó de percibir que había sucumbido a la blandilocuencia del otro parásito. Aludiendo al encuentro dijo, riendo, Stephen, se quiere decir:

—Está de mala suerte. Me pidió que le pidiera a usted que le pidiera a alguien llamado Boylan, un cartelero, que le diera un empleo de hombre-anuncio.

Al oír tal información, sobre la que aparentemente mostró poco interés, Mr. Bloom fijó la mirada abstraídamente por espacio de como medio segundo o así en dirección a una cuchara de draga, que disfrutaba del afamado nombre de Eblana, atracada en el muelle de la Aduana y muy posiblemente más allá de todo arreglo, tras lo cual observó evasivamente:

—A cada cual le toca su ración de suerte, dicen. Ahora que lo menciona, su cara me era familiar. Pero, dejando eso de lado por el momento, ¿cuánto soltó, indagó, si no soy demasiado inquisitivo?

—Media corona, respondió Stephen. Me parece que lo necesita para dormir en algún sitio.

—¡Necesita! profirió Mr. Bloom, no pretendiendo la más mínima sorpresa ante esta información, puedo muy bien dar crédito a esa afirmación y garantizo que invariablemente es así. Cada cual conforme a sus necesidades o cada cual conforme a sus acciones. Pero, hablando de cosas en general, ¿dónde, añadió con una sonrisa, dormirá usted? Ir andando hasta Sandycove ni pensarlo. E incluso suponiendo que lo hiciera, no lograría entrar después de lo ocurrido en la estación de Westland Row. Sencillamente llegar molido hasta allí para nada. No pretendo inmiscuirme para nada en sus asuntos pero ¿por qué dejó la casa de su padre?

—En busca de desdichas, fue la contestación de Stephen.

—Vi a su respetable padre en un encuentro reciente, contestó a su vez diplomáticamente Mr. Bloom, hoy de hecho, o para ser estrictamente exacto, ayer. ¿Dónde vive en la

actualidad? Deduje en el transcurso de la conversación que se había mudado.

—Creo que está en Dublín en alguna parte, contestó Stephen despreocupadamente. ¿Por qué?

—Un hombre con cualidades, dilo Mr. Bloom de Mr. Dedalus padre, en más de un sentido y un raconteur nato si alguna vez hubo uno. Está muy orgulloso, y muy legítimamente, de usted. Podría volver quizá, aventuró, aún pensando en la escena tan desagradable de la terminal de Wesdand Row cuando se puso en evidencia que los otros dos, Mulligan, quiero decir, y aquel turista inglés amigo suyo, que al fin y al cabo le metieron un embolado a su tercer compañero, estaban intentando a las claras como si la bulliciosa estación en pleno les perteneciese darle a Stephen esquinazo en el barullo, cosa que hicieron.

No hubo respuesta inmediata a la sugerencia sin embargo, tal como fue, estando la imaginación de Stephen demasiado ocupada en figurarse el hogar familiar la última vez que lo vio con su hermana Dilly sentada junto a la lumbre, el pelo suelto, a la espera de que un cacao de Trinidad de inferior calidad que se hallaba en el hervidor costroso de hollín se hiciera para que ella y él se lo pudieran beber con la harina de 1 avena con agua en vez de leche después de los arenques del viernes que habían comido a un penique el par con un huevo por cabeza para Maggy, Boody y Katey, el gato mientras tanto debajo de la tabla de la plancha devorando un revoltijo de cáscaras de huevo y cabezas y espinas de pescado chamuscado sobre un cuadrado de papel de estraza, de acuerdo con el tercer precepto de la iglesia de ayuno y abstinencia en los días de precepto, siendo entonces témporas o si no, días de abstinencia o algo así.

—No, repitió Mr. Bloom de nuevo, yo personalmente no confiaría demasiado en ese compañero divertido que colabora con el elemento humorístico, el Dr. Mulligan, como guía, filósofo y amigo si estuviera en su lugar. Él sabe muy bien lo que le conviene aunque con toda probabilidad nunca se enteró de lo que supone encontrarse sin la mesa puesta. Claro que usted no advirtió lo que yo. Pero no me sorprendería lo más mínimo enterarme de que le hubieran puesto un pellizco de tabaco o algún narcótico en la bebida con algún objetivo ulterior.

Tenía entendido sin embargo por lo que había oído que el Dr. Mulligan era un hombre completo y versátil, bajo ningún concepto ceñido a la medicina sólo, que empezaba rápidamente a ser conocido en su rama y, de ser cierto lo que se rumoreaba, prometía gozar de una próspera clientela en el no muy lejano futuro como médico de clase consiguiendo considerables honorarios por sus servicios sumando a la tal categoría profesional el haber rescatado a aquel hombre de ahogarse seguro mediante la respiración artificial y lo que llaman primeros auxilios en Skernes to fue en Malahide? que fue, no podía por menos que admitir, una hazaña en extremo valerosa que no podía encomiar suficientemente, con lo que francamente estaba completamente perdido en cuanto a poder dilucidar qué demonios podía haber detrás de todo ello excepto que fuera por mera perversidad o celos, pura y simplemente.

—Excepto que todo se reduce simplemente a una cosa y él está lo que se dice chupándole las ideas, aventuró a soltar. La mirada cauta medio solícita medio curiosa aumentada por la simpatía que echó a la expresión de Stephen de rasgos por el momento morosos no es que arrojara luz alguna, ninguna en absoluto de hecho en lo que se refiere al problema de si se había dejado embaucar de mala manera a juzgar por dos o tres observaciones desanimadas que había dejado caer o por el contrario había visto de parte a parte todo el asunto y por un motivo u otro que sólo él conocía había dejado que las cosas siguieran. La indigencia agobiante solía tener ese efecto y fueron algo más que sospechas que, a pesar de poseer cualificadas aptitudes educacionales, tenía que hacer no pocos equilibrios para sobrevivir.

Adyacente al unnano público de hombres percibieron un carrito de helados alrededor del cual un grupo presumiblemente de italianos en altercado acalorado propinaban fluidas expresiones en su vivaracha lengua de manera particularmente animada, al haber algunas pequeñas diferencias entre los bandos.

Puttana madonna, che ci dia i quattrini! Ho ragione? Culo rotto!

Intendiamoci. Mezzo sovrano più ….

—Dice lui, però!

—Mezzo.

—Farabutto! Mortacci sui!

—Ma ascolta! Cinque la testa più …

Mr. Bloom y Stephen penetraron en el albergue del cochero, una construcción de madera sin pretensiones, donde, con anterioridad, rara si es que alguna vez había estado antes, el primero habiéndole previamente susurrado al segundo algunas indicaciones en lo tocante al dueño de aquello que se decía que era el otrora famoso Pellejocabra, Fitzhams, el invencible, aunque no podía confirmar los hechos concretos en los que posiblemente no hubiera ni el más mínimo vestigio de verdad. Unos momentos más tarde nuestros dos noctámbulos se encontraban sentados en puerto seguro en un discreto rincón habiendo sido sólo saludados por las miradas de la decididamente miscelánea colección de desamparados y ventureros y otros indescriptibles especímenes del género *homo* ya ocupados en comer y beber diversificados por la conversación para quienes ellos aparentemente representaban un objeto de marcada curiosidad.

—Y ahora en lo referente a una taza de café, se aventuró Mr. Bloom a sugerir plausiblemente para romper el hielo, se me ocurre que debería catar algo en forma de alimento sólido, digamos, un panecillo de algún tipo. Consiguientemente su primera acción fue encargar con característica *sangfroid* estos productos discretamente. La chusma de caleseros o estibadores o lo que fuera que fuesen tras un ligero examen apartó la vista, al parecer insatisfecha, de ellos aunque un individuo bebedor rojobarbado, parte de cuyo pelo estaba canoso, un marinero probablemente, aún siguió mirando fijamente durante un tiempo apreciable antes de transferir la absorta atención al suelo. Mr. Bloom, haciendo uso del derecho de libre expresión, teniendo él tan sólo ligeros conocimientos de la lengua de la disputa, aunque, con toda seguridad, afrontando un dilema respecto a voglio, advirtió a su protégé en un tono audible de voz á propos de la batalla campal en la calle que aún seguía en todo su apogeo:

—Una lengua bella. Quiero decir para cantar. ¿Por qué no escribe su poesía en esa lengua? *Bella Poetisa!* Es tan melodiosa y plena. *Belladonna.* Voglio.

Stephen, que estaba haciendo todo lo posible por bostezar si tenía la ocasión, ya que sufría de laxitud general, replicó:

—Para oído de elefante. Estaban regateando por dinero.

—¿De veras? preguntó Mr. Bloom. Claro, apuntilló pensativamente, al reflexionar para sí que había más lenguas para empezar que las que eran absolutamente necesarias, puede que sea sólo el hechizo sureño que la rodea.

El dueño del albergue en mitad de este tëte-à-tête puso una taza hasta los bordes ardiendo de una mezcla selecta etiquetada café sobre la mesa y una especie de bollo más bien antidiluviano, o eso parecía. Tras lo cual se batió en retirada a su mostrador, decidiendo Mr. Bloom echarle una buena mirada sin rodeos más tarde y que no pareciera que. Razón por la cual animó a Stephen con los ojos a que empezara mientras que él hacía los honores empujando subrepticiamente la taza de lo que temporalmente se suponía era café gradualmente más cerca de él.

—Los sonidos son imposturas, dijo Stephen luego de una pausa de un corto tiempo, como los nombres. Cicerón, Podmore. Napoleón, Mr. Goodbody. Jesús, Mr. Doyle. Los Shakespeares eran tan corrientes como los Murphies. ¿Qué hay en un nombre?

—Sí, con toda seguridad, coincidió Mr. Bloom indiferentemente. Claro. Mi nombre fue cambiado también, añadió, empujando el supuesto panecillo al otro lado de la mesa.

El marinero rojobarbado que no le quitaba ojo a los recién llegados abordó a Stephen, a quien había distinguido con su atención en especial, sin rodeos con la pregunta:

—¿Y cómo dijo que se llama usted?

Justo a tiempo Mr. Bloom le dio en la bota a su compañero pero Stephen, al parecer haciendo caso omiso de la cálida presión proveniente de un sector inesperado, contestó:

—Dedalus.

El marinero clavó en él pesadamente un par de soñolientos ojos con bolsas, algo abotargados del uso excesivo del trinquis, preferentemente de una buena Hollands con agua.

—¿Conoce a Simon Dedalus? preguntó finalmente.

—Algo, de oídas, dijo Stephen.

Mr. Bloom se quedó hecho un mar de dudas por un momento, viendo que los demás evidentemente ponían el oído también.

—Es irlandés, el marino resueltamente afirmó, mirando fijamente aún de la misma

manera y asintiendo. Irlandés por los cuatro costados.

—Demasiado irlandés, replicó Stephen.

En lo que a Mr. Bloom se refiere todo aquel asunto no tenía ni pies ni cabeza y estaba a punto de preguntarse sobre la posible conexión cuando el marinero espontáneamente se volvió hacia los demás ocupantes del albergue con la observación:

—Le'e visto hacer añicos dos huevos encima de dos botellas a cincuenta yardas disparando por encima del hombro. Al diestro tirador zurdo.

Aunque estaba ligeramente impedido con un tartamudeo ocasional y siendo como eran sus gestos torpes además aun así hizo lo que pudo por explicarse.

—Las botellas allí, digamos. Cincuenta yardas medidas. Los huevos en las botellas. Monta la escopeta sobre el hombro. Apunta.

Volvió el cuerpo media vuelta, cerró el ojo derecho del todo. Luego torció la cara un poco de lado y miró fulminantemente afuera a la noche con expresión poco atractiva en el rostro.

—¡Pun! gritó después una vez.

El auditorio en su totalidad esperó, anticipando una detonación adicional, ya que quedaba aún un segundo huevo.

—¡Pun! gritó dos veces.

El huevo número dos evidentemente derribado, asintió y guiñó el ojo, añadiendo sanguinariamente:

—*Buffalo Bill dispara a matar,*

nunca falla ni nunca ha de fallar.

Sobrevino un silencio hasta que Mr. Bloom por intentar agradar se sintió en la necesidad de preguntarle si fue en una competición de tiro como la de Bisley.

—¿Cómo ha dicho? dijo el marinero.

—¿Hace mucho tiempo? prosiguió Mr. Bloom sin titubear ni un segundo.

—Bueno, replicó el marinero, aflojándose en cierta medida bajo la influencia mágica de alguien hecho a su medida, podría ser cosa de unos diez años. Viajó por todo el mundo con el Royal Circus de Hengler. Le'e visto hacerlo en Estocolmo.

—Curiosa coincidencia, le confió Mr. Bloom a Stephen discretamente.

—Murphy me llamo, continuó el marinero. D. B. Murphy de Carrigaloe. ¿Saben dónde queda?

—El puerto de Queenstown, replicó Stephen.

—Eso es, dijo el marinero. Fort Candem y FortCarlisle. De allí vengo yo. Soy de allí. De allí vengo yo. Por allá anda mi mujercita. Me espera, lo sé. *Por Inglaterra, el hogary la belleza.* Mi legítima esposa que hace siete años que no la veo, navegando de un lugar para otro.

Mr. Bloom podía fácilmente figurarse su advenimiento a esa escena, el regreso al hogar del hombre de mar a su choza a la vera del camino tras hacerle el corte de mangas a la reina de los mares, una noche lluviosa sin luna. Cruzando el mundo tras el rastro de una esposa. Más de una historia había sobre ese particular, el tema de Alice Ben Bolt, Enoch Arden y Rip van Winkle y se acuerda alguien por aquí de Caoc O'Leary, una pieza favorita y diflcil de declamar dicho sea de paso del pobre John Casey y un fragmento de poesía perfecta a su manera. Nunca sobre la esposa fugada que vuelve, por muy devota que fuera del ausente. ¡La cara en la ventana! Juzguen cuán asombrado se quedaría cuando por fin llegara a la meta y cayera en la cuenta de la horrible verdad en lo tocante a su media naranja, destrozada por su cariño. No me esperabas pero he venido a quedarme y empezar de nuevo. Ahí sentada, mujer sin hombre, al amor de la lumbre de siempre. Me cree muerto, mecido en la cuna de las profundidades. Y ahí sentado el tío Chubb o Tomkin, según se trate, el tabernero del Crown and Anchor, en mangas de camisa, comiéndose un filete de lomo con cebolla. No queda silla para el padre. ¡Bruu! ¡El viento! A su flamante recién llegado lo tiene sobre las rodillas, hijo *postmortem.* ¡Galopín, galopante, mi alegre galope rompe el viento, galopín, galopante! Resígnate ante lo inevitable. Sonríe y aguanta. Quedo de ti con todo mi amor tu esposo roto el corazón D. B. Murphy.

El marinero, que apenas parecía residente de Dublín, se volvió hacia uno de los

caleseros con el ruego:

—¿No tendría por casualidad algo así como un mascadijo de tabaco de sobra?

El calesero interpelado daba la casualidad de que no tenía pero el dueño cogió un cuadradito de andullo de su chaqueta buena colgada de una punta y el objeto deseado fue pasado de mano en mano.

—Gracias, dijo el marinero.

Se depositó la mascada en el pico y, masticando y con algunos lentos tartamudeos, prosiguió:

—Arribamos esta mañana a las once. La goleta *Rosevean* de Bridgwater con ladrillos. Me embarqué para cruzar. Me liquidaron esta tarde. Aquí está mi licencia. ¿Ven? D. B. Murphy. M. C. Marinero de alta.

Para confirmar lo dicho consiguió sacar de un bolsillo interior y pasó a su vecino un documento doblado de pinta no muy limpia.

—Ha tenido que haber visto mucho mundo, observó el dueño, apoyándose en el mostrador.

—Bueno, contestó el marinero después de pensárselo, he circunnavegado un poco desde que me enrolé. Estuve en el Mar Rojo. Estuve en China y Norteamérica y Sudamérica. Fuimos perseguidos por piratas en una travesía. He visto icebergs a montones, de los temibles. Estuve en Estocolmo y en el Mar Negro, los Dardanelos con el Capitán Dalton, el mejor hijodeputa que jamás haya echado a pique un barco. He visto Rusia. *Gospodi pomilyou.* Así es como rezan los rusos.

—Ha visto sitios raros, no me diga lo contrario, intervino un calesero.

—Bueno, dijo el marinero, cambiándose el andullo parcialmente masticado. He visto cosas raras desde luego, aquí y allá. He visto a un cocodrilo morder la uña de un ancla lo mismo que yo masco esta mascada.

Se sacó de la boca la pulposa mascada y, colocándosela entre los dientes, mordió ferozmente.

—¡Kjaán! Así. Y he visto devoradores de carne humana en el Perú que comen los cadáveres y los hígados de caballo. Miren. Aquí están. Que un amigo mío me mandó.

Rebuscando sacó una tarjeta postal con vistas del bolsillo interior que parecia ser a su manera una especie de almacén y la empujó a lo largo de la mesa. La letra impresa en la misma consignaba: *Choza de Indios. Beni, Bolivia.*

Todos fijaron su atención en la escena mostrada, un grupo de mujeres salvajes con taparrabos a listas, agachadas, mirando con asombro, amamantando, con el ceño fruncido, durmiendo en medio de un hormiguero de niños (tenía que haber su buena veintena de ellos) delante de unas chozas primitivas de mimbre.

—Mascan coca sin parar, añadió el comunicativo cimarrón. Estómagos como ralladores de pan. Se cortan los pechos cuando no pueden tener más hijos. Ahí las tienen sentadas en pelotas comiéndose el hígado crudo de un caballo muerto.

La tarjeta postal se convirtió en el centro de atención para los señores simplones durante varios minutos si no más.

—¿Saben cómo ponerlos a raya? interrogó en general.

Al no ofrecer nadie una respuesta hizo un guiño, diciendo:

—Anteojos. Los deja de piedra. Anteojos.

Mr. Bloom, sin manifestar sorpresa, sin ostentación le dio la vuelta a la tarjeta para examinar la dirección y el matasellos parcialmente borrados. Decía lo siguiente: *Tarjeta Postal, Señor A. Boudin, Galería Becche, Santiago, Chile. No* había nada escrito evidentemente, como pudo muy bien apreciar.

Aunque no creyente implícito de la sensacional historia contada (ni de la transacción del tiro a los huevos dicho sea de paso a pesar de Guillermo Tell y del incidente del LazarilloDon César de Bazán descrito en *Maritana* en cuya ocasión la bala del primero pasó a través del sombrero del segundo) habiendo detectado cierta discrepancia entre su nombre (suponiendo que fuera él la persona que decía ser y que no navegaba bajo pabellón falso después de cambiar de rumbo a la chita callando en algún lugar) y el destinatario ficticio de la misiva lo que le hizo concebir algunas sospechas sobre la *bonafides* de nuestro amigo sin embargo le trajo a la memoria de alguna manera el plan durante largo

tiempo abrigado que tenía el propósito de realizar un día algún miércoles o sábado de viajar a Londres *vía* marítima no es que hubiera nunca viajado por muchos sitios con frecuencia pero era en el fondo un aventurero nato aunque por las tretas del destino había constantemente permanecido marinero de agua dulce excepto lo que se dice ir a Holyhead que había sido su viaje más largo. Martin Cunningham decía frecuentemente que le proporcionaría un pase a través de Egan pero algún puñetero obstáculo de una clase u otra surgía eternamente con el resultado evidente de que el proyecto se venía abajo. Pero aun suponiendo que terminara por soltar la talega y hubiera que jugárselas no era tan caro, siempre que el bolsillo lo permitiera, unas cuantas guineas como mucho considerando que el pasaje a Mullingar donde pensaba ir era cinco chelines con seis, ida y vuelta. El viaje le haría bien a causa del ozono tonificante y sería en todos los sentidos totalmente placentero, en especial para alguien a quien el hígado no le funcionaba bien, viendo los distintos lugares en el camino, Plymouth, Falmouth, Southampton y otros culminando en una instructiva gira de los monumentos de la gran metrópolis, el espectáculo de nuestra moderna Babilonia donde sin duda vería los más grandes progresos, la torre, la abadía, la riqueza de Park Lane con las que entablaría nueva familiaridad. Otra cosa que se le ocurrió como idea nada mala era que aprovecharía para ver la posibilidad de organizar una gira estival de conciertos musicales que incluyera los lugares de recreo más destacados, Margate con los baños mixtos y baños termales y balnearios de primera, Eastbourne, Scarborough, Margate y otros, la bella Bournemouth, las islas del estrecho y lugares pequeños y primores similares, que pudiera resultar altamente remunerativa. No, claro está, con una compañía clandestina de suplentes ni señoras pueblerinas aficionadas, la prueba el tipo Mrs. C. P. M'Coy présteme la maleta y le envío por correo la entrada. No, algo de calidad suprema, un reparto con sólo estrellas irlandesas, la gran compañía de ópera Tweedy-Flower con su propia consorte legítima como primera dama como una especie de réplica a las de Elster Grimes y MoodyManners, asunto perfectamente sencillo y tenía gran confianza en el éxito, darle un poco de coba en los periódicos locales podía conseguirse mediante algún tipo con agallas que tirara de los hilos precisos y así combinar los negocios con el placer. Pero ¿quién? Ahí estaba el escollo.

Además, sin ser totalmente categórico, se le ocurrió que un gran terreno quedaba aún por descubrir en cuanto a abrir nuevas rutas para llevar el ritmo de aquellos tiempos apropos del itinerario Fishguard-Rosslare que, según se discutía, estaba una vez más sobre el tapis en los departamentos de circunloquios con los acostumbrados trámites y pérdida de tiempo de los ineficaces incapaces e idiotas en general. Una gran oportunidad había efectivamente para que el estímulo y la iniciativa satisficieran las necesidades viajeras del público en general, el hombre medio, es decir Brown, Robinson y Cía.

Era un asunto lamentable y absurdo también a primera vista y no poca culpa de ello la tiene nuestra sociedad encomiada que el hombre de la calle, cuando el sistema necesitaba verdaderamente entonarse, por cuestión de un par de cochinas libras se veía excluido de ver un poco más del mundo en que vivía en vez de estar de por siempre enjaulado desde que mi chapado-a-la-antigua me tomara una esposa. Después de todo, ya está bien, habían tenido sus once y pico de meses de rutina y se habían ganado un cambio radical de venue tras las fatigas de la vida en la ciudad en verano para variar cuando la señora Naturaleza luce sus más espectaculares galas dando nuevas fuerzas para seguir viviendo. Había oportunidades igualmente excelentes para veraneantes en la propia isla patria, lugares selváticos llenos de deleite para el rejuvenecimiento, que ofrecían una plétora de atracciones así como un tónico fortaleciente para el organismo en Dublín y sus cercanías y en sus pintorescos alrededores también, Poulaphouca hasta donde había un tranvía a vapor, pero también más allá del mundanal ruido en Wicklow, con toda razón denominada el jardín de Irlanda, vecindario ideal para timoneles mayores hasta tanto no se venga a menos, y en las tierras salvajes de Donegal donde si era verdad lo que se comentaba el coup d vil era realmente impresionante aunque la localidad que se acaba de mencionar no era fácilmente accesible por lo que la ola de visitantes no era aún todo lo que se podría esperar considerando los señalados beneficios que podrían derivarse de ello mientras que Howth con sus relaciones históricas y demás, Sedoso Thomas, Grace O'Malley, Jorge IV, rododendros a varios cientos de pies por encima del nivel del mar era un paraje favorito para hombres de todo tipo y condición social especialmente en la primavera cuando la fantasía de los jóvenes, aunque tenía su propio número de muertes por caída por los acantilados intencionada o accidentalmente, normalmente, por cierto, por mala pata, estando tan sólo a unos tres cuartos de hora a pie desde la columna. Porque claro está el turismo moderno estaba aún meramente comenzando, como quien dice, y el alojamiento dejaba mucho que desear. Sería interesante desentrañar le parecía a él por motivos de curiosidad, pura y simplemente, si era el tráfico lo que creaba el itinerario o viceversa o las

dos cosas en realidad. Volvió a la otra cara de la tarjeta, la foto, y se la pasó a Stephen.

—Yo vi un chino una vez, refirió el farruco narrador, que tenía unas píldoras como de masilla y las metió en agua y se abrieron y cada píldora era algo distinto. Una era un barco, otra era una casa, la otra era una flor. Le echan ratas a la sopa, añadió apetitosamente, eso hacen los chinos.

Probablemente notando una expresión de duda en sus caras el trotamundos continuó, pegándose a sus aventuras.

—Y yo'e visto a un hombre muerto por un italiano en Trieste. El cuchillo en la espalda. Un cuchillo así.

Mientras hablaba sacó a la vista una navaja de aspecto peligroso muy en consonancia con su papel y la empuñó en posición de ataque.

—En una casa de putas fue a causa de una socaliña entre dos contrabandistas. Un fulano se escondió detrás de una puerta, le salió por detrás al otro. Así. Prepárate para ver a tu Dios, va y dice. ¡Zas! Le entró por la espalda hasta el puño.

Su intensa mirada indolente vagando en derredor desafiaba hasta cierto punto cualquier otra pregunta incluso si ellos por casualidad hubieran querido hacerla.

—Esto sí que es acero de verdad, repitió, examinando su tremendo stiletto.

Después de tan angustioso *dénouement* suficiente como para espantar al más fuerte cerró la hoja de un golpe y puso el arma en cuestión a buen recaudo como antes en su cámara de los horrores, también conocida como bolsillo.

—Se las amañan muy bien con armas blancas, alguien que evidentemente andaba totalmente despistado dijo para beneficio de todos. Ése es el motivo por el que pensaron que los asesinatos del parque de los invencibles los habían cometido extranjeros a causa de que ellos utilizan cuchillos.

Tras este comentario dictado obviamente en el espíritu de que *la ignorancia es felicidad* Mr. B. y Stephen ambos, cada cual a su particular manera, instintivamente intercambiaron significativas miradas, en un religioso silencio de la clase terminantemente *entre nous* sin embargo, hacia donde Pellejocabra, *alias* el dueño, sin mover un pelo, estaba sacando chorros de líquido de su cacharro de hervir. Su cara inescrutable que era realmente una obra de arte, un estudio perfecto en sí mismo, superando cualquier descripción, transmitía la impresión de que no entendía ni jota de lo que estaba sucediendo. ¡Gracioso, pero que muy gracioso!

A todo esto siguió una pausa más bien larga. Un hombre leía a trompicones un periódico de la tarde de café manchado, otro la tarjeta con los indígenas *choza de,* otro la licencia del marino. Mr. Bloom, por lo que a él personalmente se refería, estaba sólo meditando con aire pensativo. Recordaba vivamente cúando el acontecimiento aludido había acaecido tan bien como si fuera ayer, aproximadamente unos veinte años antes en los días de las agitaciones por la reforma agraria, cuándo aquello tomó al asalto al mundo civilizado, hablando en sentido figurado, a principios de los ochenta, el ochentaiuno para ser exactos, cuando él acababa de cumplir los quince.

—Claro, jefe, cortó el marinero. Devuélvame acá esos papeles.

Habiéndose cumplido el requerimiento los atrapó de un manotazo.

—¿Ha visto el peñón de Gibraltar? interrogó Mr. Bloom. El marinero hizo una mueca, mascando, de tal manera que podía interpretarse como sí, claro o no.

—Ah, hizo escala allí también, dijo Mr. Bloom, Punta Europa, pensando que sí, con la esperanza de que el corsario pudiera quizá por algunas reminiscencias pero no lo hizo, sencillamente arrojó un caño de saliva en el serrín, y agitó la cabeza con una especie de vago desdén.

—¿Qué año sería eso? inquirió Mr. B. ¿Recuerda los barcos?

Nuestro marinero *soi-disant* mascó trabajosamente un rato hambrientamente antes de contestar:

—Estoy harto de todos esos peñones en el mar, dijo, y de barcos y más barcos. Tasajo todo el tiempo.

Cansado al parecer, lo dejó. Su inquisidor al percibir que no era probable que consiguiera gran cosa de tan espabilado sujeto, cayó en divagaciones sobre las enormes dimensiones de las aguas alrededor del globo, baste decir que, como un vistazo casual al

mapa revelaba, cubrían completamente las tres cuartas partes del mismo y enteramente comprendió por consiguiente lo que significaba gobernar los mares. En más de una ocasión, una docena como mínimo, cerca del North Bull en Dollymount había reparado en un viejo hombre de mar jubilado, evidentemente derrelicto, sentado por costumbre cerca del no particularmente fragante mar en el muro, mirando distraídamente a éste y éste a él, soñando con bosques umbrosos y pastos nuevos como alguien en algún lugar canta. Y aquello le dejó preguntándose por qué. Posiblemente hubiera intentado descubrir el secreto por sí mismo, zamarreado de un lado a otro hasta las antípodas y todo eso y por encima y por debajo, bueno, no exactamente por debajo, tentando a los hados. Y las probabilidades eran veinte a nada de que no había realmente secreto alguno en todo ello. No obstante, sin entrar en la *minutiae* del asunto, el hecho elocuente era que el mar estaba allí en toda su gloria y en el curso natural de las cosas uno u otro tendría que navegar en él y hacer frente a la providencia aunque sólo fuera para mostrar cómo la gente siempre se las ingenia para lastrar esa clase de carga en el prójimo como la idea del infierno y la lotería y los seguros que se organizaban siguiendo idénticamente los mismos pasos con lo que por la misma razón si no por otra el domingo de las lanchas de salvamento era una muy laudable institución a la que el público en general, dondequiera que viviese tierra adentro o junto al mar, según el caso fuera, habiéndosele hecho parar mientes así en ello debiera extender su gratitud amén de a los capitanes de puerto y al servicio de guardacostas que tenían que dotar la jarcia y soltar amarras por entre los elementos cualquiera que fuera la estación del año cuando el deber llama *Irlanda espera que todo hombre* y demás y a veces lo pasaban fatal en invierno sin olvidar los barcos-faros irlandeses, el Kish y otros, que podían volcar en cualquier momento, bordeando el cual una vez él con su hija había conocido de primera mano lo que es la mar excepcionalmente picada, por no decir tormentosa.

—Hubo un tipo que navegó conmigo en el *Corsario, si*guió el viejo lobo de mar, él también un corsario, que desembarcó y buscó un trabajo fácil de ayuda de cámara a seis libras al mes. Éstos son sus pantalones los que llevo puestos y me dio un chubasquero y esta navaja. Para algo así me apunto yo, afeitar y cepillar. No me gusta dar tumbos por ahí. Ahí tienen a mi hijo ahora, Danny, que se ha escapado para hacerse a la mar y su madre consiguió que le cogieran en una rienda de tejidos de Cork donde podría estar ganando un buen dinero.

—¿Qué edad tiene? indagó un oyente que, por cierto, visto de perfil, tenía un parecido lejano con Henry Campbell, el secretario del ayuntamiento, lejos de las pesadas responsabilidades del cargo, sin lavar claro está y con desaliñado atuendo y con marcados indicios de mosto alrededor del apéndice nasal.

—Bueno, contestó el marinero con lentas palabras de extrañeza, ¿mi hijo, Danny? Debe de tener unos dieciocho ahora, por lo que calculo.

El padre de Skibbereen con esto se abrió de un tirón la camisa gris o sucia en cualquier caso camisa con las dos manos y empezó a rascarse el pecho en el que se podía ver una imagen tatuada con tinta china azul que pretendía representar un ancla.

—Había piojos en la litera aquella de Bndgwater, comentó, tan cierto como que estoy aquí. Tengo que darme un lavado mañana o pasado. Es a esos mozos negros a los que no trago. No puedo ver a esos maricones. Te chupan la sangre hasta dejarte seco, y tanto que te secan.

Viendo que todos le miraban el pecho se abrió complacientemente más la camisa a tirones para que encima del tradicional símbolo de la esperanza y descanso del hombre de mar tuvieran una buena visión del número 16 y del perfil de un joven de aspecto más bien aferruzado.

—Tatuaje, explicó el exhibidor. Eso me lo hicieron cuando estábamos encalmados frente a Odesa en el Mar Negro con el capitán Dalton. Un compañero, de nombre Antonio, lo hizo. Aquí lo tienen, un griego.

—¿Dolió mucho al hacerlo? preguntó uno al marinero. Aquel respetable señor, sin embargo, estaba atareadamente ocupado en recogerse los. De alguna manera en su. Estruando o.

—Miren aquí, dijo, mostrando a Antonio. Ahí está maldiciendo al primer oficial. Y aquí lo tienen ahora, añadió, el mismo compañero, estirándose la piel con los dedos, una habilidad especial evidentemente, y él sin parar de reírse del chisme.

Y de hecho la lívida cara del joven llamado Antonio sí que parecía realmente que tuviera una sonrisa forzada y el curioso efecto provocó la admiración sin reservas de todo el

mundo incluyendo a Pellejocabra, que esta vez se echó para delante para ver.

Ya, ya, suspiró el marinero, bajando la mirada a su pecho varonil. Él también se fue. Comido por tiburones después. Ya, ya.

Se soltó la piel con lo que el perfil tomó la expresión normal de antes.

—Un trabajo bien hecho, dijo el estibador número uno.

—¿Y para qué es el número? indagó el zángano número dos.

—¿Se lo comieron vivo? preguntó un tercero al marinero.

—Ya, ya, suspiró de nuevo el último personaje, más animadamente y esta vez con una especie de media sonrisa de breve duración sólo en dirección al que preguntaba por el número. Comido. Griego era.

Y luego añadió con humor más bien patibulario considerando su referido final:

—*Tan malo como el viejo Antonio,*

que me dejó solonio.

La cara de una fulana vidriosa y ojerosa bajo un sombrero de paja negro fisgó torcida por la puerta del albergue palpablemente reconociendo el terreno ella sola con el objeto de embolsarse unos granitos de arena más. Mr. Bloom, sin saber apenas a qué lado mirar, se dio la vuelta al instante aturrullado aunque exteriormente en calma, y, cogiendo de la mesa la hoja deportiva de la publicación de Abbey Street que el calesero, si es que lo era, había dejado a un lado, la cogió y miró el color rosa del papel aunque por qué rosa. La razón para actuar así fue que reconoció al instante cerca de la puerta la misma cara que había vislumbrado fugaz esa tarde en Ormond Quay, la mujer medio idiotizada, a saber la del callejón que conocía a la señora con la ropa marrón que siempre teníamos encima (Mrs. B.) y le solicitó la probabilidad de sacarle los trapos sucos. Además por qué trapos sucios que parecía más impreciso que otra cosa, los trapos sucios de usted. Aun así, la sinceridad le exigía admitir que él le había lavado la ropa interior sucia a su mujer en Holles Street y las mujeres harían y hacían de hecho lo mismo con similares prendas de hombre marcadas con iniciales en tinta de marcar de Bewley and Draper (las de ella, se quiere decir) si realmente le querían, o sea, los amigos de mi camisa sucia mis amigos son. Aun así precisamente en aquel momento, estando como estaba sobre ascuas, prefería huir de la cara a la cara de la mujer por lo que le resultó un verdadero alivio el que el dueño le hiciera una indicación grosera para que levantara el vuelo. Por la parte del *Evening Telegraph* había vislumbrado fugaz la cara de ella por la puerta con una especie de vidriosa sonrisa bobalicona de demente lo que ponía en evidencia que no estaba del todo en sus cabales, contemplando con evidente regocijo al grupo de mirones alrededor del pecho marino del patrón Murphy y después nada más de ella se supo.

—La pelleja, dijo el dueño.

—A mí no me cabe en la cabeza, dijo Mr. Bloom confidencialmente a Stephen, médicamente hablando, cómo una infortunada criatura como esa que acaba de salir del hospital del Lock rebosando de infecciones puede tener la jeta para andar de abordaje o cómo un hombre en su sano juicio, si aprecia su salud lo más mínimo. ¡Infeliz criatura! Claro que supongo que algún hombre es en última instancia el responsable de su situación. Aun así no importa cuál sea la causa de ….

Stephen no la había notado y se encogió de hombros, comentando meramente:

—En este país la gente vende mucho más de lo que ella nunca tuvo y hace su agosto. No temáis a los que venden su cuerpo pero no pueden comprar el alma. Ésa es mala traficante. Compra caro y vende barato.

El hombre mayor, aunque de ninguna manera el típico solterón ni un estrecho, dijo que era poco menos que un escándalo que clamaba al cielo al que había que poner fin *instanter* decir que mujeres de esa calaña (dejando aparte cualquier remilgo mojigato sobre el tema), un mal necesario, no tenían licencia ni pasaban la inspección médica de las autoridades competentes, algo de lo que, y que en verdad podía manifestar, él, como *paterfamilias,* era un acérrimo defensor desde muy al principio. Quienquiera que se embarcara en una política de esa clase, dijo, y ventilara el asunto a fondo dispensaría una bendición perpetua a todos los implicados.

—Usted como buen católico, observó, hablando de cuerpo y alma, cree en el alma. O quiere decir la inteligencia, el poder de la mente como tal, distinta de cualquier objeto exterior, la mesa, digamos, la taza. Yo mismo creo en eso porque hombres competentes lo han explicado como las convoluciones de la materia gris. De no ser así no tendríamos

nunca inventos tales como los rayos X, por ejemplo. i.Y usted?

Así acorralado, Stephen tuvo que hacer un esfuerzo de memoria sobrehumano para probar a concentrarse y recordar antes de que pudiera decir:

—Me dicen de acuerdo con autoridades fidedignas que es una sustancia simple y por tanto incorruptible. Podría ser inmortal, según entiendo, si no fuera por la posibilidad de su aniquilación por la Causa Primera Que, por lo que he oído, es muy capaz de añadir ésta a la lista de Sus otras bromas pesadas, estando lo mismo conruptio *per se* que corruptio *per acá* — dens excluidas por el protocolo de la corte.

Mr. Bloom aceptó del todo en su conjunto lo esencial de esto aunque la sutileza mística involucrada estaba un tanto fuera de su alcance sublunar aun así se sentía obligado a introducir una excepción perentoria a la palabra simple, replicando prontamente:

—¿Simple? No creo que ésa sea la palabra adecuada. Claro que, le admito, para estar de acuerdo en algo, que alguna vez uno se tropieza con un alma simple de higos a brevas. Pero a lo que quiero llegar de verdad es que una cosa es por ejemplo inventar esos rayos que inventó Röntgen o el telescopio como Edison, aunque creo que antes de su época fue Galileo el hombre, quiero decir, y lo mismo se puede aplicar a las leyes, por ejemplo, de un fenómeno natural de gran repercusión como es la electricidad pero es harina de otro costal decir que uno cree en la existencia de un Dios sobrenatural.

—Ah, eso, reconvino Stephen, ha sido ya demostrado convincentemente en varios de los más conocidos pasajes de las Sagradas Escrituras, aparte de las pruebas circunstanciales.

Sobre este punto intrincado sin embargo los puntos de vista de la parea, como del huevo a la castaña en educación así como en todo lo demás con la diferencia marcada de sus respectivas edades, chocaban.

—¿Lo ha sido? objetó el más experimentado de los dos, aferrándose a su postura original con una sonrisa de incredulidad. No estoy tan seguro de eso. Eso es cuestión de la opinión de cada cual y, sin traer a colación el lado sectario del asunto, permítame diferir de usted in *toto* ahí. Mi opinión es, para decirle la pura verdad, que esas partes eran auténticas falsificaciones todas ellas insertadas muy probablemente por los monjes o es otra vez la gran cuestión de nuestro poeta nacional, que precisamente los escribió como Hamlet y Bacon, tal como, usted que se conoce a Shakespeare infinitamente mejor que yo, claro está no hace falta que le cuente. ¿No se toma el café, hablando de todo un poco? Deje que lo remueva. Y coja un trozo de ese bollo. Es como uno de los ladrillos de nuestro patrón disfrazado. Aun así nadie puede dar lo que no tiene. Pruebe un trocito.

—No puedo, consiguió soltar Stephen, sus órganos mentales por el momento rehusando dictar más allá.

Llevar la contraria de siempre habiendo sido una fea costumbre Mi- Bloom pensó que era buena idea remover o intentarlo el azúcar espesado del fondo y reflexionó de manera bastante cercana a la acritud sobre el Coffee Palace y su labor antialcohólica (y lucrativa). Seguro que era un objetivo legítimo y más allá de opiniones a favor y en contra hacía una enormidad de bien, albergues como en el que estaban funcionando según el modelo abstemio para vagabundos nocturnos, para conciertos, acontecimientos teatrales y conferencias provechosas (entrada libre) de gente cualificada para los estamentos inferiores. Por otro lado tenía un marcado y penoso recuerdo de que le habían pagado a su mujer, Madam Manon Tweedy que había estado destacadamente relacionada con ello en tiempos, una muy modesta remuneración desde luego por tocar el piano. La idea, según creía él firmemente, era hacer el bien y cobrarse unos beneficios, ya que no podía hablarse de competencia. Veneno de sulfato de cobre $S0_4$o algo parecido en unos guisantes secos sobre lo que recordaba haber leído en una casa de comidas barata de algún sitio pero no recordaba cuándo fue ni dónde. De todas formas una inspección, inspección médica, de todos los comestibles le parecía a él más que nunca necesaria lo cual posiblemente justificara la moda del Vi-cacao del Dr. Tibble justificada en el análisis médico que implicaba.

—Pruébelo ahora, se permitió decir del café después de removido.

Así convencido para que en todo caso lo probara Stephen levantó el pesado tazón del charquito marrón en el que hizo plop al despegarse cuando fue levantada por el mango y tomó un sorbo del ofensivo bebistrajo.

—Aun así es alimento sólido, instó su buen genio, soy un entusiasta de la comida sólida, siendo su sola y única razón no glotonear lo más mínimo sino las comidas habituales como el *sine* qua *non* para cualquier tipo de trabajo de verdad, intelectual o manual. Debería

tomar más comida sólida. Se sentiría otro.

—Los líquidos los puedo tomar, dijo Stephen. Pero ay, hágame el favor de llevarse ese cuchillo. No le puedo mirar la punta. Me trae a la memoria la historia de Roma.

Mr. Bloom con prontitud actuó según lo indicado y retiró el artículo acriminado, un cuchillo romo normal de mango de cuerno sin nada particularmente romano o antiguo en él para el ojo del lego, observando que la punta era su punto menos llamativo.

—Las historias de nuestro común amigo son como él mismo, comentó Mr. Bloom apropos de los cuchillos a su *confidante sotto voce*. ¿Cree que son verdaderas? Podría seguir contando esas historias durante horas sin parar toda la noche y mentir con toda la cara del mundo. Mírelo.

Pero aun así aunque los párpados estaban cargados de sueño y aire de mar la vida estaba llena de un aluvión de cosas y coincidencias de una naturaleza terrible y estaba muy dentro de los límites de lo posible que no fuera una invención total aunque a primera vista no había una gran probabilidad inherente de que todas las patrañas que estaba soltando fueran estrictamente palabra de Dios.

Había estado mientras tanto haciendo inventario del individuo delante de él y sherlockholmidiéndolo desde que le puso los ojos encima. Aunque hombre bien conservado de no poca energía, si bien una pizca propenso a la calvicie, había algo falso en su aspecto personal que sugería salida carcelaria y no requería un gran esfuerzo de la imaginación asociar tal espécimen de aspecto extraño con la hermandad de la estopa y galeras. Podía incluso haber liquidado a su hombre suponiendo que hubiera contado su propio caso, tal como la gente hacía contando cosas de otros, a saber, que lo mató él mismo y había servido sus cuatro o cinco hermosos años en prisión por no decir nada del personaje Antonio (sin parentesco con el personaje dramático de idéntico nombre salido de la pluma de nuestro poeta nacional) que expió sus crímenes de la manera melodramática descrita arriba. Por otro lado podía estar sólo faroleando, una debilidad perdonable porque el encontrarse con unos barateros inequívocos, residentes en Dublín, como aquellos caleseros esperando noticias de fuera tentaría a cualquier viejo marinero que navegara los mares a hinchar el perro sobre la goleta *Hesperus* y etcétera. Al fin y al cabo las mentiras que alguien diga sobre sí mismo no tendrían probablemente ni punto de comparación con las trolas que otros tipos inventan de él.

—Cuidado, no estoy diciendo que sea todo pura invención, prosiguió. Escenas semejantes ocasionalmente, si no a menudo, se encuentra uno. Gigantes, aunque eso sea ir demasiado lejos por una vez se ven, Marcella la reina enana. En el museo de cera de Henry Street yo mismo he visto unos aztecas, como se les llama, sentados con las piernas cruzadas, no podían estirar las piernas ni aunque les pagaran porque los músculos de aquí, ve, prosiguió, señalando a su compañero el contorno breve de los tendones o como quieran llamarles detrás de la rodilla derecha, estaban completamente incapacitados por estar sentados de esa manera tanto tiempo anquilosados, siendo adorados como dioses. Ahí tiene otro ejemplo de almas simples.

Sin embargo volviendo al amigo Simbad y sus terroríficas aventuras (que le recordaba un poco a Ludwig, alias Ledwidge, cuando ocupaba las tablas del Gaiety cuando Michael Gunn se identificaba con la dirección en el *Buque Fantasma,* un éxito clamoroso, y la multitud de admiradores venía en tropel, todos en bandada sólo para escucharle aunque los barcos de la clase que fueran, fantasmas o lo contrario, en un escenario resultaban normalmente un poco sosos igual que los trenes) no había nada intrínsecamente incompatible en todo ello, reconoció. Por el contrario ese detalle de la puñalada por la espalda estaba muy de acuerdo con aquellos italianos, aunque francamente era sin embargo muy libre de admitir que aquellos heladeros y freidores de todo lo que fuera pescado por no mencionar variedades de patatas fritas y otras cosas allá en Litde Italy cerca del Coombe era gente sobria ahorrativa trabajadora excepto quizá un poco dada a la caza indiscriminada de inofensivos animales imprescindibles de la secta felina pertenencia de otros por la noche para tener una buena y suculenta comilona con el ajo de *rigueur* a costa de él o de ella al día siguiente a hurtadillas y, añadió, a bajo precio.

—Los españoles, pongamos por caso, continuó, temperamentos apasionados como los que más, impetuosos como el mismísimo diablo, son dados a tomarse la ley por su mano y te dan en menos que canta un gallo con esas facas puñales que llevan en el abdomen. Lo da el gran calor, el clima por lo general. Mi mujer es, como quien dice, española, medio quiero decir. De hecho podría en realidad pedir la nacionalidad española si quisiera, habiendo nacido (técnicamente) en España, es decir Gibraltar. Tiene el tipo español. Muy

oscura, la típica morena, negro. Yo por lo menos creo sinceramente que el clima es responsable del carácter. Por eso le pregunté si escribía sus poemas en italiano.

—Los temperamentos de la puerta, interrumpió Stephen, estaban muy apasionados con lo de los diez chelines. *Roberto ruba roba sua.*

—Muy de acuerdo, repitió Mr. Bloom.

—Luego, dijo Stephen mirando fijamente y divagando para sí o con algún oyente imaginario en algún lugar, tenemos la impetuosidad de Dante y el triángulo isósceles Miss Portinan de quien se enamoró y Leonardo y san Tommaso Mastino.

—Se lleva en la sangre, convino Mr. Bloom de inmediato. Todos están lavados con la sangre del sol. Coincidencia que acabo de estar en el museo de Kildare Street hoy, un rato antes de nuestro encuentro si lo puedo llamar así, y estuve mirando esas estatuas antiguas de allí. Las espléndidas proporciones de caderas, de pecho. No se topa uno con esa clase de mujeres aquí. Alguna excepción aquí y allá. Guapas sí, las encuentras bonitas en cierto modo pero de lo que estoy hablando es de la figura femenina. Además tienen tan poco gusto en el vestir, la mayoría de ellas, algo que acrecienta enormemente la belleza natural de la mujer, no importa lo que uno diga. Las medias arrugadas, puede que sea, y posiblemente lo es, una de mis manías, pero aun así es algo que simplemente me molesta ver.

El interés, sin embargo, comenzaba a decrecer un poco alrededor y entonces los demás empezaron a hablar de accidentes en el mar, de barcos perdidos en la niebla, colisiones con icebergs, todo ese tipo de cosas. Nuestro navegante por descontado tenía lo suyo que decir. Había doblado el Cabo no pocas veces y capeado un monzón, una especie de viento, en los mares de China y en todos esos peligros de las profundidades había una cosa, declaró, que no le había abandonado o palabras similares, una medalla piadosa que tenía que lo había salvado.

Así que entonces después de eso fueron a parar al naufragio frente a la roca de Daunt, el naufragio de aquel desafortunado barco noruego que nadie podía recordar cómo se llamaba por el momento hasta que el calesero que tenía realmente un cierto aire a Henry Campbell lo recordó el Palme en la playa de Booterstown. No se habló de otra cosa en la ciudad aquel año (Albert William Quill escribió unos bonitos versos originales de distinguido mérito sobre el tema para el Irish Times), los cachones inundándolo y gentíos y más gentíos en la orilla en gran conmoción petrificados por el horror. Entonces alguien dijo algo sobre el caso del vapor *Lady Caims* de Swansea, embestido por el *Mona* que iba con rumbo contrario con tiempo bastante bochornoso y que se perdió con toda la tripulación a bordo. No se le prestó ayuda alguna. El capitán, el del *Mona,* dijo que temía que el mamparo de colisión hubiera cedido. No tenía agua, parece ser, en la bodega.

A todo esto tuvo lugar un incidente. Habiéndosele hecho necesario aflojarse el cinturón el marinero desocupó su asiento.

—Déjeme cruzar a proa amigo, le dijo a su vecino que acababa de caer suavemente en un pacífico sueño.

Se largó pesada, lentamente con andares de bamboche hacia la puerta, bajó pesadamente el único escalón que había para salir del albergue y giró a la izquierda. Mientras intentaba encontrar su rumbo Mr. Bloom que había notado cuando se levantaba que tenía dos frascos presumiblemente de ron de la marina que le asomaban de cada uno de los bolsillos para la consumición personal de sus ardientes interiores, le vio sacar una botella y descorcharla o desenroscarla y, llevándose la boquilla a los labios, echarse un buen y delectable trago con un ruido barboteante. El incorregible Bloom, que además tenía una aguda sospecha de que el perro viejo fuera de maniobras tras la atracción contrana en forma de mujer que sin embargo había desaparecido a todos los efectos, podía aguzando la vista casi percibirlo, cuando ya estaba debidamente refrescado con la renta del tonel de ron, mirando boquiabierto hacia los pilares y vigas de la línea de circunvalación como perdido porque es verdad que todo estaba radicalmente alterado desde su última visita y mejorado enormemente. Alguna persona o personas invisibles le dirigieron al urinario de hombres erigido por el comité de limpieza que había por todas partes para ese propósito pero tras un breve espacio de tiempo durante el cual reinó el silencio supremo el marinero, no haciendo ni caso, se alivió en lugar más a mano, el ruido de sus aguas del pantoque que sobrevino a continuación salpicando el suelo por lo visto despertó a uno de los caballos de la parada de manuelas. Un casco escarbó de todos modos para no perder pie después del sueño y los arreos tintinearon. Ligeramente molestado en su garita junto al brasero de coque encendido el guarda de las piedras de la corporación municipal que, aunque ya

debilitado y decididamente desintegrándose, no era otro a decir verdad que el antedicho Gumley, ahora viviendo prácticamente de los subsidios parroquiales, otorgado el trabajo temporal por mediación de Pat Tobin según todas las probabilidades humanas por dictados humanitarios habiéndole conocido antes se movió y se revolvió en su garita antes de calmar sus miembros de nuevo en los brazos de Morfeo, una muestra increíble de malas rachas en su forma más virulenta para un hombre muy bien relacionado y acostumbrado a las razonables comodidades de un hogar durante toda su vida que venía a sacar la bonita suma de £100 al año en tiempos que claro está el muy asno procedió a dar con el culo en las goteras. Y ahí estaba en las últimas después de pasárselo bomba más de una vez sin un real en el bolsillo. Bebía para qué contarlo con lo que se cumplía una vez más la moraleja cuando podía haber estado muy fácilmente nadando en la abundancia si — un «si» importante, sin embargo — se las hubiera apañado para curarse de su personal inclinación.

Todos entre tanto lamentaban ruidosamente la decadencia de la industria marítima irlandesa, tanto de cabotaje como de gran tonelaje que era todo parte esencial de la misma cosa. Un barco para la Palgrave Murphy se hizo a la mar desde la dársena de Alexandra, la única botadura de ese año. Bien es cierto que los puertos estaban allí sólo que nunca barco alguno atracaba.

Había naufragios y aprovechados de naufragios, dijo el dueño, que evidentemente estaba *au fait.*

De lo que él se quería enterar era por qué aquel barco se había chocado contra la única roca de la bahía de Galway cuando el proyecto del puerto de Galway era sometido a discusión por un tal Mr. Worthington o algo parecido ¿eh? Pregunten al que era entonces capitán, les aconsejó, cuánto engrase le dio el gobierno británico por el trabajito de aquel día, el Capitán John Lever de las Líneas Lever.

—¿No estoy en lo cierto, patrón? indagó del marinero, que volvía ya de sus potaciones en privado y demás ocupaciones.

Aquel respetable olfateando el aroma de la colilla de la canción o de las palabras gruñó con algo que hubiera querido ser música pero con gran brío una especie de saloma marinera en segundas o terceras. Los agudos oídos de Mr. Bloom le oyeron entonces expectorar el andullo probablemente (que era así), por lo que debió alojarlo mientras tanto en el puño al tiempo que se dedicaba a sus bebidas y a sus meadas y lo encontró algo agrio después del güisqui matarratas en cuestión. De todas formas entró balanceándose tras su exitosa libación-cum potación, metiendo una atmósfera de bebida a la soirée, cantando en canon estrepitosamente, como un verdadero hijo de pizco:

El bizcocho duro como el latón
y como el culo de la mujer de Lot la salazón.
¡Oh, Johnny Lever!
Johnny Lever, Oh!

Después de la tal efusión el fiero espécimen en justo tiempo aparecido y recobrado que hubo su asiento se desplomó más que se sentó pesadamente en el banco facilitado. Pellejocabra, asumiendo que él fuera, evidentemente mirando por sus intereses, estaba aireando sus quejas en una débil-forzada filípica en lo tocante a los recursos naturales de Irlanda o algo parecido que describió en su prolongada disertación como el país más rico sin excepción alguna sobre la faz de la tierra de Dios, sin comparación muy superior a Inglaterra, con cantidades ingentes de carbón, carne de cerdo por valor de seis millones de libras exportada al año, diez millones entre mantequilla y huevos y todas las riquezas que Inglaterra había exprimido recaudando impuestos de los pobres que tenían que pagar un dineral siempre y engullendo la mejor carne del mercado y un gran excedente de energía del mismo estilo. La conversación consiguientemente se hizo general y todos estaban de acuerdo en que aquello era un hecho. Se podía cultivar cualquier cosa en el suelo de Irlanda, declaró, y ahí estaba ese coronel Everard allá en Navan cultivando tabaco. ¿Dónde se puede encontrar algo parecido a la panceta irlandesa? Pero el día de rendir cuentas, declaró cres*cendo* con voz no insegura, monopolizando completamente toda la conversación, estaba al caer para la poderosa Inglaterra, a pesar de su vil metal, por sus crímenes. Habría una caída y la mayor caída de la historia. Los alemanes y los nipones representaban un hueso dificil de roer, afirmó. Los bóers eran el principio del fin. La Inglaterra de Brummagen se venía abajo y su perdición sería Irlanda, su talón de Aquiles, y les explicó el punto vulnerable de Aquiles, el héroe griego, punto que sus oyentes captaron al momento ya que atrajo su atención al indicarles el tendón referido en la bota. Su consejo a todos los irlandeses era: permaneced en la tierra que os vio nacer y trabajad por Irlanda y vivid por Irlanda. Irlanda, dijo Pamell, no podía prescindir de uno solo de sus hijos.

Un silencio por doquier marcó la terminación de su *finale.* El impasible navegante oyó esas sensacionales nuevas, impávido.

—No será fácil, jefe, se desquitó aquel diamante en bruto palpablemente algo molesto en reacción a la precedente grullada.

En la cual ducha de agua fría en referencia a la caída y todo aquello el encargado concurría pero no obstante se mantuvo firme en su punto de vista principal.

—¿Quiénes son las mejores tropas del ejército? interrogó el viejo veterano canoso enfurecido. ¿Y los mejores saltadores y corredores? ¿Y los mejores almirantes y generales que tenemos? Díganme eso.

—Los irlandeses, por preferencia, replicó el carrero parecido a Campbell, sin contar las impurezas de la cara.

—Así es, corroboró el viejo cimarrón. El campesino católico irlandés. Esa es la espina dorsal de nuestro imperio. ¿Conocen a Jem Mullins?

Aun reconociéndole sus opiniones personales como a cualquier persona el dueño añadió que no le importaba nada ningún imperio, el nuestro o el suyo, y que no valía gran cosa el irlandés que a su servicio estuviera. Entonces empezaron a cruzar algunas palabras fuera de tono tan pronto como la cosa se fue calentando, ambos, ni que decir tiene, apelando a los oyentes que seguían la batalla campal con interés mientras no derivara en recriminaciones y llegaran a las manos.

Por la información interna que se extendía a través de una serie de años Mr. Bloom se inclinaba más bien a no dar dos higas por la sugerencia por ser una monumental patochada pues, hasta tanto esa consumación con devoción fuera o no fuera deseada, era totalmente consciente del hecho de que sus vecinos al otro lado del canal, a no ser que fueran mucho más necios de lo que él pensaba, más bien ocultaban sus fuerzas que lo contrario. Corría pareja con la idea quijotesca de ciertos sectores de que en cien millones de años las reservas carboníferas de la isla hermana se acabarían y si, con el paso del tiempo, se veía que la cosa resultaba así todo lo que él podía personalmente decir sobre el asunto era que como innumerables contingencias, igualmente relevantes para el tema, podían ocurrir antes de que ese momento llegara sería altamente aconsejable en el entretanto intentar sacar el mayor provecho de los dos países a pesar de que eran polos opuestos. Otro pequeño detalle interesante, los amoríos de putas y arrapiezos, por decirlo en términos que se entiendan, le recordó que los soldados irlandeses habían luchado a menudo tanto a favor de Inglaterra como en contra, aún más, de hecho. Y ahora ¿por qué? Así que la escenita entre la pareja, el del concesionario que se rumoreaba era o había sido Fitzhams, el famoso invencible, y el otro, obviamente un farsante, le recordó forzosamente como si estuvieran conchabados en la trampa, suponiendo, es decir, que estuviera previamente amañado como el espectador, estudioso del alma humana donde los haya, los otros apenas percatándose del juego. Y en cuanto al arrendatario o dueño, que probablemente no era la otra persona en absoluto, no podía él (B.) por menos de parecerle y muy como es debido que era mejor hacer caso omiso de gente como ésa a no ser que fueras un tonto de capirote integral y rehuir tener nada que ver con ellos como regla de oro en la vida privada ni con sus fechorías, habiendo siempre la posibilidad de que por un casual un soplón viniera y resultara ser testigo del Fiscal de la Reina o del Rey ahora como Denis o Peter Carey, una idea que rechazaba de plano. Muy al margen de todo eso le disgustaban esas carreras de maldad y crimen por principio. Sin embargo, aunque tales propensiones criminales nunca habían hallado lugar en su pecho de ninguna de las maneras ni formas, él sí que había sentido, y no había por qué negarlo (mientras interiormente siguiera siendo lo que era) una cierta clase de admiración por alguien que hubiera realmente blandido un cuchillo, arma blanca, con el coraje de sus convicciones políticas (aunque, personalmente, nunca tomaría parte en asuntos de esa clase), de la misma calaña que las vendettas del sur, poseerla o dejarse colgar por ella, cuando el marido frecuentemente, después de haber habido unas palabras entre los dos concernientes a las relaciones de ella con el otro mortal afortunado (habiendo él mandado vigilar a la pareja) infligía heridas de muerte a su adorada como resultado de una alternativa liaison postnupcial hundiéndole el cuchillo a ella, hasta que se le ocurrió que Fitz, cuyo mote era Pellejo, meramente condujo el coche para los verdaderos perpetradores del atropello y por tanto no fue, si estaba él fehacientemente informado, verdaderamente parte de la emboscada que, de hecho, fue el alegato por el que alguna lumbrera legal le había salvado el pellejo. En cualquier caso eso era agua pasada ya y en cuanto a nuestro amigo, el pseudo Pellejoetcétera, a la vista estaba que se había quedado más tiempo de lo conveniente. Debería haber muerto de muerte natural o en lo alto del

patíbulo. Como las actrices, siempre despidiéndose rotundamente su última actuación luego volvían a aparecer sonriendo. Generosos en exceso desde luego, temperamentales, nada de economías ni cosas por el estilo, siempre andándose por las ramas. De igual modo tenía una muy aguda sospecha de que Mr. Johnny Lever se había deshecho de un buen pellizco de pamé durante el transcurso de sus paseos por los embarcaderos en el ambiente agradable de la taberna *Old Ireland,* vuelve a Erín y demás. Luego en cuanto al otro había oído no hacía mucho exactamente la misma jerga como le contó a Stephen cómo había simple pero eficazmente silenciado al ofensor.

—Se ofendió por él sabría qué, confesó aquella muy agraviada aunque por lo general persona ecuánime, que se me escapó. Me llamó judío y de forma vejatonamente acalorada. Con lo que yo sin desviarme de los hechos concretos en lo más mínimo le dije que su Dios, quiero decir Cristo, era judío también y toda su familia como yo aunque en realidad no lo soy. Ésa fue una buena de encajar. Una respuesta suave calma el furor. No supo qué contestar como todo el mundo comprobó. ¿No estoy en lo cierto?

Lanzó una larga mirada de tú-estás-equivocado a Stephen de timorato y oscuro orgullo por la templada censura con una ojeada además de ruego pues él parecía columbrar de alguna manera que aquello no era todo exactamente.

—*Ex quibus,* masculló Stephen en tono evasivo, sus dos o cuatro ojos cruzándose, Christus o Bloom se llame o después de todo cualquier otro, *secundum* carnem.

—Claro que, Mr. Bloom procedió a estipular, hay que mirar los dos lados de la cuestión. Es dificil establecer normas estrictas acerca del bien y el mal pero lugar para mejoras para todo desde luego que lo hay aunque cada país, dicen, incluido el desdichado del nuestro, tiene el gobierno que se merece. Pero con un poco de buena voluntad por parte de todos. Está muy bien todo eso de alardear de superioridad mutua pero que hay de la igualdad mutua. Detesto la violencia y la intolerancia bajo cualquier forma o manera. Nunca logra ni frena nada. Una revolución debe hacerse dentro de un proyecto de plazos calculados. Es un absurdo palmario así de pronto odiar a la gente sólo porque vivan a la vuelta de la esquina y hablen otra lengua, puerta con puerta como quien dice.

—Memorable la batalla del puente de Bloody y la guerra de los siete minutos, asintió Stephen, entre Skinner's Alley y el mercado de Ormond.

Sí, Mr. Bloom aceptó completamente, aprobando enteramente el comentario, que era aplastantemente correcto. Y el mundo entero estaba repleto de ese tipo de cosas.

—Acaba de quitarme las palabras de la boca, dijo. Una confusión de testimonios contrapuestos que francamente no podría uno ni remotamente ….

Todas esas desgraciadas disputas, en su humilde opinión, removiendo la mala sangre, debido a algún bulto de combatividad o glándula de algún tipo, que erróneamente se suelen achacar a formalismos de honor y de banderas, eran en gran medida una cuestión monetaria, cuestión que estaba detrás de todo lo que olía a codicia y celos, la gente que nunca sabe dónde está el límite.

—Acusan, comentó de manera audible.

Se apartó de los demás que probablemente y habló más cerca de, para que los otros en caso de que.

—Los judíos, notificó en un aparte al oído de Stephen, son acusados de devastación. Ni un ápice de verdad hay en ello, puedo asegurarlo. La historia, sorprendería saberlo, ha demostrado con creces que España declinó cuando la inquisición persiguió a los judíos e Inglaterra prosperó cuando Cromwell, un rufián inteligente como pocos que en otros aspectos tiene mucho de qué dar cuenta, los importó. ¿Por qué? Porque están imbuidos del espíritu adecuado. Son gente práctica y lo han demostrado. No quiero dar rienda suelta a nada porque ya conoce las obras más leídas sobre el tema y además ortodoxo como usted es. Pero en el ámbito económico, sin abordar la religión, el sacerdote equivale a pobreza. España de nuevo, lo vio en la guerra, en comparación con la América emprendedora. Los turcos. Está en el dogma. Porque si no creyeran que van directos al cielo cuando mueren intentarían vivir mejor, al menos eso pienso yo. Ése es el truco con el que los curas párrocos consiguen pasta bajo falsos fingimientos. Yo soy, prosiguió dramáticamente, tan buen irlandés como ese mal educado del que le hablaba al principio y me gustaría ver a todo el mundo, concluyó, de todos los credos y clases pro rata con unos ingresos decentes y sustanciosos, y nada de tacañerías, algo cercano a las £300 al año. Ése es el tema vital en juego y es factible y sería el instigador de relaciones más amistosas entre hombre y hombre. Al menos ésa es mi idea si de algo vale. Yo llamo a eso patriotismo. "¡patria, tal

como aprendimos en lo poco que de los clásicos nos dieron en nuestros tiempos en la *Alma Mater, vita bene.* Donde se pueda vivir bien, es lo que significa, si trabajas.

Mientras se tomaba su imbebible pegote de taza de sucedáneo de café, escuchando esta sinopsis de las cosas en general, Stephen miraba fijo a nada en particular. Podía oír, eso sí, toda clase de palabras cambiando de color como aquellos cangrejos en Ringsend por la mañana escondiéndose en todos los colores de todas las gamas diferentes de la misma arena donde tenían un hogar en algún lugar debajo o parecían tenerlo. Luego alzó la vista y vio los ojos que decían o no decían las palabras la voz que oía decía, si trabajas.

—Conmigo no cuente, consiguió comentar, refiriéndose a lo de trabajar.

Los ojos se sorprendieron por esta observación ya que él, la persona a quien pertenecían temporalmente observaba o mas bien su voz hablante lo hacía, todos tenemos que trabajar, debemos, juntos.

—Quiero decir, claro está, se apresuró a afirmar el otro, trabajar en su acepción más amplia posible. También la labor literaria no solamente por el prestigio del asunto. Escribir para los periódicos que es la vía más disponible hoy en día. Eso es trabajar también. Trabajo importante. Después de todo, por lo poco que sé de usted, después de todo el dinero gastado en su educación está en su derecho a resarcirse y exigir su precio. Tiene tanto derecho a vivir de su pluma en la búsqueda de su filosofia como el campesino. ¿Qué digo? Ambos pertenecéis a Irlanda, el talento y la fuerza. Cada uno es igualmente importante.

—Sospecha, replicó Stephen con una especie de media risa, que puedo ser importante porque pertenezco al *faubourg Saint Patrice* llamado Irlanda para más brevedad.

—Yo iría aún más lejos, insinuó Mr. Bloom.

—Pero yo sospecho, interrumpió Stephen, que Irlanda debe de ser importante porque me pertenece a mí.

—Qué es lo que pertenece, indagó Mr. Bloom inclinandose, imaginando que quizá había entendido mal. Disculpe. Desgraciadamente, no he cogido la última parte. ¿Qué era lo que usted ....?

Stephen, manifiestamente contrariado, repitió y empujó a 1. un lado el tazón de café o como se le quiera llamar no muy educadamente, añadiendo:

—No podemos cambiar el país. Cambiemos de tema. Ante esta oportuna insinuación Mr. Bloom, para cambiar de tema, bajó la mirada pero con un dilema, ya que no podía decir exactamente qué interpretación dar a pertenece con lo que daba la impresión de ir demasiado lejos. El reproche de alguna manera estaba más claro que lo otro. Ni que decir tiene los vapores de su reciente orgía hablaban entonces con cierta aspereza de una manera cunosamente amarga impro- 1 pia de su estado sobrio. Probablemente la vida del hogar a la que Mr. B. le daba la máxima importancia no había sido todo lo que hubiera sido menester o no se había relacionado con la gente adecuada. Con un algo de temor por el joven a su lado a quien furtivamente escrutaba con cierto aire de considerable consternación recordando que acababa de volver de París, los ojos más especialmente recordándole a la fuerza al padre y a la hermana, no consiguiendo esclarecer el tema, sin embargo, le vino a la mente casos de hombres cultos que también prometían cortados de raíz en decadencia prematura y nadie a quien culpar más que a ellos mismos. Por ejemplo, ahí estaba el caso de O'Callaghan por mencionar uno, el medio chaveta excéntrico, respetablemente relacionado aunque de medios inadecuados, con sus caprichosas extravagancias entre cuyas alegres hazañas cuando estaba forrado convirtiéndose en una verdadera carga para todos los de su alrededor tenía la costumbre de lucir ostentosamente en público un traje de papel de estraza (como lo digo). Y luego el *denouement* de costumbre una vez que habían pasado las parranderas gansadas terminó metiéndose en líos y tuvieron que hacerlo desaparecer como por encantamiento unos cuantos amigos, después de que recibiera un toque por parte de John Mallon de Lower Castle Yard, para no ser inculpado bajo la sección dos de la enmienda del código penal, algunos de los nombres citados habiendo sido entregados pero no divulgados por las razones que se le ocurrirán a cualquiera que tenga un poco de mollera. En resumen, atando cabos, el seis dieciséis al que no hizo evidentemente el más mínimo caso, Antonio y compinches, jinetes y estetas y los tatuajes que 90 eran el último grito en los setenta o por ahí incluso en la cámara de los lores porque en sus años mozos el ocupante del trono, entonces presunto heredero, los otros miembros de la aristocracia y otros altos dignatarios simplemente siguiendo los pasos del jefe de estado, repasó los errores de las celebridades y de las testas coronadas que seguían caminos contrarios a la moralidad tal era el caso Comwall hacía unos años

antes bajo su apariencia respetable de una manera escasamente concebida por la naturaleza, algo con lo que la buena de doña Perfecta, como dicta la ley, estaba ferozmente en ro contra aunque no por las razones que pensaban que probablemente eran cualesquiera que fueran sólo que las mujeres especialmente que siempre estaban cotilleando las unas de las otras siendo por cuestiones de vestidos y todo lo demás. A las señoras que les gusta la ropa interior exclusiva deberían, y todo hombre bien trajeado tiene la obligación, intentar agrandar la distancia entre ellos por medio de insinuaciones y dar algo más que un verdadero estímulo a los actos indecorosos entre ambos, ella le desabrochaba la y él le desataba el, cuidado con el alfiler, mientras que los salvajes de las islas de caníbales, digamos, a noventa grados a la sombra no les importa un comino. Sin embargo, volviendo al principio, había por otro lado otros que se habían abierto camino con esfuerzo hasta la cima desde el peldaño más bajo sin que nadie les echara una mano. Puro talento natural, eso. Con inteligencia, señor.

Por lo dicho y posteriores razones sentía él que por interés propio e incluso por obligación debía no perder ojo y aprovechar la ocasión inesperada aunque no sabría exactamente por qué decir estando como ya estaba la situación en varios chelines negativos habiéndose de hecho él mismo metido en el fregado. Aun así para cultivar la amistad de alguien de calibre poco común que podía proporcionar materia para la reflexión pagaría con creces cualquier pequeño sacrificio. El estímulo intelectual, en cuanto tal, era, según pensaba, de vez en cuando un tónico de primera para la mente. A lo que había que añadir la coincidencia del encuentro, la discusión, el berenjenal, el follón, el viejo hombre de mar un tipo del hoy aquí mañana allí, zánganos nocturnos, la galaxia entera de acontecimientos, todo junto formaba un camafeo en miniatura del mundo en que vivimos especialmente ya que las vidas de los más desheredados, es decir mineros, buzos, basureros etc., estaban muy en el punto de mira últimamente. Para mejorar este momento áureo se preguntaba si se encontraría con algo parecido a la suerte de Mr. Phfip Beaufoy supongamos que lo pasara al papel que se pusiera a escribir algo fuera de lo corriente (como era su intención hacer) a razón de una guinea por columna. Mis *experiencias,* digamos, *en un albergue de cocheros.*

La edición de las páginas deportivas del extra de deportes del *Telegraph* el tele grajo se encontraba, por pura casualidad junto a su codo y justo cuando empezaba a devanarse los sesos, muy lejos de sentirse satisfecho, sobre un país que fuera suyo y el anterior rompecabezas el navío llegaba de Bridgwater y la tarjeta postal iba dirigida a A. Boudin averigüe la edad del capitán, sus ojos vagaron sin rumbo por los titulares respectivos que eran de su especial competencia la todoabarcadora prensa nuestra de cada día dánosla hoy. Primero se llevó un pequeño sobresalto pero resultó ser sólo algo acerca de alguien llamado H. du Boyes, agente de máquinas de escribir o algo así. Gran batalla, Tokio. Galanteo a la irlandesa, £ 200 por daños. Gordon Bennett. Timo en la emigración. Carta de Su Excelencia. Guillermo t. Reunión en Ascot, la Copa de Oro. La victoria del jamelgo *Tirado* recuerda el Derby del 92 cuando el caballo del montón del Capitán Marshall *Sir Hugo* conquistó la banda azul contra todo pronóstico. Desastre en Nueva York. Mil víctimas. Fiebre aftosa. Entierro del que fuera Mr. Patrick Dignam.

Así que para cambiar de tema leyó sobre Dignam R.I.P. que era, reflexionó él, cualquier cosa menos una alegre despedida. O un cambio de dirección de todas formas.

—*Esta mañana* (Hynes lo ha incluido está claro) los *restos mortales del quefuera Mr. Patrick Dignamfueron trasladados de su domicilio, en Newbridge Avenue, 9, Sandymount, para ser inhumados en Glasnevin. El fallecido era una conocida y cordial figura de la ciudady su muerte tras una breve enfermedad ha conmovido profundamente a gentes de todas clases que hondamente lo lamentan. Las exequias, a las que asistieron muchos amigos delfinado, estuvieron a cargo de* (seguro que Hynes escribió esto en colaboración con Copetón) *Messrs. H. J O'Neill e Hijo, de North*

Strand Road, 164. Entre los acompañantes del difunto se encontraban: Patk. Dignam (hijo), Bernard Corrigan (hermano político), John Heny Menton, procurador Martin Cunningham, John Power,)comipr 1/8 ador dorador douradora (aquí debe de ser cuando llamó a Monks el capataz por lo del anuncio de Yaves) *Thomas Keman, Simon Dedalus Stephen Dedalus licenciado, Edw. J. Lambert, Cornebus T. Kelleher, Joseph M'C Hyne , L. Boom, C. P. M'Coy – Gandina y varios más.*

Irritado no poco por lo de L. Boom (como incorrectamente se indicaba) y por el trazo tipográfico chapucero pero a la vez picado sobremanera por lo de C. P. M'Coy y Stephen Dedalus licenciado que habían destacado, no hacía falta decir, por su total ausencia (por no mencionar a Gandina) L. Boom se lo indicó a su acompañante licenciado ocupado en

contener otro bostezo, medio con timidez, sin olvidar la cosecha habitual de pifias garrafales de imprenta.

—¿Está la primera epístola a los hebreos, preguntó tan pronto como se lo hubo permitido la mandíbula inferior, metida? Texto: abre la boca y métete el pie.

—Sí que está. Verdaderamente, dijo Mr. Bloom (aunque al principio se imaginó que aludía al arzobispo hasta que añadió lo del pie y la boca con lo que no podía tener relación posible) radiante por haber tranquilizado su ánimo y un poco asombrado de que Myles Crawford después de todo se las hubiera apañado para. Ahí tienes.

Mientras que el otro lo leía en la página dos Boom (para darle por lo pronto el nuevo nombre equivocado pasó unos momentos de ocio a trompicones con el relato del tercer acontecimiento de Ascot en la página tres, a su lado. Importe 1.000 soberanos con 3.000 soberanos en especie añadidos. Por potros sementales y potras. *Tirado* de Mr. F. Alexander, Patente de Sanidad por *Rightaway-Thrale, 5* años, de *59 kg.* (W. Lane) *1, Zinfandel* de lord Howard de Walden (M. Cannon) *2, Cetro* de Mr. W. Bass 3. Apuestas *5* a 4 por *Zinfandel, 20* a 1 por *Tirado* (al comienzo). *Cetro* un poquito más pesado, 5a 4 por *Zinfandel,* 20 a 1 *Tirado* (al comienzo). *Tirado y Zinfandel* en orden de salida. Era una carrera imprevisible entonces el jamelgo de tercera se puso a la cabeza, tomó ventaja, venciendo al potro castaño de Lord Howard de Walden y a la potra baya de Mr. W. Bass en una carrera de 2 ½ millas. El ganador entrenado por Braine con lo que la versión de Lenehan del asunto fue puro embuste. Se aseguró el veredicto hábilmente por un largo. 1.000 soberanos con 3.000 en especie. También participaba: de J. de Bremond (el caballo francés por el que Lyons Gallito iba preguntando ansiosamente que no había aún llegado pero que se le esperaba de un momento a otro) *Maximum II.* Distintas formas de lograr un golpe maestro. Daños por galanteo. Aunque ese imbécil de Lyons salió por la tangente en su impetuosidad por irse. Claro que el juego se prestaba sumamente a ese tipo de cosas aunque tal como sucedió el pobre necio no tenía causa por la que congratularse por su elección, tarea imposible. A conjeturas era a lo que se reducía al fin y al cabo.

—Todas las señales indicaban que llegarían a eso, él, Mr. Bloom, dijo.

—¿Quién? el otro, cuya mano dicho sea de paso estaba lastimada, dijo.

Una mañana abrirías el periódico, afirmaba el cochero, y leerías: *Regreso de Parnell.* Les apostaba lo que quisieran. Un fusilero de Dublín había estado en aquel albergue una noche y dijo que le había visto en Sudáfrica. El orgullo fue lo que le mató. Tenía que haberse evaporado o quitado de en medio una temporada después de lo de la sala de comisiones n.° *15* hasta que hubiera vuelto a ser el de siempre sin nadie que le señalara con el dedo. Entonces hasta el último se habría puesto de rodillas para que volviera cuando hubiera sentado la cabeza. Muerto no estaba. Sencillamente huido en algún lugar. El ataúd que trajeron estaba lleno de piedras. Se cambió el nombre por De Wet, el general bóer. Se equivocó al enfrentarse a los curas. Y así etcétera etcétera.

De todas formas Bloom (correctamente así apodado) estaba algo sorprendido de la memoria de ellos ya que en nueve de cada diez casos se trataba de un caso de barriles de brea y no aisladamente sino por millares y luego el olvido más absoluto porque hacía veinte años y pico. Altamente improbable claro está de que hubiera ni siquiera un ápice de verdad en lo de las piedras e, incluso suponiéndolo, pensaba que un regreso era altamente desaconsejable, considerándolo bien. Algo evidentemente les sacaba de quicio en su muerte. O bien se consumió demasiado anodinamente de pulmonía aguda justo cuando sus variados y distintos planes políticos estaban cercanos a su conclusión o si ocurrió que su muerte se debió a no haberse cambiado las botas y la ropa después de una mojadura lo que le provocó un enfriamiento y habiéndose negado a consultar a un especialista y habiéndose encerrado en su habitación finalmente murió de ello en mitad de un gran desconsuelo antes de que pasaran quince días o muy posiblemente estarían deshechos al enterarse de que se les había quitado el trabajo de las manos. Claro que no estando nadie al corriente de sus movimientos incluso antes de que no hubiera absolutamente ninguna pista sobre su paradero que era decididamente del orden de Alicia, *dónde estás tú* incluso antes de que éste empezara a usar varios apodos como el Zorro y Stewart con lo que la observación procedente del amigo carrero podría estar dentro de los límites de lo posible. Naturalmente que entonces le preocuparía sobremanera como líder nato de hombres algo que indudablemente era y una figura sobresaliente, de un metro noventa o al menos de metro ochentaiocho u ochentainueve sin zapatos, mientras que los señores Don Nadie que, aunque no tenían ni punto de comparación con el anterior, llevaban la batuta a pesar de que sus virtudes fueran pocas y escasas. Ciertamente que aquello tenía su moraleja, el ídolo de los pies de barro, y luego setentaidós de sus hombres de confianza poniéndosele

en contra despellejándose mutuamente. Y exactamente lo mismo con los asesinos. Tenías que volver. Esa sensación obsesiva que como que te atraía. Para enseñarle al suplente cómo hacer el papel principal. Él le vio una vez en la señalada ocasión en que destrozaron los tipos en el *Insuppressible o* fue en el *UnitedIreland,* un privilegio que apreció él enormemente, y, de hecho, le había dado el sombrero de copa cuando se lo tiraron de un golpe y él había dicho *Gra*cias, nervioso como indudablemente estaba bajo su aspecto frío a pesar del pequeño contratiempo mencionado de la mano a la boca se pierde la sopa: lo que se ha mamado. Aun así en lo que respecta al regreso. Serías perro afortunado si no te echaran al terrier tan sólo pusieras un pie de vuelta. Luego un montón de vacilaciones normalmente se derivan, que si Tom está a favor y Dick y Harry en contra. Y luego, mi menda, te tropiezas con el que lleva las riendas y tienes que presentar tus credenciales como el pretendiente en el caso Tichborne, Roger Charles Tichborne, *Bella* era el nombre del barco si no le fallaba la memoria en el que él, el heredero, se había hundido como demostraron las pruebas testificales y había también un tatuaje con tinta india, Lord Bellew fue ¿no? ya que podía fácilmente haberse hecho de los detalles por algún amiguete de a bordo y luego, cuando se levantó para ajustarse a la descripción dada, presentarse con un: *Perdonen, me llamo tal y tal o* algún otro comentario usual. Un rumbo más prudente, como dijo Bloom al no muy efusivo, de hecho como el distinguido personaje bajo discusión de al lado, hubiera sido haber tanteado cómo iba el asunto primero.

—Esa zorra, esa puta inglesa, se lo cargó, comentó el propietario de la tabernucha. Le dio el primer empujón a la tumba.

—Una buena moza que era de todas formas, observó el *soi-dissant* secretario del ayuntamiento Henry Campbell, y suficiente. A más de uno dejó con las rodillas temblonas. Yo' visto su foto en la barbería. El marido era capitán u oficial.

—Sí, añadió Pellejocabra divertidamente, sí que lo era y de farfolla.

Esta contribución gratuita de carácter humorístico ocasionó una buena cantidad de risas en su *entourage.* En lo que respecta a Bloom éste, sin el más débil apunte de sonrisa, solamente desvió la mirada en dirección a la puerta y reflexionó sobre la narración histórica que había suscitado un interés extraordinario en su momento cuando la verdad, para empeorar las cosas, se hizo pública con las acostumbradas cartas cariñosas que se cruzaron entre ellos llenas de frases tiernas. Al principio fue estrictamente platónico hasta que intervino la naturaleza y surgió un apego entre ellos hasta que poco a poco las cosas llegaron a un punto culminante y aquello se convirtió en la comidilla del pueblo hasta que sobrevino el golpe de gracia como información bien acogida por no pocos malintencionados, sin embargo, que estaban resueltos a llevar a cabo su caída aunque el asunto fue siempre del dominio público aunque no hasta el límite sensacional en el que subsiguientemente se convirtió. Ya que se habían asociado sus nombres, no obstante, ya que él era su amante favorito declarado, dónde estaba la especial necesidad de proclamarlo a los cuatro vientos, el hecho, a saber, de que ella había compartido su cama que salió a la luz en la barra de los testigos bajo juramento cuando un estremecimiento recorrió la abarrotada sala electrificando literalmente a todo el mundo en forma de testigos que juraban haberlo visto en tal y tal fecha concreta en el acto de salir a escondidas de un piso alto con la asistencia de una escalera en prendas de dormir, habiendo conquistado la entrada de la misma forma, un hecho con el que los semanarios, adictos a lo obsceno un tanto, sencillamente amasaron dinero a espuertas. Cuando el simple hecho del caso era que era un caso simple de marido que no satisfacía los requisitos, sin nada en común entre los dos excepto el apellido, y luego entra en escena un hombre de verdad, fuerte hasta el extremo de la debilidad, que cae víctima de sus encantos de sirena y olvida los lazos del hogar, los resultados normales, gozar la sonrisa de la amada. La eterna cuestión de la vida conyugal, ni que decir tiene, salió a relucir. ¿Puede el verdadero amor, suponiendo que haya otro hombre en el asunto, existir entre casados? Problema dificil. Aunque no era de la incumbencia de ellos en absoluto si él le tenía cariño, arrebatado por una ola de locura. Un magnífico ejemplar de virilidad sí que lo era verdaderamente, acrecentado obviamente por dones de orden superior, si se compara con el otro militar supernumerario digamos (que no era más que el habitual individuo del tipo de *adiós, migalante capitán* de costumbre en la caballería ligera, los húsares del 18° para ser más exactos) e inflamable sin lugar a dudas (el líder caído, es decir, no el otro) a su modo y manera que ella claro está, una mujer, inmediatamente percibió como altamente posible que podría abrirse camino a la fama algo que estaba a punto de lograr cuando los curas y ministros del evangelio en su totalidad, sus en otros tiempos inquebrantables partidarios, y sus amados aparceros desahuciados a quienes había prestado grandes servicios en las regiones rurales del país sacando la cara por ellos de una manera que

excedió sus más optimistas expectativas, muy eficazmente le hicieron la pascua, amontonando así ascuas sobre su cabeza al modo de la coz del asno de la fábula. Mirando atrás ahora en una especie de orden retrospectivo todo parecía una especie de sueno. Y luego volver era lo peor que uno podía hacer porque ni que decir tiene que uno se sentiría fuera de lugar ya que las cosas siempre cambian con el tiempo. ¡Vamos! según pensaba, Inshtown Strand, una localidad en la que no había estado desde hacía sus buenos años parecía diferente de una forma u otra desde que, como da la casualidad, se había ido a residir a la zona norte. Norte o sur, sin embargo, se trataba únicamente del caso bien conocido de una pasión ardiente, pura y simple, que desbarata los planes de uno de arriba abajo y probaba justo lo mismísimo que estaba diciendo ya que ella también era española o mitad española, personas que nunca hacen las cosas a medias, despreocupación apasionada del sur, mandando hasta la última chispa de decencia a tomar viento fresco.

—Eso prueba justo lo que estaba diciendo, aquél, con fulgurante pecho le dijo a Stephen sobre la sangre y el sol. Y, si no me equivoco mucho ella era española también.

—La hija del rey de España, contestó Stephen, añadiendo alguna que otra cosa bastante confusa sobre adiós y queden con Dios cebollas españolas y la primera tierra se llama el Muerto y que de Ramhead a Scilly había tantas y cuantas.

—¿Era española? profirió Bloom, sorprendido aunque no asombrado en absoluto, no había oído ese rumor antes. Posible, especialmente allí, era porque ella había vivido allí. Conque España.

Evitando cuidadosamente un libro en el bolsillo *Delicias* del, que le recordó por cierto ese libro de la biblioteca de Capel Street que había vencido, se sacó la cartera y, repasando rápidamente los contenidos varios que contenía finalmente.

—¿Considera, por cierto, dijo, seleccionando pensativamente una foto descolorida que puso sobre la mesa, esto un tipo español?

Stephen, obviamente preguntado, miró con indiferencia la foto que mostraba una señora grande con sus encantos camales de manifiesto de modo ostensible ya que estaba en la plenitud de su feminidad en traje de noche de escote ostentosamente profundo para la ocasión para exhibir generosamente el pecho, con algo más que un vislumbre del seno, los labios gruesos entreabiertos y unos dientes perfectos, de pie cerca de, con ostensible compostura, un piano en cuyo atril estaba *En el* viejo *Madrid,* una balada, bonita a su manera, que estaba entonces muy en boga. Sus ojos (los de la señora), oscuros, grandes, miraban a Stephen, a punto de sonreír por algo que debía satisfacer, siendo Lafayette de Westmoreland Street, el mejor artista fotográfico de Dublín, el responsable de la ejecución estética.

—Mrs. Bloom, mi mujer la *prima donna,* Madam Marion Tweedy, indicó Bloom. Tomada hace unos años. En o alrededor del noventa y seis. Muy como ella era en aquel entonces.

Junto al joven miró él también la foto de la señora ahora su esposa legal que, le notificó, era la cumplida hija del Comandante Brian Tweedy y mostró a edad muy temprana una maestría singular como cantante habiendo incluso hecho su saludo ante el público cuando apenas contaba dieciséis dulces años. En cuanto a la cara tenía un parecido manifiesto en la expresión pero no hacía justicia a su silueta que llamaba mucho la atención habitualmente y que no había salido muy favorecida con esa vestimenta. Podía sin dificultad alguna, dijo él, haber posado para conseguir un efecto armónico, por no hablar de ciertas curvas opulentas del. Insistió, teniendo un poco de artista en sus ratos libres, en la forma femenina en general en relación con su desarrollo porque, como daba la casualidad, aquella misma tarde había visto esas estatuas griegas, perfectamente realizadas como obras de arte, en el Museo Nacional. El mármol daba al original, hombros, espalda, toda la simetría, todo lo demás. Sí, puritanisme, no está mal aunque el soberano robo de San José alors (Bandez!) Figne toi trop. Mientras que ninguna foto lo conseguiría porque sencillamente aquello no era arte en una palabra.

Impulsado por el espíritu le habría gustado tanto seguir el ejemplo del arráez y dejar el retrato allí por unos breves minutos y dejarlo hablar por sí solo con la excusa de que él para que el otro pudiera beber en la belleza por sí mismo, siendo su presencia en las tablas, francamente, un placer en sí mismo al que la cámara no hacía en absoluto justicia. Pero no podía decirse que eso tuviera ética profesional. Aunque ahora hacía una noche un tanto cálida y placentera pero maravillosamente fresca considerando la estación, pues el sol tras la tormenta. Y la verdad es que sentía una cierta necesidad súbita de seguir el juego como de una cierta voz interior y satisfacer una posible necesidad moviendo pieza. A pesar de todo se quedó sentado quieto considerando la foto ligeramente sucia arrugada

por las curvas opulentas, de ninguna manera estropeada por el uso sin embargo, y desvió la mirada pensativamente con la intención de no incrementar más la posible confusión del otro mientras que ponderaba la simetría de sus estremecedoras redondeces. De hecho la ligera suciedad sólo era un encanto añadido como es el caso de la ropa blanca ligeramente sucia, mejor que nueva, mucho mejor de hecho sin el almidón. Y ¿si ella no estuviera cuando él? Busqué la luz que ella me dijo le vino a la mente pero únicamente como una idea pasajera suya porque entonces recordó la cama de la mañana desordenada etcétera y el libro sobre Rubí con lo de meten si acaso (sic) que me se habrá caído muy apropiado junto al orinal doméstico con mis excusas para Lindley Murray.

Saboreaba la cercanía del joven con placer, educado, distingué e impulsivo por añadidura, sin comparación lo mejor de lo mejor aunque uno no sospechara que lo fuera y sin embargo sí se sospechaba. Además dijo que la foto era muy buena que, se diga lo que se diga, lo era aunque ahora estuviese considerablemente más gruesa. Y ¿por qué no? Un buen montón de hipocresías corrían por ahí sobre todo ese tipo de cosas que acarreaba una afrenta de por vida con los grandes titulares de prensa sensacionalista sobre el embrollo matrimonial de siempre alegando comportamiento indecente con jugador profesional de golf o el último mimado de los escenarios en vez de ser honrados y sinceros acerca de todo el tema. Cómo estaban destinados a conocerse y surgió un cariño entre los dos con lo que sus nombres se asociaron ante los ojos de la gente fue contado en la sala con cartas que contenían las acostumbradas blandenguerías y expresiones comprometidas no dejando ni el menor pretexto que indicara que habían cohabitado abiertamente dos o tres veces por semana en un conocido hotel de la costa y las relaciones, cuando la cosa discurrió por su curso normal, se hicieron en su momento íntimas. Luego la sentencia provisional de divorcio y el Procurador que intenta explicar el porqué y, al no conseguir él anularlo, la sentencia provisional se hizo firme. Pero en cuanto a eso los dos inculpados, enrollados cómo estaban en gran medida el uno con el otro, bien podían permitirse ignorarlo como en gran medida hicieron hasta que se puso el asunto en manos de un abogado quien interpuso una demanda a favor de la parte agraviada en su momento. Él, B., disfrutaba de la distinción de estar cercano al rey no coronado de Erín en persona cuando ocurrió aquello del fracas histórico cuando los del líder caído, que como bien se sabe se mantuvo contra viento y marea hasta la última gota incluso cuando fue cubierto con el manto de adulterio, los > hombres de confianza (los del líder) en número de diez o una docena o posiblemente incluso más penetraron en los talleres de tipografia del *Insuppressible o* no era el *United Ireland* (un apelativo poco apropiado por cierto) y destrozaron las cajas con martillos o algo parecido todo a causa de unas expresiones injuriosas de las plumas fáciles de los escribas o'brienitas ocupados en el habitual despellejarse mutuamente que tenían en el punto de mira la moral privada del en otro tiempo tribuno. Aunque evidentemente un hombre radicalmente alterado aún era una figura sobresaliente aunque descuidadamente vestido como era habitual con aspecto de resuelta determinación que imponía tanto a indecisos hasta que descubrieron para su gran desconcierto que su ídolo tenía los pies de barro después de colocarlo en un pedestal lo que ella, sin embargo, había sido la primera en percibir. Como aquéllas eran circunstancias particularmente delicadas en el follón general Bloom sufrió una lesión menor por sucio tiento del codo de alguien en el gentío que claro está se congregó alojandose en los alrededores de la boca del estómago, afortunadamente no de carácter grave. Su sombrero (el de Pamell) de copa se lo tiraron involuntariamente de un golpe y, como hecho estrictamente histórico, Bloom fue el hombre que lo recogió en el aplastamiento tras ser testigo del suceso con la intención de devolvérselo (y se lo devolvió en efecto con toda celeridad) el cual, suspirando y sin sombrero y cuyos pensamientos estaban a millas de distancia del sombrero en aquellas circunstancias a pesar de ello como un caballero que era con intereses en el campo él, de hecho, habiéndose metido en ello más por el prestigio de la cosa que por ninguna otra razón, lo que se ha mamado infundido en él en su infancia en las rodillas de su madre en la forma de saber qué son buenos modales le salió de inmediato porque se volvió hacia el donante y le dio las gracias con perfecto aplomb, diciendo: *Gra*cias, señor, aunque en un tono de voz muy diferente del dechado de la profesión jurídica cuyo tocado Bloom también había adecentado con anterioridad durante aquel día, la historia que se repite con alguna diferencia, después del entierro de un amigo común cuando le habían dejado solo en su gloria tras la tarea terrible de haber confiado sus restos a la sepultura.

Por otro lado lo que le encolerizaba en lo más íntimo eran los burdos chistes del cochero y demás calaña que se lo tomaban todo a broma, riendo sin moderación, haciendo como que lo entendían todo, el porqué y los motivos, y en realidad no sabiendo ni lo que ellos mismos querían, siendo aquél un caso que concernía a las dos partes implicadas a menos

que resultara que el marido legítimo tuviera algo que ver en ello debido a alguna carta anónima del típico chivato, que por casualidad hubiera dado con ellos en el momento crítico en situación amorosa trabados el uno en los brazos del otro, llamando la atención hacia su ilícito proceder y que llevara a un revuelo doméstico y a que la bella descarriada pidiera perdón a su dueño y señor de rodillas y prometiera romper la relación y no aceptar más sus visitas si es que el marido ofendido pasaba por alto el asunto y dejaba correr el agua con lágrimas en los ojos ella aunque posiblemente con su bella boca chica al mismo tiempo ya que muy posiblemente había otros más. Él personalmente, teniendo inclinación al escepticismo, creía y no tenía pelos en la lengua para decirlo además que el hombre o los hombres en plural siempre andaban rondando en la lista de espera de alguna dama, aun suponiendo que se tratara de la mejor esposa del mundo y se llevaran bastante bien hipotéticamente, hasta el momento en que, desatendiendo ella sus obligaciones, elegía sentirse cansada de la vida de casada y le daba por un poco de aventurilla en libertinaje comedido para activar las atenciones de ellos con intenciones deshonestas, siendo el resultado que su cariño se centraba en otro, la razón de muchas *liaisons* entre mujeres casadas aún atractivas rondando los cuarenta y hombres más jóvenes, sin duda como muchos casos famosos de infatuación femenina habían demostrado hasta la saciedad.

Era una verdadera lástima que un joven, bendecido con una buena dosis de caletre como a su vecino obviamente le sucedía, gastara su valioso tiempo con mujeres disolutas que podían brindarle unas buenas que le duraran toda la vida. En la naturaleza de la felicidad del soltero estaba el que un día tomara para sí una esposa cuando doña Elegida apareciera en escena pero en el ínterin la compañía de señoras era una *conditio sine qua non* aunque él tenía las más serias dudas, no es que él quisiera en lo más mínimo sonsacarle a Stephen acerca de Miss Ferguson (que era muy posiblemente la estrella polar que le había traído a Inshtown tan de mañana), con respecto a si encontraría gran satisfacción gozando de la idea de un noviazgo entre chico y chica y en la compañía de señoritas pazguatas sin un céntimo en el bolsillo de sonrisas tontorronas bisemanal o trisemanalmente con las típicas zaragatas preliminares de juguetear con cumplidos y salir de paseo que conducen a mimitos y flores y chocolatinas. Pensar en él sin casa ni hogar, estafado por alguna patrona peor que cualquier madrastra, era verdaderamente demasiado penoso a su edad. Las cosas raras que inesperadamente soltaba atraían al hombre mayor que tenía varios años más que él o que podía ser su padre pero algo nutritivo sí que debería comer aunque sólo fuera un ponche de huevo hecho con alimento materno sin adulterar o, en su defecto, el casero huevecillo pasado por agua.

—¿A qué hora comió? preguntó a la delgada figura y cansada cara aunque sin arrugas.

—A alguna hora de ayer, dijo Stephen.

—¡Ayer! Bloom prorrumpió hasta que recordó que ya era mañana viernes. ¡Ah, quiere decir que son después de las doce!

—Anteayer, dijo Stephen, corrigiéndose.

Pasmado ante esta información Bloom reflexionó. Aunque no veían las cosas con los mismos ojos de alguna manera una cierta analogía sí que la había como si sus mentes siguieran, por así decirlo, el mismo hilo de pensamiento. A su edad cuando él andaba metido en política hacía unas decenas de años atrás cuando fue un quasi aspirante a los honores parlamentarios en los días del Postaszorreras Foster él también recordaba en retrospectiva (lo que era en sí una fuente de viva satisfacción) que tenía una consideración secreta por esas mismas ideas ultras. Por ejemplo cuando el problema de los aparceros desahuciados, entonces en sus iniciales comienzos, ocupaba extensamente la mente de las gentes aunque, ni que decir tiene, sin contribuir ni con un solo penique ni creyendo a pie juntillas en aquellos dictámenes, algunos de los cuales no tenían el más mínimo fundamento, él inicialmente y por principio en todo caso estaba totalmente a favor de la propiedad del campesinado en cuanto expresión de las tendencias de la opinión moderna (una parcialidad, sin embargo, de la que, habiéndose percatado de su error, se había subsiguiente y parcialmente curado) e incluso se le echó en cara ir un paso más allá que Michael Davitt en sus sorprendentes ideas que en un tiempo abogó como defensor de la vuelta al terruño, que fue una de las razones por las que firmemente le molestó la insinuación lanzada contra él de manera tan descarada por nuestro amigo en la reunión de los clanes en Barney Kiernan con lo que él, aunque a menudo considerablemente mal interpretado y el menos pugnaz de los mortales, habrá que repetir una vez más, se apartó de su acostumbrado hábito para propinarle (metafóricamente) un sopapo en el buche aunque, en lo que a política en sí se refiere, era pero que muy consciente de las bajas que invariablemente se producían por la propaganda y las pruebas de animosidad mutua y la

miseria y el sufrimiento que eso acarreaba en resumidas cuentas a los mejores jóvenes, sobre todo, la destrucción de los más dignos, en una palabra.

De todas formas tras sopesar los pros y los contras, siendo cerca de la una, tal como estaban las cosas, iba ya siendo hora de retirarse al descanso. El problema era que sería algo arriesgado llevarlo a casa puesto que podría ocurrir alguna eventualidad (pues alguien tenía su mal genio a veces) y lo estropeara por completo como aquella noche que equivocadamente trajo un perro a casa (de raza desconocida) con una pata coja (no es que los casos fueran idénticos ni tampoco lo contrario aunque éste se había lastimado la mano también) a Ontano Terrace tal como muy precisamente recordaba, como si estuviera allí, como quien dice. Por otro lado era ya más que tarde para la insinuación sobre Sandymount o Sandycove con lo que se encontraba ante cierta perplejidad sobre cuál de las dos alternativas. Todo señalaba al hecho de que estaba de su parte aprovecharse al máximo de la oportunidad, considerándolo bien. Su impresión inicial era que el otro era una pizca reservado o no muy efusivo pero empezaba a gustarle la idea de alguna manera. Por un lado él podía no saltar de contento como se dice con la idea, si se le sugería, y lo que más le preocupaba era que no sabía cómo preparar el terreno o expresársela exactamente, suponiendo que acogiera la propuesta, ya que le proporcionaría un gran placer personal si le permitiera ayudarle con algo de dinero o ropa, si surgía la oportunidad. De todas formas concluyó, evitando por lo pronto procederes conservadores, una taza de cacao Epp y una cama improvisada para descansar más el uso de una o dos alfombras y un abrigo doblado de almohada al menos estaría en buenas manos y tan calentito como pájaro en su nido era incapaz de ver ningún daño irreparable en ello a condición de que no se armara revuelo de ningún tipo. Había que dar un paso porque aquella dichosa alma infeliz, el viudo al acecho en cuestión que parecía estar pegado a su sitio, no parecía tener ninguna prisa en particular por enfilar a casa a su carísima y amada Queenstown y era altamente probable que el lupanar de algún sanguijuela de bellezas jubiladas donde la edad no era ninguna traba de una bocacalle de Sheriff Street Lower fuera la mejor indicación del paradero de aquel ambiguo personaje durante los próximos días, alternativamente atormentando sus sentimientos (los de las sirenas) con anécdotas de revólveres de recámara rayando en lo tropical calculadas para helarle la sangre en las venas a cualquiera y achuchando sus encantos de gran tamaño de cuando en cuando con alborotado entusiasmo violento acompañándose de grandes potaciones de güisqui matarratas y dándose coba como siempre pues en cuanto a quién era él en realidad que x sea igual a mi nombre y dirección correctos, como observa la señora Álgebra *passim.* Al mismo tiempo se reía para sus adentros por su buena réplica al campeón de la sangre y los clavos de Cristo con lo de que su dios era judío. La gente aguantaba que les mordiera un lobo pero lo que verdaderamente les sacaba de quicio era que les mordiera una oveja. El punto más vulnerable también del tierno Aquiles. Vuestro dios era judío. Porque a menudo parecen imaginar que era de Carrick-on-Shannon o de algún lugar del condado de Sligo.

—Propongo, sugirió nuestro héroe finalmente después de ponderada reflexión al tiempo que prudentemente se embolsaba la foto de ella, ya que aquí el aire está más bien cargado que se venga a casa conmigo y hablemos de todos estos asuntos. Mi alojamiento está muy cerca en los alrededores. No puede beberse esa porquería. ¿Le gusta el cacao? Espere. Voy a pagar todo esto.

Siendo el mejor plan claramente largarse, y el resto pan comido, hizo una señal, mientras prudentemente se embolsaba la foto, al dueño de la caseta que no parecía que.

—Sí, será lo mejor, le aseguró a Stephen a quien en realidad el Brazen Head o él o cualquier otro sitio le daba todo más o menos.

Toda clase de proyectos utópicos se le vinieron a su abrumada cabeza (la de B.), la educación (la de verdad), la literatura, el periodismo, los cuentos premiados, la publicidad más al día, giras de conciertos por balnearios ingleses atiborrados de baños termales y de teatros al lado del mar, localidades agotadas, dúos en italiano con acento perfecto y cantidad de otras cosas, sin necesidad, claro está, de pregonarlo a voz en grito al mundo ni a su mujer, y una racha de buena suerte. Una oportunidad era todo lo que hacía falta. Porque más que sospechar sabía que tenía la voz de su padre en que depositar sus esperanzas lo que se daba por descontado que era así de modo que daba lo mismo, y poco se perdía, llevar la conversación por esa dirección con ese pretexto nada más que.

El carrero leyó en alto del periódico al que había echado mano que el anterior virrey, el conde Cadogan, había presidido la cena de la asociación de cocheros en algún lugar de Londres. El silencio y uno o dos bostezos acompañaron tan sensacional anuncio. Entonces el individuo viejo del rincón que parecía quedarle una chispa de vitalidad leyó en alto que

Sir Anthony MacDonnell se había ido de Euston para ocupar la residencia del primer secretario o palabras de ese tenor. A cuya absorbente información el eco contestó por qué.

—Déjame echarle un vistazo a esa información, abuelo, terció el viejo marinero, manifestando cierta impaciencia natural.

—Toda suya, contestó la parte anciana así interpelada.

El marinero sacó de un estuche que tenía un par de anteojos verdosos que muy lentamente se enganchó sobre la nariz y ambas orejas.

—¿Tiene mal la vista? indagó el afable personaje que se parecía al secretario del ayuntamiento.

—Bueno, contestó el navegante de barba de tartán, que al parecer tenía algo de tipejo literario a su humilde manera, mirando fijamente a través de portillas verdemar como bien se las podría describir, yo uso quevedos para leer. La arena del Mar Rojo se encargó de eso. En tiempos yo podía leer un libro en la oscuridad, como quien dice. *Pasatiempos de las mil y una noches* era mi favorito y *Roja como las rosas era ella.*

En esto que abrió con sus zarpas el diario y examinó detenidamente a saber qué, encontrado ahogado o las hazañas del rey del críquet, Iremonger que había marcado ciento algo el segundo bateador no eliminado para Nottingham, tiempo durante el cual (completamente despreocupado de Ire) el dueño estuvo intensamente ocupado soltándose una bota aparentemente nueva o de segunda mano que manifiestamente le apretaba mientras que mascullaba contra quien fuera que se la había vendido, todos aquellos que estaban lo suficientemente despiertos como para ser clasificados por sus expresiones faciales, como si dijéramos, o bien observaban sencillamente en actitud tacituma o hacían algún comentario trivial.

Para decirlo en pocas palabras Bloom, aprovechándose de la situación, fue el primero en levantarse de su asiento para no quedarse más tiempo del conveniente habiendo antes que nada, y cumpliendo con su palabra de que apoquinaría en esta ocasión, tomado la sabia precaución de indicar discretamente a nuestro anfitrión como último comentario con una señal apenas perceptible cuando los demás no estaban mirando en cuanto que la cantidad que se debía venía de camino, ascendiendo a un total de cuatro peniques (cantidad que depositó discretamente en forma de cuatro monedas de cobre, literalmente el último de los mohicanos), habiendo él previamente avistado en la lista de precios impresa para cualquiera que se tomara la molestia de leerla en frente de él en números inconfundibles, café 2 peniques, pasteles igual, y francamente el doble de lo que valían sin que sirva de precedente, como Wetherup solía decir.

—Vamos, aconsejó para terminar la *séance.*

Viendo que funcionaba la artimaña y que el campo estaba despejado abandonaron el albergue o caseta juntos y la *elite* comparsa del hule y compañía a quienes sólo un terremoto arrancaría de su *dolcefarniente.* Stephen, que confesó que aún se sentía mal y fatigado, se paró en la, por un momento, la puerta.

—Algo que nunca he entendido, dijo para ser original sin pensárselo dos veces. Por qué ponen las mesas patas arriba por la noche, quiero decir las sillas patas arriba, encima de las mesas de los cafés.

A cuyo impromptu el indefectible Bloom replicó sin dudarlo un momento, diciendo al punto:

—Para barrer el suelo por la mañana.

Dicho esto se escurrió por un lado, diligentemente considerando, sincero al mismo tiempo que apologético para ponerse a la derecha de su acompañante, una costumbre suya, dicho sea de paso, siendo su lado derecho, según expresion clásica, su debilidad de Aquiles. El aire de la noche era en z:

verdad a estas horas un placer de respirar aunque Stephen andaba un poco flojo de los remos.

—Le hará (el aire) bien, dijo Bloom, queriendo decir también el paseo, en un momento. No hay como andar luego te sientes otro. Vamos. No está lejos. Apóyese en mí.

Consiguientemente pasó su brazo izquierdo por el derecho de Stephen y se lo llevó consiguientemente

—Sí, dilo Stephen indeciso porque le parecía que sentía una cierta carne desconocida de alguien diferente que se le acercaba, sin nervio y temblorosa y todo eso.

De todas formas pasaron la garita con las piedras, el brasero etc. donde el suplente municipal, ex Gumley, estaba aún a todos los efectos en brazos de Murfeo, tal como dice el adagio, soñando con frescas campiñas y pastos nuevos. *Y apropos* de ataúdes de piedras la analogía no era del todo mala ya que fue en realidad una lapidación a muerte de parte de setentaidós distritos electorales de los ochenta y pico que le dejaron en la estacada en el momento de la escisión y principalmente la ensalzada clase campesina, probablemente los mismísimos aparceros desahuciados que él había plantado en sus tierras.

De modo que pasaron a charlar de música, una forma de arte por la que Bloom, como simple amateur, sentía un especial cariño, mientras proseguían su camino cogidos del brazo por Beresford Place. La música wagneriana, aunque manifiestamente grandiosa a su manera, era un tanto pesada para Bloom y dificil de seguir a la primera audición pero con la música de *Los hugonotes* de Mercadante, *Las siete últimas palabras en la cruz* de Meyerbeer y la *Duodécima misa* de Mozart sencillamente se deleitaba, siendo el *Gloria* de ésta, a su entender, el súmmum de la música de calidad, que literalmente echaba por tierra cualquier otra cosa. Él prefería infinitamente la música sacra de la iglesia católica a cualquier cosa que la competencia pudiera ofrecer en esa línea como era el caso de aquellos himnos de Moody y Sankey o *Que viva pídeme y para ser tu protestante viviré.* Admiraba más que nadie el *Stabat Mater* de Rossini, una pieza sencillamente plagada de números inmortales, con los que su mujer, Madam Manon Tweedy, consiguió un éxito, algo auténticamente sensacional, podía decir sin miedo a equivocarse, que añadía grandemente a sus otros laureles y eclipsaba completamente a los otros, en la iglesia de los padres jesuitas de Upper Gardiner Street, habiendo estado el edificio sagrado a rebosar de virtuosos para oírla, o *virtuosi* más bien. Unánimemente se estimó que nadie estaba a su altura y sea suficiente decir que en un lugar de culto por la música de carácter sagrado había un deseo expresado al unísono de pedir la repetición. En general aunque estaba a favor preferentemente de la ópera ligera del tipo de *Don Giovanni y Martha,* una joya en su estilo, tenía un *penchant,* aunque con sólo unos conocimientos superficiales, por la severa escuela clásica como Mendelssohn. Y hablando de eso, dado por supuesto que él lo sabría todo sobre los viejos favoritos, citó *par excellence* el aire de Lionel en *Martha, M appari,* el cual, curiosamente, había oído u oído a medias, para ser más preciso, ayer, un privilegio que él agradecía vivamente, de labios del respetado padre de Stephen, cantado a la perfección, un estudio del número musical, en realidad, que obligó a abandonar a los demás. Stephen, en respuesta a la indagación educadamente enunciada, dijo que él no lo cantaba pero se disparó en alabanzas de las canciones de Shakespeare, cuando menos las de su tiempo o por ahí, el tañedor de laúd Dowland que vivía en Fetter Lane cerca de Gerard el herborista, que *annos ludendo hausi, Doulandus,* un instrumento que estaba él considerando comprarle a Mr. Arnold Dolmetsch, a quien B. no conseguía recordar aunque el nombre sí le sonaba, por sesentaicinco guineas y Famaby e hijo con sus canciones conceptistas *dux y comes y* Byrd (William) que le tocaba la espineta, dijo, a la Reina en su capilla o en cualquier otro sitio que la encontrara y un tal Tomkins que hacía coplillas o aires y John Bull.

En la calle a la que se acercaban mientras continuaban hablando más allá de las cadenas balanceantes un caballo, tirando de una barredora, pateaba el empedrado, arrebañando una larga hilera de bahorrina de modo que con el ruido Bloom no estaba muy seguro de si había cogido bien la alusión a las sesentaicinco gumeas y a John Bull. Inquirió si se trataba de John Bull la celebridad política del mismo nombre, ya que le chocaba, los dos nombres idénticos, como una coincidencia chocante.

Junto a las cadenas el caballo giró lentamente para volver- z: se, percibiendo lo cual, Bloom, que como siempre andaba con el ojo largo, le tiró de la manga al otro suavemente, comentando burlonamente:

—Nuestras vidas corren peligro esta noche. Cuidado con la apisonadora.

Con esto se pararon. Bloom miró a la cabeza de un caballo que no valía ni de lejos sesentaicinco guineas, de pronto visible en la oscuridad bastante cerca así que parecía nuevo, un agrupamiento diferente de huesos e incluso carnes porque a todas luces era un cascorvo, un chalate, un abocinado, un gurrufero, un cabezacolgona que anda de pie quebrado mientras su amo y señor encaramado encima, divaga ensimismado. Pero una pobre bestia tan buena que sentía no tener un terrón de azúcar pero, como sensatamente reflexionó, nadie podía estar preparado para cualquier emergencia que surgiera. Era sólo un caballo grande nervioso torpe y del tipo babieca, sin una sola preocupación en el mundo. Pero incluso un perro, reflexionó, por ejemplo ese chucho en Bamey Kieman, que tuviera el mismo tamaño, daría pavor encontrárselo de frente. Pero no era la culpa de un animal en especial si había sido creado de esa forma como el camello, barco del desierto,

convirtiendo las uvas en güisqui matarratas en su joroba. El noventa por ciento de ellos podían ser enjaulados o amaestrados, nada más allá del talento del hombre excluyendo a las abejas. La ballena con un arpón de horquilla, el aligator cosquilleándole el lomo y le hace gracia, traza un círculo con tiza para el gallo, al tigre con el ojo hipnótico. Estas reflexiones apropiadas en lo tocante a las bestias del campo le ocupaban la mente algo distraída por las palabras de Stephen mientras el camello urbano maniobraba y Stephen seguía con lo del altamente interesante y viejo.

—¿Qué es lo que estaba diciendo? ¡Ah, sí! Mi mujer, insinuó, sumergiéndose *in medias res,* estaría encantadísima de conocerle pues tiene una gran pasión por la música de cualquier clase. .

Miró de lado de manera amistosa al perfil de Stephen, la viva estampa de su madre, que no era lo que se dice el tipo frecuente de guaperas sinvergüenza por el que ellas se pirran porque no estaba quizá así constituido.

Aun así, suponiendo que tuviera el don de su padre como él más que sospechaba, eso le abría nuevos horizontes en su mente tales como el de la asociación de industrias irlandesas patrocinado por Lady Fingall, concierto que tuvo lugar el lunes anterior, y por la aristocracia en general.

Exquisitas variaciones interpretaba él ahora sobre una canción *Lajuventud llega a sufin* por Jans Pieter Sweelinck, un holandés de Amsterdam de donde son las froilans. Mucho más le gustaba una vieja canción alemana de Johannes jeep sobre el mar despejado y las voces de las sirenas, melodiosas asesinas de hombres, que dejó bastante de piedra a Bloom:

Von der Sirenen Listigkeit
Tun die Poeten dichen.

Estos compases iniciales cantó y tradujo *extempore.* Bloom, asintiendo, dijo que entendía perfectamente y le rogó que siguiera por favor cosa que hizo.

Una voz de tenor fenomenalmente bella como ésa, la más excepcional de las bendiciones, que Bloom estimó ya desde la primera nota que entonó, podría fácilmente, si era convenientemente controlada por alguna autoridad reconocida en orientación de voz tal como Barraclough y sabiendo leer música además, poner su propio precio donde los barítonos se cotizan a perra chica y lograr para su afortunado poseedor en un futuro cercano una *entrée* en las mejores casas de los barrios elegantes de magnates financieros de grandes negocios y gente con títulos nobiliarios donde con su licenciatura universitaria (una buena propaganda a su manera) y porte de caballero para influir aún más en la buena impresión infaliblemente se apuntaría un claro éxito, estando dotado de buena cabeza que también podía utilizarse con este propósito y otros requisitos, si su ropa fuera convenientemente cuidada de manera que se abriera camino mejor y así ganarse las simpatías de ellos ya que él, juvenil principiante en los recovecos sartonales de la sociedad, dificilmente entendería cómo algo tan insignificante como aquello podía terciar en su contra. No era en realidad más que cuestión de meses y podía fácilmente verle participando en sus *conversaziones* artísticas y musicales durante las festividades navideñas, particularmente, causando un ligero revuelo en los palomares del bello sexo y considerado cantidad por las señoras en busca de emociones, casos así, como él muy bien sabía, constaban — de hecho, sin echarse faroles, él mismo en tiempos de Maricastaña, si le hubiera importado, habría podido. Sumado a todo ello claro que había que contar con los emolumentos pecuniarios que de ningún modo podían pasarse por alto, que irían seguidos de sus honorarios por enseñar. No es que, hizo un paréntesis, por amor del sucio lucro tuviera necesariamente que abrazar la vía lírica como profesión en la vida durante un periodo largo de tiempo. Pero un paso en la dirección correcta sí que lo era contra cualquier opinión opuesta y lo mismo monetaria que mentalmente no suponía sombra alguna en su dignidad en lo más mínimo y a menudo venía como llovido del cielo que le dieran a uno un talón en un momento de verdadera necesidad cuando cualquier cosilla servía de ayuda. Además, aunque el gusto últimamente se había deteriorado en extremo, música original como aquélla, diferente de la práctica convencional, se pondría rápidamente de moda ya que sería una verdadera novedad para el mundo musical de Dublín después de la retahíla trillada acostumbrada de pegadizos solos de tenor endilgados a un público incauto por parte de Ivan St. Austell y Hilton St. Just y sus *genus omne.* Sí, sin ningún género de dudas que podía, con todas las cartas en la mano y tenía una gran oportunidad para hacerse un nombre por sí mismo y ganarse una posición privilegiada en la estima de la ciudad donde podría exigir una cifra alta y, reservas por delante, dar un gran concierto para los asiduos del teatro de King Street, dado un padrino, si es que

hubiera uno disponible que le diera un empujoncito para arriba, como quien dice, un gran si sin embargo, con algo del impulso del tipo de emprendedor que facilita la inevitable procrastinacion que a menudo confundía a las estrellas demasiado mimadas. Y no tenía por qué quitarle mérito a lo otro ni un ápice pues, no dependiendo de nadie, tendría un montón de tiempo para practicar la literatura en los ratos libres cuando le viniera en gana sin que ello chocara con su carrera vocal o supusiera nada despectivo en absoluto ya que era cuestión que a él sólo le concemía. De hecho, no tenía más que coger la oportunidad con las manos por lo cual ésa era la verdadera razón por la que el otro, en posesión de un olfato extremadamente aguzado para olerse dónde había gato encerrado del tipo que fuera, no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

El caballo estaba en ese preciso instante. Y más tarde en el momento oportuno se proponía (Bloom se entiende), sin de ningún modo curiosear en sus asuntos privados amparado en el principio de los *necios irrumpen donde los ángeles,* aconsejarle que cortara la relación con un cierto médico en ciernes que, había notado, era dado a denigrarle e incluso en cierta medida con algún pretexto divertido cuando no estaba presente, a despreciarle, o lo que se quiera llamar que en la modesta opinión de Bloom mostraba el talante feo del talante de una persona, sin intención de hacer juegos de palabras.

Estando el caballo ya en sus últimas, como quien dice, se paró y, levantando en alto una altanera cola emplumada, puso su granito de arena dejando caer al suelo lo que el barrendero pronto barrería y limpiaría, tres humeantes esferas de boñigas. Lentamente tres veces, una detrás de la otra, desde una grupa desbordante emboñigó el empedrado. Y humanitariamente su conductor esperó a que él (o ella) terminara, paciente en su coche guadañado.

Uno al lado del otro, Bloom, valiéndose del *contretemps,* junto a Stephen, pasaron por el resquicio en las cadenas, divididas por el poste, y, saltando por encima de una sarta de boñigas, cruzaron hacia Gardiner Street Lower, al tiempo que Stephen cantaba más atrevidamente, aunque no fuerte, el final de la balada.

Und alíe Schiffe brücken.

El conductor no abrió la boca, ni para bien ni para mal, únicamente miró a las dos figuras, *sentado en su tartana,* las dos de negro, una gruesa, la otra delgada, que caminaban hacia el puente del ferrocarril, *para ser casados por el Padre Maber.* Mientras caminaban a veces se paraban y volvían a caminar continuando su *tëte á tête* (al que, por supuesto, él era completamente ajeno) sobre sirenas, los enemigos de la mente del hombre, mezclado con una porción de diversos temas de la misma categoría, usurpadores, casos históricos de esa clase mientras que el hombre de la barredora y por qué no llamarla del coche-cama que de todos modos no había manera de que pudiera oír porque ellos estaban demasiado lejos sencillamente seguía sentado en su asiento cerca de donde se acaba Lower Gardiner Street y *seguía con la mirada la tartana.*

17

¿QUÉ cursos paralelos siguieron Bloom y Stephen al volver?

Empezando ambos al mismo tiempo a paso ordinario desde Beresford Place siguieron en el orden que se menciona por Lower y Middle Gardiner Streets y Mountjoy Square West: luego, a paso reducido, cada uno guardando la izquierda, Gardiner Place por inadvertencia hasta la esquina más lejana de Temple Street: luego, a paso más lento con interrupciones de paradas, guardando la derecha, Temple Street North, hasta Hardwicke Place. Aproximándose, dispares, a paso relajado cruzaron diametralmente ambos la glorieta delante de la iglesia de George, la cuerda en todo círculo siendo menor que el arco que la subtiende.

¿Sobre qué deliberó el duunvirato durante su itinerario?

Música, literatura, Irlanda, Dublín, París, la amistad, la mujer, la prostitución, la dieta, la influencia del alumbrado de gas y de la lámpara incandescente en el desarrollo dé los paraheliotrópicos árboles limítrofes, los cubos de basura de emergencia al aire libre de la corporación municipal, la iglesia católica, el celibato eclesiástico, la nación irlandesa, la educación jesuítica, las carreras, el estudio de la medicina, el día anterior, la influencia maléfica del presábado, el colapso de Stephen. ¿Descubrió Bloom factores comunes de similitud entre sus respectivas reacciones semejantes y desemejantes ante la experiencia?

Ambos eran sensibles a las impresiones artísticas, las musicales preferentemente a las plásticas y pictóricas. Ambos preferían el modo de vida continental al insular, lugar de residencia cisatlántico al transatlántico. Ambos indurados por temprana instrucción doméstica y por una tenacidad heredada de resistencia heterodoxa profesaban su incredulidad en muchas doctrinas religiosas, nacionales, sociales y éticas ortodoxas. Ambos admitían la influencia alternativamente estimulante y obtundente del magnetismo heterosexual.

¿Era su opinión en algunos puntos divergente?

Stephen disentía abiertamente de la opinión de Bloom sobre la importancia del esfuerzo personal dietético y cívico mientras que Bloom disentía tácitamente de la opinión de Stephen sobre la afirmación eterna del espíritu del hombre en la literatura. Bloom asentía secretamente a la rectificación de Stephen sobre el anacronismo implicado al asignar la fecha de la conversión de la nación irlandesa del druidismo al cristianismo por Patricio hijo de Calpomo, hijo de Potito, hijo de Odiseo, enviado por el papa Celestino 1 en el año 432 en el reinado de Leary al año 260 más o menos en el reinado de Cormac MacArt (t 266 d. de C.), asfixiado por deglución imperfecta de alimento en Sletty y enterrado en Rossnaree. El colapso que Bloom imputaba a inanición gástrica y a ciertos compuestos químicos en diferentes grados de adulteración y de graduación alcohólica, acelerados por el esfuerzo mental y la velocidad de la rápida moción circular en un ambiente relajante, lo atribuía Stephen a la reaparición de una nube matutina (percibida por ambos desde diferentes puntos de observación, Sandycove y Dublín) al principio no más grande que la mano de una mujer.

¿Había algún punto en el que sus opiniones eran iguales y negativas?

La influencia del alumbrado público o de la luz eléctrica en el desarrollo de los paraheliotrópicos árboles limítrofes.

¿Había discutido Bloom temas similares durante perambulaciones nocturnas en el pasado?

En 1884 con Owen Goldberg y Cecil Tumbull por la noche en la vía pública entre Longwood Avenue y Leonard's Comer y Leonard's Comer y Synge Street y Bloomfield Avenue. En 1885 con Percy Apjohn por las tardes, apoyados contra la pared entre Villa Gibraltar y la casa Bloomfield en Crumlin, baronía de Uppercross. En 1886 alguna que otra vez con amistades ocasionales y compradores eventuales en escalones de puertas, en salitas, en vagones de tercera de los ferrocarriles suburbanos. En 1888 frecuentemente con el comandante Brian Tweedy y su hija Miss Manon Tweedy, juntos y por separado en el

salón de la casa de Matthew Dillon en Roundtown. Una vez en 1892 y una vez en 1893 con Julius Qudas) Mastiansky, en ambas ocasiones en la salita de su casa (la de Bloom) en Lombard Street West.

¿Qué reflexiones relacionadas con la secuencia irregular de las fechas 1884, hizo Bloom antes de que llegaran a su destino?

Reflexionó que la extensión progresiva del campo de desarrollo y experiencia individuales estaba acompañada regresivamente por una restricción en la esfera opuesta de las relaciones intenndividuales.

¿En qué aspectos?

Desde la inexistencia a la existencia llegó a muchos y fue como uno recibido: existencia con existencia él estaba con cualquiera como cualquiera con cualquiera: desde la existencia a la no-existencia una vez que faltara sería por todos como nada percibido.

¿Qué acto realizó Bloom cuando llegaron a su destino?

En los escalones de la casa del 4.° de los números impares equidiferentes, el número 7 de Eccles Street, insertó la mano mecánicamente en el bolsillo trasero de los pantalones para conseguir la llave.

¿Estaba allí?

Estaba en el bolsillo correspondiente de los pantalones que había llevado durante el día precedente.

¿Por qué se irritó doblemente?

Porque se había olvidado y porque recordaba que había recordado dos veces no olvidarse.

¿Cuáles eran entonces las alternativas para la, premeditadamente (respectivamente) e inadvertidamente, pareja sin llave?

Entrar o no entrar. Llamar o no llamar.

¿La decisión de Bloom?

Una estratagema. Apoyando los pies en el antepecho, saltó por encima de la verja de la entrada al sótano, se encasquetó el sombrero, se agarró a dos puntos de la unión inferior de los barrotes y travesaños, bajó el cuerpo gradualmente a todo lo largo de sus cinco pies nueve pulgadas y media a dos pies diez pulgadas del pavimento de la entrada al sótano y dejó que el cuerpo se moviera libremente en el espacio al separarse de la verja y encogerse en preparación para el impacto de la caída.

¿Cayó?

Por el peso conocido de su cuerpo de ciento cincuenta y ocho libras en el sistema avoirdupois, según lo certificaba la máquina graduada para autopesos periódicos en el local de Francis Froedman, químico farmacéutico en Fredenck Street

North, 19, en la última fiesta de la Ascensión, a saber, el día doce de mayo del año bisiesto mil novecientos cuatro de la 1 era cristiana (de la era judía el cinco mil seiscientos sesentaicuatro, de la era mahometana el mil trescientos veintidós), número áurico 5, epacta 13, ciclo solar 9, letras dominicales CB, indicción romana 2, periodo juliano 6617, MCMIV.

¿Se levantó indemne de la conmoción?

Recobrando nuevo equilibrio estable se levantó indemne aunque conmocionado por el impacto, levantó el picaporte de la puerta del sótano mediante el empleo de fuerza en la pestaña de libre movimiento y mediante palanca de la primera clase aplicada en su fulcro, ganó acceso retardado a la cocina a través del fregadero subyacente, inflamó una cerilla lucifer por frotación, liberó gas de carbón abriendo la válvula, encendió una llama alta que, al regularla, redujo a candescencia quiescente y encendió finalmente una vela portátil.

¿Qué sucesión discreta de imágenes percibió Stephen entretanto?

Reclinado contra la verja de la entrada al sótano percibió a través de los cristales transparantes de la cocina a un hombre que regulaba una llama de gas de 14 bujías, un hombre que encendía una vela de 1 bujía, un hombre que se quitaba una bota detrás de otra, un hombre que abandonaba la cocina llevando una vela.

¿Reapareció el hombre en otro sitio?

Tras un lapso de cuatro minutos el replandor de la vela se hizo discernible a través del

montante semicircular de cristal semitransparente de la puerta del recibidor. La puerta rotó sobre sus goznes. En el espacio abierto del portal el hombre reapareció sin sombrero, con la vela.

¿Obedeció Stephen la señal?

Sí, entrando cuidadosamente, ayudó a cerrar y a echar la cadena de la puerta y siguió cuidadosamente a lo largo del pasillo la espalda del hombre y los pies escorados y la vela encendida pasando por un resquicio iluminado de una puerta a la izquierda y cuidadosamente bajó una escalera con recodo de más de cinco escalones hasta la cocina de la casa de Bloom.

¿Qué hizo Bloom?

Extinguió la vela con una fuerte expiración de aire sobre la llama, arrimó dos sillas de tijera con asiento de cuchara a la chimenea, una para Stephen de espaldas a la entrada al sótano, la otra para cuando él mismo la necesitara, se arrodilló sobre una rodilla, preparó en la rejilla de la chimenea una pira con teas entrecruzadas y papeles varios coloreados y polígonos irregulares del mejor carbón Abram a veintiún chelines la tonelada del depósito de Messrs. Flower y M'Donald en D'Olier Street, 14, la encendió en tres puntos salientes del papel con una cerilla lucifer prendida, con lo que se liberó la energía potencial contenida en el combustible al permitir que sus elementos de carbón e hidrógeno entraran en unión libre con el oxígeno del aire.

¿En qué apariciones similares pensó Stephen?

En otras en otros sitios en otros tiempos que, arrodilladas sobre una rodilla o sobre las dos, encendían el fuego para él, en el hermano Michael en la enfermería del colegio de la Sociedad de Jesús en Clongowes Wood, Sallins, en el condado de Kildare: en su padre, Simon Dedalus, en un cuarto desamueblado de su primera residencia en Dublín, número trece de Fitzgibbon Street: en su madrina Miss Kate Morkan en la casa de su hermana moribunda Miss Julia Morkan en Usher's Island, 15: en su tía Sara, mujer de Richie (Richard) Goulding, en la cocina de su alojamiento en Clanbrassil Street, 62: en su madre, mujer de Simon Dedalus, en la cocina del número doce de North Richmond Street la mañana de la festividad de San Francisco Javier, 1898: en el jefe de estudios, el padre Butt, en el aula de fisica de University College, Stephen's Green North, 16: en su hermana Dilly (Delia) en la casa de su padre en Cabra.

¿Qué vio Stephen al levantar la mirada a la altura de una yarda del fuego a la pared de enfrente?

Bajo una hilera de cinco campanillas de muelles helicoidales una cuerda curvilínea, tendida entre dos sujetadores que atravesaba el hueco junto al machón de la chimenea, de la que colgaban cuatro pañuelos cuadrados de tamaño pequeño doblados por separado consecutivamente en rectángulos adyacentes y un par de medias de señora grises con liguero Lisle en su parte superior y los pies en su posición habitual sujetas por tres pinzas de madera erectas dos en sus extremidades exteriores y la tercera en el punto de juntura.

¿Qué vio Bloom en el fogón?

En la hornilla derecha (la más pequeña) un cazo azul esmaltado: en la hornilla izquierda (la más grande) un hervidor de hierro negro.

¿Qué hizo Bloom en el fogón?

Cambió el cazo a la hornilla izquierda, se incorporó y llevó el hervidor de hierro al fregadero con el fin de liberar la corriente dando vueltas al grifo para que fluyera.

¿Fluyó?

Sí. Desde el embalse de Roundwood en el condado de Wicklow con capacidad cúbica para 2.400 millones de galones, discurriendo a través de un acueducto subterráneo de conductos de filtrado de filtro y de tuberías simples y dobles construido a un coste inicial de instalación de cinco libras esterlinas por yarda lineal siguiendo el camino de Dargle, Rathdown, Glen de los Downs y Callowhill hasta el embalse de 26 acres en Stillorgan, hasta una distancia de 22 millas legales, y de allí, a través de un sistema de aliviaderos, con un gradiente de 250 pies hasta los confines de la ciudad en el puente de Eustace, Upper Leeson Street, aunque a causa de una prolongada sequía de verano y un suministro diario de $12^{1}/2$ millones de galones el agua había bajado por debajo del listón de las compuertas de evacuación razón por la cual el inspector del municipio e ingeniero de abastecimiento de aguas, Mr. Spencer Harty, ingeniero de caminos y puertos, por orden del Consejo de abastecimiento de aguas había prohibido el uso del agua municipal para fines

distintos a los del consumo (afrontando la posibilidad de recurrir a las aguas impotables de los canales Grand y Royal como sucedió en 1893) teniendo en consideración que el asilo South Dublin Guardians, a pesar de su asignación de 15 galones por día y pobre suministrada a través de un contador de 6 pulgadas, había sido declarado culpable de un despilfarro de 20.000 galones por noche según constaba en la lectura de su contador de conformidad con la declaración del representante legal de la corporación, Mr. Ignatius Rice, procurador, actuando por ello en detrimento de otro sector del público, contribuyentes autónomos solventes y responsables.

¿Qué admiraba en el agua Bloom, amante del agua, sacador de agua, aguador, al volver al fogón?

Su universalidad: su igualdad democrática y la constancia de su naturaleza al buscar su propio nivel: su inmensidad en el océano de la proyección de Mercator: su no sondada profundidad de la fosa de Sundam en el Pacífico que sobrepasa las 8.000 brazas: la agitación de sus olas y las partículas de la superficie visitando uno tras otro todos los puntos del litoral: la independencia de sus unidades: la variabilidad de las condiciones del mar: su quiescencia hidrostática en calma: su turgencia hidrocinética en mareas muertas y en mareas vivas: su quietud tras la devastación: su esterilidad en los casquetes circumpolares, ártico y antártico: su trascendencia climática y comercial: su preponderancia de 3 a 1 sobre la tierra firme del globo: su indisputable hegemonía que se manifiesta en leguas cuadradas sobre todas la regiones por debajo del trópico subecuatonal de Capricomio: la estabilidad multisecular de su prístina cuenca pelágica: su luteoleonado fondo: su capacidad para disolver y retener en solución todas las sustancias solubles incluyendo millones de toneladas de los más preciados metales: su lenta erosión de penínsulas e islas, su persistente formación de islas homotéticas, penínsulas y promontorios descendienteinclinados: sus depósitos aluviales: su peso y volumen y densidad: su imperturbabilidad en lagunas y pequeños lagos de montaña: su gradación de colores en zonas tórridas y templadas y frías: sus ramificaciones vehiculares en corrientes continentales conteniendo lagos y ríos confluyentes y oceanofluyentes con sus tributarios y comentes transoceánicas, comente del golfo, trayectoria norte y sur ecuatoriales: su violencia en maremotos, trombas marinas, pozos artesianos, erupciones, torrentes, contracorrientes, aluviones, crecidas, mar de fondo, cuencas, líneas divisorias de las aguas, géiseres, cataratas, remolinos, vórtices, inundaciones, diluvios, chaparrones: su inmensa curva ahonzontal circunterrestre: su recondidez en las fuentes y latente humedad, puesta de manifiesto por instrumentos divinatorios e higrométricos e ilustrada por el pozo junto al agujero en el muro de Ashtown Gate, la saturación del aire, la destilación del rocío: la simplicidad de su composición, dos partes componentes de hidrógeno con una parte componente de oxígeno: sus virtudes curativas: su flotabilidad en las aguas del Mar Muerto: su penetrabilidad perseverante en arroyadas, barrancos, diques inadecuados, vías de agua en barcos: sus propiedades para limpiar, para apagar la sed y el fuego, alimentar la vegetación: su infalibilidad como paradigma y parangón: su metamorfosis como vapor, niebla, nube, lluvia, cellisca, nieve, granizo: su fuerza en mangueras rígidas: su variedad de formas en rías y bahías y en golfos y ensenadas y en estrechos y lagunas y en atolones y archipiélagos y en istmos y fiordos y canales y estuarios y 'brazos de mar: su solidez en glaciares, icebergs, témpanos de hielo: su docilidad en mover ruedas de molino hidráulicas, turbinas, dinamos, centrales eléctricas, tintorerías, curtidurías, agramaderías: su utilidad en canales, ríos, si navegables, en diques flotantes y de carena: su potencialidad derivable de mareas aprovechadas o corrientes de agua cayendo de altura en altura: su fauna y flora submarinas (anacústica y fotofobia), numéricamente, si no literalmente, los habitantes del globo: su ubicuidad en cuanto que constituye el 90% del cuerpo humano: la nocividad de sus efluvios en marismas lacustres, ciénagas pestilentes, agua de flores estropeada, estanques estancados en luna menguante.

Habiendo puesto el hervidor semilleno en los ahora encendidos 230 carbones ¿por qué volvió al grifo todavía manante?

Para lavarse las manos sucias con una pastilla parcialmente consumida de jabón Barrington limonaromatizado, a la que el papel aún se adhería (comprado trece horas previamente por cuatro peniques y aún sin pagar), en agua fresca corriente mutable e inmutable y secárselas, cara y manos, en un largo paño de holanda con reborde rojo colocado sobre un rodillo giratorio de madera.

¿Qué razón dio Stephen para rehusar la oferta de Bloom?

Que era hidrófobo, que odiaba el contacto parcial por inmersión o total por sumergimiento en agua fría (su último baño habiendo tenido lugar en el mes de octubre del

año precedente), que tenía aversión a sustancias acuosas en el vidrio y el cristal, que desconfiaba de las acuosidades en el pensamiento y la lengua.

¿Qué impidió a Bloom darle a Stephen consejos sobre la higiene y profilaxis a lo que cabría añadir sugerencias relacionadas con la mojadura preliminar de la cabeza y contracción de los músculos con rápidos salpicados en la cara y el cuello y en la región torácica y epigástrica en el caso de bañarse en el mar o en un río, las partes de la anatomía humana más sensibles al frío siendo la nuca, el estómago y el tenar o planta del pie?

La incompatibilidad de la acuosidad con la originalidad errática del genio.

¿Qué consejos didácticos adicionales reprimió de igual manera?

Dietéticos: en relación con los porcentajes respectivos de proteínas y energía calórica de la panceta, langa salado con mantequilla, la ausencia de lo primero en lo último mencionado y la abundancia de lo último en lo mencionado primero.

¿Qué cualidades le parecía al anfitrión que predominaban en su invitado?

Confianza en sí mismo, un poder igual y opuesto de abandono y recuperación.

¿Qué fenómeno concomitante tuvo lugar en el recipiente de líquido por mediación del fuego?

El fenómeno de ebullición. Avivada por una corriente constante ascendente de ventilación entre la cocina y el tiro de la chimenea, la ignición se propagó desde los haces de leña precombustible a las masas poliédricas de carbón bituminoso, que contenían en forma de mineral prensado residuos foliados fosilizados de bosques prístinos que habían a su vez obtenido su existencia vegetativa del sol, origen primario del calor (radiante), transmitido a través del omnipresente lumínico diatermo éter. El calor (convecto), un modo de aceleración impulsada por la tal combustión, era constante y progresivamente transportado desde el origen de calonficación al liquido contenido en el recipiente, siendo difundido a través de la oscura y desigual superficie sin pulir de metal ferroso, en parte reflectado, en parte absorbido, en parte transmitido, aumentando gradualmente la temperatura del agua desde el punto neutro al de ebullición, un aumento de la temperatura expresable como el resultado de un gasto de 72 unidades témùcas esenciales para aumentar una libra de agua de 50° a 212° Fahrenheit.

¿Qué anunció la realización de este aumento de la temperatura?

Una doble eyección falciforme de vapor de agua desde debajo de la tapa del hervidor por ambos lados simultáneamente.

¿A qué propósito personal pudo Bloom haber dedicado el agua así hervida?

A afeitarse.

¿Qué ventajas ofrecía el afeitarse por la noche?

Una barba más suave: una brocha más suave si intencionadamente se la dejaba de afeitado en afeitado con la espuma pegada: una piel más suave si inesperadamente se tropezara con hembras conocidas en lugares remotos a horas inusitadas: reflexiones sosegadas sobre el transcurso del día: sensación de más limpieza al despertar tras un sueño más reconfortante puesto que los ruidos matutinos, premoniciones y perturbaciones, el retumbo de una cántara de leche, la doble llamada del cartero, el periódico leído, releído al enjabonarse, al reenjabonarse la misma parte, un susto, una punzada, con el pensamiento en algo que buscara aunque a nada llevara podrían provocar un ritmo más rápido de afeitado y un corte en el que un esparadrapo con precisión cortado y humectado y aplicado se adheriría: que era lo que había que hacer.

¿Por qué la ausencia de luz le perturbaba menos que la presencia de ruidos?

Por la seguridad del sentido del tacto en su mano firme toda masculina femenina pasiva activa.

¿Qué cualidad poseía (la mano) pero con qué contrarrestante influencia?

La cualidad quirúrgica operativa pero era reacio al derramamiento de sangre humana incluso cuando el fin justificaba los medios, prefiriendo, en su orden natural, la helioterapia, psicofisicoterapéutica, la cirugía osteopática.

¿Qué quedó al descubierto en los estantes de abajo, de en medio y alto del aparador de la cocina, que Bloom abrió?

En el estante de abajo cinco platos de desayuno verticales, seis platillos de desayuno en los que descansaban tazas de desayuno invertidas, una taza con bigotera, no invertida, con

su platillo de porcelana Crown Derby, cuatro hueveras blancas con filo dorado, un monedero abierto de gamuza mostrando unas monedas, sobre todo calderilla, y un frasco de confites (de violeta) aromáticos. En el estante de en medio una huevera desconchada conteniendo pimienta, un bote con sal de mesa, cuatro olivas negras conglomeradas en papel oleaginoso, un tarro vacío de fiambre en pote Ciruelo, una cesta ovalada de mimbre fondada con fibra y conteniendo una pera de jersey, una botella medio vacía de oporto blanco para inválidos de William Gilbey y Cía., medio despojada de su envoltura de papel de seda rosacoral, un paquete de cacao soluble Epp, cinco onzas de té selecto Anne Lynch a 2 chelines la libra en una bolsa de papel de plata arrugada, una lata cilíndrica conteniendo terrones del mejor azúcar cristalizado, dos cebollas, una, la más grande, española, entera, la otra, más pequeña, irlandesa, bisecada con superficie acrecentada y más fragante, un bote de leche cremada de la Granja Modelo Irlandesa, una jarra de loza marrón conteniendo un cuarto y mitad de pinta de leche adulterada agria, convertida por el calor en agua, suero acídulo y cuajada semisolidificada, que añadida a la cantidad sustraída para los desayunos de Mr. Bloom y Mrs. Fleming, hacía una pinta inglesa, la cantidad total originariamente entregada, dos capullos de clavo, medio penique y un plato pequeño con una chuleta fresca. En el estante alto una batería de tarros de mermelada (vacíos) de varios tamaños y proveniencia.

¿Qué fue lo que atrajo su atención que descansaba sobre la plancha del aparador?

Cuatro fragmentos poligonales de dos lacerados resguardos de apuestas de color escarlata, numerados 8 87, 88 6.

¿Qué reminiscencias corrugaron temporalmente su frente?

Reminiscencias de coincidencias, la verdad más sorprendente que la fantasía, preindicativas del resultado de la carrera sin obstáculos de la Copa de Oro, cuyo resultado oficial y definitivo había leído él en el *Evening Telegraph,* última edición de las páginas deportivas, en el albergue del cochero, en el puente Butt.

¿Dónde había recibido él indicios previos del resultado, real o proyectado?

En el local autorizado para vender bebidas alcohólicas de Bernard Kieman en Litde Britain Street, 8, 9 y 10: en el local autorizado para vender bebidas alcohólicas de David Byme, en Duke Street, 14: en O'Connell Street Lower, delante de la confitería de Graham Lemon cuando un extraño le había puesto en la mano un prospecto (subsiguientemente prospectado y tirado) anunciando a Elías, restaurador de la iglesia de Sión: en Lincoln Place delante del local de F. W. Sweny y Cía. (S. A.), farmacéuticos, cuando, cuando Frederick M. (Gallito) Lyons había rápida y sucesivamente requerido, ojeado y restituido el ejemplar del último número del *Freeman's Journal y National* Press que había estado a punto de tirar (subsiguientemente tirado), había proseguido hacia el edificio oriental de los Baños Calientes Turcos, en Leinster Street, 11, con la luz de la inspiración brillándole en el rostro y portando en sus brazos el secreto de la raza, grabado en la lengua de la predicción.

¿Qué consideraciones limitadoras calmaban sus perturbaciones?

Las dificultades de interpretación puesto que el significado de cualquier hecho acompañaba a su acontecer tan variablemente como la detonación acústica acompañaba a la descarga eléctrica y de contraestimar anticipando una pérdida concreta por no haber interpretado la suma total de posibles pérdidas que proceden originariamente de una interpretación acertada.

¿Su estado de ánimo?

No había arriesgado, no anhelaba, no había sido defraudado, estaba satisfecho.

¿Que le satisfacía?

No haber sufrido pérdida definitiva alguna. Haber ocasionado una ganancia definitiva a otros. La luz a los gentiles.

¿Cómo preparó Bloom una colación para un gentil?

Vertió en dos tazas de té dos cucharadas rasas, cuatro en total, de cacao soluble Epp y procedió en consonancia con las instrucciones de uso impresas en la etiqueta, a cada una añadiendo después de un tiempo suficiente para la infusión los ingredientes prescritos para la difusión en la manera y cantidad prescritas.

¿Qué muestras supererogatonas de especial hospitalidad manifestó el anfitrión a su invitado?

Renunciando a su derecho simposiarcal a la taza con bigotera de falsa porcelana Crown

Derby regalada que le fue por su única hija, Millicent (Milly), la sustituyó con una taza idéntica a la de su invitado y sirvió desmedidamente a su invitado y, en reducida medida, a sí mismo de la leche cremada viscosa normalmente reservada para el desayuno de su mujer Marion (Molly).

¿Era el invitado consciente de esas muestras de hospitalidad y las agradeció?

Su anfitrión jocosamente le llamó la atención sobre las mismas, y él las aceptó seriamente mientras bebían en jocoserio silencio el producto en serie Epp, el alimento cacao.

¿Había muestras de hospitalidad que él consideraba pero refrenaba, reservándolas para el otro y para sí mismo en ocasiones futuras y así completar el acto iniciado?

La reparación de una fisura de $1^1/2$ pulgadas de largo en el costado derecho de la chaqueta de su invitado. Un regalo a su invitado de uno de los cuatro pañuelos de señora, siempre y 1 cuando se cerciorara de que estaba en estado presentable.

¿Quién bebió más rápidamente?

Bloom, llevando una ventaja de diez segundos al inicio y bebiendo, de la superficie cóncava de una cuchara por el mango de la cual un flujo de calor constante era conducido, tres sorbos por uno de su oponente, seis por dos, nueve por tres.

¿Qué cerebración acompañaba a su acto frecuentativo?

Concluyendo por inspección pero erróneamente que su silencioso acompañante se hallaba ocupado en composición mental reflexionó sobre los placeres conseguidos de la literatura de instrucción más que en la de diversión como él mismo había acudido a las obras de William Shakespeare más de una vez para la solución de problemas dificiles en la vida real o imaginaria.

¿Les había encontrado solución?

A pesar de la atenta y repetida lectura de ciertos pasajes clásicos, ayudándose de un glosario, había conseguido una convicción imperfecta del texto, las respuestas no ajustándose a todos los puntos.

¿Qué estrofa acababa su primera obra en verso original escrita por él, poeta en potencia, a la edad de 11 años en 1877 con motivo de la convocatoria de tres premios de 10, 5 y 2 chelines con 6 peniques respectivamente para un concurso convocado por el *Shamrock,* un semanario?

La ambición confieso
de ver mis versos impresos
deseo que halle para éstos espacio.
No se muestre reacio
y mi nombre poco común
ponga alfina¿ L. Bloom.

¿Encontró cuatro fuerzas separadoras entre su invitado temporal y él?

Nombre, edad, raza, creencias.

¿Qué anagramas había hecho con su nombre en su juventud?

Leopold Bloom

Ellpodbomool

Molldopeloob

Bollopedoom

Old Ollebo, M.P.

¿Qué acróstico sobre la abreviatura de su nombre había él (poeta cinético) enviado a Miss Manon (Molly) Tweedy el 14 de febrero de 1888?

Poetas ha habido que al cantar el son de su rima
oratorio mudaron en loas divinas.
Libre el himno entonen a la venusina.
Digna más que trova o jarandina.
Yal de la selva, del mundo ocarina.

¿Qué le había impedido completar una canción tópica (música de R G. Johnston) sobre los hechos de los años pasados, o sobre las efemérides del año en curso, titulada Si *Brian Boru volviera a ver el viejo Dublín ahora,* encargada por Michael Gunn, gerente del Gaiety

Theatre, en South King Street, 46, 47, 48, 49, y para ser incluida en la sexta escena, el valle de los diamantes, de la segunda edición (30 de enero de 1893) de la representación anual del mimo navideño *Simbad el marino* (producida por R. Shelton el 26 de diciembre de 1892, escrita por Greenleaf Whittier, escenografla de George A. Jackson y Cecil Hicks, vestuario de Mrs. y Miss Whelan bajo la supervisión personal de Mrs. Michael Gunn, ballets de Jessie Noir, arlequinada de Thomas Otto) y cantada por Nelly Bouvenst, en el papel del príncipe?

Primeramente, oscilación entre hechos de interés imperial y local, el anticipado sexagésimo aniversario del reinado de la reina Victoria (nació en 1820, subió al trono en 1837) y la pospuesta apertura del nuevo mercado municipal de pescado: segundo, la aprensión a la oposición de círculos extremos en lo referente a las respectivas visitas de Sus Altezas Reales el duque y la duquesa de York (real) y de su Majestad el rey Brian Boru (imaginada): tercero, un conflicto entre la etiqueta profesional y la emulación profesional en lo concerniente a la reciente erección del Grand Lyric Hall en Burgh Quay y del Royal Theatre en Haw- " kins Street: cuarto, el conflicto resultante de la compasión por la expresión mmtelectual, apolítica, atópica del semblante de Nelly Bouvenst y por la concupiscencia causada por las revelaciones de Nelly Bouvenst de prendas blancas de ropa interior inintelectuales, apolíticas, atópicas mientras estaba (Nelly Bouverist) en sus prendas: quinto, la dificultad de seleccionar la música apropiada y alusiones humorísticas del *Libro de chistes para todos (1.000* páginas y una carcajada en cada una): sexto, las rimas, homófonas y cacófonas, asociadas con los nombres del nuevo alcalde, Daniel Taffon, el nuevo gobernador civil, Thomas Pile, y el nuevo procurador de la Corona, Dunbar Plunket Barton.

¿Qué relación existía entre sus edades?

16 años antes en 1888 cuando Bloom tenía la edad actual de Stephen Stephen tenía 6. 16 años después en 1920 cuando Stephen tuviera la edad actual de Bloom Bloom tendría 54. En 1936 cuando Bloom tuviera 70 y Stephen 54 sus edades inicialmente en la relación de 16 a 0 sería de 17 ^{1}/2 a 13 ^{1}/2, la proporción aumentando y la disparidad disminuyendo según se sumaran arbitrarios años futuros, porque si la proporción existente en 1883 hubiera continuado inmutable, considerando que eso fuera posible, hasta ahora 1904 cuando Stephen tenía 22 años Bloom tendría 374 y en 1920 cuando Stephen tuviera 38, como Bloom tenía ahora, Bloom tendría 646 mientras que en 1952 cuando Stephen hubiera alcanzado la máxima edad postdiluviana de 70 Bloom, habiendo vivido 1.190 años al haber nacido en el año 714, habría sobrepasado en 221 años la máxima edad antediluviana, la de Matusalén, 969 años, mientras que, si Stephen continuara vivo hasta ss que alcanzara esa edad en el año 3072 d. de C., Bloom hubiera tenido que haber vivido 83.300 años, habiendo tenido que haber nacido en el año 81396 a. de C.

¿Qué hechos anularían estos cálculos?

La cesación de la existencia de ambos o de uno de ellos, la inauguración de una nueva era o calendario, el aniquilamiento del mundo y consiguiente exterminación de la especie humana, inevitable aunque impredecible.

¿Cuántos encuentros previos confirmaban sus relaciones preexistentes?

Dos. El primero en el jardín de lilas de la casa de Matthew Dillon, Villa Medina, Knnmage Road, Roundtown, en 1887, en compañía de la madre de Stephen, teniendo entonces Stephen la edad de cinco años y siendo reacio a dar la mano para saludar. El segundo en el café del hotel Breslin un domingo lluvioso de enero de 1892, en compañía del padre de Stephen y del tío abuelo de Stephen, teniendo entonces Stephen 5 años más.

¿Aceptó Bloom la invitación a cenar que entonces le dio el hijo y más tarde secundó el padre?

Muy agradecido, con agradecido reconocimiento, con sincera gratitud reconocida, reconocidamente con sinceridad agradecida de pesar, la declinó.

¿Reveló su conversación sobre el asunto de estas reminiscencias un tercer lazo conectante entre ellos?

Mrs. Riordan (Darte), una viuda de posibles, había residido en la casa de los padres de Stephen desde el primero de septiembre de 1888 al 29 de diciembre de 1891 y había también residido durante los años 1892, 1893 y 1894 en el hotel City o Arms propiedad de Elizabeth O'Dowd de Prussia Street, 54, donde, durante parte de los años 1893 y 1894, había sido una informante constante de Bloom que residía también en el mismo hotel, siendo en aquella época un empleado contratado por Joseph Cuffe del 5 de Smithfield para

la superintendencia de ventas en el mercado de ganado de Dublín adyacente en la Ronda Norte.

¿Había él ejecutado alguna obra de misericordia corporal especial para ella?

Algunas veces la había propulsado en tardes tibias de verano, una viuda enfermiza de posibles, aunque limitados, en su silla de ruedas de convaleciente con revoluciones lentas de sus ruedas hasta la esquina de la Ronda Norte enfrente del comercio de Mr. Gavin Low donde había permanecido durante un cierto tiempo explorando con los gemelos binoculares de lente única de él a ciudadanos desconocidos en tranvías, bicicletas de paseo equipadas con neumáticos inflados, coches de alquiler, tándemes, landós particulares y de alquiler, carretelas, cabriolés y carromatos que iban de la ciudad a Phoenix Park y vise versa.

¿Por qué fue él entonces capaz de soportar aquella su vigilia con mayor ecuanimidad?

Porque en su primera juventud a menudo se había quedado observando a través de un redondel de vidrio tallado de una cristalera multicolor el espectáculo ofrecido con cambios continuos de la calle en el exterior, peatones, cuadrúpedos, velocípedos, vehículos, que iban despacio, rápido, uniformemente, describiendo círculos y círculos alrededor del borde de un orbicular y circular globo precipitoso.

¿Qué señalados recuerdos diferentes tenía cada uno de la fallecida hacía ahora ocho años?

El más viejo, sus juegos de báciga y sus fichas, su Skyeterrier, su supuesta fortuna, sus lapsos de sensibilidad y su incipiente sordera catarral: el más joven, su lámpara de aceite de colza delante de la imagen de la Inmaculada Concepción, sus cepillos verde y castaño para Charles Stewart Pamell y para Michael Davitt, sus papeles de seda.

¿No le quedaban aún medios para conseguir el rejuvenecimiento que estas reminiscencias transmitidas a un acompañante más joven hacían todavía más deseable?

Hacer ejercicios fisicos en casa, antes practicados intermitentemente, subsiguientemente abandonados, prescritos en La e fuerzafísicay cómo conseguirla de Eugen Sandow que concebida especialmente para hombres de negocios metidos en ocupaciones sedentanas, habían de realizarse con concentración mental enfrente de un espejo de modo que pusieran en juego las diversas familias de músculos y produjeran sucesivamente una rigidez agradable, una relajación todavía más agradable y la más agradable repnstinación de la agilidad juvenil.

¿Había gozado de alguna agilidad especial en su temprana juventud?

Aunque el levantamiento de pesas había estado por encima de su capacidad y el giro completo sobre su propio eje por encima de su osadía sin embargo como estudiante de Instituto había destacado en la ejecución estable y dilatada del impulso de media llave en las paralelas como consecuencia del desarrollo anormal de sus músculos abdominales.

¿Aludió alguno de los dos claramente a sus diferencias raciales?

Ninguno.

¿Cuáles eran, reducidos a su más simple forma recíproca, los pensamientos de Bloom sobre los pensamientos de Stephen sobre Bloom y sobre los pensamientos de Stephen sobre los pensamientos de Bloom sobre Stephen?

Pensaba que él pensaba que era judío en tanto que él sabía que él sabía que él sabía que no lo era.

¿Cuáles eran, suprimido el bloqueo de la reticencia, sus respectivos linajes?

Bloom, único hijo varón transustancial heredero de Rudolf Virag (subsiguientemente Rudolf Bloom) de Szombathély, Viena, Budapest, Milán, Londres y Dublín, y de Ellen Higgins, segunda hija de Julius Higgins (nacido Karoly) y de Fanny Higgins (nacida Hegarty). Stephen, primer varón sobreviviente heredero consustancial de Simon Dedalus de Cork y Dublín, y de Mary, hija de Richard y Christina Goulding (nacida Gner).

¿Habían sido bautizados Bloom y Stephen, y dónde y por quién, clérigo o seglar?

Bloom (tres veces), por el reverendo Mr. Gilmer Johnston, Ldo. en Letras, solo, en la iglesia protestante de Saint Nicholas Without, Coombe, por James O'Connor, Philip Gilligan y James Fitzpatrick, juntos, bajo un caño en la aldea de Swords, y por el reverendo Charles Malone, Coadjutor, en la iglesia de Three Patrons, Rathgar. Stephen (una vez) por el reverendo Charles Malone, Coadjutor, solo, en la iglesia de Three Patrons, Rathgar.

¿Descubrieron que sus carreras educativas eran similares?

Reemplazando a Stephen por Bloom Stoom habría pasado sucesivamente por una escuela primaria y por la secundaria. Reemplazando a Bloom por Stephen Blephen habría pasado sucesivamente por la preescolar, primaria, media, y los cursos del preuniversitario y por el examen de ingreso, los cursos de licenciatura en humanidades, primero de humanidades y segundo de humanidades de la Royal University.

¿Por qué se abstuvo Bloom de mencionar que él había asistido a la universidad de la vida?

A causa de su incertidumbre fluctuante sobre si esta observación había o no había sido ya hecha por él a Stephen o por Stephen a él.

¿Qué dos temperamentos representaban ellos individualmente?

El científico. El artístico.

¿Qué pruebas aducía Bloom para demostrar que su inclinación iba por la ciencia aplicada, más que por la teórica?

Algunos posibles inventos en los que había cogitado estando 7 reclinado en estado de repleción supina para ayudar la digestión, estimulado por su apreciación de la importancia de inventos ahora normales pero antaño revolucionarios, por ejemplo, el paracaídas aeronáutico, el telescopio reflectante, el sacacorchos de espiral, el imperdible, el sifón de agua mineral, la esclusa de canal con mecanismo de desagüe, la bomba de succión.

¿Se pretendía principalmente que estos inventos mejoraran el programa de jardín de infancia?

Sí, dejando obsoletas las pistolas de aire comprimido, las vejigas elásticas, los juegos de azar, los tiragomas. Constaban de caleidoscopios astronómicos que desplegaban las doce constelaciones del zodíaco desde Aries a Pisas, planetarios mecanicos en miniatura, losanges aritméticos de gelatina, galletas geométricas que se correspondan con (galletas) zoológicas, globos terráqueos como pelotas para jugar, muñecas con vestidos de época.

¿Qué le estimulaba también en sus cogitaciones?

El éxito económico logrado por Ephraim Marks y Charles A. James, el primero por su bazar todo a un penique en George Street South, 42, el segundo en su tienda de a 6 ^{1}/z peniques y en su bazar universal de artículos de fantasía y la exposición de figuras de cera en Henry Street, 30, entrada 2 peniques, niños 1 penique: y las posibilidades infinitas hasta ahora no explotadas del arte moderno de la publicidad si se condensara en símbolos triliterales monoideales, verticalmente de máxima visibilidad (adivinada), horizontalmente de máxima legibilidad (descifrada) y de eficacia magnética para llamar involuntanamente la atención, para interesar, para convencer, para decidir.

¿Un buen ejemplo?

K 11. Casa Kino 11/- chelines Pantalones.

Casa de las Llaves. Alexander J. Yaves.

¿Un mal ejemplo?

Observe esta larga candela. Calcule cuánto tiempo tardará en apagarse y recibirá gratis 1 par de nuestras botas especiales de cuero legítimo, con garantía de 1 candela de potencia. Dirección: Barclay and Cook, Talbot Street, 18.

Matabacil (Insecticida en polvo).

Lomejor (Betún).

Loprecisa (Navaja combinada de doble filo con sacacorchos, lima de uñas y limpiapipas.

¿Un ejemplo horroroso?

¿Qué es el hogar sin Fiambre en Pote Ciruelo?

Incompleto.

Con Ciruelo de felicidad repleto.

Manufacturado por George Plumtree, Merchants' Quay, 23, Dublín, envasada en tarros de 4 onzas, y anunciado en el periódico por el Concejal Joseph P. Nannetti, Miembro del Parlamento por el distrito de Rotunda, Hardwicke Street, 19, debajo de las necrológicas y aniversarios de fallecimientos. El nombre en la etiqueta es Ciruelo. Un ciruelo en un tarro de carne, marca registrada. Cuidado con las imitaciones. Cilubre. Potelo. Filambre.

Loruela.

¿Qué ejemplo adujo para inducir a Stephen a deducir que la originalidad, aunque produce su propia compensación, no conduce invariablemente al éxito?

Su propio proyecto ideado y rechazado de un carro-escaparate iluminado, tirado por una bestia de carga, en el que dos chicas vestidas atractivamente habrían de ir ocupadas en escribir.

¿Qué evocada escena fue después elaborada por Stephen?

Hotel solitario en un desfiladero de montaña. Otoño. Crepúsculo. Fuego encendido. En ángulo oscuro un joven sentado. Una joven entra. Agitada. Solitaria. Se sienta. Va hacia la ventana. Permanece de pie. Se sienta. Crepúsculo. Piensa. En papel de hotel solitario escribe. Piensa. Escribe. Suspira. Ruedas de carruaje y cascos de caballos. Sale corriendo. Él aparece desde el ángulo obscuro. Coge el papel solitario. Se lo lleva hacia el fuego. Crepúsculo. Lee. Solitario.

¿Qué?

Con letra inglesa, española y romanilla: Hotel Queen, Hotel Queen, Hotel Queen. Hotel Que ...

¿Que evocada escena fue después reelaborada por Bloom?

El Hotel Queen, Ennis, en el condado de Clare, donde Rudolph Bloom (Rudolph Virag) munó la noche del 27 de junio de 1886, a hora no determinada, como consecuencia de una sobredosis de anapelo (acónito) autoadministrado en la forma de linimento neurálgico compuesto por 2 partes de linimento de acónito y 1 de linimento de cloroformo (comprado por él a las 10:20 de la mañana del 27 de junio de 1886 en la botica de Francis Dennehy, en Church Street, 17, Ennis) después de haber, aunque no como consecuencia de haber, comprado a las 3:15 de la tarde del 27 de junio de 1886 un sombrero de paja canotié, muy elegante (después de haber, aunque no como consecuencia de haber, comprado a la hora y en el lugar antes mencionados, el tóxico antes mencionado), en los almacenes de tejidos de James Cullen, en Main Street, 4, Ennis.

¿Atribuyó esta homonimidad a la información o a la coincidencia o a la intuición?

A la coincidencia.

¿Le trazó a su invitado la escena verbalmente para que la viera?

Él por su parte prefería ver la cara de otro y escuchar las palabras de otro a través de las cuales tomaba cuerpo la narración y se liberaba el temperamento cinético.

¿Vio sólo una segunda coincidencia en la segunda escena que le fue narrada, descrita por el narrador como *Visión de Palestina desde el Pisgá o La parábola de las ciruelas?*

Ésa, junto con la escena precedente y con otras no narradas pero existentes por implicación, a las que habría que añadir ensayos sobre diferentes cuestiones o apotegmas morales (v. gr. *Mi béroefavorito o La procrastinación roba tiempo)* compuesta en los años de estudiante, le parecía a él que contenía en sí misma y en conjunción con la ecuación personal ciertas posibilidades de éxito económico, social, personal y sexual, bien especialmente coleccionadas y seleccionadas como temas modélicos pedagógicos (de ciento por ciento de mérito) para uso de estudiantes en la preescolar y primaria o bien aportadas en forma impresa, siguiendo los precedentes de Milip Beaufoy o del Doctor Dick o *Estudios en azul* de Heblon, para una publicación de circulación y de solvencia garantizadas o empleadas verbalmente como estímulo intelectual para oyentes interesados, tácitamente sensibles a la buena narrativa y confiadamente augurales de buenos logros, durante las noches cada vez más largas que gradualmente siguen al solsticio de verano pasado mañana no al otro tampoco sino al otro, es decir, el martes, 21 de junio (San Luis Gonzaga), salida del sol a las 3:33 a.m., puesta a las 8:29 p.m.

¿Qué problema doméstico ocupaba tanto si no más que otro s frecuentemente su mente?

Qué hacer con nuestras esposas.

¿Cuáles habían sido sus hipotéticas soluciones singulares?

Juegos de sociedad (el dominó, el halma, la pulga, los palos, el bilboquete, las cartas napolitanas, spoil five, la báciga, las veinticinco, la guerrilla de naipes, las damas, el ajedrez o el chaquete): bordado, zurcido o punto para los amigos de los niños protegidos de la policía: dúos musicales, mandolina y guitarra, piano y flauta, guitarra y piano: copia de legajos o de direcciones en sobres: visitas bisemanales a diversos entretenimientos: actividades comerciales como señora propietaria agradablemente dominante y

complacientemente obedecida en una lechería fresca o tibio cigarro puro en fumadero: la satisfacción clandestina de la irritación erótica en burdeles masculinos, inspeccionados por el estado y médicamente controlados: visitas sociales, a intervalos impedidos regulares e infrecuentes y con supervisión preventiva regular y frecuente, a amistades femeninas de respetabilidad reconocida en el vecindario y visitas de las mismas: cursos de educación noctuma especialmente concebidos para hacer la educación liberal agradable.

¿Qué ejemplos de desarrollo mental deficiente en su mujer le inclinaban en favor de la solución última mencionada (la novena)?

En momentos desocupados había rellenado ella más de una vez una hoja de papel con signos y jeroglíficos que aseguraba eran caracteres griegos e irlandeses y hebreos. Había interrogado constantemente a distintos intervalos sobre la forma correcta de escribir la inicial mayúscula del nombre de una ciudad de Canadá, Quebec. Entendía poco de complicaciones políticas, intemas, o del equilibrio de poderes, externos. Al calcular las sumas en las facturas frecuentemente tenía que recurrir a la ayuda digital. Tras la terminación de lacónicas composiciones epistolares abandonaba el implemento de la caligrafia en el pigmento encáustico, expuesto a la acción corrosiva de la caparrosa verde, el vitnolo verde y de la agalla. Los polisílabos raros de origen extranjero los interpretaba ella fonéticamente o por falsa analogía o por ambas cosas: metempsicosis (meten si acaso), alias (una persona mendaz mencionada en las sagradas escrituras).

¿Qué compensaba en la balanza falsa de la inteligencia de ella estas y semejantes deficiencias de juicio concemientes a personas, lugares y cosas?

El falso paralelismo aparente de todos los brazos perpendiculares de todas las balanzas, demostrados fiables por construcción. El contrapeso de su capacidad de juicio concerniente a una persona, demostrada fiable por experimentación.

¿Cómo había intentado él remediar este estado de relativa ignorancia?

De diversas maneras. Dejando en un lugar conspicuo cierto libro abierto por cierta página: presuponiendo en ella, al aludir aclaratoriamente, un conocimiento latente: ridiculizando abiertamente en su presencia el lapso ignorante de alguna persona ausente.

¿Con qué éxito había él intentado la educación directa?

Ella no entendía todo, una parte del todo, prestaba atención con interés, comprendía con asombro, con cuidado repetía, con mayor dificultad recordaba, olvidaba con facilidad, con recelo volvía a recordar, volvía a repetir con el error.

¿Qué sistema había resultado más efectivo?

La sugerencia indirecta implicando interés propio.

¿Ejemplo?

A ella le fastidiaba el paraguas con la lluvia, a él le gustaba la mujer con paraguas, a ella le fastidiaba un sombrero nuevo con la lluvia, a él le gustaba la mujer con sombrero nuevo, él compró un sombrero nuevo con la lluvia, ella llevó el paraguas con el sombrero nuevo.

¿Aceptando la analogía implícita en la parábola de su invitado, qué ejemplos de eminencia postexilar adujo?

Tres rastreadores de la verdad pura, Moisés de Egipto, Moisés Maimónides, autor de *More Nebukim* (Guía del perplejo), y Moisés Mendelssohn de semejante eminencia que desde Moisés (de Egipto) hasta Moisés (Mendelssohn) no apareció nadie como Moisés (Maimónides).

¿Qué afirmación fue hecha, salvo error u omisión por Bloom en relación con un cuarto rastreador de la verdad pura, por nombre Aristóteles, mencionado, con permiso, por Stephen?

Que el rastreador mencionado había sido discípulo de un filósofo rabino, de nombre indeterminado.

¿Fueron mencionados otros ilustres hijos apócrifos de la ley e hijos de una raza escogida o rechazada?

Félix Bartholdy Mendelssohn (compositor), Baruch Spinoza (filósofo), Mendoza (boxeador), Ferdinand Lassalle (reformador, duelista).

¿Qué fragmentos de poemas de las antiguas lenguas hebrea e irlandesa fueron citados con modulación de la voz y traducción de los textos por el invitado al anfitrión y por el anfitrión al invitado?

Por Stephen: *suil sui ¿ suil arun, suilgo siocair agus suilgo curo* (anda, anda, anda tu camino, anda con seguridad, anda con cuidado).

Por Bloom: *kifeloch, harimon rakat jch m bbaad fzamat~ch* (tus sienes entre tus cabellos son como rajas de granada).

¿Cómo se hizo la comparación glíptica de los símbolos fónicos de ambas lenguas en justificación de la comparación oral?

Por yuxtaposición. En la penúltima guarda de un libro de inferior calidad literaria, intitulado *Delicias del pecado* mostrado por Bloom y en tal manera manipulado que su cubierta estaba en contacto con la superficie de la mesa) con un lápiz (suministrado por Stephen) Stephen escribió los caracteres irlandeses de ge, e, de, eme, simples y modificados, y Bloom por su parte escribió los caracteres hebreos ghimel, aleph, daleth y (a falta de mem) una koph sustituida, explicando su valor aritmético como números ordinales y cardinales, es decir 3, 1, 4, y 100.

¿Era el conocimiento poseído por cada uno de ellos de estas lenguas, la extinta y la restablecida, teórico o práctico?

Teórico, estando circunscrito a ciertas reglas gramaticales de los accidentes y de la sintaxis y excluyendo prácticamente el vocabulario.

¿Qué puntos en común existían entre estas lenguas y entre las gentes que las hablaban?

La presencia de sonidos guturales, aspiraciones diacríticas, letras epentéticas y auxiliares en ambas lenguas: su antigüedad, habiendo sido enseñadas ambas en la llanura de Shinar 242 años después del diluvio en el seminario instituido por Fenius Farsaigh, descendiente de Noé, progenitor de Israel, y ascendiente de Heber y Heremon, progenitores de Irlanda: sus literaturas arqueológicas, genealógicas, hagiográficas, exegéticas, homiléticas, toponomásticas, históricas y religiosas constando de las obras de rabíes y anacoretas, la Tora, el Talmud (la Mischna y la Gemara), la Masora, el Pentateuco, el Libro de Dun Cow, el Libro de Ballymote, la Antología de Howth, el Libro de Kefs: su dispersión, persecución, supervivencia y restablecimiento: el aislamiento de sus ritos sinagógico y eclesiástico en el gueto (Saint Mary's Abbey) y en casas donde celebrar la misa (taberna de Adam and Eve): la proscripción de sus costumbres nacionales por leyes penales y edictos sobre la vestimenta judía: la restauración en Canaán de David de Sión y la posibilidad de la autonomía política de Irlanda o transmisión de poderes.

¿Qué himno cantó Bloom parcialmente en anticipación de esa consumación múltiple étnicamente irreductible?

Kolod balejwaw pnimah
Nefesch, jehudi, homijah.

¿Por qué se detuvo el cántico a la conclusión de este primer dístico?

Como consecuencia de una mnemotecnia deficiente.

¿Cómo compensó el cantor esta deficiencia?

Con una versión perifrástica del texto general.

¿En qué estudio común confluían sus reflexiones mutuas?

La progresiva simplificación perceptible ya desde los jeroglíficos egipcios epigráficos hasta los alfabetos griegos y romanos y la anticipación de los modernos códigos estenográficos y telegráficos en las inscripciones cuneiformes (semíticas) y en la escritura virgular quincuanérvea ogham (céltica).

¿Accedió el invitado a la petición de su anfitrión?

Doblemente, al estampar su firma en caracteres irlandeses y romanos.

¿Cuál era la sensación auditiva de Stephen?

Oyó en profunda y antigua melodía desconocida de hombre la acumulación del pasado.

¿Cuál era la sensación visual de Bloom?

Vio en una ardiente y joven figura conocida de hombre la predestinación de un futuro.

¿Cuáles eran las cuasisensaciones volicionales cuasisimultáneas de Stephen y Bloom de identidades encubiertas?

Visualmente, las de Stephen: la figura tradicional de hipóstasis, trazada por Johannes Damascenus, Lentulus Romanus y Epiphamus Monachus como leucodérmica, sesquipedal con cabellos vinoscuros.

Auditivamente, las de Bloom: el acento tradicional del éxtasis de la catástrofe.

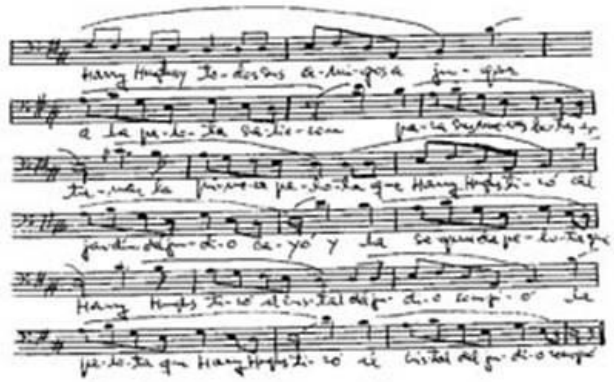
¿Qué carreras futuras habían sido posibles para Bloom en el pasado y con qué modelos?

En la iglesia, católica, anglicana o no confonnista: modelos, el muy reverendo John Conmee S J., el reverendo T. Salmon, Doctor en Teología, jefe de estudios del Trinity College, el Doctor Alexander j. Dowie. En la abogacía, inglesa o irlandesa: modelos, Seymour Bushe, procurador de la corona, Rufas Isaacs, procurador de la corona. En teatro, moderno o shakespeanano: modelos, Charles Wyndham, comediante de categoría, Osmond Tearle (t 1901), intérprete de Shakespeare.

¿Alentó el anfitrión a su invitado a cantar en una voz modulada una extraña leyenda sobre un tema común?

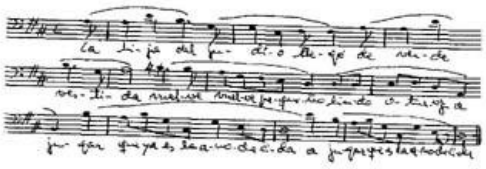
Confiadamente, su posición, donde nadie podía oírles hablar, siendo apartada, confiado, los brebajes decocidos, dejando margen para el sedimento subsólido residual de una mezcla mecánica, agua más azúcar más leche cremada más cacao, habiendo sido consumidos.

Recitad la primera (mayor) parte de esta leyenda cantada.

Harry Hughesy todos sus amigos
a jugar a la pelota salieron
para sus nuevas botas estrenar.
La primera pelota que Hany Hughes tiró
al jardín del judío cayó.
Y la segunda pelota que Harryy Hughes tiró
el cristal deljudío rompió.

¿Cómo recibió el hijo de Rudolph esta primera parte?

Con sentimientos no confusos. Sonriendo, siendo judío, oyó con placer y contempló la ventana de la cocina intacta.

Recitad la segunda parte (menor) de la leyenda.

La hija del judio llegó
de verde vestida.
«Vuelve, vuelve, pequeño IEndo, otra vez a jugar,
que ya es la anochecida.»
Niña no puedo otra vez jugar
sin amigos estar.
Si el maestro supiera que contigo me quedo
diría que es inmoral.
La niña su mano cogió
de lila era el color.
Y hasta su cuarto, mudoy apartado, lo llevó
donde la voz no se oyera.
Del bolsillo un puñal sacó
y su cabeza cortó.
Nunca más Hany Hughes a la pelota jugará
y entre flores yacerá.

¿Cómo recibió el padre de Millicent esta segunda parte?

Con sentimientos confusos. Serio, oyó y contempló con asombro a la hija de un judío, toda vestida de verde.

Condensad el comentario de Stephen.

Uno de entre todos, el último de todos, es la víctima predestinada. Una vez por inadvertencia, dos veces con premeditación se enfrenta a su destino. Sucede cuando se halla abandonado y a él se enfrenta reticente y, como aparición de esperanza y juventud, le sujeta sin que éste ofrezca resistencia. Le lleva a una morada desconocida, a un secreto aposento infiel, y allí, implacable, le inmola, consentidor.

¿Por qué estaba el anfitrión (víctima predestinada) triste?

Él quería que el relato de un hecho fuera contado de un hecho no ejecutado por él que no fuera contado por él.

¿Por qué estaba el anfitrión (reticente, sin ofrecer resistencia) apagado?

En consonancia con la ley de la conservación de la energía.

¿Por qué estaba el anfitrión (infiel secreto) callado?

Calculaba las posibles evidencias a favor y en contra del asesinato ritual: las incitaciones de la jerarquía, la superstición del populacho, la propagación de rumores en fracciones continuas de veracidad, la envidia a la opulencia, la influencia de la venganza, la reaparición esporádica de la delincuencia atávica, las circunstancias atenuantes del fanatismo, la sugestión hipnótica y el sonambulismo.

¿De cuál (si de alguno) de estos desórdenes mentales y fisicos no estaba totalmente inmune?

De la sugestión hipnótica: una vez, al despertarse, no había reconocido el aposento donde dormía: más de una vez, al despertarse, había sido incapaz durante un tiempo indefinido de moverse o de emitir sonidos. De sonambulismo: una vez, mientras dormía, su cuerpo se levantó, se agazapó y se arrastró en dirección a un fuego sin lumbre y, habiendo alcanzado su destino, allí, acurrucado, sin lumbre había estado echado en pijama, durmiendo.

¿Habíase declarado este último fenómeno o cualquier otro similar en algún miembro de su familia?

Dos veces, en Holles Street y en Ontario Terrace, su hija Millicent (Milly) a la edad de 6 y 8 años había proferido en sueños una exclamación de terror y había replicado a las interpelaciones de dos figuras en pijama con muda y vaga expresión.

¿Qué otros recuerdos infantiles tenía él de ella?

15 de junio de 1889. Una gemebunda criatura hembra recién nacida llorando hasta provocar y reducir la congestión. Una pequeña redesignada Andarín Calcetín le zurró una sacudida a la alcancía: contaba sus tres botones sueltos como calderilla de peniques, uno, dios, tles: un muñeco, niño, marinero despreció: blonda, nacida de dos oscuros, tenía ascendencia blonda, remota, una violación, Herr Hauptmann Hainau, ejército austriaco, próxima, una alucinación, el teniente Mulvey, armada británica.

¿Qué características endémicas estaban presentes?

A la inversa la formación nasal y frontal provenía en línea directa de linaje que, aunque interrumpida, continuaría de intervalos espaciados a más espaciados intervalos hasta los más espaciados intervalos.

¿Qué recuerdos tenía él de la adolescencia de ella?

Ella relegó su aro y comba a un escondrijo. En Duke's Lawn, instada por un turista inglés, declinó permitirle sacar y llevarse su retrato fotográfico (objeción no consignada). En la Ronda Sur en compañía de Elsa Potter, seguidas por un individuo de siniestro aspecto, se fue calle abajo hasta la mitad de Stamer Street y bruscamente dio la vuelta

(razón del cambio no consignada). En la víspera del 15.° aniversario de su nacimiento escribió una carta desde Mullingar, condado de Westmeath, aludiendo de pasada a un estudiante del lugar (facultad y año no consignados).

¿Le afligió esa primera división, que auguraba una segunda división?

Menos de lo que imaginaba, más de lo que esperaba.

¿Qué segunda despedida simultáneamente fue percibida por él de manera similar, aunque de modo diferente?

Una despedida transitoria de su gata.

¿Por qué de manera similar, por qué de modo diferente?

De manera similar, por impulsos de una secreta intención de búsqueda de un nuevo macho (estudiante de Mullingar) o de una hierba curativa (la valeriana). De modo diferente, por diferentes y posibles regresos a los habitantes o a la morada.

¿En otros aspectos eran sus diferencias similares?

En la pasividad, en la economía, en el instinto de tradición, en la imprevisibilidad.

¿Como cuándo?

En la medida en que cuando se inclinaba se cogía el cabello blondo para que él se lo encintara (cfr. la gata arqueando el cuello). Por otra parte, en la lisa superficie del lago de Stephen's Green entre reflejos invertidos de árboles su salivazo no explicado, que describió círculos concéntricos de virolas de agua, señaló por la constancia de su permanencia la posición de un somnoliento pez prosternado (cfr. la gata acechando ratón). Otra vez, con el fin de recordar la fecha, los combatientes, efectos y consecuencias de un famoso encuentro militar ella se tiraba de una trenza del pelo (cfr. la gata lamiéndose la oreja). Asimismo, tontuela Milly, había soñado haber tenido una muda conversación olvidada con un caballo de nombre Joseph a quien (al que) le había ofrecido un vaso de limonada que él Qoseph) aparentemente había aceptado (cfr. la gata soñando junto a la chimenea). Por lo tanto, en la pasividad, en la economía, en el instinto de tradición, en la imprevisibilidad, sus diferencias eran similares.

¿En qué sentido había él utilizado los regalos 1) de un búho, 2) de un reloj, donados como augurios matrimoniales, para atraerla e instruirla?

Como lecciones objetivo para explicar: 1) la naturaleza y hábitos de los animales ovíparos, la posibilidad del vuelo aéreo, algunas anormalidades de la vista, el proceso secular de embalsamamiento: 2) el principio del péndulo, ejemplificado en la lenteja, en la rueda dentada y el regulador, la traducción en términos de regulación humana y social de las distintas posiciones de los indicadores movibles en el sentido de las agujas del reloj en una esfera inmóvil, la exactitud de la recurrencia por hora de un instante en cada hora cuando el indicador largo y el corto están en el mismo ángulo de inclinación, videlicet, 5 ^{5}/11 minutos pasada cada hora por hora en progresión aritmética.

¿De qué manera correspondió ella?

Ella recordaba: el día del 27.° aniversario de su nacimiento ella le regaló una taza de desayuno con bigotera de falsa porcelana Crown Derby. Tomaba sus precauciones: a primeros de trimestre o cerca suponiendo o cuando las compras las había hecho él no para ella se mostraba ella interesada en sus necesidades, adelantándose a sus deseos. Admiraba: habiéndole explicado él a ella un fenómeno natural inmediatamente expresaba ella el deseo de poseer sin adquisición gradual una fracción de su sabiduría, la mitad, la cuarta parte, una milésima parte.

¿Qué propuesta hizo Bloom, diámbulo, padre de Milly, sonámbula, a Stephen, noctámbulo?

Pasar descansando las horas intermedias entre el jueves (exacto) y el viernes (normal) en improvisado cubículo en el aposento justamente encima de la cocina y justamente adyacente al aposento de dormir de su anfitrión y anfitriona.

¿Qué distintas ventajas habrían o podrían haber resultado de la prolongación de una tal improvisación?

Para el invitado: la seguridad en el domicilio y la reclusión en el estudio. Para el anfitrión: el rejuvenecimiento de la inteligencia, la satisfacción indirecta. Para la anfitriona: la desintegración de una obsesión, la adquisición de una correcta pronunciación del italiano.

¿Por qué no necesariamente excluyen o pueden quedar excluidas estas distintas contingencias provisionales entre un invitado y una anfitriona a causa de una permanente eventualidad de reconciliadora unión entre un colegial y la hija de un judío?

Porque el camino a la hija es por la madre, el camino a la madre por la hija.

¿A qué inconsecuente pregunta polisilábica de su anfitrión contestó el invitado con una monosilábica respuesta negativa?

Si había conocido a la difunta Mrs. Emily Sinico, muerta accidentalmente en la estación de ferrocarril de Sidney Parade, el 14 de octubre de 1903.

¿Qué incoativa declaración corolana fue consecuentemente suprimida por el anfitrión?

Una declaración explicativa de su ausencia con motivo del entierro de Mrs. Mary Dedalus (de nacimiento Goulding), el 26 de junio de 1903, vigilia del aniversario de la defunción de Rudolph Bloom (de nacimiento Virag).

¿Fue aceptada la propuesta de asilo?

Inmediatamente, inexplicablemente, con amabilidad, con agradecimiento fue rehusada.

¿Qué intercambio de dinero tuvo lugar entre anfitrión e invitado?

El primero devolvió al segundo, sin intereses, una suma de dinero (£ 1-7-0), una libra esterlina y siete chelines, anticipada por el segundo al primero.

¿Qué contrapropuestas fueron alternativamente anticipadas, aceptadas, modificadas, rehusadas, replanteadas en otros términos, reaceptadas, ratificadas, reconfirmadas?

Inaugurar un curso preparado de antemano de enseñanza del italiano, lugar la residencia de la alumna. Inaugurar un curso de enseñanza vocal, lugar la residencia de la instructora. Inaugurar una serie de diálogos intelectuales estáticos, semiestáticos y peripatéticos, lugares la residencia de ambos hablantes (si ambos hablantes fueran residentes en el mismo lugar), el hotel y la taberna Ship, en Lower Abbey Street, 6 (W. y E. Connery, propietarios), la Biblioteca Nacional de Irlanda, en Kildare Street, 10, el Hospital Nacional de Maternidad, en Holles Street, 29, 30 y 31, un jardín público, las inmediaciones de un lugar de culto, la conjunción de dos o más vías públicas, el punto de bisección de una línea recta trazada entre sus domicilios (si ambos hablantes fueran residentes en diferentes lugares).

¿Qué hacía problemática para Bloom la realización de estas mutuamente autoexcluyentes proposiciones?

La irreparabilidad del pasado: una vez en una actuación del circo de Albert Hengler en la Rotunda, Rutland Square, Dublín, un intuitivo payaso de colores entremezclados a la bús- 1 queda de paternidad había salido de la pista hasta un lugar en el graderío donde Bloom, solitario, se encontraba sentado y había abiertamente declarado ante un regocijado público que él (Bloom) era su papá (el del payaso). La imprevisibihdad del futuro: una vez en el verano de 1898 él (Bloom) había marcado un florín (2/-) con tres muescas en el borde acordonado y lo había ofrecido en pago de una cuenta debida y recibida de J. y T. Davy, ultramarinos a domicilio, en Charlemont Mall, 1, Grand Canal, para circular en las aguas de las finanzas públicas, para una posible, indirecta o directa, restitución.

¿Era el payaso hijo de Bloom?

No.

¿Le había sido restituida su moneda a Bloom?

Jamás.

¿Por qué un fracaso recurrente habría de deprimirle aún más?

Porque en el momento crucial de la existencia humana él quería corregir muchas de las circunstancias humanas, resultado de la desigualdad y de la avaricia y de la animosidad internacional. ¿Creía él entonces que la vida humana era infinitamente perfectible, eliminando esas circunstancias?

Quedaban las circunstancias genéricas impuestas por las leyes naturales, a diferencia de las leyes humanas, como partes integrantes del conjunto humano: la necesidad de destrucción para procurarse la sustancia alimenticia: el carácter doloroso de las últimas funciones de la existencia personal, las agonías al nacer y al morir: la monótona menstruación de las hembras símicas y (especialmente) de las humanas que se prolonga desde la pubertad hasta la menopausia: los inevitables accidentes en el mar, en las minas y en las fábricas: algunas enfermedades particularmente dolorosas y consiguientes

operaciones quirúrgicas, la locura innata y la criminalidad congénita, las epidemias diezmadoras: los cataclismos catastróficos que convierten el terror en el fundamento de la mentalidad humana: los levantamientos sísmicos cuyos epicentros se localizan en regiones densamente pobladas: el hecho del crecimiento vital, pasando por convulsiones de metamorfosis, desde la infancia pasando por la madurez hasta el deterioro.

¿Por qué dejó de especular?

Porque era una empresa para una inteligencia superior el sustituir y poner en lugar de los fenómenos menos aceptables que han de ser eliminados otros fenómenos más aceptables.

¿Participó Stephen en su desaliento?

Aseveró su significación como consciente animal racional que prosigue silogísticamente de lo conocido a lo desconocido y como consciente reactivo racional entre un micro y un macrocosmos ineluctablemente edificados sobre la incertidumbre del vacío.

¿Fue entendida esta aseveración por Bloom?

No literalmente. Sustancialmente.

¿Qué confortó su equivocación?

Que como competente ciudadano sin llaves había proseguido enérgicamente de lo desconocido a lo conocido a través de la incertidumbre del vacío.

¿En qué orden de precedencia, con qué ceremonia concomitante se produjo el éxodo desde la casa de servidumbre a la soledad de habitación?

Vela encendida en palmatoria

llevada por

BLOOM

Sombrero diaconal sobre vara de fresno

llevados por

STEPHEN

¿Con qué entonación secreto de qué salmo commemorativo?

El 113*, modus peregrinus: In exitu Israel de Egypto: domus Jacob de populo barbaro.*

¿Qué hizo cada uno de ellos en la puerta de emersión?

Bloom puso la palmatoria en el suelo. Stephen se colocó el sombrero en la cabeza.

¿Para qué criatura era la puerta de emersión una puerta de accesión?

Para un gato.

¿Qué espectáculo presenciaron cuando, primero el anfitrión, después el invitado, emergieron silenciosamente, doblemente en las sombras, desde la oscuridad por un pasadizo desde la parte de atrás de la casa hasta la penumbra del jardín?

El árbol del cielo adomado con el finto húmedo azulnoche.

¿Con qué meditaciones acompañó Bloom su testimonio a su acompañante acerca de las distintas constelaciones?

Meditaciones acerca de la evolución crecientemente más inmensa: acerca de la luna invisible en incipiente lunación, acercándose al perigeo: acerca de la infinitud celosial titilante incondensada de la Vía Láctea, discernible durante el día por un observador situado en la parte baja de un cañón vertical y cilíndrico de 5.000 pies de profundidad enterrado en dirección al centro de la tierra: acerca de Sirio (alfa en el Can Mayor) a 10 años luz de distancia (57.000.000.000.000 millas) y de un volumen 900 veces la dimensión de nuestro planeta: acerca de Arcturo: acerca de la precesión de los equinoccios: de Onón con su anillo y su sol séxtuple theta y su nebulosa en la que 100 de nuestros sistemas solares podrían contenerse: acerca de nuevas estrellas moribundas y nacientes como la nova de 1901: acerca de nuestro sistema que se precipita hacia la constelación de Hércules: del paralaje o desplazamiento paraláctico de las denominadas estrellas fijas, en realidad errantes por siempre vagando desde eones inconmensurablemente remotos a futuros infinitamente remotos en comparación con los cuales los años, setenta, que se asignan a la vida humana formaban un paréntesis de brevedad infinitesimal.

¿Hubo meditaciones anversas acerca de una involución crecientemente menos inmensa?

Acerca de los eones de los periodos geológicos grabados en las estratificaciones de la tierra: acerca de miríadas de diminutas y entomológicas existencias orgánicas escondidas en cavidades de la tierra, bajo piedras removibles, en colmenas y túmulos, de microbios, gérmenes, bacterias, bacilos, espermatozoos: acerca de los incalculables trillones de billones de millones de imperceptibles moléculas contenidas por cohesión de la afinidad molecular en la más mínima insignificancia: acerca del universo del suero humano constelado de cuerpos rojos y blancos, éstos a su vez universos de espacio vacío constelado de otros cuerpos, cada uno, en continuidad, su universo de cuerpos de componentes divisibles de los cuales cada uno a su vez era divisible en divisiones de cuerpos de componentes redivisibles, dividendos y divisores siempre disminuyendo sin división verdadera hasta que, si el proceso se siguiera lo suficiente, nunca jamás se alcanzaría el cero.

¿Por qué no elaboró estos cálculos hasta un resultado más preciso?

Porque algunos años antes en 1886 cuando se encontraba ocupado con la cuadratura del círculo había sabido de la existencia de un número calculado hasta un relativo grado de exactitud que era de una tal magnitud y de un tan enorme espacio, por ejemplo, la 9.ª potencia de la 9.a potencia de nueve, que, una vez obtenido el resultado, 33 volúmenes impresos con letra menuda de 1.000 páginas cada uno de innumerables cuadernillos y resmas de papel de China habrían de ser requisados para contener la relación completa de la totalidad impresa de sus unidades, decenas, centenas, millares, decenas de millar, centenas de millar, millones, decenas de millón, centenas de millón, billones, el núcleo de la nebulosa de cada dígito de cada serie conteniendo sucintamente la potencialidad de ser elevado a la máxima elaboración cinética de cualquier potencia de cualquiera de sus potencias.

¿Hallaba los problemas de la habitabilidad de los planetas y de sus satélites por una raza, dada en especie, y de la posible redención social y moral de dicha raza por un redentor, más fáciles de solucionar?

De una dificultad de distinto orden. Consciente de que el organismo humano, normalmente capaz de soportar una presión atmosférica de 19 toneladas, cuando es elevado a una considerable altitud en la atmósfera terrestre sufría en progresión aritmética de intensidad, a medida que se acercaba a la línea de demarcación entre la troposfera y estratosfera, de hemorragia nasal, trastornos respiratorios y vértigo, cuando se planteó la solución de este problema, él había calculado como hipótesis de trabajo que no podía ser demostrada imposible que una raza de seres más adaptable y construida anatómicamente diferente pudiera subsistir de otra manera bajo condiciones marcianas, mercunanas, venusinas, jupiterinas, satuminas, neptunianas o uranianas suficientes y equivalentes, aunque una humanidad apogéica de seres creada en distintas formas con diferencias finitas que resultara similar al conjunto y entre sí permanecería probablemente allí lo mismo que aquí inalterable e inalienablemente ligada a las vanidades, a las vanidades de vanidades y a todo lo que es vanidad.

¿Y el problema de la posible redención?

Lo menor quedaba probado con lo mayor.

¿Qué otros rasgos distintos de las constelaciones fueron alternativamente considerados?

Los distintos colores indicativos de los distintos grados de vitalidad (blanco, amarillo, carmesí, bermejo, cinabrio): sus grados de brillo: sus magnitudes manifestadas hasta e inclusive la 7.ª: sus posiciones: el Cochero, el camino de Walsingham, el carro de David: los anillos anulares de Saturno: la condensación de nebulosas espirales en soles: las rotaciones interdependientes de soles dobles: los descubrimientos sincrónicos independientes de Galileo, Simón Manus, Piazzi, Le Verner, Herschel, Galle: las sistematizaciones acometidas por Bode y Kepler de los cubos de las distancias y los cuadrados de los tiempos de rotación: la casi infinita compresibilidad de los cometas hirsutos y de sus vastas elípticas egresivas y entrantes órbitas desde el perihelio al afelio: el origen sideral de las piedras meteóricas: las inundaciones libias en Marte hacia el periodo del nacimiento del más reciente astroscopista celeste: la reaparición anual de lluvias meteóricas hacia el periodo de la fiesta de S. Lorenzo (mártir, 10 de agosto): la reaparición mensual conocida como luna nueva con la luna vieja en sus brazos: la postulada influencia de los cuerpos celestes en los humanos: la aparición de una estrella (de l.ª magnitud) de excelso brillo que dominaba de noche y de día (un nuevo sol luminoso generado por la colisión y amalgamación en incandescencia de dos ex soles no luminosos) hacia el periodo del nacimiento de William Shakespeare sobre el delta de la constelación yacente que nunca se pone de Casiopea y de una estrella (de 2.' magnitud) de similar origen pero de menor brillo que había aparecido y desaparecido de la constelación de la Corona Septentrionahs hacia el periodo del nacimiento de Leopold Bloom y de otras estrellas de (presumiblemente) similar origen que habían (efectiva o presumiblemente) aparecido y desaparecido de la constelación de Andrómeda hacia el periodo del nacimiento de Stephen Dedalus, y en y de la constelación de Auriga algunos años después del nacimiento y muerte de Rudolph Bloom, hijo, y en y de otras constelaciones algunos años antes o después del nacimiento o muerte de otras personas: los fenómenos concomitantes de los eclipses, solar y lunar, de inmersión a emersión, disminución del viento, culminación de la sombra, taciturnidad de las criaturas aladas, emergencia de animales noctumales o crepusculares, persistencia de luz infemal, oscuridad de las aguas terrenales, palidez de los seres humanos.

¿La conclusión lógica (la de Bloom), una vez considerado el 1′ asunto y concediendo un margen de error?

Que no era un árbol del cielo, ni una gruta celeste, ni bestia celeste, ni hombre celeste. Que era una Utopía, puesto que no había método conocido desde lo conocido a lo desconocido: una infinitud convertible igualmente en finitud por la aposición hipotética de uno o más cuerpos igualmente de la misma y de diferentes magnitudes: una movilidad de formas ilusorias inmovilizadas en el espacio removilizadas en el aire: un pasado que posiblemente había dejado de existir como presente antes de que sus probables espectadores hubieran participado de su concreta existencia actual.

¿Estaba él más convencido del valor estético del espectáculo?

Indudablemente como resultado de los reiterados ejemplos de poetas en el delirio del arrebato de afecto o en el abatimiento del rechazamiento cuando invocan a las ardientes constelaciones favorables o a la frigidez del satélite de su planeta.

¿Aceptaba pues como artículo de fe la teoría de las influen7o cias astrológicas en los desastres sublunares?

Le parecían tan posibles de probar como de refutar y la nomenclatura empleada en sus cartas selenográficas tan atribuibles a una intuición verificable como a una analogía falaz: el lago de los sueños, el mar de las lluvias, el golfo del rocío, el océano de la fecundidad.

¿Qué afinidades especiales le parecían a él que existían entre la luna y la mujer?

Su antigüedad en anteceder y sobrevivir a sucesivas generaciones telúricas: su predominio nocturno: su dependencia o satélica: su reflejo luminar: su constancia en todas sus fases, cuando sale y cuando se pone a horas fijas, cuando crece y cuando mengua: la invariabilidad forzada de su aspecto: su respuesta indeterminada a la interrogación inafirmativa: su potencia sobre las aguas efluyentes y refluyentes: su poder para enamorar, para mortificar, para conferir belleza, para producir locura, para incitar y ayudar a delinquir: la tranquila inescrutabilidad de su semblante: la terribilidad de su aislada dominante implacable resplandeciente propincuidad: sus augurios de la tempestad y de la calma: el estímulo de su luz, de su moción y de su presencia: la admonición de sus cráteres, de sus mares áridos, de su silencio: su esplendor, cuando visible: su atracción,

cuando invisible.

¿Qué signo visible luminoso atrajo la mirada de Bloom, que atrajo la mirada de Stephen?

En el segundo piso (parte trasera) de la casa (la de Bloom) la luz de una lámpara de petróleo con pantalla oblicua que se proyectaba en la pantalla de una persiana enrollable suministrada por Frank O'Hara, fabricante de persianas, barras de cortinas y estores giratorios, en Aungier Street, 16.

¿Cómo dilucidó el misterio de una atractiva persona invisible, su mujer Marion (Molly) Bloom, revelada por un espléndido signo visible, una lámpara?

Con alusiones verbales indirectas y directas o afirmaciones: con afecto sumiso y admiración: con descripción: con tartamudeo: con insinuación.

¿Quedaron después los dos en silencio?

En silencio, el uno contemplando al otro en ambos espejos de la carne recíproca de susdelnodéste rostrosiguales.

¿Permanecieron indefinidamente inactivos?

Por insinuación de Stephen, por instigación de Bloom los dos, primero Stephen, luego Bloom, orinaron en penumbra, sus flancos contiguos, sus órganos de micción recíprocamente convertidos en invisibles por circumposicion manual, sus miradas, primero la de Bloom, luego la de Stephen, elevadas a la proyectada sombra luminosa y semiluminosa.

¿Semejantemente?

Las trayectorias de sus, primero consecutivas, luego simultáneas, micciones fueron desemejantes: la de Bloom más larga, menos irruente, con la forma incompleta de la penúltima letra bifurcada del alfabeto, que en su último año en el Instituto (1880) había sido capaz de conseguir el punto de mayor altitud contra toda la fuerza concurrente de la institución, 210 alumnos: la de Stephen más alta, más sibilante, que en las últimas horas del día precedente había aumentado por consumición diurética una presión vesical insistente.

¿Qué diferentes problemas se les planteaban a cada uno con respecto al órgano colateral invisible audible del otro?

A Bloom: los problemas de irritabilidad, tumescencia, rigidez, reactividad, dimensión, profilaxis, pilosidad.

A Stephen: el problema de la integridad sacerdotal de Jesús circunciso (1.° de enero, fiesta de guardar, oír misa y abstenerse de trabajo servil innecesario) y el problema referente a si el divino prepucio, el camal anillo nupcial de la santa iglesia católica apostólica romana, conservado en Calcata, sería merecedor de simple hiperdulía o del cuarto grado de latría otorgado a la abscisión de tales excrecencias divinas como el Go pelo y las uñas.

¿Qué signo celestial fue observado simultáneamente por los dos?

Una estrella se precipitó con gran velocidad evidente por el firmamento desde Vega en la Lira sobre el cenit más allá del grupo estelar de la Cabellera de Berenice hacia el signo zodiacal de Leo.

¿Cómo consiguió el centrípeto permaneciente la emersión del centrífugo saliente?

Insertando el cañón de una llave macho ruginosa en el agujero de una inestable cerradura hembra, consiguiendo un punto de apoyo del arco de la llave y dando vueltas a la muesca de derecha a izquierda, retirando un perno de su armella, por medio de una tracción espasmódica hacia dentro de una atrofiada puerta desquiciada y descubriendo una abertura para una libre emersión y una libre inmersión. ¿Cómo se despidieron, el uno del otro, al separarse?

Colocándose perpendiculares en la misma puerta y a diferentes lados de su base, las líneas de sus brazos en despedida, encontrándose en un punto cualquiera y fonnando un ángulo cualquiera menor que la suma de dos ángulos rectos.

¿Qué sonido acompañó la unión de sus tangentes, la desunión de sus (respectivamente) centrífugas y centrípetas manos?

El sonido del repiqueteo de las horas nocturnas por el carillón de la iglesia de Saint George.

¿Qué ecos de aquel sonido fueron oídos por los dos y por cada uno de ellos?

Por Stephen:

Liliata rutilantium. Turma circumdet.

Iubilantium te virginum. Chorus excípiat.

Por Bloom:

Dingdón, dingdón,
dingdón, dingdón.

¿Dónde estaban los distintos compañeros de la reunión con quienes Bloom ese día a la convocatoria de ese repiqueteo había viajado desde Sandymount en el sur a Glasnevin en el norte?

Martin Cunningham (en la cama), Jack Power (en la cama), Simon Dedalus (en la cama), Ned Lambert (en la cama), Tom Kernan (en la cama), Joe Hynes (en la cama), John Henry Menton (en la cama), Bemard Corrigan (en la cama), Patsy Dignam (en la cama), Paddy Dignam (en la sepultura).

En soledad ¿qué oyó Bloom?

La doble repercusión de pies alejándose sobre la tierra por el cielo soportada, la doble percusión del arpa de un judío en el callejón resonante.

En soledad ¿qué sintió Bloom?

El frío del espacio interestelar, miles de grados bajo el punto de congelación o el cero absoluto de Fahrenheit, Centígrado o Réaumur: incipientes indicaciones del amanecer próximo.

¿Qué le recordaban las campanadas, y el apretón de manos y los pasos y el helor de soledad?

A compañeros de distintas maneras y en diferentes lugares ahora difuntos: Percy Apiohn (muerto en acción, río Modder), Philip Gillian (de tisis, hospital de Jervis Street), Matthew F. Kane (ahogado accidentalmente, Bahía de Dublín), Phfip Moisel (de piemia, Heytesbury Street), Michael Hart (de tisis, hospital Mater Misencordiae), Patrick Dignam 00 (de apoplejía, Sandymount).

¿Qué panorama de qué fenómenos le inducía a quedarse?

La desaparición de las tres últimas estrellas, la difusión de la amanecida, la aparición de un nuevo disco solar.

¿Había sido alguna vez espectador de esos fenómenos?

Una vez, en 1887, depués de una prolongada función de charadas en la casa de Luke Doyle, en Kimmage, había esperado con paciencia la aparición del fenómeno diurno, sentado en un muro, la mirada dirigida hacia el Mizrach, el este.

¿Recordaba pues los parafenómenos iniciales?

Aire más activo, un gallo matutino en la distancia, eclesiásticos relojes por distintos lugares, música aviaria, el paso solitario de un viandante madrugador, la difusión visible de la luz de un cuerpo luminoso invisible, el primer limbo dorado del sol resurgente perceptible pequeño en el horizonte.

¿Se quedó?

Con profunda inspiración volvió, reatravesando el jardín, reentrando al corredor, reatrancando la puerta. Con leve suspiro retomó la lámpara, reascendió las escaleras, se reaproximó a la puerta de la habitación delantera, de la planta baja, y reentró.

¿Qué frenó súbitamente su accesión?

El lóbulo temporal derecho de la esfera hueca de su cráneo entró en contacto con el ángulo sólido de una viga donde, una infinitésima pero sensible fracción de segundo después, una dolorosa sensación se ubicó como consecuencia de antecedentes sensaciones transmitidas y registradas.

Describid las alteraciones efectuadas en la colocación del mobiliario.

Un sofá tapizado en velludillo color ciruela había sido desplazado de enfrente de la puerta a la chimenea junto a la bandera del Reino Unido firmemente enrollada (alteración que él frecuentemente había querido ejecutar): la mesa con tapa de mayólica incrustada a cuadros azules y blancos había sido colocada enfrente de la puerta en el lugar dejado libre por el sofá de velludillo color ciruela: el aparador de nogal (un ángulo saliente del cual había momentáneamente impedido su accesión) había sido cambiado de sitio de su

posición junto a la puerta a una posición más favorable aunque más peligrosa delante de la puerta: dos sillas habían sido cambiadas de sitio de los lados derecho e izquierdo de la chimenea a la posición originalmente ocupada por la mesa con tapa de mayólica incrustada a cuadros azules y blancos.

Describidlas.

La primera: un sillón bajo relleno, con recios brazos alargados y el respaldo inclinado hacia atrás, que, retrancado en reculada, había levantado los flecos irregulares de una alfombra rectangular y ahora mostraba en su bien tapizado asiento una centralizada decoloración difundente y decreciente. La segunda: una silla esbelta de patas hacia fuera y curvas lustrosas de mimbre, colocada frente por frente de la anterior, su armadura desde la parte superior al asiento y desde el asiento a la base barnizada en marrón oscuro, su asiento consistente en un círculo brillante de junco blanco trenzado.

¿Qué significados iban unidos a esas dos sillas?

Significados de similitud, de situación, de simbolismo, de evidencia circunstancial, de superpermanencia testimonial. ¿Qué ocupaba la posición originalmente ocupada por el apa6o rador?

Un piano vertical (Cadby) con el teclado al descubierto, su caja cerrada soportando un par de guantes largos amarillos de señora y un cenicero de color esmeralda que contenía cuatro cerillas consumidas, un cigarrillo parcialmente consumido y dos colillas descoloridas, el retril soportando la música en tono de sol natural para voz y piano de *Vií¡ay dulce canción de amor* (letra de G. Clifton Bingham, música de J. L. Molloy, cantada por Madam Antonette Sterling) abierta por la última página con las indicaciones finales *ad libitum, forte,* pedal, *o animato,* pedal sostenido, *ritirando,* final.

¿Con qué sensaciones contemplaba Bloom estos objetos por turno?

Con tensión, elevando una palmatoria: con pena, sintiendo en la sien derecha una tumescencia contusa: con atención, dirigiendo la mirada a un algo grande pasivo sin vida y a un algo esbelto activo brillante: con solicitud, doblándose y volviendo hacia abajo el fleco de la alfombra vuelto hacia arriba: con regocijo, recordando la idea sobre el color del Dr. Malachi Mulligan incluyendo la gradación del verde: con placer, repitiendo las palabras y la acción antecedente y percibiendo a través de vanos canales de sensibilidad interna la consecuente y concomitante tibia difusión agradable de la decoloración gradual.

¿Su acción inmediata?

De una caja abierta sobre la mesa con tapa de mayólica sacó un diminuto cono negro, de un pulgar de alto, lo colocó sobre su base circular en una pequeña placa de estaño, colocó la palmatoria en el ángulo derecho de la repisa de la chimenea, extrajo del chaleco la hoja doblada de un folleto (ilustrado) titulado Agendath Netaim, desdobló la misma, la exami-16 nó superficialmente, la enrolló hasta hacer un delgado cilindro, le prendió fuego en la llama de la vela, lo aplicó cuando prendió al vértice del cono hasta que este último alcanzó el grado de rutilancia, colocó el cilindro en el pie de la palmatoria disponiendo la parte no consumida de tal manera que facilitara su combustión total.

¿Qué siguió a esta operación?

La cúspide del cráter de cono truncado del diminuto volcán emitió una fumarola serpentina en vertical evocadora del aromático incienso oriental.

¿Qué objetos homotéticos, además de la palmatoria, reposaban sobre la repisa de la chimenea?

Una pieza de relojería de mármol estriado de Connemara, parado a las 4:46 de la mañana del 21 de marzo de 1896, regalo de bodas de Matthew Dillon: un árbol enano de arborescencia glacial bajo una campana de cristal transparente, regalo de bodas de Luke y Caroline Doyle: un búho embalsamado, regalo de bodas del edil John Hooper.

¿Qué intercambios visuales tuvieron lugar entre estos tres objetos y Bloom?

En el cristal del espejo de pared ribeteado en dorado la espalda sin decorar del árbol enano miraba la espalda erguida del búho embalsamado. Delante del espejo el regalo de bodas del edil John Hooper con una clara mirada de melancolía sabia luminosa inmóvil compasiva miraba a Bloom mientras Bloom con oscura mirada tranquila profunda inmóvil compasiva miraba el regalo de bodas de Luke y Caroline Doyle.

¿Qué imagen compuesta asimétrica en el espejo atrajo después su atención?

La imagen de un hombre solitario (ipsorrelativo) mudable (alierrelativo).

¿Por qué solitario (ipsorrelativo)?

Hermanos y hermanas el no tenía.
Más el padre del hombre hijo de su abuelo era.

¿Por qué mudable (alierrelativo)?

Desde la niñez a la madurez se había parecido a su progenitora materna. Desde la madurez a la senilidad se parecería cada vez más a su progenitor paterno.

¿Qué última impresión visual le comunicó el espejo?

El reflejo óptico de varios volúmenes invertidos incorrectamente ordenados y no en el orden de sus letras comunes con títulos centelleantes en los dos estantes de enfrente.

Catalogad estos libros.

Directorio de Correos de Dublín de Thom, 1886.

Obras poéticas de Denis Florence M'Carthy (señal cobriza de hoja de abedul en la pág. 5).

Obras de Shakespeare (de tafilete carmesí oscuro, estampado en oro).

Tablas aritméticas útilesy rápidas (en tela marrón).

La historia secreta de la corte de Carlos II (en tela roja, encuadernación estampada).

Laguía del niño (en tela azul).

La belleza de Killarney (con sobrecubierta).

Cuando éramos niños por William O'Brien, Miembro del Parlamento (en tela verde, algo gastada, sobre de señal en la pág. *217).*

Pensamientos de Spinoza (en piel de color pardo oscuro). *La historia delfzrmamento* por Sir Robert Ball (en tela azul).

Tres viajes a Madagascar de Ellis (en tela marrón, título borrado).

Las cartas de Stark-Munro por A. Conan Doyle, propiedad de la Biblioteca Pública de Dublín, en Capel Street, *106,* prestado el *21* de mayo (víspera de Pentecostés) de *1904,* devolución el *4* de junio de *1904, 13* días de demora (encuadernación en tela negra, con signatura en etiqueta blanca).

Viajes a la China por «Viatorn (forrado con papel de estraza, título en tinta roja).

La filosofza del Talmud (panfleto cosido).

Vida de Napoleón de Lockhart (falta la cubierta, anotaciones al margen, minimizando las victorias, exagerando las derrotas del protagonista).

Soll und Haben por Gustav Freytag (en cartoné negro, letra gótica, cupón de cigarrillos de señal en la pág. *24).*

Historia de la guerra ruso-turca de Hozier (en tela marrón, *2* volúmenes, con etiqueta pegada, Biblioteca del Cuartel, Governor's Parade, Gibraltar, en el dorso de la cubierta). *Laurence Bloomfield en Irlanda* por William Allingham (segunda edición, en tela verde, diseño en trebolado dorado, el nombre del anterior propietario en el recto de la guarda borrado).

Manual de astronomía (cubierta, de piel marrón, suelta, 5 grabados, impresión tipográfica antigua en entredós, las notas del autor en nomparell, las indicaciones marginales en breviario, la leyenda de los grabados en cíceros pequeños).

La vida oculta de Cristo (en cartoné negro).

Tras el rastro del sol (en tela amarilla, falta la portada, el título repetido en intestación).

Fuerza física y cómo obtenerla por Eugene Sandow (en tela roja).

Elementos degeometrcá: sucintosyfáciles escrito en francés por F. Ignat. Pardies y traducido al inglés por John Harris, Doctor en Teología, impreso para R Knaplock en Bishop's Head, MDCCM, con epístola dedicatoria a su digno amigo Charles Cox, caballero, Miembro del Parlamento por la villa de Southwark, y con un testimonio caligrafiado a tinta en la guarda donde se certifica que el libro fue de la propiedad de Michael Gallagher, fechado el 10 de mayo de *1822 y* se ruega a la persona que pudiera encontrarlo, si el libro se perdiera o extraviara, lo restituya a Michael Gallagher, carpintero, de Dufery Gate, Enniscorthy, condado de Wicklow, el mejor sitio del mundo.

¿Qué reflexiones ocuparon su mente durante el proceso de reversión de los volúmenes invertidos?

La necesidad del orden: un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar: la deficiente apreciación de la literatura que tienen las mujeres: la incongruidad de una manzana encunada en una tembladera y de un paraguas reclinado en un beque: la inseguridad de ocultar cualquier documento secreto detrás, debajo o entre las páginas de un libro.

¿Qué volumen era el más grueso?

La historia de la guerra ruso-turca de Hozier.

¿Qué otros datos entre otros contenía el segundo volumen de la obra en cuestión?

El nombre de una importante batalla (olvidado), frecuentemente recordado por un importante oficial, el comandante Brian Cooper Tweedy (recordado).

¿Por qué, en primer y segundo lugar, no consultaba la obra en cuestión?

En primer lugar: con el fin de ejercitar su capacidad mnemotécnica: en segundo lugar, porque tras un intervalo de amnesia, cuando, sentado en la mesa central, a punto de consultar la obra en cuestión, recordaba debido a su capacidad mnemotécnica el nombre de la confrontación militar, Plevna.

¿Qué le produjo consuelo en su posición sentada?

La sinceridad, la desnudez, la postura, la tranquilidad, la juventud, la bondad, el sexo, el consejo de una estatua erguida en el centro de la mesa, una figura de Narciso comprada en subasta en P. A. Wren, Bachelor's Walk, 9.

¿Qué le produjo irritación en su posición sentada?

La presión inhibitoria del cuello duro (talla 17) y del chaleco is (de 5 botones), dos prendas de vestir superfluas en el atuendo de hombres maduros e inflexibles a las alteraciones de la masa por expansión.

¿Cómo se calmó la irritación?

Trasladó el cuello duro, que incluía una pajanta negra y un pasador articulable, del cuello a una posición a la izquierda de la mesa. Se desabotonó sucesivamente en dirección contraria el chaleco, los pantalones, la camisa y la camiseta a lo largo de la línea central de irregulares pelos negros encrespados que se extendían en convergencia tnangular desde la depresión pélvica sobre la circunferencia del abdomen y fosa umbilical a lo largo de la línea central de los nodos hasta la intersección de las seis vértebras pectorales, y desde allí se prolongaban en dos recorridos en ángulos rectos y finalizaban en los círculos descritos alrededor de dos puntos equidistantes, el derecho y el izquierdo, sobre las cumbres de las prominencias mamarias. Se desabrochó sucesivamente cada uno de los seis botones menos uno de los tirantes, dispuestos en pares, de los cuales uno estaba incompleto.

¿Qué movimientos involuntarios siguieron?

Comprimió entre dos dedos la carne circunyacente a una cicatriz en la región izquierda infracostal debajo del diafragma resultado de una picadura asestada 2 semanas y 3 días antes (el 23 de mayo de 1904) por una abeja. Se rascó imprecisamente con la mano derecha, aunque inconsciente del prurito, diferentes puntos y superficies de la parcialmente expuesta, totalmente lavada piel. Insertó la mano izquierda en el bolsillo inferior izquierdo de su chaleco y extrajo y repuso una moneda de plata (1 chelín), colocada allí (presumible350 mente) con motivo (el 17 de octubre de 1903) del entierro de Mrs. Emily Sinico, de Sidney Parade.

Compilad los gastos del 16 de junio de 1904.

	Debe			Haber	
	£-s-d			£-s-d	
1 riñón cerdo	0- 0-3		calderilla	0-4-9	
1 ejemplar del *Freeman's journal*	comisión del 0- 0-1		*Freeman's journal*	1-7-6	
1 baño y propina	0- 1-6		préstamo (Stephen		
1 billete tranvía	0- 0-1		Dedalus)	1-7-0	
1 In memonam Patrick Dignam	0- 5-0				

2 pastelillos Banbury 0- 0-1
renovación libro 0- 1-0 1
paquete papel
y sobres 0- 0-1
1 comida y propina 0- 2-0
1 giro y sello 0- 2-g
1 billete tranvía 0- 0-1
1 manita cerdo 0- 0-4
1 pie cordero 0- 0-3
1 tableta chocolate
Cake Fry 0- 1-0
1 pan de molde 0- 0-4
1 café con bollo 0- 0-4
préstamo (Stephen
Dedalus) devuelto 1- 7-0
Saldo 0-16-6
£2-19-3 £2-19-3

¿Continuó el proceso de despojamiento?

Sensible a un persistente dolor benigno en las plantas de los pies extendió un pie hacia un lado y observó las rugosidades, protuberancias y puntos salientes causados por la presión del pie en el transcurso del caminar reiterado en distintas direcciones diferentes, luego, inclinado, desanudó los nudos de los cordones, desasió y aflojó los cordones, se quitó las dos botas por segunda vez, se sacó parcialmente húmedo el calcetín derecho a través de cuya parte delantera la uña del dedo gordo había efraccionado otra vez, levantó el pie derecho y, una vez que se hubo sacado una liga púrpura de calcetín, se quitó el calcetín derecho, colocó el pie derecho desnudo en el borde del asiento de la silla, se hurgó y con cuidado laceró la parte saliente de la uña del dedo gordo, elevó la parte lacerada hasta las ventanas de la nariz e inhaló el olor acerado, luego, con satisfacción, arrojó el lacerado fragmento ungular.

¿Por qué con satisfacción?

Porque el olor inhalado correspondía a otros olores inhalados de otros fragmentos ungulares, hurgados y lacerados por el señorito Bloom, alumno de la escuela infantil de Mrs. Ellis, pacientemente cada noche cuando se arrodillaba brevemente y rezaba las oraciones vespertinas y caía en meditaciones ambiciosas.

¿En qué ambición final habían ahora cuajado todas las concurrentes y consecutivas ambiciones?

No heredar por derecho de primogenitura, herencia por igual entre los hijos o ley inglesa del derecho del hijo menor a la herencia, ni poseer a perpetuidad extensas tierras solariegas de suficiente número de acres, almudes de tierra y alnas, en medidas agrarias legales (renta 42 libras), de brañas alrededor de una mansión solariega con casa para el guarda y camino de cipreses hasta la entrada ni, por otra parte, una casa adosada o quinta, calificada como *Rus in urbe o Qui si sana,* sino comprar por contrato privado sin cargas y con pleno dominio una casita de dos pisos en forma de bungalow con cubierta de paja orientada al sur, con veleta y pararrayos en lo alto, con toma de tierra, con porche cubierto de plantas trepadoras (yedra o parra virgen), puerta de entrada, verde olivo, con acabado elegante verde inglés y pulidos adornos de bronce en la puerta, fachada estucada con tracerías doradas en aleros y aguilón, que se levantara, si fuera posible, sobre una loma mansa con agradables vistas desde el balcón con pretil de pilares de piedra de inocupados o inocupables pastos interyacentes y emplazada en el centro de 5 o 6 acres de tierra de su propiedad, a una distancia de la carretera más próxima que las luces de la casa fueran visibles por la noche por encima o a través de un seto vivo de carpe recortado artísticamente, situada en un lugar determinado a no menos de 1 milla legal de la periferia de la metrópolis, dentro de un límite de tiempo de no más de 15 minutos de la línea de tranvías o del tren (por ejemplo, Dundrum, en el sur, o Sutton, en el norte, ambas localidades declaradas por la fuerza de los resultados parecidas a los polos terrestres por

su clima adecuado para pacientes tísicos), hacienda para ser utilizada por contrato enfiteútico, por un periodo de 999 años, la casa y dependencias debiendo constar de 1 salón con ventana salediza (2 arcos de ojiva), termómetro incrustado, 1 sala, 4 dormitorios, 2 habitaciones para el servicio, cocina alicatada con fogón y accesorios y lavadero, galería con armarios empotrados para la ropa blanca, estantería en compartimentos de roble ahumado con la Enciclopedia Británica y el Diccionario New Century, panoplia de armas antiguas medievales y orientales en transversal, gong para llamar a las comidas, lámpara de alabastro, colgante de globo, microteléfono automático de vulcanita con guía adyacente, alfombra de nudos de Axminster anudada a mano con fondo color crema y ribetes de rejilla, mesa de juego de columna y soportes de garras, chimenea con enormes trebejos de bronce y reloj de repisa bañado en oro, garantizado con carillón catedralicio, barómetro con gráfico higrogáfico, cómodos sofás y cantoneras, tapizados en velludillo color rubí con buenos muelles y el centro hundido, pantalla japonesa de tres pies y escupideras (tipo club, cuero de vivo color vino, lustre renovable con un mínimo de trabajo usando aceite de linaza y vinagre) y lucerna central de prismas piramidales, percha de madera ahormada con papagayo amaestrado (expurgado su lenguaje), papel de pared gofrado a 10 chelines la docena de planas con festones transversales de diseño floral color carmín y cenefa rematando en lo alto, la escalera, tres tramos continuos en ángulos rectos sucesivos, de roble veteado, huellas y contra huellas, barandal, balaustres y pasamanos, con rodapié de tableros reforzados, preparados con cera alcanforada: cuarto de baño, con agua caliente y fría, bañera y ducha, inodoro en el entresuelo provisto de ventana oblonga de un solo cristal opaco, asiento abatible, lámpara aplicada a la pared, cadena y anilla de latón, reposabrazos, escabel y oleografia artística en la parte interior de la puerta: ídem, sencillo, dependencias para la servidumbre con las necesarias condiciones sanitarias e higiénicas separadas para la cocinera, criada de cuerpo de casa y criada ayudante (salario, subidas inmerecidas por incrementos bianuales de 2 libras, con seguro de fidelidad a todo riesgo, prima anual (1 libra) y pensión de jubilación (basada en el sistema de los 65) después de 30 años de servicio), despensa, cillero, alacena, fresquera, alquería, covacha para el carbón y la leña con bodega (con vinos de reserva espumosos y no espumosos) para invitados de categoría, cuando se les invite a cenar (traje de etiqueta), instalación en toda la casa de gas de monóxido de carbono.

¿Qué otros atractivos podría tener la propiedad?

Como adenda, una cancha de tenis cubierto y tenis inglés con frontón, una zona de arbustos, un invernadero con palmeras tropicales, provisto de la mejor fonna botánica, una rocalla con chorros de agua, una colmena arreglada según principios humanos, macizos ovalados en arreglos rectangulares de césped con elipses excéntricas de tulipanes escarlatas y rojo cromo, cebollas albarranas, crocos, prímulas, minutisas, clarines, lirios del valle (los bulbos se pueden conseguir en sir James W. Mackey, (S. A.), mayoristas y minoristas de semillas y bulbos y arboricultores, representantes de abonos químicos, en Sacville Street Upper, 23), una huerta, un huerto para plantar verduras y terreno para cepas, protegidos contra intrusos ilegales por un cercado mural rematado con cristales rotos en lo alto, cobertizo con candado para diversas herramientas inventariadas.

¿Como por ejemplo?

Trampas para anguilas, nasas, cañas de pescar, hacha, romana, muela, destonnador, cortadora, estera, escalera telescópica, rastrillo de diez púas, trabas para lavar, horqueta para orear el heno, rastrillo para apilar, podadera, bote de pintura, brocha, azadón y otras herramientas.

¿Qué mejoras podrían iniciarse subsiguientemente?

Una conejera y corral para aves, un palomar, un invernadero botánico, 2 hamacas (para señora y caballero), un reloj de sol resguardado y protegido por labumos y lilas, un exótico y armonioso aljaraz en la cancela adherido al poste lateral izquierdo, un tanque grande de agua, un cortacésped con expulsión por el lado y recogedor, un aspersor con manguera hidráulica.

¿Qué facilidades de transporte eran deseables?

Con destino a la ciudad frecuentes conexiones por tren o tranvía desde sus respectivas estaciones intermedias o terminales. Con destino al campo velocípedos, una bicicleta de paseo sin cadena de piñón libre con cesta sujeta a un lado, o medio de transporte de tracción, un burro con jaula de mimbre o un elegante faetón con un buen potranco solípedo de tiro (castrado ruano, 14 h.).

¿Cuál podría ser el nombre de esta engible o erigida residencia?

Villa Bloom. Quinta de San Leopoldo. Villa Flower.

¿Podía el Bloom de Eccles Street, 7, imaginar al Bloom de Villa Flower?

En indumentaria holgada de lana con gorra Harris de tweed, precio 8 chelines y 6 peniques, y cómodas botas de campo con escudetes elásticos y regadera, plantando abetos jóvenes alineados, pulverizando, podando, rodrigando, sembrando semilla de holco, empujando una carretilla llena de malas hierbas sin excesivo cansancio al atardecer entre el olor a hierba recién cortada, preparando la tierra, multiplicando la sabiduría, alcanzando la longevidad.

¿Qué programa de pasatiempos intelectuales era simultáneamente posible?

Fotografía, estudio comparativo de las religiones, folclor relativo a distintas prácticas amatorias y supersticiosas, contemplación dulas constelaciones celestes.

¿Qué esparcimientos más intrascendentes?

Al aire libre: jardinería y trabajo en el campo, paseos en bicicleta por nivelados caminos macadamizados, ascenso a colinas moderadamente altas, natación en el retiro de límpidas aguas y paseos en barco en ríos tranquilos en lancha segura o en ligero bote con ancla anclote en tramos libres de presas y rápidos (periodo de estivación), paseos vespertinos o circunvalaciones ecuestres con inspección de paisaje estéril y en contraste los agradables fuegos de los labradores de humeantes hacinas de turba (periodo de hibernación). Dentro de casa: discusiones en la tibia seguridad de problemas criminales e históricos sin resolver: lectura de exóticas obras maestras eróticas sin censurar: carpintería casera con caja de berramientas que contenga martillo, lezna, puntas, tornillos, tachuelas, barrena de mano, pinzas, garlopa y destornillador.

¿Podría convertirse en un caballero hacendado con productos agrícolas y ganaderos?

No sería imposible, con 1 o 2 novillas, 1 almiar de heno de la meseta y los implementos precisos de labranza, por ejemplo, una mantequera de aspas, una trituradora de nabos, etc.

¿Cuáles serían sus funciones cívicas y posición social entre las familias del condado y terratenientes?

Dispuestas sucesivamente en poder ascendente de orden jerarquico, la de jardinero, vergelero, horticultor, ganadero, y en el cenit de su carrera, juez de paz o juez municipal con blasón familiar y escudo de armas y clásica divisa apropiada *(Semperpara*tus), debidamente registrado en el directorio de Palacio (Bloom, Leopold P., Miembro del Parlamento, Consejero Privado del Rey, Caballero de la Orden de San Patricio, Doctor en Leyes *(honors causa),* Villa Bloom, Dundrum) mencionado en las noticias de Palacio y de la gente elegante (Mr. y Mrs. Leopold Bloom han partido de Kingstown con destino a Inglaterra).

¿Qué línea de acción perfiló en semejante calidad?

Una línea que discurría entre una desmesurada clemencia y un excesivo rigor: el reparto en una sociedad heterogénea de clases arbitrarias, incesantemente readecuada en términos de mayor o menor desigualdad social, de justicia imparcial homogénea e indiscutible, atemperada con lenitivos de la más dilatada amplitud posible pero exigible hasta en lo más mínimo con la incautación de los bienes, raíces y personales, por parte de la corona. Fiel al más alto poder constituido en el país, impulsado por un amor innato de rectitud su meta se fijaría en el estricto mantenimiento del orden público, en la represión de muchos abusos aun cuando no todos al mismo tiempo (toda medida hacia la refonna o la restricción suponiendo una solución preliminar que habría de estar contenida por fluxión en la solución final), en hacer respetar la letra de la ley (común, escrita y mercantil) a todos los que incurren en actos colusorios y transgresores actuando en contravención de las ordenanzas municipales y reglamentaciones, a todos los resucitadores (por transgresión y robo de menor cuantía de chamarasca) de los derechos comunales, obsoletos por desuso, a todos los pomposos instigadores de persecución internacional, todos los perpetuadores de animosidades internacionales, todos los rastreros quebrantadores de la convivencia doméstica, todos los violadores recalcitrantes del hogar conyugal.

Probad que había amado la rectitud desde su más temprana edad.

Al señorito Percy Apjohn en el Instituto en 1880 había él divulgado su incredulidad en el dogma de la iglesia (protestante) irlandesa (a la que su padre Rudolf Virag (más tarde Rudolf Bloom) había sido convertido desde la fe y comunión hebraicas en 1865 por la

Asociación para la promoción del cristianismo entre los judíos) de la que posteriormente él se retractó en favor del catolicismo romano al tiempo de y con vistas a su matrimonio en 1888. A Daniel Magrane y Francis Wade en 1882 durante una amistad juvenil (finalizada por la prematura emigración del primero) había él preconizado durante paseos nocturnos la teoría política de la expansión (por ejemplo, la canadiense) colonial y las teorías evolucionistas de Charles Darwin, reveladas en *El origen del hombre* y en *El origen de las especies.* En 1885 había públicamente expresado su adhesión al programa económico colectivo y nacional preconizado por james Fintan Lalor, John Fisher Murray, John Michhel, J. F. X. O'Brien y otros, a la política agraria de Michael Davitt, a la campaña constitucional de Charles Stewart Pamell (Miembro del Parlamento por la ciudad de Cork), al programa de paz, restricción y reforma de William Ewart Gladstone (Miembro del Parlamento por Midlothian, Escocia) y, en apoyo de sus convicciones políticas, se había encaramado a un lugar resistente entre las ramificaciones de un árbol en Northumberland Road para ver la entrada (el 2 de febrero de 1888) en la capital de una manifestadora procesión de antorchas con 20.000 portaantorchas, divididos en 120 corporaciones laborales, que portaban 2.000 antorchas escoltando al marqués de Ripon y a John Morley (el honrado).

¿Cuánto y cómo tenía la intención de pagar por esta residencia campestre?

De acuerdo con el folleto informativo de la cooperativa industrial extranjera de préstamo hipotecario naturalizada nacionalizada y sufragada por el estado (constituida en sociedad en 1874), un máximo de 60 libras por año, procediendo 1/6 de una renta asegurada, derivada de valores de máxima garantía, que representaban el interés simple al 5% de un capital de 1.200 libras (cálculo aproximado de precio de compra en veinte años) del que 1/3 debería abonarse al adquirirse y el resto en forma de renta anual, es decir 800 libras más el 2 ^{1}/a% del interés sobre el mismo, reembolsable trimestralmente en plazos anuales iguales hasta la extinción por amortización del préstamo adelantado para la compra en un periodo de 20 años, ascendiendo a una renta anual de 64 libras, incluido el arrendamiento, los títulos de propiedad habiendo de permanecer en posesión del prestador o prestadores con una cláusula de salvaguardia en previsión de venta forzosa, ejecución de la hipoteca y compensación mutua en la eventualidad de un incumplimiento prolongado del pago en los términos fijados, en caso contrario la casa con sus dependencias y tierras habiendo de pasar a la absoluta propiedad del arrendatario inquilino al vencimiento del periodo de años estipulado.

¿Qué medios rápidos aunque inseguros de opulencia podrían facilitar la compra inmediata?

Un telégrafo inalámbrico privado que transmitiera por el sistema de puntos y rayas los resultados de una carrera ecuestre nacional (en llano o de obstáculos) de 1 o más millas y estadios ganada por un jamelgo apuestas 50 a 1 a las 3 y 8 minutos de la tarde en Ascot (hora de Greenwich), recibiéndose la información y válida a efectos de apuestas en Dublín a las 2:59 de la tarde (hora de Dunsmk). El descubrimiento inesperado de un objeto de gran valor pecuniario (piedra preciosa, valiosos sellos de correos adhesivos o estampillados (de 7 schillngs, malva, sin dentado, Hamburgo, 1866: de 4 peniques, rosa, papel azul, dentado, Gran Bretaña, 1855: de 1 franco, color bistre, oficial, perforado, sobrecarga diagonal, Luxemburgo, 1878), anillo dinástico antiguo, reliquia única) en extraños depositarios o por extraños medios: desde el aire (dejado caer por un águila en su vuelo), por el fuego (entre restos carbonizados de un edificio incendiado), en el mar (entre pecios, carga arrojada al mar, restos de naufragios en el fondo del mar, derrelictos), en la tierra (en la molleja de un ave comestible). Donación de un prisionero español de un lejano tesoro de objetos de valor o en metálico o en lingotes de oro depositados en una corporación bancaria solvente hace 100 años al 5% de interés compuesto con un valor en su conjunto de 5.000.000 de libras esterlinas (cinco millones de libras esterlinas). Un contrato con un desconsiderado contratante para la entrega de 32 consignaciones de determinada mercancía a cuenta de un pago en efectivo contra reembolso por entrega al tipo inicial de 1/4 de penique incrementado ininterrumpidamente en progresión geométrica de 2 (1/4 de penique, 1/2 penique, l penique, 2 peniques, 4 peniques, 8 peniques, 1 chelín y 4 peniques, 2 chelines y 8 peniques hasta el pago de 32). Un meditado plan fundamentado en el estudio de las leyes de probabilidad para hacer saltar la banca de Monte Carlo. Una solución al secular problema de la cuadratura del círculo, prima del gobierno de 1.000.000 de libras esterlinas.

¿Era adquirible una inmensa riqueza por vías industriosas?

La roturación de miles de metros cuadrados de suelo yermo arenoso, propuesta en el folleto de la Agendath Netaim, Bleibtreustrasse, Berlín W. 15, cultivando plantaciones de

naranjas y melonares y reforestación. La utilización de papel usado, pieles de roedores de cloacas, excrementos humanos que poseen propiedades químicas, a la vista de la inmensa producción de lo primero, el inmenso número de lo segundo y la gran cantidad de lo tercero, ya que todo ser humano normal de vitalidad y apetito medios produce anualmente, descontados los derivados de agua, una suma total de 80 libras (dieta mixta de carne animal y verduras), multiplicada por 4.386.035, totalidad de la población de Irlanda según el resultado del censo de 1901.

¿Existían planes de un mayor alcance?

Un plan para ser formulado y sometido a la aprobación de la comisión del puerto para la explotación del carbón blanco (energía hidráulica), producido por una planta hidroeléctrica en el apogeo de la marea en los bajos de arena de Dublín o en los saltos de Poulaphouca o de Powerscourt o cuencas de captación de los ríos principales para la producción economica de 500.000 H.P. de electricidad. Un plan para cercar el delta peninsular del North Bull en Dollymount y levantar en el espacio del cabo, utilizado como campo de golf y polígono de tiro, una explanada asfaltada con casinos, quioscos, barracas de tiro al blanco, hoteles, fondas, salas de lectura, establecimientos de baños mixtos. Un plan para la utilización de carritos tirados por perros y carritos tirados por cabras para el reparto de la leche por la mañana temprano. Un plan para el desarrollo del tránsito de turistas en Dublín y sus alrededores empleando barcos fluviales propulsados por petróleo, haciendo el trayecto por canalizo fluvial entre el puente de Island y Ringsend, charabanes, trenes de cercarías de vía estrecha, y barcos de vapor de recreo para la navegación a lo largo de la costa (10 chelines por persona y día, guía (trilingüe) incluido). Un plan para la reapertura del tráfico de pasajeros y mercancías por los canales irlandeses, una vez limpios de lechos de algas. Un plan para conectar por medio de líneas de tranvías el Mercado de Ganado (Ronda Norte y Prussia Street) con los muelles (Sheriff Street Lower y East Wall), paralelas a la línea de ferrocarril Link tendida (juntamente con la línea de ferrocanil Great Southem Westem) entre la feria de ganado, estación de empalme del Liffey, y la terminal de ferrocarril Midland Great Westem de North Wall, 43 al 45, en las proximidades de las estaciones terminales o de los ramales en Dublín del ferrocarril Great Central, del ferrocarril Midland de Inglaterra, de la Compañía de Paquebotes a vapor de la ciudad de Dublín, de la Compañía de Ferrocarriles de Lancashire y Yorkshire, de la Compañía de Paquebotes a vapor de Dublín y Glasgow, Compañía de Paquebotes a vapor (línea Laird), Glasgow, Dublín y Londonderry, Compañía de Paquebotes a vapor británica e irlandesa, Buques de vapor Dublín y Morecambe, Compañía de Ferrocarriles de Londres y North Westem, Cámara del puerto, dársena y naves de descarga de Dublín y naves de tránsito de Palgrave, Murphy y Compañía, armadores, agentes para navieras del Mediterráneo, de España, Portugal, Francia, Bélgica y Holanda y para la Sociedad de Aseguradores de Liverpool, el coste del material móvil adquirido para el transporte de animales y los gastos adicionales de transporte operados por la United Company de Tranvías de Dublín, sociedad anónima, a ser cubiertos por cuotas de los ganaderos.

¿Proponiendo qué prótasis convertiría la contratación para esos diferentes planes en una apódosis natural y necesaria?

Dada una garantía igual a la suma buscada, el aval por escritura de donación entre vivos y documentos de transmisión en vida del donante o por legado después de la extinción sin dolor del donante, de eminentes financieros (Blum Pasha, Rothschild, Guggenheim, Hirsch, Montefiore, Morgan, Rockefeller) que poseen fortunas de 6 cifras, acumuladas durante una vida afortunada, y juntando el capital con la oportunidad el asunto requerido quedaría terminado.

¿Qué eventualidad le haría independiente de esa riqueza?

El hallazgo individual de una veta de oro inagotable.

¿Por qué razón meditaba sobre planes tan dificiles de llevarse a cabo?

Era uno de sus axiomas que meditaciones parecidas o la relación automática consigo mismo de una historia acerca de sí mismo o la apacible rememoración del pasado cuando se practicaba asiduamente antes de conciliar el sueño aliviaba el cansancio y daba como resultado un profundo reposo y una vitalidad renovada.

¿Sus justificaciones?

Como fisico había aprendido que de los 70 años de que consta el ciclo de la vida del hombre al menos las 2/7 partes, esto es 20 años se pasan durmiendo. Como filósofo sabía que al final de una vida sólo una parte infinitesimal de los deseos de las personas se cumplen. Como fisiólogo creía en el aplacamiento artificial de agentes malignos

especialmente operativos durante la somnolencia.

¿Qué temía?

La comisión de suicidio o el suicidio durante el sueño por una aberración de la luz de la razón, la inconmensurable inteligencia categórica situada en las circunvoluciones cerebrales.

¿Cuáles eran normalmente sus meditaciones finales?

Acerca de algún anuncio único y exclusivo que obligara a los viandantes a pararse asombrados, una fantasía de cartel, con todos los acrecimientos externos excluidos, reducido a sus más simples y eficientes términos no excediendo la duración de una visión casual y congruente con la celeridad de la vida moderna.

¿Qué contenía el primer cajón sin cerrar?

Un cuademo de caligrafia de Vere Foster, propiedad de Milly Millicent) Bloom, algunas de cuyas páginas llevaban dibujos esquemáticos, subtitulados *Papi,* que mostraban una gran cabeza globular con 5 pelos de punta, 2 ojos de perfil, el tronco completamente de frente con 3 grandes botones, 1 pie triangular: 2 fotografias amarillentas de la reina Alejandra de Inglaterra y de Maud Branscombe, actriz y belleza oficial: una tarjeta de Pascuas con una representación pictórica de una planta trepadora, la inscripción *Mizpah,* la fecha Navidades de 1892, el nombre de los remitentes: de Mi. y Mis. M. Comerford, el versículo: *Que estas Pascuas te traigan paz, felicidady júbilo venturoso:* un trozo de lacre rojo parcialmente licuado, adquirido en el comercio de Messrs. Hely, S. A., Dame Street, 89, 90 y 91: una caja que contenía el resto de una gruesa de plumillas doradas <J», adquiridas en los mismos almacenes de la misma firma: un viejo reloj de arena que se balanceaba que contenía arena que se balanceaba: una profecía cerrada con lacre (nunca abierta) escrita por Leopold Bloom en 1886 referente a las consecuencias de la aprobación como ley del proyecto de Ley Autonómica de 1886 de William Ewart Gladstone (nunca aprobada como ley): un boleto de feria, n.° 2004, de la Fiesta de Beneficencia de S. Kevin, precio 6 peniques, 100 premios, una epístola infantil, fechada, ele minúscula en lunes, texto: pe mayúscula Papi coma ce mayúscula Cómo estás signo de interrogación y griega mayúscula Yo estoy muy bien punto y aparte con eme mayúscula Milly y rúbrica sin punto: un broche con camafeo, propiedad de Ellen Bloom (nombre de soltera Higgins), difunta: un alfiler de corbata con camafeo, propiedad de RudolfBloom (nacido Virag), difunto: 3 cartas escritas a máquina, destinatario, Henry Flower, Lista : de Correos Westland Row, remitente, Martha Clifford, Lista de Correos Dolphin's Bam: el nombre transcrito y la dirección de la remitente de las 3 cartas en criptograma alfabético invertido bustrofedónico cuatrilinear punteado (vocales suprimidas) N. IGS./WI. UU. OX./W. OKS. MH/Y. IM: un recorte de periódico de un semanario inglés, *Modere Society,* asunto castigo corporal en las escuelas de niñas: una cinta roba que había festoneado un huevo de Pascua en el año 1899: dos preservativos parcialmente desenrollados con depósito, comprados por correo en el Apartado n.° 32, Estafeta de Correos de Charing Cross, Londres, W. C.: 1 paquete de 1 docena de sobres de papel vergé color crema y papel de escribir con rayas finas, con filigranas, de los que quedaban 9: algunas monedas austrohúngaras heterogéneas: 2 papeletas de la lotería patrocinada por la Corona húngara: una lupa de poca potencia: 2 fotolitografias eróticas mostrando a) coito bucal entre señorita desnuda (presentación trasera, posición superior) y torero desnudo (presentación delantera, posición inferior) b) violación anal a cargo de religioso varón (enteramente vestido, ojos turbios) de religiosa hembra (parcialmente vestida, ojos diáfanos), adquiridas por correo en el Apartado n.° 32, Estafeta de Correos de Charing Cross, Londres, W. C.: un recorte de periódico de una receta para la restauración de botas viejas marrones: sello adhesivo de 1 penique, de color lila, del reinado de la Reina Victoria: un gráfico de las medidas de Leopold Bloom recopiladas antes, durante y después del uso consecutivo durante 2 meses del aparato de poleas de SandowWhiteley (para hombres 15 chelines, para atletas 20 chelines) a saber, pecho 28 pulgadas y 29 ^{1}/2 pulgadas, bíceps 9 pulgadas y 10 pulgadas, antebrazo 8^{1}/2 pulgadas y 9 pulgadas, muslo 10 pulgadas y 12 pulgadas, pantorrilla 11 pulgadas y 12 pulgadas: un folleto de El Prodigio, el más avanzado remedio del mundo para afecciones rectales, directamente del Prodigio, Coventry House, South Place, Londres E. C., enviado (equivocadamente) a Mrs. L. Bloom con breve nota adjunta que empezaba (equivocadamente): Muy Sra. mía.

Transcribid el texto exacto en el que el folleto declaraba las virtudes de ese remedio taumatúrgico.

Cura y alivia mientras usted duerme, en caso de problemas al liberar flatulencias,

coopera con la naturaleza de la manera más extraordinaria, garantizando alivio inmediato en la emisión de gases, preservando las partes limpias y el acto natural espontáneo, un desembolso inicial de 7 chelines con 61e convierte a usted en un hombre nuevo y la vida digna de vivirse. Las señoras hallarán El Prodigio especialmente útil, una agradable sorpresa cuando comprueben el resultado satisfactorio como un vaso de agua fresca de la fuente en un día sofocante de verano. Recomiéndelo a sus distinguidas y distinguidos amigos, dura una vida entera. Introdúzcase por el extremo alargado redondo. Prodigio.

¿Había testimonios?

Numerosos. Desde el clérigo, el oficial de la armada británica, el escritor célebre, el financiero, la enfermera, la dama, la madre de cinco, el mendigo distraído.

¿Cómo concluía el testimonio concluyente del mendigo distraído?

¡Qué pena que el gobierno no suministrara prodigios a nuestros hombres durante la campaña de Sudáfrica! ¡Qué ayuda habría sido!

¿Qué objeto añadió Bloom a su colección de objetos?

Una 4.a carta escrita a máquina recibida por Henry Flower (digamos que H. F. era L. B.) de Martha Clifford (ver quién pueda ser M. C.).

¿Qué agradable pensamiento acompañó este acto?

El pensamiento de que, dejando de lado la carta en cuestión, su atractivo rostro, tipo y fonna de hablar habían sido favorablemente acogidos durante el transcurso del día precedente por una esposa (Mrs. Josephne Breen, nombre de soltera Josie Powell), por una enfermera, Miss Callan (nombre de pila desconocido), una chica, Gertrude (Gerty, apellido desconocido).

¿Qué posibilidad se insinuaba?

La posibilidad de ejercer el poder varonil de la fascinación en un futuro no próximo después de un costoso ágape en un reservado en compañía de una elegante hetaira, de belleza corporal, moderadamente mercenaria, variadamente instruida, dama de nacimiento.

¿Qué contenía el 2.° cajón?

Documentos: el certificado de nacimiento de Leopold Paula Bloom: un seguro dotal mixto de 500 libras con la Compañía de Seguros Scottish Widows, intestada Millicent (Milly) Bloom, con derecho a heredarlo a los 25 años de edad con póliza de beneficios de 430 libras, 462 libras 10 chelines 0 peniques a los 60 años de edad o defunción, a los 65 años o defunción y a la defunción, respectivamente, o con póliza de beneficios (liberada) de 299 libras 10 chelines 0 peniques junto con el pago al contado de 133 libras 10 chelines 0 peniques, opcional: una libreta de ahorros emitida por el Banco del Ulster, sucursal de College Green, consignando el estado de c/c para el semestre finalizado el 31 de diciembre de 1903, saldo a favor del depositario: 18 libras 14 chelines 6 peniques (dieciocho libras, catorce chelines y seis peniques en moneda legal), estado de haberes: certificado de propiedad de 900 libras, bonos (registrados) del Estado Canadiense al 4%, (exentos de timbre): certificados de la Comisión de Cementerios Católicos (Glasnevin), relacionada con la compra de una parcela de enterramiento: un recorte de periódico local concerniente a cambio de nombre por escritura legal.

Transcribid el texto exacto de esta comunicación.

Yo, Rudolph Virag, residente en la actualidad en el n.° 52 de Clanbrassil Street, Dublín, anteriormente de Szombathely en el reino de Hungría, hago saber por la presente que he tomado y tengo la intención en adelante en cualquier circunstancia y en cualquier momento de ser conocido por el nombre de Rudolph Bloom.

¿Qué otros objetos relacionados con Rudolph Bloom (nacido Virag) estaban en el 2.° cajón?

Un desdibujado daguerrotipo de Rudolf Virag y su padre Leopold Virag realizado en el año 1852 en el estudio fotográfico de su (respectivamente) primo hermano y primo 2.°, Stefan Virag de Szesfehervar, Hungría. Un viejo libro de la Haggada en el que unos lentes convexos de montura de concha insertados señalaban el pasaje de acción de gracias en el libro ritual de oraciones para la Pesaj (Pascua judía): una fotolitografía del hotel Queen, Ennis, propietario, Rudolph Bloom: un sobre dirigido: A mi *querido h~o Leopold.*

¿Qué fracciones de frases evocaba la lectura de esas cinco únicas palabras?

Mañana hará una semana que recibí .... no vale la pena Leopold existir .... con tu querida

madre ... no puedo aguantar más ... a ella ... todo se ha acabado para mí ... cuida de Athos, Leopold .... mi querido hijo ... siempre ... de mí... *das Herz ... Gott ... dein ...*

¿Qué memorias de un hombre que sufre de melancolía progresiva evocaban estos objetos en Bloom?

Un hombre viejo, viudo, el cabello descuidado, en la cama, con la cabeza cubierta, suspirando: un perro enclenque, Athos: acónito, al que acude en crecientes dosis de granos y escrúpulos como paliativo de una neuralgia recrudescente: el rostro muerto de un septuagenario, suicidio con veneno.

¿Por qué experimentaba Bloom un sentimiento de remordimiento?

Porque por impaciencia juvenil había tratado con falta de respeto ciertas creencias y costumbres.

¿Como por ejemplo?

La prohibición del uso de carne y leche en una misma comida: los simposios hebdomadarios ex compatriotas ex correligionarios incoordinadamente abstractos, férvidamente concretos y mercantiles de: la circuncisión de niños varones: el carácter sobrenatural de las escrituras judaicas: la inefabilidad del tetragrámaton: la santidad del sábado.

¿Qué le parecían ahora esas creencias y costumbres?

No más racionales que entonces le parecían, no menos racionales que otras creencias y costumbres le parecían ahora. ¿Qué primer recuerdo tenía de Rudolph Bloom (difunto)? Rudolph Bloom (difunto) le relataba a su hijo Leopold Bloom (de 6 años) un reordenamiento retrospectivo de las migraciones y asentamientos en y entre Dublín, Londres, Florencia, Milán, Viena, Budapest, Szombathely con aserciones de satisfacción (su abuelo había visto a María Teresa, emperatriz de Austria, reina de Hungría), con consejos mercantiles (él se había cuidado del penique, las libras se habían cuidado de ellas mismas). Leopold Bloom (de 6 años) había acompañado esos relatos con consultas constantes al mapa geográfico de Europa (político) y con sugerencias para el establecimiento de locales comerciales afiliados en los diferentes centros mencionados.

¿Había borrado el tiempo igual aunque diferentemente la memoria de esas migraciones en el relator y en el oyente?

En el relator por el acceso de los años y como consecuencia del uso de toxinas narcóticas: en el oyente por el acceso de los años y como consecuencia de la acción de la distracción en las experiencias ajenas.

¿Qué idiosincrasias del relator eran producto concomitante de la amnesia?

En ocasiones comía sin haberse previamente quitado el sombrero. En ocasiones se bebía vorazmente el zumo de la papilla de grosellas de un plato inclinado. En ocasiones se quitaba los restos de comida de los labios con un sobre desgarrado o con cualquier otro trozo de papel a mano.

¿Qué dos fenómenos de senilidad eran más frecuentes?

El miope cálculo digital de monedas, la eructación consecuencia de la repleción.

¿Qué cosa ofrecía consuelo parcial a esos recuerdos?

El seguro mixto, la libreta de ahorros, el certificado de propiedad de los títulos.

Reducid a Bloom por multiplicación en cruz de reveses de la fortuna, de los cuales estos apoyos le protegían, y por eliminación de todos los valores positivos a una cantidad irreal negativa irracional insignificante.

Sucesivamente, en orden descendente ilótico: la pobreza: la del vendedor ambulante de bisutería, el apremio por recuperar deudas fuertes y dudosas, el cobrador suplente del impuesto para pobres e impuestos municipales. La mendicidad: la del arruinado fraudulento con haberes insignificantes que paga 1/4 de penique por libra, el hombre anuncio, el distribuidor de prospectos, el merodeador nocturno, el sicofante insinuante, el marinero tullido, el mozalbete ciego, el hombre de los recados jubilado del aguacil, el cascarrabias, el lameculos, el aguafiestas, el sobalomos, el excéntrico hazmerreír de todo el mundo sentado en un banco de un parque público debajo de un paraguas agujereado de desecho. La indigencia: el internado del Hogar del Anciano (Royal Hospital), en Kilmainham, el internado del Hospital Simpson para hombres empobrecidos aunque respetables permanentemente imposibilitados por la gota o falta de visión. El abismo de la miseria: el anciano moribundo con demencia senil indigente incapacitado privado de

derechos a expensas del municipio.

¿Con qué concomitantes afrentas?

La indiferencia displicente de mujeres anteriormente amigables, el desprecio de los hombres musculosos, la aceptación de pedazos de pan, la ignorancia simulada de conocidos casuales, la ladra de ilegítimos perros vagabundos sin licencia, el disparo infantil de proyectiles de verduras podridas, de valor escaso o nulo, nulo o menos que nulo.

¿Con qué podría impedirse una situación así?

Con la defunción (cambio de estado): con la marcha (cambio de lugar).

¿Preferiblemente cuál?

El último, por la ley del mínimo esfuerzo.

¿Qué consideraciones convertían la marcha en algo no del todo indeseable?

La cohabitación permanente estorbaba la tolerancia mutua de los defectos personales. El hábito de la compra independiente cultivado crecientemente. La necesidad de contrarrestar con la residencia temporal la persistencia del arresto.

¿Qué consideraciones convertían la marcha en algo no irracional?

Las partes interesadas, al unirse, se habían incrementado y o multiplicado, hecho lo cual, producida la progenie y educada hasta la madurez, las partes, si no se habían desunido estaban obligadas a unirse de nuevo para incrementarse y multiplicarse, lo cual era absurdo, para formar por reayuntamiento la pareja original de las partes unidas, lo cual era imposible.

¿Qué consideraciones convertían la marcha en algo deseable?

Las características atrayentes de ciertas localidades de Irlanda y del extranjero, tal como se describían en los mapas geográficos generales de diseño polícromo o en mapas de reconocimiento especiales de estado mayor empleando escala de numerales y curvas de nivel.

¿En Irlanda?

Los acantilados de Moher, las salvajes y borrascosas regiones de Connemara, el lago Neagh con su ciudad de piedra anegada, la Manga del Gigante, Fort Camden y Fort Carlisle, el Valle de Oro de Tipperary, las islas Arán, los pastizales de la real Meath, el olmo de Brígida en Kildare, los astilleros de Queen's Island en Belfast, el Remonte del Salmón, los lagos de Killamey.

¿En el extranjero?

Ceilán (con sus plantaciones de especias que suministran el té para Thomas Kernan, representante de Pulbrook, Robertson y Cía., en Mincin Lane, 2, Londres, E. C., en Dame Street, 5, Dublín), Jerusalén, la ciudad santa (con la mezquita de Omar y la puerta de Damasco, término de aspiración), el estrecho de Gibraltar (el lugar extraordinario del nacimiento de Manon Tweedy), el Partenón (que alberga las estatuas desnudas de las divinidades griegas), el mercado de valores de Wall Street (que controla las finanzas internacionales), la Plaza de Toros de La Línea (donde O'Hara el de los Camerons había matado el toro), Niágara (por donde ningún ser humano había cruzado con impunidad), la tierra de los esquimales (comedores de jabón), el país prohibido del Tíbet (del que ningún viajero vuelve), la bahía de Nápoles (verla y después morir), el Mar Muerto.

¿Bajo qué guía, siguiendo qué señales?

En el mar, septentrional, por la noche la estrella polar, situada en el punto de intersección de la línea recta desde beta a alfa en la Osa Mayor prolongada y dividida externamente en omega y la hipotenusa del rectángulo formado por la línea alfa omega así prolongada y la línea alfa delta de la Osa Mayor. En tierra, meridional, una luna bisfénca, manifestada en diferentes fases lunares imperfectas a través del intersticio posterior de la falda imperfectamente ocluida de una carnosa mujernegligente que pasea, una columna de nube por el día.

¿Qué anuncio público divulgaría la ocultación del desaparecido?

5 libras de recompensa, perdido, robado o extraviado de su residencia en Eccles Street, 7, falta caballero de unos 40 años, responde al nombre de Bloom, Leopold (Poldy), estatura 5 pies $9^1/2$ pulgadas, de constitución fuerte, tez aceitunada, puede haberse dejado crecer la barba desde entonces, la última vez que se le vio llevaba un traje negro. La cantidad anterior será abonada por cualquier información que permita encontrarle.

¿Qué denominaciones universales binomias se le aplicarían como ente y no-ente?

Supuestas por algunos o conocidas por ninguno. Todos o Nadie.

¿Qué tributos serían los suyos?

El honor y los dones de los extraños, los amigos de Todos. Una ninfa inmortal, belleza, la novia de Nadie.

¿Nunca reaparecería el desaparecido en ningún lugar de ninguna manera?

Siempre vagaría, por sí mismo apremiado, hasta los extremos de su órbita cometana, al otro lado de las estrellas fijas y de los soles variables y planetas telescópicos, abandonados y desamparados astronómicos, hasta los últimos confines del espacio, yendo de unos pueblos a otros, por entre gentes, por entre eventos. En algún sitio imperceptiblemente oiría y de alguna manera a regañadientes, por el sol apremiado, obedecería la llamada al regreso. De aquí, desaparecería de la constelación de la Corona Septentrionalis y de alguna manera reaparecería renacido sobre delta en la constelación de Casiopea y después de incalculables eones de peregrinación volvería como extrañado vengador, rayo de justicia para malhechores, fosco cruzado, durmiente alerta, con recursos económicos (en hipótesis) superiores a los de Rothschild o a los del rey de la plata.

¿Qué harta una vuelta así irracional?

Una ecuación insatisfactoria entre un éxodo y una vuelta en el tiempo a través del espacio reversible y un éxodo y una vuelta en el espacio a través del tiempo irreversible.

¿Qué juego de fuerzas, induciendo a la inercia, convertiría la marcha en indeseable?

Lo tarde de la hora, convirtiéndola en procrastinación: la oscuridad de la noche, convirtiéndola en invisible, la inseguridad de las vías públicas, convirtiéndola en peligrosa: la necesidad de reposo, obviando el movimiento: la proximidad de una cama ocupada, obviando la busca: el augurio del calor (humano) suavizado con frescor (las sábanas), obviando el deseo y convirtiéndolo en deseable: la estatua de Narciso, sonido sin eco, deseo deseado.

¿Qué ventajas tenía una cama ocupada, a diferencia de una desocupada?

La eliminación de la soledad nocturnal, la superior calidad de la calefacción humana (mujer madura) en comparación con la inhumana (botella de agua caliente), el estímulo del contacto matutino, el ahorro del planchado realizado en la misma casa en lo que se refiere a los pantalones cuidadosamente doblados y colocados a lo largo entre el colchón de muelles (a rayas) y el colchón de lana (corte beis).

¿Qué pasadas causas consecutivas, antes de levantarse preaprehendidas, de cansancio acumulado recapituló Bloom silenciosamente, antes de levantarse?

La preparación del desayuno (ofrenda quemada): congestión intestinal y defecación premeditada (sanctasanctórum): el baño (rito de Juan): el entierro (rito de Samuel): el anuncio de Alexander Yaves (Unm y Thummim): el almuerzo insustancial (rito de Melquisedec): la visita al museo y a la bibioteca nacional (sagrado lugar): la caza del libro por Bedford Row, Merchants' Arch, Wellington Quay (Simchath Tora): la música en el Hotel Ormond (Cantar de los Cantares): el altercado con un truculento troglodita en el local de Bernard Kiernan (holocausto): un tiempo muerto que incluye una vuelta en coche, una visita a un mortuorio, una despedida (soledad): el erotismo ocasionado por una exhibicionista femenina (rito de Onán): el prolongado alumbramiento de Mrs. Mina Purefoy (ofrenda de elevación): visita a la casa de lenocinio de Mrs. Bella Cohen, en Tyrone Street Lower, 82, y subsiguiente reyerta y desbarajuste fortuito en Beaver Street (Armagedón): paseo nocturnal al albergue del cochero y vuelta, puente Butt (expiación).

¿Qué enigma autoimpuesto aprehendió involuntariamente Bloom cuando iba a levantarse para irse con el fin de terminar no fuera que no pudiera terminar?

La causa de un crujido corto penetrante inesperado oído fuerte aislado emitido por el material inerte de una mesa de o madera de vetas torcidas.

¿Qué enigma impuesto a sí mismo no comprendió Bloom levantado, recogiendo prendas de vestir multicolores multiformes multitudinarias, aprehendiéndolo voluntariamente?

¿Quién era Gandina?

¿Qué enigma autoevidente sopesado con inconstante constancia durante 30 años comprendía ahora Bloom, habiendo provocado oscuridad natural al extinguir la luz artificial, de pronto en silencio?

¿Dónde estaba Moisés cuando se apagó la vela?

¿Qué imperfecciones en un día perfecto enumeró sucesivamente Bloom, en silencio, andando, cargado con una colección de prendas de vestir, de un hombre recientemente desvestido?

Fracaso provisional en la renovación de un anuncio: en la obtención de una cierta cantidad de té de Thomas Kernan (representante de Pulbrook, Robertson y Cía., en Dame Street, 5, Dublín, y en Mincing Lane, 2, Londres, E. C.): en certificar la presencia o ausencia de orificio rectal posterior en el caso de las diosas helénicas: en la obtención de una entrada (gratis o pagando) para la representación de *Leah* por Mrs. Bandmann Palmer en el Gaiety Theatre, en South King Street, 46, 47, 48, 49.

¿Qué impresión de un rostro ausente evocó Bloom, parado, en silencio?

El rostro del padre de ella, la del fallecido comandante Brian Cooper Tweedy, Fusileros del Real de Dublín, de Gibraltar y Rehoboth, Dolphin's Bam.

¿Qué impresiones recurrentes del mismo serían posibles por hipótesis?

Retrocediendo, en la terminal de los Ferrocarriles Great Northem, Amiens Street, con aceleración uniforme constante, a lo largo de líneas paralelas que se encuentran en el infinito, si se prolongan: a lo largo de líneas paralelas, reproducidas desde el infinito, con retraso uniforme constante, en la terminal de los Ferrocarriles Great Northem, Amiens Street, retomando. ¿Qué efectos misceláneos de prendas personales de vestir de mujer fueron advertidos por él?

Un par de medias negras nuevas de señora inodoras mitad de seda, un par de ligas nuevas color violeta, un par de bragas de señora de talla muy grande de fina muselina india, de corte amplio, impregnadas de perfume de opopónaco, jazmín y cigarrillos turcos Muratti y con un largo imperdible de acero brillante, cerrado en curvilínea, una camisola de batista con ribete de fino encaje, unas enaguas plisadas de moaré de seda azul, todos estos objetos dispuestos irregularmente encima de un arcón rectangular, refuerzos cuádruples, con ángulos reforzados, etiquetas multicolores, con las iniciales en la parte delantera en rotulado blanco B. C. T. (Bnan Cooper Tweedy).

¿Qué objetos inanimados fueron percibidos?

Un bacín, con pata fracturada, totalmente cubierto por un cuadrado de cretona, con dibujos de manzanas, sobre el que descansaba un sombrero de paja negro de señora. Efectos de loza con greca, comprados en Henry Price, fabricante de cestas, objetos de fantasía, loza y ferretería, en Moore Street, 21, 22, 23, colocados irregularmente sobre el lavabo y el suelo y que incluía jofaina, jabonera y bandeja para el cepillo (sobre el lavabo, juntos), jarra y orinal de noche (sobre el suelo, separados).

¿Los actos de Bloom?

Depositó las prendas de vestir sobre una silla, desplazó las restantes prendas de vestir, cogió de debajo del cabezal en la cabecera de la cama un largo camisón de dormir blanco doblado, metió la cabeza y los brazos en los orificios propios del camisón de dormir, desplazó la almohada de la cabecera a los pies de la cama, preparó las sábanas como corresponde y se metió en la cama.

¿Cómo?

Con cuidado, como invariablemente hacía al entrar en una estancia (fuera o no fuera suya): con precaución, los muelles de espiral del colchón eran viejos, las virolas de latón y barrotes retorcidos sueltos y trémulos con la tensión y presión: prudentemente, como si entrara en una guarida o emboscada de lujuria o de culebras: suavemente, para molestar lo menos posible: reverentemente, el tálamo de la concepción y del nacimiento, de la consumación del matrimonio y de la violación del matrimonio, del sueño y de la muerte.

¿Qué encontraron sus extremidades cuando gradualmente se estiraron?

Sábanas nuevas limpias, olores adicionales, la presencia de una forma humana, femenina, de ella, el vestigio de una forma humana, masculina, no de él, algunas migajas, algunos pedazos de carne en pote, recocida, que él apartó.

¿Si hubiera sonreído por qué habría sonreído?

Al considerar que todo el que entra se imagina ser el primero en entrar en tanto que siempre es el último término de una serie precedente aun cuando el primer término de una serie sucesiva, cada uno imaginándose el primero, el último, único y solo en tanto que ni es el primero ni el último ni único ni solo en una serie que comienza en lo infinito y se repite.

¿Qué serie precedente?

Suponiendo que Mulvey fuera el primer término de la serie, Penrose, Bartell d'Arcy, el profesor Goodwin, Julius Mastiansky, John Henry Menton, el padre Bemard Corngan, un granjero de la Feria de Caballos de la Real Asociación de Dublín, Maggot O'Reilly, Matthew Dillon, Valentine Blake Dillon (Alcalde de Dublín), Christopher Callinan, Lenehan, un organillero italiano, un señor desconocido en el Gaiety Theatre, Benjamin Dollard, Simon Dedalus, Andrew (el Picha) Burke, Joseph Cuffe, Wisdom Hely, el concejal John Hooper, el doctor Francis Brady, el padre Sebastián de Mount Argus, un limpiabotas de la Central de Correos, Hugh E. (Botero) Boylan y así uno tras otro hasta nunca llegar al último término.

¿Cuáles eran sus consideraciones con respecto al último miembro de esta serie y último ocupante de la cama?

Consideraciones sobre su vigor (un hortera), sus dimensiones corporales (un cartelero), sus aptitudes comerciales (un fullero), su impresionabilidad (un jactancioso).

¿Por qué para el observador la impresionabilidad además del vigor, las dimensiones corporales y las aptitudes comerciales? Porque había observado con acentuada frecuencia en los miembros precedentes de la misma serie la misma concupiscencia, inflamablemente transmitida, primero con alarma, después con condescendencia, luego con deseo, finalmente con cansancio, con síntomas altemantes de comprensión y aprensión hermafroditas.

¿Con qué sentimientos opuestos quedaron afectadas sus consideraciones subsiguientes?

Con envidia, celos, abnegación, ecuanimidad.

¿Envidia?

De un organismo fisico y mental masculino especialmente adaptado para la postura superpuesta de la energética copulación humana y el energético movimiento de pistón y cilindro necesario para la satisfacción total de una concupiscencia constante aunque no aguda asentada en un organismo fisico y mental femenino, pasivo aunque no obtuso.

¿Celos?

Porque una naturaleza plena y volátil en estado libre, era al0 tematívamente agente y reactivo de la atracción. Porque la atracción entre agente(s) y reactivo(s) variaba en todo momento, en proporción inversa al incremento y amenguamiento, con aumento continuo circular y reingreso radial. Porque la contemplación controlada de la fluctuación de la atracción producía, si se deseaba, una fluctuación del placer.

¿Abnegación?

En virtud de a) amistad iniciada en septiembre de 1903 en el establecimiento de George Mesías, comerciante de confecciones para caballero y sastre, en Eden Quay, 5, b) hospitalidad presentada y recibida en especie, correspondida y confirmada en persona, c) relativa juventud sujeta a impulsos de ambición y magnanimidad, altruismo de colega y egoísmo amoroso, d) atracción extrarracial, inhibición intrarracial, privilegio suprarracial, e) una inminente gira musical por provincias, gastos corrientes en común, ganancias netas a dividir.

¿Ecuanimidad?

Como algo natural como todo y cualquier acto natural de una naturaleza expresada o entendida ejecutado en condiciones naturales por criaturas naturales de acuerdo con él y ella y sus condiciones naturales, de similaridad desemejante. Como algo no tan calamitoso como la aniquilación cataclísmica del planeta como consecuencia de una colisión con un sol negro. Como algo menos censurable que el robo, el atraco, la crueldad con los niños y animales, el obtener dinero con fraude, la falsificación, el desfalco, la malversación del dinero público, el engaño a la confianza pública, la simulación, la mutilación criminal, la corrupción de menores, la difamación criminal, el chantaje, el desacato a los tribunales, la piromanía, la traición, la felonía, el motín en alta mar, la entrada ilegal en propiedad ajena, el robo con allanamiento de morada, la fuga de prisión, la práctica de vicios antinaturales, la deserción de las fuerzas armadas en el campo de batalla, el perjurio, la caza furtiva, la usura, la venta de información a los enemigos del rey, la suplantación, intento de violación, homicidio involuntario, asesinato con premeditación y alevosía. Como algo no más anormal que todos los demás procesos paralelos de adaptación a las condiciones cambiantes de la existencia, que tienen como resultado un equilibrio recíproco entre el organismo fisico y sus circunstancias concomitantes, alimentos, bebidas, hábitos adquiridos, tendencias consentidas, enfermedades importantes. Como algo más que inevitable, irreparable.

¿Por qué más abnegación que celos, menos envidia que ecuanimidad?

De agravio (el matrimonio) a agravio (el adulterio) no resultaba más que agravio (la copulación) y sin embargo el transgresor matrimonial del transgredido matrimonialmente no había sido agraviado por el transgresor adúltero del adúlteramente transgredido.

¿Qué justo castigo, si alguno?

El asesinato, jamás, ya que dos desatinos no arreglan nada. Batirse en duelo, no. Divorcio, ahora no. Revelación por medio de ardid mecánico (cama automática) o declaración personal (testigos oculares ocultos), aún no. Demanda judicial por daños y perjuicios por la vía legal o simulación de agresión con testimonio de heridas sufridas (autoinfligidas), no imposible. Mamela por la vía moral, posible. De haber alguna, convencidamente, connivencia, introducción de emulación so (material, una próspera agencia de publicidad competidora: moral, un afortunado agente competidor de la intimidad), depreciación, alienación, humillación, separación que proteja a la separada del otro, que proteja al separador de ambos.

¿Con qué consideraciones justificaba reaccionador consciente contra el vacío de la incertidumbre sus propios sentimientos?

La predeterminada frangibdidad del himen: la supuesta intangibilidad de la cosa misma: la incongruidad y desproporción entre la tensión autoprolongante de la cosa propuesta a ser hecha y la relajación autoabreviante de la cosa hecha: la falazmente inferida debilidad de la mujer: la musculatura del hombre: la mutabilidad de los códigos morales: la natural transición gramatical por inversión que no afecta a la alteración del sentido de una proposición de aoristo pretérito (gramaticalmente analizada como sujeto masculino, monosilábico verbo transitivo onomatopéyico con objeto directo femenino) de la voz activa a su proposición correlativa de aoristo pretérito (gramaticalmente analizada como sujeto femenino, verbo auxiliar y cuasimonosilábico participio onomatopéyico con agente complementario masculino) en voz pasiva: la producción continua de inseminadores por generación: la continua producción de semen por destilación: la futilidad del triunfo o de la protesta o de la reinvidicación: la inanidad de la virtud encomiada: el letargo de la materia ncpente: la apatía de las estrellas.

¿En qué satisfacción final convergieron estos sentimientos y consideraciones antagónicas reducidas a su más simple forma?

Satisfacción por la ubicuidad en los hemisferios terrestres orientales y occidentales, en todas las tierras habitables e islas exploradas e inexploradas (la tierra del sol de medianoche, las islas afortunadas, las islas de Grecia, la tierra prometida) de adiposos hemisferios femeninos anteriores y posteriores, fragantes de leche y miel y de calor excretorio sanguíneo y seminal, evocadores de familias seculares de curvas de amplitud, impasibles ante los humores por impresiones o ante las contrariedades por expresiones, expresivos de la muda inmutable animalidad madura.

¿Las señales visibles de la presatisfacción?

Una erección aproximada: una atención atenta: una elevación gradual: una revelación vacilante: una contemplación silenciosa.

¿Después?

Besó los ambarinos melones orondos serondos odoranteserondos de sus nalgas, en cada orondo hemisferio meloso, en el surco serondo ambarino, con un ósculo oscuro prolongado provocante melodorantemeloso.

¿Las señales visibles de la postsatisfacción?

Una contemplación silenciosa: una velación vacilante: un gradual menguamiento: una aversión atenta: una erección próxima.

¿Qué siguió a este acto silencioso?

Invocación somnolente, exploración menos somnolente, excitación incipiente, interrogación catequística.

¿Con qué modificaciones replicó el narrador a está interrogación?

Negativas: omitió mencionar la correspondencia clandestina entre Martha Clifford y Henry Flower, el altercado público en, dentro y en los alrededores del establecimiento autorizado para vender bebidas de Bernard Kiernan y Cía, S. A., Little Britain Street, 8, 9, y 10, la provocación erótica y reacción a la misma originada por la exhibicionista de Gertrude (Gerty), apellidos desconocidos. Positivas: incluyó mencionar la actuación de Mrs.

Bandmann Palmer en *Leab* en el Gaiety Theatre, South King Street, 46, 47, 48, 49, una invitación a cenar en el Hotel Wynn (Murphy), Lower Abbey Street, 35, 36 y 37, un volumen de pecaminosa tendencia pornográfica intitulado *Delicias delpecado,* autor anónimo un caballero de moda, una conmoción pasajera originada por un movimiento erróneamente calculado en el transcurso de una exhibición gimnástica postyantal, siendo la víctima (ya recuperada completamente) Stephen Dedalus, profesor y autor, hijo mayor sobreviviente de Simon Dedalus, sin ocupación fija, una hazaña aeronáutica realizada por él (el narrador) en presencia de un testigo, el antedicho profesor y autor, con pronta decisión y gimnástica flexibilidad.

¿Fue la narración aparte de eso inalterada por modificaciones?

En absoluto.

¿Qué acontecimiento o persona surgió como el punto culminante de su narración?

Stephen Dedalus, profesor y autor.

¿Qué limitaciones de la actividad e inhibición de los derechos conyugales fueron percibidas por la oyente y el narrador concerniente a ellos mismos durante el transcurso de esta intermitente y progresivamente más lacónica narración?

De acuerdo con la oyente una limitación de la fertilidad en vista de que el matrimonio se había celebrado 1 mes civil después del 18.° aniversario de su nacimiento (el 8 de septiembre de 1870), a saber, el 8 de octubre, y se había consumado en la misma fecha con descendencia femenina nacida el 15 de junio de 1889, habiendo sido anticipadamente consumado el 10 de septiembre del mismo año y trato sexual completo, con eyaculación de semen dentro del órgano natural femenino, habiendo tenido lugar por última vez 5 semanas previas, a saber, el 27 de noviembre de 1893, al nacimiento el 29 de diciembre de 1893 de la segunda descendencia (y único varón), fallecido el 9 de enero de 1894, a la edad de 11 días, existiendo un periodo de 10 años, 5 meses y 18 días durante el cual el trato camal había sido incompleto, sin eyaculación de semen dentro del órgano natural femenino. De acuerdo con el narrador una limitación de la actividad, mental y corporal, en vista de que el trato mental completo entre él y la oyente no había tenido lugar desde la consumación de la pubertad, señalada por hemorragia catamenial, de la descendencia femenina del narrador y de la oyente, el 15 de septiembre de 1903, existiendo un periodo de 9 meses y 1 día durante el cual, como consecuencia de una comprensión natural preestablecida en la incomprensión entre las mujeres consumadas (la oyente y descendencia), libertad corporal completa de acción había sido circunscrita.

¿Cómo?

De acuerdo con el reiterado interrogatorio femenino referente al destino masculino adónde, el lugar dónde, el tiempo en que, la duración para la que, el objeto con que en el caso de ausencias pasajeras, planeado o ejecutado.

¿Qué se movía visiblemente sobre las invisibles cavilaciones de la oyente y del narrador?

El reflejo proyectado de una lámpara y una pantalla, una serie inestable de círculos concéntricos de gradaciones variantes de luz y sombra.

¿En qué direcciones estaban echados la oyente y el narrador?

La oyente, E. por S.E.: el narrador, O. por N.O.: en el paralelo 53 de latitud, N., y el meridiano 6 de longitud, O.: en un ángulo de 45˚ respecto al ecuador terrestre.

¿En qué estado de reposo o movimiento?

En reposo relativamente según ellos mismos y según la una al otro. En movimiento siendo cada uno y ambos llevados hacia el oeste, hacia delante y hacia atrás respectivamente, de acuerdo con el perpetuo movimiento propio de la tierra a través de caminos cambiantes del espacio invanable.

¿En qué postura?

La oyente: reclinada semilateralmente del lado izquierdo, la mano izquierda bajo la cabeza, la pierna derecha extendida en línea recta y descansando sobre la pierna izquierda, flexionada, en actitud de Gea-Terra, satisfecha, recostada, plena de vida. El narrador: reclinado lateralmente, del lado izquierdo, con las piernas derecha e izquierda flexionadas, el dedo índice y el pulgar de la mano derecha descansando sobre el caballete de la nanz, en la actitud representada en la fotografía instantánea tomada por Percy Apiohn, el hombreniño cansado, el niñohombre en las entrañas.

¿Entrañas? ¿Cansado?

Descansa. Ha viajado.

¿Con?

Simbad el Marino y Timbad el Timbalero y Jimbad el jinetero y Whimbad el Güisquero y Nimbad el Negrero y Fimbad el Finquero y Pimbad el Pinero y Mimbad el Minero y Nimbad el Heñero y Rimbad el Rumbero y Dimbad el Dinamitero y Vimbad el Vimbrero y Limbad el Limero y Ximbad el Yerbatero.

¿Cuándo?

Yendo a una cama oscura había un cuadrado redondo Simbad el Marino huevo del alca del rocho en la noche de la cama de todas las alcas de todos los rochos de Oscurimbad el Luminero.

¿Dónde?

18

SÍ porque él no había hecho nunca una cosa así antes como pedir que le lleven el desayuno a la cama con un par de huevos desde los tiempos del hotel City Arms cuando se hacía el malo y se metía en la cama con voz de enfermo haciendo su santísima para hacerse el interesante ante la vieja regruñona de Mrs Riordan que él creía que la tenía enchochada y no nos dejó ni un céntimo todo para misas para ella solita y su alma tacaña tan grande no la hubo jamás de hecho le espantaba tener que gastarse 4 peniques en su alcohol metílico contándome todos sus achaques mucha labia que tenía para la política y los terremotos y la fin del mundo tengamos antes un poco de diversión que Dios nos ampare si todas las mujeres fueran de su calaña le disgustaban los hañadores y los escotes por supuesto nadie quería verla con ellos supongo que era piadosa porque no había hombre que se fijara en ella dos veces espero que nunca me parezca a ella milagro que no nos pidiera que nos cubriéramos la cara pero era una mujer muy educada desde luego y su cháchara sobre Mr Riordan para aquí y Mr Riordan para allá supongo que se alegraría de deshacerse de ella y su perro olisqueándome las pieles y siempre mañoseando para metérseme debajo de las enaguas sobre todo aun así me gusta eso de él tan atento con las viejas ya ves y con los camareros y mendigos también no es orgulloso por nada pero no siempre si es que alguna vez tuviera algo serio es mucho mejor que los lleven a un hospital donde todo está limpio pero supongo que tendría que repetírselo durante un mes sí y entonces tendríamos una enfermera del hospital tener que aguantar el rapapolvo y él allí hasta que lo echen o una monja a lo mejor como la de esa foto guarra que tiene es tan monja como yo no sí porque son tan débiles y quejicas cuando están malos necesitan una mujer para ponerse buenos si echan sangre por la nariz te imaginarías que era O algo trágico y esa carademuerto una vez por la ronda sur cuando se torció el pie en la fiesta del coro en la Montaña de pandeazúcar el día que yo llevaba aquel vestido de Miss Stack trayéndole flores las más secas que pudo encontrar en el fondo del cesto cualquier cosa por meterse en el cuarto de un hombre su voz de solterona queriendo imaginar que se moría por sus huesos para nunca verte la jeta otra vez aunque estaba más varonil con la barba un poco crecida en la cama con padre pasaba lo mismo además no soporto poner vendas ni las medicinas cuando se cortó el dedo del pie con la navaja de afeitar recortándose los callos aterrorizado de sufrir un envenenamiento de la sangre pero si fuera algo que me pasara a mí entonces ya veríamos cómo me cuidaba sólo que la mujer desde luego lo oculta para no dar la lata que ellos dan sí se corrió en algún sitio estoy segura por sus ganas de todos modos amor no es de lo contrario estaría desganado pensando en ella así que o fue una. de esas mujeres de la noche si fue por allá abajo por donde de verdad estuvo y el cuento del hotel un montón de mentiras para ocultarlo planeándolo Hynes me entretuvo con quién me encontré ah sí me encontré con tú te acuerdas de Menton y quién más déjame ver ese grandullón cara de niño le vi y no hace mucho que se casó flirteando con una joven en el Myriorama de Pooles y le di la espalda cuando se largó haciéndose el loco con las orejas gachas qué más da pero tuvo la cara dura de darme explicaciones una vez le está bien por bocazas y ojos apagados de todos los cretinos que jamás haya conocido y a eso le llaman un procurador sólo que me fastidia tener una pelea larga en la cama o si no y si no es eso será alguna putilla o algo por el estilo que se apañó en algún sitio o que ligó a la chita callando si al menos lo conocieran tan bien como yo lo conozco sí porque antes de ayer estaba escribiendo a la prisa y corriendo algo una carta cuando entré en la habitación de delante para enseñarle la muerte de Dignam en el periódico como si algo me dijera y lo tapó con el papel secante haciendo como si pensara en sus negocios así que lo más probable es que fuera eso para alguien que piensa que lo tiene embobado porque todos los hombres se vuelven un poco así a su edad especialmente cuando se acercan a los cuarenta como le ocurre a él para sacarle con mimitos todo el dinero que pueda no hay peor tonto que un tonto viejo y luego lo que me dio por saco fue que lo ocultara no que me importe un rábano con quién lo hace o conoció antes de esa manera aunque me gustaría averiguarlo siempre que no los tenga a los dos bajo mis narices todo el tiempo como aquella guarra de Mary que tuvimos en Ontario terrace acolchándose el culo falso para excitarlo mal está tener que aguantar el olor de esas mujeres pintadas una o dos veces tuve la sospecha haciendo que se acercara cuando me encontré el pelo largo en su

americana sin contar cuando entré en la cocina haciendo él como que bebía agua 1 mujer no es bastante para ellos él tuvo toda la culpa claro de estropear a las criadas y luego proponiendo que comiera con nosotros en la mesa el día de Navidad si te parece O no gracias no en mi propia casa robándome las patatas y las ostras 2 con 6 la docena saliendo a ver a su tía si te parece robo vulgar y corriente es lo que era pero yo estaba segura de que tenía algo con aquélla me basto yo sola para averiguar una cosa como lo que él dijo no tienes pruebas ella era la prueba O sí que su tía era muy aficionada a las ostras pero le dije lo que pensaba de ella proponiéndome que saliera para quedarse solo con ella yo no me iba a rebajar espiándoles las ligas que me encontré en su habitación el viernes que ella estaba fuera yo con eso ya tenía bastante la cara se le hinchó de rabia cuando la puse de patitas en la calle ya me encargué yo de eso mejor pasar de ellas por completo hacer yo las habitaciones más rápido lo único la maldita cocina y sacar la basura me tuvo que oír de cualquier modo o ella o yo deja la casa no podría ni siquiera tocarle si pensara que estaba con una sucia mentirosa caradura y vaga como ésa negándomelo en mi propia cara y cantando por toda la casa en el W C también porque sabía que estaba segura sí porque él no puede de ninguna manera pasar sin eso tanto tiempo así que tiene que hacerlo en alguna parte y la última vez se corrió en mi culo cuándo fue la noche que Boylan me dio un buen estrujón en la mano paseando a lo largo del Tolka en mi mano se mete otra y yo ni corta ni perezosa le apreté la suya ya ves con el pulgar para devolvérselo cantando a la luna nueva de mayo radiante de amor porque él se huele algo de él y de mí no es tan tonto dijo voy a cenar fuera y me voy al Gaiety aunque no le voy a dar la satisfacción en todo caso Dios sabe que él supone un cambio de alguna manera no llevar siempre y por siempre el mismo sombrero a menos que pagara a algún chico guapito para que lo hiciera ya que yo sola no lo puedo hacer a un jovencito le gustaría yo le aturrullaría un poco sola con él si estuviéramos dejaría que me viera las ligas las nuevas y le haría ponerse colorado mirándole seducirle sé lo que los chicos sienten con esa pelusa en las mejillas haciendo eso meneándosela y sacándosela a todas horas pregunta y respuesta harías esto lo otro y lo de más allá con el carbonero sí con un obispo sí lo haría porque le conté lo de que un deán o un obispo que estaba sentado a mi lado en los jardines de la sinagoga judía cuando estaba haciendo punto aquella cosa de lana que no conocía Dublín qué lugar era aquél y así dale con los monumentos y me dejó agotada con tantas estatuas animándole haciéndole peor de lo que es a quién tienes en mente vamos dime en quién estás pensando quién es dime su nombre quién dime quién es el Emperador de Alemania sí imagínate que soy él piensa en él puedes sentirlo intentando hacer una puta de mí lo que nunca conseguirá debería dejarlo ya a estas alturas de su vida sencillamente la ruina de cualquier mujer y sin sacarle ninguna satisfacción haciendo como que te gusta hasta que se corre y luego terminarlo tú misma de cualquier forma y se te ponen los labios pálidos de todas formas se ha acabado de una vez por todas con todo lo que habla la gente de ello es sólo la primera vez después es la rutina de hacerlo y no pensar más en ello por qué no puedes besar a un hombre sin ir y casarte con él primero a veces te morirías de ganas cuando te sientes de esa manera tan bien en todo tu cuerpo que no te puedes aguantar me gustaría que algún hombre me cogiera alguna vez cuando él está ahí y me besara en sus brazos no hay nada como un beso largo y ardiente hasta dentro de tu alma casi te paraliza luego me fastidia aquella confesión cuando solía ir al Padre Corngan me ha tocado padre y qué hay de malo si lo hizo dónde y yo dije que por el comienzo del canal como una tonta pero por qué partes de tu persona hija mía en la pierna detrás por arriba sí bastante araba fue donde te sientas sí O Dios no podía haber dicho culo de corrida y haber acabado antes qué tendrá que ver con todo eso e hiciste he olvidado cómo lo dijo no padre y siempre pienso en el padre de verdad para qué lo quería saber cuando ya lo había confesado a Dios tenía unas manos bien gordas las palmas siempre húmedas no me importaría sentirlas ni tampoco a él diría yo por el cuello de toro en su alzacuello me pregunto si me conocía en el confesionario podía verle la cara él no podía verme la mía claro que él no la volvía nunca ni daba señales aun así los ojos los tenía rojos cuando su padre murió se encuentran perdidos para una mujer desde luego tiene que ser terrible cuando un hombre llora y no digamos nada ellos me gustaría que me abrazara uno con sus vestiduras y el olor a incienso que despide como el papa además no hay peligro con un cura si estás casada se las sabe cuidar muy bien después le da algo a Su Santidad el papa como penitencia me pregunto si se ha quedado satisfecho conmigo una cosa que no me gustó la palmada que me dio en el trasero cuando se marchaba con tanta familiaridad en el vestíbulo aunque me reía yo no soy un caballo ni un asno creo yo supongo que estaba pensando en el de su padre me pregunto si estará despierto pensando en mí o soñando que estoy con eso quién le daría aquella flor que dijo que compró olía a alguna clase de bebida que no era güisqui ni cerveza negra o quizás esa clase de engrudo dulzón con el que pegan los carteles algún licor que me gustaría beber a

sorbitos esas bebidas verdes y amarillas cremosas caras que esos mariposones de teatro beben con sus clacs que una vez caté mojando un dedo en la de aquel americano que tenía la ardilla hablando de sellos con padre que hacía lo imposible por no caerse dormido después de la última vez después de que nos tomásemos el oporto y el fiambre en pote tenía un agradable sabor salado sí porque yo misma me sentía muy bien y cansada y me quedé roque en cuanto que me metí en la cama hasta que aquel trueno me despertó Dios bendito pensé que el cielo se nos venía encima como castigo cuando me santigüé y recé un Avemaría como aquellos tronidos espantosos en Gibraltar como si el mundo se fuera a acabar para que luego vengan y te digan que no hay Dios qué podría hacer una sino correr y dar vueltas de un lado para otro nada más que hacer un acto de contrición la vela que encendí aquella noche en la capilla de Arhitefriars street por el mes de mayo ves trajo suerte aunque él se lo tomaría a broma si lo oyera porque nunca va a misa ni a las reuniones dice que tu alma que tú no tienes alma dentro sólo una materia gris porque él no sabe lo que es tener una sí cuando encendí la lámpara porque ha debido de correrse 3 o 4 veces con esa tremenda cosa grande roja brutal que tiene pensé que la vena o cómo diablos se llame le iba a explotar aunque la nariz no la tiene tan grande después me quité todas mis cosas con las persianas bajadas después de pasarme horas vistiéndome y perfumándome y peinándome eso como un hierro o alguna clase de palanca gruesa tiesa todo el tiempo ha tenido que comer ostras creo unas cuantas docenas estaba muy en forma no yo nunca en toda mi vida pensé que nadie tuviera una del tamaño de ésa para hacerte sentir llena ha tenido que comerse un cordero entero después a quién se le ocurrió hacemos así con un agujero grande en medio o como un semental metiéndotela hasta dentro porque eso es todo lo que quieren de una con esa mirada resuelta y perversa en los ojos que tuve que medio cerrar los ojos aun así no tiene tanta cantidad de leche cuando hice que la sacara y me la echara encima si se tiene en cuenta lo grande que la tiene tanto mejor no sea que algo quede después del lavado la última vez que dejé que terminara dentro de mí bonito invento el que crearon para las mujeres para él que saque todo el placer pero si alguien les diera un poco de eso a ellos ya sabrían lo que pasé con Milly nadie lo creería echando los dientes también y el marido de Mina Purefoy Dios nos libre haciéndole barriga con un niño o mellizos una vez al año con la puntualidad de un reloj siempre con olor a niños encima el que llamaron entreverao o algo así un perrengue con una mata de pelo encima Jesús el niño es negro la última vez que estuve allí un pelotón de ellos tirándose unos sobre otros y con tal griterío que no se podía oír una misma se supone que están sanos no están satisfechos hasta que te inflan como un elefante o no sé qué suponiendo que me arriesgara a tener otro no de él sin embargo aun así si estuviera casado estoy segura de que tendría un niño precioso y fuerte pero no sé Poldy tiene más leche sería cojonudo supongo que fue encontrarse con Josie Powell y el funeral y pensar en mí y en Boylan lo que le puso al rojo vivo bueno puede pensar lo que quiera ya si eso le sienta bien sé que ellos andaban de besuqueos cuando yo me presenté en escena él andaba bailando y sentándose en el jardín con ella la noche de la fiesta de inauguración de la casa de Georgina Simpson y luego me lo quiso restregar por la cara que era porque no le gustaba verla de patito feo por eso fue por lo que tuvimos la gran bronca sobre política él la empezó no yo cuando dijo que Nuestro Señor había sido carpintero termino por hacerme llorar desde luego una mujer es tan sensible para todo estaba que echaba humo contra mí misma después por ceder sólo porque yo sabía que él iba a por mí y el primer socialista dijo fue Él me molestó tanto que no pudiera sacarlo de quicio de todos modos sabe un montón sobre muchas cosas raras especialmente sobre el cuerpo y lo de dentro a veces he, querido estudiar eso yo misma lo que tenemos dentro con aquel manual de medicina casera siempre podía oír su voz cuando hablaba cuando la habitación estaba atestada y observarle después de eso hice como que estaba distante con ella por él porque él solía ser un poco celoso cuando preguntaba adónde iba y yo decía a casa de Floey y me regaló las poesías de lord Byron y los tres pares de guantes así que asunto terminado podía fácilmente hacer que se reconciliara en cualquier momento sé cómo hacerlo incluso suponiendo que volviera otra vez con ella y fuera a verla en alguna parte y lo sabría si se negara a comer las cebollas sé muchas maneras pedirle que me baje el cuello de la blusa o tocarle con el velo y los guantes al salir 1 beso luego les pondría dislocados sin embargo muy bien ya veremos luego dejemos que se vaya con ella y ella desde luego estaría encantada de hacer como que está loca de amor por él que no me importaría tanto me iría para ella y le preguntaría lo quieres y la miraría a los ojos a mí no podría engañarme pero él podría imaginarse que él sí y declarársele con esa labia suya un poco como cuando se me declaró a mí aunque me costó lo mío hacer que se arrancara aunque me gustaba eso en él demostraba que sabía dominarse y que no te lo llevabas tan fácilmente estuvo a punto de pedírmelo la noche en la cocina que yo estaba extendiendo el pastel de patata hay algo

que te quiero decir sólo que yo le desanimé fingiendo estar irritada con las manos y los brazos llenos de harina pastosa en cualquier caso desembuché demasiado la noche anterior hablando de sueños así que no quería que supiera más de lo debido ella no dejaba de abrazarme Josie cuando él andaba cerca los abrazos iban dirigidos a él claro manoseándome y cuando dije que me lavaba arriba y abajo hasta donde era posible preguntándome y te lavabas el posible las mujeres siempre dando pie a eso se pasan cuando él está presente lo saben por su mirada furtiva guiñando los ojos un poco haciéndose el indiferente cuando se descuelgan con algo de la clase que él es lo que le estropea no me sorprende lo más mínimo porque él era muy guapo en aquellos tiempos intentando parecerse a Lord Byron que dije me gustaba aunque demasiado hermoso para ser hombre y él era un poco antes de que nos prometiéramos después sin embargo no le gustaba a ella tanto el día que me retorcía de risa con la risa tonta que no podía contener por lo de las horquillas que se me estaban cayendo una detrás de otra con la mata de pelo que tenía siempre estás de muy buen humor dijo ella sí porque le daba pelusa porque sabía lo que quería decir porque yo solía contarle una buena parte de lo que ocurría entre nosotros no todo pero lo justo para hacerle la boca agua pero yo no tenía la culpa no volvió a asomar la cara por casa después de que nos hubiéramos casado me pregunto cómo se las arregla ahora después de vivir con ese chiflado de marido empezaba a tener la cara cansada y a consumirse la última vez que la vi acabaría de tener una bronca con él porque vi al instante que quería sacar la conversación de los maridos y hablar de él para despellejarle qué fue lo que me dijo ah sí que algunas veces solía meterse en la cama con las botas llenas de barro cuando se le cruzan los cables imagínate tener que estar en la cama con una cosa así que te puede asesinar en cualquier momento qué hombre bueno no es la manera como todo el mundo se vuelve majareta Poldy sin ir más lejos haga lo que haga siempre se limpia los pies en la esterilla cuando entra llueva o haga sol y siempre se limpia sus botas además y siempre se quita el sombrero cuando se encuentra con alguien en la calle ya ves y ahora ése anda por ahí en zapatillas en busca de 10.000 libras por una tarjeta postal Qt c colgado ay hija una cosa así es como para llevarte al otro mundo en realidad tan bobo que es incapaz de quitarse las botas y qué podía una pensar de un hombre así preferiría morirme 20 veces antes que casarme con otro de su género claro que él nunca encontrará otra mujer como yo que le aguante de la manera que yo lo hago para conocerme ven a dormir conmigo sí y él lo sabe también en el fondo de su corazón mira a esa Mrs Maybnck que envenenó a su marido por qué me pregunto enamorada de otro hombre sí se descubrió que había sido ella anda que no se portó como una criminal haber hecho una cosa así claro que algunos hombres pueden ser tan perdidamente exasperantes que te vuelven loca y siempre la peor palabra del mundo para qué te piden que te cases con ellos si somos tan malas como resulta ser sí porque no se las pueden arreglar sin nosotras Arsénico blanco le puso en el té del papel matamoscas si es que fue eso me pregunto por qué lo llaman así si se lo preguntara me diría que viene del griego y nos deja igual que antes locamente enamorada tenía que estar del otro fulano para exponerse a que la ahorcaran O no le importaba si ésa era su condición qué sería capaz de hacer además no son lo bastante bestias como para ir y colgar a una mujer seguro que son todos son tan diferentes Boylan hablando de la forma de mi pie se dio cuenta en seguida incluso antes de que nos presentaran cuando yo estaba en la Compañía de Panaderos de Dublín con Poldy riendo y tratando de oír yo estaba meneando el pie los dos pedimos dos tés y pan corriente con mantequilla y lo vi que miraba con sus dos hermanas solteronas cuando me levanté y le pregunté a la chica dónde estaba lo que me importa que se me salía a chorros y aquellos calzones estrechos y negros que hizo que me comprara que te lleva media hora bajártelos mojándome entera siempre con una manía nueva semana sí semana no tan largo fue que me olvidé mis guantes de ante en el asiento atrás que no recuperé nunca alguna ladrona y él quería que lo pusiera en el Irish times perdido en el lavabo de señoras C P D Dame street quien los encuentre enviar a Mrs Manon Bloom y le vi sus ojos en mis pies al salir por la puerta giratoria estaba mirando cuando yo miré para atrás y fui allí a tomar el té 2 días después con la esperanza pero no estaba hay que ver cómo le excitaba aquello porque los cruzaba cuando estábamos en la otra habitación primero pensaba que eran los zapatos demasiado estrechos para andar mis manos son bonitas ya ves si al menos tuviera un anillo con la piedra de mi signo una bonita aguamarina a ver si hago que me compre uno y una pulsera de oro los pies no me preocupan tanto aunque le hice pasar un buen rato con mis pies la noche después de la chapuza de concierto de Goodwin tan fría y ventosa menos mal que teníamos aquel ron para entonamos con especias en casa y el fuego no se había apagado del todo y me pidió que me quitara las medias echada en la alfombrilla delante del fuego en Lombard street west y en otra ocasión fueron las botas embarradas con las que quería que pisara toda la mierda de caballo que encontrara pero claro que él no es normal

como el resto del mundo que yo qué decía él que podía darle 9 puntos de ventaja sobre 10 a Katty Lanner y ganarla qué quiere decir eso le pregunté he olvidado lo que me dijo porque la última tirada pasó justo entonces y el hombre del pelo rizado en la lechería Lucan que es tan educado creo que he visto su cara antes en algún sitio me fijé en él cuando estaba probando la mantequilla así que me tomé mi tiempo Bartell dArcy también del que él solía burlarse cuando comenzó a besarme en las escaleras del coro después que yo cantara el Avemaría de Gounod a qué esperamos O mi cielo dame un beso sin tapujos en la frente y mis partes que son mis partes morenas estaba él bien caliente a pesar de su voz de pacotilla también mis notas bajas por las que siempre se entusiasmaba si una tiene que creerle me gustaba la manera en que usaba la boca cantando entonces dijo que si no era horroroso hacer aquello en un lugar como aquél no veo nada tan horroroso en eso ya le hablaré de ello algún día no ahora y le sorprenderé eso le llevaré allí y le enseñaré el mismísimo lugar también donde lo hicimos así que eso es lo que hay le guste o no piensa que nada puede ocurrir sin que él se entere no tenía ni idea de mi madre hasta que nos comprometimos si no no me habría conseguido tan fácilmente como lo hizo él era 10 veces peor de todos modos suplicándome que le cortara un pedacito de mis bragas eso fue aquella noche volviendo por Kenilworth square me besó en el ojete del guante y me lo tuve que quitar haciéndome preguntas se le permite a uno indagar qué forma tiene mi habitación así que dejé que se lo quedara como si me lo hubiera olvidado para que pensara en mí cuando vi que se lo metía en el bolsillo claro que está loco con el tema de las bragas eso salta a la vista mirando descaradamente a esas caras de cemento armado en bicicleta con las faldas volándoseles hasta el ombligo hasta cuando Milly y yo salíamos con él en la fiesta al aire libre aquella de la muselina color crema de pie frente al sol así que él pudiera ver hasta la última miajita que llevaba encima cuando él me vio desde atrás siguiéndome en la lluvia yo le vi antes que él me viera a mí sin embargo en la esquina del cruce de Harolds luciendo un impermeable nuevo con la bufanda de colores gitanos para que resaltara su tez y el sombrero marrón con aspecto de tunante como de costumbre qué estaba haciendo allí donde nada tenía que hacer ellos pueden coger cualquier cosa que les guste en forma de faldas y no es para que se les hagan preguntas pero luego quieren saber dónde ha estado una dónde vas lo podía sentir siguiéndome acechante sus ojos en mi cogote él había estado alejado de la casa pensaba que la cosa se estaba poniendo cuesta arriba así que medio me volví y me paré luego atosigándome para que dijera sí hasta que me quité el guante lentamente mirándole dijo que el calado de mis mangas era demasiado fresco para la lluvia cualquier cosa para poner una excusa y las manos cerca de mí bragas bragas todo el santo día hasta que le prometí que le daría el par de mi muñeca para que las llevara en el bolsillo de su chaleco O María Santísima se le puso cara de lelo empapado en la lluvia espléndida dentadura tenía que me daba hambre mirarla y me suplicó que me levantara las enaguas color naranja que llevaba puestas plisadas que no había nadie dijo que se arrodillaría en el charco tan perseverante y tanto que lo haría y estropearía su impermeable nuevo nunca se sabe qué rareza les entra a solas con una se ponen tan salvajes con eso si alguien pasaba que me las levanté un poco y le toqué los pantalones por fuera a la manera como lo hacía con Gardner después con la mano del anillo para evitar que hiciera algo peor donde era demasiado público me moría por saber si estaba circuncidado él temblaba como un flan de arriba abajo quieren hacerlo todo demasiado deprisa le quita el placer a eso y a todo esto padre esperando su cena me dijo que dijera que me había dejado el monedero en la carnicería y había tenido que volver a por él menudo Embustero después me escribió aquella carta con todas aquellas palabras cómo podía tener tal rostro con una mujer después de su trato tan correcto poniendo las cosas tan dificilés después cuando nos vimos preguntándome si estaba enfadada yo con la vista baja claro él se dio cuenta de que no lo estaba tenía caletre no como el otro imbécil Henry Doyle siempre estaba destrozando o rompiendo algo en las charadas me fastidia un hombre con mala suerte y si supiera lo que quería decir claro tuve que decir que no para guardar las formas no te entiendo dije y no era natural claro que lo es lo solían escribir con el dibujo de una mujer en aquella muralla de Gibraltar con esa palabra que no podía encontrar en ningún sitio sólo para que lo vieran los niños demasiado joven entonces escribiendo cada mañana una carta a veces dos al día me gustaba la manera como hacía la corte entonces sabía la manera de conquistar a una mujer cuando me mandó 8 grandes amapolas porque el mío era el 8 entonces escribí la noche que besó mi corazón en Dolphns bam no podría describirlo sencillamente hace que te sientas como nada en el mundo pero nunca supo abrazar tan bien como Gardner espero que venga el lunes como dijo a la misma hora a las cuatro me fastidia la gente que viene a todas horas abres la puerta piensas que es el verdulero luego es otro y tú sin vestir o la puerta de la asquerosa cocina se abre de par en par el día que el viejo caraescarchada Goodwin vino para lo del concierto en

Lombard street y yo justo después de la cena toda sofocada y arrebatada con el maldito cocido hirviendo no me mire profesor tuve que decir estoy hecha un adefesio sí pero él era un auténtico caballero a su manera era imposible ser más respetuoso sin nadie que pueda decir que estás fuera tienes que mirar a hurtadillas por la cortinilla como el recadero hoy pensé que era un plantón primero mandando el oporto y los melocotones primero y yo ya estaba a punto de bostezar con los nervios pensando que pretendía tomarme el pelo cuando reconocí su tataratá en la puerta ha tenido que llegar un poco tarde porque serían las 3 y 1/4 cuando vi a las 2 hijas de Dedalus que venían del colegio nunca sé la hora incluso ese reloj que me dio no parece funcionar nunca bien tendría que llevarlo a que lo vieran cuando le eché el penique al marinero cojo por Inglaterra el hogar y la belleza cuando yo estaba silbando cómo quiero a mi chica linda y aún no me había puesto mi camisa limpia ni empolvado ni nada luego de hoy en ocho días iremos a Belfast y lo mismo él tiene que ir a Ennis el aniversario de su padre el 27 no sería agradable que lo hiciera supongamos que nuestras habitaciones en el hotel fueran a estar la una al lado de la otra y cualquier tontería que ocumera en la cama nueva no podría decirle que se estuviera quieto y me dejara en paz con él en la habitación de al lado o quizás algún pastor protestante con tos golpeando en la pared luego nunca creería al día siguiente que no hicieramos nada está muy bien cuando se trata de un marido pero no es fácil pegársela a un amante después yo diciéndole que no hicimos nada desde luego no me creyó no es mejor que vaya a donde va además con él siempre pasa algo aquella vez yendo al concierto de Mallow en Maryborough cuando pidió sopa hirviendo para nosotros dos luego sonó la campana y allá que sale él andén abajo con la sopa salpicándolo todo llevándose cucharadas a la boca tan fresco y el camarero detrás dando el espectáculo del siglo gritos y confusión porque la máquina iba a arrancar pero él que no pagaba hasta que la terminara los dos señores en el vagón de tercera dijeron que tenía razón y tanto que sí es tan testarudo a veces cuando se le mete algo en la cabeza se las vio y se las deseó para abrir la puerta del compartimento con su cuchillo o nos habrían llevado hasta Cork supongo que lo hicieron para vengarse de él O me encantan las excursiones en tren o en coche con bonitos y suaves respaldos me pregunto si sacará primera por mí a lo mejor quiere hacerlo en el tren dándole una buena propina al guarda O supongo que siempre habrá el idiota de turno mirándonos con la boca abierta y los ojos de estúpido aquél sí que era un hombre excepcional aquel trabajador corriente que nos dejó solos en el compartimento aquel día yendo a Howth me gustaría saber de él 1 o 2 túneles quizás luego tienes que mirar por la ventanilla todo más bonito luego a la vuelta supongamos que nunca vuelvo qué dirían se largó con él eso te pone en el candelero el último concierto que di en dónde hace más de un año cuándo fue St Teresas Hall Clarendon St señoritingas tienen ahora cantando Kathleen Keamey y otras así porque padre pertenecía al ejército y de que yo cantara el mendigo distraído y llevara un broche de Lord Roberts cuando lo llevaba todo escrito en la cara y Poldy que no era lo bastante irlandés fue él el que me lo arregló esta vez le creo capaz como cuando me puso a cantar en el Stabat Mater yendo de un lado para otro diciendo que estaba poniéndole música al Guía luz bondadosa le animé a eso hasta que los jesuitas descubrieron que era masón aporreando el piano guíame Tú copiado de alguna operucha sí y él iba por ahí con alguno de esos Sinos del Fein últimamente o como sea que se llamen diciendo sus consabidas paridas y tonterías dice que el hombrecito que me enseñó sin cuello es muy inteligente el hombre del futuro Gnlths es bueno no lo parece es lo único que puedo decir aunque tiene que haber sido él sabía que había un boicoteo me fastidia mencionar sus politiquerías después de la guerra esa Pretoria y Ladysmith y Bloemfontein donde Gardner el teniente Stanley G del 8° Batallón 2° Regimiento de Lanceros East Lancashire de fiebre tifoidea era un tipo encantador de caqui y justo algo más alto que yo estoy segura de que era valiente también dijo que yo estaba encantadora la noche que nos besamos por última vez en la esclusa del canal mi belleza irlandesa él estaba pálido con los nervios de la marcha o porque nos vieran desde la carretera no podía tenerse en pie y yo tan caliente como nunca me había sentido ya podían haber firmado la paz al principio o el viejo tío Pablo y el resto de los otros viejos Krugers que se pelearan entre ellos en lugar de alargarla durante años matando a todos los hombres guapos que había con sus fiebres si al menos le hubieran disparado como Dios manda no habría sido tan duro me encanta ver desfilar a un regimiento la primera vez que vi la caballería española en La Roque era bonito después contemplar el otro lado de la bahía desde Algeciras todas las luces del peñón como luciérnagas o aquellas batallas de mentirijilla en los 15 acres los Black Watch con sus faldas escocesas marcando el paso al marchar por delante del 10° de húsares del propio príncipe de Gales o los lanceros O los lanceros son magníficos o los de Dublín que ganaron Tugela su padre hizo el dinero vendiendo caballos para la caballería bueno me podría hacer un bonito regalo en Belfast después de lo que yo le di tienen sábanas preciosas por

allí arriba o uno de esos bonitos especie de quimonos tengo que comprar bolas de naftalina como tenía antes para guardar en el cajón con eso sería apasionante salir con él de compras comprar esas cosas en una ciudad nueva mejor dejar este anillo atrás hay que girar y girar para hacerlo pasar por los nudillos o podían pregonarlo por toda la ciudad en sus periódicos o chivarse a la policía pero pensarían que estamos casados O que se zurzan para lo que a mí me importa él tiene mucho dinero y no es un hombre que le vaya el matrimonio así que mejor que alguien se lo saque si al menos pudiera saber si le gusto me veía un poco fofona desde luego cuando me miré de cerca en el espejo de mano empolvándome un espejo nunca te da lo que eres además apachurrándome así sin parar con sus grandes caderas pesa también con el pecho peludo con este calor siempre tener que echarse para ellos mejor para él que me la meta de la manera que Mrs Mastiansky me dijo su marido le hacía como los perros lo hacen y sacar la lengua. cuanto pudiera y él tan tranquilo y apacible con su cítara tilín tilín no se sabe qué hacer con los hombres las manías que les dan buen paño el de ese traje azul que llevaba y una corbata a la última y calcetines con esas cosas de seda azulcelestes no cabe duda de que es pudiente lo sé por el estilo que su ropa tiene y su reloj macizo pero se puso hecho un demonio durante unos minutos después de volver con la última tirada rompiendo los boletos y soltando borderías porque había perdido 20 libras dijo que había perdido por causa de ese jamelgo que ganó y la mitad la había apostado por mí por indicación de Lenehan poniéndole como un mengajo un sanguijuela que era sobrepasándose conmigo después de la cena de Glencree a la vuelta de ese largo trayecto por la montaña plumón después que el Alcalde mirándome con sus sucios ojos Val Dillon ese barbarote me di cuenta de él a los postres cuando me encontraba cascando las nueces con los dientes ojalá le hubiera sacado hasta el último bocado a aquel pollo con los dedos estaba tan delicioso y tostadito y tan tierno como el agua sólo que no quería acabar con todo lo que tenía en el plato aquellos tenedores y palas de pescado eran de plata de ley además ojalá tuviera yo de ésos hubiera podido fácilmente deslizar un par en el manguito cuando jugueteaba con ellos luego siempre pendientes de ellos por el dinero en un restaurante por la pizca que te llevas a la boca tenemos que estar agradecidas por nuestra roñosa taza de té incluso como un gran cumplido que hubiera que reconocer la manera en que el mundo está repartido de todos modos si va a seguir necesito al menos otras dos buenas camisolas para empezar y pero no sé qué clase de bragas le gustan ninguna creo no dijo eso sí y la mitad de las muchachas de Gibraltar nunca las llevaban puestas tampoco desnudas como Dios las echó al mundo aquella andaluza que cantaba la Manola no se preocupaba mucho de lo que no llevaba sí y el segundo par de medias de seda artificial tiene una carrera después de sólo un día las podía haber devuelto en Lewer esta mañana y armado la manmorena y hacer que alguien me las cambiara sólo que por no enfadarme y correr el riesgo de tropezarme con él y echarlo todo por tierra y uno de esos corsés ajustados necesitaría los anuncian baratos en la Genflewoman con bandas elásticas en las caderas él guardó el que tengo pero no sirve qué es lo que decían que hacen una agradable figura 11 con 6 eliminando esas gorduras tan feas por la parte baja de la espalda para reducir carnes la barriga la tengo un poco gorda tendré que dejar la cerveza negra en las cenas o me estoy aficionando demasiado la última que mandaron de O'Rourke no tenía fuerza ninguna ése hace dinero fácil Larry le llaman el paquete roñoso que mandó en Navidades un pastel payés y una botella de aguarchirle que pretendía hacer pasar por clarete que no consiguió que nadie se bebiera es de la virgen del puño madre de los agarraos o tengo que hacer algunos ejercicios de respiración me pregunto si ese adelgazante vale de algo podría pasarme las flacas no están de moda en cuanto a ligas eso sí tengo el par violeta que llevaba hoy es todo lo que me compró del cheque que cogió a primeros de O no también la loción facial que se me acabó ayer que me dejó la piel nueva le repetí una y mil veces que me la preparen en el mismo sitio y no lo olvides sólo Dios sabe si se acordó después de todo lo que le dije lo sabré por la botella en cualquier caso si no supongo que no tendré más que lavarme en mi pis como caldo de vaca o sopa de pollo con algo de ese opopónaco y violeta pensé que empezaba á tomar una apanencia áspera o vieja un poco la piel debajo es mucho mas fina donde se ha despellejado ahí en el dedo después de la quemadura es una lástima que no esté toda así y los cuatro insignificantes pañuelos unos 6 chelines en total seguro que no se puede vivir en este mundo sin tener estilo todo se va en la comida y el alquiler cuando cobre lo voy a despilfarrar te lo digo yo de forma elegante siempre me entran ganas de echar un puñado de té en la tetera teniendo que andar con miramientos si me compro incluso un par de zapatuchos lo mismo te gustan esos zapatos nuevos sí cuánto costaban no tengo ropa tampoco el traje marrón y la falda y la chaqueta y la que está en la tintorería 3 qué es eso para cualquier mujer cortando este sombrero viejo remendando el otro los hombres no te van a mirar y las mujeres intentan pisarte porque saben que no tienes hombre luego con

todas las cosas subiendo de precio todos los días para los 4 años más que tengo de vida hasta los 35 no tengo cuántos tengo tendré 33 en septiembre cumpliré qué O bueno mira a esa Mrs Galbraith es mucho más vieja que yo la vi cuando salí la semana pasada su belleza en declive era una mujer preciosa una mata de pelo magnífica cayéndole hasta la cintura echándosela para atrás ya ves como Kitty O'Shea en Grantham street lo que yo hacía siempre a la hora de la mañana mirar al otro lado para verla peinárselo como si estuviera enamorada de su pelo y absorta en él lástima y mucho que tenía que sólo llegara a conocerla el día antes de que nos mudáramos y aquella Mrs Langtry el lirio de jersey del que el príncipe de Gales se había enamorado supongo que él es como el primer hombre de la lista sólo que lleva el nombre de rey todos están hechos de la misma madera sólo la de un hombre negro me gustaría probar una belleza hasta los qué edad tenía 45 circulaba una historia graciosa sobre el viejo marido celoso de qué iba y un cuchillo de ostras fue él no la hizo ponerse una especie de cosa de hojalata alrededor y el príncipe de Gales sí él tenía el cuchillo de ostras no puede ser verdad una cosa así como algunos de esos libros que me trae las obras del Maestro Francois Nosequé se supone que era cura sobre el niño que nació por la oreja porque su culo se había desprendido bonita palabra para que la escriba un cura y su c-o como si cualquier idiota no supiera lo que quiere decir me fastidia todo ese disimulo con esa cara de viejo sinvergüenza que lleva encima cualquiera puede ver que no es verdad y esa Ruby y Bellos tiranos que me trajo 2 veces me acuerdo cuando llegué a la página 50 la parte sobre donde ella le cuelga de un gancho con una cuerda flagela quita no hay nada para una mujer en eso todo es pura invención sobre que si él bebe el champán en la zapatilla de ella después que ha terminado el baile como el niño Jesús en la cuna de Inchicore en los brazos de la Santísima Virgen quita no hay mujer que le pudieran sacar un niño tan grande y pensé al principio que le salía por el lado porque cómo podía ella ir al mingitorio, cuando lo necesitaba y ella era una mujer rica desde luego se sentía honrada S A R estuvo en Gibraltar el año que nací me apuesto a que también allí encontró lirios donde clavó el árbol clavaría algo más en sus buenos tiempos podía haberme clavado a mí también si hubiera llegado un poco antes ahora no estaría yo aquí como estoy debería mandar a tomar viento al Freeman para los cuatro cochinos chelines que saca y meterse en una oficina o algo por el estilo donde le dieran un sueldo seguro o un banco donde pudieran instalarlo en un trono para contar el dinero todo el día claro que él prefiere ir metiendo las narices por la casa así que no te puedes mover con él siempre por todas partes qué tienes pensado hacer hoy me gustaría que al menos fumara en pipa como padre para poder oler a hombre o ganduleando para conseguir anuncios cuando podía estar en lo de Mr Cuffe aún sólo por lo que hizo luego mandándome para intentar arreglarlo podía haber hecho que se le promocionara allí el gerente me echó unas miradas una o dos veces primero más tieso que un ajo en realidad y de verdad Mrs Bloom sólo que me sentía fatal sencillamente con aquel viejo vestido de mierda que perdí los plomos de las faldillas sin estilo ninguno pero empiezan a estar de moda otra vez lo compré sencillamente para agradarle sabía que no valía nada por el acabado lástima que cambiara de idea de ir a Todd and Bums como dije y no a Lee que era la tienda apropiada incluso ventas de prendas usadas un montón de basura me fastidian esas tiendas de ricos me ponen enferma me dan por saco sólo que él piensa que entiende mucho de vestidos de mujer y de cocina mezclando todo lo que encuentra en los estantes si me dejara llevar por su opinión cualquier bendito sombrero que me ponga me sienta bien sí coge ése ése está bien el que parecía un pastel de boda que se alzaba un metro por encima de mi cabeza dijo que me caía bien o el de tapadera que me llegaba hasta las asentaderas hecho un manojo de nervios por la dependienta en aquel sitio de Grafton street que tuve la desgracia de llevarlo conmigo y ella tan descarada como no te puedes imaginar con su sonrisa hipócrita diciendo sentimos ocasionarle tantas molestias a ver para qué está allí pero le eché una mirada que le quité la sonrisa sí él estaba tremendamente tieso y no me extraña pero cambió la segunda vez que miró Poldy testarudo como cuando lo de la sopa pero le veía mirándome fijamente el pecho cuando se levantó para abrirme la puerta estuvo bien por su parte acompañarme hasta la salida de todos modos lo siento muchísimo Mrs Bloom créame sin poner demasiado interés la primera vez después que le habían insultado y yo se suponía que era su mujer yo me limité a sonreír levemente sé que mi pecho resaltaba de esa manera en la puerta cuando él dijo lo siento muchísimo y estoy segura de que lo sentías sí creo que me las puso un poco más duras chupándomelas así tanto tiempo que me daba sed tetitas las llama me tuve que reír sí esta vez en todo caso tieso se me pone el pezón por la más mínima haré que siga con eso y me tomaré esos huevos batidos con marsala para engordarlos para él qué son todas esas venas y cosas curioso la manera como están hechos 2 iguales por si hubiera mellizos se supone que representan la belleza colocados ahí arriba como aquellas estatuas del museo una de ellas haciendo como que se los tapa con la mano

son tan bellas desde luego en comparación con la figura de un hombre con sus dos bolsas llenas y su otra cosa recolgándole o apuntándole a una como un perchero no me extraña que se lo tapen con una hoja de col aquel asqueroso Cameron de las tierras altas de Escocia detrás del mercado de la carne o aquel otro desgraciado pelirrojo detrás del árbol donde la estatua del pez solía estar cuando yo pasaba haciendo como que meaba levantándola para que la viera con la ropita de niño subida a un lado del regimiento de la Reina menuda pandilla eran está bien que los del regimiento de Surrey los reemplazaran siempre están queriendo enseñártela casi siempre que yo pasaba por delante de los urinarios de hombres junto a la estación de Harcourt street para probar uno u otro intentando llamar mi atención como si fuera 1 de las 7 maravillas del mundo O y la peste de esos sitios inmundos la noche que volvía a casa con Poldy después de la fiesta de los Comerfords naranjas y limonada para que te sientas bien húmeda entré en 1 de esos hacía un frío tan cortante que no me podía aguantar cuándo fue aquel 93 el canal se heló sí fue unos meses después lástima que no estuvieran allí dos de los Camerons para verme en cuclillas en el meadero de hombres traté de componer el cuadro antes de romperlo como una salchicha o algo por el estilo me extraña que no tengan miedo de andar por ahí y que le peguen una mierda o algo así por el estilo ahí tienes que la mujer es belleza desde luego eso está aceptado cuando él dijo que podía posar para un cuadro desnuda para algún fulano rico en Holles street cuando perdió el empleo con Hely y yo vendía ropa y aporreando en el coffee palace sería yo como ese baño de la ninfa con el pelo suelto sí sólo que ella es más joven o soy más bien como esa putilla sucia de esa foto española que él tiene las ninfas salían por ahí de esa manera le pregunté por ella y esa palabra mete algo con acaso y me salió con una palabreja sobre la encarnación nunca sabe explicar una cosa sencillamente para que alguien corriente pueda entender luego va y quema el culo de la sartén todo por su dichoso Riñón éste no tanto aquí está la señal de sus dientes aún donde intentó morderme el pezón tuve que gritar desgraciados que son cuando le quieren hacer daño a una tenía mucha leche con Milly suficiente para dos a qué se debía que dijera que podía haberme sacado una libra a la semana como ama de leche toda hinchada la mañana que aquel estudiante de aspecto delicado que paraba en el n° 28 con los Citrons Penrose casi me cogió lavándome por la ventana menos mal que me eché la toalla así es como estudian me dolían durante el destete de la niña hasta que consiguió que el doctor Brady me diera la receta de belladona le tuve que hacer que las chupara estaban tan duras dijo que era más dulce y espesa que la de las vacas luego quiso ordeñármelas en el té bueno está de remate lo digo y lo repito que alguien debería ponerle a buen recaudo si sólo fuera capaz de recordar la mitad de las cosas y escribir un libro con eso las obras del Maestro Poldy sí y está mucho más suave la piel mucho más una hora anduvo con ellas estoy segura por el reloj como una especie de niño grande que tuviera al pecho lo quieren todo en la boca tanto placer los hombres sacan de una mujer puedo sentir su boca O Dios tengo que estirarme ojalá que estuviera aquí o alguien con quien dejarme ir y correrme otra vez ya ves siento que me arde por dentro o si pudiera soñarlo cuando me corrí la 2a vez acariciándome por atrás con el dedo me estuve corriendo durante unos 5 minutos con las piernas alrededor de él tuve que arrimarme a él después O Dios quería gritar cualquier cosa follar o mierda o cualquier otra cosa sólo que para no parecer fea o esas arrugas del agotamiento quién sabe cómo se lo tomaría tienes que saber cómo se las gasta no todos son como él a Dios gracias algunos quieren que una sea muy dulce con eso me di cuenta del contraste él lo hace y no habla le di a los ojos ese aspecto con el pelo suelto del revolcón y la lengua entre los labios hacia él el muy bruto jueves viernes uno sábado dos domingo tres O Dios no puedo esperar hasta el lunes frsiüifrooor el tren en alguna parte silbando la fuerza que esas máquinas llevan dentro como grandes gigantes y el agua borbollando por todas partes y por fuera por todos lados como el final de Dulce canción de amoooor pobres hombres que tienen que pasar fuera toda la noche lejos de sus mujeres a y familias en esas máquinas abrasantes asfixiante ha sido hoy me alegro de que quemé la mitad de esos viejos Freemans y Photo Bits dejando cosas como esas por todos lados se va haciendo descuidado y eché el resto en el W C le diré que me los separe mañana en lugar de tenerlos ahí todo el año para sacar unos peniques por ellos tenerlo preguntando dónde está el periódico del pasado enero y todos esos abrigos viejos que saqué de la entrada haciendo el sitio más caluroso de lo que es esa lluvia fue muy refrescante justo después de mi sueño reparador pensé que se iba a poner como en Gibraltar ma- 1 dre mía el calor allí cuando se levanta el levante negro como la noche y el brillo del peñón allá empinado como un gran gigante comparado con su montaña de los 3 Peñones que piensan es tan grande con los centinelas de rojo aquí y allá los chopos y ellos todos tan ardientes y el olor de la lluvia en aquellos aljibes mirando al sol siempre que cae sobre una a plomo destiñó todo aquel precioso vestido que la amiga de padre Mrs Stanhope me mandó desde el B Marche

París qué pena mi queridísima Doggenna escribió ella era muy agradable cómo es que era su otro nombre sólo una postal para decirte que mandé el pequeño regalo acabo de darme un baño caliente divino y me siento como un perro muy limpio ahora lo disfruté guin le llamaba ella guin daría cualquier cosa por estar en Gibral y oírte cantar Esperando y en el viejo Madrid Concone es el nombre de aquellos ejercicios que me compró uno de esos nuevos una palabra que no era capaz de entender chales cosas divertidas pero se rompen con la más mínima cosa aunque agradables pienso recordaré siempre los tés tan agradables que nos tomábamos juntas riquísimos panecillos con pasas y barquillos de frambuesa que me encantan bueno queridísima Doggenna no dejes de escribirme pronto en cierto modo omitió saludos a tu padre también al capitán Grove con todo el cariño tuya affma Hester besos no tenía aspecto de casada exactamente igual que una muchacha él era años mayor que ella guiri él me tenía muchísimo afecto cuando sujetó el cable con el pie para que yo pasara en la corrida de La Línea cuando le dieron la orea del toro a aquel matador Gómez esta ropa que tenemos que llevar quienquiera que la inventara esperando que subas a pie Killiney hill luego por ejemplo en aquella merienda toda encorsetada que no puede una ni moverse en una aglomeración ni correr ni salir de estampida por eso estaba asustada cuando aquel otro Toro fiero comenzó a embestir a los banderilleros con las fajas y las 2 cosas en los gorros y aquellos pedazos de brutos gritando bravo toro seguro que las mujeres eran igual que ellos con sus bonitas mantillas blancas destripándolos por completo a aquellos pobres caballos nunca he oído semejante cosa en toda mi vida sí él se desternillaba de risa conmigo cuando imitaba los ladridos del perro en bell lane pobre bestia y la pone a una mala qué habrá sido de ellos supongo que estarán muertos ya hace tiempo los 2 es como si a través de la niebla le hiciera sentirse a una vieja yo hice los panecillos desde luego lo tenía todo a mi disposición entonces de niña Hester solíamos comparar nuestro pelo el mío era más abundante que el suyo me enseñó cómo arreglármelo por atrás cuando me cogía un moño y qué otra cosa cómo hacer un nudo con un hilo con una sola mano éramos como primas qué edad tenía yo entonces la noche de aquella tormenta dormí en su cama ella me rodeaba con sus brazos luego empezamos a pelearnos por la mañana con la almohada qué divertido él me observaba siempre que tenía ocasión en la banda de música en la explanada de la Alameda cuando estaba con padre y el capitán Grove yo miré para arriba a la iglesia primero y luego a las ventanas después para abajo y nuestros ojos se encontraron sentí algo dentro de mí como agujas me bailaban los ojos recuerdo después cuando me mire al espejo apenas me reconocía el cambio resultaba atractivo para una chica a pesar de estar un poco calvo aspecto inteligente desilusionado y alegre al mismo tiempo era como Thomas en la sombra de Ashlydyat yo tenía la piel espléndida del sol y la emoción como una rosa no pegué ojo no hubiera estado bien por ella pero podía haberlo parado a tiempo ella me dio a leer La piedra lunar que fue lo primero que leí de Wilkie Collins leí East Lynne y la sombra de Ashlydyat Mrs Henry Wood Henry Dunbar por aquella otra mujer se lo dejé más tarde con la foto de Mulvey dentro así para que viera que no estaba sola y Eugene Aram de Lord Lytton me dio la bella Molly por Mrs Hungerford por lo del nombre no me gustan los libros donde haya una Molly como aquel que me trajo sobre una de Flandes una puta siempre rateando lo que se le ponía por delante telas y paños y yardas y yardas de tejidos O esta manta pesa demasiado así está mejor no tengo ni siquiera un camisón decente esta cosa se me enrolla por debajo encima él y sus sandeces así está mejor solía estar empapada entonces con el calor la camisa chorreando de sudor pegada a los panderos en la silla cuando me levantaba estaban tan gordezuelos y firmes cuando me ponía de pie en los cojines del sofá para ver con la ropa levantada y enjambres de bichos por la noche y los mosquiteros no podía leer ni una línea Dios cuánto tiempo parece que hace siglos claro que nunca volvieron y ella no puso bien la dirección tampoco pudo haberse dado cuenta su guiri la gente siempre se estaba yendo y nosotros nunca me acuerdo de aquel día con las olas y las barcas meciendo sus altas proas y el olor a barco aquellos Oficiales de uniforme de permiso en tierra me mareaba él no dijo nada era muy serio yo llevaba las botas altas de botones y la falda se me volaba ella me besó seis o siete veces anda que no lloré sí creo que sí o casi los labios me temblaban cuando le dije adiós ella llevaba un abrigo Precioso de un color azul especial para el viaje de hechura muy particular como para un lado y era sumamente bonito se volvió todo muy aburrido después que se fueron y casi planeé fugarme de allí como loca a algún sitio nunca estamos tranquilos donde estamos padre o la tía o el matrimonio esperando siempre esperando llevaaaarle aaaaa mí esperando tampoco sus alados pies apresuraaaados sus malditos cañones estallando y tronando por todas partes especialmente en el cumpleaños de la Reina y tirándolo todo por medio si no se abrían las ventanas cuando el general Ulises Grant quienquiera que fuera o hiciera se suponía que era una personalidad importante desembarcó y el viejo Sprague el cónsul que estaba allí desde antes del diluvio

de gala pobre hombre y él de luto por el hijo luego los cornetines de siempre para toque de diana por la mañana y los tambores redoblando y los desgraciados soldados pobres diablos de un lado para otro con los platos del rancho apestando el lugar más que los viejos judíos barbudos con sus chilabas y la asamblea de levitas y el toque de guardia y el cañonazo para que los hombres crucen la línea y el vigilante andando con sus llaves a cerrar la verja y las gaitas y sólo el capitán Groves y padre hablaban de Rorkes Drift y Plevna y de Sir Gamet Wolseley y Gordon en Jartum encendiéndoles las pipas cada vez que se les apagaban viejo diablo borracho con su grog en el alféizar que no deja ni gota metiéndose el dedo en la nariz intentando acordarse de algún otro chiste verde que contar en un rincón pero nunca se propasó cuando yo estaba allí me mandaba fuera de la habitación con alguna excusa insignificante haciéndole los honores al-güisqui Bushmill le soltaba la lengua desde luego pero haría lo mismo con cualquier mujer que se presentara supongo que murió de borrachera galopante hace siglos los días como años ni una carta de un alma viviente excepto las rarísimas que yo misma me mandaba con trocitos de papel dentro tan aburrida a veces que podía pelearme con las uñas escuchando a aquel viejo árabe de un solo ojo y su instrumento pollino cantando su hiih hiih ahiih mis cumpridos por el desafino de tu pollino tan mal como ahora con los brazos caídos mirando por la ventana a ver si había un tipo guapo aunque fuera en la casa de enfrente aquel medicinante en Holles street que la enfermera andaba detrás cuando me ponía los guantes y el sombrero en la ventana para indicar que iba a salir ni idea de lo que daba a entender duros de mollera nunca entienden lo que les dices ni aunque se lo escribas en un enorme cartel ni siquiera si una les estrecha la mano con la izquierda 2 veces tampoco me reconoció ni cuando le medio guiñé el ojo a la puerta de la iglesia de Westland Row dónde tendrán su gran inteligencia me gustaría saberlo la materia gris la tienen toda en el rabo si me preguntas esos desmochaterrones del City A=s inteligencia tenían inmensamente menos que los toros y las vacas cuya carne vendían y la campanilla del carbonero aquel bocazas maricón intentando timarme con una cuenta equivocada que se sacó del sombrero qué par de manazas y pucheros y sartenes y ollas para arreglar toda clase de botellas rotas para un pobre hombre hoy y ni una sola visita ni correo jamás excepto los cheques de él o algún anuncio como aquella medicina milagrosa que le mandaron dirigida a muy Señora mía sólo su carta y la postal de Milly esta mañana ves ella le escribe la carta a él de quién fue la última carta que recibí O de Mrs Dwenn y cómo se le ocurriría escribirme desde Canadá después de tantos años para saber la receta que yo tenía del pisto madrileño Floey Dillon desde que escribió para decir que estaba casada con un arquitecto muy rico si me voy a creer todo lo que me digan con un chalé y ocho habitaciones su padre era una gran persona tenía casi setenta siempre de buen humor vaya vaya Miss Tweedy o Miss Gillespie ahí está su pianooo ése sí que era un juego de café de plata maciza el que tenía en el aparador de caoba luego va y se muere tan lejos me fastidia la gente que sólo cuentan sus penalidades todos tenemos nuestras preocupaciones esa pobre Nancy Blake que murió hace un mes de pulmonía aguda bueno no la conocía gran cosa ella era más amiga de Floey que mía pobre Nancy es un fastidio tener que contestar él siempre me dice los errores y sin puntos que digamos como en un discurso mi apenada condolencia por la pérdida siempre cometo la misma falta ijo sin ache espero que me escriba una carta más larga la próxima vez si de verdad le gusto O gracias le sean dadas al gran Dios que di con alguien que me da lo que tanta falta hacía que me diera ánimos no hay nada que hacer en un sitio como éste como era el caso hace tiempo me gustaría que alguien me escribiera una carta de amor la suya no era gran cosa y eso que le dije que podía escribir lo que quisiera tuyo afectísimo Hugh Boylan en el viejo Madrid cosas que las mujeres tontas creen que el amor es suspiros me muero aunque si lo escribiera supongo que habría algo de verdad en ello verdad o no te llena todo un santo día y la vida siempre es algo en que pensar en cada momento y verlo todo alrededor como si fuera un mundo nuevo podría escribir la contestación en la cama para que imaginara corta sólo unas pocas palabras no una de esas largas cartas cruzadas que Atty Dillon solía escribir al tipo que era algo en el palacio de justicia que la dejó plantada después sacada del escribidor de cartas de señora cuando le dije a ella que pusiera algunas palabras sencillas que él le diera vueltas como quisiera que no actuara con precipici precipi tacion con igual franqueza la mayor felicidad en la tierra respuesta afirmativa a la declaración de amor de un caballero madre mía no hay nada más está muy bien para ellos pero para una mujer en el momento que eres vieja ya te podrían tirar al fondo del barranco.

La de Mulvey fue la primera cuando yo estaba en la cama aquella mañana y Mrs Rubio la trajo con el café se quedó allí plantada cuando le pedí que me la diera y yo señalándolas no se me ocurría la palabra horquilla para abrirla ah horquilla vieja poco servicial y eso mirándola a la cara con su trenza postiza y presumida de su aspecto fea como ella sola con

cerca de 80 o 100 años la cara un amasijo de arrugas con toda su religión dominante porque nunca pudo aguantar que llegara la flota del Atlántico la mitad de los barcos del mundo y la Bandera británica flotando al viento para que se enteraran todos sus carabineros porque 4 soldados ingleses borrachos les arrebataron el peñón entero y porque yo no asistía a misa con la frecuencia debida en Santa María para agradarla con su toquilla puesta por la cabeza menos cuando tenía lugar una boda con todos los milagros de sus santos y su virgen santísima negra con el vestido de plata y el sol danzando 3 veces el domingo de Resurrección por la mañana y cuando el cura pasaba con la campanilla llevando el vaticano a los moribundos santiguándose por su Majestad un admirador firmaba él yo casi me caigo de la sorpresa yo había querido ligármelo cuando vi que me seguía por la Calle Real en el escaparate de la tienda luego me rozó simplemente al pasar pero nunca pensé que iba a escribir proponiendo una cita la llevé dentro del corpiño todo el día leyéndola por todos los rincones mientras padre estaba allá en ejercicios de instrucción para descubrir por la letra o por la inscripción de los sellos cantando recuerdo llevaré una rosa blanca y quise adelantar el viejo y estúpido reloj a casi la hora él fue el primer hombre que me beso bajo la muralla mora mi novia de cuando era niño nunca me pudo entrar en la cabeza lo que era besar hasta que me metió la lengua en la boca su boca era dulzona joven yo restregué la rodilla contra él varias veces para saber cómo estaba para qué le diría que estaba comprometida de broma con el hijo de un noble español llamado Don Miguel de la Flora y él me creyó que iba a casarme con él dentro de 3 años la de verdades que se dicen en broma hay una flor que brota algunas cosas le dije ciertas de mí sólo para que él imaginara las chicas españolas no le gustaban supongo que alguna le habría hecho un desprecio le excité estrujó todas las flores en mi pecho que me trajo no sabía contar las pesetas ni las perragordas hasta que le enseñé de Cappoquin era dijo junto al agua negra pero fue muy corto entonces el día antes que se marchara mayo sí era mayo cuando el infante rey de España nació siempre estoy así en primavera me gustaría un hombre nuevo cada año arriba en lo más alto bajo el cañón del peñón junto a la torre de OHara le conté que había caído un rayo y todo lo de los monos de Berbería que mandaron a Clapham sin rabo de carrerillas por todos lados colgados de la espalda unos de otros decía Mrs Rubio era una auténtica escorpión del peñón que robaban los pollos de la granja Inces y le tiran piedras a uno si te acercabas él se me quedaba mirando yo llevaba aquella blusa blanca abierta por delante para animarlo tanto como pudiera aunque no muy abiertamente empezaban entonces a estar llenitas dije que estaba cansada nos tendimos en lo alto de la cala del abeto un lugar apartado supongo que debe de ser el peñón más alto que exista las galerías y las casamatas y aquellas peñas gigantescas y la cueva de San Miguel y los carámbanos o comoquiera que se diga colgando y las escaleras y todo el barro del mundo embarrándome las botas estoy segura de que ése es el camino por el que los monos bajan para ir bajo el mar a África cuando mueren los barcos allá lejos como lascas aquél era el barco de Malta que pasaba sí el mar y el cielo podías hacer lo que quisieras tenderte allí para siempre me las acarició por fuera les encanta hacerlo es por la redondez allí estaba yo echada sobre él con mi sombrero blanco de paja de arroz para disimular la inexperiencia en eso mi lado izquierdo de la cara es el mejor mi blusa abierta por su último día especie de camisa transparente que él llevaba yo podía verle el pecho sonrosado quería tocar el mío con el suyo por un momento pero yo no le dejaba estaba tremendamente azarado primero por miedo nunca se sabe la tisis o que me dejara con un niño embarazada aquella vieja criada Inés me dijo que una gota sólo si entraba dentro de una lo más mínimo después probé con el Plátano pero tenía miedo que se pudiera romper y se extraviara por alguna parte dentro de mí porque una vez sacaron algo de dentro de una mujer que llevaba ahí años cubierto de sales todos están locos por meterse ahí de donde salen pensaría una que no se cansan de meterla bien adentro y luego terminan con una de cualquier manera hasta la próxima sí porque se siente algo extraordinario ahí tan tierna todo el tiempo cómo lo terminamos sí O sí le hice que se corriera en mi pañuelo fingiendo no estar excitada pero abrí las piernas no le quería dejar que me tocara por dentro de las enaguas porque llevaba una falda abierta por el lado lo puse ciego primero haciéndole cosquillas me encantaba hacer rabiar a aquel perro en el hotel nrsssstt guaukguaulcuauk él tenía los ojos cerrados y un pájaro volaba abajo de donde estábamos era tímido sin embargo me gustaba así gimiendo hice que enrojeciera un poco cuando me puse sobre él de aquella manera cuando le desabotoné y se la saqué y le bajé la piel tenía una especie de ojo en medio son todo Botones los hombres por el medio en el lado equivocado Molly querida me llamaba cómo se llamaba jack Joe Harry Mulvey era así sí creo que era teniente algo rubio tenía una especie de voz alegre así que me volví a comosellama todo era comosellama tenía bigote él dijo que volvería Dios mío es como si fuera ayer para mí y que si estaba casada me lo haría y le prometí que sí fielmente dejaría que me follara ahora volando quizás está

muerto o lo hayan matado o hecho capitán o almirante hace casi 20 años si yo dijera cala del abeto lo haría si llegara por atrás y me tapara los ojos con las manos para que adivinara quién era puede que le reconociera él aún es joven unos 40 quizás esté casado con alguna muchacha de junto al agua negra y muy cambiado todos cambian no tienen ni la mitad de personalidad que tiene una mujer poco sabe ella lo que yo hice con su querido marido antes de que él siquiera soñara con ella en pleno día además a la vista de todo el mundo se podría decir podían haber sacado un artículo en el Chronicle sobre aquello me puse un poco loca después cuando hinché la bolsa vacía de las galletas de Benady Bros y la exploté Dios mío qué estallido todas las becadas y palomas chillando volviendo por el mismo camino que subimos por middle hill por la vieja caseta del guarda y el cementerio judío haciendo como que leíamos el hebreo de las tumbas yo quería disparar su pistola él dijo que no llevaba no sabía qué me pasaba con su gorra en punta puesta que siempre llevaba torcida tan pronto como se la ponía yo derecha H M S Calypso balanceando mi sombrero aquel viejo Obispo que pronunció desde el altar un largo sermón sobre la alta misión de la mujer sobre las chicas que ahora montan en bicicleta y llevan gorras en punta y los nuevos pololos de mujer Dios le dé a él luces y a mí dinero supongo que se llaman así por él nunca pensé que sería mi nombre Bloom cuando lo escribía en letras de imprenta para ver qué tal se veía en una tarjeta de visitas o ensayando para el carnicero y agradecida M Bloom estás radiante como una flor Josie me decía después que me casara con él bueno es mejor que Breen o Briggs que se parece a brigada o esos nombres horribles compuestos con culo Mrs Báculo o algún otro tipo de culo Mulvey no me volvería loca tampoco o supongamos que nos divorciamos Mrs Boylan mi madre quienquiera que fuera podría haberme dado un nombre más bonito bien sabe Dios con el que tenía tan precioso Lunita Laredo lo que nos divertimos corriendo a lo largo de Willis road hacia punta Europa contorsionándose arriba y abajo por todos lados al otro lado de jersey se me agitaban y danzaban dentro de la blusa como las pequeñitas de Milly ahora cuando sube las escaleras corriendo me gustaba mirármelas daba saltos bajo los árboles de la pimienta y los álamos blancos para arrancar las hojas y tirárselas a él se fue a la India iba a escribir los viajes que esos hombres tienen que hacer al fin del mundo y vuelta es lo mínimo que pueden conseguir un par de achuchones con una mujer siempre que puedan acaban ahogados o reventados en alguna parte subí la colina de Windmill hasta la explanada aquel domingo por la mañana con el catalejo del capitán Rubio que había muerto como el que tenía el centinela él dijo que sacaría uno o dos de abordo yo llevaba aquel vestido del B Marche parís y el collar de coral el estrecho resplandecía podía ver hasta el otro lado Marruecos casi la bahía de Tánger blanca y la montaña del Atlas con nieve en la cumbre y el estrecho como un río de claro Harry Molly querida pensaba en él en altamar sin cesar después en misa cuando las enaguas comenzaron a bajárseme en la elevación semanas y semanas guardé el pañuelo bajo la almohada por el olor de él no había perfume decente que se pudiera obtener en aquel Gibraltar sólo aquella vulgar peau dEspagne que se evaporaba y te dejaba una peste más que otra cosa yo quería darle un recuerdo él me dio aquel anillo basto de Claddagh de la suerte que le di a Gardner al irse a África del sur donde los bóers le mataron en su guerra y la fiebre pero recibieron una buena zurra de todos modos como si eso le hubiera traído mala suerte como un ópalo o una perla aunque tenía que haber sido oro de 18 pilates de verdad porque pesaba mucho pero qué podía una obtener en un lugar como ése chaparrones de arena y ranas y aquel barco derrelicto que llegó al puerto Mane el Marie comosellamara no no tenía bigote ése era Gardner sí puedo ver su cara bien afeitada frsiiiiiiüifror ese tren otra vez tono lloroso una vez en los dulces días que no volveeerán más allaaá del recuerdo cierro los ojos el aliento los labios adelante beso triste mirada los ojos abiertos piano antes de que sobre el mundo la niebla caiga me fastidia ese blaca llega dulce canción de amooooor lo soltaré con toda la fuerza cuando me encuentre ante las candilejas de nuevo Kathleen Keamey y su caterva de chillonas Miss Esto Miss Lootro Miss Lodemasallá caterva de presumidillas mariconeando por ahí hablando de política de lo que saben tanto como mi culo cualquier cosa en el mundo con tal de hacerse las interesantes bellezas caseras irlandesas hija de soldado soy yo claro y de quiénes sois vosotras de zapateros y tabemeros usted perdone finolis es así como se dice se morirían de gusto si alguna vez tuvieran la oportunidad de pasear por la Alameda del brazo de un oficial como yo la noche de la banda de música los ojos me relampagueaban el pecho que ellas no tienen apasionamiento Dios les mantenga sanas sus cabecitas sabía más de hombres y de la vida a mis 15 años que todas ellas juntas sabrán a los 50 no saben cómo cantar una canción ya ves Gardner decía que ningún hombre podría mirarme la boca y los dientes sonriendo de esa manera y no pensar en eso tenía miedo que no le gustara mi acento al principio él tan inglés todo lo que padre me dejó a pesar de los sellos tengo de mi madre los ojos y la figura de todos modos él siempre decía que los hay tan presumidos

algunos de esos sinvergüenzas él no era así en absoluto él se pirraba por mis labios déjalas que se pesquen un marido primero que esté bien y una hija como la mía o a ver si son capaces de entusiasmar a un guapetón con dinero que puede elegir y escoger a quien se le antoje como Boylan para hacerlo 4 o 5 veces estrechamente abrazados ni la voz tampoco yo podría haber sido una prima donna sólo que me casé con él llega del amoooor la vieja muy abajo la barbilla hacia atrás no demasiado repítelo dos veces El cenador emparrado de mi señora demasiado largo para repetir por la casa solariega rodeada de un foso al atardecer y las habitaciones abovedadas sí cantaré Vientos que soplan del sur que dio después del espectáculo de las escaleras del coro le cambiaré el encaje al vestido negro para enseñar bien las tetas y haré sí Dios mío haré que arreglen ese abanico grande que revienten de envidia el agujero me pica siempre cuando pienso en él siento que quiero siento un viento dentro mejor ir con cuidado que no se despierte lo tendré con el mismo trajín babeando después de lavarme enterita la espalda la barriga los costados si al menos tuviéramos un baño siquiera o mi propia habitación por cierto ojalá que durmiera en una cama solo con los pies fríos encima de mí déjame sitio al menos para tirarme un pedo Dios o hacer la más mínima cosa mejor sí retenerlos así un poco por el lado piano suavemente suiiiii ahí va ese tren a lo lejos pianissimo iuu uno más ooooooor fue un alivio dondequiera que estés déjate el viento libre quién sabe si la chuleta de cerdo que tomé con la taza de té después estaba bien con el calor no noté que oliera mal estoy segura que ese hombre de mirada rara el de la tocinería es un grandísimo pillo espero que la lámpara no esté humeando me llena la nariz de hollín mejor que dejarle dejar abierto el gas toda la noche no podría quedarme tranquila en la cama en Gibraltar incluso levantándome para ver por qué estoy tan jodidamente nerviosa por eso aunque me gusta en invierno da más compañía O Dios hizo un frío del demonio también aquel invierno cuando sólo tenía unos diez años creo sí yo tenía la muñeca grande con todos esos graciosos vestidos vistiéndola y desvistiéndola aquel viento helado soplando desde las montañas la algo Nevada sierra nevada delante del fuego con esa especie de camisa que tenía levantada para calentarme me gustaba bailotear con ella puesta y luego echar una carrerilla hasta la cama estoy segura de que aquel fulano de enfrente se pasaba todo el tiempo espiando con las luces apagadas en verano y yo en cueros saltando de un lado para otro me gustaba a mí misma luego me empelotaba en el lavabo me restregaba y me llenaba de espuma sólo cuando llegaba el espectáculo del orinal apagaba la luz también así que entonces éramos 2 me despido de dormir esta noche de todos modos espero que no se vaya a juntar con esos medicinantes que lo lleven por malos caminos para que se imagine que es joven otra vez llegando a las 4 de la mañana deben de ser si no más aun así tuvo la delicadeza de no despertarme qué encontrarán para estar de cháchara toda la noche tirando el dinero y emborrachándose más y más ya podían beber agua luego comienza a dar órdenes huevos y té y arenque y tostadas calientes con mantequilla supongo que le voy a tener ahí sentado como rey en su trono metiendo y sacando el lado equivocado de la cucharilla en el huevo de dónde aprendió eso y me gusta oírle caerse escaleras arriba por la mañana con las tazas traqueteando en la bandeja y luego jugar con la gata se restriega contra uno por el gusto de restregarse me pregunto si tendrá pulgas es tan mala como una mujer lamiendo y salpicándolo todo pero me fastidian sus uñas me pregunto si ven algo que nosotros no podemos clavando la vista ya ves cuando se sienta en lo alto de la escalera tanto tiempo y escuchando mientras espero siempre qué ladrona también ese leguado tan bueno que compré creo que compraré algo de pescado mañana u hoy es viernes sí lo haré con un poco de gelatina con mermelada de pasas como hace tiempo no esos botes de 2 libras de ciruelas y manzanas mezcladas de Williams and Wood de Londres y Newcastle hacen el doble si no fuera por las espinas no soporto esas anguilas bacalao sí me haré de un buen trozo de bacalao siempre preparo para tres y me olvido de cualquier modo estoy hasta la coronilla de esa sempiterna carne de la carnicería de Buckley chuletas de lomo y filetes de tapa y chuletones y pescuezo de cordero y asadura de temera con sólo nombrarla es suficiente o una merienda en el campo supongamos que cada uno pusiera 5 chelines y o que pague él y convidar a alguna otra mujer para él quién Mrs Fleming y saliéramos para furry glen o para los campos de fresas lo tendríamos reconociendo todas las uñas de los caballos primero igual que hace con las cartas no no con Boylan allí sí con emparedados mixtos de temera fría y jamón hay casitas allí abajo al pie del terraplén a propósito pero hace un calor del diablo dice no en día de fiesta de todos modos no soporto esos Maricas endomingados de paseo el lunes de Pascua es un día horroroso también no me extraña que esa abeja le picara es mejor la playa pero nunca en mi vida volvería a subirme en un barco con él después que en el Bray le dijera a aquel barquero que sabía remar si alguien le preguntara si era capaz de montar en las carreras de obstáculos de la copa de oro diría que sí luego se puso la cosa agitada el viejo trasto doblándose para un lado y todo el peso

de mi lado diciéndome que sujetara bien el mando a la derecha luego que tirara a la izquierda y el mar entrando a raudales por el fondo y el remo saliéndose del estribo tuvimos suerte de que no nos ahogáramos todos él sabe nadar es cierto yo no no hay peligro alguno tranquila con sus pantalones de franela me hubiera gustado hacérselos jirones delante de todo el mundo y atizarle lo que el otro llama flagelar hasta dejarlo morado se lo habría merecido a no ser por aquel tipo narigudo que no sé quién es con ese otro guaperas Burke del hotel City Arms que estaba allí dándole al ojo como siempre al quite donde nadie lo llamaba por si había una pelea era para vomitar no se perdió nada porque no había nada que perderse eso es 1 consuelo me pregunto qué clase de libro será ese que me ha traído Delicias del pecado por un caballero de moda algún otro Mr de Verga me imagino que la gente le puso ese mote por ir de un lado para otro con su pito de mujer en mujer no pude ni siquiera cambiarme los zapatos nuevos blancos hechos un asco con el agua salada y el sombrero que llevaba puesto con aquella pluma todo arrugado y retorcido qué desagradable y molesto porque el olor del mar me excitaba desde luego las sardinas y los sargos en la caleta de los Catalanes a la espalda del peñón estaban estupendos todos de plata en los cestos de los pescadores el viejo Luigi casi cien decían llegó de Génova y aquel tipo alto con pendientes no me gustan los hombres a los que hay que trepar para alcanzarlos supongo que estarán todos muertos y bajo tierra hace tiempo además no me gusta estar sola en esta especie de cuartel destartalado por la noche supongo que me tendré que aguantar ni siquiera traje un poco de sal cuando nos mudamos con el barullo academia musical que iba él a instalar en el salón del primer piso con una placa de latón o la pensión Bloom que él sugirió anda y que se arruine él solito como se arruinó su padre allá en Ennis como todas las cosas que le dijo a padre que iba a hacer y a mí pero lo calé hablándome de todos los sitios bonitos que podríamos ir para el viaje de novios Venecia a la luz de la luna con las góndolas y el lago Como tenía una foto recorte de algún periódico de y mandolinas y farolillos O qué bien decía yo todo lo que yo decía que me gustaba él lo iba a hacer en seguida en un santiamén serás mi marido cargarás con todo deberían darle una medalla por los planes que se inventa luego abandonándome aquí todo el día nunca sabes qué mendigo se te presenta en la puerta pidiendo un mendrugo con sus cuentos interminables podría ser un vagabundo que mete el pie para evitar que la cierre como la foto de aquel criminal empedernido se le llamaba en el Semanario Lloyd 20 años en chirona luego sale y mata a una vieja por su dinero imagínate su pobre mujer o su madre o quien sea con una cara como para echar a correr no podía quedarme tranquila hasta que atrancaba todas las puertas y ventanas para estar segura pero aún es peor que te quedes encerrada como en una prisión o manicomio deberían fusilarlos a todos o el gato de nueve colas un grandísimo bestia como ése dispuesto a arremeter contra una pobre vieja y matarla en la cama yo se los cortaría ya lo creo que lo haría no es que sirviera para mucho aun así mejor que nada la noche que yo estaba segura de haber oído ladrones en la cocina y él bajó en camisón con una vela y un atizador como si fuera detrás de un ratón más blanco que la pared cagado de miedo haciendo todo el ruido que podía para que lo oyeran los ladrones no es que haya mucho que robar bien lo sabe Dios pero es la impresión sobre todo ahora que Milly está fuera vaya idea la suya de mandar a la chica allá para aprender a hacer fotograflas por su abuelo en lugar de mandarla a la academia de Skerry donde hubiera tenido que aprender no como yo sacando todo 10 en la escuela pero él tenía que hacer una cosa así de todas formas por lo de Boylan y yo es por lo que lo hizo tengo la certeza la manera como trama y planea todo no me podía mover con ella aquí últimamente a menos que atrancara la puerta primero me ponía enferma que entrara sin llamar primero cuando puse la silla contra la puerta justo mientras me lavaba ahí abajo con la manopla me pone enfenna luego haciendo de señorita todo el santo día como para ponerla en una campana de cristal con dos al mismo tiempo para mirarla si él supiera que rompió la mano de aquella estatuilla de saldo por patosa y desastre antes de que se fuera que yo hice que aquel jovencito italiano la arreglara así que no se puede ver la juntura por 2 chelines no era capaz ni de escurrirle las patatas desde luego tiene razón que no quiera estropearse las manos me di cuenta de que él estaba siempre hablando con ella últimamente en la mesa explicando cosas del periódico y ella haciendo como que se enteraba ladina desde luego en eso sale a él no podrá decir que yo disimulo digo yo soy demasiado franca de hecho y ayudándola a ponerse el abrigo pero si algo malo le ocurriera es a mí a quien se lo contaría no a él supongo que él piensa que estoy acabada y para vestir santos pues no ni muchísimo menos ya veremos ya veremos lo que es bueno ahora anda flirteando además con los dos hijos de Tom Devan imitándome silbando con esas marimachos de las chicas de Murray que venían a buscarla puede salir Milly por favor está muy solicitada para aprovecharse de ella todo lo que puedan por ahí por Nelson street montando en la bicicleta de Harry Devan por la noche mejor que la haya mandado a donde está empezaba a salirse

de madre quería ir a la pista de patinaje y se fumaba los cigarrillos de ellos echando el humo por las narices apestaba su vestido cuando corté con los dientes el hilo del botón que le cosí en la parte de abajo de la chaqueta no me podía ocultar nada te lo aseguro sólo que no tenía que habérselo cosido teniéndola puesta supone una separación y el último pudín de ciruela también se partió en dos mitades ya ves que se cumple de todas maneras dicen que tiene la lengua demasiado larga para mi gusto llevas la blusa demasiado escotada me dice mira por dónde viene a saltar un cojo y yo que tenía que decirle que no se espatarrara enseñándolo todo en el antepecho de la ventana delante de todo el mundo que pasa todos la miran como a mí cuando tenía su edad claro que cualquier trapo te cae bien entonces una grandísima estrecha de tomo y lomo a su manera en la Decisión final en el Teatro real aparta el pie de ahí ahora mismo me fastidia la gente que me toca muerta de miedo por si le arrugaba la falda de tablas mucho tocamiento debe de haber por medio en los teatros con los achuchones en la oscuridad ellos siempre intentando restregarse con una aquel fulano en el patio de butacas del Gaiety para ver a Beerbohm Tree en Trilby la última vez que me ven allí a que me estrujen de esa manera ni por Trilby ni por su culo al aire a cada instante dándome ahí y mirando para otro sitio está un poco pirado creo que le vi luego intentando acercarse a dos señoras vestidas a la última en el escaparate de Switzer con el mismo trajín lo reconocí al momento la cara y todo lo demás pero él no me recordaba sí y ella no me dejaba siquiera que la besara en Broadstone al irse bueno espero que dé con alguien que se desviva por ella como yo lo hice cuando cayó con paperas y las glándulas hinchadas dónde está esto dónde está lo otro claro que ella es incapaz de sentir nada a fondo aún pero yo no me corrí como es debido hasta que tenía qué 22 años o así siempre entraba por el sitio que no era lo único las tonterías acostumbradas de las chicas y risitas tontas ese Conny Connolly que le escribía en tinta blanca sobre papel negro sellado con lacre aunque ella aplaudió cuando cayó el telón porque era tan guapo luego tuvimos a Martin Harvey en el desayuno comida y cena pensé para mis adentros más tarde tiene que ser amor de verdad cuando un hombre da la vida por ella de esa manera a cambio de nada supongo que quedan algunos hombres así aunque cueste trabajo creerlo a no ser que realmente a mí me ocurriera la mayoría de ellos no tienen ni pizca de amor en su naturaleza tropezar con dos personas así en estos tiempos tan llenos el uno del otro que sientan lo mismo que una normalmente son algo tontos de capirote su padre tuvo que haber sido un poco extraño para agarrar y envenenarse tras ella de todos modos pobre viejo supongo que se sentía perdido ella siempre con el ojo puesto en mis cosas también los cuatro trapos viejos que tengo queriendo recogerse el pelo a los 15 mis polvos también sólo que le estropean la piel tiene tiempo de sobra para eso después en su vida desde luego está revuelta sabiendo que es guapa con los labios tan rojos una pena que no le duren así yo también lo era pero no vale de nada llevarle la corriente contestándome como una verdulera cuando le pedí que fuera a por 3 kilos de patatas el día que nos vimos con Mrs Joe Gallaher en las carreras de trotones y ella hacía como que no nos veía en su cabriolé con Fnery el procurador no estábamos a su altura hasta que le di 2 buenos cachetes toma para que te enteres por contestarme de esa manera y ése por tu desvergüenza que me había sacado de quicio desde luego contradiciéndome yo estaba de un humor de perros también porque cómo fue aquello había un poso en el té o no dormí la noche anterior queso fue lo que comí creo y le dije una y otra vez que no dejara los cuchillos cruzados de esa manera porque no tiene a nadie que le dé órdenes como ella misma decía bueno si él no la corrige te juro que lo haré yo ésa fue la última vez que abrió el grifo de las lágrimas yo misma era así no se atrevían a mandarme en casa él tiene la culpa desde luego por tenemos a las dos trabajando como negras aquí en lugar de meter a una mujer hace siglos a ver cuándo voy a tener una criada como Dios manda otra vez desde luego que entonces ella vería que él se le echaría encima yo tendría que hacérselo saber o ella se vengaría son un fastidio aquella vieja Mrs Fleming tienes que andar detrás de ella poniéndole las cosas en la mano estornudando y peyéndose en los cacharros bueno es verdad que es vieja y no se puede aguantar me las vi y me las deseé para encontrar aquel trapo viejo y maloliente que se perdió detrás del aparador sabía que había algo y abrí la ventana del sótano para que saliera el mal olor invitando a sus amigos a casa como la noche que me vino a casa con un perro vamos que podía tener rabia especialmente el hijo de Simon Dedalus su padre menudo criticón con las gafas para arriba con su sombrero de copa puesto en el partido de críquet y un buen agujero en los calcetines como para llorar y su hijo que consiguió todos esos premios por lo que fuera que los ganó en la escuela secundaria imagínate saltando por encima de la verja si algún conocido le hubiera visto me extraña que no se haya hecho un buen agujero en los pantalones de su funeral de postín como si no tuviera bastante con el agujero que la naturaleza le puso a cada uno metiéndolo abajo en la sucia cocina ya me dirás si está en sus cabales lástima que no fuera día de colada mis viejas bragas podrían

haber estado colgadas en la cuerda también de exposición para lo que a él le importa con la huella de la plancha enrobinada que esa torpe estúpida les dejó podría haber pensado que era otra cosa y ni siquiera derritió la grasa como le dije y ahora anda como siempre a causa del marido paralítico cada vez peor siempre hay algo que no marcha con ellos la enfermedad o que tienen que operarse y si no es por eso es por la bebida y le pega tendré que empezar a andar a la caza de alguna cada día que me levanto hay algo nuevo Dios mío Dios mío bueno cuando ya esté muerta en el hoyo supongo que estaré tranquila tengo que levantarme un instante si puedo espera O Jesús espera sí me ha venido ya la cosa sí no me digas que no es como para jeringarse desde luego con tanto empujón y metimientos y corridas que tuvo dentro de mí ahora a ver qué voy a hacer viernes sábado domingo es para volverse tarumba a no ser que le guste eso a algunos les gusta Dios sabrá siempre hay algo que no va bien con nosotras 5 días cada 3 o 4 semanas la puja de siempre mensual no es sencillamente repugnante aquella noche que me vino ya ves la única y sola vez que estábamos en un palco que Michael Gunn le dio para ver a Mrs Kendal y a su marido en el Gaiety hizo por él algo en un asunto de seguros de Drimmie yo estaba que trinaba aunque no me daba por vencida con aquel señor encopetado sin quitarme ojo desde arriba con los gemelos y él a mi lado hablando de Spinoza y su espíritu que está muerto supongo hace mil años yo con la sonrisa que mejor podía toda empapada inclinandome para delante como si estuviera interesada teniendo que aguantar hasta la última nota nunca olvidaré a la esposa de Scarli deprisa se suponía que era una obra desvergonzada sobre el adulterio aquel idiota del gallinero abucheando mujer adúltera gritó supongo que fue y se tiró a una mujer en el callejón más cercano dando un rodeo por las callejuelas después para compensar ojalá hubiera tenido lo que yo tenía entonces ya hubiera pateado me apuesto a que hasta el gato sale mejor parado que nosotras tenemos demasiada sangre dentro de nosotras o qué O santa paciencia me está saliendo a raudales como el mar de todos modos no me ha dejado preñada con lo grande que es no quiero estropear las sábanas limpias que acabo de poner supongo que la ropa limpia que llevaba me lo ha provocado también maldita sea maldita sea y ellos siempre quieren ver una mancha en la cama para saber que te conservas virgen para ellos es lo único que les preocupa son tan tontos a la vez una podía ser viuda o divorciada 40 veces un lamparón de tinta roja daría el pego o jugo de moras no eso es demasiado púrpura O rediez a ver si puedo levantarme de aquí aj delicias del pecado quienquiera que propusiera ese asunto para las mujeres entre la ropa y la cocina y los niños esta maldita cama además tintineando como los demonios me supongo que nos podían oír hasta más allá del parque hasta que propuse poner el cobertor en el suelo con la almohada bajo mi culo me pregunto si será más satisfactorio durante el día pienso que sí tranquila creo que me voy a cortar todo este pelo de ahí me está cociendo parecería una jovencita menudo chasco se iba a llevar cuando me levantara la ropa la próxima vez daría cualquier cosa por verle la cara por dónde andará el orinal tranquila tengo un miedo horroroso a que se me rompa debajo después de lo del viejo bacín me pregunto si pesaba demasiado sentada en sus rodillas hice que se sentara en el sillón adrede cuando me quité sólo la blusa y la falda primero en la otra habitación él estaba tan ocupado donde no debería estarlo que no me sobó espero que mi aliento fuera fresco después de esos confites de besuqueo tranquila Jesús me acuerdo que en tiempos era capaz de echarlo afuera a chorros derechito silbando como un hombre casi tranquila O Dios qué ruidoso espero que lleve pompas a ver si me saco un fajo de billetes de algún fulano tendré que perfumármelo por la mañana no lo olvides me apuesto a que nunca ha visto un par de muslos como éstos mira qué blancos son la parte más suave está justo ahí entre este trocito de aquí qué fino como un melocotón tranquila jesús no me importaría ser hombre y montarme a una hermosa mujer O Señor qué jaleo estás armando como el lirio de jersey tranquila tranquila O maravilla de las aguas que descienden por Lahore quién sabe si tengo algo serio en mis adentros o si me está saliendo algo viniéndome eso de esa manera cada semana cuándo fue la última vez que yo el lunes de Pascua sí hace sólo unas tres semanas debería ir al médico sólo que sería como antes de casarme con él cuando tenía aquella cosa blanca que me supuraba y Floey me mandó ir a aquel palo seco del Dr Collins para enfermedades de la mujer en Pembroke road su vagina lo llamaba supongo que así es como sacó para comprar todos los espejos dorados y las alfombras liando a aquellas ricas de Stephen's green corriendo a verle por cualquier chuminada en su vagina y en su cochinchina tienen dinero desde luego así que les va bien yo no me casaría con él aunque fuera el último hombre del mundo además hay algo raro en sus hijos siempre oliendo por toda la casa a esas putas guarras por todos lados preguntándome si lo que hacía tenía un olor repugnante qué quería que yo hiciera que cagara oro quizás qué pregunta si se lo restregara por toda la cara arrugada de viejo con mis cumpridos supongo que se enteraría entonces y podía usted pasarlo pasar qué creí que

estaba hablando del peñón de Gibraltar por la manera de decirlo es un invento curioso además dicho sea de paso sólo que me gusta alargarme después en el agujero apretar todo lo que pueda y tirar de la cadena luego para limpiarlo bien hormigueo refrescante sin embargo también tiene su cosa supongo que yo siempre solía saber por la de Milly cuando era niña si tenía lombrices o no de cualquier modo pagarle por eso cuánto le debo doctor una guinea por favor y preguntarme si tenía omisiones frecuentes de dónde sacan esos viejos todas las palabras que tienen omisiones con sus ojos miopes encima de mí con las lentes de lado no me fiaría de él mucho que me diera cloroformo o sabe Dios qué otra cosa de cualquier modo me gustó cuando se sentó para escribir lo que fuera con la mirada tan severa la nariz inteligente ya ves maldito seas descarado embustero O cualquier cosa no importa quién menos un idiota él era lo bastante listo como para adivinarlo desde luego todo fue por pensar en él y en sus locas cartas disparatadas Tesoro mío todo lo tocante a tu Cuerpo glorioso todo subrayado lo que de él dimana es objeto de belleza y placer algo que se sacó de algún libro absurdo que me tenía haciéndome pajas 4 y 5 veces al día algunas veces y yo le dije que no está usted segura O sí dije estoy muy segura de algún modo eso le tapó la boca sabía lo que venía después sólo debilidad natural es lo que era él me excitaba no sé cómo la primerísima noche que nos vimos cuando yo vivía en Rehoboth terrace nos estuvimos mirando unos 10 minutos como si nos hubiéramos visto en alguna parte supongo que por mi aspecto de judía como mi madre me resultaban divertidas las cosas que decía con aquella sonrisa picarona en la cara y todos los Doyles decían que iba a presentar su candidatura para diputado en el Parlamento O vamos que fui yo imbécil por creerme todas las memeces sobre la autonomía y la independencia irlandesa mandándome aquel rollo interminable de canción sacada de los hugonotes para cantar en francés para que resultara más chic O beau pays de la Touraine que no llegué a cantar ni una sola vez explicando y disparatando sobre religión y las persecuciones no deja que te diviertas con nada con naturalidad entonces que ya podría él como un gran favor justo en la la ocasión que se le presentó en Brighton square tiró para mi habitación haciendo como que tenía tinta en las manos a quitársela con leche de Albión y jabón de azufre que yo solía usar y la gelatina aún alrededor O me harté de reír a costa suya aquel día mejor que esto no se convierta en una sentada de toda la noche deberían hacer orinales de tamaño natural para que una pudiera sentarse encima como Dios manda él se arrodilla para hacerlo supongo que no hay en el mundo otro hombre que tenga las mismas manías mira la manera que tiene de dormir a los pies de la cama no sé cómo puede sin un cabezal duro menos mal que no da patadas o si no me saltaría todos los dientes respirando con la mano en la nariz como aquel dios indio que me llevó a ver un domingo lluvioso en el museo i de Kildare street todo de amarillo con un babero yaciendo de lado sobre la mano con los diez dedos de los pies sobresaliendo que él dijo era una religión más importante que la judía y la de Nuestro Señor las dos juntas por toda Asia imitándolo como siempre está imitando a todo el mundo supongo que él solía dormir a los pies de la cama también con los grandes pies cuadrados arriba en la boca de su mujer maldita sea esta cosa pestilente de todos modos dónde estarán esos paños ah sí ya sé espero que el viejo ropero no chirríe ah sabía que sí duerme profundamente se lo pasó bien en algún sitio aunque ella le ha tenido que devolver con creces lo que le pagó desde luego que tiene que pagarlo O qué fastidio esta cosa espero que nos tengan preparado algo mejor en el otro mundo amarrándonos bien Dios nos ampare ya está bien por esta noche y esta cama apelmazada que tintinea siempre me recuerda al viejo Cohen supongo que se rascó en ella más de una vez y piensa que padre se la compró a Lord Napier que yo solía admirar cuando era niña porque le dije tranquila piano O me gusta mi cama Dios aquí estamos tan mal como siempre después de 16 años en cuántas casas hemos estado en total Raymond terrace y Ontario terrace y Lombard street y Holles street y él como si tal cosa cada vez que salimos pitando otra vez sus hugonotes o la marcha de los beodos haciendo como que ayuda a los hombres con nuestros 4 trastos de muebles y luego el hotel City Arms de mal en peor dice Warden Daly aquel sitio tan encantador en el descansillo siempre alguien dentro rezando luego dejando mal olor detrás de ellos siempre se sabe quién estuvo dentro el último cada vez que empezábamos a salir a flote algo pasa o mete la pata de lleno en lo de Thom y Hely y Mr Cuffe y Drimmie o se expone a que lo metan en la cárcel por lo de los billetes de lotería que nos iba a sacar de apuros o va y se pone gallito pronto lo tendremos en casa porque le han dado el puntapié en el Freeman también como los demás por lo de los Sinos del Fein o por los masones luego ya veremos si el hombrecito que me señaló que no podía con su alma bajo la lluvia más solo que la una del día por allá por Coadys lane le va a servir de algo que él dice que es tan competente y sinceramente irlandés sí que lo es a juzgar por la sinceridad de los pantalones que llevaba espera son las campanas de la iglesia de George espera 3 cuartos la hora 1 espera 2 bonita hora de la noche para llegar a casa para cualquiera descolgándose hasta la entrada del

sótano si alguien lo hubiera visto yo acabo con esa costumbre suya mañana lo primero voy a mirar en la camisa para ver o veré si aún tiene esa goma francesa en la cartera supongo que piensa que no conozco a los hombres falsos ni sus 20 bolsillos son bastantes para sus mentiras entonces por qué habremos de contarlo nosotras porque aunque sea verdad no te van a creer luego arropado en la cama como esos bebés en la Obra maestra de Aristócrates que me trajo en otra ocasión como si no tuviéramos bastante de eso en la vida real sin necesidad de un viejo Aristócrates o como se llame te asquee aún más con esas fotos infames de niños con dos cabezas y sin piernas ésa es la clase de vileza con la que siempre sueñan sin nada más en sus cabezas huecas habría que administrarles lentamente veneno a la mitad de ellos luego té y tostada para él untada de mantequilla por los dos lados y huevos recién puestos supongo que ya no soy nada cuando no le dejé que me lamiera en Holles street una noche el hombre el hombre tirano como siempre por esa única cosa durmió en el suelo la mitad de la noche desnudo a la manera como los judíos hacían cuando alguien se muere de los suyos y no quiso tomar nada de desayuno ni decir ni una palabra quería que lo mimaran así que pensé que yo había insistido bastante por una vez y le dejé lo hace todo mal además pensando sólo en su propio placer tiene la lengua demasiado lisa o no sé qué eso lo olvida vamos yo no le obligaré a que lo haga otra vez si no tiene cuidado con lo que hace y lo encerraré para que duerma abajo en la covacha del carbón con las cucarachas me pregunto si sería con Josie loca de contenta con lo que yo desecho él es un embustero de nacimiento además no no tendría bastante valor con una mujer casada por eso es por lo que quiere que yo y Boylan en cuanto a su Denis como ella le llama ese deplorable espectáculo que no se le puede llamar marido sí es con alguna putilla con la que se ha liado incluso cuando yo estaba con él con Milly en las carreras del College donde Homblower el matamoros con la gorra de niño en lo alto dula cocorota nos dejó entrar por la puerta de atrás él estaba echándoles miraditas tiernas a aquellas dos calientapollas yo quise guiñarle el ojo al principio ni caso desde luego y así es como se le va el dinero ése es el finto de Mr Paddy Dignam sí todos ellos iban a lo grande en el famoso funeral en el periódico que trajo Boylan si vieran un funeral de oficial de verdad eso es algo armas a la funerala tambores enfundados el pobre caballo caminando detrás de negro L Bloom y Tom Keman ese pequeñajo borracho abarrilado que se mordió la lengua al caer escaleras abajo en el W C de hombres borracho en un vete a saber dónde y Martin Cunningham y los dos Dedalus y el marido de Fanny MCoy cabeza de mariposa en los huesos con una cierta tendencia en el ojo queriendo cantar mis canciones tendría que nacer de nuevo y su viejo vestido verde con el escote ya que no los puede atraer de otra manera cuando canta llueve lo veo claro y a eso le llaman amistad se matan y luego se entierran unos a otros y todos ellos con sus mujeres y familias en casa muy especialmente Jack Power que mantiene a esa camarera y tanto que la mantiene claro que su mujer está siempre enferma o a punto de ponerse enferma o mejorándose de algo y él es un hombre bien parecido todavía aunque le empiezan a salir canas por encima de las orejas menuda caterva están hechos todos ellos bueno pues no van a conseguir atrapar a mi marido otra vez en sus garras si yo lo puedo remediar burlándose de él luego a sus espaldas sé muy bien cuando sale con sus imbecilidades porque tiene suficiente sentido común para no malgastar hasta el último céntimo que gana en sus gaznates y mira por su mujer y familia atajo de inútiles pobre Paddy Dignam en cualquier caso lo siento de algún modo por él qué van a hacer su mujer y 5 hijos a no ser que estuviera asegurado cómica perinola siempre pegado al rincón de alguna taberna y ella o su hijo esperando a Bill Bailey ven a casa por favor el luto de viuda no va a mejorar su aspecto sienta pero que muy bien si una es bien parecida qué hombres no estaba él sí estaba en la cena de Glencree y Ben Dollard bajete barrilete la noche que pidió prestado el frac para cantar con él en Holles street estrujado y aplastado dentro de él y sonriendo Bobaliconamente con toda su cara de estúpido como el culo azotado de un niño no me digas que no tenía aspecto de mochales de los cojones ya lo creo tuvo que ser todo un espectáculo pagar 5 chelines por los asientos numerados para eso para verlo desafinando en sus solos y Simon Dedalus también

siempre aparecía medio chispado y cantaba el segundo verso primero el viejo amor es el nuevo era uno de los suyos tan dulcemente cantaba la moza en la rama de espino siempre estaba a la que salta también cuando yo canté Mantana con él en la ópera privada de la compañía de Freddy Mayer tenía una voz deliciosa y espléndida adiós Phoebe querida adiós mi amor mi amor siempre lo cantaba no como Bartell DArcy *querita* adiós claro que él tenía el don de la voz así que no había arte en ello inundándote como una ducha caliente O Mantana flor del bosque silvestre cantábamos magníficamente aunque era un poco alto para mi registro incluso transportado y él estaba casado en aquella época con May Goulding pero después diría o haría algo y acababa con todo lo que había en ello de bueno está viudo ahora me pregunto qué clase de persona será su hijo él dice que es autor y que

va para profesor de universidad de italiano y que yo tengo que tomar clases a saber qué pretende ahora va y le enseña una foto mía donde no estoy bien tendría que habérmela hecho con un drapeado que nunca se pasa de moda aunque estoy joven ahí qué raro que no se la haya regalado a pelo y a mí también después de todo por qué no le vi de paseo hacia la estación de Kingsbridge con su padre y su madre yo iba de luto hará de esto 11 años sí él tendría 11 aunque de qué me servía ponerme de luto por algo que no era ni una cosa ni otra yo con el primer llanto tenía bastante oí la carcoma haciendo tictac en la pared por supuesto que él insistió que se pondría de luto por la gata supongo que ya está hecho un hombre ahora entonces era un niño inocente una preciosidad de hombrecito con su traje de lord Fauntleroy y su pelo rizado como un príncipe de teatro cuando lo vi en Mat Dillon le gusté también recuerdo que a todos espera por Dios sí espera sí aguarda él estaba en las cartas esta mañana cuando eché las cartas unión con un joven desconocido ni moreno ni rubio al que viste hace tiempo pensé que se refería a él pero él no es un imberbe ni desconocido tampoco además yo tenía la cara vuelta del otro lado qué era la 7.a carta después de eso el 10 de espadas que quiere decir un viaje por tierra después había una carta de camino y escándalos también las 3 reinas y el 8 de oros que quiere decir una subida en la escala social sí espera todo salió a relucir y 2 8s rojos vestidos nuevos fijate y no soñé yo algo también sí había algo sobre poesía en el sueño espero que no lleve el pelo largo y grasiento colgándole hasta los ojos o tieso como un indio piel roja para qué andan por ahí de esa manera sólo para que se rían de ellos y de su poesía a mí siempre me ha gustado la poesía cuando era niña al principio pensé que él era poeta como lord Byron y ni un gramo de ello en su redacción pensé que era diferente me pregunto si será demasiado joven debe de tener espera en el 88 me casé el 88 Milly cumplió 15 ayer el 89 qué edad tendría él entonces en Dillon 5 o 6 más o menos el 88 supongo que tiene 20 o más no soy demasiado vieja para él si tiene 23 o 24 espero que no sea uno de esos universitarios estirados no porque si no no andaría sentándose en la vieja cocina con él bebiendo cacao de Epps y hablando seguro que él hacía como que se enteraba de todo probablemente le diría que era del Trinity college es muy joven para ser profesor espero que no sea un profesor como Goodwin lo era él era un profesor en bebidas fuertes de John Jameson todos ellos escriben sobre alguna mujer en sus poesías bueno supongo que no va a encontrar muchas como yo donde tiemamente suspira de amor la suave guitarra donde la poesía está en el aire el mar azul y la luna brilla tan fastuosamente de vuelta en el barco de noche de Tarifa el faro en punta Europa la guitarra que aquel hombre tocaba era tan viva volveré allí de nuevo alguna vez todas caras nuevas dos ojos de soslayo que una celosía escondía se la cantaré son mis ojos si tiene algo de poeta dos ojos de radiante oscuridad como la misma estrella del amor no me digas que no es bella la letra como la estrella temprana del amor será un cambio bien lo sabe Dios tener una persona inteligente con quien hablar de una y no tener que estar siempre oyéndole a él y el anuncio de Billy Prescott y el anuncio de Yaves y el anuncio del mismísimo diablo luego si algo va mal en sus negocios nosotras tenemos que sufrirlo estoy segura de que es muy distinguido me gustaría conocer a un hombre así Dios no a esa morralla además es joven aquellos jóvenes guapos que veía en Margate strand desde un lado del peñón erguidos al sol desnudos como un Dios o algo por el estilo y luego me zambullía en el mar con ellos por qué no son todos los hombres así las mujeres tendríamos algún consuelo como aquella preciosa estatuilla que compró la podía mirar el día entero cabeza rizada y los hombros el dedo empinado para que le prestes atención eso sí que es belleza auténtica y poesía para una a menudo sentí el deseo de besarlo por todas partes también su preciosa polla joven así con naturalidad no me importaría metérmela en la boca si no hubiera nadie mirando como si estuviera pidiendo que la chuparas tan limpia y blanca con su cara de niño lo haría de verdad en 1/2 minuto aunque algo se me quedara dentro y qué no es más que una especie de gachas o rocío no hay peligro además estaría tan limpio comparado con esos puercos de hombres supongo que nunca sueñan en lavársela en años la mayoría de ellos sólo es que por eso les salen bigotes a las mujeres estoy segura sería extraordinario si pudiera al menos montármelo con un poeta joven y guapo a mi edad las echaré lo 1° que haré por la mañana hasta que vea si sale el nueve de copas o intentaré emparejar a la dama misma y a ver si él sale leeré y estudiaré todo lo que encuentre o me aprenderé algún trozo de memoria si supiera quién le gusta para que no me crea una imbécil si cree que todas las mujeres son iguales y puedo enseñarle lo que es bueno haré que se derrita entero hasta que medio pierda el sentido debajo de mí luego que escriba sobre mí amante y querida públicamente para que todos se enteren también con nuestras 2 fotografías en todos los periódicos cuando se haga famoso O pero qué hago yo con éste eh no ése no es su estilo no hay educación ni modales ni nada de nada en su naturaleza dándome un cachete por atrás de esa manera en el culo porque no lo llamé Hugh el ignaro que no distingue la poesía de una berza eso es lo que consigues

por no ponerlos en su sitio quitándose los zapatos y los pantalones ahí mismo en la silla delante de mí con toda la caradura sin ni siquiera pedir penniso campándole eso de una manera tan vulgar en esa medio camisa que llevan para que se les admire como a un cura o a un carnicero o esos viejos hipócritas en los tiempos de julio César desde luego que tiene bastante razón en su forma de tomarse el tiempo a chufla ten por seguro que lo mismo daría estar en la cama con qué con un león Dios estoy segura de que un León tendría algo mejor que decir O bueno supongo que es porque estaban tan rellenitas y apetitosas con mis enaguas cortas que no se podía aguantar a mí misma a veces me excitan no está mal para los hombres todo el montón de placer que sacan del cuerpo de una mujer somos tan redondas y blancas para ellos siempre ojalá fuera yo uno de ellos para variar por el gusto de intentarlo con eso que ellos tienen empinándose encima de una tan dura y a la vez tan suave cuando la tocas tío John la tiene larga oí que decían aquellos niños de la esquina cuando pasaba por la esquina de Marrowbone lane tía Mary tiene una pelambrera porque estaba oscuro y sabían que pasaba una chica no consiguieron que me sonrojara por qué iba a hacerlo es algo bien natural y él mete su cosa larga en la pelambrera de Mary etcétera y resulta ser que lo que mete es el mango en el escobón los hombres de nuevo no cabía esperar otra cosa pueden picotear y elegir lo que les venga en gana una mujer casada o una viuda fresca o una chica según sus gustos como aquellas casas por detrás de Insh street no pero si es que hemos de estar siempre encadenadas a mí sí que no me van a encadenar no hay cuidado una vez que me pongo te lo digo por los celos de sus estúpidos maridos por qué no podemos seguir siendo amigos cuando eso ocurre en lugar de reñir su marido descubrió lo que hacían juntos pues muy bien y si lo descubrió acaso puede reparar el daño si lleva la cornamenta de todas formas haga lo que haga y luego va él y se pasa al otro extremo loco por la mujer en Bellos tiranos desde luego que al hombre ni siquiera se le ocurre pensar 2 veces en el marido ni en la esposa tampoco es la mujer lo que quiere y la logra para qué otra cosa si no nos han dado todos esos deseos me gustaría a mí saber no lo puedo evitar si soy joven todavía digo yo es una maravilla que no estoy hecha una vieja pendejo arrugada antes de tiempo viviendo con él tan frío que nunca me abraza menos alguna vez cuando está dormido por los pies sin saber supongo a quién tiene cualquier hombre que bese el culo de una mujer es para darlo por perdido después de eso besaría cualquier cosa anormal donde no tenemos ni 1 átomo de señal distintiva en nosotras todas lo mismo 2 pedazos de grasa antes de que yo le hiciera eso a un hombre puufff los muy brutos asquerosos con sólo pensarlo tengo bastante beso sus pies señorita tiene algo de sentido no besó él nuestra puerta de entrada sí lo hizo vaya loco nadie entiende sus ideas disparatadas menos yo de todos modos está claro que una mujer quiere ser abrazada 20 veces al día casi para parecer joven no importa por quién siempre que se esté enamorada o amada por alguien si el hombre que quieres no lo tienes delante algunas veces por Dios bendito estaba pensando me iría yo a los muelles en una noche oscura donde nadie me conociera a cogerme a un marinero recién llegado de los mares que estuviera rabiando por hacerlo y no le importara un bledo de quién fuera yo sólo despacharse en un portal en algún sitio o uno de esos gitanos de aspecto salvaje de Rathfarrrnham que habían acampado cerca de la lavandería Bloomfield para intentar quitarnos nuestras cosas si podían yo sólo mandé las mías allí alguna que otra vez por el nombre lavandería modelo y me devolvían una y otra vez algunas medias viejas desparejadas aquel tipo con pinta de sinvergüenza de ojos atractivos pelando una varilla me ataca en la oscuridad y me echa un polvo contra la pared sin decir una palabra o un asesino cualquiera lo que ellos mismos hacen los caballeros elegantes con sus sombreros de copa aquel procurador de la corona que vive por aquí cerca saliendo de Hardwicke lane la noche que nos convidó a pescado para cenar por haber ganado en las apuestas de boxeo claro que nos convidó por mí le reconocí por las polainas y los andares y cuando me di la vuelta un minuto después justo para ver había una mujer detrás saliendo de allí también alguna sucia prostituta luego vuelve a casa a su mujer después de eso sólo que supongo que la mitad de esos marineros están podridos por otra parte de enfermedades O echa para allá ese corpachón fuera de ahí por el amor de Dios escúchale los vientos que llevan mis suspiros hasta ti bueno bueno que siga durmiendo y suspirando el insigne sabio Don Poldo de la Flora si supiera cómo salió en las cartas esta mañana tendría algo por lo que suspirar un hombre moreno con cierta perplejidad entre 2 7s también en la cárcel porque sólo Dios sabe lo que hace que yo no lo sé y voy a tener que andar trasteando abajo en la cocina para tenerle preparado a su señoría el desayuno mientras que él está enroscado como una momia acaso lo voy a hacer tú me has visto alguna vez corriendo ya me gustaría a mí verme de esa manera les haces caso y te tratan como basura no me importa lo que nadie diga sería mucho mejor que el mundo estuviera gobemado por las mujeres que hay en él no se vería a las mujeres matándose unas a otras ni aniquilándose cuándo se ha visto

alguna vez a las mujeres dando tumbos borrachas como ellos hacen o jugándose hasta el último céntimo y perderlo en los caballos sí porque una mujer haga lo que haga sabe dónde parar seguro que no estarían en el mundo si no fuera por nosotras no saben lo que es ser mujer y madre cómo podrían dónde estarían todos ellos si no hubieran tenido una madre que los cuidara cosa que yo nunca tuve por eso es por lo que supongo que anda como loco ahora saliendo por las noches abandonando sus libros y sus estudios y no viviendo en casa porque es la típica casa de tócame roque bueno supongo que es una pena lamentable que los que tienen un buen hijo como ése no estén satisfechos y yo ninguno no fue él capaz de hacerme uno no fue por culpa mía nos arrimamos cuando yo estaba mirando aquellos dos perros encima y por atrás en plena calle ya ves aquello me descorazonó completamente supongo que no debí enterrarlo con aquella chaquetita de lana que yo le hice de punto llorando como estaba sino habérsela dado a algún niño pobre pero sabía bien que nunca tendría otro era nuestra la muerte además ya no fuimos los mismos desde entonces O no me voy a poner triste ahora por eso me pregunto por qué no se quedó a pasar la noche pensé todo el tiempo que era algún extraño que había traído en lugar de andar vagando por la ciudad tropezándose con quién sabe Dios trasnochadores y rateros a su pobre madre no le habría gustado eso si estuviera viva malográndose de por vida quizás de todos modos es una hora bonita tan silencioso me gustaba volver a casa después del baile el aire de la noche ellos tienen amigos con los que hablar nosotras no tenemos a nadie o bien él busca lo que no va a encontrar o se trata de alguna otra mujer dispuesta a clavarle a una el cuchillo por la espalda no soporto eso en las mujeres no me sorprende que ellos nos traten como nos tratan buen atajo de pécoras estamos hechas supongo que es por todas las preocupaciones que tenemos lo que nos ha hecho tan víboras yo no soy así él podía muy bien haber dormido ahí en el sofá en la otra habitación supongo que estaría tan vergonzoso como un niño siendo como es tan joven apenas 20 de mí en la habitación de al lado me habría oído en el orinal pues muy bien y qué más da Dedalus me imagino es como aquellos nombres en Gibraltar Delapaz Delagracia tenían unos nombres la mar de raros allí el padre Vilaplana de Santa María que me dio el rosario Rosales y OReilly en la Calle las Siete Revueltas y Pisimbo y Mrs Depís en Govemor street 0 vaya nombrecito me tiro de cabeza al río si tuviera un nombre como ella O vamos y todas aquellas callejuelas cuesta Paradise y cuesta Bedlam y cuesta Rodgers o y cuesta Crutchetts y las escalinatas de la quebrada del diablo bueno no es culpa mía si tengo cabeza de chorlito sé que la tengo un poco juro por Dios que no me siento ni un solo día más vieja que entonces me pregunto si podría soltarme a hablar ahora en español cómo está usted muy bien gracias y usted ves no lo he olvidado todo pensé que sí si no fuera por la gramática sustantivo es el nombre de una persona lugar o cosa es una pena que no intentara nunca leer aquella novela que la intratable de Mrs Rubio me dejó por Valera con las interrogaciones de abajo a arriba y de arriba a abajo siempre supe que al final nos iríamos le puedo hablar en español y él a mí en italiano así verá que no soy tan ignorante qué pena que no se quedara estoy segura de que el pobre hombre estaba muerto de cansancio y necesitaba como nada echarse un buen sueño le podía haber llevado el desayuno a la cama con su tostadita siempre que no usara el cuchillo que trae mala suerte o si la mujer de los berros hubiera pasado y con algo apetitoso hay unas cuantas olivas en la cocina que le hubieran gustado yo no pude verlas nunca ni en pintura en el ultramannos Abrine podría hacer de criada la habitación no está mal desde que cambié las cosas ves algo me decía todo el tiempo que tendría que presentarme yo misma no conociéndome de nada tendría grada digo yo soy su mujer o haciendo como que estábamos en España y él medio despierto sin idea de dónde está dos huevos estrellados señor Dios mío qué cosas más disparatadas se me vienen a la cabeza algunas veces sería divertido suponiendo que se quedara con nosotros por qué no está la habitación de arriba vacía y la cama de Milly en el cuarto trastero podría escribir y estudiar en la mesa de allí para todo lo que allí quiera garabatear y si quiere leer en la cama por la mañana como yo lo mismo que hace él el desayuno para 1 lo puede hacer para 2 lo tengo claro que no voy a coger huéspedes de la calle para él si él coge una pocilga de casa como ésta me encantaría tener una larga conversación con una persona inteligente y bien educada tendría que hacerme de un bonito par de zapatillas rojas como aquellas que los turcos con el fez solían vender o amarillas y una bonita bata semitransparente que tanto necesito o una bata corta de color flor de melocotón como la que había hace tiempo en Walpole por sólo 8 con 6 o 18 con 6 le daré sólo otra oportunidad me levantaré temprano estoy harta de la vieja cama de Cohen en cualquier caso podría pasarme por el mercado a ver todas esas verduras y berzas y tomates y zanahorias y todas esas clases de frutas espléndidas que llegan relucientes y frescas quién sabe quién será el le' hombre que me encuentre salen a la caza de eso por la mañana Mamy Dillon solía decir que es así y por la noche también por eso su ir a misa me encantaría una pera grande jugosa ahora que se

te derrita en la boca como cuando estaba con los antojos luego le arrojaría sus huevos y su té en la taza con bigotera que le dio ella para agrandarle la boca supongo que le gustaría la rica leche cremada mía también sé lo que voy a hacer saldré por ahí algo alegre no demasiado cantando de vez en cuando mi fa pieta Masetto luego comenzaré a vestirme para salir presto non son piu forte me pondré mi mejor camisa y bragas que pueda darle bienal ojo para que se le empine la churra le haré saber si eso es lo que quiere que a su mujer la follan sí y muy bien que la follan además hasta el moño si me apuran y no por él 5 o 6 veces sin parar ahí está la señal su leche en la sábana limpia no me voy a molestar ni siquiera en disimularla con la plancha a ver si se da por satisfecho si no me crees tócame la tripa a no ser que haga que se la empine y me la meta tengo la intención de contárselo todito y obligarle a que se lo haga delante de mí lo tiene bien merecido toda la culpa es suya si soy una adúltera como decía aquel individuo en el gallinero O algo parecido si ése es todo el daño que hicimos en este valle de lágrimas bien sabe Dios que no es mucho acaso no lo hace todo el mundo sólo que lo ocultan supongo que una mujer se supone que está para eso o Él no nos habría hecho como nos hizo tan atractivas para los hombres así que si él quiere besarme el culo me abro las bragas de par en par y se lo estampo en la cara a lo ancho y a lo largo puede meterme la lengua 7 millas por el agujero y cuando lo tenga en mis partes morenas le diré que necesito 1 libra o quizás 30 chelines le diré que necesito comprar ropa interior así que si me lo da no será tan malo tampoco se trata de dejarlo tieso como hacen otras mujeres más de una vez podría haberme extendido un cheque a mi nombre y poner su nombre por un par de libras alguna vez olvidó encerrarlo con llave además no se lo va a gastar le dejaré que se me corra detrás siempre que no me ponga perdidas mis bragas buenas O supongo que no tiene arreglo haré como que no me entero 1 o 2 preguntas sabré por las respuestas cuándo está en ganas no se puede guardar nada me lo conozco muy bien me apretaré el culo bien y soltaré unas cuantas palabras groseras culodorantes o lame la mierda o la primera locura que se me pase por la cabeza luego le daré la idea sobre sí O espera ahora hijito me toca a mí estaré bien alegre y amable en eso O pero se me olvidaba esta lata de sangre puufff una no sabe si llorar o reír estamos hechas tal batiburrillo no tendré que ponerme mis cosas viejas tanto mejor será más picante nunca sabrá si lo hizo o no ahí tienes te basta con cualquier cosa vieja luego me lo refregaré como una caca su omisión luego saldré y lo tendré mirando el techo dónde se habrá ido hacer que me desee es el único medio pasadas las y cuarto vaya hora intempestiva supongo que ahora se acaban de levantar en China peinándose las coletas para todo el día pronto tendremos a las monjas tocando el ángelus ellas no tienen a nadie que venga a interrumpirles el sueño menos algún que otro cura para los oficios nocturnos o el despertador de al lado con el canto del gallo echándose fuera los sesos a golpes vamos a ver si puedo echar una cabezada 12 3 4 5 qué clase de flores son esas que inventaron como las estrellas el papel de empapelar en Lombard street era mucho más bonito el delantal que él me dio era como algo así sólo que yo sólo me lo puse dos veces mejor que baje la lámpara e intente otra vez para poder levantarme temprano iré a la fiutería Lambe ahí junto a Findlater y mandaré que me envíen algunas flores para poner por la casa por si lo trae a casa mañana hoy quiero decir no no los viernes son día de mala suerte lo primero que quiero hacer es arreglar la casa de alguna manera el polvo se acumula por todos lados creo mientras estoy dormida luego podemos tener algo de música y cigarrillos puedo acompañarle primero tengo que limpiar las teclas del piano con leche qué me puedo poner me pondré una rosa blanca o esos pasteles encantadores de Lipton me gusta el olor de una gran tienda llena de cosas ricas a 7 y 1/2 la libra o los otros con cerezas dentro y el azúcar rosado 11 peniques un par de libras de eso una planta bonita para el centro de la mesa ésa la sacaría más barata en espera dónde está eso las vi no hace mucho me encantan las flores me encantaría tener toda la casa inundada de rosas Dios del cielo no hay nada como la naturaleza las montañas agrestes después el mar y las olas precipitándose después la campiña maravillosa con los campos de avena y trigo y toda clase de cosas y todo el hermoso ganado moviéndose a sus anchas le haría a uno mucho bien ver ríos y lagos y flores de todas las formas y olores y colores brotando hasta de las cunetas prímulas y violetas es la naturaleza como para que digan que no hay Dios yo no daría un duro por toda su sabiduría por qué no van y crean algo a menudo le preguntaba a los ateos o comoquiera que ellos se llamen que vayan y se quiten la roña de encima primero luego van berreando a por un cura cuando mueren y por qué por qué porque tienen miedo del infierno por su mala conciencia ah sí ya lo creo que los conozco bien quién existió en el universo antes de que existiera nadie que lo hizo todo quién ah eso no lo saben pues yo tampoco así que ahí tienes también podrían muy bien intentar que el sol dejara de salir mañana el sol brilla para ti dijo él el día que estábamos echados entre los rododendros en el promontorio de Howth con el traje de paño gris y su canotié el día que hice que se me declarara sí primero

le di de mi boca el trocito de torta de alcaravea y era un año bisiesto como ahora sí hace 16 años Dios mío después de aquel largo beso casi me quedo sin respiración sí dijo que yo era una flor de la montaña sí que somos flores todas el cuerpo de mujer sí fue la única verdad que dijo en su vida y el sol brilla para ti hoy sí por eso me gustaba porque vi que entendía o sentía lo que es una mujer y yo sabía que siempre le podía buscar las vueltas y le di todo el placer que pude invitándole hasta que me pidió que dijera sí y yo no quería contestar al principio sólo miré a lo lelos el mar y al celo pensaba en tantas cosas que él no sabía en Mulvey y Mr Stanhope y en Hester y en padre y en el viejo capitán Groves y en los marineros jugando a antón pirulero y a las prendas y a mear alto como ellos lo llamaban en el malecón y el centinela delante de la casa del gobernador con aquella cosa alrededor del casco blanco pobre diablo achicharrado y las muchachas españolas riendo con sus mantillas y sus peinetas y la subasta por la mañana los griegos y los judíos y los árabes y quién sabe Dios quién más de todos los rincones de Europa y Duke street y el mercado de aves todas cloqueando delante de Larby Sharon y los pobres burros sueltos medio dormidos y aquellos hombres imprecisos en sus capas dormidos a la sombra en los escalones y las grandes ruedas de las carretas de bueyes el viejo castillo con miles de años sí y aquellos guapos moros todos de blanco y con turbantes como reyes invitándote a que te sentaras en sus pequeñas tiendas y Ronda con las viejas ventanas de las posadas 2 ojos que miran una celosía oculta para que el amante bese la reja y 'los ventorrillos medio abiertos por la noche y las castañuelas y la noche que perdimos el barco en Algeciras y el sereno de un sitio para otro sereno con su farol y O aquel abismal torrente O y el mar el mar carmesí a veces como fuego y las puestas de sol gloriosas y las higueras en los jardines de la Alameda sí y todas aquellas callejuelas extrañas y las casas de rosa y de azul y de amarillo y las rosaledas y los jazmines y los geranios y las chumberas y el Gibraltar de mi niñez cuando yo era una Flor de la montaña sí cuando me ponía la rosa en el pelo como hacían las muchachas andaluzas o me pondré una roja sí y cómo me besaba junto a la muralla mora y yo pensaba bien lo mismo da él que otro y entonces le pedí con la mirada que me lo pidiera otra vez sí y entonces me preguntó si quería sí decir sí mi flor de la montaña y al principio le estreché entre mis brazos sí y le apreté contra mí para que sintiera mis pechos todo perfume sí y su corazón parecía desbocado y sí dije sí quiero Sí.

Trieste-Zúnch-París

1914-1921